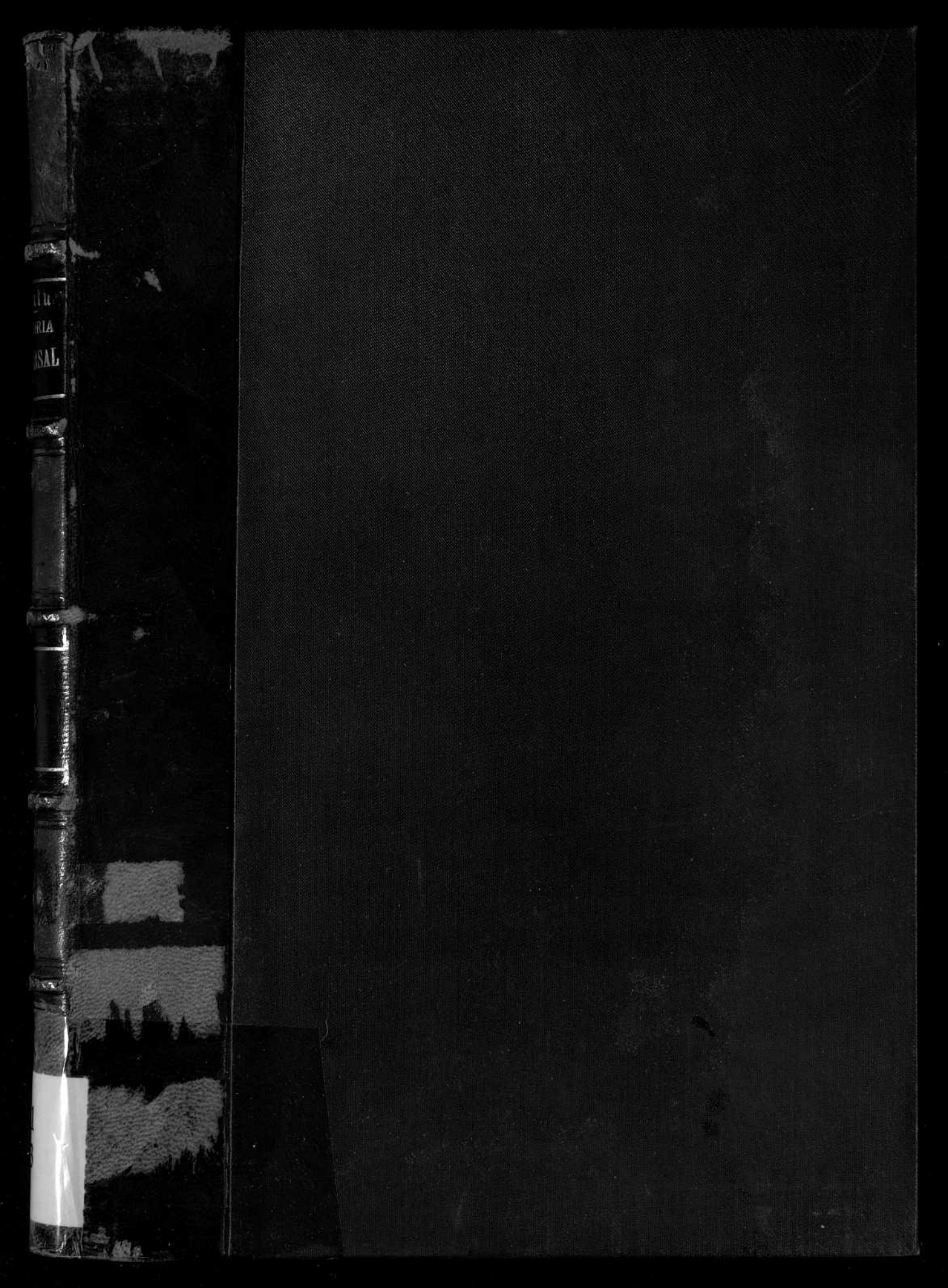


A. ALONSO
ENCUADERNADOR
POSTIGO 14

D-8
2561

S.G-15
7-9

B.P. de Soria
61109769
D-1 923

D-2
2561

HISTORIA UNIVERSAL

D-1
923
9765

HISTORIA UNIVERSAL

DE

Nº 823

CÉSAR CANTÚ

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTROS DIAS

VERTIDA AL ESPAÑOL

EN VISTA DE LAS REFORMAS Y CORRECCIONES HECHAS POR EL AUTOR EN LA

ÚLTIMA EDICION ITALIANA

POR DISTINGUIDOS LITERATOS

Y CONTINUADA HASTA **1888**, BAJO LA DIRECCION DE

D. FRANCISCO NACENTE Y SOLER

AUTOR DE VARIAS OBRAS CIENTÍFICAS É HISTÓRICAS

ILUSTRADA CON UN ATLAS DE MÁS DE 500 LÁMINAS
QUE FORMAN LA HISTORIA MÁS COMPLETA DE **trajes**, **armas**, **muebles**, **monumentos**, ETC.,
DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA NUESTRA ÉPOCA,

POR

HERMANN WEISS

AUMENTADA
CON CENTENARES DE FIGURAS CORRESPONDIENTES Á LA **Indumentaria Española**
Y Á LA **Arqueologia** DE TODAS LAS ÉPOCAS.

TOMO OCTAVO

BARCELONA
F. NACENTE, EDITOR, PASEO DE GRACIA, 149.
1888.

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.

Imprenta y Litografia de F. Nacente.—Paseo de Gracia, 149.

CONTINUACION DEL LIBRO DÉCIMOQUINTO

CAPÍTULO XVI

PRELUDIOS DE LA REFORMA.

Por poco que se medite en aquella corrupcion universal de una sociedad que habia perdido los sentimientos caballerescos, sin adquirir en cambio la calma de la razon, y si se reflexiona en aquella paganizacion, por decirlo así, de las costumbres, de las artes, de la política, de las letras, era imposible no desear una reforma. Si en otros tiempos hemos visto al mundo arrancado de una corrupcion profunda por la energia de un Gregorio VII, ó por las escitaciones y los ejemplos de un San Francisco y de un Santo Domingo, aquellos tiempos ya habian pasado. En la Edad Media, una sociedad nueva protegida por la mano de Dios, se habia desarrollado bajo las alas del cristianismo. Dios, única fuente de todo poder, la habia confiado á su vicario sobre la tierra, el cual, ocupado en salvar las almas y en conservar la integridad del dogma, la pureza de la moral, habia entregado al emperador una de las dos espadas. Ungido de Cristo en la tierra era considerado aquel príncipe como cabeza de los reyes, como representante del poder temporal de la Iglesia en la grande unidad que, llamada *catolicismo* en el orden religioso, figuraba en el orden terrestre bajo el título de *Santo imperio romano*. Concepcion sublime que colocaba al mundo, no ya bajo la arbitrariedad de la fuerza, sino bajo la tutela de las ideas; que no establecia á los reyes por derecho de conquista ó de nacimiento, sino en consideracion á su fe y su opinion; que previniendo á menudo las guerras, las hacia siempre menos homicidas; que ponia á cubierto á los reyes y á los pueblos de mútuos atentados, llamando á unos y á otros á dar cuenta de su conducta ante un tribunal inerme, si bien poderosísimo, porque estaba cimentado sobre la conciencia de los pueblos.

Pero segun ya hemos dicho, se opusieron numerosos obstáculos á la realizacion de esta idea sublime, y de aquí resultó que los límites de ambos poderes quedaron mal determinados. Para poner á cubierto los papas su propia seguridad en tiempos de trastornos, y cuando todo poder se deriva de la propiedad territorial, se vieron obligados á proporcionarse un dominio temporal; pero esta condicion nueva les indujo más de una vez á trocar por una supremacia regia lo que era tutela y arbitraje, confiado por las conciencias á aquel cuya autoridad emana de un reino que no es de este mundo. Por su parte los emperadores pretendian dominar á los reyes y mantener al papa bajo su sumision más de lo que convenia á la independencia de los primeros, y á la dignidad del padre comun de los fieles. De aquí aquella larga lucha entre la tiara y la espada, conciliada, aunque no pacificada, por transacciones que impedian los escesos de la una y de la otra, pero que al mismo tiempo no les permitia desplegar su eficacia respectiva.

Es verdad que fué dado á los pontífices rechazar en Asia el islamismo por medio de las cruzadas; conservar la inviolabilidad del matrimonio y la dignidad de la familia, restablecer la disciplina sacerdotal, trastornada por el contacto y por la mezcla de los intereses señoriales, si bien nunca alcanzaron á consolidar las relaciones de Estado á Estado, embarazándoles para ello el feudalismo, las costumbres septentrionales y los hábitos dominantes entonces.

Entretanto se multiplicaban los descubrimientos, y con las ideas nuevas se introducian nuevas necesidades: una literatura renovada bebia la educacion en otras fuentes que en las del cristianismo: el derecho romano hacia envidiar todavia aquellas instituciones de una unidad rigurosa, en vez de las instituciones paternales y de las franquicias nacionales. La admiracion de lo *bello* entre las socieda-

des clásicas no permitia apreciar lo *bueno* en las sociedades modernas: nuevos establecimientos sociales habian trasferido á los gobiernos seglares la importancia suprema: habíanse lanzado las ciencias fuera del santuario: de otras cosas que de devocion se nutrian las bellas artes: la doctrina divulgada á torrentes no podia ser retenida en un centro. Habia reemplazado á la fe la duda: esta corrompia las costumbres, y las costumbres á su vez producian una reaccion en las creencias.

Se reconocia la necesidad de una renovacion. La Iglesia, que inmutable en el dogma, se ha plegado siempre en la aplicacion y en la disciplina á las oportunidades del tiempo, no celebró jamás una de sus asambleas solemnes sin decretar reglas de mejora: especialmente en los dos últimos concilios de Constanza y de Basilea, que fueron á la reforma lo que la Asamblea nacional á la revolucion francesa, se habia reclamado en voz alta que se reformara la Iglesia en su jefe y en sus miembros. Si se hubiera procedido á esta reforma con ingenuidad y de comun acuerdo, ciertamente se hubiera evitado el azote. Pero en vez de llegar á una armonía sincera, se dejó que se ulcerara la llaga, de tal manera, que la corrupcion se hizo demasiado profunda, y el espíritu del siglo acabó por dominar en la religion misma, y hasta en Roma, que es su principal sede. Las llaves de San Pedro fueron ambicionadas, no porque abren las puertas del paraiso, sino por ser de oro. Nombrados los cardenales por favor, por condescendencia á tal ó cual príncipe, y aun por dinero, no llegaban á ser santos porque anhelaban ser santísimos, segun la espresion de Bellarmino. Eran asignadas las iglesias, no con arreglo al mérito, sino en consideracion de las familias, y la corte de Roma pensaba ante todo en sacar provecho de las vacantes y de las colocaciones, así como en multiplicar los derechos de cancilleria. Otro tanto hacian en su mayor parte los obispos, y se ingeniaban á fin de proporcionarse las rentas más pingües que les era posible: á costa de dinero conseguian que se les nombraran coadjutores, lo cual era un espediente para trasmitir los obispados á sus adictos, ó como se decia, á sus sobrinos: si uno de ellos resignaba su silla, se reservaba la colacion de los beneficios ó algunas rentas.

Dándose entonces las prelaturas á los ricos como un beneficio simple, fué introducida la ubicuidad, ó en otros términos, la facultad de percibir los emolumentos en cualquier punto donde se residiera. De este modo un mismo personaje pudo ser cardenal de una iglesia de Roma, obispo de Chipre, arzobispo de Glocester, primado de Reims, prior de Polonia al mismo tiempo que tenia á su cargo los negocios del emperador en la corte del rey cristianísimo (1).

Por consiguiente en vez de residir los obispos donde se ocuparan en cuidar de su rebaño, desprovistos de capacidad, prefiriendo bien vivir á vivir bien, lo abandonaron á vicarios espirituales llamados sufragáneos. A fin de proporcionárselos con más baratura buscaban frailes mendicantes, que no gastaban en lujo, ni recibian presentes. Estos religiosos, ya ricos en privilegios, lograron más todavia de Sixto IV, hasta el punto de amenazar con ser destituidos á los párrocos que no les prestaran obediencia, ó que les molestaran de cualquier modo (2). Les fué encargado vender indulgencias; pero las ventajas que les habia valido la opinion de su santidad redundaron en detrimento de su regularidad, y su órden se hizo, como las demas, mundana. A porfia se buscaban las dignidades apelando á toda clase de manejos, y para conseguirlas «no se escrupulizaba el homicidio, y no solo con veneno, sino á puñaladas y á estocadas descaradamente, por no decir á tiros.» (3)

Principalmente en Alemania se adjudicaban los obispados á los hijos segundos de familias ilustres; que llevaban á ellos las pasiones y las costumbres seglares. Ciertos prelados, que eran al mismo tiempo príncipes, descuidaban al pueblo, que, privado del pasto espiritual, se escandalizaba de su desarreglada conducta, y de una opulencia empleada en muy distinto uso de aquel á que la habian destinado la Iglesia y las personas piadosas.

Algunas voces se habian levantado en la Edad Media contra el escesivo poder de los pontífices, como la de Arnaldo de Brescia, y la de los albigenses; mas se prestaba poco oido á los innovadores, en atencion á que el hombre siente más que piensa, empieza por creer y no examina sino después de haber creido. Sin embargo, la opinion, base del poder papal, habia sido desquiciada por el establecimiento de la Santa Sede en Aviñon, por sus disensiones con Felipe el Hermoso, y con otros reyes, en que se habia visto claramente la debilidad de unos y otros. La unidad de la Iglesia destinada á mantener la concordia entre los príncipes, se habia convertido en un motivo de division desde el cisma de Occidente: por espacio de cua-

---

(1) Jóven todavia Juan de Médicis, que fué luego papa con el nombre de Leon X, figuraba á la vez como canónigo de las catedrales de Milan, de Fiesole, de Arezzo; rector de Carmignano, de Giogoli, de San Casciano, de San Juan de Valdarno, de San Pedro de Casale, de San Marcelino de Cachiano; prior de Montevarchi, chantre de San Antonio de Florencia, preboste de Prato, abad de Monte Casino, de San Juan de Passignano, de Santa Maria de Morimondo, de San Martin de Fontedolce, de San Salvador de Vajano, de San Bartolomé de Anghiari, de San Lorenzo de Coltibuono, de Santa Maria de Montepiano, de San Julian de Tours, de San Justo y San Clemente de Volterra, de San Estéban de Bolonia, de San Miguel de Arezzo, de Claraval cerca de Milan, de Pino en Poitú, de la Chaise-Dieu cerca de Clermont FABRONI.

(2) Esta bula de 31 de agosto de 1474, era llamada en el estilo monástico *mare magnum*.

(3) RANKE.

renta años se estuvo en la duda relativamente á la perpetuidad que le era prometida y para sostener la verdad y batir el error necesitaron los papas el apoyo de los reyes. Estos, ocupados en reconcentrar el poder en ellos solos, denegaron á Roma sus antiguas prerogativas: Eduardo III le negó el tributo, Fernando le hizo oposicion á pesar de su título de católico. Se proclamaron superiores al pontífice los concilios de Constanza y de Basilea, no admitiendo en la Iglesia la monarquia que se consolidaba en el mundo político.

Aprovechándose entonces de la tendencia general de aquel siglo á constituir principados sobre las ruinas de las repúblicas y de los concejos, hasta los papas se adhirieron con más avidez á los intereses temporales, y quisieron asegurar altas posiciones á sus familias, acariciando por un lado á los poderosos para conjurar su oposicion, y oprimiendo por otro á los débiles para esplotarlos. De esta suerte pusieron en planta aquella política ignominiosa, manchada de fraudes y de violencias, que, con gran escándalo del mundo, sirvió para fortificar su autoridad terrestre con detrimento de los pequeños señores de la Romaña. Ya hemos visto á Alejandro VI dar un detestable ejemplo de esta conducta: sin embargo, si puede compararse como hombre á los más perversos, no se mostró tal como príncipe, y sus contemporáneos están acordes en ensalzarle por haber reprimido las pequeñas tiranias, y en decir que en él corrian parejas los vicios y las virtudes.

Julio II fué tan belicoso como un obispo del siglo XI; y cuando sin violencia hubo adquirido á la Iglesia la posesion de Urbino, no abrigó otro pensamiento que el de hacerla fuerte. No hizo cardenales de las casas opulentas. Después de haber hallado el Estado en tal anarquia que se andaba á cuchilladas en las calles de Roma, restableció allí el órden y reprimió á los barones: hubiera sido un héroe, si la armadura y la bélica rudeza no formaran un estraño contraste con las atribuciones y los preceptos legados á sus sucesores por el pescador de Galilea. Pero al verle en campaña en persona bajo el tiro de las baterias de los cañones, se reconoce un siglo en que los reyes creian todavia en Dios, aunque ya no en el papa, á diferencia de aquel tiempo en que una palabra de Gregorio VII, les hacia caer humildemente á sus plantas.

En seguida fué ocupada la Santa Sede por Leon X, hombre instruido, en la flor de su edad, amable, pacífico y aficionado á los placeres del espíritu. Tan pronto mandaba componer música y acompañaba los aires en voz baja, como hacia representar las comedias de Maquiavelo y de Bibiena, ó preparar los burlones triunfos de un Querno y de un Baraballo. Desconcertaba á su maestro de ceremonias saliendo sin roquete, y á veces hasta con botas. Cazaba dias enteros en Viterbo y en Corneto: pescaba en Bolsena. Abrazaba á Aretino y á Ariosto, admitia la dedicatoria de *Orlando* el Furioso, así como la del viaje de Rutilio Numaciano, uno de los últimos paganos encarnizados contra la religion católica: amenazaba con la escomunion á quien reimprimiese á Tácito ó Ariosto; acogia las notas de Erasmo al Nuevo Testamento, que después fueron inscritas en el Indice. En suma buen príncipe y papa reprensible, gastó cien mil ducados en su coronacion, que fué solemnizada con fiestas y diversiones dignas de un gran rey, y no solo agotó el tesoro que Julio II habia acumulado para *espulsar á los bárbaros de Italia*, sino que empeñó las joyas de San Pedro, y vendió cargos en cantidad bastante crecida para aumentar en cuarenta mil ducados anuales los gastos de la Iglesia, que gravó con una enorme deuda.

Tambien se dejó dominar por las ambiciones de familia, que se enredaron en intrigas con los príncipes y le impulsaron á rigores injustos, de tal manera que de él decia el pueblo: *Se ha elevado arrastrándose como una zorra, ha reinado como un leon, y ha acabado como un perro.*

Sin embargo, acreditó una integridad perfecta en la colacion de los beneficios, recomendando á los que lo rodeaban que no le hicieran otorgar mercedes de que tuviera que arrepentirse ó sonrojarse, y prefiriendo socorrer á los que las reclamaban con su bolsa. Se dedicó á estinguir en Bohemia los restos de los husitas, á propagar el catolicismo entre los rusos, á fundar iglesias en América, á atraer á la fé á los abisinios. Logró apagar el cisma con que el sínodo de Pisa amenazaba á la Iglesia, hacer abolir la pragmática sancion en Francia, y todo lo puso por obra para establecer la concordia entre los príncipes cristianos y oponerlos á los turcos.

Pero el hálito del paganismo habia penetrado en la corte pontificia. Allí se favorecia á los hombres de mérito sin curarse de cómo empleaban su talento. Bembo, que en sus versos manifestaba preferir el placer de ver á su señora, al que gozan los elegidos en el cielo (4), al hablar del tribunal apostólico dice: que Leon X fué elegido pontífice *por el favor de los dioses inmortales:* cita los votos hechos á la *diosa Lauretana*, el modo de calmar á los manes; habla de dioses subterráneos, del *espíritu del céfiro celeste*, y llama *colegio de los aguires* al de los cardenales (5).

Leon X inducia á Francisco I á hacer la guerra á los turcos *per Deos adque homines*. En la apertura del concilio de Trento, el obispo Cornelio

---

(4) Si algun dia pudiera por mi dicha fijar mis ansiosos ojos en ella cuando yo quisiera, no hay en el cielo un bienaventurado con quien quisiera cambiar mi felicidad.

(5) Otra vez hace escribir al papa por el senado *uti fidat diis immortalibus, quorum vices in terra gerit;* y hace amonestar á los habitantes de Recanati *ne tum nos, tum etiam deam nostram ipsam* (la Vírgen), *inani donatione cæcisse videamini*; y tambien *litare diis manibus* y la misa de los muertos; un moribundo se apresuró: *deos superos maneique placare;* San Francisco *in numero deorum receptus est.* Véase tambien XV, pág. 27.

Musso dirá que los prelados deben dirigirse á aquel punto como los héroes de la Grecia dentro del *caballo de madera*. Sadoleto, que pasaba no obstante por uno de los mejores escritores de aquel siglo, dirigió á Juan Camerario un tratado para consolarle de la pérdida de su madre, donde todo versa sobre la intrepidez y la magnanimidad pagana, sin que los argumentos de la religion, mucho más eficaces, estén mencionados para nada.

Rara vez deja la forma de influir sobre las ideas; el esplendor de la regenerada antigüedad habia deslumbrado de tal modo los ánimos, que no se conocia ya el cristianismo; por todas partes reinaba una pereza burlona y voluptuosa que ni aun se tomaba el trabajo de pensar, y que llamaba filosofía á la independencia esterior, al estar echado con el vaso en la mano, y al luchar con las ciencias. En efecto, tanto Bembo como monseñor Hipólito de Este, della Casa, y otros muchos, no sólo tenian hijos, sino que pregonaban su paternidad. Della Casa pide el capelo, no en razon de sus virtudes, sino «en consideracion á la fidelidad constante y á la sincera y única adhesion que ha acreditado siempre á los Farnesios. En la casa de campo llamada Pia que Ligorio hizo para descanso de los papas, todo era pagano, no sólo en su construccion sino tambien en el decorado y en la forma. El cardenal Bibiena hizo edificar una casa de campo en el Vaticano con ninfas voluptosas pintadas por Rafael: sobrepujaba en lujo á lo más espléndido de la corte de Leon X; dirigia las mascaradas durante los carnavales, é indujo al papa á que hiciese representar la *Mandrágora* de Maquiavelo y su *Calandria*, cuyas escenas demasiado impúdicas, para un lupanar, hicieron reir á Leon, á Isabel de Éste y á las señoras más elegantes de Italia. No habia hombre igual para volver locos á los más juiciosos; se alegraba de que Julian de Médicis llevase á Roma á la princesa su mujer, y la ciudad entera decia: *Alabado sea Dios, pues, aquí no faltaba sino una corte de señoras, y ésta nos traerá una y hará la cruz romana perfecta* (6).

Ronsard, Montaigne, Bodin y Maquiavelo... no saben admirar otra civilizacion sino la anterior al cristianismo; Erasmo invoca el nombre de Sócrates; Marsilio Ficino enciende una lámpara al busto de Platon. Habia más: tal era la aficion á las cosas de la antigüedad, que Pedro Pomponazzi, mal filólogo y peor lógico, pero orador ingenioso y vivo, sostenia que las almas eran mortales, y alguno hubo en Roma que quiso probar á Erasmo no haber diferencia entre la de los hombres y la de los animales, no creyendo fuese caballero ni buen cortesano aquel que no habia formado algun juicio erróneo ó herético sobre los dogmas de la Iglesia (7).

Por una parte habia allí afectacion de saber y de costumbres clásicas, por otra los púlpitos y las reuniones eclesiásticas eran invadidas por la ignorancia. A menudo ocupaba la teologia el lugar del Evangelio, y se hacia distincion entre lo que era verdadero filosóficamente, y no lo era en teologia, ateniéndose á los áridos métodos de la escolástica. En los predicadores, dominaba un estilo depravado; confundian lo sagrado con lo profano, lo grave con lo burlesco, buscando lo nuevo, lo estravagante, y lo sorprendente. Así el cardenal Bembo, á quien se preguntaba por qué no iba á los sermones, respondia: «¿Qué he de ir á hacer allí cuando jamás se oye otra cosa que al Doctor sutil discutiendo contra el Doctor angélico, y luego llega Aristóteles en tercer lugar á zanjar la cuestion propuesta?» (8). Ya hemos tenido ocasion de hablar de Barletta, de Menot, de Maillard (9); y aunque pertenecen al siglo precedente, gozaron de gran crédito en éste, como lo prueban las repetidas ediciones de sus sermones (10). No deben causar estrañeza los aplausos de que fueron objeto fray Mariano de Genazzano, Pablo Attavanti, que cita de intento á Dante y á Petrarca, de lo cual se glorifica en su prefacio; y fray Roberto Caracciolo de Lecco, sobre quien llovian los breves en su alabanza, las comisiones honoríficas, las mitras y el título de *Nuevo San Pablo*.

Otros predicadores vulgares se acreditaban entre el pueblo, á quien enseñaban errores, supersticiones, y terminaban inevitablemente sus sermones pidiendo dinero (11). Cada órden religiosa, cada aldea, cada iglesia, tenia un santo particular, cuyo panegírico era sazonado con absurdos sin término; y por simplicidad ó por fraude, se aspiraba á multiplicar los milagros, las gracias, las reliquias del

(6) Cartas de Pr. á Pr. I, 16. Pablo Jove pinta su carácter de este modo: *Accesserat et Bibienæ cardinalis ingenium, cum ad arduas res tractandas peracte, tum maxime ad movendos jocos accommodatum. Poeticæ enim et etruscæ linguæ studiosus comœdias multo sale multisque facetiis refertas componebat, ingenuos juvenes ad histrionicam hortabatur, et scenas in Vaticano spatiosis in conclavibus instituebat... Propterea, quum forte Calandram à mollibus argutisque leporibus per jucundam... Per nobilis comœdos agere statuisset, precibus impetravit ut ipse pontifex e conspicuo loco despectaret. Erat enim Bibiena mirus artifex hominibus ætate vel profesione gravibus ad insaniam impellendis, quo genere hominum pontifex adeo oblectabatur, ut laudando, ac mira eis persuadendo donandoque, plures ex stolidis stultisimos, et maxime ridiculos efficere consuevisset.*

(7) Caracciolo, *Vita*, ms. de Paulo IV.

(8) Landi, *Paradojas*.

(9) Véase tomo VI, pág. 364.

(10) Los sermones de Barletta fueron impresos en Paris en 1527, y en Lyon en 1536. Los de Menot, publicados primero en Paris en 1519, fueron allí reimpresos en 1526, luego en 1530, y otras muchas veces. Conocemos de Maillard una edicion hecha en Lyon en 1498, una de Paris en 1511, otra en 1520, y otra en 1527.

(11) Uno de ellos se espresaba de este modo: *¿Me preguntais, caros hermancs, cómo se va al Paraiso? Os lo enseñan con su tañido las campanas del monasterio: dan-do dan-do, dan-do.*

bienaventurado patrono, y á tributarle un culto que degeneraba frecuentemente en idolatria.

Aquel sentimiento, tan humano antes de ser religioso, que nos enlaza á aquellos que, habiéndonos precedido en esta tierra de destierro, nos aguardan en el cielo, habia sido consagrado por la fe: ella habia establecido una comunion entre los cristianos militantes y la Iglesia sufraganea, proclamando que las oraciones y las buenas obras de los vivos pueden refluir en consuelo de las almas que se hallan en espera. Pero aun en esto se deslizó el innoble pensamiento del lucro, y los sufragios se limitaron casi únicamente á misas y á responsos, lo cual daba demasiada apariencia de mercaderes á los que provocaban su venta.

Muchas veces hemos tenido ocasion de decir cuanto se habian desarrollado las supersticiones entre los creyentes, y es inútil hacer notar hasta qué punto ejercen semejantes creencias pernicioso influjo sobre la conducta. Tambien era un síntoma de decadencia el rigor creciente del Santo Oficio, porque la dominacion espiritual no puede reposar mas que sobre el consentimiento voluntario de las inteligencias, y el empleo de la fuerza material, cuando se recurre á ella con propósito deliberado, revela una debilidad de que se aperciben los pueblos.

Este sistema puede pasar desapercibido en tiempos de sencilla ignorancia; pero entonces se refinaban las costumbres, se propagaba la sabiduria, y se deslizaba en los espíritus la duda erudita. Se operan los primeros cambios en la cabeza de los pensadores, donde se forma la opinion que se hace general luego. Ahora bien, la filosofía, desde que habian querido combinarla con la religion aminorada y sujeta á vaivenes, habia caido en discusiones alimentadas por las doctrinas resucitadas de la jurisprudencia romana y por los estudios orientales, que por un lado conducian á la teurgia, y por otro á interpretaciones nuevas y atrevidas de los libros divinos. Al revés los humanistas se habian prendado del arte: y un epigrama, un opúsculo volaban de un estremo á otro de Europa en la lengua comun á los literatos. Absorbido el alto clero por cuidados esencialmente mundanos, no pensaba en instruirse en aquella fe que estaba obligado á defender y sustentar sin mancilla: como siempre los miembros inferiores se acomodaban al ejemplo de sus jefes. Focos los monasterios, poco antes, de actividad en favor del pensamiento y de las armas, hallábanse á la sazon sumidos en la torpeza de la decrepitud y en la relajacion de la opulencia. Encontrándose reducidos á la ociosidad por la imprenta los números os monjes que se ocupaban en copiar manuscritos, se pusieron á debatir cuestiones de mínima importancia, acreditando poco arte y muchas sutilezas, al paso que la nueva literatura se compadecia de las insensateces y de las locuras escolásticas que habian ocupado el puesto de la verdadera ciencia por largo tiempo.

Desde su principio la Iglesia habia traducido á la lengua vulgar la Biblia: existe una version latina que se remonta al primer siglo de nuestra era. Ulfilas la tradujo para los godos, y otros para los demás pueblos convertidos al cristianismo. Sin citar más que á Italia, después de Jacobo de Varagina obispo de Génova, Nicolás Malerbi, religioso camaldulense, publicó una version en Venecia en 1421, de la cual se hicieron por lo menos treinta y tres ediciones. Allí hizo tambien imprimir el hermano Guido en 1486 los *cuatro volúmenes de los Evangelios vulgarizados con sus exposiciones hechas por fray Simon de Cascia* (12). Passavanti se queja de los traductores de la Sagrada Escritura, quienes la envilecen de muchos modos: «truncándola unos con un lenguaje sucinto, como los franceses y los provenzales; ofuscándola otros con un lenguaje oscuro como los alemanes, los húngaros y los ingleses; estos dándola aspereza con un lenguaje vil y tosco, como los lombardos; aquellos, como los napolitanos y los regnícolas, con palabras de doble sentido ó dudosas, la fraccionan y la dividen; ciertos otros, como los romanos, la revisten de robin por la aspereza de su acento; algunos la vuelven salvaje en su lenguaje de marisma, de aldea ó de los Alpes; otros menos malhadados, como los toscanos, la echan á perder y la oscurecen, principalmente los florentinos la deslien y hacen deplorable con espresiones forzadas y cortas, como tambien con sus locuciones florentinas y sus *ahora bien*, *despues*, *en otro tiempo*, *nunca*, *sin embargo*, etc., que confunden y turban.» (13).

Se criticaba, pues, el modo sin condenar el hecho en sí mismo; y Leon X hizo comenzar á sus espensas la impresion de una nueva traduccion latina de la Biblia, por el luqués Sante-Pagnini (14).

---

(12) Antonio Buccioli, de Florencia, en 1530 publicó una traduccion completa de los libros sagrados, que fué puesta en el Indice, y se le tiene por protestante aun cuando parece que nunca apostató.

(13) *Specchio di penitenza.*

(14) Este compuso el *Thesaurus linguæ sanctæ* (1529): y es admirable que en tiempos en que habia tan pocos medios, se emprendiese una obra, que ni aun hoy se encontraria quien se atreviese á reproducirla. El primer cristiano que enseñó el hebreo en Italia parece fué Félix Prato, hebreo convertido, el cual en 1515 publicó la traduccion latina de los salmos y fué llamado á Roma por Leon X en 1518. En aquel tiempo lo enseñaba tambien Agatias Giudacerio, de Catania, llamado después por Francisco I para que esplicase en el colegio de las tres lenguas, donde le sucedió Pablo Paradissi de Canosa. En 1514 se publicó en Fano, en la imprenta fundada por Julio II una coleccion de oraciones en árabe (Schnurrer, *Bibl. arábica*, página 231-34). Pagnini empezó en Venecia la edicion original del Coran (lib. p. 402). En 1513 se publicó en Roma el Salterio en etiope (Le Long, edic. Masch, vol. I, part. II, página 146) y después en 1548 el Nuevo Testamento bajo la direccion de Mariano Vittorio de Rieti, que cuatro años después dió á luz la primera gramática abisinia (Colomesii, *Ital. or ad nomen*). Teseo Ambrosio, descendiente de los condes de Albonese, enseñó en Bolonia el idioma caldeo,

Habiendo interrumpido la muerte del pontífice su publicacion, apareció en Lyon en 1527. Pantaleon Giustiniani, que habiendo entrado de fraile agustino en Génova, fué después obispo de Nebbio, emprendió una edicion de la Biblia en latin, en griego, en hebreo, en árabe y en caldeo; comenzó la impresion con los Salmos dedicados á Leon X en 1516, en ocho columnas, conteniendo una de ellas el texto hebreo, seis las versiones, y la última las notas. Pero de 2,050 ejemplares que se tiraron, solo se vendieron la cuarta parte. El resto del trabajo que se ocupaba en preparar, pereció con él en un naufragio en 1536. No hay por lo demás ninguna lengua en la cual no existiese antes de la Reforma (15), alguna traduccion de la Biblia.

Pero la filologia se habia restaurado, y ejercitándose la crítica en los autores profanos, habia aprendido á dirigir la penetracion de los eruditos sobre los textos sagrados: desde entonces en la soberbia de una nueva conquista, cada cual quiso interpretarla á su antojo. El gran Reuclin, que conocia la importancia de los estudios orientales, hizo muchas correcciones en la Vulgata; publicó una gramática y un diccionario de la lengua hebráica. Habiendo solicitado los inquisidores de Colonia del emperador, que todos los libros hebreos fueran quemados, á escepcion de la Biblia, se opuso á ello, y la cuestion adquirió popularidad á causa de este altercado. Escandalizáronse los espíritus mezquinos; pero, fiel Roma á una prudente tolerancia, mientras la pureza de la fé no sufria ataque, tomó la defensa de Reuclin.

Es digna de notarse la osadia con que en toda la cristiandad, y en Italia más que en ningun otro punto, se censuraban los vicios de la corte de Roma y los abusos que se habian introducido en la Iglesia. Dante y Petrarca se espresaron sobre esto con violencia, y sin embargo no merecieron reprension ninguna, y ni aun siquiera se les prohibieron sus libros. Todas las novelas estaban atestadas de argucias y de aventuras en que hacian el gasto los frailes. Poggio, que fué secretario de tres papas, describe en su carta á Leonardo Bruno, el suplicio de Juan Huss y de Gerónimo de Praga, escitando respecto de ellos la compasion, y dirigiendo invectivas á Roma. Sus inoportunas *Facecias*, en que las costumbres eclesiásticas y la corte pontificia son vivamente atacadas, al mismo tiempo que la aristocracia y la democracia, los eruditos y los razonadores, fueron impresas en Roma (Lauer, 1469). Juan Francisco Pico de la Mirandola se alzó en el concilio de Letran contra la ambicion, la avaricia y el desarreglo del clero, con una osadia que no sobrepujó ningun protestante, y proclamó en alta voz el deseo general de una reforma. Menot en su latin afrancesado denunciaba los abusos eclesiásticos de una manera contundente, y Maillard tronaba contra los vendedores de indulgencias (16).

En efecto, cuando un poder no es contrarestado y guarda á los ojos de todos su carácter sagrado puede juzgársele sin dejar de venerarle, y las reconvenciones que puedan dirigírsele no son peligrosas, resultando que quien las hace no une á ellas ninguna idea de ultraje, ni el que es objeto de ellas recibe la menor ofensa. Pero la oposicion religiosa en Italia era irónica, burlona é incrédula: negaba la verdad, y se sometia á ella; en Alemania, por el contrario, era positiva, creyente, enérgica y animada por el odio inestinguible que sus habitantes tenian á los latinos y se proponia destruir para edificar de nuevo; de aquí el cargo de frivolidad y libertinaje dirigido con frecuencia por los alemanes á las literaturas de Italia y Francia; «¿Para que sirven dice, Puyherbault (17) esos escritorzuelos de Italia? Para alimentar el vicio y la molicie de los cortesanos enervados y de las mujeres lascivas, para estimular al deleite, inflamar los sentidos, y destruir en el alma cuanto tiene de varonil. Estamos muy agradecidos á los italianos; pero hemos adoptado de ellos muchas cosas deplorables. Las costumbres del pais huelen á ámbar y perfumes; tanto las almas como los cuer-

---

sirio y armenio, de los cuales así como de otros diez publicó una introduccion (Pavia, 1539) con los signos de cuarenta alfabetos. Y son tantos los trabajos de interpretacion sagrada hechos en aquel tiempo que M. Cree se admira de la Providencia que hacia que los católicos afilasen las armas que debian traspasarlos.

(15) Hay una en aleman, sin fecha, como se usaba en los primeros tiempos de la imprenta. Faust publicó una en 1472; apareció otra el mismo año, y otra tambien más en 1493. Hubo tres ediciones de la que se publicó en Nuremberg en 1477, anteriores á la de Lutero; se hicieron ocho de una biblia que salió en Ausgburgo el mismo año, sin hablar de otras. Citaremos una en Francia en 1478, otra por Medardo en 1484, otra por Guiars de Moulins en 1487, una por Jacobo Le-Fevre en 1512. Se encuentra una gran enumeracion de las biblias francesas en la *Biblioteca sagrada* del P. Lelong en la palabra *Biblia gallica*. Se imprimió en Colonia en 1475 la Biblia en flamenco, de la que se hicieron tres ediciones antes de 1488; después apareció otra version en 1518. Hay una en bohemio de 1488. Tomás Moro dice *(Dial.* III, 4), que «la Santa Biblia fué mucho tiempo antes de Wicleff, traducida á la lengua inglesa por hombres hábiles y sabios, y leida con no menos fruto que respeto y sentimientos de piedad por las personas honradas.»

(16) *Suntne hic portatores bullarum? certe ibi est magnus abusus, et miror quod prælati non apponunt remedium. Durandus dicit quod de indulgentiis nihil habemus certum in Sacra Scriptura. Legatis Basilium, Hieronymum, Augustinum: nihil dicunt de indulgentiis. Ita dicunt doctores moderni, et asserunt quod materia indulgentiarum semper fuit dubia. Sed diceret aliqua mulier: «Pater, ego nescio si sint bonæ: nonne melius est capere postquam episcopus misit?» Credo quod capiunt partem suam, et omnes sunt fures. Heu! sunt aliqui bullatores qui dicunt quod, si scirent quod pater eorum non cepisset, numquam orarent pro eo: ad omnes diabolos.*

(17) *Theotimus de tollendis malis libris*, 1549.

pos son allí débiles; sus libros no contienen nada fuerte, nada digno y poderoso; ¡y ojalá que hubiesen conservado para ellos sus obras y sus perfumes! ¿Quién no conoce á Juan Boccacio, á Angel Policiano y á Poggio, paganos todos, más bien que no cristianos? Rabelais imaginó en Roma su *Pantagruel*, verdadera peste de los mortales. ¿Qué hace éste? ¿Que vida tiene? Beber todo el dia, hacer el amor y socratizar; anda olfateando las cocinas, mancha con infames escritos su papel; vomita un veneno que se estiende por todos los paises, siembra la maledicencia y la injuria en toda clase de personas, calumnia á los buenos, denigra á los sabios, y lo que es más de admirar es, que el Santo Padre recibe en su mesa á este impertinente, enemigo público, inmundicia del género humano, tan rico en facundia, como pobre en juicio.»

La guerra estaba resuelta en Alemania, aunque no declarada. Reuclin hizo imprimir una comedia contra los frailes; se representaba en Eisleben en 1480, un drama digno de la patria de Lutero, la *Papisa Juana*, con acompañamiento de diablos, santos, ángeles, y la muerte (18), preludios de aquellas escenas en que el teatro aleman vino á ser colaborador de la Reforma y no conoció ya más que la parodia.

Erasmo.—A la cabeza de los que atacaban al clero se señalaba Erasmo de Rotterdam. Talento universal, humor jocoso y genio filosófico, dirigió la erudicion hácia alguna cosa de útil práctica, y empleó alternativamente los argumentos sérios, la ironia, la doctrina, emprendió la tarea de castigar á los frailes como representantes de la ignorancia, del libertinaje, de la glotoneria, y llenó la literatura y el mundo de anécdotas estravagantes sobre aquellas degeneradas sociedades, cuyo descrédito aumentaron porque se las creyó verdaderas.

En la *Biblia griega*, que apareció en 1518, dice todo el mal posible del clero. El *Elogio de la locura* está enteramente escrito contra los frailes mendicantes y las demás órdenes populares. Además de los dardos que lanza en su *Ciceroniano* contra los pedantes que llamaban á Jesucristo *hijo de Júpiter*, describe el libertinaje de los eclesiásticos, la groseria de los franceses y de los alemanes, la hospitalidad refugiada en las posadas, la ignorante supersticion de los soldados que matan y se confiesan, se confiesan y matan. La Sorbona queria condenar sus *Coloquios*, en los cuales critica sin ninguna consideracion el precepto de la vigilia, el celibato eclesiástico, las prácticas monásticas, las peregrinaciones y la corrompida ociosidad del clero. «No hay hombres en el mundo, dice, que vivan mejor y con menos cuidados que los vicarios de Cristo. Creen haber hecho bastante por Dios, cuando en medio de las ceremonias más fastuosas se presenta su santidad, con un aparato místico y casi teatral, á distribuir sus bendiciones ó lanzar el anatema... ¿Qué diré de los que, confiados en las indulgencias, adormecen sus conciencias y miden casi con el reloj en la mano la duracion del purgatorio, cuyos siglos, años, dias y horas calculan sin temor de engañarse? No hay un mercader, un soldado ó un juez que no crea que con la limosna de un escudo lava todas las culpas de su vida, después de haber robado millares de ellos....» (19)

La prensa sirvió á los innovadores, como la espada á Mahoma. Hubo un tiempo en que la sentencia de un concilio ó las llamas, podian sofocar la voz de Arnaldo de Brescia, de Abelardo y de Juan Huss. Pero ya en aquel momento los *Coloquios* se estendian en número de 24,000 ejemplares, y el *Elogio de la locura* en el de 1,800 en la primera edicion: después los grabados de Holbein hicieron aun más populares las ediciones siguientes llenas de venenosos sarcasmos. No por esto creyó Erasmo separarse de la Iglesia. Hasta reprobó abiertamente á los que después levantaron el estandarte de la heregia, aunque en realidad tuvo la misma opinion que Lutero, y predicó las mismas cosas (20). Así es, que se ha dicho con razon de él, que habia puesto el huevo que el fraile aleman empolló y sacó.

Se vendieron tambien á centenares en aquella época (1516) las *Epistolæ obscurorum virorum*, suponiendo que algunos teólogos escribian á Ortwino Gratio, profesor de la misma ciencia en Colonia, todas las objeciones é insolencias que Reuclin habia publicado, y en las que la gerga ignorante y las pretensiones de los frailes y pedantes de la época era imitada con tanta exactitud, que muchos lectores se engañaban. Se atribuia á Reuclin ó á Erasmo; pero eran de Ulrico de Hutten, apellidado el Demóstenes aleman por sus *Filípicas* contra el papa (21). Lutero las admiraba como un modelo de estilo epistolar, y su reputacion se estendió hasta tal grado, que se tuvo valor de compararlas á las *Provinciales* de Pascal; pero su lectura es repugnante por un lenguaje tabernario; por rasgos obscenos, insultos de carnaval, por la orgia de las ideas y de las espresiones, que repugnan aun después de haber visto escritas las primeras que imitan este modelo de los primeros reformadores. La verdad no hubiera podido servirse de semejantes armas para rechazar el ata-

(18) Es la tragedia alemana más antigua; se conserva el manuscrito. Véase GOSTTSCHED, *Historia del arte dramático en Alemania*.

(19) ADOLFO MULLER, *Leben des Erasmus*.

(20) *Videor mihi fere omnia docuisse quæ docet Lutherus, nisi quod non tam atrociter, quodque abstinui à quibusdam ænigmatibus et paradoxis*. Apud Gerdes., I, 153.

(21) Dice, en la *Trinidad romana*, que de Roma se sacan tres cosas: mala conciencia, estómago estropeado, y bolsa vacia; que en tres cosas no se cree: en la inmortalidad del alma, en la resurreccion de los muertos y en el infierno; que se trafica con otras tres: con la gracia de Cristo, con las dignidades eclesiásticas y con las mujeres.

que, al paso que aquel arte de materializar el vicio, aquel descaro para decirlo todo sin consideracion, era bien acogido por el vulgo.

Hasta hombres de gran piedad convenian en los abusos, y reclamaban un remedio, pero lo hacian al menos con moderacion (22). El cardenal Sadoleto, esencialmente católico, repite continuamente en sus cartas que hay necesidad de pensar en ello (23); muchas pastorales de obispos convienen en que se habia propagado la corrupcion. El cardenal Amboise, arzobispo de Ruan, y consejero de Luis XII, se negó á acumular algunos beneficios como lo permitia la época, y reformó tanto á los dominicos como á los conventuales; desafiando la resistencia violenta de los primeros y la hipócrita oposicion de los segundos. El cardenal Jimenez de Cisneros; uno de los más grandes caractéres de un siglo que produjo muchos, después de haber sido elevado por sus virtudes desde una humilde pobreza al arzobispado de Toledo y á la regencia de España, usó de su poder para reformar á los conventuales y franciscanos; introdujo en el clero de su diócesis una disciplina no acostumbrada, mandó que se tuviesen libros para apuntar las partidas de bautismo y casamientos, y preparó una biblia políglota. La Iglesia misma no creyó nunca ocultar los abusos ni justificarlos: no se pueden tampoco hacer sátiras más fuertes que los decretos de reforma repetidos en todos los concilios, ya generales ya particulares.

¿Un hombre de una elevada y sincera voluntad hubiera podido conducir á una solucion clara y cristiana, á una mediacion pacífica la deplorable disidencia de las ideas prácticas, es decir, la complicacion de las relaciones eclesiásticas y religiosas, políticas y seculares, confundidas entre sí, y conciliar la diferencia de la Iglesia con el Estado? ¿Hubiera podido verificarse la reforma amigablemente, corrigiendo y no demoliendo, por amor y no por ira, consolidando la unidad y no destruyéndola? ¿Qué parte hubiera quedado entonces á la autoridad pontificia en las cosas terrestres? Estos son problemas insolubles; pero de seguro hubiera sido para grandes doctores y pontífices una empresa muy gloriosa.

Desgraciadamente los acontecimientos políticos llegaron á trastornar todo arreglo pacífico. En sus diferencias con Luis XII, Julio II, que nunca conoció el temor ni la duda, prodigó las escomuniones por cosas enteramente mundanas, y se siguió una reaccion. En el momento en que un concilio se reunia contra el pontífice y hacia inminente un cisma, Pedro Gringoire (1511) verificaba la representacion en Francia de su drama titulado el *Príncipe de los locos y la Madre loca*, en el que se ridiculizaba á Roma. En 1510, la dieta de Ausburgo formulaba quejas contra las pretensiones pontificales, y predecia el peligro de una insurreccion general contra el clero, y una separacion de la Iglesia, como en Bohemia, sino se tomaban medidas. Las persecuciones armadas habian producido en aquel reino su efecto ordinario, disponiendo á la compasion á los oprimidos, y á la creencia de que la razon estaba de su parte. Resultó de ello, que los errores que los husitas habian heredado de los cátaros, de los valdenses, de los wiclefitas encontraron numerosos adherentes. Desde 1512, dos sabios afamados en Alemania, Pellicano y Capiton, impugnaban la presencia real, y Ecolampadio (Juan Hausschein), hacia otro tanto en sus sermones en 1514 (24).

Ideas de libertad civil se esparcian al mismo tiempo. Los pueblos conocian cada vez más sus males, cuyo remedio buscaban, y trataban de abrirse un nuevo camino. Pensando en la servidumbre, en la cual habian languidecido sus abuelos, temian volver á ella, y el horror á lo pasado los hacia sospechar del poder clerical que hasta entonces habia predominado. En los paises en que los eclesiásticos habian llegado á ser príncipes, el odio contra la autoridad señorial se cambiaba en contra del carácter sacerdotal. Los nobles de Alemania estaban resueltos á sacudir el yugo de los pequeños príncipes para no depender más que del emperador, y creian que una revolucion cualquiera que fuese les ayudaria útilmente. Los mismos príncipes estaban descontentos de los mil medios, con cuya ayuda la corte romana sacaba el dinero á sus Estados á título de reservas, annatas, espectativas y dispensas. Diversos concordatos habian paliado el mal, pero sin destruirle enteramente.

Las necesidades se habian aumentado con las guerras nacionales y por el sosten de ejércitos per-

---

(22) Schelornio, *Amœnitates historiæ ecclesiasticæ*, y Gerdesio, *Specimen Italiæ reformatæ*, reunieron á todos los precursores de la reforma, adhiriéndoles tambien libres pensadores, pero fieles á la Iglesia.

(23) Gerónimo Negro, dice que Sadoleto «se propuso escribir un libro *De república*, y pasar por el tamiz todas las repúblicas de aquel tiempo *præcipue* la república, no de la Iglesia, sino de los sacerdotes.»

(24) Podemos aducir un nuevo hecho. En la biblioteca de Munich existe una carta escrita en 12 de mayo de 1516 por Estéban Rosin al príncipe Cárlos, obispo gurcense, en que le refiere que en el primer año del pontificado de Leon X predicaba en Roma un fray Buenaventura, diciendo que era el salvador del mundo elegido por Dios, cuya Iglesia se estableceria en Sion, y se agruparon á besarle los piés como vicario de Cristo más de veinte mil personas. Escribió un libro «de la apóstata rechazada y maldita de Dios meretriz Iglesia romana» en que escomulgaba á los papas, á los cardenales y á los prelados: decia que él bautizaria al Imperio Romano, escitaba á los reyes cristianos á que reuniesen sus armas en su favor, y exhortaba especialmente á los venecianos á que conservasen la amistad del rey de Francia, que era el elegido de Dios para trasladar su Iglesia á Sion y convertir á los turcos. En 1516 fué preso y encerrado en el castillo de Sant' Angelo. Hoffer, *Analecten zur Gesch. Deutschlands und Italiens*, 1847.

manentes: los soberanos, cuyas rentas estaban en desórden, dirigian una mirada de envidia sobre los bienes del clero, y procuraban por intérvalos, gravarlos tambien con empréstitos y tasas, prontos á apoderarse de ellos desde el momento en que ya no tuvieran que temer la oposicion de Roma.

La continua intervencion de los alemanes en los negocios de Italia, habia producido antipatías recíprocas: los italianos odiaban á los hombres de allende el Rhin como violentos y toscos; los alemanes despreciaban á los italianos como afeminados, y consideraban su superioridad intelectual como artimañas y mala fe. Pero en el momento preciso en que las naciones conocian la necesidad de la independencia, arreglos de familia y transacciones políticas reunian bajo el cetro de la casa de Austria las poblaciones menos análogas; otras ambiciones estinguian la personalidad de varios paises de segundo órden, multiplicando los descontentos que producen siempre las innovaciones. Roma oia el sordo gemido que anuncia la proximidad de una tempestad, pero orgullosa con su amor á las artes, creyó que bastaria oponer sus obras maestras á las detracciones, el Vaticano y la *Trasfiguracion* al silogismo destructor; pero este era un lenguaje ininteligible para la positiva Alemania.

Tal era el campo en que se preparaba una guerra que debia trastornar al mundo y hacerse sentir á las generaciones mas remotas, triple fenómeno, filosófico, social y religioso; reaccion orgullosa del análisis contra la síntesis, de la crítica contra la tradicion, del juicio contra la autoridad; en la que no se trataba del interés de los reyes, sino del de los pueblos, de la creencia, del culto y de la emancipacion del pensamiento.

CAPÍTULO XVII

LUTERO.

Cristo habia venido al mundo para salvarle *por la gracia y por la fe* (1); castigó nuestros pecados en sí mismo, y satisfizo por nosotros. Pero después de este castigo y esta satisfaccion, habia dejado á sus apóstoles y á la Iglesia el cuidado de exigir de los pecadores, para obtener su perdon, una pena expiatoria en la confesion, con la facultad de determinar el modo y duracion de aquellas penas, y perdonar una parte de ellas, á lo que se llamó indulgencia (2). La Iglesia, segun manifiesta san Cipriano, cree que con la penitencia no se satisface tanto á ella como á Dios; así pues la remision parcial de la pena era tambien indulgencia de parte de la satisfaccion debida á la justicia divina, concedida por la autoridad que se habia atribuido á la Iglesia de atar y desatar. Del mismo modo que ésta prescribió desde los primeros tiempos las oraciones, los ayunos, las penitencias y las mortificaciones (3); desde aquella época hizo tambien igualmente uso de la facultad que se le habia dado de perdonarlas. Así era, que al lado de la doctrina que enseñaba, que la salvacion procede gratuitamente de Cristo, existió la de la cooperacion del hombre, la satisfaccion penal y la relevacion parcial ó total del pecado, segun las circunstancias que militasen en favor del penitente.

Cuando se desorganizaron los estudios á fines del siglo VII, se introdujo una innovacion que parecia dictada por el celo de la disciplina, pero que no tuvo otro efecto que trastornarla. La pena que en los primeros siglos no pasaba de treinta años, se estendió entonces á varios siglos; era, pues, imposible obtener la absolucion durante su vida. En lugar de restringir su duracion, se les ocurrió permitir la *conmutacion*, y después la *redencion*. Los frailes se encargaron, en fin, de la realizacion de las penitencias que se rescataban, pagando ciertas sumas determinadas en los libros penitenciarios. Las cruzadas entraron en la clase de las conmutaciones, sus peligros y trabajos se creyeron suficientes para compensar las penas temporales de satisfaccion, como tambien el dinero necesario para aquellas espediciones; comprendióse después en ellas todas las obras llamadas *pias*, como edificar iglesias, puentes y monasterios. Aunque Roma declarase que aquellas indulgencias no tenian valor sino en tanto que eran acompañadas de arrepentimiento, el vulgo se engañaba fácilmente con respecto á esto. Sea cualquiera el juicio que se tenga sobre semejante innovacion, dice el padre Morin (4), prueba que la nocion de la indulgencia estuvo siempre unida á la de las penas expiatorias que la justicia divina exige por la culpa cometida, y que se ha creido siempre que la Iglesia habia recibido de Dios la autoridad de conceder indulgencias.

No pudiendo comprender los escolásticos (prosigue el mismo autor) que se puede conceder por tan ligeras satisfacciones tan grandes indulgencias, y atormentados por el axioma de san Agustin que, de acuerdo con otros Padres de la Iglesia dice: que si el pecador no castiga al pecado en él, Dios le castigará; los escolásticos, digo, recurrieron á este razonamiento: una sola gota de sangre de Cristo hubiera bastado para rescatar al mundo, pero quiso derramarla toda: de esta manera preparó un tesoro inagotable de misericordia, aumentado además con los méritos subrogatorios de los santos,

(1) *Ad Ephes* II.
(2) San Mateo, c. XVIII
(3) *Ad Corint.* I y Tertuliano, *De pœnitentia.*

(4) *De pœnitentia* I, X, c. 19.

y las obras de salvacion que se hiciesen sin ser necesarias. Como depositarios y dispensadores de este tesoro, pueden los obispos y los papas distribuirle á los pecadores arrepentidos, perdonándoles, ya en todo, ya en parte, la pena merecida, á título de *indulgencia*. Aun no es esto todo, las indulgencias podian ser tambien aplicadas á las almas del purgatorio.

Esta opinion sobre el tesoro de gracia y su aplicacion, nada tiene de comun con el dogma de las indulgencias admitido por toda la Iglesia. Llegaron después los jubileos, con cuyo motivo se concedia indulgencia plenaria, y que, atrayendo á una inmensa multitud al sepulcro de los santos apóstoles, fueron para Roma una mina fecunda de riquezas. La indulgencia se estendió á los que atendian á las necesidades de los papas en otras circunstancias. Los papas eran los padres y custodios universales de la justicia. Si en nuestros dias todo un reino contribuye para pagar á los tribunales y al príncipe, natural parecia entonces que toda la cristiandad contribuyese al sostenimiento del tribunal del jefe espiritual comun. Añádese á esto que habia que soportar gastos en interés de toda la cristiandad, las cruzadas, la guerra con los turcos, las misiones; era, pues, justo que todos los fieles tomasen parte en ellos. Pero en la mezcla de los dos poderes no era dificil confundir las necesidades espirituales con las exigencias mundanas, y las necesidades personales con las de toda la Iglesia.

La venta de las bulas de indulgencia llegó á ser una de las rentas más pingües de la corte romana. El vulgo creia con facilidad que aquel dinero era el precio de la cosa santa; y los frailes recaudadores, enviados á percibirlo, tomaban un tanto por ciento del beneficio, y ensalzaban de una manera profana la virtud del perdon. Los concilios de Letran, Viena y Constanza habian pronunciado severas prohibiciones sobre este tráfico; pero Leon X creyó poder no hacer caso, con el objeto de reunir tesoros para dos grandes emprusas, una cruzada contra Selim y la ereccion de un templo, que debiendo ser la imágen visible de la unidad católica, le parecia reclamar el concurso de todos los cristianos. La Edad Media no hubiera encontrado ninguna objecion á este proyecto; pero entonces habian crecido las naciones, y tomaban su vuelo fuera del seno en que se habian desarrollado. Los príncipes cuya avaricia en recursos rentísticos iba á la par con la ignorancia pública, querian tener parte en aquel género desusado de contribucion (5).

Juan Tetzel, fraile dominico de Pirna, encargado por el arzobispo elector de Maguncia de percibir en Alemania el precio de las bulas (6), cumplió su mision de una manera escandalosa, atravesando la Sajonia con cajas llenas de cédulas todas firmadas. A su llegada á un pueblo, enarbolaba una cruz en la plaza, y comenzaba á pregonar su mercancia: *Comprad, comprad, decia, porque al sonido de cada moneda que cae en mi cajon sale un alma del purgatorio* (7). Acudia el pueblo en tropel á cambiar sus thalers y cequíes por indulgencias; la venta se verificaba en las tabernas. Así fué que aquel fraile se llevó sólo de Freyberg 2,000 florines, con gran disgusto del elector de Sajonia é indignacion de las personas honradas.

Lutero, 1483-1546.—Ningun hombre se resintió de ello más enérgicamente que Martin Lutero. Nacido en Eisleben, en el Mansfeld, se habia procurado algun dinero para estudiar, yendo por las casas cantando salmos, hasta el momento en que una viuda de Eisenach, evitándole aquella humillacion, le dió mesa y alojamiento. Se ejercitó en los clásicos en la universidad de Erfurth, supo por casualidad en aquella biblioteca la existencia de la Biblia, porque habia creido hasta entonces que los fragmentos referidos en la liturgia, era todo lo que existia de ella en latin. Habiendo sido deslumbrado por un rayo, esperimentó tal emocion, que hizo voto de renunciar al mundo. Tomó el hábito de fraile agustino, y procuró por las penitencias y la oracion que prolongaba hasta desmayarse de fatiga, reprimir las tentaciones de sus sentidos; mas como no lo consiguiese se hizo su carácter meditabundo. Su provincial, Juan de Staupitz, hombre afamado por su erudicion y pureza de costumbres, le animaba diciéndole, que si Dios le hacia pasar por tan grandes pruebas, era porque le destinaba á grandes cosas, y que debia resistirlas contemplando las llagas de Cristo y conociendo á Dios. Le obtuvo una cátedra de teologia en la nueva universidad de Wittemberg, una de las primeras en que el platonismo destronó á la escolástica, y en la que se unieron á los estudios comunes de la teologia y filosofia el del derecho. Fray Martin se formó allí un nombre, y convertido en predicador ordinario, se vió aplaudido y estimado del elector; tanto, que se sobrepuso á su timidez acostumbrada, y venciendo la hipocondría, entró en la sociedad, donde se hizo notar por su talento, su agudeza y elocuencia.

Habiéndose suscitado una cuestion entre los religiosos agustinos, fué enviado á Roma, y á su paso por Lombardia se escandalizó al encontrar allí un convento dotado con 36,000 ducados de renta. Cuando llegó á la gran ciudad, recorrió la capilla,

(5) Seis años antes de la primera tésis de Lutero, se publicó en Sajonia una indulgencia para atender á los gastos de una cruzada contra los turcos; pero el emperador y el elector, que fueron los protectores de Lutero, se apoderaron de su producto.

(6) La bula del papa da un mentís á Guicciardini, que dice que habia asignado á la señora Cibo, su hermana, el producto de las bulas en Alemania.

(7) Proposicion condenada por la Soborna el 6 de mayo de 1518.

se prosternó ante las reliquias, sube de rodillas las santas gradas, pero su alma fria y positiva no comprende nada de la poesia del cielo italiano, ni de las artes que produce, no se conmueve á la vista de tantos restos de la antigüedad, con los cuales rivalizan las nuevas obras maestras, y tantos talentos de primer órden, de los cuales uno solo bastaria para inmortalizar un pais y un siglo, reunidos al abrigo del manto pontificio. Encuentra el tiempo lluvioso, las posadas malas, áspero el vino, mal sana el agua, el aire cargado de miasmas, y una naturaleza tan miserable como los hombres. En medio del esplendor del culto y de la magnificencia de los ornamentos pontificios, no piensa más que en el dinero que todo aquello cuesta, y en los medios empleados para procurárselo. Escandalízase de la corrupcion de las costumbres, de las anécdotas que se refieren de Leon X, de la indiferencia de aquellos sacerdotes que *dirian quince misas mientras que él dijera una*, de la venalidad de la corte romana, dispuesta á decir como Judas: *¿Cuánto me dais y os le entrego?*

Vuelto á su pais con tales sentimientos (1512), tomó el grado de doctor en teologia, y se propuso estudiar la Biblia en griego y en hebreo, maldiciendo la escolástica y á Aristóteles, «juglar que engañó á la Iglesia con su máscara griega.» Adoptó por el contrario, á san Agustin y á los místicos, como san Bernardo y Juan Tauler. Cuando supo el modo con que el dominico Tetzel procedia á la venta de las indulgencias, ya fuese por envidia de fraile, ó ya por celo verdadero, dijo: *Yo haré un agujero á ese tambor*. Desde entonces, oponiéndose á aquellas profanaciones, negó la absolucion á los penitentes que habian comprado de aquellas indulgencias, á menos que no reparasen el mal y prometiesen corregirse. Cuando llegó la fiesta de Todos Santos, que atraia á Wittemberg mucha gente, fijó en la iglesia de aquella ciudad noventa y cinco tésis que se comprometia sostener, contra el abuso de las indulgencias, y en las que atribuia á Dios todo el bien que el hombre hace; por lo demás, siempre sometido al papa (8), «que si conocia las exacciones de los vendedores de indulgencias, quisiera mejor ver la basílica de San Pedro reducida á cenizas, que construirla con la carne y huesos de sus ovejas (9).

Lejos estaba ciertamente Lutero de prever qué incendio resultaria de ello, y como el mismo papa habia reprobado estos abusos, esperaba que el pontífice le seria favorable (10). Si los superiores de su convento le dirigian reconvenciones: — « Padres mios, contestaba, si lo que he hecho no es en nombre de Dios, ello sucumbirá; si Dios lo quiere, sujetémonos á Dios.»

El abuso de las indulgencias, que hubiera sido posible suprimir sin romper la unidad de la Iglesia no fué, en efecto, más que una causa esterior y accidental; pero como ya hemos visto, todo estaba preparado de tal modo, que bastaba una chispa para determinar un incendio inestinguible. Lutero estendió, pues, sus tésis, y las envió al elector de Maguncia, bajo cuya autoridad se vendian las indulgencias. El mismo emprendió establecer, en su primer sermon sobre esta materia, que no era posible probar con la Escritura que la justicia divina exige del pecador otra penitencia en satisfaccion que el arrepentimiento y la intencion de llevar la

---

(8) Aunque ya habia publicado: *De viribus et voluntate hominis sine gratia, contra doctrinam papæ et sophistarum*. Wittemberg, 1516.

(9) Además de las historias eclesiásticas, los escritos de los reformadores y la coleccion de las obras de Lutero hecha en Jena, pueden consultarse:

J. SLEIDANI.—*De statu religionis et reipublicæ sub Carolo V Cæsare comentarii*, 1555.

LUIS DE SECKENDORF.—*Comment. Hist. et apologeticus de lutheranismo*, 1690. Es una contestacion á la *hist. del luteranismo de* MAIMBOURG, jesuita.

GERDES.—*Hist. evang. sec. XVI, renovati.*

VON DER KARDT, *Hist. literaria reformationis.*

MENKEN, *Scriptores germ.* Ha coleccionado varios folletos sobre este asunto, y particularmente los Anales de la reforma, de Jorge Spalatino.

G. J. PLANCK.—*Gesch. der Entstehung der protestantischem Lehrbegriffs*. Leipzig, 1789.

BEAUSOBRE.—*Hist. de la reforma desde* 1517 *hasta* 1530. Berlin, 1785.

C. L. WOLTMANN.—*Gesch. der reformation*, 1801.

CH. VILLERS.—*Ensayo sobre el espíritu y la influencia de la reforma de Lutero*. Paris, 1806. Fué premiado por el Instituto, pero no vió las fuentes y juzgó apasionadamente. Mejor han tratado el mismo punto recientemente Max y Hœninghaus.

ROBELOT, *De la influencia de la reforma de Lutero.*

C. W. SPIECKER.—*Gesch. Luthero und der Kirchenverbesserung in Deutschland*. Berlin 1818.

G. PFIZER.—*Martin Lutero*, Sttutgard, 1836.

G. WEBER.—*Gesch. des calvinismus in seinen Verältnissen mit dem Staat in Genf ind Frankreich*, 1838. Hasta la revocacion del edicto de Nantes.

J. WINSLEBEN.—*Proposiciones de Lutero dadas á luz*. Stuttgard, 1839.

MICHELET, *Mem. de Lutero.*

M. V. AUDIN.—*Hist. de la vida, de los escritos y de las doctrinas de Lutero*. Paris, 1840 Adversario acérrimo de Lutero.

JONATÁS SCHUEDEROFF, *Veber protestantismus und Kirken reformation.*

SCHMITH, *Luther und reformation.*

WAGENSEIL, *Leben und Gesch der Luther*, etc.

J. H. MERLE D'AUBIGNÉ. *Hist. de la reforma del siglo* XVI. Paris, 1837.

DOLLINGER. *Die Reformation irhe innere Entwicklung, und irhe Wirkungen im Umfage des Leutherichen Bekentnisser*, Ratisbona, 1846.

Biblioteca Luterana, *Ubersicht der gredrukung Dr. M. Luther, betreffenden biografischen schristfen: zusammengestellt von* E. G. VOGET. Hale, 1851.

(10) *Et in iis certus mihi videbar me habiturum patronum papam, cujus fiducia tum fortiter nitebar, qui in suis decretis clarissime damnat quæstorum inmodestiam.* Præf. ad op. lat., t. I.

cruz de Cristo. «El concurso del acto ó de la obra para satisfacer á la justicia suprema no está prescrito, afirma, en ningun derecho. Nos dicen que la indulgencia aplicada á las almas del purgatorio, les vale para la remision del castigo que les corresponde; y esta es una opinion que no tiene fundamento.—Si tienes algo supérfluo, dalo para edificar la iglesia de san Pedro, dalo por amor de Dios, pero no compres indulgencias. Prefiere á tu hermano, que es pobre, á San Pedro y á las indulgencias.—La indulgencia no es ni de precepto ni de consejo divino; no es ni un mandato ni una obra que produzca salvacion.—El que dice que soy hereje porque causo perjuicio á su bolsillo, no ha comprendido nunca la Biblia.»

¿No se conoce ya el tono de reto, la confianza en sí mismo fundado en la lectura de la Biblia, el desden de la tradicion y de la escuela?

Al momento surgieron contradictores con tésis opuestas, en las que la discusion se habia llevado á tal esceso, que la misma Roma se disgustó. Los dominicos se colocaron, por espíritu de cuerpo, en el partido contrario. Juan Eck, canciller de la universidad de Ingolstadt, el más célebre dialéctico de Alemania, y en otro tiempo amigo de Lutero, escribió contra él los *Obeliscos*, con gran ciencia y sutileza (11). Por su parte empero, le opuso los *Asteriscos*. Toda divergencia de opinion era condenada como hereje, y esto determinaba muchas gentes á declararse enemigos. Los exagerados repetian que el estudio de los clásicos conducia al error; y resultó de esto, que todos los humanistas fueron favorables á Lutero, pero aun más porque era hostil á los dominicos, á quienes se odiaba por estar encargados de la censura de los libros.

La prensa se convertia entonces en una fuerza social, y las tésis de Lutero, esparcidas con increible rapidez, escitaron á la discusion; pues avanzando más de lo que anunciaban, ponian en duda el poder legítimo del soberano pontífice y hasta su autoridad en materias de fe.

Todo éstaba ya trastornado, y la cristiandad civil en dos campos, y Roma permanecia aun silenciosa. Nueve meses estuvo aun en tal estado, creyendo que sólo se trataba de una de aquellas cuestiones producidas por la ociosidad charlatana de los monasterios, y destinadas á morir como las demás. Dificilmente podian persuadirse las personas instruidas en Italia que un *bárbaro* pudiese conseguir nada de extraordinario. Leon X, amigo de los hombres de talento, se complacia en aquellas sutilezas, y decia «que fray Martin era una gran capacidad, y que todo aquello no era más que envidia de los frailes;» cuando no estaba bien dispuesto, le trataba de aleman borracho, á quien era preciso dejar que se le pasase la embriaguez (12). Por otra parte, Lutero le habia escrito: «Santísimo padre, me prosterno á tus piés y me entrego á tu santidad con todo lo que poseo y soy. Vivifica, mata llama, recuerda, aprueba y reprueba como quieras, yo reconoceré tu voz como la de Cristo, que reside y habla en tí, sabiendo que tu voz es la voz de Cristo, que habla por tu órgano. Si he merecido la muerte, no la rechazaré, en atencion á que la tierra y todo lo que contiene es de Dios, cuyo nombre sea bendito. Es verdad que aquel hombre leal escribia al mismo tiempo á Spalatino: «No podria yo decidir, si el papa es el Antecristo ó el apóstol del Antecristo. »(13)

El emperador Maximiliano, más próximo á la contienda, reconoció la gravedad de ella y pensó en convertirlo en un arma contra Roma (14): pero apenas tuvo necesidad de la Santa Sede, denunció á Lutero á Leon X, quien lo citó á comparecer ante su trono en el término de sesenta dias (1518). Aunque protestando de su sumision con respecto al pontífice, fray Martin se habia asegurado apoyos terrestres; y gracias al elector de Sajonia, obtuvo ser oido en Alemania por un delegado. La eleccion recayó en Tomás de Vio, cardenal de Gaeta (más conocido con el nombre de cardenal Gaetano), dominico de gran reputacion, saber y santidad, que propuso entablar una discusion en Augsburgo. Aunque los amigos de Lutero tratasen de separarle de ello (15), recordándole el ejemplo de Juan Huss, conoció que, poderosamente recomendado como estaba y sostenido por los patricios de aquella república (16), le seria imposible usar de violencia con respecto á él, aun cuando tuvieran la intencion, y aceptó la lucha.

---

(11) «Refugiarse en los rayos que iluminaron á la Iglesia después de Pedro, creer en la enseñanza que se ha perpetuado sin mancha ni sombra en las escuelas, seguir las huellas de los doctores, de los padres, de los papas, glorias del catolicismo, ¿es acaso renegar de la razon, repudiar el testimonio de los sentidos y apagar la luz? ¿Nuestros intérpretes no han leido y meditado? ¿Por qué Dios les ha de haber negado la enseñanza que te ha revelado á tí?»

(12) *Ein voller trunker Deutscher*. LUTERO, op. XXII, página 1337.

(13) Merle de Aubigné, panegirista más bien que historiador, esclama al llegar á este punto: «¡Cuánto honran estos combates á Lutero! ¡qué sinceridad, qué rectitud no hacen descubrir en su alma! ¡y qué digno de nuestro respeto le hacen los penosos asaltos que tuvo que sostener tanto dentro como fuera, más digno de lo que hubiera podido hacerle su intrepidez sin semejante lucha!

(14) Escribia al elector de Sajonia: «Cuidad á fray Martin, porque puede suceder que nos sea muy útil. *(Dasser uns den munch Luther fleisig bewære.)*» Matth. XV.

(15) *Contra omnium amicorum consilium comparui.* LUT.

(16) El mismo Lutero, en su carta relativa á esta marcha, habla de los honores y fiestas que le hicieron Peutinger, consejero del imperio, el consejero Langemantel, los hermanos Adelmann, canónigos, diciendo además que estaba recomendado por el elector y por el embajador de Francia, *así es* que, dice Merle de Aubigné, *que lo más respetable de la clase media de una de las primeras ciudades del imperio opinaba ya por la reforma.*

Esta era la primera vez que el pueblo se veia llamado á juzgar en teologia, con ayuda sólo del buen sentido: literatos, doctores y grandes, todos se regocijaban con un debate que salia del estrecho círculo de las argumentaciones de costumbre, y Lutero conocia que era jefe de una secta exasperada por la contradiccion. El cardenal Gaetano trató de separarlo de la mala senda; pero no conoció que era una estremada imprudencia el entablar discusiones, que nunca deciden nada. En efecto, Lutero se negó á hacer acta de completa sumision, prometiendo solamente sujetarse á la decision de la Iglesia, ó de las universidades de Basilea, Friburgo, Lovaina y París. Fingiendo después temor por su seguridad, huyó en secreto; y el cardenal publicó un edicto por el cual Leon X aprobaba lo que habian hecho los vendedores de indulgencias, y declaraba hereje á Lutero.

No renunció, sin embargo, el papa á los medios de conciliacion. Hasta envió á Federico de Sajonia la rosa de oro por conducto del canónigo Cárlos de Miltitz, noble del imperio y antiguo soldado, que libre de la obstinacion teológica, parecia propio para verificar un acomodo. Pero recibido friamente el enviado por el elector, no tardó en conocer cuántos progresos habia hecho el mal; porque de cuatro personas que encontrara, tres por lo menos opinaban como Lutero. Fray Martin escuchó al conciliador, que con dulzura italiana (17) le invitaba á guardar silencio; pero sin obtener nada. Sin embargo, por su consejo escribió Lutero al papa en estos términos: «Vuestra cólera, padre, me pesa demasiado; y á pesar de ello no veo el medio de sustraerme. Retractaria mi tésis, si esto bastase á vuestras miras; pero, como consecuencia de las refutaciones, mis escritos se han estendido más que lo que habia esperado, y han hecho tal impresion, que ninguna retractacion conseguiria destruirlos. Todo el mal procede de aquellos contra quien me he levantado. Pongo por testigo á Dios y á los hombres de que nunca he tratado de derribar el poder de la Iglesia ni el vuestro, que reconozco superior á todos, escepto al de Jesucristo. Prometeria á vuestra santidad no ocuparme de las indulgencias, y guardar silencio en esto, si mis adversarios cesasen de alabarse y maltratarme con palabras. Exhortaré al pueblo á honrar á la Iglesia romana; templaré la violencia con que he hablado de ella, conociendo que al atacar á esos que refieren cuentos, he causado daño á la Iglesia, cuando mi única intencion era impedir que la avaricia de algunos extranjeros la contaminase.» En efecto, publicó un escrito en el cual sostuvo la veneracion que se debe á los santos y á la doctrina del purgatorio, diciendo que la Iglesia romana ha sido santificada por gran número de mártires, y que los abusos no dan derecho á separarse de ella; que por el contrario, deben unírsele más, en atencion á que el amor y la union pueden remediar muchos males; y que sólo á los doctos pertenece examinar los límites del poder de la Santa Sede, en atencion á que esto no importa á la salvacion.

Pero el mal iba en aumento; Eck provocó á Lutero á una discusion pública, que aceptó en Leipzig. Carlostadt le sirvió de segundo en lo concerniente á la doctrina del libre albedrio; después de él, discutió Lutero sobre el orígen divino del poder papal. Fué vencido en aquella lucha (18); pero sus razonamientos se estendieron; y desde el momento en que una vez negó la infalibilidad de la Iglesia, no quiso ya retractarse. Dedicóse, pues, esclusivamente á buscar argumentos favorables á su causa, no dejando subsistir más que las verdades literalmente espuestas en el Evangelio, y en los cuatro primeros concilios ecuménicos, y rechazando por lo demás la transustanciacion, los sacramentos, el purgatorio, los votos monásticos, la invocacion á los santos. Escribió después al papa con tono irónico, manifestándole compasion como á un cordero en medio de los lobos, y repitiendo todas las abominaciones que se decian de Roma (19).

Estos últimos insultos exasperaron la magnanimidad de LeonX, y fulminó la escomunion (1520). Entonces publicó Lutero la *Iglesia esclava de Babilonia*, en la que proclamó á Roma peor que á Sodoma, Gomorra y los turcos, tipo en este mundo de todo vicio, de toda iniquidad; y termina de esta manera: «Ni papa, ni obispo, ni quien quiera que sea, tiene poder para imponer la menor cosa á un cristiano, si no es con consentimiento propio: de otra manera hay espíritu tiránico. Somos libres; el voto del bautismo basta, y es superior á todo lo que podamos cumplir. Los demás votos pueden, pues, abolirse. Que los que entren en el sacerdocio sepan que sus obras no se diferencian delante de Dios de las de un labrador ó una ama de casa. Dios aprecia las cosas segun la fe.» Multiplicáronse los escritos, y los fautores de Lutero traspasaron todos los límites. La requisa hecha en todos los almacenes de los libreros, de las publicaciones del fraile escomulgado, se com-

(17) *Has italitates*, dice Lutero, Ep. I, pág. 231.

(18) Lutero no queria pasar por husita. Habiéndole demostrado Eck que una de sus proposiciones habia sido condenada por el concilio de Constanza, llegó á decir que para creer una proposicion hereje no le bastaba que fuese condenada por un concilio. Eck habia citado el pasaje evangélico: *Tu eres Pedro*, etc. Ahora bien, Lutero sostuvo, que al pronunciar estas palabras Cristo enseñó á Pedro, y que tocándose después á sí mismo añadió: *Y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Estos argumentos no fueron muy del agrado de los indiferentes.

(19) Su carta es del 6 de abril, fecha que es importante fijar: Merle de Aubigné, se espresa de esta manera: *Aun antes de que Roma haya tenido tiempo de publicar su temible bula, él es el que lanza la declaracion de guerra... mostraba una sencillez y humildad admirables.*

paró á la más terrible persecucion (20). Todo el que aspiraba á pasar por docto y liberal estaba obligado á blasfemar del papa. Habiendo reunido después Lutero á los estudiantes de Wittemberg, quemó públicamente las decretales y la bula de escomunion, espresando el sentimiento de no poder hacer otro tanto con el pontífice *que habia turbado el santuario del Señor* (21).

De esta manera se proclamó la guerra, y el abismo abrió el abismo; aplaudióse la audacia; los sermones y las discusiones se reprodujeron rápidamente por la prensa; las bellas artes prestaron tambien su ayuda á la insurreccion, multiplicando los dibujos, los objetos de relieve, las caricaturas, los retratos, que son otros tantos cebos para la muchedumbre. En 1520, las obras de Lutero se habian traducido ya en España y en los Paises Bajos; en 1521, un peregrino las compraba en Jerusalen.

El mismo Lutero, asustado del incendio de que era el Erostrato, se detuvo más de una vez, y prometió retractarse y someterse; pero mientras Leon le esperaba en el tribunal de la penitencia, dió á luz el tratado de la *libertad cristiana*, en que sostenia la justificacion sin las buenas obras, y aun la incompatibilidad de la fe con las obras, la sumision de la criatura al demonio, y la impecabilidad del alma, con tal que crea en el cordero que redimió de culpa al mundo (22). Sintiendo zozobrar la nave de que era piloto, fulminó Leon sentencia definitiva contra Lutero y sus parciales. Alejandro, nuncio pontificio, que habia presenciado los progresos de la nueva doctrina, y visto por todas partes escritos, canciones, imágenes contra el papa, y protegidas de los príncipes por odio y envidia hácia Roma, pidió que la dieta de Worms condenase á Lutero; pero no habiéndolo conseguido, expuso su doctrina á aquella asamblea para hacerla ver que Lutero no se contentaba con indicar los abusos, sino que atacaba al dogma (23). Raciocinó con valentia y lógica; pero ¿era prudente convocar un consejo secular para juzgar cosas de orígen divino? De este modo la cuestion teológica se hizo nacional: sometiéronse las dudas á una asamblea de seglares incapaz de apreciarlas, que llena de orgullo levantó cien quejas contra Roma, concluyendo por suplicar al nuevo emperador Cárlos Quinto, que remediara tantos males. El elector de Sajonia se opuso á que se resolviese nada sin oir antes á Lutero, por lo que se expidió un salvo-conducto al *pio, querido é ilustre doctor*, á nombre del emperador de tantos reinos, paises y ducados.

Muchos intentaron disuadir á Lutero de aquel viaje; pero él decidió emprenderlo «aun cuando se conjuraran en contra suya tantos diablos como tejas tienen los tejados,» y en el camino compuso su famoso himno, que fue verdaderamente la *Marsellesa* de la Reforma:

«Fortaleza inexpugnable es Dios: escudo seguro, arma á toda prueba: él nos librará de los males que nos cercan. En nuestro camino se ha atravesado el enemigo del hombre; sus armas son la astucia y un poder inmenso: no le hay igual en la tierra.

»Impotentes son nuestras fuerzas, y no tardaremos en sucumbir; pero nos protege el hombre recto, elegido por Dios entre sus criaturas: Y ¿quién es este hombre? Jesucristo, el Dios de Sabaoth; no hay otro Dios; el es él supremo Señor.

»Aun cuando la tierra estuviese poblada de demonios prontos á devorarnos, no temblaríamos

---

(20) Véase los términos en que se espresaba Aubigné: «Disponíanse las hogueras... todo anunciaba que una terrible catástrofe iba á dar fin con la audaz rebelion. En octubre de 1520 se recogieron todos los libros de Lutero de las librerias... Vióse construir catafalcos donde debian ser reducidos á cenizas los escritos del hereje.»

(21) «De esta manera era como la reforma queria restablecer en la Iglesia la santidad de las costumbres,» sacó en consecuencia Merle de Aubigné.

(22) *Sufficit quod agnovimus per divitias gloriæ Dei agnum qui tollit peccatum mundi, ab hoc non avellet peccatum, etiam si millies uno die fornicemur aut occidamus.*

(23) «Dicen que sólo se trata de algunos puntos controvertibles entre el papa y Lutero, especialmente los que se refieren á la autoridad de la Santa Sede. Error gravísimo, pues, que de los cuarenta artículos que condena la bula, pocos son los que se refieren á la autoridad papal. Lutero niega que las buenas obras sean necesarias para la salvacion; niega la libertad del hombre en la observancia de la ley natural y divina. ¿Qué diremos del monstruoso poder que concede á los seglares de ambos sexos de absolver los pecados? Pasaremos en silencio la insensata doctrina en que asegura no ser lícito resistir á los infieles, porque Dios nos visita por medio de ellos, ni la de que deberia prohibirse recurrir á los médicos en las enfermedades, porque Dios nos las manda como castigo de nuestros pecados. Pero admirar el corazon de Lutero que preferiria ver á Alemania desgarrada por los perros de Constantinopla á verla bajo la égida del pastor de Roma!

Roma, segun Lutero, es la morada de la hipocresia. Luego es el asilo de la virtud, pues no se acuña oro falso, donde el fino no está en gran estima. El papa, dice, ha usurpado el primado: ¿le ha usurpado? y ¿cómo? ¿con las falanges de Alejandro, la espada de César ó el hacha del verdugo? ¿Y qué? ¿todos estos pueblos que hablan diferente idioma, que viven bajo diferente cielo y tienen diversas costumbres y diverso orígen é intereses opuestos, se acomodarian á reconocer como vicario de Cristo á un humilde sacerdote, sin poder, sin más patrimonio que un pedazo de tierra? Dice que todos los obispos deberian ser soberanos absolutos en sus diócesis. Entonces, en lugar de una tiranía, habria mil que abolir. Añade que sobre los obispos reinaria el concilio; ¡obispos, bajad la cabeza! ¿Pero seria este un concilio permanente? En tal caso los pastores morarian lejos de sus rebaños. Y si el concilio se disuelve, ¿á quién recurrir para administrar remedios á la sociedad en sus dolencias? ¿quién convocará el concilio? ¿quién le presidirá? ¿Veis como todo lo que pide encierra turbulencias, revueltas y sobresaltos? ¿qué multitud de leyes, de reglamentos, de ritos, de doctrinas saldrian de aquel conciliábulo, en el que todos los fieles creerian que sólo su obispo habia sostenido la integridad de la fe?»

ante ellos y nuestra seria la victoria. Agítense enhorabuena los príncipes del mundo: nosotros estamos á cubierto de sus golpes; pronunciada está su sentencia, y una palabra bastaria á destruirlos.

»Apoderénse esos demonios de nuestros cuerpos, de nuestras fortunas, de nuestros hijos, de nuestras mujeres: todo se lo abandonamos; no por eso se enriquecerán, porque para nosotros será el reino de Dios.»

En aquel viaje, ó mejor dicho, triunfo, pudo apreciar lo mucho que habia engrosado su partido; le acompañaba un heraldo imperial, le recibia el maestro de ceremonias, y se llegó á hacer tanta locura que hubo necesidad de introducirle en la asamblea por una puerta secreta. Cárlos Quinto, al verle solo y tan humilde, dijo: *Este hombre no me hará á mi hereje.* El austriaco no conocia la omnipotencia de la opinion, confiando en la cual y seguro de que le guardaban las espaldas (24), Lutero se negó á retractarse. Preguntado si veia medio de conciliacion, contestó: «*Si mi obra es obra humana, se disipará por si misma; si viene de Dios, nada podrá detenerla en su camino.*

Cárlos Quinto, que necesitaba entonces del papa (25) proscribió á Lutero y á sus partidarios; y de aquí nació la escision entre los príncipes y sus Estados. Porque los innovadores eran ya innumerables y podian á favor de privilegios alemanes hacer frente al emperador. Lutero á su regreso detenido por el elector, su protector, y sin que nadie lo supiese, conducido al castillo de Wartburgo en Turingia, para salvarlo, más que de sus enemigos, de su propia imprudencia.

El silencio del jefe abrió ancho campo á la disonante voz de sus prosélitos, que con no vista intrepidez atacaron el culto que él mismo respetaba. Varios agustinos de Wittemberg desertaron de sus claustros; otros pidieron una reforma, que consistia en que no se dijera misa todos los dias, y pudiera administrarse la Eucaristia bajo dos formas; pero todo fué al fin desechado en el capítulo. Carlostadt que profesaba acerca de la presencia real de Dios en la hostia, ideas contrarias á las de su maestro, quiso al frente de la juventud destruir los restos del papismo, y llegó á celebrarse misa en lengua vulgar y á comulgar sin que precediera confesion. Y ¿cómo ha de maravillarnos que hubiera tantas opiniones como hombres, permitiéndose como se permitia, á todos y cada uno, interpretar la Biblia á su modo, sin ausilio del papa ni de los teólogos?

Lutero, en el retiro que llamaba su Patmos, se dedicó á poner en órden sus propias ideas, que hasta entonces no lo habian estado, y á preparar el que habia de servir de símbolo á la nueva fe: pero incapaz de método, nunca lo consiguió. Sin embargo, concluyó su principal obra, la version de la Biblia, en la que se advierte, que aunque no muy profundo en hebreo, supo sacar inspiraciones de su propio entusiasmo para traducir las originales y reproducir con sublime sencillez la grandeza lírica. Fortificado con la soledad, salió á predicar en contra de los desórdenes, á hacer renacer la disciplina y á repartir cien mil Biblias en lengua vulgar, en las que todos encontraron argumentos con que defender sus ideas. Pasó después á Orlemond, donde se hallaba Carlostadt «para confundir á aquel Satanás,» y Carlostadt amotinó al pueblo contra él y le apedrearon y le cubrieron de lodo: fué á buscarle después á la hosteria del Oso Negro, y en este primer concilio de nuevos apóstoles llenáronse de injurias: Lutero ofreció á Carlostadt un florin porque escribiera en contra de su opinion, éste lo aceptó, mandaron llevar bebidas, brindaron uno á la salud del otro y al separarse se dijeron: *Ojalá que te vea enrodado.—Permita Dios que te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad.*

Los clérigos mal mirados y los frailes involuntarios se aprovecharon de la ocasion de romper la disciplina, no haciendo caso de la Reforma sino en cuanto los eximia de sus penosos deberes, ó les proporcionaba dinero y mujeres (26). Lutero tambien depuso los hábitos; ofreció su convento desocupado al elector que se lo regaló; cambió la forma del culto, prohibió la misa y se casó con la esclaustrada Catalina de Bora. No hay que decir los comentarios á que daria lugar la boda de un fraile con una monja, ni si Lutero contestó á ellos con sarcasmos y violencia. La buena de la monja, exasperada del hondo silencio y de las pequeñas

---

(24) «El papa (escribe) habia mandado al emperador que no respetase el salvo-conducto; los obispos le rechazaban; pero los príncipes se negaron á acceder á sus exigencias por no dar un escándalo. Gran fama debí á todo esto, y ciertamente, ellos *debian temerme mas que yo á ellos.* El hecho es que el landgrave de Hesse, jóven caballero, deseoso de oirme, me buscó, discutió conmigo y por fin me dijo: *caro doctor, si teneis razon, el Señor os ayude.*

(25) «Cárlos Quinto adoptó un sistema de contemplaciones, que consistia en lisonjear al papa y al elector segun la necesidad del momento. No trataba él de saber de parte de quién estaba la verdad y el error, ó conocer lo que reclamaban los gran les intereses de la nacion alemana. ¿Qué exige la política, y qué se debe hacer para que el papa sostenga al emperador? Esta era toda la cuestion, y bien se sabia en Roma.»

MERLE DE AUBIGNÉ.

(26) *Civitates aliquot Germaniæ implentur erroribus, desertoribus monasteriorum, sacerdotibus conjugatis, plerisque famelicis ac nudis. Nec aliud quam saltatur, editur, bibitur ac cubatur, nec docent nec discunt; nulla vitæ sobrietas nulla sinceritas. Ubicumque sunt ibi jacent omnes bonæ disciplinæ cum pietate.* (ERASMO. Ep. 902, 1527.) *Satis jam diu audivimus, Evangelium, Evangelium, Evangelium; mores evangelicos desideramus.* (Ep. 946.) *Duo tantum quærunt, censum et uxorem: cæterea, tat aprillis Evangelium, hoc est potestatem vivendi ut volunt.* (Ep. 1,006.) *Tales vidi mores (Basileæ) ut etiamsi minus displicuissent dogmata, non placuisset tamen cum hujusmodi fœdus inire* (Ep. 1,006).

enemistades del claustro, pero enorgullecida de poseer al reformador y de haber dado un paso ilegal, se hace cavilosa, lo exaspera, se lamenta de las calumnias, haciéndole en fin experimentar todos los tormentos del genio cuando se ve unido á un carácter positivo. El toleraba todas sus quejas como una cosa natural, como una cualidad indeclinable en la mujer al sentir que es madre, que es su única mision sobre la tierra (27). En el seno de su familia reposaba de sus luchas exteriores; reia, bromeaba, amaba después de odiar tanto; y cuando su Catalina se estremecia ante la idea de los peligros que le amenazaban, la inspiraba confianza en Dios, y para dar distinto giro á sus pensamientos, la colmaba de palabras dulces (28), y la muerte de su hija, le arrancó acerbas lágrimas (29).

Esta extraña mezcla de bondad y altivez, de sentimiento y burla, de impetuosidad y sutileza no deja de percibirse un momento en toda la vida de Lutero. Pero aun teniendo presente que en aquellos tiempos no se conocia la urbanidad de la moderacion en las costumbres y las palabras, ofende y repugna el lenguaje libre y burlesco con que trataba las cosas y las personas más respetables; y cuando por las noches acudia á las tabernas con el solo objeto de poner en ridículo lo que por la mañana se habia predicado, prorumpia en palabras indignas de una orgia de depravados. No mencionaríamos esta trivialidad si no hubiera sido éste por espacio de mucho tiempo el lenguaje de los secuaces de Lutero, que todavia no ha desaparecido; y á los que nos digan que era el estilo usual de la época, contestaremos, que no hallamos tan indignas injurias entre los jefes de los católicos y rara vez en la chusma, que forma parte de todos los partidos, pero que afortunadamente no basta á deshonrarlos, como no basta á protegerlos.

Aquel maestro, sin embargo, que se mofaba de todas las preocupaciones, creyó en los sortilegios, en los maleficios y en puerilidades de mujercillas. En sus Patmos, vió él mismo bailar unas avellanas en el plato y oyó el estruendo de tres mil barriles, que impulsados por una mano infernal, subian y bajaban por las escaleras del castillo; vió á *Killkroppft*, parte del poder satánico, sentarse en medio de sus hijos; oyó al diablo, cuyos pasos se asemejaban al chasquido de la leña ardiendo: otros duendes ó trasgos habitaban su casa entreteniéndose en echarle á perder los guisados y los utensilios de cocina: creia que á nadie debia acusarse de suicidio, porque el diablo en persona es el que prepara la cuerda ó el cuchillo: creia tambien que arrojando piedras á un pozo, se despiertan los genios malignos, adormecidos en su fondo. Afirma que el diablo le hizo pasar muy malas noches; pero cuando las molestias que le causaba eran excesivas, le hacia huir con tres palabras que la decencia no me permite repetir (30).

Lutero sabia mucho; pero en lugar de la elegancia y armonia de los clásicos, se encuentra en su latin esfuerzo y una charla difusa. Si para escribir á Roma, trata de pulirlo, prodiga los adjetivos, y es ampuloso y enfático: escribe mejor cuando la cólera le anima: á falta de la espresion latina, emplea la alemana; por lo demás no se inquieta del arte; habla porque tiene necesidad de hablar. No argumenta con claridad, pero se guarece trás de las paradojas, y pretende razonar sobre las probabilidades, á la manera de los escolásticos. Así es, que aun cuando sienta las proposiciones más atrevidas, añade: *Esto es lógico y no creencia, y la fe no tiene nada que ver en ello* (31).

---

(27) «El primer año de matrimonio mi esposa tenia una gran necesidad de hablar. Sentábase á mi lado mientras yo trabajaba, y cuando nada tenia que decirla, me preguntaba si era cierto que en la corte de Prusia tenia un marqués por mayordomo á su hermano.—Catalina, Catalina (le contestaba), antes de ocuparte en cosas que no te importan, ¿has rezado el *Padre nuestro*?»

(28) Cuando daba de mamar á un niño, y el pequeño Hércules estaba á su lado apacible y satisfecho, Lutero le decia: «Ahí tienes un hombrecillo que como todo lo que proviene de nosotros, tiene ya sobre sí el odio del papa, el del duque Jorge, el de sus secuaces y el de todos los demonios del infierno. Y no obstante, la pobre criatura, más intrépido que un filósofo, ni se conmueve ni se turba; mama y salta; está alegre; cuando se halla satisfecho vuelve la blanda cabecita y sonrie: no le asustan las tempestades de la vida. Imitémosle: es una buena leccion... La mayor gracia que Dios puede conceder á una mujer es darle un marido bueno y bondadoso, á quien confiar su suerte, su vida, su felicidad, y cuyos hijos siendo los suyos le hagan partícipes de su alegria. Catalina, vos poseeis ese marido bueno y bondadoso, que os ama; vos sois emperatriz: dad gracias á Dios... ¡Así estaban nuestros primeros padres en el paraiso, llenos de sencillez é ingenuidad, sin malicia ni hipocresia! ¡Ah! si pudiéramos como este niño hablar de Dios y confiar en él! ¡Qué de sentimientos debieron agitar el corazon de Abraham cuando se decidió á sacrificar su único hijo!.. Sara nada sabia.» Este último rasgo encierra una senciilez y una ternura sublimes. Tambien raya en lo sublime (Ep. IV, pág. 41) la carta en que describe á su hijo un delicioso jardin, con niños vestidos de oro, que juegan, cogen manzanas y peras, bromean, cantan, saltan y montan caballos con frenos de oro y sillas de plata.

(29) «No voy á escribir versos; lloro y siento el corazon muerto dentro del pecho. En el fondo de mi alma está esculpida su imágen, sus gestos, sus conversaciones: la veo como cuando estaba viva, como cuando estaba agonizando: ¡Hija mia! ¡mi dulce y obediente hija! La muerte de Cristo (¿y qué son las demás comparadas con esta?) no basta á apartar de mí este pensamiento. ¡Era tan amable, tan cariñosa!»

(30) Una vez le escribió Melanchton, que en Roma habia nacido de una mula un asno con las patas de ave, signo evidente de la ruina de Roma; y Lutero le contestó consolándose de este evidente pronóstico: *Gaudeo papæ signum datum in mulai puerpera ut citius pereat.* Ep. IV, párrafo 47.

(31) *Nihil asserens sed disputans, non in fide sed in opinionibus scholasticis.* LUTERO contra Eck.

Pero habia adquirido habilidad para tratar las materias filosóficas y religiosas en la lengua materna. Posee entonces los dones del orador: una fecundidad de ideas inagotable, una imaginacion pronta, tanto en recibir las impresiones como en trasmitirlas, y una abundancia y flexibilidad inesplicable de estilo. Tenia la voz clara y resonante, la vista ardiente, la cabeza hermosa, las manos muy notables y su semblante espresaba sus emociones. Muy aseado siempre en su traje, concedia particular cuidado á sus cabellos y dientes. Habiendo vivido entre el pueblo, le habia estudiado; comprendia que de él proceden las revoluciones duraderas. Su palabra era animada por el orgullo de la infalibilidad personal que se resigna á aceptar la palabra de Dios; pero reservándose el derecho de interpretarla como le agrada. Así es que declama con impetuosidad sin respetar nada; el espíritu y la imaginacion suplen en él el génio, y adelanta por cólera y por ardor, sin conocer á donde va. Predicó hasta tres veces en un dia sin que nunca le faltase materia, y siempre con el calor y desórden de una oda: hombre elocuente, si el movimiento continuo del alma constituye la elocuencia. Este era el predicador católico. Pero preveia que la elocuencia desaparecia si se destrozaba el dogma, y no se conmovia la conciencia con el terror ó el sentimiento.

Ninguna de estas doctrinas era nueva, porque la Iglesia se veia obligada á sostener desde la cuna, con su palabra, las verdades que sellaba con su sangre; á discutir, reunir en derredor del sucesor de Pedro sus doctrinas; y aniquilar segun la inspiracion del Espíritu Santo, el orgullo de la razon, que dice al oido del hombre como en otro tiempo el tentador: *¡Y tú tambien eres Dios!* Durante las luchas, entre el pastoral y la espada, todas las cuestiones relativas al poder pontificio, habian sido agitadas, y el mundo habia proclamado la superioridad de la materia sobre el espíritu, de la fuerza sobre la opinion. Los valdenses, los cataros y toda aquella variedad de innovadores habian considerado á las Escrituras como juez único en materias de fe: habian sostenido que la tradicion, como palabra humana, estaba sujeta al error, al paso que la letra de fuego de las Escrituras resplandecia como el sol, y permanecia pura de toda ilusion; que el culto esterior era inútil, y que debia considerarse en el sucesor de Pedro á un antecristo cuya cátedra no tardaria en sucumbir. La libertad de exámen habia servido de bandera á todos los herejes de la Edad Media; y no habia un error ni una verdad sobre la gracia, sobre la justificacion, ó sobre el purgatorio, que no hubiese dado materia á discusion.

Lutero no hizo, pues, más que reunir las dudas emitidas á través de los siglos, y sustituir á la constancia de la tradicion, las continuas vacilaciones de las esplicaciones vulgares, que sentaba con atrevimiento, sin inquietarse en ponerlas acordes, en un mundo preparado más que nunca á recibir semejante simiente. Algunos corazones rectos creyeron ver en él al hombre inspirado de Dios, no para destruir el dogma, sino para corregir los abusos, tanto más, cuanto chocaba la maravillosa fuerza de su talento. A los literatos les parecia que escribia con tosquedad, pero aplaudian sus ataques contra la escolástica, desacreditada ya, y contra los frailes, en quienes consideraban encarnadas la ignorancia y la pedanteria. Los primeros que le contestaron, le opusieron argumentos en forma; pero Lutero evitaba la respuesta con una chanza, escediéndolos en audacia; y exaltaba de esta manera á los estudiantes que le prodigaban aplausos, y se burlaban de sus contradictores.

Habia, pues, en él más impetuosidad que fuerza: era un torrente, que lanzándose desde una gran altura, aunque poco profundo, adquiere energia en su caida y produce gran ruido. Pero aquel ardor, aquellas invectivas, aquella intoletancia inflexible, aquel «magnífico desden de los reyes y de Satanás,» le hacian popular.

Ya hemos visto siempre en la historia la fuerza anormal hacerse admirar arrastrando á los que tienen necesidad de movimiento, como á los que evitan voluntariamente el trabajo de pensar por sí mismos. Los alemanes habian aprendido á odiar á los papas desde el momento en que aquéllos se habian puesto en oposicion con los emperadores, para impedirles confundir el órden material y el órden moral. Lisonjeados entonces en sus sentimientos de malevolencia contra todo lo que era de allende los Alpes, contra aquellos papas que habian sustraido á sus invasiones toda una civilizacion, se unieron al nuevo Harminio, declamaron contra las pompas y delicadezas que les eran desconocidas, y contra aquella refinada cultura de que eran incapaces.

El número de los fautores del fogoso predicador se aumentaba diariamente. A su cabeza se distinguia á Ulrico de Hutten, entonces rey de la prensa, autor de las *Epistolæ obscurorum virorum*. Tan valeroso en servirse de la espada como de la pluma, peleó en campo cerrado contra cuatro franceses que habian hablado mal del emperador Maximiliano, y escribió un violento prefacio para el opúsculo de Lorenzo Valla, sobre la donacion de Constantino. Habia abandonado el latin por el aleman, y concebido la idea de una asamblea anual de obispos para arreglar la Iglesia, y una constitucion cristiana del imperio, á cuya cabeza estaria Cárlos Quinto. Pero las vacilaciones de este príncipe le comprometieron á dirigirse á Francisco de Sickinger.

Francisco Sickinger, noble, cuyas posesiones existian al lado del Rhin, fué uno de los últimos en renunciar el derecho de la fuerza: se lanzaba desde su castillo de Landsthul, para reprimir con el acero las sinrazones que habian dejado impunes los tribunales. Habiendo hecho la guerra en Worms por la defensa de un simple particular, fué puesto fuera de la ley, y se sostuvo tres años sin más re-

cursos de dinero que los que le proporcionaba el desbalijar á los mercaderes que acudian á la feria de Francfort, de tal manera, que Maximiliano se vió obligado á revocar el decreto y tomarlo á su servicio; hubo tambien una voz que propuso el elevarlo al imperio. Habia sido uno de los primeros en adoptar el partido de Lutero, y le habia ofrecido su castillo con la esperanza de evitar las trabas de las guerras privadas. Habiéndose puesto á la cabeza de mil doscientos hombres de todos los paises, sitió al elector de Tréveris, y guerreó con furor contra todos los príncipes que fueron á reprimir sus salteamientos; en fin, sitiado en su fortaleza con armas cuyo uso ignoraba su caballeria, fué herido, hecho prisionero en la brecha y muerto.

Habíase lisonjeado Lutero de tener un vigoroso apoyo en Erasmo, el hombre de más crédito de aquel tiempo, que después de haberle allanado el camino, habia aplaudido sus primeros pasos, cuando tal vez no veia en la cuestion que se habia suscitado más que una querella literaria entre los idólatras de las antiguas escuelas y los partidarios de una reforma que reclamaba mejoras (32); porque hombre de fe vacilante, como otros muchos que creian saberlo todo porque hablaban con cierta elegancia, queria burlarse del catolicismo sin dejar de ser católico. Lutero aduló á este árbitro de la fama; pero ambos se creian invencibles en la lucha; y Erasmo llegó á cobrarle odio; pues aunque escritor de menos valia, estaba ya á su altura, y atraia sobre sí toda la atencion de la Alemania de que él sólo era antes objeto.

No se puede alabar seguramente en Erasmo la firmeza de la fe. Animado con un vano amor de gloria, conoció que adherirse á un partido, seria enajenarse el contrario, disminuir de aquella manera el tributo de elogios y admiraciones con que le gustaba henchirse y hasta comprometer su tranquilidad. No habia respetado en sus burlas, ni dogmas, ni prácticas, aunque se cubriese siempre con un velo, y emplease una frase tan ambigua, para poder desdecirse en caso de necesidad; hablando mal de los frailes en general, pero escribiendo á cada uno de ellos en estilo acariciador; no perdonando á los papas, y besando los piés á Leon X, de quien recibió una pension; poco dispuesto por lo demás á ser mártir de ninguna religion. «Lutero, escribia, nos ha dejado una doctrina saludable, de escelentes consejos. ¡Ojalá que no hubiese destruido sus efectos con errores imperdonables! Pero aun cuando no hubiera nada que reprobar en sus escritos, nunca me he sentido dispuesto á morir por la verdad. Todos los hombres no tienen el valor necesario para ser mártires, y si me hubiesen esperimentado con la tentacion, creo que hubiera hecho lo que san Pedro.»

Picado, no obstante, de la orgullosa indiferencia que le manifestaba Lutero, no resistió al deseo de humillar á aquel rival, y se dedicó á ello, con gran regocijo de los católicos; pero conocia poco la materia, y el libro con que le amenazaba no parecia. Aunque lanzando sus tiros contra Lutero, no por eso dejaba libres á los católicos, y contestaba al vicario de los agustinos que le preguntaba: «¿Qué ha hecho, pues, ese pobre Fr. Martin para que todos se hayan desencadenado con él?—Dos grandes pecados: ha atentado á la tiara de los papas y á la barriga de los frailes.»

Después de haber usado muchas consideraciones, y hasta compasion con él, chanceándose sobre su pretension de «andar sobre huevos sin romperlos,» repitiéndole que «el Espíritu Santo no es escéptico,» concluyó Lutero por dirigirle una carta como sabia hacerlas, injuriándole mucho (33). Erasmo hubiera tenido una hermosa ocasion para dar libre curso á sus sarcasmos y á su poderosa risa contra aquellos millares de opiniones, opuestas las unas á las otras, que pululaban entonces, contra las discordias nacidas entre los reformadores, y contra las supersticiones que iban siempre en aumento. Pero tomó, por el contrario, la cosa por el lado serio, y se dedicó á escribir una refutacion teológica sobre el punto que tiene de contacto el catolicismo con el racionalismo, es decir, sobre el poder natural del hombre. Lutero habia negado el libre albedrio, en lugar de asignarle límites. Erasmo quiso adoptar un término medio, y conciliarlo con la gracia. Pero no era aquel el momento de las conciliaciones: nadie entendió aquel tratado que deja conocer el estilo de la escuela, y no pudo sostenerse contra la contestacion de Lutero, llena de vigor, imágenes é ironia.

Le hemos visto buscar el apoyo de los príncipes y en efecto se puede decir que si las herejias subversivas de la sociedad, dadas á luz en otro tiempo, sucumbieron sin producir efecto, la suya sobrevivió, porque se dirigia al absolutismo en una época en la que se conocia ya la necesidad del órden. Lutero, sin embargo, no perdonaba á

(32) Erasmo dice: «Me he engañado: admiraba á este hombre que venia con la cabeza levantada á castigar los vicios de su siglo, á los obispos revestidos de púrpura, que no se inclinaba ante ninguna majestad, ni ante el pontífice supremo; que con una mano santamente audaz descubria las desnudeces paternas.» Ep. p. 736.

(33) «Apenas me cure, quiero, con ayuda de Dios, escribir contra él y anonadarle. Hemos sufrido que se burlase de nosotros, y que nos avasallase. Pero en el dia que quiera hacer otro tanto con Jesucristo, nos levantaremos sobre él... es verdad que aniquilar á Erasmo es como matar á una pulga; pero estimo más á Cristo, de quien se burla, que á todo el peligro de Erasmo.

»Si me libro, quiero con ayuda de Dios, purgar á la Iglesia de la mancha de este hombre. Ha sembrado y hecho nacer á Croto, á Egrano, á Witkelin, á Ecolampadœ, á Campano y á otros visionarios ó epicúreos...

»Si predica, suena como un vaso roto; ataca el papado, y en el dia esconde sus cuernos...»

los que tenian el poder, y decia proverbialmente: *principem et non latronem esse, vix est possibile* (34). «Un príncipe de buen sentido, decia, es un pájaro muy raro; y más raro aun un príncipe piadoso. Por lo comun son los mayores locos, ó los pícaros más desvergonzados de la tierra. Es preciso aguardar siempre lo peor de ellos, y rara vez alguna cosa buena, sobre todo respecto á las cosas divinas que conciernen á las almas, en atencion á que son los verdugos de Dios que su cólera emplea en castigar á los malos y en mantener la paz esterior. Nuestro Dios es un gran señor; debe pues tener muy nobles verdugos y serenísimos alguaciles.» (35) Escribió contra el duque de Brunswick un libro titulado el *Payaso*, y trataba á Cárlos Quinto de animal aleman, de loco rabioso, de soldado del papa, de ugier del diablo (36).

Su amor propio debió lisonjearse singularmente con tener por antagonista á un rey. Enrique VIII emprendió refutar sus ideas referentes á los sacramentos tratándole de tonto é ignorante. «Por más que niegue el eruditillo que toda la comunion cristiana saluda á Roma, como á su madre, á su guia espiritual hasta en las estremidades del mundo, los cristianos separados por el Océano y por el desierto obedecen á la Santa Sede. Si este inmenso poder no lo tiene el papa por órden de Dios ó por la voluntad del hombre, es una usurpacion y un robo; que Lutero nos muestre su orígen. La derivacion de tan grande poder no puede ser envuelta en las tinieblas; sobre todo puede recordarse la época. ¿Ha nacido hace dos ó tres siglos? Véase la historia, y léase. Pero si este poder es tan antiguo que su principio se oculta en la noche de los tiempos, entonces debe saberse que las leyes humanas legitiman toda posesion cuyo orígen no puede indicar la memoria, y que está prohibido tocar por el consentimiento unánime de las naciones, á lo que el tiempo ha hecho inmutable. Es una rara imprudencia afirmar que el papa ha fundado su derecho en el despotismo. ¿Por quién nos toma Lutero? ¿Nos cree tan estúpidos para dejarnos persuadir que un pobre sacerdote haya llegado á establecer un poder como este? ¿Que sin objeto, mision, ni ninguna clase de derechos, ha sometido tantas naciones á su cetro? ¿Qué tantas ciudades, reinos y provincias hayan prodigado su libertad hasta el punto de reconocer la autoridad á un extranjero á quien no se le debia fe, homenaje y obediencia?»

Continuando de esta manera con una argumentacion sólida y bien enlazada, el rey teólogo defiende contra Lutero la misa, bajo el doble aspecto dogmático de buena obra y de sacrificio. Después, cuando Lutero, dice que estas palabras de Cristo, *lo que desateis en la tierra será desatado en el cielo*, se dirigian á todos los fieles, el rey abandona los silogismos, y recurre á un ejemplo histórico. «Acusado Emilio Escauro ante el pueblo romano por un hombre sin reputacion, esclamó: *Quirites, Varus afirma, y yo niego: ¿á cuál de nosotros creereis?* El pueblo aplaudió y el acusador se retiró confundido. No quiero otro argumento en esta cuestion del poder de las llaves. Lutero dice que las palabras de institucion se aplican á los seglares; san Agustin lo niega: ¿á quién creereis? Lutero dice que sí, Beda que no; ¿á quién dais crédito? Lutero afirma, san Ambrosio niega; ¿á quién prestais fe? Lutero dice que sí, y toda la Iglesia se levanta y dice que no, ¿á quién creereis?» (37)

Lutero se desencadenó contra el «Faraon de Inglaterra, insensato, loco, cobarde, rey de paja, verdugo, bufon de carnaval (38), el más abyecto de los burros y cerdo de santo Tomás.» ¿Cómo se atrevia á atacarle, «cuando él era el oso y el leon para espanto de las testas coronadas y de los frailunos razonadores, dispuesto á romper su cerebro de hierro y su frente de bronce?» Pero apenas se le advirtió de la cólera que habia escitado en el rey, le dirigió escusas tan innobles, que nos avergonzaríamos referir.

Tambien se manifestaba movible, segun la pasion que le animaba, en su juicio con respecto á sus contemporáneos. Ya le hemos visto cambiar enteramente de lenguaje con Erasmo; Eck á quien habia proclamado *hombre insigne por su talento y erudicion*, no fué pronto más que un mal teólogo y un deplorable sofista. La universidad de Paris, á la que habia llamado *madre de las ciencias y de la sana teología*, fué cuando perdió la esperanza de ganarla la sentina de las herejias, la gran prostituta cubierta de lepra desde la cabeza hasta los pies; trató á sus miembros de *asini parisiensis*.

Melanchton.—Procediendo de aquella manera, era imposible aguardar de él ni una resistencia conveniente ni una buena organizacion. Pero hizo una adquisicion de gran importancia en Felipe Melanchton (*Schwartz Erde*) del Palatinado, hermoso mancebo de veinte y dos años, de cábello rizado, mirada tierna, dulzura inalterable, y que habia recibido además una escelente educacion; era hábil helenista, y comprendia toda la ventaja que podia sacar de los clásicos, parecia destinado á regularizar el ardor del reformador, de quien decia: «Tiene la cólera de Aquiles y los furores de Hércules; lo juzgo, sin embargo, mejor de lo que aparece en sus escritos.» Espuso claramente la doctrina reformada en sus *Lugares comunes*, en donde afirma que la justificacion se hacia delante

(34) Seckendorf, *Hist. lutheranismi*, I, 212.
(35) *Obras alemanas de Lutero*, t. II, pág. 181.
(36) Idem, t. VII, p. 276 y 278.

(37) Estropeaba desgraciadamente tan buenas razones con impertinentes groserias, muy comunes en aquella época; y la réplica que dió á la respuesta de Lutero concluyó abandonándole *cum suis furiis et furoribus, cum suis merdis et stercoribus, cacatum cacatumque.*

(38) *Obras de Lutero*, t. II, pág. 445; t. V, pág. 547.

de Dios solamente por la fe, y que es producida por la gracia independientemente de la voluntad del hombre; que no tiene libre albedrío y no puede merecer por sus buenas obras.

Debe buscarse más bien en los sectarios de Lutero que en él el símbolo de su doctrina: no se debe prestar fe mas que á las Sagradas Escrituras, sin contar con el papa, los Padres, los concilios, sin sujetarse á otra cosa que al texto de la ley, que cada uno puede interpretar á su antojo; el cristianismo ha sido establecido sobre el dogma de que el hombre corrompido por el pecado original, é inclinado al vicio, ha tenido necesidad de que Dios enviase á la tierra á su propio hijo para rescatarle; y de aquí los dogmas de la trinidad, de la encarnacion, de la naturaleza y de la voluntad de Cristo, y los demás que forman la esencia de la doctrina cristiana con respecto á Dios. Los herejes de los primeros siglos dirigieron contra aquellos dogmas las protestas del espíritu razonador, que repugna á las verdades incomprensibles de la fe.

Los sacramentos eran la aplicacion del cristianismo al hombre; la herejia del siglo XVI se volvió contra ellos, como protesta del espíritu moral contra los abusos de la Iglesia, que decian habia multiplicado los medios de redencion, aumentando el número de los sacramentos y aplicándolos á obras sin virtud, á actos sin arrepentimiento. Lutero hizo la guerra á aquella justificacion que suponia mecánica y venal; y buscando en la fe la de los cristianos, afirmó que era la única condicion de salvacion. Las buenas obras son de esta manera inútiles; aun más, el que se siente íntimamente convencido de que sus pecados le son perdonados, (que es en lo que consiste la fe cristiana), es incapaz de pecar más ó perder el favor de Dios. El hombre, pues, no puede recibir la gracia y la salvacion sino de la sangre del Redentor; pecador é incapaz por sí mismo, nada podria si Dios no le arrancase al pecado y á la muerte. El hombre no dispone de su voluntad, la Iglesia no tenia nada que prescribir. y Dios es autor tanto del bien como del mal.

Establecida de esta manera la justificacion por medio de la fe dada gratuitamente por Dios, resultaba en filosofía, que la gracia reemplazaba el libre albedrío del hombre; en la práctica, que los actos esteriores, las abstinencias, los votos, las oraciones para los muertos eran cosas vanas; en el culto, que los sacramentos disponian á la salvacion, pero no la conferian, escepto los que Cristo habia establecido en términos claros, á saber: el bautismo, la ordenacion, la comunion y la penitencia. Pero la penitencia no exige la confesion; la comunion, conmemoracion del sacrificio verificado en el Calvario, no puede absolver ni á los vivos ni á los muertos; se hace bajo las dos especies, en las cuales Dios se encuentra presente, pero no por transustanciacion; por lo demás no hay indulgencias, misas particulares, peregrinaciones ó invocacion á los santos.

Respecto al gobierno eclesiástico, ni Lutero ni los demás predicadores, para ser consecuentes, no pasaban de aconsejar y esplicar al vulgo lo que podia parecer oscuro. El ministro es, pues, un hombre como los demás; no puede absolver á sus hermanos, ni diferenciarse de ellos con votos y rigores. No hay además unidad de poder, y el papa no es de derecho divino. La jurisdiccion religiosa pertenece á los obispos iguales entre sí bajo la dependencia de Cristo, que es su jefe, y elegidos por los príncipes. Negada la tradicion, era absurdo aceptar el Nuevo Testamento, que sólo á la tradicion debemos: los misterios cristianos se consideraban mera letra en el hecho de faltarles la decisiva interpretacion de una autoridad tradicional; y como carecian de ella se abandonaron á la interpretacion de las pasiones y del capricho. Sólo faltaba formular un símbolo y confiar su defensa á la espada temporal que habia sustituido al derecho supremo del alma, que permanece grande bajo la dependencia de Dios y en la independencia de la potestad del mundo. En suma, se subrogó la idolatria del Estado, bajo la máscara de una libertad absoluta en la fe.

En este estado de cosas (1524), varios príncipes habian organizado en Ratisbona una liga para estirpar la herejia de sus Estados, pero introduciendo en ellos una reforma. Ocupaba entonces Adriano VI la silla pontificia; convencido por los argumentos escolásticos de las verdades reveladas, no podia creer que los protestantes fuesen de buena fe, y sólo admitia que el rigor los habia llevado hasta el exceso: educado por otra parte en paises extranjeros, conocia los abusos de la corte romana, y asustó á los que le rodeaban anunciándoles su voluntad de estirparlos de repente, al mismo tiempo que animaba á sus enemigos confesándolos y prometiendo remediarlos. Resultó de esto que la dieta de Nuremberg, formuló cien cargos que le dirigió (39).

---

(39) En la biblioteca Valicellana existe el discurso que Bernardino Carvajal, cardenal de Ostia, dirigió á Adriano VI á su entrada en Roma. En él le recuerda estos siete puntos:

1. Quod eliminet omnes dolores præteritorum temporum, *simoniam*, videlicet, *ignorantiam* et *tirannidem*, ac *vitia omnia*, quæ alia Ecclesiam afligebant; et bonis consultoribus adhereat, et libertatem in *volis*, in *consiliis* ac *executione gubernatorum* cohibeat.

2. *Ecclesiam* juxta sancta concilia et sacras leges canonicas religiose, *quantum tempora patientur, reformet, ut faciem sanctæ Ecclesiæ, non peccatricis congregationis referat.*

3. Fratres suos et filios carissimos sanctæ romanæ Ecclesiæ cardinalis, aliosque prælatos et membra Ecclesiæ integro amore non verbis tantum sed rebus et operibus complectatur, bonos honorando et exaltando, illisque et maxime pauperibus providendo, *nec apex apostolicus pauperiate sordescat.*

4. *Omnibus indifferenter justitiam administrabit*, et in

¿Hubiera sido aun posible una reforma amistosa? Roma reconoció de hecho, en el concilio de Trento, que Lutero tenia razon en varios puntos: si hubiera, pues, corregido inmediatamente la disciplina, y sacrificado alguna de sus pretensiones puramente curiales; si no hubiera trasformado en cuestiones dogmáticas las de jurisdiccion, y en una palabra, si hubiese cedido voluntariamente lo que se vió obligada á abandonar después, hubiera al menos quitado el pretesto á las declamaciones. Ya hemos visto ser arrebatados los bienes de la Iglesia sin cisma; con respecto á los ritos, ya se habia hecho una transaccion conciliadora con los griegos y con los husitas; por lo que respecta á las indulgencias, no habia en discusion ningun punto absolutamente capital; y hasta entonces no estaban muy distantes unos de otros con respecto á los dogmas esenciales y misterios. Se podia, pues esperar aun una fusion; Adriano VI y Melanchton eran propios para producirla por su carácter. Pero bajo este pontífice mostró Roma realmente cuán corrompida estaba. Adriano, que habia conservado con su nombre sus antiguas costumbres, llevó en su comitiva á su pobre ama de gobierno, para que le sirviera como lo habia hecho hasta entonces. Mas su sencillez y exactitud en decir todos los dias la misa parecieron ridículas en el palacio acostumbrado al género de vida de los Médicis. Aquel pontífice, que entre los suyos tenia reputacion de protector de las letras (40), que habia allanado los obstáculos opuestos á la fundacion del colegio *trilingüe* en Lovaina, fué considerado como un bárbaro por los literatos á quienes no asalariaba. Como le mostrasen el Laocoonte, esclamó: *¡Idolos paganos!* y separó la vista de aquellas desnudeces clásicas. No fué necesario más para que huyesen escandalizados los literatos; y Pasquino representó al papa bajo la figura de un pedagogo administrando disciplinazos á los cardenales como á niños de escuela. Si hubiera querido suprimir las ventas simoniacas, hubiera perjudicado á los que habian comprado legalmente el derecho de hacerlas. La abolicion de las supervivencias en las dignidades eclesiásticas le suscitó grandes enemistades. Como extranjero, no tenia relaciones de parentesco, y no formó otras nuevas; porque antes de dar beneficios reflexionaba mucho tiempo, y dejaba de esta manera los puestos sin proveer. No teniendo á nadie que lo sostuviese llegó hasta esclamar: «¡Qué desgracia que haya tiempo en que el hombre mejor intencionado se vea precisado á sucumbir!».

Aquel pontífice piadoso y lleno de celo, fué, sin embargo, considerado como un mal tan grande como la peste que existia entonces: hiciéronse fiestas públicas á su muerte, y se colgaban coronas á la puerta de su médico con esta inscripcion: *Ob urbem servatam* (41).

Es verdad que el momento más desfavorable para verificar una reforma es aquel en que es imposible diferirla. Ahora bien, no se podia remediar sino con el tiempo los abusos que el tiempo habia producido; pero lejos de querer aguardar los reformadores procedieron con la violencia de personas que quieren destruir; y las costumbres de los ritos y de los dogmas nuevos se introdujeron en las poblaciones: los sacerdotes casados se encontraron sujetos con el doble vínculo del interés y de los afectos, y los niños se educaron en las nuevas creencias.

---

hoc optimos officiarios constituet, qui nullis compositionibus aut altercationibus jurium justitiam pessundabunt.

5. Fideles, signanter nobiles et monasteria consueta adjuvari, in suis neccesitatibus juxta tempora bonorum pontificum sustentabit.

6. Infideles maxime *Turchas*, pessimos crucis hostes; nunc apud Rhodum et Hungariam multis victoriis superbientes, qui maximo dolori et terrori Ecclesiæ sanctæ sunt, excludet et *expugnabit*, et ad hanc expeditionem *pecunias congruentes*, inducias inter Christianos procurabit, et justam expeditionem magna auctoritate ordinabit, et nunc *aliquo pecuniario presidio* obsidione *Rhodianæ*, succurret.

7. *Ecclesiam Principis Apostolorum magno nostro dolore diruptam* et conquassatam, partim, *sua impensa* partim *principum* et populorum piis *suffragiis*, sicut prædecessores sui fecerunt, eriget, consolidabit.

(40) Erasmo dice, ep. 1176: *Vir nostra phalanx sustinuisset hostium conjurationem, ni Adrianus tum cardinalis, postea romanus pontifex, hoc edidisset oraculum: «Bonas litteras non damno; hæreses et schismata damno.»*

(41) Nada hay más cierto que estos dos epitafios que le hicieron: *Hadrianus VI hic situs est, qui nihil sibi infelicius in vita quam quod imperaret duxit.—Proh dolor! quantum refert in qua tempora vel optimi cujusque vita incidat!*

CAPÍTULO XVIII.

LA REFORMA Y LA POLÍTICA.—GUERRA DE LOS VILLANOS.—CONFESION DE AUGSBURGO.

Ya se dejaban sentir las consecuencias políticas de la Reforma: desde el momento en que la Biblia pudo ser interpretada por todos segun su deseo, hicieron que sirviese al interés de las pasiones, y se sabe que las que tienen por objeto la política son siempre violentas.

Insurreccion de los villanos.—Cuando los aldeanos leyeron en el Evangelio que los hombres son iguales, esceptuando sólo á Dios y al príncipe, pero no á la nobleza, quisieron estender á la par de la libertad religiosa las libertades civiles, y suscitaron quejas contra los pequeños señores que los oprimian á imitacion de los grandes. Ya anteriormente se habian amotinado ó sublevado formando ligas con objeto de emanciparse, tomando por insignia el zueco del aldeano (*bundschuh*) en oposicion á las botas de los señores. Esta vez se reunieron en diversas provincias; Cristóbal Schappler, sacerdote suizo, redacta sus agravios y reclamaciones en doce capítulos llenos á la vez de moderacion y atrevimiento, debe permitirse á los aldeanos elegir los sacerdotes encargados de iniciarlos en la palabra de Dios con toda su pureza y sin mezcla; después de haber sufrido hasta entonces que se les tratase como á esclavos, aunque rescatados por la sangre de Cristo, no quieren sufrirlo más, á menos que no se les convenza con las Sagradas Escrituras que no tienen razon; piden que el pequeño diezmo sobre los animales sea abolido, y que el grande sobre las tierras se emplee en otros usos; que la servidumbre del terruño se suprima; que se disminuyan las contribuciones, y se suavicen los castigos impuestos á los delitos; que les sea permitido cazar y pescar, en atencion á que Dios les ha dado en la persona de Adan, imperio sobre los pescados del mar y las aves del aire; que se les deje cortar leña en los montes para calentarse y guarecerse; que á la muerte de un jefe de familia quede abolido el tributo exigido á la viuda y al huérfano, á fin de que no se vean reducidos á mendigar. Pasarán en silencio sus demás agravios, á condicion que los señores se comprometerán á tratarlos segun el Evangelio (1).

Eran muy justas estas exigencias; pero estaban apoyadas en la violencia y debian conducir á los escesos que habian previsto Adriano VI, Clemente VII y el mismo Lutero. Llamado el reformador por los campesinos para sentenciar entre ellos y los señores, renegó del partido popular, del que habia manifestado ser campeon; y admitido á participar del poder, escribió para demostrar que convenia á la vida social que hubiese amos y servidores. Cierto es que exhortó á los señores á que hiciesen justicia; pero cuando los campesinos, más lógicos que lo que él hubiera querido, se negaron á someterse y se cometieron escesos por no haber sido escuchados, él declaró que era absurda é imposible la igualdad de condiciones (2), y montando en cólera se desató en invectivas, é invitó á los príncipes y caballeros á esterminar sin misericordia la execrable raza de aquellos perros rabiosos (3): «Castigad, castigad, príncipes; ¡á las armas, herid, matad; ha llegado el maravilloso tiempo en que

---

(1) GNODALIUS, *Rusticanorum tumultuum vera historia*, pág. 31.

(2) *Vos eo spectatis ut omnium sit eadem canditio sint omnes æquales: hoc autem est absurdum et ineptum.* GNODALIUS, pág. 63.

(3) «Creo, dice, que todos los campesinos deben perecer, en atencion á que atacan á los príncipes, á los magistrados y que empuñan el acero sin la autoridad divina... Ninguna misericordia ni tolerancia se debe á los campesinos, y sí, la indignacion de los hombres de Dios... Las gentes de los campos están fuera de la ley de Dios; se les puede tratar como á perros rabiosos.»

un príncipe puede, dando muerte á los aldeanos, merecer el paraiso con más facilidad que otros orando!»

El mismo habia escrito: «Todo el que ayude con su brazo, sus bienes, á arruinar á los obispos y á la categoria episcopal, es buen hijo de Dios, verdadero cristiano y observa los mandamientos del Señor.» (4) Y en otra parte: «Cuando empleamos la horca contra los ladrones, la cuchilla contra los asesinos, el fuego contra los herejes, ¿no habíamos de lavar nuestras manos en la sangre de esos séres de perdicion, de esos cardenales, de esas serpientes de Roma y Sodoma que manchan la Iglesia de Dios?» (5)

Osiander y Erasmo le reprochaban, pues, con razon, haber excitado en nombre del Evangelio una cruzada contra los obispos y los frailes. Por lo demás, no dejaba de ser escuchado por una y otra parte. Los señores y las ciudades organizaron ligas contra los campesinos; pero el odio perpétuo del pobre contra el rico fué más poderoso, y se declaró la guerra al órden, á la propiedad, á la ciencia, como enemiga de la igualdad, á las bellas artes como á una idolatria. En el Rhin, en Alsacia, en Lorena, en el Tirol, en la Carintia y en la Estiria, acudió el pueblo á las armas, derrocó á los magistrados, arrebató sus tierras á los nobles, á quienes precisaron á cambiar de nombres y trajes. Tomado Weinsberg, asesinaron á su gobernador en presencia de su mujer, á quien subieron después en un carro de estiércol. Algunos señores adoptaron el partido de los insurrectos por ambicion ó amor á las innovaciones, tales como Ulrico de Hutten y Gœetz de Berlichingen, el terrible baron de la mano de hierro. Varios predicadores, y sobre todo Carlostadt, animaban á las poblaciones á la *santa empresa*.

Anabaptistas.— Algunos artesanos y sacerdotes proclamaban que habian sido llamados por el cielo para completar la obra de la Reforma, y destruir la esclavitud moral y material en que yacia el pueblo; y Nicolás Storch, rodeado de doce apóstoles y de setenta y dos discípulos, negó el bautismo á los niños, al mismo tiempo que volvió á bautizar á los adultos. De aquí el nombre de anabaptistas dado á aquellas gentes, que llevando hasta sus últimas consecuencias el principio de Lutero, buscaban la verdad, no en la letra muerta de las Escrituras ó en la tradicion constante de la Iglesia, sino en las revelaciones personales de cada uno de los iluminados por el Espíritu Santo para encontrar el perfeccionamiento de la ley. Todo hombre era, pues, profeta: cualquiera inspiracion febril de una imaginacion acalorada era una manifestacion superior; los mil sueños contradictorios que cada uno tenia eran otras tantas verdades. Ahora bien, la influencia revolucionaria de los anabaptistas es muy notable en la historia, como tambien sus rápidos progresos y su desaparicion no menos repentina.

Pfeifer excitaba al pueblo de la Franconia, diciéndole: «He visto una infinita cantidad de ratas que se dirigian á una granja para comerse los granos. Príncipes, vosotros sois las ratas, vosotros los que nos despojais; vosotros tambien, magistrados que nos oprimis, y los nobles que nos devoran. Pero durmiendo y todo me he lanzado sobre esta canalla, y he hecho en ella una gran carniceria. ¡A las armas, pues, y fuera de las trincheras! ¡Israel, á las tiendas! ¡Ha llegado el dia del conflicto; sucumban nuestros tiranos y sus castillos! Un rico botin nos aguarda y le llevaremos á los pies del profeta, quien le repartirá entre nosotros.» Tomás Münzer de Alsted que fué el primero que dió al anabaptismo el impulso político, decia que Dios, en una de sus conversaciones con él, habia puesto en su mano la espada de Gedeon para establecer en la tierra el reinado del Señor. Habiendo penetrado en las minas de Mansfeld, esclamó: «Despertaos, hermanos; despertaos, los que dormís; coged vuestros martillos, y herid en la cabeza á los filisteos; ejecutad la obra de Dios. Hermanos, que vuestros martillos no permanezcan ociosos; ¡pin! ¡pan! redoblad los golpes sobre el yunque de Nemrod; emplead contra los enemigos del cielo el hierro de vuestras minas; Dios será vuestro Señor; ¿qué teneis que temer si está con vosotros? cuando Josafá oyó las palabras del profeta, se arrojó á tierra con la frente pegada á ella, Hermanos, inclinad vuestras cabezas; porque Dios en persona llega á socorreros.»

Entonces los nuevos creyentes se lanzan de las minas; toda la Franconia se subleva; derríbase las iglesias y Münzer incita á los insurrectos á la matauza. «¡Dran, dran, dran! ha llegado la época, los malos serán arrojados como perros. No haya compasion. Rogarán, dadles caza. Llorarán como niños, no tened lástima ¡Dran, dran, dran! Que arda el fuego; que no se enfrie la sangre en vuestras espadas; que sucumban las torres á vuestros golpes: ha llegado el dia; Dios marcha delante vosotros; seguidle.» Aquellos hombres cedian, pues el impulso que se les daba, y habian resuelto *no conceder la vida á uno solo de aquellos ociosos*; pero aquellas desordenadas turbas fueron batidas en todas partes por las tropas regulares de los castellanos, y pasadas á cuchillo ó enviadas á la horca. Cien mil individuos que llevaban la cruz blanca perecieron. Uno de los asesinos del gobernador de Weinsberg fué atado al tronco de un árbol con una cadena que le sujetaba ambos brazos, y cercado de llamas, para hacerle luchar largo tiempo con la muerte. Hutten se vió precisado á desterrarse; Berlichingen permaneció prisionero once años. A pesar de todo, Münzer habia sublevado á Mulhausen, donde habia predicado la comunidad de bienes y establecido una *teocracia*, que no era otra cosa que la tirania de todos. Sostúvose allí por es-

(4) *Obras*, t. II, pág. 120.
(5) Contra *Silv. Priero*.

pacio de seis meses rodeado de multitud de campesinos; pero pronto fueron cercados por los señores, y faltos de artilleria, sin ninguna práctica de la guerra, aguardaban que las legiones de los ángeles, anunciadas por Münzer, fuesen á defenderlos. Como no las viesen aparecer, tomaron el partido de huir, y fueron esterminados á millares por el sable de los soldados y el hacha del verdugo.

Ejemplo terrible para los innovadores que aun con una intencion magnánima se precipitan á la reforma sin consideracion á lo pasado, ni más apoyo que los cálculos personales ó la inspiracion, separándose del porvenir por lo mismo que reniegan del pasado. Hecho Münzer prisionero y puesto en el tormento, espiró recomendando á los príncipes tuviesen compasion de los pobres aldeanos, como único medio de conjurar nuevas sublevaciones.

Lutero contestaba á los que le hacian un cargo sobre aquellas matanzas: *He venido á traer el acero y no la paz.* Por que, cuando vió las terribles consecuencias de su doctrina se habia arrepentido, y dejando de ser popular, habia adoptado el partido de los príncipes sosteniendo abiertamente la monarquia. Al elector de Sajonia, Federico el Sábio, que le habia protegido con moderacion, sucedió Juan el Constante, quien le secundó sin reserva, abolió en sus Estados la jurisdiccion eclesiástica, y confió el gobierno de la Iglesia á una comision compuesta de seglares y clérigos. En este punto comienza el papel político de la Reforma, segun la cual la autoridad de los príncipes en las materias eclesiásticas debe ser considerada como el complemento de la supremacia territorial.

Porque la Reforma fué una evidente reaccion de la nacionalidad; de los pueblos aislados contra la monarquia papal; de los gobiernos contra el sistema que sustraia á los imperios una parte del hombre, no consintiendo que se fraccionase el dominio de la conciencia. Incapaces los príncipes de resistir por las vias comunes á las invasiones del Austria, consideraron en el entusiasmo popular un medio de procurarse recursos desacostumbrados, uniéndose estrechamente entre sí y con el pueblo. Precisamente á estas pasiones fué á las que se dirigió Lutero en su proclama á la *nobleza cristiana de la Alemania*, cuya envidia escitó contra las usurpaciones progresivas del clero y de Roma sobre la nacionalidad alemana. «No más celibato, esclamó, no más entredichos, peregrinaciones, fiestas de iglesia; no más dispensas, ni indulgencias: basta ya de abstinencias de carne, de misas particulares y penas eclesiásticas. No más nuncios apostólicos, que nos roben nuestro dinero. Papa de Roma, escucha: no eres el más santo, no, sino el más pecador: tu trono no está asegurado en el cielo sino en la puerta del infierno... Emperador, tú eres el dueño; el poder de Roma te ha sido arrebatado; nosotros no somos sino esclavos de los tiranos sagrados: á tí pertenece el título, el nombre y las armas del imperio; al papa sus tesoros y su poder. El papa toma el grano, y nosotros la paja.»

Pequeños príncipes desunidos y acostumbrados á considerar como su principal renta los robos que hacian en los grandes caminos, se regocijaron con poder coger botin, no poco á poco, sino toneles de oro que, segun Lutero, estaban ocultos en los conventos. Es cierto que habia propuesto hacer ocho partes de los despojos de las iglesias: para los curas, los maestros, los enfermos, los huérfanos, los pobres, los viajeros, la fabricacion de las iglesias y los almacenes. Pero los príncipes escucharon el primer consejo sin inquietarse del segundo: en vano fué, pues, el que Lutero se quejase cuando vió los bienes confiscados, y sólo algunos puñados de dinero fueron arrojados á los apóstatas más alborotadores. En todas partes donde las iglesias fueron secularizadas, se abrieron los conventos, y las religiosas, arrojadas de los asilos donde se prometian pasar una ancianidad pacífica, fueron vueltas al mundo, del que se habian separado. Violando Alberto de Brandemburgo, gran maestre de la órden Teutónica, á la edad de sesenta y nueve años su voto de castidad (1525), se hizo reconocer duque hereditario de Prusia; ejemplo terrible en un pais en el que existen tantos señorios eclesiásticos.

En la época en que Cárlos Quinto ascendió al trono, encontró ya estendida la Reforma bajo la proteccion del elector de Sajonia y del príncipe Palatino. Como emperador, podia desear la humillacion de aquellos papas que no habian cesado de poner trabas á sus predecesores, y que como Julio II, habian proclamado abiertamente el proyecto de emancipar á Italia de los extranjeros. Tanto más debia ser así, cuanto que un rompimiento le hubiera ofrecido un pretexto para mezclarse de nuevo en los negocios de aquella península tan envidiada. Pero por otra parte, los príncipes del imperio dejaban conocer claramente la intencion de aprovecharse de las innovaciones religiosas, para emanciparse, tanto del emperador como del pontífice, lo que ofrecia gran peligro en el momento en que los turcos se presentaban amenazadores. Además, Cárlos Quinto se hubiera enajenado de esta manera la voluntad de los españoles, celosos católicos, y precisado al papa á arrojarse en brazos de Francisco I. Permaneció, pues, católico por cálculo, y concluyó con Leon X un tratado lleno de intereses mundanos.

Pero conociendo después de su victoria de Pavia, que ya no tenia necesidad de Lutero como espantajo de los papas, ni de los pontífices como contrapeso del poder francés, cambió de lenguaje. Hácia aquella época (1526) publicó Clemente VII una carta en la cual deploraba los males de la cristiandad, males nacidos de la discordia entre los príncipes, y de los desarreglos en el órden eclesiástico: decia en ella que era preciso comenzar la correccion por la casa de Dios: que él mismo se enmendaria, y que los cardenales siguiesen todos

su ejemplo; que queria ir en persona al encuentro de todos los príncipes para ponerlos acordes, y que hecha esta paz, reuniria un concilio para devolverla tambien á la Iglesia. Indignóse ó fingió indignarse Cárlos Quinto con aquella carta. El mismo papa es, contestó, un artífice de discordias; únicamente por complacerle fué por lo que no escuchó á los alemanes cuando le pedian en Worms la convocacion de un concilio; el papa habia mentido prometiendo reunirlo; y si tardaba en hacerlo, él, Cárlos Quinto, incitaria á los cardenales á que ellos mismos le reunieran.

Tuvieron, pues, los reformados un motivo de regocijo al ver á Roma saqueada en nombre del emperador y pronto á estallar un cisma. Esperando por otra parte un sínodo universal, convocó Cárlos Quinto una dieta, con objeto de adoptar en ella los medios de evitar las inminentes desgracias. Esta fué una declaracion de guerra. Formáronse alianzas por una y otra parte entre los católicos en Dessau, y los reformados en Torgau; conociéndose al mismo tiempo Lutero y Melanchton aun los más débiles, declararon que era una impiedad defender á la Iglesia con las armas. Reuniéronse los Estados en Espira (1529) (6); pero nada se determinó, porque todos se lisonjeaban con la idea de un concilio general. Decidióse sin embargo que todos continuasen con la creencia que habian adoptado, aunque impidiendo á la reforma el que se estendiera. Varios *protestaron* de esta decision; de donde procedió el nombre de *protestantes*.

Pero ya los hermanos uterinos de la Reforma no estaban acordes entre sí; y no se podia, en efecto, esperar que fuese de otra manera cuando se habia declarado libre para todos la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Lutero, que pretendia ser la suya la única verdadera, publicó la *Instruccion para los pastores* como regla de fe (1527). Melanchton dulcificó algunos dogmas, como la negativa del libre albedrío y la ineficacia de las buenas obras; y su *Corpus doctrinæ christianæ* fué considerado por los protestantes como uno de sus libros simbólicos (7). Pero algunos se apoyaron en aquella obra para negar la presencia real, y Wittemberg, de donde habia salido la luz, fué el foco de la herejía capital que dividió á los luteranos. Aunque Lutero conoció *que nada le hubiera servido más para dañar al papado que negar la transustanciacion*, aceptó la presencia real de Cristo en la Eucaristía, comparándola á un hierro candente en el que existe el calor al mismo tiempo que el metal; pero Carlostadt no veia en ello más que una pura conmemoracion de la muerte de Cristo; é hizo un cargo al reformador por haber pervertido la palabra divina. De aquí violentas injurias. Burlándose Lutero de las visiones de Carlostadt, se apoyó para refutarlas en la unánime opinion de los Padres de la Iglesia (8), sin recordar que él era primero que la rechazaba: ¡Tan cierto que el amor al triunfo era su pasion dominante!

Sin embargo, desde 1519, Ulrico Zwingle de Zurich habia comenzado una predicacion independiente, y hasta anterior á la de Lutero, de la que se separaba en lo concerniente á la presencia real. Le acusaba de haber hecho del hombre un hijo de las tinieblas, impotente para elegir él mismo la senda de la luz. Juan Ecolampade, profesor en Basilea, sostenia tambien que la Eucaristía era un símbolo. Lutero lanzó el anatema contra aquella interpretacion, y contra todo el que no creyese lo que él. Zwingle le rogó con las lágrimas en los ojos, se mostrase tolerante y no diese ocasion al cisma; pero declaró que no tendria por hermano al que no pensase como él, é hizo redactar los *artículos de Schwabach*, que debia profesar todo el que entrase en la liga contra los católicos. Con esto Zwingle se retiró avergonzado del luteranismo, que iba á parar á un estado peor que el papismo (9).

En Bohemia tambien, los restos de los husitas y los calistinos hicieron su profesion de fe, que Lutero aprobó (10). La cuestion de los sinergis-

---

(6) *Non seulment les princes n'allaient pas á la messe, n'e observaient les jeûnes prescrits, mais encore on voyait, dans les jours maigres, leurs serviteurs porter les plats de viande et de gibiers destinés á la table de leurs maitres, et passer sur les yeux de la foule que le culte rassemblait... a fin de attirer les Catholiques par le fumet des viandes et des vins. L'electeur avaint un grant etat: sept cent personnes formaient sa suite. Un jour il donna un banquet, ou assistaient vingt-six princes avec leurs gentilshommes et leurs conseillers. On y joua jusqu'a une heure très tardive... On ne pouvait plus se fatre illusion: l'esprit qui se manifestait dans ces hommes etait bien celui de la Bible* D'AUBIGNE, pág. 258.

(7) Los protestantes llaman *libro simbólico* á una esposicion de la doctrina adoptada en una iglesia particular, al mismo tiempo que la enunciacion de los artículos, sobre los cuales una secta se diferencia de las demás. Atribuyen tambien aquella denominacion á la Iglesia católica, llamando al concilio de Trento el primer libro simbólico, la profesion de fe de Trento el segundo, y el catecismo romano el tercero.

(8) Desde la institucion del cristianismo, nunca la Iglesia tuvo otra enseñanza; esta manifestacion constante y uniforme debe bastar para impedir escuchar á los espíritus de turbulencia y error. Es peligroso levantar la voz contra la creencia y lo que enseña la Iglesia. ¿Qué es lo que es dudar, sino el cesar de creer en la Iglesia, condenarla como embustera, como tambien á Cristo, á los apóstoles y á los profetas? ¿No está escrito? *Permaneceré con vosotros hasta la consumacion de los siglos;* y en san Pablo: *La casa de Dios es la iglesia de Dios vivo, la columna y la base de la verdad.*

(9) *Das lutherthum werde so schwer als das Papathum.* ZWING. Ep. 334.

(10) Se sostuvieron á pesar de las atroces persecuciones del rey Fernando; sin embargo, la mayor parte se vieron obligados á refugiarse en Prusia. Fueron tolerados más

tas fué más encarnizada. Flacio, profesor de la Jena (1557), sostuvo contra Melanchton que la cooperacion del hombre era necesaria á la justificacion operada por el Espíritu Santo. Llegó hasta decir que el pecado original no era un accidente, sino la misma sustancia del hombre, lo cual engendró la herejia de los flacianos ó sustancialistas.

«El diablo está entre nosotros, dice Lutero, y envia todos los dias visitas á llamar á mi puerta. El uno no quiere el bautismo; el otro desecha la Eucaristía; un tercero enseña que Dios creará un nuevo mundo antes del juicio final. Este pretende que Cristo no es Dios, otro una cosa y aquel otra. En una palabra, tantas creencias como cabezas; y no hay imbécil que no se crea visitado por Dios y que es profeta.»

Si el libre exámen hubiese sido reconocido de hecho, como era proclamado de derecho, ¿cómo se hubieran podido desaprobar ninguno de estos sectarios? Pero Lutero, á quien hemos visto incitar en otro tiempo á sus partidarios á perseguir á los católicos, hacia otro tanto con todos los que se separaban de su creencia. Más de mil ministros luteranés (si hemos de dar crédito á Alcander) estaban reducidos a mendigar por los sectarios de Carlostadt. Tosanso decia: «Si fuese emperador, no concederia la vida á mis súbditos sino á condicion de que tuvieran mi misma fe y creencia.» Los calvinistas escribian al príncipe de Polonia:

O Casimire potens, servos expelle Lutheri;
Ense, rota, ponto funibus igne, neca.

Confesion de Augsburgo.—Tal era la libertad de opiniones que se proclamaba, y todas las discusiones se convertian en negocios de Estado. Dios era el pretesto y el mundo la causa. En este estado de cosas, sitiaba Soliman á Viena; y deseoso Cárlos Quinto de rechazar al enemigo y terminar aquellas discusiones convocó la dieta de Augsburgo (1529). Sea que no supiese el aleman, ó que quisiese conservar la etiqueta del orgullo español, Cárlos no contestó en la asamblea más que *si* ó *no*, palabras sin consecuencia, y movimientos de cabeza, «como grande hombre, dice Lutero, que habla menos en un año que yo en una hora.» Los protestantes espusieron allí su confesion, redactada con una claridad, precision, sencillez y fuerza admirables (1530). Está dividida en tres partes: la primera versa sobre los puntos generales no contestados; la segunda sobre los artículos que los luteranos admitian ó rechazaban parcialmente: la tercera, sobre las ceremonias y los usos en que diferian de la Iglesia romana, de los cuales rechazaban siete puntos, á saber: la supresion del caliz, el celibato de los sacerdotes, la misa como sacrificio, la confesion auricular, los votos monásticos, los ayunos y el poder episcopal. No se trató de las indulgencias, del purgatorio ni de la supremacia papal.

La confesion de Augsburgo revela el lado débil de Lutero. Habia proclamado el libre exámen, é impone á los suyos un símbolo en el que escribe *anatemas sobre el que enseña otro*. Pero al menos los católicos tienen la persuasion de que lo que creen es de inspiracion divina; entonces, por el contrario, debatieron, como se sabe, entre ellos las ideas y las palabras: Melanchton, hombre amable y conciliador, asustado por una parte del desbarajuste que amenazaba á la sociedad, y por otra de la atroz tirania secular y que iba á surgir de la abolicion del gobierno eclesiástico (11) redactó la confesion en los términos que creyó más convenientes para unir á los disidentes. En su consecuencia fué corregida y revisada varias veces; y como la libertad del hombre se negaba en ella por la predestinacion divina, Melanchton hizo que Lutero hiciese abstraccion de ella, y se espresase de manera que pareciese adoptar la opinion de los sacramentarios. Cambióse arbitrariamente el artículo XVIII diciendo que «era preciso reconocer el libre albedrío en todos los hombres desde que tienen uso de razon.»

El mismo Lutero se decidió más tarde á modificar su creencia, ó al menos sus espresiones relativamente á la presencia real. Habia sostenido con violencia que «Dios opera en nosotros el pecado;» sin embargo, el artículo IX dice: «La voluntad del malo es causa del pecado.» Habia rechazado la eficacia de las buenas obras, y el artículo VI afirma, que «las buenas obras merecen elogios y que son necesarias y dignas de recompensa.» Conservóse la misa con sus partes integrantes mientras vivió Melanchton, y se oraba por los muertos, confesando que ésta era la práctica de la Iglesia primitiva. Aun más, aquella Babilonia tan blasfemada recibió un homenaje en el artículo XXI, donde se dice: «No despreciamos los dogmas de la Iglesia católica, y no queremos sostener las impiedades que ha proscrito; porque no es con pasion desordenada, sino con la autoridad de la palabra de Dios, como hemos llegado á esta doctrina, que es la de los profetas, apóstoles y santos padres.»

Los mismos católicos se admiraron de encontrar la palabra luterana tan flexible; y puede asegurarse que si Melanchton se hubiese presentado en escena en 1519, no hubiese estallado la guerra; y qu ese hubieran reconciliado, si Lutero no hubiera existido en 1530. Pero, ¿qué contestaba Lutero, al ver la alegria de que muchos disfrutaban con aquellas contradicciones? *¡Burros! ¿acaso les pertenece á ellos juzgar de las antilogias de nuestra doctrina, á ellos que no comprenden una jota de los textos que sostienen á toda costa?*

---

tarde, y los utraquistas se declararon por la confesion de Augsburgo y los hermanos bohemios por la de Zwingle.

(11) *Confusio et perturbatio religionum... Video postea nullo intolerabiliorem futuram tyrannidem, quam antea unquam fuit.* Corp. Ref. 382, 384.

Pero poco se adelantaba con que cediera Melanchton (12), y dijese que la confesion luterana concordaba con los dogmas católicos, pues que éstos descansaban sólidamente sobre la autoridad, mientras aquélla estaba á merced de la interpretacion personal. Los que no admitian la presencia real espusieron otra *confesion tetrapolitana* (13); Zwingle hizo una tercera más vigorosa que las otras dos, en la cual escluia toda ceremonia y toda gerarquia y toda tentativa para unir los católicos y los protestantes no tuvo éxito, en atencion á que sí Lutero y Melanchton se inclinaban á reconocer á los obispos y al papa el poder eclesiástico, los príncipes no habian abrazado la Reforma sino con el designio de permanecer independientes de aquella autoridad y los católicos podian ya decirles desde entonces: «Ante todo ponemos de acuerdo y después discutiremos.» Lutero escribió á los suyos: «Bastante y aun demasiado habeis hecho. Habeis confesado á Cristo, ofrecido la paz y prestado obediencia á Cárlos: no hagais más concesiones, aun cuando os veais maldecidos por el papa y por el César. Ahora toca á Dios sólo el juzgar. Si la consecuencia de todo esto es la guerra, venga la guerra: el Señor prepara á nuestros adversarios como víctimas para el sacrificio.» (14) La única conclusion fué, pues, la de prohibir que se inquietase á nadie por causas religiosas, y apresurar la convocacion del concilio (15).

Liga de Esmalcalde.—Demasiado ocupado Cárlos Quinto en otros asuntos (16), y queriendo dar consistencia al partido católico eligiéndole un jefe, hizo nombrar rey de los romanos á su hermano Fernando (1531) conocido por su aversion á los protestantes. Declarando entonces éstos que los privilegios de la Bula de oro se habian infringido, se unieron en Esmalcalde: el elector de Sajonia y su hijo, los duques de Brunswick y Luneburgo, el landgrave de Hesse, el príncipe de Anhalt-Cœthen, los condes de Mansfeld, las ciudades de Estrasburgo, Ulm, Constanza, Reutlingen, Memmingen, Lindau. Biberach, Isny, Lubeck, Magdeburgo, Brema, Essling, Goslar é Einbeck, prometieron sostener la libertad germánica, y con ellos el duque de Baviera, que aunque católico, no reconoció á Fernando; en fin, los confederados pidieron apoyo á los reyes de Francia y de Inglaterra. Entre tanto el turco se presentaba á las puertas del imperio: á consecuencia de lo cual se concluyó en Nuremberg un primer tratado de paz con el príncipe austriaco (1532), que suspendió los edictos de Worms y de Augsburgo, concediendo á los protestantes el libre ejercicio de su culto, á condicion de que se armarian contra los otomanos.

Habíase proclamado la paz; pero la guerra ardia por todas partes. Persuadido Felipe, landgrave de Hesse, de que ella era el único medio de asegurar la religion, la hizo estallar adoptando el partido del duque de Wurtemberg, que habia sido despojado por Cárlos Quinto. Habiéndose librado Cristóbal, hijo del duque, de la persecucion del emperador, protestó contra semejante usurpacion; unióse Felipe á Juan Federico, elector de Sajonia, y á la Baviera; la Francia prometió dinero, y se declaró la guerra al Austria. En fin, el emperador devolvió el Wurtemberg, pero como feudo revertible al Austria.

Los anabaptistas no habian sido abatidos con el suplicio de Münzer y de los suyos; nuevos predicadores se estendieron por todo el Rhin y los Paises-Bajos. Pero cuando Cárlos Quinto hizo caer muchas cabezas en Amsterdam, los inspirados se concentraron en Munster en Westfalia. Juan Bokold, sastre de Leida, arrastró consigo á una gran multitud; y como el senado de Munster quisiera reprimirlo, resultó una sublevacion. Tanto el obispo de aquella ciudad y el de Colonia, como el duque de Gueldres y el landgrave de Hesse, que habian acudido á su socorro, fueron vencidos por los rebeldes, que proclamaron entonces el reinado

---

(12) Este habia encargado siempre que se modificaran los ritos lo ménos posible. *Obsecro, quantum ex veteribus ceremoniis retineri potest retinea: omnis novitas nazet in vulgo.* Corp. Ref. II, 551. *Furor est non pieta tales ceremonias improbare*, 910. En Augsburgo decia al legado Valdés que no se hallaban tan distantes de la Iglesia Católica, como el vulgo creia y que la controversia se reducia solo á tres puntos: la comunion de las dos especies, el matrimonio de los sacerdotes y la abolicion de las misas privadas. V. *la Relacion de Spalato en* Sech, II, 165. Otras veces decia: *Dogma nullum habemus diversum ab Ecclesia romana.*

(13) Fué recopilada por Bucer y Capiton, y presentada por las ciudades de Costanza, Estrasburgo, Memmingen y Lindau.

(14) Epp. IV, p. 162, 171.

(15) Maria, viuda de Luis de Hungria, atendia gustosa á los protestantes, hacia celebrar el oficio divino en sus habitaciones segun el rito de los mismos, y trataba de persuadir y ablandar á su hermano Cárlos Quinto. D'AUBIGNÉ.

(16) Se dice que durante un banquete, al que asistieron el emperador y algunos príncipes, se presentó una compañia de comediantes, para hacer una representacion como era costumbre. Salió primero un viejo disfrazado de doctor que dejó en el suelo un haz de palos derechos y otros torcidos, y que llevaba en las espaldas el rótulo de *Reuclin*. Apareció después otro que procuró arreglar los palos derechos con los torcidos, y no pudiendo conseguirlo, se marchó. Este llevaba el rótulo de *Erasmo*. Salió después un fraile con una espuerta de carbon, acomodó los palos, puso fuego á todo y se retiró. Aquel fraile era *Lutero*. Entonces un personaje con las insignias imperiales viendo aquel incendio, desenvainó la espada, y trató de estinguirlo á golpes, más viendo que aun se dilataba más se marchó precipitadamente. Luego otro personaje remedando á Leon X, presentose desconsolado por tal espectáculo y hallando á mano dos vasos, uno de aceite y otro de agua, tomó el de aceite y lo derramó sobre la llama, y viendo que esta tomaba aun mayores creces, se retiró espantado, J. L. FABRICIUS, Opp. II, 231.

de la libertad y de la igualdad. Siendo Cristo hijo de David, organizaron un gobierno á la manera hebrea con dos profetas de Dios, David y Juan de Leida, y además dos profetas del diablo, el papa y Lutero; quemaron todos los libros, escepto la Biblia, los monumentos de arte y los instrumentos de música. Cargaron los cañones con los más preciosos pergaminos; se casaron con varias mujeres, hicieron los bienes comunes, mancharon con sus orgias, al resplandor de los sagrados cirios, lugares ensangrentados ya atrozmente con la matanza. Juan se casó con cuatro mujeres, y rodeándose de fausto se tituló *rey de justicia en el mundo*. Hizo leyes, sentenció procesos y envió, desde la ciudad en que se encontraba sitiado, apóstoles encargados de propagar el Evangelio, y proporcionarse inteligencias con los anabaptistas de los demás paises. Intentó nada menos que sorprender á Amsterdam. Pero en todas partes fueron cogidos y sentenciados á muerte sus apóstoles y adictos, como fuera del derecho comun, y aun fué mayor contra ellos la atrocidad, ya tan grande, de los suplicios más refinados. Los rigores, el entusiasmo, las predicaciones y los tormentos no le bastaron á Juan de Leida para conservar á Munster, que en fin fué tomada (1535). Los que no perecieron con las armas espiraron con las tenazas, las ruedas y la horca, al sonido de los aplausos de los católicos y de los luteranos, de Roma y Ginebra.

En este estado, se insistia en la reunion de un concilio; pero ningun partido la deseaba sinceramente. Los protestantes hasta suscribieron una nueva confesion de fe redactada por Lutero, que se separaba más de la religion católica y hacia la union imposible.

Opúsose una liga católica entre el emperador y el rey de los romanos á la de Esmalcalde. ¿Pero Cárlos Quinto no tenia planes fijos como acontece en el momento de las tempestades repentinas? ¿Los ocultaba como profundo político? ¿O era verdad que no jugaba limpio con objeto de estar bien con ambos partidos? Es cierto que no manifestó en aquella circunstancia la misma firmeza que en sus demás empresas, tal vez por el temor de que los protestantes no se colocasen del partido de la Francia. Su hermano Fernando aspiraba á la paz, con el objeto de poder defender á la Hungria contra los turcos. Propúsose, pues, un *interim* en Ratisbona para garantizar la paz religiosa hasta el concilio. Esta convencion no fué del agrado de los protestantes, y no debia desagradar menos á los católicos; porque durante aquel armisticio, sus enemigos continuaban confiscando los bienes eclesiásticos, secularizando los obispados y adquiriendo la solidez que produce el tiempo. Por otra parte, el rey de Dinamarca se adhirió á la liga de Esmalcalde; y además del elector de Brandemburgo y del nuevo elector de Sajonia, Juan Federico, el arzobispo de Colonia, los obispos de Lubek, Camin y Schwerin, adoptaron la reforma. Renovóse, pues, la liga por diez años; asalariándose tropas, y de esta manera se encontró el protestantismo constituido en cuerpo político.

La liga de Esmalcalde no podia ser considerada por el emperador sino como una rebelion. Así es que desde aquel momento, su modo de obrar, por lo comun vacilante, tuvo un objeto determinado, el de destruir la nueva constitucion que los ciudadanos defendian á mano armada. Apenas cesaron la Francia y la Turquia de inspirarle inquietudes, cuando se resolvió á la guerra, guerra más política que religiosa, aunque se la llamase guerra de la *Santa Liga*, por la intervencion del papa, que autorizó á Cárlos á cobrar medio año de las rentas eclesiásticas de España y vender por valor de 500,000 ducados de propiedades monacales. El mismo prometió 200,000, comprometiéndose además á sostener por espacio de seis meses, doce mil infantes y quinientos caballos ligeros de aquellos italianos á quienes la servidumbre habia arrancado las armas, y que se alistaron voluntariamente en la bandera de Octavio Farnesio, sobrino del papa.

Preparáronse á la defensa los confederados de Esmalcalde, aunque con menos ardor del que se aguardaba Mauricio, segundogénito de Sajonia, aunque protestante, se declaró en favor de Cárlos Quinto, y obtuvo de él el electorado, que fué arrebatado á Juan Federico, Fernando, rey de Bohemia y de Hungria, levantó un ejército de bohemios sin el consentimiento de los Estados, y fué á ayudar á su hermano, más atrevido entonces con la muerte de Francisco I.

Batalla de Muhlberg.—Cárlos Quinto triunfó en la batalla de Muhlberg, en la que fué hecho prisionero Juan Federico. Habiéndose rendido bajo su palabra el landgrave de Hesse, se vió obligado á pedir perdon de rodillas, y fué hecho prisionero (17); después le llevó Carlos Quinto en su comitiva por todos los paises comarcanos, como para prolongar su triunfo sobre la libertad germánica (18). No sólo los ministros de todas las potencias, sino reyes, príncipes y reinas se prosternaron á los piés de Cárlos Quinto para obtener su libertad: permaneció inexorable como lo habia sido con Francisco I. No usando ya de ninguna consideracion ni con sus amigos ni con sus enemigos, hizo que se presentase el elector, á despecho de las constituciones imperiales, ante un consejo de guerra, compuesto de oficiales españoles é italianos, bajo la presidencia del duque de Alba,

(17) Cárlos Quinto habia prometido no condenarle á *ninguna* prision; pero dijo después haber prometido no condenarle á prision perpétua: equivocando las palabras *einige* y *ewige*, que es fácil confundir en la escritura alemana.

(18) «La vista de dos desgraciados prisioneros, que llevaba tras sí con la mayor insolencia, habia escitado la piedad hasta en aquellos que estaban animados del espíritu de partido, y de un sentimiento de odio hácia una religion diferente.» COXE, *Historia de Cárlos Quinto*, c. 30.

los que le condenaron á muerte. Perdonóle entonces, pero con condiciones humillantes. Después se presentó en las asambleas rodeado de mercenarios españoles, que violando las franquicias del suelo germánico, pusieron á contribucion á amigos y adversarios.

Entonces se encontró la casa de Austria en el apogeo de su poder: la liga de Esmalcalde se encontraba disuelta, los privilegios del cuerpo germánico destruidos, y la libertad desalentada. Abandonados los bohemios á merced de Fernando, debieron anonadar sus franquicias en castigo de su rebelion; y Cárlos Quinto hizo redactar un nuevo *ínterim* que desagradó á todos, por la ambigüedad, la que dejaba conocer la intencion de conciliar ambas opiniones.

Al mismo tiempo presentó un proyecto de reforma eclesiástica que escitó el descontento de Roma. Sin embargo, libelos y caricaturas trataban de traidor y apóstata á Mauricio de Sajonia, que se habia resentido de que el emperador le hubiese negado la libertad del landgrave. En el momento, pues, en que Cárlos Quinto descansaba en los espias de que le habia rodeado, publicó contra él una proclama en la que le acusaba de querer establecer en Alemania una servidumbre intolerable, brutal, hereditaria, como la que pesaba sobre España.

Cárlos Quinto no pensaba, segun nuestro modo de ver, hacer hereditaria la corona imperial, pero sí reunirla á la de España en la persona de Felipe II; ahora bien. esta funesta combinacion la evitó la espada de Mauricio, y poco faltó para sorprender al emperador en Inspruck, de donde huyó dejando libre á Juan Federico. Entró entonces Enrique II, rey de Francia, en Alemania, de la que se declaró protector, é hizo en Alsacia una guerra encarnizada. De esta manera se encontró el emperador precisado á suscribir en Passau á una transaccion que aseguró la libertad de ambas religiones. Se estipuló allí que nadie seria inquietado, ya perteneciese á la confesion de Augsburgo, ya fuese católico, y que se suspenderia la jurisdiccion eclesiástica, con respecto á los protestantes, á quienes se les permitiria entrar en la cámara imperial. No se esplicaba de todos modos, si la libertad de conciencia debia estenderse tambien á los Estados eclesiásticos; y como todos los que no eran ni católicos ni luteranos no estaban incluidos en el tratado de paz, el campo quedaba abierto á las disensiones y enemistades de los demás innovadores.

Tres años después concluyóse en Augsburgo la paz de religion en el mismo sentido, lo cual mostraba la ineptitud de las dos partes. Los príncipes protestantes habian conquistado la libertad de conciencia para sus súbditos; pero habiendo el rey de los romanos y el duque de Baviera declarado que no podian permitir á los suyos el ejercicio de una religion sin consuelos, los protestantes se limitaron á pedirla para las autoridades, de suerte que éstas pudieran abrazar la religion que quisieran de las dos; que el cuerpo de caballeros, las ciudades y las comunidades pertenecientes sólo á los príncipes eclesiásticos y adictos ya á la confesion de Augsburgo, pudieron continuar en su creencia, y las ciudades libres é imperiales se conservaran como estaban. La cacareada libertad se reducia, pues, á unos pocos privilegios; el pueblo debia amoldarse á la creencia de sus señores, ó de lo contrario emigrar, lo cual les era permitido hacerlo gratis. Mauricio, rehabilitado de su primer oprobio con haber amenguado el poderío de Cárlos Quinto, murió á la edad de treinta y tres años.

Muerte de Lutero.—No vió Lutero los desastres de la guerra de Esmalcalde, que habia escitado. Muchas veces habia llamado á la muerte diciendo: «Venga nuestro Señor, y llámeme á sí, comparezca su ultimo juicio; yo alargaré el cuello: vibre el acero, y concédame el descanso. ¡Ay! apenas damos la décima parte de nuestra vida á Dios, ¿y queremos merecer el cielo por nuestras buenas obras?... ¿Qué he hecho yo jamás?... Este pajarito ha elegido su nido, y va á dormir tranquilo. Sin inquietud, no piensa en el del dia siguiente. Duérmese pacífico sobre una rama, y deja á Dios que piense por él... ¡Oh Señor Jesús, te recomiendo mi alma, abandonaré este despojo terrestre; me separaré de esta vida, pero sé que permaneceré eternamente á tu lado.» Repitió tres veces: «Señor, en tus manos pongo mi espíritu; tú eres el que me has rescatado, Señor, Dios de la verdad.» El doctor Jonás le dijo: *Reverendo padre, ¿morís con constancia en la fe que habeis enseñado?* Contestó que *sí* con claridad, y se durmió para siempre.

Hombre de gran valor y desinterés, Lutero fué impulsado á la violencia por sus pasiones, su intolerancia y sus odios personales. Queria derribar al papa, y pretendió para sí mismo la infalibilidad; pues no se puede decir que enseñó el libre exámen, cuando propuso un símbolo, con la única diferencia de que antes la razon humana se inclinaba ante Dios, autor de todas las cosas, al paso que entonces se hallaba sometida á la autoridad de un hombre. Dícese que fué el primero que puso en manos de los cristianos las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, ya hemos visto cuán inexacto es esto. Dícese tambien que propagó los estudios exegéticos; sin embargo, el hebreo era ya estudiado en Italia; un libro de salmos en octavo se habia impreso en Génova, y en España la Biblia poliglota del cardenal Jimenez de Cisneros. Tambien se asegura que enseñó la libertad, y nosotros encontramos, por el contrario, en él un desprecio despótico á los derechos legales, sin ninguna idea de franquicias políticas. Hasta fortificó el poder real, suprimiendo las jurisdicciones de los obispos, lo que hizo decir á Melanchton que Lutero habia reemplazado un yugo de madera con uno de hierro (19). Lutero dijo: Se

(19) Matter, *Historia de las doctrinas morales y po-*

nace ciudadano antes de ser cristiano. ¿Quieres saber tus derechos? No interrogues la ley de Cristo, sino la ley del Cesar y del pais, esto es, la regla: tú mandas como magistrado, no como cristiano.» Así, además de quedar la conciencia subyugada á la autoridad del príncipe, se estableció el

---

líticas de los últimos tres siglos, dice que se imputa sin razon al protestantismo haber introducido el racionalismo, que entró en el estado social y en las doctrinas morales y políticas, sólo por efecto de la civilizacion. En un principio, los protestantes no pensaron en ello, y hasta, desechando la autoridad de la Iglesia, se hicieron esclavos de las Escrituras. Pero como ésta es una letra muerta sin ninguna interpretacion, tuvo tambien que sucumbir, resultando el racionalismo particular.

Toqueville *De la democracia en América*, t. II, demuestra que la tendencia de los católicos en los Estados-Unidos, es más que todo democrática: *Si el catolicismo*, dice, *dispone á los fieles á la obediencia, no los prepara á la desigualdad, lo contrario diré del protestantismo, que en general inclina á los hombres menos á la igualdad que á la independencia.*

Borne, que incitaba en Paris á sus compatriotas á ocuparse de la regeneracion política de su pais, escribia: «Habiéndose apoderado los príncipes de los bienes de la Reforma y de las rentas de la Iglesia, el impuesto del fisco sucedió á las ofrendas gratuitas, el código penal al purgatorio. Lutero quitó al pueblo el paraiso, y le dejó el infierno; tambien le quitó la esperanza y le dejó el miedo. Prescribió el arrepentimiento para ser absuelto de sus pecados; pero el arrepentimiento no se manda. Las fiestas religiosas se disminuyeron, los dias de trabajo se aumentaron, y en su consecuencia las fatigas del pueblo. La vida pública cesó enteramente. No hubo más pintores, poetas ni fiestas populares que edificios públicos. El egoismo provincial y doméstico tomó el lugar del espíritu nacional. El pueblo aleman era alegre, espiritual y sencillo; en el dia se le ve en los paises reformados, pesado, fastidiado y fastidioso. Es una verdadera vida de cuaresma que dura hace tres siglos, y este buen pueblo está lejos del dia de pascua.

»Lutero, plebeyo, odiaba y despreciaba el estado de que habia salido; preferia ser el protegido de los príncipes más bien que no el protector de sus iguales, de los príncipes que le acariciaban porque le temian. Enorgullecióse Lutero con su temor, y se embriagó de tal manera con sus caricias, que no conoció que aquellos príncipes habian abrazado su creencia sólo por ambicion y avaricia; que se mofaban de su entusiasmo religioso y filosófico. Causó gran daño á su pais. Antes que él no se encontraba en Alemania más que servidumbre, y Lutero le dió además el servilismo. Entre los reformados, el príncipe, fuese por consentimiento suyo, ó por consejo de los reformadores, habiéndose apoderado del poder moral de la Iglesia, lo reunió al poder material; en su consecuencia, á él fué á quien los súbditos dedicaron como cosa debida el amor y respeto que profesaban en otro tiempo á la Iglesia. Nunca los sacerdotes católicos predicaron la obediencia pasiva como los ministros reformados.

»Lutero no comprendió ni las astucias, ni las pasiones, ni la tenacidad de las clases superiores de la sociedad, ni el buen sentido, las virtudes y los intereses de las clases inferiores. Despreciaba grandemente al pueblo, que, siempre bueno y virtuoso, procura convertir sus pasiones en sentimientos, y sus sentimientos en acciones.

»Causa horror leer las persecuciones que Lutero ejercia, y las feroces imprecaciones que vomitaba contra los pueblos. Si se hubiese contentado con apaciguar sus trasportes, demostrar que empeoraba su situacion con la rebelion, que eran demasiado débiles y estaban muy desunidos en parangon con los príncipes colocados á la cabeza de todos los intereses egoistas del pais, se le hubiera podido perdonar, en favor de su buena voluntad, su falta de valor, de sabiduria y prevision. Pero no, lejos de hacer Lutero nada parecido á esto, exhortaba á los príncipes á la venganza; decia que no habia ya para ellos demonios en el infierno, en atencion á que todos habian entrado en los cuerpos de los campesinos; que era necesario matar á aquellos perros rabiosos; que no eran la longanimidad, la misericordia, la gracia, las que sentaban bien á los príncipes, sino la cólera, la espada, la venganza; que podian ganar con más facilidad el paraiso vertiendo sangre que orando. Cuando varios señores, animados de buenas intenciones, preguntaron á Lutero si los servicios personales y las demás contribuciones que pesaban sobre sus campesinos no eran contrarios á las máximas del Evangelio, y si no debian abolirlas, contestó que los campesinos se tornarian insolentes si no estaban avasallados con este peso; que el asno necesitaba palo, ya fuese bueno ó malo, y el pueblo violencia y dureza. Lutero era hijo del pueblo, y habia adoptado la librea del ensalzado de la nada: esto es cuanto hay que decir.

»Lutero, á quien la clase media de Erfurth, unida á los magistrados, habia sometido un proyecto de constitucion municipal, en el que los derechos de los ciudadanos eran garantidos de las usurpaciones de las autoridades, no manifestó más que desden por aquella constitucion representativa, por la cual la autoridad consentia en dejarse vigilar, guiar, corregir como á un niño, y dar cuenta á los súbditos de su modo de obrar.»

(20) Erasmo dice: *Ubicumque regnat lutherianismus, ibi litterarum est interibus (Ep.* 1101-1528). *Evangelicos istos, cum multis aliis, tum hoc nomine præcipue odi, quod per eos ubique languent, lugent, jacent, intereunt bonæ litteræ, sine quibus quid est hominum vita? Amant viaticum et uxorem, cætera pili non faciunt. Hos fucos longissime arcendos censeo a vestro contubernio* (Ep. 949, eod. ann.).

el dogma de la presencia real, y se manifiestan con rico y magnífico arte acompañado de ideas las más sublimes unidas á los símbolos más graciosos, y de sentimientos los más puros puestos en relieve con las formas más espléndidas y variadas, sustituyó un culto sin belleza, sin gracia, sin vida y sin amor. Esta pompa del culto habia dado una nueva gloria á la Italia, mientras que no quedó por Lutero el querer que una nueva barbarie, viniese á destruir los monumentos y los recuerdos de lo pasado.

¿Amó acaso á su patria? Cuando se trató de armar á la Europa contra los turcos que amenazaban á Viena, aconsejó evitar esta empresa (21) por temor de que no contribuyese al engrandecimiento de los pontífices, protectores continuos de la libertad europea.

¿Amó tambien acaso la libertad de la razon y de la conciencia? Por el contrario, la maldijo cada vez que se opuso á sus decisiones; lanzó el anatema contra todo el que se separara de su símbolo de Augsburgo; apeló al acero y á las cadenas contra los disidentes. Después de haber en 1520 abierto una tan grande senda á los progresos del pensamiento, no le dejó siquiera un sendero libre en 1532, y los anabaptistas tuvieron que penetrar á viva fuerza en la Iglesia. Que no se conteste que Lutero los persiguió por la trasformacion política sufrida por el dogma y porque el edificio social se hallaba amenazado. Si Lutero hubiese usado de tolerancia para con ellos, y les hubiese dejado la libertad de enseñar, las matanzas que se siguieron no hubieran ensangrentado la Alemania (22).

¿Amó acaso al pueblo? No: después de haber predicado con ayuda de sus diatribas y en nombre de la libertad evangélica, la cruzada contra los obispos y los frailes, exhortó á los príncipes á esterminar á los campesinos que, creyendo en él, habian convertido en armas sus estevas y martillos (23).

Tuvo mucha condescendencia con los reyes hasta en las cosas menos justas; y en el año 1539 firmaba con Melanchton y otros seis doctores alemanes, una consulta que autorizaba al landgrave de Hesse á la poligamia. Esta era la primera vez que acontecia en el cristianismo que una decision doctrinal autorizase para semejante abuso, y precisamente procedia de aquellos que reprochaban las dispensas de la corte de Roma, con la única restriccion de que estaban obligados á mantenerla oculta *bajo el secreto de la confesion.*

Triunfó, pues, Lutero menos por el entusiasmo de los pueblos que por el egoismo de los grandes y por el descuido de los que debian combatirle; pero su reforma permanecia siendo un término medio entre la fe y la duda, y no debia agradar á los partidarios del progreso; porque en lugar de proclamar una innovacion, tenia por objeto retroceder á los primeros siglos, y á la parte de la doctrina antigua que ha sido perfeccionada si no abolida por el Nuevo Testamento.

Melanchton, el Fenelon de la Reforma, era hombre amable y conciliador que esperaba unir las sectas empleando formas ambiguas y templando el rigor del maestro; le sobrevivió hasta el 19 de abril de 1560, muy triste por las controversias que sin cesar renacian.

Dos hechos se reprodujeron más tarde, que son de gran importancia en la historia del luteranismo: el primero, es que Juan Guillermo, duque de Sajonia Weimar, se prevalió del pleno poder dado á los príncipes en los negocios religiosos, y arrebató á los eclesiásticos toda jurisdiccion, inclusa la escomunion; además, los sometió á un consistorio de seculares que dependian del príncipe, sin inquietarse de las ruidosas reclamaciones de que era objeto la independencia de la autoridad eclesiástica. Pronto fué imitado su ejemplo. La otra es la publicacion del catecismo de Heidelberg, que separó definitivamente á los innovadores en luteranos ó evangélicos, y en calvinistas ó reformados.

(21) *Præliari adversus turcos est repugnare Deo, visitanti iniquitates nostras per illos.* De captiv. Babil.

(22) «Os referís todos á la palabra de Dios, y no creeis á sus verdaderos intérpretes: poneos, pues, acordes, antes de pretender dar leyes al mundo.» ERASMO.

(23) *Carnificie committendum velut nebulonem qui seditionem machinatur* LUT. *Comm. in ps.* 71.

CAPÍTULO XIX

ZWINGLE (ZUINGLIO). — CALVINO.

Siempre habia profesado la Suiza un profundo respeto hácia la fe romana, á la cual debia su civilizacion, sus riquezas, sus monasterios y sus ciudades (1). Habia reclamado proteccion para sus derechos; y al papa fué á quien se dirigió cuando Federico III de Austria quiso atacarlos. Pero, llamados á tomar parte en las guerras de la península itálica, se escandalizaron los suizos de la inmoralidad que reinaba en ella, y de los abusos cometidos por los prelados que Roma enviaba á su pais.

Zwingle.— Ulrico Zwingle, de Wildhaus, cura de Glaris, habia asistido como capellan de las tropas del obispo Scheiner, á las batallas de Novara y Marignan: instruido en los clásicos, admirador de Erasmo, se aprovechó de la especie de idolatria de que la virgen de Einsiedeln era objeto, y de la indulgencia plenaria anunciada por carteles en aquella aldea, para pronunciarse contra aquellas prácticas. Comenzó, pues, á predicar en aquel sentido antes que Lutero (1516), pero con menos reticencias y más claridad, con menos inspiracion y más sistema. Mientras que Lutero procedia paso á paso, animado por una victoria y deseando otra, Zwingle, por el contrario, combatió desde el principio los dogmas fundamentales: no habló de reformas y quiso que no se buscase el cristianismo sino en las Sagradas Escrituras. Apasionado de la naturaleza, predicaba una especie de deismo, escluia la idea y quitaba á la religion la espiritualidad, sustituyendo á la profundidad del dogma antiguo esplicaciones de una insignificante sencillez.

Cuando fué pastor de Zurich, tuvo por colega al alsaciano Leon Judas (1518), y declaró que se sujetaria únicamente al Evangelio, no en algunas de sus partes, sino en el todo de él; comenzó á declamar contra las malas costumbres, la venalidad del clero y la autoridad de la Iglesia. Arrojó al fraile Bernardo Sanson que se habia presentado á hacer el comercio de indulgencias; y como se le decia que aquel dinero era necesario para construir el más magnífico templo del mundo, enseñó la cima de los Alpes dorados por los rayos del sol, añadiendo que la contemplacion de las obras de Dios, en cualquiera parte donde se manifiesten, valian más que las peregrinaciones lejanas (2).

Contestó á las admoniciones del obispo de Constanza, que desechaba toda decision por parte de los hombres en materia de fe, y que no admitia ninguna satisfaccion ante Dios, escepto la que se habia hecho por Jesucristo. Decia á sus ovejas, reprobando los ayunos y las abstinencias: *¡Teneis escrúpulo de comer carne en cuaresma, y vendeis carne humana á los príncipes extranjeros!* Propagóse el incendio; el canton de Zurich dispuso un coloquio entre ambos partidos, y Zwingle emitió en sesenta y siete tésis las siguientes proposiciones: que la misa no era un sacrificio, que no habia en ella otro mediador que Cristo, y que no se podia obtener con penitencias la remision de los pecados; que los votos de castidad eran ilícitos; que la escomunion no podia ser pronunciada sino por la Iglesia particular á que pertenecia el culpable, y que no se encontraba en la Biblia ningun funda-

(1) San-Galo, Einsiedeln, Appenzell, etc.
Véase ABRAHAN RUCHAT, *Hist. de la reforma de Suiza.* HOTTINGER, *Hist. de Suiza en tiempo de la Reforma.*

(2) *Roman curre! redime litteras indulgentiarum! da tantumdem monachis! offer sacerdotibus! Christus una est oblatio, unum sacrificium, una via.* ZWINGLE opp. I, páginas 201-222.

mento del poder eclesiástico; que eran apóstatas y herejes los que pretendian que el Evangelio era nada sin la confirmacion de la Iglesia: y que todos los cristianos son hermanos de Cristo y entre sí, pero que no tienen padre sobre la tierra.

Acudió una inmensa multitud á aquella discusion; pero no se levantó ninguno que la contradijese. Sólo Faber, vicario del obispo de Constanza, aceptó, después de muchas vacilaciones, el debate sobre la intercesion de los santos y de la misa; ¿pero cómo sentenciar, cuando el uno alegaba las decisiones de los concilios que el otro no reconocia? Estableció, pues, el senado de Zurich, que no habiendo podido convencerle de herejia con la Biblia los adversarios de Zwingle, no era posible prohibirle la palabra, impidiendo de todos modos á cualquiera que fuese predicar cosas que no pudiese probar con las Sagradas Escrituras.

Pero cuando Zwingle, Engelhard y Leon Judas comenzaron á declamar contra las imágenes, se manifestó una oposicion popular (1523); el senado dispuso un nuevo debate, bajo la presidencia del burgomaestre de San Galo, Joaquin de Walt (*Vadianus*), poeta laureado. Trescientos cincuenta sacerdotes, é infinidad de seglares se habian reunido en el dia prefijado; Zwingle sostuvo que toda reunion de fieles era una iglesia y que podia en su consecuencia tratar en ella de materias de fe. Después que se discutió sobre gran número de ritos, las procesiones, los órganos, la adoracion de la hostia y la estremauncion se prohibieron; y pronto se quitaron las imágenes, se abolió la misa como ceremonia simbólica, y se celebró la Eucaristia, con los ritos reformados.

Los reformadores suizos adelantaban, pues, más que Lutero, que conservó varias prácticas religiosas, como las imágenes, los cirios, los altares, los panes ácimos, la confesion auricular. Lutero queria conservar en la Iglesia todo lo que no le parecia espresamente contrario á la Escritura, Zwingle derribó todo lo que no podia derivarse de su texto. El uno queria permanecer con la Iglesia de todos los siglos, purgándola solamente de lo que repugnaba á la palabra de Dios; el otro retrocedia á los tiempos apostólicos, trasformando á la Iglesia, porque pretendia volverla al estado primitivo. Lutero habia combatido el catolicismo, proclamando la justificacion por medio de la fe; Zwingle derribó además el culto, estableciendo la accion suprema, universal y esclusiva de Dios. Después de haber repudiado Lutero la teologia escolástica concerniente á la doctrina de la justificacion, retrocedió de ella para admitir la presencia real, al paso que Zwingle no se inquietaba por ponerse en relacion con la tradicion, y pretendia recibir directamente la fé de la Escritura. En suma, nótase en el primero el instinto conservador, y en el segundo un espíritu radical. Con respecto á las consecuencias esteriores, al mismo tiempo que Lutero, predicando en un pais de príncipes, sostenia las ideas absolutas, favorecia la ocupacion de los bienes del clero, y en la jurisdicion mixta consideraba á la autoridad eclesiástica como una institucion humana y un atributo de la soberania, el republicano Zwingle derribaba tambien el poder de las Iglesias; pero, en lugar de darla á los príncipes la ponia en manos del pueblo. Lutero permaneció monárquico; Zwingle desarrolló el sentimiento popular, y de esta manera es cómo pudo ser el apoyo de las facciones opuestas á los reyes.

Leon Judas, Gaspard y Grossmann hicieron una version de la Biblia, inferior en mérito á la de Lutero pero tal vez más exacta. Zwingle publicó en latin los *Comentarios de la verdadera ó falsa religion*, esposicion completa de la ciencia, que opuso á los *Lugares comunes* de Melanchton. De aquí procedió el disentimiento de Zwingle con los protestantes alemanes, que llamaron á sus adherentes *sacramentarios*, origen del cisma que aun los divide, y Lutero anatematizó á Zwingle, así como á Münzer y Carlostadt, diciendo que antes queria ver en la Eucaristia sólo sangre con el papa, que vino sólo con Zwingle.

Estas querellas y los escándalos de los anabaptistas, bajo cuyo nombre se habia reunido toda la hez de los individuos rebeldes á las leyes, siguiendo á Manz y á Grebel, sin tener en cuenta ni los consejos ni la fuerza, hacia que muchas personas no se inclinaran á la Reforma. Otras, perseguidas en su patria, se refugiaban á Suiza, que convirtiéndose en asilo de todo el que se rebelaba contra la sociedad, se llenó de confusion y turbulencias. La primera consecuencia del cisma fué enajenarse los cantones fieles al antiguo *Credo*, á los que les repugnaban las innovaciones. Los tres cantones montañeses de Uri, Schwitz y Unterwald, fundadores de la libertad helvética, donde las costumbres eran más sencillas y el clero pobre, temblaron á la idea de cesar en las peregrinaciones, de cerrar los conventos, donde se encontraba pan, de renunciar á visitar anualmente la capilla de Guillermo Tell y el campo de Morgarten, donde invocando á Cristo y á Maria, habia roto el yugo austriaco. Nueve cantones se reunieron después en Lucerna (1524), y, «en atencion á que el Padre Supremo y los demás custodios de la Iglesia dormian en medio de las tempestades con que era batida,» ordenaron no cambiar nada en la religion hasta el concilio, aboliendo no obstante algunos abusos. Propúsose tambien una conferencia con Juan Eck; pero Zwingle concibió temores y no se presentó. Juan de Ecolampade acudió á Argovia donde discutió diez y ocho dias consecutivos en presencia de los diputados de los cantones y de los obispos; no faltaron, por lo demás ni violencias ni injurias, pero sin ningun resultado. Los que habian asistido á la discusion fueron más ardientes en estender la Reforma, y obtuvieron fuera una poderosa ayuda.

En Basilea, ciudad de sabios y de impresores, donde Erasmo vivió mucho tiempo, Volfang Fabricio Capiton (*Köpflin*) habia abolido la misa

desde 1517; después de él, Juan Ecolampade, que se habia colocado del partido de Zwingle, y Guillermo Farel, de Grenoble, se pusieron á la cabeza de los innovadores, y llevaron la intolerancia hasta tal punto, que por decreto del senado se prohibió á los morosos servirse de los molinos y hornos públicos, y hasta comprar víveres. Berna, la ciudad de las grandes famillias, después de haber oido una discusion entre Ecolampade, Zwingle, Conrado, Pelicano, (*Kurschner*), Bernardo Huller y los demás campeones, recibió la Reforma, declarando que los pastores eran lobos rapaces. Schaffouse y San Galo le imitaron pronto. Berna abolió el servicio militar en el extranjero y prohibió recibir pensiones de los príncipes; pero inútilmente invitó á los demás cantones á seguir su ejemplo; sin embargo, los católicos trataron de detener los progresos de la nueva religion. Lucerna declaró no querer apostatar, sino cuando después de haber cortado la cabeza á Zwingle, renaciese en sus hombros; Schwitz encendió las hogueras contra los disidentes, y esparcióse la noticia de que el Austria proporcionaba cañones á los católicos.

Estendióse por todas partes la division, y el mismo Zwingle, que habia siempre soñado en la paz y en la concordia, esclamó: «Cuando se trata á su adversario de canalla, es preciso que el puño acompañe la palabra, y que se hiera para no ser herido.» En fin, declaróse una guerra abierta. Lucerna, Uri, Schwitz, Unterwald, Zug, el Valés, al que Roma impulsaba por celo y el Austria por sus antiguos rencores, formaron una liga para defensa de la religion, bajo el patrocinio de Fernando, rey de los romanos, aunque las personas prudentes repitiesen que los *Estados libres no tenian otros amigos que ellos mismos*. Por otra parte, Zurich organizó con Berna, Schaffouse y San Galo, la *hermandad cristiana*, y prohibió mandar á los cantones que se habian ligado, la sal indispensable para la confeccion de los quesos. Dióse una batalla en Cappel, en la que habiendo sido muerto Zwingle, los católicos procesaron su cadáver y fué hecho pedazos; pero uno de los vencedores esclamó: «Cualquiera que haya sido tu creencia, fuiste un sincero y leal confederado. ¡Quiera Dios recibir tu alma!»

Cuando hubieron medido sus fuerzas, los cantones aprendieron á respetarse; concluyóse la paz religiosa en ventaja de los católicos; porque la *verdadera antigua é indudable fe cristiana* se restableció en los bailios comunes, mientras que la religion llamada de Zurich se circunscribió á límites, de los cuales no pasó, permaneciendo los cantones divididos en católicos, reformados y mixtos. Pero entre tanto, una revolucion cuyas consecuencias debian ser graves, se verificó en los confines de la Suiza.

Ginebra.—Ginebra habia cesado de depender de los emperadores en la época en que Enrique V habia sido escomulgado por el concilio de Letran. El obispo, propuesto por el pueblo, y elegido por los canónigos, se convertia en príncipe espiritual y temporal, bajo juramento de no violar las franquicias de la ciudad. Un consejo de ciudadanos regularizaba los negocios temporales, y encargaba de la ejecucion á un conde y á un vicedómino, que juraban sostener los privilegios del concejo. El consejo, compuesto de personas graduadas en alguna ciencia y de ricos mercaderes, ponia presos á los malhechores, y procedia contra ellos; la sentencia era ejecutada por el conde, y el obispo tenia el derecho de perdonar.

Los ciudadanos, dedicados al comercio y á la industria, recibian de la Italia seda, jabones, especias, frutas y perfumes; de Francia, paños, lana y libros; de Saboya, miel y granos; de Alemania, hierro y cobre. Activos, probos y sobrios, acogian á todo el que iba á llevarles un oficio ó la buena voluntad. Nadie conseguia los empleos públicos sin estar inscrito en el rol de los mercaderes, y estos dos proverbios indicaban sus inclinaciones: *Vivir trabajando*, y *más vale la libertad que la riqueza*.

La ciudadela vecina, llamada *El Gallardo*, la detenian en su poder los duques de Saboya, como garantia de las sumas que habian proporcionado á los ginebrinos durante las guerras, y procuraban trasformar en soberania absoluta la autoridad que se les habia delegado. De aquí una larga lucha entre aquella casa y los patriotas de Ginebra. Filiberto Berthelier organizó la juventud en una sociedad de placer llamada *de los aliados* (en aleman *Eidgenossen*), con esta divisa: *Quien toca á uno toca á otro*. Esta sociedad fué después un partido político, defensor de la libertad. Sus miembros llevaban el sombrero adornado con plumas de gallo, segun la costumbre suiza, al paso que los mamelucos, como se llamaba al partido contrario, le ponian una rama de acebo, segun la usanza de Saboya. Cárlos III, duque de Saboya, que tenia su corte en aquel castillo, y que aspiraba á dominar en la ciudad, desarmó á los *eidgenossen*, é hizo condenar á muerte á Berthelier; pero cuando el suceso de la batalla de Pavia le hizo concebir la esperanza de engrandecerse en Italia, y cuando abandonó aquel puesto para recobrar los paises que le habian arrebatado los franceses, los republicanos levantaron la cabeza, abolieron el tribunal que se habia instituido, y se unieron á Friburgo y Berna.

Sólo hasta 1528 fué cuando se comenzó á hablar de reforma en Ginebra: sin embargo, sus habitantes vacilaron cuando conocieron que recaeria necesariamente, no sólo sobre el clero, sino sobre el lujo público, y como los de Friburgo los amenazaban con renunciar á su alianza, abolieron fambien la misa. Si, pues, en Wittemberg la Reforma fué en un principio una rebelion de conventos, en Ginebra tomó desde luego el carácter de movimiento político. El duque de Saboya esperaba aprovecharse de las disensiones que resultasen. Habia formado entre los nobles saboyardos y borgoñones una sociedad llamada *de la Cuchara*, por la señal distintiva que llevaban, como para

indicar que querian tragarse á Ginebra. Pero Berna declaró la guerra á Cárlos III, le arrebató el pais de Vaud que habia dado en prendas, y que habiendo permanecido avasallado á los vencedores, recibió la Reforma.

De esta manera verificó Ginebra dos revoluciones: por la primera se emancipó de la Saboya; con la segunda, introdujo el culto reformado y destruyó la soberania del obispo en favor de los demócratas, acuñando monedas y adoptando por escudo el aguila imperial con la divisa *Post tenebras lucem*. Aun le quedaba una tercera que verificar, y ésta era derrocar el partido municipal constituyendo una administracion protestante; lo que aconteció cuando se convirtió con Calvino en la Roma de la reforma.

Reforma en Francia.—Ya hemos visto á varias herejias introducirse en Francia, y hasta ocasionar guerras; además, la oposicion contra las exigencias de Roma continuaban manifestándose. Jacobo Lefebvre d'Etaples (*Faber Stapulensis*), profesor de filosofia en Paris (1537), habia declamado abiertamente contra las supersticiones y los abusos, condenando sobre todo la corrupcion del clero y de la universidad mucho antes de que Lutero dejase oir su voz; tambien tradujo la Biblia al francés. Tuvo muchos partidarios, y principalmente Guillermo Farel, que fué después uno de los más ardientes reformadores. Pero la universidad de Paris declaró hereje á Lutero, y el parlamento impidió severamente la introduccion de sus doctrinas; procesó á gran número de personas, y envió á varios al suplicio, entre otros á Luis de Berquin, consejero de Francisco I, que habia traducido á Erasmo; añadiendo algo á su malignidad, y que no se habia arrepentido después de haber sido amonestado.

Es verdad que los reyes de Francia no tenian que aguardar de la Reforma su emancipacion de Roma, verificada ya por Felipe el Hermoso; ni la obediencia del clero convertido ya en galicano por la pragmática sancion, y en monárquico por el concordato de Leon X. Los bienes eclesiásticos no escitaban ya la envidia, en atencion á que los reyes disponian de los beneficios y los sometian á contribuciones. Después de haberlo hecho todo para poner al pais en un estado de tranquilidad, no podian menos de concebir temores de la Reforma que introducia ideas de resistencia y causa de division. Por esta razon decia Francisco I que las nuevas sectas se dirigian «menos á edificar las almas, que á destruir los reinos.» Si algunas veces pareció que aquellos reyes la ayudaban, fué por motivos de odios políticos. Así fué, que en la guerra contra Julio II, Luis XII hizo acuñar una moneda que tenia por exergo: *Perdam Babylonis nomen*; y Francisco I, por interés político, protegia á los protestantes de Alemania, y sostenia correspondencia con Melanchton.

De repente fijáronse carteles en todas las ciudades, y hasta en palacio, con una diatriba contra la transustanciacion. Supúsose entonces que este era el resultado de una trama muy estensa, y con esto se motivó el aumento de rigor. La multitud sacó en procesion las reliquias de Sta. Genoveva, como en las circunstancias más graves, y muchos sospechosos fueron enviados á la hoguera aunque no hubiese allí inquisicion.

Pero los innovadores encontraron un refugio en el Bearne al lado de Margarita de Alençon, hermana de Francisco I y mujer de Enrique II de Albret, rey de Navarra, autora del *Heptameron*, donde están muy imitadas las libertades del *Decameron*. Aquella princesa y otras elegantes damas, convertidas por Lefebvre, por Farel y por el obispo Brinconnet, se habian formado una misa á su manera, y cantaban los salmos traducidos por Marot, en versos sin fuerza, uncion y armonia. Las seducciones del sexo, de la clase y de la belleza las habian convertido ellas en medio de apostolado.

Calvino.—Si el luteranismo existia para ser visto favorablemente por los príncipes, lo contrario sucedia con las doctrinas de Zwingle, que manifiestamente se dirigian á la república (1509). De la escuela de aquel sectario salió Juan Calvino de Noyon, que habiendo sacado de los libros de los innovadores las dudas é inquietud con que es atormentado el que cesa de creer, renunció á la jurisprudencia, y vendió un curato con que habia sido agraciado á la edad de diez y nueve años. Tomó entonces la Biblia para interpretarla á su manera, como Lutero habia enseñado que era permitido á cada uno el hacerlo, y abrazó la Reforma cuando triunfaba ya. Pero si detestaba la corrupcion de la Iglesia católica, no se indignó menos con el desórden producido por los reformadores: pensó en remediarlo, y ésta fué la tarea de toda su vida. Así fué que después de la emancipacion de Lutero llegó el período ordenador de Calvino, que pretendió reconstruir la Iglesia.

Temiendo la persecucion, se refugió en Basilea, Atenas de la Suiza; y habiéndose dado á conocer allí por algunos escritos, fué llamado á Ginebra. Habiéndole después invitado el senado de Estrasburgo á predicar el Evangelio á los franceses refugiados, adquirió en aquella ciudad tal reputacion que llegó á ser su corifeo. Guillermo Farel, primer pastor de la Reforma en Ginebra, habia redactado una fórmula de fe en la cual se reconocia el derecho de escomunion; y le servia (ayudando la fuerza á la necesidad) á hacer la guerra á las iglesias, á los tabernáculos y á los crucifijos. Conocia de todos modos lo necesario que era que otro fuese el legislador de la revolucion de que él habia sido el apóstol, y edificase en el lugar en que él no habia hecho más que amontonar ruinas.

Calvino habia nacido para desempeñar esta mision. Sin el impetuoso genio de la rebelion y de conquista, sin el vigor, las ocurrencias y sencillez de Lutero, sin la firme conviccion de Zwingle, poseyó la lógica del organizador. Tímido por carác-

ter, y desde luego prudente, se hizo mediador entre el papismo del uno y el paganismo del otro. Áspero en su manera de proceder, escribia en un estilo conciso; público en elegante francés la *Institucion de la religion cristiana*, lo cual estendió esta obra entre la clase ilustrada. Tanto en este libro, como en el *Catecismo* que dió á luz en 1538, es donde debe buscarse la obra de reorganizacion que intentó, tomando de Lutero la justificacion, de Zwingle la presencia espiritual, de los anabaptistas la imposibilidad de perder al Espíritu Santo después de haberle recibido, y componiendo de todo un sistema, que recibió su nombre.

Sus doctrinas.—¿Cuáles son sus doctrinas, sobre las bases de la religion y de la filosofía? «Al sacar Dios á sus criaturas de la nada, tiene una doble voluntad, salvar á unas, y condenar á otras (3); él es, pues, el que nos ha estimulado al pecado, quien lo quiere, quien lo prescribe. Cuando envia un predicador de su palabra, lo hace para que los pecadores se vuelvan más ciegos y más sordos (4). Si Absalon mancha el lecho paterno es obra de Dios.» Estas doctrinas que hubieran destruido la culpabilidad del hombre y convertido en una cosa absurda y feroz á los tribunales, donde el culpable es condenado, admitiendo este principio, por falta que no ha podido evitar, se modificaron después en las ediciones sucesivas que sufrieron diversas correcciones (5).

El cristianismo difiere de las demás religiones monoteistas en que admite, además de la creencia en un sólo Dios, los misterios concernientes á la manera con que se manifestó á los hombres, y como puede acercarlos á él. Los luteranos no estaban en este punto muy distantes de los católicos: podia, pues, esperarse entre ellos una fusion; pero Zwingle y Calvino niegan el misterio, y subvierten con esto la antigua creencia. Si se tiene fe en las cosas incomprensibles á la razon, una representacion material es necesaria, y los luteranos conservaron con este motivo varios ritos católicos; Calvino, por el contrario, suprime todo lo que hiere á los sentidos.

Lutero habia sostenido que las palabras de Cristo: *Este es mi cuerpo*, debian tomarse en sentido literal, negando, sin embargo, que el pan se transustanciase, y que no quedase más que la apariencia. Carlostadt y Zwingle habian pretendido que la cena era una simple conmemoracion; por su parte, Calvino declaró que el cuerpo de Cristo, tal como existe en el cielo, no podia encontrarse presente sustancialmente en la tierra, y que no obstante, en la cena el hombre era alimentado con la propia sustancia de Cristo, que nos la comunicaba desde lo alto de los cielos. La exégesis de Calvino, tal como se manifiesta en su *Esplicacion de la epístola de san Pablo á los romanos*, difiere estremadamente de la de Lutero. Esta es enteramente metafísica, y aquélla filosófica. La primera zapa el edificio católico, negando la mayor parte de las verdades establecidas por la tradicion; la segunda considera con más frecuencia al dogma como un punto fijo, dedicándose más bien á restablecer la economia del pensamiento divino, sus diferentes caractéres de gracia, sublimidad y amor. Recusa las imágenes místicas con las cuales el Nuevo Testamento estaba anunciado en el antiguo, y así como de Lutero procedieron Carlostadt, Ecolampade y Münzer, de Calvino, Pablo, Eichuorn y Strauss (6).

Conociendo la necesidad de la certidumbre, la buscó en la relacion individual, aplicada á las Sagradas Escrituras. Como individual le hacia recha-

(3) *Instit*, lib. III, c. 21.

(4) *Ecce vocem ad eos dirigit, sed ut magis obsurdescant; lucem accendit, sed ut reddantur cæciores; doctrinam profert, sed quo magis obstupescant; remedium adhibet, sed ne sanentur*. Lib. III, c. 24, núm. 13.

(5) Las diversas transacciones de la Reforma están juzgadas severamente por los mismos que la abrazaron. En 1839, Ernesto Laville esponia delante de la academia de Ginebra tésis públicas, en las cuales dijo entre otras cosas:

«La posesion de la gracia no puede subsistir sino con una autoridad democrática: esta autoridad se la atribuyen los ministros protestantes, ó al menos obran como si se la hubieran atribuido. Recopilaron los artículos de fe, persiguieron á los que se negaban á suscribir á ella; y con escándalo de la justicia, los protestantes unieron el de la más evidente inconsecuencia. En las iglesias reformadas no hay en el dia personas ilustradas é imparciales que no reconozcan que desde el momento en que se admite una autoridad dogmática, fuera de la revelacion, deberia ser colocada entre los católicos.

»Las mismas ideas de los reformadores, sobre la manera con que están conferidos los poderes al clero, conducen rectamente al catolicismo. En efecto, desde el momento en que ya no es la eleccion del rebaño la que confiere al pastor sus poderes, ¿cómo le han de ser conferidos? Por los pastores de la Iglesia. ¿Estos pastores por quiénes están consagrados? Por otros pastores. ¿Y los primeros reformados, por quién lo fueron? La cuestion existe en este punto. El único medio de resolverla es la de ligar la sucesion de los papas reformados á la de los valdenses y albigenses, ó á los católicos. Aquí se vuelve á incurrir en la sucesion apostólica, y en su consecuencia en el catolicismo. Ahora bien, sin desechar del todo Calvino la idea de la sucesion, no pudiendo admitir la vocacion legítima de los pontífices romanos, declara que esta sucesion no es nada, donde existe la verdadera fe. Así, pues, en último análisis, la doctrina es la que distingue á los pastores legítimos. ¿Pero cuál es la regla de la doctrina de la Iglesia? Las confesiones de fe. ¿Pero quién las ha compuesto? Los pastores. Los pastores juzgan, pues, á la doctrina, y la doctrina juzga á los pastores.

»El sistema romano es de tal manera lógico y unido en todas sus partes, que es preciso no admitir nada ó aceptarlo enteramente. Los protestantes serán batidos en lo concerniente á los principios, siempre que no admitan sin reserva la libertad con sus consecuencias.»

(6) Hace ya un siglo que d'Alembert declaraba en la Enciclopedia, artículo *Ginebra*, que el deismo puro reinaba en aquella ciudad.

zar el catolicismo; como aplicado á la Sagrada Escritura, le separaba de los que no aceptaban más que la inspiracion personal. Un primer acto de fe es inspirado directamente por Dios, y basta para asegurarnos de la verdad de la Escritura, que se convierte entonces en nuestra infalible guia; los textos positivos que presenta, sentimiento del mayor número, es decir, en una palabra, la autoridad, concluye por ser obligatoria; y una iglesia puede reconstituirse de esta manera. Esta nueva Iglesia se diferenciaba de la católica, en que declaraba que se entraba en ella con una inspiracion subjetiva, y no con una autoridad enteramente esterior, y porque la Escritura era la base de toda creencia, en lugar de la tradicion y de la enseñanza clerical.

En su consecuencia, Lutero habia despojado al cristianismo de sus formas, con la pretension de conservarle el espíritu; pero anonadó á las obras en alas de la fe, al hombre ante Dios. Calvino completó el sistema de la fe justificativa, é introdujo en ella más rigor. Si Lutero dice: «Con la fe el cristiano está seguro de justificacion; pero no puede adquirir la salvacion por sí solo, y puede perderla después; tiene, pues, necesidad de la penitencia para rehabilitarse.» Calvino dedujo todas sus consecuencias, y dijo que el hombre, una vez seguro de su justificacion por medio de la fe, estaba tambien cierto de su santificacion, no pudiendo Dios hacerlo elegido y reprobado á un mismo tiempo. Esto acontece en la predestinacion; en su consecuencia, el bautismo y la cena pierden de su antigua y misteriosa grandeza, no teniendo necesidad los hijos de los elegidos del bautismo para entrar en la sociedad rescatada, á la cual pertenecen por su nacimiento, así como todos los hombres antes de Cristo eran réprobos al nacer. No pudiendo recaer el verdadero elegido, ¿de qué les serviria la penitencia?

Lutero habia abatido la monarquia católica; Calvino derribó la aristocracia luterana y secundando las ideas republicanas de Ginebra, abolió el episcopado, confiando la eleccion del ministro á la comunidad religiosa. Estableció además un consistorio compuesto de ministros para administrar las cosas religiosas y corregir las costumbres: todo hombre santificado por la gracia debia hacerse digno de ella por su estremada pureza de costumbres; pero el sacerdote no es más sagrado que cualquiera otro fiel. Así se llegaba al gobierno democrático; pero en contra de todo lo que se habia hecho hasta entonces, subordinó el poder civil al poder religioso, preparando de esta manera un centro á los revolucionarios futuros. El efecto de este poder, que no lo moderaba ninguna autoridad, debia, pues, ser más grande, y mayor tambien la cultura intelectual. De aquí procedieron infinidad de sectas y el desarrollo de tantas ideas políticas.

La vida del hombre, segun Calvino, es un combate entre el espíritu y la carne, por lo cual la libertad del cristiano es toda espiritual, importando poco su esclavitud material. Pero refiriendo todas las cosas al despotismo de Dios por medio del dogma de la predestinacion, nada le quedaba que hacer á la autoridad humana. Calvino, sin embargo, que queria consolidar las potestades, en vez de una tolerancia universal, establecia que la culpa era necesaria, aunque imputable (7): por lo cual aconsejaba esterminar á los delincuentes; de donde procedia una severidad intolerante. La correccion de las costumbres confiada al consistorio fué una verdadera inquisicion, pues que violaba el secreto de la familia. Todo el que tenia en su casa imágenes papistas, se hacia reo de una pena; una blasfemia se castigaba con la argolla. Haber oido misa, llevado á un amigo á la taberna, ó llegado tarde al sermon, era delito de tres sueldos de multa. De rigor en rigor, Calvino llegó hasta prohibir los espectáculos, los bailes, la ruidosa alegria y las diversiones patrióticas. Los padrinos no deben retirarse sino después del bautismo y del sermon, bajo la pena de pagar cinco sueldos; están sujetos á doble multa si hacen algunos gastos en aquella ocasion; se prohibia á los hombres bailar con las mujeres y llevar calzones abiertos. Tres individuos fueron presos y alimentados con pan y agua por haber comido en un almuerzo tres docenas de tostadas. Una mujer que habia salido con el cabello atado de diferente manera que estaba prescrito, fué presa en union de la que la habia peinado. Conservó Ginebra mucho tiempo las huellas de este intolerante rigor, y rechazó las artes, la poesia y los espectáculos.

La misma intolerancia que hacia creer á Calvino que no debia haber más que una sola iglesia, y que ésta se encontrara únicamente entre los suyos, le hizo proferir, con cólera fria y prosaica, injurias dignas de los mercados, contra todo el que brillase en primera fila entre los reformados (8). Después, cuando hizo presente su profesion de fe, trató de condenar como á impostores á los demás innovadores, los que por su parte le escomulgaron; ahora bien, desde el momento en que la habia hecho adoptar como ley del Estado, todo el que no la

---

(7) *Nego peccatum ideo minus deberi imputari quia necessarium est*, INSTIT. chr. lib. II, c. 5.

(8) Llama á Lutero el Pericles de la Alemania; Melanchton es inconstante y cobarde; Osiander es un mago; un seductor, una fiera; Augilant, orgulloso, arisco, y asno; Capmulo, un apocado; Heshsus, un bruto jactancioso; Stancer, arriano; Memnon, un miserable maniqueo. Escribia á Westfalio: «Tu escuela es una sucia pocilga. ¿Me entiendes, perro? ¿Me entiendes, frenético? ¿Me entiendes, bestiaza?» Juega continuamente con la palabra *Tridentini*, para decir que los padres del concilio de Trento están bajo la proteccion de Neptuno, dios del Tridente: *Tridenticulas, sub Neptuni auspiciis, militantes, indoctos, quisquilios, asinos, porcos, pecudes, crassos boves, Antichristi legatos, blaterones, magnæ meretricis filios, Patres ad sesquipedem auritos.*

aceptaba, era considerado como rebelde. ¿No es esto inquisicion?

¡Ay de aquel que hubiera creido poder profesar verdaderamente la libre interpretacion! ¡Ay del que no aceptaba su dogma de predestinacion! Cuando el consejo de la ciudad le preguntó su parecer sobre los escritos de Gruet, le exhortó á que le condenara, le enviara al suplicio con sus cómplices y adherentes, y esto lo más pronto posible, con el objeto de que no se pudiese decir que una impiedad tan horrible habia sido disimulada y tolerada. Es de notar que se trataba de papeles que se le habian cogido, de hojas sin trabazon arrancadas al secreto de su cartera y de las que no debia cuenta más que á Dios. Esta monstruosidad, de la que difícilmente se encuentra ejemplo en los gobiernos tiránicos, no por eso dejó de ser decretada «en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y teniendo á la vista los Santos Evangelios.»

Servet.—Bolsec, Ochin, Biandrate, Gentili y Castalion fueron denunciados por Calvino al consistorio, porque diferian de su opinion. Miguel Servet, de Villanueva, en Aragon, médico, astrólogo y editor de Tolomeo, se habia dedicado á los estudios teológicos: y quiso hacerse tambien regenerador, cuando todos tenian un sistema que proclamar. Publicó pues un libro titulado de *Trinitatis erroribus et Christianismi restitutio*, en el que acusaba á Roma de haber convertido á Dios en tres quimeras. Los católicos le toleraron en Italia; Calvino no pudo perdonarle ciertas cartas en las que trataba sus razones de insulsas, y le preguntaba *unde tibi auctoritas constituendi leges?* (9). Cuando cayó en su poder después de siete años de aguardar (10), le tuvo mucho tiempo preso, donde sufrió los más crueles tratamientos. Después de haber implorado sin éxito un abogado, suplicado en vano que se abreviasen las dilaciones (11), verdadero tormento moral el más cruel de todos, y pedir inútilmente á Calvino mudarse de camisa, fué quemado vivo Servet (1553) en nombre de una religion que no admite ninguna autoridad; y como si no hubiese sido suficiente, ultrajaron su memoria, y le insultaron hasta en la manera con que sufrió el suplicio (12).

Todos los cantones reformados, y Bullinger, Farel, Bucer y hasta el pacífico Melanchton (13) aplaudieron aquel acto, y pidieron que se separase de aquella manera la cizaña del buen grano. En fin, el nuevo Moisés escribia: *¡Perezca el que ultraja la gloria de Dios!* (14). Sus historiadores le

---

(9) *Chistianismi restitutio*, al fin. Sólo dos ejemplares de esta obra se sustrajeron á la inquisicion de Ginebra; pero ha sido reimpresa en Nuremberg, en 1790.

(10) Siete años antes Calvino escribia al ministro Viret: *Servetus cupit huc venire, sed a me arcessitus. Ego autem numquam committam ut fidem meam eatenus obstrictam habeat; jam enim constitutum apud me habeo, si veniat, numquam pati ut salvus exeat.* No faltan razones para creer que él mismo le denunció á la inquisicion de Viena.

(11) Existen diferentes cartas de Miguel Servet, dirigidas á los síndicos y al consejo de Ginebra, para pedir justicia y absolucion. Citaremos ésta:

«Venerados señores: estoy preso por acusacion criminal por Juan Calvino, el cual me ha acusado falsamente, diciendo que yo habia escrito: 1.° *que las almas eran mortales*, y 2.° *que Jesucristo no habia tomado de la Vírgen María más que la cuarta parte de su cuerpo.*

»Estas son cosas horribles y execrables. Entre todas las demás herejias y crímenes, no hay ninguno tan grande como el de hacer al alma mortal; porque en todos los demás hay esperanzas de salvacion, y no en éste. El que diga esto, no cree que haya Dios, justicia, resurreccion, Jesucristo, Sagrada Escritura, ni nada: sino que todo ha muerto, y que el hombre y el animal es todo uno. Si yo hubiera dicho esto, no sólo dicho, sino escrito públicamente para pervertir al mundo, yo mismo me condenaria á muerte.

»Por todo lo que pido, señores, que mi falso acusador sea castigado *pœna talionis*, y sea puesto preso como yo, hasta que la causa se concluya con su muerte, la mia, ó cualquiera otra pena; y para ello me sujeto contra él á la dicha pena del talion, y á morir contento si no convenzo tanto de esto como de otras cosas que diré. Pido usticia, señores, justicia, justicia. Hecho en vuestras prisiones de Ginebra el 22 de setiembre de 1553.—Miguel Servet, en su causa propia.»

(12) *Ceterum ne male feriati nebulones, vecordi hominis pertinacia quasi martyris glorientur, in ejus morte apparuit belluina stupiditas, unde judicium facere liceret, nihil nnquam serio in religionem ipsum egisse. Ex quo mors ei denunciata est, nunc attonito similis hærere, nunc alta suspiria edere, nunc instar limphatici ejulare. Quod postremo tandem sic invaluit, ut tantum hispanico more reboaret*, misericordia, misericordia. CALVIN., *Opusc., ed Genev.*, 1597, *apud Allwoerden*, pág. 101.

(13) Melanchton le escribia: *Affirmo etiam vestros magistratus juste fecisse quod hominem blasphemum, re ordine judicata, interfecerunt* En las cartas de Calvino, número 187,—y Beza: «Servet ha sido entregado á las llamas: ¿Quién ha sido nunca menos digno de ellas que este desgraciado?» Lerminier, en el artículo ya citado (t. XI») dice en alabanza de Calvino: «Ahora puede comprenderse el espíritu de aquel siglo; la muerte era de derecho comun para el crímen de herejia. Los católicos quemaban á los protestantes en Lyon y en Paris: Felipe II en Madrid *no era mas tolerante que Calvino en Ginebra.*

De esta manera se podia hacer el elogio del gran inquisidor Torquemada, con tanta más razon, cuanto que éste creia que no habia salvacion fuera de la Iglesia, y que ésta era el único intérprete de la Sagrada Escritura, al paso que la Reforma concedia á cada uno el derecho de interpretarla á su antojo.

(14) Renata de Francia escribia á Calvino: «no he olvidado lo que me escribiste que David aborreció con odio mortal á los enemigos de Dios: y no quiero contravenir á esto; y si supiese que mi padre, mi madre, mi marido ó mis hijos eran réprobos á los ojos de Dios, los maldeciria y los desearia el infierno.» El mismo Calvino escribia al gran chambelan de Navarra: «*Ne faictes faut de defaire le pays des faquins, qui excitent le peuple contre nous. De pareils monstres doivent être executés comme Michel Servet l'espagnol.*»

escusan, diciendo que el dedo del Señor le impulsaba. Pero Dios no es cómplice de la cólera, de la ambicion y del despotismo. ¿Habia de haber dictado Dios un código como el que se dió entonces á la libre Ginebra, y en el que se leia, escrito á cada momento, la palabra *muerte*, y siempre con una ironia atroz *en nombre de Dios*? Seria demasiado largo enumerar todos aquellos de quienes Calvino escribió que habia tratado humanamente, dejándolos consumir en un calabozo y hasta aplicándoles el tormento.

No referimos estos recuerdos para vergüenza sólo del reformador, éste seria un objeto muy indigno de la historia; pero debemos dar completo el cuadro de un siglo, en el que las persecuciones religiosas ocuparon tan gran lugar, y el cual la tolerancia era aun desconocida, y se consideraba como un deber perseguir á los que profesaban otra opinion (15).

Sin embargo, desde la Suiza, estendia Calvino sus doctrinas por Italia y Francia. Navarra, la Rochela, Poitiers, Bourges, Orleans y los Paises Bajos, estaban llenos de sus sectarios. Las bandas de los *roderikers*, recorrian el pais clamando contra los abusos. Se reunian en el campo á veces hasta el número de diez mil. Un predicador comenzaba á declamar desde una carreta y hasta desde un árbol, y entonaban salmos en lengua vulgar, mientras que gentes armadas rondaban en derredor de la reunion.

Entonces dió Francisco I el edicto de Fontainebleau (1540), que fué el primero que se publicó en Francia contra los protestantes, en el que mandaba informar y proceder contra ellos, como culpables de lesa majestad divina y humana, sediciosos, rebeldes, y en el que designaba castigos á los que los favorecieran ó diesen asilo. Promulgó al mismo tiempo una profesion de fe redactada por la universidad, un catálogo de libros prohibidos y estableció la censura. Pero el fuego ardia bajo la ceniza, y no tardó en estallar el incendio.

Gozaba, entre tanto, Calvino de una autoridad absoluta en Ginebra, donde instituyó la primera universidad protestante (1559), que tuvo por rector á Teodoro Beza, de Vezelay, el *Fenix* de su siglo, que unia al fuego de los predicadores una elegancia de estilo desconocida entre ellos. Por lo demás, no era ni un pensador ni un teólogo, sino un buen talento, á quien los acontecimientos hicieron desempeñar un papel. Penetrado desde su juventud de las ideas nuevas, las disimuló, y compuso, ínterin que pudiese dejarlas conocer, versos (*Juvenilia*) con frecuencia escandalosos, y siempre aplaudidos. Partidario celoso de la Reforma, tradujo el Nuevo Testamento, y fué empleado en varias legaciones tanto secretas como patentes (1548), lo que le valió una gran importancia, y le convirtió en ayudante de Calvino.

Este, rico de ingenio y de conocimientos, era consultado de todas partes y con frecuencia; predicaba todos los dias, y asistia á numerosos consistorios, aunque de una salud delicada. Solicitaba de los príncipes socorros y un asilo para los fugitivos: irreprensible en sus costumbres, con una existencia helada, tan difícil de conmover como el bronce, si es cierto que no usó la tolerancia y la dulzura de los apóstoles, los ciento veinte escudos que dejó por toda herencia, manifestaron al menos que observaba la pobreza (16). Rígido sin asceticismo, religioso sin caridad ni entusiasmo, deseoso de órden, supo sostenerle durante todo el tiempo que mandó en Ginebra, donde estableció buenas leyes como pretendia darlas á la Iglesia. Instituyó una república con elementos que no estaban destinados más que á destruir; y cuando una turba de otros innovadores se levantaron contra él, se manifestó implacable, como todos los que después de haber hecho una revolucion, pretenden detenerla á su antojo; posicion normal que sostuvo admirablemente. Es cierto que la Reforma mejoró las costumbres en Suiza, porque se dirigió más bien al pueblo que no al clero, que estendió entre el vulgo la instruccion y los preceptos morales, que predicó sobre todo contra los mercados de sangre, los suicidios y los honores que los magistrados aceptaban del extranjero; y vióse entonces un pais que no habia sido más que cazador y guerrero dedicarse á los estudios.

Habiéndose, en fin, reunido los calvinistas y los zwinglianos, constituyeron á los reformados ó evangelistas. Ya en 1536 se habia publicado la primera confesion de fe helvética, que reconocia el libre albedrío, añadiendo que para elegir entre el bien y el mal era preciso la gracia divina; segun los reformadores, la gracia sola, sin las buenas obras, produce la justificacion; los Sacramentos son el símbolo de la religion y de la gracia; en la Eucaristia Dios se ofrece él mismo, no que las especies estén transustanciadas en su cuerpo y sangre, sino bajo estos símbolos el Señor comunica verdaderamente á Cristo para alimentarse con la vida espiritual. Después de haber sido revisada fué publicada esta profesion de fe en Zurich en 1566, y adoptada en Escocia, en Hungria y en Polonia.

Con objeto de separar Lutero al hombre de los

(15) El filósofo más independiente del siglo pasado escribia en la misma ciudad que Calvino: «Hay una profesion de fe puramente civil, en la que pertenece al soberano fijar los artículos como sentimientos de sociabilidad... Sin poder obligar á nadie á creerlos, puede desterrar del Estado á todo el que no los crea; puede desterrarle, no como impio, sino como insociable, como incapaz de amar sinceramente las leyes. Si alguno, después de haber reconocido estos dogmas, se conduce como no creyéndolos, que sea castigado de muerte; pues ha cometido el mayor de los crímenes; ha mentido ante las leyes.» ROUSSEAU, *Contrato social*.

(16) No creemos en las calumnias del fraile apóstata Bolsec, que muchos historiadores han repetido.

lazos en que le consideraba envuelto, negó la libre voluntad, que hacia depender enteramente de Dios, para declarar inútiles las obras satisfactorias; de lo que resultaba que el sacerdote que las cumple no es superior á los seglares; que el papa engaña cuando promete indulgencias, y que el culto de los santos, las oraciones á los muertos, los sacramentos, son cosas vanas: en fin, afirmando que Dios lo hace todo en nosotros, se evitó el trabajo de combatir una á una las instituciones de la antigua Iglesia. Como todos quedaban, sin embargo, libres de abrazar la creencia que quisieran, la Reforma, que fué más bien en su principio una *protesta* contra los antiguos dogmas, ó una declamacion contra los pontífices, tomó formas muy variadas. Pero el espíritu humano no puede persistir en la duda. Por esto es por lo que Calvino emprendió la tarea de establecer la reforma sobre principios teológicos, y buscó un fundamento en la certidumbre, en la revelacion individual aplicada á las Sagradas Escrituras.

Hubo, pues, una regla, una autoridad, es decir, una Iglesia, y con ella intolerancia. De esta premisa de Lutero, que Dios es el único autor del bien y del mal, podia deducirse tanto la indulgencia como la severidad; Calvino adoptó esta última, diciendo que Dios no queria que se sufriese á los disidentes. Lutero habia predicado la igualdad de los hombres, como puros instrumentos de Dios; de la desigualdad de los dones divinos, concluyó Calvino el despotismo de los elegidos sobre los réprobos. Lutero arrancó al espíritu humano de su antiguo surco, llamándole á la independencia, que aunque anulada en su orígen, debia con el tiempo adquirirse; Calvino intentó retroceder á lo pasado, reanimar las antiguas ideas, enfrenar el progreso, más bien que regularizarlo, luchar con la omnipotencia del tiempo, que no trascurre para los que se estacionan. En su consecuencia, el nombre de Lutero permanece al frente de una de las revoluciones de la humanidad. La obra de Calvino fué destruida al momento por otras pretensiones tan legítimas como las suyas: adquirió un nombre mientras se mezcló á las ideas políticas de las naciones que tenian necesidad de regenerarse; pero fué preciso que nuevas revoluciones la abatiesen para dejar su curso á las conquistas de la filosofia (17).

---

(17) Lerminier termina el panegírico citado, diciendo: «Entre la religion católica y la filosofia, el calvinismo se encuentra reducido á una impotencia estacionaria ¿Y cómo ha de ser de otra manera? No satisface ninguna de las necesidades indispensables que en la humanidad son la causa necesaria de la religion y de la filosofia...»

CAPÍTULO XX

REACCION CATÓLICA.—LOS JESUITAS.—CONCILIO DE TRENTO.

Habíase propagado la Reforma en el espacio de cuarenta años con una rapidez espantosa, desde los Pirineos hasta la Islandia, desde la Finlandia hasta los Alpes, ocupando el talento de los pensadores, y convirtiendo á naciones enteras. Dominaba en Alemania en todos los paises donde en el dia reina, á saber: en Sajonia, en Brandemburgo en el ducado de Brunswick, en Hesse, en Meklemburgo, en Holstein y en otras provincias septentrionales; en el Mediodia, en el Palatinado, en Baden, el Wurtemberg y otras varias ciudades imperiales; pero como se dirigia más bien á la razon que á la imaginacion, no habia hecho tantas conquistas como en el Norte. Un embajador de Venecia referia en 1558, que en Alemania, apenas una décima parte de los habitantes habia permanecido católica, y sólo una tercera en Austria. Las universidades, que habian dado campeones á la fe antigua, se abrian ahora con avidez á la nueva creencia. Por espacio de veinte años, ninguno de los discípulos de la universidad de Viena entró en las órdenes; en Ingolstadt, no se encontraron candidatos para los empleos que habian sido siempre desempeñados por eclesiásticos. En Colonia, después de haber buscado mucho tiempo un nuevo regente, se descubrió que el que habia sido elegido era protestante. En la universidad de Dillingen, fundada precisamente para oponer una barrera á las nuevas opiniones, hubo una absoluta escasez de personas para desempeñar las cátedras. En otras partes el mayor número de los maestros eran protestantes, resultando de esto que la juventud mamaba con la leche el odio á las instituciones papales.

La Reforma se llevó á Hungria por Martin Ciriaci de Lötse: en vano los señores la rechazaron con el hierro y con el fuego; muchos jóvenes madgiares iban á estudiar á Wittemberg, y acudian allí gran número de misioneros, de los cuales el más famoso era Matias Devay, comensal de Lutero. Formaron en Buda una comunidad (1532). Pedro Pereny fundó en Patak la primera iglesia. La Biblia fué traducida al húngaro por Gabriel Pannonio. Habiéndolos dejado aumentarse la connivencia de Fernando de Austria, redactaron, en un sínodo que se verificó en Esperies en 1546, una profesion de fe conforme á la de Augsburgo; pero los calvinistas, que se introdujeron en bastante número en el pais, publicaron otra en Czenger.

Aunque comprimida al principio la Reforma por el rigor de Juan Zapolski, se estendió con prontitud por la Transilvania, y con ella estallaron las divisiones. Un sínodo reunido en Hermanstadt (1557) condenó á los calvinistas y á otros disidentes; después el piamontés Jorge de Biandrate introdujo en el pais el socinianismo, que aun tiene allí una existencia legal. Gaspar Haltay tradujo la Biblia del texto latino en 1562, y Gaspar Karoly del texto hebreo en 1589.

Multiplicáronse las versiones de la Biblia en lengua vulgar; Tyndale y Coverdale hicieron una al inglés en 1535; tres años después, Brusioli tradujo una al italiano, que fué revisada por Marmocchini. En 1542, fray Zacarias de Florencia publicó otra; más tarde se dió á luz la de Diodoti, escrita en sentido protestante. Francisco Erzina imprimió en 1543 el Nuevo Testamento, en español, y Gerónimo Vargas toda la Biblia en 1553. El Pentateuco fué impreso en Constantinopla por judios en 1547. Olaus Petri tradujo la Biblia al sueco, Palladio al danés. Hubo varias versiones al flamenco y al holandés. La de Sante-Pagnino en latin, y las de Sebastian Catulio, Teodoro Beza y otros aparecieron en Lyon el 1528; la de Sebastian Münster, en Basilea, el 1534; la de Leon Judas y Bibliandro, alemana, en Zurich, el 1535.

Publicóse una en polaco bajo los auspicios de Radzivil en 1563; una en eslavo en 1581 y otra en árabe, en Roma, en 1591.

Cuando ocurre una gran duda en la sociedad, todo es problemático, al menos por un momento; situacion desconsoladora para los que viven entonces. Hubo antiguos errores que sufrieron la prueba del tiempo y que resistieron á ella, lo que demuestra que podian en cierta manera conciliarse con el bien. Hay verdades nuevas que trastornan la marcha de la sociedad antes de que se verifique su educacion, lo que las hace funestas; de donde se sigue que toda revolucion es una causa de perturbaciones y guerra, tanto por lo que destruye como por lo que edifica. Pasa un español á Alemania, y se hace protestante; su hermano viene á buscarlo para volverlo á su pais; pero suscitan una cuestion y se dan muerte uno á otro. Este es un terrible símbolo.

La Iglesia debió oponerse al desórden que de los ánimos pasaba á las voluntades, y de las voluntades á la política. En un principio sus jefes parecieron no conocer la gravedad del mal. Leon X tenia gusto en observar el talento de Lutero, y creia contestar á los ataques de la fria razon con milagros del arte: causa admiracion el ver levantarse tan débiles campeones para rechazar un ataque tan temible. Uno de los primeros fué Silvestre Mazolino, llamado Prierio, á quien se le mandó permaneciese tranquilo como el mejor partido que tenia que adoptar: tambien se le nombró obispo, y se le eligió por juez de Lutero. No era sin razon sin la que Melchor Cano decia que, para combatir á los herejes, los teólogos de su tiempo no tenian más que largas cañas. Hubiera sido sobre todo conveniente reconocer los diferentes puntos, sobre los cuales tenian razon los protestantes, y ponerse á la cabeza de la Reforma con unidad, fe y amor, en lugar de dejarlos abandonarse á sus arranques de cólera y orgullo.

Cada vez que una herejia grave nacia en su seno, la Iglesia se reunia en concilio en derredor del sucesor de san Pedro, para fallar segun su inspiracion y la del Espíritu Santo. Este remedio oportuno cuando la autoridad de la Iglesia no era atacada, fué propuesto entonces desde el principio del mal, y los protestantes fueron los primeros en apelar al concilio de las escomuniones del pontífice. Descontento el emperador con ver á un fraile servir de obstáculo á sus ambiciosos proyectos, deseaba que los católicos y los disidentes llegasen á entenderse. Los primeros tenian confianza en que semejante reunion conseguiria estirpar la cizaña; pero Clemente VII, hijo ilegítimo, y nó muy legítimamente ascendido al pontificado, ¿habia de desear una asamblea, que á ejemplo de la de Basilea, podia declararse superior hasta al mismo pontífice? Multiplicó, pues, las tergiversaciones y los razonamientos, de los cuales el más sólido consistia en decir, que un sínodo podia ser necesario para definir doctrinas nuevas, pero que no acontecia lo mismo con las que habian sido objeto de una sentencia positiva.

Alejandro Farnesio, á quien Clemente VII habia recomendado al morir, se le dió por sucesor bajo el nombre de Paulo III (1534). Dedicado desde su juventud á las letras y á las artes, comenzó el más hermoso palacio del mundo, y edificó una espléndida casa de recreo cerca de Bolsena. Adoptando las costumbres fáciles de su época, era padre de varios hijos. Amado generalmente, afable, magnífico, ponia cuidado en no decir una palabra que no fuese clásica; pero creia en la influencia de los astros. Ya hemos tenido ocasion de juzgar con severidad su condescendencia hácia sus despreciables parientes, y la política versatil á que se vió arrastrado como pontífice. Sin embargo, comprendió que la idea católica recobraba algun vigor tanto en los ánimos como en las costumbres: en su consecuencia, secundando esta reaccion, se rodeó de escelentes cardenales, como Carraffa, Contarini, Sadoleto, Polo, Ghiberti y Fregoso, que todos habian preparado con trabajos particulares la restauracion de la Iglesia, y á ellos fué á quienes confió el cuidado de su direccion. Ahora bien, formularon con estremada libertad reprensiones contra los papas que «habian elegido con frecuencia, no consejeros, sino servidores, y no con objeto de aprender su deber, sino para que declararan serles permitido todo lo que desearan.» (1) Gaspar Contarini manifestó los abusos de la corte romana; y contestando á los que le tachaban de demasiado severo y precipitado, dijo: «¡Pues qué! ¿hemos de inquietarnos de los vicios de tres ó cuatro papas, y no debemos, por el contrario, corregir lo que es malo, y procurar para nosotros mismos una fama mejor? Difícil seria defender todas las acciones de los pontífices; es una tirania, una idolatria sostener que no tienen otra regla que su voluntad para establecer ó abolir el decreto positivo.»

Habiéndose dedicado Paulo III á la obra con sinceridad, promulgó los decretos concernientes á la cámara apostólica, al tribunal de la Rota, á la chancilleria y á la penitenciaria; pero los reformadores, que querian la ruina de Roma y no su enmienda, gritaban como si hubiese confesado su culpa.

Sin embargo, los abusos habian echado profundas raices, y los intereses personales impedian los prontos y saludables efectos. El alto clero habia envejecido en las costumbres é ideas muy distantes de la austeridad religiosa. El clero inferior, escepto algun caso, seguia aquellos ejemplos, pero su educacion no le proporcionaba las fuertes armas de que hubiera tenido necesidad en una lucha decisiva. La disciplina se habia relajado en las ór-

(1) Véase *Consilium delectorum cardinalium et aliorum prælatorum de emendanda Ecclesia, S. D. N. D. Paulo III ipso jubente conscriptum et exhibitum*, 1538.

denes monásticas, de las cuales algunas escitaban el escándalo por su ociosa opulencia, y otras las burlas por su pobreza degenerada en suciedad, por su sencillez, que se habia convertido en una ignorancia grosera, y por su ingénuo celo, inconveniente en tiempos de duda y cuestiones. Nada podia, pues, ser más á propósito que la institucion de un nuevo órden apropiado á las circunstancias, que llevase en sí el vigor de la juventud, y estuviese en relacion con el siglo por su saber y sus formas civilizadas.

Los Jesuitas.—La Compañia de Jesús, cuyos inmensos beneficios ya hemos admirado en las misiones, y de la que veremos salir hombres muy notables en todo género, fué acusada de enormes desafueros tanto religiosos como sociales, y en fin, abolida por un crímen imaginario. Temida de los reyes débiles, el gran Federico la dió asilo en sus Estados. Se creyó que queria establecer una monarquia universal, y sin embargo, ni uno solo de sus miembros ascendió al trono de san Pedro. Se le acusó alternativamente de fomentar la ignorancia y monopolizar los talentos; de embrutecer á los hombres y de haber civilizado á los indios; de enseñar doctrinas liberales hasta el mismo regicidio, y de haberse conjurado con los reyes para oprimir á los pueblos. En fin, fué destruida por los reyes, y los enemigos de éstos se regocijaron como de un triunfo y se aprovecharon de él. Después, sobre su sepulcro se levantaron ardientísimos admiradores é indómitos adversarios. Aun después de haber cesado la necesidad y el peligro de los jesuitas, existia por una parte el deseo de restablecerlos, y por otra una aversion tal á la Compañia, que hasta nuestro siglo al tratarse de ella niega de aquella ley de tolerancia universal que forma su carácter y persigue hasta la sombra de aquella órden poderosa. Nosotros nada tememos de las sombras, y mucho ménos de los que las combaten; por lo cual podremos tributar impunemente á los jesuitas nuestra admiracion, porque no nos sentimos dispuestos á disculpar sus defectos.

En la época en que los franceses invadieron la Navarra, encontraron desmanteladas todas las poblaciones, escepto Pamplona. En aquella plaza se habia encerrado Ignacio de Loyola, caballero guipuzcoano (1492-1556), que después de haber sido page en la corte de Fernando é Isabel, habia ascendido á oficial, y distinguídose tanto por su valor como por sus elegantes modales. Pero ni los hermosos corceles, ni las brillantes armas, ni su caballeresca reputacion consiguieron satisfacerle. Herido rechazando á los enemigos de su patria (1521), se hizo intrépidamente abrir la herida dos veces; después, con objeto de pasar el tiempo en su lecho de dolor, se dedicó á leer algunas vidas de santos, y estas austeras virtudes conmovieron su alma ardiente. Así como Lutero vió el abismo del mal y la fuerza de las tentaciones; pero mientras que el fraile aleman se arrojó desesperado en la terrible doctrina de la predestinacion, Ignacio recurrió á las obras, y buscó otras glorias que las del mundo en nuevos combates contra el espíritu del mal. Separándose de su familia, se encaminó peregrino hácia Jerusalen. Llegado al santuario de la Vírgen de Monserrat, hizo allí voto de castidad; y como Amadis de Gaula, veló sus armas delante de la imágen de la Vírgen, de la que se declaró caballero. Colgó después su espada de un pilar, y trocó su traje guerrero por un tosco sayal. De esta manera, caminó á pié mendigando hasta Manresa, donde hubiera muerto de debilidad si algunos viajeros no hubiesen tenido lástima de él. Los ayunos, las disciplinas, las mortificaciones de toda clase escitaron su celo, y fué animado con éxtasis y revelaciones. Sus amigos lograron con trabajo que se pusiera capa, sombrero y zapatos; y habiéndose embarcado en Barcelona, marchó á Gaeta donde esperimentó la mala acogida que podia esperar un mendicante extranjero en tiempo de peste. Besado que hubo los piés de Adriano VI, pasó á Venecia, flaco, macilento y estenuado; durante el viaje, tuvo que tolerar las befas de los marineros, á quienes quiso convertir. En Palestina no cesó de derramar lágrimas visitando los Santos Lugares: predicó á los infieles; pero los franciscanos, guardianes del Santo Sepulcro, temiendo que su celo no tuviese otro resultado que irritar á los turcos, le hicieron poner preso y trasladar á Venecia, desde donde volvió á Barcelona.

Durante su viaje, habia adoptado la resolucion de fundar una órden nueva para convertir á los infieles. No le era posible entonces que no tenia más que su pobreza y su celo, ganar las muchedumbres, en una época en la que los hombres se habian tranquilizado, ilustrado y civilizado; no tenia otro resultado que esperar que los que le ofrecia el estudio. Dedicóse, pues, á la edad de treinta y tres años á la gramática, y después á la filosofia. Pero le aprovechó poco: escribia mal y sin trabazon; predicaba siempre con tanto fervor, que la inquisicion, muy celosa entonces, le mandó callase, y lo encerró después en una prision, Puesto en libertad, se dirigió á Paris, siempre pobre, estudioso y exaltado. Desconfiada la Sorbona, le examinó y no encontró nada reprensible en sus respuestas. Mezclando la devocion del autor de la *Imitacion de Jesucristo* á las imaginaciones de su pais, se propuso fundar una órden caballeresca para combatir, no á gigantes, castellanos y mónstruos, sino á herejes, mahometanos é idólatras. Seis de sus amigos se asociaron á su designio (2) é hizo voto con ellos en Montmartre, de ponerse bajo la obe-

(2) Francisco Javier, Jacobo Lainez, Alfonso Salmeron y Nicolás Bobadilla, españoles; Simon Rodriguez, portugués; Pedro Lefevre, saboyano. Pronto se reunieron otros dos, Claudio de Jay, de Annecy, y Juan Codure, de Embrun.

diencia del papa para las misiones. Llenos de confianza en la promesa de Cristo, llegaron á Italia, predicaron la penitencia en aquel italiano españolizado, en el que estaban los indígenas acostumbrados á oir espresar las amenazas é injurias. Sometieron después á Pablo III el proyecto de una órden destinada á asegurar la fe, á propagarla por la predicacion, los ejercicios espirituales y la caridad para con los prisioneros y enfermos. El pontífice la aprobó (1539) y les dió el nombre de *clérigos de la Compañia de Jesús*, como se denominaban en otro tiempo los soldados de la compañia del conde Lando ó de fray Moriale; é Ignacio fué militarmente designado su general.

Al momento fueron acogidos en Italia y en Portugal; Claudio de Jay fué á estirpar á Grecia la herejia, siempre renaciente; Brouet se dirigió á Siena para reformar un monasterio escandaloso; Bobadilla fué enviado á la isla de Ischia para apaciguar las encarnizadas enemistades; Lefevre ejerció el apostolado de Parma; Lainez trató en Alemania asuntos muy delicados. Nuñez fué elegido por patriarca de la convertida Abisinia; Francisco Javier, que queria añadir un santo á la larga série de héroes que ilustraban su genealogia, marchó para las Indias orientales, investido, como lo dice la bula de su canonizacion, «con todos los signos de la virtud celeste, el don de profecia, de lenguas y milagros de toda clase.» Los novicios y los colegios se multiplicaron al mismo tiempo que los privilegios concedidos por el papa, que conoció de cuánta utilidad podia ser una órden enteramente afecta á su autoridad. Obtuvieron en Gandia, patria de Francisco de Borgia, el permiso de abrir su primera escuela, y en fin, los derechos de las universidades.

Ignacio fundó en Roma un colegio para educar á veinte y cuatro alemanes destinados á ocupar obispados y otras elevadas dignidades eclesiásticas. Compuso los *Ejercicios espirituales*, que no son un libro de doctrina, sino un guia para las meditaciones del alma que desea más entregarse á la contemplacion interior que adquirir mucha ciencia. Redactó además las *Constituciones de la órden*, añadiéndoles las *Declaraciones*, que aun forman uno de esos códigos monásticos sobre los cuales nos hemos ya detenido anteriormente (3). Si no hubiese sido más que un hombre entusiasta é ignorante, como dicen ciertos historiadores, aun seria más de admirar que hubiese creado una órden que desplegó tanta habilidad, y que más que ninguna otra reveló cuál es el poder moral de una asociacion fuerte en medio de la muchedumbre sin cohesion.

Los nuevos religiosos profesan los tres votos de costumbre, pero no obligan á la pobreza más que al individuo y no á la corporacion, de tal manera, que sus colegios podian poseer un bienestar feliz. Hay épocas en las que para hacer bien al mundo es necesario aislarse, y otras en las que conviene colocarse en medio de sus filas. En su consecuencia, los jesuitas viven en medio de la sociedad, pero sin mezclarse á ella: tienen colegios y no claustros, su traje es eclesiástico, y no monacal: no está bien determinado, porque se vestian de mercaderes en la India, de mandarines en China, todo segun la costumbre del pais, y como lo exigia aquella vida dirigida enteramente hácia acciones enérgicas, reales é influyentes. No debian fatigar á los jóvenes con un escesivo trabajo en los colegios, siempre bien edificados (4), sino tener casas de campo para distraerlos, ni prolongar su estudio más de dos horas seguidas. Eran recibidos en ellos cualquiera que fuese la categoria á que perteneciesen, sabian dar el destino correspondiente á las diferentes clases de mérito. No se ligaban con votos sino á la edad de treinta años: este largo y penoso noviciado impedia las profesiones imprudentes y los arrepentimientos inútiles. Durante este tiempo, los superiores podian conocer los que eran propios para emplearlos en las escuelas, en la corte, en la enseñanza y en la cura de almas, ó los que convenia enviar como misioneros á las aldeas ó como mártires á las Indias. Cada provincia tenia un lugar-teniente y empleos graduados dependientes del general, que vivia en la capital del mundo cristiano, y que conociendo á cada individuo por los informes de los jefes, disponia de las rentas, de los talentos y de la voluntad de todos (5). Su autoridad era absoluta y perpétua; tenia no obstante á su lado un amonestador elegido por la congregacion general, para dirigirle representaciones si notaba en su conducta alguna cosa singular. Con el objeto de que la obediencia fuese mayor, los jesuitas no buscan las dignidades (6): en un principio hasta se abstenian de todo empleo permanente, y cuando Jay rehusó el obispado de Trieste, que le ofrecia Fernando III, misas y *Te-Deum* se cantaron por toda la órden. Se hace un cargo por su avaricia al clero, y los jesuitas enseñan gratuitamente; se consagran gratuitamente tambien al cuidado de las almas; no usan de sutilezas en la confesion, ni de charlatanismo en la predicacion ni de preocupaciones en las

(3) Véase lib. VIII, cap. 16.

(4) Cada órden preferia sitios conformes á su destino y se cita este proverbio:

Bernardus valles, colles Benedictus amabat,
Oppida Franciscus, magnas Ignatius urbes.

(5) Nadie cree ya en el libelucho titulado: *Secreta monita, seu arcana societatis*. Es una obra del siglo XVII, que el autor, reformado de la Bohemia, fingió haber encontrado en un convento de capuchinos de Paderborn. Fué primero impreso en 1635, y últimamente lo ha sido en Lugano. El uso que de esta obra se ha hecho modernamente, proviene, no de ignorancia, sino de mala fe.

(6) «La mayor parte de los príncipes tenian á los jesuitas por confesores, con objeto de no pagar la absolucion con un obispado.» VOLTAIRE.

devociones, ni de continua oracion, pasando dias en el coro, con el objeto de poder ocuparse de los estudios y obras; sin escesiva disciplina, para no macerar un cuerpo destinado al servicio del prójimo.

Cuando los jesuitas observan que se honra la poesia latina, instruyen de ella á sus discípulos. Si ven que agradan las representaciones escénicas, las ejecutan tomando el asunto de la historia sagrada. En el momento en que el exámen y la resistencia se levantaban contra los papas, hacen voto de obedecer sin reserva todos sus mandatos, y sostener su autoridad, no su poder temporal, pronto ya á sucumbir, sino el que colocaba á Roma á la cabeza de la civilizacion, y combatir á los pueblos protestantes por todos los medios, escepto la violencia; y así en vez de los medios coercitivos, de la inquisicion y del destierro de los herejes, piden el privilegio de perdonarles las penas temporales, y Julio III se lo concedió; lo cual les ocasionó grandes conflictos en España, donde los reyes querian que la inquisicion con sus hogueras entendiese esclusivamente en el asunto. Después, mientras que los reyes y mercaderes enviaban gente á conquistar la India, el Japon y la China, y esterminar á sus habitantes, ellos fueron enviados para convertir estos paises; y á su fervor, igual al de los tiempos apostólicos, el Nuevo Mundo ofreció vasto campo, en el cual Roma esparció las semillas de la civilizacion.

Como la Reforma habia tomado por pretesto la ignorancia y la corrupcion del clero, era necesario que los jesuitas se hiciesen notar por sus costumbres irreprochables y un gran saber (7). Dedicáronse á porfia con los reformados á mejorar las costumbres y la disciplina, poniendo por obra los medios más convenientes, la educacion y el ejemplo. Hasta entonces los maestros se apegaban al sueldo, abandonando las escuelas y los discípulos desde el momento en que encontraban un empleo más lucrativo. En adelante se verá á este nuevo cuerpo, que dedicado á la instruccion por su propio instituto, consagró á ella todas sus fuerzas como una tarea que le era propia. Sus miembros se prestaban mútuamente socorro, se reemplazaban unos con otros, sin que temiesen nada, sino que apareciese que descuidaban sus deberes; y al mismo tiempo que iniciaban á los jóvenes en las ciencias, les inspiraban la piedad. Los literatos de su época están conformes en hacer los mayores elogios de sus escuelas (8); y no es de admirar que fuesen buscados en todas partes como profesores, predicadores, y sobre todo como confesores.

En esta última mision, usaron de una moral que se acusó de una escesiva condescendencia y de tendencias liberales, como se diria en el dia, bajo el aspecto de las opiniones políticas. Sostuvieron, en efecto, en teologia la eficacia del libre albedrio, que no podia destruir la gracia, pareciendo de esta manera acercarse á los semi-pelagianos, y no quisieron que se creyese que seguian paso á paso á Santo Tomás de Aquino, lo que les hubiera impedido acercarse á los protestantes. En política algunos de ellos sostuvieron la soberania del pueblo, diciendo que los reyes sacaban de él su autoridad, que podian deponerlos, cambiar ó hacer constituciones, y hasta darles muerte si eran tiranos; doctrinas que tomaron en parte de Mariana. Eso es inexacto; otras son las fuentes de la Constitucion española de 1812, las Córtes de Cádiz, cuya constitucion se proponia, hace algunos años, como modelo á los revolucionarios de toda Europa. Tambien se les acusó, para servirnos de otra espresion moderna, de ser progresistas, en atencion á que, en una época en que los católicos, los heterodoxos y los reformadores pretendian hacer retroceder al mundo hácia los primeros tiempos de la Iglesia, los jesuitas querian adaptar á los progresos de la época, no el dogma, que es inalterable, sino la disciplina.

Pronto tendremos que examinar la verdad é importancia de estas acusaciones. Basta haber pasado aquí revista á esta nueva milicia, con la cual los pontífices se dispusieron á pelear por interés de la Iglesia.

Lainez sucedió como general á san Ignacio; y después de él Francisco Borgia, duque de Gandia, Everardo Mercuriano y Claudio Aquaviva, de los duques de Atri. A la muerte de este último la orden contaba ya treinta y dos provincias con veinte y tres casas profesas sin bienes, ciento setenta y dos colegios dotados, cuarenta y un noviciados, ciento veinte y tres residencias, trece mil ciento doce padres.

---

(7) Bayle, gran enemigo de esta órden, se ha divertido en el artículo *Mariana* en reunir las alabanzas prodigadas á los jesuitas sobre su castidad para burlarse de ella, pero no para negarla. Dice en el artículo *Loyola*, que cuando se estiende una acusacion contra ellos, por enorme que sea, á pesar de todos los testimonios contrarios, y aunque refutada por el buen sentido, será creida por el pueblo. *No hay más que publicar todo lo que se quiera contra los jesuitas, pudiendo asegurarse que se persuadirán de ello una infinidad de personas.*

(8) Pueden verse los testimonios de esto en Tiraboschi, tomo VII, l. I, c. III, 14.—*Quæ nobilissima pars priscæ disciplinæ*, dice Bacon, hablando de la educacion de la juventud en sus escuelas, *revocata est aliquatenus quasi post liminio in jesuitarum collegiis, quorum cum intueor industriam solertiamque tam in doctrina excolenda, quam in moribus informandis, illud occurrit Agesilai de Pharnabazo: Talis cum sis, utinam noster esses* (De augment. scient. lib. II), y en otra parte· *Ad pædagogicam quod attinet, brevisimum foret dictu: Consule scholas jesuitarum; nihil enim, quod in usum venit, his melius.* Es á lo que se atribuye la ventaja que la Iglesia romana sacó. *Nuper etiam intueri licet jesuitas (qui partim studio proprio partim ex æmulatione adversariorum litteris strenue incubuerunt), quantum subsidii viriumque romanæ sedi reparandæ et stabilienda attulerint.* (Ib. lib. I).

Concilio de Trento.—En fin, la misma Roma habia reconocido la necesidad de un concilio; pero ¿dónde reunirlo? Los italianos proponian á Mántua, Plasencia ó Bolonia; los alemanes pedian que fuese en su pais; que el papa compareciese allí, no como jefe, sino como parte, y lejos de comprometerse desde luego á adherirse á lo que se decidiera, pretendian tener como jueces voto deliberativo. Esto hubiera sido reconocer el cisma; además, pareció evidente á Pedro Pablo Vergerio, obispo de Capo d' Istria, enviado á Alemania por Paulo III, que estaban lejos de desear sinceramente el concilio. Después de haberlo anhelado, Cárlos Quinto se encontraba entonces más bien en oposicion por temor de enajenarse á los reformados, cuya conversion le importaba poco con tal de que los encontrase dóciles y acordes con él contra la Francia. El rey Francisco I veia con dolor que todos los honores de aquella asamblea debian adjudicarse á un emperador que, amigo vacilante de la religion, habia dejado saquear á Roma, tolerado y favorecido á los protestantes. Lutero, que era el primero que habia reclamado la convocatoria, lo ridiculizaba entonces: *¿Un concilio? ¿en qué pensais, cobardes, que no sabeis lo que es un obispo, ni César, ni el mismo Dios, ni su verbo? Paulito, no seas terco, no des coces, papa burro; el hielo no es bien sólido; podria quebrarse, caer y romperte una pierna*, etc..... El resto de sus chanzas es de tal estilo, que no se podrian repetir.

Pero Paulo III deseaba lealmente el concilio, lo que hizo que á despecho de infinitos obstáculos consiguiese reunirlo en Trento bajo la presidencia de tres de sus legados (9), á los cuales daba el título de ángeles de paz; declarando que el objeto de la asamblea era estirpar las herejias, corregir las costumbres y la disciplina, y producir la concordia entre los príncipes cristianos. Roma se presentaba en él con menos fuerza y más pretensiones que en Basilea y Constanza, en atencion á que poseia una autoridad desconocida por muchos talentos, una conducta que no carecia de cargos, y que era á la vez juez y parte en reformar á los otros, cuando todos pedian que antes de reformar á los demás comenzase á reformarse á sí mismo. La primera sesion, á la cual acudieron veinte y cinco obispos, se verificó el 13 de setiembre de 1545. Después de mucho tiempo que se pasó en discutir sobre el ceremonial, las formas, el voto y hasta el título del sínodo, comenzaron aquella larga y concienzuda revision del sistema católico, que no podia producir más que una negativa sobre cualquiera concesion. Ocupáronse primero de las decisiones capitales, estableciendo que todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento eran de igual autoridad, que la traduccion auténtica era la de la Vulgata, cuya exacta edicion fué ordenada, y que el dogma del pecado original debia ser reconocido. Algunos miembros habian sido de parecer de que los decretos de reforma habian de pasar antes que los del dogma; pero en fin, adoptaron el hacerlo simultáneamente; promulgáronse, pues, varios en cada sesion, con objeto de estirpar los abusos señalados, y de volver á la Iglesia su pureza de fe al mismo tiempo que la de las obras.

La cuestion de la gracia y de la justificacion eran de las primeras que se presentaban á examinar. La naturaleza del hombre, corrompida en su orígen, no era ya capaz de elevarse á Dios por sus propias fuerzas, ni aun siquiera de quererlo eficazmente sin la gracia, don gratuito de Dios. Conformes en esto, estaban divididos sobre el punto de saber ¿si el que la obtiene es impulsado tan irresistiblemente al bien, que se pueda estar seguro que perseverará en él hasta el fin, ó si el hombre puede resistir al impulso divino y desviarse del camino recto? Además, ¿depende la eleccion de Dios de una predestinacion eterna ó de una sentencia del Altísimo, dada después que el hombre ha pecado? El hombre vuelto al bien ¿verifica su perfeccion sólo por la voluntad y la fuerza divina, ó debe cooperar á ella con su querer y sus propias obras? Otros, por el contrario, creen la gracia divina necesaria para lavar al hombre del pecado, aunque el hombre pueda implorarla, y desde este momento comienza su justificacion por su propia voluntad. O no es, pues, necesaria la gracia primitiva, ó á todos se les concede en un mismo grado.

Lutero y los primeros reformados sostuvieron absolutamente que la voluntad humana es pasiva, y que no se podia imputar al hombre ninguna buena accion; pero Melanchton enseñó la doctrina sinergética, es decir, la necesaria cooperacion del hombre; doctrina que se hizo general entre los luteranos, al paso que fué admitida por los calvinistas la predestinacion eterna, y en su consecuencia la ineficacia humana. Larga fué la discusion entre los católicos; pero en fin, se decidió en favor de las buenas obras, y de la necesidad en que estaba el hombre de desarrollar la gracia con ayuda de los sacramentos (10). De esta manera es como todo gérmen de protestantismo se escluia entonces y se hacia imposible la conciliacion.

Los jesuitas fueron siempre allí los genízaros de la Santa Sede, como se los llamó por algunos. Como Lainez padecia calenturas intermitentes, las reuniones se suspendian los dias de acceso. Sin embargo, los jesuitas no se alojaron sino en el hospital, se mostraban vestidos con pobreza, y habiéndolos hecho vestir de nuevo los legados para que se presentasen con decencia en el concilio, volvian á ponerse cuando salian sus viejos trajes, mendigando para vivir y alimentar á los huérfanos que recogian en las calles y catequizaban.

(9) Estos eran Juan María del Monte, Marcelo Cervini, que ambos fueron papas, y Reginaldo Polo, que estuvo á punto de serlo.

(10) *Non ego autem, sed gratia Dei mecum.* SAN PABLO, I, Cor., XV.

Aunque el pontífice quedó dueño del concilio, queria alejarse de Alemania; así es que se aprovechó de las noticias que circulaban de peste para trasladarlo á Bolonia. Opúsose á ello Cárlos Quinto, no queriendo permanecer impotente al frente de los protestantes después de haberlos reducido por las armas á aceptar el concilio; y orgulloso con la victoria de Muhlberg, mandó á sus cardenales permaneciesen en Trento; no dependió, pues, de él el que no resultase un cisma; pero Paulo III supo evitar el peligro suspendiendo el sínodo.

Se volvió á abrir por Juan Maria del Monte (1550), que le sucedió bajo el nombre de Julio III, en medio de las intrigas de las cortes; y aun que el rey de Francia Enrique II, que se hallaba en aquella ocasion indispuesto con el papa por Parma, protestase contra aquella asamblea, que vejaba las libertades galicanas y se habia reunido solo en ventaja de algunas potencias, trataron en él de varios sacramentos; pero cuando Mauricio de Sajonia marchó sobre Trento para sorprender al emperador, asustado el concilio se dispersó.

Después del corto reinado de Marcelo II, de la familia de Corbini, fué elegido papa Juan Pedro Carraffa bajo el nombre de Paulo IV. Celoso por las reformas, habia establecido los teatinos, y renunciado al archiepiscopado para entrar él mismo en aquella órden. Habia combatido en Trento por el partido más riguroso, y se admiró al verse elegido cuando nunca habia usado condescendencias con ningun cardenal. Como se le preguntase entonces cómo queria ser tratado, contestó: *Como gran príncipe.* Arrastrado á la guerra por el deseo de ver á Italia libre de extranjeros, se manifestó en ella mundano; y como á la relacion de algunos desórdenes acaecidos entre otros esclamase: *¡Reforma, reforma!* un cardenal tuvo el valor de decirle: «Santo padre, la reforma debe comenzar por nosotros.» Entonces se manifestó la verdad, un momento oscurecida: reconoce lo reprensible de la conducta de sus sobrinos, los destituye de sus empleos y los destierra de la ciudad. Da seguridades á los romanos con procedimientos liberales, alienta el estudio de la diplomacia haciendo recoger documentos esparcidos, y pronto se dedica á corregir los abusos. Puede alabarse desde entonces de no haber pasado un solo dia sin disponer alguna medida destinada á purificar la Iglesia. Así fué, que se acuñó una medalla en la que se veia á Cristo arrojando del templo á los profanadores.

Existia ya la costumbre de anotar los libros condenados como herejes (11). Formóse entonces un *índice* dividido en tres categorías; en la primera figuraban los autores á quienes se les habia prohibido todas sus obras; en la segunda aquellos á quienes sólo se les habia reprobado algunas; en la tercera los libros anónimos. La prohibicion era en general contra los escritos en que se sostenia el predominio del poder secular sobre la autoridad eclesiástica y de los concilios sobre el papa, así como contra los que habian salido de las prensas de setenta y dos impresores espresamente designados, ó de cualquier otro que hubiera publicado libros heréticos. El hecho de leer estas obras se declaró caso de escomunion *late sententiæ.*

Paulo IV quiso dar á la inquisicion un vigor insólito con el empleo de seculares (12), é hizo poner en prision al cardenal Morone, hombre muy considerado, á Egidio Foscarari, obispo de Módena, á Tomás San Felice, obispo de la Cava, y á Luis Priuli, obispo de Brescia, acusados de haber profesado opiniones heréticas, ó defendido mal los principios ortodoxos. El cardenal Polo evitó el mismo tratamiento con la muerte, y los demás pudieron justificarse; pero algunos individuos fueron quemados en Roma y ahogados en Venecia, donde tres nobles tenian asiento en el Santo Oficio; otros muchos se vieron obligados á retractarse de los errores en que habian incurrido antes de saber que estuviesen condenados. En general, la inquisicion fué muy severa para los que no confesaron, no mostrando indulgencias más que á aquellos que declaraban su culpa. Concibió el pueblo tanto odio á Paulo IV, que apenas murió cuando derribó su estátua, y prendió fuego al palacio de la inquisicion. Es difícil juzgar á aquel pontífice en medio de actos tan distintos, pero de seguro al enajenarse el afecto del emperador por defender la independencia de Italia se privó de su cooperacion, que le hubiera sido necesaria para estirpar la herejía, cuyas bases se aseguraron entonces, y que se propagó hasta Inglaterra.

El hermano del famoso Juan Jacobo de Médicis, marqués de Marignan (13), llamado Juan Angelo, fué nombrado pontífice bajo el nombre de Pio IV (1559). Era un hábil jurisconsulto de Milan; andaba por la ciudad á caballo, escuchando á todo el que se dirigia á él; daba audiencia sin etiqueta á los embajadores en el pabellon del Belvedere; desaprobaba la rigidez monacal de su predecesor; y aunque su orígen le uniese al Austria, conociendo los males de la guerra, procuró á Roma años de tranquilidad y abundancia. Hizo dar muerte á los tres sobrinos de su predecesor, sin esceptuar el cardenal, quizá á instigacion del rey de España, que queria castigar á Caraffa por haberse jactado

(11) Los primeros catálogos de libros prohibidos se hicieron en Lovaina y en Paris. Monseñor della Casa publicó uno en Venecia; otros lo fueron después.

(12) «Fué remediado por el Santo Oficio de Roma, poniendo en cada ciudad inquisidores valientes y celosos, sirviéndose á veces de seculares diligentes y sabios, para ayudar á la fe. Tales fueron, por ejemplo, Oldescalco en Como, el conde Albano en Bérgamo, Muzio en Milan. Esta resolucion de servirse de seculares se adoptó, porque no sólo muchos obispos, vicarios, frailes, sacerdotes, sino tambien muchos miembros de la Inquisicion, eran herejes.» *Compendio dell'inquisizione.*

(13) Véase tomo VII, pág. 468.

de quitarle el reino de Nápoles (14); pero no supo abstenerse de favorecer á los suyos, concediendo el arzobispado de Milan, y poco después la púrpura, á un mancebo de veinte y dos años, que ni siquiera estaba ordenado de sacerdote.

San Cárlos, 1538-84.—Felizmente no se engañó, porque Cárlos Borromeo fué uno de los prelados que honraron más á la Iglesia y emplearon más sus esfuerzos en reponerla. El abuso que dominaba entonces, habia hecho acumular en él los empleos y dignidades: era á la vez legado *à latere* de Bolonia y Rávena, y lo fué después de toda la Italia; era abad comendatario por lo menos de doce iglesias en diferentes Estados, archipreste de Santa Maria la Mayor, gran penitenciario de la santa Iglesia, conde de Arona, príncipe de Orta, protector del reino de Portugal, de los cantones suizos católicos, de la Alemania inferior, de la órden de franciscanos y la de capuchinos, de los canónigos regulares de Santa Cruz de Coimbra, y de las órdenes militares de Malta y Cristo, lo que le proporcionaba una renta de más de noventa mil cequíes. Pero hizo dimision de todos estos beneficios, y mortificó con su ejemplo la magnificencia disoluta de los príncipes eclesiásticos y seculares de Roma. En lugar de las reuniones acostumbradas llenas de ruido y fausto, instituyó en su palacio una academia literaria y moral, que tenia allí sus sesiones una vez á la semana, llamadas *veladas vaticanas*. Despidió ochenta personas de su servicio, no conservó á su lado seculares más que para los empleos bajos, y renunció á las diversiones usadas en aquella época y á los trajes lujosos. Aconsejó al papa construir Santa Maria de los Angeles y la soberbia cartuja de Roma; y él mismo contribuyó á la ereccion de varias iglesias en toda Italia. Era tal su respeto á la Santa Sede, que nunca recibió de ella un breve sino con la cabeza descubierta. Celebró en Milan seis concilios provinciales, cuyas decisiones forman en su conjunto las *Actas de la iglesia milanesa*, admirable cuerpo de disciplina (15). Instituyó las compañías de la doctrina cristiana (16) para enseñar los dias de fiesta á los niños, no sólo las verdades de la fe, sino la lectura y escritura, con prohibicion espresa á los que eran miembros de ella de adquirir por este título rentas y riquezas temporales. Destinó á los oblatos de San Ambrosio, sacerdotes con voto de obediencia especial al arzobispo, á servir las parroquias más pobres, donde el trabajo era mayor, y á hacer los ejercicios rituales. Ordenó á sus obispos á que mandasen se les dirigiesen todos los años un sermon de cada cura, y enviasen un predicador á la parroquia de aquellos á quienes juzgasen incapaces para el caso.

Los religiosos humillados se habian corrompido en medio de sus inmensas riquezas, cuyo goce era para un pequeño número de frailes (17). Habiendo querido Cárlos volverlos á la disciplina, uno de ellos le disparó un tiro. Aprovechóse de esta ocasion para suprimir aquella órden, y dotar con sus enormes rentas colegios y seminarios, sobre todo de jesuitas; infatigable por lo demás en visitar su diócesis y en disciplinar su iglesia, tanto en las cosas más importantes como en los demás detalles de sacristia. Al atravesar el valle Camónica, donde los diezmos no se habian pagado hacia algun tiempo, se negó á dar su bendicion, y los habitantes se aterrorizaron; en el valle Mesolcina hizo se procediese con severidad contra los herejes y hechiceros (18). Errores de la época, que quisiéramos poder olvidar, con ciertas pretensiones de jurisdiccion exorbitantes (19), para decir con cuánta liberalidad prodigaba sus riquezas en consuelo de los pobres, y procurar asistencia corporal y espiritual á los desgraciados atacados de la terrible peste que entonces estalló. Empleó tambien muchos esfuerzos en impedir que la herejia que infestaba á la Suiza no se estendiese en Italia, merced á su cercania. Habiendo ido allí en calidad de enviado pontificio, sostuvo el partido católico y fundó en Milan un colegio helvético, que llegó á ser un plantel de apóstoles y de curas para aquella comarca.

Dedicóse principalmente á hacer que se volviese á abrir y terminar el concilio de Trento (1560). Nada debia ser más majestuoso que aquella asamblea de católicos de los más instruidos en los negocios, en las letras y en la santidad. Veíase allí al cardenal Morone, milanés, y al cardenal Foscarari de Bolonia, de quienes ya hemos hablado; al cardenal Seriprando de Troya, uno de los más eru-

---

(14) El suplicio de un cardenal diácono era una rareza tal, que todo el mundo habló de ello, todos quisieron conocer el proceso, pero nadie lo vió íntegro ni aun el cardenal ó su defensor. Pio V lo hizo quemar después de declararle inícuo. Sobre esto véase el tomo XII del *Archivo histórico italiano*.

(15) En 1657 la asamblea del clero de Francia hizo reimprimir y distribuir á sus espensas las *Instrucciones de San Cárlos*.

(16) *Esta es la regla para la compañia de los servidores de los niños de la caridad, que enseña los dias de fiesta á los niños y niñas á leer, escribir, y las buenas costumbres, gratis y por amor de Dios.* Los que se interesen en la historia de la buena enseñanza recorran este pequeño libro.

(17) Poseian noventa y cuatro casas capaces de sostener á cien religiosos, y cada una no tenia más que á dos.

(18) Habia prohibido que ningun predicador en sus sermones hablase del fin del mundo. *Ne certum tempus Antichristi adventus et extremi judicii diem prædicent; cum illud Christi Domini ore testatum sit. Non est vestrum nosse tempora vel momenta* (Act. p. 3.) En el quinto concilio provincial dice: *Ad nuptias matrimoniaque impedienda vel dirimenda eo cum ventum sit, ut beneficia fascinationesve homines adhibeant, atque usque adeo frequenter id sceleris committant, ut res plena impietatis ac propterea gravius detestanda; itaque ut a tanto tamque nefario crimine pœnæ gravitate deterreantur, excomunicationis latæ sententiæ vinculo fascinantes et beneficii id generis irrecti sint.*

(19) Tener, por ejemplo, una fuerza armada á su disposicion, ejecutar las sentencias de su tribunal, hasta contra los seglares que no vivian como buenos cristianos.

ditos; al cardenal Juan Francisco Comendone, uno de los más grandes hombres de Venecia; á Daniel Barbaro, á Juan Antonio Volpi, á Antonio Minturno, literatos de primera nota; á Marco Antonio Flaminio (20), y al obispo Vida, en quien renacian Catulo y Virgilio; al teólogo Ambrosio Catarino, dominico, ardiente adversario de la herejia, y á Isidoro Clario de Brescia, que corrigió la version de la Vulgata; dos célebres profesores de Lovaina fueron tambien diputados á aquella asamblea, Miguel Bajo y Juan Hessels, propagadores de doctrinas erróneas con respecto á la gracia.

No se trataba en este concilio de cuestiones parciales como en Constanza, sino de la existencia de la Iglesia; y si era peligroso reunirlo en medio de tan gran fermentacion de los ánimos, era muy difícil contenerlo en los justos límites. Además de la negativa que habian dado los príncipes protestantes de intervenir en él, las pretensiones de los reyes católicos, las protestas, las inteligencias entre los cardenales, entre las naciones, multiplicaban á cada paso los obstáculos. Cambiando á cada momento de partido los obispos extranjeros, fué preciso enviar prelados italianos, más pobres y menos exigentes, y haciendo votar nominalmente y no por naciones, aseguraron á estos últimos el predominio (21); pero si la política intervino en algunas decisiones, la persuasion y la conciencia tuvieron la mayor parte.

En la primera sesion del concilio, que se verificó durante la guerra de Esmalcalde, el dogma de la justificacion, que fué el fundamento del sistema católico, se habia asentado sólidamente; quedaban que discutir las cuestiones de gerarquia. ¿La residencia y la institucion de los obispos eran de derecho divino? ó lo que es lo mismo, ¿hasta dónde se estendia su independencia con respecto al soberano pontífice? ¿Y las llaves fueron dadas sólo á san Pedro? Jacobo Lainez, general de los jesuitas, sostuvo en el más célebre discurso de aquella asamblea, que el poder de jurisdiccion pertenecia única mente al papa y que todo otro se derivaba de él. Su parecer venció, y la supremacia del papa, que se habian propuesto restringir, permaneció consolidada; se decidió que sólo él podia interpretar los cánones é imponer las reglas de fe y vida.

Posible fué llegar á tan grandes resultados desde el momento en que los obispos, en lugar de aspirar á una nueva autoridad con detrimento de la del soberano pontífice, conocieron la necesidad de salvar la suya á la sombra del papa. Los príncipes habian comprendido igualmente que su existencia estaba comprometida por las querellas teológicas, y que convenia desde entonces no sutilizar sobre los límites del poder eclesiástico, sino proporcionarse su apoyo.

Las disensiones renacian en el interior: los príncipes se quejaban de que los debates se alargaban, de que la discusion no era libre, de que todo iba de Roma preparado y decidido de antemano, de que los prelados se ocupaban demasiado de la grandeza pontificia. Sin embargo, la lentitud procedia de sus pretensiones: no se intrigaba menos por una parte que por otra; se asustaban de ciertas reformas, y querian hacer servir el concilio á sus miras particulares; la España para intimidar á los belgas que se habian rebelado; la Francia y el Imperio, una veces para deprimir, y otras para acariciar á los hugonotes y luteranos. Por otra parte, el emperador pedia no sólo reformas en el papa y su corte, sino tambien sobre los breviarios, las vidas de los santos, los sermonarios, y hasta á la comunion bajo las dos especies; la España queria que los obispos no fuesen considerados como una emanacion del poder papal, sino declarados de institucion divina, y en su consecuencia independientes. La Francia sostenia los decretos de Basilea y la superioridad de los concilios sobre el pontífice, y pedia por boca del cardenal de Lorena el matrimonio de los sacerdotes, el uso del cáliz, la liturgia vulgar. Pero en fin, las turbulencias de la Francia hicieron que este partido se uniese al del papa.

Puede formarse una idea de los esfuerzos que fueron necesarios por parte de Pio IV y sus teólogos para poner acordes pretensiones tan diferentes y opuestas. Despacháronse en fin, las materias que quedaban aun relativas al matrimonio, al purgatorio, á la invocacion de los santos, al culto de las imágenes y de las reliquias, á los ayunos y á las indulgencias. Con respecto á la disciplina, se decretó la prohibicion de los matrimonios clandestinos, de la comunion bajo las dos especies y de los ordenaciones sin beneficio. Los vendedores y promulgadores de indulgencias se suprimieron; la colacion de las órdenes y las dispensas se declararon gratuitas. La residencia fué obligatoria, y en su consecuencia la reunion de beneficios con cura de almas no fué ya posible. Prohibióse á los jueces seglares mezclarse en las causas del clero, y á los príncipes dar edictos sobre materias ó personas eclesiásticas, percibir gabelas y diezmos, pretender que su *exequator* fuese necesario para las bulas pontificias; todo bajo pena de escomunion á los que obrasen de otra manera, ó usurpasen, ya fuesen los bienes, ya los derechos de la Iglesia.

Declaróse entonces cerrado y terminado el concilio, y Pio IV confirmó solemnemente sus decretos. Pero los que esperaban que la unidad de la Iglesia se restableciera, vieron, por el contrario, proclamada la division. Es cierto que un sínodo no podia ser conciliador ni decidir de otra manera que lo que lo habia hecho la Iglesia hasta entonces.

---

(20) Habia sido propuesto secretario; «pero se escusó de este cargo, porque ya su talento estaba de parte de aquellas doctrinas en cuya condena debia ejercitarse su pluma.» PALLAVICINO.

(21) Habia en la asamblea ciento ochenta y siete prelados italianos, y otros ochenta y tres de todas las demás naciones.

Ya en aquel momento cada uno habia adoptado su partido. Las opiniones religiosas se encontraban basadas sobre los intereses políticos, y el mundo se hallaba dividido en dos campos. No habia ya esperanza de transigir con los adversarios: entre los católicos no habia necesidad de transacciones ni casi de discusiones. Quedaba aun que dar á luz el sistema entero de la fe católica; y en efecto, quitaron una série de superfluidades, y resultó de ello que la teología se vió reducida al estado de ciencia positiva y libre de la dialectica (22).

Pero la reforma general, claramente indicada y preparada ya, no podia proceder sino de aquel que tiene del cielo la autoridad, y sólo en este caso no debia ser separada del centro, ni fundada en la negativa. Los hombres pretendieron desempeñar esta mision; y destruyendo la unidad, pusieron obstáculos á que se obtuviese legítimamente. Entonces los reformados no pudieron hacer más que circunscribirse á la negativa y á las protestas. La Iglesia no pudo defenderse de una oposicion que se separaba de ella y se aislaba, sino encerrándose estrechamente en las barreras de la antigua fe. Pero entre los mismos católicos, no todos quisieron aceptar enteramente las reglas formuladas por aquel sínodo, que estuvo bien distante de conseguir su objeto primitivo, es decir, el restablecimiento de la unidad.

Reformas.—Si todos los católicos estaban acordes con respecto á la fe, diferentes intereses se pretendian lastimados en lo concerniente á la reforma y á la disciplina. Venecia dió el ejemplo adoptando el concilio. Cosme, gran duque de Toscana, la Polonia y el Portugal, le imitaron sin ninguna restriccion. Felipe II hizo otro tanto, pero bajo la reserva de observar en la ejecucion las leyes de sus Estados. En Francia Cárlos IX lo rechazó porque atacaba las prerogativas reales, y era susceptible de exasperar á los disidentes. Cuando despues Enrique IV se adhirió á él, encontró oposicion, y aunque tácitamente reconoció, el concilio no fué admitido nunca formalmente en el reino. En Alemania, en atencion á que el pontífice negaba la comunion bajo las dos especies y el matrimonio de los sacerdotes, no fué admitido nunca como ley del imperio, y sí sólo como título subsidiario, considerando los puntos de doctrina como emanados de la Iglesia. Lo mismo aconteció en Hungria.

Pio IV hizo redactar una *profesion de fe*, que firmaron todos los eclesiásticos y doctores, y en la que el dogma está espresado más positivamente que en el concilio. Concedióse entera fe al *Credo* apostólico y á los sacramentos establecidos por Jesucristo que todos confieren la gracia. Fueron aceptadas todas las decisiones del concilio de Trento concernientes al pecado original y á la justificacion. Se reconoció que en la misa para los vivos y los muertos se ofrece un verdadero sacrificio propiciatorio; que el cuerpo y sangre de Jesucristo existe real y sustancialmente en la Eucaristia, y que toda sustancia de pan y vino se convierte en la suya, de manera que Jesucristo todo entero se recibe bajo una y otra especie. Se profesa la creencia en el purgatorio y la eficacia de las oraciones, así como la invocacion á los santos, que dirigen por nosotros oraciones á Dios; honrar las reliquias, conservar y venerar las imágenes de Cristo, de su madre y de los santos, se considera como un deber; además está espresado que Jesucristo ha dejado á la Iglesia la facultad de las indulgencias soberanamente saludables á los fieles; que la Iglesia católica es la madre é institutora de todas las demás, y que se promete obediencia al pontífice, vicario de Cristo y sucesor de san Pedro; en fin, que se admite todo lo que ha sido legado por las tradiciones y definido por los concilios, especialmente por el de Trento.

Algunos puntos dogmáticos permanecieron, no obstante, sin solucion entre los católicos. Así fué, que la superioridad de los concilios sobre el papa, declarada en Constanza y Basilea, fué sostenida por los alemanes; los franceses formaron de ella la base de las libertades de la iglesia galicana. En su consecuencia, rechazaron la infalibilidad del papa separado de la asamblea de la Iglesia; y grandes doctores han profesado en alta voz esta opinion, sin separarse de la comunion católica. El cardenal Bellarmino se hizo, por el contrario, ardiente campeon de la supremacia papal, independiente de todo juicio y alma de la sociedad, cuyo poder temporal no es más que el cuerpo (23). Pareció que las pretensiones de Gregorio VII renacian, y nunca se habia defendido con tanto calor y con argumentos tan fuertes la ilimitada supremacia de la Iglesia sobre el Estado.

Sin embargo, la Santa Sede estaba reducida á invocar la cooperacion de los príncipes. En efecto, el duque de Baviera la sostuvo abiertamente, lo que le hizo adquirir gran importancia política como defensor de un príncipe que habia llegado á ser poderoso. Los príncipes eclesiásticos del Impe-

---

(22) Hablamos en otra parte (cap. XX) de las dos historias más conocidas de aquel concilio, por Pablo Sarpi y por el cardenal Pallavicino.

Entre los demás historiadores pueden consultarse:

J. MENDHAM.—*Memoirs of the council of Trent*, Lóndres, 1834.

M. GÖSCHL.—*Geschichtliche Darstellung des grossen algemeneinen concils zu Trient.*, Regensb. 1839.

WESSEMBERG.—*Die grossen Kirchen-Versammlungen des* XV *und* XVI *Jarhunderts*. Constanza, 1840.

BRISCHAR.—*Beurtheilung der controversen Sarpis und Pallavicini's inder Geschichte des Trienter concils.* Tubinga, 1844.

(23) *Summus pontifex, simpliciter et absolute, est supra Ecclesiam universam et supra consilium generale, ita ut nullum in terris supra se judicem agnoscat.* De concilii auctoritate, c. 17.

rio encontraron tambien ventaja en afirmar la Santa Sede, en atencion á que la oposicion que se le hacia era contra ellos por su calidad de sacerdotes. Por otra parte, los poderosos habian siempre tratado de romper las barreras que les oponia la autoridad eclesiástica; y así como los protestantes lo consiguieron de repente con su abierta rebelion, los católicos trataron de conseguir su objeto con los términos medios, con el fin de poner acordes su conciencia y ambicion. Así fué como Venecia, Luis XIV y los emperadores se dedicaron á separar las atribuciones políticas de las funciones sacerdotales, y á aumentar las primeras sin lesion del dogma. Escitaron para el efecto las ambiciones particulares, y trataron, bajo pretesto de independencia, de separar de los demás sacerdotes los de sus Estados, é impedir las comunicaciones directas con el jefe espiritual formando sociedades religiosas especiales, con objeto de hacerlas dóciles al poder que les permitia existir. Tuvieron, pues, los pontífices que abandonar sus pretensiones absolutas, y los soberanos obtuvieron con el tiempo las atribuciones eclesiásticas que los príncipes protestantes habian usurpado por la fuerza. Sin embargo, una vez desechadas las falsas decretales, la autoridad pontificia se encontró mejor asentada, porque era más mesurada; y en general el derecho eclesiástico sufrió una reforma. Tomó nuevo aspecto entre los protestantes, entre quienes el príncipe fué investido con la supremacia espiritual, es decir, con la facultad de prohibir ó permitir un culto á su antojo, nombrar para los empleos de la Iglesia, disponer de los bienes, y ejercer tanto la jurisdiccion eclesiástica como las prerogativas diocesanas; cosas que desde los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia habia siempre combatido con objeto de que permaneciesen, tanto como fuese posible, independientes del poder temporal.

Otra cuestion resuelta solamente en parte por el concilio, y abandonada la restante á la controversia de las escuelas, fué la de la gracia; ahora bien, veremos nacer de aquí en el siglo siguiente una gran disension interior denominada de Jansenio.

Habiéndose prohibido publicar, bajo cualquier pretesto que fuese, y á todo poder ó dignidad, emprender comentarios, notas ó glosas sobre los decretos del concilio, en atencion á que todos debian acudir á la Santa Sede en caso de duda, instituyó el papa una congregacion de ocho cardenales para interpretar los decretos de reforma, disciplina y jurisdiccion eclesiástica.

Catecismos.—No parece que en la Edad Media la Iglesia formulase catecismos, en los que los elementos esenciales de la religion estuviesen espuestos para uso del pueblo. Pero cuando Lutero habia hecho un cargo por descuidar la instruccion de los jóvenes y del pueblo, Erasmo publicó uno (1535), después de él se dieron á luz otros, entre los cuales el más célebre es el del jesuita Pedro Canisio (*von Hundt*). Pero el concilio de Trento mandó que se hiciese uno general, cuya redaccion se confirió á san Cárlos, quien eligió para que le ayudaran á tres dominicos (24); Pablo Manucio revisó el estilo (25), y se publicó en italiano y en latin, después se dividió en capítulos, y en fin, en preguntas y respuestas en la edicion de Andrés Fabricio. Este es el *Catecismo romano*, admirado por su elegancia, su método claro y verdaderamente propio para demostrar que la profunda y sólida erudicion sagrada no tiene necesidad de argumentos y fórmulas de escuela, sino que, por el contrario, descansa en la exposicion clara y precisa, en la sublime sencillez del pensamiento. No estando acordes los jesuitas con los dominicos sobre las doctrinas relativas á la gracia, lo desacreditaron y publicaron otros, entre los cuales figura en primer lugar el del cardenal Bellarmino. Tambien los protestantes tuvieron sus catecismos, más sencillos que los nuestros, pero menos completos, pues pasan por alto infinidad de cuestiones, y no pueden resolver otras de un modo conveniente, atendido el poco seguro fundamento de su fe, que permite preguntar por qué razon no lo negaron todo, ya que empezaron por negar algo.

La frivolidad que hemos notado en la literatura habia dañado á las cosas de órden más elevado. Conocióse la necesidad de corregir las lecciones apócrifas, las antífonas ridículas y los ritos burlescos, introducidos en la Iglesia por ignorancia ó sencillez; ¿pero eran acaso adecuados para desempeñar esta mision sábios preocupados de la forma, y cardenales á quienes el latin incorrecto de san Pablo inspiraba disgusto? Leon X encargó á Zacarias Ferreri, de Vicenza, corregir los himnos; pero los que reemplazaron á los antiguos eran tan puros en el estilo como frios en el sentimiento. La muerte impidió á Ferreri terminar todo el breviario. En su consecuencia, Clemente VII confió este trabajo á Quiñones, cardenal de Santa Cruz, que compuso uno muy compendiado, y desde luego del gusto de todo el mundo; así fué, que el antiguo estuvo á punto de ser abolido, y rota la tradicion. Desechó Pio V el breviario de Quiñones, y publicó otro nuevo, obligatorio para todas las iglesias que no poseyesen uno, lo menos doscientos años antes. Esta condicion no impidió el que el mayor número adoptase el breviario romano que fué seguido del misal.

Era necesario tambien preparar una edicion de la Biblia, en relacion con los progresos de la filosofía y de la exégesis. La de Roberto Estienne sirvió de regla para el texto griego. El concilio habia declarado la Vulgata auténtica por su version latina, pero sin indicar de qué manuscrito ó edicion,

---

(24) Mucio Calino de Brescia, obispo de Zara y después de Terni; Leonardo Marini, genovés, arzobispo de Lanziano, y Egidio Foscarari, boloñés, obispo de Módena.

(25) Esto lo niega Lagomarsino, quien prueba que los redactores de la parte latina fueron el dicho Calino, y los milaneses Pedro Galemnio y Julio Pogiano.

pe lo que resultaba que los mismos católicos la elegian á su gusto. Hiciéronse tambien algunas versiones nuevas, como la de Arias Montano; asimismo se modificó esencialmente la version antigua, como en la edicion de Isidoro Clario. Pensó Sixto V reprimir aquella licencia publicando una Biblia que fuese la única autorizada; pero como pronto se encontraron en ella muchos errores (26), se recogió, y Clemente VIII hizo dar á luz otra. Los mismos protestantes no creen que las ediciones de sus correligionarios valgan más que nuestra Vulgata.

Pio IV llamó á Roma á Pablo Manucio, para que imprimiese allí los Santos Padres con sus inimitables caractéres.

Reforma moral.— Obtúvose en la reforma moral de la Iglesia más de lo que era permitido esperar en medio de semejantes trastornos, sin que el pensamiento orgulloso de no querer dar razon á los disidentes opusiese ningun obstáculo. La idolatria clásica cedió el puesto al sentimiento religioso en las artes, en las discusiones, en las letras y en la existencia. Verificáronse gran número de concilios provinciales para estirpar los restos de las supersticiones y de la inmoralidad. Otros sínodos debieron reunirse de tiempo en tiempo, y parece que aquellos piadosos innovadores se lisonjearon con volver el mundo á su pureza apostólica. San Cárlos en su *ritual* restableció la penitencia de los primeros siglos; Juan Francisco Bonomo, obispo de Verceli, delegado para la visita de la diócesis de Como, recomienda y amonesta, entre otras penitencias, que no se debia usar muebles de lujo, ni sobre todo, vasos y candeleros de plata, en atencion á que su valor podia emplearse en sosten de los pobres. Pretendiendo tambien Gregorio XIII ejecutar punto por punto los decretos del concilio de Trento, envió visitadores apostólicos á examinar las cuentas de las iglesias, de los establecimientos de beneficencia y de las hermandades; pero escediéndose aquellos delegados, hicieron descontentos, y varios príncipes imitaron á Felipe II, escluyéndoles de sus Estados.

Reanimóse tambien la inquisicion, y ganando el afecto de ciertas hermandades de ambos sexos, con privilegios é indultos, se sirvió de ellas como de familiares. Se dedicó á buscar no sólo la depravacion hereje, sino tambien las prácticas religiosas; introduciéndose hasta en las cocinas los viernes, y formando sofismas sobre cada espresion que se escapaba á los profesores en las universidades. Creyéronse atacados los derechos de soberania con este modo de proceder: y después de haber clamado contra los abusos, no sabian los príncipes arreglar los remedios. En Venecia, un jesuita reunió á los gondoleros todos los dias feriados para instruirlos en las verdades cristianas; pero la señoria pensó que los gondoleros estaban diariamente en relacion con personas de toda clase, y que podian llegar á ser un instrumento de espionaje: en su consecuencia prohibió aquella congregacion, y espulsó al jesuita. Otro declamó contra el carnaval, diciendo que el dinero que se gastaba en él, estaria mejor empleado en ayudar al papa en la guerra contra los turcos, que amenazaban á la república, y la señoria lo desterró igualmente.

Pio V, del que Bacon decia *De bello: me admiro de que la iglesia romana no haya contado aun á este grande hombre entre los santos*: prohibió á los médicos visitar tres veces á un enfermo, sin que se hubiese confesado. Mandó que el que violase el domingo deberia permanecer de pié todo un dia delante de las puertas de la iglesia, con las manos atadas á la espalda: si recaia en la misma falta, que fuese azotado por la ciudad, y á la tercera que se le atravesase la lengua y se le mandase á galeras.

La corte de Roma, y la misma ciudad, tomaron el aspecto eclesiástico con el espíritu de regularidad; y el cardenal Tosco no fué elegido papa porque se le escapaban á veces términos del dialecto lombardo. Mandóse rigurosamente se residenciase á los obispos y á todos los beneficiados. No se volvieron á conferir abadias, colegiatas y obispados á seculares y hasta á militares, que decian *mi iglesia, mis frailes*, como hubieran dicho *mis criados, mis caballos*. El nepotismo permaneció disfamado; y si volvió á levantarse en el siglo siguiente, tomó enteramente otra forma, adoptando los papas la costumbre de tener colocados á su lado á un sobrino cardenal y á otro seglar, que adquirian dignidades y riquezas, pero que nunca llegaban á la dominacion.

Grandes hombres ilustraron la púrpura y la mitra, como santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia; Resticucci, hombre tan perspicaz como recto; Cárlos Borromeo, verdadero restaurador del gobierno eclesiástico y de la direccion de las almas; Federico Borromeo, su primo, que tambien le imitó; Salviati, cuyo nombre repiten aun con elogio los habitantes de Bolonia; Santorio, hombre de estremada severidad y digno de ser el jefe de la inquisicion; Gaspar Contarini, que refutó á Pomponazzi, su maestro, sobre la inmortalidad del alma, y escribió comentarios, polémicas y dos libros sobre los deberes del obispo, en un estilo menos bárbaro que el de la mayor parte de los teólogos; y Tolomeo Gallio de Como, que derramó sobre su patria inagotables tesoros de beneficencia. Citaremos entre el número á un colegio, en el que los niños de la diócesis iban á recibir su educacion, no sólo en lo respectivo á la gramática y á la retórica, sino en lo correspondiente á las artes y oficios: escuela técnica del género de las que ha producido nuestro siglo. Madruzzi, cardenal de Trento, fué llamado el Caton del Sagrado Colegio, y se consagró á dirigir la política austriaca.

La Francia tenia tambien sus ilustraciones ecle-

(26) Fué puesta en el índice por Gregorio XIV, y es una rareza bibliográfica.

siásticas en los Ossat Duperron, Tolet, y en los cardenales de Sourdis y de la Rochefoucauld, apellidados los Borromeos franceses, Fabio Chigi, legado pontificio para la paz de Westfalia, y después papa, tenia siempre sobre su mesa una calavera, y no le servian más que raices, teniendo además un ataud debajo la cama. Sirleto, cardenal, al mismo tiempo que filósofo, cuya memoria contenia una biblioteca entera, no se desdeñaba de reunir en su derredor á los niños que iban á la plaza Navona con haces de leña para instruirlos en la doctrina cristiana. En Agustin Valieri se admiraba tambien una rara erudicion y una conciencia á toda prueba. César Baronio trabajaba todo el dia en su historia, y comia con sus criados (27). Cítanse tambien entre los auditores de la Rota á Mantica, cuyas obras formaron autoridad en la escuela y ante el tribunal, así como á Arigone, menos aficionado á los libros que á los negocios, en los cuales conservó una reputacion intacta.

Con frecuencia tendremos que mencionar los nuncios enviados para hacer frente á las tormentas de aquella época. Ya hemos hablado del cardenal Bellarmino, que fué el mayor controversista y hombre más virtuoso de su tiempo. El sabio Clavio y Juan Pedro Maffei, que hasta su último suspiro se ocupó en escribir historias en latin, son dignos de figurar á su lado. Muret, otro escelente latino, esplicó las *Pandectas* de una manera original y con viveza. Las respuestas del español Azpilcueta eran oráculos en derecho canónico, y Gregorio XIII iba con frecuencia á conversar horas enteras con él; sin embargo no desdeñaba en el hospital los oficios más humildes. Tal era el séquito de que se habian rodeado los pontífices, en lugar de los poetas y soldados que se veian á su lado un siglo antes.

Sin embargo, su ardor en proteger el saber no se disminuyó nunca; pero tomó mejor direccion. En la decadencia de los estudios religiosos, animados los jesuitas del espíritu del catolicismo reformado, pudieron apoderarse de la enseñanza: poblaron primero de colegios á Viena, después á Colonia é Ingolstadt, desde donde se estendieron por Austria á lo largo del Rhin y del Mein y á Munich, la *Roma alemana*. Su intencion era que las universidades católicas pudiesen competir con las protestantes, no que se mostrasen como librepensadoras como propagadoras de verdades nuevas, sino como personas oficiosas, afables sin interes personal, y ayudándose unas á otras. En esta invasion de la Europa germánica por la Europa romana, los teólogos alemanes en lucha unos con otros y no comprendiéndose sobre la creencia, abandonaban la victoria á espíritus menos elevados, pero acordes entre sí, presentando una doctrina refinada hasta en sus puntos estremos, y sin dejar ninguna duda. Al mismo tiempo los jesuitas establecian escuelas para los pobres, se dedicaban á la predicacion, y obtenian admirables resultados hasta escitar el entusiasmo de la devocion (28).

Mandóse á los obispos tener seminarios en cada diócesis. Gregorio XIII fundó veinte y tres colegios convenientemente dotados, entre otros uno aleman y húngaro para cien mancebos de aquellas naciones, otro para los ingleses, otro para los griegos y uno para los maronitas. Reedificó el Colegio romano y fundó el de los neófitos. Estableció después uno en Fulda, otro en Dillingen, uno en Colosvar, en Transilvania, otro en Gratz, en Estiria, y lo mismo en Olmütz, Praga, Viena y Augsburgo, en Puente Mousson para los escoceses, en Douai para los ingleses, en Braunsberg, en Prusia; el colegio Ilírico en Loreto, y tres seminarios en el Japon; empleó además dos millones de escudos romanos en atender al sostenimiento de los jóvenes estudiantes pobres, y un millon en dotes de señoritas sin fortuna para casarse ó ser religiosas (29). Sugirió al cardenal Fernando de Médicis la idea de abrir una imprenta oriental; y aquel prelado envió á Etiopía, á Alejandria y á Antioquia, instruidos viajeros, principalmente á los dos florentinos Juan Bautista y Gerónimo de Vecchietti, que volvieron con manuscritos; hizo fundir caracteres, y pudieron imprimirse libros en Roma en más de cincuenta lenguas orientales.

Propaganda.—En la congregacion *De propaganda fide*, debida á Gregorio XV y á su sobrino Ludovisi, trece cardenales, tres prelados y un secretario se ocupaban en estender la fe y en dirigir á los misioneros, cuyo número pudo después aumentarse con ayuda de los seglares. Es una cosa maravillosa la actividad con que los misioneros, partiendo de aquel centro, prodigaban sus esfuerzos desde los Andes á los Alpes, desde el Tíbet hasta la Escandinavia, para convertir á mohometanos, budistas, nestorianos, idólatras y protestantes. Renovároнse particularmente los prodigios del apostolado, en las misiones de las dos Indias, con el más marcado heroismo y los más señalados milagros; ya hemos mencionado el celo de los predicadores, el furor de las persecuciones, la maravillosa difu-

(27) El cardenal Baronio tenia tambien el sentimiento del arte y del respeto que se le debe. Así es que puso en su iglesia titular de los Santos Nereo y Aquileo, que conserva la forma de las antiguas, esta inscripcion:

PRESBYTER, CAR. SUCCESOR QUISQUIS FUERIS—ROGO TE PER GLORIAM DEI ET PER MERITA HORUM MARTYRUM—NIHIL DEMITO, NIHIL MINUITO, NIHIL MUTATO—RESTITUTAM ANTIQUITATEM PIE SERVATO—SIC TE DEUS MARTYRUM SUORUM PRECIBUS—SEMPER ADJUVET.

(28) El concilio de Burdeos de 1583 decia: *De scholis, in præmio recte quodam hujus seculi sapienter mandatum est, nihil esse de quo concilium divinus inri possit, quan de recta puerorum institutione; juventus enim et spes ac soboles reipúblicæ; quæ si, dum adhuc tenera diligenter excolatur, maximos et moræ suavitatis fructus feret; contra vero si negligenter, aut nullos aut amarissimos.*

(29) TIRABOSCHI, t. VII, l. I, c. 3.

sion de la palabra cristiana, y los frutos de la caridad y del valor. En medio de tantas pérdidas sufridas en Europa, consolábanse los pontífices al recibir á los embajadores de la Abisinia, del Japon, de la Persia, de los antiguos reinos de Oriente y de las nuevas comarcas de América, donde se fundaron obispados, conventos, escuelas y hospitales. Urbano VIII fundó el seminario apostólico, plantel de misioneros y refugio de los prelados á quienes la Reforma habia despojado; el cardenal Antonio Barberini instituyó doce becas para georgianos, persas, nestorianos, jacobitas, melquitas y coptos, siete para etiopes, y seis para indios ó armenios.

Sixto V, mayor príncipe que gran pontífice, publicó hasta setenta y dos bulas. Lleno de celo por la fe y las buenas costumbres, fulminó el anatema sobre los adúlteros, las prostitutas, la astrologia judiciaria, dió con respecto á la usura y á los contratos de sociedad las reglas que aun siguen los canonistas, y fijó en setenta el número de cardenales, que queria libres de toda tacha.

Lo que prueba hasta qué punto se habia desarrollado el sentimiento religioso entre el pueblo, es el número de milagros, cualesquiera que sean, que se proclamaron entonces, y el de las apariciones sobrenaturales. La Virgen habla á san Silvestre; se presenta á los Monti en Roma, en Narni, en Todi, en San Severino; suda la imágen de Subiaco; en Langrés, en 1588, un soldado que perdia al juego, blasfemó contra una imágen de Maria, y le arroja los dados; pero al verificar aquella accion, se rompe el brazo profanador. Este milagro hizo que llovieran los donativos, y lo menos doscientas cincuenta procesiones acudieron en seis meses á aquella ciudad, en la que las ofrendas de los creyentes sirvieron para edificar la iglesia llamada de la Virgen de los Milagros. San Cárlos atestigua la aparicion de la Virgen de Caravaggio; en Treviso, una de las imágenes de la Madre de Cristo evita, llorando, el que los franceses esterminen á los habitantes; y no hay en aquella época pais en Italia, donde no haya habido un prodigio nuevo, ó haya resucitado la memoria de un antiguo milagro.

A los hagiógrafos es á los que se ha de recurrir, si se quieren admirar las maravillosas virtudes de Catalina, descendiente de los duques de Cardona, de sor Beatriz de Oñes, de Camilo de Lelis, de Pascual Bailon, de Diego y Pedro Alcántara, que renovaron en España las mortificaciones de la Tebaida; de Juan de la Cruz, que, asociado á santa Teresa, comentaba en verso y en meditaciones el Cantar de los cantares; al paso que Juan de Avila hacia resonar las ciudades y montañas de Andalucía con poderosas predicaciones; que Juan de Granada, su hermano en religion, daba á los dominicos una filosofia cristiana para dirigir su pensamiento, un sermonario para regularizar su palabra; y que fray Luis de Leon acostumbraba la poesia á cantar las aspiraciones celestes. En Polonia Estanislao de Kostka, en Italia Luis de Gonzaga, Magdalena de los Pozzi, eran modelos de perfeccion interior, de caridad y de contemplacion de las cosas eternas.

En 1569, formó un jesuita una congregacion que bajo la invocacion de Maria, asociaba á los jóvenes estudiantes; y tomó tal incremento en Nápoles, Roma, Génova y Perusa, que en 1584 existia en todas partes, y Grogorio XII la enriquecia de indulgencias. Luego se hicieron comunes á todas las condiciones de la sociedad aquellas uniones de las almas, y todos, magistrados, artesanos, nobles y comerciantes invocaban á Maria con la misma fórmula. En Roma se estableció el oratorio del Divino Amor, al cual pertenecian Contarini, Sadoleto (30), Ghiberti, Carraffa, que fueron después cardenales, como tambien Gaetano Tiene y Lippomano. En Florencia, el cardenal Alejandro de Médicis fundó la congregacion de san Francisco y de santa Lucia de la doctrina cristiana. Confió su direccion á Hipólito Galantini, que trabajaba en seda, y aun subsiste, principalmente en ventaja de los obreros que trabajaban en esta industria. Fundóse en la misma ciudad una piadosa casa de catecúmenos por sugestion de fray Alberto Leoni. En Milan un sacerdote, llamado Castellini de Castello, formó la compañia de la Reforma cristiana, que en suma era la del catecismo, y que tomó después el nombre de compañia de los *Servidores de los niños de la caridad.*

Dirigíanse á los mismos resultados que á la Reforma, pero por medios diferentes, por la institucion de órdenes nuevas ó por la regeneracion de las antiguas; y de esta manera era cómo se restablecian los principios religiosos y se rejuvenecia el monaquismo, en el momento en que se abolia en Alemania. Ya anteriormente (1435) san Francisco de Paula habia instituido los mínimos, que se llamaron en España padres de la Victoria, porque Fernando é Isabel atribuyeron á su intercesion sus triunfos contra los moros, y en Francia, los hombres buenos, porque su fundador se designó con este nombre en la corte de Luis XI. Juan de Guadalupe habia introducido en España los carmelitas descalzos, llamados reformados en Italia y recoletos en Francia. Pedro de Alcántara reformó tambien la regla de san Francisco. Aquel bienaventurado se apareció á Mateo Baschi, fraile menor de Montefalcon, advirtiéndole observase con más estrechez su regla; y en aquella ocasion notó el fraile que el traje del patriarca de su órden era más tosco, su capucha de una forma diferente, y que no tenia ni escapulario ni calzado. Habiéndose, pues, vestido del mismo modo, se presentó á Clemente VII (1525), quien le permitió aquellos nuevos rigores; de aquí procedieron los frailes me-

---

(30) Se hizo un cargo á Sadoleto de las máximas semipelágicas, en su esposicion de la epístola de san Pablo á los romanos; fué prohibida, y se retractó humildemente á los piés de Paulo IV.

nores conventuales de vida solitaria, que usaban la barba larga y una gran capucha. Debieron haberse concretado á Italia, pero el cardenal de Lorena llevó consigo algunos á Francia, á su vuelta del concilio de Trento. Habiendo, pues, el papa levantado la prohibicion, fueron después acogidos por Catalina de Médicis, y se estendieron por todas partes con rapidez.

Así como los jesuitas estaban formados para la sociedad culta, estos últimos religiosos se acercaban más al vulgo; y á veces sus maneras hasta eran triviales y burlescas. Los que se rien de sus prácticas minuciosas olvidan que fueron los héroes de las pestes que asolaron aquel siglo. La estrecha observancia de los frailes de san Francisco, llamados después *zoccolanti* y descalzos, fué aprobada en 1532 en Italia, donde adquirió hasta veinte y cinco provincias: contó doce en España y Portugal, y diez en Francia. Vicente de Massart, de París, introdujo la órden Tercera de san Francisco, diferente de la antigua, y llamada tambien de la *estrecha observancia* ó de san Antonio. Los capuchinos y los observantes renunciaron á la facultad concedida por el concilio de Trento á todas las órdenes, hasta á las mendicantes, de poseer bienes.

Pablo Giustiniani habia reformado los camaldulenses por medio de una nueva congregacion de Monte Corona, destinando á cada fraile á celdas separadas en medio de los desiertos y montañas, con el nombre de ermitaños. Juan de la Barriere que mandaba la abadia de los fuldenses, cerca de Tolosa, restringió la regla del Císter, imponiéndoles el silencio, las abstinencias, el uso continuo de pan y agua; y los religiosos de aquella órden, á quienes se les llamó fuldenses, se estendieron como todos los demás. Leruel reformó los premostratenses, y Pedro Fourrier, modelo de los curas de Lorena, reorganizó los canónigos regulares de San Agustin.

De la órden de San Benito salieron los religiosos de San Mauro (1618) confirmados por Urbano VIII, que hacian voto de consagrarse al estudio y á la enseñanza. Después de dos años de noviciado, y de otros cinco que pasaban instruyéndose en las ciencias filosóficas y teológicas, se preparaban á las órdenes por una *recoleccion* de un año. Establecieron los pequeños seminarios ó escuelas de niños, y aumentóse su número de tal modo, que en 1718 contaban en Francia ciento ochenta y seis abadias y prioratos. Nicolás Hugo Menard dirigió sus trabajos hácia las antigüedades eclesiásticas, y fundaron la historia erudita publicando admirables ediciones, como tambien el *Arte de comprobar las fechas*.

Las religiosas capuchinas, ó Claras reformadas, se establecieron en Nápoles en 1538, por Maria Lorenza Longa, catalana, se dedicaban á graves abstinencias, llevaban una corona de espinas en la cabeza, y vivian de limosnas, pero sin pedir nada á menos que no lo hiciesen para los pobres.

Santa Teresa, 1515-1582.—Enardecida la imaginacion de santa Teresa de Jesús de Avila con la lectura de la vida de los mártires, huyó de su casa siendo aun muy jóven, con uno de sus hermanos, con intencion de morir entre los infieles. Habiéndola vuelto después á su familia, pasó entre ella su tiempo en continuas oraciones; después entró en las carmelitas (31), y las reformó (carmelitas descalzas), estrechando más la clausura, y queriendo que hasta las visitas de los mismos padres fueran tan escasas como se pudiera; en fin, procuró escitar en el alma, con ayuda de las austeridades, una disposicion que la acerca á la divinidad. Encontró que las privaciones y mortificaciones no eran suficientes para esto, pero que era necesario unir á ellas el trabajo y la ocupacion doméstica, sal del alma que impide á los pensamientos estériles y vagamundos penetrar en ella. El trabajo no debia, sin embargo, ser de gran precio ni de gran habilidad, ni tampoco hecho en momentos determinados, sino destinado únicamente á ocupar el ánimo, y producir lo que llamaba la *oracion de amor*, «en la cual el alma se olvida de sí misma para no escuchar más que la voz del divino amante, viviendo siempre como si estuviese en presencia del Señor, y sin esprimentar otro dolor que el de no gozarle bastante.» Su vida, escrita por ella misma, es una revelacion muy curiosa, de una mujer enamorada de Dios, y que embriagándose en el torrente de las eternas delicias, no sabe designar al demonio de una manera más desconsoladora que llamándole el *desgraciado que nunca amó*. Hacer suya la voluntad de Dios, padecer y no morir eran todas sus aspiraciones; escribia libros por obediencia, y por obediencia quemó los que habia escrito, porque creia poder engañarse sobre las revelaciones y visiones que tenia, pero no en obedecer á sus superiores. Sus obras ascéticas, llenas de un piadoso entusiasmo, al cual se une la fuerza de imaginacion y la pasion esclusiva, son muy superiores á aquellas en que emplea la fria dialéctica; y sus versos han hecho se la coloque entre los poetas clásicos de su nacion.

San Francisco de Sales, 1567-1622.— Francisco, de los condes de Sales, en Saboya, que después fué obispo de Annecy y de Ginebra, manifestó menos austeridad, habiéndose dedicado á predicar en el Chablais, á donde el calvinismo habia sido llevado por los berneses; operó allí conversiones admirables procediendo con el afecto y estimacion que inspiraba; así fué que restableció allí el culto católico. Su alma tranquila y serena se complacia en un trabajo continuo, al cual se dedicaba sin esfuerzo ni precipitacion. Así como san Cárlos, se habia presentado armado de cualidades penetrantes, soberanas, de una autoridad que se hacia sentir, y puede decirse de la vara de la penitencia, para convertir el espíritu interior, y forzar á los

(31) Las carmelitas tuvieron en el siglo XVII, cuatrocientos cuarenta y cuatro conventos en Italia y ochenta y ocho en España.

católicos paganizados, del mismo modo san Francisco se revistió de dulzura y seduccion, puede decirse que casi de rayos angélicos, para volver al recto sendero á los hijos rebeldes de la Iglesia (32). Fundó, en union con Juana Francisca Fremyot, viuda de Chantal, la órden de la Visitacion, destinada principalmente á recibir á las mujeres, que una constitucion delicada ó enferma escluia de las órdenes más austeras. No podian poseer nada propio, cambiando todos los años de cuarto, cama, trajes, rosarios y todo lo demás; y se les dispensó recitar el oficio y seguir las reglas muy penosas. Su fundador procuró reprimir en ellas las exaltaciones interiores, recomendándoles «ponerse en presencia de Dios sin minuciosidad afectada, no desear gozar de él más allá de lo que él quiera; porque á veces el orgullo nos tienta y nos seduce bajo formas de éxtasis; no debe pretenderse más que seguir el camino ordinario de las virtudes.»

Los libros de Francisco de Sales, sobre todo su *Filotea*, que respira un cristianismo lleno de mansedumbre, están entre el número de las mejores obras ascéticas. La lengua ha envejecido; pero conserva, á pesar de su incorreccion y la exuberancia de las imágenes, un encanto particular. Con respecto á la profundidad y lucidez del talento bajo el aspecto filosófico y cristiano, no sabemos que sea inferior á ninguno de los mejores escritores del gran siglo. Acumula las comparaciones vivas y familiares sacadas de la naturaleza, cuyos símbolos y bellezas comprende mejor que ningun otro. Resume voluntariamente todo el cristianismo en el amor de Dios, y sostiene que el hombre es naturalmente inclinado á él, y que hace bastante el que hace lo que puede. A la virtud mística asociaba una gran delicadeza de juicio humano y de relaciones prácticas: toda su vida fué una vida de accion. Ejerció, sobre todo, gran influencia sobre las mujeres por su devocion tierna y afectuosa. Lleno de condescendencia, ni siquiera niega el baile á Filotea; en la órden de la Visitacion buscó más la mortificacion de la voluntad que la de la carne; pero al mismo tiempo que estaba sin cesar rodeado de mujeres, tenia tal riguroso escrúpulo en sus relaciones con ellas, que nunca las hablaba solas.

Camus dice, en el *Espíritu de san Francisco de Sales:* «El mismo me llevaba á pasearnos en un bote por el hermoso lago que baña las murallas de Annecy, ó á los risueños jardines de aquellas encantadoras orillas; cuando iba á verme á Belley, no rehusaba nunca semejantes paseos, á los cuales yo le invitaba; sin embargo, nunca los proponia ni los hacia solo. Cuando se le hablaba de construcciones, pintura, música, cacerias, aves, plantas, jardinería, flores, no vituperaba á los que se ocupaban de ello; pero hubiera deseado que se hubiesen servido de todas estas ocupaciones como gradas místicas para elevarse á Dios, y enseñaba los medios con su propio ejemplo, sacando de todas aquellas cosas tanta elevacion de espíritu. Si se le mostraban hermosos jardines con plantas bien alineadas: *Somos*, decia, *la agricultura de Dios;* si edificios simétricamente dispuestos: *Somos las construcciones de Dios;* si alguna iglesia magnífica y bien adornada: *Somos los templos del Dios vivo; ¡ojalá estuviesen nuestras almas tan adornadas de virtudes!* si flores: *¿Cuando darán frutos nuestras flores?*; si raras y delicadas pinturas: *Nada es tan hermoso como el alma, imágen y semejanza de Dios.* Cuando le llevaban á un jardin, decia: *¡Ah! ¿Cuándo el de nuestra alma estará sembrado de flores y frutos y arreglado, limpio y bello? ¿Cuándo estará cerrado á todo lo que desagrada al jardinero celestial, cuya forma tomó para presentarse á la Magdalena?* A la vista de las fuentes esclamaba: *¿Cuán*

---

(32) La comparacion entre los dos santos me ha sido sugerida por el libro de Arnaldo sobre la *frecuente comunion*, del cual copiaré algunos trozos: «Dios concedió grandes mercedes á san Cárlos para que llevase á cabo su gran proyecto de reformar su diócesis y restablecer las penitencias, lo cual debia producirles graves contratiempos. Se dió autoridad por sus parientes y allegados en toda Italia, por sus amigos en la corte de Roma, por su ilustre nacimiento entre los caballeros; entre los eclesiásticos y los príncipes, por su dignidad de cardenal, de sobrino del papa, de legado de la Santa Sede: por sus pingües riquezas con que hacia tantas limosnas entre los pobres, por su insigne piedad entre los buenos, por sus mortificaciones y maravillosas austeridades entre los pecadores. Por eso le dió un rostro venerable, lleno de majestad, una sabiduria y una prudencia capaz de gobernar á toda la Iglesia, segun lo habia hecho durante el pontificado de su tio; una magnanimidad de gran señor y de gran santo para no temer las amenazas de los gobernantes violentos, los asesinatos de los frailes desesperados, las calumnias de los eclesiásticos rebeldes ni la frialdad del papa ni de los cardenales engañados y sorprendidos; una fuerza estraordinaria de voluntad para emprender grandes cosas; una constancia á toda prueba para llevarlas á cabo; una caridad ardiente y generosa para caminar sin temor entre la peste y los torrentes; un vigor de cuerpo incansable para visitar incesantemente su diócesis y soportar las maceraciones; una humildad de penitente público para confundir á la pública impenitencia... en una palabra, todas las cualidades necesarias á un obispo para poder reformar los desórdenes de una Iglesia y abolir el deplorable abuso de las confesiones imperfectas, de las absoluciones precipitadas, de las satisfacciones vanas y de las comuniones sacrílegas.

Porque Dios destinaba al obispo de Ginebra á la conversion de los herejes... le dió una dulzura incomparable, absolutamente necesaria para dulcificar la acritud de la herejia y vencer el espíritu tocando el corazon; un talento nada comun para destruir sus falsas opiniones; una ciencia, producto más bien de la gracia que del estudio, para hablar de los misterios de la fe; un esterior lleno de piedad y devocion en sus acciones, palabras y escritos; un rostro alegre, capaz de producir amor en los más bárbaros; una pureza opuesta á sus desprecios: en fin, una ternura amorosa y pacífica, y sentimientos verdaderamente paternales para abrazar con movimientos de piedad á aquellos que mamaron la herejia con la leche y cuyos padres fueron parricidas, para vencer poco á poco la obstinacion de su error y conseguir del cielo el fruto alguna vez lento y tardio de las semillas divinas.

do tendremos en nuestros corazones fuentes de agua viva que corran hácia la vida eterna? ¿Cuando nos aproximaremos con gusto á las fuentes del Salvador? (33).

Madama de Estonnac, viuda del marqués de Montferrand, fundó en la Guinea la congregacion de la Vírgen, que fué la primera en la cual las mujeres se dedicaron á dar la instruccion cristiana á ejemplo de los jesuitas. La piadosa viuda genovesa, María Victoria Fornari, fundó las anunciadas celestinas, separadas de todo trato con el mundo para vivir enteramente con la vida del espíritu. Madama Orleans Longueville fundó tambien en París la congregacion de la Vírgen del Calvario dirigida por el célebre padre José, capuchino, consejero de Richelieu.

Gaetano, 1480-1547.—Conocíase especialmente la necesidad de una restauracion en el clero secular. Gaetano Tiene, noble veneciano, hombre escelente y pacífico, ascético hasta el entusiasmo, que lloraba orando, y deseaba *reformar el mundo; pero sin que el mundo conociese que existia*, se unió al impetuoso Juan Pedro Carraffa, obispo de Chieti. Habiendo notado este prelado que no habia hecho más que aumentar sus inquietudes abandonándose á las inspiraciones de su corazon, buscó la paz en el seno de Dios. Después de haberse entendido como el ángel con el águila, establecieron su morada en el monte Pincio, en el dia tan risueño y populoso, entonces desierto, é instituyeron los clérigos regulares de la congregacion de Letran, llamados comunmente teatinos, del obispado de Carraffa, que fué después Paulo IV. Esta órden se compuso de sacerdotes sujetos á los votos monásticos, pero libres de las estrechas reglas, con objeto de poderse dedicar libremente á la predicacion, á la administracion de los sacramentos y al cuidado de los enfermos. Profesaron la pobreza sin, no obstante, mendigar, aguardando la limosna de la mano que cuida el lirio de los campos. Se impusieron la tarea de devolver al culto su antiguo lustre, recomendar el frecuente uso de los sacramentos, visitar á los enfermos, á los prisioneros y condenados, y convertir á los herejes. San Andrés Avelino les dió pronto mayor brillo.

Asolada la ciudad de Milan por las guerras de que era pretexto y víctima, vió fundar con la cooperacion de María Zacarias de Cremona, de Bartolomé Ferrari y de Jacobo Antonio Morigia, patricios milaneses, los clérigos regulares de san Pablo, ó barnabitas. Se les destinó á dedicarse á los trabajos de las misiones, á dirigir los seminarios y á ayudar á los obispos. Hacian voto de no solicitar ningun empleo en su congregacion, y no aceptarlo fuera sin una dispensa del pontífice.

Podríamos añadir tambien las congregaciones del Buen Jesús, de la Madre de Dios, de la Buena Muerte, de las Escuelas piadosas y otras más, bajo diferentes nombres.

San Felipe Neri, 1515-95.—Felipe de Neri, florentino, que unia á la erudicion la humildad que le acompaña rara vez, hasta el punto de buscar el desden del vulgo con tanto cuidado como otros buscan su admiracion, se asoció al cardenal Baronio y á otros personajes de gran mérito, con los cuales estableció la órden de los sacerdotes del Oratorio. Estos sacerdotes tuvieron un hospicio para los que iban en peregrinacion al sepulcro de los apóstoles, y cuando el jubileo de 1600, dieron hospitalidad en tres dias á cuatrocientos cuatro mil quinientos peregrinos, sin contar veinte y cinco mil mujeres (34). Podian cuando querian volver al mundo, sin tener más reglas que los cánones, más votos que el bautismo y el sacerdocio, ni otros vínculos que los de la caridad. Felipe de Neri fué compañero de los mayores santos, como Borromeo, Francisco de Sales y Félix de Cantalucio, amigo de los hombres más estudiosos, tales como Taguri, ilustre predicador y confesor, después cardenal; de Silvio Antonio, literato y poeta,

(33) Véase lo que dice de san Francisco de Sales, el padre Luis de la Ribier, mínimo, que ha escrito su vida: «Todos los domingos, y en la época de la cuaresma, los sábados después de comer, enseñaba el catecismo á los niños; para lo cual una hora antes un heraldo daba vuelta á la ciudad, vestido con una casaca violada, tocando una campanil a y gritando: *¡A la doctrina cristiana! os enseñarán el camino del Paraiso.* He tenido el honor de participar de aquella bendita doctrina, y nunca he visto espectáculo semejante: aquel amable y verdaderamente buen padre estaba sentado en un trono, elevado unas cinco gradas; todo el ejército infantil le rodeaba, con gran número de los más calificados, los que no se desdeñaban de ir allí á recibir el pasto espiritual. Era una cosa sin igual, oir con cuánta familiaridad esponia los rudimentos de nuestra fe; sobre cada punto se le ocurrian ricas comparaciones para espresarse; miraba á su pequeña sociedad, y ésta le miraba á él; se hacia niño con ellos para formar al hombre interior y perfecto, segun Jesucristo.» Y en otra parte: «Especialmente parecia estar en su elemento, cuando se encontraba con los niños; ellos formaban sus delicias y placeres; los acariciaba y agasajaba con una sonrisa y unos modales muy graciosos. Igualmente depositaban toda su confianza en él; rara vez salia de su casa sin verse de repente rodeado de aquella multitud de ovejas que le reconocia por su amable pastor, é iban á pedirle su bendicion. Algunas veces sus servidores amenazaban á los niños, y les hacian señas de retirarse temiendo que le importunasen; pero cuando él lo advertia, los reprendia con dulzura y les decia: *Dejadlos, dejadlos acercarse;* después agasajándolos y acariciándolos con la mano: *Esta es mi pequeña familia*, decia: *mi pequeña familia es esta.* Algunos atribuian casi á milagro el que los niños, que aun mamaban é iban en los brazos de las madres, apenas le descubrian en las calles, cuando saltaban y manifestaban deseos de acercarse á él; llorando si no los acercaban al santo varon, quien los festejaba y bendecia, y entonces quedaban contentos y satisfechos.»

(34) Se calcula que aquel jubileo hizo afluir á Roma tres millones de devotos. Los príncipes y cardenales se encontraban en los hospicios, sin que se les atendiese más que al vulgo. Verificáronse entonces muchas conversiones.

que escribia los breves pontificios; del gran médico Miguel Meriati y de Baronio, á quien incitó á su gran trabajo de los *Anales;* permanecia entre los haraposos mendigos, bajo los pórticos de San Pedro, ó cerca de las tiendas de los cambiantes, en los tribunales ó en los palacios, insinuando con su inalterable dulzura ó con las ocurrencias naturales á su nacion la calidad, la justicia, y á veces ayudando á la virtud que vacilaba. Se manifestaba tan indulgente en las cosas accesorias como firme en los puntos esenciales; dirigia las conciencias en el confesonario con una perspicacia admirable, al mismo tiempo que en el oratorio admitia á la juventud á devociones sin rigor y á estudios liberales. Todavia van á sentarse con un placer mezclado de respeto á un ribazo delicioso en Transtevere, desde donde se domina toda Roma, y que él habia dispuesto en forma de anfiteatro, Allí es donde á la sombra de los hermosos árboles hacia representar á los jóvenes pequeñas comedias dedicadas á inspirarles piedad, verdadera y nueva bendicion del arte y del teatro.

Volvióse á ver entonces en el púlpito á sacerdotes con sobrepelliz y bonete, cuando antes no se veian más que frailes. Juan Romillon fundó la órden de la doctrina cristiana, que reorganizó la instruccion elemental, reconociendo Bourdoisse la necesidad de restablecer la disciplina y la regularidad entre los eclesiásticos, hizo vivir en comun á los curas de las parroquias en la comunidad de los sacerdotes de San Nicolás de Chardonnet; Pedro de Berulle, eclesiástico de alta categoria, organizó, á ejemplo de Felipe de Neri, los sacerdotes del Oratorio ligados con simples promesas, congregacion en la que *entra el que puede, y sale quien quiere,* destinada á formar buenos sacerdotes. Pronto tuvieron seminarios y las demás escuelas, proporcionando escelentes predicadores. No se puede decir cuántas obras de teologia, elocuencia, amena literatura, crítica é historia produjeron en pocos años.

Entonces fué tambien cuando Juan Jacobo Oliviero, hombre de escelentes intenciones, pero que no tenia bastante esperiencia práctica, fundó en París el seminario de San Sulpicio (1641), cerca del arrabal de san German, al que se llamaba la pequeña Ginebra por los muchos protestantes que habitaban en él. De aquel seminario, modelo en Francia de todos los demás, salieron obispos, sacerdotes de gran celo y saber, y aquella congregacion hizo tales servicios que fué la primera que se restableció después de la Revolucion. Debiósele tambien una especie de asociacion contra los duelos. Después hubo los solitarios de Puertoreal, que, si se excedieron, ofrecieron sin embargo grandes ejemplos de piedad y mansedumbre asociados á una profunda ciencia y á una educacion muy cuidada.

No se conoció en aquella órden ni en las demás, ya nuevas, ya reformadas, las escesivas austeridades, las eternas salmodias, las repetidas posttraciones impuestas en siglos atrasados, á los sentidos que tenian necesidad de sacudimientos violentos; pues en la rica variedad de órdenes que acababan de introducirse se habia procurado más bien el recogimiento del alma, la mortificacion del corazon, la educacion de la inteligencia y los medios de conseguir dominar la materia por el vigor del espíritu.

La miseria del pueblo se habia aumentado considerablemente durante las guerras de aquel siglo, y la clausura de tantos conventos privó á una infinidad de personas del pan del cuerpo y del alimento espiritual. Para no citar más que un ejemplo, cuando Enrique VIII los abolió en Inglaterra, la multitud de individuos que vivian de las limosnas de los monasterios quedaron sin recursos, de lo que resultó un diluvio de mendigos; entonces dispuso Eduardo VI que todos aquellos vagabundos fuesen esclavos (*slaves*), y se les hiciese trabajar á palos, mal alimentados y con un collar de hierro. Esta ley se reprodujo, pero sin disminuir la miseria, de tal manera, que Isabel se vió obligada á establecer la *contribucion de los pobres,* es decir, hacer obligatoria y legal aquella caridad que no solo tiene su mérito, sino su eficacia en su espontánea naturaleza, y que puede engañarse pero no ser falsificada.

Los católicos emplearon otros remedios. Después de haber defendido Gerónimo Miani, caballero veneciano la fortaleza de Castelnovo contra los alemanes durante la liga de Cambray, y haber sido hecho prisionero, meditó sobre sí mismo como Ignacio durante su enfermedad; porque la cama y la prision son pruebas terribles que proporcionan provechosas ocasiones de reflexionar sobre lo pasado y hacer propósitos para el porvenir. Libertado milagrosamente, se dedicó á recoger á los huérfanos que habian quedado de aquellas guerras y aquellas hambres; recorrió las islas venecianas buscando aquellos desgraciados y reanimando su caridad, de tal manera que no tardaron en formarse hospitales en todas partes para dar asilo é instruccion á los niños abandonados, y volver al camino del bien á las jóvenes estraviadas. Después en union de los amigos animados del mismo pensamiento, instituyó en Somasca (1531) otros clérigos regulares destinados á enseñar las letras, las artes mecánicas y formar en la virtud. En la misma época, Juan de Dios, soldado portugués, tenido por loco por las personas que no le comprendian, abria en Granada (1540), para socorro de los enfermos, una pequeña casa que pronto llegó á ser nn gran hospital. Sus discípulos fundaron otras, sirviéndolas ellos mismos y formando una comunidad llamada *De hacer el bien, hermanos,* de la exhortacion que les dirigia como única regla. La congregacion de la doctrina cristiana, instituida por César de Bussi (1592), oriundo de Milan, nacido en Francia, y destinado á catequizar á los pobres, permaneció por algun tiempo reunido á los somascos, de los que se separó después.

Habiéndose nombrado una junta en España para reformar á los agustinos, el caballero José de Calasanz fué nombrado secretario de ella. Distraido de la solitaria oracion para ayudar á los obispos en sus trabajos, fué como misionero á los Pirineos, llenos de malhechores, en medio de un clero avaro é ignorante. Creó pósitos (*monti frumentari*) y montes de piedad, fundó dotes para las doncellas, después fué á Roma, no á solicitar ser prelado ó cárdenal, sino á visitar los hospitales y las prisiones; recogió á los niños de los pobres y los llevó á la escuela (1548), lo que produjo la formacion de una congregacion que añadió á sus votos el de dar gratuitamente instruccion á los niños. Fué elevado por Gregorio XV (1621) á la categoria de orden regular, bajo el nombre de Pobres de la Madre de Dios de las escuelas pias.

Sor Angela de Brescia, que nació en Desenzano, habiendo entrado en la orden tercera de San Francisco, anunció á la edad de veinte y seis años (1537), que Dios le habia mandado formar una nueva sociedad. Habiendo, pues, encontrado á setenta y tres compañeras de las primeras familias de Brescia, las puso bajo la proteccion de Santa Ursula. Debian permanecer en el seno de su familia, dedicarse á buscar á los desgraciados para socorrerlos, visitar los hospitales y enfermos, y por cuarto voto se comprometian á instruir á las niñas. Las fundadoras comprendieron que hacian una revolucion y decian: «Es necesario innovar el mundo corrompido, por medio de la juventud: las niñas reformarán á sus familias, las familias á las provincias, las provincias al mundo:» por lo demás no tenian austeras reglas ni contemplaciones; tomaban por modelo á santa Maria la solícita; y la señorita Sainte Beuve, que las introdujo en Paris en 1594, era amante de la vida, le agradaba la alegria y no lo disimulaba. Tenia tanto olor de santidad aquella admirable institucion de caridad y beneficencia que San Cárlos acogió más de cuatrocientas hermanas en su diócesis: Francia tenia en 1668 trescientas doce casas de su orden, y luego se difundió no sólo en Europa sino tambien al otro lado del Atlántico, causando admiracion con su milagrosa caridad á los salvajes del Canadá, donde predicaban el Evangelio lo mismo que en la capital de Francia y de Inglaterra.

Luisa de Marillac fundó las hermanas de la Caridad, piadosas señoras, que solian ir en número de treinta ó cuarenta á los campos de batalla, á las ciudades sitiadas, y hasta á los paises extranjeros para socorrer á los enfermos, como sucedió en la peste de Varsovia de 1652 (35).

San Vicente de Paul, 1576-1660.—La caridad encontró tambien un magnánimo campeon en san Vicente de Paul, nacido en Francia, de una familia de la clase media. Vino al mundo en una época en que las guerras de religion habian asolado su hermoso pais, y emprendió cuando los reyes multiplicaban los males con sus soldados, disminuir su número con ayuda de Jesucristo. Ardiente en solicitar la generosidad de los ricos, proporcionaba á los campesinos dinero, utensilios y provisiones para que volviesen á emprender sus trabajos y recobrar su valor. Rocogió cual padre tierno á aquella multitud de niños abandonados por la miseria ó por el vicio, y los confió á los cuidados de las *hermanas de la Caridad*. Hizo olvidar á aquellas piadosas mujeres las comodidades de la vida para asistir á los enfermos, y ser madres, segun Jesus, de los niños abandonados por las suyas (36). Después se introdujo en los presidios y galeras para socorrer á aquellos seres gangrenados, que la sociedad rechaza, y cambiar la sentina del mal en una escuela de mejoras. Informado del deplorable estado á que había reducido á la Lorena la guerra, emprendió remediarlo, y reduciendo la congregacion á lo más estrictamente necesario, mando á aquel pais tantas limosnas como pudo recoger. Era tal la miseria, que jóvenes de buenas familias se veian reducidas á prolongar su existencia vendiendo su honor. Las religiosas violaban la clausura para pedir pan; los curas morian de inanicion con sus feligreses ó se uncian al arado por falta de bueyes; aun más, las madres no abandonaban á sus hijos; los comian. Los lobos andaban errantes en medio del dia por las campiñas desiertas, devorando á los hombres que se alimentaban con perros y caballos. No sólo sucedia esto en los campos, sino en las mejores ciudades, en Metz, en Toul, en Verdun;, todas las mañanas se recogian en las calles diez ó doce personas muertas de hambre.

Incansable Vicente en su caridad, inagotable en sus recursos, consiguió mandar á aquella provincia 600,000 libras, él que no tenia ni aun un sueldo que fuera suyo: sirvióse para el efecto de los misioneros, que debian abrirse paso á través de los asesinos y croatas, y una vez llegados, recoger á los niños, cuidar á los enfermos y buscar nodrizas. Durante aquella época, iba á llamar en París á las puertas de los más elevados personajes, enterneciendo á los más duros, y determinando á la reina hasta á dar sus tapices. Después cuando la continuacion de la guerra hizo emigrar á todos los habitantes de París, les dió asilo y los alimentó;

(35) «Tal vez no hay nada más grande en la tierra que el sacrificio que hace un sexo delicado, de la belleza y de la juventud, á veces del elevado nacimiento, para consolar en los hospitales á aquel conjunto de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante al orgullo humano, y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunion romana, solo imperfectamente han imitado una caridad tan generosa.» VOLTAIRE, *Ensayos sobre las costumbres*.

(36) Napoleon dice, hablando de las hermanas de San Vicente de Paula: *Estas sí que son instituciones útiles; habladme de semejantes sacrificios y no de vuestros filántropos, que charlan y no hacen nada.*

colocaba á las mujeres cerca de las señoras, proporcionaba á los hombres instrumentos aratorios y medios para devolver á la tierra su fertilidad; reclamaba para personas distinguidas socorros de las familias nobles, cuya caridad se escitaba al ver que él mismo no titubeaba en poner su congregacion en el caso de no saber que comer el dia siguiente. Estendian los reyes los males de la guerra por el Artois, la Picardia, la Champagne, que se vieron reducidas á la desesperacion y al hambre, y él estendia la caridad hasta aquellas comarcas. Después, cuando se dió treguas á tantas desolaciones, redobló su celo para asistir á los desgraciados, para volver al buen camino á las almas que la desesperacion habia arrastrado á la impiedad, y habiéndose presentado á Richelieu: *Monseñor*, le dijo, *dad la paz á la Francia y á sus asoladas provincias; tened piedad de tantos desgraciados conciudadanos.*

Habia fundado en París en 1625 la congregacion de la Mision, compuesta de sacerdotes seculares que hacian voto de constancia, é iban por todas partes durante ocho meses del año, predicando, confesando é instruyendo á los niños, restableciendo la paz, distribuyendo la justicia, consolando á los pobres y á los enfermos, y terminaban sus trabajos con una comunion general. Nunca debian ponerse á comer, sino entre dos mendigos, y decian: *Somos los sacerdotes de los pobres*; *Dios nos ha elegido para su consuelo; este es nuestro esencial deber, lo demás no es más que accesorio.* Pronto tuvieron establecidas veinte y cinco misiones, que poco después se aumentaron hasta el número de ochenta y cuatro. No quedaron limitados a Francia, sino que se estendieron por la Córcega, á la que destrozaban las desenfrenadas animosidades; por Italia, donde el Piamonte, el pais de Génova y la Romaña ofrecian ancho campo á su celo. Los pastores que conducian sus rebaños á la campiña de Roma y á los valles del Apenino, permanecian meses enteros sin disfrutar de los sacramentos y sin oir la predicacion, ignorando hasta las verdades fundamentales de la fe. Los misioneros los reunian por la tarde para instruirlos, unas veces en los establos, otras á campo raso, y los dias de fiesta los llevaban á algun tabernáculo para regenerarlos con los ritos sagrados. El mismo Vicente recorrió el mundo para buscar la ignorancia é instruirla, corregir el vicio, sostener la virtud y sustentar la pobreza. Sufrió el martirio del desprecio y de la calumnia, y se vengó aconsejando á la reina no sitiase por hambre á París como queria hacerlo para castigar á sus habitantes.

Fué poderosamente ayudado por el padre Bernardo, conocido con el nombre del *Pobre sacerdote*, en los hospitales, en las prisiones y en los presidios. Aquel hombre piadoso introdujo las asociaciones de caridad en las parroquias de París, contribuyó á la institucion de las hermanas de la Caridad, y á la del Refugio para las pecadoras.

Si reflexionamos que tantos héroes, bela de la sabiduria y bendecidos por el dolor, obran separadamente unos de otros, aunque conformes en el objeto y en los medios, no podríamos dudar hasta qué punto fué oportuna su mision y reclamada por la época. Es verdad que el mal no habrá sido destruido en su raiz, que la falsa filosofía no estaba escluida de las escuelas, que la organizacion de las universidades y corporaciones religiósas, á las cuales se hallaba confiada la elevada instruccion, no habia cambiado; es verdad tambien, que las nuevas órdenes ó se enfriaron ó degeneraron; pero la caridad remediaba estos abusos é impedia á la corrupcion alcanzar su último límite. Ahora bien, el triunfo de los católicos nos parece incontestable, cuando pueden oponer su reforma de buenas obras y caridad á aquella otra religion que dudaba, que negaba y destruia; tenemos el firme convencimiento, porque descansa en infalibles promesas, que siempre quedará un católico para orar sobre el sepulcro del último disidente.

CAPÍTULO XXI

REFORMADORES ITALIANOS.—ANTITRINITARIOS.

El génio de la reforma se habia manifestado en Italia antes de estallar en otras partes; y si conformándose á las circunstancias y al carácter nacional, fué democrático en Suiza, calistino entre los husitas, los valdenses y los wiclefitas, aristocrático en Dinamarca, regio en Alemania, manifestóse en Italia literato y racionalista. Jordano Bruno, Gerónimo Cardan y otros se habian atrevido á tocar las cosas sagradas con el audaz escalpelo del raciocinio; y las dos escuelas de los platónicos y de los aristotélicos si no hostilizaban á la religion, prescidian de ella, y sostenian en nombre de la filosofia ya la mortalidad del alma, ya la inspiracion individual; no eran seguramante herejes, sino paganos, como si no hubiese sonado aun la palabras evangélica.

Pomponazzi, 1462-1526.—Pedro Pomponazzi, de Mántua, admirador de Aristóteles, que se hallaba atormentado con los dolores de Prometeo en la incertumbre de la verdad, observando que la investigacion de ésta hace que el vulgo se burle de los sabios, y que los inquisidores los persigan, considera necesaria la duda (1); y se figura que ni los dogmas ni la disciplina de la Iglesia le deben impedir el disputar; tanto más cuanto que no trata de la metafísica, sino de la moral. Así pues, lanzó los argumentos más deslumbradores para demostrar que el alma es mortal; ó por mejor decir, que con la razon no puede llegarse á demostrar su inmortalidad, el libre albedrío ni la Providencia; por lo demás se confiesa sumiso á la tradicion religiosa, y tiene fe en ella. En el tratado *De incantationibus* quiere que nos atengamos á la naturaleza, siempre que los razonamientos sean suficientes para explicar los fenómenos por muy extraordinarios que sean, y él mismo lo hace con muchos sucesos prodigiosos y con muchos milagros, excepto los del Evangelio, sirviéndose de las teurgias á que recurrian los aristotélicos por medio del raciocinio y los platónicos de la contemplacion. Segun él todo está eslabonado en la naturaleza y los acontecimientos del cielo con los de la tierra; por lo cual las revoluciones de los imperios y de las religiones dependen de las de los astros. Los taumaturgos son fisicos consumados que preven los portentos naturales y las ocultas relaciones del cielo con la tierra, y se aprovechan de los momentos en que están suspensas las leyes ordinarias para fundar nuevas creencias; cuando la influencia cesa, cesan los prodigios, caen las religiones y sólo quedaria la incredulidad si nuevas constelaciones no produjesen nuevos prodigios y taumaturgos.

Su tratado *De la inmortalidad del alma* fué refutado por muchos escritores, y quemado públicamente en Venecia, y sin embargo fué defendido por el cardenal Bembo en la corte del papa Leon. A la verdad, Pomponazzi era el filósofo más influyente de su siglo (2); y cuando un profesor principiaba sus acostumbradas explicaciones, le interrumpian los jóvenes gritando: *Habladnos de las almas*, para conocer al momento su opinion en las cuestiones fnndamentales. Muchos escritores de aquel tiempo prueban que aquellos pensamientos no eran un hecho aislado; entre ellos, Simon Porta, Lázaro

(1) *De fato*, III, 7.

(2) MATTER, *(Hist. des découvertes morales et politiques des trois derniers siecles)* levantó hasta el cielo á Pomponazzi por haber establecido la ley de la perfectibilidad humana, el progreso de las instituciones y la doctrina de independencia de los tiempos modernos. Son sofismas dignos del que llama *bárbara* á la Italia de la época de Leon X.

Bonamico, Julio César Escaligero, Jaime Zabarella y César Cremonino, el cual destruia de un modo terminante y antifilosófico la transaccion de Pomponazzi entre la fe católica y la ciencia filosófica, diciendo: *Intus ut libet, foris ut moris est*, y que aun desde el sepulcro trató de protestar contra la inmortalidad, haciéndose él mismo este epitafio: *Hic jacet Cremoninus totus.* Dejando aparte á los demás, citaremos á Maquivelo, que fué el más famoso, y que no creia en Cristo, aunque sí en la astrologia.

Una vez empeñada la lucha religiosa, la reputacion de los literatos italianos hizo que los innovadores extranjeros aspiraran á su sufragio y trataran de estender sus escritos por el pais que habitaban, al mismo tiempo que la vivacidad de los espíritus italianos hacia que estuviesen anhelantes de conocer las nuevas predicaciones (3). Francisco Calvi de Menaggio (Minicio), librero de Pavia, envió á pedir á Froben de Basilea las obras de Lutero, y las estendió por Lombardia. Hízose en Venecia una reimpresion anónima de su *Pater*, y tambien de los *Lugares comunes* de Melanchton, cuyo nombre se desfiguró en Hippofilo de Terranegra, después del *Catecismo* de Calvino y del *Comentario* de Martin Bucer sobre los salmos, bajo el nombre de Arezio Felino. Del mismo modo circulaban sin inconveniente las obras de Zwingle, con el nombre de Corizio Cogelio, y otras de otros heresiarcas. Las nuevas opiniones se habian difundido tanto entre los militares como entre los estudiantes alemanes, que iban á Italia á concluir su educacion, y entre los italianos que pasaban á las universidades de Alemania; Bembo y Sadoleto tenian amistosa correspondencia con Melanchton, que era tenido por un gran erudito.

Encontraban asentimiento los innovadores entre aquellos que en tan gran número reprobaban los abusos de la corte de Roma. Después, la corte de Ferrara, á la que Renata de Francia, hija de Luis XII y mujer de Hércules de Este, habia llevado aquellas opiniones de su patria, se convirtió en un verdadero foco. Calvino y Marot permanecieron allí por algun tiempo; los disidentes fueron acogidos, y aquella pequeña iglesia subsistió hasta 1550. Pero la Inquisicion empezó á levantar la cabeza y muchos ferrareses, además de los condenados, tuvieron que salir de su patria (4); Francisco Stancaro de Mántua fué á predicar á Polonia; Mateo Gentile y dos hijos suyos profesaron en Obford y Altorf; á los que hay que añadir Guillermo Gratarola, médico de Bérgamo, y otros muchos del reino de Nápoles (5).

La libertad de desaprobar los actos de la Santa Sede disminuia los rencores, que se hubieran exasperado si hubiesen estado comprimidos. Los italianos, hombres de imaginacion, mal podian recibir un culto que rechazaba las exterioridades, y aquellas artes que formaban parte de las de su patria. Veian que el papado daba importancia á la Italia, que le llevaba dinero, personas, negocios; que todos los príncipes y casas ilustres tenian parientes en las prelaturas y en el sacro colegio; que éstos disfrutaban pingües beneficios y ejercian influencia, y que aun los literatos encontraban Mecenas y protectores en los papas y cardenales. El interés que era lo que impulsaba á casi todas las naciones, era precisamente lo que detenia á los italianos, sobre los cuales vigilaban además la autoridad eclesiásttca. Estos son, en nuestro concepto, los motivos humanos por los cuales se redujo á un corto número el amor á novedad, y no participaron de él la plebe ni los príncipes. Sin embargo, se equivocaria el que creyese que no tuvo extension ni eficacia.

El cardenal Sadoleto se lamentaba de que el papa no hubiese advertido la defeccion de los ánimos, ni que se hallaban dispuestos á sublevarse contra la autoridad eclesiástica (6); el cardenal Caraffa declaraba á Paulo III que la herejia luterana habia infestado la Italia y seducido no sólo á personas de alta clase clase, sino hasta muchos sacerdotes (7); y las jactanciosas esperanzas de algunos apóstatas dicen más aun. En 1536 escribia Paulo III al obispo de Módena que se habia descubierto en Milan una reunion de personas elevadas de ambos sexos, que profesaban los errores de Bautista de Crema (8). Celio Curione de Turin, arrastrado por libras de Lutero, marchó á Alemania con Juan Cornelio y Francisco Guarino, que después llegaron á ser ministros protestantes, luego

---

(3) Puede consultarse sobre la reforma de Italia. Tiraboschi, t. X, pág. 56c.

Tomás Mac Crie. *Historia de los progresos y estincion de la reforma en Italia en el siglo* XVI, *con un compendio de la historia de la reforma entre los grisones* (inglés), 1830.

Cantú, *Storia della citta'e diocesi di Como* (lib. VIII), *y Revoluzione della Valtellina nel secolo* XVI.

(4) Olimpia Morata, que habia tenido que huir de allí, escribia desde Heidelberg: *Ferrariæ crudeliter, in Christianos animadverti intellexi, nec summis nec infimis parci, alios vinciri, alios peili, alios fuga sibi consulere.* Favorecieron tambien la Reforma algunas otras mujeres, como Manrica de Bresegna, natural de Nápoles, Lavinia Orsina de la Rovere, y Magdalena y Querubina, de la misma casa; Elena Rangone Bentivoglio y Julia Gonzaga, condesa de Fondi, á quien Valdés dedicó los comentarios de los salmos.

(5) Acerca de los protestantes de Nápoles puede verse á Giannone, VIII, 120.

(6) Raynald, ad 1559. A Renata la llama Brucioli en su dedicatoria de la Biblia *alma santíssima;* José Betussi en la adicion á las *Mujeres ilustres* de Bocaccio la alaba mucho por su religion, lo mismo que Juan Francisco Virginio de Brescia, al dedicarle sus *Cartas*, llenas de frases protestantes (dice Fontanini), y la Paráfrasis de las epístolas de san Pablo.

(7) Spondani, *ad ann.* 1543.

(8) Raynald, *ad ann.* 1539.

manifestó ideas luteranas en Milan y en el Piamonte, pero no fué obstáculo para que se le nombrase profesor de Pavia (9).

Fray Bernardino Ochino de Siena se habia formado la reputacion de escelente predicador; Cárlos Quinto decia de él: *Haria llorar las piedras*; y Bembo: «Hace enloquecer todas las cabezas; hombres y mujeres se vuelven locos; ¡qué elocuencia! ¡qué autoridad!» Los libros de Lutero le enseñaron á buscar en las Sagradas Escrituras lo que convenia á sus pasiones; pero no habiéndole hecho cardenal el papa, comenzó á declamar contra él, después de lo cual le entró miedo y huyó á Ginebra. Pero no pudiendo resignarse á creer en Calvino, el que se habia negado á creer en la Iglesia universal, le fué preciso huir, maldecido y perseguido. En fin, de error en error, se vió reducido á sostener la poligamia.

En Bolonia, que era centro de los estudios y de la juventud, propagó tales novedades Juan Mollio de Montalcino, del Orden de Menores (1533); y aparece de la correspondencia de los señores extranjeros que muchos las aceptaron, y que un caballero estaba dispuesto á levantar seis mil soldados si se hacia la guerra al papa (10). Nació en Florencia el excelente predicador Pedro Mártir Vermiglio, que habiendo conocido los libros de Zwingle, se dedicó á difundir sus dogmas en union de dicho Mollio, estableció una iglesia en Nápoles, otra en Luca y otra en Pisa (11); hasta que hallándose poco seguro, huyó á Estrasburgo, donde fué profesor. Tambien huyó de Florencia (1550) Miguel Angel, fraile predicador, que abogó por la Reforma en los grisones é imprimió una *Apología, en que se trata de la verdadera y falsa Iglesia, del sér y cualidades de la misa, de la verdadera presencia de Cristo en el sacramento de la Comunion, del papado y primado de San Pedro, de los Concilios y de su autoridad*, etc.

En Módena, que se halla tan próxima á Ferrara, se habia formado una academia contaminada con los errores luteranos, á cargo del médico Grillenzone; y en 1540 llegó á aquella ciudad Paulo Ricci, que se hacia llamar Lisias Fileno y era hombre erudito y decidido por los dogmas reprobados; inspirando tal osadía, que por todas partes se hablaba públicamente de él. Habiendo sido preso y conducido á Ferrara, se retractó; pero la semilla creció y se veia especialmente en la burla que se hacia de los predicadores, de tal suerte, que ya no se hallaba quien quisiera ir á predicar. Roma acudió á remediarlo y envió un formulario de fe para que los sospechosos le suscribiesen, como lo hicieron algunos, entre otros el obispo Egidio Foscarari, el célebre cardenal Morone y Luis Castelvetro.

Este excelente ingenio habia traducido los *Lugares comunes* de Melanchton, que fueron impresos en Venecia y quemados después por el verdugo. Luego emprendió el miserable litigio de que hemos hablado, con Anibal Caro, y fué acusado de herejia; por lo cual culpado ó no, huyó á Chiavenna donde encontró una honrosa hospitalidad y sepultura (12).

En la misma ciudad de Chiavenna permaneció mucho tiempo Gerónimo Zanchi, canónigo regular de Alzano, en el territorio de Bérgamo; hizo imprimir en Ginebra seis tomos de obras teológicas, que le dieron gran crédito: decíase tambien que él solo bastaba para combatir á todos los padres del concilio de Trento. Agustin Mainardi, que escribió la *Anatomia de la misa* y *Satisfaccion de Cristo*, vivió y murió tambien dentro de aquellos muros. El jurisconsulto Jacobo Acconcio, de Trento, huyó con el romano Francisco Belti á Zurich y luego á Estrasburgo, y recibió repetidas señales de estimacion de Isabel de Inglaterra, á la cual dedicó sus célebres *Estratagemas de Satanás en la religion* (Basilea, 1565), obra traducida á varias lenguas, en la que se esfuerza á reducir á pequeñísimo número los dogmas esenciales del cristianismo, con objeto de producir una tolerancia mútua entre las diferentes sectas.

Ya hemos mencionado á Pedro Pablo Vergerio, nuncio del papa en Alemania, que se habia lisonjeado de convertir á Lutero. De vuelta á Roma y mal recompensado, tal vez ya por sospecha, fué nombrado obispo de Capo d' Istria, su patria, en donde se dedicó á corregir los abusos eclesiásticos; lo cual pareció una impiedad á sus rivales. Su conducta fué muy denigrada por Muzio y por della Casa. Habiéndose presentado al concilio de Trento, y no habiendo obtenido audiencia, huyó á la Valtelina, donde el despecho ó la necesidad le trasformaron en un innovador furioso (1555): escribió con violencia contra los prelados, contra el concilio, y propagó muy eficazmente la Reforma. Tambien hubo otro Vergerio, Juan Bautista, obispo de Pola que apostató.

Panizzi ha reimpreso, en la edición inglesa del *Rolando enamorado*, un opúsculo de Vergerio (Basilea, 1554), en el que afirma que Berni se ha servido de aquel poema, como de un velo, para dar curso á las nuevas doctrinas, que sin embargo se eliminaron con la muerte del autor: cita en su apo-

(9) STUPANI, *Oratio de Cælii Secundi Curionis vita.*

(10) SECKENDORF, *Historia luteranismi*, tom. III, páginas 68, 69, 579.

(11) SIMLERI, *Oratio de vita P. M. Vermilii.*

(12) La piedra de su sepulcro que aun se conserva, dice: *Dum patriam ob improborum hominum sævitiam fugit, post decennalem peregrinationem tandem hic, in libero solo liber moriens, libere quiescit.* En 1823 se encontraron emparedados en una casa del ducado de Módena que habia pertenecido á los Castelvetro, unos sesenta libros de Reformados, de las primeras ediciones, los cuales fueron adquiridos para la Biblioteca de la casa de Este. Los manuscritos que los acompañaban se dejaron perder.

yo diez y ocho estancias que forman el prólogo del vigésimo canto, y todas están en sentido protestante; dedujo de esto el editor qne las doctrinas luteranas eran entonces tan comunes en Italia en la clase ilustrada, como las opiniones liberales lo son en el dia. Esta es una prueba incierta, pero que no es nueva; porque otros escritores habian ya querido contar entre los reformados á Trissino, á Alamanni y á Manzolli (*Zodiacus vitæ*), cuyos escritos hormiguean de invectivas contra el clero, y tambien á Victoria Colonna y otros. Sin razon se confunde á los que reprueban los abusos, con los que proclaman solemnemente la protesta fundamental de la razon individual como único intérprete del código sagrado. Pallavicino habló de Marco Antonio Flaminio como seducido realmente por aquellas doctrinas, aunque en sus últimos años, la conversion del cardenal Polo le hizo volver en sí, escribir y morir católicamente.

De los muchos á quienes se acusaba de herejía algunos hablaban mal de la corte de Roma sin querer por esto destruirla; otros pedian una reforma del clero; otros la depuracion del culto; otros emitian de palabra ó por escrito errores de que si era culpable el entendimiento, no lo era la voluntad. Los que con intencion iban en pos de las novedades se inclinaban más á Zwingle que á Lutero, porque aquél habia escrito en latin y era mas lógico; pero en breve se presentó la cuestion de la presencia real, y Lutero á quien preguntaron los innovadores de Venecia sobre el asunto, contestó con injurias contra Zwingle y Ecolampade, llamándoles doctores contagiosos y falsos profetas.

Venecia se sostuvo siempre contra los pontífices (13) profesando que sus ciudadanos «eran venecianos antes que cristianos.» La recelosa política de aquella aristocracia llegaba hasta temer que los sacerdotes no adquiriesen con la práctica de la virtud demasiada influencia sobre el pueblo (14). La misma libertad de comercio que hacia que acogiesen bien, tanto á los armenios como á los turcos y judíos, favorecia la indiferencia que se manifestaba muy generalmente en aquella época. Brucioli publicó en Venecia su Biblia traducida á la lengua vulgar en sentido luterano. Ochino predicaba allí en 1542. Pedro Martir Vermiglio permaneció mucho tiempo, en Pádua; y hubo en Treviso una asamblea de innovadores, y otra en Vicenza, en 1546, donde tuvieron una conferencia en número de cerca de cuarenta, que pretendian llevar la Reforma más allá que los protestantes. En 1520 escribia el caballero aleman Burcardo Scenti á Spalatino, capellan del elector de Sajonia, que Lutero era estimado en Venecia, y que sus libros circulaban por la ciudad, aunque los habia prohibido el patriarca; que el Senado no queria permitir la publicacion de la excomunion contra Lutero, y no lo hizo hasta que el pueblo salió de las iglesias (15). El mismo Lutero se congratulaba de que tantos de aquella ciudad hubiesen «acogido la palabra de Dios» (16), y tenia correspondencia con el docto Santiago Ziegler que la seguia con un calor extraordinario; al paso que desde allí se dirigian exhortacioees á Melanchton para que no vacilase en la fe ni frustrase las esperanzas de los italianos (17). Trabajó mucho para propagar la Reforma Baldo Lupetino, de Albona, por cuyo consejo huyó á Alemania el ilírico Mateo Flacio, su pariente, donde ocupó un lugar preferente en las *Centurias magdeburguesas*. Baltasar Altieri, de Aquila, que se hallaba establecido en Venecia y era agente de muchos príncipes alemanes, difundió los libros y las ideas; y tanto crecieron, que en 1538 Melanchton exhortaba al Senado á que permitiera se estableciese una iglesia (18).

El autor del *Discurso aristocrático sobre el gobierno de la señoria veneciana*, dice, en efecto, que cuando muere un luterano ó un calvinista, permite que se les entierre en una iglesia, y que los curas no tienen escrúpulo de ello. Añade: «No he conocido nunca ningun veneciano que sea sectario de Lutero ó Calvino, pero sí de Epicuro y Cremonini, en otro tiempo profesor de la primera cátedra de filosofia de la universidad de Padua, el cual asegura que procediendo nuestra alma del poder de la simiente, como la de los animales, es en su consecuencia mortal. Los sectarios de aquella perversa doctrina son los primeros ciudadanos de aquella poblacion, y aun hay varios que toman parte en el gobierno.»

Sarpi, 1552-1623.—No hay nadie á quien se pue-

(13) Se ve por los escritos de fray Pablo, sobre todo en sus cartas á Priuli, embajador cerca del emperador, que la república de Venecia hacia poco caso de las inmunidades eclesiásticas. Habiendo publicado un fraile en Orzi un libelo contra el gobierno, le hizo poner preso, quitándole de las manos el santo sacramento que habia cogido para su seguridad. Habiendo sido condenado á muerte un sacerdote de la Marca, la señoria envió á decir al patriarca le escluyera de las órdenes; y como titubease, algunos propusieron al consejo que lo mandase precisamente; otros representaron que de este modo se retardaria en lo futuro el curso de la justicia, y en su consecuencia, fueron de parecer, de que el sacerdote fuese enviado al suplicio sin ser degradado. Hay tambien otra consulta de fray Pablo sobre la cuestion de saber: *Si el muy alto consejo de los Diez debe examinar los acusados eclesiásticos con intervencion del vicario del patriarca*, y sostiene la negativa.

(14) La razon de Estado no quiere que los sacerdotes sean muy ejemplares, porque serian demasiado respetados y amados de la muchedumbre: *Discorso aristocrático sopra il goberno de signori veneziani*. Venecia, 1670, p. 116.

(15) SECKENDORF, *Hist. luteranismi*, tom. I, p. 115 y 116.

(16) LUTHERS, *Samtliche Schriften*, tom. XXI, página 1092 (edic. Walch); MELANCTON, *Op.* col. 598, 835, etc.

(17) CÆLESTINI, *Act. Comit. Aug.* tom. II, p. 274; tomo III, pág. 18.

(18) *Epistolæ*, col. 150.

da contar más voluntariamente entre los protestantes que al religioso servita Pablo Sarpi, de Venecia. Fué uno de los mejores talentos de aquella época, y los setecientos pensamientos que ha dejado manuscritos prueban cuánto sabia de geometria, álgebra, astronomia, física, mecánica, aerometria, arquitectura, etc. Teólogo de la república de Venecia, la cuestion que tuvo con el papa le condujo á examinar el derecho, y á disminuir, con razonamientos y autoridades, la influencia del pontífice sobre los negocios civiles. Aunque no escribió sobre estas cuestiones sino por órden (19), consiguió penetrarse de ellas tan vivamente, que el carácter mas pronunciado de su polémica fué su aversion á la Santa Sede. Atacar su autoridad no era dar pruebas de valor en una república que se habia levantado siempre enérgicamente contra las pretensiones papales. Por lo demas, aunque insultando al pontífice, adulaba á Felipe II, creyendo que reduciria á su obediencia la Europa y el Africa, y convertiria á París en una aldea. Manifestábase al mismo tiempo el humilde servidor de los nobles de su pais cuando pasaba por libre pensador; y adulándolos y haciéndose el campeon de opiniones interesadas, era como se formaba reputacion de valor.

Ya se ven cuáles eran sus sentimientos con respecto á la libertad por ciertas constituciones que habia proyectado para su órden, en las que no titubea en recurrir al tormento, y por las tiránicas medidas que sugiere á la república. La autoridad de los *Cuarenta*, en la que se juzgaba por consulta, le desagradaba, y á lo más la toleraba en los negocios civiles; queria que en los criminales el consejo de los Diez, que escluia los debates, tuviese que conocer en todo (20). Ya hemos tenido ocasion de decir con qué infamia sugeria oprimir á las colonias de Levante. Queria que se limasen á los griegos los dientes y las uñas como á fieras, que se les humillase con frecuencia, que se les quitase toda ocasion de aguerrirse, y que se les redujese á pan y palo, dejando la humanidad para otras circunstancias, que se procurase despojar de sus privilegios á los ciudadanos de las provincias de Italia, y empobrecer á sus habitantes para que sus bienes fuesen comprados por los venecianos; que á aquellos que en los consejos municipales se mostrasen más entusiasmados se les perdiese ó ganase á cualquier precio; y si entre ellos se hallaba algun jefe de partido, se le esterminase con cualquier pretexto, evitando servirse de la justicia ordinaria; el veneno, segun él, es menos odioso y más útil que el verdugo. El mismo dice «de pocos años á esta parte salen todos los dias multitud de libros que enseñan que no hay otro gobierno de Dios mas que el eclesiástico; que el secular es profano y tiránico al mismo tiempo que una persecucion contra los buenos permitida por Dios; que el pueblo no está obligado en conciencia á obedecer las leyes seculares ni á pagar tributos ni otros gravámenes públicos; que siempre que se pueda hacer una mala accion sin ser descubierto, es lo mismo que si se hiciese buena: que las gabelas y contribuciones públicas son en su mayor parte inícuas é injustas, y los príncipes que las imponen están escomulgados; en una palabra, que los príncipes y magistrados están representados y puestos en concepto de los súbditos, por impios, escomulgados é injustos; que es necesario tenerlos á la fuerza, pero es lícito en conciencia hacerlo todo para sustraerse de su tutela.» Y concluye proponiendo una ley restrictiva *sobre imprenta*.

Era secundado por fray Fulgencio Micanzio, de Brescia, que predicaba con gran atrevimiento, hasta el punto de hacer que dijera su celoso partidario el médico Asselino: «Parece que Dios ha dado á la Italia otro Melanchton ú otro Lutero (21).

El mismo fray Pablo Sarpi, en su escrito titulado: *Consuelo del espíritu en la tranquilidad de la conciencia sacado del buen modo de vivir en la ciudad de Venecia durante el pretendido entredicho del papa Paulo V*, propone las cuestiones siguientes: 1.ª Si la autoridad de escomulgar reside en el pontífice y en la Iglesia. 2.ª Cuáles son las personas sujetas á la escomunion, y los motivos por qué se ha de emplear. 3.ª Si la escomunion es susceptible de apelacion. 4.ª Si el pontífice es superior al concilio ó viceversa. 5.ª Si el príncipe legítimo puede ser privado de sus Estados por causa de escomunion. 6.ª Si se incurre justamente en la escomunion poniendo obstáculos á la libertad eclesiástica. 7.ª En qué consiste esta libertad, si solo se extiende á la Iglesia, á si tambien lo hace á las personas que forman parte de ella. 8.ª Si la posesion de las cosas temporales pertenecientes a la Iglesia es *de derecho divino*. 9.ª Si una república ó un príncipe independientes, pueden ser privados de su Estado por escomunion. 10. Si el príncipe secular tiene una accion legítima para percibir los diezmos del clero, y un poder tambien legítimo para mandar lo que es útil á la república, sobre los bienes y personas eclesiásticas. 11. Si el príncipe secular tiene por sí mismo autoridad para juzgar á los eclesiásticos que dependen del pontífice. 12. Hasta dónde se estiende la infalibilidad del pontífice. Cualquiera presume con facilidad qué soluciones daria el fraile á estas preguntas.

---

(19) Grisellini dice en la *Vida*, ó más bien en la *Apologia de fray Pablo Sarpi*, que «nunca, cuando fué elegido consultor, puso mano á ninguna obra sin un motivo de interés público, es decir, ó para defender el derecho soberano de los príncipes ó para autorizar la santidad de sus prescripciones.» p. 78. Dice además, hablando de otra obra: «Fué emprendida por nuestro autor, conforme á las miras públicas.» P. 101, y *passim*.

(20) *Opinion de fray Pablo sobre la manera que debe gobernarse la república para conseguir la dominacion perpétua*, etc.

(21) *Memorias de* MORNAY, X, 292 (Paris, 1825).

Durante esta querella con Paulo V, el gobierno veneciano usó de grandes rigores contra los que querian obedecer á Roma, y se le felicitó de ello por los protestantes. Sostenido el embajador inglés por el célebre Bedell, su capellan, reunia en su derredor á los innovadores. Aun después que la república hizo su paz con el papa y volvió á ser bendecida por él, Bedell escribia á Diodati: *Ecclesiæ venetæ reformationem brevi speramus;* y le exhortaba á volver á ella, donde le aguardaban con impaciencia su embajador y fray Paolo. Diodati informó de ello á Duplessis Mornay, jefe de los calvinistas franceses, diciéndole que trabajaba en su sentido hacia ya dos años; que varias cartas le representaban á Venecia como un pais reformado, donde se pronunciaban discursos muy libres, sobre todo por fray Pablo, por fray Fulgencio Micancio, de Brescia, y por Bedell, añadiendo que parecia se estaba en Ginebra segun el modo con que se predicaba; que el descontento contra el papa continuaba, y que las tres cuartas partes de la nobleza se habian unido ya á la verdad. Diodati encontró á su llegada á Venecia las cosas mucho menos avanzandas de lo que aguardaba (octubre, 1608). Decia que las esperanzas eran grandes, y que aquellos dos religiosos empleaban todas sus fuerzas en la obra; pero que el respeto á los frailes estaba aun muy arraigado (22). En fin, confiesa que «ha descubierto el fondo del sentimiento de fray Pablo, y no cree en la necesidad de una profesion de fe precisa, en atencion á que Dios quiere el corazon y la buena inclinacion.» No se puede decir, en efecto, que sea luterano ni calvinista; más bien es racionalista.

Continuó siempre, sin embargo, diciendo misa; falta saber si creia en ella. Bastaria verle no reconocer ninguna otra autoridad que su propia razon, y en su consecuencia andar siempre en busca de la verdad sin encontrar donde descansar, para atestiguar su tendencia al protestantismo, si no nos proporcionase pruebas directas (23).

De Liquez, compañero de Diodati, se espresaba de esta manera: «Fray Pablo me asegura que conoce en el pueblo á más de doce ó quince mil personas, que en la primera ocasion se volverian contra la Iglesia romana. Estos son los que han heredado de padres á hijos el verdadero conocimiento de Dios, ó restos de los antiguos valdenses. Entre la nobleza, un gran número ha abierto los ojos á la verdad; pero no les conviene se les nombre, hasta que llegue el momento de manifestase. Lo que prueba que aunque escomulgado fray Pablo, ha recibido la orden de continuar celebrando la misa.» Añade que abiendo exigido los sacerdotes de sus penitentes, antes de absorverles, la promesa de obedecer al papa en caso de nuevo entredicho, el gobierno los ha preso, y «puesto en lugar donde después de la union han hecho morir más sacerdotes y otros eclesiásticos, que antes en cien años.» (24)

Las maniobras empleadas para sublevar al pais continuaban siempre con ayuda de fray Pablo, que decia: *Materia adest apud multos, sed forma deficit;* y temia que fuese difícil conseguir alguna cosa sin una guerra. En su consecuencia deseaba que la Francia atacase al Milanesado, lo que llevaria al otro lado de los Alpes tanto á los hugonotes como á los miembros de la comunion evangélica, tanto alemanes como suizos, y con ellos á los predicadores. «Si hay guerra en Italia, todo irá bien con respecto á la religion, que es por lo que la teme Roma; sucumbiria la inquisicion y el Evangelio tendria su curso.» (25) Anudáronse, pues, las inteligencias con los insurrectos de los Paises Bajos, que enviaron un embajador á Venecia (26) donde su recepcion mejoró mucho la posicion de los innovadores.

Estos últimos contaban con la enemistad de En-

---

(22) Encuéntranse estos detalles en las *Memorias y correspondencias de* Duplessis Mornay. Véase tambien *Blicke in die Zustände Venegdi zu aufang des XVII jahrundeits*, en las *historische politische Blätter fuir das Katholische Deutschland*. Munich, 1843.

(23) Si no fuera bastante prueba su *Historia*, se encontrarian otras en sus cartas impresas en Verona en 1673. Deplora en la cincuenta y tres, la muerte de Sully diciendo que le amaba *por su firmeza en la religion*. Después de haber hablado de un tal Marsilio, problablemente protestante, añade: *Creo que si no fuera la razon de Estado, se encontraria más de uno que saltaria desde este foso de Roma á la cima de la Reforma. Pero el uno teme una cosa y el otro otra. Parece, pues, que Dios tiene poca parte en los pensamientos humanas, sé que me comprendeis sin que diga más.* Carta 81, febrero de 1612. Dice además hablando de Jacobo I: *Si el rey de Inglaterra no fuera un doctor, podria esperarse de él algun bien, y seria un gran principio, porque la España no puede ser vencida si no se separa el pretesto de la religion, y no lo será mientras no se introduzcan los reformados en Italia; ahora bien, si el rey supiese manejarse, esto seria cosa fácil, tanto en Turin como aqui.* Carta 88.

(24) *Memorias de* Mornay, X, 142.

(25) Idem, X, páginas, 386, 390, 443, 456, 546. Véase tambien á Currayer, en la *Vida de fray Pablo*, á la cabeza de su traduccion de la *Historia del concilio de Trento*. página 66. Pocos dias antes del asesinato de Enrique IV. Sarpi escribia aun: *Nulli dubium quin, sicut Ecclesia Verbo formata est, ita Verbo riter reformetur. Attamen, sicuti magni morbi per contrarios curantur, sic in bello spes: nam extremorum morborum extrema remedia. Hoc mihi crede... Non aliunde nostra salus provenire potest.* Obra de fray Pablo, VII, 79. En la historia secreta de la vida de Sarpi publicada por Zeretti en 1802 hay ciento veinte cartas escritas por aquél á los heterodoxos.

(26) Mornay escribia el 3 de octubre de 1609 á aquel embajador, que le pedia recomendaciones para Venecia: «No puedo dárosla mejor que la del venerable padre Pablo, director de los mejores negocios... en quien hallareis gran prudencia y mayor celo por Dios: pero es necesario incitarle, en fin, á que uno sea superior á otro. Teneis tambien al padre Fulgencio, admirable profesor que es todo fuego.» Mem. 393.

rique IV con la casa de Austria, y se lisonjeaban de que les proporcionaria una ocasion favorable; pero cuando menos se lo esperaban, hizo aquel príncipe pasar á la señoría de Venecia una carta de Diodati al pastor Durand, en París, en la que les ponia todo lo que se habia hecho hasta entonces en Venecia; designaba como unidos á la reforma á los principales personajes, y anunciaba que dentro de poco tiempo, sus esfuerzos y los de fray Fulgencio se verian coronados por el éxito; que si el papa se obstinaba, Venecia se separaria de la Iglesia católica, lo que deseaban ya el dux y varios senadores (27). Vióse entonces obligado el gobierno á atender al peligro; los *papistas* llevaron la ventaja; y Sarpi, que lo sintió, cayó en el desaliento, de lo cual le reprendió con aspereza Mornay, añadiendo, que si continuaba dejándose abatir de aquella manera, moriria antes de ver cumplida su obra (28).

Estas eran las cosas de que se ocupaba Sarpi: con respecto á su apostasia, no la creemos, aunque no cese en su correspondencia de dar á la corte de Roma los nombres de prostituta, bestia y Babilonia. Es cierto que su *Historia del concilio de Trento* (29) fué uno de los golpes más fuertes que se dieron entonces á la religion. Trabajó mucho tiempo con asiduidad, y pudo haber á las manos preciosos documentos, y las relaciones de los enviados de Venecia; pero las dispuso más bien para producir efecto que para ilustrar la verdad, sin tener escrúpulo de alterarlas. Conservó en una época de impetuosas diatribas una apariencia de tranquilidad, como un hombre que no razona sino sobre los hechos y los documentos, de que se sirve para hacer impresion en las personas sin esperiencia, tanto más, cuanto que despliega un estilo claro y fácil, y sabe dar interés con rasgos de talento picante á una materia árida por sí misma (30). En ella se aparta enteramente del principio católico, porque desea la interpretacion individual de las Sagradas Escrituras, sin hacer caso de la tradicion, rechaza los libros deuterocanónicos, desprecia la Vulgata y separa de la base patrística la exégesis, del mismo modo que los reformados; en cuanto al pecado original, á la Gracia, á la justificacion y á los otros dogmas, copia palabra por palabra al teólogo Martin Chemnis, uno de los más encarnizados contra el concilio. Sólo en la Iglesia primitiva es donde pretende hallar el verdadero cristianismo; por lo que á ella recurre siempre en las cuestiones de creencia y disciplina, condenando como cosas meramente humanas todas las instituciones que la Iglesia crea en su siempre activa vitalidad. Por esto no es histórica ni eclesiástica su institucion de la gerarquía, de la jurisdiccion espiritual, del primado, de la teologia escolástica, del monacato y otras semejantes. La gerarquia no se consolidó sino por ambicion; y á consecuencia de la debilidad é ignorancia de los príncipes, su influjo no produjo ninguna utilidad

---

(27) Este hecho combatido con osadia por Voltaire y por Daru como una bajeza indigna de Enrique IV, está probado en las Memorias de Duplessis Mornay, ya citadas.

(28) Carta del 6 de marzo de 1671. *Memoria*, X, 169.

(29) «Mi proyecto es escribir la *Historia del concilio de Trento*, porque, aunque varios historiadores célebres de nuestro siglo hayan tratado de algunos hechos particulares en sus escritos, y que Juan Sleiden, autor muy fiel, haya referido con estremado cuidado las causas anteriores, todas estas cosas juntas no bastarian á una completa narracion.

»Tan pronto como me interesé en los negocios humanos, tuve gran curiosidad de saber el todo de ellos. Ahora bien, después de haber leido con cuidado lo que se hallaba escrito, los documentos públicos impresos y los manuscritos qne circulaban, me dediqué á buscar en los papeles que quedaban de los prelados y demás personas que habian asistido al concilio, los recuerdos que habian dejado, los votos ú opiniones pronunciados en público, conservados por sus propios autores, y las cartas informatorias (instrucciones) escritas desde esta ciudad, sin descuidar cuidados ni fatigas. Fuí bastante feliz para conseguir ciertos registros llenos de notas, y cartas de personas que habian tenido mucha parte en aquellas cuestiones. Habiendo, pues, recogido cuantas cosas pueden proporcionarme una materia muy abundante para relatar lo que ha pasado, he resuelto coordinarlas.

»Contaré las causas y las intrigas de una asamblea eclesiástica promovida y solicitada por unos, teniendo que vencer obstáculos y siendo diferida por otros, en el trascurso de veinte y dos años, por motivos diferentes; después, durante otros diez y ocho años, tan pronto emplazada como disuelta, celebrada siempre con diferentes fines, que ha tomado una forma y dado un resultado enteramente contrario al designio de los que la han provocado, y á los temores de los que no han perdonado medio para interrumpirla. Manifestacion evidente de la necesidad de ser perdonado de sus pecados por Dios, y no confiar en la prudencia humana.

»En efecto, aquel concilio deseado y provocado por los hombres piadosos para unir á la Iglesia que comenzaba á dividirse, ha establecido de tal manera el cisma, y hecho tan tenaces á los partidos, que las discordias se han vuelto irreconciliables; trabajado por los príncipes para obtener la reforma del órden eclesiástico, ha causado la mayor deformidad que ha habido desde que existe el nombre cristiano. Esperado por los obispos para recobrar la autoridad episcopal, que habia pasado en gran parte á manos de solo el pontífice romano, se la ha hecho perder enteramente, reduciéndolos á mayor servidumbre. Temido al contrario por la corte de Roma como medio eficaz de moderar su exorbitante poder, al que habia llegado por grados hasta un esceso ilimitado, lo ha establecido y confirmado sobre la parte que aun le está avasallada, que nunca ha sido tan grande ni ha echado tan profundas raices.

»No parecerá, pues, estraño se le llame la *iliada de nuestro siglo.*» Sarpi al principio.

(30) Botta, que no obstante le copia con toda estension y se inspira con sus rencores, se ve precisado á confesar «que el odio acerbo que fray Pablo tenia á la corte de Roma le hacia algunas veces profesar erradas opiniones y una ironia mordaz hasta el esceso.» L. XVI.

Fray Pablo fué defendido en la *Justificacion de fray Pablo Sarpi, ó Cartas de un sacerdote italiano á un magistrado francés*, etc., Paris, 1811, que son del genovés Eustaquio Degola.

á los pueblos, antes bien les causó opresion y tiranía. El clero no sólo ejercia las ciencias, las artes y la humanidad en la Edad Media, sino que disfrutaba en beneficio propio de los productos de los colegios y de las escuelas.

Por último, Sarpi, aun cuando no abrazó un símbolo protestante, se opuso, sin embargo, al dogma católico, y estableció una regla que debia conducir á la herejía y al racionalismo. Propio de él era querer que la Iglesia se hallase sometida á la direccion territorial, lo cual ejecutó tomando por modelo á los primeros tiempos, en los que las relaciones entre la Iglesia y el Estado, ya pagano ó judaico, debian ciertamente ser muy distintas de cuando adquirió completo desarrollo. Por tanto, anticipó aquellas ideas que en el siglo anterior llegaron á su apogeo, relativas á la independencia de los príncipes de toda autoridad eclesiástica, las cuales manifestó Febronio y ejecutó José II; por cuyo motivo dijo Ranke, que los príncipes deben estar muy agradecidos á Sarpi, porque consolidó su poder absoluto, y mucho más los enemigos del catolicismo á quienes dió unas armas tanto más perjudiciales cuanto que fueron suministradas por un católico. Como representante y tipo del partido anti-eclesiástico, venció todos los obstáculos que se opusieron á la realizacion de su pensamiento; si no por odio, á lo menos por sistema y por el capricho de escribir una obra de forma católica en que cada línea fuese un dardo envenenado contra la Iglesia católica, sacando de tal principio todas las consecuencias, y formando la primera historia escrita con ánimo espreso de denigrar, aplicada á todos los hechos que el escritor no examina, pero que reune. De este ejemplo, puede deducirse tambien cuán unidos están siempre el dogma y la Iglesia, y cuánto se engañan aquellos que combatiéndola con violencia declaran que no tiene relacion con él.

Nos le pintan por lo demás como un hombre muy íntegro, asiduo al estudio, ocupado constantemente en coleccionar los hechos para pensar después á su modo. Atacado cinco veces por asesinos y herido una, esclamó *¡Reconozco el estilo de la corte de Roma!* frase que estuvo en boga, é hizo que el vulgo adoptase la opinion de que aquel golpe era dado por los jesuitas.

Pallavicino, 1607-67.—Roma pensaba, sin embargo, rechazar sus ataques de otra manera: encargó al cardenal Pallavicino Esforcia, jesuita, escribir tambien una historia del concilio. Es uno de los mejores escritores en aquel estilo aderezado que se introdujo entonces, estilo más elegante y estudiado que el de sus predecesores. Está, sin embargo, distante de la vivacidad de Sarpi; además de la desventaja que resulta para él por estar reducido á defenderse, y rechazar á cada momento la opinion de su antagonista. Donde Sarpi es sutil, maligno y féliz por su gracia en la exposicion, aunque incorrecto en el lenguaje, es Pallavicino ingenioso; pero como emplea excesiva arte y procura formar giros armoniosos, ahoga los pensamientos en las frases y se hace oscuro; ni uno ni otro son imparciales: aquél queriendo denigrarlo todo, éste defendiéndolo todo.

Por otra parte, Sarpi tomó de los escritores anteriores, como Pablo Jove, Guicciardini, de Thou, Adriani, y principalmente de Sleidan, á quien con frecuencia tradujo; pero los ha completado con ayuda de relaciones originales y añadido sus propias observaciones; además, la animacion continua de su estilo que evita el fastidio que los otros producen, no deja notar sus errores y contradicciones. Esplota los documentos nuevos de que se sirve en sentido de su oposicion sistemática y de los intereses políticos de su país, burlándose de continuo de la corte de Roma y de sus pretensiones, sin conocer que era no obstante la espresion de aquella restauracion religiosa que acababa de comenzar.

El libro que le opuso el cardenal Pallavicino se remonta á los primeros tiempos de la Reforma: el autor pudo consultar los más ricos archivos, es decir, los de Roma; y al revés de Sarpi, indica continuamente la naturaleza y títulos de sus documentos. Da después una lista de los *errores de hecho*, que ascienden á trescientos sesenta y uno, sin contar una infinidad de otra clase refutados, dice, de paso. Ranke, escritor protestante que ha confrontado sus asertos con los documentos en que se apoya, declara sus estractos de una escrupulosa exactitud, y aunque algunas veces se engañó como sucede en la polémica, ha querido escusarlo todo, debilitar lo que no podia negar, y pasa en silencio algunas objeciones y documentos. De todos modos es más instructivo que Sarpi, si bien este es leido con más gusto, como sucede generalmente con los escritores que critican; pero es en extremo triste para los que tratan de averiguar la verdad verse obligados á recurrir á dos fuentes, ambas sospechosas de parcialidad.

El dálmata, Marco Antonio de Dominis, que, jesuita á la edad de veinte años, se formó un nombre en Pádua como profesor de elocuencia, filosofía y matemáticas, fué designado por Rodolfo II para el obispado de Segna en Dalmacia, y habiendo sufrido graves dificultades, pidió y obtuvo el arzobispado de Espalatro. Su vivacidad le producia en todas partes cuestiones: escribió en favor de los venecianos contra Paulo V; y como sus obras fueron reprobadas por la inquisicion romana, pasó á Inglaterra anunciando la intencion de trabajar en reunir las diferentes sectas cristianas; pero en realidad iba á buscar libertad en sus estudios y en su profesion. Publicó allí la historia de Sarpi con un prefacio y notas que la hacian más peligrosa, y obtuvo una favorable acogida del teólogo rey Jacobo Estuardo. Pero, fuese remordimiento ó ligereza natural, subió un dia al púlpito á retractarse, lo cual le hizo perder todo su crédito. Gregorio XV, que habia sido su discípulo, le invitó á volver; y verificado esto, abjuró sus errores en un

consistorio de cardenales, para recobrar el obispado. Pero el rígido Urbano VIII, apenas se ciñó la tiara cuando le hizo encerrar como inconstante y reincidente en el castillo de San Angelo, donde murió durante el proceso. Fué quemado su cadáver con su tratado de la *República eclesiástica*, en el que ataca la supremacia del papa y la autoridad de los concilios en materia de fe.

Ya se habrá comprendido que con objeto de oponerse á la invasion de las nuevas creencias, se habia renunciado en Italia á la tolerancia que dominaba en ella anteriormente. Ya hemos visto que Paulo IV habia restablecido la inquisicion con rigores inusitados; la cual si al principio dependia en cada pais solo del obispo, entonces se habia confiado á la congregacion del Santo Oficio, que tenia derecho para juzgar en cuestion de herejías en uno y otro lado de los Alpes. Causa sentimiento el saber que se habia determinado nombrar seglares en aquel tribunal; porque la herejía habia corrompido no sólo á los obispos, y religiosos sino hasta los inquisidores (31). Entonces fué disuelta la Academia de Módena, huyendo muchos de sus miembros: tambien huyeron muchos ferrareses, entre los cuales se hallaba Olimpia Morata; y hasta la duquesa tuvo que cesar en las relaciones que mantenia con sus correligionarios y marcharse después á Francia.

Los reformados que nos conservaron el nombre de sus *mártires*, describen los crueles castigos que sufrieron Fannio de Faenza, Domingo Cabianca de Basano, fray Juan Mollio, profesor de Bolonia, Pomponio Algieri de Nola, Francisco Gamba de Como, Godofredo Varaglia, capuchino piamontés, y Luis Pascual de Cuneo. Los príncipes secundaron á la Inquisicion; y habiendo ocupado la silla ducal el gran duque Cosme, se hizo en Florencia un auto de fe, es decir, una procesion precedida por un gonfalon con la cruz en campo negro, entre la espalda y el ramo de olivo con estas palabras: *Exurge, Domine, judica causam tuam.* Caminaban después veintidos individuos, á cuya cabeza iba Bartolomé Panciatichi, antiguo embajador del gran duque Cosme en la corte de Francia, vestidos con el manto y el sambenito sembrado de cruces. Fueron de esta manera conducidos á la catedral, donde obtuvieron la absolucion mientras que sus libros eran quemados en la plaza. La misma ceremonia se verificaba en particular en la iglesia de San Simon, con respecto á algunas señoras sospechosas de favorecer las nuevas ideas.

No aceptó, sin embargo, el gran duque el decreto de Paulo IV sobre los libros prohibidos, escepto en aquellos que eran hostiles á la religion ó que trataban de magia y astrología judiciaria. Un gran monton de estos ultimos se quemó el 3 de marzo de 1559 delante de San Juan y Santa Cruz. Luis Dominichi fué condenado á jurar con el libro colgado del cuello, y á sufrir diez años de prision, por haber traducido é impreso con una fecha supuesta la *Nicomediana* de Calvino.

Después de la toma de Siena, no quiso el duque prestar oidos á las insinuaciones con que le cansaban contra los *socinianos*, heresiarcas de aquella ciudad: sin embargo principió después á perseguirlos, y se pusieron presos á varios jóvenes alemanes que habian ido á Siena á estudiar, y á algunas mujeres acusadas de hechiceria, de las cuales se quemaron á cinco en 1569. Aonio Peleario de Veroli, que se dedicaba á la enseñanza en Siena, habia adoptado las ideas de los *socinianos* y las de Ochino, y las habia estendido por Colle y San Geminiano. Viéndose perseguido, pasó á Luca, y desde allí á Milan; no impidiéndole la persecucion ser nombrado profesor de aquella ciudad. Era escritor elegante, autor de obras teológicas y defensor de Ochino; y Felipe II hizo que le prendiesen y entregasen en 1570 á la inquisicion romana, la cual después de tres años de prision le condenó á ser degollado y quemado á la edad de setenta años.

El impresor Torrentino, qne había adquirido fama por la limpieza de sus ediciones, abandonó la Toscana por los Estados del duque de Saboya; los Giunti fueron á fijar su residencia en Venecia; donde mayor libertad hizo prosperar la tipografía.

Carnesecchi.—Pedro Carnesecchi, caballero florentino, que habia gozado en su patria, en Francia y en Roma del favor de los Médicis, tuvo ocasion de conocer en Nápoles á Pedro Valdés, á Ochino, á Vermiglio y á Carracci; en Viterbo, se encontró en relaciones con el obispo Victor Soranzo, con Pedro Pablo Vergerio, Lactancio Ragoni de Siena, Luis Priuli, Apolonio Merenda, Baltasar Altieri y Mino Celsi. Habiéndose penetrado en sus conversaciones de las nuevas ideas, las sostenia con su crédito y dinero. Era recibido familiarmente por Victoria Colonna, por Margarita de Saboya, Renata de Francia y Lavinia de la Rovere Orsini; habia tratado á Melanchton en Francia, y de vuelta á su patria, no cesó de estar en correspondencia con los herejes. Citólo Paulo IV á comparecer; y como faltó, fué escomulgado. Pero continuó obrando del mismo modo, sin disimular su inclinación á los innovadores; y Pio IV obtuvo de Cosme el que le fuese entregado. Supo defenderse tan bien, que se le despidió absuelto. No por eso guardó silencio, y asistió con su dinero á Pedro Leon Marioni y á Pedro Gelido de San Miniato, refugiados ambos en Ginebra, sin que esto le hiciese perder nada de la familiaridad de Cosme. No por eso dejó de entregarle el gran duque á la Inquisicion á peticion del papa: convencido entonces por sus confesiones, fué decapitado y quemado á su negativa de convertirse (1567).

Sin embargo, el número de los familiares del Santo Oficio se aumentaba en Toscana, donde se les conocia por una cruz roja, y por no estar sujetos al poder secular. El duque temió que varios de

(31) BERNINI, *Storia di tutte le eresie*, sec. XVI, c. 7.°

los que detestaban su dominacion no se cubriesen con este manto, pero no pudo enfrenar á los inquisidores que desplegaban el mayor rigor en Pisa y Siena, contra todo el que comia de carne los dias de vigilia ó proferia espresiones sospechosas, sin perdonar tampoco la ligereza de los estudiantes.

Mientras que los gobiernos monárquicos se portaban con rigor, por temor de que no se introdujese en los negocios políticos la crítica que se ejercia sobre las cosas sagradas, Luca no se alarmó en su independencia y dejó desarrollarse el gérmen de las innovaciones. Muchos, pues, se afiliaron á ellas, y Pedro Martir Vermiglio, haciendo á sus hermanos de Luca la apologia de su propia fuga (1556), se congratulaba de que allí aumentarian los creyentes. Tal vez exageraban su número, tanto Roma por el deseo de establecer en aquella ciudad la inquisicion, como el señor de Florencia por tomar en pretesto de ello para usurparla. Luca obvió el peligro, dando un decreto prohibiendo hablar de materias teológicas (32) bajo penas muy severas, tener en su casa ó leer libros prohibidos, y comunicarse con los herejes «particularmente con Bernardino Ochini y D. Pedro Martir.

Otras instancias de la inquisicion romana, que nombró allí por comisario al vicario episcopal, determinaron nuevas ordenanzas y protestas de fe, de tal manera que aquel tribunal inquisitorial fué revocado, y no manchó nunca aquella pequeña república. Pero en 1555, por temor sin duda de que lo que hasta entonces no habia sido más que amenazas fuese puesto por obra, muchos habitantes abandonaron la ciudad, entre los cuales se distinguia á Felipe Rustici, que tradujo la Biblia en Ginebra; á Jacobo Spiafamo, obispo de Nevers; á Pedro Perna, que estableció una imprenta en Basilea, multiplicando las ediciones y principalmente las de los reformadores, teniendo de corrector á Mino Gelsi, natural de Siena, que defendia las mismas ideas; al médico Simon Simoni, que fué dos veces preso por los teólogos ginebrinos; familias enteras se marcharon tambien, como los Liena, los Ioba, los Trenta, los Bulbani, los Calendrini, los Minutoli, los Buonvisi, los Burlamachi, los Diodati, los Sbarra, los Saladini, los Cenami, que produjeron después ilustres personajes (33). Pio IV concibió recelos de que muchos luqueses pasasen á Suiza, Francia y otros paises herejes, temiendo que contrajesen la infeccion comun. Dió, pues, otro edicto el senado, prohibiendo á los luqueses habitar aquellas comarcas, añadiendo con respecto á los desterrados por herejia que se encontrasen en Italia, España, Francia y el Brabante, que «todo el que los matase recibiria por cada uno de ellos trescientos escudos de oro, de los fondos del magnífico concejo.» (34) Este edicto mereció al concejo las alabanzas de Pio IV y de san Cárlos; pero nos complacemos en creer que á nadie impulsó al asesinato.

Los tiranos son por lo comun enemigos de la tirania de los demás. Venecia reprimió siempre la inquisicion religiosa, porque tenia la civil, destinada á aprobar los libros que podian ser impresos, á velar sobre los herejes, á castigar á los que celebraban la misa sin haber recibido las órdenes y á los blasfemadores; pero los inquisidores del Estado ejercian su cargo mucho peor que los religiosos. Pero la república permitia á los judios y á los griegos el ejercicio de sus ritos, y que los bienes de los condenados como herejes pudieran recaer en sus herederos legítimos. En Vicenza se habia establecido una iglesia donde acaso se enseñaban los dogmas antitrinitarios (1560) lamentándose el papa de que el jefe y el bailio permitiesen predicar en ella tan libremente el error (35), por cuyo motivo el gobierno espidió órdenes muy severas, y empezó á imponer castigos. Julio Ghirlanda de Treviso y Francisco de Rovigo fueron conducidos á Venecia y degollados al punto, así como Antonio Ricetto, vicentino, Francisco Espinola, cura milanés, y fray Baldo Lupetino; los restantes aprovechándose de aquel aviso huyeron, y entre ellos, Alejandro Trissino, que en union de otros se detuvo en Chiavenna, desde cuyo punto escribió á su paisano Leonardo Tiene, escitándole para que se adhiriese de una vez á la reforma juntamente con toda la ciudad.

Cirilo Lucar, natural de Candia, isla que estaba bajo el dominio de Venecia, habia tenido conocimiento de la reforma en Italia, y después en Alemania; pero habia disimulado hasta el momento en que por grados habia llegado á ser patriarca de Alejandria, y en fin, de Constantinopla; y se dedicó entonces á enseñar las doctrinas de los in-

(32) «Como se sospecha que pueden encontrarse en nuestra ciudad de Luca, y en su territorio ciertos temerarios de uno y otro sexo, que, sin ninguna inteligencia de las Escrituras ni de los sagrados cánones, se atreven á mezclarse verbalmente en las cosas concernientes á la religion cristiana, y razonar tan libremente como si fueran teólogos,» etc. etc., Edicto del 12 de mayo de 1545.

(33) Tales como Juan Diodati, Cárlos y Alejandro, Federico Burlamarchi y el célebre Juan Jacobo, Juan Ludovico Calendrini, Benito Francisco, Miguel, Juan Alfonso, Samuel Turrettini, Vicente Minutoli, Jacobo Bartolomé, Francisco Graciano Micheli y Juan Ludovico Saladini.

(34) Edicto del 9 de enero de 1562. Se halla impreso en la historia de Mazzarosa. En 1562 se lamentaba de que muchos herejes permaneciesen todavia en aquella ciudad, mantuviesen relaciones con los que habian huido y recibiesen obras protestantes. Se recuerda aun al florentino Miguel Angel, de la órden de los Predicadores, el cual en 1550 tomó el partido de la nueva Iglesia y quedó como predicador en Soglio en los Grisones, publicando una apología en que se trata de la verdadera y falsa Iglesia, de la condicion y cualidad de la misa, de la verdadera presencia de Cristo en el sacramento de la Comunion, del papado, de la primacia de San Pedro y de los concilios y su autoridad.

(35) RAYNAL, *ad ann.* 1546.

novadores. Los obispos y sacerdotes, que lo conocieron, le hicieron desterrar á Rodas; pero el apoyo de la Inglaterra y de la Holanda le valió su restablecimiento; publicó un catecismo calvinista, que produjo turbulencias, á las cuales la Puerta dió fin haciéndole estrangular. Varios sínodos fulminaron el anatema contra él y sus doctrinas.

En el Delfinado el caballero Anemundo de Coct fué uno de los más ardientes partidarios de la nueva fe; rogaba á Lutero escribiese á Cárlos, duque de Saboya, para hacerle adoptar la reforma: «Tiene, decia, gran inclinacion á la piedad y á la verdadera religion (36), y le gusta hablar de la Reforma con las personas de su corte. Su divisa es: *Nihil deest timentibus Deum*, y es tambien la vuestra. Humillado por el Imperio y por el rey de Francia, podria adquirir gran influencia en este reino, en la Suiza y en la Saboya.» Lutero le escribió en efecto; pero parece que no obtuvo lo que esperaba.

Los valdenses.—Los valdenses, restos de aquellos que, en el siglo XIII habia, se dedicaron á pensar bajo la direccion de los ancianos llamados *barbas*, esto es, tios, que después se llamaron barbetti, habitaban en los Alpes, que separan el Delfinado del Piamonte en Pinerolo. Irritados contra Roma y contra sus ritos, á los cuales llamaban idolatria, pretendian haber conservado la pureza de la predicacion evangélica. Cárlos VIII determinó perseguirlos, é Inocencio VIII (1487) fué exhortando á tomar las armas contra estos *áspides venenosos*; pero al llegar un ejército que conducia el legado, desistieron algunos de su empeño, y otros se metieron en lasmontañas más innaccesibles. Luis XII, después de haber enviado á tomar informes sobre sus costumbres, esclamó: *Son mejores cristianos que nosotros*. Cuando tuvieron conocimiento de la Reforma, escribieron á los jefes de ella, para decirles que usaban la confesion auricular, que sus ministros vivian en el celibato, y que ciertas vírgenes hacian voto perpetuo de castidad. Los que sostenian que las doctrinas reformadas eran tan antiguas como el cristianismo, vieron con disgusto que aquellos pretendidos contemporáneossecta sobresu de los apóstoles estaban en desacuerdo con puntos tan debatidos, y sobre todo, que se escandalizaron del libro de Lutero contra el libre albedrío.

Los calvinistas creyeron encontrar en sus ideas más conformidad con las suyas; por lo cual les sugirieron la idea de publicar su profesion de fe. Este fué un funesto consejo que los sacó de su pacífica oscuridad. El parlamento de Aix y el de Turin les aplicaron las leyes contra los herejes, y los condenaron á la hoguera ó á ser marcados (1540). Como además maltrataron á los frailes que se enviaron á convertirlos, decidióse su esterminio con la pérdida de sus hijos, bienes y libertad. Sadoleto, obispo de Carpentras, se opuso frecuentemente á estas crueles medidas; y habiéndolos visto el rey Francisco I sumisos y exactos en pagar las contribuciones, les concedió de término tres meses para reconciliarse con la Iglesia. Pero Juan Meinier, baron de Oppede, residente en el parlamento, le persuadió poner en ejecucion su edicto. Entonces una furiosa soldadesca penetró en sus montañas y comenzó la matanza, cuatro mil de ellos fueron degollados, ochocientos enviados á galeras, y de veinte y dos aldeas sólo quedaron ruinas humeantes. Indignose la nacion francesa con un generoso horror, y el rey, en su lecho de muerte, recomendó á su hijo, castigar á los autores de semejante crímen. Pero poderosas protecciones les valieron la impunidad, con gran disgusto de los protestantes que se lo recordaron varias veces.

Como los valdenses se envalentonasen al considerar cuánto se aumentaba el número de sus hermanos en Suiza y Francia, fué enviado el inquisidor Tomás Giacomelli al duque Manuel Filiberto, suplicándole los volviese por la fuerza á la obediencia de la Iglesia. Prohibió bajo rigorosas penas el ejercicio público del culto y las predicaciones de los barbitas, lo que exasperó á los valdenses impulsándolos á la rebelion. Entonces, en parte por respeto hácia la religion católica, y en parte por temor de que si los franceses acudian en gran número al socorro de sus correligionarios, hiciesen peligrar la independencia nacional, envió el duque tropas que en aquella guerra de montañas, siempre difícil, causaron y sufrieron alternativamente sangrientos desastres. En fin, reconociendo la dificultad del éxito y la inoportunidad de losmedios, amnistió á los valdenses, permitiéndoles tener asambleas y predicar en lugares determinados, sin salir sin embargo de las fronteras de su pais, y sin escluir los ritos católicos.

Ya en 1370 se habian reunido en Calabria algunos valdenses de los valles del Piamonte, dedicándose á labrar los terrenos incultos que consiguieron hacer muy poblados y fértiles. Hasta cuatro mil llegó á aumentarse su número en dicho punto, y todos ejercian sus ritos religiosos de otra manera que los católicos; lo cual les permitian los señores de las ciudades, porque eran gentes pacíficas y contribuian al Estado. Habiendo sabido la reforma que se hizo en Alemania, enviaron á Ginebra á pedir doctores, los cuales vinieron, en efecto, é hicieron muchos proselitos. El cardenal Alejandrino, entonces inquisidor en Roma, envió por su parte misioneros y dejó oir amenazas, pero sin resultado: recurrióse en su consecuencia al brazo secular. El duque de Alcalá, virey de Nápoles, hizo marchar á aquel pais á un juez con un destacamento de soldados, que secundando á los misioneros, precisaron á aquellos desgraciados á ir á misa, y castigaban á los morosos tanto en sus bienes como en sus personas. Impulsados á la desesperacion, tomaron las armas y pelearon, primero en escaramuzas y

(36) *Ein grosser Liabhaber der wakren religion und Gosteligk Keit.* LUTERO. Ep. p. 401.

después en batallas campales. En fin, habiendo sido derrotados, buscaron un refugio en la Guarda Lombarda. La fuerza y la traicion los vencieron allí; fueron cogidos y juzgados sin piedad; los que persistieron en su creencia sufrieron la muerte con atroces tormentos. No fueron menos de seiscientos los suplicios; y cuéntase que el verdugo despachó en un solo dia á ochenta y ocho condenados, sin tener tiempo más que para coger el cuchillo con la boca cuando acababa con uno, y mientras ataba una venda en la cabeza del siguiente. Su jefe Luis Pascal fué quemado en Roma, y otros enviados á las galeras españolas (37).

Juan Valdés, caballero español, que habia ido á Nápoles con Cárlos Quinto, fué nombrado por éste secretario de D. Pedro de Toledo, reunió, discutiendo sobre la justificacion, hasta tres mil prosélitos, segun el testimonio de los inquisidores. En su número se encontraba á Galeazo Caracciolo, marqués de Vico, que después de haber reclutado partidarios por toda Italia, abandonó su familia y una brillante fortuna por fijarse en Ginebra; fundó allí un consistorio italiano y una iglesia diferente con su formulario propio, de la que fué primer ministro el conde Maximiliano Martinengo de Brescia.

Cárlos Quinto quiso establecer en Nápoles la *espantosa* (PALLAVICINO) inquisicion española, para arrancar aquellas malas semillas; pero indignados los napolitanos, se opusieron á aquella *tiranía que sobrepujaba á todas* (SARPI), aunque se fingió que la órden habia ido de Roma. Cargaron los españoles sobre el pueblo insurreccionado, y la calle de Toledo fué el teatro de una verdadera carnicería; pero el odioso tribunal no se estableció. El duque de Alcalá volvió á intentar nuevos medios para conseguirlo; pero habiendo suplicado la ciudad, consiguió que no se constituyese en ella sino el Santo

---

(37) Las siguientes cartas se hallan en el archivo de la casa de Médicis *(Correspondencia de Nápoles* a. d.) y se atribuyen á un anónimo, que siguió á Ascanio Caracciolo en su expedicion contra los reformados de Calabria.

«Se sabe que el señor Ascanio por órden del señor virey ha tenido que salir en posta el 29 del pasado para Calabria, con el objeto de estar al cuidado de las dos ciudades de los luteranos San Sixto y Guardia que se habian lanzado al campo. Dicho señor Ascanio, antes de este suceso encontró en Cosenza al señor marqués de Buccianico, su cuñado, el cual estaba dispuesto con más de seiscientos infantes y cien caballos para volver á salir de nuevo á campaña, á fin de perseguir y prender á aquellas malas gentes. Habiendo salido tambien el 5, después que volvió de la Guardia, y llegado que hubo aquí nombró comisarios y envió delegados con gente armada por las tierras circunvecinas para prender á los luteranos. Se ha empleado en la persecucion de éstos tal actividad, que una parte ha sido cogida en el campo, y pasan de mil cuatrocientos entre hombres y mujeres los que han venido á presentarse; hoy que es el dia del Señor, ha mandado reunir á todos y conducirlos prisioneros á Monte Alto en donde al presente se hallan: en verdad que da compasion oirles quejarse, llorar y pedir perdon, diciendo que han sido engañados por el diablo, y profiriendo otras muchas palabras dignas de lástima. A pesar de esto el señor marqués y el señor Ascanio antes de salir de la Guardia han hecho prender fuego á todas las casas, y anteriormente habian mandado destruir aquella poblacion y cortar las viñas. Ahora falta ejecutar el castigo, que segun han convenido estos señores en union con los cidores y fray Valerio, que se halla aquí de inquisidor, será terrible; puesto que quieren hacer conducir á estos hombres y tambien á las mujeres hasta el principio de Calabria y sus confines é irlos ahorcando poco á poco. Seguramente, si Dios con su misericordia no mueve á compasion á su santidad, el señor marqués y el señor Ascanio harán con ellos un grande escarmiento, si no lo evita quien puede hacerlo.

»La primera vez que salió el señor marqués hizo quemar á San Sixto y prender á algunos hombres de la guardia de dicho punto, que se hallaron presentes á la muerte de Castañeta, haciéndolos ahorcar y arrojar después por las torres, en número de sesenta; de modo que espero que antes de ocho dias se arreglará y concluirá este negocio y se marcharán á Nápoles. Monte Alto 5 de junio de 1561.

»Hasta ahora se ha escrito diariamente todo lo ocurrido respecto de aquellos herejes: al presente diremos que, hoy muy temprano se ha principiado á imponer á aquellos luteranos horrendos castigos, cuyo recuerdo estremece: eran encerrados en una casa, iba el verdugo, los cogia uno á uno poniéndoles una venda en los ojos, y luego los conducia á un sitio espacioso poco distante de dicha casa; hacia que se arrodillasen y con el cuchillo les cortaba el cuello, dejándoles de este modo; después tomaba la venda y el cuchillo llenos de sangre y volvia á coger á otro haciendo lo mismo. Así ha continuado ejecutando hasta en número de 88, cuyo espectáculo dejo á la consideracion de V. lo lastimoso que habrá sido. Los viejos van alegres á sufrir la muerte, pero los jóvenes marchan muy asustados. Se ha dado órden, y ya están aquí los carros, para descuartizarlos á todos, los cuales se colocarán sucesivamente por todo el camino que conduce hasta los confines de Calabria, si el papa y el señor virey no mandan al señor marqués que desista de su empeño. Todavia falta ahorcar á los otros porque no es posible ahorcarlos á todos á un tiempo. Se ha mandado que vengan hoy cien mujeres de las más viejas, á las cuales se ha puesto en el tormento, ajusticiándolas después con los demás para poder hacer una mezcla perfecta. Hay siete que no quieren ver el crucifijo ni confesarse, y serán quemados vivos. En Monte Alto á 11 de junio de 1561.

»Ahora, estando aquí en Monte Alto persiguiendo á los herejes de la Guardia Fiscalda y Casal de San Sixto, de los cuales en once dias se han ajusticiado dos mil y hay presos mil seiscientos condenados, habiendo seguido la ejecucion de más de cien muertos en el campo: se han hallado con armas cerca de cuarenta, y los demás desesperanzados en grupos de cuatro y cinco: se han quemado las dos ciudades y talado muchas posesiones.

»Estos herejes traen su orígen de las montañas de Agrogna en el principado de Saboya, y se llaman ultramontanos, en los cuales reinaba el *crescite* segun han confesado muchos. En este reino quedan otros cuatro lugares en diversas provincias; sin embargo, no se tiene noticia de que vivan mal. Son gentes sencillas é ignorantes, y hombres extranjeros, labradores y minadores, los cuales al morir se convierten con facilidad observando la religion y obedeciendo á la Iglesia romana. En Monte Alto á 12 de junio de 1562.»

Oficio de la manera que estaba en Roma (38). Tuvo la idea el rey Felipe de hacer este funesto regalo á Milan; pero la ciudad mandó en diputacion elevados personajes al rey, al papa y al concilio, para representar en qué desolacion sumiria al pais. La misma Roma tenia recelos de aquel tribunal, que no dependia de ella y se negaba á comunicarle sus procedimientos, de manera que se obtuvo el que este azote no se añadiese á tantos males como pesaban sobre la Lombardia.

Valtelina.—Ya hemos visto que gran número de desterrados italianos se habian refugiado en la Valtelina, pais que dependia de los grisones, y otros en Lugano, Mendrisio y Bellinzona, bailias suizas, donde se toleraban las nuevas doctrinas, y donde los italianos podian considerarse aun como en su patria, por el clima, la lengua y las costumbres. Este vecindario causaba inquietud al papa y al rey de España, como duque de Milan. En su consecuencia, Cárlos Borromeo, que habia ya establecido en esta ciudad el colegio helvético, pasó á Suiza con el título de delegado pontificio, y ejerció allí una jurisdiccion de sangre contra los hechiceros y herejes. Habíase formado principalmente en Locarno un núcleo de estos últimos (1580), bajo el mando de un tal Beccaria; pero como se les inquietó allí, pasaron los Alpes conducidos por un Pestalozzi, un Orelli y un Muralto, y se fijaron en Znrich, donde establecieron talleres y casas de comercio; Ochino fué su ministro.

Desde este momento residió un nuncio pontificio constantemente en Suiza, donde se fundaron escuelas de capuchinos en Altorf para las clases inferiores, y de jesuitas en Lucerna para las más elevadas. Concluyó el duque de Milan, bajo pretesto religioso, pero con un objeto político, una liga llamada *liga de Oro* ó *Borromea* con los cantones católicos escepto el de Soleura, para la conservacion de la Iglesia y la paz de los respectivos paises. Por estos tratados, concedieron los aliados al duque el paso por el territorio para él y sus ejércitos, con la facultad de reclutar hombres, y prometió por su parte sostenerlos con todos sus fuerzas. Esta division en liga católica y en liga protestante disminuyó la importancia política de la Suiza, perpetuó las inquietudes, y puso el pais á merced de los extranjeros. La guerra hubiera sido inevitable, si los cantones neutrales no se hubiesen interpuesto entre ambos partidos en interés de la concordia.

Las querellas religiosas produjeron mayores consecuencias en los grisones, entre los cuales Juan Comander, arcipreste de Coira, Enrique Spreiter, Juan Blaise, y Felipe Salucio, habian estendido las doctrinas de Calvino. En 1512, los grisones habian ocupado la Valtelina con los condados de Bormio y Chiavenna, que abren acceso á la Italia; y aunque hubiesen ocupado aquel pais como aliado por la paz de Jante, no tardaron en avasallarlo imponiéndole el más pesado yugo, el de la república conquistadora. Personas ignorantes, animadas sólo del deseo de enriquecerse, se enviaban á gobernarle; pero lo que más desagradaba, era que extendian ideas heterodoxas, favoreciendo á los reformados á espensas de los católicos, arrebataban á éstos sus iglesias, y recurrian á los abusos de autoridad, de costumbre en los paises en que los súbditos son de diferente religion que los dominadores. De aquí odios, querellas y violencias rechazadas por otras violencias.

Entre los mismos grisones, las diferencias religiosas se habian trasformado en facciones políticas. Encontrábanse dos en presencia una de otra: protestante y favorable á la Francia la una, dirigida por los Salis, y la otra católica y vendida á la España reconocia por jefes á los Planta; lo cual empeoró la condicion del pais, destrozado por la corrupcion extranjera y mal gobernado por la aristocracia, que hacia pesar la tirania sobre sus súbditos. Los protestantes tomaron aversion al partido austriaco, y animados por los predicadores, derribaron los castillos de los Planta, pusieron presos á sus adversarios, y establecieron en Tusis el tribunal estraordinario llamado el *strafgericht*, que era investido con poderes dictatoriales cuando la constitucion del pais estaba en peligro.

Entonces comenzaron las medidas violentas, los suplicios y los destierros. Nicolás Rusca, santo arcipreste de Sondrio, murió ahorcado, y estendióse la fama de que se tramaba una conspiracion para asesinar á todos los católicos de Retia y de la Valtelina. Entonces la piedad de los católicos se convirtió en odio, y su desaliento en furor; prontos en concertarse, asesinaron á todos los protestantes que habia en el valle, que se declaró independiente, y organizó un gobierno bajo la direccion de Jacobo Robustelli, alma de aquellos movimientos. Acudieron los grisones para vengarse y los triunfos se equilibraron: los católicos apelaron al Austria, para quien este valle era muy importante, como punto de union entre el Milanesado y sus Estados de Alemania; y no sólo invadieron la Valtelina, sino tambien la Retia. Sin embargo, despertóse la envidia de la Francia, y el papa tomó parte en el asunto; pero pasáronse varios años en guerras, en negociaciones y verdaderos desastres, para aquel valle tan disputado, cuyos habitantes no estaban en estado de sostenerse por su valor contra tan ter-

(38) Los napolitanos se opusieron á la inquisicion española, pero no á la que estaba establecida por medio de los obispos. En el *sitio* de *Capuana*, año 1571, se lee: «Nómbrense diputados para que vayan á dar gracias á monseñor ilustrísimo el arzobispo por tantas demostraciones como ha hecho contra los herejes y los judios, y á suplicarle se sirva hacer saber á Su Santidad la general satisfaccion que esperimenta toda la ciudad en que toda esta clase de personas sean castigadas y extirpadas con gran rigor por mano de nuestro ordinario, segun conviene y como siempre hemos suplicado, con sujecion á lo que establecen los cánones y sin intervencion de la corte secular, pero procediendo *santamente* en las cosas de la religion *tantum*.»

ribles ambiciones. En fin, casi sin escucharlos, firmóse una capitulacion en Milan (1639) por la cual se restituyó la Valtelina á los grisones, á condicion de que no habria allí protestantes ni inquisicion permanente.

De esta manera se estirpó la Reforma en Italia, aunque los italianos hubiesen, no sólo contribuido mucho á propagarla en otras partes, sino hasta deducido las consecuencias más rigurosas. Lutero habia conservado varios dogmas y la gerarquía aunque avasallándola al poder temporal; de lo que resultó que no se hizo otra cosa que arruinar la disciplina eclesiástica. Calvino se lanzó desde la inerte regularidad del luteranismo oficial á las osadías de la crítica; pero limitó sus derechos. Más lógicos los italianos, cumpliendo la doble disolucion de la gerarquía y la disciplina, unian á ella la de las verdades fundamentales, proclamaban la autoridad absoluta de la razon y se inclinaban al arrianismo.

La historia de los unitarios es interesante, no por las turbulencias que causaron y la sangre que hicieron derramar, sino por sus dogmas particulares, y por la moderacion con que fueron predicados. Sus predicadores no eran hombres de iglesia, acostumbrados al púlpito, sino jurisconsultos y médicos, que no admitiendo más regla que la Biblia, y no encontrando en ella espresado el dogma de la Trinidad, le desecharon enteramente. Tal vez Ochino, Capitone y otros reformados tenian algunas dudas contra este dogma, que fué abiertamente combatido por Luís Hetzer, sacerdote de Zurich, decapitado en Constanza por adúltero. Miguel Servet fué quemado en Ginebra por la misma herejía. En Italia los antitrinitarios encontraron más secuaces: probablemente fué en la academia reunida en Vicenza en 1540, donde se estendió primero esta enseñanza: tuvo por apóstoles á Juan Valentin Gentile, de Cosenza, que enseñó en Ginebra, en Francia, en Polonia, y que en fin, habiendo sido desterrado á Suiza, fué decapitado en Berna por haber infringido su destierro; el abate Mateo Gribaldi, de Pádua, profesor en Tubinga hubiera perecido con él si no hubiera muerto en su prision; y asimismo Juan Pablo Alciato, de Milan, que concluyó sus dias en Dantzik. Añádase el abate Leonardo, Nicolás Paruta, Julio de Treviso, Francisco de Robigo, Jacobo de Chiari, Francisco Nero, Dario Socino y Jorge Biandrate, de Milan.

Habiendo pasado á Suiza y Alemania, Lelio Socino, de Siena, se unió á los principales reformados, y vivió en casa del Melanchton; fué después en Polonia amigo de Francisco Lismanin, de Corfú, prior de los franciscanos y confesor de la reina Bona Esforcia, y la convirtió á su creencia. En fin, terminó sus dias en Prusia. Habia trabajado subrepticiamente, lo cual no impidió aumentarse el número de los antitrinitarios en Polonia (1555), donde se refugiaron los que perseguian tanto á Calvino como Lutero.

Pedro Gonez, de Goniacz, en la Podlaquia, se atrevió á publicar allí abiertamente aquel dogma, y los antitrinitarios fijaron su principal residencia en Pinczow, donde el duque Radzivil llamaba á los sábios. En 1574 imprimieron en Cracovia su catecismo, obra de Jorge Schoman, y tres años después, la version polaca del Nuevo Testamento, en la que Cristo es llamado «un hombre, nuestro mediador para con Dios, nacido de la sangre de David, elevado por el padre á la categoria de Señor y Cristo, es decir, del más grande entre los profetas, del más santo sacrificador, del rey más invencible, para quien Dios crió un nuevo mundo regenerado, y reconcilió y pacificó al universo, y dió la vida eterna á sus elegidos con el objeto de que después de Dios creamos en él, le adoremos, le escuchemos y le imitemos. El Espíritu Santo es una fuerza divina, cuya plenitud fué dada por Dios Padre á su único hijo, á fin de que gocemos de igual beneficio en calidad de hijos adoptivos.»

Fausto Socino, de Siena (1539-1604), educado por su tio Lelio, que no le comunicó todas sus opiniones antitrinitarias, estudió la jurisprudencia, después las ciencias en Lion; y habiendo heredado escritos de su tio, formó un nuevo sistema religioso. Después de haber estado ocupado doce años en la corte de Toscana, se trasladó á Basilea, donde publicó obras anónimas; después pasó á Transilvania y á Polonia. No quisieron recibirle allí en la comunion de los unitarios, en atencion á que difería de ellos en puntos esenciales; pero como era hombre de ciencias, bellas maneras, gran elocuencia y buen escritor, hizo tantos prosélitos, que á los antitrinitarios se les designó con el nombre de socinianos.

Andrés Wissowacio, su sobrino, publicó sus obras en la *Bibliotheca fratrum polonorum* (1636, 6 tomos en folio). Segun él, es la Biblia de orígen divino, y es necesario tomar en sentido literal las palabras que se refieren á Cristo. Hay en Dios una persona única; Cristo sólo es inferior á Dios en la majestad y poder que ha obtenido y adquirido con su muerte, su obediencia y su resurreccion. El hombre era mortal antes de su caida; de otra manera, aboliendo Cristo el pecado, le hubiera sustraido á la muerte; el pecado original no se trasmite. El hombre ejerce libre albedrío; la doctrina de la predestinacion subvierte toda religion, y la omnisciencia divina no comprende las acciones humanas. Las buenas obras son necesarias á la justificacion. Jesucristo no ha redimido los pecados de los hombres, en atencion á que Dios los habia perdonado ya antes, y no instituyó el bautismo por el agua; es una accion alegórica que significa la iniciacion (39).

---

(39) Se encuentra el sistema de los socinianos en el segundo catecismo de Rakow, redactado por él y por Pedro Stoinski *(Statarius)*, 1574.

Véase á la Reforma en sus últimas consecuencias.

Formáronse treinta y dos sectas en Polonia después de Socino, sin estar acordes entre sí, más que en negar la divinidad de Jesucristo, y que como los mahometanos, reducian el dogma á un solo Dios y á castigos y recompensas finales.

Como se ve, durante el reinado de Cárlos Quinto, cuya historia vamos á terminar inmediatamente, aconteció la lucha más importante de los siglos modernos, lucha que tanto habia de influir no solo en los destinos de Europa, sino tambien en los de todo el mundo civilizado, puesto que éste desde entonces se halla dividido en dos campos: el catolicismo y el protestantisimo.

CAPÍTULO XXII

MUERTE DE CÁRLOS QUINTO.—BATALLA DE LÉPANTO.

La historia debe adoptar en adelante otra distincion, la de paises católicos y paises protestantes. La España, que habia tomado desde su orígen un carácter religioso, se encontró en aquel siglo á la cabeza de los primeros. Habíase acostumbrado, por otra parte, en sus guerras con los moros, á considerar como una sola cosa la nacion y el cristianismo, y como señal de la pureza de la sangre la de la fe. Aquella generosa nacion habia adquirido en ocho siglos de combate un sentimiento profundo de patriotismo, un apego leal á su fe, noble amor hácia sus príncipes, á quienes queria tener por señores y no por tiranos. La defensa de sus derechos contra el enemigo de la patria y contra las usurpaciones del gobierno, le habian inspirado una elevada idea de sí misma, al paso que su valor se habia ejercitado en la clase de combates más propia para formar héroes, en la guerra de partidas sueltas.

Cuando se reunió bajo una sola dominacion, parecia que habia de presentarse á la Europa como la nacion más grande y más temible: pero las circunstancias cambiaron su carácter. Habia recibido de Isabel y del cardenal Jimenez de Cisneros una tinta eclesiástica; la inquisicion se habia convertido allí en una institucion política, útil para conservar la importancia real y sostener la obediencia de los súbditos; pero asustando á los grandes, asegurando la docilidad del pueblo y comprimiendo el pensamiento, se acostumbraba al odio y á la sangre. En las guerras extranjeras los españoles desplegaron la ferocidad de los bárbaros, ocupados únicamente en ejecutar la voluntad de los jefes, dando rienda suelta á su brutalidad y avaricia contra los enemigos de sus señores, ya se llamasen italianos ó franceses, flamencos ó americanos. Los hijos de aquellos admirados modelos de lealtad caballeresca se permitian los actos de perfidia más innobles y desvergonzados. La dinastía extranjera que fué á reinar á España, ignorando las costumbres del pais y orgullosa con la gloria que habia marcado sus primeros pasos, no pensó más que en evitar las trabas que las libertades históricas ponian al despotismo, y disminuir el poder de los obispos y el de las cortes. Consideró la independencia como una insubordinacion, y fué á sus ojos un acto de sedicion el atreverse á reclamar los antiguos derechos. Resultó de esto que después de haber creido la España en la alianza de la religion y de la libertad, que habian nacido juntas, vió la una conculcada y la otra anonadada.

Ya se recordará de qué modo Cárlos Quinto redujo á las cortes al silencio, haciendo ejecutar á Padilla y á una veintena de los demás, después de lo cual proclamó el perdon y se dedicó á fortificar la autoridad real. Después de escluir de las cortes á los nobles y á los esclesiásticos, impuso á las comunidades la fórmula de los mandatos que debian dar á sus diputados, mandatos que se limitaron en suma á recomendarles hacer lo que el rey dispusiera. Reducidas de esta manera las cortes á una asamblea de pura forma, no pudieron reunirse sino para votar dinero, sin tener siquiera la facultad de reclamar contra los abusos del gobierno. Una vez abolidos los privilegios de las ciudades, caminó el comercio á su decadencia. Obligado después Cárlos Quinto, por sus interminables guerras, á pedir subsidios estraordinarios, reunió las cortes en Toledo; pero encontrándolas tenaces, se decidió á disolverlas, y convocó en su lugar sólo á los diputados de las diez y ocho ciudades representadas, alegando que sólo los ciudadanos pagaban el impuesto.

De esta manera se destruyeron las comunidades; despojada la nobleza de aquel poder de que estaba tan orgullosa, porque lo habia adquirido con

su sangre derramada por su patria, no fué ya llamada á concurrir con su rey á la confeccion de las leyes; convertida en real de feudal que era; abrió sus filas á la corrupcion, tuvo á gloria su absoluto afecto hácia el príncipe, aun cuando cesó de ser el primero de los héroes, y disfrazó, en fin, con pomposos títulos, realzados con un fausto imponente su nulidad política.

El mismo vencedor no encontró gran provecho en su triunfo, y la úlcera roedora se descubria bajo aquella grandeza que hacia temblar á toda Europa. Pobre en medio de sus inmensas posesiones, y precisado por la falta de dinero á interrumpir todas sus empresas; mal servido por soldados que por falta de sueldo se dispersaban en el momento más importante; sin haber conquistado un solo reino, á pesar de tanta guerra y paises confiscados, Cárlos Quinto no pudo preservar á ninguno de sus Estados de la invasion extranjera, escepto la parte mas retirada de España. Fuéle preciso retroceder ante los turcos y verlos adelantarse por Europa más de lo que lo habian hecho en la época de su mayor poder.

Tres fines se asignan á la política de aquel príncipe: destruir la diversidad de religion, derribar la constitucion germánica, é introducir un gobierno hereditario en provecho de su familia; mas no consiguió ninguno de sus proyectos. Quiso la obediencia pasiva, y la oposicion de la reforma se suscitó contra él; aspiró á la monarquia universal, y sacrificó á ella las repúblicas italianas; pero la Suecia y los príncipes alemanes se opusieron, y ligándose contra él, le precisaron á batirse en retirada cuando se creia seguro del triunfo. A lo más pudo conceder una dilacion á los disidentes, que se aprovecharon de ella para aumentar sus fuerzas. Sin tener á su disposicion más que recursos que no estaban en proporcion con sus designios, vióse obligado á recurrir á los espedientes rentísticos, que arrebataron los capitales á la circulacion y crearon el pauperismo industrial. Acostumbráronse las tropas á vivir del saqueo, á falta de paga, y toda clase de estorsiones suplieron á las contribuciones regulares. El monopolio de los oficios, los derechos onerosos de entrada y salida, las fábricas imperiales y las licencias costosas, eran abusos puestos ya en práctica; pero Cárlos Quinto los convirtió en medios habituales de administracion: la libertad del comercio fué reemplazada por restricciones y exclusiones y las colonias sacrificadas á la metrópoli. Separóse el espíritu público de los medios comunes de produccion, para dedicarse á operaciones espuestas. Todas las formas protectoras fueron abolidas por gobernadores despóticos, y la aristocracia de los pergaminos y de la espada volvió á tomar importancia de tal modo que produjo un feudalismo bastardo (1). Entre tanto confiaba á la ventura y á la avaricia la conquista del Nuevo Mundo, que hubiera podido ofrecer campo al valor guerrero de la nacion y ayudar á las empobrecidas rentas

Uno de los hechos mas importantes y menos observado del reinado de Cárlos Quinto (que el mismo Robertson no trata), fué la introduccion en el imperio de una legislacion general. Habíanse esforzado los emperadores en consolidar en él el derecho romano; pero los señores permanecian firmemente afectos á las antiguas costumbres. Absortos entonces por la querella religiosa y el temor de perder su libertad, no fijaron su atencion en las *Carolinas*, constitucion penal obligatoria promulgada por Cárlos Quinto durante la dieta de Ratisbona de 1532, que atribuia al derecho escrito los casos imprevistos, y al trono la decision de las causas. De esta manera se encontraron destruidos los restos del procedimiento aleman, al cual se sustituyeron la instruccion secreta y el tormento. Sólo por consideracion á las antiguas costumbres debia el juez ser asistido de dos personas, tuviesen ó no los conocimientos necesarios, lo que importaba poco; ahora bien, este acto fué la base de la ley y de la instruccion criminal en Alemania.

Fernando, su hermano, á quien hizo elegir rey de los romanos, lo puso todo por obra para hacerse reconocer por los Estados descontentos; y fué después un obstáculo insuperable para Cárlos Quinto cuando éste quiso hacer pasar á la cabeza de Felipe, su hijo, la corona imperial. Tenaz en obtener para este hijo lo que no habia podido obtener para sí mismo, empleó Cárlos Quinto las amenazas y promesas para determinar á Fernando á cederle sus derechos al imperio. Le preparó la soberania de Inglaterra haciéndole contraer matrimonio con la heredera de aquel reino; y sólo dió trescientos mil escudos á su hija, aunque le habia prometido en dote el ducado de Milan, con objeto de no disminuir los Estados de Felipe. Poco reconocido sin embargo aquel príncipe á tanto afecto, lejos de contentarse con Nápoles y Milan, aspiraba tambien á los Paises-Bajos; y para obtenerlos no consideraba ni á su padre. Cansado de tantas contradicciones, adquirió Cárlos Quinto tristeza y recelos; y en el espacio de nueve meses no puso una firma ni dió una órden. Resuelto en fin á abandonar á su hijo los Paises-Bajos y la España, verificó esta renuncia en Bruselas en una pomposa asamblea, donde se alabó con razon de su prodigiosa activi-

(1) «Esta fué la época de todas las malas ideas, de todos los malos sistemas de industria, política y religion: no cometemos en el dia una falta, ni obedecemos á una sola preocupacion industrial, que no nos haya sido legada por aquel poder maléfico, bastante fuerte para convertir en ley sus más fatales aberraciones. No, nunca la ciencia encontrará términos bastante enérgicos, ni la humanidad bastantes lágrimas para atacar y deplorar las acciones nefastas de aquel reinado. Felipe II, de siniestra memoria, no ha hecho más que sacar las consecuencias; Cárlos Quinto fué quien sentó las bases. Pero los atentados del hijo cesaron con su vida, y las doctrinas del padre son un obstáculo, después de tres siglos, á la marcha de la civilizacion.» BLANQUI, *Hist. del' econ.*, I, XIV, 21.

dad, recordando que hacia diez y siete años que su pensamiento no habia cesado de tener por objeto la gloria del gobierno; que habia querido verlo todo por sí mismo; que con este fin habia estado nueve veces en Alemania, seis en España, cuatro en Francia, siete en Italia, diez en los Paises-Bajos, dos en Inglaterra, otras tantas en Africa, y que habia atravesado once veces los mares. Añadió que se acordaria siempre del afecto de sus flamencos, y rogaba á Dios por su prosperidad. No obstante, no recomendó á Felipe hacerse amar de sus súbditos y sí sostener la santa fe y la inquisicion (2).

Poco después renunció en favor de su hermano Fernando sus posesiones de Alemania y el título de emperador (1556); y como descargado de un insoportable peso, volvió á aquella España que no habia satisfecho ni en sus intereses ni en sus sentimientos. Apenas desembarcó en Vizcaya, cuando se prosternó en el suelo esclamando: *¡Oh madre comun, desnudo he salido de tu seno, y desnudo vuelvo á él!* Dos años vivió en el convento de Yuste, en Estremadura, cultivando su pequeño jardin y ocupándose en trabajos mecánicos y ejercicios de piedad. Como no podia conseguir poner acordes dos relojes: *¡Qué loco era!* esclamó, *¡he pretendido, no obstante, reducir á la uniformidad tantos pueblos diferentes en su lenguaje y clima!* Permaneció atormentado por dolores de gota y por arrepentimientos de su abdicacion. Viendo que ya el mundo no pensaba en él, quiso gozar anticipadamente de los honores de la tumba, y se hizo hacer sus funerales, acostado en su ataud (3), á donde no tardó en bajar realmente, á la edad de cincuenta y ocho años (1558). Reanimóse entonces para él el esplendor imperial eclipsado por un momento. Celebráronse en su honra sesenta y cuatro mil misas, y dos mil catafalcos, que costaron seis millones de ducados, rodearon los restos de aquella gloria, cuya vanidad habia proclamado.

Cárlos Quinto fué uno de los hombres más notables y más funestos de que la historia hace mencion. La opresion de la Italia, las matanzas de los Paises-Bajos, sus vacilaciones en Alemania, su ignorancia en economia política, no deben, sin embargo, hacer desconocer su grandeza. Sencillo en su manera de vivir, detestaba la embriaguez; ignoró el reconocimiento y conoció poco la confianza; irascible, obstinado, no sufria contradicciones, y tanto más tenaz en sus voluntades cuanto más adelantaba en edad, no hacia más que su gusto. No fué guerrero por su caracter, sino sólo por hacer frente á Francisco I, y la prosperidad de sus armas le inspiró osadia. Preguntándole los diputados de Barcelona el dia de su entrada en aquella ciudad, después de su coronacion como emperador, de qué manera queria ser recibido: *Como antes*, contestó; *el conde de Barcelona vale en mi opinion tanto como el emperador de los romanos.* Cuando iba á embarcarse para Argel, tratando Andrés Doria de inclinarle á no verificarlo por la mala estacion, le decia: *Si nos damos á la vela, todos pereceremos*; mas él contestó: *Vos después de haber vivido setenta y dos años, yo después de veintidos de imperio.* Viéndole el conde de Buren, con quien tenia mucha familiaridad, cojear por la gota, le dijo: *El imperio cojea.—No son los piés los que gobiernan*, replicó, *sino la cabeza.* Después de su abdicacion vió su bufon, Pedro de San Erbas que se le quitaba el sombrero, lo cual le sorprendió mucho; pero el emperador le dijo: *No me queda otra cosa que darte que esta demostracion de cortesania.*

Le gustaba leer á Tucídides en italiano, y las Memorias de Comines. Como los grandes de su corte se manifestaban descontentos de que se entretenia mucho tiempo con Guicciardini, les contestó: *En un abrir y cerrar de ojos puedo hacer cien grandes como vosotros*; *pero sólo Dios puede hacer un Guicciardini.* Habiéndose caido al suelo el pincel del Ticiano cuando hacia su retrato, le recogió diciendo: *El Ticiano merece ser servido por César*, y añadió: *Es la tercera vez que me dais la inmortalidad.* Tambien dijo: *Los literatos me instruyen, los negociantes me enriquecen, los grandes me despojan.* Aun se citan en él las palabras siguientes: *La larga reflexion es la garantia del buen éxito. El tiempo y yo contra otros dos. Los Estados se gobiernan por sí mismos cuando se les deja obrar; los innovadores no producen más que turbulencias.* Decia tambien que un buen ejército debia tener la cabeza italiana, el corazon aleman y el brazo castellano.

La casa de Austria tiene con justicia orgullo por haber producido un hombre sin haber tenido el segundo, y que la elevó á tal altura, que toda la Europa tembló por temor de verse sujeta á su yugo. La Italia no puede pronunciar su nombre sino suspirando; la Iglesia considera en él á un príncipe indeciso, que no supo conservar vigorosamente lo pasado, ni dirigir los movimientos sérios, que hacian dar en el porvenir mayor importancia á los nuevos intereses de los príncipes y de los pueblos. No consiguió sacar de las guerras, estremadamente sangrientas, y de las severas persecuciones más que *treguas* é *interinidades*; dejó á los turcos que tomasen á Rodas, cuando su más honrosa mision, como jefe de la cristiandad, era triunfar de ellos. La gloria de la espedicion de Tunez fué empañada con el desastre de Argel.

Fuele, sin embargo, preciso gran inteligencia y valor para sostener la guerra civil en España, el

---

(2) Véanse las instrucciones de Cárlos Quinto á Felipe II, traducidas al francés por Antonio Teissier. La Haya, 1700, en 12.°

(3) Maximiliano I padeció tambien aquellos accesos de melancolia. Descontento de un palacio que hacia edificar en Inspruck: *Haré construir*, dijo, *otra morada*, y llamando á un carpintero le encargó un ataud; después le hizo poner con los paños y todos los objetos necesarios á los funerales, en una caja que llevaba continuamente consigo, y muchas veces le dirigia la palabra. FUGGER.

ataque de los turcos guiados por un gran capitan, la rivalidad de la Francia, y hacer frente á las sublevaciones de los protestantes. Aunque no consiguió ninguna de las empresas; aunque no pudo, en el espacio de treinta y cinco años, hacer otra cosa que manifestar la impotencia de su genio contra imperiosas circunstancias; aunque concluyó por abandonar una carga, de la que no habia conocido más que las penalidades, no se le puede negar el nombre de grande en un siglo en el que los grandes hombres abundaron.

Cuando los turcos se lanzaron desde el Norte y desde el Mediodía, comprendió la oportunidad de la cruzada, de que Jimenez de Cisneros habia dado la señal. La guerra que comenzó contra los turcos no concluyó con él, y Selim, sucesor de Soliman, rompió la paz que duraba hacia treinta años con Venecia, sólo por el motivo de que los vinos de Chipre eran de su gusto (4). Cien galeras y doscientos veinte y cuatro barcos de menor porte, tripulados por cincuenta y cinco mil turcos con una formidable artilleria servida por renegados italianos y españoles, atacaron á aquella mal guardada isla. Después de torrentes de sangre vertida, sucumbió Nicosia, donde fueron pasados á cuchillo veinte mil hombres, y cayó en poder del enemigo. Pafos y Limasol sufrieron igual suerte. Pio V habia hecho un llamamiento á toda la cristiandad en aquel peligro urgente; pero Felipe II fué el único que contestó á él, y la escuadra aliada no llegó sino dos meses después de la toma de Chipre.

Negociantes de Génova, caballeros de Malta, nobles de todos los paises abandonaban aun sus familias, los placeres y las cortes, para ir á pelear contra los turcos con no menos ánimo que valor, fuera en las galeras, en Hungría ó en Transilvania. Pero ya no eran aquellos piadosos cruzados que, sin pensar en la gloria, morian ignorados como habian vivido, por Jesús y María; tenia ya mucha parte la vanidad, la bravata, el deseo de adquirir un nombre y recompensas, hacer contar sus proezas en la corte y ganar un hermoso priorato ó una odalisca. Marco Antonio Colonna mandaba las galeras del papa, Venecia puso ciento veinte y seis en el mar, la Sicilia cuarenta y nueve, á las órdenes de Andrés Doria, que por envidia tal vez de la ciudad rival de su patria, bordeó y llegó tarde. Durante aquel tiempo Marcos Bragadino se defendia en Famagusta como un héroe; y después de haber rechazado seis asaltos, capituló con honor. Lala Mustafá, que habia manifestado deseo de ver á aquellos valerosos cristianos, habiéndole invitado acudir en su tienda, acompañado de algunos de sus oficiales, fué hácia ellos; pero habiéndose suscitado una cuestion, los hizo ahorcar, descuartizar y desollar, y trató á Famagusta como á ciudad enemiga.

Batalla de Lepanto.—Reconociendo entonces los cristianos el peligro comun, se convinieron en reunir cincuenta mil infantes y cuatro mil caballos: se determinó que Felipe II proporcionaria la mitad de los gastos, Venecia una tercera parte, el papa una sexta, y que el botin se dividiria en la misma proporcion; las conquistas de Europa y Asia debian ser de la república, y las de Africa de España. Dióse el mando de la escuadra á don Juan de Austria, bastardo de Cárlos Quinto. Florencia, Saboya, Ferrara, Urbino, Parma, Mántua y las repúblicas de Génova y Luca se asociaron á la empresa. Habiéndose dado á la vela los confederados en Mesina, vieron á la altura de las islas Curzolari á la escuadra turca, que compuesta de doscientas veinte y cuatro velas, salia del golfo de Lepanto (7 octubre de 1571), á las órdenes de Alí Bajá. «Entonces colocaron en el sitio más alto las imágenes de Cristo crucificado... y estando todos arrodillados delante de ellas y cada uno pidiendo humildemente perdon de sus pecados, se aumentó de tal modo el ánimo de pelear y el valor en los soldados cristianos, que en un momento y casi como por milagro se levantó por toda la armada en general un grito de alegria, que repitiendo en voz muy alta: *¡Victoria! ¡Victoria!* podian oirlo hasta los mismos enemigos (5). Llegaron á las manos: Alí fué muerto; asustados y destrozados los turcos, sufrieron la pérdida de veinte y cinco mil muertos y diez mil prisioneros; quince mil cristianos encadenados en sus galeras recobraron la libertad.

Las relaciones de aquella época atribuyen á los venecianos el mérito de aquella victoria; pero la opinion popular honró con él á don Juan. A la noticia de aquel triunfo, esclamó el papa en su alegria: *Fuit homo misus a Deo, cui nomen erat Johannes;* pero el impávido y envidioso Felipe dijo: *Ha vencido sin duda; pero ha arriesgado demasiado,* y no le permitió aceptar la corona de Albania y Macedonia, que le ofrecian los cristianos de aquellos paises (6). Sintió la cristiandad aun por un momento su unidad, y la santificó con milagros: atribuyó la victoria de Lepanto á la Virgen, cuyo rosario recitaban todos los fieles á la hora en que se dió la batalla; y eternizó con una fiesta anual la memoria de aquel acontecimiento y de aquella devocion.

---

(4) El renegado José Massy habia obtenido de Selim, en un momento en que este príncipe estaba ébrio, la promesa de la isla de Chipre. En su consecuencia, hizo todo lo posible para obtenerla, y tal vez debe atribuírsele el incendio del arsenal de Venecia (1569), y el del polvorin, que causaron tan inmensos perjuicios á la ciudad.

(5) SERENO, *Comm. de la guerra de Chipre*, pág. 191.

(6) En Venecia se celebraron fiestas muy solemnes. Todo el pórtico de Rialto, en donde se hallaban los comerciantes, fué adornado de telas azules y encarnadas: las tiendas con armas y despojos turcos, entre los que se esponian bellas pinturas de Gianbellino, Ticiano, Pordenone, Giorgione y Rafael: tambien habia arcos, banderas, adornos, hachas, candeleros y grandes linternas. SANSOVINO; *Venecia, ciudad muy noble y singular*, lib. X.

CAPÍTULO XXIII

PAISES-BAJOS.—ESPAÑA.—PORTUGAL.

Así como Fernando el Católico, Cárlos Quinto habia buscado en la conquista de la Italia un medio de dominar en Europa; habia dado con esto importancia á las armas españolas, y sofocado la libertad. Separada ya la España del imperio, procuraba conservar aquella supremacia apoyándose, no en fuerzas extranjeras, sino en su situacion y en su propio genio. Pero Felipe II, cuyo padre en vano habia procurado conciliar el amor de los alemanes y de los españoles, no obtuvo siquiera el de sus compatriotas. Lejos de tener el genio cosmopolita de Cárlos, se manifestó enteramente castellano, no habló más que su lengua ni quiso otra religion ni constitucion que la española. Heredero de la mitad del mundo caminó, de prosperidad en prosperidad por espacio de cuarenta años; tuvo consejeros de una habilidad admirable, capitanes de genio y de valor á toda prueba; su infanteria fué la mejor, y su marina la más poderosa que hubo en Europa. En todas partes batió á los insurrectos, conquistó á Portugal y consiguió las dos insignes victorias de Lepanto contra los turcos y de San Quintin contra los franceses. Sus inmensas colonias le proporcionaron inagotables tesoros. Su literatura nacional tuvo en su reinado su siglo de oro, y sin embargo, con él comienza la declinacion del Austria y la deplorable ruina de España.

No era ya en constituir una monarquía universal en lo que pensaba, sino en inquietar á los reinos más bien que en conquistarlos. Siendo su intencion hacerse absoluto en sus Estados y fuera de ellos, no por la guerra sino por las elucubraciones de la política, y volver la Europa al catolicismo con la violencia; aparece en las historias de la época como espantajo de toda libertad, y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Estendió por Alemania, Francia é Inglaterra los millones adquiridos á precio de la efusion de sangre americana, para comprar alli torrentes de sangre cristiana. Creia fuerte su voluntad porque era obstinada, y habiéndose puesto al abrigo de los remordimientos con la devocion, se forjaba un deber á su modo. La independencia religiosa era á sus ojos un crimen de lesa majestad; por esto fué su principal aliada la inquisicion, cuyos rigores parecian justificados ó escusados por los males que la herejía habia producido en Alemania y Francia. Como asistiese á un auto de fe, contestó á uno de los condenados que le hacia un cargo por tolerar tan bárbaro suplicio: *Se lo haria sufrir á mi hijo si fuera hereje.*

Holanda.—Su celo por introducir por todas partes la inquisicion produjo la rebelion de los Paises-Bajos, acontecimiento el más importante de su reinado. El nombre de Holanda (1) indica la naturaleza de aquella comarca, formada de la llanura que desciende al mar de Alemania, y está en varios puntos hasta bajo el nivel del mar. El hombre está allí, pues, destinado á luchar sin cesar contra la naturaleza, dirigiendo las aguas por infinidad de cauces para fecundar el tereno formado sobre piedra, y oponiendo poderosos diques al Océano, que en sus momentos de calma, balancea sus olas más elevadas que los techos de los industriosos habitantes. Se encuentran alli como en una ciudad sitiada sus atentos vigias, dispuestos á dar la señal de cerrar las salidas y salvarse si el terrible elemento llega á inundar algun punto. No hay año que no se abra paso por uno ú otro lado: entonces la desolacion se estiende por toda la campiña, en la que resuenan gritos de alarma y el sonido de la campana. Todos se apresuran á apoderarse de los objetos de su afecto, cargarlos en barcas y huir, bogando por encima de las casas y jardines donde

(1) *Hol land*, pais hondo

habian esperado gozar con ellos de felicidad. Todos los hombres hábiles se dirigen al punto donde se ha verificado el rompimiento, para oponerse á la inundacion, trabajando de dia al ardor del sol, y de noche á la claridad de las mil luces, y apresurándose con ayuda de nuevos terraplenes á rechazar al Océano hasta sus antiguos límites, para comenzar á disputarle pié por pié aquellas tierras pantanosas que amenaza continuamente con sus olas.

Inmensos diques construidos de piedras y troncos de árboles en un pais donde no hay selvas ni canteras, atraviesan el territorio, donde sirven de caminos. Por otra parte las dunas de arena invaden los terrenos cultivados; pero el hombre las detiene oponiéndoles plantaciones. Los nombres terminados en *dyk* y en *dam*, tan numerosos en aquellos puntos, indican los lugares que han salido de las aguas; y llaman *broeksel* á un pantano, y no era otra cosa la isleta del Senna, en la que un obispo de Arras, en el siglo VIII construyó una capilla, que llegó á ser después la ciudad de Bruselas, y Luis Guicciardini dice que hasta 1048 la estipulacion de los contratos se hacia para el caso en que el mar no se llevase el fundo en el espacio de diez años. Añadamos que esta inundacion se renueva tres ó cuatro veces cada siglo dejando lagos donde se habian formado jardines, é islas donde flotaban navíos. Cuéntase desde 516 hasta 1273 cuarenta y cinco sumersiones. La de 1287 sepultó á ochenta mil hombres; el 18 de Noviembre de 1421 las olas se estendieron por una estensa llanura y sumergieron setenta y dos aldeas con cien mil habitantes. No quedan mas que algunos islotes donde se encontraba la ciudad de Dordrecht; en 1570 se ahogaron cien mil personas; pero desde entonces los holandeses triunfaron de su enemiga á pesar de las irrupciones de 1659 y 1718. En 1770 se abrió el mar un paso de más de cien piés de ancho en la Frisia, y se emplearon todas las velas de los barcos destinados á la pesca de la ballena para cerrar las fugas de los diques. El 3 y el 4 de febrero de 1825 acaecieron nuevos desastres: más de treinta aldeas de Güeldres y de la Frisia fueron cubiertas por las aguas, con cuatro ó cinco mil arpentes de tierra. Dícese que perdieron la vida cincuenta y dos mil personas.

La frecuencia de los desastres hizo que se estableciese entre los holandeses el espíritu de asociacion, de asistencia mútua, así es que los cultivadores, reducidos á la miseria por las inundaciones, encuentran prontos y generosos socorros.

Escesivamente sóbrios, moderados, amantes del trabajo, instruidos, y por consecuencia poco inclinados al crímen, enemigos del lujo y de toda profusion inútil, los holandeses aman la limpieza, las colecciones de flores y cosas raras; saben sacrificar lo presente al porvenir, y esto es lo que hace que empleen grandes capitales en empresas, cuyos resultados se hacen aguardar mucho tiempo. El holandés contrae en medio de las vicisitudes á las cuales está espuesto, la tenacidad que le distingue entre los demás pueblos de la Europa moderna, la habilidad en obtener, la perseverancia en observar. De esta manera es como ha conseguido hacerse con el mar, objeto constante de terror para él, un medio de poder y dominar en los territorios más remotos.

Circunstancias particulares ayudaron á su prosperidad. En 1198 Houlloz descubrió el carbon mineral que producia el territorio. El pescador flamenco Juan Beukeltz mereció una estatua por haber encontrado en 1416 el medio de salar y prensar el arenque, que es la riqueza del pais, y puesto de esta manera á sus compatriotas en estado de proveer de este artículo á todo el mundo. En 1230 una revolucion natural separó á la Holanda septentrional de la Ostfrisia, de la que antes no estaba dividida más que por un lago, á través del cual pasaba un brazo del Rhin. Habiendo sido rechazadas las aguas del rio hasta el mar del Norte, sumergieron todas las tierras situadas al Norte del lago, que es el llamado en el dia de Zuydersee, y al cual ha debido Amsterdam su prosperidad.

No fueron menores las agitaciones políticas en este pais que los movimientos de la naturaleza. Los gobernadores colocados en él por los sucesores de Carlomagno, se habian hecho independientes bajo los nombres de condes de Holanda y Flandes, de duques de Brabante y Güeldres, sin contar el obispado de Utrecht y la Frisia, que formaban casi un reino. Una gran parte de los Paises Bajos pertenecia al antiguo reino de Lorena; de aquí procedió el que fuesen reunidos á la Alemania hasta el momento en que los duques de Borgoña los separaron de ella (1363). Habiendo tocado en herencia á Felipe el Atrevido, hijo del rey de Francia, Juan I, el ducado de Borgoña, contrajo matrimonio con Margarita, hija de Luis II, último conde de Flandes, y en su consecuencia heredó con aquella provincia el Artois, el Franco-Condado, Nevers, Rethel, Malinas y Amberes (1428), Felipe el Bueno, su nieto, compró el condado de Namur; heredó los ducados de Brabante y de Limburgo; obtuvo de Jacoba de Baviera, por tratados, los condados de Hainaut, Holanda, Zelanda y Frisia (1473); ocupó el Luxemburgo por un convenio hecho con la princesa Isabel sobrina del emperador Segismundo, y Cárlos el Temerario le unió después el condado de Zutfen.

En un principio la Holanda habia sido eminentemente caballeresca, y habia dado á Jerusalen sus primeros reyes y á Constantinopla su primer emperador en la cuarta cruzada. Pero después sucumbió el feudalismo bajo una nobleza comerciante; y las ciudades, cuyos privilegios se habian aumentado con la debilidad de los señores, cifraron su gloria en el comercio. Ciento cincuenta barcos mercantes entraron en el puerto de la Eclusa en un solo dia del año 1468; quince compañias de comercio existian en Brujas, además de las factorias anseáticas. Después, cuando en tiempo de Maxi-

miliano de Austria, un bloqueo de diez años arruinó la Eclusa, Amberes se aumentó á sus espensas, y llegó á ser, gracias á su rio, en el que pueden fondear barcos de alto bordo, la ciudad más comercial de la cristiandad; dos ferias que duraban sesenta dias cada una, reunian allí todos los años á gran número de mercaderes. Cuando las vias del comercio cambiaron, los portugueses hicieron el de las especias, que los italianos se veian obligados á ir y comprar, al mismo que los anseáticos trasportaban los géneros del Norte; resultó de esto que la ciudad contuvo bien pronto cien mil habitantes; que en su puerto fondeaban todos los dias cerca de trescientos barcos, que cada semana se veian llegar dos mil carros de Alemania, Francia y Lorena, y que en un mes hacia más negocios de cambio que Venecia en dos años. Al comercio se añadieron las manufacturas de telas, encajes y quincalleria: de esta manera llegó á ser el pais uno de los mas ricos y poblados del mundo: algunas ciudades pudieron armar hasta veinte mil hombres; y en el siglo XV se contaban trescientas cincuenta y ocho ciudades, de las cuales doscientas estaban amuralladas, y seis mil trescientas aldeas con campanario, al paso que en tiempo de los romanos no existian en los mismos lugares, más que una docena de aldeas y algunos campamentos.

Los habitantes asociaban al lujo la templanza, y tanto entonces como en el dia, la limpieza, el deseo de verlo todo aseado y brillante era su mania. Cuando Felipe el Hermoso hizo su entrada en Brujas, admirada su mujer de los trajes elegantes de aquellas mujeres de mercaderes, esclamó: *¡Cómo! Creia ser la única reina y las encuentro aquí á centenares.* Margarita, mujer de Enrique IV, se maravilló al ver el palacio del obispo Erardo de La Marck, «tan bien dorado y con tantos mármoles, que no se puede imaginar nada más magnífico y delicioso.»

De esta manera era como los Paises-Bajos adquirian sin cesar mayor prosperidad cuando el matrimonio de Maria, hija de Cárlos el Temerario, con Maximiliano, valió á la casa de Austria once provincias, á saber: los ducados de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo; los condados de Flandes, de Hainaut, de Namur y Artois, de Holanda y de Zelanda; el marquesado de Amberes y el señorio de Malinas. Felipe, nacido de aquella union, y Cárlos Quinto, su hijo, le añadieron la Frisia y Utrecht con Over-Yssel, Güeldres con Zutfen, Groninga y Cambray; Cárlos Quinto le unió tambien el Franco-Condado, y formó de todo un principado reunido al imperio bajo el nombre de círculo de Borgoña (1548); mandando por una pragmática que fuesen indivisibles, y poniéndolas bajo la proteccion del Imperio, con obligacion de respetar la paz general, aun cuando quedasen como soberanias libres, independientes de la jurisdiccion del Imperio y de la Cámara.

Aunque estos paises estuviesen gobernados por un *estatuder* ó vicario, el vínculo que los unia era débil, porque cada uno tenia sus Estados aparte. y compuestos de una manera diferente; pero los tres órdenes enviaban representantes á los Estados generales. Gozaban de varios privilegios, entre otros el de no recibir nunca tropas extranjeras.

Orgullosos con semejantes prerogativas, á duras penas se resignaban á soportar el dominio de España; por lo que Carlos Quinto, que conocia la importancia de los Paises-Bajos, y amenazaba á Paris con meterle en su *guante* (Gante), decia: *Mi pais será rico ínterin las mujeres de Flandes tengan dedos;* pero aunque en el catálogo de sus victorias le colocaba en primer lugar y le visitó diez veces y aparentó preferirle á la nobleza castellana, cada dia que pasaba le parecia más difícil tenerle á raya, y sofocar los lamentos, que arrancaba la enormidad de los impuestos, que llegaron á ascender á 40,000 escudos de oro.

En este estado se introdujeron en el pais con el comercio las ideas de los innovadores: Edgardo, conde de Ostfrisia, dió á conocer desde un principio los escritos de Lutero, ya bien acogidos por otros príncipes. Al mismo tiempo la necesidad de aumentar la poblacion hacia que se recibiese voluntariamente á los protestantes fugitivos de los demás paises. Cárlos se asustó de aquellas disposiciones, y lejos de prestarse á la tolerancia que usaba en Alemania, prohibió tener en su casa y leer las obras de los heresiarcas, como tambien predicar sobre los textos bíblicos ó interpretarlos sin autorizacion, sopena de muerte, con intimacion á los magistrados y funcionarios de prestar ayuda á los inquisidores. Si se han de creer diferentes relaciones, hizo quemar, ahogar, enterrar vivas á cincuenta mil personas hasta 1560; pero nos inclinamos á pensar que hay exageracion, aun cuando se refieran las circunstancias y se citen los nombres. Pero sus edictos de extremada severidad subsisten, y tuvieron, como por lo comun, por efecto multiplicar los prosélitos é impulsarlos á excesos. Los anabaptistas y otros fanáticos escitaron turbulencias; al mismo tiempo los negociantes alemanes é ingleses huian asustados de Amberes y de los demás puertos; pero en fin, la princesa Maria, hermana de Cárlos Quinto, á quien se habia instituido regente (1531-55), obtuvo que los extranjeros y negociantes no fuesen nunca juzgados por la inquisicion.

El nombre de Cárlos Quinto era, pues, execrado en aquellas provincias, aun cuando no pensasen todavia en rebelarse; porque habia dado un gran impulso á su comercio contribuyendo á destruir el poder de la liga anseática y abriéndoles todos los puertos del mundo; los habia elevado á la categoria de las primeras monarquias de la Europa con unirles la Borgoña; y habia reprimido las discordias civiles, que hacia tanto tiempo tenian en hostilidad continua el Güeldres, la Frisia, Utrecht y Groninga. Además Cárlos habia nacido en Flan-

des, su gloria reflejaba sobre aquel pais, y hemos experimentado nosotros mismos cuantas opresiones hace sufrir la gloria.

Cuando Cárlos Quinto abdicó en favor de Felipe II (1556), Margarita, duquesa de Parma, hermana natural del nuevo rey, fué á gobernar los Paises-Bajos, pero bajo la absoluta direccion de Antonio Perrenot de Granvelle, obispo de Arras, hombre cuyo orgullo y despotismo igualaban á su capacidad. Cárlos Quinto habia establecido en 1522 en el Brabante á un inquisidor seglar, asistido de algunos eclesiásticos; Clemente VII delegó al efecto á tres, y Paulo III los redujo á dos. Pero no eran extranjeros ni dominicos; sus decretos parecian menos arbitrarios, su procedimiento menos misterioso; además, los nombres producen algunas veces más efecto que la misma cosa. Quiso establecer Felipe la inquisicion en aquellos paises sobre el modelo de la de España; y al ver que las ciudades se oponian resueltamente á esta medida, envió al pais tropas extranjeras y recaudó dinero para su sostenimiento. Cuando se vió requerido de retirarlas, con arreglo á la constitucion, trató de eludir la dificultad ofreciendo el mando de aquellos extranjeros á Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, gobernador de Utrecht, de Holanda y de Zelanda, y al conde de Egmont, estatuder de Flandes y de Artois, que habia adquirido fama en la batalla de San Quintin. Ambos se negaron y se convirtieron en centro de la oposicion. El conde de Egmont era franco, sincero, belicoso, y el príncipe de Orange estaba dotado de un alma fuerte bajo una apariencia vulgar, como si hubiese esperado la ocasion de manifestar su grandeza.

Felipe II era deudor á los nobles holandeses de sus victorias contra la Francia, pero esto no le impedia maltratarlos. Después de haberse arruinado al servicio de Cárlos Quinto, ellos que estaban acostumbrados al lujo, se encontraban en la paz inferiores á los ricos vecinos, y despreciados al mismo tiempo por el rey. Además, Felipe aumentó el número de los obispos á diez y siete, de tres que eran, despreciando de esta manera á los abades, y multiplicando los tribunales para perseguir las herejías, para colocar en ellos personas de su devocion. Hizo dar á Granvelle el capelo de cardenal, y nombrar al arzobispo de Malinas primado de los Paises-Bajos. Reconocieron los católicos y protestantes, que Felipe trataba de establecer en el pais un gobierno inquisitorial, de la clase del que existia en España, y se quejaron de que se confiaban los empleos á españoles: presentóse una peticion á Margarita, firmada por cuatrocientos caballeros; después sobrevinieron numerosas quejas de todas las órdenes; de los eclesiásticos por la creacion de nuevos obispados, del pueblo por la inquisicion, y de todos por la violacion de sus constituciones. No se escucharon los agravios; pero los que los habian formulado no perdieron su recuerdo, y los *rederykers*, sus poetas populares, propagaron el odio contra un gobierno opresor.

En medio de aquella agitacion (1539), publicaron los reformados su confesion de fe en treinta y siete artículos, que indicaba una tendencia hácia el calvinismo, y que admitiendo la presencia real en la Eucaristía, proclamaba la igualdad entre los ministros: poco después, el príncipe de Orange y el conde de Egmont se unieron al almirante Felipe de Montmorency contra Granvelle. Es cierto que continuaban las protestas de fidelidad á la España, pero Felipe, que no entendia nada de comercio y que consideraba toda queja como una rebelion, se obstinó en no reemplazar al cardenal ministro. Estos tres señores declararon en consecuencia que se abstendrian en adelante en asistir al consejo de Estado, para que no pareciese que tomaban parte en actos tiránicos. Vióse, pues, Felipe obligado á volver á llamar á Granvelle; pero en cambio dispuso la entera ejecucion del concilio de Trento y de las leyes inquisitoriales de su padre. *Más vale perder á sus súbditos que reinar sobre herejes*, decia, por eso rechazó continuamente las opiniones protestantes, tanto más, cuanto conocia que si concedia la menor cosa á los holandeses, no dejarian los españoles de exigir otro tanto. Gobernó en su consecuencia con una crueldad sistemática, desaprobando, tanto á su padre que habia manifestado tolerancia, como á la Francia que no obraba como él. Dícese además, que habiéndose visto en Bayona la reina de Francia y la de España (1565), resolvieron esterminar á los protestantes, y concertaron entre sí los medios de conseguirlo.

Que sea el hecho cierto ó no, el príncipe de Orange se unió á doce nobles, que se comprometieron á asegurar la libertad nacional. Pronto multitud de caballeros, tanto católicos como reformados, se reunieron á ellos, y se animaron unos á otros con nuevo ardor en las diferentes asambleas: presentáronse después en cuerpo en Bruselas, vestidos con trajes comunes y uniformes, para suplicar á Margarita suprimiese la inquisicion. Habiendo dicho á la regente Barlemon: *¿Pues qué, teneis miedo de esos miserables?* adoptaron este nombre, y en señal distintiva llevaban una medalla de oro, que por un lado tenia el busto del rey y por el otro unas alforjas sostenidas con dos manos con estas palabras: *Fiel al rey hasta las alforjas.* Otros adoptaron una escudilla de madera, colgada de una cinta de plata; pero el conde de Egmont la hizo reemplazar despues con esta divisa: *Concordia res parvæ crescunt.*

Muy distante estaba Felipe de sus súbditos para ver sus necesidades con sus propios ojos, demasiado obstinados para apreciar sus agravios, y estaba persuadido como José II, de que el *fuego de la rebelion no puede apagarse sino con sangre.* Habiendo concedido la duquesa la autorizacion de ahorcar á los herejes, en lugar de quemarlos, le pareció que la dignidad real se encontraba comprometida. ¿Habia longanimidad que no pudiera agotarse? Cansados los reformados de ver despreciados sus re-

clamaciones, perdieron la paciencia: asociáronse en número de varios millares, tomaron las armas y se arrojaron sobre Amberes: vengándose contra el cielo de los males causados por los hombres, rompieron las imágenes y las cruces, asolaron los conventos, y en un solo dia llevaron el estrago á cuatrocientas iglesias, sin que se libertase la maravillosa catedral y sus setenta altares (2).

Como semejantes escesos indisponian á los católicos comprometidos, pudo Margarita, fomentando los odios, debilitar la oposicion, y la fuerza que recobró de esta manera le permitió desplegar severidad. Ya se decia que llegaban tropas de España; por otra parte los luteranos negaban á los insurrectos los socorros que pedian, en atencion á la diferencia de opinion que los separaba de ellos. Retiróse, pues, el príncipe de Orange, el conde de Egmont se reconcilió con la corte, y cerca de cien mil ciudadanos se refugiaron en Alemania é Inglaterra, adonde llevaron su industria. Entonces pudo Felipe lisonjearse de haber restablecido el órden y la religion.

El duque de Alba.—Pero aquella emigracion tan numerosa habia dejado despoblado el pais y destruido el comercio; en su consecuencia escribió la regente á España para que se le dictasen las medidas que habia que adoptar. Era la cuestion, saber si serian dictadas por la clemencia ó por la severidad. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, persuadió á Felipe que los ánimos no se habian apaciguado sino por temor, que pronto estallaria de nuevo el incendio, y que en su consecuencia era necesario emplear rigurosos medios de represion. Aunque la regente predijo que resultaria una guerra larga y terrible, el duque de Alba reunió en Ginebra ocho mil setecientos ochenta infantes y mil doscientos caballos, ejercitados en maltratar á los italianos, sin contar tres mil seiscientos alemanes que valian mucho más. Eligió por maestre de campo á Chiapino Vitelli, y por comandante de artillería á Gabriel Serbelloni; después entró en el territorio de los Paises-Bajos con poderes tan estensos, que Margarita dimitió la regencia.

El duque de Alba era uno de los hombres más eminentes de España, excelente capitan, sin igual en el arte de establecer un campamento, tan pródigo de su vida como avaro de la de sus soldados, era muy severo en todo lo concerniente á la disciplina, los acontecimientos le encontraban impávido. Muy hábil en conducir una intriga, parco en responder, invariable en las resoluciones, sin miedo ni piedad, sin ambicion, avaricia ni liberalidad con sus inferiores; se manifestaba desdeñoso con sus iguales, poco respetuoso con sus superiores, fué detestado de Carlos Quinto y de Felipe, á quienes sin embargo prestó eminentes servicios (3). *Es necesario pescar*, decia, *los salmones y los peces grandes, y no las truchas y las sardinas*. En su consecuencia invitó á comer al conde de Egmont y al almirante conde de Horn, y los puso presos. Al momento estableció un tribunal para que instruyese bajo su presidencia, el proceso á todo el que hubiese tomado parte en las turbulencias ó no se hubiera opuesto á ellas; hubiese firmado manifestaciones contra la inquisicion, recibido en su casa predicadores reformados, ó sólo dicho que valia mas obedecer á Dios que á los hombres. Las condenas no variaban más que de horca en hoguera, de galeras en descuartizamiento. La inquisicion de España, á la que Felipe habia llamado á decidir, declaró (de-

(2) STRADA, *De bello belgico decades*. Aunque jesuita y parcial, bebió en buenas fuentes y corrigió á los protestantes, entusiasmados en sentido opuesto.

EVERARD VON REYD (Reidani), *Annal belgici*.

WIQUEFORT, *Historia de las Provincias Unidas*.

WANDER WYNCKT, *Turbulencias de los Paises-Bajos*. Edicion de la cual se tiraron solamente seis ejemplares. El autor pudo consultar los documentos que se encuentran en los archivos de Flandes.

BENTIVOGLIO, *Della guerra di Fiandra*. Era nuncio apostólico en Flandes, desde 1607 á 1616.

LUIS CABRERA DE CÓRDOBA.—*Hist. del rey don Felipe II*. Madrid, 1719.

ROB WATSON. *The history of the king Philipp. II*. Lóndres, 1777.

SCHILLER, *Historia de la insurreccion de los Paises-Bajos*.

(3) «Este gran capitan unia á un nacimiento distinguido inmensos bienes, ojos vivos pero severos, mirada segura y á veces terrible, apostura grave y continente austero, aire noble y cuerpo robusto, discurso mesurado y silencio elocuente. Era sobrio, dormia poco, trabajaba mucho, y despachaba por sí mismo todos sus negocios. Su infancia fué razonable; la edad madura no atrajo sobre él el ridículo ni la debilidad; el tumulto de los campamentos no le hizo disipado, y en medio de la licencia de las armas se hizo hombre político. Cuando emitia su opinion en el consejo ni adulaba á los designios del rey, ni á los intereses de los ministros, declarándose siempre por el partido que creia más justo. Si no infundia probidad á cuantos le escuchaban, á menos no les seguia en sus injusticias. Su intrepidez no se limitaba al dia de la accion; la desplegaba en todas partes, y sus amigos se estremecieron más de una vez al oirle defender, con cierto orgullo, la memoria de Cárlos Quinto de las invectivas de su hijo Felipe II. Su casa tenia un aspecto de grandeza que de ninguna habia copiado y que desgraciadamente ninguno imitó: le agradaban los jóvenes nobles que abrazaban la carrera de las armas ó de la política; sus protegidos ocuparon por espacio de mucho tiempo los primeros destinos de España, y aumentaron su reputacion. En los fastos de la nacion no se hallaba capitan más hábil que él para sostener una gran guerra con pocas tropas, para destruir los mayores ejércitos sin combatirlos, para esquivar al enemigo sin ser sorprendido nunca, para adquirirse la confianza del soldado y sofocar sus quejas. Asegúrase que en sesenta años de guerra, en diversos climas y con enemigos diferentes, en todas las estaciones no fué jamás batido ni sorprendido. ¡Qué hombre como él, si no hubiese manchado tanto talento y virtud con una severidad tan escesiva, que á veces rayaba en barbarie y crueldad!» RAYNALD, *Historia del Stathouderat*.

creto sin ejemplo) culpable de herejía, y en su consecuencia de lesa majestad, á todo el que no estuviese esceptuado nominalmente.

Los condes de Egmont y de Horn fueron del número de las víctimas, no porque resultaran culpables en el proceso, sino porque era necesario hacer un gran ejemplar, para manifestar que no tenia miedo. Otros varios personajes de elevada categoria les precedieron y siguieron al suplicio; el hijo mayor de Guillermo de Orange fué preso y enviado á España donde sufrió veintiocho años de cautiverio. Su padre más temido que él porque sabia callarse (4) consiguió huir, reunió tropas é invadió el pais (1568); pero los alemanes que tenia á su sueldo con su insubordinacion, y el duque de Alba con sus contemporizaciones, le precisaron á batirse en retirada; lo que dió lugar á nuevos suplicios contra los que habian hecho votos en su favor. Quedó la Flandes sumergida en el silencio y en el terror.

Entonces el duque de Alba formó el proyecto de no dispensar nada y esterminar á los reformados. Construyó en Amberes y Amsterdam fortalezas que causaron la ruina del comercio: introdujo las leyes del concilio de Trento, y la inquisicion, y hasta quiso poner una contribucion fija de un décimo sobre los bienes muebles, y de un vigésimo sobre los inmuebles. Pero el pueblo, que habia sufrido el asesinato de sus jefes, se irritó con aquella tasa, que recayendo sobre las más pequeñas ventas, multiplicaba las vejaciones, se negó á pagarla y cerró las tiendas. El duque de Alba hizo erigir en Amberes una estátua que le representaba, y á sus piés los dos Estados de la provincia; disponíase á hacer levantar nuevos cadalsos, cuando el príncipe de Orange le detuvo en sus sanguinarios triunfos.

Orange.—No debemos representarnos á aquel príncipe como á un patriota desinteresado: buscaba, haciéndose republicano y protestante, los honores que no habia podido obtener como católico y cortesano: pero dotado de una mirada justa y observadora, sabiendo dominar sus pasiones y conservar la moderacion en medio de los furores generales, su genio salvó á la Holanda. Buscando por todas partes enemigos á la España, escitó los celos de la Alemania contra la ambicion austriaca, é hizo comprender á los reformados de todos los paises cuán importante era para ellos sostener á Flandes. Habiéndole aconsejado el almirante Coligny formar fuerzas marítimas, dió, como señor de Orange, cartas patentes á los nobles de los Paises-Bajos para capturar los barcos españoles que volvian de América cargados de oro. De esta manera saquearon, con el nombre de *mendigos del mar*, inmensos tesoros, y se hicieron temibles en el Océano. Guillermo, conde de La Mark, su almirante, apellidado el Jabalí de las Ardenas, se apoderó de Briel ó Brille, en la isla de Woorn, llave de aquellos sitios marítimos: aquí comienza la cuna de aquella república, formada de pequeñas provincias pantanosas, amenazadas sin cesar por el mar, que no obstante resistieron al rey más poderoso de su siglo y al mas hábil político, y detuvieron los prodigiosos acrecentamientos, primero de la casa de Austria y después de la de Borbon.

Al momento las ciudades se declararon á porfía por el príncipe de Orange, acogiendo con los brazos abiertos á las tropas que venian á *libertarlos del diezmo*. Fué saludado estatuder en la primera asamblea que hubo en Dordrecht, después sorprendió á Getruidemberg, y consiguió una victoria naval en Zuydersee. El mal éxito hizo perder la reputacion al duque de Alba, que anciano y escaso de salud pedia su relevo. Decia, para dar una prueba de su justicia, que habia hecho ejecutar en el espacio de seis años diez y ocho mil seiscientos herejes y rebeldes. Felipe le recompensó olvidándolo.

Luis de Requesens, que le sucedió, era por el contrario, afable y moderado. Derribó la estatua de su predecesor, y proclamó el perdon en el momento en que la nacion conoció que ya no tenia necesidad de él. No pudo reunir dinero, y cuando quiso emplear las armas, no esperimentó mas que reveses. Los habitantes de Leida, á quienes sitiaba, le contestaron cuando les intimó que se rindieran: «No lo espereis, mientras oigais ladrar un perro; después cuando los hayamos devorado todos, aun nos quedará nuestro brazo izquierdo que comer, mientras nos sirvamos del derecho para pelear.» Pero el príncipe de Orange rompió los diques, y las olas sumergieron á los españoles que sitiaban la ciudad. Leida obtuvo en recompensa y como en indemnizacion, una universidad que fué, despues de la de Ginebra, la segunda de los reformados. Los moros y los judíos, que habian salido de los paises sometidos á España, se refugiaron en los Paises-Bajos. Rotterdam y Amsterdam recogieron á los judíos arrojados de Amberes por el duque de Alba. Introdujeron allí industrias muy útiles y especialmente afamadas; entre otras la preparacion del alcanfor y del bórax, como tambien fábricas de tintes. Estableciéronse los seguros en gran escala, y hasta para los mismos enemigos se construyeron allí barcos.

Vióse precisado el inflexible gabinete del Escorial á negociar con Holanda y Zelanda; pero como ni una ni otra parte querian ceder en materia de religion, no produjeron ningun resultado las negociaciones. Sin embargo, emancipadas ya las dos provincias, no podian entenderse sobre la reforma de gobierno; y en fin, se convino en que mientras durase la guerra, la supremacia civil y militar se ejerceria en nombre del rey, con la única condicion de desarraigar el catolicismo y consolidar la

(4) *¿Se ha cogido al taciturno?* preguntó el cardenal de Granvelle, que se hallaba á la sazon en Roma. Como se le contestó que no: *Pues no se ha hecho nada*, replicó.

reforma, sin perseguir, no obstante, á nadie por opiniones religiosas.

Habiendo muerto entonces Requesens, que dirigia la guerra con tanta habilidad, se insurreccionaron, reclamando su sueldo, las tropas mercenarias, azote de todas las guerras; apoderáronse de Amberes y Maestricht, y saquearon aquellas dos ciudades cuya riqueza hemos ya descrito. Pensaron entonces las provincias en buscar su seguridad en la union. Los Estados de Brabante, Flandes, Artois y Hainaut, las ciudades de Valenciennes, Lilla, Douay, Orchies, Namur, Tournay, Utrecht y Malinas, á las cuales pronto se unió la Frisia y por último Amsterdam, convinieron en asistirse recíprocamente, desembarazarse de las tropas españolas, restablecer la religion, y volver las cosas al punto en que estaban antes de la llegada del duque de Alba. Los Estados se negaron á recibir por gobernador general á don Juan de Austria, bastardo de Cárlos Quinto, vencedor de las Alpujarras y de Lepanto, á quien Felipe II detestaba acariciándole, á menos que no despidiese las tropas extranjeras y se adhiriese á la pacificacion de Gante. Cuando satisfizo esta condicion con el *Edicto perpétuo*, se le prometió fidelidad, y obtuvo dinero (1577).

Pero aquel príncipe, que enarbolaba por insignia una cruz con estas palabras: *Con este signo he vencido á los turcos y venceré á los herejes*, impulsaba al rigor á la corte de Madrid bajo apariencias pacíficas. Exaltado con la victoria de Lepanto, ambicionaba una corona, y secundado por el papa intentó procurársela en Tunez, Inglaterra y los Paises-Bajos. Pero acostumbrado á espediciones rápidas, se estrelló contra la diestra y profunda política del príncipe de Orange. Habiendo entregado á éste el rey de Francia Enrique III una violenta carta de don Juan, que habia sido interceptada, le proclamaron los Estados destituido de su título, y se prepararon de nuevo á pelear: fueron ocupadas ó desmanteladas las fortalezas, y elegido *ruward* del Brabante el príncipe de Orange con un poder dictatorial. Siguióse una guerra con diferentes probabilidades, durante la cual, sospechoso Felipe de que don Juan se entendiese con los flamencos y los ingleses para formarse un principado independiente, murió naturalmente ó por un crímen (1578). Fué reemplazado por Alejandro Farnesio, que habia hecho, al frente de las tropas italianas, el mayor mal posible á los insurrectos.

Debia entonces Felipe II más de cuarenta millones de coronas á los mercaderes españoles y genoveses; los *mendigos del mar* le apresaban de tiempo en tiempo, alguno de los galeones de América, cuyos tesoros no bastaban para someter á un puñado de pescadores de arenques. Ademas, como desconfiaba de los mismos gobernadores á quienes concedia plenos poderes, los variaba con frecuencia, y con ellos se cambiaba el sistema. Así fué que en un principio era una mujer la que gobernaba cuando se necesitó firmeza, y el poder pasó después á manos inexorables cuando hubiera convenido la indulgencia. Los holandeses no habian tenido nunca más que un objeto, su libertad. Tenian de su parte á todos los príncipes de las cortes en que Felipe asalariaba traidores; sus ejércitos se reclutaban, sin detrimento del pais, de todos los que, perseguidos por aquel monarca, llevaban á aquel asilo su odio y cólera. Desgraciadamente los católicos y los reformados tenian con frecuencia querellas, que hasta degeneraron en guerra civil entre los ganteses, jefes de los reformados, y los walones católicos.

Supo aprovecharse de ello Farnesio, que como hábil general y político de talento, dirigió la guerra con conocimiento, al mismo tiempo que organizó un partido de *descontentos*, que llevaban por señal distintiva un rosario en el cuello. Aunque naturalmente afable, creia, como sus contemporáneos, que el puñal y el veneno podian emplearse impunemente. Viendo, pues, que se habia perdido toda esperanza de acomodo, publicó contra el príncipe de Orange un edicto por el cual le declaraba traidor, enemigo del género humano y calamidad pública, prohibiéndole el pan, el agua y el fuego; añadiendo que Felipe II prometia, bajo su palabra de rey, á todo el que le entregara muerto ó vivo, veinte y cinco mil escudos de oro, la nobleza y el perdon de todos sus crímenes, por enormes que fuesen. Contestó el príncipe de Orange á este manifiesto con una larga apologia, é hizo promulgar por los Estados una especie de declaracion de los derechos del hombre, en la que decia que el pueblo no se habia hecho para el príncipe, sino el príncipe para el pueblo; que el soberano que trataba á sus súbditos de esclavos era un tirano á quien se podia derribar, sobre todo, cuando se obraba después de la declaracion legal de los Estados del pais, reducido á no poder protegerse de otro modo su libertad. En su consecuencia, se proclamó destituido de la soberania al rey de España, por violador de los tratados y por tirano.

Union de Utrecht.—Ni un momento se linsonjeó el príncipe de Orange de poner acordes las nueve provincias, diferentes en religion. Contentóse con reunir las del norte del Mosa, cuya creencia era la misma (1579). En su consecuencia, las provincias de Güeldres ó Zutfen, Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia y Groninga, menos la ciudad de este nombre, se confederaron á perpetuidad, con promesa de socorrerse mútuamente, de no hacer paz ni tregua, ni exigir ninguna contribucion sino por unánime consentimiento. Con respecto á la religion, cada una de ellas pudo tomar las medidas que le conviniesen mejor, aunque conservando la libertad á todos, hasta á los católicos; restituyóse á los frailes y á los sacerdotes los bienes de que se les habia desposeido. Aquellas cinco provincias, cuyo número llegó después á siete con la union de Over-Yssel y la ciudad de Groninga, formaron la república de las Provincias-Unidas, en la que el príncipe

de Orange esperaba probablemente sustituir su dinastia á aquella cuya destitucion acababa de pronunciarse.

Pero la suma prometida ó el fanatismo habian impulsado á más de un miserable á atentar á su vida; entre otros el vizcaino Jáuregui, sobre quien se encontró un papel escrito que decia lo que sigue: «A vos, señor Jesucristo, redentor y salvador del mundo, creador del cielo y de la tierra, si me concedeis la gracia de escapar con vida después de haber verificado mi proyecto, hago voto de ofrecer una hermosa colgadura, un vestido, una lámpara y una corona, á la bienaventurada Vírgen de Bayona, y otra corona á la de Aranzazu.» Sucumbió, en fin, Guillermo á los golpes de un habitante del Franco Condado, Baltasar Gerardo, hombre destinado á su servicio, que compró con el mismo dinero de su amo las pistolas con que le hirió. Puesto el asesino en el tormento, confesó que habia obrado por órden espresa el duque de Parma, y por sugestion tan pronto de un franciscano, como de un jesuita (5). Tal vez la acusacion no era fundada con respecto á ninguno de ellos, y sin embargo produjo el que se les cobrase horror.

Los Estados de Holanda confiaron entonces el gobierno á un consejo presidido por Mauricio, hijo del príncipe asesinado, y se prepararon á una resistencia desesperada, en un pais cortado por infinidad de brazos de mar y rios. Entretanto continuaba Farnesio felizmente la guerra, y las tropas mercenarias proseguian sus asolaciones; porque parece verdaderamente que «casi todas las naciones de Europa han querido á porfía darse cita, y acudir á los funestos campos de Flandes como á una vista pública de combates, para entregarse á su cólera y á su odio, medirse con el acero en la mano con obstinacion siempre creciente» (Bentivoglio). El sitio de Amberes, sostenido por espacio de un año entero con mucha habilidad por Federico Giambelli de Mántua, que terminó con una capitulacion honrosa, es muy digno de memoria (1585).

Después de haber perdido la república varias provincias, le abandonó su confianza en sí misma, y se ofreció á un príncipe extranjero. Ya se habia entregado al de Anjú, quien no tardó en desacreditarse, y fué despedido. Ofrecióse entonces al rey de Francia, Enrique III, quien no aceptó. Isabel de Inglaterra hizo otro tanto; pero, fautora como era de todos los reformados por aversion á Felipe II, y nutriéndola la esperanza de apoderarse de aquel territorio, les prometió socorro. Llevólos en efecto el conde de Leicester, su favorito, y fué nombrado estatuder. Fué una chanza pesada, porque aquel jefe incapaz lo convirtió todo en intrigas y facciones (1586): dejó que los españoles adquiriesen ventajas y cometiesen horribles desolaciones, al mismo tiempo que descontentó á todo el mundo, escepto al vulgo y á los predicadores, con cuyo apoyo contaba para llegar al poder supremo; pero en fin, desacreditado é infamado, tomó el partido de retirarse. De esta manera se escapó la Holanda de un lazo peligroso, no menos temible que la guerra abierta; resultándole la ventaja de que la Inglaterra entró en lucha declarada con la España, é incomodando continuamente á esta potencia, contribuyó á la fortuna de los holandeses.

Mauricio de Orange, estatuder electo de Holanda y Zelanda, hizo cambiar la suerte de las armas (1590), sobre todo cuando después de la muerte de Farnesio, la España no tuvo ya un general de igual mérito que oponer á aquel valiente adversario. Causa admiracion ver los esfuerzos hechos entonces por un pequeño pais, cuando se piensa que atendia al sostenimiento de veinte mil infantes, dos mil caballos y una numerosa marina, y que sin embargo el comercio prosperaba más que nunca. Amsterdam se aumentó considerablemente; la Holanda y la Zelanda contaban más de setenta mil marinos; todos los años se despachaban cuatrocientos barcos con bandera extranjera para traficar con Lisboa, Cádiz, Sanlucar y otros puertos de España y Portugal. Felipe II hubiera querido escluir á los holandeses; pero disimulaba en interés de sus Estados, adonde llevaban los granos de la Polonia y los demás géneros del Norte. No obstante, cuando Felipe III creyó herirlos en el corazon, prohibiendo á sus súbditos todo comercio con ellos, los holandeses no permitieron á todas las demás potencias el tráfico que se les prohibia á ellos; lo que redujo á la península á una gran miseria. Habiéndose reunido entonces el Portugal á la España, los holandeses atacaron las ricas colonias que aquel reino poseia en ultramar. Cornelio Houtman fué á Java con cuatro barcos, y se apoderó de aquella isla; Jacobo van Neck fundó allí la compañia de las Indias orientales; y de esta manera fué como imprudentes prohibiciones produjeron, como lo hemos visto en nuestros dias, la ruina de sus autores.

En este estado (1596) contrajeron los Estados con Isabel y con Enrique IV una alianza ofensiva y defensiva; lo que hizo que tomasen lugar entre las potencias europeas como república independiente. Es verdad que el valor de Ambrosio Espínola, consiguió por algunos momentos levantar la bandera española en los Paises-Bajos, pero la penuria del erario no permitió continuar semejantes esfuerzos con la constancia necesaria (1604). Ostende resistió tres años y tres meses á Espínola, que perdió allí ochenta mil hombres contra sesenta mil holandeses (1607). La batalla naval que se dió después en el estrecho de Gibraltar, y en la que perecieron los dos almirantes, fué el último acto de aquella guerra.

(5) Era el refugio ordinario de los acusados el atribuir el crímen á otros. Cuando la muerte del delfin, hijo de Francisco I, en 1536, Montecuculli, su copero, confesó en el tormento, que le habia envenenado por sugestion de Antonio de Leiva, del marqués de Gonzaga y de Cárlos Quinto.

Con la esperanza de facilitar la conciliacion con un cambio de nombre, Felipe III habia cedido los Paises-Bajos como feudo á su hija Isabel, casada con Alberto de Austria. Este príncipe convino con ellos, como con un pais libre, en una tregua de doce años, reconociendo la independencia de las Provincias Unidas (1609), y concediéndoles la libertad de comercio y navegacion en las posesiones españolas de Europa, pero no en la India. Este último punto era esencial para la Holanda; porque los grandes hombres de la revolucion habian reconocido que no podia aguardar su grandeza sino del mar. Así fué, que entonces proclamaron por primera vez en el mundo la libertad de los mares (*mare liberum*). Cuando la obtuvieron, á despecho de la obstinacion española, la Europa concibió una elevada idea de un pueblo que no habia conocido hasta entonces sino como mercader; y éste fué el primer ejemplo de una libertad adquirida con continuos esfuerzos.

La república comprendia entonces siete provincias confederadas y soberanas, desiguales en estension, fuerzas y cargas, pero no en derechos públicos, y cada una con un voto en los Estados Generales, como se llamaba entonces la asamblea de la Haya, adonde todas podian enviar tantos diputados como les agradase. Pero no eran representantes, y cada vez tenian que recibir un mandato especial de los Estados de su provincia, lo que producia dilaciones y hacia imposible el secreto. Soportaba la Holanda cincuenta y siete céntimos de las cargas públicas, y elegia siempre entre sus diputados el abogado, llamado después gran pensionario, que era considerado como el primer personaje de la union, almenos después del estatuder. La soberania no residia, pues, en los Estados generales, sino en los electores, que alguna vez conferian sus derechos al estatuder, alma del gobierno. Pero posteriormente á Leicester, y hasta el año 1748, no hubo estatuder general. Mauricio de Nasau, que dirigió la república por espacio de cuarenta años, y después de él sus sucesores, no tomaron más que el título de capitanes y almirantes generales de la Union.

Esta revolucion era menos el resultado del arranque religioso, que de la política y ambicion de los príncipes de Orange. Cuando triunfó en las provincias walonas, se estableció allí una república, en la que ni la libertad política, ni la religion ganaron nada, y en la que hubo siempre una lucha de despotismo entre el statuder, los Estados y las regencias municipales. Los católicos permanecian oprimidos en provincias enteras, como en el Brabante septentrional, hasta el punto de echar de menos la dominacion extranjera. En el momento en que los reformados hubieran podido, en fin, gozar de la paz, fué ésta turbada por las querellas religiosas, que son inevitables desde el momento en que no se deja el campo libre á la razon individual.

Cuestiones religiosas.—Lutero habia hecho un llamamiento á la *libertad cristiana* contra la autoridad; ¿pero de qué modo? Negando la libertad moral del hombre, colocándole en una dependencia total de Dios, para sustraerle á la de los hombres que se decian representantes de este Dios. Habiéndose negado una vez el libre albedrío, cesaba desde entonces la utilidad de aquellas obras expiatorias de que se habia abusado, y toda la escala que se estendia desde el simple fiel hasta Dios era destruida. Sentado como principio que Dios lo hace todo en nosotros, y que las obras son supérfluas para la salvacion, estableció Lutero la predestinacion y la fatalidad.

Ahora bien, este dogma podia conducir á la indulgencia ó á la intolerancia, y á este último es á lo que se dirigió Calvino. Habiéndonos criado Dios buenos ó malos, elegidos ó réprobos, no se hace más que obedecer á sus decretos, persigmiendo á los réprobos. Estableció, pues, la Reforma sobre principios teológicos, y sobre el sólido terreno de la revelacion individual aplicada á las Sagradas Escrituras, con lo que, aunque de una manera diferente, consiguió restablecer la autoridad y reconstruir la Iglesia, esceptuando, sin embargo, el que la creencia en la Escritura era efecto de la gracia, y el don de comprenderla privilegio de los elegidos; y de esta predestinacion se valieron los calvinistas para hacer frente á sus contrarios, y fué el instrumento con que organizaron y defendieron la Iglesia reformada. Esta era la que dominaba en los Paises-Bajos y perseguia no sólo á los anabaptistas y socinianos, sino aun á los luteranos; y de aquí que aquella tan decantada libertad se convirtiese á los pocos años en una invencible intolerancia. Contra semejante tiranía debia levantarse la primitiva idea de la Reforma, para constituir una tercera religion protestante.

Arminio, 1560-1609.—Jacobo Arminio, que educado en Ginebra y en Italia habia sido ministro de la iglesia de Amsterdam, después profesor en Leida, lleno de entusiasmo y ansioso de saber, fué invitado por algunos eclesiásticos de Delft á rechazar la doctrina de la predestinacion. Sostuvo, pues, que Dios habia resuelto desde la eternidad, que el que renunciara al pecado y se confiara á Jesucristo gozaria de la vida eterna, al paso que los pecadores endurecidos se condenarian, en atencion á que Dios no fuerza á nadie á renunciar al pecado y persistir en la fe (6). Atacaba, pues, á la Iglesia calvinista, como Lutero habia atacado á la católica, negando el derecho de condenar irremisiblemente á los que creyeran de distinto modo. Lutero habia dicho: «Un clérigo, un fraile, un devoto, un santo no son nada más que un hombre,

(6) La historia más completa del arminianismo en Holanda, y de su establecimiento en Inglaterra, es la de Jaime Nichols (Londres, 1825): esta historia está acompañada de numerosos documentos y de la traduccion de las obras de Arminio.

porque todas nuestras virtudes y nuestras inperfecciones provienen de Dios, que ha repartido sus propios dones á su gusto;» Arminio y sus discípulos dijeron: «Un hombre que cree profesar la verdadera religion, no tiene derecho para condenar á otro.» Hubiera podido añadir, aceptando resueltamente el fatalismo de Lutero: «Porque si Dios ha condenado á los hombres al error, los hombres tienen derecho á defenderse;» con lo que hubieran tomado el partido de los réprobos por un sentimiento de equidad superior á la misma equidad que los teólogos luteranos y calvinistas atribuian á Dios; pero no quisieron hacer este ultraje á la divinidad, y dijeron que «siendo Dios juez justo y padre misericordioso; desde el principio habia establecido estas distinciones entre los hombres; que los que quisieran renunciar al pecado y volver á poner toda su confianza en Jesucristo, serian absueltos de sus malas acciones y gozarian de una vida eterna, pero que los obstinados serian castigados; que á los ojos de Dios seria grato que todos los hombres renunciasen al pecado, y que al venir en conocimiento de la verdad, perseverasen en ella, pero que ninguno estaba obligado á hacerlo; que la doctrina de Beza y Calvino hacia á Dios autor del pecado y endurecia á los hombres en sus malvados hábitos, inspirándoles ideas de una santidad fatal.» Bien á las claras se ve que la proposicion era contraria á lo que Calvino habia deducido del dogma de Lutero; y así como es cierto que la idea doctrinal de Lutero está más conforme con la de Calvino, tambien lo es que el sentimiento que habia guiado á Lutero, concordaba más con el que habia guiado á Arminio; pero Francisco Gomar, profesor tambien de Leida, pretendió que Dios habia predestinado á los hombres á la perdicion y á la salvacion; de lo que resultaba que los unos eran inclinados á hacer el bien y los otros el mal; cuya opinion era la de Calvino y Beza, como la otra era la de Erasmo y Melanchton.

Al momento se dividió el pais en arminianos y gomaristas: con los primeros estaban las gentes tolerantes, que tenian necesidad de un campo libre para la inteligencia, y á los que se les llamaba *universalistas* porque concedian la gracia de Dios á todos los hombres, los *particularistas*, sus adversarios, se subdividian de nuevo relativamente á la época en que Dios habia dado la sentencia fatal. Los unos sostenian con Calvino que Dios habia destinado la salvacion y la perdicion desde la eternidad, y en su consecuencia antes del primer pecado (*supralapsari*), de tal suerte, que el hombre no podia escaparse de ella; detestando los demás esta horrible idea de castigar Dios antes de la culpa, decian que no habia determinado, y sólo sí permitido la caida de Adan; y que el hombre fué destinado por esta culpa á la condenacion, de la que Dios resolvió preservar á ciertas almas á quienes favorecia con una gracia especial (*sublapsarii*).

Esta era la cuestion teológica; pero después seguia la cuestion social. Si, en efecto, consideramos más adelante la revolucion de los Paises-Bajos, encontraremos que no fué provocada por odio á la antigua religion, pues los principales motores de aquella revolucion eran católicos, y la mayor parte de las provincias se conservaron tales; tampoco se pensó al principio emanciparse del rey de España, pues los edictos más hostiles á su poder se dieron en su nombre. La dominacion extranjera desagradaba, mas esto no impidió á los insurrectos buscar por todas partes un extranjero por soberano. En el fondo, las magistraturas de los concejos eran las que querian prevalecer sobre el poder central (1610): después de haber derribado el mando de Felipe II, hicieron oposicion á Guillermo de Orange, redujeron á Mauricio á una condicion inferior á la que habia tenido bajo el reinado de España, y últimamente abolieron el estatuder. En aquel momento, el mismo principio combatia bajo nombres teológicos. Los gomaristas eran el partido popular; los sábios y los ricos seguian la bandera de Arminio, con todos aquellos que, detestando la unidad y el despotismo calvinista, preferian el federalismo, es decir, una conciliacion entre la autoridad espiritual y el poder temporal, mediante una union amigable entre cada ciudad.

Más débiles los arminianos presentaron una *representacion* á los Estados para ser escuchados en sínodo, los otros les dirigieron una *refutacion*, de donde procedió el nombre de representantes y contrarepresentantes. Los Estados les ordenaron el silencio; pero los sectas religiosas no se doblegan así por decretos. Envenenáronse, por el contrario: los representantes fueron escomulgados; los otros, sostenidos por Mauricio, quisieron estender la reforma al gobierno de la ciudad, designando á los magistrados. Las dos sectas se convirtieron, pues, en partidos políticos, el uno republicano y el otro orangista. Los jefes del primero eran Hugo Grocio y Juan Holden Barneveldt, abogado de Holanda, encargado en ella de conservar la soberania y los derechos de los Estados, de convocarlos, de publicar sus resoluciones, y de velar por el cumplimiento de los mandatos de las ciudades. Celoso en estremo de las patrias franquicias, fué uno de los mayores hombres de aquella revolucion. Inclinándose siempre á la paz, como Mauricio á la guerra, habia hecho por sus consejos la tregua de doce años; después, recobrado de los ingleses, valiéndose de prudentes negociaciones á Flessinga, Briel y Ramekens, últimos restos de la dependencia extranjera y llaves de la navegacion interior. Hecha la paz, á pesar de la oposicion de Mauricio, sostuvo la libertad marítima, como habia sostenido la territorial, comprendiendo que sólo el comercio podria hacer de Holanda una potencia respetable. Al paso que Mauricio se afiliaba al partido popular de los gomaristas, con la esperanza de hacer prevalecer á la monarquia sobre el federalismo, Barneveldt queria, con ayuda

de los arminianos, apoyar en cada ciudad la libertad de la república, y preservarla del vasallaje por medio del fraccionamiento. Violentas predicaciones sostenian la enemistad entre ambos rivales; el uno era acusado de ambicion tiránica, y el otro de avaricia mercantil. Los gomaristas pedian á gritos la convocatoria de un sínodo, los arminianos no la querian, y la union parecia pronta á disolverse.

Sínodo de Dordrecht, 1618.—Cada uno alegó en el sínodo de Dordrecht la autoridad de las Sagradas Escrituras, sin llegar á establecer otra cosa, sino que era una revelacion insuficiente, en atencion á que no habia ilustrado positivamente los puntos esenciales. En su consecuencia, el sínodo fué el apogeo del protestantismo, y el principio de su decadencia, porque desde entonces perdió cada dia el poder doctrinal. Los representantes fueron condenados como corruptores de la religion y autores de un horrible escándalo, escluidos de los empleos eclesiásticos y de las academias. Gran número de ellos huyeron á Holstein, donde construyeron á Frederikstadt, otros á Inglaterra, donde triunfó su fe, que fué aceptada por los metodistas. Acercándose el arminianismo á los sentimientos católicos, y sentando como dogma la salvacion de todos con ayuda de la redencion, emancipó de nuevo las opiniones de la influencia del depotismo, y condujo á la tolerancia: conciliése de esta manera las demás sectas, al paso que el calvinismo las odiaba; y propagando el sentimiento de igualdad entre los hombres, allanó el camino á la filosofía.

No disfrazando Mauricio por más tiempo su tirania, hizo arrestar á los jefes del partido contrario, destituyó á sus representantes, y ordenó proceder contra ellos. Barneveldt era sobre todo objeto de su odio, y poniéndose de acuerdo con los Estados Generales, le hizo prender y conducir al patíbulo con los pretestos usuales. Grocio, que habia defendido con calor la libertad de los mares, estuvo preso toda su vida en el castillo de Lovenstein, del cual el partido contrario al príncipe de Orange tomó su nombre: allí se ocupó en refutar la opinion de los orangistas, que era que la soberania residia en los Estados generales, y demostró desde luego que la resistencia no era un crimen de Estado. Pero la indignacion pública concluyó por encolerizarse, y los representantes se dieron por satisfechos con haber impedido á Mauricio apoderarse de la dominacion suprema.

En medio de estas turbulencias la república de las Provincias Unidas continuó engrandeciéndose (1621). En el momento mismo en que terminó la tregua, la España mandó á Ambrosio Espínola que sitiase á Breda, y habiendo este general contestado que era imposible tomar esta plaza, recibió de la corte esta lacónica respuesta: *Marqués, tomad á Breda.—Yo el rey.* Espínola hizo todo aquello que pudo, y gran número de personas perecieron por la obstinacion del rey (1625); pero Breda no abrió sus puertas sino por una capitulacion, cuando los dos partidos se encontraron igualmente aniquilados. Los sitios de Maestricht y de Bois-le-Duc, no fueron menos famosos. Mauricio recobró durante la guerra la gloria y la influencia que habia perdido con la paz. Este largo período, durante el cual no se abandonaron las armas, fué causa de gran perfeccion en la estrategia, y muy particularmente en lo concerniente al ataque y defensa de las plazas.

La Inglaterra y la Francia sostenian á los Paises-Bajos en odio á la España, y el mismo Nuevo Mundo estaba entregado á sangrientas luchas por las cuestiones del Antiguo. A fin de arruinar el comercio de la Holanda con Alemania, Espínola concibió el proyecto de construir un canal entre el Rhin y el Mosa, prohibiendo á los buques subir el Rhin más allá de Rhinberg; mas la dificultad de defender el paso obligó á renunciar á este plan. Los holandeses, más afortunados, se engrandecian por sus conquistas en el Brasil, continuando en arrebatar las posesiones á los portugueses, en tanto que Portugal permanecia sujeto á la España. Finalmente, abriéronse negociaciones en el congreso de Münster, y allí se convino en que la España renunciaria á las Provincias Unidas, y á todas aquellas que habia conquistado en los Paises-Bajos españoles. Por lo que hace á las posesiones en las dos Indias, deberia cada uno continuar en la posesion actual; pero los españoles y portugueses no podrian estender su navegacion, sino hasta el punto que la hacian entonces. Además, los Estados fueron autorizados á abrir el Escalda, los canales de Sas, de Zwin y otras embocaduras, condiciones degradantes para la España, que privó de este modo á sus súbditos de las ventajas que les ofrecian los rios y los territorios, haciendo inútil el puerto de Amberes y esclavizando el pais que le quedaba. Los habitantes de las Provincias Unidas obtuvieron la libertad de conciencia (7) sin restriccion, y no se volvió á ofrecer nueva ocasion de guerra entre las dos potencias que habian estado combatiendo durante un siglo.

España.—Separémonos ahora del pais que habia consolidado su libertad, para volver á aquel que se la habia quitado á otros perdiendo al mismo tiempo la suya. Felipe con querer introducir la inquisicion así como habia sacrificado á los Paises-Bajos, impulsó á los moriscos á declararse en abierta rebelion como ya hemos visto (8). Tambien hemos hablado de sus empresas contra los turcos, con las cuales parecia querer justificar el título de defensor de la cristiandad, que invocaba hasta

(7) Hay hoy dia en Amsterdam diez y seis iglesias para los católicos, trece para los reformados, tres para los luteranos, dos para los anabaptistas, una para los presbiterianos, una para los americanos, una para los representantes, una para los armenios, y una para los griegos; además existe una sinagoga para los judios portugueses, y otra para los alemanes.

(8) Véase tomo VI, pág. 279.

contra sus enemigos interiores. Si este monarca era grande enemigo de los reformados, Isabel de Inglaterra, que era su protectora general, prestaba ayuda, ó daba al menos valor á los Paises-Bajos, y enviaba á insultar, por odio á este príncipe, las colonias españolas de América, y el mismo puerto de Cádiz. Felipe, que durante el tiempo que habia sido esposo de Maria la Católica, reina de Inglaterra, se habia declarado protector de la jóven Isabel, aguardó con impaciencia una ocasion para castigar su ingratitud, cosa que le parecia tan meritoria como destruir aquel foco de la herejia. Sixto Quinto le escitó confiriéndole el reino de Inglaterra como caido en manos de los herejes, y ofreciéndole al mismo tiempo un millon de coronas para conquistarla.

La armada invencible, 1588.—Felipe equipó una flota con el mayor silencio. La España, que no habia tenido más que tres carabelas para dar á Colon, vió armar entonces, á costa de ciento cincuenta millones de escudos, ciento cincuenta navios mucho mayores que los de costumbre, y que llevaban dos mil seiscientos cañones de grueso calibre, veinte mil soldados, ocho mil marineros y mil voluntarios de familias ilustres. Veinte y un buques habian sido designados á las diferentes advocaciones de la Vírgen, y doce con el nombre de los apóstoles. Cien frailes fueron embarcados á las órdenes de Martin de Alenzon, vicario general del Santo Oficio y portador de las bulas papales que libraban á los ingleses del juramento de fidelidad. Por otra parte el duque de Parma reunió en los Paises Bajos treinta mil infantes y cuatro mil caballos, en sus correspondientes buques de trasporte; y éste era el que debia mandar el desembarco de la armada. Alfonso de Guzman, duque de Medina-Sidonia, era el almirante general de la flota, y Lope de Vega formó parte de la espedicion para inmortalizar con sus cantos las victorias que se prometian.

Esta *invencible armada* llegó á vista de Dunkerque inquietada por los ingleses, cuyos buques ligeros maniobraban con más rapidez; y allí le asaltó una tempestad horrorosa que destrozó estos enormes preparativos. Cuando el duque de Medina-Sidonia se presento á Felipe para anunciarle que habia perdido treinta grandes buques con diez mil hombres, y que el resto de la flota no podia permanecer en el mar: «Duque, le dijo el rey, os he enviado á combatir con los hombres, no con los elementos. Cúmplase la voluntad de Dios.» Y continuó escribiendo una carta.

Es imposible no admirarse de semejante firmeza (9) aun en un tirano; y la longanimidad en las circunstancias desgraciadas era verdaderamente el carácter de Felipe. Sombrío, severo, amante de la soledad, trabajador infatigable y de estremada habilidad, todo lo veia por sus ojos y escogia sus generales y sus ministros con una admirable sagacidad. Fué durante los cuarenta años de su reinado el centro de toda la política europea, é hizo más mal á sus enemigos por las intrigas que por las armas. Se le hablaba siempre de rodillas y rara vez conversaba con los grandes, en tanto que recibia á las personas más vulgares, y saludaba al último villano que encontraba. Con una devocion desmedida se creia destinado por la Providencia para estirpar la herejía, á lo que dedicó su vida entera: pudo alabarse de haber conseguido el objeto de sus deseos cuando venció á los turcos en Lepanto, degolló los moriscos en las Alpujarras, á los holandeses con la espada del duque de Alba, y á los protestantes franceses por los asesinos de la San Bartolomé. Pero por combatir las ideas nuevas, arruinó á su pueblo. Los navios ingleses enorgullecidos por la victoria, se apoderaban de los buques que volvian de América, desvastaban las colonias y las mismas costas de España. Los holandeses le hacian mucho más mal; y las colonias imposibilitadas en su comercio, compraban de contrabando los objetos que necesitaban, con gran ventaja de los enemigos. Apenas bastaban los tesoros de Méjico cuando llegaban al puerto, á pagar los intereses de una deuda de ciento cuarenta millones de ducados. Fué obligado Felipe á hipotecar todas las rentas á los banqueros; pero revocó después las cesiones en que habia consentido; hecho deshonroso, que arruinó á un gran número de casas de banqueros en Italia y en los Paises Bajos. Finalmente se vió reducido á enviar eclesiásticos á pedir de puerta en puerta.

Portugal.—La adquisicion de Pórtugal fué para él una causa de ruina. Este pequeño reino habia llegado á un grado de poder portentoso en el reinado de Juan II. Sin hablar del descubrimiento de las Indias orientales, se ocupó este príncipe en remediar en el interior los abusos de los reinados precedentes y libertar el poder real quitando la jurisdiccion criminal á la nobleza, para confiarla á jueces escogidos entre los jurisconsultos (1483). Descontentos los nobles de sus reformas conspiraron bajo la direccion del duque de Braganza, cuñado del rey; pero la trama fué descubierta y decapitado el duque; el de Viseo, que renovó la conjuracion, fué asesinado por la mano del mismo rey.

Manuel, que le sucedió (1495), fué llamado el Afortunado (10), aludiendo á su felicidad en sus espediciones marítimas; dió á Portugal el reinado más glorioso. Amó las ciencias, halagó á la nobleza, dió sabias leyes, y al mismo tiempo que pedia al papa la reforma del clero, aconsejaba á la Alemania que tuviera cuidado con Lutero.

---

(9) No recibió con menos apatia Mahamud la noticia de la destruccion de su flota en Navarino.

(10) En su epitafio se lee:

Littore ab occiduo qui primus ad lumina solis
Extendit sultum notitiamque Dei;
Tot reges domiti sui submisere tiaras
Conditur hoc tumulo Maximus Emmanuel.

Juan III, su hijo (1521), determinó que las cortes se reunieran cada diez años: en su reinado se hicieron nuevos descubrimientos; pero perdió imprudentemente algunas de las fortalezas con que tenia á raya á los marroquíes. El pais se enriqueció con el comercio, pero tambien se desmoralizó; apenas habia casa que no tuviera negros á su servicio, con cuyos hijos se traficaba (11), el Algarbe y Lagos eran el emporio de este horrible comercio. Lisboa no sobresalia por su arquitectura, pero sí por su lujo en muebles y abundancia de tiendas y almacenes (12). Ya Vasconcellos, uno de los héroes de los descubrimientos, habia dicho que éstos no dan campos que cultivar ni pasto que proporcionar á los rebaños; de modo que descuidada la agricultura, los eriales se aumentaban. Agradecido á los beneficios que los jesuitas habian dispensado en la India, Juan les permitió establecerse en su pais, inscribiéndose él mismo en la órden sin dejar por esto la corona, y planteó la inquisicion contra los judios y los escomulgados, que huyendo de España se habian refugiado en Portugal, fingiéndose cristianos.

Sebastian, hijo póstumo de un hijo de Juan III, le sucedió á la edad de tres años (1557). Los jesuitas que lo educaron le inspiraron una obediencia ciega á la corte de Roma, y un odio profundo á los infieles; tambien lo formaron para los ejercicios del cuerpo, pero de ningun modo para el manejo de los asuntos. Tenia tal horror á las mujeres, que jamás se quiso casar. Hizo leyes contra el lujo y contra los demas objetos que llevaba el comercio á Portugal. El cardenal Enrique, su tio, regente del reino, arzobispo de Lisboa y gran maestre de todas las órdenes, no pudo corregir la ineptitud de este príncipe, porque á pesar de sus escelentes cualidades, carecia de la esperiencia de los negocios públicos.

Sebastian tomó las riendas del gobierno á los catorce años, y reuniendo á las preocupaciones de su educacion el caballeresco carácter comun á su pais y que los libros habian aumentado, concibió la idea de una espedicion contra los moros de Africa. Este proyecto si se hubiera realizado hubiera reunido las dos costas del Mediterráneo, y hecho que la civilizacion no hubiera retardado su marcha por las correrias de los berberiscos. Felipe II le animó á ejecutar este proyecto, menos por celo que por la confianza de que en él muriese; y él mismo le envió la cota de malla y el casco que llevaba Cárlos Quinto después de su entrada en Tunez.

En esta época Muley Mohammed, rey de Marruecos, habia establecido que su trono pasaria después de su muerte por turno á todos sus hijos, con esclusion de sus nietos. En su consecuencia, Abdallah, su sucesor, no halló cosa mas oportuna que esterminar á todos sus hermanos. Muley Mahomet II, su hijo, que le sucedió, hizo matar del mismo modo á los suyos. Pero Abd-el-Malek, tio de este príncipe, que habia escapado del primer asesinato, habiendo obtenido la estimacion del sultan Soliman combatiendo con los turcos contra los cristianos, obtuvo socorros para destronar á su sobrino. Muley los ofreció á Sebastian, que encantado con la ocasion que se le presentaba (1578), pasó á Africa con una armada que bendijo Gregorio XIII como para una cruzada.

El entusiasmo no bastó para vencer. Componíase la mayor parte del ejército de hombres del campo y de señores cubiertos de armaduras de un lujo verdaderamente escandaloso; algunas de ellas costaban 1,000 cruzados, y sólo para el rey y sus grandes se necesitaron cuatro mil tiendas (13). Las tropas cristianas procedentes de España, Italia y Alemania, ni estaban acordes ni sabian obedecer, y el clima del Africa se cebaba en ellas con tal rigor, que era vana toda la intrepidez del rey. Se dió una batalla sangrienta en Alcazar-Quivir, en la que Sebastian cayó prisionero, y como los soldados disputasen su posesion con las armas en la mano: «Qué, esclamó un oficial, ¡cuando Dios os concede tal victoria, os degollais por un prisionero!» y lo dejó muerto á sus piés. Abd-el-Malek pereció de la fiebre durante la refriega, y Muley Mohamed se ahogó huyendo. Tres reyes perecieron así en aquella memorable jornada.

No quedando más de la dinastia portuguesa que el cardenal Enrique, de edad de sesenta y siete años, subió al trono. Fundó la universidad de Evora, como tambien los colegios de Lisboa y Coimbra; decidió al padre Maffei de Bérgamo á que escribiese la historia de las Indias, y reformó las costumbres del clero; pero estraño al manejo de los negocios públicos, se entregó enteramente en esta materia á los jesuitas. Con el deseo de prevenir funestos acontecimientos, invitó á cualquiera que se creyese con derechos al trono á que los presentara, y muy luego lo hicieron cinco competidores, todos descendientes de Manuel. Pero Felipe II, nacido de Isabel, hija mayor de este príncipe, puso el oro por obra, y de acuerdo con los jesuitas, envió una gruesa armada á fin de obtener el reino á despecho del clero y de la nacion, que se creia con derecho por la estincion de la línea directa, para elegir ella misma soberano.

A la muerte del rey-cardenal, Felipe ocupó el pais prometiendo no causar perjuicio á ningun derecho; y no nombrar para los empleos á ningun extranjero; pero Antonio, prior de Crato, hijo secreto de Luis de Beja, sobrino de Manuel, se hizo aclamar. El pueblo se dividió entre los dos pretendientes. Felipe hizo decidir por los casuistas y los doctores, que nada se oponia á lo que él soste-

(11) NIC. CLENARDI, *Epist.* lib. II.

(12) A. Herculano publicó una curiosa relacion de los viajeros venecianos Trin y Lippomano en el *Panorama*, série II.

(13) HERCULANO, en la *Arqueologia portuguesa*.

nia por la fuerza y justicia de su causa. Llamó al duque de Alba desterrado habia dos años en el castillo de Uceda, y lo envió á vencer en su nombre. Los *antoninos* consideraron esta guerra como sagrada, pero fueron completamente batidos. Antonio, vencido y errante, no fué preso, á pesar de los diez mil ducados prometidos á aquel que presentase su cabeza, y se dirigió á pedir á la Francia y á la Inglaterra, socorros que obtuvo, aunque inútilmente, volviendo á morir á Francia, asilo de los príncipes desgraciados, donde declaró á Enrique IV por su heredero.

Felipe prometió perdonar á sus adversarios, y no envió al suplicio menos de cincuenta personas entre nobles y sacerdotes. Prometió permanecer entre los portugueses mientras pudiera, y no tuvo en cuenta su palabra. Si hubiera tenido el arte de conservar, así como poseia la pasion de adquirir, la península hubiera podido tener nuevos destinos. El ingeniero Antonelli demostró la posibilidad de poner en comunicacion todos los rios de ambos reinos, y las ciudades populosas colocadas á orillas del Océano, y que se ejercitaban en el comercio marítimo, hubieran abandonado sus antipatías nacionales para convertirse en un poderoso reino. Por el contrario, el tirano no pensó más que en debilitar el pais para mantenerle sujeto; le prohibió comerciar con los holandeses, le quitó trescientos barcos con más de dos mil cañones, y gastó seiscientos mil ducados en sostener las guarniciones.

El Brasil y las colonias portuguesas de Africa y de las Indias reconocieron al nuevo soberano, mas las islas Azores continuaban obedeciendo á don Antonio; pronto atacaron los holandeses las posesiones de su enemigo, y despojado el Portugal de lo que habia adquirido con tanta gloria y felicidad, se vió reducido al último recurso de los oprimidos, á las tramas y rebeliones.

Gran número de portugueses emigraron, y obtuvieron como siempre, de los enemigos de España, una benévola hospitalidad, subsidios mezquinos y esperanzas engañosas. Tres impostores quisieron pasar por el rey don Sebastian; con respecto al cuarto, la historia vacila en proclamarle tal. Reconocido en Venecia por algunos portugueses, declaró que era el rey. Preso de órden de la señoría, contó que se habia escapado vivo de la batalla de Alcázar y conseguido llegar á los Algarves, donde se curó de sus heridas. La vergüenza de su derrota le impidió darse á conocer, y viajó por Abisinia, Persia y Georgia, hasta que, falto de recursos se habia refugiado en Venecia. Los Diez le interrogaron hasta veinte y ocho veces, y sin declarar que faltaba á la verdad, le detuvieron tres años prisionero. En aquella época fué reclamado por los emigrados portugueses y por Enrique IV; el senado le puso, pues, en libertad, intimándole que abandonase el territorio veneciano en el término de ocho dias. Pasó á Liorna, disfrazado de fraile, pero fué reconocido, y Fernando, gran duque de Toscana, lo entregó á los españoles, que le condujeron á Nápoles. Allí recordó al virey Fernando Ruiz de Castro particularidades ignoradas de cualquiera otro, mas no por eso dejó de ser condenado á presidio, y no se volvió á oir hablar más de él (14).

Menos afortunado fué Felipe en sus maquinaciones para usurpar la corona de Francia, ó turbar en su posesion al que la ceñia. Sin embargo, adquirió á Cambray con la paz de Vernins (1598).

Maria de Portugal, con quien se habia casado, murió al dar á luz á un hijo que recibió el nombre de Cárlos. Este jóven príncipe, que quedó imbécil de una caida que dió á la edad de diez y siete años, se complacia en dar muerte á los animales con crueldad. Envidioso de todo el mundo, cuando el duque de Alba fué á despedirse de él para ir á los Paises Bajos, sacó su espada para herirle; meditó tambien dar muerte á su padre, y se dirigió á varios confesores para obtener el ser absuelto del asesinato que queria cometer en la persona de un hombre de elevada categoria, pero nadie quiso consentir en ello. Pensó después en hacer, contra el parecer de su padre, un viaje á Flandes, donde se lisonjeaba con la esperanza de hacerse rey, á condicion de que dejase libre al culto. Su tio don Juan, á quien confió su secreto, lo reveló á Felipe, que le hizo poner preso bajo la custodia del duque de Feria (1568). Su proceso lo formó el cardenal Diego Espinosa, no como inquisidor general sino como presidente del consejo de Castilla, asistido del príncipe de Eboli, preceptor de don Cárlos, y de un consejero de Castilla, bajo la presidencia del rey. En lugar de tratarle como á un demente, le acusaron del crímen de lesa majestad, y pronunciaron contra él la pena de muerte, aunque dando el parecer de que el rey podia declarar que las leyes no se estendian hasta los primogénitos del soberano. Encolerizado don Cárlos, se obstinó en no tomar alimento. Pero cuando su padre le visitó para consolarle, comió con gula después de una larga abstinencia, y se vió atacado de una fiebre maligna; conociendo que se debilitaba cada vez más, encargó á su confesor solicitase su perdon del rey, quien se lo concedió, y murió poco después (15).

Sobre este hecho es sobre el que el príncipe de Orange y los demás insurrectos, compusieron la novela bien conocida de los amores de don Cárlos con Isabel de Francia, antes que fuese mujer de su padre. Ahora bien, basta hacer notar que Feli-

(14) En su epitafio en Belen se indica esta duda:

Hoc jacet in tumulo, si vera est fama, Sebastus
Quem dicunt lybicis ocubuisse plagis.

Aun existe en Portugal y en el Brasil una secta llamada de *sebastianistas*, especie de místicos que creen en la inmortalidad de aquel príncipe y en su vuelta á Lisboa. Véase el *Portugal regenerado* y el *Portugal ilustrated* por KINSEY.

(15) Véase la nota A al fin del Libro.

pe tenia treinta y un años cuando se casó con aquella princesa, don Cárlos catorce, y que la reina de España no murió envenenada, sino de un mal parto. Se ha acusado tambien á Felipe II de haber encargado á Antonio Perez, secretario de Estado, asesinar á Juan de Escobedo, confidente de don Juan de Austria: mas estas son acusaciones inciertas por algunos, al paso que la sangre que vertió á torrentes es cosa cierta. Sin embargo, creia obrar bien hasta tal punto, que si esperimentó remordimientos en su vejez, no fueron ciertamente por las persecuciones que habia mandado; estaban demasiado acostumbrados á ellas en su siglo; sólo sí le parecia estar atormentado por las sombras de don Cárlos, don Juan y el rey don Sebastian. Soportó con valor y resignacion la horrible enfermedad de la gota, recibiendo en el tiempo en que duró catorce veces los sacramentos. En el momento de espirar recomendó á los asistentes el infante (13 noviembre de 1598), *alegria de su corazon y delicia de sus ojos*, é hizo dar libertad á algunos prisioneros de Estado.

Los pequeños reinos de la península habian tenido diferentes capitales: los francos habian establecido la suya en Barcelona y en Pamplona; los árabes en Zaragoza, Valencia y Granada; los príncipes godos en Oviedo y Leon; los condes de Castilla en Burgos, y después que fueron reyes, en las ciudades que arrebataban á los moros á medida que ganaban terreno á los infieles. Isabel quiso tener su sepulcro en Granada, donde tambien fué enterrado Fernando el Católico. Cuando se unió el reino, la capital debió tambien de ser una, con objeto de evitar los celos entre Burgos y Zaragoza. En su consecuencia, se comenzó en tiempo de Jimenez de Cisneros, y aun más, en el de Felipe II, á considerar á Madrid como tal. Sin embargo, esta villa situada en una llanura desierta, tenia una posicion mucho menos favorable que Sevilla, edificada en medio de las más ricas provincias, á orillas de uno de los mayores rios de la Península, y susceptible de ser el centro de las comunicaciones con Africa, América é Italia. Felipe hizo construir en las cercanias de Madrid el Escorial, cuyo plano, por consecuencia de un voto que habia hecho en la batalla de San Quintin, debia imitar las parrillas de san Lorenzo. Gastó en la construccion del edificio 5.000,000 de ducados, y empleó en ella á los más afamados artistas.

Aquel príncipe se manifestó verdaderamente grande en todos sus proyectos, sin que sin embargo estuviesen en relacion con sus recursos. Habiendo introducido la unidad política en España, quiso establecer la religiosa en Europa; y dirigiendo por espacio de cuarenta y dos años todos los gabinetes, hubiera podido ser el héroe de su época, al paso que no fué mas que el mal génio. Hizo doblegarse bajo el mismo despotismo á los americanos, á los castellanos, aragoneses, sicilianos, napolitanos, belgas y lombardos. Habiendo defendido á Antonio Perez, ministro que habia caido en desgracia, el gran justicia de Aragon, y rebelándose Zaragoza en su favor, reprimió la audacia de sus habitantes é hizo decapitar al magistrado sin forma de proceso, amenazando con igual suerte á todo el que se atreviese á luchar contra el rey. Después de haber abolido de aquella manera tan temible dignidad, convocó las córtes en medio del espanto general, y alteró la constitucion, haciéndolas dependientes del rey.

Desaparecieron, pues, las antiguas instituciones, y los grandes de España sucedieron á los *ricos hombres*. A Cárlos Quinto habia disgustado el derecho atribuido á los primeros de conservar puesto su sombrero en presencia del rey, y consintieron en no ponerselo en la cabeza, sino con órden suya; Pero esta concesion ofendió á los señores de Alemania, á donde Cárlos llevó algunos con objeto de que presenciasen su coronacion y la abolió de hecho y tácitamente el título de grandes, elevando á esta categoria á algunos mediante la fórmula de *cubrios*. Felipe II, que empleó hábilmente los cuerpos judiciales, en reprimir á la nobleza sin elevar á la clase media, arrebató tambien á ésta el derecho de velar por la tranquilidad pública, é hizo que nobles de diferentes provincias se uniesen por matrimonios con objeto de estinguir las antiguas rivalidades, dividiendo además á los grandes en dos clases, en el mero hecho de prescribir qne los que él nombrara comenzaran á hablarle descubiertos hasta que dijera: *cubrios*. Felipe III creó grandes de primera y segunda clase, los que necesitaron diploma que lo comprobase. Los de primera clase tenian el honor de ser tuteados por el rey: pero quedaban igualmente escluidos de toda influencia en los negocios políticos.

Un vano fausto reemplazaba de esta manera las severas virtudes españolas, y la voluntad de un rey quedaba impuesta á la nobleza que anteriormente no debia sus títulos más que á la sangre vertida en defensa de la religion y de la pátria. Sin embargo, este pais era el único tal vez que no sentia en Europa el choque de las armas extranjeras ni los sacudimientos de la guerra civil, y á pesar de ello caminaba á su ruina; Felipe II le dejó pobre, y lo que es peor, despoblado y sin industria. La nobleza vivia aislada en sus castillos, tan inútil como opulenta. Los arsenales vacíos y los habitantes reducidos á diez millones de veinte que eran; pero existian en los Estados españoles trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil eclesiásticos de órden intermedia, y más de cuatrocientos mil religiosos. La exagerada fama de los tesoros de América atrajo allende los mares á multitud de individuos con la esperanza de enriquecerse de una vez. Resultó de esto que el terreno quedó inculto, las minas indígenas sin esplotar, y olvidadas las ideas relativas al orígen de las riquezas. Los ganaderos se apropiaron el uso de los terrenos por donde atravesaban los caminos reales, y el derecho de hacer pastar en ellos sus rebaños, que llevaban de pais en pais, segun las estaciones. Reservóseles

para pastos cuarenta toesas á cada lado del camino, mediante el pago de un corto derecho llamado *mesta*. Despobladas ya las campiñas, por la peste negra y la espulsion de los moros aun quedaron más desiertas, y tuvo que sufrir mas la industria con la espulsion de las familias moriscas, que eran los únicos que la ejercian, y que se la llevaron consigo. Como el fisco no queria perder nada de lo que sacaba de ellas, sobrecargó á las que quedaron, precisándolas á huir á su vez, de tal manera que no hubo ya fábricas de seda en Valencia, ni manufacturas de lana en Andalucia y Castilla. Con objeto de animar á los cultivadores, se les ennoblecia; pero al mismo tiempo se cargaba de impuestos al territorio. Aumentábanse tambien los derechos de aduanas, que continuaban subsistiendo en las fronteras de los antiguos reinos reunidos ya, lo cual interrumpió las comunicaciones de uno á otro, é hizo que cesase la construccion de caminos y puentes.

La inquisicion salvó á España de las guerras civiles, pero comprimió el pensamiento hasta el punto de que las ideas y progresos de las demas naciones se consideraron como una herejía. Corrompióse la administracion; una vez aniquilada la marina, los berberiscos saquearon audazmente las costas, hasta el punto de ser preciso fletar barcos extranjeros para hacer el servicio de correos entre España, América y Canarias. La deuda pública, enorme ya cuando la muerte de Cárlos Quinto, absorbia en 1588 todas las rentas para el pago de intereses; y era, pues, preciso llegar á la bancarrota. La recaudacion de las diferentes contribuciones estaba en manos de los arrendatarios, que déspotas por la necesidad que habia de ellos, que su riqueza y la posesion de todas las tierras, tiranizaban al pueblo; y como tenian sus oficiales y tribunales particulares, evitaban la jurisdiccion civil. Así como en un barco que naufraga, cada uno no piensa más que en coger su parte, en apoderarse de lo que queda, gobernadores y administradores subalternos, todos saqueaban y vendian á porfía.

Hubiera sido necesaria prontitud y actividad para reanimar y gobernar las partes tan distantes de aquel vasto dominio; y por el contrario, todo caminaba con lentitud, dando infinitos rodeos. Si estallaba la guerra, era preciso asalariar extranjeros; y como los recursos públicos se consumian en pagar espias, traidores y empleos inútiles, sin contar las malversaciones de los oficiales, los *bisoños* (como se llamaban en Italia aquellas tropas mercenarias) se pagaban con frecuencia saqueando las provincias que iban á proteger. Los paises avasallados que habian caido en un deplorable marasmo, no producian al tesoro lo que le costaban. Apenas bastaban las rentas de los Paises Bajos al sosten de las guarniciones; el Franco-Condado no daba nada; el Milanesado, el reino de Nápoles y la Cerdeña hacian sacrificios; las diputaciones de Aragon, Valencia, Cataluña, el Rosellon, Navarra y las islas Baleares median con parsimonia los subsidios y su afecto, y faltaban en las grandes necesidades del Estado.

Felipe III habia sido educado de manera de evitar en él las ideas ambiciosas de don Cárlos. Tan débil de carácter como indolente y beato, sin los vicios y cualidades de su padre, se entregó plenamente á Francisco Rojas de Sandoval, á quien hizo duque de Lerma, mandando á las autoridades públicas le obedeciesen como si fuese á él mismo. Pero este ministro sufria á su vez la influencia de Rodrigo de Calderon, á quien hizo conde de Oliva, con cien mil ducados de capital; por lo demás, era hombre de talento y tan arrogante cuanto era afable el duque de Lerma. Estos dos personajes (porque desde Felipe II los ministros son los verdaderos reyes) concluyeron una tregua con las Provincias Unidas, é hicieron la paz con la Inglaterra. Pero fuese que ignorasen de donde procedian los males del pais ó que no supiesen como remediarlos, ocultaron al rey la penuria de las rentas, rodeándolo de suntuosas fiestas. Creyóse animar á los cultivadores, con la creacion de una órden destinada á los que se distinguiesen más; pero apenas la obtenian, renunciaban á la azada y arado. Con objeto de escitar la industria, se exceptuó á los artesanos del servicio militar, y fué imposible reclutar los ejércitos.

La creacion de los *familiares del Santo Oficio*, personas de la primera categoria, que entraban por devocion al servicio de aquel tribunal, dió por resultado el envenenar la persecucion contra los moriscos y aumentar la despoblacion del pais. Un edicto real ascendió el valor nominal de la moneda de cobre, casi al igual de la de plata (1603), tan rara era esta última y tan absurdos eran los ministros. El jesuita Mariana levantó su voz resueltamente contra tal desórden y las alusiones que se permitió contra los actos arbitrarios del duque de Lerma y la indolencia del rey le valieron ser preso. En fin, las quejas generales produjeron la desgracia del duque de Lerma, á quien sucedió su hijo, el duque de Uceda. El conde Oliva fué perseguido y sentenciado á muerte por crímenes que no habia cometido.

Un dia que el rey daba audiencia, un brasero lleno de carbon, á cuyo lado estaba sentado, le incomodaba mucho; pero la etiqueta no le permitia quejarse, ni á los cortesanos que notaban su malestar alejar la causa, por no infringir las funciones reservadas al gran canciller. Mientras que estaban en busca de aquel personaje, el rey continuó sufriendo hasta el punto de llegar á ser el mal mortal y demayarse (16): rodeáronle entonces con todas las reliquias que habia en palacio, y espiró besando la cruz (1621). Todo fué movimiento en la villa de Madrid durante la pompa fúnebre; después recayó en su indolencia habitual, y Felipe IV

(16) Un accidente del mismo género sucedió en 1681 á Maria Luisa de Orleans, mujer de Cárlos II. Cayó del caballo, y habiéndosele enredado el pié en el estribo, era

que habia ascendido al trono, adoptó el espíritu que hacia un siglo dirigia la política española.

Se dejó dirigir por Gaspar de Guzman, duque Olivares, que dirigió el gobierno por una senda algo mejor; pero como queria que su amo sostuviese el título de grande que le habia hecho adoptar, le comprometió á empresas desproporcionadas á sus fuerzas. Entre tanto procedia con lentitud la guerra de Holanda; sublevároнse los castellanos, porque se desconoció su derecho de no hacer el servicio militar fuera de su patria, y el Portugal recobró su independencia.

arrastrada por el patio con peligro de su vida, sin que nadie se atreviese á poner la mano sobre el cuerpo sagrado de la reina. Felizmente dos gentiles hombres eligieron su salvacion antes que la etiqueta, y acudieron á detener el caballo, libertándola. Pero se apresuraron á huir, para escapar de la pena de muerte, que no hubiera dejado de alcanzarles aunque la reina hubiese implorado su perdon.

CAPÍTULO XXIV

FRANCIA.—LOS VALOIS.

Luis XI habia puesto por obra durante toda su vida la habilidad y la perfidia para arrebatar á la nobleza sus privilegios y franquicias, con objeto de robustecer el poder real. A su muerte, los Estados reunidos en Tours (1483) dejaron oir con energia quejas que el terror habia sofocado hasta entonces. El clero reclamó las libertades galicanas destruidas con la aprobacion de la pragmática; la nobleza quiso que se la devolviesen las jurisdicciones abolidas, la custodia de las fortalezas y de las fronteras, y la caza en los bosques reales. El tercer Estado dejó oir tambien su débil voz pidiendo se suprimiese la venalidad y acumulacion de los empleos, que los jueces fuesen inamovibles, y que ningun impuesto (Luis XI los habia triplicado) se estableciese sin consentimiento de los Estados (1).

La regente Ana de Beaujeu, supo con habilidad hereditaria entretenerlos con palabras. Cárlos VIII adquirió después por su matrimonio el importante feudo de la Bretaña; pero restituyó á Fernando el Católico el Rosellon y la Cerdaña, y á Maximiliano el Artois y el Franco-Condado, para comprometerse libremente en la deplorable guerra de Italia; ahora bien, como toda la vida de Cárlos VIII se reduce á aquella espedicion, nada nos queda que añadir después de lo que hemos dicho.

Luis XII.—Luis XII, su sucesor, fué un escelente rey después de haber sido un mal príncipe (1498). Como se le aconsejase vengarse de la Tremouille, que se habia mostrado su adversario: *El rey de Francia*, contestó, *no venga las injurias del duque de Orleans*. Habia marcado con una cruz el nombre de los consejeros de Cárlos VIII que se habian opuesto á él, de lo cual concibieron gran espanto; pero cuando fueron á implorar su clemencia, *Sosegaos*, les contestó; *añadiendo á vuestros nombres el signo de la redencion, he querido indicar que estabais perdonados*.

Estaba casado hacia veinte años con Juana de Francia, que á pesar de su bondad le era odiosa por su fealdad. En su consecuencia, manifestó después de un proceso escandaloso, que aquel matrimonio se habia verificado contra su voluntad, y que además nunca habia sido consumado, con lo que consiguió romper sus lazos, y se casó con Ana de Bretaña (1514), viuda de su predecesor. Este fué un matrimonio de política y de inclinacion; pues le llevó en dote la Bretaña. á condicion, sin embargo, de que aquella provincia permaneceria separada de la Francia. Amante Ana de su pais, prevenida en favor del Austria y partidaria de Roma, no dejó de inquietar á veces á su esposo. Rodeándose de doncellas principales que casaba después, fundó aquel imperio de la belleza que ejerció con el tiempo tanta influencia en Francia. Las damas de la nobleza comenzaron entonces á frecuentar la corte, y las consideraciones que les manifestaba Luis XII, que hacia alarde con ellas de estremada cortesanía, sirvió de ejemplo á

(1) Parece que se oye á un ciudadano liberal, cuando se lee en G. Mascelini, diputado por Ruan, que ha coleccionado las actas de aquella asamblea, las palabras siguientes pronunciadas por de la Roche: *Historiæ predicant, et id a majoribus meis accepi, initio domini rerum populi suffragio reges fuisse creatos, et eos maxime prælatos, qui virtute et industria reliquos anteirent... Et imprimis vobis probatum esse velim, rempublicam rem populi esse, et regibus ab eo traditam, eosque qui vi vel alias nullo populi consensu, eam habuere, tyrannos creditos et alienæ rei invasores.* Pero él mismo se comenta al decir: *Populum apello, non plebem nec alios tantum hujus regni subditos, sed omnes cujusque status, adeo ut statuum generalium nomine etiam principes complecti arbitrer.*

los maridos; al mismo tiempo el imperio de la reina sobre su esposo enseñaba á las mujeres qué precio tienen las cualidades eminentes del talento, la virtud y la instruccion. Procuraron, pues, adquirir saber sin cesar de ser virtuosas, convirtiendo en afecto sólido los deseos que nacen y mueren en un momento, y asociar á los placeres del entendimiento y de la imaginacion los de los sentidos.

Los diez y siete años del reinado del Luis XII abundan en hechos ilustres. Ya hemos referido la guerra que hizo en Italia, primero como aliado, después como enemigo de Fernando el Católico, con quien se reconcilió por el tratado de Blois (1500), prometiendo Claudia de Francia, su hija, al jóven príncipe que después fué Cárlos Quinto. Esta union, en el caso probable de que Luis XII no tuviese hijos varones, hubiera unido al Austria una parte considerable de la Francia; declararon, pues, los Estados generales y el delegado pontificio nulo el tratado, en atencion á que el rey no podia enajenar á su antojo las provincias de su reino, y Claudia se casó con Francisco de Angulema, heredero presuntivo de la corona. Aumentóse el odio del Austria, y las guerras de Italia, en las que Luis II se obstinó ciegamente, le proporcionaron ocasion de manifestarse.

Puso á la cabeza de su consejo á Jorge de Amboise, arzobispo de Ruan, hácia quien no se disminuyó nunca su amistad. Se ocuparon de concierto en aliviar las cargas de los súbditos y desarraigar los abusos, lo que les valió el sobrenombre de *Amigos del pueblo* (2): título glorioso que hace perdonar á Jorge de Amboise haber reunido 11.000,000, y embrollado la política por ambicion personal, con objeto de obtener el capelo de cardenal, y hasta la tiara. Reformóse la justicia, primera necesidad de los pueblos; los tribunales especiales para cualquier clase de delitos quedaron suprimidos, y los magistrados recibieron órden de no ejecutar los decretos contrarios á las leyes. Los cuatro bailios que recibian las apelaciones de las jurisdicciones señoriales eran elegidos entre los grandes de la corte, cuyo número se aumentaba á proporcion que se reunian los feudos á la corona, pero no tomaban asiento sino cuando querian acudir al tribunal, pudiendo abandonar el despacho de los negocios á lugartenientes graduados. Hábiendo decidido Luis XII que las multas no les perteneceran sino en tanto que hubiesen recibido el doctorado, y que en el caso contrario corresponderia una cuarta parte á sus lugartenientes, se resignaron á esto antes que dedicarse á estudiar; cosa mal vista, segun ellos, en un caballero. De esta manera el saber se hizo superior al nacimiento; los tribunales se vieron libres de la barbarie, y la espada separada de la toga.

Segun el dicho de Claudio de Seyssel, la Francia era una monarquia templada; pero los Estados Generales, que representaban los tres órdenes, se convocaban rara vez; y como no tenian poder sino en tanto que el rey era débil, aprobaban el impuesto y presentaban sus agravios. Los parlamentos se componian de magistrados inamovibles que podian hacer manifestaciones sobre los edictos antes de darles curso; estas dos oposiciones á la voluntad del rey no turbaban la tranquilidad pública, en atencion á que carecian de la iniciativa: «Si el rey comete un acto tiránico, todo prelado ó religioso honrado y estimado puede tratarle públicamente con aspereza, y el rey no se atreveria á causarle perjuicio por no provocar la indignacion del pueblo.»

Para los negocios de Estado era asistido el rey de un consejo de diez ó doce personas; otro privado se ocupaba de los más delicados; el tribunal de cuentas revisaba los gastos ordinarios y estraordinarios, pero con derecho de desechar los excesivos.

El clero era rico, pero accesible á todos, y como sus costumbres no eran depravadas, no se le tenia odio ni envidia. La nobleza, exenta de contribuciones, estaba obligada, en cambio, á servir gratuitamente al Estado en el ejército y en los empleos públicos; lo escogido de la clase media desempeñaba los empleos de la judicatura y rentas, que los caballeros, dedicados á la carrera de las armas, consideraban como inferiores á ellos; señalados servicios podian darles entrada en la nobleza, lo cual disminuia las antipatias: los mercaderes y legistas formaban la clase media comun.

Comenzaban, pues, á reunirse las diferentes clases de la sociedad en un órden de cosas que abrazaba y protegia á todas en un mismo territorio y bajo una administracion regularizada, aunque no uniforme todavia. Afectuoso con el pueblo, Luis insistió en continuar la guerra, pero no aumentó los impuestos: la única asamblea política que convocó, se compuso de sólo diputados de las ciudades y el cuerpo judicial. Procuró tambien reunir en un solo cuerpo de ley todas las que la costumbre habia sancionado y siempre en beneficio del pueblo.

Aquella administracion paternal dispuso los ánimos á la sumision, y la confianza que resultó de ella aumentó la autoridad real. En cualquier punto á donde llegase Luis, era una verdadera ovacion, se oia saludar con los nombres de amigo, bienhechor y padre del pueblo. Se le veia á veces presentarse en una mula, sin ninguna comitiva, en el palacio de justicia, mientras duraba la lectura de los pleitos. Si habia algun empleo vacante nombraba para él al más digno, consultando para ello las listas que tenia en su poder, y de esta manera evitaba las solicitudes. Abolió los asilos en las iglesias, no condenó nunca á nadie á muerte, y envió á los

(2) Las *Cartas de Luis XII y del cardenal de Amboise* (Bruselas, 1712, 2 t.), coleccionadas por J. GODEFROY, son muy interesantes.

valdenses á su confesor Lorenzo Bureau para suspender las persecuciones: » Un buen pastor, decia, nunca hace bastante por engordar su rebaño. Prefiero ver á un cortesano llorar por mi economía, que al pueblo por mis profusiones.» Por esto era porqué se le llamaba el rey plebeyo.

Habiendo quedado viudo, contrajo matrimonio con Maria, hermana de Enrique VIII, y abrevió sus dias por complacerla (1.° de enero de 1515).

Francisco I.—La magnificencia del duque de Angulema habia atraido sobre él las miradas antes de que se ciñese la corona bajo el nombre de Francisco I. De edad de veinte años, hermoso, valeroso, elocuente, amable, francés tanto en sus cualidades como en sus defectos, fué amado por ellas y por éstos. Y su predecesor habia sido el rey del pueblo, él lo fué de los caballeros (3), que afectos á la corte por costumbre y aguardándolo todo del señor, se limitaron á intrigas para derribar á un favorito ó á una querida, obtener un empleo en el cual pudieran servir al rey (4) en lugar de conspirar en asociaciones políticas, como se hacia en tiempo de sus predecesores.

Una corte sin damas, decia Francisco I, *es un año sin primavera, y una primavera sin rosas.* Desterróse, pues, de la suya, la gravedad que distinguia la de la reina Ana, y puede decirse que por todas partes hubo intrigas y amores. Tambien se puede asegurar que antes de él no habia habido corte verdadera y permanente, con sus costumbres, su espíritu y su clientela, sino más bien reuniones pasajeras y de señores en derredor del príncipe. Las señoras acudian satisfechas á las fiestas reales como á otras tantas ocasiones de gloria y triunfo; abandonando los barones sus solitarios castillos, acudian á la capital, donde se arruinaban, y la autoridad real ganaba en fuerza, porque el feudalismo le hacia la corte. Francisco I destruyó en los cortesanos la idea del servicio público, para no dejarles más que la de la domesticidad, la obediencia general y una gerarquía de servidumbre. Acudian en tropel los señores á gozar de las reuniones voluptuosas del palacio; hubo títulos sin objeto, grandes empleos y etiqueta, separóse á la corte de la nacion, introdújosele la seduccion, y los talentos que se habian hecho obsequiosos por avaricia ó necesidad, se dedicaron á lisonjear y corromper. Francisco I ostentaba orgullosamente la pompa soberana en medio de la turba servil que le rodeaba, y desde entonces se comenzó á hablarle en tercera persona. Puede decirse, en una palabra, que sobrepujó á Luis XIV en su opulencia y defectos.

Recibió magníficamente á Cárlos Quinto en Aguas Muertas. Tuvo tambien con Enrique VIII, entre Guines y Ardres, una conferencia en el *Campo del paño de oro*, llamado de esta manera porque las tiendas estaban cubiertas de tejidos de este metal, y todos ostentaban gran lujo en los trajes, tanto que «muchos llevaban encima sus bosques, prados y molinos.» Sujetáronse primero á todo el rigor del ceremonial; pero una mañana fué Francisco I á la tienda de Enrique VIII que aun dormia y le despertó: «Hermano, le dijo el monarca inglés, me habeis hecho la mejor jugada posible. Desde hoy me constituyo vuestro prisionero.» Y le dió un collar, en cambio Francisco I le ofreció un brazalete de mayor precio. Un dia, después del torneo, refiere el marqués de Fleuranges, algunos ingleses lucharon con los franceses en presencia de ambas cortes, y los primeros quedaron vencedores. Habiéndose retirado y bebido juntos los dos reyes. Enrique VIII cogió al príncipe francés diciéndole: «Hermano, quiero tambien luchar con vos,» y procuró varias veces derribarle; pero Francisco I, más diestro, le cogió por medio del cuerpo y le echó al suelo.

Luis XII habia vendido ya los oficios de rentas para pagar á los soldados, que ciertamente no eran mejores que los de otros paises. «He visto (dice Saint-Gelais) que cuando los hombres de armas llegan á un pueblo ó á una aldea, huyen sus habitantes, después de depositar cuanto tienen en las iglesias ó en puntos fuertes, como si vinieran los ingleses, y causaba lástima verlos. Acarrea más perjuicios á una parroquia el alojamiento de un ejército un dia y una noche, que la contribucion de un año.» El mismo Luis deploraba en público esta calamidad (5), y una vez terminada la contrata con los suizos, puso cuanto estaba de su parte por sustituirlos con hijos del pais, é indujo á algunos grandes señores, entre otros á Bayardo *sin miedo y sin tacha* á hacerse capitanes de mil hombres de á pié, con lo que esta arma cobró gran

---

(3) *Cum Ludovicus XII tueretur plebeios adversus impotentes manus nobilium, dictus ex eo a nostris* pater populi. *Tam agre id ferebant provinciales cujusque loci reguli, ut illum inter se ipsos* plebeium, *aut, ut loquimur, roturariam* regem *vocarent. Successorem autem Franciscum, a quo senectus regni, quia lasciviis eorum imperiisque licentiosissimis indulgeret, vocabant e contrario* regem nobilem. MORNAC, *Obser. in cod.* I. II, t. 3. *De pactis.*

(4) «No hay príncipe que tenga una nobleza más voluntaria que el nuestro. . Una pequeña sonrisa de su señor enardece á los más frios; sin temor de cambiar sus viñas y molinos por caballos y armas, para ir á morir al lecho que llamamos lecho del honor. MONTLUC.

(5) «Con las largas guerras han surgido algunos aventureros, gentes vagabundas, ociosas, malas, abandonadas á todos los vicios; ladrones, asesinos, raptores de mujeres y doncellas, blasfemadores y renegadores de Dios; crueles, inhumanos, sin misericordia, convirtiendo el vicio en virtud; lobos rapaces, que dañan á todos, sin querer ni saber prestar ningun servicio; acostumbrados á comer y devorar al pueblo, desnudarle y despojarle de todo su bien; perder, gastar y disipar todo lo que tienen; maltratar, mutilar y echar fuera de su casa al hombre de bien; matar, martirizar á nuestros pobres súbditos y oprimirlos con más violencia y crueldad que ningun enemigo aun cuando fuera turco ó infiel. Ordenan. del rey de 1503.

honra. Luis, además, disciplinó á los soldados de tal modo, que ninguno hubiera recibido un huevo sin pagarle.»

Procuró Francisco I formar legiones de seis mil campesinos á la manera romana; pero pronto se volvió á las bandas, sustituyendo al servicio á que estaban obligados todos los propietarios del reino, la *tasa de cincuenta mil peones*. Concluyó en Friburgo (1516) con los suizos una paz perpétua, que fué el fundamento de las demás que se siguieron, y les cedió los bailios italianos en garantia de los trescientos mil escudos que debia por los asuntos de Italia, además de cuatrocientos mil pagados por otros daños y perjuicios. Uniéndose después á la Puerta, enseñó á sus sucesores y á los hombres políticos á no tener en cuenta las antipatias religiosas, y sí sólo el interés.

Con el objeto de apaciguar al papa, descontento con la pragmática de Cárlos VII, concluyó con Leon X un concordato, por el cual el nombramiento de los obispos, abades y priores se quitaba á los capítulos y á los conventos: el rey debia, en las seis semanas primeras de vacante, proponer al papa un candidato, y si no era juzgado capaz, sustituirle otro en los tres meses siguientes; conferíase el beneficio al elegido con las annatas por el papa, que nombraba tambien para los beneficios vacantes desde los nueve meses, ó en el caso en que el titular muriese en Roma; las gracias espectativas y las reservas generales quedaron abolidas. De esta manera, por un cambio singular, lo temporal se habia conferido al papa, al paso que la parte espiritual, es decir, la eleccion, se reservaba al rey; los beneficios ordinarios se conferian por los patronos, pero cada pontífice podia disponer una vez por mandato apostólico de uno ó dos beneficios de cincuenta de colacion privada, sin tener, no obstante, derecho de conferir dos en la misma iglesia. Con repecto á la jurisdiccion, todas las causas, escepto las de negocios mayores, pertenecian á los jueces ordinarios. Fué abolida la pragmática de Cárlos en el concilio de Trento (1516), como una peste pública, abusiva é impía; pero los patriotas decian en alta voz que el papa y el rey habian querido dividirse entre sí los despojos de la Iglesia. Opúsose con firmeza el parlamento al concordato, y aunque Francisco I le insultó diciéndole: «En Francia hay un rey, y no sé porqué se quiere formar un senado como en Venecia» (1518); este cuerpo sostuvo sin ceder los cargos y castigos, la universidad prohibió imprimir el concordato, y dispuso procesiones y letanías como para una calamidad pública. Decretó ademas, que el arzobispo de Lyon, primado de las Galias, convocase un concilio general. Pero el rey hizo arrancar los edictos, y redujo á los opositores al silencio con multas y por fuerza.

El canciller Duprat, odiado del pueblo sin ser amado de Francisco I, á quien inclinaba siempre al despotismo, habia aconsejado aquellas medidas persuadido de que la prerogativa real se aumentaria cuando todas las familias adulasen al monarca para obtener el establecimiento de sus hijos segundos. En efecto, los beneficios se concedieron con frecuencia á seculares (6), que colocaban á sus espensas vicarios llamados *custodinos*. Segun el dicho del embajador veneciano Correr, se traficaba en Francia con los obispados y las abadias, como en Venecia con la pimienta y la canela. Sin embargo, el pais tuvo desde aquella época prelados ilustres.

Francisco I fué impulsado por su carácter caballeresco y las adulaciones á la carrera de las conquistas; los derechos que pretendia tener sobre el Milanesado, y la necesidad de borrar la vergüenza de los últimos desastres sufridos por sus predecesores, le justificaban á sus ojos. En el trascurso de su larga rivalidad con Cárlos Quinto, lisonjeábase la vanidad nacional con el brillo de aquellas espediciones, que no obstante arruinaban al reino; y la compasion escitada por su infortunio hizo se le perdonase hasta su deslealtad. Es que, en efecto, la comparacion entre Francisco I y el impávido tirano español, reflejó sobre el monarca francés un brillo inmerecido, que le constituyó en último representante de los siglos heróicos en lucha con los del cálculo.

Este príncipe suplia lo que le faltaba bajo el aspecto de la educacion, con un carácter franco y gran prontitud en apropiarse los conocimientos de otro. Tenia en cada pais agentes que le informaban de todo lo que pasaba, del mérito y de las disposiciones de cada uno, con objeto de poder, en caso de necesidad, ganar las personas á su partido, tomar nota de los agravios, y hacer el bien, lo que le servia para impedir que las facciones se aumentasen, y los hombres peligrosos se engrandeciesen. Dispuso que las sentencias de los tribunales supremos no se redactasen ya en latin, sino en francés, y que todas las parroquias tuviesen libros para asentar las partidas de bautismo; pues antes no constaba más que el nacimiento de los grandes.

Deseoso de someter á la Europa, ya que no á su dominacion, al menos á su influencia, protegió las artes y las letras. Llamó á su lado á Juan Lascaris, á quien encargó, en union de Guillermo Budé, apellidado por Erasmo el *Prodigio de la Francia*, formar la biblioteca de Fontainebleau, para la cual hizo recoger en todas partes los manuscritos, al mismo tiempo que atraia á sus Estados á los jóvenes griegos, que educados con los franceses, debian inspirarles amor á los clásicos. Confió á Roberto Estienne la direccion de la imprenta real. Fundáronse por Francisco I en la universidad, á la cual asignó una suma de doscientos mil ducados de oro, en reemplazo de la retribucion que pagaban los estudiantes, cátedras de lengua hebrea, literatura griega, elocuencia latina y matemáticas. Su her-

(6) *El valiente Crillon* habia sido investido con el arzobispado de Arlés, y los obispados de Frejus, Tolon, Sens, San Papoul y la abadia de la isla Barbe.

mana, Margarita de Berry, dió brillo á la escuela de derecho de Bourges, donde Miguel del Hospital llamó á Francisco Duare y á Jacobo Cuyaccio, que fueron en Francia los restauradores de la jurisprudencia. Leonardo de Vinci, Primaticcio, Rosso, Benvenuto Cellini y otros varios artistas, fueron llamados á Francia por Francisco I: la emulacion que escitaron produjo allí artistas, tales como Juan Gouyon; y el monumento funerario de Luis XII señaló una nueva época á la escultura. Hizo construir los castillos de Fontainebleau, San German, Chambord, Follembray, Villers Cotterets, y el de Madrid en el bosque de Bolonia; pensaba además en la construccion del Louvre y de un colegio real, en el que se reunieran profesores de todas las ciencias, con seiscientos discípulos gratuitos y cincuenta mil escudos de renta. Admitia á su mesa, á sus paseos, á sus viajes, á los literatos y artistas; pero las nuevas doctrinas religiosas que se estendian entonces le determinaron á establecer una censura rigurosa (7).

Tan considerables gastos, las prodigalidades de su mujer, de su madre y de su hermana, unidas á la ambicion de Duprat, agotaban el tesoro, hasta el punto de no bastar para las necesidades de la guerra. Como ya no habia dominios que enajenar, se suplió á ello con medidas desastrosas. Pidióse primero á los rentistas adelantos sobre la renta futura, creáronse después rentas sobre el ayuntamiento, al interés de doce por ciento, dando por garantia el derecho sobre el vino que entraba en Paris; lo que abrió el camino á la renta sobre el Estado y á la nueva semilla de los agiotistas, ocupados únicamente en observar al gobierno, para aprovecharse de todas las ocasiones de realizar un beneficio con detrimento de los que están tan bien informados. La introduccion de las loterias, medio de esplotar la ignorancia y la supersticion, data tambien de aquella época.

Ya en tiempo de san Luis, se habian vendido los empleos de jurisdiccion inferior; y desde entonces este espediente rentístico habia sido unas veces permitido y otras prohibido, hasta el momento en que el canciller Duprat propuso crear una nueva cámara de veinte consejeros, cuyos empleos se venderian en provecho del rey: adoptóse esta medida, á pesar de las protestas del parlamento. Se hacia jurar á los que los obtenian que no habian pagado su empleo. Imprudente mentira á la cual Enrique IV dió fin, aunque sin hacer cesar el mal, pues hizo que los empleos fuesen hereditarios mediante una renta. Personas que no tenian otro mérito que su riqueza, consiguieron de esta manera los empleos de la judicatura, lo que no impidió á aquel patriciado independiente resistirse al rey, de quien no temia ser disuelto. Tuvo por resultado la venalidad preservar de la necesidad de la intriga y de la condescendencia.

Francisco I no convocó los Estados generales y sí solo las asambleas de los notables, de las que obtenia cuanto deseaba sin esponerse á un desaire. Habiendo intentado el parlamento reponerse en su ausencia, lo redujo á sólo la administracion de justicia, dejándole el inofensivo derecho de reclamar (8). Reunió enteramente la Bretaña á la corona (1534), á pesar de la reserva estipulada por Ana; y se vanagloriaba de haber puesto á los reyes fuera de temer, es decir, en estado de hacer todas sus voluntades. ¡Triste gloria! No tuvo, en efecto, ningun respeto á las libertades de la nacion. Exaltado con la lectura de novelas, imaginó una caballeria estravagante, cuando la verdadera caballeria habia sucumbido. Persiguió á los reformados con más rigor que Cárlos Quinto. Su desgracia le valió algunas simpatias; pero la Francia no pudo ver en él más que á un mal rey (9).

---

(7) La carta patente del 23 de febrero de 1534 dada en San German de Laye, está reproducida fielmente por Tallandier, en el *Resúmen histórico de la introduccion de la imprenta en Paris;* Paris 1837. «Aunque desde el 13 de enero de 1534 hemos prohibido y mandado, que ninguno imprimiera en adelante libros en nuestro reino, bajo pena de ser ahorcado, de todos modos. . queremos... y deseamos, que la ejecucion y cumplimiento de nuestros dichos, cartas, prohibiciones y mandatos se suspendan hasta que proveamos otra cosa; y por tanto, mandamos y ordenamos á todos nuestros súbditos del parlamento de Paris, que incontinente se elijan veinte y cuatro personajes de clase y fianza, de los cuales elegiremos doce, que serán los únicos que imprimirán en nuestra ciudad de Paris, y no en otra parte, los libros aprobados y necesarios para el bien de la cosa pública, sin imprimir ninguna nueva composicion, bajo pena de ser castigados como trasgresores de nuestras ordenanzas, con pena arbitraria... y hasta que se haya ejecutado lo mandado... de nuevo prohibimos y mandamos á todos los impresores generalmente, de cualquiera calidad y condicion que sean, que no impriman ninguna cosa, so pena de horca: todo como medida provisional.»

Chapelet en el *Roberto Estienne, impresor real, y el rey Francisco I.* Paris, 1840, procura presentar en él al protector de las letras.

(8) Dice, con motivo del concordato, á los diputados del parlamento: «Se encuentran en mi parlamento gran número de locos y aturdidos; los conozco con sus nombres, y no ignoro ninguna de las cosas que dicen de mi conducta y de los gastos de mi casa; yo sabré hacerlos entrar en su deber, pues aparentemente soy rey. Sé que ensalzan hasta las nubes á mi predecesor, á quien llaman Padre de la Justicia; no deseo menos que él que se administre bien á mis súbditos: pero aquel rey que alaban siempre, no dejó de suspender de sus empleos y desterrar de la corte algunos espíritus turbulentos; si me precisan á ello, adoptaré el mismo partido.» Ap. GARNIER, *Hist. de Francia,* XXIII, 157.

(9) Roederer concluyó que, «Francisco I no fué, en efecto, con respecto al talento y á la conducta, más que un *muchacho,* sin alcances, limitado, vano, y presentuoso. Con respecto á las mujeres, un *escelente muchacho*; con respecto á los hombres de guerra, un *valiente*; pero para con sus enemigos, para con Leon X y Cárlos Quinto un *pobrecito*; y para la Francia, *un mal rey.*

Absortos los franceses en su reinado con las guerras y lás intrigas de corte, no tomaron parte en los grandes descubrimientos que señalaron aquella época. Vieron surgir la América con una completa indiferencia. Si, por el contrario, hubiera sido moda, y esta nacion viva y aventurera se hubiese arrojado al Nuevo Mundo con su inpetuosidad de costumbre, tal vez le hubiera evitado los males que le aguardaban. Aqui comienza una época nueva para la Francia, no embellecida ya por la caballeria protectora de las letras, sino orgullosa, disputadora, trágica, sometida á un gobierno basado esencialmente en el artificio y en el engaño, sin que produzca en aquel intérvalo ninguno de los grandes talentos que reformaron la filosofia, la física, la marina ó las creencias.

El rey libertino, sin tacto, corria de un amor en otro, su apetito era el que distribuia en palacio los títulos y las rentas, y las habitaciones de sus amantes eran el centro de los negocios y la fuente de las gracias. Pero el marido de la hermosa Ferronière instigado para la venganza, procuróse en un lupanar un mal que entonces no se sabia curar, infestó á su mujer y ésta al rey, que á los cincuenta y dos años fué víctima de él (10).

Recomendó al delfin disminuir el poder de los Guisas, no elevar demasiado á los Montmorency, y desconfiar de los calvinistas. En efecto, el acrecentamiento del poder monárquico habia herido muchos intereses para que no produjera una terrible resistencia desde que tuviera un centro de reunion. Podia ya considerarse como destruido el feudalismo y elevada la unidad monárquica del poder sobre la unidad del territorio. Los altivos varones de la Edad Media, trasformados en nobles valerosos y galantes, habian llegado á constituir la fuerza principal de los reyes como fieles y valientes caballeros, gentiles hombres y cortesanos; de modo que los reyes, no temiendo ya la guerra civil, podian, conforme mejor les pluguiera, ó echarse en brazos de una vida muelle y exenta de fatigas, ó buscar un pasatiempo en las guerras extranjeras. Sin embargo, esta constitucion no libraba á Francia de las turbulencias, hijas de la ambicion, del orgullo ó de las rivalidades: en tiempo de paz, así como era una distracion para el rey guerrear con los extranjeros, entre aquella nobleza caballeresca y guerrera, era una distraccion luchar entre sí; y en determinadas circunstancias la idea del rey podia elevarse hasta combatir á cualquier príncipe vecino para ocuparle sus Estados; nada impedia á la idea de los nobles, tambien en determinadas situaciones, elevarse hasta combatir al rey, su amo, con objeto de arrancarle la corona. Nuevo incremento tomaron estas disensiones con la reforma que tendia especialmente á separar del rey á los nobles y al pueblo, mediante una religion diferente, y que bajo una fingida democracia desviaba de la corona lo que tantos años habia empleado la corona en conquistar.

Enrique II.—Sordo Enrique II á los consejos de su padre, llamó al duque de Montmorency, que se hallaba en desgracia, hizo ascender al primer lugar á los príncipes de Lorena, duques de Guisa, y se dejó gobernar tanto por ellos como por su mujer Catalina de Médicis. Esta astuta italiana, sobrina de Clemente VII, heredera del talento de su familia, se abstuvo, para dirigirle con más seguridad, de las intrigas políticas y galantes; hasta cerró los ojos sobre sus amores con Diana de Poitiers, mujer de treinta y dos años, que habia subyugado á Enrique II, cuando aun no tenia más que trece y cuyos colores llevaba en los torneos, y en los vestidos la divisa, haciéndola esculpir hasta en la fachada de su palacio. Al hacer contraer matrimonio los Guisas al delfin con Maria Estuardo, reina de Escocia, su sobrina, impulsaron á Enrique contra la Inglaterra, á la cual le arrebató Bolonia; la ocupacion de Parma le puso en hostilidad con el papa, é hizo declarar en Trento que nunca consideraria en el concilio más que á una faccion, á la cual no obedeceria. Favoreció tanto á los reformados alemanes como á Mauricio de Sajonia; y ya le hemos visto invadir orgullosamente la Alemania para vengar en Cárlos Quinto las desgracias paternas, inquietando á éste príncipe en sus sueños de monarquia universal. Pero la batalla de San Quintin, que desacreditó más bien á la Francia que perjuicio real le causó, engañó las esperanzas que él mismo habia concebido; pronto se repuso; y Guisa, que acudió de Italia, tomó al inespugnable Calais. En fin, Enrique II renunció con la paz de Chateau-Cambresis, las brillantes pero desastrosas conquistas de Italia, esperando sacar más ventajas y fuerzas de las que meditaba en Alemania.

Se refiere que, en un artículo secreto, se obligó con Felipe II á estirpar las herejias (1560). Habian penetrado desde un principio en Francia; pero la Sorbona las condenó al momento; y los reyes franceses no tenian interés en romper el poder romano suficientemente encadenado en aquel pais, al paso que la alianza de los papas servia á sus proyectos sobre la Italia. Sin embargo, los reformados se envalentonaron cuando vieron á Francisco I favorecer á Enrique VIII contra el papa, á los

(10) Pedro Chatelain, obispo de Macon, dice en la oracion fúnebre de Francisco I, estar persuadido de que, «después de una vida tan santa, al salir el alma del rey de su cuerpo, fué trasladada al paraiso, sin pasar por el purgatorio.» Lo que en el dia pasaria por una adulacion baja, pareció una herejia á la Sorbona, como si este prelado no hubiese creido en el purgatorio, y fué el objeto de una acusacion que dirigió á la corte. Pero Juan Mendoonse recibió con alegria á los diputados, y los despidió diciéndoles: *Estad tranquilos, si hubieseis conocido de cerca al difunto rey, hubiérais comprendido el sentido de las palabras del obispo. Francisco no podia detenerse en ninguna parte; y si ha dado una vuelta por el purgatorio, de ningun modo habrán podido determinarle á permanecer en él un momento.* Adoptaron el partido de reirse, y la risa es omnipotente en Francia.

protestantes alemanes contra Cárlos Quinto, y complacerse con las sátiras mordaces de Erasmo; además la asamblea del clero francés declaró en Tours que el rey podia hacer la guerra al papa y ejecutar los decretos del concilio de Basilea; en fin, la universidad condenó el libro en que Tomás de Vio sostenia que el papa es el monarca absoluto de la Iglesia. Francisco I dejó tambien escapar, en un momento de despecho, la amenaza de jugar al papa una traicion, separándose de la Iglesia; pero el nuncio le contestó: «Señor, vos perderiais más que el papa, pues una nueva religion exige nuevos príncipes.»

Francisco, pues, no pasó á vias de hecho; y si bien es cierto que en un principio desaprobó altamente el modo de proceder de los parlamentos y la inquietud de los innovadores al ver que los mismos escesos se reproducian en Alemania, se rompian las imágenes, se ensalzaban los sacrilegios y surgian turbulencias por todas partes, cambió de opinion; y á disgusto de su querida hermana Margarita, conquistada por las nuevas doctrinas, se dejó convencer por el parlamento y la Sorbona de la necesidad de perseguir á los calvinistas, especialmente desde el momento en que dejaron traslucir sus sentimientos republicanos. Los primeros mártires de aquella causa en Paris y en los Alpes, ya hemos visto cuáles fueron, y deplorado su suerte (11).

Luisa de Saboya, regente durante el cautiverio del rey, desplegó aun mayor severidad, animada como lo estaba por el canciller Duprat. Las iglesias que se habian establecido ya en Meaux, en Montbeliard y en Lyon, sucumbieron á las decisiones de la Sorbona y á los procedimientos criminales del parlamento.

Impulsado Enrique II por su propio celo, por el cardenal de Lorena y por Diana de Poitiers, aumentó los rigores del reinado anterior dejando establecer una inquisicion, y cámaras ardientes, que abandonaron toda legalidad. Los magistrados corregian tanto como les era posible semejantes escesos, despidiendo absueltos á muchos condenados, aunque Enrique II se presentó con frecuencia armado en las audiencias. Resultó de esto que la reforma, combatida á la vez por la verdad, por la incredulidad y el libertinaje, no tuvo en ningun pais mas mártires que en Francia; vióse precisada á andar errante por lugares desiertos y reclutar en silencio adeptos en las provincias, antes de atreverse en la capital.

Aumentaba el número de los disidentes con las persecuciones. Estimulados por los calvinistas de Ginebra, se reunian á cantar los salmos traducidos al francés por Marot, y pronto fundaron en Paris, y después en otras ciudades, iglesias por el modelo de Ginebra (1551). Los príncipes de Borbon los favorecian y los de Alemania les evitaban todas las persecuciones; pero habiendo asaltado el pueblo su iglesia de Paris, los que no pudieron abrirse paso con el acero en la mano fueron cogidos, y algunos ejecutados.

En este estado de cosas, fué muerto Enrique II justando en un torneo (1556); y débil juguete de las mujeres y de los partidos, dejó á Francisco II de edad de diez y seis años, no menos débil que él, con las rentas agotadas y un reino lleno de turbulencias. Las facciones religiosas crecieron entonces asociándose á los intereses y á las diversas pasiones. Una de ellas tenia á su cabeza á los seis hermanos de Guisa (12) poderosos con el apoyo de España y el matrimonio de Maria Estuardo, su sobrina, con el rey. Se unian además al pueblo distribuyendo pensiones y condecoraciones. y personalmente el duque Francisco era muy popular por haber conquistado á Calais del poder de los ingleses en ocho dias.

La faccion de los príncipes de la sangre tenia á su cabeza á Antonio de Borbon, rey de Navarra; á su hermano Luis, principe de Condé; á Francisco de Coligny, coronel de infanteria, y principalmente á un hermano suyo, el almirante Gaspar de Coligny, cuñado de Guillermo de Orange, enemigo mortal de los Guisas por interés, ambicion y religion; profundo político, demócrata tenaz en medio de la arrogancia aristocrática: «Señor, decia, haced la guerra al rey de España, ó nosotros os la haremos.»

Catalina de Medicis.—Catalina de Medicis, sobre quien pesa todo el odio de los franceses, que veian encarnadas en ella la astucia y la crueldad de los italianos, una corrupcion calculada, una fria crueldad y una política egoista y ruinosa para la Francia, representaba un gran papel además en el partido toscano: unida al príncipe por razones de política, se veia despreciada por su marido, que la posponia á su amada. Salia de improviso de una situacion humilde, bella, llena de majestad en el vigor de sus años, amaestrada en la desgracia é irritada por las humillaciones, dominadora, y sin embargo amada de sus hijos, invencible en el arte de fascinar los ánimos, pensó, no en la ventura de un pueblo que no era el suyo, no en la conservacion de una fe que no llevaba en el corazon, sino en su propio dominio; y sin embargo de esto contribuyó á conservar la Francia, en una época en que tan fácilmente podia haberse fraccionado, ó caido bajo el yugo de una tirania semejante á la española. Siempre llevó los lutos de viuda; y no obstante, su

(11) Véase la pág. 76.

(12) El primer duque de Guisa fué Claudio de Lorena, muerto en 1550. Dejó seis hijos: Francisco, duque de Aumale, después de Guisa; Cárlos, cardenal-obispo de Metz, luego arzobispo de Reims; Claudio, duque de Aumale desde 1550; Luis, obispo de Troyes, después cardenal-obispo de Metz; Francisco, gran prior de la órden de Malta y almirante de Francia; Renato, orígen de la casa de Elbœuf.

detractor Brantome la acusaba de malas costumbres, porque toleraba las de los demás. Era tan poco enemiga de la religion reformada, que muchas veces hacia que en su cámara, mientras estaba á la mesa (13) la predicasen un sermon; hizo que al jóven Carlos IX le predicase el obispo de Valence con la misma claridad que si estuviese en Ginebra. Dejemos á un lado las convicciones; como el gran enemigo de Francia Felipe II era jefe de la fraccion católica, Francia debia aliarse con los protestantes, que era la fraccion á cuya cabeza figuraron los reyes precedentes. Pero los calvinistas cesaron de ser una escuela para convertirse en una banderia peligrosa; por lo que Catalina conoció que no podia conservar el pais, sino contando con el mayor número, es decir, con los católicos. Aunque odiaba á los Guisas, se entendió con ellos para suplantar á Diana de Poitiers y al condestable Ana de Montmorency que la sostenia. En efecto, la antigua favorita fué desterrada, el condestable se unió á los Borbones, el rey de Navarra fué acogido con una estremada frialdad, que justificaba su debilidad; y los Guisas, ascendidos á los principales empleos (14), atacaron á los religionarios, cuyas asambleas se prohibieron bajo pena de muerte.

La oposicion aumentó el fanatismo de los reformados que del nombre de los confederados suizos (*eidgenossen*), se titularon *hugonotes*. Autorizados con la decision de los jurisconsultos y teólogos á tomar las armas, colocaron á su cabeza al príncipe de Condé (1560), á quien se le dió por teniente á Jorge de Barry, señor de la Renaudie; propusiéronse por objeto de derribar á los extranjeros, es decir, á Catalina de Médicis y á los príncipes loreneses, pedir al rey la libertad del culto, y en el caso en que se negase á ello, tomar á Blois, prender á los Guisas, y precisar á Francisco II á elegir al príncipe de Condé por lugarteniente del reino.

En vano los Guisas, advertidos por cartas procedentes de fuera, condujeron al rey á Amboise, é hicieron publicar una amnistía en favor de los reformados, escepto de los predicadores, declarando suspensa toda persecucion hasta el primer concilio general: atacaron los conjurados á Amboise, pero fracasaron, y los que fueron cogidos, perecieron en número de doscientos, unos en el cadalso y otros en las aguas del Loira. El príncipe de Condé, á quien su categoría hacia superior á los procedimientos comunes, protestó de su inocencia, y arrojó su guante en señal de desafío al que lo desmintiese. Fué, pues, absuelto, y se retiró con la venganza en el corazon. Los demás confesaron que habian conspirado, pero únicamente contra la perversa administracion de los Guisas. Condenados á muerte, sumergieron sus manos en la sangre de los que habian sido inmolados, y profirieron terribles imprecaciones contra Catalina, sus hijos, Maria Estuardo y las damas de su comitiva, que todas asistian á su suplicio como á un agradable espectáculo. Al mismo tiempo los calvinistas fueron perseguidos por el furor del pueblo: apenas dijo el parlamento de París: *Corred contra los herejes*, cuando los demás parlamentos lo repitieron, y por todas partes estalló la guerra civil, tanto más horrible, cuanto fué mandada por la religion. Un procurador del rey obligó á sus colegas á condenar á muerte á su propio hijo, y le hizo ahorcar á su vista como el Bruto de la antigüedad.

Hospital.—Miguel del Hospital, hombre íntegro y elocuente, que preferia la patria y la verdad al reconocimiento, es el tipo de aquellos grandes caractéres que sostuvieron bajo el despotismo, el honor de la magistratura francesa. Elevado por Catalina al puesto de canciller, fué autor de escelentes edictos, que aun en tiempos tan miserables, prepararon el bien para lo futuro. Pero aquel hábil piloto, llamado á dirigir el timon en medio de una espantosa tormenta, probó que la prudencia es impotente contra las pasiones desencadenadas. Como los Guisas, queria fortificar la inquisicion, dió la idea de un decreto, bajo cuyos términos los obispos estaban encargados de formar el proceso á los herejes, y los parlamentos obligados á ejecutar las sentencias. Esta innovacion escedia las atribuciones del consejo; pero no habia procurado más que separarlos de un proyecto homicida. En efecto, tanto los católicos como los protestantes clamaron contra este edicto; el parlamento se negó á inscribirle en sus registros á menos que no se viese precisado á ello; y el descontento general recayó sobre Hospital, que no temiendo esponerse á las maldiciones, decia: «El edicto no se sostendrá. ¿Pero una vez establecida la inquisicion cuándo cesará?»

Habiendo sido convocados los notables por su consejo en Fontainebleau (2 agosto de 1560), el almirante de Coligny se declaró jefe de los calvinistas, y presentó en su nombre una súplica, en la cual protestando su fidelidad, reclamaban del rey la libertad del culto, y que cesasen los procedimientos. Como hiciese notar el duque de Guisa que la peticion no llevaba ninguna firma: «Dentro

---

(13) Carta del nuncio Santa Croce, 13 de noviembre de 1561, en las *Actes eccles. civil. et syned.* Tom. I.

Duplessis-Mournay dice que el señor Feuqueres y otros celosos católicos «*se fesoient faire la presche en la chambre de la reyne mere du roy pendant son disner, estant aydes à ce faire par ces femmes de chambre, qui estoient secretement de la religion.*

(14) Véanse CATARINO DAVILA, *Hist. de las guerras civiles en Francia*. Contemporáneo y actor en ellas.

CÁRLOS LACRETELLE, *Hist. de la Francia durante las guerras de religion.*

ANQUETIL, *Espíritu de la liga.*

CAPEFIGUE, *Hist. de la reforma.*

Las *Memorias* de MIGUEL DE CASTELNAU, desde 1559 hasta 1570; de TAVANNES, desde 1530 hasta 1573; de BRANTOME, y las *Memorias de las reales economías de Estado*, por MAX. DE BETHUNE, *duque de Sully*.

de un momento, contestó el almirante, se verá cubierta con diez mil hombres.—¡Pues bien! yo, replicó el duque, presentaré una en contra, y cien mil personas la firmarán con su sangre.» Habiendo sido apoyada la peticion por varios obispos, se convocaron los Estados generales en Orleans, y en el interin se suspendieron las ejecuciones. Hospital, que habia aconsejado reunir los Estados, esperaba que se mostrasen moderados; pero los Guisas se sirvieron de ellos como de un lazo para apoderarse de sus enemigos.

Apenas llegaron con un salvo-conducto, cuando el rey de Navarra fué preso con centinelas de vista, y Condé puesto en el tormento y condenado á muerte. Debia ser ejecutado el dia de Navidad, á la apertura de los Estados: allí los Guisas, teniendo en sus manos á los jefes de los hugonotes, los hubieron precisado á firmar una profesion de fe, que habria sido obligatoria para todo el reino; y estirpado con un sólo golpe, como decian, la rebelion y la herejia.

Felizmente para los calvinistas murió el débil Francisco II á la edad de diez y siete años (1560). Habiendo tomado las riendas del gobierno Catalina de Médicis, en nombre de Cárlos IX, su hijo segundo, que no tenia más que diez años, dió libertad al príncipe de Condé, que fué declarado inocente. Prometió al rey de Navarra el título de lugarteniente general del reino, y aunque conservando á los Guisas, llamó al condestable, celoso católico, y aceptó los consejos del almirante, protestante declarado.

Bajo estos auspicios se abrieron los Estados generales. Hospital presentó á ellos un cuerpo de legislacion sobre toda la administracion pública, obra inmensa que se discutió y votó en menos de dos meses, y cuya parte relativa al comercio fué adoptada por todas las naciones dedicadas al tráfico. Apenas se puede creer que un hombre sólo haya podido bastar á semejante trabajo en tiempos tan agitados, y esto cultivando las letras, y hasta consiguiendo formarse un nombre entre los mejores poetas latinos de su época. Exhortaba á cada uno á no pensar más que en el bien del gobierno, sin escepcion de persona. «Olvidemos, decia, esas designaciones diabólicas, esos nombres de partido y sedicion, de luteranos, hugonotes y papistas: no cambiemos el nombre de cristianos.» Las rentas estaban en gran desórden, y la deuda ascendia á 43.000,000 al interés del 12 por 100. Pero como los Estados querian que se rindiesen cuentas de las sumas gastadas en los reinados anteriores, los Guisas hicieron disolver la asamblea: cuando se reunió después en Pontoise, se probó que la Iglesia poseia en bienes raices, sin contar los edificios, 4.000,000 de rentas, que en el dia, equivalen á cuatro veces más; en su consecuencia se propuso venderlos, para emplear 48.000,000 de los 120 que se suponia poder sacar, en el sostenimiento del clero, y aplicar lo restante á las necesidades del Estado. Asustado el clero, ofreció abandonar para la estincion de las deudas públicas, las cuatro décimas partes de sus rentas; y las demás órdenes concedieron á la corona un nuevo derecho sobre las bebidas, que produjo 1.200,000 libras.

Suscitáronse clamores contra los calvinistas, pero no juzgando Catalina oportunos los rigores en aquel momento, les concedió el perdon de lo pasado; debian, sin embargo, si no se convertian, salir del reino bajo pena capital. En este estado de cosas, el mariscal de San Andrés, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa organizaron la *Liga* á sugestion de Felipe II, entonces se reanimaron los partidos con ardor, y no se escucharon á los moderados.

Coloquio de Poissy.—Catalina habia escrito á Pio IV (1561) pidiendo hiciese algunas concesiones á los protestantes, cuyo número iba siempre en aumento: por ejemplo, suprimir en el culto las imágenes, y en el bautismo el exorcismo y la saliva; permitir á los seculares comulgar con el cáliz, simplificar la misa, emplear la lengua francesa en la liturgia, y abolir la festividad del Sacramento. Propuso tambien una conferencia en Poissy, para ensayar la union entre los partidos Pedro Mártir Vermiglio y Teodoro de Beza fueron encargados por el rey de Navarra de sostener la discusion contra el cardenal de Lorena y Claudio Despense, doctor de la Sorbona. Los príncipes de la sangre asistian al coloquio; pero la discusion no produjo, como las demás, ningun resultado. Ambos partidos cantaron victoria, y ni uno ni otro se encontraron dispuestos á hacer concesiones: probando de esta manera la verdad de esta palabra del príncipe de Condé en su prision: «No hay otro arreglo que la punta de la lanza.»

Sin embargo, los calvinistas cobraron ánimo; tuvieron asambleas públicas, y ya contaban dos mil quinientas iglesias; pero los Guisas consiguieron despertar la ambicion acallada del rey de Navarra prometiéndole hacerle recobrar el reino que habia perdido: reunióse, pues, al triunvirato de sus enemigos, que complicando á la corte en sus maquinaciones, arrebataba toda influencia á la reina. Resuelta Catalina á dominar, se unió al príncipe de Condé, y por consejos de Hospital, concedió á los protestantes la facultad de ejercer su culto (enero de 1562), pero fuera de las ciudades, y sin inquietar al católico.

Estas medidas á medias y estas vacilaciones produjeron en Francia el mismo efecto que en Alemania. Antonio de Borbon, tan ambicioso como débil, descontento con ver á su hermano el príncipe de Condé ocupar el primer lugar entre los calvinistas, cuando él mismo se encontraba despreciado de los suyos y de sus enemigos, se hizo el adversario furioso de la nueva religion: hiciéronse más atrevidos los Guisas, y llamaron en su ayuda al duque; pero habiendo insultado sus agentes en el camino que seguian (1.° marzo de 1562), á los calvinistas reunidos en un oratorio cerca de

Vassy en Champagne, llegaron á manos, y la primera sangre vertida convirtió las obstinaciones de cuarenta años en una guerra que duró treinta, y causó á la Francia mayores males que á cualquier otro pais (15).

Catalina no pudo mantener la balanza entre dos ambiciosos, menos afectos á los intereses religiosos que avaros de apropiarse la autoridad de un rey de corta edad, y huyó. Pero el duque de Guisa, que habia entrado triunfante en París, se dirigió con los triunviros á Fontainebleau, donde se apoderó del rey y de su madre, para darse una apariencia de legitimidad. Tomó Condé á Orleans, ciudad que era considerada como la primera del reino, después de la capital. Los calvinistas en que abundaba, formaron una asociacion con el pretesto de libertad *al hijo y á la madre*, por quien se decian llamados. Tomaron varias ciudades, corrió la sangre, destruyéronse los monumentos, saqueáronse los tesoros de las iglesias, al paso que los católicos, por su parte, no dejaban de fortificarse ni de tomar la ofensiva (16).

El rey, ó más bien el triunvirato declaró á los

---

(15) El embajador Marco Antonio Bávaro dirigia en 1565 á la señoria de Venecia un informe sobre estos acontecimietos. Está impreso en el tomo II de las *Relaciones de los embajadores venecianos sobre los asuntos de Francia*. Paris, 1838. Juan Correr la tuvo al corriente de los hechos que se siguieron en 1569.

«Encontré á aquel reino en gran confusion, siendo la causa la diferencia de religion (convertida casi en dos facciones y en enemistades particulares) de cada uno, sin tener en cuenta el parentesco ni la amistad, aprestaba el oido, y escuchaba lleno de desconfianza, de qué lado nacia algun rumor. Los hugonotes temian, los católicos temian, el príncipe temia, y los súbditos temian. A decir verdad, el príncipe temia aun más, y mucho más los católicos que los hugonotes. En efecto, habiéndose hecho éstos atrevidos y hasta insolentes, se inquietaban poco con los edictos de pacificacion y otros mandatos reales. Procuraron por todos los medios posibles propagar y estender su religion, predicando en diferentes lugares prohibidos, y hasta en la ciudad de Paris, donde el pueblo es tan devoto (escepto un pequeño número) y tan hostil á ellos, que puedo afirmar con razon, que no hay en diez de las más grandes ciudades de Italia, tanta devocion ni tanto odio contra los enemigos de nuestra fe. Sin tener nada de esto en cuenta, se reunian en casas particulares, y en lugar de campanas, se llamaban de noche con tiros de arcabuz. Los católicos, por el contrario, se mantenian respetuosos, y la serenísima reina, atemorizada con el recuerdo de las sublevaciones pasadas, no se atrevia á hacer ninguna cosa por la que los hugonotes pudiesen concebir la menor sospecha. Aparentando, por el contrario, no ver lo que hacian, los toleraba con paciencia, los acogia afablemente, y les concedia dones y favores con aparente benevolencia. Su majestad creia (como ellos mismos me lo han dicho muchas veces) hacer, por estos medios, que permaneciesen satisfechos y tranquilos. Esperaba, tratándolos de esta manera, el que se consumiera con el tiempo el humor, que consideraba más bien como ambicion y deseo de venganza, que como efecto de religion. Esperaba tambien que la obediencia se aumentaria á medida que el rey entrase en años, y los sediciosos no tendrian ya tan fácil ocasion de rebelarse contra él.

»Bajo este nombre de hugonotes, se comprenden tres clases de personas, á saber: los grandes, las personas de la clase media y los pequeños: los grandes han seguido esta secta por ambicion y por el deseo de vencer á sus enemigos; las personas de la clase media, halagadas por la libertad en su manera de vivir, y con la esperanza de enriquecerse, principalmente con los bienes de la Iglesia; los pequeños arrastrados por una falsa creencia; de tal manera, que se puede decir, que en los primeros hay ambicion, en los segundos robos, y en los terceros ignorancia. Sirviéndose los grandes de la religion como de mediadora, podian alabarse de haber obtenido en gran parte lo que se habian propuesto; porque el nombre del príncipe de Condé y el del almirante no eran ni menos amados ni menos temidos que el del rey y la reina. La clase media avanzaba tambien todos los dias en sus designios, y los últimos, es decir, el pueblo bajo, se figuraba que con esta nueva religion alcanzaba el paraiso. En cada provincia de este reino tenian un jefe principal que se encontraba opuesto al gobernador del rey, y á veces le llamaban tambien ellos gobernador de los suyos; tenia bajo su dependencia á otros varios jefes y á otros muchos subordinados; segun su condicion y calidad, que, estendidos por el pais con autoridad y poder (porque todos eran caballeros honrados y de noble sangre), favorecian y empleaban á los pequeños. Después de ellos seguian los ministros que instruian las poblaciones con esquisito cuidado, las confirmaban en su opinion, y se esforzaban por todos los medios en seducir á otras. He dicho con esquisito cuidado, pero para hablar con más exactitud, debo emplear el superlativo, y decir, con muy esquisito, hasta tal punto, que si nuestros curas empleasen solamente la mitad, el cristianismo no se encontraria en la confusion en que se encuentra en el dia. Recaudaban con frecuencia dinero en sus iglesias, contribuyendo con prontitud y largueza todos los pequeños, y este dinero lo remitian á los grandes y á las personas de la clase media. Sin este socorro, los príncipes no hubieran podido atender á los gastos que hacian, porque estos gastos eran más propios de un rey que de un pequeño príncipe ó un simple caballero. Resultaba, pues, de esta organizacion y de estas intenciones asociadas de esta manera, una voluntad concordante, una union tan grande entre ellos, que los disponia á obedecer al momento, á entenderse uno con otro, y muy prontos á ejecutar lo que disponian sus superiores. De este modo pudieron, en dia y hora determinado, suscitar con gran secreto turbulencias en diferentes partes del reino, levantándose para una guerra cruel y peligrosa para todos.

(16) Enviado Montluc á Guiena para mandar allí, nos refiere con admirable ingenuidad la condicion del pais y las ejecuciones que disponia: «Los ministros predicaban públicamente, que, si los católicos adoptaban su religion, no pagarian nada á los caballeros, ni al rey ninguna talla, sino lo que se dispusiese por ellos; otros predicaban que los reyes no podian tener otro poder que el que quisiese el pueblo; otros, que la nobleza no era más que ellos; y en efecto, cuando los procuradores de los caballeros pedian las rentas á sus arrendatarios, les contestaban, que les enseñasen en la Biblia si debian pagarlas ó no, y que si sus predecesores habian sido tan tontos ó bestias, ellos no querian serlo. Algunos de la nobleza comenzaban á ceder, de tal suerte, que entraban en composicion con ellos, rogándoles les dejasen vivir con seguridad en sus casas con sus labranzas; y con respecto á las rentas y los feudos no les pedian nada. Ir á caza, no habia hombre tan atrevido que

protestantes rebeldes, asalarió suizos, y se procuró alianzas con Alemania, España, Saboya é Italia: nuevos socorros llegaron por otra parte al príncipe de Condé, principalmente de Isabel de Inglaterra, á quien se le dió el Havre de Grace en garantía; pero los socorros que proporcionó y los que dió Felipe fueron cortos, tanto como pueden serlo los que dan potencias que no les desagrada ver á sus vecinos degollarse en provecho suyo.

Ya la guerra se hallaba empeñada. Murió el rey de Navarra (1562) bajo las murallas de Ruan; Condé fué hecho prisionero por el intrépido duque de Guisa que partió con él su lecho; los reformados tomaron por jefe al almirante de Coligny, pero en este estado el duque de Guisa fué asesinado por un protestante bajo las murallas de Orleans. Habiendo quedado Catalina dueña del reino con su muerte, negoció la paz (1563). Permitió á los reformados, por el edicto de Amboise, el libre ejercicio de su religion, concediéndoles amnistía por lo pasado; y vendió, con objeto de pagar los gastos de la guerra, tres millones de bienes del clero, cosa estraordinaria en Francia.

Aunque solo un año de guerra intestina ascendió la deuda pública de cincuenta y tres á sesenta millones, cuando las rentas apenas llegaban á nueve, de las cuales sólo se cobraba una tercera parte en los años de turbulencias, Catalina tenia la corte mas espléndida de Europa. Cuando no le era posible ostentar magnificencia, lo suplia con la gracia y el gusto. Prodigaba las espediciones y fiestas á los que odiaba más: intentó reunir á la corte, con las connivencias y la corrupcion, á los grandes, que se corrompieron sin unirse á ella. Sus camaristas, cuyo número ascendió á cincuenta, se elegian entre las primeras familias de Francia; tambien habia otras que no tenian más recomendacion que su belleza y finura. Tan pronto iba con ellas á brillantes cabalgatas, cacerías ó justas, donde se jugaba á la sortija, como les hacia ejecutar baladas que ella misma componia sobre asuntos sacados del *Orlando furioso* ó del *Amadis*. Protegiendo á los artistas y á los sábios, confió á Amyot la educacion de su hijo; conoció el mérito de Montaigne antes que hubiese publicado nada; admiraba á Ronsard, sol poético de la época, y tuvo particular cariño á Brantome. Jodelle, Baif y Dorat llevaron el celo hasta querer escusar sus faltas. Hizo construir el palacio de las Tullerías, y dió ocupacion al cincel de Juan Gouyon, apellidado el Fidias francés (17). Esto no le impedia en caso de necesidad montar á caballo como una *bella Marfisa*,

---

lo hiciese, porque iban á matar los galgos y los perros en medio del campo, y apenas se atrevian á decir una palabra,» etc.

Encontróse, pues, obligado Montluc, *contra su natural*, á usar, *no sólo de rigor, sino de crueldad*; y mereció de esta manera el título de *Conservador de la Guiena*. Habiendo asesinado los protestantes al señor de Fumel, Montluc hizo poner presos á los culpables, de los cuales, treinta ó cuarenta fueron ahorcados ó enrodados en un dia. Informado de que habia en la Gironda cerca de ochenta hugonotes, hizo apoderarse de setenta de ellos, y ahorcarlos de los pilares de la plaza, *sin más ceremonia*, lo que, añade, causó gran temor al pais, en atencion á que un ahorcado causa más espanto que cien muertos. En el espacio de un año, que Sommerive gobernó la Provenza, hizo perecer en el cadalso á setecientos setenta hombres, cuatrocientas sesenta y tres mujeres y veinte y cuatro niños.

(17) Juan Correr, embajador de Venecia, escribia en 1569: «Esta reina tiene parte del carácter de sus antepasados; en su consecuencia, desea dejar fama después de su muerte con edificios, bibliotecas, colecciones de antigüedades; ha comenzado todo esto, pero ha tenido que abandonarlo para ocuparse de otra cosa. Se manifiesta princesa afable, cortés y amable con todos, hace alarde de no despedir á nadie sin que vaya satisfecho, y contesta al menos á las personas con palabras, de las cuales es muy liberal. Es asídua en los negocios, con gran admiracion de todos, porque no se hace ni se trata de nada, por poco importante que sea, sin su intervencion. Ni come, ni bebe, y apenas duerme, sin tener alguno que le hable al oido. Corre de una parte á otra en los ejércitos, haciendo lo que deberian hacer los hombres, sin cuidar absolutamente de su vida. A pesar de todo esto, no es amada de nadie en este reino, y si lo es, son contados. Los hugonotes dicen que los entretenia con buenas palabras y fingidas caricias, y que por otra parte se entendia con el rey católico y maquinaba su destruccion. Los católicos, por el contrario, que si no hubiera engrandecido y favorecido á los reformados, no hubieran adelantado tanto. Además, en la actualidad en Francia todos están llenos de presuncion, y piden con osadía lo que se imaginan; si se les niega, acusan á la reina; porque, siendo extranjera, les parece, que aun cuando lo diese todo, no daba nada suyo. Tambien se la han atribuido las resoluciones tomadas para la paz ó la guerra, de que han quedado descontentos, como si fuera ella la única que gobernase, sin adoptar el parecer y consejo de otras personas. No diré que la reina sea una sibila, que no pueda engañarse, y que su majestad no confie algunas veces demasiado en sí misma; pero sí diré, que no conozco príncipe, por sabio y esperimentado que fuera, que no se hubiese visto perplejo al considerar á su espalda una guerra, en la cual hubiera sido difícil distinguir á sus amigos de sus enemigos, y queriendo atender á ella, verse precisado á emplear en la accion y en el consejo á los que le rodeaban, con conocimiento de que todos estaban interesados, y que parte de ellos eran poco fieles. Repito que ignoro qué príncipe, á pesar de la mayor prudencia, no hubiera errado en medio de tantos obstáculos, y con mayor razon una mujer extranjera, sin tener nadie de quien fiarse, asaltada de temores, y sin oir nunca una palabra de verdad. Con respecto á mí, me ha admirado que no se haya perdido y entregado enteramente á uno de los dos partidos, lo cual hubiera sido la ruina total de todo este reino: ha conservado, no obstante, la poca majestad real que aun se conoce en aquella corte; esta es la razon, por la que, más bien me ha causado lástima, que la he acusado. A ella misma se lo he declarado así en la ocasion oportuna, y pesando su majestad conmigo las dificultades en que se encontraba, me ha confirmado en esta manera de ver, y me lo ha hecho recordar más de una vez. Sé que la han visto llorar en su gabinete; mas haciendo un esfuerzo sobre sí misma, y limpiándose los ojos, se mostraba con el semblante risueño en los lugares públicos, con objeto de no alarmar á los que juz-

para ir á sitiar el Havre y afrontar los cañones de Ruan.

Durante este tiempo todo parecia convertirse en italiano y adoptar una tinta de paganismo. Ronsard y sus amigos sacrificaban un macho cabrio á Baco; los escritos estaban llenos de alusiones mitológicas, al paso que los de los reformados se manifestaban enteramente bíblicos. Cuando Amyot publicó su traduccion de Plutarco, todos quisieron imitar á los *hombres ilustres*: el duque de Guisa tomó por modelo á Escipion; el mariscal de Brissac, á Fabio; el condestable, á Caton el Censor; Chatillon, á Caton de Utica; sólo Cárlos IX permaneció estraño á lo que tenia de generoso aquella mania de heroismo. Enrique Estienne y algunos otros conservadores del buen gusto, criticaban aquella mezcla bastarda de francés italianizado; y los poetas, italianos y cortesanos, eran envueltos por el pueblo en un odio comun.

Entre los calvinistas y católicos se interpusieron un gran número de sectarios, que bajo la apariencia de cristianos, eran verdaderos epicúreos, que pensaban en gozar, y no en lo que viene después de la muerte. Llamábanse *políticos*, y á la manera de los filósofos del siglo pasado, tenian la razon por único Dios; creian que la religion era muy á propósito para reprimir al pueblo, al paso que con el ateismo crecian las supersticiones y la creencia en las hechicerias; eran egoistas en su tolerancia, humanos por escepticismo y sólo poseian la moderacion de la indiferencia. Los cortesanos se divertian con ellos; pero las personas graves y el pueblo se escandalizaban é irritaban. Los jesuitas fulminaron anatemas desde el púlpito contra estos incrédulos. Garasse se hizo órgano bufon de la reaccion moral, al paso que Teófilo de Viau fué el campeon del libertinaje, lo que le valió ser quemado en estátua (18). La clase baja se entusiasmaba con el catolicismo; la ciudad de Paris era en estremo devota y asistia con avidez á los suplicios de los hugonotes, y gritaba con ira cuando veia que la corte los toleraba ó que se inclinaba á formar alianzas protestantes.

El rey, á quien Hospital habia aconsejado se le declarase mayor para sustraerle al dominio del príncipe de Condé (1565), confió á su madre la direccion de los negocios (19). Fluctuando Catalina entre los reformados y los católicos, y entregándose á la esperanza de arruinar á los unos con los otros, descontentó á ámbos partidos. En fin, aceptó el partido de los católicos por no elevar demasiado al príncipe de Condé, y se unió más estrechamente á la España: entonces fué cuando entabló (1565) en el congreso de Bayona, donde se daban torneos y fiestas, conferencias con el duque de Alba, sobre los medios de esterminar á los disidentes. Recelosos éstos, se prepararon á resistir, ocuparon varias plazas, y trataron de sitiar por

---

gaban del estado de las cosas por la espresion de su semblante. Volvia de nuevo á entregarse á los asuntos, y no pudiendo obrar á su manera, se acomodaba en parte á la voluntad de éste, y en parte á la de aquél; obrando de modo, que se hablaba de ella en todo el mundo poco favorablemente á su honor.» *Relaciones*, etc. II, 154.

(18) Se lee en el *Paseo de los hombres honrados, ó juicio de nuestro siglo*, sátira de 1625: «Buen aspecto, gallardo, rizado, peinado y perfumado; frecuentando el juego y... calumniando á las mujeres honradas que no han querido escucharle, alabándose de las que han sido tan tontas que han cedido; no pagando sus deudas: en los campos haciendo de pequeño rey; sacando contribuciones á sus vasallos, y forzándolos á trabajar; maltratando á unos, hiriendo á otros y verificando matrimonios á su antojo. Causa lástima tener que vivir con ellos. Si se declara la guerra se capitula con el rey, no se le sirve si no paga, lo toma todo para sí, alista á aquellos pobres y mal vestidos soldados, que corren tras de las gallinas y cerdos de nuestras casas de campo. Sin dejar nada de lo que pueden comer ó llevarse, y el pobre campesino y su deplorable familia inclinan la frente bajo este insoportable peso.»

(19) Entre las numerosas cartas de Catalina de Médicis á su hijo, hay una muy larga, en la que le da consejos sobre el modo de recibir á la corte, antes de la matanza de San Bartolomé. Se felicita con él «de haberlo arreglado todo para la paz que Dios les ha dado, sin perder un momento en reponer las cosas con arreglo al órden y á la razon, sobre todo lo que corresponde á la Iglesia y á la religion. Debe, para conservarla, vivir y servir de ejemplo, esforzarse en entregarse enteramente á ella, conservar á los buenos, y purgar el reino de los malos...

«Desearia que adoptaseis una hora fija para levantaros de la cama, y que para contentar á la nobleza hiciéseis como vuestro difunto padre, que hacia entrar, cuando cogia su camisa y vestidos, á todos los príncipes, señores, capitanes, caballeros de la órden, gentiles hombres de cámara, alcaides de palacio, gentiles hombres de servicio, hablando con todos, lo que les causaba gran placer.»

Le recomienda no dejar que den las diez sin ir á misa, y comer á las once; determina el tiempo que ha de dedicar á los negocios, á la caza y á los placeres; le aconseja de bailes dos veces á la semana; «pues he oido decir al rey vuestro abuelo que, para vivir en paz con los franceses y hacerse amar de ellos, es necesario mantenerlos alegres, y ocupados en algo.»

Añade diversos detalles sobre la buena administracion de la casa de Francisco I: «Dos porteros no dejaban entrar á nadie en el patio de palacio, á menos que no fuesen los hijos del rey, sus hermanos, sus hermanas, en carruaje, á caballo ó en silla: por la noche, después que el rey se habia retirado, cerraban las puertas, y ponia la llave bajo su almohada... Cuando se presenten los empleados de las provincias, tened cuidado de hablar con ellos... lo cual he visto hacer á los reyes vuestro padre y vuestro abuelo, hasta el punto de informarse, cuando no sabian de qué hablar, de lo que pasaba en su casa, sólo por decir algo... de esta manera, las imposturas inventadas para despreciaros á los ojos de vuestros súbditos serán conocidas de todos... Olvidaba otro punto muy importante, muy fácil de poner en práctica, si lo aprobais; y es que tengais en todas las ciudades del reino, tres ó cuatro principales mercaderes considerados por sus conciudadanos, á quienes favorezcais mucho, sin que los demás lo noten y puedan decir que engañais á los privilegiados: de tal modo, que no se haga ni se diga nada en el cuerpo de la ciudad ó en las casas particulares, de que no seais informado.»

hambre á Paris. Dióse una batalla en Saint-Denis (1567), en la que pereció Ana de Montmorency á la edad de setenta y cuatro años; lo que fué ocasion de que el mariscal de Veilleville dijese al rey Cárlos IX: «No es vuestra majestad el que ha ganado la victoria; no es el príncipe de Condé, sino el rey de España.» Derrotados los calvinistas se alejaron, pero pronto volvieron á la carga. El príncipe de Condé llamó á los lansquenetes alemanes, cuyo sueldo lo proporcionaron los suyos, dando sus anillos, sus cadenas y todo lo que tenian de valor. En fin, concluyóse la paz en Lonjumeau (1568); pero éste era un espediente de que se servia Catalina para preservar á Paris de un sitio. Así era que apenas se despidieron las tropas, y los jefes protestantes volvieron á ser simples particulares, cuando escitado el pueblo contra los hugonotes, fué impulsado á esterminarlos en todas partes donde se encontraban en pequeño número. Al mismo tiempo se alejaba, con objeto de emplear con seguridad los medios violentos, á los hombres políticos, asi como á Hospital, que aconsejaba la prudencia, el cual habia obrado siempre con mucha reserva y conforme á las leyes.

Su testamento ofrece un cuadro fiel de los acontecimientos que acaecieron después de la muerte de Francisco I: «Cedí, dice, á las armas que eran las más fuertes, y me retiré al campo con mi mujer, mi hija y mis hijos pequeños, rogando al rey y á la reina me concediese una sola gracia, puesto que habian decidido hacer la guerra á aquellos con quienes habia tratado antes, y me despedian de la corte porque desaprobaba sus proyectos, rogándoles que después de haberse hartado por algun tiempo de la sangre de sus súbditos, se aprovechasen de la primera ocasion que se les presentase de hacer la paz, antes que las cosas llegasen al último estremo; pues de cualquiera manera que fuese, esta guerra no podia ser sino funesta al rey y al reino.»

Pero los consejos de la prudencia no son escuchados en medio de la exasperacion de los partidos. No teniendo nada que le detuviese, intentó Catalina sorprender al príncipe de Condé y al almirante de Coligny, que era á los únicos á quienes temia. Escaparon de los lazos, y se refugiaron en la Rochela, de cuyo punto los hugonotes, que volvieron á empuñar las armas, hicieron su plaza principal, y comenzaron de nuevo las matanzas. Briquemont llevaba un collar hecho de orejas de frailes; los reformados no disimulaban en sus diatribas la intencion de dar muerte á la reina y á los demás jefes del partido enemigo; los católicos no obraban mejor. Pio V, con su ciego celo, evitó todo arreglo por parte del rey, y quiso que los enemigos de Dios fuesen esterminados de cualquier modo (20). Dióse otra vez principio á los combates; y el príncipe de Condé, hombre de gran valor, de actividad infatigable, á la vez elocuente y liberal, fué muerto en la jornada de Jarnac, á la edad de treinta y nueve años.

Entonces Juana de Albret, reina de Navarra, llevando de la mano á su hijo, aun niño, que fué después Enrique IV, y al jóven príncipe de Condé, se unió al ejército calvinista, con intencion de dividir con él las fatigas de la guerra, y los restos de su fortuna. Fué acogida en medio de los aplausos, y el *Bearnés* (de esta manera se llamaba á Enrique de Navarra) esclamó: «Juro defender la religion y perseverar en la causa comun, hasta la muerte ó hasta que hayamos obtenido la libertad deseada.» Coligny condujo á los suyos de victoria en victoria; los alemanes, á quienes habia llamado, asolaron la Francia; evitó los sitios, ruina de los ejércitos, y remedió las derrotas con la prudencia unida á la perseverancia. En fin, concluyó Catalina un nuevo tratado de paz (1570) en San German de Laya, con la idea secreta de adormecer á los protestantes, y aprovecharse de un momento de tranquilidad para destruir á los que no habia podido acabar con la guerra. Hizo tambien con Isabel de Inglaterra otro tratado, por el cual Coligny debia ser colocado á la cabeza del ejército destinado á hacer la guerra á Felipe II en los Paises-Bajos, como lo deseaba toda la Francia. La union de ambas religiones se celebró con matrimonios, entre otros con el de Margarita, hermana del rey, con el Bearnés, que era ya el rey de Navarra.

En medio de aquel numeroso concurso de señores hugonotes, de las señales de confianza, honores y regocijos que no permitian conocer ninguna huella de los antiguos odios, asalariaba un asesino para dar muerte á Coligny. El almirante no fué más que herido; pero clamando contra la traicion los protestantes, quisieron obtener venganza del rey ó vengarse por sí mismos. Catalina, que temia ser descubierta, reveló sus proyectos á su hijo, declarando que era preciso inevitablemente comenzar de nuevo la guerra civil, ó arrojarse en brazos de los protestantes, en atencion á que los católicos habian formado una liga que elegiria á otro jefe. El duque de Guisa, autor principal del primer desafuero, y que por ambicion se habia hecho órgano de los sentimientos populares, se reunió á ella para asustar al rey, y el miedo determinó á Carlos IX á consentir en la matanza de todos los hugonotes. Inmediatamente quedó resuelto el horrible crimen por una mujer astuta, un rey de veinte y dos años, tembloroso de espanto, y por el duque de Anjú, su hermano, aun menor. La noche de San Bartolomé, al sonido convenido de la campana, comenzó la matanza, bajo la direccion del duque de Guisa. Coligny fué degollado: y su cabeza embalsamada se mandó á Roma. La carniceria se estendió por todas partes, hasta el palacio del rey, y en los aposentos de la jóven reina Margarita; cierto número de católicos fueron muertos para satisfacer las venganzas privadas, y el ilustre

(20) *Nullo modo, nullisque de causis, hostibus Dei parcendum est.* Carta á Cárlos IX.—A Catalina, el 29 de

Pedro Ramus, entre otros, pereció por instigacion de un profesor del mismo colegio. Un miserable se alababa de haber rescatado treinta hugonotes para atormentarlos á su antojo.

Cárlos IX cuya educacion habia hecho que su carácter fuese sombrío, y feroz la pusilanimidad, miraba aquellos horrores: sin embargo, intentó salvar al almirante; pero era demasiado tarde, y sólo consiguió preservar á Ambrosio Paré, su médico. Hizo que llevasen á su presencia al rey de Navarra y al príncipe de Condé, á quienes les dió á elegir entre la misa y la muerte; mas ambos abjuraron. Hospital, que aunque sincero católico, no era menos culpable á los ojos de los fanáticos, por haberse opuesto á las medidas de rigor contra los protestantes, estaba ya sitiado en su alojamiento, cuando varios caballeros enviados por el rey fueron á arrancarlo del peligro. Habiéndole dicho Cárlos IX, ante quien fué llevado, que le perdonaba: *No sé*, contestó el virtuoso magistrado, *haber merecido la muerte ni el perdon.* Murió pocos dias después, desconsolado con tantas calamidades como no habia podido evitar, esclamando: *Excidat illa dies ævo!*

Cuando amaneció mandó Cárlos IX con toda severidad cesasen los asesinatos y el saqueo, al mismo tiempo que enviaba á las provincias órdenes de abstenerse de todo esceso. Pero Catalina le hacia temer que el duque de Guisa no fuese proclamado rey; y que las facciones populares, una vez desencadenadas, no pudiesen sujetarse. Ya se habia en todas partes seguido el terrible ejemplo; y el ódio y la venganza se habian cubierto para satisfacerse con el manto de la legalidad. Enrique de Saboya, conde de Tenda, gobernador de la Provenza, se negó á obedecer el decreto homicida. El vizconde de Orthes, gobernador de Bayona, escribió al rey: «Señor, no he encontrado aquí más que buenos ciudadanos y valientes soldados, pero ningun verdugo.» Saint-Heran, gobernador de Auvernia, le dirigió esta respuesta: «He recibido una órden con el sello de V. M., mandando dar muerte á todos los protestantes. El respeto que profeso á V. M. me hace creerla falsa; pues si fuese verdadera, el respeto me mandaria no obedecer.» El verdugo de Lion dimitió su empleo, diciendo: «No doy muerte más que á los culpables, y no ejecuto mas que las sentencias legítimas.» El obispo de Lion recogió á los reformados en su palacio, y esta conducta determinó á muchos á convertirse.

¿Fué accidental ó premeditada la matanza de San Bartolome? Proclamando los católicos la justicia y santidad de la medida, se complacieron en hacerla pasar por el resultado de una resolucion adoptada con toda madurez, al paso que los protestantes tachaban de infames á los católicos y á los italianos (21). Sin embargo la razon no permite creerlo. La corte debia temer á los Guisas tanto como á los hugonotes, y habia procurado siempre mantener el equilibrio. Si se habia proyectado una matanza general, ¿por qué dar la señal dos dias antes con una tentativa de asesinato en la persona de Coligny? ¿Por qué no adoptar las precauciones necesarias para apoderarse por sorpresa de la Rochela y demás plazas de los calvinistas? ¿Por qué no enviar simultáneamente las órdenes á todos los puntos del reino, cuando las primeras no se dieron hasta el 28 de agosto? Tenemos dadas suficientes pruebas de nuestros sentimientos para temer que se suponga no nos cause horror semejante crímen. Mas la verdad nos inclina á decir que los primeros asesinatos fueron cometidos por los protestantes y que la cólera de que el pueblo estaba animado entonces, se dirigia principalmente contra la nobleza, que hacia tanto tiempo trastornaba el país. Entre los nobles, Coligny era el más ambicioso y el menos dócil; habia atentado varias veces á la nacionalidad, y él mismo confesaba haber entregado el Havre á los ingleses en 1562, y hecho asesinar al duque de Guisa en el sitio de Orleans.

Si es posible encontrar alguna luz en medio de tan infernal oscuridad, nos inclinamos á suponer que habian tenido intencion al principio de desembarazarse del terrible Coligny, y que la ejecucion del crímen se confiaria al duque de Guisa, con la idea de formarle después un proceso y perderle; pero habiendo fallado el golpe, viendo el peligro el duque, llamó á los suyos, asustó á la reina, y arrancó en el intérvalo de algunas horas la órden para tan espantosa carniceria.

El número de las personas muertas asciende á cien mil, segun unos, y sólo á dos mil, segun otros (22); pero cualquiera que sean las circunstancias del horrible hecho no es menos cierto, como tambien la alegria que manifestaron las cortes católicas. El cardenal de Lorena, embajador de Francia en Roma, regaló cien monedas de oro al correo que le llevó la noticia; y el papa Gregorio XIII la celebró con fiestas, como un triunfo de la religion; en Madrid, se regocijaron tanto como de la victoria de Lepanto; Venecia dirigió al rey felicitaciones oficiales *por aquella gracia de Dios.*

Cárlos IX, que agitado de continuo por el miedo, é impulsado por él á la crueldad, salvaba á algunas personas y condenaba á muerte á otras, no fué tal vez más que el jugete pasivo del fanatismo

---

enero, de 1570: *Compertum nobis est nullam esse satanæ cum filiis lucis communionem; ita inter catholicos quidem et hæreticos nullam compositionem nisi fictam, falaciisque plenissimam fieri posse pro certo habemus.* Ap. CAPEFIGUE, tomo II.

(21) *Un crímen italiano*, dice Mezerai. Merimée, en la *Crónica de la época de Cárlos* XI (Paris, 1829), niega que hubiese trama. El mismo Sismondi, muy contrario á los católicos, lo niega tambien. Véase la nota B al fin del Libro.

(22) Sully dice setenta mil; Perefixo, cien mil; la Popeliniere, veinte mil; el martirologio de los calvinistas, diez y seis mil ciento sesenta y ocho, pero sin indicar los nombres mas que de setecientos ochenta y seis: el abate Caveirac (Diss. 38) cree poder reducirlo á dos mil.

universal, pues al mismo tiempo que confesaba á Ambrosio Paré los remordimientos que le despedazaban, quiso justificarse ante el parlamento, acusando á Coligny de haber meditado una revolucion. Ahora bien, el parlamento formó los procesos, envió al cadalso á los cómplices del almirante, y encargó al presidente De Thou, hombre de la mayor integridad, dar gracias al rey por *su prudencia*, en cuyo recuerdo instituyó una procesion anual. Pero las personas honradas se indignaron, y las de talento preveian cuánta sangre correria por tan gran crímen, que unia á su atrocidad la falta aun más grave en política, de ser inútil.

En efecto, los odios no hicieron más que exasperarse; los que habian escapado al hierro homicida, fueron á esparcir el horror contra los asesinos, y conociendo los demás que el rey estaba preparado, y en la conviccion de no haber sacado ninguna ventaja de aquella sangrienta ejecucion, se fortificaron en las plazas fuertes, y comenzó la cuarta guerra civil. La Rochela sostuvo nueve asaltos, durante los cuales las mujeres rivalizaron en valor con los hombres; pero el duque de Anjú, que sitiaba á aquella plaza, fué elegido rey de Polonia, y se trató entonces de un acomodo que concedia la libertad del culto. El poco éxito de los remedios violentos reanimó el partido de los Políticos. A su cabeza estaban los cuatro Montmorency, hijos del condestable; pero cuando el rey de Navarra y el príncipe de Condé se unieron á su causa, concluyeron, en oposicion á la corte y á pesar de la diferencia de religion, por unirse á los hugonotes. Adoptaron entonces por jefe al duque de Alenzon, hermano tercero del rey, jóven príncipe, ambicioso y desprovisto de talento, cuyo total mérito consistia en ser odiado de Catalina.

Al momento estalló una nueva guerra; pero la sangre derramada continuó causando á Cárlos IX grandes remordimientos, y por una estraña enfermedad, la suya propia le salia por los poros. Turbado con horribles apariciones que le ponian en una especie de frenesí (23) (1574), murió á la edad de veinticuatro años, satisfecho con no dejar á un hijo aquella funesta herencia.

Enrique III.—El duque de Anjú, su hermano y cómplice en el crímen de la noche de San Bartolomé, era objeto de la predileccion de Catalina. Le habia dicho cuando marchó para Polonia: «No permanecerás mucho tiempo entre los extranjeros.» Habiendo ilustrado su nombre con las victorias de Jarnac y Montcontour, llamado á unir una corona hereditaria á otra electiva, hubiera podido sacar gran partido de aquella posicion, pues á los polacos les hubiera acomodado tener un rey distante é inofensivo á sus privilegios; y los franceses visto con placer el brillo y la fuerza que el trono alcanzaba. Pero no habia manifestado más que fastidio en medio de un pueblo cuya eleccion debia esforzarse en justificar por sus virtudes. Manchándose, por el contrario, con vicios que envilecen, se encerró en su palacio, considerando como un destierro su permanencia en aquel reino, del que se escapó furtivamente desde el momento en que la esperanza de la muerte, mucho tiempo alimentada de Cárlos IX, llegó á realizarse. Atravesó la Alemania, donde Maximiliano II, que habia cesado de temerle y estimarle, le prodigó grandes honores: no vió en Venecia más que las máscaras, que le agradaron mucho, prodigando en todas partes los regalos, y cuando no le quedaba ya nada, dió á Turin, Pignerol y Savigliano. Apenas llegó á París, se rodeó de jóvenes que unian á la depravacion de los cortesanos las baladronadas de los espadachines; pasaba sus dias en rizarse el cabello, en arreglar collares para la reina y en jugar con perros pequeños, y en dirigir procesiones y novenarios. Gastaba 1.200,000 francos para el matrimonio de Joyeuse, su favorito, y no tenia con que mandar un mensajero al duque de Guisa para negocios urgentes. Satisfecho con que le dejasen en compañia de sus favoritos, les daba tierras, elevados empleos y los hacia pares, lo que aumentaba su insolencia. A veces abandonaba aquellas costumbres voluptuosas para recitar el rosario, hacer ostentacion de penitencia, ir á pié al jubileo, mas después volvia á recaer en el fango. Instituyó una hermandad devota con el nombre de Orden caballeresca del Espíritu Santo. Despreciado de los católicos por sus vicios, de los protestantes por su hipocresía y de todos por sus vacilaciones, tuvo por amigos de su religion á los enemigos de su autoridad y recíprocamente.

Mientras que se dejaba guiar por los que le adulaban y corrompian, estalló de repente la quinta guerra civil (1575). Confederados en Nimes los calvinistas, constituyeron un verdadero Estado con sus magistraturas, leyes, ejército y tesoro, y dirigian al rey, no súplicas, sino proposiciones. Pidieron la libertad del culto, la mitad de los empleos en el parlamento y en los tribunales, el castigo de los asesinos de la noche de San Bartolomé, la convocatoria de los Estados Generales, y en fin, el alivio de los impuestos y el olvido de lo pasado. Tenian consigo á los políticos, llamados entonces *descontentos*, y si fuera posible discernir un fin comun en medio de tantas ambiciones é intereses particulares, su intencion hubiera sido fraccionar la Francia en varias repúblicas, para formar una aristocracia federativa.

No era ya, pues, una simple cuestion de religion, y la guerra se hacia cada vez mas encarnizada. El duque de Alenzon, odiado de su madre, puesto en ridículo por los favoritos del rey, se puso á la cabeza de los políticos con pretesto de restablecer el

(23) «¡Ah nodriza mia, querida mia, ama mia! ¡cuánta sangre! ¡cuántos asesinatos! ¡Oh, qué malos consejos he seguido! ¡oh Dios y señor mio, perdonadme y concededme misericordia! No sé dónde estoy, tan perplejo y agitado me encuentro. ¿Cómo concluirá esto? ¿Qué hacer? Estoy perdido, lo veo...» *Relacion de Pedro de l'Estoile.*

órden. El rey de Navarra, que disimulaba en la corte y se entregaba al placer, se quitó la máscara y huyó, se retractó de su abjuracion como arrancada por fuerza, y fué el jefe más hábil del partido hostil á la corte.

Catalina acudió en persona á Beaulieu al campo enemigo con la reina de Navarra y un *escuadron volante* de damas, que, como ella, sabian sacar partido de su belleza. Hizo que su hijo consintiese en la paz, confiriéndole el título de duque de Anjú (1576). Prodigáronse promesas y honores á los demás; concedióse una amnistia á todos con restitucion de sus privilegios, el libre ejercicio de la religion en el reino *que se decia reformada*, escepto en París y dos leguas alrededor; participar igualmente de los empleos los católicos y los hugonotes, á los cuales se les garantizaron seis plazas de seguridad; y en fin, prometió la convocatoria de los Estados Generales en el término de seis meses.

Liga santa.—Estas concesiones parecieron excesivas á los católicos; y Enrique, duque de Guisa, jefe entonces de aquella poderosa casa, formó á imitacion de los protestantes una *Liga santa* con el pretesto de equilibrar la influencia de los políticos y de los reformados. Los miembros de aquella asociacion juraron sacrificarse á la defensa comun, obedecer al rey, proteger la independencia y la integridad del pais, amenazados ambos, hacer cesar las discordias civiles, y tolerar á los pretendidos reformados (24). Sin duda la ambicion tenia gran parte en aquella liga; pues se apeló al papa á que examinase si los Capetos no estaban destronados por haber introducido en Francia las libertades galicanas, y contribuido á la elevacion de los herejes, lo que Enrique de Guisa, sucesor legítimo de Carlomagno, no permitiria subsistir.

(24) Los motivos de la Liga Santa se deducen de la fórmula del juramento prestado en estos términos por sus miembros: «En nombre de la Santísima Trinidad, y de la comunicacion del sagrado cuerpo de J. C., hemos prometido y jurado por los Santos Evangelios, por nuestras vidas, honores y bienes, seguir y guardar inviolablemente las cosas convenidas aquí, etc.: Primeramente, siendo conocidas de todos, las grandes prácticas y conjuraciones hechas contra el honor de Dios, de la santa Iglesia católica, y contra el Estado y monarquia de este reino de Francia, tanto por sus súbditos como por los extranjeros: sabiéndose, que las largas y continuadas guerras y divisiones civiles han debilitado tanto á nuestros reyes, y los han reducido á tal necesidad que ya no es posible que ellos mismos hagan lo que es conveniente y á propósito para conservar nuestra religion, ó que puedan mantenernos bajo su proteccion, con seguridad de nuestras personas, familias y bienes, en los que hemos recibido tantas pérdidas y perjuicios, hemos considerado muy necesario,» etc.

Sigue después el compromiso de sumision á la Santa Iglesia, de tolerancia para con los reformados, de obediencia al rey y á sus sucesores, de observar y hacer observar, hasta perder sus bienes y sangre, los decretos de los Estados Generales, etc. *Historia de la Liga del padre* MAIMBURG, p. 629.

Pero la aparente justicia de los motivos alegados hizo que muchas personas entrasen de buena fe en una liga que era la espresion solemne de la opinion dominante; el mismo Enrique III se alistó bajo su bandera, considerándola como la del partido más nacional, y esto con la idea de dirigirla, cuando en realidad se habia formado contra él.

Enrique III acudió á los Estados Generales de Blois, donde se decidió que no se toleraria más que una religion. Hubo aun otra guerra civil y luego otro acomodo. Pero pronto comenzó otra de nuevo: ésta se llamó *guerra de los enamorados*, porque era el resultado de galantes intrigas. Enrique de Navarra, que era entonces el jefe de los calvinistas, desplegó un valor que no se esperaba de él: anudando estrechas relaciones con los soberanos protestantes, á pesar del obstáculo que encontraba en el odio que los luteranos tenian á los calvinistas, tanto como á los católicos, aspiraba á un concilio general de los reformados, en el cual todos serian oidos y se reunirian contra la religion romana; pero no pudo conseguirlo. Los hugonotes se vengaron infamemente del asesinato de sus hermanos, y en fin, la paz de Flex devolvió la tranquilidad por espacio de cuatro años. El duque de Alenzon, nombrado para el mando del ejército confederado, se deshonró en Flandes, á donde fué llamado á dominar, y engañado por Isabel, quien le lisonjeaba con la esperanza de que alcanzaria su mano. En fin, su muerte llegó á aumentar las ambiciosas esperanzas del duque de Guisa.

Encontrándose ya el príncipe lorenés en las primeras gradas del trono, trató de unirse á la España, que daba 50,000 escudos anuales á la Liga. Y como en medio de aquellos odiosos debates causaba espanto la idea de un rey protestante como el navarro, se convino con ella que en caso de morir Enrique III se escluirian del trono á los príncipes herejes, y que pasaria la corona al cardenal Cárlos de Borbon. Este prelado incapaz, á quien los realistas llamaban *Asno de oro*, debia servir de velo á los proyectos del duque, al mismo tiempo que Felipe se lisonjeaba con sustituirle con un príncipe de su casa: juntamente se engañaban, aunque obraban de concierto. En este estado sublevó el duque de Guisa á Paris, anteponiendo la necesidad de defender al rey, la religion, las franquicias de la nobleza, los derechos del parlamento y el bien público (25), sonoras palabras con las que siempre

(25) El manifiesto del cardenal de Borbon, publicado después de la formacion de la Liga, terminaba de esta manera: «Por estas justas causas y consideraciones, nos Cárlos de Borbon, primer príncipe de la sangre, cardenal de la santa Iglesia católica, apostólica, romana; teniendo más interés que ningun otro en admitir bajo nuestra salvaguardia y proteccion á la religion católica del reino, y persistir en la conservacion de los buenos y fieles súbditos de su majestad, con asistencia de gran número de personas, príncipes de la sangre, cardenales y otros príncipes, padres, prelados y oficiales de la corona, gobernadores de provin-

se deja seducir el pueblo. En lugar de reprimir la Liga por la fuerza Enrique III, le dirigió una apología, y Catalina negoció la vergonzosa paz de Nemours (1585), con la que obtuvieron todo lo que pedian, y además, la prohibicion de profesar cualquiera otra religion, sopena de muerte.

No eran estas cuestiones momentáneas de partido; lejos de ello, se unian al estado de la civilizacion. El clero se habia dedicado constantemente á sustituir la organizacion romana á la de los bárbaros, la centralizacion al feudalismo. Los reyes se habian empeñado tambien en la misma senda, con la voluntad de disminuir asimismo la influencia del clero, que, acercándose al pueblo, se unia á él contra ellos; de aquí las ideas democráticas de la Liga. El sistema germánico tenia, por el contrario, en su favor á los protestantes, enemigos de la autoridad, favorecidos por los caballeros, igualmente opuestos al poder imperioso de Roma y al despotismo del rey. Inclinábanse, pues, los reformados á descomponer la unidad francesa, el clero y el rey á fortificarla, pero con ideas diferentes.

Los Diez y seis.—Aunque declarando Sixto Quinto perniciosa la Liga al rey, al Estado y á la religion, escomulgó al príncipe de Condé y al rey de Navarra como herejes, dispensando de que se les obedeciese. La fuerza de los de la Liga y su crédito se aumentaron después con la union de otra asociacion que se formó en el convento de los jacobinos. Se componia de fanáticos exaltados por las predicaciones contra el gobierno y contra el rey, á quienes se les llamó los *Diez y seis*, porque elegian entre ellos diez y seis jefes, uno por cada barrio de París, con objeto de escitar el celo de sus habitantes. La Francia perteneció desde entonces al duque de Guisa, y Enrique III, débil y despreciado, no encontró otro medio de salvacion que unirse á los protestantes; no se atrevió, sin embargo, á recurrir á ellos, y se acercó, por el contrario, á los de la Liga, aunque conocia ya perfectamente sus designios.

Empuñáronse entonces de nuevo las armas (1587): escitados los príncipes alemanes por el anciano Teodoro de Beza, enviaron tropas á Francia para sostener á sus correligionarios; es decir, que se introdujo un ejército extranjero en Francia en favor del partido de los nobles y de los reformados. Célebre se hizo entonces Enrique de Navarra con la victoria de Coutray y con la magnanimidad que usó en ella.

Jornada de las barricadas.—Irritáronse aun más los Diez y seis contra Enrique III, y poniéndolo todo por obra para desacreditarle, maquinaron una sublevacion con intencion de apoderarse del Arsenal y precisar al rey á abandonar la direccion de los negocios. El duque de Guisa, á quien llamaban el azote de la herejía, el Macabeo francés entró como dueño en Paris, á pesar del rey, que reunió tropas para defenderse. Pero á esta noticia los de la Liga sublevan al pueblo, llénanse de barricadas las calles, la multitud se dirige al Louvre, donde dan muerte á los suizos, víctimas venales predestinadas á su furor; y Enrique III, sitiado en la morada real, tomó el partido de huir. El duque de Guisa ocupa el Arsenal y la Bastilla; con una señal apacigua el tumulto y hace deponer las armas; éste era para él el momento de hacerse rey; no se trataba más que de quererlo. Pero pocos hombres saben consumar una empresa audaz, y sus vacilaciones reanimaron el valor de sus adversarios. Esto no impidió el que Enrique III, siempre débil, aceptase una paz vergonzosa confirmando la Liga, y prometiendo mostrarse severo para con los hugonotes. Desde aquel momento no disimuló el duque de Guisa la intencion de destronar á Enrique III, y la duquesa de Montpensier, su hermana, llevaba siempre colgadas del cuello unas tijeras, destinadas, segun decia, á tonsurarle cuando fuese encerrado en un convento. Abandonando Enrique III su indiferencia habitual, recurrió al espediente de la cobardía; y el duque de Guisa, á quien hizo llamar á su gabinete, fué asesinado en Blois por órden suya (23 diciembre de 1588); al dia siguiente tocó su vez á su hermano el cardenal de Lorena; el otro hermano, Mayena, huyó, y muchos de los suyos fueron perseguidos. Enrique III esclamó, presentándose á su madre: «El rey de París no existe, señora, y en adelante seré rey.—¡Dios quiera, le contestó, que esta muerte no os haga rey de la nada! Cortais bien, hijo mio, ¿pero sabeis coser? ¿Lo habeis dispuesto todo?» Poco tiempo después espiraba Catalina (1589), recomendándole reconciliarse con el rey de Navarra. Las implacables necesidades de la política (26) po-

cia, ciudades, señores ilustres y caballeros de muchas comunidades y multitud de buenos y fieles súbditos, que constituyen la mejor y más sana parte de este reino; habiendo pesado con madurez los motivos de semejante empresa, y consultado á verdaderos amigos, muy celosos de la tranquilidad y ventaja de la Francia, personas ilustradas y que temen á Dios; declaramos que todos han prometido y jurado solemnemente empuñar las armas, á fin de que se restablezca la santa Iglesia de Dios en su antiguo lustre, y en la profesion de la religion católica, única verdadera; que la nobleza goce plenamente de los privilegios que se le deben; que el pueblo se vea consolado, y los impuestos creados después del rey Cárlos IX (que Dios salve), abolidos; los parlamentos reintegrados en la soberania de sus juicios, sin que se violente su conciencia; que á todos los súbditos del reino se les conserven las atribuciones y empleos, sin privarles de ellos, sino por alguno de los tres casos determinados en las antiguas leyes del reino, y por la sentencia de los jueces ordinarios de los parlamentos; que todos los impuestos que paga el pueblo se empleen en defensa del Estado, y para el objeto á que están destinados; y que los Estados Generales se reunan cada tres años libremente, y sin que sea por espíritu de intriga, con entera libertad para quejarse de los agravios que no se hubiesen reparado.»

(26) Enrique IV decia al presidente Claudio Groulard:

drán hacer que se escusen los actos de esta princesa; pero la moral los reprobará siempre.

No tardó Enrique III en conocer que no era verdad lo que se habia dicho, que, *muerto el perro se acabó la rabia*. Hubiera debido atacar inmediatamente á París, y apoderarse de los Diez y seis. Pero sus vacilaciones les dejó tiempo de armar la ciudad. El pueblo se vistió de luto, las iglesias se colgaron de negro, los predicadores fulminaron contra el asesino, y se colocaron en los altares imágenes de cera del rey, á las que pinchaban con grandes alfileres, como para indicarle que se le destinaba á morir. Hasta á las personas honradas pareció legítima la Liga contra un asesino; y declarando la Sorbona que no se debia fidelidad á un rey pérfido, dispensó á los franceses de la obediencia. Aumentóse la osadía de la muchedumbre cuando supo que Enrique III habia puesto en libertad á los jefes presos, y estalló el tumulto; el duque de Mayena fué proclamado jefe de la Liga, y al mismo teniente general del Estado y de la Corona. Entonces ya no son sólo los aristócratas los que forman parte de la Liga, sino que ésta se hace democrática, y se proclama el derecho del pueblo sobre los tronos. «La voluntad de Dios hace los reyes y se manifiesta por la voz del pueblo.» El reino de Francia es electivo; el título de nobleza es personal y no es noble quien no es virtuoso (27). Pero no habia llegado aun el tiempo de amalgamar el catolicismo con las ideas democráticas.

En estas circunstancias, Enrique III no vió otro recurso que arrojarse en brazos de los hugonotes. Ejecutando entonces demasiado tarde lo que le hubiera salvado algunos años antes, fué al encuentro del rey de Navarra (1.º de julio), quien se echó á sus piés y le acogió como á un amigo leal (28); después los dos reyes reunidos marcharon sobre París con fuerzas imponentes para formalizar el sitio. Sixto Quinto, que habia ya citado al rey á su tribunal para que se justificase del asesinato del cardenal de Guisa, le escomulgó entonces; y Jacobo Clemente, jóven fraile dominico, ignorante, fanático y bastante presuntuoso para creerse instrumento de la Providencia, impulsado por los Diez y seis y por la duquesa de Montpensier, fué en busca del rey, y le dió muerte con un puñal (2 de agosto). Preso al momento, sufrió los tormentos con intrepidez, y el fanatismo del espíritu de partido, la intolerancia del siglo hicieron se ensalzase hasta las nubes su heroismo; llegaron hasta venerarle como á un santo. ¿No hemos visto nosotros tambien á Andrés Chenier y á Klopstock hacer la apoteosis de Carlota Corday? ¿No celebra toda la juventud alemana á Sand, matador de Kotzebue? ¿No oimos tambien alabar todos los dias en las escuelas el heroismo de Timoleon y de Mucio Escevola? (29).

«Por favor, ¿qué podia hacer una pobre mujer que habia quedado viuda con cinco hijos y dos familias, la nuestra y la de los Guisas, que querian apoderarse de la corona? ¿No habia de recurrir á estraños espedientes para engañar á unos y á otros, con objeto de salvar, como lo consiguió, á sus hijos, que reinaron sucesivamente, gracias á la prudente conducta de una mujer tan hábil? Por mi parte, me admiro de que no haya obrado peor.» *Memorias* de GROULARD en la coleccion de Petitot, t. XLIX, pág. 384.

EUGENIO ALBERI, en el *Ensayo histórico sobre Catalina de Médicis* (Florencia, 1838), trata de defenderla con razones y documentos, es decir, manifiesta que en tiempos tan difíciles no se podia obrar de otro modo. Lo mismo se encuentra en Capefigue, *Hist. de la Reforma*.

(27) Escritos de la Liga citados por Luis Blanc, *Historia de la Revolucion*.

(28) Mornay escribia al Navarro: *Señor, habeis hecho lo que debiais y lo que ninguno de nosotros podia aconsejaros*.

(29) Napoleon ha dejado un legado al que intentó asesinar á Wellington.

CAPÍTULO XXV

LOS BORBONES

En el momento de morir, sin inspirar ni pesar ni lástima, Enrique III recomendaba á los suyos ascender al trono al rey de Navarra, y decia á este príncipe: «Nunca lo conseguireis si no os haceis católico.» En efecto, la línea de los Valois se habia estinguido, la herencia real recaia en Enrique de Borbon, aunque no fuese su pariente sino en el grado vigésimo segundo. Pero en lugar de gritarse como de costumbre, *el rey ha muerto y viva el rey*, los ánimos permanecian indecisos. ¿Habian de seguir unidos al príncipe apóstata, á pesar de la escomunion, los católicos que formaban parte del ejército? ¿Se habian de resolver los príncipes de la sangre á reconocerle? ¿Qué partido adoptar con aquellos que le habian ofendido con sus correligionarios que temian verse abandonados por él? ¿El mismo qué debia hacer? Si se declaraba en favor de los hugonotes, perdia el apoyo de los católicos y daba á la Liga una nueva fuerza; si se entregaba á los católicos, le quedaban muy pocas tropas. Comprometióse, sin embargo, con ellos, á hacerse instruir en su fe, á devolver á los eclesiásticos los bienes arrebatados por los protestantes, á no permitir el ejercicio del nuevo culto sino en los lugares donde era ya tolerado. En su consecuencia, varios príncipes le reconocieron por rey bajo el nombre de Enrique IV, otros permanecieron con los descontentos; pero muchos esclamaban: «Sois el rey de los valientes, y sólo los cobardes os abandonarán.»

Regocijóse la Liga, sin sonrojo, de la muerte de Enrique III. La duquesa de Montpensier, que habia contribuido activamente á fomentar aquellos encarnizados odios, y que se alababa de haber hecho más con sus predicadores que todos los de la Liga juntos con sus intrigas y armas, corrió á París, anunciando la feliz nueva, y haciéndola proclamar desde los púlpitos. El bienaventurado mártir Jacobo Clemente llegó á ser, como su madre, el objeto de un culto público, y se cantaba en las iglesias: «¡Bendito sea el vientre que te ha concebido; el seno que te ha amamantado!» Como el hereje bearnés no podia ser consagrado rey, el duque de Guisa habia muerto, y Mayena no ambicionaba la corona, queriendo mejor dominar á la capa de otro, el cardenal de Borbon, prisionero entonces de Enrique IV, fué proclamado con el nombre de Cárlos X. Pero la fortuna coronó los esfuerzos y generosidad de Enrique IV, que animó á sus soldados, peleando él mismo como uno de ellos: «Si perdeis vuestras banderas, les dijo, reunios en derredor de mi penacho blanco.» En un momento en que los veia huir: «¡Volved caras! les gritó. Si no quereis pelear, al menos me vereis morir.» Y en medio de la victoria: «Camaradas, les dijo, perdonad á los franceses!» Asi fué, que aunque Mayena habia prometido llevarlo preso á París, donde se habian alquilado las ventanas para verle pasar, Enrique IV, vencedor de los de la Liga en Arques (1) y en Ivry, se presentó de nuevo á bloquear á París en donde reinaba el mayor desórden. El papa se mostraba de mala gana hostil á un príncipe, cuya conversion esperaba. Mayena no tenia bastante resolucion para ser un jefe de partido, y, segun la espresion de Sixto Quinto, *empleaba más tiempo en comer que Enrique en dormir*. El rey de España prodigaba el dinero con la esperanza de conseguir la corona para un príncipe de su familia: ya hablaba con tono de amo, y el fanatismo de los Diez y seis le servia perfectamente. Pero formóse

(1) La tarde de aquella batalla escribia á Crillon: *Ahórcate, valiente Crillon, hemos peleado en Arques y no estabas. Te amo con razon ó sin ella.* Este es el mismo Crillon, de quien Enrique IV decia cuando fué rey. *Vé ahí el más valiente de mi reino.—Mentís, señor*, replicó, *sois vos.*

en oposicion á la faccion *española*, un partido *francés* que multiplicó las divisiones intestinas.

Habia en la ciudad doscientas treinta mil personas y víveres para un mes; sin embargo, el oro de España y las exhortaciones de la duquesa de Montpensier hicieron sufrir con paciencia tan crueles penalidades. Fanáticos predicadores clamaban incesantemente contra el Bearnés; lo que hacia decir á Enrique IV: «Todo mi mal procede del púlpito.» Concluyeron por no tener otra cosa que comer que una mezcla de heno, paja y huesos pulverizados, al que se le llamaba *pan de madama de Montpensier*. Enrique IV queria evitar un asalto á la ciudad con la esperanza de que el hambre obligaria á los parisienses á rendirse. En el interin, socorria las desgracias famélicas y acogia las bocas inútiles que le enviaban (2). Alejandro Farnesio, duque de Parma, héroe contemporizador, llegó de los Paises-Bajos con veinte y cinco mil soldados españoles; levantó el bloqueo de la ciudad, entró en ella víveres, y se volvió vencedor sin haber peleado. Entonces declaró la Sorbona pecado mortal y digno de escomunion tratar con el Bearnés, ó creer que el trono de Francia pudiese darse á un hereje. El nuevo pontífice Gregorio XIV (1590), afecto á Felipe II, mandó á los de la Liga armas y dinero, y declaró á Enrique IV hereje relapso, y escomulgó á todo el que le siguiese favoreciendo. Pero sus bulas fueron quemadas por el verdugo, y batidas las tropas.

Entre tanto la misma Liga se dividia en varios partidos. Apoyados los Diez y seis por la España, ejercian una verdadera tiranía, asesinándose entre sí y enviándose alternativamente unos á otros al suplicio; pero en fin, Mayena se decidió á reprimirlos, y los depuso y castigó. Habiéndose convocado entonces los Estados Generales, el rey de España intrigó abiertamente para hacer que diesen la corona á un príncipe austriaco; pero horrorizados los franceses con semejante peligro, disminuyeron considerablemente la aversion que les inspiraba Enrique IV. Este decia al cardenal de Gondi y al arzobispo de Lion: «Daria un dedo por dar una batalla, y dos por la paz general; pero es imposible hacer lo que me pedís, quiero á mi ciudad de París, mi hija mayor, mi enamorada; por lo cual, quiero concederle más perdon y compasion que lo que reclama. Pero quiero que me esté reconocida, y que sepa que recibe este bien de mi clemencia, no del duque de Mayena, ni del rey de España... Soy el verdadero padre de mi pueblo, me asemejo á la verdadera madre de Salomon. Preferiria casi no tener á París, que haberle arruinado y asolado con la muerte de tantos pobres. Por el contrario, á los de la Liga no repugna el que París se vea destrozado, con tal de que tengan una parte de él. Hasta casi son todos españoles ó *españolizados*. No se pasa dia sin que los arrabales de París no tengan que sufrir una pérdida de cincuenta mil libras, de los soldados que los destruyen, sin calcular el número de los desgraciados que mueren. Además, monseñor cardenal, debeis tener lástima, pues son vuestras ovejas, de cuya sangre, hasta de la última gota, debeis dar cuenta á Dios; y vos tambien, monseñor de Lion, que sois el primado de los obispos. No soy buen teólogo, pero sé lo suficiente para deciros, que Dios no quiere que trateis de esa manera al pobre pueblo que os ha confiado, aun cuando fuera para complacer al rey de España, á Bernardino de Mendoza, y al legado... Pagareis la pena en el otro mundo. ¿Y cómo esperais convertirme á vuestra religion, si haceis tan poco caso de la vida de vuestras ovejas? Esta es una pobre prueba de vuestra santidad, que poco me edifica...»

Estraviado el buen sentido por las argumentaciones escolásticas y por fanáticas esclamaciones, volvió á la verdad por la *Sátira menipea*. Cuatro ó cinco hombres de buen humor, admiradores de Rabelais y de los antiguos, comenzaron á lanzar libremente entre las risas y los vasos invectivas mortales contra la Liga. Censurando todos los actos, mezclaron á Aristófanes y á Luciano, á los jesuitas y á Lutero, á Mayena y á Gargantua, al Evangelio y al Digesto, y trasformaron el partido de los Guisas y el de España en dos charlatanes. Esta obra popular, cual no la hubo nunca, ofrece bajo la fisonomia de cada uno de los actores de la Liga, una de las pasiones humanas, tanto, que en medio de los accidentes pasajeros las tendencias eternas de la vida se encuentran reveladas en ella. El pueblo no conocia más que la parte más ligera; pero le tocaba á lo vivo y contestaba á estos llamamientos, hechos á su buen sentido, en aquellas páginas que hacian resaltar á sus ojos las exageraciones de los de la Liga, la ferocidad de los Diez y seis, y el peligro de sucumbir bajo la dominacion extranjera.

Por otra parte de continuo se repetian las palabras ingeniosas, militares, generosas y benévolas de Enrique IV, y las proclamas redactadas por Mornay, en las que la elocuencia era hija de la nobleza de sentimientos. Sin razon nos representaríamos á este príncipe, como á un atrevido pensador, sin creer en nada, y para quien una ú otra religion era indiferente: sus cartas nos prueban que deseaba conocer la verdad en negocios de tan gran importancia (3). Habia concebido hacia al-

(2) Decia que, *quisiera mejor no tener á París, que haberle arruinado con la muerte de tantas personas*. Unos campesinos, á quienes habia puesto presos por llevar granos á París, y á quienes se les llevaba á la horca, encuentran á Enrique, á quien manifiestan que no han obrado así por maldad, sino por no tener otro medio de ganar su vida; *¡Perdon, perdon!* esclamó Enrique, y metiendo la mano en su bolsillo, les dió el poco dinero que tenia sobre sí, añadiendo: *el Bearnés es pobre, os daria más si pudiera.*

(3) Se encuentra en la preciosa *Coleccion de cartas mi-*

gun tiempo desconfianza, con respecto á los jefes protestantes, pues habia notado que trataban de desmembrar el reino, resucitando el feudalismo y la dominacion de las aristocracias. Reconocia, por el contrario, que habia entre los católicos personas honradas, partidarias de la nacionalidad y de la monarquia; y descubrió lo que una política capciosa habia ocultado á sus predecesores, es decir, que debia buscar apoyo, no en una nobleza dividida y turbulenta, sino en el pueblo, compadeciéndole por los males, que habia sufrido, llamándole á tomar las armas, no en favor de los católicos ni de los hugonotes, sino en nombre de las miserias propias, en favor de la Francia contra los trastornadores de todos los partidos, y por el restablecimiento de la paz y de la justicia. En su consecuencia, fuese cálculo por su parte ó sentimiento, abjuró segunda vez del protestantismo (1593), para seguir la religion de su abuelo, resultando que su partido se aumentó diariamente, y concluyó por hacerse consagrar en Chartres (1594).

Destruido ya el pretexto, del cual se servian los demócratas de París para escluir del trono al heredero legítimo, salió Mayena de París, y el pueblo comenzó á gritar: *¡Viva Enrique!* Su entrada en la capital fué el más hermoso triunfo con que haya sido nunca honrado un rey. Como los que le escoltaban quisiesen rechazar á la multitud: *Dejadlos acercarse*, dijo, *desean ver á un rey*, y añadia: *Vengo con el olvido de los errores y el recuerdo de los servicios*. Hasta á los soldados, deseosos de venganza, supo inspirarles los sentimientos de que estaba animado, para convertirlos en instrumentos de su clemencia; así es, que cuando se les designaban sus más tenaces enemigos: *No conocian á nuestro buen rey*, contestaban. Algunos habitantes habian creido deber poner barricadas en las puertas de la ciudad; pero Enrique IV esclamó: «¡No más barricadas! si no creen en mi perdon ó se juzgan indignos de él, que acompañen al embajador de España ó al cardenal legado.» Después, cuando aquellos dos dignatarios se retiraron con las tropas, les gritó desde la ventana: «Nuestros recuerdos á vuestro amo, y no volvais nunca.» Aquella misma tarde, jugaba á los naipes con la duquesa de Montpensier.

La anécdota adquiere importancia por sí misma con respecto á un rey tan lleno de bondad, y á quien no se admira, porque se le ama.

En este estado, Clemente VIII, «con objeto de no perder la Francia por lentitud, como Clemente VII habia perdido la Inglaterra por precipitacion,» reconcilió á Enrique IV con la Iglesia (4). Las ciudades del reino siguieron el ejemplo de París; los señores que habian esperado hacerse independientes en las provincias se sometieron; los españoles volvieron á la carga, pero fueron batidos; y al fin, el mismo Mayena se entregó á merced del rey. Estaba estremadamente grueso; y después de haberlo cansado el rey en un paseo muy rápido, le dijo riéndose: *Este será el único mal que os haré.*

No era preciso menos para tranquilizar tantas facciones que semejante clemencia, y un reinado de buen sentido, buen humor, lealtad y economia. Todos tenian en la corte antiguos odios, el recuerdo de pasados ultrajes, y el sentimiento de una autoridad perdida; el rey no hubiera podido hartarlos de honores y riquezas; pero se mostraba sincero y afable con respecto á ellos; procuraba distraerlos con la relacion de sus hazañas, el juego y penosas cacerias. Contestó á uno que le aconsejaba un acto arbitrario: «Dos amos me lo prohiben, Dios y la ley.» Se comparaba, cuando daba empleos á antiguos enemigos, al químico que estrae de los venenos sus antídotos, y decia, que la satisfaccion de la venganza dura un momento, al paso que la de la clemencia es eterna. Como se admirase el embajador turco del pequeño número de sus guardias: «Donde reina la justicia, contestó, es inútil la fuerza.»

Tuvo por amigos á dos hombres ilustres que le

---

sivas de Enrique IV, publicadas por M. BERGER DE XIBREY. París, 1843, la que dirigia en 1583 al arzobispo de Ruan, en los términos siguientes: «Primo mio, he recibido vuestra carta, y creo en el afecto que me profesais, y que la grandeza de nuestra casa os hace manifestar. La noticia que decis de mi propósito de ir á la corte, es cierta. Siempre que encuentre más utilidad en el servicio del rey en ir que en permanecer aquí, estaré dispuesto á marchar; y las cosas, gracias á Dios, toman tal giro por aquí, que espero que sea pronto. Pero sobre lo que añadís de que, para agradar á la nobleza y al pueblo, seria preciso que cambiase de religion, y me presentais inconvenientes sobre obrar de otra manera, creo, primo mio, que las personas honradas de la nobleza y del pueblo, que deseo aprueben mis acciones, me amarán más, profesando una religion que sin ninguna. Y tendrán ocasion de creer que no la profeso, ni sin más que consideraciones mundanas (pues las demás no se alegan en vuestras cartas), me ven pasar de una á otra. Decid, primo mio, á los que os dicen tales cosas, que la religion, si han sabido nunca lo que es, no se muda como camisa, porque está impresa en el corazon, y gracias á Dios, tan impresa en el mio, que no me es posible separarme de ella, como no me era al principio el entrar, procediendo esta gracia sólo de Dios, y no de otra parte. Me alegais que puede suceder algo al rey y á Monseñor. Nunca permito á mi imaginacion prever tanto en casos que no me es decoroso prevenir ni evitar, y no cifrar mi grandeza en la muerte de aquellos á quienes debo mi servicio y vida. Pero cuando Dios lo hubiera así dispuesto (sea lo que fuere), el que hubiera abierto esta puerta, con la misma providencia y saber sabria allanarnos el camino; porque por él es por quien reinan los reyes y tienen en su mano el corazon de los pueblos. Creedme, primo mio, el curso de vuestra vida os enseñará que lo mejor es entregarse en manos de Dios, que todo lo dirige, y no castiga nada con tanta severidad como abusar del nombre de la religion. Esta es mi intencion, en la que espero que Dios me mantendrá.»

(4) La columna de la plaza de Santa Maria la Mayor en Roma, fué erigida en memoria de este acontecimiento.

secundaron poderosamente, á Felipe de Mornay, señor de Plessis, y á Maximiliano de Bethune, marqués de Rosny, después duque de Sully. El primero, historiador protestante (1549-1623), guerrero consumado, administrador economista, político profundo y sincero, comprendió desde luego que las virtudes á medias no bastaban contra el desborde de la época; daba preceptos á su rey como un maestro á sus discípulos, pero como maestro lleno de sentido y nobleza (5). Queria disuadir á Enrique IV de que abjurase, al paso que Sully (1560-1641), celoso calvinista, pero de una política más acomodaticia, le daba consejos contrarios. Hombre de guerra, y sin embargo instruido en las artes de la paz, dirigiendo sus miradas al conjunto de las cosas sin descuidar los detalles, Sully ilustraba al rey con sus consejos sin hablar á sus pasiones, á las que contradecia de frente. Evitó las generalidades especulativas para atenerse á la realidad y á lo que le parecia el bien del pais: veia tambien la necesidad de ponerse de parte del pueblo para deprimir á la nobleza que se interponia entre éste y el rey; y procuraba constantemente hacer economias y ordenarlo todo; cosa tan sumamente difícil después de tantos abusos y desconcierto, que sólo su obstinacion hubiera podido conseguirlo.

Enrique IV habia recobrado su reino; pero pobre, destrozado y trastornado. Una deuda de 330.000,000 pesaba sobre el Estado, cuyas rentas no escedian de 30.000,000: aun se pagaba más en la recaudacion ó se malgastaba por los abusos rentísticos. Habiéndose reunido los Estados en Ruan para poner remedio, Enrique IV les dirigió estas palabras: «Si tuviese á gloria pasar por un escelente orador, me hubiera presentado aquí más bien con hermosas palabras que con buena voluntad; pero mi ambicion se dirige á alguna otra cosa más elevada que á hablar bien: aspiro al glorioso título de libertador y restaurador de la Francia. Ya, por favor del cielo, por los consejos de mis fieles servidores, y por la espada de mi valiente y generosa nobleza, la he sacado de la servidumbre y de la ruina. En el dia deseo devolverle su primera fuerza y su antiguo esplendor. Tomen parte mis súbditos en esta segunda gloria, como han participado de la primera. No os he llamado aquí, como hacian mis predecesores, para obligaros á aprobar ciegamente mis voluntades; os he hecho reunir para recibir vuestros consejos, creerlos y seguirlos; en una palabra, para ponerme á tutela en vuestras manos. Este es un deseo que no tienen los reyes, los ancianos y los victoriosos como yo; pero el amor que profeso á mis súbditos, y el estremo anhelo que tengo de conservar mi Estado, me lo hacen creer fácil y honroso.» La asamblea no propuso, como sucede comunmente, más que medidas insuficientes.

Las cartas dirigidas por Enrique IV á Sully, rogándole entrase en el consejo de hacienda, son muy curiosas. Después de haber discutido la condicion general del reino añade: «....Quiero deciros el estado á que me encuentro reducido, que es tal, que estoy muy próximo á los enemigos, y no tengo casi un caballo en que poder pelear, ni arneses completos que ponerle; mis camisas están rotas, mi jubon lleno de agujeros y sin tener que comer; hace dos dias ceno y cómo ya en casa de unos ó en casa de otros; mis proveedores dicen no pueden proporcionarme ya nada para mi mesa, tanto más cuanto que hace seis meses que no han recibido dinero. En vista de esto, juzgad si merezco ser tratado de esta manera, y si debo sufrir más tiempo que los rentistas y tesoreros me dejen morir de hambre, y ellos tengan buenas y bien servidas mesas; que mi casa esté llena de necesidades, y las suyas de riqueza y opulencia, y si no estais obligado á venir á asistirme con lealtad como os lo ruego (6).

Sully, en efecto, se dispuso á reorganizar la hacienda. Era preciso, en medio del trastorno general de las riquezas, causado por el descubrimiento del Nuevo Mundo y por las guerras, ocuparse en

(5) Durante su embajada á la corte de Enrique III en 1584 le escribia: «Señor, el mismo Dios os ha inspirado cuando tomásteis en Pau la resolucion de revelar al rey las conspiraciones que se tramaban contra su Estado, á pesar de las consideraciones políticas que hubieran podido disuadiros de ello. Desde entonces habeis merecido toda su confianza en un tiempo en que S. A. R., herido de una enfermedad mortal, os deja el puesto de heredero presunto de la corona, pero tened presente que en este momento Francia y Europa tienen fijos los ojos en vuestra majestad. Debeis arreglar de tal modo vuestra vida y vuestras acciones, que no solamente no pueda el pueblo reconveniros por nada sino que tenga que alabaros en todo. Creo, señor, que el rey reconoce vuestro respeto hácia él, los príncipes vuestra fraternidad, los parlamentos vuestro amor á la justicia, la nobleza vuestra grandeza de ánimo, el pueblo vuestra actividad y deseo de su bienestar, el clero vuestra moderacion, vuestros enemigos vuestra clemencia é indulgencia, y todos hallan en vos un carácter exento de perfidia, de disimulo, de deseo de venganza, de rencor; virtudes que son en vos, no adquiridas, sino naturales. Es necesario que vuestra casa muestre esplendor, dignidad vuestros consejos, vuestra persona gravedad y vuestras acciones uniformidad y constancia Y digo esto, señor, porque hasta ahora se ha contentado vuestra majestad con el testimonio de su conciencia para contrarestar la calumnia; pero si este modo de vivir seria propio y conveniente para un particular, el cual no tiene obligacion de dar cuenta más que de lo que él hace, vos que habeis nacido para todos, debeis tener no sólo virtudes y prudencia, sino tambien fama de prudente y virtuoso. Permitid una palabra más, oh señor, á vuestro fiel servidor; esos amores tan públicos, en que empleais tanto tiempo, no son convenientes: y ahora importa que hagais el amor á Francia, y obtendreis de ella favores honestos y legítimos, cuando Dios, el derecho, el órden y la sucesion os llaman al trono.»

Sus *Memorias* son muy importantes y están llenas de buena fe. Véase tambien á MIRABEAU, *Elogio de Sully*, 1789.

(6) De Amiens, 15 abril de 1596.

encontrar alguna compensacion para adquirir dinero y conservarlo, y al mismo tiempo arreglar los impuestos. Sully, con el parlamento inglés, fué quien creó la ciencia administrativa. Sully fué el primer rentista que no marchó á la ventura: estudió con órden los recursos y cargas de la Francia, después de lo cual formó el primer presupuesto y estableció sobre las ruinas de las rentas de los nobles las que hoy se llaman rentas del Estado. Para estinguir la deuda, trató de aplicar á cada artículo de gastos una renta, la que no debia separarse nunca de su destino. Reprimió la avaricia de los contratistas generales, que cobraban 150.000,000, al paso que no entregaban más que 30 en el tesoro. Los príncipes extranjeros no pudieron ya tener en prenda ó en arrendamiento las gabelas. Se prohibió embargar á los cultivadores que debiesen, sus animales é instrumentos de trabajo; tambien se mandó que los soldados no los vejasen, ya estuviesen en marcha ó en los cuarteles. Enfrenóse la avaricia de los gobernadores de las provincias. El ministro que obtuvo semejantes resultados es tanto más digno de admiracion, cuanto que no tenia modelos en la administracion de sus predecesores, y que llamado á remediar tantos desórdenes, tuvo que sufrir las calumnias de todos los intereses atacados.

Trató de abolir la multitud de impuestos de que se aprovechaban los nobles en perjuicio del pueblo, para lo cual hacia intervenir en los pleitos, que con este motivo se suscitaban al tribunal del rey, favoreciendo por este medio al pueblo, pero no dándole ninguna representacion; y mientras los nobles se conciliaban unos con otros viviendo en medio del lujo y de las ambiciones, procuró que el pueblo se dedicase al comercio y al trabajo. Conociendo que para enriquecer al príncipe era necesario enriquecer á los súbditos, prodigó sus cuidados á los campos. «La agricultura y los pastos, decia, deben ser los pechos de la Francia, sus minas del Perú.» Así fué que gran número de páramos se desmontaron; abolió las trabas que se habian establecido para la circulacion interior, simplificó la recaudacion de las rentas, suprimió las gracias concedidas con detrimento del pueblo, y la detestable contribucion de un sueldo por franco en toda clase de mercancias, y no pasó un año sin que disminuyese algunos de los impuestos que pesaban particularmente sobre el pueblo.

Sully ignoró la importancia de las manufacturas: despreciaba los artesanos como noble, y el lujo como calvinista. Estuvo á punto de indisponerse con Enrique IV, porque prestando oidos este príncipe á los consejos de Olivier de Serres (7) hizo plantar cincuenta mil moreras en cada diócesis, y decia: «¿Qué se consigue con ejercitar al pueblo en el cultivo de la seda? Sólo hacerle abandonar la vida dura y laboriosa de los campos, por otra que no cansa con ningun movimiento fuerte: siempre han salido los mejores soldados de las familias de los robustos labradores y de los nervudos artesanos; sustituid á los hombres que conocen solamente un trabajo propio de niños, y vereis que no sirven para la milicia que la situacion de Francia necesita. En tanto que debilitais al pueblo del campo, verdadero apoyo del Estado, introducireis entre el de las ciudades el lujo y sus consecuencias. ¡Y qué! ¿no tenemos en Francia bastantes y aun demasiados hombres inútiles, que bajo el vestido de oro y de escarlata ocultan costumbres de verdaderas mujeres? (8)

Confiesa que hubiera querido proscribir el uso de carruajes ó al menos hacerlos pagar caros á la vanidad. Queria establecer una inquisicion severa sobre las personas pródigas y libertinas, prohibiendo los grandes préstamos, á menos que no se justificase el uso á que estaba destinado el dinero. Las mismas preocupaciones le hacian considerar como robado á la Francia todo el dinero que se enviaba fuera en importaciones; ésta fué la razon en que se apoyó para ser uno de los primeros en introducir el funesto sistema prohibitivo, imponiendo castigos muy severos á los contrabandistas, y escluyó la moneda extranjera, mandando que se llevase á la casa de moneda, lo cual hizo desaparecer los capitales. Cuando los mercaderes de seda de París fueron á quejarse á él, vestidos, segun su costumbre, de buen paño con ricos forros de sedas, Sully tomó al jefe por la mano, y habiéndole hecho dar una vuelta: «¡Cómo, dijo, venís á llorar aquí, y estais mejor vestidos que yo! ¡Cómo! esto es tafetan, damasco, brocado.» Y continuó burlándose de ellos en este tono, hasta el punto de decir al retirarse: «El criado es más orgulloso que el amo.»

¿Qué resultaron de estas prohibiciones? Que los comerciantes de Italia que acudian á Inglaterra y Flandes, pasando por Francia, asustados con la carestia de los peajes, adoptaron el camino del mar. ¡Tan pronto se hacen sentir las funestas consecuencias de los errores en materia de economía política!

---

(7) Ha escrito el *Teatro de agricultura*, en el que sabe dar un aspecto dramático á la enseñanza del arte más útil, sin emplear la forma del diálogo. Representa á un padre de familia instruido, que hace valer sus tierras por mano de sus servidores, 1539-1619.

(8) «T. II, pág. 280 de las Memorias de las sabias y reales economias del Estado, domésticas, políticas y militares de Enrique el Grande, modelo de reyes, príncipe de las virtudes, de las armas y de las leyes, y verdadero padre de sus pueblos franceses; y de los servicios útiles, obediencias convenientes y leales administraciones de Maximiliano de Bethume, uno de los más fieles, familiares y útiles soldados y servidores del gran Marte de los franceses.» Son relaciones de doce secretarios al ministro: su forma es árida y enojosa, pero interesan mucho las cosas que en ellas se refieren, y aquel perfecto conocimiento que con su lectura se adquiere de los asuntos de la paz y la guerra y especialmente del carácter de Enrique.

Todas las demás partes del gobierno se encontraban tambien en el estado más deplorable al advenimiento de Enrique IV: la administracion no ofrecia más que desórden, los parlamentos no eran obedecidos, los nobles se mostraban arrogantes y rebeldes como en la época de los feudos; en fin, los puertos estaban desiertos en el momento en que dos mundos parecian salir de las olas para enriquecer á los Estados vecinos.

Enrique IV reprimió la indisciplina de los soldados, y licenció á los que habian cumplido su tiempo en el servicio (9), prohibió usar armas de fuego; exhortó á la nobleza á permanecer en sus hogares y á ocuparse de ellos antes que estar ociosos en la corte. Prohibió los duelos, que en un año habian producido la muerte de cuatro mil caballeros; y al paso que en España se queria que las clases inferiores trabajasen en provecho de la nobleza, él procuraba someter á los nobles á las cargas comunes.

El gran mérito del pacificador de la Francia consiste precisamente en que comprendió el poder del pueblo y la necesidad de llamarle en su ayuda para sus empresas; en que no le propuso á los nobles ni tuvo empeño en que fuese reformado ó católico, sino haciendo que conquistase una existencia cómoda y la independencia que produce: «Espero vivir bastante, decia, para que cada campesino pueda tener los domingos una gallina en el puchero.» Tenemos trazado por mano de Sully la marcha que se habia de seguir para restablecer los negocios en Francia: 1.°, reducir á todos los rebeldes á la obediencia, y quedar de esta manera verdadero dueño; 2.°, dedicarse á estinguir los odios y las animosidades de secta y religion; 3.°, presentar un estado exacto de las rentas del reino, de su orígen, percepcion y mejoras que se pueden hacer en ellas; 4.°, hacer otro de todas las deudas de la Francia, y procurar los medios de estinguirlas; 5.°, tener un registro de todos los empleos civiles y militares, y disminuir en lo posible su número y sueldo; 6.°, formar una lista de todas las ciudades y fortalezas del rey y de los señores, anotando las que son absolutamente necesarias, y las que pueden ser destruidas sin perjudicar á los que es preciso considerar; 7.°, hacer una visita general de las fronteras, principalmente por las costas; para sacar una carta exacta, en la que estén indicados sobre todo los lugares propios para fundar puertos y calas, con el objeto de que la Francia sea tan poderosa por mar como por tierra; 8.°, reconocer todas las deudas de la Francia con respecto á los príncipes aliados y formar una confederacion de todos los Estados que odian ó temen á la casa de Austria.

Antonio Perez, que se habia retirado al lado de Enrique IV huyendo de la corte de Felipe II, le dió en cambio de su hospitalidad, tres buenos consejos que seguir: *Roma*, *Consejo*, *Piélago*. En efecto, se mantuvo unido á los papas, se rodeó de prudentes consejeros y no olvidó la marina. Estipuló la libertad del comercio con la Inglaterra y con el sultan Acmet I, dió un edicto para secar los pantanos, y formó los reglamentos para la explotacion de las minas; embelleció á París, comenzó el hospital y la escuela militar, como tambien el canal de Briare entre el Sena y el Loira; proyectaba, además, unir ambos mares, reuniendo el Aude al Garona.

De esta manera pudo la Francia dirigir sus miradas á la América En 1562 Coligny habia mandado á la Florida buques, en los que se habian embarcado cierto número de calvinistas que no iban en busca de tesoros, sino de la paz civil y religiosa. El almirante español Menendez destruyó la colonia é hizo ahorcar á todos los que cayeron en su poder, *no como franceses sino como herejes*. Un caballero gascon, llamado Domingo Gorgues, gran enemigo de España, empleó entonces todo lo que poseia en armar algunos barcos, y arrojándose sobre los colonos de la Florida, los hizo ahorcar á su vez, *no como españoles, sino como asesinos*. Abandonando los franceses á aquel pais tan próximo á las posesiones del enemigo, se dirigieron á la América del Norte, donde ya habian descubierto á Terranova, y penetraban en el rio de San Lorenzo, en cuyas orillas fundaron en 1608 la ciudad de Quebec, futura capital del Canadá.

Edicto de Nantes, 15 de abril de 1598.—Enrique, con el edicto de Nantes, concedió á sus antiguos correligionarios una completa amnistia: podian en virtud de ella habitar en su reino, sin que á nada se les obligase en contra de su conciencia; desempeñar toda clase de cargos, sin fórmula de juramento contrario á su culto; en caso de delinquir serian juzgados por tribunales compuestos de protestantes y católicos en igual número; se les facul-

(9) En todas partes en las memorias de los guerreros de aquella época y aun en las de Sully, se hace mencion, sin ningun miramiento, de los robos que se hacian en cada ciudad y del producto que de ellos se sacaba. Y éste era algunas veces tan considerable, que bastaba á compensar á los guerreros de los gastos de una campaña y aun á aumentar su fortuna. Sully refiere que habia ganado 3,000 ducados en el saqueo del arrabal de San German; y que algunas ciudades pequeñas como Fontenay en el Poitú, le habian dado aun mayores sumas procedentes del botin. El rescate de los prisioneros era un objeto de tráfico que ascendia en muchas ocasiones á 10,000 y 20,000 escudos. Pero el mayor lucro era para los avaros especuladores que prestaban dinero á ambos partidos al 50 y al 60 por 100. De este modo el banquero Zumel habia hecho en tres ó cuatro años una fortuna que corresponderia á 7 ú 8 millones de francos; y sin embargo tenia fama de hombre honrado. Buss y Leclerc, sin salir de Paris, habia adquirido en tan corto tiempo un caudal muy considerable. La interrupcion del comercio y la total destruccion del crédito habian pedido la circulacion del dinero y algunos guardaban sumas muy crecidas, producto en su mayor parte de robos y concusiones. Causa admiracion que seis años después de aquella desastrosa época, se pudiese establecer el mejor sistema de órden y buena fe en los asuntos de hacienda.» LACRETELLE.

taba para publicar libros, fundar colegios, escuelas y hospitales de su religion, y no obstante podian ser admitidos en la universidad y en los hospitales antiguos y ejercer con entera libertad su culto, escepto en los sitios reales y cinco leguas al rededor de París. Contaban entonces más de setecientas sesenta iglesias, cuatro universidades en Montauban, Saumur, Montpellier y Sedan; plazas fuertes en Montauban, la Rochela y otros puntos. Formaban verdaderamente un Estado en el Estado, lo que Luis XIV creyó deber destruir para conseguir la unidad del pais.

Pensó Enrique IV que podia conceder á los jesuitas la tolerancia que dispensaba á los protestantes. Mucho trabajo les habia costado penetrar en el reino, por su carácter de adversarios de las libertades de la iglesia galicana y de los derechos reales; de aquí que fueran espulsados en las épocas de turbulencias. Se decia además (cosa notable, pero que nada tiene que cause admiracion) que hacian un quinto voto, por el que se comprometian á ser partidarios de la España, y que todos los dias oraban por Felipe II. Ahora bien, en aquella misma época eran perseguidos en España por la inquisicion, y sobre todo por el rey, á quien no convenia ni su sólida organizacion, ni menos el poder que tenian de permitir la lectura de libros prohibidos, y absolver á los herejes en lugar de quemarlos. Enrique IV los habia vuelto á llamar, y el padre Cotton supo, con su habilidad y moderacion, separar de su ánimo las siniestras prevenciones que tenia contra ellos. Estando discurriendo sobre el secreto de la confesion, le dijo Enrique: *¿Es decir que vos no denunciariais á uno que me quisiese asesinar?* No, señor, respondió el jesuita, *pero me pondria entre él y vuestra majestad* Enrique llegó hasta defenderlos en el parlamento; y de Thou, gran enemigo de ellos, refiere este discurso que él mismo oyó al rey: «Gracias por el interés que me mostrais; pero cuanto habeis dicho, ya lo habia yo pensado y considerado. En Poyssy fué reconocida, no la ambicion, sino la capacidad de los jesuitas; y no sé porqué se creen ambiciosas unas personas que rehusan las dignidades y las primacias, haciendo voto de no aspirar á ellas. ¿Y es maravilla que los eclesiásticos les hagan la guerra? la ignorancia quiso siempre mal á la ciencia. La Sorbona les condenó sin conocerlos. La universidad tiene por que echarlos de menos, desierta desde que ellos la abandonaron, pues los discípulos, á pesar de vuestras prohibiciones, los buscaban dentro y fuera del reino. ¿Decís que atraen á sí muchos buenos ingenios y escogen los mejores? Por eso mismo los quiero yo. Cuando yo necesito gente para la guerra, quiero que se elijan los mejores, y vosotros, en vuestras corporaciones, quisierais que no ingresasen más que personas dignas, y que por todas partes fuese la virtud el distintivo de los honores. ¿Se ingieren como pueden en las ciudades? Lo mismo hacen los demás, y aun yo entré como pude en mi reino. Es preciso confesar que en sus pasiones y su vida ejemplar lo consiguen todo. Respecto á su doctrina, yo no puedo creer lo que se dice, no habiendo hallado nunca, entre tantos discípulos suyos, uno solo, ni entre los que cambiaron de religion, que sostenga haberlos oido decir que era permitido asesinar á los tiranos y conspirar contra los reyes (*aquí desciende á casos particulares*). Dicen que sirven al rey de España, yo tambien quiero servirme de ellos, porque la Francia no es de peor condicion que la España... Dejad que yo conduzca este negocio, que otros más difíciles he conducido; y no penseis vosotros más que en hacer lo que yo diga y mande.»

Sin embargo, se imputaron á los jesuitas y á los capuchinos frecuentes tentativas contra la vida del rey; y Juan Chatel, que hirió á Enrique IV en la boca, confesó haber sido inclinado á este crímen por haber oido decir á los jesuitas que era una accion meritoria dar muerte á un hereje y á un tirano. En su consecuencia, se procedió de nuevo contra aquella órden como perturbadora de la tranquilidad pública, enemiga del rey y del reino; y los jesuitas fueron desterrados de París. Pero como los demas parlamentos no aceptaron aquel decreto, conservaron los colegios que poseian fuera de la capital.

Ningun príncipe tuvo más dificultades que vencer, más odios que estinguir, ni más enemigos que domeñar. Fué una felicidad para él: pues reducido á la existencia prosaica de los demás reyes, hubiera sido un príncipe vulgar y libertino. Dejó once bastardos reconocidos, además de otra multitud á quien dotó, y sus enemigos supieron á veces prevalerse de su condescendencia con las mujeres para conseguir sus fines. Gabriela de Estrées le fijó más tiempo que sus demás queridas: hizo después disolver, por culpas recíprocas, pero alegando la falta del libre consentimiento, su matrimonio con Margarita de Valois, que escribió después sus memorias para disculparse. Habiendo muerto entonces Gabriela, se enamoró el rey de Enriqueta de Entraigues, y le hizo una promesa de casarse; pero Sully rompió el papel delante del mismo rey, quien se lo perdonó, y se casó con Maria de Médicis, de quien nació Luis XIII. No menos perdidamente se enamoró Enrique IV, á la edad de cincuenta y seis años, de una coqueta de quince, hasta el punto de querer hacerlo asunto de Estado (10). Un dia preguntó al embajador de Rodolfo II si su

---

(10) Lo cual no quiere decir que creamos lo que se refiere que queria por ella hacer la guerra á España. Habiendo dicho Lameth, en una sesion de la Asamblea constituyente en 1791, que Enrique IV habia estado á punto de producir una guerra en toda Europa por recobrar á la princesa de Condé, el abate Maury se levantó para contestarle, y manifestar los magnánimos designios «del único rey de quien el pueblo ha conservado memoria.» Este discurso, que es uno de los más elocuentes que conocemos

amo tenia queridas: «Lo ignoro, contestó; pero si tiene debilidades, procura al menos ocultarlas.—Hace bien, replicó Enrique IV, si no tiene suficientes buenas cualidades para hacer olvidar sus faltas.»

El condestable de Castilla le sorprendió un dia á gatas en el suelo, llevando á su hijo montado sobre las espaldas: como el embajador quisiese retirarse: «¿Teneis hijos?» le preguntó Enrique IV; y á su respuesta afirmativa continuó dando la vuelta por el aposento (11). Esta sencillez doméstica y su fidelidad para con sus amigos le hacen perdonar sus estravios amorosos. Habiéndose acusado á Sully ante él, le dió conocimiento de la acusacion; y como después de haberse justificado el ministro se arrojase á sus piés, conmovido de su bondad: «¿Qué haceis? esclamó Enrique IV. Si os viesen se creeria que os perdono.» Sublime delicadeza de un rey.

El objeto perpétuo de su política era rebajar la casa de Austria, no tanto con objeto de arruinarla sino para impedir que oprimiese á los demás. No cesó nunca Felipe II de fomentar contra él conspiraciones y rebeldias; invadió á la Francia, tomó á Amiens, que pasaba por inespugnable, y amenazó á París, sostenido como lo estaba por los señores descontentos; pero Enrique IV volvió á recobrar esta plaza fuerte, y forzó á Felipe á consentir en la paz de Vervins. La Francia recobró entonces todo lo que habia perdido en un siglo de desastres.

Manuel de Saboya, que se habia visto precisado á ceder, para recobrar á Saluces los paises del otro lado de los Alpes, intrigó con la España y con el marqués de Biron (12). No encontrándose este señor bastante recompensado por Enrique IV, hacia traicion á su patria, y se entendia con los extranjeros para dividirla. Descubierto la primera vez, el rey le perdonó; pero en la segunda se negó á confesar su crímen, y fué enviado al suplicio. En las demás tramas, de las cuales se cuentan hasta diez y nueve, Enrique IV perdonó siempre.

Pasó en paz el último año de su vida, reverenciado, temido de todos y considerado como árbitro de Europa. Se proponia darle una forma nueva estableciendo una república europea, que debia comprender cinco monarquias hereditarias, á saber: Francia, España, las Islas Británicas, Suecia y la Lombardia, con la Saboya, el Piamonte y el Milanesado: seis Estados electivos, á saber: los Pontificios, con Nápoles, la Hungria, la Alemania, la Bohemia, Polonia, Dinamarca, las dos repúblicas demócratas de los Paises-Bajos, con Juliers, Cleveris y Berg, y la Suiza con la Alsacia, el Franco-Condado y el Tirol: dos repúblicas aristócratas, es decir, Venecia con Sicilia, y la parte de Italia que comprende la Toscana, Génova, Luca, Mántua, Módena, Parma y Monaco. Las cuestiones entre estas potencias serian juzgadas á pluralidad de votos por un senado, que decidiera tambien sobre los asuntos generales, y sobre todo, ocuparse de los medios de defender á la Hungria y á la Polonia contra los turcos, á la Suecia contra los rusos, á los pueblos contra el despotismo y á los reyes contra el espíritu de sedicion.

Esta utopia se habia ya imaginado por los pontífices en la Edad Media; ¿pero qué garantía dar de ella á no ser la misma guerra que se procuraba estirpar? Sea lo que quiera, Enrique IV procura realizar lo posible de estas hipótesis peligrosas, y reunir á la Europa en una alianza contra el Austria. Esta se encontraba en gran peligro, cuando la sacó de él Francisco Ravaillac, mancebo natural de Angulema, quien le asesinó (14 Mayo de 1510). Este fanático confesó haberle herido porque era

---

entre los modernos, será digno de ser propuesto por modelo á la juventud, cuando se renuncie á darle una educacion únicamente griega y romana.

(11) Tanto la historia como la poesia está acostumbrada á los plagios; léase la carta siguiente del Aretino á Franciotto, con fecha de abril de 1548:

«Si, antes de ayer, el gran número de personas con quien hablaba en mi casa como habeis visto, me ha impedido hablaros de vuestra risa, cuando me vísteis entre Hadria y Austria, mis hijas, de las cuales la una tiene once años, y me tenia abrazado por el cuello, al paso que la otra, que no tiene más que nueve meses, me tiraba de la barba, no es que no lo haya notado: guardé el silencio entonces, para deciros hoy una gran cosa en comparacion del dulce sufrimiento que tenia.—Lorenzo y Julian (de Médicis), el primero padre de Leon X, y el segundo de Clemente VII, habiendo ido á pasar la temporada de calor á Poggio, llegó un dia en que, después de comer se retiraron á su aposento con objeto de evitar el sueño. Como las ventanas estaban abiertas, y el viento que les daba de cara los animaba con su fresco, se hicieron caballos con dos cañas que cayeron en sus manos. Cada uno de ellos montó en el suyo; Julian quiso que Julio montase á grupa del que él tenia, y Lorenzo, que Juan hiciese lo mismo. De esta manera se pusieron á cabalgar sin espuelas, aunque realmente parecia que espoleaban. Así era que los niños entregados á su alegria esperimentaban en su inocencia el mismo placer que siente en su ternura todo padre que divierte á su hijo. Este Mariano, á quien después se le llamó el fraile del Piombo, los vió ocupados de aquella manera; y como no habia podido menos de reirse, aquellos grandes personajes le invitaron á entrar. Rogaron entonces á aquel hombre alegre y leal no decir que habia encontrado á los dos hermanos (que fueron después padres de dos tan grandes pontífices), divirtiéndose entonces de aquella manera, antes que tuviese hijos, haciéndole comprender con estas prudentes palabras que la menor cosa que hacen los que los tienen, es volverse locos.

(12) El padre de Biron habia sido uno de los guerreros más distinguidos. Habiendo pedido el hijo en la época de las guerras de Enrique IV seis mil hombres á este príncipe, con los cuales se prometia destruir el ejército del duque de Parma, que se batia en retirada, el Bearnés se los negó, tratándolo de aventurero; mas, después llamándolo aparte, le dijo: «Bien sé yo que podrias conseguirlo; pero si lo hacias, se concluia la guerra, y tanto tú como yo tendríamos que ir á plantar coles a Biron.»

hugonote y enemigo del papa (13). Esperaba ser saludado con los aplausos unánimes del pueblo, que, por el contrario, le persiguió con sus maldiciones hasta el lugar del suplicio.

La política que Enrique IV habia trazado le sobrevivió: la oposicion al Austria fué sostenida por Gustavo Adolfo, después por el cardenal de Richelieu, que fué el alma del reinado de Luis XIII. La Francia continuó sosteniendo la libertad religiosa y el equilibrio europeo, hasta que ella misma pareció dispuesta á romperlo. Vió entonces volverse contra ella á aquellas envidiosas alianzas que le habian ayudado á salvar la Europa.

(13) Mariana *(De rege et regis instit.*, c. 6), le llama *æternum Galliæ decus*. Fray Pablo escribia á Casaubon: *Detestandum facimus in optimum principem vestrum abominantur omnes, præter eos, quorum ars est principum cædes, quos impensius odisse mihi numquam satis est*, 22 de enero 1610. Y á otros: *Dicere non valeo quanto mœrore regis mœrore apud nos audita fuerit: unica spes libertatis christiana in posita esse videbatur... Communis jure fuit calamitas, quæ spem bonorum fregit et malorum audaciam auxit.*

CAPÍTULO XXVI

INGLATERRA.—LOS TUDOR.

Enrique VIII.—El primero de los Tudor, el avaro y severo Enrique VIII, que habia procurado á la Inglaterra la tranquilidad esterior á precio de la dignidad nacional, la calma interior con el despotismo, las estorsiones y el abatimiento de la aristocracia, que la guerra de las dos Rosas habia diezmado, dejó el reino á su hijo sin ninguna esperiencia de los negocios, con un tesoro de un millon y ochocientas mil libras esterlinas. De edad de diez y ocho años, activo, estudioso y avaro hasta el exceso de placeres, Enrique VIII, más instruido en la escolástica y en la teologia que lo que convenia á un príncipe, comenzó su reinado con esplendor; fiestas, torneos, corridas de caballos, excitando con su ejemplo á los señores á ostentar sus riquezas escondidas, componiendo música y castigando á los concusionarios; de esta manera adquirió popularidad.

Wolsey.—Tomás Wolsey de Ipswik, que de la más humilde condicion fué elevado al arzobispado de York, después á la categoria de cardenal y al empleo de canciller, llegó á ser su confidente y su ministro omnipotente, hasta el punto de decir: «El rey y yo queremos.» Era hombre activo, flexible y hábil tanto como avaro. Empleaba las subvenciones considerables que recibia de los príncipes extranjeros en alentar las artes y las letras, y fundó un colegio en Oxford. Desplegaba un lujo real en su palacio, que aun se va á admirar en Hampton-court, con sus mil quinientas habitaciones en derredor de cinco patios. Veíanse allí heraldos de armas, guardias, escuderos, coperos, pages, todos los empleos de una corte y seiscientos servidores. Todos los dias se servian tres mesas, presididas por oficiales superiores, y ningun príncipe poseyó en su época tan rica vajilla. Diez y seis capellanes decian en su palacio misa todos los dias, y sólo el servicio musical de la capilla se componia de un dean, un preste, un subdean, un repetidor de coros, un sacerdote para el evangelio y otro para la epístola, un maestro con doce coristas, y doce cantores. Wolsey se mezcló, como ya hemos visto, en todos los negucios de Europa; hacia variar de amigos á su amo, segun su propio interés. Se dejó ganar principalmente por Cárlos Quinto mediante dos ricos obispados en España y la promesa del papado; pero engañado dos veces, su favor se convirtió en odio, y le hizo perderel de Enrique VIII, principal causa por la cual el emperador se vió obligado á dar libertad á Francisco I y á aceptar la paz de Madrid.

Enrique VIII aspiraba al título de cristianísimo, del que habia sido desposeido el rey de Francia por el papa; pero obtuvo el de *defensor de la fe*. Entonces fué cuando escribió el *Assertio septem sacramentorum adversus Martinum Lutherum*; obra á la que Leon X llamó un *diamante del cielo* (1).

La bella y virtuosa Catalina de Aragon, tia de Cárlos Quinto, habia sido prometida al hermano de Enrique VIII, pero habiendo muerto aquel príncipe á la edad de catorce años sin que se hubiese consumado el matrimonio, Enrique VIII se casó con ella por amor, y los dos primeros años de su union se pasaron en fiestas y diversiones. Tuvo de ella en el trascurso de diez y ocho años, sin contar los malos partos, cinco hijos, que murieron todos escepto Maria. Esto no le impedia distraerse con otras mujeres. Llegó el momento en que se enamoró de Ana Boleyn (Bolena), y entonces manifestó es-

(1) Véanse además de los autores de costumbre, á BURNET, *Historia de la reforma de la iglesia anglicana* C. DODD, *Historia eclesiástica de Inglaterra desde* 1500 *hasta* 1668 (ingl.) 1839.

crúpulos de haberse casado con su cuñada: por esto era, decia, por lo que el cielo le habia castigado en sus hijos, y consultó á los doctos para saber si no debia romper semejante union. Wolsey, que al principio se habia opuesto á este proyecto, viendo á su amo dominado por su pasion, se hizo su mediador para con Clemente VII. Pero el papa, por temor de ofender á Cárlos Quinto, no quiso decidir, y se sujetó á la resolucion que tomase el mismo Wolsey, á quien nombró al efecto su legado. Condújose el cardenal en estas circunstancias con una delicadeza que Enrique VIII no creia tener que temer de su parte; por lo cual, cediendo á las sugestiones de Ana Bolena, le destituyó de su favor, le recogió los sellos, y despojó de sus riquezas. Poco sobrevivió Wolsey á su desgracia, y en su lecho de muerte sintió no haber empleado en servicio de Dios el celo ardiente de que habia dado pruebas con respecto á su soberano. Su palacio debia pertenecer á la sede de York; pero la inmensa cantidad de vajilla y muebles de gran valor que se encontraron en él, las paredes cubiertas de oro y plata, y un aparador lleno de platos de oro y mil piezas de tela de Holanda, excitando la ambicion de Enrique VIII, le proporcionaron argumentos para acusarlo de felonia, se confiscó todo, y se convirtió aquel palacio en residencia real. El que considere como conculcó el rey la justicia y toda clase de miramientos después de la muerte de Wolsey, se inclina á atribuir á éste el mérito de haberle contenido hasta entonces en los límites del deber.

Tan pronto en adoptar sus amistades con los hombres, como en enamorarse de las mujeres, Enrique VIII entregó toda su confianza á Tomás Moro, eminente erudito de aquel tiempo, autor de canciones y epígramas y de otros escritos agudos y graciosos, que le dieron entre sus contemporáneos un carácter burlesco, con mengua del heroismo que entonces era la pasion dominante, y que en los *Ensayos* demostró la mayor finura social mezclada con un sentimiento delicadamente profundo y decoroso. Enrique apreciaba su talento, su saber, y tal vez más sus gracias. Queria tenerle siempre con él en el paseo, en las comidas, para romper la monotonia de las conversaciones conyugales á solas, como interlocutor en la discusion. Aunque no era ni noble ni eclesiástico, Enrique VIII le entregó los sellos, lo que era una cosa inaudita, para reconciliarse con el parlamento ó adormecer su conciencia; y Tomás, hombre mixto, con mucho brillo en sus escritos y no tanta moralidad en sus actos, sacrificó la probidad al afan de honores y dinero, y protegió medidas arbitrarias, hasta que al fin se despertó su conciencia en nombre de la fe. Tres eran sus votos: restablecer la paz entre las potencias, estirpar la herejia y que el rey desistiese del divorcio (2).

La cuestion de divorcio estaba siempre pendiente. Los sabios y las universidades se pronunciaban en diverso sentido; el pueblo era contrario á ella porque amaba á Catalina, temia el resultado de una guerra con España, y la interrupcion del comercio con los Paises-Bajos; pero Tomás Cromwell, consejero de Enrique, sugirió á éste la idea de cortar las dificultades, proclamándose jefe de la iglesia de Inglaterra. En su consecuencia, el rey amenazó á todos los eclesiásticos con una acusacion por haber reconocido á Wolsey en calidad de legado, y asustado el clero, se decidió á reconocer á Enrique como *primer protector, solo y supremo señor, y en lo que permite la ley de Cristo, jefe supremo de la Iglesia.*

Cisma.—Una vez dado el primer paso, prosiguió Enrique su camino sin vacilar. Se casó con Ana Bolena (1533), que pronto dió á luz á Isabel. La autoridad del papa se puso á discusion; declaróse que no estaba basada en las Sagradas Escrituras, sino que se habia usurpado en la Edad Media, y prohibiéronse las apelaciones á Roma. El papa amonestó y amenazó. En fin, impulsado por los embajadores de Cárlos Quinto, anuló la sentencia de divorcio pronunciada por Tomás Cranmer (3), que en recompensa habia sido promovido al arzobispado de Cantorbery (1534). Fulminó después la escomunion contra el rey, y se separó de esta manera, cediendo á un impulso esterior, á aquel miembro importante de la Iglesia. Prohibió todo comercio con Inglaterra, libertó á los súbditos del juramento de obediencia, y mandó diputado á las diferentes cortes al cardenal Reinaldo Pool, último vástago de los Plantagenetos, para invitarlos á apoyar su sentencia.

Presidido el parlamento por Cranmer, que no tenia igual en el arte de adular al soberano, decretó la sumision del clero á la sancion del rey; declaró á éste jefe de la iglesia anglicana con todas las prerogativas ejercidas en otro tiempo por el papa, incluso el derecho de exigir diezmos y annatas, y conferir á los capítulos, ó á quien de

---

(2) En una época en que no era un mérito ser tolerante, Erasmo escribia con respecto á Tomás Moro: «Fué una gran prueba de clemencia, que, mientras que fué canciller, nadie perdió la vida por las nuevas opiniones, cuando habia habido, sin embargo, en las dos Germanias y en Francia numerosos ejemplos de personas castigadas con la muerte por esto.» *Cartas de Erasmo*, p. 1811. Estas pocas palabras contestan á las diatribas de Hume, Burnet y Voltaire, que le convierten poco menos que en un Torquemada.

Pueden compararse los juicios de los tres autores recientes de diferentes naciones:

G. T. RUDHAT.—*Thomas Morus*. Nuremberg, 1829.

J. MACKINTOSH.—*The life of sir Thomas Morus*. Lóndres, 1830.

Princesa de CRAON.—*Thomas Morus*. Paris, 1833.

CAMPBELL *(Vida de los grandes cancilleres.* Lóndres, 1814) publica muchas cartas de Moro que le perjudican.

(3) Lutero desaprobó tambien aquel divorcio, diciendo que le hubiera permitido mejor al rey la bigamia.

derecho correspondiese, los poderes necesarios para nombrar obispos. Decidióse además, que los hijos de Catalina, mujer ilegítima, no podian heredar la corona, que perteneceria á los de Ana Bolena; que todos los ciudadanos estarian obligados á prestar juramento; que los que hablasen en sentido contrario, serian declarados criminales de lesa majestad, y cómplices los que no los denunciasen después de haberlo oido. Catalina no quiso nunca renunciar al título de reina, ni salir del reino, por no perjudicar los derechos de su hija, á la que nunca pudo ver, á pesar de todas sus súplicas. Pronto murió (1536), y en sus últimos instantes escribió á Enrique VIII perdonándole y recomendándole su hija. Él vertió lágrimas, pero no se enmendó.

Tomás Moro y Juan Fisher, obispo de Rochester y anciano octogenario, que se habian opuesto al divorcio y al juramento de supremacia, fueron condenados á perpétua prision. Habiendo enviado Pablo III el capelo de cardenal al prelado, Enrique VIII esclamó: «Yo me arreglaré de manera que no se encuentre cabeza donde ponérselo;» y condenó á Fisher á muerte, y poco después al canciller. Como procurase la mujer de Tomás Moro persuadir á su marido que cediese para salvar su vida: «Querida Luisa, le dijo, ¿cuánto podré vivir? ¿Diez años, veinte? ¿Qué es esto para cambiarlo por toda una eternidad?» Cuando le quitaron con sus libros y papeles todo medio de leer y escribir, cerró las ventanas de su prision diciendo: «Una vez perdidas las mercancias se cierra la tienda.» Fué condenado, segun los términos de la sentencia, á ser arrastrado sobre un cañizo por toda la ciudad hasta Tyburn; allí debia ser ahorcado hasta estar medio muerto, después descuartizado, cortadas las partes nobles, abierto el vientre, quemados los intestinos, y después espuestos en las cuatro puertas de la ciudad los cuatro cuartos de su cuerpo, y su cabeza en el puente de Londres. Cuando se anunció á Tomás Moro que el rey le concedia la gracia de ser decapitado, esclamó: «Dios preserve á mis amigos de la clemencia del rey, y á mis descendientes de su perdon.»

Con este paso, Enrique, que llegó á ser predicador, porque queria ser déspota, salió del seno de la Iglesia: él, que poco antes habia combatido á Lutero, perseguido á sus sectarios y quemado á los traductores de la Biblia. Su reforma, que ni siquiera habia sido determinada por un sentimiento religioso, sino por el ardor de la pasion, era enteramente favorable al poder real y á la aristocracia. Se inclinaba naturalmente á las doctrinas luteranas, aunque afectando reprobarlas para que no pareciese que se contradecia, pretendió el título de defensor de la fe y quemó tanto á los luteranos como á los católicos, á los primeros porque eran herejes, y á los segundos porque negaban su supremacia y la infalibilidad que él pretendia, tanto en materia de fe como en los negocios de Estado, lo cual hacia decir á un francés: «¡Qué reino es ese, en el que se quema á los herejes y se ahorca á los católicos!» Con objeto de poner á prueba la docilidad de los obispos, permanecieron suspensos de sus funciones por espacio de un mes, y tuvieron que volverlas á reclamar para obtenerlas uno á uno segun el antojo del rey y como sus delegados. Trescientos setenta monasterios que fueron abolidos, aumentaron las rentas reales en 143,000 libras esterlinas además de 100,000 de plata, y alhajas y muebles, derechos y legados que recayeron en el tesoro, resultado ó fruto ilegal de tanta violencia. El rey decia que todo se emplearia en atender á los gastos de la guerra y en dar pensiones á los grandes: por el contrario, consumió aquellas riquezas en un momento, pródigo hasta dar una tierra á un cocinero porque encontraba un manjar á su gusto. Sin embargo, ricas bibliotecas se encontraban distribuidas; los señores pretendian que los bienes eclesiásticos debian darse á los representantes de los primeros donadores; las personas piadosas se escandalizaban; los pobres permanecian á la vez privados del pan del cuerpo y del alma que recibian en otro tiempo en ciento diez hospitales y noventa colegios.

Enrique VIII no tuvo consideracion á nadie, y como era un crímen de lesa majestad negarle los nuevos títulos que se habia atribuido, hizo dar muerte á gran número de frailes y prelados; todos los parientes de Reinaldo Pool fueron enviados al suplicio. Cuando llegó al caldaso el cardenal Ruffense, arrojó el baston en que se apoyaba diciendo: «Vamos, pies mios, dad vosotros estos últimos pasos,» y entonó el *Te Deum*. Cuarenta mil campesinos del Norte, guiados por Roberto Aske, marcharon á Lóndres *en peregrinacion de perdon*, con banderas en las que se hallaban figurados cálices y hostias para pedir la supresion de los libros heterodoxos, el castigo de los herejes y el restablecimiento de los monasterios y de la autoridad pontificia. Enrique VIII negoció con ellos y los pagó con promesas; después cuando se dispersaron los hizo ahorcar á veintenas.

Durante aquel tiempo el luteranismo se estendia por el pueblo, debido á los refugiados, y se formaban dos sectas, la una llamada de los heterodoxos y la otra de los reformados: los primeros favorecidos por las opiniones, y los segundos por los actos del rey. Concluyó Enrique VIII por promulgar seis artículos de fe en los cuales se aceptaban las Sagradas Escrituras, los símbolos de los Apóstoles, de Nicea y de San Atanasio, el bautismo, la penitencia, la eucaristia, la presencia real, la necesidad de las buenas obras, la invocacion á los santos, las imágenes, los vestidos pontificios, las ceremonias de la ceniza, de los ramos, viernes santo, y oraciones á los muertos. Cromwell, su vicario general, dispuso que aquellos artículos se diesen sin comentarios á todas las iglesias, y el clero obedeció; era un crímen de Estado negarse á ello.

Cromwell hizo después publicar la *divina y piadosa institucion del cristiano*, destinado á uso del pueblo, en la que se declaraba que no habia sal-

vacion fuera de la Iglesia católica, se negaba la supremacia del papa, y se imponia la del rey. Entonces se suprimieron las fiestas; se quemaron las reliquias y las imágenes milagrosas; se intentó de nuevo procesar á Tomás Becket, que fué citado á comparecer y descanonizado por contumacia; sus restos se entregaron al fuego, y los bienes que dependian de su iglesia se confiscaron. Enrique VIII hizo revisar la introduccion de la Biblia, y prohibió abrirla á todo el que no fuese jefe de familia, bajo pena de un mes de prision. Además se dedicó á discutir en persona con los reformados, y sostuvo en una discusion de cinco horas, la presencia real contra Lamberto Simmel; como último argumento le dió á elegir, creer ó morir, y le hizo espirar á fuego lento. Cranmer y Cromwell, más dóciles aunque luteranos, se ofrecieron á condenar hasta á sus correligionarios, y como las pruebas del crímen de lesa majestad no bastaban siempre para enviarlos al suplicio, Cromwell introdujo el bill de conviccion, por cuyo medio la cámara alta condenaba sin más forma de proceso. Aquella feroz inquisicion multiplicó las víctimas, hasta el punto de pronunciarse en aquel reinado setenta y dos mil sentencias capitales.

El mismo Cromwell inventó otro acto que, arrebatando á la nacion todas sus libertades, concedia enteramente al rey la autoridad legislativa, dando fuerza de ley á las decisiones que daba sin tomar siquiera el parecer del consejo. Entonces el salir del reino, para sustraerse á los castigos en que se habia incurrido, se declaró crímen de alta traicion. Proclamaron los pares á Cromwell digno de ser vicario general del universo. Habiendo pedido Enrique VIII 800,000 libras esterlinas, y no habiéndole concedido el parlamento más que la mitad, hizo llamar al presidente, y le dijo: «la proposicion pasa, ó tu cabeza cae.» Los oradores rivalizaron en bajeza con respecto al Salomon, al Absalon inglés, al vencedor del Goliat romano; y cada vez que pronunciaban la palabra de *muy sagrada majestad*, toda la asamblea inclinaba la cabeza. Todo se concedió ya sin medida, fuesen nuevas adquisiciones ó dones gratuitos en proporcion de la fortuna de cada uno; contratáronse empréstitos, alteróse la moneda, votóse la tasa personal, que era tan odiosa; en fin, todo lo que el rey habia tomado prestado desde el año 31 de su reinado fué devorado en una bancarrota escandalosa.

Aquel verdadero tirano era el hombre más inconstante en sus afecciones, y daba al menos á sus víctimas el consuelo de que viesen sacrificar á los que le habian servido de instrumento. En el momento en que Ana Bolena, adornada ricamente, se regocijaba de la muerte de Catalina, vió á una señorita sentada sobre las rodillas del rey. Nada mejor encontró Enrique VIII, para disfrazar la afrenta de que se habia hecho culpable con ella, que fingir celos, é intentar un proceso por incesto y conspiracion. En su consecuencia mandó á Cranmer (1536), bajo pena de la vida, declararla concubina y á Isabel bastarda. Ana fué condenada á perecer por el fuego ó por el hacha, á voluntad del rey, cuya clemencia le perdonó la hoguera. Víctima resignada, expió sin debilidad la alegria que le habian causado los infortunios de Catalina: «De simple particular que era, dijo, me hizo marquesa, después reina; y no pudiendo elevarme más en este mundo, quiso enviarme santa al cielo.» Contestó á los que se apiadaban de los sufrimientos que le reservaba el suplicio: «Mi cuello es tierno, y el verdugo está muy ejercitado.» Vistióse Enrique VIII de blanco, en señal de alegria; y habiendo declarado Cranmer «ante Dios que aquel matrimonio no tenia valor y era nulo,» se casó al dia siguiente con Juana Seymour. A su vez declaró ilegítimos el parlamento los hijos nacidos de Ana Bolena, y traidor á todo el que dijese lo contrario, confiriendo además al rey la facultad de disponer de la corona á falta de herederos varones. Juana murió al dar á luz á Eduardo (1537), y tal vez debió solamente á este prematuro fin la ventaja de escapar del suplicio.

Entonces se presentó al rey á Ana de Cleveris, para que fuese su mujer; pero cuando la vió manifestó lo poco que le habia agradado, diciendo de ella á sus servidores que era una gorda yegua flamenca. Como no sabia la música ni el inglés, estaba dispuesto á despedirla, si Cromwell no lo hubiese evitado. Aquel Cromwell, que del oficio de lavandero habia ascendido hasta tal omnipotencia, era para la nobleza un objeto de envidia, y de execracion para los católicos y protestantes. Concluyó el rey por cobrarle odio, como autor de aquel matrimonio; formósele, pues, su proceso por luteranismo, y habiendo sido condenado á muerte con arreglo al bill de conviccion que él habia inventado, fué sentenciado sin inspirar á nadie lástima.

El duque de Norfolk, que habia contribuido activamente á su pérdida, ofreció su sobrina Catalina Howard al voluble amor del rey, á quien suplicó el parlamento le permitiese examinar la validez de su matrimonio con Ana. Declaróse nula esta union, y Enrique VIII se casó con Catalina. Aunque esta jóven no tenia la estatura ni el porte majestuoso que buscaba en las mujeres, la amaba por su ingenuidad; pero pronto le proporcionó Cranmer pruebas de lo contrario. Condenóla el parlamento como culpable de lesa majestad, y la envió al cadalso con dos cómplices, declarando además culpable de traicion á la que en adelante se casase con el rey sin ser inmaculada, como tambien á todo el que, sabiendo que es indigna de su lecho, no la denunciase y á los que la hubieran deshonrado. Enrique VIII tomó entonces por mujer á Catalina Parr (1543), que habiendo sido reconocida como luterana, escapó del suplicio con trabajo.

Las demás partes del reino esperimentaban tambien los efectos de aquella voluntad de hierro, á la cual Enrique VIII hacia que todos se doblega-

sen. Oriundo del pais de Gales, pretendió reunir aquel principado á la Inglaterra (1536); y lo consiguió sometiendo á los cuarenta y un señores de las marcas, que ejercian allí, como independientes, una jurisdiccion particular.

Cuando Enrique VIII prometió su hija Margarita á Jacobo IV, rey de Escocia, se le espresó el temor de que la Inglaterra no llegase á ser un dia con esta union una provincia de Escocia: «Por el contrario, contestó, la Escocia es la que será avasallada de la Inglaterra;» y profetizó con justicia.

Escocia.-Jacobo V.— Después que la batalla de Flodden humilló á la Escocia ante la Inglaterra (4), Jacobo V reinó (cosa sin ejemplo) bajo la regencia de Margarita Tudor, después bajo la del duque de Albani, que continuó la guerra contra Enrique VIII. Jacobo V, corrompido con una mala educacion, fué un tirano y trató de abatir á la nobleza con ayuda del alto clero, cuyos gustos y costumbres eran enteramente mundanos. Patricio Hamilton introdujo en el pais el luteranismo, y fué, con otros muchos, uno de los mártires de la nueva religion; pero la sangre vertida aumentó el número de los prosélitos. Uno de los más célebres entre ellos fué Jorge Buchanan, á la vez anticuario, poeta é historiador, que atacó á los frailes en varias sátiras por sugestion del rey, y que habiendo sido preso como hereje se fugó, pero con gran trabajo, Jacobo V permanecia firmemente afecto á los católicos; pero Enrique VIII queria estender á Escocia su despotismo religioso. Sin embargo, allí prevalecia la faccion francesa que era fiel al catolicismo, y detestaba en gran manera el servilismo inglés. «Todos, hasta los niños, escribia sir Jorge Douglas, querrian apedrearle (Enrique VIII), las mujeres romper en él sus ruecas; todo el pueblo moriria por impedir la reforma, y la mayor parte de los nobles, como tambien la totalidad del clero, estaban en su contra.» Enrique VIII intentó en una conferencia convertir á Jacobo V, y no habiendo podido conseguirlo, invadió la Escocia. No fué más feliz con las armas que lo que lo habia sido con los argumentos; pero irritados los nobles contra Jacobo V, manifestaron su descontento, negándose á seguir la guerra; lo que le contrarió de tal manera, que murió siete dias después del nacimiento de María Estuardo. El conde de Arran, á quien se declaró regente, consintió en el matrimonio de la jóven princesa con Eduardo, hijo de Enrique VIII; pero el primado Beaton desvaneció este proyecto, apoyándose en la Francia. Enrique VIII se indispuso después con esta potencia, y en una espedicion que hizo á Francia, sitió á Boulogne, de la que se apoderó y conservó por espacio de ocho años.

Hubiera querido influir en los destinos de la Europa, al igual de los dos grandes príncipes sus contemporáneos; pero no pudiendo conseguirlo se indemnizó estendiendo en su reino su autoridad fuera de todos los límites. Apenas tenia su hijo Eduardo nueve años, cuando conociendo el rey próximo su fin, pensó en asegurarle su herencia, desembarazándose de todo el que le inspirase recelos. En su consecuencia fué condenado y sentenciado á muerte Tomás, duque de Norfolk, jefe de los católicos en Inglaterra, y Enrique, conde de Surrey, su hijo, estaba destinado á seguirle cuando murió el rey (28 enero de 1547).

Eduardo VI.—Prodújose como emanado de él, un testamento de autenticidad sospechosa, por el cual escluia á sus hijas de la sucesion, si se casaban sin el consentimiento de un consejo de regencia que establecia. Este consejo se componia de diez y seis miembros, que hechuras de Seymour, eligieron para ser el protector y el representante de la majestad real á Eduardo Seymour, duque de Somerset. Después de haber separado este señor á todos los que le incomodaban, atrajo á sí toda la autoridad, y celoso luterano, hizo educar, de acuerdo con Cranmer, al jóven Eduardo en esta creencia. Limitáronse los poderes de los obispos, y fueron espedidos visitadores, para destruir la idolatría; el derecho de instruir y predicar se circunscribió á un pequeño número de personas, lo restante de los bienes eclesiásticos se saqueó, y nuevos dogmas se proclamaron por la infalibilidad de un rey de diez años. En su consecuencia, los sacerdotes obtuvieron el permiso de casarse, el rey pudo nombrar los obispos sin el concurso de los capítulos, y redactóse un nuevo catecismo por Cranmer, artífice de aquellas innovaciones. Toda oposicion se castigaba con ser preso. Pero al mismo tiempo el parlamento borraba del código penal los nuevos crímenes de esa majestad imaginados por Enrique VIII, y abolia el poder universal que se habia atribuido.

Tomás Seymour, gran almirante, y hermano del protector, se habia casado por su dote, con la viuda de Enrique VIII, cuando aun no se habia enfriado el cadáver de éste. Habiendo quedado viudo, aspiraba á la mano de Isabel, á quien no era indiferente. Cierto de que la regencia le negaria su consentimiento, urdió tramas para suplantar á su hermano; pero descubriéronse sus proyectos, y el protector le envió al suplicio (1549).

Durante este tiempo, la Escocia, donde se habia introducido la reforma (1546), se encontraba violentamente agitada. Jorge Wishart, precursor de los puritanos, escitó contra Roma, no solo al populacho, sino tambien á multitud de barones; el cardenal Beaton (de Bethune) le envió á la hoguera, pero pronto fué tambien él asaltado y hecho pedazos. La sangre produjo sangre; los suplicios y las guerras se sucedieron con encarnizamiento; la regente Maria de Lorena, hermana de los Guisas, se entendió con la Francia, los innovadores con la Inglaterra, y pasando Somerset al pais, derrotó á los escoceses en Pinkencleugh. Queria hacer que se diese á Eduardo la mano de Maria Estuardo;

(4) Tomo VI, pág. 340.

pero la madre de aquella princesa la envió á Francia para sustraerla á aquel compromiso.

Este mal éxito, el descuido de los consejeros del rey, que más ocupados de su propio engrandecimiento que del cuidado del Estado, dejaban al reino debilitarse, en fin, la cesion de Boulogne á la Francia, hicieron estallase el descontento contra Somerset. El odio público fué fomentado por Juan Dudley, conde de Warwick. Depúsose, pues, al protector, y se le condenó al suplicio como culpable de felonia.

Warwick, que quedó al frente de los negocios sin tomar ningun título (1552), atrajo á sí á las principales señorias, se hizo duque de Northumberland, y caminó adelante sin rival. Ayudó á Cranmer, que trabajando con prudente lentitud en el triunfo del luteranismo, llamaba á Inglaterra á predicadores, entre cuyo número se encontraban los italianos Bernardino Ochino y Pedro Mártir Vermiglio, que enseñó la teología en Oxford. Viendo Martin Bucer, de Schelestadt, las diferentes sectas de Inglaterra en disidencia entre sí, se ocupó de hacer redactar una confesion de fe. Formulóse ésta en efecto en cuarenta y dos artículos. Negábase en ella la presencia real; no decidian nada sobre la predestinacion, creia en la necesidad de la gracia, establecia la supremacia del rey, y declaraba tanto la pena de muerte como la guerra legítimas. Por otra parte, la señal de la cruz, la estremauncion, las oraciones á los muertos fueron abolidas; los que tomaron sus grados en la universidad se vieron obligados á jurar que preferian la autoridad de las Sagradas Escrituras al juicio de los hombres, y (estraña contradiccion) aceptaban como verdaderos los artículos publicados por la autoridad real. Las leyes eclesiásticas sufrieron una reforma, persiguióse con actividad á los católicos, y en fin, renovóse enteramente la liturgia.

Sin embargo, se aumentó el número de los pobres. Los nuevos propietarios de los bienes de que se habia desposeido al clero, que antes se cultivaban mediante cortos arrendamientos, exigieron de los arrendadores un precio más subido. Con objeto de tener menos gastos, convirtieron éstos los barbechos en prados, en atencion á que las lanas producian más. Estensos dominios se rodearon de empalizadas para formar parques donde cazar, lo cual obligó á muchas familias á abandonar los campos paternos. Multitud de jornaleros quedaron sin trabajo al paso que los tesoros de la América hacian subir el precio de todos los artículos. Acostumbrados los mendigos á encontrar su subsistencia entre los frailes, se estendieron entonces por todo el reino. Con objeto de remediar este mal, se decretó que todo el que permaneciese tres dias sin trabajar, seria considerado como vagabundo, marcado con la letra V en el pecho, y entregado al denunciador para que le sirviese dos años como *esclavo*. Su amo no estaba obligado á darle de comer más que pan y agua; podia ponerle en el cuello ó en la pierna un anillo de hierro, é imponerle toda clase de trabajos. En el caso de una ausencia que se prolongase quince dias incurria en el castigo de ser marcado con la letra S en el rostro, y quedaba esclavo por toda su vida; en el de reincidencia, se le trataba como á culpable de felonia. Este insensato decreto permaneció en vigor durante dos años.

Las ideas del celoso luteranismo crecian en Eduardo; pero el duque de Northumberland, cuyas riquezas eran inmensas, y veia al rey delicado en su salud, tenia miras ambiciosas hácia el trono. Representóle en su consecuencia, que los ingleses, á pesar del testamento de Enrique VIII, no reconocerian nunca por reinas á las dos princesas declaradas bastardas, y que, por otra parte Maria Tudor, y aun más la heredera de Escocia, eran ardientes católicas. Le hizo, pues, que trasladase la sucesion real á Juana Grey, hija de Francisca Brandon, nacida de la princesa Maria, hermana de Enrique VIII, y buena luterana. Northumberland la hizo casar con lord Dudley, su hijo; y fuese por temor ó con promesas, determinó á los grandes á suscribir á este nuevo acto de arbitrariedad que invertia el órden de sucesion. ¡Tan sumergida se encontraba la Inglaterra en la esclavitud, al proclamar la libertad de una creencia!

Cuando murió Eduardo de edad sólo de diez y seis años, y lady Grey en una ignorancia completa de la trama que se habia urdido (1553), oyó que se le ofrecia la corona, se desmayó de espanto y contestó con una negativa. Pero el duque la persuadió de que debia aceptar. Desaprobando el pueblo la usurpacion con su silencio, tenia lástima de la afable é inocente víctima que veia adornada con la corona. Northumberland habia procurado sorprender á Maria, y hacerla poner presa; pero advertida á tiempo, huyó. Pronto reunió fuerzas, y seguida de cuarenta mil voluntarios, se adelantó sobre Lóndres, donde entró con Isabel. Libertó tambien al duque de Norfolk, que estaba prisionero desde el reinado de su padre, y asimismo á varios obispos. Cierto número de partidarios de Northumberland obtuvieron su perdon; pero Maria dispuso se formase proceso á los demás, y envió al mismo duque al suplicio, á pesar de sus cobardes y bajas súplicas.

Cárlos Quinto, que habia protegido su infancia contra los que habian querido hacerla luterana hasta por fuerza, la habia aconsejado desplegase aquella rigurosa justicia; pero no pudo obtener de ella la condena de Juana Grey, que renunció á su reinado de nueve dias. Desterró las numerosas supersticiones que se habian introducido en el culto, é hizo que volviesen á aparecer en la corte el lujo y los ornamentos de oro que se habian proscrito; lo que, unido á la moneda de buena ley que hizo acuñar en lugar de la que se habia alterado, le concilió las voluntades del pueblo. Restableció á los obispos depuestos, é hizo que Isabel abjurase. Habiendo sido después coronada segun los ritos católicos, hizo de nuevo declarar válido el

matrimonio de Enrique VIII con su madre, y volvió las cosas al estado en que estaban al fin del reinado de aquel príncipe, anulando los actos religiosos que se habian verificado en el de Eduardo VI.

Trataba de elegir un esposo, y su preferencia era en favor del cardenal Pool, descendiente de sangre real, celoso católico sin ser perseguidor; pero á su negativa la decidió Cárlos Quinto á casarse con Felipe II, su hijo. Las potencias á quienes esta union causaba recelos, urdieron tramas para sustituirle Isabel, y las poblaciones se sublevaron, por odio á los austriacos, contra semejante alianza. Habiéndose entonces concebido sospechas de que Juana Grey entraba en estos manejos, fué sentenciada á muerte con su marido, é Isabel fué presa. Bajo estos funestos auspicios llegó Felipe II, y procuró bebiendo cerveza, hablando familiarmente con los ingleses y afectando popularidad, conciliarse los ánimos; pero pronto dejó conocer el orgullo de su casa, las pretensiones españolas y la frialdad de su carácter.

Aquí comienza una reaccion de partido bajo el velo del catolicismo. El cardenal Pool, que habia ido á Inglaterra con el título de legado, volvió á bendecir la nacion y confirmó el matrimonio de la reina, que era odioso al pais; las dos cámaras pidieron volver al seno de la Iglesia, á condicion de que no se inquietase á los tenedores de bienes eclesiásticos, y al papa se le restableció en su antigua jurisdiccion sobre Inglaterra. Maria habia libertado con Isabel á los demás prisioneros, pero persistió poco tiempo en aquella indulgencia, y los consejos de Gardiner, que queria hacerse perdonar con un celo escesivo sus vacilaciones religiosas y políticas, cuyas pruebas habia dado en los reinados anteriores (5), la impulsaron en la senda en que mereció el sobrenombre de Sanguinaria, ¡ella que era antes tan afable y compasiva! Cranmer y otros innovadores habian hecho decretar, en tiempo de Eduardo VI, que todo el que no adoptase su profesion de fe seria acusado á los tribunales eclesiásticos, y que en el caso de que su resistencia durase quince dias, se le entregaria al brazo secular (6). De esta manera habian forjado armas de las que el partido, contra el cual estaban destinadas, debia á su vez servirse contra ellos mismos. Varios predicadores fueron quemados vivos: el fraile español Alfonso de Castro, confesor de Felipe II, obtuvo, no obstante, protestando altamente contra semejantes procesos, el que se suspendiesen. Pero una insurreccion proporcionó pretexto para volverlos á seguir (1556); y aunque el número se haya exagerado mucho por el partido que triunfó después, los escritores más moderados confiesan que cerca de doscientas personas perecieron de aquella manera, la mayor parte pertenecientes á la clase media. Cranmer habia sido puesto en libertad; pero habiéndose estendido la noticia de que habia cambiado de creencia, protestó de lo contrario y blasfemó hasta de lá misa, que llamó obra del demonio; preso de nuevo, abjuró por temor; pero después renegó en la hoguera, del papa y de las doctrinas católicas. El cardenal Pool fué promovido á su arzobispado; pero la órden de restituir los bienes que habian pertenecido al clero, atrajo á Maria más odios que su misma intolerancia.

Felipe II, que sólo amaba á su esposa por propia ambicion, apenas perdió la esperanza de tener hijos, volvió á España é inclinó á Maria á una guerra funesta contra la Francia. Resultó de ella que profundamente afligida la reina de la pérdida de Calais y del alejamiento de su esposo, contrajo una melancolía, y murió de consuncion (27 noviembre de 1558). Sus muchas virtudes no pudieron hacer que se le perdonase la intolerancia comun entonces á todos los partidos (7).

Isabel.—En el momento de morir, hizo llamar á su hermana Isabel, y temblando de que su obra no llegase á destruirse, la invitó á declarar sus sentimientos; pero aquella princesa que habia aprendi-

(5) Lingardo procura disculparle.

(6) Véase *Reformatio legum ecclesiasticarum*, tit. *De hæreticis* y *De judiciis contra hæreticos*.

(7) PATRICK FRASER TYTLER, sacerdote presbiteriano, ha publicado una obra destinada á rehabilitar la memoria de Maria con este título: *England under the reigns of Edward VI and Mary, with the contemporany history of Europe, illustrated in a series of original letters never before printed, with historical introduction*, etc. Se concibe al leer las cartas de Maria que reproduce una idea de esta princesa, enteramente diferente de la que generalmente se tiene. Por esta razon se manifiesta Tytler convencido «de que era muy digna de estimacion.» Véanse los términos en que habla de ella:

«Antes de casarse con Felipe II (á la edad de treinta y nueve años), no se le puede hacer más que un solo cargo, su fidelidad á la religion romana. De aquí procede todo el mal que han dicho Fox, Carte, Strype y todos los demás ardientes protestantes. Sus cartas, que ya publicó, llenas de bondad de corazon y delicadeza, contrastan con el pedantismo, la afectacion y la oscuridad del estilo de Isabel. Llamamos, sin embargo, á una la *buena Betty*, y á su hermana la *Sanguinaria*, sobrenombres muy mal aplicados. Después de su matrimonio con Felipe, se verificó en el carácter amable y confiado de Maria, un cambio gradual, cuyas causas no se han examinado. Su corazon tierno y afectuoso se encontraba lastimado por la frialdad, descuido y abandono con que se pagaba su cariño. Esperanzas engañadas y afecto recompensado con la ingratitud bastan para cambiar las más felices disposiciones; y la desconfianza, el disgusto, la tristeza penetraron en aquel corazon ulcerado. Dejó á sus ministros oponerse á la reforma; pero con frecuencia se mostró indulgente y caritativa, cuando ellos eran inexorables y violentos.»

El autor se apoya en cartas, de las que resulta, que Maria perdonó generosamente á Isabel, culpable de crímen capital, por haberse comprometido en la conjuracion de Wyatt. El hecho es, que Isabel marchaba con la nacion, y Maria en sentido contrario. De aquí la aureola de la una y la infamia de la otra.

do, con todas las bellas artes, la más necesaria, el disimulo, se manifestó católica. Pero apenas fué proclamada reina, cuando viendo al papa vacilar en reconocerla hija legítima de Enrique VIII; á Maria Estuardo, reina de Escocia, querer disputarle la corona, y á Felipe II disponerse con actividad á apoderarse de las riendas del mando que su padre habia abandonado, juzgó necesario á su propia libertad y á la de su pais declararse en favor de los protestantes. Puso, pues, á los prisioneros en libertad, volvió á llamar á los predicadores, tomó por canciller á Nicolás Bacon, y por confidente á Guillermo Cecil, uno de los más hábiles hombres de Estado. Entonces fueron abolidos los actos del reinado de Maria, las annatas, los diezmos y el poder supremo restituidos á la corona, estableciéndose severas penas contra el que sostuviese la supremacia del papa ó negase la del rey. De nueve mil cuatrocientos beneficiados, sólo ciento setenta y siete negaron el juramento á esta creencia (8). La *gobernadora suprema de la Iglesia*, fué investida con el derecho de reprimir la herejia (1559), de hacer ejecutar ó derrogar los reglamentos canónicos, de pronunciar sobre las controversias de disciplina, de arreglar la liturgia, de nombrar á los obispos, y confiar el ejercicio de la autoridad espiritual á la persona de su eleccion. De esta manera nació la *alta comision*, que ejerció después una jurisdiccion perjudicial á la libertad civil, y no se diferenció en nada del Santo Oficio, pues los jueces debian hacer sus indagaciones «por todos los medios y modos que se les ocurriesen.»

Iglesia anglicana.—La iglesia *anglicana* quedó entonces definitivamente establecida segun los dogmas calvinistas; pero con arreglo á la antigua gerarquia y al gobierno de los obispos, que convenia á la aristocracia del pais y al despotismo de los Tudor. Los bienes que se habian devuelto al clero se le volvieron á quitar, las imágenes se abolieron, se autorizó á los sacerdotes para que se casaran, y los artículos de la profesion de fe se redujeron á treinta y nueve. Así como la Iglesia católica, la comunion anglicana admitia un solo Dios en tres personas, creia que el Hijo tomó forma humana, se ofreció en sacrificio por los pecados del hombre original y actual, y que éste no puede salvarse sino en su nombre. Admitió igualmente los tres símbolos, y reverenciaba las Sagradas Escrituras, como verdadera palabra de Dios. Pero se diferenciaba en que declaraba apócrifos á varios de los libros sagrados, y sostenia que todas las doctrinas enseñadas por Cristo y sus apóstoles estaban contenidas en la Sagrada Escritura; al paso que la Iglesia católica cree que varias cosas, como el bautismo de los niños y la obligacion de observar el domingo, se han enseñado por Cristo y sus apóstoles, sin estar en la Escritura, y son conocidas solamente por la tradicion. Ambas convenian en que la Iglesia posee el derecho de decretar los ritos y ceremonias, y la autoridad para decidir en las controversias de fe; pero los treinta y nueve artículos parecia que á fuerza de restricciones, anulaban aquella autoridad, en atencion á que la Iglesia no podia decidir más allá de lo que estaba contenido en las Sagradas Escrituras, ni reunirse en concilio general sino por mandato y voluntad de los príncipes; y que una vez reunida estaba sujeta al error; tanto que ya habia errado. Ambas reclamaban igualmente la vocacion y mision para sus ministros, y confiaban el gobierno de la Iglesia á los obispos, como á la orden más elevada en la gerarquía. Pero no admitiendo la iglesia antigua ninguna autoridad eclesiástica en el príncipe, reconocia en el obispo de Roma, como sucesor de san Pedro, preeminencia de honores y jurisdiccion sobre toda la Iglesia. La nueva se la negaba en el reino, y consideraba al soberano como jefe supremo hasta en el gobierno eclesiástico.

Ambas enseñaban que la justificacion de los pecadores no puede adquirirse ó merecerse por ningun esfuerzo natural, y que se concede gratuitamente por solo los méritos de Jesucristo, pero la una invocaba la justificacion sólo con la fe, al paso que la otra exigia además de ella, la esperanza y la caridad. Convenian igualmente en que los sacramentos son signos eficaces de la gracia, por la cual Dios obra en nosotros invisiblemente; pero estaban reducidos á dos por los treinta y nueve artículos, el bautismo y la eucaristia. Ahora bien, en lo concerniente al último, los reformadores ingleses enseñaban que, en este sacramento, el cuerpo de Jesucristo no se da, toma y come sino de una manera celeste y espiritual; y los catolicos, de una manera real, aunque espiritual y sacramental. Los primeros declaraban que la doctrina de la transustaciacion no podia probarse con las palabras de la Escritura, y que era preciso administrar la comunion á los seglares bajo ambas especies, conforme á la institucion y al mandato de Cristo. Declaróse la misa una invencion impía, porque no puede haber otro sacrificio para el pecado que el que se ofreció en la cruz. En fin, las doctrinas del purgatorio, de las indulgencias, de la veneracion y adoracion de las reliquias ó de las imágenes é invocacion á los santos, se condenaron aunque en términos generales y sin esplicacion (9).

Como no era posible entonces formar sacerdotes católicos en Inglaterra, estableciéronse seminarios fuera de ella, sobre todo en Roma, y aunque Isabel los persiguia hasta allí, acudian misioneros á la isla en la que penetraron tambien los jesuitas, cuya osadia se aumentó cuando nuevas leyes de estremada severidad agravaron el peligro. El in-

(8) CAMDEN.—*Annales rerum anglicarum et hibernicarum, regnante Elisabeth.* Lóndres, 1675.

Madama de KERALIO.—*Historia de Isabel, reina de Inglaterra.* Paris, 1786, 1788.

(9) Lingard, t. VII, nota N.

glés Edmundo Campian, de aquella compañía, fué y declaró que les estaba prohibido mezclarse en los asuntos temporales, pero que los jesuitas habian hecho juramento entre sí de emplear todos sus esfuerzos, y dar hasta su sangre, por hacer que la Inglaterra volviese á la verdadera fe. Rigorosas y reiteradas visitas, que turbaban la paz doméstica de las personas sospechosas, hicieron descubrir al fin el retiro de Campian que por dos veces fué puesto en el potro del tormento. La misma reina le interrogó en el juicio, y se reconoció que unia la moderacion á la prudencia. Pero poco tiempo después inventó una conspiracion (á cuyo espediente recurria de cuando en cuando), y le envió al suplicio con otros doce. No queriendo Isabel que apareciese que atentaba á la paz de la conciencia, alegó que los jesuitas, contra quienes habia establecido una comision suprema, intrigaban para sublevar el pais é introducir en él á extranjeros. Como protestaban que sus intenciones eran puramente religiosas, no dándose los inquisidores por sastisfechos, exigian de ellos precisas esplicaciones. Les preguntaban, pues, si la bula pontificia que declaraba á Isabel desposeida, era legítima, si era obligatoria para los ingleses, y cómo obrarian si el papa les libertase del juramento de fidelidad. Contestaban que querian dar al César lo que era del César, cuya contestacion se consideraba como una confesion que llenaba las prisiones. Las descripciones de los suplicios que se usaban entonces en Inglaterra no tiene nada que les sea comparable ni aun en la historia de la inquisicion española.

Los verdugos y la cárcel eran los argumentos de la nueva creencia. El hecho de celebrar una misa se castigaba con una multa de doscientos marcos (10,878 pesetas) y uu año de prision. Costaba cien marcos y otro año de prision el haberla oido; veinte libras esterlinas, haber faltado por espacio de un mes á la capilla anglicana. Este dogma, de que «la reina era el jefe de la Iglesia, y su deber estirpar el error, escluir del rebaño de Cristo á los herejes, para que no corrompiesen á los demás,» hizo ascender á cincuenta mil personas las listas de los sospechosos. Se registraban las casas y los individuos para descubrir libros ó cálices, se ultrajaba el pudor, y se prodigaba el tormento. La cámara estrellada velaba atentamente sobre la prensa, con más rigidez que el índice de Roma. No podia establecerse una imprenta fuera de Londres, escepto la de Cambridge y otra en Oxford: nada podia imprimirse sin asentimiento del consejo; los oficiales de la corona podian apoderarse de las obras en el taller y romper las prensas.

Ni aun el tiempo disminuyó la persecucion contra los católicos. Cobró la reina odio, después de haber sido su favorito, á Felipe Howard, primer par del reino, y le desterró de la corte. Pero habiendo sabido que habia abjurado el protestantismo, le hizo poner y tener preso once años, sin dejarle ver una vez siquiera á sus hijos ni á sus padres. Fué condenado á muerte, como culpable de haber deseado el triunfo de la Invencible Armada. Consideró el parlamento como felonía, el acto de recibir bulas del papa ó rosarios y *Agnas Dei*. Propúsose tambien que todo súbdito inglés, á cierta edad, fuese obligado á conformarse con el servicio divino establecido y recibir la comunion bajo la nueva forma; pero no pasó el bill en atencion á que nuevas sectas habian surgido, principalmente la de los puritanos.

Puritanos.—Cierto número de reformados, que en el reinado de María la Católica habian emigrado á Alemania y Suiza, se escandalizaron á su vuelta al ver en las iglesias vasos, imágenes, ornamentos, y sobre todo al encontrarse obispos, desconocidos á los primeros cristianos, y verlos hasta ocupar un asiento en el parlamento. Pidieron, pues, tener sus iglesias particulares (1566), y sostuvieron que el derecho de arreglar las creencias y ceremonias no pertenecia al rey sino á cada comunidad de fieles; que todo ministro podia decir oraciones como quisiera. Escluian además las ceremonias con que la Iglesia acompaña los actos solemnes de la vida, y la ordenacion de los obispos (10). Aquellos *puritanos*, llamados tambien *no conformistas*, eran odiados por la reina, porque combatian su supremacía: prohibió, pues, su culto, y los persiguió aun más que á los católicos; pero los numerosos partidarios que tenian en la Cámara de los Comunes, le impidieron mucho tiempo el que los desterrase.

Por política y por religion sostuvo Isabel á los hugonotes en Francia y en los Paises-Bajos; y tuvo por perpétuo antagonista á Felipe II, á quien hizo la guerra en Portugal, Holanda, Francia, Escocia y América; tambien intentó *reducir á la España por hambre*, impidiendo que los barcos arribasen á ella.

Su reinado fué en realidad uno de los más ilustres y felices. Precisada por la guerra con España á fortificarse en los mares, despachó á América buques que comenzaron á fundar el poder marítimo de la Inglaterra. Hawkins, Drake, Cavendish y Walter Raleigh (11), multiplicaron los descubrimientos, al paso que en Europa las relaciones con los demás Estados se estendian y consolidaban. Entonces la industria del hierro, que debia ser una de las más importantes, comenzó á desarrollarse. Buscóse sin descanso en las entrañas de la tierra; pero la gran cantidad de madera que era necesa-

(10) Cuán lejos estuvieron tambien los puritanos de la tolerancia, aunque proclamaban la independencia del Estado en materias religiosas, lo prueban estos fragmentos de la *Segunda respuesta* de CARTWRIGHT en 1567: «Los herejes deberian ser condenados á muerte sin ninguna dilacion. Si esto es crueldad y exceso, estoy contento de ser reo con el Espíritu Santo... Niego que al arrepentimiento deba seguir el perdon de la pena... Los magistrados que castigan el homicidio y son flojos en castigar las infracciones del decálogo, principian por el peor lado.

(11) Véase tomo VII, pág. 138.

rio consumir producia quejas; lo cual precisó á remediar el mal con intervencion de la ley, y prohibir el establecimiento de nuevos talleres en los condados; se conocia, sin embargo, tanto la importancia de aquella fabricacion, que se llegó hasta proponer reducir á bosques toda la Inglaterra. Las fundiciones se trasladaron á Irlanda, donde habia abundancia de madera. Tratóse, en fin, de emplear el carbon de piedra como combustible; pero el pueblo destruyó los aparatos de aquella industria desconocida, que no obstante estaba llamada á procurar más tarde una nueva vida y un nuevo martirio á la Inglaterra.

El pueblo vivia contento, el parlamento era dócil, las rentas prosperaban y la agricultura florecia; gran número de manufactureros flamencos fueron á fabricar á Inglaterra lo que los ingleses importaban antes de otras partes; construyéronse barcos que habia la costumbre de comprar en Italia ó en las ciudades anseáticas. Iwan de Rusia concedió á los ingleses el privilegio de traficar en sus Estados, desde donde se dirigieron por el mar Caspio hasta Persia y Bukaria, formaron en Turquía otros establecimientos, y destruyeron el monopolio anseático. La condicion de siervos, de la que se inventaron medios de librarse, se dulcificó. Remedióse en algun tanto la mendicidad, que se habia aumentado con la abolicion de los monasterios, por medio de la contribucion para los pobres; limosna oficial, hecha sin caridad y recibida sin gratitud. Tomás Gresham, fundador de la bolsa de Lóndres, persuadió á los negociantes prestasen al Estado, que libre de esta manera de pagar los enormes intereses exigidos por los banqueros de Amberes, adquirió independencia. No es, pues, de admirar si Isabel escitó tanto entusiasmo, hasta el punto de que un puritano, condenado á perder la mano derecha, levantaba con la izquierda su sombrero gritando: ¡*Viva la reina*! Cuando la invasion proyectada por Felipe II con la Invencible Armada preguntó Isabel al corregidor de Lóndres qué fuerzas podria la ciudad proporcionar para la defensa del reino; mas como él la invitase á que ella misma fijase el contingente que deseaba, pidió quince barcos y cinco mil hombres. Entonces los vecinos de Lóndres rogaron á Isabel «aceptase como testimonio de su lealtad y buen afecto á la reina y al pais diez mil hombres y treinta buques perfectamente provistos.»

Desgraciadamente la introduccion de la reforma habia producido la necesidad de la tiranía; fué tan absoluta en Inglaterra como entre los turcos (12), pues el soberano podia hacerlo todo, escepto decretar contribuciones. Isabel convocó y cerró el parlamento á su antojo; y al finalizarse las sesiones de 1584 declaró que «hacer observaciones sobre el gobierno eclesiástico era hacerse culpable de calumnia contra la reina, en atencion á que estando constituida por Dios, jefe supremo de la Iglesia, no podia introducirse en ella herejía, ni cisma sino por su descuido.» Concedió á sus favoritos privilegios sobre ciertas mercancías, de lo que resultó tal carestía, que se vió obligada á abolirlos por exorbitantes; podia destituir á su antojo á los jueces de la más elevada categoria; con respecto á los magistrados más inferiores, decidia el parlamento, «animales que por media docena de pollos arreglarian media docena de leyes judiciales.» Aceptaba regalos y dejaba á las damas y á los cortesanos mezclarse en los negocios pertenecientes á la justicia. Animó, además, la piratería con una política pérfida; sostuvo á los rebeldes en los diferentes paises, y se entregó con frecuencia á venganzas impetuosas ó secretas (13).

Muchos príncipes ambicionaban su mano; pero no queriendo darse un amo, preferia cambiar á menudo de amantes. Sin embargo, Roberto, lord Dudley, que fué despues conde de Leicester, hombre abyecto y mediano, que pasaba por haber dado muerte á su mujer para casarse con la reina, la gobernó por espacio de treinta años sin habilidad, haciéndose cómplice de sus crímenes. A él fué á quien Isabel envió á los Paises-Bajos, cuando reclamaron socorros: cuando la Invencible Armada fué dispersada por la tempestad, á él fué tambien á quien se recompensó haciéndole lord teniente de Inglaterra é Irlanda. Alentaba las esperanzas de otros pretendientes por vanidad con objeto de ser cortejada, y por política con el de asegurar su celo. Como se mostraba deseosa de alabanzas, se le prodigaban á porfía. Asi fué, que aunque nada tuvo de encantadora y pudorosa, Shakspeare la llamaba la *hermosa vestal;* Spencer la celebraba como *reina de las hadas;* Enrique IV la proclamaba mas incitante que su Gabriela; Raleigh ganó su favor estendiendo su rica capa á sus pies para que no se manchase con el lodo. Las nuevas tierras descubiertas en América recibieron en honor suyo el nombre de Virginia. Entre el conde de Essex y sir Cárlos Blount mediaron esquelas de desafío por su causa: y aunque ya contaba entonces cincuenta y seis años, le agradó el que sus encantos fuesen causa de la querella. En fin, en 1563 una proclama anunció á sus súbditos que los retratos que hasta aquella época habian aparecido de ella, no hacian justicia al original, y en su consecuencia se prohibió que se vendiesen otros que los copiados exactamente del que el consejo de Estado hacia hacer (14).

Maria Estuardo. — Si, como lo sostenian los católicos, el divorcio de Enrique VIII con Catalina,

(12) «Tal vez no han faltado á los ingleses más que tres Isabeles para ser los últimos de los esclavos.» RAYNAL.

(13) Lingardo (l. VIII) nos ha descrito con toda estension el carácter de aquella reina

(14) Tenia Isabel sesenta y siete años, cuando el jóven conde de Essex, su favorito, le escribia en estos términos: «Esperaba poder esta mañana temprano conseguir

y su matrimonio con Ana Bolena, habian sido actos ilegítimos, Isabel era bastarda, y la corona pertenecia á Maria Estuardo, reina de Escocia. Aquella princesa habia sido educada en Francia por los duques de Guisa, sus tios, en el cultivo de las artes y las letras; sostuvo tambien en una tésis pública en latin, que la literatura no corresponde á las mujeres. Se casó primero con el delfin, y tomó á la muerte de Maria la Católica el título de reina de Inglaterra. Era, pues, á la vez la esperanza de los católicos y el terror de sus enemigos; de aquí procedia el odio de Isabel. La historia de la rivalidad de aquellas dos mujeres, la una ligera, apasionada, violenta é inconsiderada; la otra habil, celosa, pérfida y sanguinaria; la una tan voluble en política como en amores, la otra firme en sus propósitos, ambas culpables, ambas de costumbres poco severas, no es más que la revelacion esterior de la lucha entre la liga católica que queria recobrar la Escocia, y la faccion protestante que se esforzaba para arrebatársela. Representantes de dos partidos fueron alternativamente ensalzadas y abatidas; pero la tardia justicia de la historia, dejando á un lado las simpatias y los odios, no condena á menos vituperio á la que fué víctima que á su verdugo.

La Reforma habia progresado en Escocia después de la muerte del prelado Beaton, manifestándose desnuda y armada como los montañeses del pais; y la regente Maria de Lorena, aunque hermana de los Guisas, se vió precisada á disimular. Los principales señores, principalmente los condes de Argyle y Morton, organizaron la *Congregacion de Jesús*, en oposicion á la de *Satanás*, es decir, á los católicos. Confiando en Isabel, que trastornaba el pais para hacerse dueña de él, ó al menos arruinarle, escitaron á los habitantes á que rompiesen todas las relaciones con Roma.

Knox, 1505-72.—Eran impulsados en esta senda por Juan Knox, verdadero fundador de la iglesia reformada en Escocia, y que habia vuelto hacia poco de su destierro de Ginebra. Aquel hombre violento, pero desinteresado, tan insensible al temor como á la lisonja, de una tranquilidad tan inconmovible con las mujeres más seductoras como con los caballeros armados, sostuvo relaciones en todo el Norte, y en todas las demás partes en que Roma tenia enemigos. Animados por las declamaciones de Knox y la oposicion de la regente, los protestantes comenzaron á enconarse contra el antiguo culto, y cuando fueron citados por la regente á comparecer, se presentaron los predicadores en tanto número, que tuvo que rogárseles se dispersasen.

Después que se hicieron dueños de Perth y Edimburgo, una asamblea condenó, en aquella ciudad (1560), la religion católica, tratando á sus sectarios de ladrones, traidores y asesinos; abolióse el culto y las jurisdicciones, y la nueva ley se impuso con amenazas de penas severas, y hasta de muerte. Era la mezcla de doctrinas calvinistas, de que ya hemos hablado, con un sistema eclesiástico, llamado de los presbiterianos, porque escluia toda gerarquia, y al mismo tiempo la intervencion del jefe del Estado. Knox hizo el *primer libro de disciplina*, liturgia que tenia mucha relacion con la de Ginebra, y propuso aplicar los bienes eclesiásticos á los ministros del culto reformado. Pero los nobles y prelados, que se los habian apropiado, le trataron de loco y visionario, al paso que se acogió su otra proposicion de destruir los monumentos del papado; lo que se ejecutó con encarnizamiento, saqueando, rompiendo, violando los sepulcros todos á porfia.

Maria Estuardo protestó de estos actos; y los Guisas, que sostenian en ella la esperanza de ocupar el trono de Inglaterra, reunieron tropas en Escocia. Pero los desastres que les asaltaron en Francia, la muerte de la regente, y los socorros que Isabel proporcionaba á los *congregacionistas*, le hicieron conocer que debia más bien tratar de conservar lo que tenia, que de arrebatar á los demás aquello de que estaban en posesion. Abandonó, pues, el título de reina de Inglaterra; la muerte de su jóven esposo le hizo perder la esperanza de ser reina de Francia, y en lugar de dominar en la corte más espléndida, se vió reducida á fastidiarse en Reims, abandonada por los cortesanos, mal vista de Catalina de Médicis, y descuidada por el cardenal de Lorena, ocupada en conservar un poder que la guerra civil ponia en peligro.

Así las cosas, envió el parlamento de Escocia á pedir su vuelta. Aunque le repugnaba entregarse en manos de aquellos furiosos, se embarcó, y pasó del teatro de sus triunfos al de sus desgracias. «Se hizo á la vela (refiere Brantome, que era otro de los de su comitiva), y sin fijarse en nada de lo que tenia á su vista, apoyó sus brazos sobre la popa de la galera y comenzó á derramar lágrimas, dirigiendo sus hermosos ojos hácia el puerto y los lugares de donde se ausentaba repitiendo de vez en cuando estas tristes palabras: *¡Adios, Francia! ¡Adios, Francia!* Así continuó casi cinco horas, hasta que principió á entrar la noche y se la rogó que se separase de aquel sitio y tomase algun alimento. Entonces, redoblando sus lágrimas, dijo: *Ahora sí, mi querida Francia; ahora sí que te pierdo de vista, la oscura nube, celosa del placer que yo gozaba mirándote, mientras pudiese, estiende ante mis ojos un negro velo para robarme este bien. Adios, pues, mi querida Francia, jamás te volveré á ver; jamás.*

---

que mi vista gozase de la belleza de vuestra majestad... No se oscurezca el divino poder de vuestra majestad como no se ha oscurecido vuestra belleza, que ha llenado al mundo de esplendor!» Raleigh le escribia poco antes: «¿Cómo hubiera podido nunca vivir lejos de ella, él acostumbrado á verla cabalgar como Alejandro, cazar como Diana, andar como Venus, al mismo tiempo que un suave céfiro rizaba su bella cabellera en derredor de sus blancas mejillas, como hubiera hecho con una ninfa; al contemplarla unas veces sentada á la sombra como una deidad, otras cantando como un ángel, otras tocando el laud como Orfeo?»

Y se retiró, diciendo: que habia hecho lo contrario que Dido, la cual fijaba continuamente su vista en el mar desde que Eneas se hizo á la vela, al paso que ella siempre miraba á la tierra. Quiso acostarse sin cenar más que una ensalada; no bajó á la cámara de popa, sino que en la parte superior de ella rizaron la vela traviesa de la galera, bajo de la cual colocaron su lecho. Poco descansó, porque no daba tregua á los suspiros ni á las lágrimas, y mandó al timonel que si al amanecer se descubria todavia el territorio francés la despertase, y que no temiese llamarla. La fortuna la favoreció porque habiendo cesado el viento, y teniendo que navegar á fuerza de remos, se adelantó muy poco camino durante aquella noche, de modo que al despuntar la aurora apareció todavia la costa de Francia. El timonero cumplió las órdenes que se le habian dado, y ella, incorporándose sobre la cama, estuvo contemplando la Francia mientras pudo; pero á medida que la galera se alejaba, desaparecia tambien su alegria, hasta que ya no vió aquel territorio feliz. Entonces, repitió estas palabras: *Adios, Francia; creo que jamás volveré á verte.*»

Isabel, que la detestaba no sólo por su hermosura, sino tambien por sus pretensiones á la corona, le negó un salvo-conducto, y procuró sorprenderla; sin embargo, Maria Estuardo consiguió llegar á la costa escocesa. Los aplausos que la acogieron, la admiracion de que era objeto por sus gracias, su talento y su belleza, la compasion que inspiraba el doble luto que tenia por la muerte de su esposo y la de su madre, no la ilusionaron ni un momento sobre sus desgracias, ni sobre las de los demás. Desde luego conoció en medio de las alegrias salvajes que festejaron su presencia, las profundas é incurables llagas de un pais, á donde llegaba odiada de numerosos enemigos y vendida por Murray, su hermano natural. Maria Estuardo se presentaba en el combate con las armas del Mediodia; la belleza, la seduccion, las artes, la elocuencia, las lágrimas: poseia los artificios de los Guisas; pero con la diferencia de que además tenia la pasion, á la cual se abandonaba seductora y seducida, atractiva y atraida. Toleró á los protestantes, pero la formaron un crímen por seguir la religion de sus abuelos, no admitiendo el que ninguna autoridad, siquiera fuese civil, permaneciese idólatra, y estendiendo como una plaga, emblemas, alusiones á hechos bíblicos, en los que se castigaba la idolatria. Knox, que soplaba el fuego, habia lanzado desde el púlpito, cuando la muerte de Francisco II, grandes imprecaciones, y escrito contra el gobierno de las mujeres. Aumentóse su osadia después de algunas conversaciones que Maria Estuardo le concedió imprudentemente. El mismo nos refiere la primera, que tuvo con ella á poco de su regreso á Escocia, en los términos siguientes:

—«Vuestra obra contra el gobierno de las mujeres, le dijo la reina, es peligrosa y violenta; arma nuestros súbditos contra nos, que somos reina. Habeis cometido un error y un pecado contra el Evangelio, que manda obedecer y tener benevolencia. Tened, pues, más caridad en adelante con aquellos que no piensan como vos.

—Señora, si aniquilar la idolatría y sostener la palabra de Dios, es alentar la rebelion, soy culpable. Pero si, como lo creo, el conocimiento de Dios, y la práctica del Evangelio hacen que los súbditos obedezcan al príncipe de corazon, ¿qué es lo que hay que vituperar en él? Mi libro es la espresion de una opinion personal, no tiene que ver absolutamente con la conciencia, no contiene principios imperiosos; y por lo que á mí toca, en tanto que las manos de vuestra majestad estén puras de la sangre de los santos, viviré tranquila bajo vuestra ley. En religion, el hombre no está obligada á obedecer la voluntad del príncipe, sino la de su Criador. Si en tiempo de los Apóstoles, todos se hubiesen visto precisados á seguir la misma religion, ¿qué sería del cristianismo?

—Los Apóstoles no se resistian.

—No obedecer es resistirse.

—No se resistian con la espada.

—Porque no podian.»

Entonces se levantó Maria esclamando con más fuerza: «¿Pretendeis, pues, que los súbditos pueden resistirse contra los reyes?

—Sin duda alguna, si se esceden de los límites. Todo lo que la ley nos manda, es venerar al rey como á un padre; mas si este padre se vuelve frenético se le encierra. Cuando el príncipe quiere degollar á los hijos de Dios, se le quita la espada, se le atan las manos y se le aprisiona, hasta que recobre la razon. No es esta desobediencia á la palabra de Dios, sino todo lo contrario, es obedecerle.»

Maria permaneció algun tiempo silenciosa y asustada; después replicó: «¡Pues bien! Lo veo, mis súbditos os obedecerán, y no á mí, harán lo que mandeis, y no lo que yo haya resuelto; y yo deberé hacer lo que me manden, y no mandar lo que deben hacer.

—¡Dios me preserve de ello! Mi único deseo, es que los príncipes y los súbditos obedezcan á Dios. Su palabra dice, que los reyes son los padres alimenticios, y las reinas las madres y nodrizas de su Iglesia.

—Sin duda, pero vuestra iglesia no es aquella de que yo quiero ser la madre y la nodriza, defenderé la Iglesia romana, la iglesia verdadera de Dios.»

Estas imprudentes palabras hicieron que estallase la indignacion de Knox, que replicó:

—Vuestra voluntad, señora, no es razonable. La prostituta romana está caida, profanada y degradada.

—Mi conciencia me dice lo contrario.

—Vuestra conciencia no está ilustrada.»

Concluidas estas palabras salió y dijo á los protestantes: nada se puede esperar de esta mujer llena de astucia y altaneria (15). La llamaba, Jeza-

(15) KNOX, *Hist.* p. 311-315.

bel, y se jactaba de haberla hecho llorar muchas veces.

Darnley.—Procuraba, no obstante, con su benévola afabilidad cautivar los corazones y restablecer el órden. Intentó tambien reconciliarse con Isabel, renunciando enteramente al título de reina de Inglaterra; pero Isabel se negó á tener una entrevista con su hermosa rival, y comenzó á intrigar para poner trabas á la eleccion que Maria Estuardo queria hacer de nuevo esposo, encontrando oposiciones en todos los que le aconsejaban, llegando hasta proponerle su propio favorito Leicester. Maria, tanto por política, como por estar conforme á los votos de su corazon, se decidió en favor de lord Enrique Estuardo, conde de Darnley, que tenia derechos á la corona de Escocia é Inglaterra. Esta union desagradó á todos, y le fué fatal. Los predicadores vomitaron imprecaciones contra el mancebo preferido, tratándole de muchacho despreciable y despreciado. Isabel no quiso reconocerle. El conde de Murray (1565), que no cesaba de fraguar emboscadas á su hermana, urdió una trama para arrebatárselo; pero puesto fuera de la ley por esta tentativa, se refugió entonces en Inglaterra.

Darnley era hermoso, y nada más; bebedor, incapaz, deseoso de vengarse de aquellos que se habian declarado sus adversarios; los honores que le prodigaba la que le amaba, no podian bastarle. Cansada pronto Maria de aquella belleza sin inteligencia, de aquella juventud sin heroismo, le retiró poco á poco su confianza, para concederla á otros y sobre todo á su secretario David Rizzio, personaje diestro, pero cuyos años y fealdad alejaban la sospecha. Sin embargo, los enemigos de la reina inspiraron celos de este hombre á Darnley, y el deseo de reinar solo. Isabel dirigió la trama que debia hacer dominar á Murray bajo el nombre de aquel insensato. Interrogado Knox sobre la conspiracion, contestó que debia salvarse la iglesia de Dios á precio de la sangre de un idólatra; Rizzio fué, pues, asesinado á los piés de la reina (mayo de 1566), en cinta entonces de siete meses. Dado el golpe, el asesino se echó de beber, bebió y dijo á Maria: «Vuestro esposo es quien ha hecho esto.—¡Oh, si ha sido asi, esclamó, desechemos las lágrimas; pensemos en la venganza!» Recobrando al momento la energía que tenia en los peligros, huyó llevando consigo á su marido como para arrancarle á sus cobardes cómplices, y volvió con tropas sobre Edimburgo para castigar á los asesinos, que huyeron á Inglaterra. Aun fué Maria una vez más reina de los escoceses, y el asesinato dirigido por Isabel no produjo fruto.

Juróle Darnley que no habia tenido parte en aquel crímen, pero se le enseñó á Maria su firma puesta al lado de las de los conjurados. Fuéle, pues, preciso considerar como un cobarde el hombre á quien habia dado su mano. ¿Le era ya posible amarlo? Rodeóse de personas que le odiaban, y Murray, á quien habia perdonado, pensó en union de otros darle muerte como á un tirano imbécil. No ignoró Maria la trama. Darnley no asistió al bautismo de Jacobo, su hijo, y viéndose olvidado y despreciado, se retiró á Glascow (1567). Pero sabiendo la reina que se encontraba enfermo de viruelas, acudió á su lado, y se reanimó su afecto. Murray, cuya pérdida hubiera sido el resultado y la prenda de su reconciliacion, se apresuró á ejecutar su antiguo proyecto de concierto con el conde de Morton, canciller, y con Bothwell, almirante hereditario de Escocia, señor muy poderoso, á quien Maria amaba como á su protector fiel, pero lleno de deudas, muy ambicioso y culpable de felonia. Una tarde que la reina estaba en el baile, la casa que habia asignado por morada á su esposo fué volada (16). Maria, aunque parecia ser cómplice, juró vengarse, pero Murray y los predicadores, con objeto de salvarse á costa de la ruina de la reina idólatra, hicieron recaer las sospechas en ella y en Bothwell. Acusado el almirante de Escocia, se presentó rodeado de cuatro mil caballeros, montado en un caballo, que le habia regalado Maria y que habia pertenecido á Darnley: nadie se atrevió á accusarle, y los jurados le despidieron absuelto. Pero un grito de horror se levantó por todas partes contra la adúltera, la asesina, la infame; y Maria que sabia lo que se decia de ella, creyó á Bothwell tan inocente como á ella misma y sólo calumniado por el odio, que se cebaba constantemente en aquellos á quienes honraba con su favor. Bothwell, que pensaba hacia mucho tiempo hacer todo lo posible por sustraerse á sus acreedores, se dedicó á dirigir todos sus esfuerzos á obtener la mano de Maria. Negóse ella al princi-

---

(16) Maria se casó después con Bothwell. Existen doce cartas de amor dirigidas á este señor, y doce sonetos hechos por la reina; de lo que se ha partido para declararla cómplice del asesinato de su marido. La mayor parte de los historiadores han adoptado esta version, sobre todo los protestantes, y principalmente Hume. Robertson no se atreve á condenar en ella más que una ceguedad escesiva. Pero se ha descubierto que los sonetos habian sido compuestos por Buchanan, y las cartas por Maitland, uno de los conjurados, que falsificó la letra de la reina, cuya inocencia está probada por las circunstancias del hecho. Véase: GOODAL.—*Examination of the letters supposed to be written by Mary, queen of Scots.* Edimburgo, 1754

GILBET STEWART, *Hist. of Scotland*; 1782. Desafió á Robertson á que le refutase, mas Robertson no lo hizo.

JOHN WHITAKER.—*Mary, queen of Scots, vindicated.* Lóndres, 1787.

Mignet publicó algunos documentos, segun los cuales no se podria ya dudar de la culpabilidad de Maria. Cuando ella fué á asistir al enfermo Darnley, escribia á Bothwell. *Jameine l'omme avec moi lunedy a Graigmilar. Aimez moi-Je ne l'ay jamais veu mieux porter, ni parxler si doucement. Et si je n'eusse appris par l'esperience combien il avait le cœur mol comme eire, et le mien estre dur comme diamant, et le quel nul trait ue pouvait percer si non decoqué de votre main, peu s'en eust fallu que ie n'eusse eu pitié de luy. Toutefoys ne craignez rien.*

pio, pero como ministro, la inclinó á destruir todos los actos contrarios á la religion reformada, y de esta manera se concilió la benevolencia popular; llegó después un dia en el que la robó y trasladó á su castillo de Dunbar, Al mismo tiempo estendió la noticia de que habia obrado de acuerdo con ella, y le hizo presente que su honor quedaba irremisiblemente comprometido si no consentia en darle su mano; le presentó además un escrito en el cual protestaban los pares de su inocencia, y pedian á la reina le tomase por esposo. Cedió, y tres meses después del asesinato, un obispo protestante bendecia la union de los nuevos esposos.

Al lector pertenece juzgar si la debilidad de una mujer jóven, abandonada por los suyos sin conocer el motivo, y que habia caido sin defensa en poder de un ambicioso astuto, merece ó no compasion. Los malévolos no quisieron considerar en esto más que una astucia concertada, aunque Maria protestó haber creido en la inocencia de Bothwell; pero la nacion se indignó, y sospechando los nobles que tuviesen proyectos homicidas contra el heredero del trono, se confederaron para castigar el asesinato de Darnley. Aun cuando estaba ausente Murray, y Morton y Maitland, cómplices del crímen, de los cuales sólo uno se aprovechó, manifestaron mayor actividad que los demás, á fin de que no se dudase de su inocencia. Empuñáronse las armas por ambas partes; pero en el momento de llegar á las manos, se negaron los realistas á pelear. Habiéndose, pues, Maria, rendido á los confederados, fué conducida como en triunfo, sufriendo las injurias de los soldados, precedida de un estandarte en el cual estaban representados el cadáver del rey y su hijo el príncipe Jacobo, con esta inscripcion; *Señor, juzga mi causa.* En vano trató la reina, con sus palabras y aspecto desconsolado, escitar la compasion del pueblo; fué encerrada en una prision. Fugitivo Bothwell, llegó á las islas Orcadas, donde vivió de la pirateria. Habiendo sido cogido con su barco, huyó de nuevo, y se refugió en Dinamarca, donde fué preso, y donde atacado de locura, murió ocho años después (1577).

Jacobo VI.—Tomando los confederados el título de lores del consejo privado, precisaron á María á firmar su abdicacion. Jacobo VI, que no tenia más que un año, fué coronado rey, y Murray, á quien se le declaró regente, se apresuró á venir de Francia. Convocó al parlamento, ante el cual se presentaron las cartas y sonetos que parecian probar el adulterio de María y las consecuencias de aquel crímen: lo que valió la absolucion á sus perseguidores presentes y futuros. La suerte de aquella desgraciada reina entregada á aquellos furiosos, despertó la compasion, sobre todo de los católicos; y Jorge Douglas, de edad de diez y ocho años, que se habia enamorado de sus gracias, le proporcionó los medios de huir. Al momento que recobró la libertad, revocó su forzada abdicacion, ofreció sujetar sus derechos á un parlamento libre, y clamó justicia contra los asesinos de Darnley. Esto no podia agradar á Murray ni á sus cómplices, por lo cual reunieron tropas y batieron á los realistas (1568). María envió entonces á Isabel un anillo que la habia mandado como prenda de amistad, y después de habérsele hecho ofrecimientos amigables, se refugió en Inglaterra.

La alegria de Isabel fué grande por tenerla al fin en su poder. Nególe una conversacion, y no quiso ni dejarla pasar á Francia, ni volver á Escocia; encerrándose en esta respuesta, que no le concederia proteccion sino *cuando sus calumniadores estuviesen confundidos.* Esto queria decir que se le formaria su proceso. En efecto, entablóse en York. Comenzaron entonces infinitas intrigas; Murray queria hacer que María renunciase en su favor á la regencia, é Isabel ver á su *buena hermana* humillada y envilecida. María opuso á la tiranía la firmeza y las protestas, último refugio de los débiles. Pidió los documentos en que se apoyaba la acusacion, á fin de poderlos desmentir, y habiéndosele negado, culpó de complicidad á Murray y á los demás jefes del partido contrario. Todo fué en vano. Murray y sus cómplices volvieron á Escocia colmados de regalos de Isabel; y aunque vencidos en efecto, se proclamaron vencedores, porque María permanecia prisionera, al paso que Murray gobernaba el pais con arreglo á la voluntad de la inglesa. Trasladóse á María á Tutbury (Stutesbury), y fué sometida al más cruel encierro bajo la custodia de Juan Talbot. Las potencias extranjeras se interesaron por ella, é Isabel fingió constantemente tener en su causa los mejores sentimientos. Pero aunque negando á los súbditos de la cautiva el derecho de castigarla y deponerla, se reservaba el de tiranizarla, y alargaba continuamente el asunto; además, cada tentativa que se hacia para libertarla agravaba el rigor de su condicion. El duque de Norfolk, que habia procurado robarla, fué enviado al cadalso. Aun la trató con más dureza Isabel después de la matanza de la noche de San Bartolomé; y á la noticia de que don Juan de Austria habia concebido la idea de hacerla escapar para casarse con ella, proporcionó socorros á los rebeldes de los Paises-Bajos. Era natural que los enemigos de María pidiesen á una voz su muerte, pues era el centro de las tramas católicas: pero Isabel á quien no agradaban semejantes acuerdos de parte de los súbditos contra las testas coronadas, meditó un asesinato que no comprometiese su responsabilidad ni con los contemporáneos ni en el porvenir. Preparóse en su consecuencia á entregarla a sus enemigos de Escocia, para que la hiciesen perecer en secreto. Pero la muerte del principal cómplice desvaneció aquel negro proyecto, cuyas pruebas subsisten para su vergüenza.

Este cómplice era Murray, quien fué asesinado por un tal Hamilton. Este acontecimiento sumergió á la Escocia en una total anarquia: todos los dias habia querellas y desafios entre los lores del rey y

de la reina. La regencia fué primero desempeñada por el conde de Lennox, padre de Darnley: muerto en un lance, fué reemplazado por el conde de Mar. Pero Morton, jefe de la faccion opuesta á la reina, era más poderoso que él: habiendo sido en fin nombrado regente y enteramente avasallado á Isabel (1572), escitó tal descontento que se invitó á Jacobo VI, que no tenia más que doce años, á que gobernase por sí mismo (1578). Morton fingió retirarse para entregarse enteramente á los placeres; pero lejos de esto intrigaba con todo su poder, y tenia al rey prisionero. Edme Estuardo, señor de Aubigny, educado en Francia en el arte de agradar, consiguió ganar el favor del joven rey y el título de duque de Lennox, convirtiéndose á su creencia. Señalado calumniosamente como partidario de la Francia, hizo acusar á Morton de ser fautor de Isabel y cómplice en el asesinato de Darnley, crímenes de que quedó convicto, y por los cuales fué decapitado. Tembló Isabel de cólera; é informada de que el favorito queria restablecer la paz entre Jacobo y su madre, atizó las disensiones suscitadas por el clero que queria la supresion de los obispos: al mismo tiempo sostuvo á ciertos señores, envidiosos de Lennox, que consiguieron apoderarse del rey y hacer que desterrase á su favorito. Este pasó á Francia donde murió. Habiendo conseguido Jacobo escaparse de sus pretendidos libertadores, volvió á Edimburgo; y para dar fin á los sermones dirigidos contra él por los *frailes* (1583), es decir, por los presbiterianos, hizo que el parlamento prohibiese toda asamblea, sometiendo á la jurisdiccion real toda persona, de cualquier clase que fuese. Pronunciése tambien la pena capital contra todo el que predicase contra el rey, jefe de la iglesia.

Cuando Maria Estuardo, que se desconsolaba en su prision, supo el cautiverio de Jacobo, dirigió á Isabel una carta digna y afectuosa á la vez, haciéndole presente sus culpas; mas su astuta enemiga fingió proponer nuevos arreglos, cuando en efecto meditaba el último golpe. Estendiéronse á propósito noticias absurdas de tramas urdidas por la prisionera. Se habló de asesinos que habian llegado para asesinar á Isabel, y que fueron enviados al cadalso; en su consecuencia se formó una asociacion de protestantes para proteger los dias de la soberana, y se hizo una ley absurda por la que cualquiera persona en cuyo favor se intentase una revolucion perdia todo derecho á la herencia real. El lazo se habia dispuesto de manera que Maria no pudiese escapar de él. Confiada su custodia á Amias Paulet y Drue Drury, ardientes puritanos, se le puso en una prision mal sana, y lo que es peor, se hizo que perdiese el afecto de su hijo. Cuando Isabel, asustada de la liga que se decia preparada por Felipe II para esterminar la forma, resolvió formar una de todos los protestantes, y concluyó con Jacobo, es decir, con los ministros que le rodeaban, una liga ofensiva y defensiva, toda esperanza de salvacion se perdió para Maria.

Algunos jóvenes sacerdotes católicos hicieron una conspiracion, ó sea un voto en favor de la reina de Escocia. Instruida la policía inglesa de sus proyectos les aconsejó que comenzasen la ejecucion, y se procuró cartas de María, demostrndo que sostenia correspondencia con el extranjero. Los pretendidos conjurados fueron presos y descuartizados. Desde entonces se acusa á María en forma: apoderáronse de sus papeles, y se intentó un proceso, cuyo desenlace sabido de antemano, no podia ser otro que la condena. Admiróse Maria y tembló de horror, cuando descubrió la grande trama urdida con paciencia contra ella, y cuyos complicados hilos le quitaban todo medio de libertarse. «Mis crímenes, dijo, son mi nacimiento, las ofensas que me han hecho, y mi religion. Estoy orgullosa del primero, sé perdonar á las segundas, y mi religion es para mí un manantial de consuelo y esperanzas, hasta el punto de morir satisfecha si mi sangre corriese por su gloria en el cadalso.»

Acostumbrado ya el parlamento á toda clase de condescendencias, ratificó el indigno proceso y pidió la pronta ejecucion, al paso que Isabel fingia vacilar. Hasta aceptaba los bordados y trajes á la moda de París que su víctima la habia ofrecido, y contestaba á los que la consejaban la hiciese morir: «¿Puedo yo acaso dar muerte á la pobre avecilla que se abriga en mi seno?» En vano procuró que los dos puritanos que la custodiaban abreviasen su muerte, porque al fin tuvo que firmar la sentencia (1587). Esta iniquidad era una justicia política, porque Maria representaba el partido político y hubiera sido reina si éste hubiera dominado. La política no debe tener entrañas.

Fin de Maria Estuardo.—Fué tratada Maria con una dureza que se hubiera evitado al último de los criminales, mas no perdió nada de su dignidad: «A despecho de vuestra soberana, esclamó, y de los jueces sus esclavos, moriré reina. Este es un carácter indeleble, y lo devolveré con mi alma á Dios de quien lo he recibido; á Dios, que conoce mi honor y mi inocencia.» Escribió á Isabel pidiéndole que su cuerpo fuera enviado á Francia y colocado al lado del de su madre; que se la ejecutase en público, á fin de que no pudiesen inventar calumnias sobre el modo como moria; en fin, reclamaba para sus servidores la facultad de salir del pais con los legados que les hiciese. Subió María al cadalso con compostura y piedad (18 de febrero, 1587). Negósele un confesor y con trabajo obtuvo un crucifijo. *Señora*, le dijo el conde de Kent, *es necesario tener á Cristo en el corazon y no en la mano.* Mas ella le contestó: «Para tenerlo con más seguridad en el corazon, bueno es tenerle á la vista. Fletcher, dean protestante, la amenazaba con su eterna perdicion si no renunciaba á la idolatria y se confesaba culpable: *¡Así perezcan*, esclamó cuando la cabeza de la víctima cayó, *todos los enemigos de Isabel!* Y el conde de Kent fué el único que contestó: *Así*

sea. Quejóse Isabel de que se hubiesen ejecutado sus órdenes sin darle tiempo de revocarlas; pero el pueblo la tranquilizó con sus regocijos é iluminaciones, aquel buen pueblo por cuya salvacion se habia decidido por cumplir sus votos, á sacrificar *á su amable prima* (17).

Sobrecogido Jacobo de horror, hizo oir amenazas, y no quiso escuchar las escusas que Isabel le dirigia sobre aquel *deplorable accidente* (18); pero pronto guardó silencio por no perjudicar á sus derechos de sucesion. El rey de Francia Enrique III, manifestó un resentimiento sin energia; Felipe II equipó la *Invencible Armada*, á la cual unió Sixto Quinto la bula de deposicion; pero fué dispersada por la tempestad y por los ingleses (19).

No se apaciguó el resentimiento de Felipe contra la gran enemiga de los católicos; y unas veces procuró hacerla asesinar, y otras sublevó contra ella á la Irlanda. Desde el momento en que aquella isla habia sido conquistada por Enrique II, habia permanecido en estado de rebelion, aunque era considerada como dependiente. Como no se queria civilizarla, y no se podia someterla, no se la admitió nunca al régimen de las leyes inglesas. Las tropas que se enviaban allí, poco numerosas y mal pagadas, aumentaban la anarquia en lugar de restablecer el órden.

La sencillez de las costumbres se conservaba en el pais: los habitantes sin industria, sin ciudades, eran pastores y cultivadores, con un gobierno patriarcal, en el que la autoridad principal pertenecia á la línea primogénita; y cada tribu obedecia á un jefe que trasmitia su ilimitado poder al hijo que preferia. El poder arbitrario de los jefes (*chieftains*) sobre las tribus era un manantial de confusion y producia desenfrenadas violencias; los demás propietarios seguian su ejemplo segun sus turbulentas pasiones, que no moderaba la educacion. El pueblo, que sufria, se corrompia, como por lo comun acontece en la esclavitud, y vivia cubierto de sucios harapos, entre la envidia, la ociosidad y las sanguinarias venganzas.

La rivalidad de las dos familias dominantes de Butler y los Fitz-Gerald era una causa continua de disensiones, que determinaron á enviar lugartenientes reales á la isla con objeto de apaciguarlos. El jóven hijo de Kildar, jefe de los Fitz-Gerald, exhortado por un bardo á vengar la muerte de su padre, que creia haber sido muerto por Enrique VIII, declaró la guerra á aquel monarca. Vencido, estipuló el perdon de él y los suyos; pero no por eso dejó de ser decapitado. Las innovaciones religiosas no habian sido bien miradas en el pais: en su consecuencia ambos partidos se reunieron para rechazarlas; pero fueron derrotados, y desde entonces se sometieron; los lores irlandeses solicitaron la categoria de pares, y Enrique VIII, después de haber abolido el tributo pagado al papa con el nombre de dinero de San Pedro, se tituló, no ya señor, sino rey de Irlanda. Si el parlamento se resignó á sufrir los decretos religiosos de Isabel, muchos condados se opusieron á él á viva fuerza. La reina se esforzó en ganarse las voluntades. Dió el título de conde de Tyrone á Hugo, O'Neal, descendiente de una de las primeras familias irlandesas; pero éste consideró aquella distincion como una señal de servidumbre, y, aunque fingiendo sumision, preparó con apoyo del rey de España un motin general, en el cual el ejército inglés fué asesinado.

Después de la muerte de Leicester, el afecto de Isabel se habia fijado en el conde de Essex, yerno de este señor, de edad de veinte años, al paso que ella tenia cincuenta y seis. Le encargó, pués, sometiese por fuerza aquella provincia rebelde; pero sacó el peor partido de los preparativos militares (1599), en los cuales Isabel habia gastado más dinero que en ninguna otra expedicion, hasta el punto de verse obligado á hacer una capitulacion vergonzosa con el conde de Tyrone. Fué, pues, privado del favor de la reina, más luego se lo devolvió; retiróselo otra vez, combatida por el ascendiente que aquel jóven imprudente, pero francamente ambicioso, habia tomado sobre ella, hasta el punto de ser superior á los consumados hombres de Estado que la rodeaban. Cuando cayó tercera vez en disfavor, los puritanos, á cuyo partido se habia alistado, prorumpieron en ardientes quejas, y dejaron oir no menos fervientes plegarias: por lo que á él toca, se puso á la cabeza de doscientos á trescientos conjurados, y marchó sobre Lóndres (1601); pero nadie tuvo en cuenta esta calavera-da. Fué, pues, preso y condenado, é Isabel, á quien habia tratado de vieja, le dejó marchar al suplicio. No tardó en arrepentirse, y sintió las revelaciones que resultaban en el proceso, creyendo reconocer en él que los mismos ministros creian que ya habia vivido bastante. Aunque lord Montjoy consi-

---

(17) Además del citado Tytler, se han publicado otros documentos en realidad nuevos y de una luz inesperada, por RAUMER en los manuscritos sacados de las bibliotecas de Francia; por GONZALEZ en sus *Notas relativas á la historia de Felipe II;* ALEJANDRO DE LABANOFF en las *Cartas, instrucciones y memorias de Maria Estuardo;* y tambien los del *Slatepaper office*, sobre los cuales se lee un notabilísimo artículo de Philarete Chasles en la *Revista de ambos mundos*, enero de 1841. En ello se apoya cuanto decimos, diferente de las historias vulgares.

Hace algunos años se publicó una historia de Maria Estuardo por Mignet y otra por Dargaud, 1851.

(18) Cuando la corte de Escocia vistió luto, el conde de Argyle se presentó armado de piés á cabeza, diciendo: *Este es el único luto oportuno.*

(19) Lingard cuenta desde esta victoria hasta la muerte de Isabel sesenta y un eclesiásticos, cuarenta y siete seglares, dos damas nobles, enviados al suplicio por causas religiosas. A los más se les abria el vientre vivos. Enormes contribuciones pesaban sobre los demás católicos que no admitian la Reforma. En su consecuencia, los ricos se veian reducidos á la miseria, los pobres poblaban las prisiones y todos eran incomodados por contínuas indagaciones en el interior del hogar doméstico.

guió con el mayor trabajo apaciguar la Irlanda, Isabel no pudo encontrar ya satisfaccion y murió á la edad de setenta años (1603). Rompióse entonces el prestigio de sus brillantes cualidades, y se conoció el despotismo introducido por los Tudor. El castigo debia recaer sobre la *desgraciada raza* como se llamaba á los Estuardos.

El reinado de Jacobo de Escocia se habia visto continuamente agitado por los nobles y por los puritanos. Creyó apaciguarlos invitando á un banquete á todos los jefes de las familias principales. Después de haberles hecho olvidar todo lo pasado los llevó en procesion, dándose la mano de dos en dos, hasta una plaza donde bebieron todos juntos. Al dia siguiente habia vuelto á empuñar las armas, y la sangre corria de nuevo. Las tramas de los católicos y las amenazas de Felipe II contra la Inglaterra le dieron alguna importancia, en atencion á que los protestantes (1588), uniéndose al rey, formaron una asociacion (*covenant*), cuyos miembros convinieron en defenderse contra los enemigos, tanto exteriores como interiores. Pero como el rey se mostraba tolerante con los católicos, hasta el punto de perdonarles sus maquinaciones con España, fué acusado de inclinarse á este partido, y se vió obligado á consentir en las exigencias de la asociacion, por la cual se estableció el gobierno presbiteriano. Descontentos, sin embargo, los puritanos de que se dejase á los católicos entrar en sus hogares, tuvieron reuniones y se insurreccionaron en tumulto (1597), lo cual le redujo á buscar su salvacion en la fuga. Cuando después volvió á tomar la revancha, mandó proceder contra los predicadores que habian provocado la sedicion. En fin, volvió á la dulzura, las concesiones, y concedió al clero el derecho de estar representado en el parlamento, á pesar de la oposicion de los puritanos, que creian ver en esto el restablecimiento del episcopado. Jacobo era, en efecto, favorable á aquella dignidad, porque veia la tendencia de los presbiterianos á la república. Así era que decia: *Sin obispo no hay rey*; y sostenia este modo de pensar en las discusiones, en que se complacia mucho.

Jacobo I.—Cuando fué llamado á suceder, con el nombre de Jacobo I, á aquella que habia hecho perecer á su madre, los nobles que habian tomado parte en aquel atentado temian su venganza: el clero anglicano desconfiaba del rey calvinista y los católicos esperaban siempre ascender al trono á un príncipe de sus creencias. Pero sus promesas apaciguaron todos los ánimos, y fué acogido en Inglaterra con tal entusiasmo, que un escocés esclamó: «Estos imbéciles echarán á perder á nuestro buen rey.» Jacobo, en cambio de esta lisonjera recepcion, prodigó las distinciones honoríficas, y creó en seis semanas doscientos treinta y siete caballeros; de tal modo, que se fijó en las esquinas por burla un método para recordar los nombres de toda esta nueva nobleza.

De aquí dataron los primeros descontentos; pero la vacilacion, que era una gran falta en los tiempos de pasiones exageradas, hizo nacer otras peores. Jacobo I no tomó parte en los grandes designios de Enrique IV contra la casa de Austria, é hizo la paz con España. Los puritanos, reprimidos por Isabel, esperaban recobrar su valimiento bajo este príncipe; pero fué en vano. Los católicos confiaban en el hijo de Maria Estuardo; pero dejó subsistir las antiguas leyes concedidas contra ellos, y concedia á las familias escocesas, recomendables por sus servicios, la captura de los escomulgados más ricos y la confiscacion de sus bienes: aquellas familias negociaban después con ellos, mediante ciertas sumas.

Conjuracion de la pólvora.—Roberto Catesby concibió la idea de emancipar á los católicos de semejante tirania, y dispuso, con un pequeño número de afiliados, una mina bajo la sala del parlamento. Descubrióse el proyecto, y siguióse un largo proceso, del que se habló mucho, en atencion á que se quiso implicar en él á los jesuitas; pero lejos de prestarse los culpables á aquella acusacion, confesaron el hecho que revindicaron con orgullo, y sufrieron la pena de muerte. El padre Garnet, provincial de los jesuitas, que confesó en el tormento que se le habia revelado en el confesionario el crímen proyectado, y que habia hecho por impedirlo todo lo que le permitia el secreto del sacramento, fué descuartizado. Pidió perdon al rey, no de haber tomado parte en la maquinacion á la cual habia sido estraño, no de haber guardado un silencio que le imponia la religion (20) sino de haber revelado desde un principio ciertos ligeros rumores que habian llegado á sus oidos.

Este acontecimiento empeoró estremadamente la condicion de los católicos. Aunque sostuvo en el parlamento que podian encontrarse entre ellos algunos hombres de bien que merecian ser salvados, Jacobo los persiguió, si no con el furor de Enrique VIII, al menos con la misma tenacidad. Además, como se picaba de ser teólogo, discutia sobre los dogmas, las bulas y el origen del poder. Habiendo escrito el cardenal Bellarmino, bajo el nombre de Matias Tortus, contra el juramento que exigia concerniente á las materias de fe (21), pu-

(20) Véase como pasaron las cosas. Catesby que habia llegado á ser capitan al servicio del archiduque, fué al encuentro de Garnet, y le preguntó, en el caso en que se le mandasen actos por los cuales personas inocentes y desarmadas tuviesen que perecer con los culpables, si podia en conciencia obedecer; la contestacion del jesuita fué afirmativa, y Catesby la aplicó al designio que meditaba.

(21) Damos aquí la fórmula del juramento de Jacobo I de Inglaterra: «Yo, N. N. reconozco sinceramente, protesto, certifico y declaro en conciencia, ante Dios y ante los hombres, que nuestro soberano y señor el rey Jacobo, es soberano legítimo de este reino y de los demás Estados que posee; que el papa, ni por sí mismo, ni por autoridad de la Iglesia ó silla de Roma, ni de cualquiera otra manera que sea, tiene autoridad para deponer al rey, ó disponer

blicó en contestacion la *Tortura torti* (22). Habiendo dado la Holanda una cátedra á Vorstius, quiso hacerle la guerra, porque este profesor defendia las doctrinas de los arminianos, contra las cuales habia argumentado.

Pero en este estado de cosas, los episcopales realistas y los presbiterianos republicanos, habian formado dos sectas que se odiaban aun más que los protestantes y los católicos. Este fué el principio del partido *whig* y del *tory*, y lo que señaló la diferencia entre el carácter inglés y el americano. Varias sectas fanáticas que nacieron en aquella época, fueron á buscar la libertad á las colonias que Jacobo fundó en la América septentrional.

La insuperable aversion que Jacobo esperimentaba hácia las armas procedia, segun decian, del susto que habian causado á su madre cuando estaba en cinta de él: por esto le representaban con una vaina sin espada, y se complacian en repetir: *El rey Isabel* y *la reina Jacoba*. Este príncipe suplia la debilidad de su constitucion con la intriga y el disimulo; pero su prudencia degeneraba en pusilanimidad y su benevolencia en obcecacion. Habia además tomado de los libros una idea del poder real que no convenia ni á su pais ni á los derechos pregonados por la religion libre que proclamaba. Afectaba erudicion, y en efecto, era muy instruido en cosas inútiles á un rey. Proferia sentencias muy sábias, y obraba de una manera absurda: así era que Sully le llamaba el *loco más sabio de Europa*, por el contraste que se encontraba en sus hermosos discursos y sus actos fuera de razon. Justo para sí mismo, se prestaba á los abusos de sus favoritos, que conocia necesarios á su debilidad. El primero fué Roberto Carr, escudero, á quien él mismo enseñó el latin, é hizo conde de Rochester, después de Salisbury, y en fin, de Somerset; después lo fué el duque de Buckingham, no menos ambicioso de enriquecerse á espensas del Estado. Ahora bien, Jacobo, que no se hubiera atrevido á dar 100 libras por su mano, firmaba sin mirar libramientos de pago para el tesorero del reino.

Las rentas siguieron, pues, disminuyéndose. Pensó en restablecerlas poniendo las dignidades á un precio elevado; después cedió Flessinga, Briel y Ramekens á los holandeses, por la tercera parte de la suma que Isabel habia recibido en prenda por aquellas plazas; pero el dinero que se procuraba de esta manera se disipaba en un momento. Si se reunia el parlamento, las sesiones eran tan tempestuosas que era preciso prorogarlo. Habiendo pedido á la cámara diez veintenas de 1,000 libras esterlinas, no quiso dar más que 9; pero el lord tesorero espuso que el rey tenia horror al número 9, porque habia encontrado nueve poetas mendicantes, aunque sectarios de las nueve musas; y al 11 tambien, porque los apóstoles se habian visto reducidos á este número por la traicion de Judas; al paso que le agradaba mucho el 10, número de los mandamientos de Dios.

Jacobo envió la embajada más suntuosa que se ha visto á Alemania, para sostener al elector palatino, su yerno, en el trono de Bohemia que le disputaba Fernando III. Se dijo en aquella ocasion que el rey de Dinamarca habia mandado á aquel príncipe cien mil arenques salados; la Holanda, cien mil barriles de manteca, y Jacobo cien mil embajadores. Habia prohibido á los holandeses la pesca del arenque en las costas de Inglaterra: resignáronse á esta prohibicion mientras duró la guerra; pero cuando concluyeron una tregua con España, hicieron proteger por barcos de guerra sus pesquerias, en cuyos servicios se ocupaban tres mil barcos y cincuenta mil hombres. Jacobo los dejó entonces en plena libertad.

El gran navegante Walter Raleigh, que estaba preso, como culpable de la muerte del conde de Essex, propuso descubrir una mina de oro en la Guyana (1616), lo cual hizo que se le pusiese en libertad y se le enviase el descubrimiento de aquella mina con doce barcos. Sirvióse de estas fuerzas para apoderarse en plena paz de la ciudad española de Santo Tomás. Jacobo, que consideraba entonces á la España, le condenó á muerte. Raleigh esclamó manejando el hacha que iba á hacer caer su cabeza: «es un remedio heróico, pero cura todos los males.» Este suplicio, que pareció el efecto de una baja condescendencia para con la España, colmó el descontento del pueblo, cansado ya

---

del reino y de los demás dominios, ni autorizar á ningun príncipe extranjero á atacar, inquietar á su persona ó á sus Estados; permitir á ninguno de ellos armarse contra él, escitar turbulencias, causar daños, ó hacer alguna violencia á su Estado, gobierno ó alguno de sus súbditos en los Estados que dependen de él. Juro además, que, á pesar de toda declaracion ó sentencia de escomunion dada ó concedida por el papa ó sus sucesores, ó que se pretenda emanada de él ó de su silla, contra el rey ó sus sucesores, conservaré fe sincera y union á su majestad y á sus descendientes; que los defenderé con todo mi poder, de toda clase de conspiracion y atentado contra su persona, su corona y dignidad, bajo pretesto ó color de tal sentencia, ó por cualquiera otra causa. Emplearé todos mis esfuerzos en descubrir y revelar á su majestad y á sus sucesores, todas las traiciones y conspiraciones contra ella ó ellos, de que tenga conocimiento, ó de que oiga hablar. Juro además que detesto de todo corazon, como impia y hereje, la doctrina y asercion de que todos los príncipes escomulgados ó privados de sus Estados por el papa, pueden ser depuestos ó muertos por sus súbditos ó por cualquier persona que sea. Creo y estoy persuadido en conciencia que ni el papa ni ninguna otra persona tiene poder de absolverme de este juramento ni de ninguna de sus partes. Reconozco que me ha sido prescrito por una autoridad legítima, y renuncio á todo perdon y dispensa. Confieso plena y sinceramente, y juro todas las cosas especificadas ya,» etc.

(22) Véase el título de este libro, que es muy raro: *Triplici nodo, triplex cuneus, sive apologia pro juramento fidelitatis adversus duo brevia pontificis Pauli V, et epistolam cardinalis Bellarmini ad G. Blanckvellum archipresbyterum nuper scriptam. Londini excudebat Robertus Barkerus;* 1607, en 4.°

de los medios empleados por Jacobo para suplir los subsidios que le negaban las cámaras, cuyos votos pretendia forzar, llegando hasta poner presos á varios de sus miembros.

La Escocia, donde la prerogativa real estaba en gran manera restringida por la constitucion, comenzó á decaer como consecuencia del advenimiento de su rey al trono de Inglaterra, y fueron vanos los esfuerzos de Jacobo por reunir ambos reinos. Pronunció en el parlamento de 1606 un discurso, obra maestra de su erudicion, en el que figuraban alternativamente David y Astrea, San Pablo y Belona: concluia de la indisolubilidad del matrimonio, la de la Gran Bretaña, diciendo que él era el pastor y los ingleses y escoceses las ovejas: que era preciso reunir ambos reinos para evitar el pecado de bigamia, y para que no hubiese una sola cabeza en dos cuerpos, un solo pastor para dos rebaños.

A pesar de este lujo de metáforas, la proposicion fué recibida con frialdad por el parlamento inglés, y con repugnancia por el de Escocia. Se convino solamente en que se derrogarian las leyes hostiles entre ambos reinos, y que los habitantes del uno podian ser naturalizados en el otro, lo que fué abrir el camino á la supresion ulterior de las barreras que debian caer con el tiempo. Jacobo acudió después á Escocia para establecer allí el sistema episcopal, ganando á los puritanos, á los cuales permitia perseguir la idolatria. Decia, en el discurso que pronunció en aquella ocasion: «Nada deseo tanto como reducir la barbarie de nuestros compatriotas á la política de los ingleses. Si los escoceses quieren conformarse á las lecciones de buenos modales que les dan, conseguirán ciertamente su objeto, pues ya han aprendido á echar brindis, á servirse de carruajes y hermosos trajes, á hacer uso del tabaco y hablar una gerga que no es inglés ni escocés.»

Desde entonces los reyes de Inglaterra no trataban de otra cosa que de disminuir los privilegios de la Escocia, aprovechándose con este objeto de los numerosos honores de que podian disponer.

Con respecto á la Irlanda, Jacobo pensó en desplegar su genio organizador, dándole contra la costumbre inglesa, una legislacion que tenia por objeto acostumbrar á los irlandeses á una existencia más social. Perdonó á los jefes que se habian insurreccionado contra Isabel; pero arregló los derechos de los propietarios y los deberes de los campesinos, y trasmitió á los tribunales el poder judicial, que arrebató á los jefes y á los propietarios. Jueces reales recorrieron las provincias en épocas determinadas para castigar los crímenes; en consideracion á ellos suprimió la composicion (*eric*). Abolió tambien la funesta costumbre á la industria en virtud de la cual la herencia pasaba indistintamente á todos los parientes; y el jefe retenia una parte para él y distribuia á su antojo el resto entre las familias.

Jacobo sabia que el único medio de destruir el catolicismo en Irlanda era estender allí las colonias. En su consecuencia no hubo iniquidades á las cuales no recurriese para desposeer á los antiguos dueños del territorio, uniendo de esta manera las injusticias civiles á la opresion religiosa. Los habitantes de la provincia de Huster, fieles católicos, emigraron por no pedir perdon; dos millones de acres de tierra recayeron de esta manera en la corona, y las colonias que se enviaron allí construyeron multitud de aldeas y cabañas. En 1613, diputados de toda la isla acudieron al parlamento irlandés, cuando antes no iban más que de la parte sometida á Inglaterra. Jacobo tenia intencion de dar á los irlandeses católicos los mismos derechos de que gozaban sus correligionarios en Inglaterra; pero los colonos presbiterianos se lo impidieron. Estos católicos no cesaban por otra parte de mantener inteligencias con España y Roma.

Jacobo introdujo tambien en Inglaterra algunas innovaciones. Los nobles se distinguian en duques, marqueses, condes, vizcondes y barones del reino. Este último título se daba á todo vasallo inmediato á la corona, obligado por su feudo al servicio militar. Pero como la subdivision de los feudos multiplicó los barones, no se consideró ya como tales, sino á los que poseian uno completo. Se quiso que á los demás se les llamase caballeros, pero como no se pudo conseguir, se limitaron á diferenciar los grandes de los pequeños barones. En tiempo de Enrique III se estableció que el rey tendria derecho para convocar á los grandes barones á su consejo, y á los pequeños si le acomodaba; el que era llamado una ó dos veces por carta cerrada del rey, se hacia baron hereditario. Esta costumbre cayó, sin embargo, en desuso, y ya no se crearon barones sino por cartas patentes. Ahora bien, Jacobo estableció los baronets, grado intermedio entre los pares y los simples caballeros. Creólos tambien en Irlanda, después en la Acadia y en la Nueva-Escocia, con objeto de animar las colonias; todo baronet debia poseer allí tres millas de terreno á orillas del mar ó de un rio, ó el doble en el interior de las tierras.

Amable, pero irresoluto, erudito, pero pedante, excelente caballero, pero mal rey, Jacobo fué despreciado aunque tuvo buenas cualidades; dejó al morir, á la edad de cincuenta y nueve años (1625), el trono de Inglaterra y Escocia á Cárlos I, su hijo, sobre quien debia caer el peso de la expiacion.

CAPÍTULO XXVII

ALEMANIA.—GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS.

Si la reforma habia escitado turbulencias en todos los paises donde habia penetrado, aquel en que habia nacido sufria aun más en medio del trastorno general. Cárlos Quinto habia dividido sus Estados hereditarios con su hermano Fernando, que dueño de la Hungria por su mujer y del reino de Bohemia por eleccion, se esforzó en asegurar en aquellos dos paises la autoridad real, al mismo tiempo que batia en brecha los privilegios. Juan Zapolski habia dejado, como ya hemos dicho, el trono de Hungria á Juan Segismundo, aun niño, bajo la regencia de Isabel, su madre, y de Jorge Martinuzzi (1540). Este último, obispo del Gran Varadino, hombre notable por sus cualidades y su ambicion, habia sostenido á su pupilo, y para conservarle la corona, habia llegado hasta á hacer al reino vasallo de la Puerta. Fernando, que pretendia adquirir este trono á cualquier precio, rivalizó en bajeza con Martinuzzi, y se hizo tributario del sultan. Aprovechándose el monarca turco de su enemistad, manda al jóven príncipe á Transilvania con su madre, y reunió la Hungria á su imperio. No pudiendo Martinuzzi ejercer el poder absoluto en Transilvania, como lo hubiera querido, se entendió con Fernando, á quien ayudó á obtener este pais, así como los derechos sobre la Hungria, y le prestó, tanto en guerra como en paz, señalados servicios. Gracias á él, pudo en fin el príncipe austriaco declarar aquella corona hereditaria en su casa, no conservando la dieta más que el derecho de elegir la persona del soberano (1547).

Recibió Martinuzzi en recompensa el capelo de cardenal; pero viendo después que Fernando, ocupado de los negocios de Alemania, no pensaba absolutamente en defender su nuevo reino contra los otomanos, envió á los diversos cantones de la Transilvania un hombre á caballo cubierto de la armadura, y otro á pié, siguiendo la antigua costumbre, para llamar á los habitantes á las armas, é intimó á Fernando se aprestase á pelear contra los enemigos de la cristiandad. El monarca austriaco salió del paso con un asesinato (1551), y procuró justificarse imputando graves desafueros á su víctima; pero Julio III le opuso los elogios sin fin que él mismo hacia en otro tiempo para obtener la promocion de Martinuzzi al cardenalato; y reconociendo que Fernando habia obrado por simple sospecha ó por ambicion, con objeto de apoderarse de las inmensas riquezas que se atribuian al cardenal, fulminó contra él la escomunion. Como el príncipe se sometió á la sentencia, y Cárlos Quinto intercedió por él con la Santa Sede, fué vuelto á bendecir por el pontífice, pero no obtuvo de los pretendidos tesoros de Martinuzzi más que una oreja que le llevó el asesino. Insurreccionóse entonces el pais; consiguió la Transilvania sustraerse á su obediencia, y no conservó la posesion de la Hungria sino haciendo homenaje de este reino á la Puerta.

Redujo Fernando la Bohemia á la obediencia con el temor. Pero cuando restableció al arzobispo de Praga, terror de los husitas, y puso en pié sin la autorizacion de los Estados un ejército para ayudar á Cárlos Quinto contra los confederados de Esmalcalde, los calixtinos se declararon contra él. Irritado de aquella oposicion, dirigió sus armas contra Praga en el momento en que la victoria de Mühlberg inspiraba á los príncipes austriacos bastante confianza para atreverse á todo. Habiendo, pues, dispuesto tropas en la ciudad, llamó á su presencia á todos los magistrados, y les detuvo prisioneros hasta que renunciaron al nombre de ciudadanos y á todos sus privilegios. Varios de aquellos magistrados murieron de susto, y otros se volvieron locos. Fernando perdonó la vida á los que quedaban; después convocó una dieta, que se lla-

mó *dieta de sangre*, porque fué precedida del suplicio de cuatro personajes ilustres; y se sirvió de ella para desarmar al pueblo, é imponerle una fuerte contribucion. Seis magnates fueron azotados en las tres principales ciudades de la Bohemia, «por traidores, por haber amotinado al pueblo contra su *soberano hereditario*;» esta era una dominacion nueva que la victoria le permitia abrogarse sobre un trono hasta entonces electivo. Introdujo después á los jesuitas en el pais, y estableció en él la censura (1); pero lo que demuestra que la persecucion fué enteramente política y no religiosa, es que toleró el uso del cáliz.

Después de la abdicacion de Cárlos Quinto (1556), Fernando tomó el título de emperador sin el asentimiento del papa, que dilató el reconocerle pretendiendo que á él solo pertenecia aceptar la renuncia del jefe del imperio, y que los príncipes protestantes no tenian voto en la eleccion. Propúsose constantemente por objeto apaciguar las turbulencias religiosas; y se gobernó de tal manera, que estalló la guerra civil en Grumbach. Al terminar sus dias en Viena (23 julio de 1564), dividió sus dominios entre sus quince hijos, á los cuales les recomendó en su testamento sostener la religion católica. «Si los reformados, dijo, en lugar de ponerse de acuerdo entre sí, están hasta tal punto desunidos, oscuros y ergotistas, ¿cómo ha de ser bueno y justo lo que creen? Las verdaderas creencias no pueden ser múltiples, no hay más que una; ahora bien, como existen una infinidad entre ellos, el Dios de la verdad no puede encontrarse en todas.»

Maximiliano II.—Sucedióle su hijo mayor, ya rey de Bohemia y de los romanos, bajo el nombre de Maximiliano II. Hombre probo y prudente, lleno de bondad para su familia, aquel príncipe que amó la paz á pesar de su valor, toleró en Austria el protestantismo, y permitió este culto á los barones y á los caballeros en el interior de sus castillos y en su propio territorio.

Sin embargo, los gérmenes de las discusiones religiosas estaban lejos de haberse estirpado con la paz de Augsburgo. Los obispados y las abadias secularizados ya se habian abandonado á los protestantes por la *reserva eclesiástica* á condicion que si algun poseedor de tierras de la Iglesia, dependiente inmediatamente del imperio, llegaba á separarse de la comunion romana, perdia por este mismo hecho sus dignidades y beneficios. Los protestantes habian aceptado aquella condicion; pero la proclamaron después contraria á la igualdad y destructora de la libertad de conciencia. En su consecuencia como el *jus sacrorum* les atribuia el derecho de reformar la religion, secularizaban las fundaciones eclesiásticas, y se apropiaban sus bienes. Esta obra se consumó en la Baja Alemania; pero en la Alta, los católicos, que eran superiores en número, se opusieron á que se hiciese lo mismo. Los príncipes violentaban las conciencias en el ejercicio de este derecho religioso. De esta manera el Palatinado fué al principio calvinista, luego luterano, después de nuevo calvinista; y cada mutacion producia turbulencias, tanto en las creencias, como en los empleos y en las existencias.

Habiéndose enamorado el obispo de Colonia de la canonesa Inés del Mansfeld (1582), apostató para casarse con ella, aunque pretendiendo conservar su obispado, pero el clero eligió otro prelado en su lugar, lo que produjo un cisma. El caso era grave, en atencion á que desde entonces cuatro electores de siete hubieran sido protestantes, lo que hubiera escluido del Imperio la casa de Austria. Pero habiéndose hecho el obispo calvinista, este título le atrajo el ódio de los luteranos, y le hizo fracasar en sus proyectos (1560).

Ya los luteranos reunidos en Nuremberg habian condenado los dogmas calvinistas, que se habian introducido en su confesion; el elector de Sajonia hacia atormentar á los disidentes hasta morir, y promulgaba una fórmula, á la que debia suscribir todo el que quisiera evadirse del destierro. Estas fórmulas, que se multiplicaban, eran el gérmen de nuevas divisiones. Los calvinistas, cuyo número se habia aumentado, pretendian participar de la paz de religion (1566); las quejas abundaban en cada dieta contra la parcialidad de la cámara imperial, la negligencia del emperador, los abusos de la paz; lo cual retardaban cada vez más las embrolladas decisiones de aquella asamblea, al paso que por todas partes estallaban los odios y sangrientos conflictos. Alegando los protestantes que los católicos no observaban la paz de religion, formaron una *union evangélica* (1608) y formularon una infinidad de cargos. Los Estados católicos les opusieron otra, más poderosa en fuerzas, en unidad política y creencias, á la cual se asoció el mismo emperador.

Rodolfo II, 1576-1612.—Rodolfo II, hombre pacífico por indolencia, y tan rico en virtudes privadas como pobre de merecimientos públicos, habia llegado á ser emperador. Ocupado en estudiar la naturaleza y en cultivar la alquimia, restableció la astronomia física y la verdadera mecánica celeste; en lugar de los bufones de corte, que formaban las delicias de sus predecesores, acogió á Kepler y Tycho-Brahe, desterrado de su patria, y se le debieron las tablas Rodolfinas, que representan con precision la situacion y los movimientos de los planetas. Pero absorto como estaba por las armonias celestes, no prestaba ninguna atencion á los desórdenes terrestres, que aumentaron enormemente durante aquella paz preñada de terribles guerras. Habiéndole predicho Tycho-Brahe que uno de sus más próximos parientes atentaria á su vida, se aisló de toda sociedad, atreviéndose apenas á presentarse en la capilla; y las únicas distracciones que se permitia eran hermosos caballos, animales estraños y efímeros amores. Prometido á la hija de Fe-

(1) Véase COXE, *Vida de Fernando*.

lipe II, esperó diez y siete años sin reclamar su mano, la que se concedió á otro; consolóse de ello haciendo una coleccion de retratos de las princesas más hermosas, tanto en lo moral como en lo físico.

No mostró voluntad más que en la intolerancia. Viendo á la nobleza austriaca abusar de la libertad que Maximiliano le habia concedido con respecto al culto, quiso despojarle de ella; pero clamó contra la persecucion, é insurreccionándose, justificó los rigores de Rodolfo.

La Transilvania y la Hungria fluctuaban entre la dominacion del Austria y la Turquia, cuyos ataques no habian cesado nunca, mostrándose á cual más tenaces en sostener sus derechos. Después de la muerte de Juan Segismundo, que tuvo que doblegarse ante el Austria, la dieta de Transilvania eligió á Esteban Batori (1571), que juró fidelidad á la corona de Hungria. Habiendo llegado á ser rey de Polonia, dejó Batori la vaibodia transilvánica á su hermano Cristóbal, que la trasmitió á su hijo Segismundo. Este se emancipó del vasallaje turco, y ayudó después á Rodolfo á rechazar los otomanos. Tambien le cedió la Transilvania, y cuando intentó recobrarla, fué sometido por las armas del conde Basta (2), á quien se le encargó gobernar el pais, pero cuya tirania causó un descontento general. Resueltos los habitantes de Transilvania á rebelarse, dieron la mano á los húngaros, que la mala administracion de Rodolfo habia exasperado contra él aun más que contra los turcos. En efecto, absorto este monarca esclusivamente con el crisol y el telescopio, no comparecia en las dietas, no tomaba ninguna medida ó no se le ocurria sino después del acontecimiento, y confiaba los empleos principales á extranjeros. Aumentóse aun el descontento cuando añadió arbitrariamente, á los actos de la dieta, en la que se habia prohibido tratar ninguna materia de religion, un artículo en el que declaraba vanas todas las reclamaciones de los protestantes y escandalosa su conducta. Esteban Bostkay, primer magnate del pais, y tio por parte de madre de Segismundo, que habia ido á la corte á llevar las quejas de sus compatriotas y habia sido maltratado en ella, se hizo jefe de una insurreccion, que al principio no fué dirigida contra el emperador, sino contra sus oficiales, cuya rapacidad no tenia límites; y fué reconocido príncipe de Transilvania y rey de Hungria por el gran señor.

Viendo los príncipes austriacos destruirse la grandeza de su casa por descuido de Rodolfo, pensaron en arrebatarle el gobierno. Matias, su hermano y heredero presuntivo, hombre diestro y avaro de dominacion, habia aceptado de los holandeses la soberania que le habian ofrecido, dando de esta manera el escándalo de ver á un archiduque austriaco á la cabeza de súbditos rebelados contra el Austria. Aunque abdicó cuando conoció los peligros de este puesto, el emperador por castigarle, le tuvo humillado y le separó del trono de Polonia que ambicionaba. Obligado, sin embargo, por las circunstancias, le confirió el gobierno del Austria, y le encargó el mando del ejército de Hungria, donde ganó el afecto popular peleando felizmente contra los turcos.

En vista de esto, sus hermanos y primos de Estiria le transmitieron secretamente el poder del incapaz Rodolfo, y tranquilizó á los húngaros y á los turcos; pero informado Rodolfo de aquel pacto de familia, se indignó de él y quiso derribar al hermano que se habia hecho su rival: entonces se quitó Matias la máscara, y le precisó á cederle el reino de Hungria, el archiducado de Austria y la Moravia (1608). Matias concedió á los húngaros calvinistas ó luteranos la libertad de culto, y desposeyó á los jesuitas de sus bienes raices; dejó en Transilvania el principado á Segismundo Ragotski (1613), cuya sucesion disputó al pretendiente el feroz Gabriel Batori, por el calvinista Bethlen Gabor. Sostenido éste último por los turcos, fué en fin reconocido generalmente; pero los austriacos, á quienes Matias habia enseñado la desobediencia, se negaron á obedecerle mientras no prometiese la libertad de religion.

Bohemia.—Aun iban peor las cosas en Bohemia. Sometido una vez este reino al Austria, prosperó por la esplotacion de sus minas, y la introduccion de nuevas plantas. Praga se elevó á la categoria de las más florecientes ciudades. Pero el pais estaba agitado violentamente por las sectas religiosas, que se habian sostenido desde el tiempo de los husitas. Los utraquistas estaban de acuerdo con los católicos; solo por la condescendencia del concilio de Basilea y de los emperadores, recibian la Eucaristia bajo las dos especies, y se habia formado además otra secta llamada de los hermanos moravos, que muy rígida en sus principios, reunia los dogmas de los luteranos, calvinistas y anabaptistas. Los ódios se habian enconado por el privilegio reservado á las ciudades de fabricar cerveza, y ser las únicas que pudiesen proveer la que los señores volvian á vender en las tabernas de sus señorios. Rodolfo habia escluido á los utraquistas de la paz de religion; pero cuando se encontró necesitado recurrió á los Estados de Bohemia: obtuvo subsidios pagándolos con concesiones ilimitadas y *cartas de majestad*, que implicaban el reconocimiento de la confesion de Bohemia y de la libertad de culto, bajo la proteccion de oficiales elegidos por los Estados, y declaraban nulo todo acto contrario publicado en lo futuro. Esta fué la justificacion de las rebeliones ulteriores de la Bohemia, y Matias se regocijó de rebajar ante la opinion á su hermano, á quien privaba de toda autoridad.

(2) Nacido en Rocca, cerca de Tarento, sirvió bajo las órdenes del duque de Parma, en los Paises Bajos. Se conservan de él, el *maestro di campo generale*. Venecia, 1606, y el *Goberno della cavalleria leggiera*. Francfort, 1612.

Por otra parte surgian nuevos elementos de discordia. Los ducados de Juliers, Cleveris y Berg, los condados de Mark, Ravensberg y el señorio de Ravenstein, se habian encontrado poco á poco reunidos en una sola familia; habiendo llegado ésta á estinguirse en la persona de Juan Guillermo (1609), cien pretendientes se presentaron, entre los cuales se encontraban cuatro hermanas del difunto, con más las líneas Ernestina y Albertina de Sajonia, que dos de sus tias carnales representaban. ¿Era el feudo femenino? ¿Era divisible?

Siendo el litigio feudal, la decision pertenecia al emperador y al consejo áulico. Pero si el elector de Sajonia aceptaba aquella jurisdiccion que prometia serle favorable, no le sucedió lo mismo, por la razon contraria, al elector de Brandeburgo, y al conde palatino de Neuburgo, ambos protestantes. Convirtióse, pues, esta cuestion en una querella de luteranos y católicos, así como en una epidemia todas las afecciones mórbidas toman el carácter de ella. Siempre en acecho la casa de Austria para adquirir, hizo presente el pretexto de que seria peligroso dejar á un protestante aquel feudo contiguo á las Provincias Unidas y le secuestró por precaucion. La union evangélica, la Francia, la Inglaterra, todos aquellos á quienes asustaba el engrandecimiento del Austria se opusieron á aquella violencia, primero por medio de negociaciones, y después con la guerra abierta. Disponíase Enrique IV á hacer justicia, cuando el puñal de Ravaillac salvó al Austria.

Una paz dudosa sofocó entonces el incendio, hasta que desarrollado de nuevo estalló furioso. Despechado Rodolfo de que la Bohemia cayese en poder del hermano que odiaba, tomó las armas: Matias esparció la voz de que pensaba revocar las cartas de majestad, por lo cual los disidentes de Bohemia espulsaron de su territorio á los austriacos, y él hizo que le proclamasen rey; asignando á Rodolfo una escasa renta, y preparándose á quitarle la corona imperial, y á no dejarle más que el birrete de astrólogo, si la muerte no le hubiese librado de esta última afrenta.

Matias.—A Matias se le puso á la cabeza de un Imperio en el que su moderacion no bastaba á reponer los negocios que habian caido en estremado desórden, y del cual los diferentes Estados aguardaban la recompensa de los socorros que habia recibido en su rebelion. No supo, pues, más que agravar con un reinado vergonzoso la culpa de haber adquirido tan mal el poder soberano. La cuestion de Juliers permanecia intacta, y hacia nueve años que la union católica y la union evangélica se observaban con la mano en la empuñadura de la espada. Los reformados, que hacian sin cesar nuevas adquisiciones, comenzaron con objeto de destrozar la púrpura imperial, por sublevar á Bohemia. Este pais, despojado ya de sus antiguos derechos, tenia que temer además la pérdida de su religion; habiendo prohibido el emperador edificar allí iglesias, pero los utraquistas las construyeron á viva fuerza (1618). Los Estados reunidos en Praga para deliberar sobre la violacion de las cartas de majestad, recibieron de Viena una contestacion desfavorable. Entonces Guillermo Slawata y Yaroslaf de Martinitz, consejeros de Matias, fueron acusados de haber sido los inspiradores, y segun una antigua costumbre fueron arrojados por la ventana.

Guerra de los Treinta Años.—Este fué el primer acto de la guerra de Treinta Años (3), guerra en la que tomó parte toda la Europa, escepto la Inglaterra, y que convirtió á la Alemania en centro de la política como lo habia sido la Italia en el siglo anterior. Al principio parecia fácil de sosegar y no se conocia bien su objeto; pero nuevos incidentes llegaron á alimentarla, y hacer converger á ella todos los odios, todas las ambiciones, todos los intereses. El emperador queria establecer su derecho supremo á la sombra de la doble corona política y religiosa; los electores luteranos invocaban la independencia del imperio y de la fe, los electores católicos se unian á la unidad de religion, al mismo tiempo que se separaban de ella con respecto al derecho político; los Estados avasallados por el Austria esperaban sacudir el yugo; los que se habian sustraido á él consolidar su libertad; toda la Europa emanciparse de la supremacia que amenazaba adquirir aquella casa. La religion servia de pretexto y de bandera, y durante aquel tiempo el Imperio se destruia á pedazos, de tal manera, que desde el año 1613 ya no hubo asambleas. En un principio, conociendo los protestantes la necesidad de sostener la rebelion por la fuerza, adoptaron por jefe al conde de Thurn, y pidieron socorros á los Estados de Moravia, Silesia, Lusacia, Austria y Hungria, todos los cuales habian sido engañados por las promesas de Matias. Este príncipe vió el precipicio abrirse para su casa, sin poder confiarse siquiera de sus propios hermanos, que se disponian á tratarle como habia tratado él mismo á Rodolfo, cuando murió de improviso (1619).

Fernando II.—Concluyendo en él la línea recta del Austria, Fernando de Estiria, coronado ya rey de

---

(3) G. H. Bougeant (jesuita).—*Historia de la guerra y negociaciones que precedieron al tratado de Westfalia.* Paris.

Krause.—*Gesch. des dreissigjähriges Kriegs.* Halle, 1782.

Schiller.—*Id.* Leipzig, 1802.

Westenrieder.—*Id.* Munich, 1804.

Ninguno de estos historiadores ha hecho resaltar en lo que debia la influencia que esta guerra ejerció sobre la Europa entera.

Mebold.—*Der dreissigjährige Krieg und die Helden desselben Gustav-Adolph und Wallensteins.* Stuttgard, 1840.

F. Foerster.—*Wallensteins biographie.* Postdam, 1834.

Documentos que el emperador de Austria ha permitido publicar últimamente, nos representan á Waldstein (de esta manera firmaba) con colores diferentes que lo hace la relacion de Khevenhüller, *Annales Ferdinandey.*

Bohemia y de Hungria, pidió el Imperio. Los electores palatino y el de Sajonia, ambos protestantes, lo administraban en calidad de vicarios, y se esforzaban de concierto con la union evangélica en arrebatar el trono á la casa de Austria; pero no encontrando á nadie que aceptase las condiciones que proponian, consintieron en verle ocupado por Fernando. Dotado este príncipe de valor y educado con sentimientos religiosos, se preparó á hacer frente al odio general para devolver á su familia su eclipsado lustre. La Bohemia fué la primera á que atacó. Habíase estendido la noticia de que á su llegada caerian muchas cabezas y que muchas fortunas cambiarian de dueño: se hacian circular estampas en las que el leon bohemio y el águila morava yacian encadenados, y á su lado dormia una liebre con los ojos abiertos; alusion satírica á los Estados á la vez previsores y tímidos. En su consecuencia, desechando los bohemios á Fernando proclamaron por rey á Federico V, elector palatino, inclinado á pesar suyo á aceptar aquella corona por las solicitudes de su mujer, que «queria mejor comer pan seco y ser reina, que nadar en las delicias como electora.» Federico se dejó llevar por su indolencia natural, y no cuidó de evitar los peligros. El lujo de que se rodeó, los bailes, las frivolidades de corte no agradaron á los bohemios, á quienes parecia que una revolucion hecha en nombre de la religion reclamaba costumbres más severas.

Entre tanto, Bethlen Gabor, príncipe de Transilvania, ardiente calvinista, quedaba árbitro de la Hungria. Su influencia en vano era contrarestada por el jesuita Pedro Pozman, del Gran Varadino, primado de Estrigonia; que manifestaba un estremado celo por convertir á las grandes familias, para cuyo uso escribió una guia (*kalauz*) en lengua madgyar. Habiéndose aliado Gabor á los bohemios y á los moravos, condujo sesenta mil hombres hasta Viena, y bombardeó el castillo en el cual estaba Fernando. Una diputacion de los rebeldes penetró hasta su aposento, donde fué insultado; pero arrodillado ante un crucifijo permaneció impasible y pretendió después haber oido una voz que le prometia socorro. En efecto, fué libertado por un cuerpo de coraceros. Proclamado Gabor rey de Hungria, no aceptó más que el título de príncipe, y confirmó diferentes edictos dados contra los católicos. Fernando ganó su amistad, cediéndole la mitad de sus posesiones en aquel reino; pero como Bethlen se encontraba estimulado sin cesar por los protestantes, los ingleses y los turcos, resultó de ello una continua alternativa de guerras y treguas.

Fernando salió de circunstancias tan difíciles por la actividad que desplegó, y por la resolucion que tomó de no descender del trono, aun á trueque de sucumbir, si era preciso. Felizmente para él habia poco acuerdo en la union, al paso que Paulo V y la corte de Madrid le proporcionaban socorros, tanto en hombres como en dinero. Maximiliano, duque de Baviera, alma de la liga católica (4) se habia declarado por ambicion en su favor; secundado tambien por la Francia después de la muerte de Enrique IV, pudo entrar en Bohemia con un fuerte ejército y reducirla á la obediencia, gracias al valor de Bucquoy y del marqués de Espínola. Federico V huyó cobardemente, al paso que los bohemios peleaban aun por él: veinte y siete jefes que se atrevieron á confiar en la clemencia que se les prometia, recibieron la muerte; otros diez y seis sufrieron el destierro ó la prision, independientemente de los que fueron condenados por contumacia, y se mandó con rigorosas penas señalar todos los propietarios que habian tomado parte en la rebelion. Más de setecientos barones y caballeros y casi todos los propietarios fueron designados; perdonóseles la vida, pero se confiscaron todos sus bienes. Entonces abolió Fernando las cartas de majestad, suprimió toda libertad de culto, escluyó á los no católicos de las ciudades reales, en las cuales restringió las facultades de ejercer el comercio y los diferentes oficios; decidió que los disidentes no tendrian entrada en los hospitales, ni sepultura eclesiástica, aunque estaban obligados á pagar los derechos á las parroquias; que sus matrimonios y testamentos serian nulos; en fin, á los soldados se les repartió en las casas para vivir en ellas á discrecion, y los croatas fueron convertidos á sablazos. Fernando obraba así por política y no por celo religioso, pues él mismo concedió privilegios á los judíos. Después, en medio del terror general, hizo proclamar rey á su propio hijo, arrebatando á los Estados el derecho de eleccion; desde aquel momento cayó la Bohemia en la condicion miserable de la que apenas se repone. Muchos disidentes emigraron, otros se ocultaron en las montañas, y cuando José II publicó en 1781 el edicto de tolerancia, encontró que varias aldeas habian conservado hasta entonces sus ritos (5).

Hasta aquel momento habia obrado Fernando

Entre las fuentes más útiles, deben citarse las *Memorias secretas* de VITTORIO SIRI, y la *Historia de las guerras de Ferdinando II*, por GUALDO.

(4) Cuando Maximiliano oia hablar de los desastres ocasionados por la guerra, de la que él era el principal autor, se consolaba pensando en que habia peleado por Dios, y que ya no habia herejes en su ducado. Las cabezas de San Cosme y San Damian, que se llevaron entonces de Brema á Munich, le parecieron una suficiente indemnizacion. Al mismo tiempo que ayunaba y se maceraba, prohibia los bailes, los juegos y las diversiones, aconsejando á los maridos que no se abstuviesen de sus mujeres, como parecian dispuestos á verificarlo por no hacer nuevos desgraciados.

(5) Estos hechos están atestiguados por Coxe en la *vida de Fernando II*. Le vitupera altamente por haber querido continuar la guerra por venganza y ambicion; pero pretende que los consejos de los jesuitas le inclinaron á la intolerancia.

para defenderse, y si satisfecho de los triunfos obtenidos en una guerra particular con el Austria, hubiese envainado la espada, aun hubiera podido merecer bendiciones por haber devuelto á la Alemania una paz que dependia de él. Pero el feliz éxito de su empresa, y los tesoros que le habia procurado, le hicieron vengativo é intolerante. Puso á varios príncipes fuera de la ley, entre otros al elector palatino, y dió órden á Tilly de ponerse en marcha con un ejército que se apoderó de Heidelberg, saqueó la ciudad, y destruyó la preciosa biblioteca del Espíritu-Santo (6). Bethlen Gabor fué vencido por Alberto de Waldstein, y disuelta la union evangélica. Concedióse en recompensa el electorado al duque de Baviera; y el emperador para reembolsarle de trece millones de gastos que reclamaba, le abandonó el Alto Palatinado. De esta manera consiguieron los católicos tener cuatro votos en la eleccion, al paso que los protestantes no conservaron más que dos. Quejáronse de ello las potencias; pero Fernando supo ganarlas ó engañarlas.

Periodo danés.—No se trataba ya de reprimir á los rebeldes y consolidar el yugo del Austria, sino de trastornar el Imperio. Entonces se concertaron Viena y Madrid para derrocar las libertades de la Alemania y la Holanda. Fernando dejó conocer el proyecto de enviar una escuadra al Báltico, lo que causó recelos á Cristian IV, rey de Dinamarca y duque de Holstein, pariente del elector palatino desposeido. Este monarca, uno de los príncipes más notables por su valor y talento, temiendo por sus Estados si el equilibrio germánico llegaba á romperse, deseoso al mismo tiempo de investir á sus hijos con el arzobispado de Brema y los obispados de Minden y Verden, cuyo derecho parecia dispuesto el emperador á arrebatar á los protestantes, se hizo jefe de este último partido de acuerdo con la Suecia y con el rey de Inglaterra, suegro del elector (1625). Fernando hubiera querido oponer á esta confederacion un ejército suyo, y no como anteriormente tropas proporcionadas por la liga, y que obedecian al duque de Baviera, ¿pero cómo procurárselo sin dinero?

Waldstein 1583-1634.—Alberto de Waldstein, bohemio convertido, habia estudiado en Pádua y servido después á Fernando, quien le prodigó las tierras confiscadas á los rebeldes. Enriquecido por su matrimonio, hecho conde del Imperio, y duque de Friedland, aspiró á realizar las grandezas que le habian predicho los astros, en cuyos augurios tenia completa fe. Pareciéndole ya abierto el camino que debia conducirle á su objeto, ofreció á Fernando reunir un ejército; y pronto su crédito, los grandes sueldos prometidos, la esperanza de oprimir y saquear impunemente, le hicieron hallar cincuenta mil hombres. Desde entonces no pensó ya más que en hacerlos vivir sobre el territorio enemigo. A la cabeza de aquel ejército (1626), que no dependia más que de él, dió á la guerra un nuevo aspecto; y en lugar de secundar los movimientos de los demás generales, se arrojó sobre la Baja Sajonia.

Sin embargo, los príncipes del partido opuesto habian reunido cuatro ejércitos por su propia cuenta, y convertian la Alemania en teatro de tales violencias y saqueos, que la poblacion moria de de hambre, después de haber consumido hasta la yerba en alimentarse. Ernesto de Mansfeld se distinguia á su cabeza. Habiendo destrozado Waldstein su ejército, creó otro nuevo y por la Silesia se unió en Hungria con Bethlen Gabor, pero fué diezmado por la peste y minado por deserciones; entonces licenció el resto; vendió su artilleria al bajá de Buda, y penetrando en Hungria y Dalmacia, se propuso ganar el Adriático á través de los turcos, con intencion de embarcarse de nuevo para Alemania; pero murió en Zara.

Cristian IV, derrotado tambien en Lutter, abandonado por sus aliados, vió á los imperiales apoderarse de la costa del Báltico hasta Stralsund, la sexta de las ciudades anseáticas. Nombrado Waldstein almirante del Báltico é investido en lugar de sueldo con los ducados de Mecklemburgo confiscados á sus poseedores, y con el título tan deseado por él de príncipe, sitió á Stralsund y juró ganar la plaza, «aun cuando estuviese encadenada al cielo, ó rodeada por el infierno con una muralla de diamante.» Pero concibiendo después el proyecto de formarse una soberania en aquellas costas, pensó en ganar á su partido al rey de Dinamarca y concluyó con él la paz en Lubeck (1629), restituyéndole todo lo que habia perdido, con sólo la promesa de no mezclarse en los negocios de Alemania

Waldstein se manifestó tanto más fácil en sus convenios cuanto habiéndose abierto en aquella época la sucesion al ducado de Mántua, y la corte de Viena no quiso permitir que un príncipe francés, que pretendia tener derechos á aquel señorio fuese elegido; esto puso en hostilidad á la Alemania con la Francia. Los alemanes no deseaban otra cosa que aprovecharse de aquella ocasion para restablecer la autoridad imperial al otro lado de los Alpes: «Vamos, decian, á mostrar á los italianos que aun existe un emperador: Roma no ha sido saqueada hace cien años, estará más rica en el dia que lo que lo estaba entonces.» Así es, que aun cuando la religion hubiera exigido la

(6) El papa hizo recoger por Leon Allacci una parte que consistia en cuatrocientos treinta y un manuscritos griegos, mil novecientos cincuenta y ocho latinos, y ochocientos cuarenta y siete alemanes de los tiempos medios, que trasladados al Vaticano, formaron la biblioteca Palatina. El resto fué incendiado por Louvois en 1693. De los quinientos manuscritos que los franceses arrebataron á Roma en 1797, treinta y ocho griegos y latinos procedian de Heidelberg, entre otros, el único ejemplar de Anacreonte y la Antologia del Constantino Cephalas. Estos manuscritos se restituyeron á Heidelberg con otros ochocientos cuarenta y siete en aleman, por los tratados de 1815.

union, la política establecia la discordia entre la Francia y el Austria, por interés de dominacion; Viena combatia á los católicos y al papa. ¡Tan débil parte tenia la religion en una guerra que se hacia en su nombre y en el de la libertad del pensamiento! Waldstein, á quien el emperador prometia la Marca de Treviso, con el título de duque de Verona, hizo marchar á sus tropas apresuradamente; atravesando la Valtelina y la Lombardia, asolaron de la manera más horrible las comarcas que recorrieron, y el territorio de Mántua, á donde introdujeron por colmo de males una peste mortífera.

En este estado de cosas, pidieron los electores católicos que Fernando hiciese restituir los bienes eclesiásticos ocupados por los príncipes protestantes. Entonces el emperador, que enorgullecido con sus victorias habia decretado ya el destierro de Bohemia (1627) de todo el que no volviese al seno de la Iglesia, degradó á los duques de Mecklemburgo, despojó á los de Pomerania, y promulgó el edicto de restitucion (1629). En su consecuencia los príncipes protestantes se vieron obligados á renunciar á los bienes eclesiásticos, inmediatos ó no, invadidos desde la paz de 1555. Fernando no disimulaba por otra parte su intencion de reducir á los electores á la clase de grandes de España, y á los obispos á la de grandes capellanes de honor. Recorrieron, pues, la Alemania doscientos mil asalariados: varios príncipes se vieron despojados y reducidos á huir; otros inquietados con pretesto del edicto, y Fernando llegó al colmo de su poder. Preparábase ya á hacer marchar sobre Francia el torrente de sus panduros cosacos; pero el cardenal de Richelieu, árbitro entonces del gobierno francés, retrocediendo á la política de Enrique IV, se constituyó en gran enemigo del Austria, y organizó contra ella sordas maquinaciones, mientras que un gran guerrero afilaba su temible espada.

Fernando esperaba hacer que la dieta eligiese á su hijo rey de los romanos; pero tanto los protestantes como los católicos se reunieron para quejarse del ejército de Waldstein, de las violencias á que se entregaba para procurarse alojamientos y forrage, y de las arrogantes exacciones del insaciable general, «hez y execracion del género humano.» Resolvióse, pues, Fernando á destituirlo. En vano lo hubiera podido conseguir en medio de cien mil guerreros decididos en cuerpo y alma á su jefe, si Waldstein no hubiese visto entonces en el cielo al astro del emperador tomar ascendiente sobre el suyo. Resignóse, pues, y se retiró á sus tierras para vivir en ellas suntuosamente con el fruto de tantas miserias; pero no sin pensar en inmensos proyectos y en sombrías venganzas.

Habiendo verificado de esta manera el emperador dos actos contradictorios, el edicto de restitucion y el alejamiento de Waldstein; permaneció debilitado, y los Estados se apoyaron en el extranjero (1630). Richelieu envió á la dieta al padre José, su confesor, que disuadió secretamente á los miembros de elegir al rey de los romanos, «Un pobre capuchino, decia el emperador, ha desconcertado mis planes; el pérfido ha sabido tener en su capucha seis birretes de electores.»

Periodo sueco.—El capuchino habia hecho más, pues habia negociado la alianza de Luis XIII con Gustavo Adolfo, rey de Suecia (7). Al ascender al trono á la edad de diez y siete años, Gustavo habia heredado tres guerras que habia conducido con gloria. La ruina que amenazaba á la constitucion germánica y á sus correligionarios, le determinó á tomar parte en la guerra de Alemania. Animado del sentimiento religioso, compuso algunos cánticos sagrados en aleman: hablando con una fuerza y una claridad admirables, sabia inspirar el entusiasmo á las poblaciones con actos heróicos. Pero entre los príncipes nadie temia aquel pequeño soberano, á quien se llamaba en Viena su majestad de nieve. *Si viene ese estudiantillo*, esclamaba Waldstein, *se le echará á latigazos* (1630), y no quiso recibir en Lubeck á sus embajadores. Este fué un aguijon más para el carácter de Gustavo. Habiéndose unido estrechamente á Richelieu deseoso de debilitar una potencia rival (8), desembarcó en Alemania, se unió á la Sajonia, la

---

(7) GEFRÖRES, *Gustav. Adolph und seine Zeit*, 1846.

(8) Richelieu en 1633 esponia al rey su sistema político en estos términos: «Necesitamos subsidios para inducir á los suizos, á los príncipes protestantes de Alemania y á los Estados Generales á sostener una guerra en el Imperio y en los Paises-Bajos, sin romper abiertamente con el Austria. Si no lo obtienen los subsidios es necesario haceros incluir en todos los tratados que se hagan entre las varias potencias, á fin de que la Francia sola no tenga sobre sí todas las fuerzas del emperador y del rey de España. Si todas las potencias protestantes fuesen obligadas á tratar con la casa de Austria, sólo porque la Francia rehuye enemistarse abiertamente con ella, seria mejor volver á declarar al momento la guerra, resolucion importante y difícil atendiendo á que muchos desaprobarian una alianza con los herejes. Vos podríais, señor, tratar con las Provincias Unidas bajo condiciones que pusiesen en seguridad los intereses de la religion; es decir, que el catolicismo se conservaria en cualquier parte que se hallase establecido. Los suecos y príncipes protestantes de Alemania pondrian en manos de V. M. cuanto ocupan á la parte de acá del Rhin, Maguncia, las principales plazas del Palatinado, las de la Alsacia y las del obispado de Estrasburgo, nos ayudarian á apoderarnos de Brisac y Filipsburgo, y se obligarian á no hacer paces ni treguas sin vuestro consentimiento. En cuanto á los Estados Generales de las Provincias Unidas, se puede tambien estipular que la religion católica se mantendrá en los paises que nuevamente se conquisten; que á precaucion se atacarán las plazas marítimas de Flandes, las cuales quedarán á favor de V. M. Accediendo á estas condiciones, los príncipes protestantes de Alemania y los Estados Generales de las Provincias Unidas, exigirán, señor, que persigais á la casa de Austria por un solo punto, bien sea en Alemania ó en los Paises-Bajos ó en Italia; y cuando más que tengais un cuerpo armado en Alsacia para socorrerlos, si hubiese necesidad de llevar las armas á la

Pomerania y el Brandeburgo, y peleando como un hombre que nada tiene que perder, desconcertó á los generales, que se vieron obligados á conformarse á las intenciones políticas y á las órdenes de los gabinetes, de tal manera, que devolvió á los ánimos abatidos el valor y la esperanza.

Lo fuerte de la guerra estaba entonces en la Pomerania y en la Marca, donde Tilly sitió á Magdeburgo: aquella ciudad defendida hasta el último estremo por sus ciudadanos fué ganada á viva fuerza y entregada al más espantoso saqueo. Embriagándose los croatas en los cadáveres, solemnizaban, decian «las bodas de Magdeburgo.» Suplicado Tiyll hiciese cesar la matanza, contestó: «Dejadlos una hora más y después volvedme á hablar; es preciso que el soldado tenga su recompensa.» Hizo cantar un *Te Deum*, y anunció á su amo que desde Troya y Jerusalen no se habia verificado una empresa tan famosa. La indignacion contra el emperador fué estremada. Gustavo, á pesar de las divisiones de los príncipes, se encargó de la venganza, y la batalla de Leipzig, que ganó, sumergió á los católicos en la consternacion, y sacó de ella á los protestantes. Tanto amigos como enemigos, no aguardaban de él semejante habilidad. Convirtióse, pues, en alma de su partido, desorganizó la liga católica, y se encontró dueño de toda la estension de las costas, desde el Báltico hasta la Baviera, y desde el Rhin hasta la Bohemia. Fernando se apercibió de que «el rey de nieve no se derritia con el sol imperial,» y cuando Torcuato Conti pidió una tregua para invernar, Gustavo contestó: «Los suecos no conocen el invierno.»

Táctica nueva.—En efecto, el arte de la guerra sufria entonces una revolucion. Los ejércitos que peleaban en Alemania se reclutaban por una nueva especie de capitanes aventureros á quienes los príncipes procuraban dinero para reclutar los soldados. Menos fáciles en cambiar de amo, por que habian adoptado un partido religioso, no descendian hasta la baja venalidad de los mercenarios. El sistema feudal no podia servir á lo más sino para un reclutamiento en masa. El oficio del soldado se habia convertido en profesion con su categoria determinada. Se comenzaba por ser criado (*bube*), después se pasaba á escudero (*knappe*), y se llegaba á ser hombre de armas, ó formar parte de una lanza. El soldado tenia cariño á su oficial; á él era á quien obedecia, y no al emperador, que ni le pagaba ni le recompensaba. Su sueldo era corto; pero se indemnizaba saqueando, y no era menos terrible á los amigos que á los enemigos. Espirado el tiempo de su empeño, los lansquenetes y los reitres estaban autorizados á mendigar por privilegio imperial, á lo que se llamaba *tirar flechazos* (*garden* y *flackten*): para este efecto se reunian en bandas, y saqueaban como veteranos lo que habian podido dejar tras sí como soldados.

Aun no se habia comprendido todo el poder de las armas de fuego. En Francia la liga sólo poseia cuatro cañones, los realistas no tenian más que seis en la batalla de Ivry. El arcabuz de mecha era incómodo para la caballeria, á la que la impedia servirse de las demás armas ofensivas, no menos que á la infanteria, que se veia obligada á cargar esta pesada arma, la horquilla y las municiones, sobre la acémila destinada antes á llevar el botin. Aun se conservaban las picas y las lanzas, al mismo tiempo que las carabinas, las pistolas y los arcabuces; y seguian sirviéndose de las corazas, morriones y escudos, como armas defensivas. El uso de la caballeria ligera, armada sólo de la espada y la carabina, se estendia cada vez más; después se introdujeron los dragones, es decir, los arcabuceros á caballo, que echaban siempre pié á tierra en su orígen, más tarde, á veces, como los que instituyó en Italia el mariscal de Brissac, en tiempo de Francisco I.

Mauricio de Orange y Gustavo, que fueron los restauradores del arte militar, se dedicaron á mejorar las ordenanzas que estaban en uso en su época, y á combinar la legion romana con la falange macedónica, renovada por los suizos. La larga guerra de los Paises Bajos fué una continua escuela de táctica, y grandes generales se formaron en el campo de Mauricio, que conocia tanto como Montecuculli el arte de los campamentos y de las marchas. Entendia tanto como Vauban de fortificar las plazas, tanto como Eugenio en sostener grandes ejércitos en paises hostiles ó asolados, tanto como Cárlos XII en hacer á los soldados insensibles á la fatiga, y tanto como Turena en conservar sus vidas. No contento con aprovecharse de los inventos de los demás, introdujo otros nuevos en la defensa y en el ataque de las plazas. Deseaba oponer á las picas los grandes escudos de los antiguos; pero no se atrevió á intentar semejante innovacion, que hubiera exigido la autoridad de un príncipe absoluto.

Gustavo unia á sus demás cualidades la ventaja de ser amado, y mandar á gentes llenas de fervor por la causa que defendia. Introdujo (cosa nueva entonces) el traje uniforme, y previendo el invierno, proporcionó á sus soldados un jubon forrado de piel de cordero. Para ascender debian comenzar por soldados rasos, y recorrer la escala regular de los grados, lo que los hacia capaces de volverse á unir cuando habian sido derrotados. Su columna de infanteria se componia de dos regimientos de dos mil diez y seis hombres, de los cuales mil y ciento estaban armados de mosquetes, y novecientos de picas: estos regimientos se subdividian en cuerpos más pequeños cuyo número variaba desde noventa y seis hasta doscientos veinte y ocho hom-

---

otra parte de los Alpes. El proyecto que os propongo, señor, es de gran ventaja y poco riesgo. Estendereis vuestra frontera hasta el Rhin sin desnudar la espada, porque sólo tendreis que recibir provincias conquistadas, cuya adquisicion es de tanta importancia que os hará árbitro de la guerra y de la paz.» Ap. CAPEFIGUE, *Richelieu*, etc., cap. 54.

bres en los mosqueteros, y doscientos diez y seis en los lansquenetes. Ideó hacer fabricar cañones de cuero en contraposicion de la artilleria de los alemanes, que siendo muy pesada y no pudiendo cambiar de frente se veia precisada, una vez en bateria á tirar sin necesidad, y á veces contra los suyos. No menos hábil en sus planes que rápido en la ejecucion, Gustavo desconcertó los movimientos regulares y premeditados del enemigo, haciendo lo que Napoleon llamaba la guerra de piés, y sacrificaba á hombres para abreviarla. Ocupó las fortalezas situadas á lo largo de los rios, y preservó á la Suecia de un ataque, haciéndose dueño del Báltico. Quitó al Austria sus aliados, la cercó antes de asediarla, se hizo considerar como vengador del Imperio contra el emperador, é hizo con su rapidez que los indolentes se declarasen amigos ó enemigos, pero no neutrales.

Las cosas estaban en estado de hacer temer una nueva invasion de los godos en Italia y España. En efecto, si Gustavo Adolfo hubiese avanzado á la Bohemia y á los Estados austriacos, desprovistos de tropas y llenos de descontentos, hubiera podido dictar la paz al emperador en su capital, y fundar, como se proponia, un imperio evangélico en oposicion al imperio católico. Pero fuéle preciso dividir la guerra y sus aliados, y por otra parte, sus generales estaban lejos de igualarle en ardor y lealtad.

Fernando habia renunciado á su lenguaje arrogante; pero el papa, á quien habia ofendido, se negó al principio á adoptar su partido. Waldstein, desde el fondo de su fastuoso destierro, observaba los funestos estragos de la guerra. Acogia en su corte á los hombres más distinguidos: en su mesa no habia menos de cien cubiertos. Sesenta pajes de las primeras familias le servian ricamente vestidos de terciopelo azul celeste galoneado de oro; trescientos caballos elegidos habia en sus caballerizas y tenian pesebres de mármol. No llevaba nunca, cuando viajaba, menos de doce carruajes, cincuenta carros y otros tantos furgones con su vagilla de plata y sus equipajes. Seis barones y otros tantos caballeros le acompañaban: un baron de elevada categoria desempeñaba las funciones de primer oficial de su casa, y uno de sus cancilleres habia pasado del servicio del emperador al suyo. Artistas italianos le representaban llevado en una cuadriga triunfal, coronada de laureles y en la cabeza sobrepuesta una estrella. En los astros era en efecto donde procuraba leer sus futuras grandezas. En la irritacion de su desgracia habia meditado sobre la desorganizacion del cuerpo germánico, sobre el poder de su clientela, sobre la necesidad que se tendria de su espada, y sobre la posibilidad de emplearla en formar el centro de la Europa. Sus liberalidades le colocaban en estado de saber lo que hacia el gabinete de Viena. Ahora bien, se consolaba viendo acercarse la hora en que el emperador se veria precisado á humillarse ante él, y en la que su estrella volveria á recobrar su ascendiente sobre la del Austria. En efecto, cuando murió el temible Tilly, el orgulloso Fernando se vió obligado á escusarse con Waldstein y á reclamar su socorro. Pero él contestó que se encontraba muy bien en su retiro para abandonarle, y no consintió en salir de él sino con un poder igual al del emperador. Autorizósele, pues, para que nombrase á todos los oficiales, exigiese á su antojo contribuciones, recompensase, castigase y dispusiese de todo lo que se confiscara. Fuéronle abiertas las provincias austriacas; se le prometió no hacer paz ni tregua sin su participacion, y como el emperador quisiese poner á su lado un archiduque, esclamó: «No sufriré á un compañero en el mando aun cuando éste fuese el mismo Dios» (9).

Una vez estipuladas las condiciones, revestido Waldstein con el título de «generalísimo de toda la casa de Austria, del Imperio y de la España,» envió á enarbolar su bandera de alistamiento, y viéronse acudir en tropel á aquellos aventureros acostumbrados á vencer con él, ó á los que atraia la sed del saqueo. Prometió á la caballeria 9 florines al mes; 6 á los caballos lijeros, 4 á los infantes, además de las raciones de pan, vino y carne. De esta manera se reunieron cuarenta mil hombres en tres meses, sin contar cuatro mil criados, otras tantas mujeres, y treinta mil caballos para los equipajes. Sabia inspirar á aquella soldadesca una ilimitada confianza. Orgulloso porque estaba seguro del favor de las estrellas, castigaba y recompensaba con esceso; una accion le parecia hermosa cuando era atrevida; encontraba en abundancia ingeniosos espedientes. Como decia que era más tácil sostener cien mil hombres que diez mil (10), éste era un motivo para trasladar la guerra á un pais

---

(9) Fulvio Testi escribia lo que sigue á Waldstein, con profusion de metáforas: «La noticia de que habeis, serenísimo príncipe, vuelto á tomar el mando general y perpétuo de todos los ejércitos de la muy augusta casa de Austria ha sido el consuelo de los fieles, la esperanza de los oprimidos, el terror de los temerarios. Desde aquel momento, la Alemania respiró, la Suecia tembló, y la fortuna, instruida de vuestra virtud, abandonó la injusta causa de las armas enemigas como si se hubiese avergonzado de favorecer en frente de vos pecados de fe y crímenes de rebelion. Solo vuestro nombre ha producido ejércitos al César y ha destruido los del adversario. Previéndolo todo, proveyendo á todo, mostrais, á paises tan divididos y tan distantes, que sois el alma de este cuerpo, la inteligencia de este cielo. El ejército imperial languidecia sin vos, que sois su verdadero Aquiles. Nuestros males nacian de vuestro descanso, y (perdonadme, oh príncipe) nos habeis causado más daño con vuestra inaccion que el enemigo con su vigilancia... La envidia ha sufrido la pena de sus maquinaciones y los que proporcionaban ocultamente materiales al incendio de la Alemania han sido los primeros en sentir que la llama abrasaba sus techos. Vuestros rivales más que los demás desean en la actualidad vuestra soberania, y os ofrecen ya suplicantes lo que os arrebataron maliciosamente, etc.»

(10) Napoleon decia tambien á Junot, cuando le envió

que aun no hubiese sido asolado. Schiller ha calculado (tal vez arbitrariamente) que aquel ejército sacó en siete años de media Alemania la suma de 60.000,000 de thalers. No procuraba ni las batallas ni una solucion, se contentaba con sentar obstinadamente su campo enfrente de los suecos. De esta manera fué como en el sitio de Nuremberg dejó perecer en dos meses, sin aceptar nunca el combate, diez mil ciudadanos, veinte mil suecos y treinta mil de sus soldados. ¿Qué hecho de armas ha costado nunca tanto como esta mortífera inaccion?

La fortuna se cambió, pues, en favor de los imperiales, y sobre todo cuando Gustavo Adolfo sucumbió en Lutzen (6 noviembre de 1632), herido probablemente por un asesino, en un momento tan oportuno para la salvacion del Austria, como para su propia gloria: en efecto, murió llorado como libertador de Alemania antes de adquirir el derecho de que se le maldijera como á su opresor. Aunque sus soldados vengaron su pérdida derrotando á los católicos, Viena, Munich y Roma se regocijaron de aquel acontecimiento como de un triunfo. Hubo fiestas en Madrid durante once dias, y se burlaron en populares y burlescas representaciones del príncipe que ya no existia.

La causa de los protestantes se hubiera perdido entonces si no la hubiese sostenido Axel Oxenstiern, canciller de Suecia y el cardenal Richelieu. El ministro francés no obraba por conviccion como Gustavo, Fernando y el mismo Waldstein, sino por un cálculo bajo é inmoral, con intencion de disminuir el poder del Austria. Gracias á su union con los Estados protestantes, continuaron éstos siendo vencedores. Arbitro Waldstein del ejército por convencion espresa, superior á los ministros de Fernando, hasta tal punto que por una duda espresada delante de él con respecto á la ratificacion del tratado de Silesia por el emperador, dijo: «Si no lo ratifica, le enviaré al diablo;» Waldstein, á quien la aprobacion de los astros confirmaba en sus altaneras pretensiones, concluyó á fuerza de audacia por despertar los celos y hacerse sospechoso de inteligencias con los enemigos para llegar á ser rey de Bohemia.

Muerte de Waldstein.—Octavio Piccolomini, espia y asesino, que fué su confidente, atestigua que habia urdido con detrimento del Austria, una maquinacion con los enemigos. Las cartas que se han impreso, y el proceso que se encuentra actualmente en los archivos de Viena, no arrojan ninguna prueba de tal conspiracion; pero todo atestigua en él el deseo de verificar una (1634). El emperador, que no podia ya sufrir tener en él un amo, le proscribió sin oirle, aunque príncipe soberano, y á pesar de haber entrado á su servicio segun los términos de un convenio libre, y con tropas reclutadas por él mismo. Prometió una recompensa al que le diese muerte; tres oficiales de Waldstein le degollaron, haciendo sufrir la misma suerte á los que le eran más afectos. Fernando dió la mano á Butler, principal autor del asesinato, dió llaves de gentil-hombre y collares á los demas, dispuso se dijesen tres mil misas por el alma del general, é hizo publicar un bando para anunciar que habia cesado de vivir, declarando que en los casos de alta traicion, no habia necesidad de proceso (11).

Al archiduque Fernando, rey de Hungria y de Bohemia, se le colocó á la cabeza del ejército, lo que de nuevo cambió el aspecto de guerra, poniéndola en manos del Austria. Derrotados los suecos en Nordlingen, no pudieron ya hacer frente (6 setiembre); reconciliándose con ella el elector de Sajonia, aumentó las fuerzas del emperador, y dió á los protestantes el ejemplo de aceptar la paz, aun con condiciones poco honrosas.

Periodo francés.—Libertada entonces la Francia

á Portugal: *Veinte y cuatro mil hombres encuentran siempre de que alimentarse, aun cuando sea en un desierto.* Pero se engañó completamente.

(11) Cuando Luis XIII supo la muerte de Waldstein, esclamó: *¡Así acabe todo traidor á su príncipe!* Lo que hizo decir á Richelieu: *El rey podia abstenerse de espresar tan libremente sus sentimientos.* Es cierto que Richelieu tuvo gran esperanza de atraer á Waldstein á su partido, y en sus *Memorias* escribe: «Es cosa estraña y que manifiesta la debilidad é indignidad de los hombres que de tantos á quienes colmó de beneficios, ninguno tratase de vengar su muerte, sino que todos buscasen pretestos para ocultar su ingratitud ó su miedo. La muerte de Waldstein es un admirable ejemplo de la falta de reconocimiento de un servidor ó de la crueldad de su señor; porque el emperador jamás ha encontrado otros, cuyos servicios se aproximasen á los que él les prestó; pero difícilmente se encontrará un servidor tan altamente recompensado. Sin embargo, termina con una muerte violenta, mandada por su amo, por quien tantas veces habia espuesto su vida. Su señor le acusa de infiel y no puede citar ningun hecho que lo acredite, al paso que Waldstein podia aducir un millon de servicios que le habia prestado. Si el emperador le opone las sospechas que en él escita, Waldstein podrá contestarle, pero imparcialmente, cuáles son más los testimonios efectivos de fidelidad ó las simples sospechas, de lo contrario,» etc.

Raumer termina su discusion sobre estos acontecimientos confesando que: «cuando fué condenado por el emperador, Waldstein no habia hecho ningun tratado ni con la Suecia ni con la Francia. El emperador no tenia, pues, ningun motivo legítimo de hacer dar muerte á aquel hombre revestido por él con un poder ilimitado, ni tampoco hacerle juzgar. Pero precisamente la estension de aquel poder, hacia que su pérdida fuese inevitable. Por lo demás, la idea de constituirse poder independiente y mediador entre dos partidos igualmente exagerados entre sus compatriotas y los extranjeros, no era tan estravagante como lo hubiera sido en otra época. La mayor parte de los enemigos del duque eran personas despreciables, pues envidiaban su poder; él mismo carecia de franqueza, que es lo que constituye el carácter de una grande alma. Vacilando entre resoluciones opuestas, guiado alternativamente por la circunspeccion, la temeridad, la supersticion, el orgullo, la ambicion y la avaricia, no solo perdió la confianza de

de sus enemigos interiores por el enérgico ministerio de Richelieu, entró a su vez en la liza deseosa de disminuir el poder del Austria y arrebatarle el patronato de Europa. Tomó, pues, una parte directa en la guerra, no sólo en Alemania, sino tambien en Holanda é Italia; puso siete ejércitos en pié, haciendo que toda la Europa entrase en la solucion del litigio. La Suecia, Parma, Mántua, Victor Amadeo I de Saboya, la Holanda, Hesse-Cassel adoptaron el partido de la Francia, que trataba de despojar á la España de lo que le quedaba en los Paises-Bajos, y conquistar el Milanesado. Tomó ademas á su sueldo, mediante cuatro millones de libras al año, á Bernardo de Weimar, ilustre discípulo de Gustavo Adolfo, que debia con este dinero sostener doce mil infantes y seis mil caballos. Ya los austriacos, que habian invadido el pais de los Grisones, habian sido destrozados, y las ligas entre los cantones se habian renovado. El duque de Rohan entró entonces en el territorio hereje, y ocupó la Valtelina, siempre preciosa al Austria, como anillo de la cadena que une sus posesiones de Italia á las de Alemania.

En medio de aquellos preparativos, murió Fernando II, príncipe de gran constancia en la adversidad, pero arrogante en las circunstancias prósperas. Decia que tres cosas no le habian parecido nunca largas: la caza, las conferencias con sus ministros y el servicio divino. Amaba á los jesuitas como á los más temibles enemigos de la herejia, declarando que seria jesuita si su deber se lo permitiera. Se manifestaba compasivo con los culpables, escepto con los adúlteros y con los herejes; pues no se creia obligado, con respecto á estos últimos, á sostener la palabra que habia dado. Admitia en su presencia hasta mendigos sospechosos de estar atacados de la peste, pero nunca á una mujer sin presencia de testigos (Coxe).

Fernando III.—Fernando III, más moderado, era amigo de la paz, pero se vió precisado á continuar una guerra que de un estremo á otro de Europa se proseguia con ardor, no menos por la intriga y los encubiertos manejos, que por las armas. Cataluña, el Rosellon y la Cerdaña se sublevaron contra Felipe IV; el Portugal recobró su libertad; las escuadras francesa y holandesa dominaron en los mares, y la España sucumbió en Italia á esfuerzos de la Francia. A la guerra violenta de genio y de revolucion que se hacia en Alemania sucedió la guerra de arte y de táctica entre Piccolomini, Baner, Tortenson, Condé y Turena. El duque de Weimar, que parecia querer pelear por su propia cuenta, y aspiraba á ocupar la Alsacia (1639), murió como Gustavo y como Waldstein, y la Francia se apropió su ejército y las plazas de que se habia hecho dueño. Baner, que conducia á los suecos á nuevas victorias, derrotó á los imperiales y á los sajones en Vittstock. Discípulo predilecto de Gustavo Adolfo, no queria depender de la corte, y atribuia sus triunfos sobre Piccolomini y Galas á haber obrado segun su juicio. Contra la opinion de los generales de aquella época, era poco aficionado á los sitios y preferia como Espínola las grandes operaciones estratégicas; no permitia el saqueo á sus soldados, porque, segun decia, un soldado que se enriquece llega á ser un ciudadano, y fué terrible para el Austria hasta su muerte.

Veíanse suceder alternativamente las batallas y los tratados, eludidos ó violados por ambicion, por etiqueta ó por conveniencia; los pueblos se encontraban sumergidos en la miseria, y los reyes ó no querian poner fin á este estado de cosas, ó creian la tarea imposible. Diversas circunstancias les obligaron á su pesar á dar tregua á las matanzas. La España tenia al Portugal por enemigo; la Cataluña se habia insurreccionado contra ella, y veia en la sublevacion de Masanielo y en la espedicion del duque de Guisa á Nápoles, hechos que amenazaban á su dominacion en Italia. Los católicos no podian esperar triunfar, en atencion á que las dos ramas de la casa de Austria no estaban acordes. El papa no era respetado, y la Francia favorecia á los innovadores. Sus adversarios no podian ya contar con la victoria, porque se fraccionaban en partidos políticos, y proseguian diferentes proyectos dirigiéndose á establecer la república en Holanda y la monarquia en Suecia. La Alemania, que era el único pais en el que la independencia por su propio carácter hubiera podido desarrollarse, carecia de un jefe, y tenia continuamente que mendigarlo al extranjero. Después de la muerte de Gustavo Adolfo, que tal vez hubiera conseguido unir toda la Alemania reformada en un centro comun, no surgió ningun hombre capaz de obtener aquel gran resultado.

Las armas habian sido menos funestas aun al Imperio que el libro *De ratione status in imperio romano-germanico*, publicado por Felipe de Chemnitz, pomeranio al servicio de la Suecia. Esta obra tenia por objeto demostrar que los príncipes de Alemania no formaban en realidad un imperio, sino una república aristocrática, en la que la soberania pertenece á los Estados y no al emperador. El autor los incitaba, pues, á reunirse todos contra la casa del difunto tirano, azote del imperio y de la libertad (12). Es indecible la influencia de este libro, cuyas reglas fueron adoptadas general-

todos los príncipes, sino que cayó en la especie de desaliento que hace tan indiferente al vicio como á la virtud.»

(12) El libro de Chemnitz acusa á los emperadores de haber destruido la libertad del imperio, y muestra la necesidad de unidad, no tanto para rechazar á los enemigos esteriores, como para enfrenar al Austria. Un capítulo tiene espresamente este título: *Quod simulacra majestatis principi relinquenda sint, pira vero reipublicæ reservanda.* Al tratar de los medios de devolver la antigua libertad, propone seis, cuya oportunidad puede apreciarse cuando se consideran los diferentes sucesos por que ha pasado el im-

mente por los publicistas protestantes. Resultó de ahí que considerando los príncipes una usurpacion cada órden emanada del trono, no se unieron ya al emperador en detrimento del enemigo. Pretendiendo hacer la guerra y la paz por sí mismos, quisieron enviar sus diputados á un congreso al cual los llamaba la Francia, para consolidar la libertad civil y religiosa contra las invasiones del Austria.

Las negociaciones se hicieron, pues, largas y complicadas; pues era imposible, en medio de la desconfianza general de los partidos, que se asignasen límites precisos á los territorios y á los derechos. Continuaba, pues, la guerra, y la Bohemia se levantó toda en el momento en que los suecos se apoderaron de Praga, último acto de la larga tragedia que habia tenido por primer teatro los mismos lugares.

Richelieu, que habia atizado el incendio no existia ya. Los príncipes austriacos se inquietaban poco de la prolongacion de las matanzas, que no pasaban á su vista; pero el acrecentamiento de Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, les arrebataba, así como á la Suecia, la esperanza de engrandecerse por aquella parte. En fin, el congreso más importante que se habia visto hasta entonces, se reunió en Munster y en Osnabruk. Los plenipotenciarios del emperador, del papa, de la Francia, de España, de Portugal, de Suecia, de Dinamarca, de los Paises-Bajos, de la Suiza, de Mantua, de la Saboya y de la Toscana, se ocuparon en él de resoluciones de mucha gravedad (13). Habia infinito número de intereses y pretensiones que conciliar. La Suecia estaba en guerra con el Austria, la Baviera y la Sajonia; el Austria con la Suecia y los Estados protestantes; la Francia con el Austria y la España; la España con la Francia, el Portugal y los Paises-Bajos. Era preciso dar indemnizaciones á los potentados extranjeros y á los Estados del imperio, fijar las relaciones de política y de religion entre los extranjeros y entre los nacionales. Además de las enemistades declaradas, existia una desconfianza sorda entre los que seguian la misma bandera; y nadie queria debilitar de tal manera á sus enemigos, que sus aliados adquiriesen demasiada fuerza. El carácter de los diferentes ministros que mezclaban sus pasiones particulares á las públicas, aumentaban las dificultades: los españoles se manifestaban orgullosos, los imperiales obstinados, los franceses astutos, los suecos arrogantes; el legado pontificio Chigi, hombre conciliador y que era el único que estaba animado del deseo desinteresado de la paz, lo ponia todo por obra para calmar las mútuas envidias.

Paz de Westfalia.—Discutióse por espacio de tres años. En fin, terminóse el congreso con la paz de Westfalia (24 de octubre de 1648), especie de declaracion de la imposibilidad de unir á los partidos. Así fué que se limitó á restablecer las relaciones legales, sin guardar muchas consideraciones al derecho y á la justicia; paliáronse diferentes pretensiones, porque la amenaza de volver á emprender las hostilidades, se reproducia á cada momento, y se preveia que los términos vagos

---

perio: 1.°, amnistia general y restablecimiento de la concordia; 2.°, estirpacion de la casa de Austria; 3.°, eleccion de un nuevo emperador, al cual se le impondria una capitulacion de un género nuevo; 4.°, sustituir la confianza á la desconfianza; 5.°, restablecer las dietas, la constitucion del imperio y disolver el consejo áulico; 6.° sostener un ejército permanente y crear un tesoro militar. Insiste particularmente en el segundo medio, y dice á propósito de él: *Omnium arma in defuncti tyranni liberos, ac totam istam familiam, imperio nostro avitæque libertati exitiosam nullique quam sibi fidam, domum, inquam, Austriacam convertantur; illa, prout de republica nostra merita est, Germania in totum pellitor: ditiones ejus, quas amplissimas imperii beneficio consecuta est et sub imperio possidet, in fiscum rediguntur. Si enim verum est quod Machiavellus scripsit esse in singulis rebuspublicis familias fatales, quæ earum exitio nascantur, hæc certe familia Germaniæ nostræ fatalis est, quæ, ab exiguis orta initiis, eo progressa est potentiæ, ut toto imperio formidolosa, imo exitiosa existat. Facili opera demonstrare possumus publici imperii opibus et viribus ad privatam potentiam suam stabiliendam eos abusos, quantumque illi viribus et potentia aucti sunt, tantum decrevisse imperii majestatem, ordinum auctoritatem, communemque libertatem, ut de liene referunt, eo crescente, reliquam corpus imminui.—Archiducis titulum ob meram arrogantiam Austriaci adsciverunt, ut alias principum familias, longe antiquiores et eminentiores, aliqua præcellerent.—Poloni, Austriacorum ambitionem experti in comitiis suis aliquando sanxere; ne quis in electione novi regis Poloniæ deinceps aliquem ex domo Austriaca nominare, aut suffragio suo commendare auderet, alioquin ipso facto infamen fore.—Nec virtutes aut animi dotes quibus familia ista clarescere vulgo jactitatur, quisquam objiciat, et clementiæ in primis famam, quam apud multos habet, quorum in ore pervulgatum est, nullum in hac familia unquam extitisse tyrannum. Nam virtutum quædam species et si primo intuitu sese offerant, attamen istæ quoque non minus noxiæ quam vitia sunt, quoties parando regno finguntur; cumque* novum imperium inchoantibus utilis sit elementiæ fama (TACITO *Hist.*, l. IV), *ista quoque clementiæ in hac domo affectatio tamquam novi imperii illecebra, eo magis suspecta esse debet, et quidquid clementiam ac mansuetudinem suam jactitent Austriaci. Nobis in libertate natis et educatis, placet generosa illa Demosthenis vox, qui, plerisque aliis Antipatri humanitatem ac facilitatem laudantibus:* Dominum, *inquit*, quantumcumque facilem repudiamus! *— Velut sanguinis emisione ac purgatione plurimum etiam boni sanguinis elicitur, fieri tamen hoc expedit, nisi nitæ velis periculum facere: ita imperium nostrum ejusmodi potenti et omnibus formidolosa familia evacuari oportet, etiamsi ea in totum mala non esset.—Obfirmentur ergo et conspirent contra vipereum hoc genus, omnium, quicumque servire dedignantur, animi;* magna enim adversus tyrannos victoriæ pars est nolle amplius tyrannidem pati. (l. VI).

(13) MEYERN.—*Acta pacis Westphaliæ.* Goattinga, 1734. STEPH PUETTER.— *Geist der westphälischen Friedens.* Idem, 1795.

BOUGEANT, *Historia del tratado de Westfalia.*

darian lugar á nuevos litigios. Pero hacia treinta años, ó más bien ochenta, que duraban las violencias y las guerras (14), no sólo en Alemania, sino en toda la Europa, donde casi todos los paises habian sido pisados por ejércitos extranjeros y asoladores.

Sólo la Francia y la Suecia obtuvieron las satisfacciones que pedian: la primera adquirió la Alsacia con detrimento del Austria, y se le confirmó además en la posesion de Metz, Toul y Verdun, de la que se habia titulado hasta entonces protectora; tambien se le concedió la plaza de Pignerol en el Piamonte. La Suecia tuvo la Pomerania occidental y una parte de la Baja Pomerania, las islas de Rugen, Wismar, Brema, Verden, tres votos en la dieta del Imperio, y cinco millones de escudos para el sueldo de las tropas que debia licenciar. Era Gustavo Adolfo que triunfaba desde su sepulcro, asegurando á la Suecia un poder mayor que el que podia esperar.

Con objeto de indemnizar á los príncipes, se secularizaron los bienes eclesiásticos: el elector de Brandeburgo obtuvo tambien á Magdeburgo, Halberstadt Camin y Miden; el Mecklemburgo obtuvo á Schwerin y á Ratzeburgo; Hesse-Cassel á Hirschfeld y seiscientos mil escudos; el elector de Sajonia conservó los bailios de que se habia desposeido al arzobispo de Magdeburgo; estableciose un octavo electorado en favor del conde palatino, cuya dignidad habia trasmitido el emperador al duque de Baviera. La cuestion relativa á la sucesion de Juliers se habia resuelto en 1610, cuando el príncipe de Orange arrojó á los austriacos; pero las diferencias que existian por ella no pudieron conciliarse.

La España habia favorecido con todo su poder al Austria y á los católicos, en la confianza de que su triunfo haria volver á la Holanda á su obediencia; pero se habia visto precisada, para dirigir todas sus fuerzas contra la Francia, á reconocer la independencia de las provincias rebeldes, y esta independencia se ratificó. Los suizos se habian sublevado hacia siglos contra las usurpaciones del Austria, aunque permaneciendo sometidos al Imperio que habia reconocido la insurreccion. No obstante, en la época en que la dignidad imperial permaneció en la casa de Austria, los antiguos vínculos se relajaron, y los suizos se encontraron independientes de hecho sin serlo de derecho. El imperio habia intentado, en los momentos prósperos de las guerras religiosas, ejercer allí algunos actos de autoridad, pero por el tratado de Westfalia la independencia helvética se confesó de derecho.

No fué ya posible llegar á una conciliacion con respecto á la guerra que se hacian la Francia y la España, ni á la de España y Portugal. Otros muchos litigios que quedaron sin solucion acaecieron durante las hostilidades.

Con respecto á la religion, causa ó pretesto de tan larga lucha, los protestantes ya habian obtenido tolerancia con el *Interin*, y luego igualmente en la Dieta de Augsburgo. Después pretendieron primacia en la pasada guerra, y el derecho de elegir un emperador propio, cual lo habia sido Gustavo Adolfo. Era preciso retroceder de tales pretensiones, y no se podia esperar la tolerancia de todos los cultos, idea estraña en aquel siglo, tanto más cuanto que, habiéndose constituido en cierto modo mediador el papa, se negaba á tratar con los herejes. Limitáronse, pues, á confirmar la convencion de Augsburgo, comprendiendo en ella á los calvinistas; éstas fueron las dos únicas confesiones de que se ocuparon. La cámara imperial tuvo que componerse de veinte y cuatro protestantes y veinte y seis católicos; el consejo áulico, recibir seis reformados, y la dieta igual numero de protestantes y católicos. Decidióse que las órdenes religiosas conservarian sus posesiones, si las tenian en los paises protestantes; pero no se introduciria ninguna nueva, lo cual tenia especialmente por objeto escluir á los jesuitas. Toda dependencia eclesiástica y diocesana se declaró suspensa entre los Estados católicos y protestantes, ó sólo entre los protestantes. El año de 1624 fué tomado como *normal* en lo correspondiente á los bienes de las iglesias, con respecto al *reservatum ecclessiasticum*, conservando cada príncipe el *jus sacrorum*, es decir, la facultad de disponer de las cosas religiosas en sus Estados. Resultaba de ello el derecho de espulsar á los que profesaban otras creencias, escepto el que podian pedir emigrar, lo que les preservaba de perder sus bienes raices. De aquí resultaba que en el territorio comun del Imperio una misma creencia era dominante en un lugar, apenas tolerada en otro y proscrita en un tercero. Los príncipes y los caballeros tenian entera libertad de conciencia; pero la de los pueblos dependia de la voluntad del señor, ó de cualquier accidente de la posesion anterior.

Más graves obstáculos se presentaban para arreglar el Imperio. Maximiliano se habia esforzado, y Cárlos Quinto después de él con más valor, en impedir la disolucion y en devolverle alguna dignidad. Pero volvió á caer en tiempo de Rodolfo y de Matias, sin que los dos Fernandos pudiesen remediarlo, en medio de tan gran trastorno, y con los embarazos que les causaba la nueva política de la Francia. La España habia excitado en toda Europa el deseo y hasta la necesidad de humillarla, dejando conocer el proyecto de reunir la Francia á sus inmensas posesiones: ahora bien, nada era más propio para conseguir este objeto que atacar la rama alemana y socorrer á los protestantes. Exageróse en su consecuencia la tirania de Fernando III, como tambien la ambicion sistemática de los austriacos; y en el tratado de paz aquél no pudo salvar del Imperio más que las apariencias. Los príncipes lo habian reducido poco á poco á una con-

(14) Comenzó con la sublevacion de los Paises-Bajos.

federacion de Estados casi independientes, aunque nada se hubiese reconocido respecto á esto. La paz hizo legal lo que habia de irregular en la posesion de cada uno de ellos, de tal monera que pudieron llamarse verdaderamente soberanos, uniendo el derecho al hecho. Resultó de aquí que la dignidad imperial no aumentó en nada el poder efectivo de la casa que se habia abrogado. Se hubiera querido, con objeto de impedir al Austria hacer esta dignidad hereditaria, que el rey de los romanos fuese elegido por la dieta y no por los electores, pero este punto no se acordó. Decidióse una capitulacion perpétua para ser jurada por los emperadores, pero esta formalidad no se cumplió hasta en tiempo de Cárlos VI. Se convino en que se volveria á reunir la dieta que acababa de separarse, y desde 1663 fué permanente en Ratisbona hasta 1806; pero su lentitud y su irresolucion habian llegado á ser proverbiales. Determinóse la composicion de la cámara imperial con objeto de que se administrase mejor la justicia; y se abolió la concurrencia de jurisdiccion, que permitia á las partes presentar sus diferencias segun quisiesen, ya á su señor propio, ya al tribunal del imperio (15).

Este tratado tuvo, pues, el doble carácter de paz y constitucion del Imperio, dió por resultado regularizar mejor la confederacion germánica y precisar más sus derechos. Los Estados obtuvieron á perpetuidad la soberania territorial, que se estendió á las materias eclesiásticas y políticas; las ciudades imperiales tuvieron voto deliberativo en las dietas; pudieron hacer alianzas entre sí ó con extranjeros, con tal de que no fuesen contrarias al emperador ni á la paz pública. Una verdadera confederacion se encontró constituida de esta manera con objeto de ayudar á sostener el equilibrio y formar una barrera entre el Austria y la Francia. La primera se consideró muy agraviada; erigiéndose la otra en protectora de la constitucion alemana, descuidó desgraciadamente la ocasion de mezclarse en los asuntos interiores del pais, y colocarse á la cabeza de un poderoso partido.

El papa Inocencio X protestó contra aquella paz, como poco religiosa: la España protestó porque el Austria habia cedido la Alsacia; Fernando III protestó contra los títulos que habia tomado el embajador de Portugal, y aunque forzado, como emperador y como archiduque, á ceder en varios puntos, no se doblegó nunca á permitir á los reformados el libre ejercicio de su religion en sus Estados hereditarios, consintiendo únicamente en que fuesen á los paises limítrofes para verificar sus devociones. Se negó tambien obstinadamente á perdonar á sus súbditos rebeldes, previendo tal vez el trastorno que resultaria de la vuelta de los propietarios de los bienes cuya posesion habia pasado á otros, sobre todo en Bohemia, donde una mitad de las tierras habia sido confiscada (16).

El Austria, contra quien toda la guerra habia sido dirigida, perdió la Alsacia y la esperanza de la soberania europea. El mayor perjuicio recayó sobre la Alemania, de la que se decia que habia perecido la tercera parte y hasta la mitad. Las manufacturas que constituian su grandeza habian sido destruidas ó trasladadas al extranjero; las ciudades tan florecientes de la Ansa habian decaido, sin quedar superiores en fuerza á las de la liga sueca. El desmembramiento, la humillacion y la debilidad sucedieron á las devastaciones y á la anarquia. La separacion del poder secular quedó establecida, lo que produjo la ruina de la vida política; perpetuándose dos divisiones profundas como todas las que nacen de las opiniones religiosas. Toda centralizacion de poder cesó, al mismo tiempo que se fortificó el de los pequeños señores, que no pensando más que en engrandecerse y en llenar sus arcas, administraban las poblaciones como un patrimonio sometido al derecho privado; de manera que los mismos que se mostraban buenos y humanos no conocian el deber de un gobierno. Estas poblaciones no tuvieron ya patria á la que servir con afecto; y el pais, que durante toda la Edad Media habia estado á la cabeza de la política europea, quedó siendo teatro de las intrigas y corrupcion de los extranjeros.

¡Cuánto no debieron, sin embargo, bendecir los pueblos aquella paz que les arrancaba de la ferocidad soldadesca y de las eternas hostilidades! No fué á pesar de todo más que una tregua que felizmente se perpetuó. Dejando indecisos ciertos puntos que no podian recibir solucion sino de la eternidad, permaneció más efectiva que lo que no parecia esteriormente. Sentó sólidamente varios principios fundamentales de derecho público, como por ejemplo, el de que la conservacion del Imperio germánico era en ventaja de toda la Europa; las potencias del Norte comenzaron desde entonces á tener influencia en Occidente; al Austria se le imprimió aquel carácter de pacificadora que rara vez ha desmentido; y aniquilada la política religiosa de la Edad Media, este acto llegó á ser el estudio de los hombres de Estado, y la nueva base del sistema político y del derecho de gentes (17).

---

(15) Hemos reunido aquí, á las disposiciones del tratado, las medidas tomadas por la dieta poco tiempo después.

(16) Los suecos insistian principalmente en la amnistia, é Ignacio de Schmith *(Gesch. der Deutschen,* t. XI, página 188) dice que se obtuvo de Cristina mediante seiscientos mil escudos, que renunciase á proteger á los emigrados.

(17) V. el lib. XVI, cap. I.

CAPÍTULO XXVIII

PAPAS POSTERIORES AL CONCILIO DE TRENTO.

Pio V.—La reforma católica, después del concilio de Trento, se manifestó en los pontífices, aunque es cierto que se vieron gran número de ellos entregarse á intereses y sentimientos mundanos. Miguel Ghislieri, de Alejandria, hombre de una religion severa, de una vida muy pura, caminaba siempre á pié. Libertó, como prior, á varios conventos de las deudas que pesaban sobre ellos; inquisidor en Bérgamo y en Como, desplegó allí un estremado rigor, á pesar de las injurias y de las amenazas. Promovido al cardenalato, no cambió de modo de obrar aun cuando fué elegido papa con el nombre de Pio V (1566). Diciendo: «Que los que quieran gobernar á los demás comiencen por gobernarse á sí mismo,» restringió los gastos, y se impuso á sí mismo un régimen enteramente monacal. No esperimentaba satisfaccion sino en el estrecho cumplimiento de sus deberes, en la meditacion y en la adoracion ferviente, de la que se levantaba con las lágrimas en los ojos (1). Semejante perfeccion produce por lo comun la confianza en su propia voluntad, y la tenacidad en domeñar la ajena. En efecto, Pio V imponia una disciplina tan rigurosa como si aun se hubiese estado en los primeros tiempos del cristianismo. Arrojó fuera de Roma á las prostitutas y reprimió el lujo en los trajes; abolió la órden de los frailes humillados; publicó un misal y un breviario nuevos; prohibió poner en feudo las tierras de la Iglesia, por cualquier motivo que fuere; se mostró económico con respecto á las dispensas y á las indulgencias; no permitió á los curas la facultad de ausentarse de las parroquias; restableció la regla en los conventos; aumentó la clausura de las religiosas; y secundado por el celo de algunos obispos, mejoró considerablemente la iglesia de Italia. Faltaron pretestos á la Reforma desde que el concilio, al cual habia apelado continuamente, pronunció su decision, y ya no era una reclamacion, sino una revolucion. Convencidos los príncipes de que los cambios políticos seguirian al cambio de religion, se unieron entonces á Roma, fortificóse en todas partes el poder de la inquisicion, y los autos de fe se multiplicaron en España. Entregado al papa Carnesecchi por Cosme de Médicis, pereció en la hoguera, é igual suerte le cupó á Guido Zanetti, á quien Venecia entregó en su poder.

La ardiente piedad de Pio V no le impedia ser perseguidor, como su siglo. Escitaba á los que combatian á los hugonotes, y les mandaba de Italia tropas y dineros (2). Envió al duque de Alba el capelo bendito. Animado del deseo de ver avasallada á la Inglaterra, no sólo habia prometido á los vencedores dividirles todos los bienes de la Iglesia, sin esceptuar las cruces y cálices, sino tambien ir á dirigir él mismo la guerra. Errores deplorables, pero de su siglo y del puesto que ocupaba. Se veia ante una serie de papas á quienes el voto popular habia hecho cabezas de la cristiandad; al paso que los innovadores de ayer querian hoy des-

(1) De Falloux.—*Historia de Pio V*. Paris, 1844, 2 t.

(2) Decia á Cárlos IX, en el breve que acompañaba á aquellos socorros: «Rogamos al Dios de los ejércitos dar á V. M. una victoria completa sobre todos sus enemigos... esperando que si concede este favor á V. M., usará de él gloriosamente para vengar, no sólo sus injurias, sino los intereses divinos, y castigar severamente los horribles atentados, los sacrilegios abominables cometidos por los hugonotes, manifestándose de esta manera justo ejecutor de los decretos de Dios.» El conde Esforcia de Santa Fiora mandaba aquel ejército italiano, y las veinte y siete banderas que arrancó á los herejes se colgaron con gran pompa en la basílica de Letran en 1570.

truir la grande unidad católica. Aquellos papas habian salvado la civilizacion, dirigiendo todos los cristianos contra el islamismo; ahora los turcos amenazaban de nuevo, y en tanto los reinos cristianos se destrozaban unos á otros. Pio V obraba como un general en campaña, donde es indispensable el rigor para obtener la victoria. El principal de sus pensamientos era evitar la nueva irrupcion de los turcos, y en un siglo de tantas discordias pudo armar un ejército cristiano y conseguir en Lepanto la última victoria que la cristiandad unida obtuvo sobre la media luna.

Por esto fué Pio perseguidor, pues como hombre inaccesible á las pasiones humanas, en cualquiera parte que encontraba la idea del deber, no guardaba consideracion alguna, de modo que los cardenales se veian obligados muchas veces á recordarle que no tenia qne habérselas con ángeles. Pretendia mantener en toda su fuerza la bula *In cœna Domini*, y negar á los príncipes el derecho de imponer nuevas cargas á sus súbditos; ahora bien, como ni los tiempos ni los soberanos admitian ya aquellas pretensiones, se atrajo con esto serias contradicciones. El mismo Felipe II, que rechazaba aquella bula y sostenia que le era preciso el *exequatur real*, llegó á escribirle no se pusiese voluntariamente en riesgo de ver hasta donde puede llegar un poderoso rey. En el momento en que sintió acercarse el fin de su vida, Pio V visitó las siete iglesias, y besó las santas gradas *para despedirse de aquellos lugares sagrados*. La sinceridad de su devocion hizo que á pesar de su intratable aspereza, fuese durante su vida amado del pueblo, que le veneró después como á un santo. Fué el último pontífice canonizado.

Gregorio XIII.—Hugo Buoncompagni, de Bolonia, promovido al pontificado con el nombre de Gregorio XIII (1572), se manifestó, por el contrario, conciliador y clemente, hasta con detrimento de la justicia. El sentimiento de moralidad que se habia introducido en la corte de Roma le hizo reprimir sus inclinaciones mundanas; y si apenas pudo favorecer á un hijo que tenia, no hizo nada por sus sobrinos. Exacto por lo demás en el cumplimiento de los deberes de jefe de los fieles, se dedicó á elevar á los más merecedores á las sillas episcopales, y á estender la instruccion. Fundó más de veinte colegios, entre otros el de todas las naciones, en cuya apertura se pronunciaron discursos en veinte y cinco lenguas. Reformó el Colegio germánico, plantel de celosos atletas; otro para los griegos que eran educados en él á manera de su patria, con su lengua y sus ritos; otro más para los maronitas y para los ingleses. Revisó el decreto de Graciano, y reformó el calendario que inmortalizó su pontificado.

Reforma del calendario.—Hemos hecho notar en su lugar que Julio César, para reformar el calendario que seguian entonces los romanos, habia fijado el equinoccio de primavera el veinte y cinco de marzo, y dado al año una duracion de trescientos sesenta y cinco dias y seis horas. Siendo la diferencia de su duracion real de once minutos y doce segundos, resultaba que el equinoccio se adelantaba un dia cada ciento veinte y nueve años. La Iglesia, que tuvo que fijar su atencion sobre este punto por razon del dia de Pascua, que debia caer en el plenilunio después del equinoccio de primavera, encontró que en 325, después del concilio de Nicea, esta solemnidad se habia celebrado el veinte y tres de marzo, sin que aquellos Padres hubiesen podido indicar el motivo. En 1257 la alteracion era de once dias, y ya se habia hablado entonces de una reforma que, intentada varias veces, no se habia verificado nunca. Se habia tratado de ella en todos los concilios y aún más en el de Trento. En fin, habiendo Gregorio XIII reunido en Roma á los personajes más instruidos en esta clase de estudios, entre otros al dominico Ignacio Danti, de Perusa, y al jesuita Clavio, de Bamberg, recibió diferentes proposiciones de reforma; pero la verdadera fórmula la encontró Luis Lilio, médico calabrés, y la completó su hermano Antonio. El papa envió uua copia de ella á todos los príncipes, repúblicas y academias. Con su aprobacion promulgó en 1582 el nuevo calendario, en el que suprimia diez dias entre el cinco y el quince de octubre. El año se fijó en trescientos sesenta y cinco dias, cinco horas y cuarenta y nueve minutos, y se determinó que cada cuatro años hubiese uno bisiesto; correccion tan cercana á la verdad, (365 d. 48'45") que serán precisos cuatro mil doscientos treinta y ocho años para componer un dia con los minutos que esceden del número verdadero.

Es cierto que entonces se pudo comenzar el año con el solsticio, hacer corresponder todos los meses á la entrada del sol en los diferentes signos del zodíaco, y dar treinta y un dias á los meses que hay entre el equinoccio de la primavera y el de otoño, treinta á los demás meses, haciendo el mes de diciembre más corto. Estos motivos, y aun más la antipatía á todo lo procedente de Roma, fué causa de que hubiese lentitud en adoptarla. Los protestantes de Alemania no se determinaron á ello hasta 1699; la Holanda, la Dinamarca, la Suiza, en 1700; la Inglaterra, en 1752; la Suecia, el año siguiente. Aun no está admitida por los rusos y griegos, que en su consecuencia están atrasados trece dias (3).

Gregorio XIII se esforzó en sostener la liga formada contra los turcos: proporcionó socorros de dinero al emperador y á los caballeros de Malta, se declaró por la independencia de Irlanda, y se regocijó con la noticia de la matanza de San Bartolomé. Ya no era con los tributos de la cristiandad con los que se atendia á los gastos de las empresas pontificias, sino con el tesoro del Estado: sin embargo, como no queria procurarse dinero con nuevos impuestos ni con concesiones espiri-

(3) Véase la Cronologia, § 24.

tuales, aquel pontífice pensó en suprimir ciertos privilegios concedidos á los extranjeros y diferentes abusos esplotados por la nobleza, como tambien fortificar la autoridad soberana, haciendo revindicar por la cámara apostólica varios castillos que habian caducado ó que estaban retrasados en el pago, y rescatando los que habian sido vendidos ó hipotecados, pero disminuyó el comercio aumentando los derechos de aduana en Ancona. Estas medidas produjeron descontento y una resistencia abierta. Viéronse renacer las antiguas facciones de los güelfos y gibelinos; los asesinatos, los fratricidas se multiplicaron, y se formaron bandas de ladrones que, teniendo á su cabeza los Piccolomini y Malatesta, ejercieron terribles venganzas y muchas asolaciones.

A los Estados vecinos, con quienes Gregorio XIII se habia indispuesto por su tenacidad por defender los derechos pontificios, no les desagradó verle comprometido en turbulencias interiores; daban, pues, asilo á los bandidos, cuando los veian muy apurados. Como la fuerza no producia más resultado que las escomuniones, fué preciso renunciar á las confiscaciones, y dar la absolucion. Alfonso Piccolomini ocupó Monte Abboddo, é hizo dar muerte á sus enemigos, mientras que sus bandidos ejecutaban danzas salvajes. Recorriendo cual amo la campiña de Roma, envió á decir á los habitantes de Corneto hiciesen pronto la recoleccion, en atencion á que debia ir á quemar la de Latino Orsino; habiendo cogido un correo le robó las cartas de que era portador, sin tocarle el dinero. En la imposibilidad de vencerle, el papa concluyó por permitirle ir á Roma á pedir su perdon; acudió allí, se alojó en el palacio de los Médicis, y presentó para obtener la absolucion pontificia, una lista tan larga de asesinatos que el papa tembló de horror; pero su emocion fué más viva cuando oyó que se le dijo que era preciso absolver á Piccolomini, ó aguardar ver asesinado á su hijo.

Sixto Quinto.—Sixto Quinto (Felix Perretti) se manifestó capaz de reprimir tantos desórdenes (1585). Cuando, siendo aun jóven cuidaba de los cerdos de un labrador, un religioso franciscano, tio suyo, le llevó á su lado para educarle y le hizo fraile. Habiendo ascendido paso á paso y reuniéndose á los que procuraban volver á dar esplendor á la Iglesia, llegó al papado sin encontrarse gobernado por parientes. Empleó su gran talento, su imperioso y violento carácter en devolver al papado, que habia perdido en poder tanto como habia ganado en respeto, su influencia pasada y hasta su brillo exterior (4).

Sixto Quinto licenció una gran parte de las tropas y de los agentes de policia; pero queria que los decretos del pontífice se ejecutasen sin consideracion á nada, de modo, que se conociese que reinaba *Sixto*. Era preciso, para obtener este resultado, vencer dos grandes obstáculos, la penuria del tesoro y la audacia de los bandidos. El mismo dia de su coronacion, los que acudian á la fiesta del Vaticano por el puente de San Angel, vieron á cuatro jóvenes ahorcados de las almenas del castillo, por haber sido cogidos con armas cortas. Hizo después formar una lista de todos los vagabundos y ociosos espadachines, y renovó los bandos que ofrecian un precio por la cabeza de los ladrones, mandando además que la recompensa no la pagaria la cámara apostólica, sino los parientes ó el concejo del contumaz, con obligacion para éste ó para el señor, en cuyas tierras se verificase el robo de soportar la reparacion. Fué secundado por Felipe II, cuyas fronteras les ofrecian habitualmente un refugio; y la impunidad prometida á los que entregasen á uno de sus camaradas muerto ó vivo, esparció el terror entre los que se hacian temer antes. Por la cabeza del padre Guercino, que se hacia llamar Rey de los campos, se ofrecieron y pagaron 2,000 escudos, y fué espuesta coronada en el puente de Sant Angelo Un tal Della Fara hizo salir una vez á los guardias de la puerta Salara, los apaleó, y les encargó que ofreciesen sus respetos al papa. Pero Sixto Quinto dió órden á sus parientes de que le entregaran sopena de ser todos ahorcados; y como se vió que hablaba sériamente, fué obedecido. El duque Urbino envió á treinta refugiados que habian buscado un asilo en sus tierras, bestias cargadas de víveres envenenados. El conde Juan de Pépoli fué estrangulado en su prision, y á varias mujeres y madres de bandidos se les mandó al suplicio por haberles procurado un asilo. Habiendo dicho á Sixto Quinto que un transtiverino parecia demasiado jóven para ser ejecutado: «Pues bien, dijo, que le añadan algunos de mis años.» Con este orgullo oriental, que segun el dicho vulgar *no hubiera perdonado al mismo Jesucristo*, consiguió en menos de un año devolver la tranquilidad al pais; pero mas tarde volvió á renacer el vigor de los ladrones, y hasta nuestros dias han infestado las montañas que se estienden desde Aquila á Terracina, entre el Tíber y el Garellano (5).

No es, pues, sorprendente que la memoria de Sixto Quinto haya permanecido popular como

(4) Su vida, escrita por Gregorio Leti, es una verdadera novela.

(5) En 1557, una notificacion del comisario de Pualo IV, puso fuera de la ley como ladrones á los habitantes de Monte Fortino, y mandó, además de su destierro, la destruccion de la aldea y la confiscacion del territorio, lo que se ejecutó sembrando de sal las ruinas. El 18 de julio de 1819, el cardenal Conzalvi usaba del mismo rigor con Sonnino, que tambien fué destruido. Hemos visto todos los rigores del papa Sixto Quinto renovarse en nuestros dias, y no ha sido preciso menos para dar alguna seguridad á los viajeros; pero valdria más mejorar el gobierno y estender la instruccion por los campos, que perseguir á los habitantes los carabineros. Las buenas instituciones evitan trabajo á los carceleros y al verdugo.

acontece con los grandes caractéres, ni que se le hayan atribuido instituciones y medidas muy anteriores á su pontificado. Inexorable en las faltas individuales y en la violacion de las leyes, se mostraba indulgente en los actos generales y benévolo con quien obedecia. Concedió á la hermandad piadosa establecida en tiempo de Gregorio XIII para socorro de los presos, el derecho de elegir un visitador de las prisiones, con poder de libertar cada primer lunes de cuaresma á un condenado, aun cuando lo fuera á la pena capital. Hizo que los reyes transigiesen sobre sus pretensiones, y le fueron tan afectos como hostiles á su predecesor. Conciliése la voluntad de los señores del pais, concedió grandes privilegios á las ciudades de la Romaña, devolvió á Ancona varios de sus antiguos derechos, y estableció un arzobispado en Fermo, un obispado en Tolentino y otro en Montalto, su pais natal. Loreto fué hecha por él ciudad; mejoró la administracion de las demás, favoreció la agricultura, y se ocupó en secar los pantanos Pontinos y los de Orvieto; 200,000 escudos se gastaron en abrir á través de los primeros, el gran canal que conserva su nombre. Hizo plantar con amenaza de castigo si no lo verificaban, moreras en todas partes; estableció graneros, y favoreció las fábricas de seda y lana. Fijó en setenta y dos el número de los cardenales (6), y á sus siete congregaciones del índice, la inquisicion, la supresion é interpretacion del concilio, los obispos, las órdenes regulares, la signatura y la consulta, añadió otras ocho, una para la fundacion de nuevos obispados, otra para los ritos; y las restantes, para atender á las cosas temporales, á saber: la provision de víveres, la conservacion de los caminos, la abolicion de los impuestos, las construcciones militares, la imprenta del Vaticano y la universidad de Roma. Hizo construir diez galeras, y destinó 78,000 escudos á la marina.

Si es cierto que se alababa cada momento de su economia, no le faltaba razon. Encontró agotado el tesoro y en un año tuvo un escedente de 1.000,000 de escudos de oro; lo mismo sucedió en los años siguientes. Apenas se reunia 1.000,000 cuando lo hacia depositar en el castillo de Sant-Angelo, consagrándolo á la Santísima Vírgen y á los Apóstoles, como los padres del Antiguo Testamento conservaban sus tesoros en el templo, para no echar mano de ellos más que en circunstancias apuradas (7); economia errada, pero perdonable en una época en la que aún no se sabia que el dinero no tiene valor sino en tanto que se pone en circulacion. Sixto Quinto disminúyó los gastos y los empleos de la corte. Como encontró establecida la costumbre de vender los destinos, les subió de precio, é introdujo otros más. Aumentó los *monti*, *vacabili*; estableció impuestos sobre todos los empleos y víveres más indispensables, y llegó hasta alterar las monedas. De seguro es una concepcion estraña gravar al pais y contratar empréstitos, para conservar fondos improductivos. Fué, sin embargo, admirado, por que se admira siempre á la fuerza que consigue su objeto: y él llegó por estos medios á devolver á la tirania una parte de su eclipsado esplendor.

Causan admiracion sus proyectos grandiosos y fantásticos, á la par de tanta parsimonia y un modo de pensar tan positivo. Concibió la esperanza de destruir el imperio otomano, y negoció para esto con la Persia, los drusos y algunos jefes árabes. Hizo armar galeras, á las cuales la España y la Francia debian unir otras, al mismo tiempo que Estéban Batori saldria de la Polonia para romper la primera lanza. Cuando vió desvanecerse este proyecto, pensó en conquistar el Egipto, con intencion de reunir el mar Rojo al Mediterráneo, con objeto de volver el comercio á su antiguo camino; y hasta que llegase el momento de recobrar la Tierra Santa, se proponia robar el Santo Sepulcro para erigirle en Montalto, cerca de la Santa Casa de Loreto. Dícese tambien que entabló negociaciones con Enrique III, con objeto de hacerle adoptar á uno de sus sobrinos por heredero. ¡Tan persuadido estaba de que toda la cristiandad debia entrar en sus proyectos!

Es lo cierto que el pontificado se reponia después de tantas pérdidas, y no sacaba ya sus fuerzas de los tributos esteriores, sino del patrimonio romano. No podia aspirar á dominar en Italia, desde el momento en que los extranjeros se habian establecido allí: pero en cambio, el territorio no podia ser ya enajenado á sobrinos, y esto era el apoyo de la influencia espiritual. Los Estados de la Iglesia estaban florecientes y eran fecundos; proveian á Venecia, Génova y Nápoles. Ahora bien, se valúa que en 1589 se esportaron por valor de 500,000 escudos de trigo, además del lino de Faenza, los cáñamos de Perusa y Viterbo, que proporcionaba tambien lino, vinos de Cesena, Montefiascone y Orvieto, aceite de Rimini, maná de San Lorenzo, pastel de Bolonia, caballos de Campania, caza de Terracina, pescados, salinas, mármoles otras producciones alabadas por los embajadores y por los viajeros (8). Ancona reanimó su comercio con los griegos y los turcos; algunas casas tenian negocios por valor de 500,000 ducados al año, y llegaban caravanas de todos los paises. Los romañoles conservaban su reputacion de valientes: los mejores soldados se reclutaban entre ellos, y des-

(6) Siete cardenales obispos, suburbicarios, es decir, de Velletri, Porto Santa Rufina, Civitavecchia, Frascati, Albano, Palestrina y Sabina; cincuenta cardenales sacerdotes y los demás diáconos.

(7) En el mes de marzo de 1793 Cacault escribia á la Convencion nacional, que aun existia en el castillo de Sant Angelo un millon de escudos del tesoro de Sixto Quinto.

(8) Véase el *Viaje* de Montaigne y las *Relazioni d'ambasciatori*.

plegaron con Alberico de Barbiano y el duque Urbino, un valor digno de un objeto más noble.

El gobierno del papa se habia asegurado, así como los demás gobiernos italianos, restringiendo las franquicias municipales; las ciudades habian conservado en parte sus tierras y las hacian valer; varias de ellas administraban sus bienes, reclutaban soldados, imponian contribuciones y asignaban sueldos. Julio II no avasalló á ninguna, durante la guerra de Venecia, sin estipulaciones establecidas de antemano, y esta relacion especial de derecho público se llamaba *libertas ecclesiastica*. A veces los gobernadores eran seglares, pero las ciudades consideraban como un honor el que perteneciesen al clero. Habia en cada municipalidad: cuerpos que gozaban de privilegios, tales como los nobles, los ciudadanos y la misma municipalidad; pero no se conocieron nunca en los Estados Pontificios las constituciones provinciales (9). Estos Estados se asemejaban al veneciano, en el que la autoridad soberana se encontraba tambien en poder de los concejos, que con frecuencia tenian á otros concejos bajo su dependencia; y la corte pontificia dominaba á todas en Roma, como la nobleza en Venecia. Pero al paso que en Venecia el cuerpo supremo, compuesto de la nobleza hereditaria, consideraba los derechos del gobierno como una propiedad paternal, los elementos cambiaban en cada cónclave la corte romana, con la introduccion de los parientes y compatriotas, del nuevo papa. En Venecia los empleos se conferian por el cuerpo, en Roma por el jefe; en aquélla, severas leyes sujetaban á los gobernadores, en ésta sólo la esperanza del ascenso los mantenia en el deber. Las constituciones que daba Venecia eran más estables; la de los Estados del papa dependian de la voluntad del pontífice. Mientras que la clase media y el pueblo bajo permanecian tranquilos y laboriosos, los nobles, que desempeñaban la administracion municipal estaban en una inquietud contínua, sin ocuparse ni de industria ni de artes, y sin tener una educacion superior á la de las demás clases; no olvidaban los nombres de güelfos y gibelinos, que aplicaban á nuevas disensiones, se diferenciaban en el traje, «en el modo de cortar el pan. ceñirse la espada, llevar el penacho, un nudo ó una flor en el sombrero ó sobre la oreja.» No habia una ciudad ni una familia que no estuviese alistada bajo una ú otra bandera, y ejercian sus odios rodeándose de espadachines ó comprando sus servicios en la ocasion oportuna.

Esta desunion y las envidias quitaban á las ciudades la fuerza para sostener sus derechos municipales; pues cada faccion se dedicaba á ganar á su partido al nuevo legado, en lugar de tratar de contenerle; y se veia precisado á decidirse por uno ú otro. Los señores del campo que hacian ostentacion de hospitalidad y lujo tenian relaciones con los de la ciudad, pero con preferencia con los propietarios del pais que dependian de ellos á la manera patriarcal, y de los cuales algunos, que habian quedado libres, se apoyaban en una ú otra faccion, y desde entonces se dedicaban á agradar á aquel que estaba á su cabeza.

Resucitaban pues los desórdenes de la Edad Media y se aplicaban los mismos remedios. A veces las gentes pacíficas formaban alianzas, como la *Santa Union* organizada en Fano para reprimir los asesinatos y salteamientos (10), bajo juramento de sostener la paz pública, aun con peligro de su vida. Esta asociacion se estendió por toda la Romaña con el nombre de los *pacíficos*, y de aquí resultó una especie de magistratura plebeya, lo que naturalmente favoreció, tanto como las rivalidades de los concejos, los acrecentamientos del poder público. El Estado se fundaba así no sobre el órden, sino en las enemistades, la desconfianza y la oposicion entre la fuerza y la ley.

Durante las frecuentes vacantes del trono pontificio, las ciudades levantaban la cabeza, y los antiguos señores procuraban recobrar su dominacion; pero las ciudades y los señores debian permanecer siempre en la espectativa, por temor de que un pariente del papa ó algun cardenal no obtuviese derechos con detrimento suyo, á fin de indemnizarse con dinero ó manifestaciones, y á veces á viva fuerza. Si sucumbian en su tentativa, resultaba un aumento de cargas. Faenza festejaba todos los años el dia en que habia arrojado en una verdadera batalla á los suizos de Leon X (1521), Yesi, aquel en que se habia sustraido á la tirania del prolegado (1528). Ancona, por el contrario, permaneció sujeta por las tropas y una fortaleza (1532); á Perusa, que se habia negado á pagar el impuesto de la sal, se fulminó contra ella entredicho, y habiéndola vencido Pedro Luis Farnesio por las armas (1540), se abrogó sus antiguos privilegios (11).

Al oir las quejas universales de los extranjeros sobre la enorme cantidad de oro que se enviaba á Roma antes de la reforma, se creeria que abundaba allí mucho. Pero sucedia allí lo que en España; verdaderamente bien poco llegaba á poder del papa, que por el contrario se veia reducido á tal penuria, que Pio II tuvo que sujetarse á hacer una comida al dia por falta de dinero, y pedir prestados 200,000 ducados para la espedicion contra los turcos, pues habiéndose vendido la mayor parte de los empleos, los productos se quedaban en ma-

(9) Véase sobre esto á RANKE, *Die Fuste und die Volker*, etc.

(10) AMIANI, *Memorias de Fano*, II, 146.

(11) TONDUZZI, *Historia de Faenza*, pág. 609.

BALDASSINI, *Memorias históricas de la antiquísima ciudad de Yesi*, pág. 256.

SARACINELLI, *Noticias históricas de la ciudad de Ancona*, II, pág. 335.

MARIOTTI, *Memorias históricas, civiles y eclesiásticas de Perusa* (1806), pág. 113.

nos de los compradores. Contábanse en 1471 hasta seiscientos cincuenta empleos venales, cuya renta se valuaba en 100,000 escudos (12). ¿Qué recurso quedaba, pues, en los momentos de apuros? La creacion de nuevos empleos, indulgencias y jubileos, medio rentístico especial. Además se inventaban títulos y empleos nuevos, de los que Sixto IV abusó estremadamente. Inocencio VIII se vió precisado á empeñar hasta la tiara, y estableció un colegio nuevo de veinte y seis secretarios, por 60,000 ducados; Alejandro VI ochenta espedicionarios de breves, á razon de 750 escudos cada uno; Julio II les añadió otros 100 para los archivos al mismo precio; y se le alabó porque supo encontrar dinero en todas las ocasiones. Ahora bien, conseguia su objeto administrando la Iglesia como administraba el Estado, es decir, vendiendo y arrendando los empleos. Leon X, que además de las guerras que tenia que sostener desplegaba gran magnificencia, puso en venta cerca de mil doscientos empleos nuevos. Aquellos á quienes se les concedian, pagaban un capital cuyos intereses se les abonaban durante su vida; deben, pues considerarse estas operaciones menos como ventas que como empréstitos ó rentas vitalicias, que producian hasta el 8 por 100 del capital. Se atendia en parte á los gastos con un ligero aumento sobre las contribuciones de la curia, en parte con el escedente, que se sacaba de los municipios del Estado, de las minas de alumbre, del monopolio de la sal, y de la aduana de Roma.

Resultó de esto una prosperidad rentística tan grande, que ya no hubo necesidad de aumentar los empleos del Estado; por lo demás era él el que gastaba menos, en atencion á que no estaba obligado como los demás á sostener grandes ejércitos, que en todas partes son la ruina del erario público. Pero al momento que las arcas del Estado cesaban de dar un escedente, las rentas volvian á caer en el desórden. Ahora bien, tanto como consecuencia de la reforma, como en virtud de los obstáculos que habian puesto los soberanos á la esportacion del numerario, Leon X los dejó en un estado tan deplorable, que Adriano se vió en la necesidad de hacer un nuevo impuesto de medio ducado á cada vecino, lo que produjo gran descontento. Después de él Clemente VII recurrió á un empréstito simple de 200,000 ducados al 10 por 100, trasmisible á los herederos, *monte non vacabile*, asegurado sobre las aduanas; pero los capitalistas pretendieron tomar parte en la administracion de ellas. Los pontífices que siguieron aumentaron este empréstito. Paulo III introdujo otra innovacion, renunciando á aumentar el precio de la sal: estableció el *subsidio*, impuesto directo que prometió abolir después y que existia ya con diferentes nombres en los demás paises meridionales (13); 300,000 escudos se repartieron de esta manera á las provincias sin ninguna escepcion. Las ciudades se quejaron vivamente; Bolonia se emancipó pagando un capital en dinero contante. Fué, pues, preciso perdonar una parte, y hasta la totalidad á otras ciudades, y aun fué mucho si entró la mitad en las cajas del pontífice. Sea lo que se quiera, las rentas del Estado, que ascendian en tiempo de Julio II á 350,000 escudos, á 420,000 en tiempo de Leon X y á 500,000 en el de Clemente VII, llegaron cuando murió Paulo III á 706,423 escudos.

Fué sin embargo necesario en los tiempos que se siguieron, recurrir á nuevos espedientes, é imponer contribuciones sobre la harina, la carne y otros objetos, asignándolas siempre á los acreedores. Segun Gregorio Leti, los papas percibian por lo comun 1.270,000 escudos de oro, y además 414,000 por multas y derechos de cancillería. Sixto Quinto aumentó esta renta con nuevos impuestos exigiendo el pago de las deudas antiguas, aumentando las multas y haciendo pagar á los judíos la proteccion que obtenian del gobierno. Se vió precisado á ello por la necesidad de sostener á los católicos; fuese contra los protestantes ó contra los turcos; porque los papas unian el ejemplo á las exhortaciones. Los nuevos gravámenes eran acompañados de ventas y otras enajenaciones. Así fué, que aun cuando se aumentó el impuesto, la cámara apostólica apenas pudo aprovecharse de él.

El Estado pontificio llegó á contraer tantas deudas como los demás. La antigua independencia sucumbió á impulsos de una administracion regular, y las costumbres militares se perdieron desde el momento en que ya no se sostuvieron más que quinientos hombres de tropas, en su mayor parte suizos. Esta fué, no obstante, la época en que, por decirlo así, se renovó la ciudad de Roma. Los grandes desastres de los primeros tiempos de la invasion, la barbarie, las guerras intestinas, y tal vez aun más que lo demás, la traslacion de la Santa Sede á Aviñon, la habian despoblado. Cuando volvieron los papas (1377), no estaba habitada más que por vaqueros, que habian bajado de las montañas inhospitalarias á las llanuras que están á las orillas del Tiber, se habian alojado en miserable zaquizamís que forman estrechas y fangosas calles, oscurecidas por los aleros de los tejados, y con arcos que habia de una á otra cabaña. Los antiguos edificios estaban arruinados, las cabras pastaban en el Capitolio, las terneras andaban errantes por el Foro romano (14); y desde la iglesia de San Silvestre hasta la puerta de los Alamos (del Popolo), no habia más que huertos y panta-

(12) Manuscrito Chigi citado por RANKE, libro IV, párrafo 2, donde esta parte está tratada de una manera notable.

(13) En Nápoles, el *don gratuito*, en Milan el *don mensual*, en España *el servicio*.

(14) De aquí proceden los nombres de *Monte caprino*, *Foro boario*, *Campo vaccino*, que aun subsisten.

nos, á donde iban á la caza de gansos salvajes. Nicolás V fué el primero que resolvió adornar á Roma con edificios que estuviesen acordes con su majestad antigua y su nueva grandeza; sus sucesores siguieron su ejemplo, sobre todo Julio II y los Médicis. Nuevas construcciones poblaron las dos orillas del Tíber, que Sixto IV habia reunido por el puente que lleva su nombre. Puede decirse que Julio II, sin hablar de las maravillas del Vaticano y de la cancilleria, reedificó la ciudad baja y la calle Julia, paralela á la de Lungara. Los cardenales y príncipes construyeron á porfia palacios; y los de Riario, Chigi, Farnesio y los Orsini, rivalizaron en belleza con las construcciones antiguas, sobrepujándoles en comodidad (15).

El saqueo de Roma y la peste, la despoblaron de nuevo; pero en tiempo de Pio IV, volvieron otra vez á construir, y los palacios se edificaron sobre las solitarias colinas. Abandonóse el antiguo Capitolio por el nuevo, donde se levantó majestuosamente el palacio de los Conservadores, obra de Miguel Angel. La misma mano edificaba en el Viminal, á Santa Maria de los Angeles, adaptándole los admirables restos de las termas de Diocleciano; la puerta Pia se abria sobre el Quirinal y las nuevas basílicas no tenian nada que envidiar á las antiguas.

¿Pero podian las siete colinas poblarse completamente mientras les faltase el agua? Sixto Quinto se atrevió á emprender un trabajo digno de los antiguos señores del mundo. Trajo á la ciudad desde una distancia de veinte y dos millas, la *Acqua felice*, que saliendo de su estrecho sendero como dice el Tasso, saltó clara y límpida para contemplar á Roma tal como la vió Augusto. Hizo allanar el terreno cerca de la Trinidad de los Montes, y disponer la pendiente con numerosos escalones que reunieron esta plaza á la de España; abrió además la *Via felice*, y las demás calles que se dirigen á Santa Maria la Mayor. Con poca inteligencia de la hermosura clásica y de las grandes obras profanas, no tuvo escrúpulo en derribar el *Septizonio* del emperador Severo, para trasladar sus columnas á San Pedro: se proponia destruir el sepulcro de Cecilia Metella y otros más, que no le parecian otra cosa que escombros sin gracia. Derribó el antiguo palacio de los papas, venerable por su antigüedad y sus formas propias, para sustituirle el de Letran, obra que carece de carácter. A disgusto dejaba en el Vaticano el Laocoonte y el Apolo; y si toleró una Minerva en el Capitolio fué á condicion de que su lanza seria convertida en cruz. Quitó á las columnas Trajana y Antonina su carácter profano, haciendo estuviesen sobrepuestas de las estátuas de san Pedro y san Pablo, á fin de que desde aquel punto elevado los dos apóstoles pareciese que velaban sobre la ciudad de los mortales. Después de haber hecho levantar en el Vaticano el obelisco egipcio, hizo incrustar en él un pedazo de la verdadera cruz, á fin de que los monumentos de la impiedad estuviesen sometidos al símbolo de la fe en los mismos lugares donde los mártires habian sufrido tanto por ella. Los demás obeliscos de Letran y Santa Maria la Mayor de la plaza del Popolo se erigieron entonces; la cúpula de San Pedro se redondeó en los aires; los dos colosos que tenian inscritos los nombres de Fidias y Praxiteles se colocaron enfrente del Palacio Quirinal. Sixto Quinto aumentó la biblioteca vaticana y la imprenta griega y oriental, construyó tambien el gran hospital, á lo largo del Tiber, para dos mil pobres.

La poblacion, que en tiempo de Paulo IV ascendia apenas á cuarenta y cinco mil almas, en el suyo llegó á cien mil personas de todas las naciones, cuyas diferentes costumbres ofrecian el golpe de vista más estraño: estos extranjeros entraban al servicio de diferentes cardenales, haciéndoles una corte asídua, con la esperanza de que su patrono llegase á la suprema dignidad. Los favoritos y parientes de cada pontífice formaban después una nueva nobleza, cuyas fortunas se hacian con rapidez. Cuando en otro tiempo los nobles se agrupaban en rededor de las dos familias Colonna y Orsini, que estaban á la cabeza de dos facciones, constantemente enemigas, Sixto Quinto creó los *príncipes del solio*, que tuvieron derecho á permanecer cerca del trono pontificio cuando tenian capilla, y este derecho se confirmó á las dos familias rivales; resultó de ello que los demás se separaron de ellas; fuese por envidia ó por el sentimiento de su inferioridad.

Enteramente penetrado de las doctrinas del poder espiritual y de la idea de que el poder real se derivaba del del pueblo y de la Iglesia, procuró reunir los Estados católicos de Alemania, al emperador y al rey de España para el triunfo de la ortodoxia; pero vió sucumbir á la Liga en Francia, escomulgó á Enrique IV, á quien, sin embargo, estimaba: habiendo reconocido el peligro de dejar predominar la España, se inclinó á la Francia. De esta manera es como supo hacerse respetar y temer á la vez de los gabinetes europeos, pero fué el último pontífice que tomó una parte activa en las vicisitudes políticas.

Cuatro papas hubo en diez y seis meses. Después de Urbano VII (J. B. Castagna) (1590), ascendió al trono pontificio Gregorio XIV (Nicolás Sfondrati), que empleó contra Enrique IV los tesoros reunidos por Sixto Quinto, y devolvió el derecho de asilo á las iglesias y á los conventos; Inocencio IX (Juan Antonio Facchinetti), después Clemente VIII (Hipólito Aldobrandini, 1591), que sostuvo la balanza entre la España y la Francia, é hizo la paz entre ellas. Encontrando que las consultas no servian más que para poner trabas á los negocios y hacer perder tiempo, obraba por sí mismo, y no recurria á otro medio sino para promulgar sus resoluciones. Estableció tambien im-

(15) *Opusculum de mirabilibus novæ et veteræ urbis Romæ, editum á* Francisco Albertino. 1515.

puestos sin oir á los contribuyentes, y obligó á los barones á someterse á la justicia. Cuando llegó á una edad avanzada se dejó dirigir por el cardenal Aldobrandini, su sobrino, el que hizo prevalecer á la Francia. Enrique IV fué, pues, vuelto á bendecir, y ya no fué posible á la España influir despóticamente en las decisiones pontificias.

Paulo V.—Leon XI, de la familia de los Médicis, pariente de la casa real de Francia, no tardó en ceder el trono á Paulo V (Camilo Borghese) (1605), que fué contrario al partido francés. Pontífice muy estudioso, ascendido á la tiara sin ninguna intriga, conoció su dignidad, y se propuso realzar la autoridad moral del catolicismo. Canonizó á san Cárlos, aprobó las órdenes del Carmelo y de San Lázaro, quiso que el latin, el griego y el hebreo se enseñasen en todas las órdenes mendicantes para rivalizar con las universidades de Alemania, é impuso rigorosamente la residencia á los cardenales. Instruido como lo estaba en el estudio de las leyes, pretendió todos los derechos de la Santa Sede tales como resultaban de las decretales; y dió la última mano á la bula *In cœna Domini*, que se acostumbra á citar como el colmo de la arrogancia papal. Dejando á un lado las cosas de poca importancia, y despojándola de las frases en relacion con el espíritu de la época, escomulgó en sus veinte y cuatro párrafos á los herejes, bajo cualquiera denominacion que existan, á los que los defienden ó leen sus libros, á todos los que los tienen, los imprimen ó estienden, á los que apelan del papa al concilio, á los piratas y corsarios del Mediterráneo y á los que roban los barcos náufragos cristianos; á los que imponen á sus pueblos nuevas contribuciones ó aumentan las antiguas; á los que proporcionan á los turcos armas, hierro, instrumentos de guerra ó les dan consejos; á los que apelan de las prescripciones del papa á los tribunales seglares; á los que hacen leyes contra la libertad eclesiástica, ponen obstáculos á los obispos en el ejercicio de su jurisdiccion, embargan las rentas de la Iglesia, citan á los eclesiásticos ante un tribunal seglar, imponen contribuciones al clero, ocupan ó inquietan el territorio de la Iglesia, comprendiendo en él la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña.

Todos los obispos debian leer una vez al año esta bula á sus ovejas; pero cuanto más el papa estendia sus pretensiones, menos dispuestas se encontraban las potencias italianas á ceder. En Nápoles se condenó un librero á galeras por haber publicado la obra de Baronio contra la monarquia siciliana. En Luca los decretos de los empleados del papa no se admitian sino cuando habian sido aprobados por los magistrados. En Saboya se conferian los beneficios reservados al pontífice; en Génova se habian prohibido las asambleas convocadas por los jesuitas como motivo de manejo en las elecciones. Venecia hacia que se presentasen ante los tribunales ordinarios, sacerdotes culpables de varios delitos. Paulo V fulminó monitorias y escomuniones; pero como encontró más contradiccion que lo que esperaba, las moderó con prudencia. Aquel papa, que se mostró tambien muy espléndido con las artes, cometió la falta de favorecer demasiado á sus sobrinos.

Gregorio XV.—Después de su muerte, su faccion eligió á Gregorio XV (Alejandro Ludovisi) (1621), que débil é incapaz, abandonó las riendas á su sobrino Luis Ludovisi, para no ocuparse más que de las letras y de la religion. Aficionado éste al dinero, á los placeres y al fausto, tenia al menos gran habilidad para dirigir los negocios, y bordear en medio de la tempestad; entonces fué cuando se santificó á Ignacio de Loyola y á Francisco Javier, cuando el fraile Gerónimo de Narni, predicador de un talento notable, dió impulso á la congregacion *De propaganda fide*, á cuya obra contribuyó Luis Ludovisi con su propio peculio.

Aquel reinado, que fué corto, es memorable por razon de la bula con que se quisieron remediar los abusos del cónclave. Se conocian tres clases de elecciones: por escrutinio, en el cual era preciso que las dos terceras partes de los cardenales estuviesen acordes; por compromiso, cuando se facultaba á uno de ellos para el nombramiento del papa; por aclamacion, cuando el mismo nombre se proclamaba sucesivamente por inspiracion divina. Pero allí presidian demasiado las intrigas, y los imperiales y España pretendian dar leyes al cónclave, con lo cual se prolongaban las vacantes; y durante ellas, las bandas de Piccolomini y Sciarra se reunian de nuevo. En su consecuencia se estableció que los cardenales elegidos por el difunto se uniesen al rededor del cardenal, sobrino de éste, para elegir uno entre ellos; pero como casi nunca lo conseguian, se convertian en oposicion, y ordinariamente nombraban al papa en la eleccion sucesiva.

Urbano VIII.—Mateo Barberini, de una familia florentina, enriquecido en Ancona por el comercio, le sucedió bajo el nombre de Urbano VIII. Así como Clemente VIII leia á san Bernardo, y Paulo V las obras de Giustiniani de Venecia, Urbano VIII amaba los poemas modernos, componia versos, y llamó á Roma á Leon Allacci, á Lucas Holstein, á Abraham Echelense, y además á lo mejor de los italianos. Prohibió á los eclesiásticos todo comercio, toda ocupacion secular, y publicó mejorado el breviario, cuyos himnos corrigió él mismo. En una época en la que los títulos adquirian una importancia que habian perdido las cosas, confirió el de *Eminencia* á los cardenales, á los que se les llamaba antes monseñores reverendísimos.

Considerándose además como príncipe temporal, proyectaba fortificaciones; y cuando le enseñaban los monumentos de mármol construidos por sus predecesores, decia: «Yo los haré de hierro.» Cerró, construyendo el puente Urbano las fronteras de Bolonia, fortificó á Roma, rodeó de murallas el palacio de Monte Cavallo, sin respetar

las antigüedades del jardin Colonna; estableció en Tívoli manufacturas de armas, un arsenal y una guarnicion; declaró á Civitavecchia puerto libre, de manera, que los berberiscos iban á vender allí el botin cogido á los cristianos. Rodeado de gran esplendor, alabado como poeta y gozando de una salud de atleta, creia firmemente en su importancia personal, y obraba en todo con una autoridad absoluta, diciendo: «Entiendo los negocios mejor que todos los cardenales reunidos.» Como se le hiciesen objeciones sacadas de las antiguas constituciones papales: *La decision de un papa vivo*, contestó, *vale más que la de cien papas muertos*. Si se queria que adoptase una idea era necesario proponerle la contraria. Era designado como árbitro por toda la Europa; mision sublime si hubiese sabido desempeñarla dignamente. Pero charlaba con los embajadores, se entregaba á declamaciones, de tal manera, que no se podia llegar nunca á obtener un resultado; pues tanto el sí, como el no, eran dictados por el capricho y no por la reflexion.

En tiempo de este pontífice, la adquisicion de Ferrara y de Urbino aumentó el territorio del papa. Ferrara no habia sido feliz bajo el mando de Alfonso II (1559-97), último duque de Este, y Montaigne, que viajaba en aquella época por Italia, la encontró despoblada. El puerto de Primaro y el de Volano estaban destruidos por las arenas, en atencion á que el duque ocupaba en sus propias tierras á los trabajadores destinados á sostener los diques y regularizar el derrame de las aguas; además gravaba á sus súbditos con contribuciones de todas clases, ejercia el monopolio de la sal, del aceite, de la harina y del pan: estaba prohibida la caza, escepto á los nobles por algunos dias y sólo con tres perros; todo el que violaba las prohibiciones era ahorcado. Sólo la corte habia adquirido un gran brillo por medio de una política tortuosa que contribuyó á sostenerla, al paso que los demás principados se arruinaban en su rededor; además el favor que concedia á los literatos, asociaba sus alabanzas á la inmortalidad de algunos de ellos. Juan Bautista Pigna y Montecatini, profesores en la universidad, llegaron á ser sucesivamente primeros ministros sin interrumpir sus trabajos y lecciones. A Bautista Guarini se le envió en calidad de embajador á Venecia y á Polonia; Francisco Patrizi fué el objeto de aduladoras caricias. Abriéronse discusiones académicas en el palacio ducal; construyéronse teatros, en los que se inventó y perfeccionó la poesia pastoril. Espléndidas fiestas, representaciones, torneos, en los que figuraban hasta cien caballeros; proporcionaban ocasion de reunir gran número de extranjeros, ante quienes se desplegaba la cortesania del príncipe y de las damas cantadas por el Tasso. Pero la proteccion que Alfonso concedia á las letras era orgullosa é intolerante. Habiendo dejado conocer el Tasso la intencion de oir á los Médicis, que le llamaban á Florencia, le retiró su favor y privó de la libertad. El ilustre predicador Panigarola, atraido con muchas instancias á Ferrara, fué desterrado con violencia cuando habló de ir á hacerse oir á otra parte.

Privado Alfonso de posteridad, procuraba evitar que sus súbditos cayesen bajo un yugo extranjero. A pesar del estatuto de Pio V, que prohibia poner en feudo los Estados reversibles á la Santa Sede, obtuvo del emperador que los suyos pasarian á su sobrino César, que se revistió con el manto ducal (1597), en medio de una alegria tanto más grande, cuanto que los de Ferrara habian temido perder su independencia. Pero Clemente VIII revindicó sus derechos, que sostuvo con las armas y las escomuniones. César se vió, pues, obligado á renunciar á Ferrara y á Comacchio para retirarse á Módena, donde fué el tronco de la línea ducal que subsistió hasta 1797. El papa, por medio de favores, se concilió la nueva adquisicion, reintegró los privilegios municipales, formando un consejo de veinte y siete miembros de la alta nobleza, cincuenta y cinco de la pequeña nobleza y de los notables de la clase media, y diez y ocho de las corporaciones. Construyóse una fortaleza en el barrio más populoso; pero los habitantes del pais sintieron, como era de costumbre, una dominacion que habian aborrecido en la época de su esplendor, y Ferrara quedó despoblada.

Federico de Montefeltro, conde de Urbino, vivió en continuas guerras al sueldo de otro, edificó el castillo de Urbino, uno de los mas hermosos de Italia, en el que gastó 200.000 ducados y adornó con las obras maestras del arte, sin contar una rica biblioteca, y concluyó por obtener el título de duque. Guidobaldo, que sirvió tambien al sueldo del papa, fué desposeido por César Borgia, y volvió á su ducado, cuando éste sucumbió. Julio II le colmó de favores, é hizo que eligiese por heredero al sobrino de ambos, Francisco Maria de la Rovere, que habiéndole sucedido, se hizo útil al papa como capitan general de la Iglesia. Leon X se dedicó á rebajarle, con el objeto de ensalzar su casa; fulminó contra él la escomunion y le arrebató su ducado, con el que invistió á Lorenzo de Médicis; pero Francisco Maria fué reintegrado en sus Estados en tiempo de Adriano VI, y contado entre los mejores capitanes de la época, como tambien Guidobaldo II, su sucesor.

El ducado de Urbino comprendia siete ciudades y cerca de trescientas aldeas, con una costa marítima muy fértil y risueñas montañas; la renta ascendia á 100,000 escudos, cuando prosperaba el comercio de granos de Sinigaglia. Los príncipes ganaban, además, considerablemente al sueldo de los Estados extranjeros, y producian de esta manera al papa más de lo que le costaban. Fastuosos y literatos, como no procuraban extender su poder á espensas de los estatutos locales, eran bien vistos de los habitantes. Francisco Maria II, hijo de Guidobaldo, vivió mucho tiempo en la corte de Felipe II, y se vió precisado á casarse con Lucrecia de Este. Se unió, pues, á la edad de veinte y

cinco años, y con costumbres enteramente guerreras, á una mujer de cuarenta; resultaron discordias domésticas, y por último, una separacion. Después de la muerte de Lucrecia, el pueblo acogió con trasportes de alegria el nacimiento de un heredero que el duque tuvo de su segundo matrimonio; pero habiendo cedido el padre más tarde la dominacion á aquel mancebo, éste abusó de ella, y ufano con el poder, representó en el teatro y se abandonó á la embriaguez, tanto que un dia se le encontró muerto. Francisco María se vió precisado á recobrar un poder que no queria, y vió su herencia disputada entre el papa, á quien debia volver, y el emperador, que pretendia tener derechos á ella; lo que le indujo á dar pasos en oposicion á su voluntad. Apenas cerró los ojos, cuando sus bienes alodiales se concedieron á Florencia y el resto se confiscó por Urbano VIII, á pesar de los mismos sobrinos del pontífice, que deseaban ser investidos con ellos.

Como Urbano, engañado por ellos, no obraba sino á su capricho, se habian atraido el odio popular. Los ducados de Castro y Ronciglione, feudos pontificios, que llegaban hasta las puertas de Roma, eran particularmente el objeto de su ambicion: pertenecian á los duques de Parma, que habian abandonado su administracion á un *monte*, creado por ellos en Roma para la extincion de sus deudas. Odoardo Farnesio resistió á las instancias de los Barberini y se concilió el afecto del papa, prodigándole elogios como poeta; pero un dia se presentó á él armado de punta en blanco como para quejarse de los excesos de sus sobrinos, que habian llevado la insolencia hasta á atentar á su vida. Desde aquel momento, los Barberini no se ocuparon más que de arruinarle, poniendo por obra las medidas prohibitivas, las instigaciones para con sus acreedores, y concluyendo por declararle la guerra á mano armada, con acompañamiento de monitorias, seguidas de escomunion y confiscacion de sus bienes. Viendo Venecia, la Toscana y Módena, inminente una guerra italiana, se armaron para sostener á Farnesio, que marchó sobre Roma mientras que las tropas pontificias invadian sus Estados. El papa, que no estaba instruido de nada, se asustó al verle tan cerca. Los embajadores extranjeros se interpusieron, y á despecho de las intrigas de los Barberini, se firmó la paz en Venecia y las cosas volvieron á su primer estado, esceptuando que el papa y el duque de Parma habian arruinado sus rentas; y tal vez este resultado, unido á las quejas del pueblo, abrevió los dias de Urbano (1644).

Estos son de seguro muy pequeños intereses, en comparacion de aquellos por quienes hemos visto al papado prodigar sus esfuerzos en los siglos intermedios, cuando llamaba al mundo á la civilizacion evangélica, y defendia los derechos de la humanidad contra los abusos y los tiranos de toda clase, sin inquietarse del reino de la tierra, para asegurar á los cristianos el de los cielos, es decir, la verdad, la moral y la justicia.

CAPÍTULO XXIX

ESCANDINAVIA.

Cristian II.—Continuaba la Uuion de Calmar (1), y en el reino unido de Dinamarca, Noruega y Suecia, Juan tuvo por sucesor á Cristian II en 1513. Dotado éste de un carácter fogoso é inflexible, sus maestros le educaron entre gentes vulgares, para inspirarle ideas de igualdad: de modo que se acostumbró á las tabernas y otros lugares perniciosos, al paso que sus pedantes directores se obstinaron en que aprendiese el latin; inspirándole con ello aversion á todo estudio. Ocupado después en sofocar las rebeliones contra su padre, se habituó á una severidad sanguinaria; de suerte que existió en la memoria de los escandinavos como un monstruo, cuyos delitos se exageraban, cual acontece á los representantes de un partido que sucumbe.

Trabó relaciones con la hermosísima Dyveke, cuya madre Sigbrit Willins, frutera de Amsterdam, era de un ingenio superior á su baja condicion y á sus costumbres. Esta mujer, de las crónicas de los charlatanes, barberos y aventureros que frecuentaban la posada que abrió én Bergen, tejia relaciones relativas á los casos que ocurrian en la ciudad y en las familias, de cuyas relaciones estaba tan entusiasmado el príncipe como de la hermosura de la hija de la posadera. Además estaba enterada de las instituciones de los Paises-Bajos y de su comercio; y sabia discurrir sobre política con una seguridad y buen criterio, que formaban un estraño contraste con la ignorante é importuna presuncion de los pedantes. ¿Qué estraño es que Cristian se entregara enteraménte á esas dos mujeres? Ni el trono, ni el matrimonio, ni la muerte de Dyveke disminuyeron el poder de la Sigbrit, que supo inspirarle sus bajas pasiones, la envidia contra el clero y los nobles, y los celos contra los anseáticos, poniendo á su lado gente de su clase, y hasta un charlatan por confesor.

Los daneses y noruegos le aceptaron por rey, pero poniéndole nuevas restricciones, y entre ellas la de ceder á los nobles la jurisdiccion criminal en los casos en que la pena no excediese de una multa de cuarenta marcos, y no dar paso alguno para asegurar á nadie su sucesion. Estas trabas eran intolerables para Cristian, que siempre procuraba humillar á la nobleza y al clero, frenos de la autoridad real, y á la liga anseática tirana de la Escandinavia; manifestando en estos proyectos una capacidad activa, un ingenio penetrante, y una firmeza que rayaba en ferocidad.

Tambien la Suecia le reconoció como rey (1518); pero como Stenon Sture II, administrador del reino, tardaba en restituirle el trono, Cristian marchó á aquel país con un ejército. Derrotado luego recurrió á Leon X, quien habiendo intimado inútilmente á Stenon Sture que cediese el reino, excomulgó á la nacion; pero produjo mayor efecto un gran ejército, con el Cristian llevó una cruda guerra, secundada por las sectas que habian renacido, y que favorecieron á los daneses. Gustavo Troll, arzobispo de Upsal, hijo del competidor de Stenon Sture II, rehusó el juramento á los Estados Generales, y lo depusieron violentamente. Cristian prometió ir á Estokolmo para tratar con el administrador, á fin de que se le diese un salvo conducto y rehenes; pero apenas tuvo estos, se los llevó á Dinamarca. Después volvió con su ejército engrosado con aventureros de Alemania, Prusia, Polonia, Escocia y Francia, y avanzó libremente, aprovechándose de los hielos, que fueron teñidos con sangre de horrorosas batallas. Stenon Sture pereció, y con él el entusiasmo contra los daneses, que en vano procuró reanimar su viuda Cristina

(1) Tom. IV, pag. 486.

Gillenstierna, la cual defendió á Estokolmo varonilmenté por espacio de siete meses (1520); y Cristian ocupó el reino prometiendo amnistia y confirmando los privilegios.

Matanza de Estokolmo.—Se dice que la Sigbrit le impulsó á exterminar la nobleza sueca, y que concertó los medios con su confesor y con los obispos de Upsal y de Odensea. Coronado Cristian y celebrada su coronacion con fiestas públicas por espacio de tres dias, el cuarto se instruyó un inícuo proceso, imputando á los nobles todas las faltas por las cuales habian merecido la escomunion (noviembre); obispos, senadores y nobles fueron aprisionados juntamente con Cristina, anunciándoles que iban á morir, y sin sacramentos como excomulgados. Se mandó á los ciudadanos, que todo lo ignoraban, no saliesen de sus casas; y al momento bajaron del castillo noventa y cuatro personas de la más elevada categoria, con los vestidos de gala con que habian ido á la corte, las cuales, proclamando su inocencia y exhortando al pueblo á sacudir aquel indigno yugo, fueron degolladas. A la mañana siguiente se ahorcaron las familias de los condenados y muchísimos ciudadanos, cuyos cadáveres se dejaron en las horcas hasta que la putrefaccion llegó á ser insufrible. Otros muchos fueron llevados á las cárceles de Dinamarca; se expidieron bandos por todas partes para descubrir á los que se habian ocultado, desarmar á los campesinos y desahogar la rabia nacional; y Cristian, declarando que de este modo habia ejecutado la sentencia de la Iglesia, y que Suecia ya estaba limpia de pecado, volvió á Suderköping pasando por en medio de otros seiscientos ahorcados con que habia adornado el camino su ministro Clauss Holst. A su llegada hizo ahorcar al mismo Claus; y después, como un juez que ha pronunciado una justa sentencia, se dedicó á mejorar las leyes de Dinamarca, las costumbres, el comercio, é introdujo el luteranismo.

La contradiccion que aparece en los actos de Cristian no puede explicarse sino por aquellas exageraciones naturales que producen los partidos religiosos y politicos. Se enlazó con la familia más poderosa de Europa, contrayendo matrimonio con una austriaca, hermana de Cárlos Quinto, con la cual fueron varios holandeses y flamencos que fundaron una colonia agrícola en la isla de Amac, enfrente de Copenhague, convirtiendo aquel estéril desierto en un ameno jardin, é introduciendo en el reino las legumbres de Flandes; reprimió la pirateria inglesa; hizo reconocer por un tratado con Enrique VIII, los derechos de los navegantes daneses, para los cuales tambien consiguió que Basilio IV de Moscovia confirmase los de poder residir en Novogorod con privilegios iguales á los de los anseáticos, convirtió á Copenhague en emporio general, trasladando de Elsinger á esta ciudad la aduana del Sund; y publicó leyes favorables al pueblo, sin consentimiento del Senado. Una de ellas protegia á los campesinos contra la codicia de sus amos y el tráfico de los hombres, permitiendo á los que fuesen maltratados que se estableciesen en otras tierras, como se acostumbraba en Escania, Jutlandia y Fionia. Impidió que fuesen despojados los náufragos, y trató de reformar el clero. «Todo el que tiene la cura de almas, decia una ley, debe residir entre ellas: un obispo no llevará más de doce ó catorce personas de comitiva cuando viaje: ni más de veinte un arzobispo. Ningun eclesiástico podrá adquirir tierras; y el que quiera hacer legados á iglesias ó conventos, los hará en dinero, no en fincas.» (2) Quitó las atribuciones judiciales al Senado, y las sometió á un tribunal soberano que siempre debia seguir al rey: se esforzó en elevar los campesinos al grado de privilegiados, y con muchos impuestos pudo aumentar sus tropas permanentes.

Pero su malísima educacion, la contradiccion que le oponian las costumbres servilmente groseras de sus súbditos, y la arrogancia de los anseáticos, le hicieron recurrir á medidas feroces. Sus indignos favoritos aumentaron su odio, y especialmente aquel falso confesor Slaghöck, obispo de Skara, que habia dejado de gobernador de Suecia, donde se preparaba una venganza de la matanza de Estocolmo.

Gustavo I Wasa.—Gustavo Ericson Wasa, de familia senatorial, era hijo de una de las víctimas. Preso como otro de los rehenes de Cristian que temia á los talentos y al valor, pudo librarse de sus carceleros y huyó á Lubeck, donde obtuvo los medios de entrar en Suecia. Esperaba encontrar por todas partes el despecho nacional y el sentimiento de la venganza; pero en vez de ello solo halló desaliento, sólo oia pusilánimes consejos para que hiciese lo que los demás, resignarse y callar. Sin embargo, informados los dalecarlianos de la matanza de Estokolmo, y añadiéndose que el rey queria cortar un brazo y una pierna á todos los campesinos, prestaron oidos á Wasa, tanto más, cuanto que observaron con feliz augurio que mientras hablaba, no cesó de soplar el viento Norte, y al momento siguió la insurreccion, que muy pronto fué propagada. Combatian indisciplinados con tropas regulares; pero Wasa lo suplia todo con su actividad y firmeza. Fijó su residencia en Hedemora, donde estableció fábrica de armas y de moneda, sufriendo y trabajando por sí mismo (1521). Con la victoria se aumentó el número de sus trpas, y se mejoró la condicion de su ejército; se apoderó de Upsal, y en la Dieta de los nobles fué proclamado administrador del reino, no queriendo admitir el título del rey, mientras durase la tirania. Sitió á Estokolmo, y Slaghöck huyó á Dinamarca, donde la Sigbrit le apoyó en tales términos que consiguió elevarlo á arzobispo de Lund; pero la

(2) Promulgó dos códigos: el de las *Leyes eclesiásticas* en 26 de mayo de 1521; y las *Leyes políticas* en 6 de enero de 1522.

corte romana que ejercia por las últimas veces su derecho de vengadora de los desafueros regios, envió á fray Juan Francisco de Potenza á pedir cuenta de la matanza de Estokolmo. Este fraile conoció que no era posible librar de culpabilidad al rey si no se probaba que otros eran los culpados. y se la imputó á Slaghöck que por ello fué condenado á la horca y al fuego.

Lubeck ayudó á los insurgentes. Cristian reunió los Estados de Jutlandia para tener medios de engrosar su ejército; pero algunos obispos y senadores se confederaron contra él (1522), como violador de los tratados, en cuya virtud reinaba, y eligieron á Federico, duque de Schleswig-Holstein, que se alió con Lubeck y declaró guerra á Cristian. Entonces su antiguo valor y su firmeza le abandonaron, pues poseyendo todavia mucho, huyó con su familia, los archivos, las joyas de la corona, los tesoros y la Sigbrit que se sustrajo del furor del pueblo escondida dentro de un tonel.

Federico I.—*Mi nombre deberia estar escrito en la puerta de todos los malos príncipes*, decia Munz, capitan de justicia del Jutland, cuando notificó á Cristian que «los nobles y el clero le despedian por haber violado sus privilegios.» El *Neron del Norte* fué reemplazado por su tio Federico I, duque de Holstein, é hijo de aquel Cristian que fué el primero de esta casa que habia reinado sobre los tres reinos escandinavos. Pero en Suecia fué proclamado rey Gustavo Wasa, y rendido Estokolmo, quedó anulado el tratado de Calmar. La union formada por él habia sido causa de mútuas desgracias. El rey se hallaba imposibilitado de obrar con firmeza por las pretensiones del Senado, el cual, en circunstancias graves, se reunia sin su consentimiento com represeentante de la nacion, quitando de este modo toda unidad de accion; los nobles usurpaban los antiguos dominios de la corona, y los reyes con frecuencia tenian que buscar subsidios, y la negativa de estos producia rebeliones.

Dinamarca.—En Dinamarca, el reinado de Federico I fué sin cesar turbado por las tentativas del destronado y de la Reforma. Las ideas nuevas habian ya penetrado en tiempo de Cristian II, que las dejaba pulular para humillar al clero. Pablo de Elias, prior de los Carmelitas en Copenhague, explicaba en lengua nacional los sermones alemanes de un tal Martin; pero el pueblo se mofó de aquel apóstol, que no tenia el don de lenguas, de modo que tuvo que marcharse, y el prior volvió á la senda de la verdad. Sin embargo, Juan Tausen de Fionia, discípulo de Lutero, proclamó sus doctrinas en Copenhague, y la primera profesion pública se hizo en Malmoe (1527). Federico, que estaba imbuido en ellas, permitió la libertad de conciencia, asegurando, empero, los bienes al clero católico «salvo el caso de ser despojado de ellos en virtud de una ley;» correspondia á los cabildos exclusivamente la eleccion de los obipos y al rey confirmarla, quitando á Roma toda intervencion. Moderacion imposible: de modo que muy pronto se presentó una confesion de fe en cuarenta y tres artículos, calcada sobre la de Augsburgo; los protestantes se entregaron á sus acostumbrados excesos contra las imágenes y después contra los hombres (1530). Los católicos se resistian y principalmente la Noruega y la Islandia que odiaban la Reforma cual una tirania danesa.

El destronado Cristian confió obtener ventajas de aquel estado turbulento, y adornándose con gran celo católico, al mismo tiempo que su mujer recibia la comunion en Nuremberg para atraerse los príncipes protestantes, auxiliado por su cuñado Cárlos Quinto y varios señores alemanes, desembarcó en Noruega. Los católicos escandinavos le ofrecieron subsidios y hasta la plata de las iglesias; pero muy pronto se halló en tan apurada situacion que tuvo que rendirse á su tio (1532), el cual faltando á su palabra. lo confinó al castillo de Sonderburg. donde paso veinte y siete años en compañia de un enano; y la compasion llegó á hacer olvidar la matanza de Estokolmo y maldecir á su carcelero.

Cristian III.—Federico, tanto por religion como por política, hizo causa comun con los enemigos del Austria y con la liga Esmalcáldica: mandó que los noruegos jurasen no recibir otrorey sino el elegido por los daneses; pero en vez de seguir el movimiento general de aquel siglo hácia la monarquia, consolidó en este pais la nobleza, la cual, en la eleccion de Federico, aseguró el derecho de vida ó muerte sobre los campesinos, y de imponer contribuciones sin medida; y esto la hizo poderosa y casi independiente. Sin embargo, eran peores los inconvenientes de un reino electivo. Ocurrida la muerte de Federico (1533), su primogénito Cristian III, después que recibió homenaje del Schleswig y del Holstein, concurrió como aspirante al trono de Dinamarca; pero los prelados quisieron posponerle á Juan (3), su hermano segundo, alegando que hablaba el idioma del pais, mientras que el otro se consideraba aleman, si bien el verdadero motivo era por haber sido educado como católico. La Dieta declaró entre tanto el interregno, del que pensó aprovecharse Lubeck.

Guerra del conde.—En la república de Lubeck, mientras la antigua aristocracia no queria más que comercio, una nueva administracion democrática ambicionaba las conquistas, y esperaba hacerse árbitra de la Escandinavia y del Báltico. Jorge Wullenweberg. burgomaestre, que habia ido de embajador á Copenhague para sondear los ánimos, y Marcos Meyer, albéitar, que llegó á ser almirante de la república, dispusieron la trama; y no habiendo accedido Cristian II á las condi-

(3) Adolfo, su hermano tercero, fué el tronco de los duques de Holstein-Gottorp, y, por consiguiente, de los emperadores de Rusia, reyes de Suecia y grandes duques de Oldemburgo.

ciones mediante las cuales ofrecian reponerlo en el trono, propusieron dar la Dinamarca á Enrique VIII, rey de Inglaterra, y la Suecia á Svante Sture, hijo de Stenon Sture, que habia sido administrador de aquel reino. Tal vez sólo querian engañar con promesas al inglés, con cuyo dinero pusieron en pié un ejército, confiando su mando á Cristóbal, conde de Oldemburgo, el cual no poseia otra cosa que una espada bien reputada, y el saber leer á Homero en el original. Cristóbal se dedicó á sostener á las clases bajas y los católicos; pero en realidad sólo trabajaba para sí mismo, al paso que los de Lubeck le creian ciego instrumento de sus ocultos proyectos, y Cristian II se lisonjeaba de que combatia por reponerle. De este modo engañaba á todos; pero la verdadera contienda estaba entre nobles y plebeyos, entre protestantes y católicos, y entre los comerciantes alemanes y los de los Paises-Bajos para excluirse del Sund.

Entonces los daneses, derrotados en todas partes y presa de los horrores de una mortífera guerra, se apresuraron á unir sus votos en favor de Cristian III (1531), quien, con su valor, varió el aspecto de la guerra y concluyó una paz ventajosa con los de Lubeck. Asegurado en el trono, reunió á los senadores seglares para destruir el poder episcopal, y ponerle en manos del rey; estableciéndose en su consecuencia que los cabildos, universidades, escuelas é iglesias conservasen sus posesiones y rentas; que fuesen confiscados los bienes de los conventos; despojados y arrestados los obispos, y que el sucesor al trono se eligiese durante la vida del rey.

Juan Bugenhagen, discípulo y colega de Lutero y apostol de las ciudades anseáticas, fué llamado para organizar la Iglesia. Los obispos fueron sustituidos por *superintendentes* con el título puramente honorífico de obispos, elegidos por los priores de las diócesis, así como éstos por los ministros, y los ministros por los nobles de la parroquia; al lado de cada obispo se puso un bailio para que regulase las cósas temporales; de modo que el clero *evangélico* obtuvo muy poca parte de la autoridad que el católico gozaba. Por consejo de Lutero conservó el rey las canongias para recompensar con ellas el mérito.

La clase media todavia tenia muy poco poder en un pais de escaso comercio; así es que la revolucion resultó toda en favor de los nobles, los cuales, libres ya de todo obstaculo, se arrogaron exorbitantes prerogativas, en términos que no se podia conferir ningun empleo importante sin su consentimiento. Tal constitucion subsistió hasta el año 1660, en el cual la necesidad de resistir á los suecos, obligó á proclamar la monarquia absoluta. La Noruega, por haber favorecido á Cristian II, fué incorporada á la Dinamarca, conservando las leyes y asambleas nacionales. Sólo á viva fuerza se aceptó la nueva religion en Islandia.

Cristian III hizo alianza con Francisco I de Francia (1541), comprometiéndose a auxiliarse mútuamente para cerrar el paso del Sund. Esto arruinaba el comercio de los Paises-Bajos, y de aquí resultó el rompimiento con Cárlos Quinto; pero se reconciliaron en la paz de Spira (1544), en la que Cristian renunció á sus compromisos con la Francia, y devolvió á los ciudadanos de Amsterdam sus antiguos derechos de navegacion en el Báltico.

Suecia.—Ya dijimos cómo se separó de Dinamarca la Suecia, la cual por la Reforma fué elevada á una altura á que jamás habria podido aspirar. Reinando todavia Cristian II de Dinamarca, fué á Escandinavia como legado del papa Juan Angel Arcimboldo para propagar las indulgencias, y por 1,100 florines del Rhin obtuvo permiso del rey para hacer correrias por el pais, cometiendo los acostumbrados desafueros; pero como se enriqueció de este modo, Cristian le hizo confiscar su bajel, presa que se estimó en 20,000 ducados.

Después Olao y Lorenzo Phase, hijos del mariscal Pedro, educados en Witemberg, predicaron en su patria las máximas de Lutero; pero la Reforma no debia nacer allí como en Alemania de una lucha entre las opiniones religiosas, gerárquicas y políticas, convertidas tal vez en profundas convicciones, sino por medio de un golpe de Estado. Erico Troll, arzobispo de Upsal, cubriendo su designio de destruir el partido nacional, con el velo de la religion, hizo juzgar á los rebeldes como herejes, en nombre de Leon X. No fué preciso más para hacer odiosa la religion de Roma, y Gustavo confundió este odio con el que tenia á los daneses. Así pues, apoyado, no ya en la nobleza, sino en todas las fuerzas vivas de la nacion, llegó Gustavo á ser rey de Suecia (1523), y favoreció la reforma, por no verse obligado á prestar, como sus predecesores, el juramento de respetar al clero. Habiéndose hecho sospechosos dos obispos de maquinar en la Dalecarlia, se presentó él mismo como su acusador y casi como su verdugo, esponiéndolos á los mayores ultrajes antes de entregarlos al hacha del ejecutor. Sin embargo, antes de pronunciarse de una manera decisiva, esperó que las ideas de los reformados se estendiesen por el pais, y que Cárlos Quinto y Clemente VII estuviesen ocupados en combatir las maquinaciones uno de otro, para que no pensasen en ocuparse de la Suecia. En el interin, tranquilizó con protestas hipócritas las aprensiones de los obispos; eligió para los empleos vacantes personas con cuya debilidad podia contar, y no tuvo escrúpulo de faltar al honor y á la conciencia para establecer una religion, que por su carácter monárquico encontró oportuna á sus designios (4).

Por sus órdenes la nobleza, los obispos, el burgo maestre y un oficial municipal, de cada una de

(4) AGUSTIN THEINER.—*Esfuerzos hechos en los tres últimos siglos por la Santa Sede, para volver á la unidad católica de que se han separado por la herejía y el cisma á*

las ciudades, además de seis campesinos por cada jurisdiccion y tres ó cuatro canónigos, por capítulo, se convocaron en Westeras (1527). En el banquete preliminar dió la preeminencia sobre los prelados á los nobles, á quienes habia prevenido viniesen armados. Después espuso en la asamblea de qué modo habia empleado en provecho del Estado los grandes impuestos que pesaban sobre el pueblo; pretendió saber que los eclesiásticos se quejaban de que no tenia consideracion á sus votos; pero que era preciso pensar en curar los males del Estado dando al rey subvenciones convenientes y restituyendo á los nobles los bienes enajenados por la imprudencia de sus antecesores. Habiendo declarado el clero no poder consentir en la espoliacion de las iglesias, añadió: «En este caso no puede reinar y abdico;» después se retiró. Este fué un golpe maestro; pues la asamblea le envió á suplicar que volviese, y desde entonces ya no pudo negarle nada. Decidióse, pues, que los bienes de los obispos, de los capítulos y de los conventos, se reunirian á los dominios de la corona, que por su parte determinaria la suma que destinara para sostenimiento del clero, designaria los predicadores, y fijaria la circunscripcion de las parroquias.

De esta manera se estableció legalmente en Suecia la religion reformada antes de serlo en Alemania; pero como al clero interior no agradaba el luteranismo, el rey, en calidad de jefe de la iglesia, estableció en el concilio de Œrebro (1529) una liturgia modelada segun la liturgia luterana, que ofrecia una estraña mezcla, pues no abolia las ceremonias católicas, á diferencia de la liturgia alemana, y conservaba en parte la gerarquia. Lorenzo Phase, hijo de Pedro, principal apóstolde la reforma, fué promovido á la silla de Upsal; pero como queria proceder con violencia, y no se prestaba á dejar que se destinasen los bienes eclesiásticos á objetos profanos, cayó en desgracia del rey (1531). Con objeto de vencer todas las resistencias, recorrió Gustavo el reino á la cabeza de un numeroso ejército, teniendo cuidado de enviar á predicar la reforma á los puntos á que se dirigia; después llegaba para desposeer á los eclesiásticos, y alojar su caballeria en los monasterios.

El clero poseia las dos terceras partes de las tierras, que habia conquistado con esfuerzos seculares sobre una naturaleza ingrata, obtenido en cambio de la civilizacion, de la agricultura enseñada al pais y de la educacion que se daba en los monasterios. Gustavo creyó enriquecerse confiscándolas; pero le fué preciso recurrir á otros medios para procurarse dinero. No dejó más que una sola campana en las iglesias, percibió y se aprovechó del diezmo que le pagaban, y sometió tambien á los nobles al impuesto. Reconociendo la importancia del comercio, trató de atraer á sus Estados el de Rusia. En 1558 la Suecia tenia veinte y nueve barcos de guerra y más de cien buques mercantes; sin embargo, á la muerte de Gustavo, no se contaban en Estokolmo más de doscientas nueve personas que hacian el comercio ó vendian en tienda, y doscientos trece artesanos entre maestros y obreros.

De esta manera se regeneraba la Suecia. Los nobles habian entregado su patria á la Dinamarca, y la Dinamarca los habia arruinado y diezmado; el clero se habia separado del pueblo para favorecer á los extranjeros, y habia sido avasallado de un solo golpe; las dos aristocracias se encontraban, pues, abatidas, y la monarquia se elevaba sobre sus ruinas. Gustavo, más civilizado que el resto de su nacion, y espresándose con más facilidad, llamaba á los extranjeros á su corte; usaba trajes suntuosos, daba fiestas y banquetes espléndidos, y hasta hacia ejecutar conciertos, cuando la música era detestada de los suecos antes de su época. Resultó de esto, que á pesar de su hipocresia y crueldad, fué más amado de sus súbditos que ninguno de sus predecesores; y la alianza que concluyó con Francisco I le puso en comunicacion con la Europa. Las rebeliones que agitan por lo comun á un reinado nuevo, por consecuencia del choque de los intereses y afecciones, fueron numerosas en el suyo, y sobre todo en la Dalecarlia, donde los católicos se habian refugiado. Eran fomentadas allí por Lubeck, que queria recobrar su perdida influencia sobre la Escandinavia. Gustavo fingió acoger las quejas de aquellos campesinos robustos é irritados, que habian sido los principales artífices de su elevacion; dió tambien salvo-conductos á sus jefes; después, llegando con su ejército los derrotó en una batalla, los asustó con los suplicios, y el catolicismo se estirpó de la Dalecarlia, cuyos habitantes fueron despojados de los derechos que les eran tan queridos.

Erico XIV.—Los Estados, reunidos en Œrebro en 1540, declararon la corona hereditaria en la línea masculina, lo cual hizo ascender al trono á Erico XIV; pero Gustavo dispuso (1560) por cariño á los tres hijos que habia tenido de su segunda mujer, que estos príncipes conservasen, como ducados independientes la Finlandia, la Ostrogotia y la Sudermania; mas el nuevo rey procuró disminuir esta concesion y deprimir á la nobleza. Con este objeto creó cuando su coronacion tres condes y nueve barones, dignidades no acostumbradas en un pais en el que los nobles, no caballeros, iban á la par unos de otros, y eran muy poco superiores al simple ciudadano. Adoptó tambien la etiqueta de las cortes meridionales, y se rodeó de una nobleza áulica, de cancilleres y de doce senadores, de los cuales cuatro formaban su consejo privado, de lo que resultó que el cuerpo que antes

---

los pueblos del Norte. Augsburgo, 1838.—*La Suecia y la Santa Sede, en tiempo de los reyes Juan III, Segismundo III y Cárlos IX*, Paris, 1842; con documentos sacados de los archivos secretos del Vaticano, de los borbonianos y de los de la familia Branccati de Nápoles. Su héroe es Possevino.

habia representado al pueblo no fué ya más que el instrumento del rey.

Estas innovaciones produjeron descontento, tanto más, cuanto que el rey pretendió resucitar la antigua obligacion impuesta á los nobles de proporcionar hombres al servicio militar. Habiendo pedido en vano la mano de Isabel, de Maria Estuardo, de una princesa de Hesse, quiso casarse con Catalina Mänsdoter, hija de un cabo, á la que ya habia hecho madre. La nobleza se opuso abiertamente á aquella union, lo que le hizo sospechar de todos. Violento y colérico (1567) puso presos á varios señores, bajo el pretesto de que habian querido atentar á sus dias, y sabiendo que durante la instruccion del proceso el duque de Finlandia se habia fugado de su prision, asesinó á puñaladas por su propia mano á Nicolás Sture, que era uno de los acusados, huyendo después como un loco al campo. Dionisio Burrey, que le habia educado, fué á su encuentro; y como intercediese por los prisioneros, fué condenado á muerte con todos los presos. Asaltado pronto por los remordimientos se entregó para escapar á ellos á nuevos furores, á los cuales sucedió una sombria melancolia, en cuyos accesos se creia rodeado de espectros y demonios.

Su único consuelo era la compañia de Catalina, con quien concluyó por casarse, colmando de esta manera el descontento de la nobleza. Su hermano Juan, á quien habia hecho encarcelar como culpable de estar comprendido en conspiraciones, y á quien después se le devolvió la libertad, se puso á la cabeza de los rebeldes con el príncipe Cárlos, su otro hermano, tomando por contraseña las hojas de la encina bajo la cual se habian reunido para organizar la conjuracion. Habiéndose apoderado de Erico, le hicieron sufrir en la prision los mayores insultos. Juan consultó al senado si en caso de peligro podia desembarazarse de él; y después que le contestaron afirmativamente le envenenó (1578). Sin embargo, Erico habia favorecido la marina y la industria, llamado á los desterrados, escrito una obra sobre el arte de la guerra, y compuesto tambien himnos que aun se cantan.

No pudiendo defenderse la Livonia de los rusos y de los caballeros porta-espadas, y no queriendo someterse á la Polonia, se entregó á Erico, lo que produjo una guerra con todo el norte (1561). Federico II, rey de Dinamarca, que aspiraba tambien á la posesion de aquella provincia, adoptó por pretesto de sus hostilidades el escudo de tres coronas que llevaban los reyes de Suecia y de Dinamarca, en recuerdo de la union de los reinos escandinavos. Mútuas pérdidas y las asolaciones que resultaban continuaron en tiempo de Juan III. Pero este príncipe hizo la paz en Stettin (1570); donde se convino que conservaria las armas en cuestion, y que la Dinamarca desistiria de sus pretensiones á la Suecia, y ésta de las suyas á la Noruega, la Escania y Gothlandia. La principal cuestion era la posesion de la Livonia; quedó sin decidirse, en atencion á que el emperador pretendia tener la soberania; pero como no pudo pagar su rescate la conservó Juan III.

En la época en que Juan estaba prisionero, su mujer Catalina, de la familia polaca de los Jagellones, habia querido participar de su cautiverio, y prodigándole los consuelos de la religion, se habia esforzado en convertirle al catolicismo. Cuando ascendió al trono, fué rogado por ella y otros varios, que restableciese el culto romano; jesuitas disfrazados se dedicaron principalmente á esto, y compusieron al efecto una *liturgia de la iglesia sueca conforme á la iglesia católica* (1578); en fin, Gregorio XIII envió á Suecia al padre Antonio Possevino, cuya admirable constancia no tenia igual más que en su astucia. Juan III abjuró en sus manos; pero pronto Gunilda Bierke, su segunda mujer, celosa luterana, modificó su opinion; y si es cierto que no pensó en hacer cambiar á sus súbditos de religion, se obstinó por amor propio en hacerles aceptar su liturgia. Indolente, vano y caviloso (1587), obtuvo para su hijo Segismundo el trono de Polonia, á condicion de que a su muerte le sucederia sin que la Suecia esperimentase daño ni peligro. Pero cuando terminó sus dias (1592), su hermano Cárlos, con quien Juan habia prometido dividir el reino arrebatado á Erico, y con quien habia tenido alternativas, abiertas hostilidades y sospechosas reconciliaciones, tomó las riendas del gobierno en nombre de su sobrino, pero con intencion de conservarlas dándose por el protector de la religion y de la libertad, moneda que los ambiciosos no descuidan con los que quieren engañar. Los senadores, deseando volver á adquirir los derechos que les habian usurpado, lo secundaron; él lisonjeó las pasiones, hizo justicia respecto de algunas quejas contra la tirania de Juan, y prevaleciendo los antiturgistas, fué aceptada plenamente la confesion de Augsburgo (1593).

Habiéndose presentado Segismundo para ceñirse la corona, no encontró más que semblantes descontentos: después cuando su marcha, Cárlos tomó la administraccion del reino con la presidencia del senado. Concluyó con la Rusia una ventajosa paz, conservando la Estonia mediante la cesion de la Ingria, y se ocupo en estender calumnias contra Segismundo, principalmente sobre cosas de religion, que es sobre las que es mayor la credulidad. Afectaba ademas obrar con legalidad, conformándose á los decretos de la dieta. Habiéndose quejado Segismundo de estos procedimientos (1596), contestó Cárlos con vagas negativas y abdicó la administracion, que devolvió á los Estados; pero se admiró considerablemente al ver que se aceptaba una cosa que él no habia hecho sino como una simple demostracion. Recurrió entonces á bajas maquinaciones y á pequeños motines para hacer que le rogasen volver á empuñar el timon del Estado, como si la patria se encontrase en gran peligro; incitó tambien á una encarnizada guerra civil, y

habiéndose hecho confirmar por los de su faccion el título de administrador del reino, se apoderó de la escuadra mandada por Sigismundo para restablecer su autoridad.

Cárlos IX.—Difícil le era á éste, que se habia quedado en Polonia por la mala disposicion del pais, ocuparse eficazmente de la Suecia. Cuando llegó, sin embargo, con tropas en barcos mercantes que habia fletado. Cárlos le opuso una abierta resistencia, y no se dió menos actividad á las negociaciones que á las operaciones militares. No descuidaba Cárlos nada para ostentar los méritos que no tenia, y no disminuia sus quejas; en fin, Segismundo consintió en sujetarse á lo que decidiese la dieta (1598), y entregar á Cárlos cinco senadores que le habian permanecido fieles. Después de haberle envilecido con esta transaccion, disponíase Cárlos á perjudicarle, cuando se decidió á huir. Hízose entonces proclamar príncipe reinante por derecho hereditario, y continuó escribiendo libelos injuriosos contra el rey, á quien los dirigió bajo la forma de agravios ó notas oficiales. Las calumnias contra la religion católica y los jesuitas eran el tema más usual de aquel ambicioso demagogo, que procuraba escitar las pasiones populares. Dedicóse después abiertamente á la obra inmolando á sus adversarios, y nombrando al efecto á un tribunal destinado á poner el sello de las condenas á las calumnias dirigidas contra el rey. Declaróse depuesto á Segismundo (1604), sustituyéndole Cárlos y su descendencia, con la estipulacion de que todo príncipe que se hiciese católico perderia sus derechos á la corona, y que todo el que le indujese á convertirse fuese declarado traidor á la patria.

Cruel, caviloso, implacable, sin fe, sin honor, y creyéndose engañado por todo el mundo, porque él mismo estaba acostumbrado á engañar á los demás, tuvo, sin embargo, Cárlos una actividad y perseverancia sin igual; supo reconocer las oportunidades políticas, y el modo de aprovecharse de ellas. Promulgó un nuevo código, fundó varias ciudades, favoreció la instruccion, y compuso una crónica en verso. Cuando se concluyó en Tensin la paz entre la Rusia y la Suecia (1595), se habia estipulado que la Rusia no impediria á los lapones, que habitan entre la Ostrobotnia y el mar Waranger, pagar tributo á la Suecia. Los rusos habian asentado aquel artículo sin apercibirse de que Finmark se habia atribuido entonces á la Suecia, cuando pertenecia á la Noruega, dependiente de Dinamarca. Quejóse ésta de ello, y resucitó la cuestion de las tres coronas, lo que concluyó por producir una guerra. Cárlos adoptó el título de rey de los lapones; habiéndose presentado Cristian IV delante de Calmar, destruyó la escuadra sueca, y sus victorias amargaron los últimos dias de Cárlos. Dejó al morir (1611) tres guerras en herencia; con la Polonia por la posesion de la Livonia, con la Rusia y con la Dinarmarca, por la Laponia.

Gustavo Adolfo.—Gustavo Adolfo (5), se apresuró á concluir la paz con Dinamarca. Devólvieronse las conquistas mútuamente y se conservaron las tres coronas. La Suecia renunció además á una parte de la Laponia, pagó 1.000,000 de rixdalers, y quedó escluida del mar Glacial (1613).

Mejor resultado tuvieron las cosas en Rusia. Cuando Ladislao de Polonia llegó á ser czar (1611), los suecos le declararon la guerra, se apoderaron de Novogorod y de las mejores plazas de la Ingria, con intencion de reunirlas á su territorio. La Gardie continuó felizmente la campaña contra los Romanof, y Gustavo Adolfo sitió en persona á Pskof (1615). Pero habiéndose puesto de mediadoras la Inglaterra y la Holanda (1617), se convino en que la Rusia cederia la Ingria, pagando 20,000 rublos. Esta potencia se privaba de esta manera de la facultad de comunicar con Europa por el Báltico, y volvia á ser un Estado asiático, renunciando á sus proyectos marítimos.

Continuaba subsistiendo la enemistad entre las dos ramas de los Wasa en Suecia y en Polonia, enemistad que se habia suspendido por diferentes treguas, pero sin que se presentase cercana la paz. Previendo las córtes de Madrid y de Viena, que Gustavo llegaria á mezclarse en los asuntos de Alemania desde el momento en que se sintiese asegurado en su trono, fomentaban aquellas hostilidades; pero estas les servian para ejercitar á sus soldados en aquella guerra enteramente de táctica, que en lugar de hacer consistir la victoria en el éxito de una batalla, procuraba con la eleccion de posiciones alargar las operaciones. Apenas concluyó una tregua con Dinamarca (1629), cuando entró en Alemania, donde le hemos visto constantemente vencedor, hasta el momento en que cayó mortalmente herido en los campos de Lutzen (1632).

Habíase visto precisado á conceder nuevos derechos á la nobleza (1634), que habiendo llegado á ser feudal, y creciendo su orgullo, iba á producir grandes males á la Suecia. Distribuyóla en tres clases; condes y barones, caballeros ó descendientes de los senadores, y simplemente nobles. Determinó tambien de una manera precisa la categoria que debian ocupar en las asambleas nacionales el clero, los militares y la clase media.

Ofreció un asilo á los emigrados protestantes que se resignaban á aquel crudo clima para gozar la libertad de conciencia, y obtenian ciertos privilegios y la facultad de volver á su patria tan pronto como lo deseasen. Gustavo proyectó una gran compañia de comercio con las Provincias Unidas y la Alemania protestante, para establecer relaciones con el Asia, el Africa, la América y las tierras Magallánicas. Reformó el ejército, y estableció

---

(5) MEUVILLON.—*Historia de Gustavo Adolfo.* Amsterdam, 1764.

SAMUEL PUFFENDORF, *De rebus suecicis sub Gustavo Adolpho, usque ad abdicationem Christinæ.*

para atender á su conservacion, una contribucion sobre los granos que se llevaban á los molinos, esceptuando á los pobres acostumbrados á molerlos á mano. Estableció otra sobre las bebidas, hizo un código criminal, y se proponia dar al reino una constitucion destinada á evitar las turbulencias que resultaban de ser electiva la corona y de la diferencia de religion. Uniendo la liberalidad á la instruccion, cedió los dominios de su familia á la universidad de Upsal.

Lleno de bondad su corazon, aun cuando se dejaba llevar por la cólera, decia que las naciones debian rogar á Dios no les concediese grandes reyes, dispuestos siempre á turbar la paz con sus empresas. Habiéndole encontrado un dia un consejero ocupado en leer solo la Biblia, le dijo que estaba tratando de fortificarse con la palabra de Dios, no estando nadie más espuesto á tentaciones del demonio, que los que no deben cuenta de sus acciones más que á Dios. En suma, se ocupó durante todo su reinado en hacer el bien de su pueblo, en emanciparle de los extranjeros, en asegurarle un pié en el Báltico, en la Livonia, granero del Norte, en la Prusia, llave de los grandes rios, y en la Pomerania, para darle un lugar en la Confederacion germánica. Tal vez meditó, cuando vió qne le sonreia la fortuna en la guerra de Treinta Años, conquistar toda la Alemania, ó al menos la parte protestante, y renovar en Italia la dominacion de los godos. La reunion de la Polonia y de la Suecia era, sobre todo, el objeto de sus miras. Por esto es por lo que hemos dicho que murió á tiempo para su gloria, antes de que su ambicion hubiese llegado a empañar su brillo.

Puede juzgarse del mérito de este príncipe por la consternacion en que su muerte sumergió á sus partidarios, ó por la inconveniente alegria que escitó en Viena, Munich y Madrid. La Polonia y la Dinamarca creyeron entonces llegado el momento de reparar sus pérdidas: los suecos veian el edificio de su grandeza en el momento de sucumbir; pero el gran canciller Oxenstiern continuó la guerra con tanta prudencia como firmeza, al mismo tiempo que mantenia el órden en el interior del reino. Propuso al senado aceptar por reina á Cristina, hija de Gustavo, de edad sólo de seis años. *¿Como es esa niña?* dijo un campesino, *no la conocemos.* El canciller la presentó á la asamblea, y el campesino contestó: *Tiene los ojos de Gustavo, su frente, su cara: es enteramente él. ¡Sea nuestra reina!* Y Cristina fué proclamada en medio de los unánimes aplausos, con una regencia presidida por Oxenstiern (1632).

Federico II de Dinamarca.—Entre tanto habia muerto en Dinamarca Cristian III, de todos llorado como buen rey y amigo del bien del pueblo. Sucedióle Federico III, su hijo de veinte y cinco años (1559). Los ditmarsos se habian erigido en república, después de haber sacudido el yugo de Dinamarca, cuyo ejército derrotaron en 1500; y continuaban amenazando á su territorio, dispuestos siempre á unirse á sus enemigos. Federico consiguió desemboscarlos, á pesar de su heróica defensa, y gran número de ellos perecieron en las ruinas de Heyde.

Ya hemos hecho mencion de la guerra que este príncipe sostuvo contra la Suecia. Cuando la concluyó, no pensó más que en la paz y en la economia; aumentó el número de las escuelas, confirmó los privilegios de la universidad de Copenhague, fundó ciudades y construyó el castillo de Friedriksburgo, que fué después una de las residencias reales más hermosas. Protegió á Tycho-Brahe, é hizo construir para sus observaciones astronómicas el castillo de Uraniemburgo. Pedro Oxe, pariente de este sabio, arregló la hacienda. Así fué, que cuando Cristian IV fué llamado al trono por muerte de su padre, encontró un reino floreciente y un ejército bien equipado.

Cristian IV.—Este príncipe fué uno de los más ilustres reyes de su tiempo (1588). Reunió los ducados que dependian de la corona, que estos desmembramientos habian debilitado. Salió ventajosamente de la guerra con la Suecia por el tratado de Tensin. Dedicado enteramente á los negocios, visitó sus provincias, se informó de sus necesidades, dió vuelta á la Noruega vestido como un simple capitan, dobló el cabo del Norte, recorrió las inmensas costas de sus dominios hasta el punto en que llegan á la Rusia y cerca del mar Blanco, cuya situacion reconoció, dando las órdenes convenientes para sacar partido de ella. Fundó varias ciudades, como Cristianopolis y Gothemburgo en las fronteras de Suecia, Cristiania y Cristiansand, en Noruega, Gluckstadt y Cristiampries en el Holstein. Dotó á Copenhague con un jardin botánico, un observatorio y una biblioteca pública, favoreció la industria, tanto como lo permitia el sistema feudal, que tenia aun profundas raices.

Promulgó nuevas leyes (1605), y con objeto de arrebatar el comercio á las ciudades anseáticas, fundó una sociedad en las Indias Orientales (1616): un barco que mandó á la isla de Ceylan hizo allí un tratado de comercio, y ocupó la ciudad de Tranquebar (1620), donde se formó una colonia, única, pero importante posesion de Dinamarca en la India. Otra compañia, constituida para el comercio privilegiado de Islandia y de las islas Feroe, tuvo que suprimirse por causa de los corsarios argelinos.

Cristian IV tuvo por suegro y por ministro á Corfitz Ulefeld (1643), que dotado de una hermosa figura y gran talento, se le encargó dirigiese la hacienda y los asuntos de comercio. Prohibió trasportar del Báltico, por el estrecho, el nitro, el azufre, la pólvora y las armas; prohibicion que puso trabas al comercio de los holandeses. Recurrieron á las negociaciones y á la fuerza para obtener que el Sund fuese libre, ensayaron penetrar en el Báltico por medio de canales; en fin, pasaron á él con bandera sueca, lo que fué ocasion, ó al menos pretesto, de una guerra con Suecia.

Cristian IV veia con temor á la Suecia adquirir

preponderancia en los asuntos del Norte. Interpúsose después como mediador entre ella y el Austria cuando la paz de Westfalia. A propuesta suya se dió en dinero y no en territorio la indemnizacion concedida á aquella potencia, y los veteranos de Gustavo Adolfo se repartieron en pequeños cuerpos entre los diferentes príncipes de Alemania. Una mediacion tan parcial desagradó á la la Suecia, que con el pretesto de que acabamos de hablar, se unió á la Holanda y comenzó la guerra. La Dinamarca tuvo la peor parte; y las tropas que, durante la guerra de los Treinta Años, habian asolado á la Alemania, encontraron paises vírgenes para ejercer nuevas rapiñas. No se desanimó Cristian, y por mediacion de la Francia, concluyó la paz en Brömsebro (1645), reconociendo á los suecos exentos de todo peaje tanto por el Sund como por el Belt: con respecto á la Holanda se vió obligada á pagar el derecho por espacio de tres años, conforme una tarifa establecida bajo la convencion de que se daria entera fe á los papeles de bordo, sin verificar la visita de los barcos.

Ulefeld, mal visto en el pais por aquellas desgraciadas circunstancias, fué enviado de embajador á la Haya, donde concluyó con los Estados Generales un tratado (1647), que determinando el número de toneladas de cada barco, y los derechos que tenia que pagar á su entrada en Noruega, fué el fundamento de las relaciones amigables entre ambos paises.

Cristian IV reinó sesenta y un años (1648): Tilly decia de él que para ser un gran capitan no le faltaba más que suerte; tambien se decia que en política no carecia más que de disimulo.

CAPÍTULO XXX

POLONIA, LITUANIA, LIVONIA.

Véase aun otro pais que se sustrajo al movimiento monárquico de aquel siglo y que conserva con un reino electivo, los privilegios de una aristocracia celosa de su independencia.

Acordes los nobles polacos en poner trabas al poder público y en no dejar á la clase media elevarse, no tenian ninguna distincion entre sí. Tanto la poblacion de las ciudades como la de los campos estaba enteramente avasallada, aunque la condicion del habitante de la ciudad fuese algo mejor que la del campesino: en efecto no tenia más que pagar una renta anual, al paso que el habitante de las aldeas, además del impuesto en dinero, estaba sujeto á numerosos servicios. Apegado al terruño no podia abandonarle sin licencia del señor, que tenia derecho de vida ó muerte sobre todos, escepto sobre los que se dedicaban á las letras ó al ministerio sagrado. Las diez y nueve vigésimas partes de los habitantes se encontraban de esta manera privados de toda libertad política, y la soberania residia en los nobles, que eran los únicos que constituian la nacion. Dos arzobispos, siete obispos, quince vaivodas y sesenta y cinco castellanos formaban el senado, consejo principal de la república, que dirigia el poder real en sentido de los intereses aristocráticos. Los demás nobles y los ciudadanos de Cracovia, que constituian un concejo noble, eran representados por nuncios, cuyo consentimiento era necesario para exigir impuestos.

A diferencia de los otros paises, las Dietas no quitaron el derecho y uso de convocar personalmente á la nobleza en las circunstancias especiales, reputándose necesaria, hasta tal punto, que si de los convocados, que á veces llegaban á cuatrocientos, uno solo disentia, quedaba nula la decision. Este es el famoso *liberum veto*, ocasion de eternos males y de la ruina final de la Polonia (1).

El rey que se elegia no era más que un instrumento; pues no era el centro del gobierno, ni el jefe de los ejércitos ni de la administracion; de

---

(1) *Nobilitas genere censetur... est autem pari dignatione polonica omnis nobilitas; nec ullum in ea patriciorum comitumve discrimen, exæquata quodam tempore omnium conditione*

In plebe numerantur quicumque nobiles sive equites non sunt... Sunt autem aliquanto meliore et liberiore conditione urbani et oppidani, quam agrestes. Censum quidem annuum utrique dominis suis pensitant; verum agrestes operas præterea gratuitas ad colendos eorum agros et alios usus domesticos præstant, nec alio cuiquam commigrare, inconsulto domino, licet... Habent sane in eos domini vitæ necisque potestatem, præter eos qui, ineunte ætate, litterarum studiis sacrorumque ministerio se addixerunt.

Initio liberior dominatus, ac nullis propemodum legibus adstrictus, infinitam in modo omnium rerum, sed etiam vitæ necisque omnium potestatem habens... nunc sane augustis finibus regia potestas circumscripta est. Rex, senatu inconsulto, neque bellum cuiquam facit, neque fœdus publice cum quoquam init, neque tributa nova instituit, neque rem ullam majorem ad rempublicam pertinentem statuit aut facit. Porro leges novas condere, successorem sibi designare, ne cum senatu quidem potest, absque consensu cæteræ nobilitatis.

Jus creandi reges penes se natum est... atque id etiam equester ordo sibi vindicari cœpit, ita ut demum in eo ratum sit senatus judicium, si assentiatur cætera nobilitas... A novo rege jusjurandum exigitur in hac sententiam, quod secundum leges et instituta majorum regnaturus sit, et suum cuique ordini et homini jus privilegiumque et beneficium salvum conservaturus.

Non temere discedituv a stirpe regia mascula si qua extat. CROMER, *De republica ac magistratibus Poloniæ.*

modo que no se podia sin consentimiento de la nobleza, hacer la paz ó la guerra, imponer contribuciones, promulgar leyes, ni decidir en los asuntos graves. Aun más en tiempo del reinado de Alejandro, se le prohibió disponer de las rentas de la corona *(Statutum alexandrium)* y acuñar moneda.

Alejandro I.—Casimiro IV (2), casado con Isabel de Austria, vió á su hijo Ladislao elegido rey de Bohemia y de Hungria; concluyó con Bayaceto II (1490) el primer tratado que hubo entre los polacos y los turcos. Poco sentido cuando murió (1492), dejó el reino á Juan Alberto, su hijo (1501), quien tambien tuvo por sucesor á su hijo Alejandro, duque ya de Lituania. De esta manera se verificó la union de aquella provincia con la Polonia, conservándole sus tribunales propios, y asegurándole derechos y privilegios iguales á los de los regnícolas. Alejandro favoreció el saber, pero los grandes pusieron límites á sus liberalidades y disminuyeron la influencia real tanto en los juicios como en la política. Prohibióse en su reinado á la nobleza aceptar la categoria de ciudadana ó ejercer el comercio.

Casimiro habia estado constantemente en guerra abierta ó en relaciones hostiles con la Rusia. No pudiendo olvidar esta potencia las circunstancias en que la Lituania habia sacado ventaja de su humillacion, aspiraba á recobrar la Rusia Blanca, la Ukrania y la Siberia. Ivan III, que no se habia atrevido á romper abiertamente con Casimiro, atacó á Alejandro cuando aun no era más que duque de Lituania y le arrebató varias provincias. Obtuvo la cesion regular de algunas de ellas por el tratado de Moscou (1494) que le reconoció autócrata de todas las Rusias, y se casó con una hija de Alejandro. Pero Ivan era tan partidario del rito griego, como Alejandro del opuesto. En su consecuencia, muchos lituanios se entregaban al príncipe ruso, á quien la guerra hizo dueño de la Siberia. Alejandro se unió á Plettenberg, el más poderoso de los grandes maestres de la órden teutónica; pero las brillantes victorias de aquel valiente guerrero no impidieron á la Rusia exigir (1503), en la época de la tregua de cincuenta años concluida por la mediacion del papa, el tributo que antiguamente se debia á la verdadera fe.

Aun quedaron entonces á la Polonia siete mil ochocientas treinta y ocho millas geográficas, después de haber perdido mil ciento diez y siete, y á la Lituania once mil noventa y siete, es decir, más que la Francia y la España reunidas. Habíanse desmontado selvas; la esportacion de los granos aumentaba la riqueza; pero la condicion servil de los campesinos era un obstáculo á toda industria; no se sabian trabajar las primeras materias, y todo el comercio estaba en poder de los judios. Habiendo invadido los tártaros el pais, atacado Alejandro de parálisis, se hizo llevar contra ellos en las filas del ejército mandado por Glinski, que, descendiente de una familia tártara, habia sido educado en Alemania, y llegado á ser su ministro y general. Apenas supo el rey la noticia de la victoria, lanzó el último suspiro.

Segismundo.—Habiéndole sucedido su hijo Segismundo, ofendido Glinski por aquel príncipe, se refugió al lado de Basilio IV Ivanovitz, autócrata de las Rusias, y le determinó á romper la tregua. La primera vez Basilio IV se contentó con consolidar las conquistas de Ivan su padre (1508); pero volviendo después á la carga (1514) se apoderó de Esmolensko, perdido hacia ciento veinte años. Engañado Glinski en su esperanza de obtener aquella ciudad en feudo, se la devolvió á Segismundo. La batalla dada cerca de Orja costó á los rusos treinta mil soldados, además de dos generales, treinta príncipes y mil quinientos nobles hechos prisioneros. Esta señalada victoria se debió á Constantino, príncipe de Ostrowski, que trató tambien de recobrar á Esmolensko (1522); pero una tregua de cinco años suspendió la guerra.

Por otra parte, la Polonia estaba amenazada por los moldavos, los turcos, los tártaros de la Crimea, vencidos varias veces por Ostrowski, pero no encontrando ni fortalezas ni ejércitos que los sujetasen, recorrian el pais y lo asolaban audazmente. Eustaquio Dasskiewitz, súbdito de Ostrowski, habia obtenido en recompensa de su valor, las sarostias de Cekassy y Kanief. Encontró en medio de las inaccesibles islas del Dnieper una nueva raza que debia influir activamente en las vicisitudes de la Europa septentrional.

Cosacos.—Constantino Porfirogénito habla de un pais llamado Kazakia, entre el mar Negro y el mar Caspio, en la vertiente meridional del Cáucaso, donde habitan en el dia los circasianos. Tal vez de esta comarca vinieron los cosacos, con el mongol Batú, á la Rusia, donde habiéndose formado diferentes hordas, se confundieron con los turcos polovtzis, que desaparecen de la historia en aquella época. Mezcláronse tambien con ellos polacos, lituanios y otras poblaciones que huyeron por la invasion, por las persecuciones políticas ó religiosas ó atraidas por el deseo del saqueo y los encantos de una vida aventurera. De esta mezcla se formaron los cosacos, pueblo de orígen mongol, pero de lengua eslava. Se dividian en hombres casados y en célibes; estos últimos, que no se ocupaban más que de pelear y saquear, formaron con el nombre de Secia un establecimiento en la isla del Dnieper por encima de las cascadas (*Porogos*) que impiden el paso en aquel rio un gran terecho; por esto es por lo que se les llamó zaporogos. Los hombres casados habitaban, á poca distancia, aldeas situadas entre el Dnieper y el Bug: se reunian cuando tenian que hacer una espedicion, y elegian un jefe. En el año 1500 habian formado una república militar bajo el mando de jefes electivos, y fueron llamados entonces malos-rusos, es decir, pequeños-rusos: el nombre de cosacos fué reservado á los zaporogos no casados. Más tarde

(2) Tomo VI, págs. 489 y siguientes.

hubo los cosacos de Lituania, Vitepsk, Polotsk, Azof, Crimea (3).

Dasskiewitz pensó en servirse de aquellos hombres en interés de la Polonia, como se emplean para oponer un dique á un rio los materiales que lleva consigo. Después de haberlos reunido en un cuerpo dividido en regimientos y compañías, armado y disciplinado, les dió por plaza de armas la isla de Cortica, les inspiró aficion al trabajo, el desprecio á la muerte, una obediencia ciega y los ejercitó contra los tártaros. Pronto llegaron éstos á hacerse formidables á los enemigos de Polonia, debiéndose á ellos la famosa derrota que junto á Kief causó Ostrowski á los tártaros.

Segismundo, *padre de la justicia é hijo del valor* promulgó en la dieta de Wilna el *Estatuto de Lituania* en lengua polaca. Veinte años después se decretó legislativamente que nadie seria coronado rey si no habia sido elegido por los Estados. Considerado aquel derecho por los polacos como una preciosa señal de libertad, debia ser para ellos, no estando regularizados con buenas instituciones, el manantial de muchos males. Segismundo se habia casado con Bona, hija de Galeazo Esforcia, que despreciaba soberanamente la barbarie septentrional; se sospechó que habia envenenado á sus dos nueras para que no pudiesen disminuir su influencia sobre su hijo.

Segismundo hizo felizmente la guerra contra la órden teutónica (1525); y habiéndose hecho ceder la Prusia, de que estaban en posesion aquellos caballeros hacia tres siglos, cuando la paz de Cracovia, invistió con ella al gran maestre Alberto de Brandeburgo, que habia vendido la religion y su órden. Bajo el patronato de aquel apóstata, penetró la reforma primero en la Prusia polaca, desde donde ganó el resto de la Polonia, preparada ya por los husitas á recibirla, y después en la Lituania, sin que Segismundo se ocupase mucho en detenerla. Fué predicada secretamente en Cracovia por Juan Tricessio; y Lismanino, célebre franciscano, confesor de Bona Esforcia, adoptó sus doctrinas. Introdujéronse otras sectas en aquellas comarcas, principalmente los hermanos moravos, desterrados por Fernando I. Los calvinistas se introdujeron tambien por Francisco Estancaro, de Mántua, profesor de hebreo en Cracovia. Los unitarios, cuyas opiniones se estendieron entre los italianos, pudieron pronto formar una secta diferente de la de los protestantes. El primer nuncio pontificio en Polonia fué Luis Lippomano, obispo de Verona, al que reemplazó Juan Francisco Comendone, que menos violento que su predecesor, consiguió hacer adoptar el concilio de Trento.

Segismundo II.—Habiendo sucedido Segismundo Augusto á su padre, se casó sin el consentimiento de los Estados con Bárbara Radzivil, viuda de un simple caballero: como encontró resistencia en los luteranos, se unió á los católicos, y de esta manera la oposicion adquirió un carácter religioso. Habia encargado á Lismanino recorrer la Europa, con objeto de encontrar el mejor sistema de reforma; pero habiéndose casado su enviado en Alemania por sugestion de Calvino y de Socino, tuvo el rey un gran disgusto y se sujetó al catolicismo. Declaró sin embargo á todos los cristianos aptos para los empleos públicos, reunió con mucho trabajo las tres sectas enemigas, y dió á los protestantes autorizacion para tener una iglesia en Cracovia, con objeto de prevenir los males que veia resultarian de la intolerancia por todas partes. La reforma no adquirió de esta manera predominio; pero llegó á ser un partido que añadió nuevo alimento á las discordias interiores.

Livonia.—Los caballeros porta-espadas que dependian entonces de la órden teutónica, poseian la Livonia, con la Curlandia y la Estonia; la soberania les habia sido concedida por los caballeros teutónicos (1459), en recompensa de los socorros que habian recibido en la guerra de los confederados prusianos; pero tuvieron que disputársela al arzobispo, después á la ciudad de Riga, que concluyó por quedar sometida á la órden (1491). Gualtero de Plettenberg, el más notable de sus grandes maestres (1483-1535), hizo llegar la Livonia al apogeo de su grandeza. Supo hacer á Riga dócil á la servidumbre, sostuvo con honor la guerra contra la Rusia y se elevó á la dignidad de príncipe del Imperio. Habiendo dejado á la reforma introducirse en el pais, resultó de aquí que los ciudadanos de Riga no reconocieron ya al arzobispo, y que el gran maestre quedó, por decirlo asi, soberano de la Livonia.

Multiplicáronse entonces las guerras civiles en el pais con una ferocidad digna de bárbaros; pues tales eran en efecto los livonios, enteramente estraños á las artes y á las ciencias. Inquietada con frecuencia la Rusia por ellos, resolvió conquistar su territorio (1556); Ivan IV envió un embajador á Dorpat encargado de ofrecer al obispo una red de seda para la caza, dos galgos, dos alfombras y pedir el tributo. El prelado prometió un marco por cada uno de los hombres de su obispado; pero como no pagó, atacó Ivan á la ciudad y se hizo dueño de ella (1559). Los estonios se entregaron á Suecia para sustraerse á los rusos (1560). El westfaliano Gotardo Kettler, entonces gran maestre, se unió al rey de Polonia y negoció con él para secularizar el ducado. En efecto, la órden, el arzobispo, los diputados de los nobles y de la ciudad, concertaron con Segismundo Augusto el *primer privilegio*, por el cual la Livonia quedó sometida á este príncipe, se comprometió á mantener la confesion de Augsburgo, y respetar los bienes, feudos, derechos, jurisdicciones é inmunidades. La Curlandia y la Semigalia, fueron erigidas en ducados

(3) Los cosacos de la horda de Azof y del Don no parecen tener el mismo orígen; algunos creen que se llaman así, sólo porque su clase de vida es la misma que la de los del Dnieper.

en favor de los Kettler, que dominaron allí hasta la estincion de su familia en 1737. Riga pretendió obtener condiciones particulares, para formar una república independiente de la Lituania; pero concluyó por someterse tambien, y la Livonia cesó de tener una historia propia.

Irritado Ivan IV del engrandecimiento de la Polonia y de la negativa de Segismundo de concederle la mano de su hermana, le declaró la guerra, que luego los tratados lograron suspender. En medio de las locuras á que se entregaba el furioso Ivan, dos livonios que habian ganado su confianza, le sugirieron la idea de erigir su patria en reino para cortar las pretensiones de la Suecia, la Dinamarca, la Polonia y las suyas propias. Siguió su consejo, y ofreció esta corona á Magno, hermano menor de Federico II, rey de Dinamarca, que entró en Livonia al frente de veinte mil rusos (1570). Pero vencido por Ponce de la Gardia (1571), gran general, tan hábil como valiente, no pudo más que asolar la Estonia.

No habiendo podido obtener de la nobleza Segismundo Augusto durante esta guerra una retribucion anual, destinada á la conservacion de una milicia permanente para la defensa de la frontera (1563), la estableció á sus espensas, asignándole la cuarta parte del producto líquido de sus bienes; por lo que se llamaron cuarteros á estos soldados. Su objeto constante fué consumar la union de la Polonia y de la Lituania. Renunció para ello sus derechos hereditarios sobre este ducado, que cesó de considerar como un patrimonio de familia; y aunque á los nobles les repugnaba en ambos paises la comunidad de las dietas y de las leyes, consiguió formar un solo cuerpo político.

Interregno.—La raza de los Jagellones (1571), que habia dado siete reyes á la Polonia, concluyó con Segismundo Augusto. Entonces surgieron pretendientes y facciones, verdadera tempestad en la que se agitaron nobles, religionarios, nacionales y extranjeros; la *paz de los disidentes* los puso no obstante acordes, y formularon los *Pacta conventa* para hacer que jurasen al nuevo rey; estos *pacta* decian que no se podia proponer candidato al trono en vida del rey; que no se recibiria sin consentimiento del senado ningun enviado de las potencias extranjeras; que se conservaria á la dieta la unanimidad de votos; que diez y seis senadores elegidos de su seno estarian siempre dispuestos á velar por las libertades nacionales; que los productos de las minas y de las salinas pertenecerian á los nobles, en sus tierras, y por último, que los empleos y dignidades se conferirian solamente á los indígenas,

Enrique de Valois.—Entre los concurrentes al trono estaba Ivan IV, que si hubiese reunido bajo sus leyes la Moscovia, la Polonia y la Lituania, habria dado fin á las inevitables guerras entre las naciones de raza eslava, y asegurado su predominio sobre los tártaros y los otomanos. Pero el orgullo de aquel furioso, y el rito griego que profesaba hicieron fuese desechado por la dieta. Tambien lo fueron los príncipes alemanes de la religion protestante. Esforzábase hacia algun tiempo la casa de Austria en introducirse entre las naciones eslavas, como para formar un anillo entre las razas del Norte y de las del Mediodia; pero los naturales temian que no avasallase al pais como lo habia hecho con la Bohemia y la Hungria. La eleccion del hijo del rey de Suecia, uniendo este reino al de Polonia, hubiera asegurado su preponderancia sobre la Rusia. En fin, decidiéronse por Enrique de Valois, que reinó después en Francia con el nombre de Enrique III (1573). Este príncipe tuvo que mostrarse generoso en promesas para con la dieta, que no reunia menos de cien mil electores; cuando le acontecia vacilar en alguna de las condiciones, el gran mariscal le decia friamente *si non jurabis non regnabis*. Añadióse á los *pacta conventa* un artículo que decia que, desde el momento en que el rey llegase á faltar, la obligacion de obedecerle cesaba de derecho; y sirvieron de modelo á los que se hicieron firmar á sus sucesores. La perfecta igualdad entre los nobles estaba asegurada, como tambien su derecho de no ser presos ni aun por un crímen sino después de estar convictos (4).

Esteban Bathori.—Enrique, que al principio habia agradado por sus maneras graciosas y su intrepidez en beber, no se le quiso después, por el disgusto y fastidio que dejaba conocer; y cuando murió Cárlos IX huyó de noche, para ir á ocupar un trono más brillante, pero no menos tempestuoso. Declaróle la dieta destronado, y se propuso á Esteban Bathori, príncipe de Transilvania, para que le sucediese. Como estaba apoyado por Amurates III, que reinaba entonces sobre los otomanos, podian lisonjearse que obtendrian la ventaja de vivir en paz con este pueblo. Por otra parte era un buen guerrero, hermoso, instruido, y que habiendo ascendido al trono, no por herencia, sino por su mérito, habia devuelto la tranquilidad al pais, donde habia ganado el afecto de los católicos y de los protestantes. Esta eleccion parecia tanto más oportuna cuanto que cien mil tártaros de la Crimea acababan de arrojarse sobre Polonia que habia quedado sin defensa, de donde se habian llevado cincuenta y cinco mil personas, ciento cincuenta mil caballos, quinientas mil cabezas de ganado vacuno, y doscientos mil carneros. Bathori fué proclamado, pero como se encontraban inconvenientes en elegir á un vasallo de la Puerta, lo fué Ana, con quien debia casarse, á la que se invistió con el título real (1578). Gran trabajo costó á Bathori vencer ó persuadir á los facciosos; estableció un tribunal soberano de jueces anuales elegidos por los nobles, para pronunciar

---

(4) LENGNICH Y CHWAYKOWSKY, *Jus publicum Poloniæ*.

PFEFFER, *Mem. sobre el gobierno de Polonia*.

en última instancia en las apelaciones de las sentencias dadas por los tribunales de la nobleza.

No pudiendo Ivan IV obtener la cesion de la Lituania, comenzó la guerra y condujo un ejército contra la Polonia y la Suecia. Pronto se apoderó de la Livonia, y Magno, que habia sido elegido rey é intentado sustraerse á la dependencia del czar, cayó en su poder y fué encarcelado; habiéndosele devuelto después la libertad, renunció á aquel vano título. No desmintió Bathori la fama de su valor. Concluyeron los rusos por ser derrotados bajo los muros de Wenden, y perdiendo sus artilleros la esperanza de salvar las piezas, se ahorcaron. El despotismo tiene tambien sus héroes. Los polacos, los rusos y los suecos rivalizaban en valor, ferocidad y barbarie. Negábase Bathori á admitir ningun acomodo fuera del territorio ruso, y sus pretensiones eran cada vez mayores. En fin, desanimado Ivan IV, recurrió al emperador y al papa Gregorio XIII, al que lisonjeó con la idea de unirse á la iglesia latina. El jesuita Antonio Possevino concluyó el tratado y escribió su relacion (5). en la que se leen con vivo interés aquellos convenios con pueblos últimamente constituidos. Aunque fué muy penoso á Ivan, que por medio del Báltico queria comenzar á unirse á la Europa por el comercio y la política renunciar á la Livonia, tuvo que resignarse á ello, y la paz se confirmó por su parte besando la cruz (1582).

Con objeto de preservar Estéban al pais de las incursiones de los tártaros, dió á los cosacos mejor organizacion, poniéndolos á las órdenes de un *hetman*, con un sueldo anual de un ducado y una piel, sin descuidarse de destinarlos á los arsenales. Decia que Dios se habia reservado tres cosas: crear de la nada, saber el porvenir y dirigir las conciencias. En vista de esto, no puso restricciones á la libertad de cultos. Los protestantes aumentaban en número, á pesar del clero y de los jesuitas; el socialismo avanzaba; Constantino Ostrowski, héroe polaco, se esforzaba activamente en procurar alguna instruccion á los rusos sometidos á la Polonia. Possevino trató de persuadir á Bathori que estableciese el catolicismo; pero una mision de jesuitas procedentes de Riga hizo estallar contra él un motin que llegó á ser una rebelion; y atacado Bathori de apoplegia al recibir la noticia, terminó su carrera (1586).

Segismundo III.—La incertidumbre de la sucesion aumentaba los desastres interiores y esteriores. Los nobles volvieron á hacer presentes sus pretensiones, uniéronse los partidos y se vendieron en subasta; en fin, empuñaron las armas unos por Maximiliano de Austria y otros por Segismundo, hijo de Juan III, rey de Suecia. Estalló la guerra, y el archiduque entró con un ejército en Polonia, pero la suerte de las armas le fué adversa, á pesar de los doblones españoles y de los soldados húngaros. Fué coronado Segismundo III (1587), consiguió una nueva victoria sobre el archiduque, y le hizo prisionero; obligóle después á la paz y á renunciar á toda pretension.

Aquel absurdo sistema de eleccion estinguia el sentimiento de la nacionalidad, sometiendo el pais á extranjeros, y fomentaba las ambiciones y la venalidad. ¿No era, pues, de temer que en el momento en que las facciones estaban desencadenadas, algun poderoso vecino llegase á conquistar el reino? Estas eran las reflexiones que Segismundo hacia á los nobles. Diéronle la razon; pero no cambiaron de conducta. Esperaban que si vivia mucho tiempo, la escandalosa costumbre de los tempestuosos interregnos llegaria á perderse. Reinó, en efecto, cuarenta y cinco años; ¿pero cómo? Su padre que preveia por las condiciones que le imponian inevitables trastornos, le habia aconsejado que no aceptase la corona. En efecto, perdió pronto el afecto de sus súbditos por no saber acomodarse á sus costumbres. La prerogativa principal de los reyes de Polonia consistia en el nombramiento de todos los empleos, cuyo número era de cerca de veinte mil, entre eclesiásticos y seculares. Segismundo no los confirió más que á católicos. Al mismo tiempo los jesuitas se empleaban en instruir á la juventud; hicieron que volviesen á la antigua fe las familias Dzialinski Kostka, Konopat, y tambien gran número de griegos: el padre Possevino fué ayudado en aquellas últimas conversiones por el valiente Ostrowski; pero esto no hizo más que aumentar el número de los descontentos. Sublevaron á los cosacos, que habian llegado á ser un peligro para aquella república, desde que se les habia destinado á defenderla, y todo no fué ya más que un desórden y combates.

Llamado Segismundo á ocupar la corona de Suecia á la muerte de su padre, le fué arrebatada en medio de las turbulencias de aquel reino, en el que se estableció una fiesta anual en memoria de la conservacion de la fe reformada y á despecho de las intrigas de los jesuitas.

Quiso entonces conceder Segismundo lo que negaba hacia doce años á los polacos (1604), reuniendo la Estonia á la Polonia. Pero el regente de Suecia tomó esto por pretesto para declarar la guerra á los polacos, atacando las costas septentrionales que habian quedado indefensas, resultando la guerra de sesenta años. Fué continuada por Carlos IX de Suecia, que favorecido por los lituanios, bien dispuestos en favor de los protestantes, hizo con ellos un tratado particular. Zamoyski, hábil general que mandó en todas las guerras de Segismundo, hacia prodigios; ¿pero de qué podia servir un ejército sin sueldo y sin disciplina? Las tropas suecas no estaban menos indisciplinadas, é invadida la Livonia por los dos ejércitos, se veia reducida á la más deplorable condicion. Ocupado Segismundo de la supersticion y del deleite, del

(5) *Acta in conventu legatorum ser. Poloniæ regis Stefani I, et Joannis Basilii, magni Moscoviæ ducis, presente A. Possevino.* En el *Moscovia et alia opera.* Colonia, 1595.

amor á las artes, de la galanteria, olvidaba los intereses públicos, y su mujer por ser austriaca, era mal vista de la nacion (1606). En fin, los nobles formaron un rokoss, que era como llamaban á una union contra el rey para la defensa de sus derechos, y armaron cien mil hombres. Prolongóse la guerra dos años; pero la discordia se introdujo entre los rokossianos y los redujo á implorar su perdon.

No habia sido sin embargo interrumpida la guerra de Livonia más que por momentáneas treguas, cuando acaeció la que sostuvo contra la Rusia. Uno de los Demetrios que surgian como pretendientes al trono de los czares fué sostenido por Segismundo: sesenta mil polacos y ocho mil cosacos zaporogos sitiaron á Moscou y á Esmolensko. Dirigíase Segismundo, no á sostener un impostor, sino á colocar la corona rusa en la cabeza de su hijo Ladislao, que en efecto fué proclamado czar en Moscou (1610). Sin embargo, como era preciso que abrazase el culto griego, no le envió su padre á los rusos, sino que se apoderó de Esmolensko, cuyos ochenta mil habitantes se encontraban reducidos, después de un largo sitio, á menos de diez mil. Era su intencion hacer á esta plaza dependiente de la Polonia; pero lejos de someterse al yugo extranjero, los rusos se insurreccionaron, y dieron muerte á seis mil polacos. Los que escaparon á la matanza incendiaron á Moscou, degollaron á cien mil habitantes, y robaron los tesoros que encontraron. Los cosacos asolaron el interior de la Rusia. Por último, firmóse una tregua de catorce años con el nuevo czar, por la cual los polacos conservaron á Esmolensko, Czernikof y la Siberia.

Irritados los turcos de las continuas incursiones de los cosacos, cayeron á su vez sobre la Polonia. El sultan Otman II atacó á los polacos en Moldavia, á la cabeza de cuatrocientos mil hombres; pero las enfermedades y la indisciplina consumieron su ejército más que las batallas. Después, cuando la paz de Coczim (1621), se convino en que la Polonia quedaria libre de los tártaros, la Turquia de los cosacos, que la Puerta nombraria al príncipe de Moldavia, pero designando siempre á un cristiano.

Más difícil era entenderse con la Suecia, en atencion á que además de la cuestion de la Estonia, Segismundo pretendió aquella corona que Cárlos IX habia sido el primero en poseer; y que después de él la llevó Gustavo II Adolfo. Entró Gustavo en la Livonia, teatro y objeto de aquella guerra, con una infanteria elegida, acompañándole siempre la victoria. Trasladó después la guerra á Prusia, y adelantó sus incursiones hasta Varsovia. Sostenian los austriacos á Polonia para dar ocupacion á Gustavo Adolfo, pero las tropas de Waldstein, tan indisciplinadas como amigas del saqueo, irritaron al pais, y uniéndose la peste y el hambre á estos males, los nobles polacos desearon la paz. Reconoció Segismundo que las tropas austriacas no le serian suficientes para suplantar á un rey amado de los suyos; por su parte Gustavo Adolfo deseaba vengarse de los católicos alemanes, y veia al mismo tiempo que la paz de Coczim iba á dejar más fuerzas libres al enemigo (1629), por lo cual trató de concluir una tregua por seis años.

Segismundo fué reemplazado en el trono por su hijo Ladislao VII (1532); pero el título de czar que adoptó tambien este príncipe, proporcionó á Miguel III Romanf un pretesto para recobrar las provincias perdidas por sus predecesores. Esmolensko, que hacia mucho tiempo estaba sitiado, se encontraba ya reducido á la última estremidad, cuando acudiendo á su socorro Ladislao, atacó á los rusos por retaguardia y les precisó á rendirse. Animado con tan feliz éxito, pensó en sitiar la capital de la Rusia; pero habiéndole declarado la guerra los turcos para verificar una diversion, tuvo que prestar oidos á proposiciones de acomodo, y por el tratado de Viasma renunció á toda pretension á la corona de Rusia, y el czar le cedió Esmolensko, Czernikof y todos sus derechos á Livonia, á la Estonia y á la Curlandia. Arrojadas las hordas de los tártaros por los turcos sobre Podolia se retiraron cuando se firmó la paz.

Los cosacos, que se habian insurreccionado varias veces bajo el mando de Segismundo, habian sido disueltos por su insubordinacion, facultando á todos los habitantes para que les diesen muerte. Atravesaron entonces el mar Negro, tomaron á Caffa, incendiaron el arsenal de Trebisonda y dieron muerte á todos los habitantes que encontraron en Sinope, sin que el rey consiguiese apaciguarlos. Continuaron entonces asolando alternativamente la Rusia, la Turquia y la Polonia, estando obligado este último reino á sostener un ejército permanente que los rechazase. Aun más, pretendieron tener voto en la eleccion del rey, y se tuvo que recurrir á una guerra abierta. En fin, fueron dispersos, privados de sus privilegios, declarados iguales á los campesinos, y oprimidos con toda la tirania de la nobleza polaca (1640). El descontento les hizo empuñar de nuevo las armas, y el mismo Ladislao fomentó su odio, deseoso como estaba de dar incremento á la autoridad real y hacerla hereditaria. Era su intencion ganarse, en caso de necesidad, el afecto de los soldados, llevándolos á hacer la guerra á los turcos. No habiendo podido inclinar á la dieta á asalariar tropas extranjeras, resolvió volver á los cosacos sus privilegios, dejarles inquietar á los tártaros y hasta atacar la república. Su muerte le detuvo en sus proyectos (1648); pero los tártaros habian ya empuñado las armas, y tanto ellos como los cosacos comenzaron á sitiar y saquear á porfia las ciudades, haciendo este interregno más horrible que los anteriores.

Así fué que los reyes de Polonia, en continua guerra con los rusos, los turcos, los tártaros y los suecos, destrozados por las facciones y querellas religiosas, y teniendo en medio á los indomables cosacos, no pudieron establecer nunca una buena

administracion en el pais, que permaneció destrozado, dividido y miserable. La clase baja vivió pobre y oprimida bajo la inhumana tirania de los nobles, que el rey era impotente á reprimir, y los extranjeros que espiaban los movimientos de aquella república, como el cuervo los del suicida, con cuyo cuerpo espera hartarse.

Vamos á suspender por ahora el relato histórico de las naciones europeas, para dedicar nuestra atencion á los progresos sociales que se habian realizado durante el trascurso de los tiempos que hemos historiado en el presente libro.

CAPÍTULO XXXI

FILOSOFIA POLÍTICA Y JURISPRUDENCIA.

Tan estraños trastornos como se verificaban á vista de los hombres, hicieron separar su atencion de las vanas abstracciones, para fijarla en la poderosa realidad, y hacerles aplicar la moral, no sólo al individuo, sino á la sociedad; buscar las reglas para descubrir las causas, y apreciar el derecho de los acontecimientos cuya fama llenaba el mundo.

Ya hemos visto en Italia á Maquiavelo y á Guicciardini, reducir á doctrina una política que los poderosos habian comenzado á poner en práctica (1). Al mismo tiempo que los hechos arrastraban á los pueblos á una monarquia absoluta, y que los reyes, sin moralidad en la eleccion de los medios, se esforzaban en destruir los privilegios feudales, cuatro ideas generales, independientes de las circunstancias particulares ponian obstáculos á él: primera, los recuerdos de Roma y Grecia, que habian producido en un tiempo la idea del poder central, entonces hacian nacer la de la libertad y odio á los tiranos; segunda, las reminiscencias de los límites establecidos para la monarquia en la Edad Media; tercera, las doctrinas de igualdad predicadas por los calvinistas; en fin, las pretensiones de la Iglesia, que pensaba con tanto más orgullo reponer su dominacion, cuanto más amenazada estaba, como tambien enseñar á los reyes sus deberes y á los pueblos sus derechos.

Estéban de la Boetie de Sarlat, escritor católico, unido íntimamente á Montaigne, que lo alaba como *muy enemigo de conmociones*, y cuyos papeles reunió y publicó cuando murió siendo aun muy jóven, se mostró más que su amigo, virtuoso, espontáneo, creyente, activo, de una gravedad que no está desprovista de dulzura ni de imaginacion. En el *Contrasentido*, ó discurso sobre la servidumbre voluntaria, se pronuncia con una osadía estraordinaria en un francés, contra los abusos de la autoridad, sobre todo en tiempo de Enrique II. La libertad, segun él, es el derecho de las naciones, que á veces se encaminan ellas mismas á la servidumbre por vias diferentes, que el autor señala. Los tiranos son hombres como los demás, escepto que sacan su audacia de la longanimidad de los súbditos, que sin embargo son sus manos, sus piés y sus ojos (2). La Boetie es pues, un repu-

(1) MACKINTOSH, *Progress of ethical philosophy.*

WEATON, *Historia de los progresos del derecho de gentes en Europa, desde la paz de Westphalia hasta el congreso de Viena.* Leipzig, 1841.

STEWART, *Preliminary disertation on the progress of metaphisical and ethical philosophy since the revival of lettres in Europe.*

OMPTEDA, *Litteratur des Völkerrechts.*

(2) «El que os domina no tiene más que dos ojos, dos manos y un cuerpo, ni nada más que el último hombre de los muchos de vuestras ciudades; lo que tiene más que vosotros es la ventaja que vosotros le dais para destruiros. ¿De dónde ha de haber sacado tantos ojos para espiaros, si no se los diéseis? ¿Cómo habia de tener tantas manos para heriros, si no las sacase de entre vosotros? ¿Los piés con que pisa vuestras ciudades, de quién son sino vuestros? ¿De dónde procede su poder sino de vosotros mismos? ¿Cómo habia de incomodaros, si no estuviese en inteligencia con vosotros? ¿Qué daños podia causaros, si no fuéseis los encubridores del ladron que os saquea, cómplices del asesino que os da muerte, y traidores de vosotros mismos? Sembrais los frutos, para que él haga la recoleccion; amueblais y llenais vuestras casas para sus robos; criais á vuestras hijas para que él sacie su lujuria; alimentais á vuestros hijos, para que los conduzcan á sus guerras, los lleve á la pelea, los haga ministros de sus ambiciones y ejecutores de sus venganzas; os dais trabajo, para que pueda gozar en sus delicias y enfangarse en los sucios y feos placeres; os debilitais á fin de que sea más fuerte y que os

blicano que, cual otros de aquel tiempo, después de haber negado la autoridad de la Iglesia, atacaba la de los reyes. Permaneció entre las filas de los católicos; pero sus libros sirvieron de mucho á los calvinistas, cuando proclamaron doctrinas democráticas (3).

Huberto Languet, natural de Borgoña, amigo de Melanchton (*vindiciæ contra tyrannos*), emprendió demostrar que la tirania era contraria á la religion, que la rebelion era legítima, y que no habia verdadera soberanía sino la del pueblo. Segun él, el príncipe no es el delegado de Dios, sino su vasallo. Sólo le pertenece la iniciativa cuando se trata de paz y de guerra; y aun en estos casos debe consultar á las cámaras; si llega á ser un tirano todos pueden darle muerte.

El aleman Juan Althausen sostiene que los Estados de un reino, pero no un simple particular, tenian el derecho de resistir al tirano; refutaba en esta Alberico Gentile, á Barclay y á otros escritores que habian proclamado la obediencia pasiva. A sus ojos el *jus majestatis* reside en el pueblo, y no en su primer magistrado, que es siempre el administrador. La misma asamblea no podria enajenar este derecho, así como un hombre no puede enagenar el de vivir.

Francisco Hotman (1524-90), parisiense, en su *Franco-Gallia* sostiene ser falso y peligroso el derecho hereditario en la corona, y aduce hechos antiguos que prueban que el pueblo debe participar de la soberanía. Recuerda que los reyes primitivos fueron elevados sobre el escudo que solia deponerse á los malvados, y «si se les dejase un poder ilimitado, llegarian á tratar como esclavos y rebaños no sólo á los ciudadanos sino hasta á sus padres.» Sin embargo, sólo concede que los Estados son superiores al rey.

A esto tan sólo llegan los liberales protestantes, esto es, resisten á la autoridad en nombre del derecho, no del deber; aborrecen el poder absoluto, pero no llegan al pueblo; buscan las garantias en los privilegios de un cuerpo, y veneran las monarquias como instrumento, no como principio. Estaban, pues, inspirados, no por un sincero liberalismo, esto es, no por el deseo de ser útiles al pueblo y arrancarlo de la servidumbre feudal, sino por pasiones y pretensiones aristocráticas, y aun cuando son de buena fé, tienen un patriotismo inesperto, que ve los males y no la dificultad del remedio. En el tiempo de la liga especialmente, todos los actos de Enrique III eran denigrados por el púlpito, como hoy lo harian los periódicos, animando á la desobediencia; y á menudo la voz del predicador precedia al puñal del asesino ó al hacha del verdugo. Cuando los buenos ciudadanos y habitantes de París consultaron á la Sorbona acerca de la resistencia que hacian á Enrique III (1589), ésta aunque era el escudo perpetuo de las regias prerogativas, opinó que el pueblo quedaba relevado de su juramento y podia en conciencia unirse, armarse y acuñar dinero para defender la religion católica de los atentados de los reyes. La historia nos enseña que en aquel siglo el asesinato no sólo fué un acto comun, sino un modo casi legal de resolver muchas cuestiones.

En los escritos de circunstancias de los emigrados de varios reinos, hállanse continuos panegíricos del tiranicidio. El inglés Juan Poynet le declaró conforme al juicio de Dios; y Poltrot, asesino del duque de Guisa, fué absuelto por los protestantes. Esta doctrina, aunque condenada en el concilio de Constanza, encontró fautores hasta entre los católicos y los jesuitas, no como una teoria que les fuese propia, sino como una opinion acreditada en aquella época. Es tan antigua como la admiracion hácia Harmodio y Bruto, y muchos teólogos la han sostenido hasta la mitad del último siglo. Ahora bien, los que se han tomado el trabajo de contarlos, han encontrado que no se hallan entre este número más que á catorce jesuitas, de los cuales el primero escribió en 1596 y el último en 1669 (4).

Los teólogos sostenian las prerogativas del pontífice sobre el poder político, en atencion á que es de derecho divino: á los que objetaban que el derecho de los príncipes debia ser tambien de orígen divino, pues de otra manera ¿cuál seria su fundamento? no vacilaban en contestar: *el pueblo*, cuya soberania establecian. Segun Belarmino, Dios no ha concedido la autoridad temporal á nadie en particular, y sí á todos en masa, es decir, al pueblo que la confia á uno solo ó á varios, reservándose el derecho de cambiar sus formas. *En el Manual* de los confesores, discute Saa si el pueblo puede destituir al rey cuando llega á ser tirano ó descuida sus deberes, y si puede elegir otro por mayoria de votos.

Mariana (1554-1624), de que ya hemos hablado,

---

tire más de la brida. Y después de tantas indignidades, que animales ó no sentirian, ó no sufririan, podeis libertaros si lo ensayais, sin tener más que quererlo. Resolveos á no servir más, y quedais libres. No quiero que le maltrateis ni castigueis; sólo sí que no le sostengais, y le vereis, como á un gran coloso á quien se le quita su base, hundirse por su propio peso y romperse.»

(3) CÁRLOS LABITTE.—*De la democracia entre los predicadores de la liga.* Paris, 1841.

(4) En el número XI de los *Documentos históricos, críticos y apologéticos, concernientes á la compañia de Jesús*, publicados en Paris por Waille, se encuentra discutida la doctrina del tiranicidio (no del regicidio). Está demostrado que era general entre los jesuitas seculares ó eclesiásticos, y de derecho público en toda Europa, escepto en Francia en tiempo de la tercera raza; que era admitida en Francia hasta por los parlamentos, por la Sorbona y por la universidad; que de los catorce jesuitas que la han sostenido, no habia uno que fuera francés, perteneciendo todos á los paises donde se podia profesar libremente esta opinion, lo que hicieron con la aprobacion de las autoridades civiles y religiosas.

publicó el libro *De rege et regis institutione*, obra dedicada á Felipe III, y muy recomendada por el censor real que la examina. Decide que la mejor forma de gobierno es la monarquía hereditaria, con tal que el rey llame á su consejo, á los ciudadanos más recomendables, y tome parecer de un senado; que la autoridad del pueblo es superior á la de los reyes, que es imprudencia tanto que el pueblo abandone sus derechos á un rey como á un rey el aceptarlos; se muestra siempre celoso partidario de la libertad y del bien público, hasta rayar en la exageracion.

En el capítulo XVI donde sienta esta cuestion: *An tyrannum opprimere fas sit*, describe de una manera dramática á Jacobo Clemente dando de puñaladas á Enrique III, con evidente intencion de justificarle. Después se enumeran las razones por las cuales *qui tyranni partes tuentur* reprueban el regicidio. Pero *populi patroni non pauciora neque minora præsidia habent;* y sostiene que es lícito dar muerte á un verdadero tirano (5). ¿Pero cómo probar que el príncipe es verdaderamente un tirano? El mejor medio es que el pueblo que quiere hacerse justicia, se reuna en asamblea para pronunciar, y que sus resoluciones tengan fuerza de ley (6). ¿Pero y si no fuera posible reunir la convencion nacional y si el Estado estuviese al borde del precipicio? En este caso vacila Mariana; pero concluye en estos términos: *Haud quaquam inique eum fecisse existimabo*, que diera muerte al tirano. Estas doctrinas hicieron se condenara su libro en Francia; fué preso en España, no por haber publicado este libro, sino por haber revelado el desórden de la hacienda, la alteracion de la moneda y los males de que el país se encontraba amenazado. Cuando murió, el presidente del Consejo de Castilla dijo: «Hoy ha perdido nuestro consejo su freno.»

El jesuita italiano Santarelli sostuvo tambien que el papa puede imponer á los reyes penas temporales, y libertar por causas justas á los súbditos del juramento de fidelidad. En vano sus hermanos de religion retiraron al momento esta obra: el parlamento de París y la Sorbona á quien habia sido denunciada, la condenaron y fué entregada á las llamas. Los jesuitas se vieron obligados á reconocer esta condena y declarar la independencia del rey.

Las mismas ideas animaron á otro miembro de aquella compañía, Francisco Suarez de Granada, que sin embargo supo evitar el sacar consecuencias atrevidas. *Las Provinciales* nos han acostumbrado á ridiculizarle; sin embargo, Grocio confiesa que entre los teólogos y filósofos, apenas existia uno que le fuera igual. En su tratado *De legibus ac Deo legislatore*, enunció la distincion entre lo que se llama el derecho natural y los principios convenidos entre las naciones. Adelantóse á Grocio y á Puffendorf, tratando completamente toda la parte del derecho general (7), y fué el primero en conocer que no se compone sólo de los principios de justicia aplicados á las relaciones que existen entre los Estados, sino de usos, que después de observarlos por cierto tiempo, se reconocen como costumbres. Todo poder legislativo y paternal, dice, procede de Dios, pues aun cuando este poder es humano, el hombre no es más que vicario de Dios. Si pertenece al príncipe hacer las leyes, es sólo porque el pueblo le ha confiado este cuidado; la esencia de ellas es dirigirse al bien público, de otra manera no obligan á la conciencia; sin embargo, la insurreccion no se permite sino contra un usurpador.

El libro *De ecclesiastica et politica potestate* por Edmundo Richer, síndico de la facultad de teología de París, adquirió mucha fama en Francia. Proclama, sosteniendo los derechos de la iglesia galicana y combatiendo la supremacía papal, que toda comunidad tiene el derecho inajenable de gobernarse por sí misma; que la jurisdiccion y el poder le pertenecen, pero no á un individuo cualquiera, y que desde luego con mayor razon corresponden á la sociedad civil. Ni espacio de tiempo, ni privilegios locales, ni dignidad de personas podian prescribir este poder de derecho divino y natural, de lo que resulta que los Estados del reino son superiores al rey, y que Enrique III, como traidor á la fe jurada por él á los Estados, fué muerto con justicia. Los obispos reprobaron esta doctrina en el concilio de Sens; mas, sin embargo, encontró ardientes apologistas.

No podríamos pasar en silencio al abogado francés Esteban Pasquier, que habia estudiado en Bolonia bajo la direccion de Mariano Socino (8).

---

(5) ¡Cosa singular! niega el derecho de hacerlos perecer por el veneno; se diria que ha querido imponer de esta manera al regicida el valor de saber hacer frente á la muerte.

(6) *Atque ea expedita maxime et tuta via est, si publici conventus facultas detur, communi consensu statuendum sit quid deliberare, fixum ratumque habere quod communi sententia steterit.*

(7) *Tractatus de legibus ac Deo legislatore in decem libros distributus, utriusque fori hominibus non minus utilis quam necessarius.*

Es una de las cosas más estrañas ver la historia del mundo observada por él desde el punto de vista astrológico y cabalístico. Las grandes combinaciones de los astros acaecieron en el momento de las catástrofes: por esta razon la grande conjuncion que se verificó cuando la república romana quedó á merced de César se renovó en 630, época de Mahoma, y después en 1464, tiempos de grandes trastornos. Calcula los números de la duracion de los imperios por medio de aproximaciones que á nadie se le ocurririan en el dia.

(8) «Quien, dice el mismo Pasquier, habia adquirido tanta fama, que la mayor parte de los italianos iban á su encuentro y permanecian con él cinco ó seis meses para consultarle.»

Ilustró en sus *Indagaciones de Francia* gran número de puntos históricos, y espone en el *Pour parler du prince* sus propias ideas sobre el gobierno, refiriéndolo todo á la utilidad pública, é indignándose contra un interlocutor que dice que los pueblos habian sido hechos para los reyes. Habiendo pretendido los jesuitas conferir los grados como la misma universidad, encontraron viva oposicion, y Pasquier los combatió como peligrosos al Estado.

Habiéndose indispuesto Venecia en aquella época con el papa, y sido puesta en entredicho, hizo publicar tésis hostiles á las pretensiones pontificias, como tambien varias consultas de fray Pablo Sarpi, del padre Marco Antonio Capello, y del fraile Juan Marsilio (9), en las que sostenian contra el cardenal Belarmino, que los pueblos tenian derecho de examinar las causas de las escomuniones y de las órdenes del pontífice.

Fuera de los católicos, la Reforma, restableciendo en sus derechos el elemento subjetivo personal, habia favorecido las investigaciones sobre el orígen histórico y filosófico de las instituciones; pero las doctrinas liberales eran mal ó bien acogidas segun los paises. La Holanda, Ginebra y la Escocia, que habian establecido la reforma por oposicion al rey, se adherian á las opiniones de los republicanos, al paso que la Inglaterra y la Escandinavia, que habian llegado á ser protestantes por derecho real, se inclinaban á los principios monárquicos. Jorge Buchanan haciendo aplicacion particular á las cosas de Escocia (*De jure regni apud Scotos*), sostiene que el derecho real se deriva de la eleccion popular; que el rey por la coronacion lo acepta cual depósito del pueblo, y que segun la Escritura puede darse muerte á los tiranos. Así Ricardo Hooker en Inglaterra en tiempo del despotismo de Isabel, predicaba la intervencion del pueblo (*Constitucion eclesiástica*) con tal osadia que le conducia á la democracia. Por el contrario, la universidad de Oxford exigia de los aspirantes al doctorado (1630) el juramento de no admitir ninguna doctrina social en contra de la que se profesaba en su seno (10); la misma que habia enseñado Alberico Gentile (11), Nicolás Hemming (12), Barclay (13) y otros que, olvidando que existia una ley fuera de la sociedad y anterior á ella, incurrian en un absolutismo positivó ó en la legalidad tiránica. Nunca se ha enseñado en España ni en Oriente un despotismo más desenfrenado que en Inglaterra, en tiempo de Isabel y de Jacobo I. Raleigh escriba á aquel príncipe, dedicándole su obra: «Los vínculos que unen los súbditos al rey, deben de ser de hierro; y los del rey á los súbditos de tela de araña.» Añade que la ley no obliga al rey sino por su propio interés, y que llegando á cesar este interés, puede violarla.

Hácia esta época se comenzó á enseñar que habia sido trasmitida una autoridad patriarcal, por órden de primogenitura, al heredero legítimo, desde el orígen de la raza humana, de tal manera, que las naciones están unidas á la persona de su jefe natural. Pero como no es posible probar quién es éste, el derecho pasa al representante del primero que puede hacerse constar históricamente haber reinado sobre un pueblo. Suarez destruyó este sueño, distinguiendo el derecho patriarcal (*œconomicum*) del derecho político.

Los protestantes acusaban á los católicos de legitimar la resistencia á los actos arbitrarios, de querer que el poder que concentraban enteramente en los príncipes, se dividiese con la Iglesia, de suponer algo superior á las convenciones sociales, al paso que colocaban en la autoridad el único orígen de la obligacion y de enseñar con santo Tomás que la obediencia á los reyes está subordinada á la obediencia debida á las leyes de justicia. Puede juzgarse de parte de quien estaba el liberalismo.

Botero, 1540-1617.—Entre los más afamados publicistas, citaremos al piamontés Juan Botero, secretario de san Cárlos y de Federico Borromeo, preceptor después de los hijos de Cárlos Manuel. Dió pruebas en la *Razon de Estado* y en las *Relaciones universales*, de gran delicadeza, de razonamiento, de mucho estudio y observacion; y supo aplicarlo felizmente á la época en que vivia. «El Estado, dice, es una dominacion estable sobre los pueblos; la razon de Estado es el conocimiento de los medios propios para fundar, conservar y estender esta dominacion. Los gobiernos deben conservarse á cualquier precio.» En su consecuencia, se hace el panegirista de la matanza de San Bartolomé. Desaprueba que el duque de Alba hubiese dado muerte ruidosamente á Egmont y Horn, «en lugar de desembarazarse de ellos tan secretamente como le fuera posible.» Por lo demás, supone al hombre tal como deberia de ser, no como es; resultando que las bellas instituciones que propone carecen de oportunidad. Hablando de la poblacion, reconoce que es inútil favorecer á los matrimonios, y que no es de temer que celibatos parciales disminuyan la poblacion, en atencion á que se equilibra con los medios de existencia (14); teorías de buen sentido que la ciencia ha oscurecido y bastardeado después. Desaprueba las colonias de los españoles y de los portugueses, en las

(9) Véase la edicion completa de las *Obras de fray Pablo*, t VII.

(10) WOOD, *Historia de la universidad de Oxford*, t II, página 341.

(11) *De potestate principis absoluta, et de vi civium in principes semper injusta*, 1605.

(12) *Apodicta methodus de lege naturæ*. Leipzig, 1562.

(13) *De regno et regia potestate*.

(14) «Siendo buscadas dos cosas para la propagacion de los pueblos, la generacion y la educacion, aunque la multitud de los matrimonios ayude mucho á la una, es cierto no obstante que es un obstáculo para la otra.»

que no ve más que esperanzas romancescas y devastaciones reales; lo que hará que en lugar de mundos nuevos se tendrán nuevos desiertos.

Boccalini, 1556-1613.—Puede decirse que Trajano Boccalini, hombre dotado de buen talento y ardiente imaginacion, introdujo en los sistemas políticos las estravagancias que sus contemporáneos introducian en el estilo. Tomó á Tácito por tema, como Maquiavelo habia tomado á Tito Livio, adoptando su manera sombría de considerar las intenciones humanas; con la diferencia de espresar su cólera de una manera alegre. En las *Relaciones del Parnaso*, finge que Apolo tiene allí su corte para oir las quejas, y decidir sobre toda clase de cuestiones, tanto literarias, como de costumbres y de gobierno. Se dedica con más particularidad á esta última materia en la *Piedra de toque política*, donde revela con mucho arte las heridas causadas por los extranjeros en el hermoso cuerpo de la Italia; demuestra que no le seria á ésta difícil sacudir su yugo, al paso que seria imposible á los extranjeros conseguir nunca connaturalizarse con ella, y acomodarse al clima y carácter de los habitantes (15). En vez de admirar la calma que entonces reinaba en Italia dice que bien reflexionado, ella conocerá fácilmente que debe dolerse de este ocioso veneno que la consume, cuando en los trastornos y en la ardiente llama de las guerras estrañas tiene que compadecer los daños de sus amigos.

El estudio de los escritores políticos es muy importante, porque ellos son los jueces de los acontecimientos de su época, y porque se ven aparecer las causas de estos acontecimientos en sus opiniones. Señalaremos, pues, á Gabriel Naudé, que en sus *Golpes de Estado* justifica todos los desafueros y hasta la matanza de San Bartolomé. Sostiene en sus *Memorias* dirigidas á Richelieu (16), que es necesario ir rectamente al fin sin detenerse en reflexiones minuciosas, y que la única mision de un ministro es conseguir su objeto. Por el contrario, Pontano, en su *Tratado del príncipe*, identifica la política con la moral, y quiere que los gobiernos tengan por base la libertad y la clemencia. El inglés Selden (*De jure naturali et gentium juxta disciplinam hebræorum*) busca cuál era la opinion de los hebreos con respecto á la ley natural y al derecho de gentes; es decir, con respecto á la obligacion moral en lo que se distingue de la ley mosaica.

(15) Hace que Francia diga á España que «la empresa de subyugar la Italia no es negocio tan sencillo... Cuando yo tuve el mismo capricho... conocí con grandísimo daño mio que los italianos son una raza de hombres que están siempre sobre aviso, para aprovechar la ocasion, y nunca se acostumbran á la dominacion extranjera. Y si con su mucha astucia adoptan fácilmente las costumbres de las naciones que los dominan, mantienen vivo, sin embargo, en lo íntimo de su corazon el odio antiguo... y cuando se quiere llegar á lo difícil del asunto, enseñan más dientes que los que tienen cincuenta manojos de hoces.

(16) Inéditas y citadas por Capefigue.

El puñal de Ravaillac demostró á donde podia conducir la doctrina del regicidio aplicada por el juicio privado. Ya los poderes se habian asegurado; los que sostenian la supremacia de la Santa Sede no eran vistos favorablemente por el pueblo, y no tenian ya debates tan vivos con los reyes; y así fué, que la política fué más tranquila, y secundó mejor el poder absoluto callando que obrando. Los estudios se dirigieron entonces hácia la estadística, que nacida en Italia, habia sido al principio puesta en práctica en las relaciones de los embajadores, y se la aplicó á analizar las fuerzas de los gobiernos antiguos y nuevos, á esponer y esplicar las instituciones. Los Elzeviros reunieron las constituciones de los Estados europeos en un tomo pequeño, propio para dar conocimiento de los hechos, sin buscar la filosofía. Hiciéronse tambien descripciones del país, que pusieron en circulacion datos poco estendidos hasta entonces.

Paruta.—Donato Giannotti, que habia sucedido á Maquiavelo en el empleo de secretario de la señoría de Florencia, examinó á fondo la magistratura veneciana y la república florentina, y animó á sus conciudadanos contra los Médicis. El veneciano Pablo Paruta se manifestó en sus *Discursos políticos*, si no agudo y vigoroso, al menos bastante atrevido en el modo de juzgar á los romanos y á sus contemporáneos. Si la forma no hubiera sido tan tosca, podrian sacarse de allí varias ideas con que se ha honrado á Montesquieu. Sembró tambien notas políticas en su *Historia de Venecia*, que sin embargo escribió estando á sueldo de la república. Describió de una manera más franca la guerra contra los turcos, verdadera epopeya de aquella reaccion católica, á la cual parece que el autor se habia dejado él mismo arrastrar, como resulta de un ensayo poco conocido que dejó sobre su vida; especie de confesion de sus agitaciones interiores.

Bodin, 1530-96.—Podemos añadir á estas obras las de Bernardo Segni, Francisco Sansovino y de Vida (*De optimo statu civitatis*). Juan Bodin escribió en francés su *República*, que puso después en latin. Es una obra concebida en proporciones de la que no existia aun ningun modelo (1576). Maquiavelo reunia las combinaciones de una política sin freno. Bodin quiso determinar sus verdaderos fundamentos. El florentino adoptó por principio el interés particular del príncipe, y Bodin el general de la nacion. El objeto principal de la asociacion política es, segun él, el mayor bien de cada ciudadano, de donde resulta el bien de toda la comunidad. El ejercicio de las virtudes propias al hombre, y el conocimiento de las cosas naturales, humanas y divinas conducen á este objeto. La familia es el gobierno de varios bajo el mando de un solo jefe, así como la república (en el dia decimos el Estado) es el de varias familias. El gobierno patriarcal es el mejor de todos; la mujer debe depender de la voluntad del marido hasta poder llegar á ser repudiada. El autor manifiesta

en esto que prefiere la doctrina mosáica á la ley cristiana; lo que tambien hace sobre otros varios puntos. Cree que la esclavitud puede subsistir con varias restricciones, y que no debe resolverse sino con graduales emancipaciones. La ley no crea el derecho de las personas; porque estos derechos existian antes que la fuerza, la violencia, la ambicion, la avaricia ó la venganza armasen al hombre contra el hombre, y que la victoria hiciese á los unos inferiores á los otros; lo que produjo los señores y los siervos, los príncipes y los súbditos, en una palabra, la república.

El ciudadano es un hombre libre obligado á obedecer al poder supremo de otro, si el súbdito libre reconoce al soberano y es protegido por él, la ciudadania se encuentra constituida. La conquista y la sumision no bastan, pues, á esto; y los privilegios de ciudadano no podrian concederse á todo individuo procedente del extranjero. La unidad se conserva por la herencia en las monarquias, gobierno el más oportuno, á pesar de sus inconvenientes, para mantener la igualdad entre los súbditos. La soberania (*majestas*) es el poder supremo y perpétuo separado de toda ley. Es bueno que se reunan parlamentos, para tantear su parecer y asentimiento; pero el rey no está obligado á seguir sus decisiones. No admite Bodin gobiernos mistos, siendo como es indivisible la soberania, es decir, el poder legislativo, y se sujeta á las tres especies capitales; pero así como Montesquieu no indica los grados característicos que diferencian á la monarquia del despotismo, en atencion á que esta diferencia depende únicamente del carácter del príncipe reinante. El magistrado es el oficial del soberano que le reviste con una autoridad pública. El juez debe obedecer las órdenes que no repugnen á las leyes de la naturaleza, y aun cuando estas órdenes le chocaran, vale más obedecer que ofrecer al pueblo el ejemplo de la oposicion. La república no podria subsistir sin corporaciones ni gremios. El dominio incondicional es un dogma tan inconcuso, segun él, que ni el mismo príncipe podria restringir sus propios poderes. Irrítase contra los que dicen que los Estados son superiores al rey; niega con impudencia el ejemplo de Inglaterra, y en la fórmula del Justicia de Aragon no ve más que una ceremonia. Dice no ser cierto que el rey se convierta en tirano luego que se oponga á los deseos del pueblo, pues de otro modo «el rey no seria más que simple magistrado» (lib. II, cuerpo 3, página 196); y es delito de lesa majestad igualar al súbdito con el soberano (p. 183).

Sigue mejor camino cuando trata (LIBRO IV) del progreso, del establecimiento completo, ó de la decadencia de los Estados hasta que llegan á su caida; término inevitable de las cosas humanas. La erudicion histórica, tan abundante en él, que á veces sofoca el razonamiento, le es de gran socorro para esplicar aquellas revoluciones. Los grandes desastres se dirigen á cambiar el gobierno popular en aristocrático; las prosperidades producen un resultado contrario. Generalmente la democracia conduce á la monarquia; y si este gobierno se vuelve tiránico produce la democracia. Puede temerse en la aristocracia que un ambicioso arme al pueblo contra los grandes. Los pequeños Estados son más susceptibles de cambios que los demás, en atencion á que el pueblo se divide en ellos más fácilmente en facciones.

Tratando después de los medios con cuya ayuda se pueden prever las revoluciones. Bodin cree que las estrellas no son estrañas á ellas, aunque la ignorancia de los observadores impida sacar provecho de sus indicaciones. Desaprueba á Copérnico, y se entrega á conjeturas sobre los números, porque, segun el dicho de Platon, los Estados sucumben por falta de proporcion.

Ya hemos visto á Hipócrates fundar la diversidad de costumbres ó instituciones en la variedad de climas. Bodin desarrolló este principio examinando los caractéres de las naciones bajo su aspecto físico y moral (17), con ayuda de observaciones de gran generalidad. Hace prevalecer hácia los polos la fuerza corporal, la intelectual hácia los trópi-

---

(17) Bodin divide á los hombres en tres clases: orientales, occidentales y mixtos. *Non assentiemur Polybio et Galeno, qui cæli et soli naturam necessaria quadam vi mores hominum immutare contendunt. Ut enim ex naturalibus causis vitia nasci possint, extirpari tamen et omnino tolli, ut is ipse qui ad ea propensus fuerit a tantis vitiis avocetur, non est id positum in naturalibus causis, sed in voluntate, studio, disciplina; quæ tolluntur omnia si necessitati locum demus. Quæ ut planius percipiantur, trifariam regiones ab æquatore ad polum utrumque dividemus; ita ut cuique regioni partes cæli triginta dentur: tot enim ab æquatore ad utrumque polum numerantur. Prima regio quæ ab æquatore propius abest, ab ardoris intemperiæ calidissima esse dicitur: at quæ ad aquilonem spectat, frigiditate rigidissima, inter utramque calore ac frigore modice temperata interjacet. Rursus regiones singulas bifariam subdividemus. Nam regio quæ partes cæli quindecim priores ab æquatore capit, temperatior est, contra quam plerique magno errore putant, quam quæ tropicis utrisque subest. Item regio quæ à XXX circuli meridiani parte ad XLV porrigitur, multo mitior est quam quæ á XLV ad LX, propter utriusque poli propinquitatem. Hinc ad LXXV, regiones quidem multo frigore rigent, coluntur tamen ac populorum multitudine abundant. Postrema regio quindecim partium cæli à LXXV ad XC, etsi omnino deserta non videatur, illic tamen tanta est frigoris ac nivium intemperies, ut non satis commode vivi, ac ne vivi quidem possit; sed quidquid hominum restat, fere in antris ac latebris bestiarum more versatur, aut vagatur in sylvis.*

Ut igitur Australis ater est, sic Aquilonius ex albo rubescens; hic longus, ille brevis; hic robustus, ille debilis; hic calidus, humidus, ille frigidus, siccus; hic pilosus, ille glaber; hic lætus, ille timidus; hic vinosus, ille sobrius; hic sui et aliene negligens, ille circumspectus; hic juste arrogans, ille demisso vultu elatus; hic rauca vox; illi clara; hic prodigus, ille parcus; hic minime salax, ille salaccissimus; hic sordidus, ille nitidus; hic simplex, ille versutus; hic miles, ille sacerdos; hic opifex, ille philosophus; hic in manibus spem ponit rerum suarum, ille in mente; hic terræ venas ac fodinas, ille cælestes inquirit. Consequens est igi-

cos, y ambas mezclarse en los paises intermedios; la violencia domina en el Norte, la supersticion en el Mediodia, la razon en los paises del centro. Se anticipa, como se ve, á Montesquieu; y como él, pero más digno de escusa, acumula hechos falsos ó mal comprendidos.

En lo concerniente á las propiedades, considera como injusta la abolicion de las deudas, como absurda la particion de los bienes; los testamentos perjudiciales á la igualdad, y que las mujeres no deben ser admitidas á igual parte en la sucesion, puesto que no pueden pretender igual parte tambien en la sociedad doméstica. Al mismo tiempo que trata de las penas, se ocupa de las recompensas, y conoce cuán ventajosas son á una nacion las costumbres guerreras y las fortalezas.

Se nota que Bodin confunde la política con algunas cuestiones de derecho, cuando éste es anterior á aquélla. Sin embargo, aunque sea prolijo, tenga una erudicion afectada, y emplee fuera de propósito un lenguaje matemático, posee en un grado eminente la historia, el conocimiento de las leyes, y observaba como un filósofo. Es el primero, después de Maquiavelo, que ha tratado la política con estension y originalidad, con la idea de que es preciso buscar la filosofía del hombre en su pasado, interrogado con independencia. El estilo anticuado de su libro hace que sea poco leido; pero en su tiempo ejerció mucha influencia: se le tradujo á todas las lenguas; y al paso que sirvió de ejemplo para la discusion séria de cuestiones políticas, incitó á componer obras, que más tarde la eclipsaron.

T. Moro, 1480-1535.—Pueden encontrarse en la *Utopia* de Tomás Moro algunas de las doctrinas predicadas últimamente por Saint-Simon y por Fourier. El autor supone que ha encontrado en Amberes á Rafael Hythlodeo, compañero de Américo Vespucio, y que se ha puesto á hablar con él de los males de la humanidad. Atribuyéndolo Rafael al derecho de propiedad, y replicándole el autor que es un inconveniente inevitable, su interlocutor comienza á hablarle de un pais que él habia llamado Utopia, y situado donde se cita la antigua Atlántida, pais que se rige sin conocer las propiedades privadas. Es una república en la que todas las clases son electivas, hasta la del rey, que no tiene por señal distintiva más que un puñado de espigas, así como el pontífice una antorcha que se lleva delante de él. La base de la sociedad es la familia compuesta de cuarenta miembros y dos esclavos. Hay un filarco para cada treinta familias, y un protofilarco por cada diez filarcos; el número de estos jefes de decenas es de doscientos: se reunen para elegir al príncipe de entre dos candidatos propuestos por el pueblo y le sirven de consejo. Todo es comun entre los habitantes, escepto las mujeres; el que tiene necesidad de un mueble lo pide á un magistrado, se viaja sin que cueste nada, se da hospitalidad á los extranjeros, que retribuyen con su trabajo. Nadie está exento de dedicarse á la agricultura, y cada ciudad envia veinte mancebos á los campos. Todo individuo debe saber un arte, escepto los que manifiestan una disposicion especial para las ciencias. Seis horas del dia están consagradas al trabajo; y se dan lecciones públicas en el intérvalo destinado al recreo. En las tardes de verano, los habitantes cultivan los jardines; por el invierno se divierten en juegos morales, principalmente en una especie de ajedrez en el que combaten los vicios y las virtudes, única guerra que conocen los utopistas. Los granos que esportan les sirven para sostener una guarnicion en las fronteras. El oro está despreciado en aquel pais, hacen con él cadenas para los presidiarios, y pendientes para conocer á los malhechores. Las comidas se hacen en comunidad, en una buena mesa, donde los sentidos son estimulados suavemente por el sonido de instrumentos, cantos, perfumes y agradables vistas, como entre los furieristas; y los placeres tienen por único límite el que impone la naturaleza, es decir, la obligacion de evitar el esceso.

Hay, pues, en aquella feliz comarca placeres sin abuso, trabajo sin fatiga, comodidad sin lujo, descanso sin ociosidad. Si alguno cae gravemente enfermo, el filarco le exhorta á beber una pocion calmante que le envia al otro mundo. Los esposos deben primero probarse; si se convienen, se unen, se divorcian cuando cesan de agradarse. El adulterio produce la esclavitud, y en caso de reincidencia la pena de muerte, que no se aplica más que en este caso. Rafael vitupera el rigor de las leyes inglesas que pronuncian la pena capital por el robo, y la prision al mendigo. En Utopia, todos conocen el manejo de las armas, pero no se sostiene ejército; hay total tolerancia para todos los cultos, desterrándose solamente á los que turban la tranquilidad por causas religiosas. Este libro es, pues, como todos los de su clase, una obra de imaginacion más que de cálculo, con la acostumbrada censura de los abusos entonces en boga. Pero manifiesta que se conocia el mal, y que se pensaba en encontrar un estado mejor de cosas. El nombre de aquella imaginaria república ha quedado en la lengua para designar aquellos inejecutables proyectos, que sin embargo tienen algo de realidad, y que á veces no son más que verdades intempestivas.

Campanella, 1568-1639.—Existe alguna semejanza entre la *Utopia* y la *ciudad del Sol* por Tomás Campanella, obra que no habiendo alcanzado ningun mérito ni atencion de sus contemporáneos, ha sido en nuestros dias sacada del olvido por los apóstoles del comunismo, deseosos de atribuir su enseñanza á este filósofo, que pensó en reformar el género humano restableciendo la integridad y ar-

---

tur, ut si Afri pertinaces, quemadmodum Plutarchus scripsit, Scythæ leves sint. Qui vero medias regiones sortiti sunt, constantiam illam et animi fortitudinem, in qua decus est omnium virtutum, melius quam utrique tuentur.»

monia del poder, de la sabiduria y del amor. Campanella describe, pues, una sociedad dirigida por un jefe supremo electivo por toda la vida que representa á Dios, y del que dependen tres ministros; el uno está encargado del uso de las fuerzas, otro de la propagacion de la ciencia, y el tercero de la union social y el sostenimiento de la vida. ¿No podria ser ésta la monarquia universal de la Santa Sede? Siendo fraile, tomó por tipo de su organizacion social el monasterio y la gerarquia clerical. Todos los solares hacen voto de frugalidad y pobreza; cuatro horas al dia dedicadas al trabajo bastan á sus escasas necesidades. Las demás se aplicarán á las ciencias, abrazando la universalidad de los conocimientos humanos. Predica la comunidad de bienes y de mujeres, la abolicion de la familia y de la servidumbre: quiere que el servicio doméstico se trasforme en empleos públicos; que el poder, ó para hablar con más exactitud, la direccion de los trabajadores, sea desempeñada en cada grado de la escala social por un hombre y una mujer.

«El que se hubiere señalado, dice, en cualquiera ciencia ó arte mecánico, será nombrado magistrado, y todos le considerarán como maestro y juez. Estos van á inspeccionar los campos y los pastos, y el que sabe mayor número de oficios y mejor los ejercita, mayor consideracion obtiene.» Esta es la gerarquia de la capacidad predicada por los sansimonianos, sin que se eche de menos al padre supremo, al papa industrial. Estos magistrados tienen grande autoridad. Juzgan, castigan hasta con pena de muerte y sumariamente, uniendo al poder ejecutivo judicial el religioso, recibiendo de cada subordinado la confesion auricular, que con la propia trasmiten á los superiores. No se asusta él de las necesarias consecuencias del comunismo, esta es, de la mayor opresion que se puede sufrir, pues que hasta la procreacion debe sujetarse á reglas para obtener el progresivo mejoramiento de la raza, desterrando así la libertad hasta en el amor. Las mujeres espondrán sus atractivos; magistrados señalados á este objeto formarán las parejas, segun las reglas que espone el autor, con cínica desnudez y segun las combinaciones planetarias, sobre las cuales se difunde con una sabiduria que mueve á compasion.

Gracias á este sistema, podrán los solares perfeccionar grandemente el saber y la sociedad; construirán arados que se moverán por medio de velas, buques que navegarán sin más útiles ni remos; volarán; descubrirán en los abismos del cielo las más remotas estrellas; oirán la armonia de las esferas celestes; llegarán á una longevidad desconocida hoy dia, y más aun, sabrán rejuvenecerse cada setenta años. Así que Campanella, sobreponiendo la imaginacion á la esperiencia y al raciocinio, alteraba con la naturaleza moral la misma naturaleza física.

Sin embargo, en medio de tantos delirios, sazonados de astrologia y oscura escolástica, saca profundas y nuevas observaciones sobre la historia y alta política de la corte romana. Desde su prision escribia á Felipe II (1598), implorando el permiso de ir á hablarle de cosas muy importantes á España; y privado de libros, encerrado hacia años en un *estrecho zaquizamí*, conoció la causa que produciria la decadencia de aquel poder, entonces en su apogeo (18). Señala en primer lugar el aislamiento orgulloso de la raza española, y aconseja en su consecuencia favorecer los matrimonios con los flamencos, los alemanes y los napolitanos, á fin de hacer desaparecer las antipatias que estos pueblos alimentan en contra de los españoles, aunque imitando sus costumbres; y como es imposible doblegar estos ánimos orgullosos á las costumbres de los extranjeros, éstos son los que deben adoptar las costumbres españolas. Una gran prueba de su orgullo, es que aunque hagan acciones gloriosas, no se cuidan de contarlas. «Vuestros barones y condes, dice al rey, os empobrecen empobreciendo á vuestros súbditos. No se revisten con el título de virey ó de gobernador sino para gastar locamente el dinero, hacerse partidarios y arruinarse en los placeres; exhaustos por el lujo, vuelven á España á reponerse; roban á diestro y siniestro, y enriquecidos de nuevo, comienzan otra vez y saben mil artificios para saquear á los pobres súbditos.»

Esta falta de habilidad en conservar fué precisamente la razon por la que la España no llegó á la monarquia universal sino para caer en el abismo. Pero el que dice la verdad antes de tiempo, no agrada ni á los reyes ni á los pueblos, que igualmente desean ser adulados. En su consecuencia, los pueblos no escucharon, los reyes persiguieron á aquel fraile que revelaba cuán mala era la reparticion de los impuestos, haciendo ver que pesaban sólo sobre los pobres, en atencion á que los nobles los echaban sobre los ciudadanos, y éstos sobre los artesanos y la gente del campo. El sistema que sugiere está conforme á nuestras contribuciones directas é indirectas, pues que se somete á una ligera tasa los objetos de primera necesidad, y sobrecarga principalmente los de lujo ó diversion. Desecha la capitacion, y pide un impuesto sobre los bienes raices (19).

¿No es de admirar encontrar doctrinas económicas tan sanas, tanto tiempo antes de que fuesen enseñadas magistralmente? Encuéntrase además en este libro el consejo de crear un hospicio para los inválidos, una escuela especial para los jóvenes marinos, proporcionar un asilo y dotes á las hijas de los soldados, prestar gratuitamente sobre prendas á los pobres, es decir, fundar los montes llamados con justicia *de piedad;* bancos para recibir

---

(18) *Sobre la monarquia española.* Reimpreso en Berlin en 1840.

(19) *Vectigal exigatur pro necessariis rebus parvum, pro superfluis largius... Non alia bona quam certa et stabilia graventur.*

los capitales de los súbditos, dándoles cuenta de su empleo é intereses. El autor recomienda sostener una buena escuadra, porque la llave del mar es la llave del mundo; no imitar en las colonias y en los paises conquistados á los franceses, *qui, quum multa acquisiverint, nihil servaverunt*, porque no saben moderarse: arrogándose por una parte demasiadas libertades y abandonándolas por la otra, tratan hoy á sus súbditos con suma bondad y mañana con violento rigor. Exhorta tambien á distraer los talentos de las sutilezas teológicas, para fijarlos en la historia, en la geografía, en una palabra, en el mundo real. Pide un código uniforme, la admision en los empleos de todo el que sea capaz, menos favor para la nobleza de nacimiento y para la fortuna. En fin, desearia que se protegiese el amor á la gloria y el sentimiento del honor; que las ambiciones tuviesen un objeto elevado, que se ocupasen en uniformar las monedas, proteger las manufacturas y hacer más productivas las minas. Pasando después á los grandes descubrimientos verificados, se consolaba Campanella en la prision recordando con felicidad los progresos asegurados de la humanidad. «La reforma de la sociedad, decia, se verificará en el siglo que viene. Destruccion en primer lugar, después reedificacion: una monarquia nueva, y un cambio total de leyes.» La fuerza de carácter del hombre le inspiraba esta confianza, aun más que los descubrimientos: «¿Cómo se han de detener, dice los progresos del género humano, cuando cuarenta y ocho horas de suplicio no han podido vencer la voluntad de un pobre filósofo, ni siquiera arrancarle una palabra contra su voluntad?»

Economia política.—Desde el tiempo de las repúblicas italianas, acostumbrados los hombres que las administraban á la vida privada, conocian el precio y la importancia de la economia y del trabajo, cuyas reglas se aplicaron á la familia civil. Puede, pues, decirse que la economia política, que no hacia ya consistir únicamente en la guerra la fuerza de los Estados, nació en Italia. Cuando se reformaron las grandes monarquias, los ministros ascendidos por el nacimiento ó la cábala y sostenidos por intrigas, no supieron más que disipar los tesoros reunidos para satisfacer los desenfrenados caprichos de los reyes. Estos, por su parte, atrayendo á sí la direccion general del Estado, tuvieron continua necesidad de dinero para atender al sueldo de los empleados, al sostenimiento de las tropas, y durante este tiempo, el comercio adquiria un desarrollo enteramente nuevo.

Serra.—Dirigióse, pues, necesariamente la atencion á la ciencia de la riqueza, y los italianos fueron los primeros que produjeron obras en las que la economía de las naciones se reducia á sistema. Antonio Serra, de Cosenza, estando prisionero en Nápoles como cómplice de Campanella (1613), dirigió al conde de Lemos un tratado sobre las *causas que pueden hacer que abunde en los Estados el oro y la plata*. Los manantiales de las riquezas son, segun él, ó naturales, como las minas, ya sean éstas accidentales y comunes, ó accidentales y particulares, es decir, pudiendo encontrarse en todos los paises ó sólo en algunos. Las diversas clases de manufacturas, el carácter de los habitantes, un gran comercio y un gobierno sábio entran en las condiciones comunes; y la fertilidad del territorio y una posicion favorable, en las particulares. Prefiere la industria á la agricultura, porque puede multiplicar indefinidamente los productos. Un terreno capaz de sembrarse en él cien fanegas de trigo no dará más si se siembran en él ciento cincuenta, al paso que las manufacturas pueden hasta centuplicar sus productos, sin que los gastos se aumenten en proporcion.

Serra es, pues, uno de aquellos pocos italianos que se declaran por el sistema industrial, y esto, en una época en que semejantes verdades eran enteramente nuevas. Como todos los hombres políticos de la peninsula, admiraba á Venecia, que careciendo de todo, sobrepujaba á Nápoles en riqueza, gracias á su comercio y á la estabilidad de sus instituciones, al paso que el gobierno cambiaba en el reino con cada virey, y en el Estado pontificio con cada papa.

Las ideas mercantiles y esclusivas dominaban en la práctica. Considerándose la cantidad de numerario como la riqueza de un pais, se ocupaban en aumentarle con detrimento de los demás productos, apoyarse en privilegios, pedir al gobierno ordenanzas protectoras y una accion incesante. Enrique VII de Inglaterra fija el precio de los paños, de los sombreros, de los jornales, y Bacon le alaba; Enrique IV de Francia no sólo confirma los edictos de Cárlos IX sobre los gremios, sino que además de los mercaderes somete á ellos á los artesanos. Sobre todo Cárlos Quinto arruinó la economia política, buscando riquezas en los acontecimientos de la guerra como en los tiempos feudales: introdujo en la administracion ignorantes errores y rutinas que se perpetuaron á la sombra de su nombre; declaró legal la trata de negros, hizo reservar el trabajo á ciertas clases, y sacrificó las colonias á la metrópoli con esclusiones absurdas.

La falsificacion de la moneda habia sido considerada hasta entonces por los gobiernos como otro medio de enriquecerse; y continuaron recurriendo á ella, á pesar de los funestos resultados que produjo. Cárlos Quinto hizo desaparecer las monedas italianas, estendiendo los escudos de oro de Castilla y otros de baja ley. Ya se comenzaba, sin embargo, á estudiar científicamente esta materia, y el conde Gaspar Scaruffi, director de la casa de moneda de Reggio, propuso (1579) en su *Discurso sobre las monedas, y la verdadera proporcion entre el oro y la plata*, una reforma general para darles un tipo y valor uniforme, pensamiento reproducido con frecuencia, pero que ha quedado hasta ahora en estado de proyecto. Bernardo Davanzati trató tambien de las monedas y de los cambios (1588), pero sin profundidad. Diferentes disertaciones de

Juan Donato Turbolo corresponden á los particulares desórdenes de las monedas del reino de Nápoles.

Jurisprudencia.—Aunque los puristas prácticos consideraban como una profanacion la introduccion de la literatura en la jurisprudencia, esta ciencia pudo hacer progresos cuando la filología llegó á asociarse á ella para dar á conocer el valor de los términos legales y técnicos de los legistas romanos: el milanés Andrés Alciato (1492-1550) pasa por haber sido el restaurador. Enseñaba el derecho en Bourges con seiscientos escudos de sueldo: como queria marcharse de aquella ciudad, el rey le añadió trescientos, el Delfín le regaló una medalla que valia cuatrocientos, y aconteció varias veces á Francisco I tomar asiento entre sus oyentes. No estando aun Alciato satisfecho, abandonó la Francia, y fué á seguir el profesorado en Pavia por 1,500 escudos, después á Bolonia y Ferrara, sin considerarse nunca bastante recompensado. Literato y erudito á la vez, desmontó el campo del derecho romano, erizado de citas exentas de historia, de razonamientos complicados, é introdujo un buen estilo, una marcha regular y una filologia sin pedanteria. Penetró de esta manera más adelante en el espíritu de las leyes que lo que lo hacian por lo comun sus intérpretes, aunque no vió cómo podian unirse y derivarse sus disposiciones positivas del derecho natural.

Cuyacio, 1522-90.—Los abogados y los profesores le desaprobaban como literato; pero Cuyacio de Tolosa, caminando por sus huellas, dejó tras sí á todos los juristas civiles, libertando al derecho del fárrago de interminables glosas, diciendo cuanto podia haberse dicho antes que él y sustituyendo una erudicion general á las sutiles interpretaciones de la escolástica: sin embargo, desdeñaba la jurisprudencia práctica y la aplicacion de las leyes modernas.

Guillermo Bude, de París (1467-1540), en las *Anotaciones sobre las Pandectas*, aplicó convenientemente la filologia y la historia al derecho romano. Protegido Carlos Dumoulin (1500-66) por Hospital, estudió á fondo la materia de los feudos (20). Los reyes habian destruido el feudalismo político; Felipe Augusto le habia rebajado el derecho de hacer la guerra; San Luis, la jurisdiccion; Felipe el Hermoso, el de acuñar moneda; pero la corona habia adquirido de esta manera más derecho que poder. Enrique III, en su edicto de 1579, mandó al ministerio público informar sobre las usurpaciones de los señores, pero le recomienda proceda en secreto, dando así prueba á la vez de firmeza y debilidad. Se habia además verificado una revolucion en las clases elevadas. Con respecto al pueblo, yacia aun inobservado bajo el pesado yugo de los feudatarios, cuya injusticia habia sobrevivido á su poder. Domoulin quiso que le alcanzasen las consecuencias de la revolucion política, respetando sin duda bajo el aspecto legal, los derechos adquiridos; más determinaba la medida. No obtuvo gran resultado; pero felizmente disminuyó los derechos señoriales que pesaban sobre todos los actos del vasallo, y trató de encontrar sus límites, tanto en las leyes romanas como en la razon. Debió mayor celebridad á sus *Observaciones sobre las pequeñas fechas*, escritas con intencion de destruir las pretensiones de Julio II; lo que consiguió de tal manera, que Ana de Montmorency dijo á Francisco I: «Lo que no han podido hacer vuestros treinta mil soldados, ese hombrecillo lo ha conseguido con ese libro.» Tal vez adoptó las doctrinas de los reformados que se apoyaban en este escrito y que le produjeron tantas vicisitudes. Escribia á la cabeza de su consulta: «Yo que no cedo á nadie, y que nadie puede enseñarme nada.»

Los protestantes habian atacado el ideal de los católicos, y entronizado la fuerza, el hecho y el dominio sobre la inteligencia. Su jurisprudencia continuó siendo la estadística de los hechos sociales que están en posesion del mundo; pero se dirigian siempre á constituir el derecho de naturaleza, como único y universal, á fin de adquirir una verdadera legitimidad. Este derecho creyeron encontrarle en el código romano, y se imaginaron que las relaciones sociales que están establecidas en él, eran el colmo del órden civil. El principio metafísico no fué la necesidad moral de realizar la perfeccion de la humanidad, sino el deseo comun del bien; en su consecuencia, como lo justo y lo injusto estaban definidos, lo que conviene ó no á la felicidad, fué el sentimiento individual el que en lugar de la razon general quedó juez competente de la cuestion.

A la segunda mitad del siglo XVI se le llamó edad de oro de la jurisprudencia. Bastará mencionar á los franceses Duaren, y Bernabe Brison (1591) ahorcado en París por los Diez y seis; al portugués Govea, á Julio Claro de Alejandria, en el Piamonte, que dió, el *Sententiarum receptarum opus*, y la práctica civil y criminal; á Jacobo Menochio (1607), profesor de Pavia, en la nueva universidad de Mondovi, y á otros, cuyas obras no se han olvidado enteramente; al holandés Arnaldo Vinnio, que comentó los *Institutos*; al romano Farinacio; y en fin, al parisien Dionisio Godofredo, cuyo *Corpus juris civilis* (1583) se hizo clásico.

No sólo se corrigieron los errores de los copistas, sino que tambien se remediaron las alteraciones debidas á Triboniano. Antonio Favre, nacido en Saboya, pretendió con más osadia el que la ley estaba mutilada y corrompida hasta el punto de que convenia abandonarla. Tiene el mérito de haberla comprendido bien, y haber aventurado opiniones diferentes de las que comunmente eran recibidas. Hotman (*Antitribonianus*) imputa á Triboniano haber causado la pérdida de los legistas originales, haber mutilado y traspuesto los pasajes;

(20) Véase el elogio de Dumoulin por Hello en la Academia de Ciencias morales, el 8 de junio de 1839.

aunque alabando el mérito de los jurisconsultos romanos, no admite él la compilacion de Justiniano, y, señalando en él todo lo que el tiempo ha hecho envejecer, declara que es irrazonable conservar aquellas fórmulas anticuadas. Alejandro Turamini, de Siena, profesor en Roma, después en su patria, en Nápoles y Ferrara, compuso un tratado *De legibus* de las Pandectas, que los historiadores de la ciencia han olvidado con injusticia. Separándose de Ulpiano, llama con santo Tomás á la ley de la naturaleza una participacion de la ley eterna en la criatura razonable, y le da tambien por fundamento la voluntad del Criador, manifestada por medio de la sana razon; de donde se sigue que era una misma en todos los pueblos, tan inmutable en sus principios como variada en sus resultados. Pero, en atencion á que provista de la única sancion interior, es insuficiente contra las pasiones, y que no establece ni la medida ni las modificaciones de los derechos, una ley civil, acomodándose á los tiempos, á los climas, á las costumbres, es necesaria para suplirla; en su consecuencia, las mismas leyes que conciernen á objetos particulares están en armonia con el sistema político de la nacion. Quiere que las leyes sean sencillas, en corto número, breves, posibles, y que la crueldad del hombre no se note en las penas, sino la balanza de la ley. La equidad civil corrige la ley, cuando por demasiado general comprende un caso que no debe considerar, ó por demasiado particular no le considere. Ella es la que dicta la mayor parte de las prescripciones romanas que Turamini demuestra, en honor suyo, derivarse de la ley natural.

Pio IV concibió la idea de hacer corregir el *Decreto* de Graciano, que habia mezclado lo falso á lo verdadero, confundido y mutilado los cánones, cuya cronologia era errónea (1582). Nombró al efecto una congregacion que acabó su trabajo en tiempo de Gregorio XIII. Una magnífica edicion del cuerpo del derecho canónico se imprimió entonces: ofrece sin duda mejoras; pero amen de no estar terminada, los errores son aun en bastante número en ella, como tambien las falsas decretales.

Derecho internacional.—La jurisprudencia se estendió cuando llegó á establecerse el derecho internacional, que, apoyándose primero en casos teológicos, en las analogias del derecho positivo local, en las costumbres, en ejemplos de algunos antiguos recuerdos, como el derecho fecial, se constituyó entonces sobre una equidad mejor entendida; reconociéronse al enemigo derechos y se admitieron los razonamientos legitimos antes que los hechos de la conquista anticristiana. Los principales autores son todavia los teólogos: así es que Francisco de Vittoria, fraile dominico, profesor en Salamanca, en sus *Prælectiones theologiæ*, declara al gobierno de institucion divina: lo mismo que, así como la mayoria de una nacion debe elegir á su rey, la mayoria de los cristianos debe elegir al emperador. A ejemplo suyo, su discípulo Domingo Soto sostiene que los indios pueden disponer de sus propiedades y de la soberania; se pronuncia en contra de la trata de negros, y usa constantemente de la justicia y humanidad, tan comun entre los teólogos españoles como rara entre los ministros de este pueblo. Baltasar Ayala, juez abogado del ejército español en los Paises-Bajos, en tiempo de Farnesio, en su obra titulada: *Derecho y deberes de la guerra y de la disciplina militar*, trata de la injusticia de la guerra; niega el derecho de hacerla á los infieles por solo el motivo religioso, aunque sea con autorizacion del papa, en atencion á que la infidelidad no priva del dominio.

Alberico Gentile, 1551-1611.—Alberico Gentile, protestante italiano, profesor en Oxford, de quien ya hemos hablado varias veces, no se limitó al derecho romano, único sistema enseñado entonces científicamente en Inglaterra, donde el código municipal era abandonado á la disciplina bárbara de las escuelas del derecho comun (*Inns of Court*), sino que somete á exámen la jurisprudencia natural. Demuestra la importancia y santidad de las embajadas (*De legationibus*, 1583); sostiene que la diferencia de religion no priva del derecho de enviarlas, y que las acciones civiles contra los funcionarios públicos pueden juzgarse por los tribunales ordinarios. En esta y en otras obras (*De potestate regis absoluta; De vi civium in regem semper injusta*) fundó verdaderamente la escuela del derecho público. Fué el primero que se lanzó á examinar sistemáticamente el derecho de gentes en tiempo de guerra (*De jure belli*), en donde discute los puntos principales, alega las opiniones de sus predecesores en la materia, y espone su doctrina con buen juicio y entera libertad. Apartándose de las opiniones de Cárlos Quinto y Luis XII, quiere que la palabra dada se observe: juzga los pactos de alianza, no *stricti juris* sino *bonæ fidei*; y por último, en un tiempo de tantas guerras religiosas, declara, que las disidencias en materias de fe no son motivo justo para hacer la guerra; y que las que entonces afligian á la tierra, eran hijas del espíritu de partido.

Grocio, 1583-1646.—Esta obra sugirió tal vez á Hugo Grocio, si no la idea, á lo menos la forma de las suyas. Hugo superó á todos sus predecesores en el acierto con que restauró el derecho natural, mediante una doctrina, en que sin embargo se advierte todavia cierta confusion en los elementos que después fueron separados claramente. Apareció en el mundo de la ciencia al mismo tiempo que Maquiavelo, Lutero, Calvino, Cárlos Quinto y Richelieu hollaban el antiguo derecho público; y la crueldad que se desplegaba en las guerras y los trastornos de que fué testigo, le inspiraron el deseo de buscar un remedio á tantos males, y refutar, dice, á los que sostienen que no existe ninguna obligacion recíproca entre los pueblos, y que todo es lícito en época de guerra.

Por esto es por lo que tituló su libro *Derecho de*

guerra, en lugar de derecho de gentes, y se coloca en el campo de batalla para enseñar el derecho internacional. ¿Pero cómo persuadir á las naciones, entre quienes la variedad de opiniones religiosas habia producido tan gran diversidad de intereses políticos, y una manera tan diferente de entender la justicia? Si habia un punto en el cual estuviesen acordes, era la veneracion á la antigüedad. Ahora bien, Grocio se sujetó á ella para confirmar las deducciones de la idea del derecho; y, aun cuando se encuentra en la conciencia humana, no la tiene en cuenta sino en tanto que se apoya en la historia antigua. Busca, pues, en Homero, en Virgilio, en Tácito, en Tucídides qué obligaciones impone la paz, qué abusos permite la guerra (21), sin importarle nada las aspiraciones nuevas de una sociedad enteramente diferente de la antigua, de una sociedad cristiana fundada en la industria y en la libertad de todos, al paso que la sociedad antigua descansaba en la ociosidad y en la esclavitud.

Las consecuencias no podian menos de ser implacables; pero como las ideas, entre las cuales se habia educado, se apoyaban enteramente en las inspiraciones de la conciencia, se encontró precisado á establecer una distincion enteramente estraña á su punto de partida, y á admitir con el derecho natural derivado de la sociabilidad del hombre, un derecho de gentes propiamente dicho; á distinguir la obligacion jurídica de la moral; la justicia nacida del consentimiento de los pueblos, de la moderacion que hace repugnar á un alma generosa cometer el mal sin una absoluta necesidad.

Divide en consecuencia todo derecho en derecho natural y en derecho voluntario: define el derecho natural diciendo, que es una «regla sugerida por la sana razon, segun la cual juzgamos necesariamente que una accion es injusta ó moral, segun está más ó menos conforme con la naturaleza racional; por lo que Dios, autor de la naturaleza, prohibe las primeras, y aconseja las segundas.» Esta vaga definicion abraza tambien la idea de la moral; pero volvia á establecer el derecho natural sobre una razon universal y absoluta, como en otro tiempo hizo Ciceron siguiendo á los estoicos (22).

El derecho voluntario procede de las leyes, y es humano ó divino; este último se une plenamente al derecho natural, y es general ó particular. El derecho general ha sido revelado por Dios á todo el género humano, primero después de la creacion, luego después del diluvio, en fin, por Cristo; el otro es propio del pueblo hebreo, y los cristianos no están obligados á él. El derecho humano es además civil, ultracivil y de gentes. El primero nace de las leyes emanadas de la autoridad soberana; al segundo pertenece el derecho patrimonial, el señorial y otros derechos sometidos á la autoridad de que se acaba de hablar; el último se ha hecho obligatorio por la voluntad unánime de varios pueblos. Grocio se proporcionó de esta manera una transicion para pasar á las obligaciones de la paz y de la guerra. Reconoce la independencia de las naciones pero no la libertad de los pueblos; supone un poder absoluto, la trasmision patrimonial de los reinos, la soberania teniendo su origen, no en la naturaleza, sino en la organizacion política; y al tratar el punto de saber si los reyes están obligados á cumplir sus promesas, encuentra á la moral absoluta en oposicion con la opinion de los tiempos.

El derecho no se deriva, pues, para él de un solo orígen, sino tan pronto de la sociabilidad, como de las costumbres y sentimientos generales de la naturaleza. Coloca al lado de la razon la revelacion para venir en conocimiento del estado natural del hombre, inquiere como debió vivir en el paraiso terrenal, por lo cual carece de espresion y firmeza; y está reducido á veces á confesar que no puede dar la derivacion científica de las escelentes conclusiones, á las que está obligado por el sentimiento. Mackintosh, tal vez el único publicista clásico de nuestra época, y gran admirador de Grocio, admite que su método no es constante ni científico. Al paso que el órden natural demuestra que debemos buscar primero los elementos de la ciencia en la naturaleza humana, aplicarlos después á regularizar la conducta de los individuos, y á recurrir, en fin, para decidir las cuestiones complicadas á las relaciones de nacion á nacion; Grocio, por el contrario, se detiene primero en el estado de guerra y de paz, y no examina sino accidentalmente los principios primitivos, á medida que surgen las cuestiones que trata. En su consecuencia, no desarrolla suficientemente las reglas fundamentales, y no las conduce al punto en que seria más instructiva la discusion. Algunas veces dogmático, á la manera de Tácito, lo que le hace ser oscuro; su estilo es prolijo cuando habla de la ciencia; sus

(21) Cumple notar que amontona sus citas, no como autoridades, sino como testimonio del sentimiento comun, en una época en que se creia más en los textos que en la razon.

«Me he servido, dice, como prueba de esta ley del testimonio de los filósofos, de los historiadores, de los poetas, de los oradores; no porque puedan contarse como autoridades imparciales, porque sacrifican con frecuencia la verdad á las preocupaciones de secta, á la naturaleza del asunto ó al interés de su causa: pero cuando varios autores de siglos y paises diferentes están conformes en confirmar la misma doctrina, este concurso universal puede referirse á alguna causa general que en las cuestiones de que nos ocupamos, no puede ser más que una deduccion verdadera de los principios de la justicia natural ó de algun consentimiento comun. El primero indica el derecho natural, y el otro, el derecho de gentes.» *De jure belli et pacis*, proleg. 40.

(22) *Est quidem vera lex recta ratio, naturæ congruens, diffusa in omnes, constans, sempiterna, quæ vocet ad officium jubendo, vetando à fraude deterreat* (De republ.).

discusiones, aunque doctas y sutiles, ponen trabas á su marcha, que pecando de claridad tiene más de erudita que de filósofa.

Sea lo que se quiera, su influencia sobre el mundo práctico y político fué semejante á la que ejerció Bacon sobre el modo de pensar. La primera cátedra de derecho natural y de gentes se estableció en Heidelberg para esplicarla. Las universidades de Holanda y de Alemania quisieron tambien que sus doctrinas se enseñasen en su seno; y tuvo el honor, reservado á los clásicos, de ser impreso *cum commentariis variorum*. Grocio restableció de esta manera una ciencia arruinada por las violentas pasiones; desarraigó del derecho público las torpezas que lo manchaban para restablecerlo sobre la justicia eterna, y darle reglas inmutables de buena fe y de equidad; atrajo la atencion de los sábios sobre estas importantes cuestiones aunque no las resolvió, y dió un código de reglas deducidas de principios arbitrarios y que carecian de sancion, pero no obstante saludables y que pueden considerarse como el derecho natural aplicado á los intereses públicos, esteriores é interiores. Una vez roto el vínculo religioso, el que se queria sustituir á él no podia ser perfecto; el mejor sin embargo debia ser la inclinacion innata en el hombre hácia el estado social. Este principio, que se opone á los implacables teoremas de Maquiavelo y Juan Jacobo, fué adoptado por Puffendorf y los demás publicistas hasta Gerardo de Rayneval, concediendo siempre mayor parte á la autoridad de la conciencia humana y á los hechos históricos. Desde entonces el derecho de gentes se ha hecho racional con la filosofía, y algunos modernos le han confundido con el derecho natural propiamente dicho.

Así, esta nueva ciencia de la jurisprudencia natural se aplicó á determinar la conducta de los individuos en la sociedad, se estendió á los principios que deben dirigir á los Estados considerados como seres morales, viviendo en una sociedad comun sin leyes positivas. Resultó de aquí la ciencia mista del derecho natural é internacional; y con frecuencia la opinion pública, formada por estos nuevos profesores, precisó á los reyes á respetar la justicia y la humanidad mejor que lo hacian los antiguos, y proporcionó á los débiles un apoyo contra la opresion.

Grocio era hijo del burgomaestre de Delft; nombrado abogado general de Holanda, Zelanda y Westfrisia, publicó el *Mare liberum*, para defender la propiedad comun de este elemento, y en su consecuencia el comercio holandés de las Indias. Estuvo preso mucho tiempo por las cuestiones sobre la gracia, pero rompió sus cadenas y huyó metido en un cajon de libros; después se vió acogido favorablemente por Cristina de Suecia, quien le envió á Francia de embajador. Incapaz de doblegarse á las costumbres de las cortes y á sufrir con paciencia servil las antecámaras, se le veia retirarse en un rincon á leer el Nuevo Testamento en griego. Defendió el cristianismo, é ilustró muchos clásicos, de modo que figura entre los eruditos más apreciables.

CAPÍTULO XXXII

LITERATURA TEOLÓGICA.

Las primeras discusiones entre los católicos y los innovadores tenian poca importancia, en atencion á que el clero carecia de instruccion sólida y estaba acostumbrado á los métodos escolásticos, género de esgrima sin valor contra armas de otra especie. Pronto algunos de sus miembros se dedicaron al estudio de las lenguas orientales y de la hermenéutica; entonces aparecieron diferentes refutaciones de los errores de Lutero, sobre todo en Italia, y varias tuvieron el mérito de la oportunidad; pero ninguna ha sobrevivido. Es de admirar la insuficiencia de los campeones en quienes Roma ponia su confianza. Así es que Gerónimo Muzio de Pádua, autor de cartas, poesias, historias sagradas y profanas, se manifiesta en varios folletos escritos contra los protestantes, muy pobre en conocimientos teológicos. Sin ocuparse de refutarlos directamente, los hostiga en detalle, y se dedica sobre todo á atacar á los italianos apóstatas. Sin embargo, estos libelos producian tal vez más efecto entre el vulgo que las grandes discusiones.

En general no se conoció la estension de la cuestion que se habia sentado, cuando se limitaron á discutir parcialmente ante un tribunal inferior, tal como la razon individual. Aunque la argumentacion escolástica no pudo ya tener ninguna fuerza contra sus adversarios, pues falta la mayor, es decir, la autoridad de la Iglesia, base comun de la fe; los católicos continuaron esgrimiendo las mismas armas por no saber descubrir el lado débil de la reforma y estrechar á sus defensores entre mejores barreras.

No se conoció tampoco al principio en los protestantes (á menos que no se quiera esceptuar á Teodoro de Beza) hasta dónde llegaba la revolucion intelectual que acababa de comenzar. Sin cuidarse de deducir todas las consecuencias de la doctrina sentada, derribando una autoridad á la que sustituian otra sin tocar el fondo de la doctrina, se hacian perseguidores, porque se pretendian los únicos en posesion de la verdad, y por tanto en el de reprimir el error. Si la Iglesia católica reclamaba el mismo derecho, se lo negaban, como cosa que permanecia en las tinieblas y como abandonada de Dios. ¿Pero qué oponer á los disidentes que alegaban un odio igual hácia la Iglesia romana, y parecida libertad en la interpretacion de las Escrituras? Semejante contrasentido no les abria, sin embargo, los ojos; emancipaban el espíritu humano, pero querian gobernarle por la ley; proclamaban el libre exámen, y al mismo tiempo emitian símbolos, confesiones y autoridades (1).

Sin embargo, algunos intentaron asociar los dos métodos usados en las controversias, es decir, el positivo, que se sujetaba á la autoridad inmediata de la Escritura y de los Padres, y el llamado escolástico que argumentaba por inducciones, siguiendo á estas autoridades fundamentales. Resultaron de ellos sistemas teológicos, llamados *loci communes*, de uso frecuente, tanto entre los católicos como entre los protestantes. Fueron particularmente útiles á los primeros para reducir los sofismas á la nada con ayuda de una rigorosa argumentacion. Los más notables fueron los *Loci theologici*, de Melchor Cano (Salamanca, 1563), en los que la doctrina unida á la elegancia de estilo se asocia felizmente á la filosofia y á la teologia.

Pero cuando Roma apoyada en el concilio de Trento, atrajo á sí todos los elementos de la vida

(1) «El derecho de examinar lo que se debe creer es el fundamento del protestantismo. Los primeros reformadores no lo entendieron así: creian poder colocar las columnas de Hércules del espíritu humano en el término de sus propias luces.» MADAMA DE STAEL.

moral é intelectual, y recobró el vigor en la regeneracion del dogma y la correccion de la práctica, venció en los paises meridionales la tendencia á la reforma; se apropió las inteligencias, y se puso en actitud de volver á conseguir para su victoriosa autoridad á aquellos que se habian separado de ella. Sus campeones volvieron á tomar la ofensiva sentando las reglas absolutas de la verdad, y demostrando que fuera de esta senda no hay salvacion. Así como los restos dispersos de un ejército se agrupan en derredor del estado mayor, los católicos conocieron la necesidad de hacerlo en derredor del papa. Sobre todo los jesuitas, animados del espíritu del catolicismo rejuvenecido, se dedicaron á sostener al único pastor, en derredor del cual era preciso no hubiese más que un rebaño. Entonces parecieron resucitar las pretensiones de Gregorio VII, y se vió sostener que la Iglesia tiene sobre el Estado una supremacia ilimitada, que el papa es superior á todo juicio, y que el rey incurre en la deposicion si abandona el estandarte de la Iglesia católica.

Bellarmino, 1542-1621.—El campeon más notable de estas doctrinas fué el jesuita Roberto Bellarmino, de Montepulciano, que Clemente VIII promovió después al cardenalato, *quia ei non habet parem Ecclesia Dei quoad doctrinam.* Apoyándose en la autoridad de las Escrituras, de los concilios, de los Padres, y en el acuerdo de los teólogos, no insulta á sus adversarios, sino que espone lealmente sus opiniones; y sin recurrir á los argumentos de escuela, los refuta con claridad y precision. Compara el poder temporal al cuerpo, la autoridad espiritual al alma, aunque no establece las prerogativas directas del pontífice, y la superioridad del derecho divino sobre el poder político. El papa no debe, segun él, mezclarse en los negocios civiles, escepto en los Estados que dependen de él; pero cuando se trata de las ventajas espirituales, lo pue de todo. No le pertenece deponer, á su antojo, á los reyes, cualquiera que sea el motivo, cuando no son sus vasallos; pero puede trasmitir su reino á otros cuando la salvacion de las almas lo exija. Puede juzgarse de la estimacion que se hacia de las obras de este escritor católico, por el infinito número de sus contradictores (2).

La tésis de Bellarmino fué sostenida con ayuda de argumentos históricos por Labbe, Baronio y Sirmundo; al mismo tiempo Blondel, Daille, Salmacio, Vusserio, primado de Irlanda, combatian por la igualdad de la Iglesia apostólica contra la supremacia de Roma.

Habiendo comparado Richer el gobierno eclesiástico á una monarquia templada por la aristocracia de los obispos (1611), y negado la infalibilidad de la Santa Sede, encontró á un contradictor en el cardenal Duperron, arzobispo de Sens. Este prelado fué uno de los primeros que alargaron la controversia cristiana, haciéndola entrar en los puntos fundamentales, es decir, en la cuestion de la Iglesia, y demostrando que el protestantismo carece de caractéres esenciales á una sociedad religiosa pública, en atencion á que no hay un misterio, único, santo, universal, apostólico, perpétuo (3). Entonces los protestantes tuvieron que negar á la Iglesia su carácter de sociedad pública para considerarla solamente como una sociedad espiritual, constituida por la fe y basada en algunos artículos fundamentales.

Fué, pues, preciso demostrar que el principio fundamental del protestantismo, es decir, la interpretacion individual destruyendo la fe destruia la esencia de la sociedad espiritual; y de esta manera se estendió el campo de la discusion, sosteniendo que el juicio privado es una autoridad insuficiente. Papin emprendió tratar del juicio privado y de la autoridad, considerados desde un punto de vista más general y más elevado. Los hombres se dividen, segun él, en gentes que creen y en gentes que examinan. Son, pues, ó una ú otra cosa, ó todo ó nada, ó siempre independientes ó siempre sometidos en materia de fe. El que se somete es católico; para el que examina, la verdad no tiene carácter obligatorio, nada tiene que la distinga de cualquiera error. El protestante no puede condenar al judio, al deista, al ateo; pues no lo podria sino oponiendo la autoridad á las razones que alegase.

Los ortodoxos llegaron a deducir de esto, que la base del catolicismo no es un hecho especial, sino el fundamento de la incertidumbre humana. En su consecuencia, sus adversarios los acusaron de escepticismo, porque no conseguian por el exámen nada positivo; pero se dieron por satisfechos con haber asegurado el principio de la autoridad.

En general, los teólogos del siglo XVII manifestaron mucha erudicion y mejor crítica. Bastará nombrar, además de los historiadores, á Cornelio Lapida, estimado hasta por los protestantes; á los luteranos, Gerardo y Glass, y al calvinista Rivet. Entre los jesuitas salieron los teólogos más ilustres: el padre Sirmond sostuvo una acalorada polémica acerca de la comunion bajo las dos especies; Macdonald advirtió que los progresos de la histo-

(2) El *Antibellarmino* de Adan Scherzer, otro de Samuel Uber, *Antibellarmino refutado* de Conrado Vorstius, el *Antibellarmino bíblico* de Jorge Albrecht; el *Colegio antibellarminiano* de Amando Polan, las *Disputas antibellarministas* de Luis Crell; el *Bellarmino enervado* de Guillermo Amesio; suprimimos otros opúsculos, entre los que figuran las Confutaciones del rey Jacobo Estuardo. Tambien Duplessis Mornay escribió el Misterio de iniquidad é historia del papado, donde se refiere por qué medios llegó al colmo de su poder, qué oposicion le hicieron de tiempo en tiempo los hombres de bien, «en qué se defienden los derechos de los emperadores, reyes y príncipes cristianos, contra las aseveraciones de los cardenales Bellarmino y Baronio.» (Saumur, 1611.)

(3) Véase á GERBEY, *Ojeada sobre la controversia cristiana.* Paris, 1831.

ria imponian esplicaciones de distinto carácter á la Escritura, y se adelantó á Ricardo Simon al fundar la crítica sagrada, con menor audacia pero mayor ingenio: Petau, con sus importantes compilaciones de los *Dogmas teológicos*, sentó las bases de la futura alianza entre la teologia dogmática y la alta filosofia, y por esto se la acusó de socinianismo.

Algunos escritores que no pertenecian á la Iglesia, llegaron hasta negar la revelacion: Pedro Charron, por ejemplo, en su tratado de la *Sabiduria*, que parece destinar á la defensa del cristianismo, y el italiano Lucilio Vanini (1616), en su libro *De admirandis naturæ reginæ deæ que mortalium arcanis*, publicado en París por privilegio del rey. En el quincuagésimo de sus sesenta diálogos sobre materias físicas y morales, espone sus dudas, no reconociendo otra ley que la que se ha puesto por la naturaleza en el corazon del hombre. Por lo demás, la incredulidad estaba á la moda en las cortes de Luis XIII y Cárlos IX: se manifiesta sin velo alguno en las obras de La Mothe-le-Vayer de Naudé, de Guy Patin y otros escritores de aquella época.

Pareció, pues, necesario á los que profesaban otras opiniones, probar la verdad de la religion revelada, y esto es lo que hizo principalmente Grocio en sus *Anotaciones sobre el Antiguo y Nuevo Testamento*, que se han impreso con frecuencia. Desechando el calvinismo, porque esta secta combate el libre albedrio, creyó deber dar la preferencia á Arminio, que le sostuvo. Pero descontento con ver destruida la libertad, llega hasta negar la verdadera gracia; le parece que san Agustin ha embarazado las cuestiones de la gracia; en la cual sólo los griegos y los semipelagianos han permanecido en la verdad; y hace una crítica audaz de la Escritura, de la que deduce estraños dogmas. Habia incurrido tambien en los errores de los socinianos, que abjuró después. Vacilando así entre las doctrinas, de las cuales ninguna le satisfacia, llegó á creer que podia dispensarse de adherirse á ninguna comunion; después, como cada vez sentia más la necesidad de encontrar descanso en la autoridad, tal vez se hubiera unido á la Iglesia católica si se hubiese prolongado su existencia. Lo mismo aconteció á Isaac Causabon, y hombres insignes de Estado, afamados sabios abandonaron la reforma.

Las antiguas y nuevas cuestiones seguian agitándose entre los protestantes: el arminianismo se aseguraba cada vez más; Episcopio, su principal campeon, es notable sobre todo, por haber reducido los artículos de fe á un pequeño número, cuyo asunto, objeto y relacion necesaria se encuentran enunciados espresamente en la Escritura, ó de una manera equivalente (4).

De aquí surgió tambien esta cuestion social: ¿Hasta qué punto tiene poder el magistrado sobre la Iglesia, y hasta dónde se estiende para los súbditos el derecho de no reconocerla ó adoptar un culto diferente? Erasto dió su nombre á un sistema que se dirigia á sustituir á las censuras eclesiásticas y á las escomuniones, una gran vigilancia del poder civil sobre la fe y la práctica de la Iglesia. Este sistema fué desarrollado por Hooker en la *Constitucion eclesiástica*, y adoptado en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII; pero destruia la constitucion presbiteriana de Escocia y de las Provincias Unidas. Grocio se declara (*De Imperio summarum potestatum circa sacra*) por las ideas inglesas, como tambien por la obligacion y obediencia pasiva en los paises en que el rey es absoluto, pero no en aquellos en que está ligado por un contrato ó por la autoridad de un senado ó de los Estados; segun él, solo el rey puede abolir las falsas religiones y castigar á los que las profesan. Pero si se preguntara cuáles son las falsas religiones, contestarian las que no agradan al rey, porque á él pertenece la eleccion de la religion (5); de lo que resulta que la diferencia de opiniones religiosas es un delito contra el Estado.

La persecucion por causa de heterodoxia, era recibida como máxima en todas las iglesias. Algunos gobiernos llegaron á hacer transacciones, pero ninguno proclamó la tolerancia. Los escritores más moderados se limitaban á discutir sobre el género y medida de los castigos, principalmente con respecto á la pena de muerte. Justo Lipsio, uno de los mejores talentos de la época, profesor entonces en los Paises-Bajos (1579), escribia que no se debia usar de clemencia con los disidentes, sino que era necesario matarlos y quemarlos (6). Como sus refutadores le demostrasen que de esa manera justificaba las matanzas de Cárlos Quinto y del duque de Alba, se escusó diciendo que eran figuras retóricas, que rara vez debian sentenciarse á muerte á los herejes, y en caso de hacerlo, que fuese en secreto; pero que era preciso no perdonarles el destierro, las confiscaciones y las multas (7).

Irritado, sobre todo, Episcopio de que no se queria tolerar el arminianismo, discutió con fuego la cuestion de la libertad religiosa, tratando de *execrado y abominable para todos*, el ejemplo de Calvino (8); desde entonces no se encuentran ya impuestas penas capitales por esta causa. Los inde-

(4) Véase CALDER.—*Life of Episcopius*. Lóndres, 1835. NICHOLLS, *Calvinism and Arminianism*.

(5) *In arbitrio est summi imperii quænam religio publicæ exerceatur, idque præcipuum inter majestatis jura ponunt omnes qui politice scripserunt. Docet idem experientia; si enim quæras cur in Anglia, Maria regnante, romana religio, Elisabetha vero imperante evangélica viguerit, causa proxima reddi non poterit, nisi ex arbitrio reginarum, aut, ut quibusdam videtur, reginarum ac parlamenti.* p. 242.

(6) *Clementiæ non hic locus; ure, seca, ut membrorum potius aliquod, quam totum corpus intereat.* Civ. doct. IV, 3.

(7) Véase pág. 44.

(8) *Apol. pro confess. remonstrant.* c. 24.

pendientes se alababan en Inglaterra de haber sido los primeros que predicaron la tolerancia general del culto. Jeremias Taylor (*Liberty of prophesying*, 1647), quiso que se estendiese hasta los católicos, escepto cuando dicen que el papa puede deponer á los reyes: se fundaba principalmente en que hay en la Iglesia muy pocos puntos precisos de fe, como el símbolo de los apóstoles, etcétera, estando los demás sujetos á controversia. Uno de los puntos en que primeramente se practicó la tolerancia, espresándose en sus constituciones, fué la América Septentrional, especialmente las colonias católicas, como en el Maryland.

El sueño de los hombres de bien era reunir todas las iglesias en una sola fe, con la tolerancia de cierto número de opiniones y ritos. Grocio intentó conseguirlo: Jorge Calixto, de la universidad de Helmstadt, sostiene que no hay en el calvinismo cosa que no pueden tolerar los católicos, indica prudentes reglas para que se unan los disidentes (9); quisiera que toda Iglesia que afirma lo que niegan las demás, estuviese obligada á probarlo por las Escrituras, y por el consentimiento unánime de la antigua Iglesia y la discusion.

Taylor, á quien ya hemos nombrado, fué el mejor predicador de Inglaterra, lleno de fuego, piedad y caridad, y desplegando todos los adornos que por lo comun son atributos de la poesia, por lo que se le llamó el Shakspeare del púlpito. Los predicadores suizos eran sencillos, populares y menos filosóficos que los ingleses; los holandeses, doctos y abundantes. Los franceses dejaban ya conocer el gusto y la elocuencia que debian asegurarles la superioridad en el siglo siguiente.

Al paso que Grocio no admite en sus *Anotaciones* más que la interpretacion literal de la Bíblia, con esclusion de cualquiera otra, consagrando á ellas su vasta erudicion, Grocio encuentra, por el contrario, sentidos ocultos en todas partes, las narraciones se le antojan típicas alusiones, y el Antiguo Testamento es, desde el principio hasta el fin, una representacion enigmánica del Nuevo. Introdujo, además, el estilo técnico de la jurisprudencia, considerando las relaciones entre Dios y el hombre como pactos; por lo demás, se conformaba de esta manera á la costumbre holandesa de aquella época, que pasó después á ser la de los ingleses.

Aunque los luteranos estuvieron vigorosamente apegados á los libros simbólicos, algunos tambien de entre ellos dirigian sus pensamientos hácia la vida espiritual. Arndt, por ejemplo, en el *Verdadero cristianismo* (1605), fué uno de los primeros protestantes en salirse de las formas áridas de la creencia, pero san Francisco de Sales forma época en la teologia devota, por su libro de *Filotea* (1606).

Casuismo.—Cuando la moral está llamada á dirigir en el confesonario las conciencias, y á resolver las dudas particulares de cada cristiano, ¡á cuán terrible responsabilidad no está espuesto el confesor cuando la falta de un acto que hubiese aconsejado permitiese cometer, sin impedirlo, una culpa, ó tambien por su absolucion incurrir de nuevo en ella! Escribiéronse, pues, tratados especiales y sistemáticos, no ya sobre la moral general, ó contentandose con esponer los casos ¡como por via de ejemplo, sino formularlos verdaderamente cada uno de ellos en detalle, á la manera de los juristas. Resultó de esto una literatura enteramente nueva, que llegó á ser muy célebre por los debates que surgieron entre los jesuitas y los jansenistas. La moral evangélica se inclina constantemente á aconsejar el partido más humanitario y generoso; pero puesta en lucha con la naturaleza humana, corrompida, y con los intereses individuales, se encuentra oscurecida por la ley de la oportunidad. Con cualquier pecado que el hombre manche á su alma, la Iglesia no quiere que la desesperacion pese sobre él: le llama al arrepentimiento y á la expiacion; pero la reparacion no le es siempre posible al que se arrepiente, y no puede determinarse con exactitud. Además, en varios paises existia la inquisicion con sus reglas, severas en extremo, y era dejar al pecador á merced de este rígido tribunal, el permanecer un año sin absolucion. Fué, pues, necesario estudiar los recursos y las compensaciones que, sosteniendo los derechos de la conciencia, puedan dar confianza en el perdon sin llegar á ser un atractivo por un esceso de facilidad.

De aquí procedió la ciencia llamada *casuística*, que quizá ha sido demasiado calumniada; se distingue en ella la rectitud objetiva de las acciones de la subjetiva, es decir, el dominio de la razon del de la conciencia, los actos buenos y malos y la intencion con que se han verificado. La ética no puede ocuparse como ciencia, sino de la moral objetiva; se aplica á la naturaleza espiritual del hombre, y á su voluntad por medio del casuismo, fundado sobre este axioma, que *debemos, tanto como podamos, conocer lo que es bien, y hacerlo con diligencia*. Pero ¡cuántas dificultades en la aplicacion, cuántas escusas, cuántos escrúpulos, que impiden obrar como se debe! El confesor no juzga sino por lo que le dice el penitente, y debe fijarse en la intencion; porque el que se confiesa de un hecho demuestra que su conciencia le remuerde; al paso que el que obra contra su conciencia, peca, aun cuando la accion sea inocente. Pero todas las acciones que la conciencia no condena no son inocentes, en atencion á que una puede engañarse, y las demás sacan su moralidad de un orígen más elevado y más infalible. La mision más importante del confesor, es dar consejos para lo futuro. Como tiene en su mano la conciencia y la volun-

(9) *De tolerantia reformatorum, circa quæstiones inter ipsos et augustanam confessionem professos controversas consultatio. Desiderium et studium concordiæ ecclesiasticæ.*

tad, tanto del hombre más ínfimo como del rey, debe buscar, entre la rectitud subjetiva y la objetiva, el acuerdo en que consiste la perfeccion del acto moral. Ahora bien, ¡cuántos casos no pueden verificarse! ¡cuántas sutilezas hay que esplicar y qué variedad de circunstancias son dignas de aprecio! Aquí vuelven á presentarse todas las dudas de la moral, no ya para ser objeto de disputas de escuela, sino para tener una aplicacion inmediata. ¿Hay que sujetarse á la letra muerta de la ley, ó es necesario emprender interpretarla? Dos escuelas, ya antiguas en la práctica, se presentan en adelante en los libros: una que se sujeta invariablemente á la ley, y la otra que se presta á comentarla.

Aun fueron mayores las vacilaciones en lo concerniente á las reglas de la veracidad y á las obligaciones nacidas de una promesa. Los unos sostenian que una promesa, aun cuando fuere dada por ignorancia, obtenida por fraude, ó arrancada por violencia, obliga en todos los casos; principio conforme al sentimiento de abnegacion voluntaria que impone el Evangelio. Otros conocian la necesidad de acomodarse á las circunstancias y á las pasiones, con objeto de salvar al menos el imperio de la conciencia. Ya el interés personal habia encontrado en ciertas ocasiones sofismas para faltar á una promesa; pero los jesuitas fueron acusados de haber establecido sistemáticamente una moral flexible, la cual ha recibido de ellos su nombre. Fundada la Compañia, no en los rigores de Oriente, no en la edad heroica del cristianismo, sino en el siglo de Maquiavelo y de Cárlos Quinto; dedicándose más á los trabajos del apostolado que á las maceraciones; afrontando con valor la muerte, en lugar de consumirse en austeridades monásticas; poco entregados á los rigores ascéticos, pero sacrificándose á la utilidad del género humano, á quien consideraban estrechamente unido al triunfo de la Santa Sede; los jesuitas se encontraban con frecuencia en circunstancias en que hubieran encontrado insuperables obstáculos para conseguir este grande objeto si no hubiesen creido poder variarlos sujetándose solamente á la rectitud de la intencion. Llamados á dar consejos á los grandes, ¿cómo podrian conciliar siempre la estrecha honradez con las conveniencias é inexorables necesidades de la política? ¿Debian, rechazando este insigne ministerio, privarse de un medio tan poderoso de servir á la Iglesia y á la humanidad?

Menos hubieran podido ponerse acordes con los casuistas rígidos en estremo, que no considerando como suficiente la ley exacta, exigian rigores que la razon impone, y en los que á veces el fuero interno ofrece reglas enteramente diferentes de las del fuero esterno. Colocado el mundo entre las dos leyes de la carne y del espíritu, está demasiado acostumbrado á hacer continuas transacciones, á caminar, por decirlo asi, siguiendo la diagonal de ambas fuerzas. Un individuo no tolerará, en doctrina, una moral que no sea severa, y al mismo tiempo cometerá acciones vituperables encontrando escusas, y apoyándose en ejemplos y en opiniones ajenas. Con más frecuencia el que tiene dudas sobre la bondad de una accion ó sobre el rigor de un deber, se sujeta á la opinion *probable*, es decir, á la que ha sido sostenida por alguno.

No es en esta categoría en la que deben colocarse los escritores que emplean la lógica y el sofisma en encontrar motivos de escusa, cuyo resultado es zapar los fundamentos de la integridad moral. Estos admiten, por ejemplo, el empleo de una espresion ambigua, exacta en un sentido, aunque falsa en el que se le atribuye generalmente; la restriccion mental por cuyo medio se espresaba una cosa, pero con condiciones sobreentendidas; la dominacion absoluta del hombre sobre la palabra, á la cual puede atribuirse una significacion diferente de la comun. Exageraban tambien el probabilismo, concediendo que se puede, en caso de duda, practicar lo que se cree menos bien, con tal que se apoye en algun casuista, condicion poco difícil desde que los tratados sobre esta materia se habian multiplicado y convertido en ejercicios lógicos.

Tomás Sanchez, de Córdoba, es célebre entre los casuistas, y su tratado *Sobre el matrimonio* es lo mejor que hay en este asunto. Desciende, no obstante, al exámen de casos y detalles inconvenientes que pertenecen tal vez al confesonario, pero que no es decente publicar. Sin embargo, los que han ido á buscarlos en sus obras, para convertirlos en asunto de escándalo, no han pensado que se podria hacer otro tanto con los libros de medicina.

Después de Sanchez sigue el español Tolet, Less, Busenbaum, de cuya obra (*Medulla casuum conscientiæ*. Munster, 1645) se hicieron cincuenta y dos ediciones, y Escobar, que escribió la *Theologia moralis* (Lyon, 1648) de la que se hicieron cuarenta. Ya hemos mencionado, al hablar de los escritores políticos, al gran moralista Suarez, de Granada, de la Compañia de Jesus. Desgraciadamente, así como los demás teólogos juristas, fastidia por su difusion, por las subdivisiones minuciosas, por la pretension de apurar la materia presentándola bajo todos sus aspectos, y queriendo desarrollar todas sus consecuencias. Es no obstante de notar que á pesar de las costumbres escolásticas, estos escritores tratan el asunto con toda estension, sin que se les escape la más detallada objecion; saben tambien sustraerse á la influencia del momento, para considerar las cosas bajo un punto de vista general. Es cierto, sin embargo, que se enredan en distinciones, y á veces vacilan por su respeto á la autoridad, entre sistemas incoherentes.

Por lo demás, son muy superiores á los casuistas protestantes, entre los que no hay uno que presente un sistema completo.

CAPÍTULO XXXIII

MORALISTAS.

Castiglione, 1478-1529.—Además de esta aplicacion tan inmediata y tan importante, otros muchos escritores trataron de la moral en el curso de aquel siglo. Baltasar Castiglione, cuyo elogio como poeta latino hace el mismo Escalígero, ofrece, en el *Cortesano*, el cuadro de la vida del gran mundo, en un estilo que no parece de corte. Nacido en Mántua, y enviado cerca de los príncipes de Milan para perfeccionarse en las bellas maneras, acompañó al duque Francisco de Gonzaga en la desgraciada espedicion de Nápoles, y después se le encargaron diferentes embajadas, tanto en Francia como en Inglaterra. Fueron sus amigos en Roma los personajes más distinguidos. Después de haber seguido á Guidobaldo de Urbino á sus campañas, fué á su corte, donde aquel duque, detenido allí por la gota, é Isabel de Gonzaga, su mujer, reunia lo selecto de la nobleza. Agradables pasatiempos, pompas escénicas, espectáculos nocturnos se sucedian en aquella residencia; y los que poseian algun mérito se apresuraban á dar pruebás de él á vista de tan generosos huéspedes: Castiglione quiso representar aquellas costumbres elegantes y civilizadas en su *Cortesano*, describiendo, con ayuda de supuestos pasatiempos, las condiciones del cortesano. Prefiere á la autoridad estoica, la condescendencia templada de Sócrates, que dice que la virtud es la ciencia y la ignorancia el vicio. El hombre no es estudiado en su libro como debe serlo por el que dicta preceptos, porque la variedad de caractéres desaparece en él: quiere que nada se haga con originalidad y desde luego, sino conformándose siempre al tipo ideal que propone. Para conseguir esto, prescribe lo que se ha de hacer con respecto al traje, al lenguaje, á los actos de política y á las asiduidades galantes para con las damas. Examina si vale más cortejar á una soltera que á una casada; si es preciso mentir y hasta qué punto; recomienda sobre todo saber batirse, y quiere además que el cortesano sepa bailar, nadar, saltar, tocar instrumentos, y entregarse á otros ejercicios agradables. Pero no admite en él particularidades, es decir, de carácter. En una palabra, enseña á ser inmoral y gracioso. Quiere, no obstante, que evite las adulaciones y las condescendencias inmoderadas, y que no calle verdad oportuna; de lo que á sí mismo se ofrece por ejemplo, desaprobando los manejos tan comunes entre los príncipes.

Habia sido precedido en este camino por Agustin Nifo (*De viro aulico et de muliere aulica*), que reduciendo el arte del cortesano á decir chistes y dar noticias para distraer el fastidio de los grandes, les indica los manantiales del escándalo en que faltan, por lo comun, la caridad y el pudor.

Muzio escribió tambien, además de obras teológicas de poco mérito, el *Caballero*, en el cual sostiene que la nobleza es personal, y mayor en el literato que en el guerrero. Es tambien el autor de los *Cinco conocimientos necesarios á un señor jóven que entra en la corte*; estos conocimientos consisten en acordarse que es hombre, cristiano, noble, jóven y señor. Fué de los primeros en reducir á ciencia las prácticas del duelo y las sutilezas del pundonor.

Jacobo Sadoleto (1477-1547) hizo, siendo obispo de Carpentras, un tratado de la educacion (*De liberis recte instituendis*), con objeto de suplir en lo particular la falta de las legislaciones modernas, que abandonan á lo arbitrario la disciplina, cuya movilidad y negligencia son desde entonces su parte ó le pertenecen. El verdadero modo de vivir bien, segun él, es mantener entre las pasiones el equilibrio y la armonia con la razon. El que instruye debe en su consecuencia acostumbrar á su discípulo á gobernar regularmente su interior;

para que se habitúe á encontrar placer en lo que es honrado y disgusto en lo que no lo es: á esto contribuirán la religion, único fundamento de la verdadera felicidad, y el ejemplo de los padres. Con respecto á la inteligencia, debe cultivarse con ayuda de una sana filosofía, que hará contraer al discípulo la costumbre de formarse ideas claras y exactas de las cosas, para sustraerse al prestigio del falso saber, el peor de los males. Después de haber aprendido á pensar bien, es necesario aprender á espresarse tambien con perfeccion; lo que comprende la poética, la elocuencia, el buen estilo y los talentos caballerescos. No se encuentran en esta obra ideas atrevidas y originales, sino simples verdades dictadas por el buen sentido.

Los diálogos de Sperone Speroni, que se atrevió á escribir en italiano sobre la filosofía, son débiles, y no contienen más que doctrinas genéricas. Tienen por título *Guevara, Marco Antonio y el Reloj de los príncipes*. Se han reimpreso varias veces. Alejandro Piccolomini, sienés, profesor de Padua, prosélito de Aristóteles, escribió *De la educacion del hombre noble nacido en ciudad libre*, copiando mucho de Speroni un curso de filosofía, el instrumento de la filosofía en cuatro libros y la filosofía natural. Sigue el camino trazado por Aristóteles, su *príncipe y guia y más que hombre*, á pesar de que algunas veces se separa de él. Sus contemporáneos no le perdonaron el haber escrito todo esto en toscano; otros le tacharon de innovador herético, porque distinguia siempre la filosofía de la teología, aunque concluia protestando someterse en un todo á los teólogos. Francisco Piccolomini, natural tambien de Siena, comentó diversas obras de Aristóteles, y escribió en latin entre otras el *Comes políticus pro recta ordinis ratione propugnator*, en que trata de la moral privada *(de moribus)* y social *(de pública)*, en esta última discute sobre la propagacion del sumo bien, es decir, de la virtud, considerando un deber en los magistrados difundirla en la ciudad y en el Estado.

La *Galatea* de monseñor Della Casa, que se lee por el mérito del estilo, describe en parte las costumbres de la época, aun toscas bajo algunos aspectos, al mismo tiempo que se introducia ya la etiqueta y las afectaciones españolas. Su otro tratado *De los deberes entre amigos de diferente clase*, reduce á precepto este servilismo que se ha puesto demasiado en práctica; pues quiere que el inferior no incomode nunca al superior, y hasta que sufra con alegria una chanza ultrajante. Sienta tambien como principio, que la verdadera civilizacion de un pais perece desde el momento en que la moralidad se evapora en vanas ceremonias, y el deber en actos de cortesia.

En general los escritores italianos no analizaban al hombre, sino modelos genéricos, á los cuales falta la eficacia de los ejemplos particulares. Nada revela mejor este falso sistema que la *alegoria* con que el Tasso hace preceder su poema, así como los defectos del poema revelan lo absurdo del método.

El mismo Tasso, Varchi y otros muchos trataron los puntos particulares de conducta, sobre todo del amor y de la ciencia caballeresca. Esta comenzaba entonces á introducirse para llegar á ser después casi la única regla de los caballeros en su modo de obrar. Ahora bien, los teólogos escribian sobre el duelo para desaprobarle, y los otros para reglamentarle (1). Los caballeros tenian, pues, que moverse en una atmósfera enteramente artificial. Con respecto al grueso de la nacion envilecida, al pueblo escluido de los intereses comunes, escepto los sacerdotes, nadie se ocupaba ya más de él.

Tomás Elyot ofrece el modelo de un buen instructor. La severa tirania de los Tudor y el carácter receloso de Isabel, habian introducido entre los ingleses una manera de contenerse y cierto aire de incertidumbre, enteramente estraños á su carácter. En los Ensayos de moral de Bacon, *destinados á dirigir las acciones hácia un objeto, con consejos oportunos para el que quiere ser grande y sábio*, basta esta aunciacion para revelar lo que se propone. En efecto, se ocupa más de la política que de la moral, considera menos al hombre que al ciudadano. Se encuentran en este libro dichos muy justos sobre las sediciones, la soberania, las innovaciones, y en general sobre el modo con que los grandes deben dirigir al pueblo; pero todo en servicio de los que gobiernan. Después de haber pesado mucho tiempo estas máximas, las elaboró para exponerlas de la manera que le es propia, lo que hace que sean pesadas aun cuando hubiera sido posible alegerarlas, y les da con frecuencia la forma de apotegmas. Aun se lee en Inglaterra más que ningun otro escrito del reinado de Isabel; y es cierto que el cansancio que se experimenta, está bien compensado con el alimento que alcanza el talento.

La *Religio medici* de Tomas Browne, ha sido traducida á varias lenguas: fecundas analogias, á veces hasta brillantes y un aire científico, imprimen á aquella produccion una fisonomia particular; sin embargo, el autor se muestra en ella fantástico, paradógico, sin originalidad; su estilo es fuerte pero duro, y un egoismo melancólico le hace hablar sin cesar de muertos y sepulcros. Las *Conversaciones de sobremesa*, de Selden, tienen mucho vigor y originalidad nacional; respiran desprecio hácia los semisábios, cuyo número fué siempre infinito. El *Epitome de filosofia moral*, de Melanchton, no considera otra cosa que las clases aristocráticas.

El aleman Juan Valentino Andreæ se muestra muy superior á la multitud pedantesca de eruditos teólogos de su pais. Considerando las cosas con colores sombrios, aunque de un carácter benévolo, descubria los errores de los hombres, si bien para corregirlos. Sus *Mythologiæ christianæ, sive virtutum et vitiorum vitæ humanæ imaginum, libri*

(1) Hablamos de esto largamente en nuestro Libro XVI.

tres (1618), pertenecen al género de producciones llamadas *paramitas*, por Herder; pasa por haber fundado los Rosa-Cruz como institucion filantrópica.

Montaigne, 1533-92.—No fué á las academias sino á la buena sociedad, á la que se dirigió Montaigne en sus *Ensayos*. Este libro, en el que están presentados los pensamientos sin órden científico, pero marcados por el buen sentido, variados y llenos de delicadeza, tiene más lectores que ningun libro francés de aquel siglo, aunque las materias que trata no hayan envejecido menos que el estilo. Montaigne, que en el fondo tiene menos buena fe que lo que manifiesta (2), nos parece el moralista que se abandonó más á aquella recrudescencia del paganismo, señalada ya por nosotros, y que quiso volver á ser hombre como antes del cristianismo. Su padre (nos agrada estudiar á los autores de las obras morales), que aunque algo filósofo, habia hecho la guerra en Italia y visto el mundo, no le despertaba sino el sonido del violin. Le dió por maestro á un aleman, con quien se vió obligado á hablar latin por primera lengua; y haciéndole educar en el campo, para que se acostumbrase á no despreciar á nadie, le dejó crecer sin más estudio que el de las lenguas y las lecciones de su propia esperiencia. En el mismo colegio en que le puso le rodeó de tantas comodidades, que le sustrajo á la disciplina comun. Allí el joven Miguel se enamoró de la *Metamórfosis*, de Ovidio, y de esta poesia fácil pasó á la ampulosa de Lucano, después al estilo castigado de Virgilio. Se complació en las pinturas de Terencio y Plauto, como tambien en las de los cómicos italianos. Sin tener nada de romancesco, gozó del amor, pero como de un placer; deseoso de buscar comparaciones en las costumbres no menos que en la historia, y *hacer chocar su cerebro contra el de otro*, se dedicó á viajar principalmente por Italia, echando de menos lo pasado en medio de las maravillas del renacimiento. No tomó parte en las guerras civiles, ocupó empleos sin ambicion, y estuvo siempre dispuesto á abandonar la toga para volver á ser hombre. Sus gustos cambiaron, fué liberal cuando no poseia nada y fué avaro cuando tuvo algo, concluyó por llegar á adoptar un justo medio. Habiéndose casado renunció á los placeres ruidosos, y vió acercarse la vejez con tranquilidad, diciendo: «He visto la yerba, las flores, los frutos de la vida, tambien veo las hojas secas; y me alegro porque es cosa natural.»

No era en aquel tiempo la erudicion alarde raro, y él ostentó la suya ilustrando sus obras con trozos y citas de autores antiguos ó bien reputados: sin embargo, debió haber leido mucho, pues siempre son oportunos en sus razonamientos los textos y citas que abruman su memoria. Y aun parece que con su antiguo roce con los antiguos, por los que era fanático (*embaboyné*), queria olvidar los defectos de su época y hallar la paz, ya que no en otra parte, en sus sepulcros. Esto no le impide juzgar con originalidad: y se diria que no se sirve de los nombres de Plutarco, Séneca y Lucano, sino para hacer pasar sus propias ideas. En lugar, pues, de seguir su senda por la de los tiranos de la inteligencia, piensa por sí mismo, dice lo que ha observado, y lo que dice parece de espontánea efusion, de un talento sencillo y vivo á la vez.

Como sus observaciones se fijaron principalmente sobre sí mismo, de sí es de quien habla con frecuencia (3). Se creeria que quiere evitar que se le acuse de ambicion vulgar, cuando llega hasta confesar sus vicios y sus debilidades; pero este es un artificio sin resultado; porque si los cuenta, no los desaprueba; y hasta quisiera que se le encontrara más digno de estimacion. Aun cuando habla de las faltas verdaderas, no se muestra arrepentido, y declara que, si volviera á nacer, cometeria las mismas. La idea de la muerte no le hace volver en sí mismo; pues esclama: «Me arrojo en brazos de la muerte como un estúpido, sin considerarla ni reconocerla, y como quien se arroja en una profundidad muda y oscura, que me devora de una vez y me sofoca en un instante, porque estoy sumergido en un poderoso sueño de inaccion y de indolencia. Ofrece de esta manera al orgullo el placer de encontrar en él sus propias faltas sin tener que avergonzarse de ellas, y llega á ser un triste ejemplo de las confesiones en las que después tantos escritores se han complacido en analizar sus propios vicios, para hacer ostentacion de ellos.

Montaigne reconoció que la prosa debia adoptar el carácter del diálogo, patrimonio especial de los franceses. Siempre pintoresco, sabe dar color hasta á las abstracciones, y no presenta las ideas sino bajo la forma de imágenes variadas, fáciles y trasparentes. Aunque no se inquieta de la lengua, ha permanecido clásico; y con él es con quien comienza la verdadera literatura francesa (4). Esta cordial jovialidad, propia de sus compatriotas, sagacidad viva, penetrante, maliciosa, pero no maligna; el aire de confianza que sabe adoptar describiéndose continuamente á sí mismo en su obra, hace que su lectura agrade como la conversacion de una persona culta y amable, como los discursos de un buen anciano que ha visto mucho. Aquel tono de narrador benigno en una série sin trabazon de anécdotas, nos atrae tanto más, cuanto que no

(2) «Este es, dice. Un libro de buena fe.» Así comienza.

(3) «Encontrándome enteramente desprovisto de otra materia, me he presentado yo mismo por argumento y por asunto.» L. II, c. 8.

(4) *Le parler que j'aime, c'est un parler simple et naif, tel sur le papier qu'á la bouche; un parler succulent et nerveux, court et serré: no tant délicat et peigne comme vehement et brusque... La recherche de phrases nouvelles et des mots peu counus, vient d'une ambition scholastique et puerile. Peuse je ne me servir que de ceux que servent aux hales á Paris.* MONTAIGNE, I, 25.

manifiesta hacerlo con intencion; parece estar allí simplemente para pintar, como en las escuelas se copia del natural sólo para hacer un estudio. Observando lo que ve, lo escribe al vivo con una espresion propia del objeto, y acostumbra al alma á meditar sobre sí misma, aunque se encuentre algunas veces por esto precisado á descuidar la accion, y á gozar solitariamente de su libertad y de su inteligencia.

Montaigne vivia en un siglo en el que todo se ponia en discusion, y se llamaba santidad en un pais lo que en otros se trataba de supersticion, y rebeldia lo que recibia el nombre de libertad. La multitud se agitaba en todas partes; y cuando la incertidumbre hubiera debido aconsejar la tolerancia, no se encontraba en todas partes más que dogmatismo, pasion y persecucion. Parecia que no quedaba al pensador otro refugio que la duda; y es á la duda á la que se abandona de buen grado Montaigne, que define al hombre un ser flotante y diverso. «Y dice, en aquella universidad, me dejo manejar ignorante y descuidadamente por la fé general del mundo. ¡Oh qué suave y blanda almohada es la ignorancia y la poca curiosidad, para que descanse en ella una cabeza bien formada!... La vacilacion de mi juicio está, en la mayor parte de los casos, de tal manera equilibrada, que voluntariamente me sujetaria á la decision de la suerte y de los dados.» De esta manera es como emplea la duda en hacer avergonzarse á la razon humana de su orgullosa insuficiencia. Se complace en hacer presente los errores de la sociedad, no por compasion, sino en un tono de burla, y no obstante, sin hiel, como lo hacen los observadores; oponiendo las opiniones á las opiniones, las costumbres á las costumbres, y esto aceptando sin eleccion, en caso de necesidad, las relaciones de los viajeros. Como le cansa todo trabajo largo, retrocede ante las dificultades declarándolas insuperables. Cuando después la razon ha multiplicado sus dudas, recurre á la revelacion, casi sin otro motivo que la necesidad de creer, sin embargo, alguna cosa.

Nunca hace mencion en sus obras del catecismo, ni en sus arranques de entusiasmo de la gracia. Parece imposible que no sienta el cristianismo que tan infiltrado estaba no sólo en las ideas y en las costumbres, sino en el escepticismo, hasta el punto de hacerlo respetable, pero no se toma el trabajo de combatirle; obra como si no existiése, como si nadie hubiese dicho que la naturaleza humana estaba afecta á la corrupcion, y que se debe hacerla frente, no secundarla cuando se ve precisado á hablar de la cruz, la coloca lejos, muy lejos, sobre una montaña elevada, con objeto de que inspire veneracion é indiferencia al mismo tiempo. Queria quitar de este valle de expiacion las espinas; no reconocia abnegacion en los placeres, ni otro límite en las diversiones más que el que pudiera perjudicarle; rechazaba la aridez en la educacion tanto que se comprometia á enseñar la lógica en cuatro ó cinco dias; creia que la moderacion era sabiduria; segun él, la religion, las tradiciones, las Escrituras pondrian trabas á la libre marcha de su pretendida sabiduria; no quiere que se le redarguya por lo que ha dicho al principio ó por lo que dirá después, se sujeta á su memoria *admirablemente infiel.*

Su filosofia no ha echado, pues, profundas raices, y no seria posible describir su sistema en medio de la caprichosa variedad de las probabilidades. Así como las espigas de trigo, rectas cuando están vacias, se inclinan tan pronto como se llenan, así mismo los hombres, dice, después de haber adquirido conocimientos, se humillan y reconocen su propia ignorancia. Se ve, pues, que no se puede exigir de él coherencia, y con justicia se le acusa de haber, con ayuda de la duda y de la creencia reunidas, evitado de que los talentos busquen la verdad, puesto en moda la indiferencia en las cuestiones de mayor importancia, é introducido el egoismo en la moral, el libertinaje en la literatura: las paradojas contra la sociedad y sus ideas sobre la educacion han sido adoptadas más tarde por Juan Jacobo Rousseau, que exagerándolas, ha dado á Montaigne una influencia que no habia tenido en su siglo.

El escepticismo le inclinaba al menos á la tolerancia en una época en que era ignorada esta virtud: tranquilo entre gentes apasionadas, desafia á los pedantes, se rie de ellos, duda de las hechicerias, encuentra absurdo que se vendan los empleos judiciales, que se pague la justicia y que se pretenda obtener la verdad con el tormento. No ama á los reformadores, porque son turbulentos, ni á sus adversarios, por sus violencias. Condena las persecuciones de todas clases, y entre tantos errores y supersticiones, conserva la franqueza de su propia opinion.

Charron, 1541-1603.—La *Sabiduria* de Charron es tambien la ciencia de vivir conforme á la razon. Esponiendo una moral más noble que pura, y adoptando por guia el sentimiento interno, se ve obligado á confesar que el hombre no puede practicar enteramente la virtud, sino que le es preciso algunas veces emplear medios ilícitos para llegar á un fin digno de alabanza. Conveniencia perjudicial pero necesaria del escepticismo y de la exagerada debilidad humana. Más coordinado que Montaigne, pero menos original en el pensamiento y menos vivo en la espresion, le copia con frecuencia, libertándole de las inconveniencias del egoismo y del tono superficial, pero le exagera, dando sus dudas como axiomas. Montaigne habia dicho: *¿qué es lo que yo sé?* Charron dijo: *Yo no sé nada.* El primero busca la independencia de las ideas; el otro reniega de toda regla, y sostiene que el escepticismo es lo único que puede conducir á la libertad filosófica. Las mismas dudas pudiéramos decir que abriga respecto de religion, pues considera la verdadera como un objeto de la mente y el corazon, y por consecuencia independiente del culto esterior.

De la misma escuela salió La Mothe-le-Vayer,

maestro de Luis XIV, que principalmente escéptico en religion, argumenta contra el sentimiento moral, sujetándose cada vez más á lo que es esterior y no al principio regulador. Formó, pues, con Montaigne y con Charron, como tambien con Hobbes y Gassendi, una escuela escéptica que no admitia la autoridad de la razon y de la conciencia, ni una justicia ó derecho natural, ni otra cosa más que la fuerza y la costumbre. Tiene, sin embargo, el mérito de haber arrancado á la filosofía de los bancos de la escuela, haciéndola abandonar las formas pedantescas, para ponerla al alcance de todos, en el diálogo, en la conversacion y en el discurso. Ciertamente fué una ventaja, no para la moral, sino para los escritores, que no pueden menos de ganar con acercarse al pueblo.

CAPÍTULO XXXIV

ERUDICION É HISTORIA.

El gran movimiento impreso por las cuestiones religiosas hizo que Alemania fuese superior en filologia á la Italia, pero fué menos elegante en el estilo latino, y sólo Sleidan sostiene en la prosa la comparacion con los italianos.

Ni los Amaltei, ni ningun otro italiano, sostienen la comparacion con los poetas latinos que pueden citar en aquella época los demás paises, sobre todo la Francia y la Holanda, como Muret, Enrique Estienne, José Escaligero y Sainte-Marthe, que escribió la *Pœdotrophia*, para exhortar á las madres á criar á sus hijos (1). No obstante el veronés Flaminio se halla á la altura de los antiguos.

Buchanan, 1506-1582.—Todos estos poetas han sido inferiores al escocés Buchanan, que compuso muchas poesias obscenas, y otras varias contra los frailes y la religion, confesando, sin avergonzarse, que lo hacia por órden del rey (2). Su mejor obra es la *Esfera*, que abria un estenso campo á las digresiones; con respecto á sus *Salmos*, son más alabados de lo que merecen.

La erudicion se habia ejercitado tranquilamente en los clásicos y en busca de palabras, hasta que la reforma hizo sospechar á los católicos un estudio que invadia los campos de la fe; al paso que era objeto de mofa para los protestantes por su insulsez. Famosa lucha se empeñó entre los *jotacistas*, sostenidos por Reuchlin y Melanchton, y los *etistas* acaudillados por Erasmo, respecto á la pronunciacion del griego; Frobenio y Badio Ascensi multiplicaron las ediciones de los clásicos, además de Pedro Veltori, Lambino, Turnebo, Siburgio, Lipsio, Grocio y Fabricio: ninguno aventajó á Isaac Casaubon, de Ginebra, en cuanto á la correccion conjetural de los textos; el *Thesaurus*, de Roberto Stéfano, facilitó la correccion de la escritura, y los *Commentarii linguæ grecæ* de Budé, aunque desordenadas, esplicaron el sentido de las palabras, particularmente de las legales.

Aldo Manucio refiere que en la hora de la leccion permanecia paseándose delante de la universidad romana, vacia de oyentes, y da por motivo que las lenguas vivas habian adoptado su lugar natural, que las clásicas no eran ya más que un objeto de pura curiosidad, y que la veneracion que se les concedia al principio no estaba, ni con mucho, acorde con el notable progreso de las ciencias. Melanchton reconoció cuán necesario era el estudio de los clásicos para defender la teología contra un entusiasmo desenfrenado; en su consecuencia, las nuevas universidades de Marbur-

(1) *Ipsæ etiam alpinis villosæ in cautibus ursæ,*
Ipsæ etiam tigres, et quidquid ubique ferarum est,
Debita servandis concedunt ubera natis.
Tu, quam miti animo natura benigna creavit,
Exsuperes feritate feras? Nec te tua tangunt
Pignora, nec querulos puerili e gutture planctus,
Nec lacrymas misereris, opemque injusta recusas,
Quam præstare tuum est, et quæ te pendet ab una,
Cujus onus teneris hærebit dulce lacertis,
Infelix puer, et molli se pectore sternet?
Dulcia quis primi captabit gaudia risus,
Et primas voces, et blæsæ murmura linguæ?
Tunc fruenda alii potes illa relinquere demens?
Tantique putas teretis servare papillæ
Integrum decus, et juvenilem in pectore florem?

(2) Dice en su misma vida: *Rex Buchananum, forte in aula agentem, ad se advocat... et jubet adversus Franciscanos carmen scribere ille utrosque juxta metuens, carmen quidem scripsit, et breve, et quod ambiguam interpretationem susciperat. Sed nec regi satis fecit, qui acre et aculeatum poscebat... Igitur acrius in eos jussus scribere, eam sylvam quæ nunc sub titulo Franciscani est edita, inchoatam regi tradi,* etc.

go (1526), de Copenhague (1539), de Königsberg (1544), de Jena (1548) se añadieron á las antiguas. Francisco I fundó el colegio de las tres lenguas, y ya no hubo ciudades en que no se enseñase el griego.

Puede decirse que la reforma hizo nacer la filologia, sobre la cual Teodoro de Beza escribia lo que sigue: «Habiendo llegado el tiempo en que Dios habia dispuesto sacar á sus elegidos de las supersticiones y volver á hacer brillar su verdad, que habia sido oscurecida un siglo antes por el hierro y el fuego, hizo nacer primeramente en Alemania á Juan Reuchlin, para restaurar el conocimiento del hebreo, abolido enteramente entre los cristianos (3). Los teólogos de Colonia y de Lovaina se opusieron con todas sus fuerzas á este sábio; pero Dios desbarató de tal manera sus proyectos, que Reuchlin fué absuelto por una sentencia definitiva de Roma, y el estudio del hebreo fué aprobado, mostrando de esta manera el Señor que para edificar su Iglesia sabia servirse de aquellos á quienes tiene por sus principales adversarios.

»De la escuela de Reuchlin salieron ilustres sábios alemanes: Conrado Pellicano, Juan Ecolampade, Sebastian Munster, Juan Capitone, Pablo Fagio é infinidad de otros. Al mismo tiempo comenzaron los estudios á florecer en la misma Lovaina, desde donde se dirigió entonces á Paris Erasmo de Rotterdam, que volvió á poner en boga el estudio del latin. Jacobo Fabri, de Estaples (*Faber stapulansis*), doctor de la Soborna y digno de encontrarse en mejor compañia, viendo á la universidad de París sumergida en una barbarie y en una sofística indecibles, hacia que los talentos se entregasen á los verdaderos estudios de las artes, y se dedicaba tambien á manifestar y corregir los errores de la traduccion vulgar del Nuevo Testamento, segun el griego. Los doctores de la Sorbona concibieron tal despecho, sobre todo los dos ignorantes Beda y Duchesne, jefes de aquella facultad, que no cesaron sus ataques hasta que le precipitaron á abandonar el puesto. A pesar de esto, desde aquel momento recibió la barbarie un golpe tan grande en Francia, que se conmovió y empezó á declinar. Y más importante es que Leon X autorizó la version latina del Nuevo Testamento hecha por Erasmo, al paso que nuestros doctores de París la condenaban como hereje por sus *Coloquios*.

»Algun tiempo antes, la casa de Médicis, así como otras casas italianas, habian acogido á varios ilustres fugitivos de la Grecia, entre otros á Argiropulo, á Marcos Musuro, á Demetrio Calcondila, y principalmente á un escelente personaje, descendiente de sangre imperial, llamado Juan Lascaris: estos extranjeros hicieron prosperar mucho el conocimiento del griego en las escuelas italianas. Hubo tambien varios franceses, que de vuelta á su patria alentaron aquellos estudios. La Sorbona se opuso á ello con tal fervor, que á creerla, estudiar el griego y saber un poco de hebreo, era una de las mayores herejias del mundo.

»Pero Dios opuso á estos doctores personajes de tal autoridad, que les fué preciso ver lo contrario de lo que deseaban. Tales fueron Esteban Poncher, obispo de París, Luis Ruzé, Francisco de Luynes, á quienes se debió prosperase el estudio de las lenguas. Aun más, el griego fué enseñado por el italiano Alcandro, después cardenal; por el suizo Enrique Glarean, y por el francés Cheradamo, muy instruido en las letras hebreas y griegas, aunque de poco talento y no gran elevacion. Sin embargo, entre todos los sabios, tanto en el griego como en el latin, Guillermo Budé resplandecia como un sol en medio de las estrellas, tanto, que ninguno de sus adversarios se atrevió á atacarle; á decir verdad, ninguno hablaba de teologia; ahora bien, se puede decir con razon que preparaban á los demás un camino en el cual no ponian el pié. Fué una felicidad para Budé encontrar un rey de buen talento y muy amante de las letras, aunque no conocia más que la lengua de su patria, es decir, á Francisco I. Habiendo dedicado á este soberano sus hermosos *Comentarios de la lengua griega*, le hizo comprender que era necesario no sólo que las tres lenguas y los libros escritos en ellas se profesasen en las escuelas y universidades del reino, sino que tambien se estableciesen en París hombres de mérito con buenos sueldos para que las enseñasen. En su consecuencia, resolvió el rey construir un magnífico colegio de las tres lenguas con buenas rentas para el sostenimiento de varios regentes y de gran número de discípulos.

»Este edificio no pudo concluirse nunca; pero varios profesores se instalaron en él, de los cuales los más afamados fueron, en el hebreo, Agathius y Francisco Vatable, á quienes se unió el judío Pablo Paradis; en el griego, Pedro Danés y Jacobo Tosan; en las matemáticas, Oroncio Fineo; y poco á poco conoció el reino de Francia esta mejora.» (4)

Aun cuando no se hubiese leido más que nuestra relacion, pueden suplirse las reticencias y omisiones de este pasaje, que sirve para manifestar á la vez el giro literario de la filología en Italia y Francia, en el momento en que era enteramente teológica en Alemania. Ya el verdadero terreno de la filologia estaba señalado por Guillermo Postel, que fué el creador de la gramática y de la filologia comparadas; varios viajes por Asia con los embajadores de Francia le facilitaron el estudio de las lenguas de Oriente; publicó, pues, á su vuelta á París, *Linguarum duodecim characteribus differentium alphabetum, introductio, ac legendi modus longe facillimus* (1538). Estas lenguas son el hebreo,

(3) Hemos probado suficientemente lo contrario.

(4) Teodoro Beza, *Historia eclesiástica de las iglesias reformadas*, t. I, p. 1.

el caldeo, el sirio, el samaritano, el árabe ó púnico, el indio, es decir, el etiope, el griego, el georgiano, el servio, el ilirio, el armenio y el latin. Se limita á enseñar los alfabetos, pero no sin cometer muchos errores y omisiones, escusables por lo demás en el que habla el primero. Poco tiempo después, Postel dió á luz *De originibus, seu de hebraicæ linguæ et gentis antiquitate deque variarum linguarum affinitate liber*, obra de verdadera filologia comparada. Emite en esta obra la opinion de que la primera lengua fué el caldeo, y que del caldeo se derivó el hebreo, que la mision confiada al pueblo elegido hizo muy importante; las demás lenguas se refieren á este último idioma y conservan señales de él; ésta era la opinion comun de entonces. Para probar esta afinidad de las lenguas gramaticales con el hebreo, compara los alfabetos árabes, etiopes y hebreos; en otra parte reune palabras que son comunes á los latinos, á los griegos y á los hebreos, ó á los galos y á los griegos. Aunque se engañe, tiene el mérito de haber concebido la idea de estas referencias que debian conducir á verdades tan inesperadas.

Conrado Gessner, que al dar con juicios cortos en la *Bibliotheca universalis* y en las *Pandectas universales* el catálogo de los libros conocidos, puede dar una idea de los conocimientos filosóficos de la época, publicó el *Mithridates* en 1558; primera gran tentativa que se hizo para coordinar las diferentes lenguas, pues hacen mencion en él de ciento treinta idiomas antiguos y modernos, conocidos entonces, de los cuales de veinte y dos da su version del *Pater*. El autor indica sus diferencias y semejanzas, observando, por ejemplo, que el etiope se aproxima al hebreo y no al caldeo. Divide el indio en dos partes, la una en Africa, es decir, en Etiopia; la otra en Asia, cuya lengua y letras ignoramos enteramente. Citaremos además la introduccion á las lenguas siriaca y armenia (1559), del italiano Ambrosio, y el *De ratione communi omnium linguarum et litterarum commentarius* (1548), por Bibliander (Buchman), en el cual el autor trata de probar que existe analogia entre todas las lenguas, y las letras de los idiomas usados en el mundo, que pretende provienen del griego.

Puede decirse que las lenguas orientales fueron muy cultivadas en aquella época, principalmente el hebreo, si hemos de juzgar por las frecuentes citas que se encuentran aun en las obras de una erudicion comun. Ya hemos mencionado al luqués Sante-Pagnini, que tradujo la Biblia, y dió una buena gramática de la lengua hebrea, aunque prolija, como tambien un léxico de aquella lengua, otro de la caldea y otro más de los signos empleados por los rabinos. Entre aquellos doctores judíos, que por lo general eran profesores, adquirió reputacion el westfaliano Juan Buxtorf, profesor de Basilea; publicó una gramática (1609) que pasó mucho tiempo por ser la mejor, y un léxico hebreo, caldeo y siriaco. Su hijo tuvo que combatir la opinion de Morin, protestante convertido, que sostenia que el Pentateuco samaritano, últimamente llevado á Europa, y que se diferenciaba solamente del otro por su carácter, era preferible al texto masorético, del cual se han hecho las traducciones protestantes. El *Arcanum puntuationis revelatum*, de Luis Cappel (1624), profesor en Saumur, marca una época en el estudio del hebreo. Sostiene que los puntos vocales fueron inventados, no desde el origen, sino posteriormente al siglo VI, por los judios de Tiberiade ó por Esdras; cuestion de gran importancia, pues resultaria que la version de la Biblia, llamada la Vulgata, seria anterior á esta innovacion.

Dedicáronse tambien á estudiar una lengua descuidada hasta entonces: queremos hablar del árabe. Escalijero se aplicó á ella, y el léxico de Rafeling se basó en parte sobre sus trabajos. Pero este estudio no comenzó como ciencia sino hasta en tiempo de Erpenio Gorcum, autor de la primera gramática árabe en Europa (1631); Golio, su sucesor en la cátedra de Leida, dió un léxico muy completo, y las principales bibliotecas quisieron tener libros árabes. No faltaron tampoco personas que cultivaron el persa, el turco, el armenio, y hasta se empezaron á tener algunos libros chinos.

Mientras que los controversistas sacaban armas de este arsenal, otros se ocupaban en buscar antigüedades, principalmente del tiempo de los romanos. Justo Lipsio, Sigonio, Onofre Pavinio se hicieron célebres en esta tarea (5). Pero la mayor parte no trataban más que de comprender mejor á Ciceron; además, todos estaban sujetos á la autoridad, respetuosos como eran de las cosas romanas, y llenos de fe en el gran orador, aunque se ocupaba menos en buscar la verdad que en ganar sus causas; en Tito Livio y en Dionisio de Halicarnasio poco versados en los monumentos antiguos; en Pomponio Mela y Auto Gelio, muy ignorantes de las instituciones republicanas. Celosos arqueólogos, todo querian esplicarlo, describirlo, cuando carecian de conocimientos técnicos y documentos.

Escalígero (*De emendatione temporum*) trató con principios y órden de la cronologia, examinando los sistemas astronómicos, y confrontando las fechas. Fué censurado por algunos, y principalmente por Petau (*De doctrina temporum*, 1627), que imprimió después su *Ratoniarum temporum* (1633), segun un sistema de todo punto diverso. Algunos

---

(5) Citaré sus obras más célebres; MANUZIO, *De legibus romanorum*, 1558. *De civitate* 1585. PANVINIO, *De civitate romana interiore;* SIGONIO, *De jure civium romanorum* 1560; *De jure Italiæ* 1562; *De judiciis romanorum* 1564; GRUCHIUS (Grouchy de Ruan), *De comitis romanorum* 1555; ZAMOSCIUS, polaco, *De senatu romano* 1563; PATRIZI, *De la milicia romana* 1583, que es el primer tratado de asuntos de guerra; LIPSIO, muchos trabajos particulares. PANCIROLI, *Notitia dignitatum est.* Tambien podríamos hacer mencion de Juan Pedro Valeriano, De Bellune, Lelio Giraldi, Celio Calcagnini, Pirro Ligori, etc.

dieron impulso á la ciencia anticuaria y numismática, ciencia que hasta entonces se habia limitado á reunir sin discernimiento medallas, inscripciones, utensilios y antigüedades de toda clase, época y nacion. De este género fué el famoso *Museo*, en el que Pablo Jove habia reunido, mendigando y adulando, gran número de objetos muy curiosos por su variedad. Eneas Vico, de Venecia, fué el primero que trató estas materias en sus *Discursos sobre las medallas de los antiguos* (1555). Después de él Sebastian Erizzo, tambien veneciano, dió á luz (1559) con el mismo título, un trabajo más completo, y sentó las bases de aquella ciencia. El grabador flamenco Huberto Golzio publicó (1557) una coleccion de medallas, entre las cuales se encuentran varias falsas ó imaginarias; y dice, que existian entonces en Italia trescientas ochenta colecciones de antigüedades, y que á los aficionados á este género se los llamaba *virtuosos*.

Juan Vicente Pinelli (1535-1601), de Nápoles, que favoreció las letras sin ser literato, formó una biblioteca, comprando á cuaquier precio todo lo que se presentaba, y dispuso los libros por órden de materias; habia añadido á ella un museo de globos, cartas, instrumentos de matemáticas, fósiles y algunas medallas de las más raras. Habiéndose vendido esta coleccion después de su muerte, y cargado con ella un barco, cayó en poder de los corsarios, que la arrojaron al mar, ó dispersaron por las costas objetos cuyo valor les era desconocido: muchos pescadores recogieron hojas de manuscritos para reparar sus barcas ó tapar las aberturas de los marcos de sus ventanas: el resto se compró en 3,400 escudos de oro por el cardenal Borromeo, y fué la base de la biblioteca Ambrosiana.

Onofre Panvinio, de Verona (1529-68), fué uno de los primeros en conocer el valor de las inscripciones y en venir en conocimiento por medio de ellas de las antigüedades romanas y los fastos consulares; disertó sobre los juegos, los triunfos, los nombres y el culto de los latinos; recusó como falsos los fragmentos de Annio de Viterbo, y escribió tambien sobre las antigüedades cristianas; debe añadirse á sus trabajos una crónica universal desde la creacion del mundo hasta su época, un cuadro del mundo habitable y otras composiciones históricas que causan tanta más admiracion cuanto fué corta su vida (6).

Hay algunos que prefieren la *Roma vetus et nova* (1633), de Donato, no sólo á las obras anteriores, sino tambien á la de Nardini. Octavio Ferrari dió á luz el mejor tratado sobre las costumbres de los romanos (1642-1654), y Pignorio esplicó la Tabla Isiaca. Trabajo más importante es el *Corpus inscriptionum* de Juan Gruter, de Amberes, último conservador de la biblioteca Palatina: adoptó por base la coleccion de Martin Smezio de Brujas, que después de la muerte del autor, habia sido publicada á espensas de la república de Holanda en 1588; pero la aumentó con infinidad de otras inscripciones, y su obra se publicó en 1603 en Heidelberg, con veinte y cuatro tablas muy útiles de José Escalígero, á espensas de Marcos Wolser, burgomaestre de Augsburgo. Faltan en esta coleccion muchas de las que él hubiera podido conocer; á veces están referidas incorrectamente, otras repetidas; ciertos nombres de autores de donde han sido tomadas están equivocados; pero de esta manera se encontró escitado el deseo de copiar las inscripciones originales é insertarlas en las obras de antigüedades. Juan Jorge Grevio, profesor de Utrecht, dió á luz una edicion considerablemente aumentada, que no se ha concluido hasta 1707; es la más completa que se posee.

Además de las colecciones generales, se hicieron otras particulares que sirvieron después de base á las historias municipales de Verona, Brescia, Como, Faenza, y principalmente á la de Milan, por Andrés Alciato. Juan Crisóstomo Zanchi, de Bergamo, ensalza su pátria (*De Orobiorum sive Cenomanorum origine*, Venecia, 1531), como se hacia entonces. Sus exageradas opiniones son rebatidas por Gaudencio Merula, de Novara, y por Buenaventura Castiglione, de Milan, que trataron de los galos cisalpinos, y reconocieron, así como Octavio Ferrari, la falsedad de la obra atribuida á Annio de Viterbo.

Sigonio, 1524-84.—Cárlos Sigonio, de Módena, se le cuenta entre los eruditos de primer órden por la luz que dió á la historia, á las antigüedades romanas, á los fastos consulares, al derecho romano, itálico y provincial. Escribió la historia del imperio de Occidente desde Domiciano hasta Augustulo; fué el primero que se atrevió á describir las vicisitudes del reino de Italia desde los lombardos hasta 1199, y después hasta 1286; éste era un campo enteramente nuevo, en el que no tuvo otro guia que los datos sacados de los archivos; por esta razon, á pesar de sus errores, tiene derecho al respeto como renovador de la diplomática. Un sentimiento piadoso le inclinó á hacer el cuadro de la república de los hebreos, como para ofrecerle en ejemplo á las constituciones modernas. Sentando como principio, con Aristóteles, que el fin de toda asociacion civil es conciliar lo útil con lo justo, quiere que haya consejos ocupados en adoptar las medidas necesarias al bien de la nacion; magistrados que no permitan separar la utilidad de la justicia; un jefe que convoque á unos y otros y les distribuya los negocios que les correspondan; y prosigue de aquella manera demostrando cuán bien estaban combinadas todas estas cosas entre los hebreos.

Flacio, 1520-75.— A Sigonio habia encargado Gregorio XIII hacer una historia eclesiástica; pero ya otros habian emprendido esta tarea en un sentido diferente (1520) desde los tiempos primitivos.

(6) Véase nuestra arqueologia, párrafo 11, y á MAFFEY, *Verona ilustrada*, P. 2, I. 4.°.

Creyendo Flak Francowitz (*Flacius Illyricus*) á los luteranos demasiado lentos en verificar la obra de la reforma, se instaló en Magdeburgo para preparar allí sus armas, y recogiendo de los libros todos los agravios formulados contra la Iglesia, publicó los *Testimonios de la verdad*. Concibió entonces la idea de una historia eclesiástica sacada de las verdaderas fuentes, y tomó por colaboradores á Juan Vigand y Mateo Judex (1533), á quienes añadió después otros quince. Después de haber trabajado seis años juntos antes de dar nada á luz, publicaron en veinte y cuatro años trece tomos de *Centuriæ magdeburgenses*, comprendiendo un siglo cada libro. Esta obra constituye el más vigoroso ataque contra la Iglesia, pues manifiesta apoyarse en los hechos, de los que saca partido con gran habilidad, para combatir valerosamente el catolicismo con una aplicacion atrevida y rigorosa (7).

Baronio, 1538-1607.—El cardenal César Baronio escribió, para refutarla, sus *Anales*, enteramente en favor de la supremacia papal; como tenia á su disposicion los archivos pontificios, pudo sacar de ellos documentos importantes hasta sobre la historia profana, de que Roma habia sido el centro (8). No pasó del siglo XII; Reinaldo los continuó, y Enrique Spondan, que hizo un compendio de la obra, la adelantó hasta 1602. Ya hemos manifestado la importancia que dábamos á este precioso trabajo; los acontecimientos se esplican en él como premio ó castigo de Dios, escelente tema para un sermon, pero falso, pues supone que Dios premia y castiga en la tierra. Ya hemos emitido nuestra opinion acerca de las historias del concilio de Trento (cap. 20).

El latin fué generalmente el idioma preferido por los historiadores, con perjuicio de la verdad, obligada á usar un idioma ajeno. En general, aun no se trataba entonces, en las grandes obras históricas, de reunir los diferentes materiales para formar un conjunto homogéneo después de haberlos entresacado con escrupulosidad, ni recurrir á las fuentes inmediatas para tomar datos con inteligencia. Se adoptaban los escritos anteriores más reputados, y se completaban sus relaciones fuese supliendo con uno lo que faltaba al otro, considerando los hechos bajo un aspecto diferente, ó insertando documentos nuevos; pero sin tener escrúpulo de copiar grandes fragmentos, y limitándose algunas veces á traducir. Sleidan copió uno detrás de otros pasajes de diferentes autores para formar su *Historia de la Reforma*, De-Thou hizo otro tanto: con respecto á la Escocia, reprodujo enteramente á Buchanan; para la Alemania á Sleidan y Chytreo; para Italia, á Adriani; para Turquia, á Busbeck y Leuvenclavio. Sarpi copió muchos datos de Pablo Jove, de Guicciardini, de De-Thou, sobre todo de Sleidan, único autor de que se sirvió durante mucho tiempo. El trabajo se reducia á traducir bien lo que él habia tomado de otros, á la lengua á que escribia, y en acomodar el estilo al del resto de la obra.

Joviano Pontano (1426-1503) ha compuesto un diálogo latino sobre el arte histórico, diálogo que es el primero escrito modernamente sobre este asunto; pero no se sujeta más que á la retórica, convirtiendo á la historia en una especie de poesía (*Historiam poeticam pæne, solutam esse quamdam*) hace notar en su consecuencia que Tito Livio comienza con la mitad de un verso (*Facturus ne operæ pretium*), y Salustio con un exámetro espondaico (*Bellum scripturus sunt quod populus romanus*); y compara pasajes de aquellos autores con otros de Virgilio. Recomienda con menos frivolidad el laconismo, que consiste en las palabras, y la rapidez, en el movimiento del estilo. Con respecto al fondo, quiere detalladas descripciones de lugares, discursos, y sobre todo circunstancias biográficas.

Francisco Patrizi compara tambien la historia á la poesía en diez diálogos, llenos de fastidiosas digresiones; segun él, escepto las historias sagradas, las de la antigüedad ofrecen demasiada incertidumbre; las que tratan de los tiempos modernos se han escrito sin libertad, y toda la diferencia entre el historiador y el poeta consiste, en que el primero no altera los lugares y los tiempos. Somos un espectáculo para el cielo, y no hay verdad sino en las obras de Dios y de la naturaleza. Por lo demás, Patrizi se apoya en el tratado de Luciano; lo que hace tambien el español Fossio Morcillo (*De historiæ institutione*). Mas pensador, Antonio Baudoin, en sus *Prolegómenos históricos*, considera la historia en sus relaciones con la jurisprudencia y la política. La historia debe instruir, y se rebaja cuando trata de deleitar; difiere, pues, enteramente de la poesía. No debe ser dramática, sino pragmática, es decir, real y positiva; no debe sobre todo descuidar nada de lo concerniente á la república y al sistema de las leyes, á la geografia y á la estadística. Los historiadores desempeñan el papel de jurisconsultos para juzgar la moralidad de las acciones, así como importa á los jurisconsultos estudiar la historia, sin la cual es imposible gobernar y reinar.

Los preceptos históricos dados por Foglietta, en su *Introduccion á la Historia de Génova*, y por Viperano (*De escribenda historia*), no son, á pesar de las alabanzas de Tiraboschi, más que trivialidades y plagios. El mismo escritor ensalza igualmente hasta las nubes á Agustin Mascardi, que publicó en Roma, en 1630, el *Arte histórico*, traduccion casi

---

(7) LUIS WACHLER.—*Gesch. der historischen Forschung und Kunstseit der Wiederherstellung der litterarischen Cultur in Europa*. Gottinga, 1816, 2 vol. en 8.°

(8) Existe una carta de fray Pablo Sarpi á Casaubon, con fecha 8 de junio de 1602, en la cual le anima á escribir contra Baronio, de quien dice todo el mal posible. Le advierte solamente que si le acusa de mala fe y fraude, nadie le creerá, atendida su integridad. Desgraciadamente, dice Sarpi, adoptaba la opinion de todo el que se encontraba á su alrededor.

servil del *Ars historica*, dado á luz en 1604, por Ducci de Ferrara. Pretende que la historia sea más elevada que el género deliberativo, y como las guerras son su principal ocupacion, que no se entretenga en esas tragedias con minuciosas relaciones, ni detalles de cronología y geografía. Exige la verdad, pero con muchas consideraciones á los grandes, á quienes, sin embargo, dirige algunos aforismos notables representándoles que el único medio de obtener la benevolencia de la historia, es mostrarse buenos. Manifiesta poca confianza en los que escriben sus propios hechos; quisiera que el historiador fuese un filósofo instruido en la ciencia social, y digno de practicar las artes que forman la educacion de los pueblos, saber la pintura, la poesía, la enseñanza moral y la historia. Aprueba las arengas, como todos los retóricos, pero con tal que correspondan al asunto; con respecto á la *diccion histórica*, quisiera que conservase las imágenes y no las ficciones; la armonía y no la medida de la poesía (9).

Vosio, 1577-1619.—Gerardo Vosio, de Heidelberg, publicó un juicio crítico sobre los historiadores latinos de la antigüedad y de la Edad Media (1623), que es útil todavía, enriquecidos con notables suplementos de Mallinkrat, Hallervord, Sand y Apostol Zeno. Se limita á dar nociones biográficas y bibliográficas, al paso que La Mothe-Le-Vayer hace escelentes observaciones filosóficas acerca de los catorce historiadores griegos y diez latinos para caracterizarlos. En la crítica de la *Vida de Cárlos Quinto*, por Sandoval, hizo un verdadero tratado del modo de escribir la historia (*Discurso sobre la historia*), cuidando principalmente de la idea más bien que de la forma como otros habian hecho. Para él la historia no tiene valor alguno, sino en cuanto se roza con la filosofía moral y la verdad: por esto rechaza las historias contemporáneas, desaprobando las falsas genealogías de que entonces se hacia alarde, los prodigios, la astrología y la aversion que separaba á una nacion de otra. Es partidario de las arengas, recomienda las digresiones y los proemios, y exige que los historiadores tengan conocimiento de los negocios, y seguridad de que dicen la verdad, aunque no les impone la obligacion de decirlo todo.

Possevino, 1534-1611.—El padre Antonio Possevino, de Mantua, despues de haber servido en varias cortes, entró en la Compañía de Jesús, y fué empleado en la diplomacia sobre todo contra los protestantes del Norte. Su *Descripcion de la Moscovia* es el primer libro que nos da idea de esta nacion, separada aun de los Estados europeos. Ofrece en la *Biblioteca selecta* una especie de enciclopedia metódica, en la que trata del modo de estudiar cada ciencia, y despues de los autores que han escrito de ellas, dando las reglas principales de cada una, y formulando un juicio, que es por lo comun muy sensato. Fué completada por el *Apparatus sacer*, catálogo razonado que comprende lo menos seis mil autores eclesiásticos.

Estrada, 1579-1619.—Gerónimo Falleti, de Ferrara, escribió (*De bello sicambrico*) la guerra de Cárlos Quinto contra los franceses en los Paises-Bajos en 1542, y la guerra del mismo emperador contra la liga de Esmalcalda. Más tarde Famian Estrada, jesuita romano, describió en latin la sublevacion de los Paises-Bajos, obra compuesta para las escuelas, en la que las digresiones son tan frecuentes como largas, en atencion á que el autor se complace en las sentencias y en las comparaciones retóricas. Obtuvo gran número de documentos del gabinete de Madrid, pero ignora lo concerniente á los protestantes. Estraño á la política y al arte militar, suple á él con una moral sana, pero espresada en términos generales. Aunque partidario de la España, espone ingénuamente y como puede lo que sabe. Lo que prueba que no es ni desleal ni inhumano, es que inspira un vivo interés hácia los mártires de la causa que desaprueba. Admirador de Tito Livio, le sobrepuja en prolijidad. Hacia el cargo á Tácito de ser poco verídico é impío, no admitir la intervencion de la Providencia en los acontecimientos humanos, considerar continuamente las cosas por el lado peor, hacer los reyes odiosos á los súbditos, denigrar sus actos é intenciones (10), no le agradaban las perpétuas sentencias, y no obstante él mismo no carece de ellas (11). Sciopio le refutó en la *Infamia Famiani*. El cardenal Bentivoglio, que trató el mismo asunto, dice que la *falta de Estrada es salirse del camino* (en italiano *strada*), haciendo digresiones sobre cada personaje que se presenta en escena. No es este un defecto para nosotros, en atencion á que de esta manera nos ha conservado gran número de detalles siempre interesantes cuando se trata de hombres ilustres.

Bentivoglio, 1579-1644.—El mencionado Bentivoglio, de Ferrara, nuncio apostólico en los Paises-Bajos durante nueve años, contó en italiano las guerras de que fueron teatro, en un estilo sencillo, pero sin finura ni gracia, y en frases desprovistas de colorido. Cuando le acontece por casualidad querer manifestarse espiritual, incurre en antítesis y necedades pretenciosas; «tan celoso del estilo oratorio, sostenido é hinchado, que para apoyarle y redondearle no rechazó la frecuencia de ciertas partículas enteramente estériles é inoportunas.» (12)

---

(9) Juan Wolf ha publicado en 1579 una coleccion de diez y ocho tratados, por diferentes autores, sobre el arte histórico, con el título de *Artis historicæ penus*.

(10) *Profusiones.*

(11) Véanse algunas: *Magnum imperii corpus magna animandum est mente, multis tuendum manibus.—Spes et cupido credulos homines facit.—Crebra inter pericla metus exuitur periclitandi.—In magnis principum injuriis non incipitur ut desistatur.*

(12) PALLAVICINI, *Del estilo*, V, 9.

Sus memorias y sus relaciones sobre las cortes de Flandes y Francia son de gran importancia, pues hace conocer bien los manejos, aunque este prelado, fuese porque no quisiera penetrar bien las cosas, ó porque quisiera permaner imparcial, no considera más que la superficie, complaciéndose en la descripcion de los hechos de armas, que es la parte más vana de la historia.

Los seis libros de las *Guerras de Flandes* por Pompeyo Justiniano (1616), no tienen mérito sino bajo el aspecto de los hechos militares. Ludovico Guicciardini, hermano del historiador, dió tambien á luz una buena descripcion de los Paises-Bajos (1567).

Dávila, 1576-1631.—Catalino Dávila, de Pádua, describió con el arte de los antiguos, y á veces con tanto talento como ellos, las guerras civiles de Flandes en las que peleó. Exacto en los hechos, conoce bien el carácter francés; su mirada es exacta y sábia su disposicion. Realista más que católico, observa friamente la política, como un juego de poderosos y bribones. Disculpa á su madrina Catalina de Médicis, y la matanza de San Bartolomé no le parece reprensible sino por no haber producido efecto. Se ha dicho con razon que se debe desconfiar de Dávila cuando alaba la corte, y De-Thou cuando la vitupera. No es afectado, aunque prolijo, y minucioso como un hombre acostumbrado como estaba á observar en las antecámaras. Resentido de algunas palabras proferidas por Tomás Stigliani, de Parma, literato, le desafió y atravesó de parte á parte. Entró luego después á sueldo de los venecianos, é hizo con ellos la guerra de Levante; después fué en calidad de gobernador á Brescia, donde publicó su obra y donde fué asesinado poco después.

Debemos citar tambien las relaciones de los embajadores, de que la Italia ofrece gran cosecha. Estos escritos, de una sencillez grave, de un juicio sólido, como emanados de personas acostumbradas á los negocios, no pertenecen á la historia; pero la ayudan, juzgando los tiempos sin ceder á las preocupaciones de los historiadores.

La Alemania permaneció atrasada con respecto á la historia, porque los literatos alemanes dirigian únicamente su atencion á la filologia y á la literatura antigua; por otra parte, sus principales fuerzas se empleaban en la lucha suscitada por la reforma, de manera, que no quedaba para consagrarse á la historia más que personas sin conocimientos políticos. Los dominios de la arqueologia se estendieron; ilustróse la historia eclesiástica, y con ella la historia política; pero éstos eran trabajos preparatorios, trabajos siempre ejecutados en relacion con la filologia ó la teologia. Juan Tritheim, admirado por su erudicion, sacó de los archivos muchas noticias acerca de las antigüedades de Alemania, aunque sin discernimiento. Melanchton corrigió, ó mejor dicho, rehizo un manual de historia universal de Juan Carion, maestro suyo, que llegó á adquirir gran reputacion. Juan Dobnek, llamado *Cochlœus*, escribió una historia de Lutero, de quien era enemigo mortal. Juan Thurnmayer, apellidado Aventino, de Abensberg, ciudad de su nacimiento, compuso una crónica de Baviera, comprendiendo en ella los acontecimientos de toda la Alemania: esta importante obra, por estar llena de documentos interesantes y nuevos, desagradó porque era exacta: esta fué la razon por la que se mutiló antes de su publicacion treinta y dos años después de haber sido terminada (1554). El aleman del autor se asemeja al de Lutero. Sebastian Munster trató de la estadística en su *Cosmografia universal*, que adornó con grabados de madera, y en la cual entre inevitables errores, se encuentran exactos informes.

Juan Phlippson, llamado *Sleidan*, por el nombre de su patria, empleado primero en Francia en varios asuntos (1556), fué después nombrado historiógrafo de la liga de Esmalcalda. Después de haber escrito *Las Cuatro monarquías*, libro elemental, dió á luz en veintiseis libros, con un latin puro y sencillo, la historia de su tiempo (1517-1556), historia que es en suma la de Cárlos Quinto, y en la que da pruebas de muchos conocimientos, se detiene principalmente en la reforma, que considera como la obra de la providencia y el interés más grande de la humanidad. Habiendo hablado Pablo Jove al acaso, y recogido sin discernimiento, lo que oia decir, Sleidan trata de refutarle, lo mismo que á Cochlœus, y se dedica á denigrar constantemente á Cárlos Quinto, fundándose en actos públicos y buenos datos. Federico Hortleder se propuso el mismo objeto en su *Discurso sobre la justicia de la guerra* hecho al emperador por los Estados protestantes.

Gil Tschudi de Glaris (1505), padre de la historia suiza, sirvió á su país y contó con patriotismo los acontecimientos desde el año 1000 hasta el 1564. Francisco Guillimann, de Friburgo, se ocupó (1612) por el contrario, de los enemigos de la Suiza en su *Habsbúrgica*.

Entre los historiadores de que abunda la Holanda, debe distinguirse á Mateo y á Isaac Voss, autores de los *Anales*, y á Hubbo Emmio, cuyo *Res Trisciæ*, obra preciosa, llega hasta 1564. Cada uno de los escritores de estos paises dió colorido á su relacion conforme á su religion protestante ó católica. La de Nicolás Bourgoigne, jurisconsulto flamenco bien informada y llena de movimiento, fué escrita en sentido católico. Otros muchos sufrieron la influencia contraria: de este número fué Pedro Cristian Bor, á quien los Estados dieron la mision especial de dar cuenta de los acontecimientos y abrieron los archivos, de donde sacó buenos documentos, pero sin saber disponerlos. El poeta Pedro Van-Hooft adoptó mejor método; pero Hugo Grocio les escedió á todos en conocimientos, por su claridad en el modo de esponer los hechos y distribuirlos. Pinta maravillosamente los caractéres, une habilmente los acontecimientos á la causa de que se derivan y generosamente elo-

gia á los Nassau, aunque haya sido perseguido por ellos.

Dinamarca, Suecia, Polonia, Bohemia y Hungria tuvieron tambien historiadores, pero ninguno notable.

En su *Historia de Escocia*, Buchanan hace abstraccion de la crítica, precisado por la parcialidad; Guillermo Camden es más leal en la de Isabel: éstos fueron en Inglaterra los primeros ensayos de un arte que debia proporcionar más tarde grandes modelos. Lord Herberto, de Cherbury, emprendió la historia de Enrique VIII; Bacon, la de Enrique VII, y fué el primero que aplicó la filosofía á la apreciacion reflexiva de los acontecimientos, prodigando la alabanza al rey, ó al artificio y al egoismo en política.

Las primeras obras francesas de aquella época tienen aun el sello del feudalismo. Así es como el *Leal servidor* cuenta los «hechos, acciones, triunfos y proezas del buen caballero sin miedo y sin tacha, el noble señor Bayardo,» revistiéndose del carácter y los sentimientos de su héroe, pero desplegando una elegancia y precision desconocidas á sus predecesores. El mariscal de Fleuranges, hecho prisionero en Pavía, escribió durante su cautiverio, en un estilo sencillo, la historia de las cosas memorables acaecidas desde 1449 hasta 1521. Guillermo y Martin du Bellay, que tomaron gran parte en los acontecimientos de la época, los escribieron todos en ventaja de Francisco I y en detrimento de Cárlos Quinto.

Pronto se mezclaron tambien las pasiones religiosas. Blas de Montluc, apellidado el *Verdugo realista*, por el celo que manifestó en la noche de San Bartolomé, escribió á la edad de setenta y cinco años, la odisea de sus hazañas: y en la guerra de Siena contra Medeghino, quedó de tal manera desfigurado defendiendo á aquella ciudad, que tuvo que llevar una máscara el resto de sus dias. Enrique IV decia de este libro lleno de continuas digresiones sobre el arte militar, que debia ser la biblia del soldado. Margarita de Valois, mujer de este príncipe, describe con talento y vivacidad en sus Memorias dirigidas á Brantome (1561-1582), la corte de Catalina, que su elevada posicion le permitió conocer á fondo, y la matanza de los hugonotes; trata de disculparse de sus infidelidades, pero sin conseguirlo. Las Memorias de Miguel de Castelnau (1592), que además de conocer por sí mismo los acontecimientos de su época da más estension á sus observaciones, son más instructivas. *El Diario de mi vida*, por el mariscal Bassompierre, guerrero y diplomático distinguido, las Memorias de Mornay y Sully, las de los cardenales Ossat y du Perron, del presidente Jeannin y Francisco de la Noue, están redactadas segun la inspiracion de las opiniones religiosas.

El padre de Teodoro Agripa, de Aubigné (1550-1630), le hizo jurar sobre los cadáveres mutilados de los calvinistas vengar su muerte. Peleó en las filas de los hugonotes; habiendo después envainado la espada, escribió una historia general desde 1550 hasta 1601, y vivió tranquilo en Ginebra, á pesar de cuatro sentencias de muerte; hombre enérgico, que tenia algo de puritano y de gascon, se ocupó, sobre todo, de los hechos militares; por lo demás, lleno de entusiasmo, descuido y franqueza, cuenta como si hablase, y no sabe tener en cuenta las necesidades de la política.

Las Memorias de Pedro Bourdeilles, señor de Brantome (1557-1614), son particularmente más notables. Es una historia secreta de la corte de Cárlos IX, de Enrique III y Enrique IV, en la que trata sucesivamente de los capitanes franceses, de los capitanes extranjeros, de las mujeres á la moda, de las ilustres y de los duelos. Espiritual, sutil, muy indiferente tanto á la veracidad como á la moralidad de las acciones, refiere con la misma tranquilidad las traiciones y las obscenidades, cual hombre que no cree ni en el pudor en las mujeres, ni en el honor en los hombres. No hubiera sido necesario más para hacerle popular, si no lo fuera por su originalidad y la brillante pintura de su época.

No nos detendremos en Bernardo Girard de Haillan, que en su *Historia* de Faramundo á Cárlos VII, abandonó la manera de los cronistas, para unir los hechos entre sí y apreciarlos; ni en el *Inventario general de la religion y de las cosas públicas de Francia*, por Juan de Serres, obra de un calvinista que desagradó á sus correligionarios, y fué olvidada después de haber tenido muchos lectores; ni tampoco en Tillet, que apoyó la historia en documentos auténticos, y en Francisco Beaucaire, de Pegillon (1570), que sostuvo en el concilio de Trento las libertades galicanas, y contó en latin los acontecimientos acaecidos en Francia desde el año 1461 hasta el de 1567, sacando documentos de buenas fuentes, aunque sin escrúpulo de trascribir largos fragmentos.

De-Thou, 1553-1617.—El parisiense Jacobo Augusto De-Thou fué el primero que sustituyó á las relaciones difusas de los cronistas, una narracion clara, metódica, distribuida con arte y gusto. Comenzó á hacerse célebre defendiendo á las ratas que infestaban en el territorio de Autun. Habiendo sido escomulgados estos animales por el obispo y citados tres veces á comparecer, siguiendo la costumbre, De-Thou, que les habia sido nombrado abogado de oficio, demostró que no se habian seguido las formas en los procedimientos contra ellas, y que los plazos asignados eran demasiado cortos, vista la poca seguridad que ofrecian los puentes y caminos, donde estaban los gatos en acecho. Como consecuencia de su defensa fueron absueltas las ratas. De-Thou adquirió conocimientos nuevos viajando por Italia; aprendió en ella á observar á los hombres y las cosas, y tuvo nuevas ocasiones en los empleos que le fueron confiados por Enrique III y Enrique IV; llamado después á presidir el parlamento, pudo desde esta elevada posicion dirigir una mirada más segura sobre los

acontecimientos. Asustado con la matanza de la noche de san Bartolomé, se habia dedicado á buscar las causas; y la historia que escribió hasta el año de 1607 está sembrada de reflexiones juiciosas y profundas, aunque no se estiendan al porvenir. Es de sentir tambien que las consideraciones generales que contiene no comprendan á las diferentes naciones. Pareciéndole tal vez que el idioma de su pais no era suficiente para llenar la mision que emprendia, eligió la lengua latina: su erudicion, la ánimosa imparcialidad que observa en medio de tantos odios, le hacen perdonar, no sólo sus bruscas transiciones de un asunto y de un pueblo á otro (inconveniente que resultaba del sistema cronológico que habia adoptado sin saber unir las diferentes partes), sino tambien la superabundancia de ciertos detalles y la apostura heroica que da á sus personajes, con objeto de imitar á Tito Livio. No olvida en medio de los acontecimientos la historia de las ciencias y artes, ni la civilizacion en medio de la política. Magistrado rígido, condena lo que se sale de la legalidad en cualquier partido que sea. Su obra fué prohibida; y para justificarse de las calumnias inevitables en tiempos de facciones, publicó sus Memorias.

Entre los españoles, constantes en la unidad de la fe que les habia hecho conquistar la unidad de la nacion, el clasicismo adoptaba una fórma particular. Ya hemos mencionado al portugués Gerónimo Osorio, que escribió á la manera de Ciceron la *Historia del rey Manuel*, y tambien al jesuita Juan de Mariana, cuyo estilo y método son enteramente antiguos, las descripciones y las arengas de un arte admirable, pero sin verdad local, tanto que los emires sarracenos, los príncipes godos y los reyes castellanos hablan todos como profesores de retórica. Comenzó su *Historia de España* desde los tiempos más remotos. Sin ser ni gran pensador, ni contrario al rey y á la monarquía, espone, no obstante, los hechos con imparcialidad; derivándose necesariamente las consecuencias. Mezcla á ella historietas, leyendas, hechicerías, sin indicar lo que merece más ó menos credito. «Mi intencion, dice, no fué escribir la historia, sino poner en orden y en buen estilo los materiales que otros habian reunido para mi edificio, sin precisarme á probar los detalles: nadie puede, pues, exigir más de lo que me he propuesto.» En efecto, su mérito reside sobre todo en el estilo, y en el sentimiento patriótico que sin cesar le anima. Detiénese en el momento de la espulsion de los moros para decir: *Recentiora contrectare ausi non sumus multorum offesione evitanda*. A pesar de su estremada prudencia y de la precaucion que adoptó en dedicar su obra á Felipe II, este príncipe le denunció á la inquisicion como liberal, y ya hemos visto que no carecia de motivo.

Juan Sepúlveda, de Córdoba, historiógrafo de Cárlos Quinto y maestro de Felipe II, habia vivido mucho tiempo en Roma. Escribió la historia clásica de estos dos reyes y las de las guerras de Méjico, con tanta crítica y verdad como puede hacerlo una pluma asalariada, que tiene cuidado de disminuir las crueldades cometidas por los españoles en América.

Gerónimo Zurita redactó los *Anales de Aragon* con una fria erudicion; Bartolomé de Argensola, que los continuó, sostuvo los derechos de las cortes, tan incómodas á los gobernantes.

Se alaba en Antonio de Solis, autor de la *Conquista de Méjico*, la correccion del estilo: nosotros le encontramos, sin embargo, siempre aderezado, antitético y fastidioso en un asunto que ofrece tan rica variedad. Pero en general, los españoles que produjeron tantas maravillas, no han escrito sus propias memorias, fieles en esto á su proverbio: *Obras y no palabras*.

Diarios.—La curiosidad, escitada naturalmente en aquella época por los acontecimientos y los viajes, buscó un pasto en los escritos del género de nuestros periódicos actuales, es decir, donde se daba sin trabazon la relacion de los hechos acaecidos en el año. Tales eran las *Relaciones históricas*, de M. Eytzinger (13), el *Mercurio galo-belga*, de Juan Artusio (14), el *Mercurio austro-bohemo-germánico*, de M. C. Landorp (15), y las *Memorias secretas*, de Victor Siri (16).

---

(13) M. EYTZINGER.—*Relationum historicarum pentafilus*. Desde 1576 hasta 1597. Colonia.

(14) J. ARTHUSIUS.—*Mercurii gallo belgici Sleidano succenturiati; sive rerum in Gallia et Belgia potissimum, Hispania quoque, Italia, Anglia, Germania, Ungaria, Transylvania*, etc., *gestarum*. 1555-1626; Francfort.

(15) LANDORP.—*Mercurius austro-bohemo-germanicus*. Francfort, 1820.

J. P. ABELIN, *Theatrum europœum*, de 1617 á 1628.

MARTIN MEYER, *Diarium europœum*, etc.

(16) De 1601 al 40, le siguió el *Mercurio* ó *Historia de los tiempos que corren*.

CAPÍTULO XXXV

FILOSOFIA ESPECULATIVA.

Una vez dado el impulso á los talentos proclamando orgullosamente los derechos de la razon, la filosofia no podia permanecer en sus antiguos límites. Las universidades, las academias proseguian su acostumbrada tarea, poniendo obstáculos á las innovaciones: la grave Sorbona discutia la cuestion de saber si se podia decir *ego amat*; y se declaraba contra los que querian que se pronunciase *qui* y *quamquam* á la italiana, en lugar de pronunciar *ki* y *kankan* á la francesa: llegó hasta privar de su beneficio á un profesor que encontraba mejor el otro modo, y le fué preciso al parlamento decidir la diferencia. Los sábios españoles habian rechazado, con argumentos tomados de Aristóteles, las ideas esperimentales de Colon sobre el Nuevo Mundo; y Juan Sepúlveda defendia contra Las Casas la legitimidad de la opresion de los naturales americanos. El respeto á Aristóteles habia llegado á tal grado, que habiendo enseñado un médico en un cadáver á un sectario del filósofo, que el hígado no está á la izquierda, éste le contestó: *Es verdad; pero Aristóteles lo dice.*

La escolástica se veia combatida con diversas armas por los humanistas, los platónicos, los neoperipatéticos, los neo-pitagóricos, los místicos, los estoicos, los escépticos y sobre todo los reformados; las fórmulas anticuadas y la verdadera tradicion parecian un alimento insuficiente, y se pretendia comparar las sentencias de los doctores con «el manuscrito original de Dios,» es decir, con el mundo y la naturaleza. El español Luis Vives (1492-1540) atacó la escolástica en nombre de las letras humanas (1). Erasmo caminó por sus huellas, é intentó sustituir la discusion clara y elegante, á las formas de una argumentacion bárbara. Lutero, que creia que la escolástica era el fundamento del catolicismo, se pronunció contra Aristóteles con su ardor habitual: fué secundado en esto por Melanchton, que se manifestó después partidario del antiguo método en sus *Initia doctrinæ physicæ*, obra llena de astrologia y preocupaciones.

Peripatéticos.—El estudio del griego, que se habia propagado en Europa, dió por resultado mejores versiones de las obras de Aristóteles, y de esta manera se le pudo comprender mejor. Conocióse tambien entonces á Alejandro de Afrodisio, el mejor intérprete del filósofo de Estagira, cuyos partidarios se dividieron en dos campos; el de los fautores de Alejandro, que negaban la existencia del alma, y el de los partidarios de Averroes, que sostenian la inmortalidad, aunque el alma no fuese á sus ojos una entidad individual, de naturaleza propia, y poseyendo la conciencia de sí misma. Entre el número de los primeros figuró Pedro Pomponazzi de que ya hemos hablado (pag. 66), Simon Porta, napolitano, y César Cremonini. Andrés Cesalpino se inclina al panteismo; dice que, así como los insectos nacen de la putrefaccion, todas las cosas nacieron sin gérmen en la época en que el calor celeste era más intenso. Fué refutado por Nicolás Torello de Monbeliard, profesor en Altorf, en un escrito lleno de exageracion hasta en su título (2). Hemos querido referir esta opinion, con objeto de hacer ver que los grandes filósofos del siglo pasado, lejos de crear, no han hecho más que basar sus sistemas en las concepciones de una época que afectaban despreciar.

Vanini, 1584-1619.—Lucilo Vanini, sacerdote napolitano, viajó por Europa como predicador; pero

(1) *De corruptis artibus et tradendis disciplinis.*

(2) *Alpes Cesæ* (por alusion á su nombre) *hoc est, A. Cesalpini monstrosa et superba dogmata discussa et excussa.*

esplicó á Averroes en lugar del Evangelio, declarándose discípulo de Pomponazzi y de Cardan. Dice que el diablo es más fuerte que Dios, pues todos los dias suceden cosas que Dios no puede querer. Pone en boca de uno ú otro las críticas dirigidas contra el cristianismo; finge horrorizarse al oirlas, como finge tambien hacerse el apologista del concilio de Trento, y enfurecerse contra Lutero, al paso que él mismo hace la guerra al cristianismo, como filósofo en el *Anfiteatro*, como físico en el *Tratado de la naturaleza*, manifestándose unas veces panteista y otras materialista. Esplicando en la primera obra lo que es Dios, discute el problema de la Providencia y de la fatalidad, y aparentando combatir á los ateos, favorece sus principios, poniendo en relieve sus argumentos: ahora bien, reduce las pruebas de la Providencia á los oráculos, á las sibilas, á los milagros, que describe por su lado débil con una apariencia de ingenuidad que, sin embargo, no causa ilusion. Atribuye físicamente el orígen del hombre á la putrefaccion, y al perfeccionamiento sucesivo de las especies: su objeto, segun él, no puede ser la moral, en atencion á que la moral nace de las leyes. Al hombre le esceden en fuerza los animales; no se puede, pues, decir que les sea superior en su destino futuro, y lo mejor que se puede hacer es vivir y gozar de la existencia; porque *el tiempo que no se emplea en amar se pierde.*

Estos eran los medios empleados por Vanini para hacer la guerra al cristianismo: tenia en Tolosa reuniones secretas, seducia á la juventud, y era cada vez más peligroso por la fermentacion producida por las guerras religiosas. La justicia le hizo, pues, poner preso; y un gran sapo que tenia encerrado en un bote fué un indicio tan grande contra él, que fué condenado como mago y ateo.

En resúmen, tan escandalosas doctrinas se deducian diariamente del aristotelismo, por lo que no es de admirar que Leon X y otros príncipes hubiesen prohibido enseñarle. Pero ya el culto de Platon se habia despertado en Italia por la influencia de Marsilio Ficino y otros miembros de la academia de Florencia; y ya hemos visto (tomo VI, pág. 527) las controversias suscitadas entre Gemistion, Platon, Teodoro Gaza, Gennadin y Bessarion.

Ramus, 1502-72.—En la misma universidad de Paris, en la que Aristóteles reinaba como señor, Pedro Ramus, se atrevió á levantarse contra él. Después de haber estudiado tres años lógica, examinó cuánto se habia aumentado en él el conocimiento de los hechos, hasta qué grado se habia hecho más fácil su locucion ó ganado sus disposiciones poéticas; y encontró que este estudio no habia desarrollado nada su inteligencia. Recurrió, pues, á Platon, en quien creyó notar un modo más exacto de razonar. Espresaba, por lo demás, su opinion en estos términos: «Si un mozo de cuerda llegase á decirme algo más razonable que Platon, abandonaria á éste por aquél.» Ramus combatió, pues, el Estagirita y la jerga de sus comentadores, en sus *Animadversiones aristotelicæ* y en sus *Institutiones dialecticæ;* pero escandalizada la universidad, le acusó de haber conspirado contra la ciencia y la religion; el mismo rey intervino en la cuestion é hizo condenar su doctrina, teniendo cuidado de que la sentencia se estendiese por toda Europa, lo cual fué un triunfo para los sectarios de Aristóteles y un asunto de innobles burlas. Pero no pertenece á los reyes decretar su soberania sobre el pensamiento. El cardenal de Lorena levantó la prohibicion decretada, y Ramus se dedicó á enseñar las matemáticas, como auxiliares de sus ideas; pero la matanza de la noche de San Bartolomé pareció á sus enemigos una escelente ocasion, y le hicieron degollar. Esto no impidió que el campo del pensamiento no se disputase aun mucho tiempo entre los ramistas y los antiramistas.

Tambien el modenés Nizzoli (3), presintiendo en la necesidad de un método para estudiar las ciencias, atacó la lógica y la metafísica del Estagirita, lo mismo que las ideas platónicas que no estaban acordes con los hechos, oponiendo la recta filologia á la confusion de los términos estraños de la escuela. Leibnitz acreditó á este escritor haciendo una edicion de su obra, como *exemplum dictionis philosophiæ reformatæ*; y efectivamente se consiguió purgarla del barbarismo escolástico, y se procuró sustituir al lenguaje técnico otro de más fácil comprension y de más clara etimologia.

Jacobo Aconcio, emigrado italiano, pretendió ofrecer un método para llegar á la verdad más fácilmente que por la dialéctica comun (4), demostrando que para salir airoso de una investigacion, es conveniente descomponer y volver á componer las cosas más de una vez, y examinarlas bajo diferentes aspectos, partiendo de lo conocido á lo desconocido. Sebastian Erizzo (5) sostuvo el método analítico, que él llamaba *divisivo*, probando que los mejores maestros de la antigüedad lo adoptaron y que fué llamado por Platon *don y enseñanza de los dioses*. Como cada uno adoptaba la divisa de algun antiguo filósofo, Justo Lipsio adoptó la de Potamon. Aunque proclamaba un eclécticismo sistemático, como método que debia seguirse en filosofía, manifestó preferencia hácia los estoicos; pero en el fondo es más bien erudito que filósofo, lo mismo que Causabon y Escaligero.

Francisco Patrizi.—Francisco Patrizi de Cherso, en Iliria, después de haber intentado poner de acuerdo á Aristóteles con Platon y á los demas filósofos, se aventuró con más originalidad á negar la autenticidad de las obras del Estagirita, declarándolas plagios y compilaciones sin gusto ni juicio. Esta era

---

(3) *De veris principiis est vera ratione philosophandi contra pseudo-philosophos.* Parma, 1553.

(4) *De methodo, sive recta investigandarum, tradendarumque scientiarum ratione.* Basilea, 1558.

(5) *Del instrumento y de los medios de invencion de los antiguos,* 1534.

una tarea que pecaba por esceso, y que las injurias groseras la echaron á perder; pero manifiesta él en ella una crítica desusada hasta entonces, y que no es de esperar en un hombre que aceptaba los escritos herejes y los dogmas de los cabalistas. En fin, sostuvo que las doctrinas del Estagirita estaban en oposicion con las del cristianismo, al paso que las de Platon lo eran acordes en cuarenta y tres puntos. Exhortaba, pues, á Gregorio XIV á desterrar de las escuelas la enseñanza de Aristóteles (6).

¿Pero qué es lo queria sustituir á él? á Hermes, á Zoroastro y á Orfeo vueltos á acreditar por los neo-platónicos místicos. Entre estos últimos sobresalia á todos Paracelso, de quien ya hemos hablado, y que hacia proceder á las ciencias inmediatamente de Dios. El hombre, segun él, es un pequeño universo formado de la esencia de los cuatro elementos, de los astros, de la sabiduria y de la razon; de aquí procede que puede participar de las virtudes de las estrellas, con ayuda de los medios que enseña la magia. Después de la muerte del cuerpo elemental, el cuerpo sideral continúa existiendo hasta que vuelve á ser absorbido por los astros permaneciendo al lado del otro, continúa sus operaciones, como en vida; de aquí las apariciones de los muertos á los objetos y personas amadas. El que sabe dominar los cuerpos siderales puede ádquirir grandes conocimientos.

Bœhme, 1575-1624.—Muchas personas después de él, y principalmente los *Rosa-cruz*, se dedicaron á estudiar las ciencias ocultas. Conviene distinguir entre el número, al inglés Roberto Fludd, cuya fama es muy diferente, y á Tauler, fundador de la escuela teosófica en Alemania. Juicios no menos inciertos han estado en boga con respecto á Jacobo Bœhme, que nació cerca de Görlitz, y habiendo leido en la Biblia que el Señor promete su espíritu á los que oren, le dirigia continuas oraciones á fin de obtenerlo. Deseoso de alcanzar una certeza religiosa, se dedicó á examinar si los cripto-calvinistas tenian razon, y Dios se lo llevó en espíritu á la morada de los bienaventurados, donde pasó siete dias en la intuicion de la Divinidad en medio de la plenitud de la luz. No por esto abandonó su tienda de zapatero ni sus ocupaciones domésticas, hasta el momento en que nuevos raudales de luz superior cayeron sobre él (1600) á la vista inopinada de un vaso de estaño; «su espíritu de los astros fué trasladado en una radiante luz hasta el centro de la naturaleza, de manera que le fué posible conocer la esencia íntima de las criaturas, en lo concerniente á sus figuras, contornos y colores.»

Favorecido después por una tercera vision (1612), la describió en el libro titulado *Aurora*, y á pesar de las prohibiciones, continuó escribiendo sobre los tres principios, la triple vida humana, edificacion de la fe, los seis puntos, el gran misterio, la vida sobrenatural, la intuicion de Dios: por lo demás, no tenia ninguna pretension. Déjase conocer un grande aire de candor y bondad de corazon en medio de frases de alquimia y de astrologia, y nunca se separó de los luteranos. Su sistema es una deduccion de las ideas protestantes sobre la gracia, mezcladas con la alquimia y la cábala. Sostiene la necesidad del mal; sostiene tambien que el demonio es el cocinero de la naturaleza, y que sin sus especias todo nos sabria á una insípida papilla (7). Su moral consiste en no aficionarse á nada, no curarse de mañana, despojarse de la voluntad y del sentimiento de la existencia personal, abismarse en la gracia, esforzarse para no existir, y acelerar con la contemplacion y la oracion el momento en que el alma debe volver á Dios. Estas consecuencias del sistema protestante acerca de la gracia le arrastraron al panteismo: y unos le vilipendiaron como á un loco, y otros hicieron de él un profeta lleno de insignes bellezas, precursor de Saint-Martin.

Bernardo Ochino, de Siena, niega que se pueda llegar á la verdad con ayuda de la razon, y dice que se necesita el concurso de la autoridad divina (8). Ahora bien, no siendo suficiente la Sagrada Escritura sin una luz infalible que ayude a interpretarla, se ve precisado (por haber repudiado la autoridad de la Iglesia con su apostasía) á refugiarse en el misticismo y en la inspiracion inmediata (9).

Los que no podian ó no sabian acomodarse á la

---

(6) Pone en su *Poética* el pensamiento de fundar la poesia en lo verdadero y en la historia, lo que constituye un romanticismo anticipado.

(7) *Mysterium magnum*, cap. 18.

(8) «La razon natural que no está saneada con la fe, es frenética y loca. ¿Y cómo es posible que sirva de guia y regla de las cosas sobrenaturales y cómo su errónea filosofia es posible que sirva de fundamento á la teologia, ni dé camino para llegar á ella? Si la razon humana no fuese frenética, aun que tuviese poca luz para comprender las cosas creadas, se serviria de ella, no sólo para elevarse hasta el conocimiento de Dios, sino para reconocer, como Sócrates, que no sabe nada ni puede saber sin la gracia divina. Ahora bien, es, por el contrario, tan orgullosa, que rebajando, confundiendo y persiguiendo á Cristo, al Evangelio, á la gracia y á la fe, ha ensalzado al hombre carnal su inteligencia y su fuerza. Y además de ser frenética es de tal modo obstinada, que no estando dirigida por la fe, no acepta como verdadero sino aquello que le parece, si se la puede dar á conocer una verdad, y juzgada primeramente por la frenética razon, no está conforme con su ciego entendimiento. La filosofia, pues, ocupa un lugar muy inferior en el oscuro valle de los sentimientos, no puede levantar la cabeza á las cosas elevadas ó sobrenaturales, para las que es ciega de todo punto:» (2.ª *parte de los sermones de mosen* BERNARDINO DE OCHINO de Siena, Sermon III).

(9) «Las Sagradas Escrituras no bastan para tener completa nocion de Dios; pues podia existir una persona que dotada de feliz memoria supiese las Sagradas Escritu-

inspiracion se entregaban al escepticismo. Aquel Cornelio Agrippa, que después de combatir las ciencias ocultas y las doctrinas de la cábala concluyó por adoptarlas, parece un dogmático absoluto. Lleva sin embargo, el escepticismo hasta sus últimos límites en la *vanidad é incertidumbre de la ciencia*, donde no admite siquiera que el hombre esté cierto de su propia ignorancia (10). Considera las matemáticas como superiores á las demás ciencias respecto á la certidumbre, y en particular por la conveniencia de su objeto; sin embargo, sostiene que nada corresponde en realidad á la idea de los números; y que muchas veces engañan y no contribuyen á hacer al hombre bueno y feliz. Los aritméticos tambien discordaban con los geómetras respecto de las ideas de la unidad, punto, línea y superficie, y agitaban problemas irresolubles: la aritmética sirvió después de incentivo á la supersticion y á la avidez de la ganancia. Reprueba á los historiadores, que ensalzan las acciones dignas de vituperio, como, por ejemplo, las de los conquistadores, en vez de considerarlos como asesinos: á lo menos no se pondrá esta falta á nuestra historia.

Es, pues, en él un escepticismo práctico aplicado á las ciencias tales como eran en su época, y comprendiendo bajo este nombre, todos los artificios y todas las intrigas, enseñados por la avaricia, la ambicion, la voluptuosidad, el deseo de abrirse paso por cualquier medio que fuera. Toma al clero por objeto principal de sus tiros, y no perdona á la erudicion monástica, escolástica, ni la depravacion de las órdenes religiosas; atrevimiento que manifiesta cuán grande era la tolerancia de la Iglesia antes de la reforma (11).

No pudiendo entonces el portugués Francisco Sanchez (1562-1632), por los edictos de su pais, atacar de frente á los sectarios de Aristóteles, combatió el dogmatismo general, en la obra titulada: *La muy noble ciencia de no saber nada*, en la que demuestra en un estilo vivo, la futilidad de la ciencia que no llega hasta los mismos objetos, sino que se limita á los frutos de la imaginacion y á las vanas palabras. Comienza sus discusiones por el *quid* y las termina tambien con el *quid*. El tono ligero que emplea á propósito no impidió tomar por el lado sério los ataques que dirige contra la lógica silogística muy anterior á Bacon. Su conclusion es que se puede encontrar la verdad reuniendo la razon y la esperiencia, al paso que no sirven de nada aisladamente. Gerónimo Hirnhayn (*De typo generis humani)* sostiene tambien que toda ciencia es una ilusion, y que la certidumbre no se puede adquirir sino por la revelacion.

Telesio, 1509-88.—Pero al paso que estos razonadores dudaban y destruian, otros se ocupaban ya en edificar. Bernardino Telesio, de Cosenza, estudió en la soledad las matemáticas y la filosofia; después á la edad de sesenta y seis años se dedicó á enseñar en Nápoles la filosofía natural, y fundó la sociedad telesiana, opuesta á Aristóteles. Tratando de la naturaleza de las cosas (12), admite tres principios, á saber: dos incorpóreos, el calor y el frio, uno copóreo, la materia: y no sólo estos principios son activos, sino inteligentes, con percepcion de sus propios actos y de sus mútuas impresiones. De ellos y de sus cambios nacieron las cosas. El calor reside en los cielos, unido á la materia más sútil. El centro de la tierra es la region del frio, y la materia está allí más densa; el espacio intermedio es su campo de batalla. De esta manera simplifica estremadamente la física de Aristóteles, desechando los genios, las entelequias y todo el fárrago escolástico; emite ideas nuevas sobre el movimiento de los cuerpos celestes, la caida de los cuerpos pesados, el ángulo de incidencia y de reflexion de la luz, la direccion de los rayos, los espejos cóncavos y esféricos, y Bacon le juzga *amatorem veritatis et scientiis utilem, et non nullorum placitorum emmendatorem et novorum hominum primum.*

Bruno, 1550-1600.—No tememos ser desmentidos al decir que los primeros de aquellos *hombres nuevos*, que sustituyeron el racionalismo á la antigua escolástica, surgieron en Italia. Cuando la Francia

---

ras y su interpretacion, y las entendiese conforme á la razon humana, aunque careciese de fe, de talento y de la verdadera luz divina. Es, pues, preciso un talento y una luz sobrenaturales, y que Dios por su favor nos abra la inteligencia y haga penetrar divinamente. No debemos, pues, considerar las Sagradas Escrituras como nuestro último fin, ni como nuestras reinas y emperatrices supremas, sino como medios y guias que nos conducen á la fe, al verdadero conocimiento de Dios, mucho más que las criaturas. Después, aunque estemos en la Iglesia de Dios, para convencernos de las verdades divinas reveladas y sobrenaturales, para detenernos y establecernos en ella, es necesario atenerse, en fin, al testimonio interior del Espíritu Santo, sin el cual no se puede saber qué escrituras son santas ni emanadas de Dios, y cuáles no proceden de él.» OCHINO, sermon IV.

(10) Véase el epígrafe de este libro:

Inter divos nullos non carpit Momus,
Inter heroas monstra quæque insectatur Hercules,
Inter dæmones rex Erebi Pluton irascitur omnibus umbris,
Inter philosophos ridet omnia Democritus,
Contra defiet cuncta Heraclitus,
Nescit quæque Pyrrhon,
Et scire se putat omnia Aristoteles;
Contemnit cuncta Diogenes;
Nullis his parcit Agrippa;
Contemnit, scit, nescit, flet, ridet, irascitur, insectatur, carpit omnia;
Ipse philosophus, dæmon, hero, deus et omnia.

(11) Meiners da de él, en las *Vidas de hombres célebres, en la época de la regeneracion de las ciencias,* datos más completos que los artículos De BAYLE, y la *Biografia universal.*

(12) *De rerum natura juxta propria principia,* 1565.

apenas podia citar más que á Ramus, que aun no atacaba más que el arte de discutir, los italianos indicaban el método que se habia de seguir para estudiar las ciencias naturales, libres de las antiguas pretensiones. Esto es lo que hizo Giordano Bruno, de Mola, cuya agitada vida inspira interés. Después de haber tomado el hábito religioso en la orden de los dominicos, pronto abandonó el convento y se dirigió á Ginebra para libertarse de las tiranias que habia sufrido en su pais. Se indispuso con Calvino y Teodoro de Beza, cuyas doctrinas habia abrazado, y pasó sucesivamente á Francia, Inglaterra y Alemania (13); pero no encontró tranquilidad en ninguna parte. Tal vez la culpa fué su desmesurado orgullo (14), y en parte el desprecio que manifestaba hácia Aristóteles, al mismo tiempo que admiraba á Raimundo Lulio. Decidido á volver á ver á su patria, se dirigió á Venecia; pero fué preso allí y entregado á la inquisicon romana, que no pudiendo hacerle retractarse, le entregó al brazo secular *ut quam clementissime et citra sanguinis effusionam puniretur*. Al noticiarle que se le habia condenado á la hoguera, dijo á los jueces: *Teneis más miedo vosotros al leer la sentencia que yo al escucharla.*

Italia siempre ha sido la última en cuidar de sus glorias; pero estos últimos años los alemanes vindicaron la memoria de Bruno, indicando en él doctrinas análogas á las que ellos profesan. Manifiesta en efecto, un talento grande y una imaginacion vigorosa, aunque no esté enfrenada por la razon y aunque la vanidad la eche á perder. Instruido en el griego y en la filosofía antigua, sus ideas tienen semejanza con las de los eclécticos alejandrinos, y principalmente con las de Plotino. Manifiesta originalidad cuando sostiene la libertad del pensamiento filosófico; pero no sabe dominar su asunto, ni detenerse á tiempo. Sus obras tienen títulos raros, como la *Cábala del caballo Pegaso*, la *Cena de las cenizas*: el último es un diálogo sobre las teoria física del mundo, en el cual sostiene á Copérnico, cuyo elogio hace no sólo bajo el aspecto de la erudicion, sino bajo el del valor (15); encontró no obstante absurda la hipótesis de la gravitacion, en atencion á que todo movimiento es circular por su naturaleza. *La espulsion de la bestia triunfante, propuesta por Júpiter, efectuada por el consejo, revelada por Mercurio, contada por Sofía, oida por Saulin, registrada por Nolanus*, fue considerada como alguna cosa terrible contra Roma, al paso que no es más que una alegoria para servir de introduccion á la moral.

El libro titulado *Causa, principio y unidad* contiene la esposicion de su metafísica, que consiste en un doble panteismo. El mundo está animado de una inteligencia presente en todas partes, causa primordial de todas las formas que la materia puede adoptar; pero no de la misma materia, único agente físico que vive en todas las cosas, aun cuando parezca no vivir (16). La unidad es el ser,

---

(13) Bruno quedó muy reconocido hácia los príncipes sus protectores. Véase su *Oratio consolatoria, habita in illustri Academia Julia, in fine solemnissimarum exequiarum illustrissimi et potentissimi principis Julii, ducis. Brunsvicentium.* 1.º de julio 1539, *Helmstadii.* Hablando de si mismo dice: *In mentem ergo, in mentem. Itali, revocato, te a tua patria, honestis tuis, rationibus atque studiis pro veritate exulem, hic civem: ibi gulæ et voracitati lupi romani expositum, hic liberum: ibi superstitioso insanissimoque cultui adstrictum, hic ad reformatiores ritus adhortatum; illic tyrannorum violentia mortuum, hic optimi principis amænitate atque justitia vivum.*

(14) Escribe: *Ad excellentissimum Oxoniensis Academiæ procancellarium, clarissimos doctores, atque celeberrimos magistros, Philotheus Jordanus Brunus, Nolanus magis laboratæ theologiæ doctor; purioris et inocuæ sapientiæ professor; in præcipuis Europæ academiis notus, probatus et honorifice esceptus philosophus; nullibi præterquam apud barbaros et ignobiles peregrinus; dormitantium animorum excubitor; præsumptuosæ et recalcitrantis ignorantiæ domitor; qui in actibus universis generalem philanthropiam protestatur; qui non magis Italum quam Britannum, marem quam fœminam, mitratum quam coronatum, togatum quam armatum, cucullatum hominem quam sine cucullo virum, sed illum, cujus peccatior, civilior et utilior est conversatio, diligit; qui non ad perunctum caput, signatum frontem, ablutas manus et circumcisum penem, sed (ubi veri hominis faciem licet intueri) ad animum ingeniique culturam maxime respicit; quem stultitiæ propagatores et hypocritumculi detestantur; quem probi est studiosi diligunt, et cui nobiliora plaudunt ingenia: excellent, clarissimoque acad. Oxon, procancellario cum præcipui, ejusdem universitatis S. P. D.*

(15) *Heic ego te apello, veneranda prædite mente,*
Ingenium cujus obscuri infamia sæcli
Non tetigit, et vox non est supressa strepenti.
Murmure stultorum, generose Copernice, cujus
Pulsarunt nostram teneros monumenta per annos.
Mentem, cum sensu ac ratione aliena putarem,
Quæ manibus nunc attrecto teneoque reperta,
Posteaquam in dubium sensim vaga opinio vulgi
Lapsa est, et rigido reputata examine digna.
Quantumvis Stagirita meum noctesque diesque
Græcorum cohors, Italumque Arabumque sophorum
Vincirent animum, concorsque familia tanta;
Indi ube judi ingenio instigante, aperiri
Cæperunt veri fontes, pulcherrimaque illa
Emicuit rerum species (nam me Deus altus
Vertentis sæcli melioris num mediocrem
Destinant, haud veltui media de plebe, ministrum),
Atque ubi sauxerunt rationum capere veri
Conceptam speciem, facilis natura reperta:
Tum demum licuit quoque posse favore Mathesis
Ingenio partisque tuo rationibus uti,
Ut tibi Timæi sensum placuisse libenter
Accepi, Agesiæ, Nicetæ, Pythagoræque.

(16) Véase como Giordano Bruno quiere probar que todo está animado.

Diosono. La opinion comun es que todas las cosas no tienen vida.
Teofilo. La opinion comun no es siempre verdad.
Diosono. Creo que esto puede sostenerse; pero no basta para que una cosa sea verdad que se pueda sostener; es preciso demostrarla.

el que es múltiple y compuesto; no existe más que la unidad y en ella se encuentran confundidos lo finito y lo infinito, el espíritu y la materia. Tomada en sí, la unidad es Dios; en tanto que se manifiesta en el mundo es el mundo, y este es Dios (17). Una unidad primitiva reside en el fondo de esta aparente diversidad de objetos, cerca de la cual todos son iguales. Observando los objetos, no se conocen sustancias particulares, sino la sustancia en particular. Hay, pues, un primer principio de la existencia; es decir, Dios. Este principio puede ser todo y es todo. La potencia, la actividad, la realidad y la posibilidad son en él una unidad indivisible é inseparable. Es el *fundamento interior* y no sólo la *causa esterior* de la creacion; vive en todo lo que vive.

Encontramos, pues, en esto el panteismo, que ha sido reproducido en parte por Schelling, al paso que Fichte ha imitado tambien á Bruno en el abuso de los neologismos. No hay, pues, ideas verdaderas fuera del Ser divino, que ha producido el universo y es su espresion imperfecta; ahora bien, de este universo es del que deducimos nuestros conocimientos, que no son ideas sino sombras de ideas.

Bruno trata en su *Método* del modo de buscar, descubrir, juzgar, disponer, aplicar los principios, y de fijarlos en la memoria. Después de haber establecido la relacion de la inteligencia divina con la inteligencia universal y con las inteligencias particulares, y descubierta la relacion entre la verdad divina, la de las cosas y la que emana de nuestra inteligencia, deduce la armonia de todas las

Teofilo. No me será difícil. ¿No ha habido filósofos que han dicho que el mundo estaba animado?

Diosono. Sí, ha habido varios, y hasta de los más célebres.

Teofilo. ¿Por qué, pues, estos sabios no han de decir tambien que toda parte del mundo está animada?

Diosono. Lo dicen en efecto, pero de las cosas principales y de las que son verdaderas partes del mundo; de las cuales cada una contiene toda una alma; pues el alma de los animales que conocemos está enteramente en cada parte de su cuerpo.

Teofilo. ¿Cuál es, pues, la cosa que creeis que realmente no es una parte del mundo?

Diosono. Las cosas que no son cuerpos primitivos como dicen los peripatéticos; la tierra con las aguas y las demás partes que, segun vosotros, constituyen todo el animal, la luna, el sol y los demás cuerpos; además, llamo animales principales, los que no son primeras partes del universo, y que dicen tener éstos una alma vegetativa, aquéllos una sensitiva, y otros una alma razonable.

Teofilo. Pero si el alma, precisamente porque existe en el todo, se encuentra aun en las partes, ¿por qué no admitir que existe igualmente en las partes de las partes?

Diosono. Convengo en ello, pero sólo en las partes de las cosas animadas.

Teofilo. ¿Cuáles son las cosas no animadas, ó que no forman partes de las animadas?

Diosono. ¿No tenemos bastantes á la vista? Todas las que no tienen vida.

Teofilo. ¿Y cuáles son las que no tienen vida, ó al menos un principio vital?

Diosono. En suma, ¿quereis que cada cosa tenga una alma y su principio vital?

Teofilo. Precisamente es lo que pretendo.

Polimnio. En este caso un cuerpo muerto tiene una alma; así, pues, ¿mis mangas, mis babuchas, mis botas, mis espuelas, mi anillo y la figura de mis calzones están animados, lo mismo que mi zamarra y manto?

Cervais. Sí, maestro Polimnio. ¿y por qué nó? Me parece que vuestra zamarra y vuestro manto están animados, pues cubren un animal como vos; que vuestras espuelas y botas están animadas cuando las teneis en los piés; que vuestro sombrero lo está tambien cuando cubre vuestra cabeza, que no carece de alma. Así es, que la caballeriza está animada cuando está en ella el caballo, la mula ó vos. ¿No lo creeis así, Teofilo? ¿No os parece que he comprendido mejor esta idea que el señor profesor?...

Teofilo. Yo creo que la mesa no está animada como mesa, el traje como traje, el cuero como cuero, ni el vidrio como vidrio; sino que, como cosas naturales y compuestas, tienen en sí la materia y la forma. Por pequeña y diminuta que sea una cosa, contiene una parte de la potencia espiritual; que con poco que se encuentre dispuesto el asunto, se estiende de modo que llega á ser una planta ó animal, y recibe los miembros de un cuerpo cualquiera, entre los que comunmente se llaman animados; porque el alma se encuentra en todas las cosas, y no hay átomo por pequeño que sea que no tenga su porcion y esté animado.

Polimnio. *Ergo quidquid est, animal est.*

Teofilo. Todas las cosas que tienen una alma no se llaman animadas.

Diosono. Luego todas las cosas tienen, por lo menos, una vida.

Teofilo. Concedo que tienen el alma en sí, que tienen la vida con respecto á la sustancia, y no en cuanto al acto admitido por los peripatéticos, y por todos los que definen la vida y el alma de manera muy tosca.

Diosono. Me proporcionais un argumento que haria verosímil la opinion de Anaxágoras, que toda cosa existe en sí misma, porque el espíritu, ó el alma, ó la forma universal, encontrándose en todas las cosas, cada una de ellas puede producirse de otra.

Teofilo. Digo que esta opinion no solo es verosímil, sino verdadera, porque este espíritu existe en todas las cosas, que si no son animales, son animadas; si no son segun el acto sensible de animalidad y de vida, son sin embargo segun un principio, y un primer acto de animalidad y de vida.

(17) *Est animal sanctum, sacrum et venerabile mundus.* De inmenso, lib. V.

cosas entre sí. Una vez hallada esta conexion, esperó reducir lo ideal y lo real, el ser de la razon y el ser existente, en una sola categoria que comprendiese en su universalidad el ser reducido á la más simple unidad. Con este objeto se dedica á perfeccionar el *Ars magna*, de Lulio, modelo detestable.

Campanella, 1568-1639. — Tomás Campanella, calabrés, como Telesio, y dominico, no cedió á él en la osadía del pensamiento. Habiéndose enamorado de las ideas de Telesio, ensayó, antes que Bacon, fundar en la esperiencia una filosofía de la naturaleza; y si en lugar de diseminar su atencion sobre tantas ciencias para reformarlas, se hubiera concentrado en una sola, hubiera llegado á ser un hombre superior. No considera tampoco más que una jerga en la metafísica de Aristóteles, sin confiar demasiado en Alberto y en Tomás, y da por base al saber filosófico la naturaleza combinada con el sobrenaturalismo, es decir, con la revelacion, que es el fundamento de la teologia, al paso que el de la filosofia es la naturaleza. La inteligencia consiste en sentir, es decir, en apercibirse de las modificaciones de nuestro ser; ahora bien, la memoria, la reflexion, la imaginacion son determinaciones variadas de la sensibilidad. El pensamiento es el conjunto de los conocimientos colocados en la sensacion, que sólo da á conocer los objetos individuales, y no su generalidad ni sus relaciones generales.

Pero en lugar de detenerse en este punto con los sensualistas, reconoció y enunció la necesidad del conocimiento racional y teológico, aunque permaneciese aun distante de una solucion. Toda la creacion consta de ser y no ser. El primero se compone de potencia, sabiduria y amor, y tiene por objeto la esencia, la verdad y el bien, al paso que la nada es impotente, odia y no sabe. En el Ser Supremo las tres cualidades primordiales están reunidas con una incomprensible sencillez, sin mezcla de la nada, y unas aunque diferentes entre sí. Al sacar el Ser Supremo las cosas de la nada, traslada á la materia sus inagotables ideas, bajo la condicion del tiempo y la base del espacio; comunica á los séres finitos las tres cualidades que llegan á ser los principios del universo, bajo la triple ley de la necesidad, de la Providencia y de la armonia.

Edifica sobre esta metafísica una filosofia física, una psicológica y otra social. En la filosofia física, considera al universo como un conjunto de fenómenos materiales que se desarrollan en el tiempo y en el espacio. La materia que se ha puesto en ellos es un cuerpo no construido, pero propio para la construccion que obra por medio de dos agentes, el calor y el frio. El primero formó el cielo, el segundo la tierra, segun condensaron ó dilataron la materia; y todos los fenómenos nacen de su combinacion. La luz y el calor son una misma cosa; su denominacion no varia sino en los casos de obrar en el tacto ó en la vista. ¿No está, pues, la física en el caso de manifestar que habia adivinado?

En la fisiologia, en la que Campanella considera los séres como vivos y sensibles, cree en el hombre una triple vida que corresponde á una triple sustancia: la inteligencia; el espíritu, su vehículo; el cuerpo, vehículo del espíritu y de la inteligencia. Pero en atencion á que todos los séres tienden á conservarse, están provistos de instintos y de la facultad de sentir en diferentes grados. Si el hombre posee una inteligencia inmortal, con mayor razon la posee el mundo, que es más perfecto que todos los séres creados; sus manos son las fuerzas espansivas; sus ojos las estrellas, y su lenguaje los mútuos rayos que despiden: por medio de este lenguaje tal vez se comunican entre sí los astros, dotados de una vida estremadamente sensible. Los espíritus bienaventurados que los habitan ven todo lo que existe en la naturaleza y en las ideas divinas. El iman y el sexo de las plantas forman, segun su opinion, la prueba de la vida (18). Describe con mucha elocuencia las simpatias de la naturaleza y la espansion de la luz en la tierra, cuyas partes las penetra todas, con ayuda de infinidad de operaciones que ciertamente no pueden verificarse sin una inmensa voluptuosidad. No podria formarse un vacío en la naturaleza sino por medios violentos, en atencion á que los cuerpos esperimentan placer con su mútuo contacto.

Es verdad que Campanella sienta más cosas de las que prueba, y que su imaginacion incitada por la soledad y los sufrimientos le hace desvariar. Se dedica sobre todo á encontrar un dogmatismo filosófico para refutar la duda, fundándose en la necesidad que la razon esperimenta de llegar á conseguir la verdad, de tal manera, que el mismo escéptico debe para combatirla tener ciertos principios de conocimientos. Combate á un tiempo con su política el ateismo y el maquiavelismo, defendiendo la libertad del saber y los derechos de la razon (19).

Su época le trató de criminal. Preso por asuntos de Estado, permaneció de esta manera veinte y siete años. En fin, habiendo obtenido Urbano VIII su traslacion desde Nápoles á Roma con pretesto de juzgarle, hizo se le diese libertad. Dirigióse entonces á Francia, donde tuvo por amigos á Peyrese y á Gabriel Naudé, y por protector á Richelieu.

Injusto seria pasásemos en silencio á Pablo Sarpi, que estableció en el *Arte de pensar bien*, por una parte, que los sentidos no se engañan, pues se limitan á trasmitir á la inteligencia lo que se pre-

---

(18) *Inveniemus in plantis sexum masculinum et fæmineum, ut in animalibus, et fœmina non fructificare sine masculi congressu. Hoc patet in siliquis et in palmis, quarum mas fœminaque inclinantur mutuo alter in alterum, et se osculantur, et fœmina impregnatur, nec fructificat sine mare; immo conspicitur dolens, squalida, mortuaque, et pulvere illius et odore reviviscit.*

(19) Hemos hablado de su *Ciudad del Sol* en la página 194.

senta á ellos; y por otra, que los axiomas son inútiles á los descubrimientos. Mencionaremos tambien á Juan Bautista Porta, que adelantó á Lavater y á Gall enseñando (20), que los cuerpos no permanecen impasibles á los movimientos del alma; que se forma, por el contrario, entre ellos una alianza recíproca que se manifiesta en lo esterior, y que las costumbres se derivan de los humores y de los temperamentos.

Encontrábase, pues, minado por todas partes el aristotelismo. Telesio y Campanella habian enseñado á repudiar este conjunto de preocupaciones fundadas sobre máximas *à priori* Uno habia emitido ya la idea de hacer escrutinio de los misterios de la naturaleza con ayuda de la induccion y de la esperiencia; el otro se habia dedicado á comprender todo el círculo de los conocimientos humanos, fundándose en la metafísica, sin la cual no veia en ellos más que un inmenso vacio. Campanella y Tomás Moro habian atacado el funesto maquiavelismo de su siglo, para establecer la política sobre bases racionales. Ya se habian roto las barreras puestas al espíritu humano, y se le habia enseñado el campo de nuevas é inagotables conquistas, destinadas á sustraerle al mal con la virtud y la inteligencia. Acerca de este método de examinar la naturaleza más bien que los libros, y de repetir los esperimentos más bien que los discursos, empezar dudando, confesar su ignorancia y no creer saberlo todo, porque de todo se hablaba, dieron pocas reglas pero grandes ejemplos, Leonardo Vinci y Galileo, segun hemos manifestado ya, destruyendo aquella regla escolástica, que dice: «los particulares no hacen ciencia.»

Fray Bacon, 1561-1626 —Esto no impidió atribuir todo el mérito de estas particulares tentativas á Francisco Bacon, de Londres, posterior á aquellos, y que casi desconocido de los sabios, fué proclamado después por los dispensadores de la gloria de un siglo como restaurador de la filosofia. Guardasellos de la reina Isabel, fué nombrado á la edad de sesenta años gran canciller y baron de Verulamio, después vizconde de San Albano por Jacobo I. Acusado de corrupcion y connivencia con los que dependian de él, fué condenado, segun su propia confesion, á una multa de 40,000 libras esterlinas, á prision y á no poder obtener ningun empleo público. Este juicio no le hizo perder su aficion á las cortes; trabajó hasta que obtuvo que se le perdonase la multa y se le abriesen las puertas del palacio.

La filosofia no podia ser más que una distraccion para un hombre tan ocupado: y no por eso ha dejado de ser colocado á la cabeza de los filósofos modernos. Bacon no fué inventor, y no estableció ningun sistema completo; pero ofreció á la naturaleza humana un método y órden propio, para hacerla ejercer útilmente su actividad sobre las ideas producidas por las sensaciones. Como no se manifiesta satisfecho ni de los antiguos ni de los modernos sistemas, cree que debe examinarse la investigacion de los hechos, las clasificaciones y el método para obtener las verdades; con este objeto examina en primer lugar los errores más familiares, sus orígenes y remedios.

Cuatro ídolos ó prevenciones habian puesto hasta entonces obstáculos al verdadero conocimiento de las cosas; las prevenciones comunes á todos los hombres de la *especie* humana (*idolatribus*); las prevenciones individuales del *individuo* (*idola specus*); las que uno comunica á otro, ó prevenciones del *lenguaje* (*idola fori*); las que se aprenden con los maestros, ó prevenciones de *escuela* (*idola theatri*). Debemos colocar entre estos últimos todos los falsos errores de la filosofia racional, de la filosofia empírica y de la supersticiosa: la primera recibe las nociones abstractas tales como se presentan, sin someterlas al crisol del exámen; la filosofia empírica comienza por éste, pero pronto se pierde en las hipótesis; la supersticion, mezcla de filosofia y teologia, se encuentra en Platon y en otros varios escritores cristianos (21).

Estos errores producen la *falsa contemplacion* de la naturaleza, como en Aristóteles, que la disminuye para hacerla entrar en su cuadro, y la *falsa demostracion* por falta de esperiencia. La inteligencia humana ha permanecido casi siempre soñolienta, escepto en tres épocas: la de los griegos, la de los romanos y la moderna.

Lo que daña á los que se dedican á la filosofia, es que se ocupan de muchas cosas, y que son dirigidos por su interés personal: son sérviles con respecto á la autoridad, ó se cansan pronto y se creen que han llegado antes de tiempo al término, cuando apenas acaban de entrar en la carrera. Pero el que quiere adelantar en la ciencia debe considerar á la naturaleza en los hechos, esplicar y combinar los fenómenos (*Instantiæ naturæ*) coordinarlos en clases fáciles (*comparationes instantiarum*) para elevarse en último lugar á la inteligencia real de la naturaleza por medio de la induccion. Bacon espone en este punto las diferentes reglas de la induccion, forma del razonamiento que quiere sustituir al silogismo; pero que en realidad habia sido ya empleado por Kepler, Galileo, Copérnico, y proclamado por Ticho-Brahe y Leonardo de Vinci.

Como si de esta manera se hubiesen adquirido las ciencias, Bacon emprende coordinarlas y dar una *Descripcion del globo intelectual*. Refiere las producciones del espíritu humano á tres facultades: la memoria, la imaginacion y el razonamiento. A la primera corresponde la historia, á la segunda la poesia y á la última la ciencia propiamente dicha. La historia considera los seres y los hechos individuales; la poesia crea formas imaginarias de lo que

(20) *De humana physionogmia.*

(21) *De dignitate et augmentis scientiarum*, 1605.—*Novum organum scientiarum*, 1620.

le proporciona la memoria; la ciencia generaliza y espresa los hechos; la historia es un guia, la poesia un sueño y la ciencia el despertador.

La historia se divide en natural, civil ó humana. La primera se subdivide en tres ramas, segun que la naturaleza siga su libre curso (los *fenómenos regulares*), se desvíe de él (los *monstruos*), ó sea subyugada por el hombre (las *artes*). La historia, propiamente dicha es el cuadro de las obras de Dios, de los hombres y de la naturaleza. Se diferencian, pues, la historia sagrada, eclesiástica, la historia antigua y moderna, las efemérides, los anales, las antigüedades, la historia general y la literaria. Esta última no se ha escrito aún, y sin embargo, sin ella el espíritu humano se asemeja á Polífero privado de un ojo (22).

La poesia es ó narrativa, dramática, ó parabólica, es decir, ofreciendo una ficcion de la que quiere que se produzca una verdad. El hombre produce ciertas ciencias en el mundo, otras proceden del cielo por revelacion. La ciencia humana y la filosofía comprende tantas ciencias particulares como objetos. Síguese de esto que para reducirlas á la unidad, es necesario una ciencia general que siente los axiomas comunes á todas las ciencias particulares.

Las ciencias particulares se dividen en ciencias de Dios, de la naturaleza y del hombre. La primera corresponde á la teologia natural, á la astrologia y á la hechiceria; la segunda es especulativa (la *física* y la *metafísica*) y operativa (la *mecánica* y la *magia*); después de ella se presentan como suplemento las matemáticas, ciencia instrumental. La ciencia relativa al hombre corresponde á la naturaleza ó á la sociedad civil. La ciencia social se divide en tres ramas, segun los bienes que la sociedad debe reportar, á saber: los socorros contra el aislamiento, la asistencia en los negocios, la defensa contra las injurias (*leyes*, *economia política*, *comercio*). Estando el hombre compuesto de una alma y un cuerpo, la ciencia que le concierne se divide en otras tantas ramas como bienes corporales existen: la medicina corresponde á la salud, la cósmica á la belleza, la gimnástica á la fuerza, la música y la pintura al placer. La ciencia del alma trata ó de su sustancia ó de sus facultades, ya sean lógicas ya morales, y del modo de utilizarlas. La lógica es, ó inventiva para buscar la verdad, ó tradictiva para enseñarla (*gramática*, *retórica*, *crittica*, *pedagogia*). La moral especulativa estudia los caractéres; la moral práctica cultiva los afectos.

Este es el famoso árbol de las ciencias humanas, compuesto por Bacon (23); tales son los servicios

---

(22) *Historiam civilem in tres species recte dividi putamus: primo* sacram, *sive* ecclesiasticam; *deinde eam, quæ generis nomen retinet,* civilem; *postremo,* litterarum et artium. *Ordiemur autem ab ea specie, quam postremo posuimus, quia reliquæ duæ habentur, illam autem inter desiderata referre visum est. Ea est* historia litterarum. *Atque certe historia mundi, si hac parte fuerit destituta, non absimilis censeri possit statuæ Poliphemi, eruto oculo, cum ea pars imaginis desit quæ ingenium et indolem personæ maxime referat. Hanc licet desiderari statuamus, nos nihilominus minimi fugit, in scientiis particularibus jurisconsultorum, mathematicarum, rhetorum, philosophorum, haberi levim aliquam mentionem, aut narrationes quasdam jejunas de sectis, scholis, libris, auctoribus et successionibus hujusmodi scientiarum; inveniri etiam de rerum et artium inventoribus tractatus aliquos, exiles et infructuosos. Attamen justam atque universalem literarum historiam nullam adhuc editam asserimus. Ejus itaque et argumentum et conficiendi modum et usum proponemus.*

«Argumentum» non aliud est, quam ut ex omni memoria repetatur, quæ doctrinæ et artes, quibus muudi ætatibus et regionibus floruerint; earum antiquitates; progressus, etiam peregrationes per diversas orbis partes (migrant enim scientiæ, non secus ac populi), rursus declinationes, obliviones, instaurationes commemorentur. Observetur simul per singulas artes invectionis occasio et origo, tradendi mos et disciplina, colendi et exercendi ratio et instituta. Adjiciantur etiam sectæ et controversiæ maxime celebres, quæ homines doctos tenuerunt, calumniæ quibus patrerunt, laudes et honores quibus decoratæ sunt. Notentur auctores præcipui, libri præstantiores, scholæ, succesiones, academiæ, societates, collegia, ordines denique omnia quæ ad statum litterarum spectant. Ante omnia etiam id agi volumus (quod civilis historiæ decus est et quasi anima) ut cum eventis causæ copulentur: videlicet, ut memorentur naturæ regionum ac populorum, indolesque apta et habilis, aut inepta et inhabilis at disciplinas diversa; accidentia temporum, quæ scientiis adversa fuerint aut propitia; zeli et misturæ religionum, malitiæ et favores legum, virtutes denique insignes, st efficacia quorumdam virorum ergo litteras promovendas, et similia. At hæc omnia ita tractari præcipimus, ut non criticorum more, in laude et censura tempus teratur, sed plane historice res ipsæ narrentur, judicium parcius interponatur.

De modo *autem hujusmodi historiæ conficiendæ, illud imprimis monemus, et materia et copia ejus non tantum ab historiis et criticis petatur, verum etiam ut per singulas annorum centurias, aut etiam minora intervalla, seriatim (ab ultima antiquitate facto principio), libri præcipui, qui per ea temporis spatia conscripti sunt, in consilium adhibeantur, ut ex eorum non perfectione (id enim infinitum quiddam esset), sed degustatione et observatione argumenti, styli, methodi, genius illius temporis litterarius, veluti incantatione quadam, a mortuis evocetur.*

Quod ad usum *attinet, hæc eo spectant, non ut honor litterarum et pompa per tot circumfusas imagines celebratur; nec quia, pro flagrantissimo quo litteras prosequimur amore, omnia quæ ad earum statum quoquo modo pertinent, usque ad curiositatem inquirere et scire et conservare avemus, sed præcipue ob causam magis seriam et gravem: ea est (ut verbo dicamus), quoniam per talem, qualem descripsimus, narrationem, ad virorum doctorum in doctrinæ use et administratione, prudentiam et solertiam, maximam accesionem fieri posse existimamus; et rerum intellectualium, non minus quam civilium motus et perturbationes, vitiaque et virtutes, notari posse, et regimen inde optimum educi et institui. Neque enim b. Augustini, aut b. Ambrosii opera ad prudentiam episcopi aut theologi tantum facere putamus, quantum si ecclesiastica historia diligenter inspiciatur et ravoltatur. Quod et virus doctis ex historia obventurum non dubitamus. Casum enim omnino recipit, et temeritati exponitur, quod exemplis et memoria rerum non fulcitur.»*

(23) Dicen que tomó esta idea del francés Jacobo de

que le debe la ciencia. Ya hemos visto en la Edad Media diferentes tentativas más ó menos desgraciadas que tenian por objeto disponer la enciclopedia humana; pero esta misma, léjos de estar completa, demuestra cuán en la infancia estaba aun la doctrina del conocimiento humano. De la razon solamente es de donde se han producido las ciencias; la memoria es su depositaria, la imaginacion no hace más que ofrecer los materiales y revestirlos con elegancia. No se encuentran, pues, indicadas ni la filacion lógica de las ciencias, ni su historia; y las facultades de los que debian inventarlas, sustituyen á los caractéres objetivos que constituyen las ciencias y la derivacion lógica de sus objetos.

Más dado á conocer la semejanza de la naturaleza que señalar las diferencias, como acontece á los hombres de una imaginacion viva y de un carácter ardiente, á Bacon le costaba trabajo sujetarse á razonamientos vigorosos; abusaba de las metáforas, y no se cuidaba de dejar de emplearlas en lugar de argumentos, por caprichosos é importunos que fuesen. De aquí los títulos y las estrañas distinciones de sus libros, así como el latin bárbaro, pero no obstante ampuloso en el cual los escribió, lo que se ha creido muchas veces ser fuerza. Se repite además, con bastante frecuencia, y se está cierto de encontrar varias veces pensamientos brillantes, y las aproximaciones estudiadas de que hace ostentacion.

El primer teorema «El hombre agente, é intérprete de la naturaleza, no estiende sus conocimientos y su accion sino á medida que descubre el órden natural de las cosas por la reflexion ó por la observacion; más allá, no sabe, ni puede nada:» este teorema, decimos, promete un hombre de una imaginacion tranquila, dispuesto á registrar los fenómenos de la naturaleza, pero que no quiere hacer ningun esfuerzo para penetrar los secretos. Sin embargo, aunque su método inductivo debiese sujetarle á estos límites, sus esperanzas no adelantaban nada menos que á tratar de descubrir las causas latentes, la marcha fugitiva con ayuda de la cual los cuerpos pasan de una forma á otra; y esto por medio de la aplicacion rigurosa de proposiciones esclusivas y afirmativas.

No era necesario más para demostrarle que su *organum* no era un instrumento general; hasta él mismo lo escluia de las doctrinas morales y políticas, «fundadas en las opiniones de los hombres» (24); más atento á disponer el espíritu humano que á esplicar las cosas, no se apercibió de que se le escapaba una série completa de hechos, y se concentró en el *sensualismo*, que creció después corrompiendo la filosofia. En efecto, si la induccion es oportuna para las ciencias físicas, fundadas únicamente en la esperiencia, fracasa donde se muestran verdades necesarias, absolutas, anteriores á la esperiencia. Añádase á esto, que la induccion no se sostiene sino en tanto que cada efecto procede de una causa. Ahora bien, ¿cuál es la esperiencia que ofrece la idea de la casualidad necesaria? Si, no obstante, falta ésta, no tendremos ya más que hipótesis particulares.

Bacon se declara enemigo de las causas finales, «estériles como las vírgenes consagradas al Señor.» Pero no podemos persuadirnos que por esto haya sido hostil por sistema á la filosofia de la revelacion, pues, es tambien una ciencia esperimental, aunque de una naturaleza superior y espiritual; y sólo Locke y los suyos exageraron su doctrina hasta negar en el hombre y en la conciencia todo lo que traspasa los límites de la naturaleza. Cúlpese á ellos mismos, si por medio de la esperiencia quisieron deducir tambien cosas que el mundo sensible no tuvo jamás, esto es, la ley de la vida, y todo lo que debe creerse y esperarse. Por lo demás, Bacon fué muy devoto: escribió meditaciones religiosas, leia á menudo oraciones, y Hume y d' Alembert le acusan de haber debilitado su ingenio con su celo religioso.

Es preciso, sin embargo, confesar que ó no deduce las consecuencias de todos sus principios, ó que respeta las creencias de su época con una política hipócrita. No tocó á la política sino bajo el aspecto histórico, sin buscarle principios racionales, sin libertarse de las intrigas de su época y de sus bajas ambiciones. No conoció la importancia de la metafísica, que, sin embargo, es la primera de las ciencias; y creia que la ciencia debia servir para el bienestar del hombre *(commodis humanis inservire)*; juzgando que la filosofia natural era la única verdadera, pues, que los conocimientos que conciernen al alma los debemos sólo á la inspiracion y á la fe; por lo cual se hallaba demasiado léjos la época de abrazar, segun su pensamiento, el círculo entero de la ciencia humana. Las observaciones ¿nó se continuaron tambien durante la Edad Media? (25) Pero entonces se queria aplicarlas á todo, y valiéndose de medios estravagantes. Bacon hizo otro tanto, y su *Sylva sylvarum* es un cúmulo de hechos, cuestiones y proyectos ridículos; y ciertamente es extraño que

---

Chavigny. Mucho antes Angel Poliziano, en el opúsculo *Panepistomenon*, habia dividido las ciencias en teologia, filosofia y adivinacion. Con más acierto Campanella declaró como ciencia capital y universal la metafísica, y segun ésta, dividió las doctrinas en racionales y reales, á las que corresponden las ciencias operativas y las prácticas, la enseñanza y las artes.

(24) *Doctrinis quæ in opinionibus hominum positæ sunt, veluti moralibus et politicis.* Cogitata et visa.

(25) Campanella llamó á la experiencia «principio de nuestro saber y guia del entendimiento;» y Rogerio Bacon anunció mucho antes la necesidad de la experiencia: *Scientia experimentalis a vulgo studentium penibus ignorata. duo tamen sunt modi cognoscendi, scilicet per argumentum et experientiam. Sine experientia nihil suficienter sciri potest: argumentum concludit, sed non certificat, neque remo-*

no sepa esperimentar quien dió reglas para ello. Mucho mejor lo hicieron en su tiempo Copérnico, Kepler y Galileo (26), que de la esperiencia dedujo importantes descubrimientos, al paso que á Bacon no se le debe ninguno.

La misma induccion, este fundamento de la filosofía baconiana, ¿no es un método natural, más bien que un arte puesto en práctica por todos los filósofos posteriores, pero de un modo diferente al suyo, sin las aproximaciones de los hechos, sin las categorías de los fenómenos, sin las clasificaciones que hábia propuesto? Enseñó además, los límites necesarios en que convenia comprenderla. ¿Pero es esto crear un método? ¿No era la consecuencia natural del aumento de los hechos, y de los fenómenos sometidos á los observadores, del espíritu positivo y enemigo de los sistemas que se habian introducido en las ciencias?

En su época precisamente se habia agotado la erudicion, y todas las miradas se dirigian á la naturaleza. Ahora bien, habiendo proclamado Bacon la necesidad de descubrirla, con ayuda de la esperiencia, parece que los descubrimientos que se siguieron, se debieron al mérito de su método, mientras que habla, por el contrario, con desprecio de las ciencias que adelantan, y dice que nada ve porque cierra los ojos con una obstinacion imperturbable.

Aunque se le citaba mucho, era, sin embargo, poco leido; y hasta 1730 no se habia hecho de sus obras más que una sola edicion en Inglaterra (27). El efecto que produjo fué, pues, débil, al paso que la escuela esperimental italiana abrió el camino á insignes descubrimientos. A Bacon se le considera inferior á Galileo por Hume, su compatriota. Cuando sólo en el siglo XVIII se comenzó á hacer una guerra á muerte á la Edad Media, Bacon fué ensalzado hasta las nubes, como un hombre que habia sabido separarse de ella; y en atencion á que no se debia encontrar en sus predecesores más que ignorancia é incredulidad, le fué preciso atribuirle el mérito de haber inventado de un golpe la filosofía esperimental; la única que se quiso aceptar para fundarla definitivamente en la sensacion. Entonces se le prodigó el incienso á porfía; Condillac llegó hasta proclamarle creador de la verdadera metafísica: á él que nunca se habia ocupado de ella sino incidentalmente. Cuando después la enciclopedia francesa se ingertó en su árbol científico, pareció el representante del saber moderno, del que no habia sido más que uno de sus promovedores.

Pero Descartes y Gasendi, de quienes nos reservamos hablar en el siglo siguiente, por no separarlos de los que los ayudaron ó combatieron, tuvieron una influencia muy diferente, tanto en el progreso de las ciencias, como en el renacimiento de la filosofía.

---

vet dubitationem, ut quiescat animus in intuitu veritatis, nisi eam inveniat via experientiæ. Opus majus, parte VI, c. 1. Leonardo de Vinci dió después reglas más exactas para hacer adquirir experiencia «sin la cual nada puede haber indudable,» *(Tratt. della pittura)* y quiere que se «empiece por la experiencia para venir por medio de ella al descubrimiento de la razon.»

Humboldt *(Cosmos,* P. III, pág. 63) dice tambien que Bacon estuvo muy atrasado en los conocimientos de su época en lo relativo á la astronomía y á la física. Además ignoraba y repudiaba algunos conocimientos que sin embargo eran exactos; tambien en el *Novum organum* (p. 371 de la edic. 1740) dice que dudó así como algunos otros de que las estrellas no fuesen vistas por nosotros mismos desde el momento que existen, es decir, que la luz tardase algun tiempo en llegar desde ellas á nuestra vista: y añade que desechó esta duda aduciendo sobre ellas razones enteramente absurdas.

(26) Bacon conoció las obras de Galileo: véase *Organum*, lib. II, afor. 39, y *Sylva sylvarum*, n.° 791. Mamiani, en el *Renacimiento de la filosofía italiana antigua*, concluye: «Bacon debe ser juzgado, bien como hombre práctico ó como especulativo. Como práctico, ¿quién podria anteponerlo á Galileo ni menos igualarle con él? Como especulativo, diremos que no conoció ni la naturaleza ni la importancia de algunos principios, los cuales fueron conocidos cuanto era necesario por los filósofos italianos antiguos anteriores á él y sometidos á las leyes del método natural.

(27) Véase como Stewart, que considera á Bacon superior á todos los demás filósofos modernos, juzga de su influencia sobre las cosas: «la influencia del genio de Bacon sobre los progresos sucesivos de los descubrimientos físicos no se ha apreciado con exactitud; algunos apenas hablan de ella, al paso que otros la consideran como la causa única de la reforma de las ciencias. De los dos estremos, el segundo, de seguro, se separa menos de la verdad, pues no se podria citar en la ciencia á otro filósofo, cuyos esfuerzos hayan contribuido de un modo tan evidente á acelerar el progreso intelectual del género humano. Debe no obstante notarse que antes de Bacon varios filósofos, en diversos paises de Europa, habian adoptado el buen camino; y tal vez no se encuentra en sus obras una sola regla importante, correspondiente al verdadero método de investigacion, cuyo gérmen no se pueda encontrar en los escritos de sus predecesores. Su gran mérito consiste en haber concentrado en un solo foco rayos débiles y diseminados; haber fijado la atencion de los filósofos en los caractéres distintivos de la verdadera ciencia y del falso saber, y esto con una felicidad de dilucidacion enteramente particular; y secundado con el poder de una elocuencia atrevida y figurada. El método de investigacion recomendado por él habia sido seguido ya cada vez que se habia hecho algun descubrimiento sólido, concerniente á las leyes de la naturaleza; pero no se habia seguido sino accidentalmente, y sin plan regular ni premeditado. A él es, pues, á quien estaba reservado reducir á regla y método lo que otros habian hecho fuese á la ventura, ó aprovechándose de algun vislumbre de verdad. No se trata de atenuar con observaciones la gloria de Bacon, pues se puede decir otro tanto entre todos los que han reducido á sistema los principios de un arte cualquiera. Esto puede aplicarse á él con menos fuerza que á cualquiera otro filósofo que haya dirigido sus estudios á objetos análogos, en atencion á que no se conoce arte cuyas reglas hayan sido espuestas felizmente bajo la forma didáctica, cuando este arte estaba tan poco adelantado como la filosofía esperimental en tiempo de Bacon.» *Account of life and writings of Reid.* Seccion 2.

CAPÍTULO XXXVI

CIENCIAS EXACTAS.

Varios italianos se dedicaban entonces á las matemáticas; unos continuaban los trabajos antiguos, otros perfeccionaban el álgebra.

Maurolico, 1491-1570.— Entre los primeros se distingue á Francisco Maurolico, de Mesina, que corrigiendo á Arquímedes, Apolonio y Diofonte, produjo nuevos resultados. Emprendió una enciclopedia de las matemáticas puras y aplicadas, traduciendo los griegos y comentándolos. Los cuatro últimos de los ocho libros de Apolonio sobre las secciones cónicas se habian perdido; se sabia solamente que trataba en el quinto de las líneas rectas más grandes y más pequeñas que terminan en la circunferencia de las secciones. Ahora bien, Maurolico se dedicó á rehacer este libro con hermosas reglas; pero fué adelantado por Viviani, que emprendió la misma tarea en una época más ilustrada. Maurolico hizo una notable aplicacion de ella, notando que las líneas trazadas por la aguja del gnomon, son siempre secciones cónicas, variadas segun la naturaleza del plano sobre el cual se proyectan. Escribió tambien poesias italianas y sicilianas, tratados sobre la filosofia, la gramática, la teologia, y principalmente sobre la óptica. Determinó el centro de gravedad de varios sólidos, y si no ha dejado descubrimientos originales, se manifiesta atento observador y filólogo lleno de delicadeza. La hermosa ciudad donde habia visto la luz, y que habia rodeado de fortificaciones, le asignó generosamente una pension de cien escudos de oro, para que continuase sus trabajos y la historia del pais. Cárlos Quinto y don Juan de Austriá le tuvieron en gran estima, por los cálculos astrológicos, con ayuda de los cuales habia predicho la victoria conseguida en Lepanto contra los turcos.

Entre los demás italianos que se ocuparon de la síntesis antigua, mencionaremos á Comandino, que consignó sus observaciones en comentarios; á Francisco Galigai, que dedicó á Julio de Médicis en 1521 un tratado de aritmética, que contenia la solucion de las ecuaciones de segundo grado determinadas, y de otras varias indeterminadas, de gran dificultad; reunió tambien en un resúmen varios tratados anteriores, trabajo muy útil. Juan Bautista Benedetti, de Venecia, publicó á la edad de veinte y tres años una *Resolucion de todos los problemas de Euclides, con una sola abertura de compás* (1553), condicion difícil, que venció con gran sagacidad. Estableció la teoria del descenso de los cuerpos pesados, y que aunque de diferente volúmen, caen en el vacio con igual celeridad: no ignora el peso y la elasticidad del aire; esplica las variaciones anuales de temperatura por la oblicuidad de los rayos solares; cree en la pluralidad de los mundos, y rechaza la incorruptibilidad de los cielos como tambien varios errores de los peripatéticos.

Algebra.—Tocaba á su fin el siglo XV, y aun no se sabian resolver más que las ecuaciones determinadas de primero y segundo grado, y algunas ecuaciones derivativas; la atencion no se habia fijado aun en las raices negativas ó imaginarias. Estos cálculos se debieron á algebristas italianos (1). Escipion del Ferro, de Bolonia, encontró la solucion de un caso parcial de ecuacion cúbica ($x^3 \times px = q$), y comunicó su secreto á Antonio Maria del Fiore (1535), que desafió públicamente en Venecia á Nicolás Tartaglia. Este matemático, que habia salido ya victorioso de otro desafio de Juan de Tonini, confundió á su nuevo rival con una solucion más general. La enseñó bajo juramento al milanés Gerónimo Cardan (1545),

(1) Es inútil repetir que los indios conocian la solucion de las ecuaciones, hasta de tercero y cuarto grado.

y éste la publicó en su *Ars magna*, dándole su propio nombre, que ha conservado.

Cuanto más se estudia la historia de las ciencias, más se nota en ella una especie de adivinacion en los primeros que descubrieron ciertas verdades, en quienes parece que la fuerza del razonamiento ó los conocimientos de la época no hubieran podido bastar á producirlas. ¿Cómo no admirarse de que la verdadera fórmula que ha servido de base á los trabajos más insignes, y hasta á la elegante generalizacion de Harriott, se haya encontrado en una época en la que Tartaglia creia haber hecho maravillas descubriendo el cubo $p+q$, la ecuacion entre el cubo y una línea, y la que existe entre dos porciones de ésta?

Cardan, singular mezcla de saber y estravagancia, trató de todo y mejoró todo con ayuda de análisis inventivos. Reconoció la mayor parte de las propiedades de las raices; indicó las raices negativas en las ecuaciones cuadradas, y dijo que toda ecuacion cúbica tenia una ó tres raices reales. Supo encontrarlas por aproximacion, señalar su número y naturaleza, fuese con arreglo á las líneas ó á los coeficientes; trasformar una ecuacion cúbica perfecta en otra que carecia del segundo término. Inventó el cálculo de las raices imaginarias, tan útil en los análisis, y antes que Harriott, á quien Montucla atribuye el mérito, igualó la ecuacion á cero. Publicó tambien el método para resolver las ecuaciones de cuarto grado, encontrado por su discípulo el boloñés Luis Ferrari. Aplicó el álgebra á la geometria, y tambien á la construccion geométrica de los problemas antes que Vieta y Descartes (2); es de notar que desde este último no se ha dado un punto en la solucion completa de las ecuaciones literales. Habiéndose quejado Tartaglia de que Cardan hubiese publicado su fórmula, hubo un desafio de treinta y un problemas entre Ferrari y Tartaglia. Ahora bien, este último propuso otros más difíciles, manifestándose algebrista superior. Estos desafios, y nueve libros de contestaciones dadas por Tartaglia á las preguntas que le dirigian príncipes, frailes, embajadores y arquitectos, manifiestan con qué ardor se seguian entonces los estudios de esta clase.

Tartaglia, 1500 1559.—Tartaglia era hijo de un muletero; le cortaron la lengua cuando el saqueo de Brescia, lo que le valió su sobrenombre. Vivió pobre, dedicándose enteramente á las matemáticas sin ocuparse de las ciencias cultas, ni de las desgracias de su patria. Aplicó la geometria á la determinacion del movimiento curvilíneo, á la caida de los cuerpos pesados, y trató de reconstituir la mecánica. Fijó tambien con toda particularidad la atencion en la balística: tenemos en efecto de él varios problemas de artilleria, y da en sus *Indagaciones é invenciones nuevas* la dimension de las piezas de guerra, con el modo de servirse de ellas y determinar su capacidad. El medio de medir la superficie de un triángulo, cuyos lados se conocen, sin buscar la perpendicular, es un descubrimiento ingenioso que le pertenece, como tambien la *invencion laboriosa* (travagliata) para volver á flote á un barco sumergido, cualquiera que sea su peso.

Cardan hizo aun mas observaciones juiciosas sobre la mecánica. Valuó el peso y resistencia del aire, y procuró medir el tiempo con ayuda de la pulsacion de la arteria. Enseña tambien el mecanismo de un candado combinado que se cerraba con la palabra *serpiente*, invencion que los franceses se atribuyen sin razon (3).

Ya Aristóteles, y después de él Leonardo de Pisa, y el fraile Lucas Pacciolo, los dos sábios que acabamos de mencionar y otros (4), habian hecho uso de las letras como símbolos de las cantidades generales: sin embargo, el lenguaje algebráico no hacia aun más que comenzar. Miguel Stifels fué el primero (1554) que empleó el + y el — con los números como enunciativos de las potencias; el = fué inventado por el inglés Roberto Record en la *Cola del espíritu* (Swethstone of wit).

Vieta, 1540-1603.—Pero en Francisco Vieta es en quien recae el mérito de haber introducido sistemáticamente el uso de las letras, y facilitado mucho por este medio «la ciencia del razonamiento general con ayuda de la lengua simbólica.» Apreció tanto la importancia, que la llamó *logística especiosa* á diferencia del análisis antiguo, al cual dió el nombre de *logística de los números* (*numerosa*). Vieta reconoció, pues, que el álgebra tiene otra importancia que la indagacion ingeniosa de los números, y que su carácter consiste en la enunciacion de las relaciones; lo que Newton formuló después llamándola aritmética universal.

Vieta imaginó además un método abandonado en el dia para resolver las ecuaciones por aproximacion, método análogo al que servia en la extraccion de raices; y comprendió la naturaleza de los casos irreductibles en las ecuaciones cúbicas. Comprendió la trasformacion de las ecuaciones para desembarazarlas de los coeficientes ó del egundo término, resolvió las cúbicas de otra manera que Cardan, y vió que en los casos en que la incógnita puede esplicarse por medio de valores positivos, el segundo término tiene por coeficiente la suma de estos valores con el signo negativo; el tercero, la suma de los productos de estos valores multiplicados dos á dos; el cuarto la suma de estos valores multiplicados tres á tres, y asi sucesivamente hasta el último, que es el producto de todos los valores;

(2) Cossali consagra casi un tomo de su *Historia crítica del álgebra*, 1797, á probar el mérito de Cardan, restituyéndole los descubrimientos que Montucla habia atribuido á otros, y sobre todo á Vieta.

(3) *De subtilitate*, Basilea, 1607, libro XVII, p. 1074: *Serra quæ sub quocumque nomine claudi potest.*

(4) Libri cita los pasajes. Véase á Montucla y Hallam, á quienes seguimos.

éste fué un principio del descubrimiento de Harriott. Empleando el álgebra en las construcciones geométricas, llegó Vieta á la doctrina de las secciones angulares. Los diferentes problemas en que aplica el álgebra á la geometria, siempre, sin embargo, sobre líneas rectas, le han hecho atribuir por algunos las relaciones del álgebra con la dimension, al paso que Tartaglia, Cardan y el mismo Lucas Pacciolo (5), sin hablar de los orientales, habian aplicado ya la ciencia de los números á los hechos y á las leyes del espacio. El cálculo se habia empleado ya en las cuestiones de geometria, pero sólo después de haber aplicado un número particular á cada una de las líneas conocidas. Así es, que estas cuestiones no eran nunca susceptibles de soluciones generales, sin las cuales no se pueden establecer teorias. En su consecuencia, los métodos geométricos quedaban victoriosamente sin contestacion, en atencion á que toda clase de problemas conducen á lo menos á reglas generales de construccion, es decir, á reglas independientes de la longitud de las líneas dadas.

No era, sin embargo, suficiente, que las soluciones numéricas hubiesen adoptado, con ayuda de los símbolos algebraicos, el carácter de uniformidad y generalidad. Era necesario establecer además una correlacion constante entre las fórmulas algebraicas y las construcciones geométricas; era preciso saber representar todas las espresiones y operaciones de álgebra, por una figura y una operacion de geometria equivalente: de otra manera, el geómetra hubiera rechazado su ciencia al servirse del álgebra, cuando no hubiera sabido volver de los hechos y leyes de los números á los hechos y leyes del espacio. Antes que se hubiesen podido traducir gráficamente las soluciones algebraicas, el gran Kepler no sabia conocer la utilidad de las ecuaciones dadas entonces por Justo Byrg, para determinar los lados de varios polígonos regulares: además de que creia que no podian ser resueltos en ciertos casos, como era el del heptágono y en las figuras superiores, no concedia tampoco la ecuacion del pentágono, aunque apenas sea de segundo grado, dejando ver que no conocia medio de construir el lado desconocido. Las ecuaciones superiores al tercer grado quedaban aun sin interpretaciones geométricas, cuando, en fin, Descartes redujo la construccion de las raices de las ecuaciones de cualquier grado á un método general y uniforme (6).

Harriot, 1560-1621.—Mas sencilla ya la anotacion que habia introducido Vieta, facilitó el análisis. El inglés Briggs espuso claramente la fórmula del binomio; el holandés Alberto Girardo dió mejor idea de las raices negativas, demostrando cómo se esplican en geometria por retrogradacion. Pero todos fueron sobrepujados por Harriott, compañero de Walter Raleigh, en su viaje á la Virginia. El fué el que completó la teoría de las ecuaciones, vislumbrada por Cardan y por Vieta. Merece elogios, si no como inventor, al menos como propagador, por haber sustituido las letras minúsculas á las mayúsculas, establecido se designasen las incógnitas con las vocales, y espresado el producto colocando simplemente los factores unos al lado de otros, método tan cómodo como fácil. Encontró reduciendo todos los términos de un lado, el que cada incógnita de una ecuacion tiene tantos valores como marca la indicacion de su potencia en el primer término, y que en una série necesaria de combinaciones, estos valores forman los coeficientes de los términos siguientes, en los que entran las potencias decrecientes de la incógnita; de lo que resulta que constituyen con su producto reunido el último término de la ecuacion.

Logaritmos.—El uso incompleto del álgebra era muy incómodo en las matemáticas mistas; era sobre todo muy penoso en la astronomia tener que calcular al menos con seis ó siete decimales, las tablas trigonométricas de los senos, de las tangentes y de las secantes, multiplicaciones y divisiones muy largas, en las que eran fáciles las equivocaciones. Que se suponga solamente un caso muy frecuente en que se tenga que buscar la cuarta proporcional, y se verá cuánto tiempo era preciso para sacar la cuarta cifra decimal de los senos y tangentes. Aun era peor en las operaciones más complejas. Juan Napier, de Merckiston, habia ya inventado un instrumento destinado á simplificar los cálculos, instrumento que describió en la *Rhabdologia* (1616): llegó después trabajando obstinadamente sobre este asunto, á un principio más elevado, que supo reducir bajo una forma práctica.

Por poco que se esté instruido en aritmética se sabe que en una progresion geométrica, cuyo primer término sea 1, se obtiene, multiplicando dos términos entre sí, un producto que es otro término de la misma série, cuyo lugar está determinado por la suma de los dos factores disminuido en la unidad, y que los números de los términos son los esponentes aumentados en una unidad, de las potencias del factor comun que entra en cada término. Si no se debiesen pues calcular más que los términos de una progresion geométrica, bastaria sumar ó restar los esponentes y dividirlos en lugar de multiplicarlos.

Esta verdad aplicable á un pequeño número de

(5) *Modus solvendi varios casus figurarum quadrilaterarum rectangularum per viam algebræ.* Este es el primer capítulo de la tercera disertacion de su *Tratado de geometria.*

(6) Descartes fué adelantado en esta notable esplicacion de la propiedad de las curvas por medio de las ecuaciones algebraicas, por el ragusiano Marin Ghetaldo, que aplicó la geometria á la solucion de las ecuaciones determinadas hasta el cuarto grado. *De resolutione et compositione mathematica, lib. quinque; opus posthumum.* Roma 1630. Un año después, Oughtred publicó en Lóndres las mismas soluciones en la *Clave matemática.*

casos, quiso Napier generalizarla, buscando una progresion geométrica, en la que todos los miembros naturales fuesen los términos: ahora bien, encontró que una série cuyo primer término fuese 10, y 10 el factor comun, respondia á su indagacion (7). Esta manera sencilla y muy poderosa de concebir todos los números como potencia de un mismo número, es el colmo de la sagacidad humana; y parecerá tanto más maravillosa, si se considera que el álgebra estaba entonces en su infancia, y que la teoria general de los exponentes estaba mal determinada. El mismo Napier no lo hubiera conseguido si no hubiera distinguido con exactitud la cantidad discreta de la continua, confundidas con bastante frecuencia. Dedujo que todo número puede presentarse como término de una progresion; que se podria, desde entonces, encontrando sus indicadores como los de una série comun, obtener su producto con ayuda de una suma. Consiguió este resultado con procedimientos muy ingeniosos, intercalando 6.931,472 medios proporcionales entre el 1 y el 2, y repitiendo esta larga operacion con todos los números primos, es decir, divisibles sólo por sí mismos y por la unidad; con respecto á los logaritmos de los múltiples, se encuentran con facilidad sumando los factores (8).

Esta invencion salió tan perfecta de manos de su autor, que la posteridad no ha tenido nada que añadirle. La única mejora material que recibió es la de Briggs, amigo y colaborador de Napier, que calculó una série diferente, y publicó una tabla de logaritmos de los mil primeros números (1618). Dió después á luz la aritmética logarítmica (1624), que contiene los de los números naturales hasta 20,000, y desde 90,000 hasta 100,000, calculados con 14 decimales, de manera que la diferencia es mínima. Expuso la importante ley, de que los coeficientes se forman en un binomio de una potencia exacta, verdad conocida ya por Stifels y Cardan. Dispuso tambien los logaritmos de los senos y tangentes para todos los grados y centésimos de grado del cuarto de círculo, pero dejó su obra imperfecta, y fué después publicada por Gellibrand. Cuando el librero holandés Vlacq imprimió la *Aritmética logarítmica* de Briggs (1633), llenó el intérvalo de los números entre 20,000 y 90,000 con logaritmos de once decimales: después publicó la *Trigonometria artificialis*, obra muy útil, como complemento de los trabajos de Briggs y Gellibrand. En la demostracion que Kleper dió de los logarítmos, disipó todas las dudas de los que no creian rigurosamente geométrica la esplicacion dada por Napier. Una vez establecida la prontitud en los razonamientos matemáticos con gran escándalo de los geómetras, pudo lanzarse el talento á la teoria de los infinitesimales, y prepararse para las verdades más sutiles de la abstraccion y las que son menos evidentes á los sentidos. Las tablas de logaritmos impresas después se han perfeccionado cada vez más. Seria de desear que se introdujesen en los usos del comercio, sobre todo en los cambios de las plazas, lo que los reduciria á una operacion de razones compuestas.

Geometria.—Llenos de respeto los geómetras hácia Euclides, se sujetaban á la tradicion. Publicóse en 1594, por Valentin Oto, el *Opus palatinum de triangulis*, de Joaquin Retico, notable por los cálculos trigonométricos, pero no se concluyó: las tangentes, las cuerdas y los senos no están calculados en él más que con diez decimales en lugar de quince. Pitisco, en 1613 llevó mucho más lejos la exactitud. El ragustiano Marin Ghetaldo puso los problemas que faltan en el Apolonio Perga; Lucas Valerio encontró el medio de determinar el centro de gravedad de todos los cuerpos formados por la revolucion de una seccion cónica.

La geometria moderna hacia al mismo tiempo progresos: menos precisa tal vez y menos clara que la antigua, las aplicaciones tenian mayor extension. Dos teoremas que comprenden todos los casos importantes de la revolucion de los triángulos esféricos, tienen el nombre de Napier.

En la *Nova stereometria doliorum* (1615), Kepler examina todos los sólidos que pueden resultar de la rotacion de un segmento de seccion cónica en derredor de una línea que no es su eje. Aunque no resuelva todos los problemas que propone, es una idea atrevida la de considerar el círculo como compuesto de una infinidad de triángulos que tienen su base en la circunferencia y su vértice en el centro; lo mismo al cono como á un conjunto de pirámides, y á un cilindro como una reunion de prismas. De esta manera, admitiendo los sólidos como compuestos de infinidad de superficies, la superficie de infinidad de líneas, y las líneas de infinidad de puntos, buscó la cuadratura del círculo y la capacidad de los toneles, entreviendo la teoria de los números infinitesimales.

Galileo habia adelantado más, al tratar de un cilindro cortado en hemisferio, en el *primer diá-*

---

(7) *Logaritmorum canonis descriptio, seu arithmeticarum supputationum mirabilis abbreviatio.* Edimburgo. Murió en 1612. Λόγων απιθμός, suma de las relaciones.

Arquímedes dió tal vez una idea de ello, pero de seguro la tuvo el aleman Stifels. Demuestra que si en una progresion geométrica se suman los esponentes de los dos términos de la série, se obtiene el del producto de estos términos. Así es, que si se compara la progresion geométrica 1, 2, 4, 8, 16, 32, 64, con la progresion aritmética... 0, 1, 2, 3, 4, 5, 6, que indican las potencias de la razon comun, se verá que sumando dos términos de esta última, como 2 y 4, se obtiene 6, al cual corresponde el 64, producido precisamente por 4×16, que en la série geométrica son superiores al 2 y al 4. Este hecho se esplica fácilmente con espresiones algebraicas; pero, sujetándose á la aritmética era considerado como el resultado de una propiedad misteriosa, que contribuye poco á facilitar el cálculo.

(8) Primero: Log. $10 = 2.3025850$; después, sustituyendo un 1.000,000, se obtiene el log $100 = 2.000,000$ y así sucesivamente; método adoptado generalmente, aunque no se haya abandonado del todo el primero *llamado hiperbólico*, porque espresa una propiedad de la hipérbole.

logo sobre la mecánica; se estendió tambien en particular sobre los cuerpos indivisibles en los *Diálogos sobre las nuevas ciencias*, pero confundió las ideas metafísicas de la cantidad visible, suponiéndola compuesta de cantidades indivisibles sin estension. No atreviéndose, pues, á firmar ni á negar que los infinitos pudiesen ser iguales entre sí, dice solamente que los términos que indican la igualdad ó el esceso no pueden aplicarse más que á cantidades fijas, y vuelve al método de exhaustion de Arquimedes (9).

Cavalieri, 1598-1647.—El milanés Cavalieri, profesor de matemáticas en Bolonia, en correspondencia con Galileo, resolvió el problema propuesto por Fermat, que tenia por objeto determinar el punto menos distante de tres dados, lo consiguió aplicando á la cuestion un teorema que da la cuadratura de todo triángulo esférico. Habia completado desde 1626 su método de los indivisibles que publicó en 1635 (*Geometria indivisibilium continuorum nova, quadam ratione promota*), está fundado en que los sólidos pueden considerarse como compuestos de infinidad de superficies colocadas una sobre otra, como elementos indivisibles, las superficies como un conjunto de líneas, y éstas como un conjunto de puntos; de esta manera se anticipaba á Kepler. Ya se sabia sumar una série infinita de términos en progresion aritmética, tal como la de los diámetros de los círculos decrecientes del cono, círculos que son como sus cuadrados. Cavalieri encontró que en términos infinitos la suma de los cuadrados descritos sobre líneas crecientes en progresion aritmética, corresponde precisamente al tercio del cuadrado mayor, multiplicado por el número de términos; ó de otra manera, que un cono es la tercera parte de un cilindro que tenga la misma base y la misma altura: demostracion que puede aplicarse igualmente á los demás sólidos. De esta manera abrió el camino á los grandes progresos de la geometria, y aunque se le ha atacado, fué la primera vez que lo infinito apareció en la geometria en forma sistemática. El mismo conoció que su método era un corolario del de exhaustion; pero confesaba que no sabia dar una demostracion rigorosa de él. No obstante, considerando á la línea, la superficie y el sólido, como producidos por el punto, por la línea y por la superficie, proporcionó á Newton la idea y el nombre del cálculo de las fluxiones.

Estas eran las nuevas conquistas de la geometria, que se aplicaba tambien generalmente á arduas investigaciones. De este número fué el problema de la cicloide, como se llama la curva descrita por un punto de círculo que se adelanta al mismo tiempo y gira en un plano horizontal. Su área fué tomada primero como un segmento de círculo: Galileo decia en 1639 haber pensado en él cuarenta años antes, pero sin ningun éxito. Mersenne lo propuso á Roberval, y este sábio le demostró que equivalia á tres veces el área del círculo generador (1634) (10). Habiendo oido hablar Descartes de este descubrimiento, dió una demostracion propiamente suya, como cosa fácil. Roberval decia que el conocimiento de su solucion le habia ayudado á encontrar la suya. Descartes inventó entonces las tangentes de la curva, después desafió á Roberval y á Fermat á que hiciesen otro tanto (11). Fermat lo consiguió; pero no le sucedió lo mismo á Roberval, á Galileo y Cavalieri: tan superior era este genio universal aun á los geómetras dedicados á lo que él no estudiaba más que accidentalmente. Descartes se sirvió, en este problema de las tangentes, del principio de Kepler, que consideraba la curva como un polígono de infinitos lados; de donde se sigue que un arco infinitamente pequeño está apreciado como igual de su cuerda.

Descartes esplicó después el poder de los símbolos algebraicos designados de una manera oscura y cansada, que en su mayor parte se resolvian en formas irracionales y hasta imposibles. Ya se abreviaba la demostracion geométrica con el empleo de números ó letras, en lugar de líneas ó rectángulos divisibles en partes alícuotas. Se conoció después que los números irracionales representan cantidades inconmensurables, y que en su consecuencia la diagonal de un cuadrado que tiene la unidad por lado estará representada por la raiz de dos. Los cálculos numéricos y algebraicos se aplicaron cada vez más á los problemas relativos á los espacios; pero no se operaban en sentido inverso, es decir, que no se aplicaban las fórmulas algebraicas á la construccion de las curvas, y no se pensaba en lugar de espresar con el álgebra á figuras geométricas, en trasformar el álgebra á estas figuras.

Descartes estableció que toda curva geométrica tenia su propia ecuacion fundamental, que espresaba la relacion constante entre la abcisa y la ordenada; que una ecuacion simple sólo puede espresar la relacion de las líneas rectas; que la solucion de una ecuacion cuadrática debe encontrarse en una de las cuatro secciones cónicas, y que las potencias más elevadas de una incógnita conducen á curvas de órden superior. Doctrina fecunda que le fué disputada como todos los demás descubrimientos geométricos, aunque parezca que una vez indicado el camino, llegó con sus propias fuerzas al mismo punto que Harriott y Vieta. En efecto, si en las discusiones que tuvo con Fermat, talento geométrico lleno de vigor y sin pretensiones, se muestra Descartes, sobre todo á propósito de las tangentes de las curvas, irritable

(9) Fabroni, *Vitæ italorum*, I, 272.

(10) Toricelli consiguió la misma solucion, sin tener conocimiento de la suya

(11) En el libro siguiente, capítulo XLII, volveremos á hablar de estos hombres ilustres.

é injusto, es necesario confesar que tambien fueron injustos con él principalmente en su pais, donde no se reconocia la gran importancia de su nueva geometria.

Astronomia.—Las matemáticas aplicadas á la astronomia se dirigian á arrancarla de los errores tan antiguos como el mundo. Tolomeo ejercia aun en esta ciencia la autoridad soberana, enseñando la inmovilidad de la tierra, en cuyo derredor giraban los planetas: y aunque es verdad que no se conocieron hasta más tarde los fenómenos cuya esplicacion hubiera sido imposible á los sectarios de Tolomeo, era preciso en su sistema tal complicacion de cambios y vueltas, que Alfonso el Sábio pudo decir con razon, que hubiera sugerido alguna cosa más sencilla á Dios, si hubiese asistido á la creacion.

Ya con objeto de encontrar una esplicacion menos embarazada de los fenómenos celestes, habia emitido varias hipótesis separadas de la centralidad de la tierra. Los egipcios supusieron que Mercurio y Venus se movian en rededor del sol; Apolonio de Perga hizo girar á todos los astros en derredor tambien del sol, aunque admitiendo su movimiento circular en derredor de la tierra; sistema adoptado después por Tycho-Brahe. Heráclides y toda la escuela jónica habian dado á la tierra el movimiento de rotacion. Los pitagóricos la derribaron de su inmóvil trono para colocar en él al sol, que es la más resplandeciente imágen del Creador. El mismo Tolomeo confesaba que el movimiento de la tierra, «segun la doctrina más sencilla,» (12) proporcionaria una razon que satisfaciese á los fenómenos celestes, si no repugnaba á lo que pasa en el globo y en los aires.

En efecto, prescindiendo del testimonio de los sentidos á los que repugna, ¿por qué si la tierra se mueve el terrible rumbo no se deja sentir? ¿Cómo las nubes no desaparecen con rapidez á nuestra vista? ¿Cómo el pájaro que se eleva por los aires vuelve á encontrar su nido? ¿Cómo la piedra que se lanza no cae muy lejos del punto de partida? ¿Cómo un barco puede navegar hácia Oriente á pesar del torbellino del aire que le seria preciso hendir, y que deberia llevarse consigo todo lo que existe sobre la superficie de la tiera? Estas absurdas objeciones eran el resultado de ignorar la gravedad del aire. Esto es lo que hizo prevalecer la teoria, á la cual se la dió el nombre de Tolomeo. Nunca fué puesta en duda por los árabes tan respetuosos para con los nombres. (13). Algunos cristianos que sostuvieron lo contrario, apenas fueron escuchados; pero no por eso reprobados.

Como los antiguos éticos tenian por dogma que Dios habia criado la tierra, como lugar de expiacion para los hombres que habian pecado en una vida anterior, resultaba que todos los cuerpos celestes se habian hecho para servicio de este planeta, que inmóvil en el centro como una reina, recibia de ellos la luz, el calor y la belleza. El Génesis, por el contrario, decia que el hombre habia sido creado después de todas las obras, y esto escluia la idea de que hubiesen sido arreglados para él, y decia que Dios habia descansado el sétimo dia, es decir, que habia dejado las cosas dirigirse por las fuerzas que habia coordinado entre sí (14). Contemplando, pues, la disposicion de los cielos, ningun dogma obliga á creer que la tierra estuviese quieta ó girase; podia buscarse libremente cuál órden estaba más en relacion con la perfeccion de las obras divinas, y con la sencillez de los medios que atestiguan la sabiduria ordenadora. Así era que de tiempo en tiempo se elevaba alguna voz para reanimar la idea pitagórica; y esta doctrina se profundizaba sin escitar escándalo en los claustros ni entre los prelados. Si bien es verdad que algunos pasajes de la Escritura aluden á la estabilidad de la tierra, todo católico sabe que este divino libro no se dió para satisfacer la curiosidad del hombre. El mismo san Agustin habia dicho: «Creemos poder establecer que todo lo que ha podido ser demostrado como argumentos verdaderos concernientes á la naturaleza de las cosas no está en contradiccion con la Sagrada Escritura» (15). Santo Tomás de Aquino dice tambien que «es muy dañoso querer sostener ó negar lo que es indiferente á la doctrina y á la piedad, como cosa concerniente á la santa doctrina» (16).

---

(12) Κατὰ τὴν ἀπολουτεστέραν ἐπιβολήν. Lib. I, cap. 7.

(13) Resulta de la astronomia de Ouloug-beygs, cuyas *tablas* han sido traducidas por Sedillot, que la trigonometria de los tártaros es la misma que la de los árabes, y que sus teorias astronómicas no son otras que las de Tolomeo, con algunas mejoras en las constantes. Sin embargo, un fragmento de Calvini indica algo semejante á la atraccion newtoniana.

«Algunos discípulos de Pitágoras sostenian que la tierra giraba continuamente y que el movimiento de las estrellas no era más que una apariencia producida por la rotacion del globo. Otros suponian á la tierra suspendida en el universo, á una distancia igual de todos los puntos y atraida por el firmamento, de manera que pueda permanecer en perfecto equilibrio; y así como el iman atrae al hierro por su propia naturaleza, el firmamento obraba del mismo modo sobre el globo terrestre, que atraido por todas partes con iguales fuerzas permanece suspendido en el centro.»

(14) Se lee en *Zohar*, el libro más célebre de los cabalistas, que no puede ser posterior al siglo XIII, suponiendo la falsedad de su orígen antiguo el pasaje siguiente, parte III: «Se aprende en el libro de Chamnuna el viejo, con esplicaciones muy estensas, que toda la tierra gira sobre sí misma en forma de círculo: unos están en alto, otros en bajo; todas las criaturas cambian de aspecto segun el aire de cada lugar, conservando siempre la misma posicion; ciertos paises están iluminados al paso que otros están en las tinieblas; en unos es de dia cuando en otros de noche, y hay paises donde constantemente es de dia, ó la noche no dura más que pocos instantes.»

(15) L. I del Génesis.

(16) Opp. X, art. XXXI.

Copérnico, 1473-1543.—Nicolás de Cusa, que preconizó el sistema pitagórico (17), fué hecho cardenal. Habiendo ido á Bolonia Nicolás Copérnico, de Thorn, para aprender la astronomia con Domingo Mazia, obtuvo una cátedra en Roma donde se favorecia esta ciencia, en atencion á que se ocupaban en reformar el calendario; afamados prelados le inclinaron á publicar su sistema. Habia llegado á coordinarlo por medio de la hipótesis, orígen de los descubrimientos capitales, en lugar de recurrir á razonamientos áridos, se ayudó con este argumento metafísico: que la naturaleza opera siempre por las vias más sencillas, y que su belleza, su sencillez se revelan particularmente en el sistema de Pitágoras. La esfera, dice, es la más perfecta de las figuras, luego el mundo es esférico, los planetas son esféricos, y sus movimientos circulares, pues sólo el círculo puede producir movimientos regulares. Los cuerpos celestes (otra hipótesis) aumentan de tamaño, segun sean más ó menos largas sus revoluciones. Admite tambien como hipótesis la gravitacion, es decir, la atraccion de la materia estendiéndola tal vez á los cuerpos celestes (18).

Copérnico no inventó, pues, pero redujo la doctrina de Pitágoras á un conjunto coordinado tal como convenia á los sábios, y tan sencillo, que los progresos de los conocimientos no reclamaron otro para dar razon de los nuevos fenómenos observados. El movimiento diurno esplicaba el regular de la multitud de astros, diseminados en el cielo, de diferente naturaleza, y sin embargo, reunidos todos en una revolucion comun. El movimiento anual suprime las estaciones estravagantes y las retrogradaciones. Da además el medio de medir las distancias relativas de los planetas por relacion al sol con ayuda de una inmensa triangulacion que tiene por base el eje de la órbita terrestre. La lenta variacion de las estrellas, en declinacion y en ascension, depende de los simples movimientos del ecuador de la tierra.

Copérnico dedicó sus *Revoluciones de los orbes celestes* (1543) á Paulo III, y en la dedicatoria apellida absurda la creencia de la inmovilidad de la tierra; y «si cualquier necio, dice, desprovisto de conocimientos matemáticos, pretende condenar mi obra por no estar conforme con algun pasaje de la Escritura, porque él se empeñe en que no lo esté, despreciaré sus vanos ataques. Lactancio ha dicho mil necedades sobre la forma de la tierra, pero en asuntos de matemáticas sólo pueden escribir los matemáticos.» Contra los juicios falsos y las injurias de los calumniadores pidió proteccion al jefe de la Iglesia, con tanto mayor motivo cuanto que la Iglesia podia sacar gran utilidad de sus indagaciones acerca de la duracion del año, y los movimientos de la luna. Apenas vió su obra la luz pública, Copérnico murió; pero en el mismo año, Lelio Calcagnini habia publicado un libro para probar *quod cœlum stet, terra autem moveatur.* En 1548 Diego de Estúñiga, ilustre teólogo de Salamanca, de la órden de agustinos, publicó un comentario de Job, aprobado segun costumbre, y dedicado á Felipe II, en el que dice, esplicando el versículo *Qui commovet terram de loco suo.* «Este difícil pasaje obtendria bastante luz de la sentencia de los pitagóricos, que la tierra se mueve por su naturaleza, y no se pueden esplicar de otra manera los movimientos de las estrellas, que un largo retardo ó una gran aceleracion hace parecer desacordes... Copérnico ha esplicado de esta manera en nuestros dias el curso de los planetas; y ciertamente se determina mejor con su doctrina que con la *Sintaxis* de Tolomeo el lugar de los planetas. Ningun pasaje de la Escritura dice con tanta claridad que la tierra está quieta, como este pasaje de Job dice que se mueve.» (19) Antes de ellos encontrándose en Roma Juan Alberto Widmanstadt en el año de 1533, y en presencia de Clemente VII, de dos cardenales y de otros personajes ilustres, expuso el sistema pitagórico, y el papa le dió en recompensa un hermoso manuscrito griego de la obra *De sensu et sensibili* de que Alejandro Afrodisio, que se conserva en el dia en Munich, y en el cual mencionó este hecho con su propia mano.

Ticho-Brahe, 1546-1601.—Miente, pues, quien suponga á la Iglesia enemiga de una doctrina que no la ofendia. Propagóse, sin embargo, lentamente porque era contrariada por el testimonio de los sentidos, y las preocupaciones de los sabios que sentian tener que olvidar lo que habian aprendido, y renegar de su fe en Tolomeo y Aristóteles. El danés Ticho-Brahe pretendió conciliarlos; consumió

---

(17) Creia además que la tierra, del mismo modo que el sol, se movia al rededor del polo del mundo, que es incesantemente variable. Véase CLEMENTE, *Jordan Bruno y Nicolás de Cusa*, 1817, pág. 97.

(18) *Gravitatem esse affectionem, non terræ totius, sed partium ejus propriam, qualem soli etiam et lunæ cæterisque astris convenire credibile est.*

(19) V. DIDACE á STUÑIGA *Salamanticensis in Job Commentaria*, etc. Toledo, Rodrigo, 1584. *Hic locus quidem difficilis videtur, valdeque illustraretur ex pythagoricorum sententia; existimantium terram moveri natura sua, nec aliter posse stellarum motus tam longa tarditate et celeritate dissimiles, explicari; quam sententiam tenuit Philolaus, et Heraclides Ponticus, ut refert Plutarchus lib. De placit. philos.; quos seculus est Numa Pompilius, et quod magis miror, Plato divinus senex factus. Nostro vero tempore Copernicus juxta hanc sententiam planetarum cursus declarat. Nec dubium est quin longe melius et certius planetarum loca ex ejus doctrina, quam ex Ptolomei magna compositione et aliorum platicis reperiantur;* pág. 205.—Y después: *Nullus dabitur scripturæ sacrosanctæ locus, qui tam aperte dicat terram non moveri, quam hic moveri dicit. Justa igitur hanc sententiam, facile locus hic de quo verba facimus declaratur, ut ostendat mirabilem Dei potentiam atque sapientiam, qui terram, cum gravissima natura sit, universam notu cicat atque agat.*

veinte años en el observatorio de Uraniemburgo, construido para él por Federico III, en estudiar el cielo con ayuda de medios muy superiores á Copérnico. Segun él, los cinco planetas se mueven en rededor del sol, pero éste y la luna giran en rededor de la tierra. Este sistema medio no tuvo éxito, en atencion á que los que se colocaban al lado de la autoridad adoptaron la opinion de Tolomeo, y los que estudiaban la de Copérnico.

Ticho, sin embargo, figura entre los grandes hombres y entre los desgraciados. Lleno de supersticion, y astrólogo alquimista, inventó un nuevo elíxir, y á fuerza de hacer contorsiones y aspavientos queria pasar por mago. El enlace que contrajo con una hija del pueblo acabó de enemistarle con su familia. En cuanto á su ciencia, diremos que las disputas entre los tolomeistas y los modernos no podian decidirse sino mediante nuevas observaciones, pues las precedentes esplicábanse igualmente en los dos sistemas; y esta es la mision que se impuso Ticho-Brahe. Fijóse y notó primeramente la decreciente oblicuidad de la eclíptica, descubrió mucha desigualdad en el movimiento de la luna y determinó sus leyes, que es una de sus mayores glorias; demostró mediante la paralaje de los cometas, que éstos estaban más allá de la órbita de la luna, y que por tanto los cielos no eran esferas sólidas y trasparentes; y le ocurrió la idea de los elipses de aquéllos al rededor del sol; hizo la primera tabla de refracciones, comprensiva sólo de 45° de altura, pues á mayor elevacion la refraccion sólo producia efectos insensibles antes que se descubriese el telescopio. Más notable es el catálogo de setecientas setenta y siete estrellas, el primero que emprendieron los modernos, al que Kepler añadió doscientas veinte y tres en vista de los manuscritos de Ticho. Haciánse todas estas observaciones con instrumentos fuera del meridiano, acomodadas al fatigoso método de las distancias: tampoco se habian aun aplicado los lentes á los instrumentos de medida; por lo que es más notable la exactitud de sus cálculos (20).

Kepler, 1571-1631.—Iluminar el sendero de esta ciencia y reducir á ciencia las hipótesis, es lo que constituye el mérito de Galileo y de Juan Kepler, natural de Wal. Cuando se estudia á Kepler, choca el sentimiento religioso que anima todos sus descubrimientos. No sólo hacemos alusion á las oraciones y á las aspiraciones con que comienza ó termina sus trabajos, y á los cuales se entrega tambien encantado con el descubrimiento, sino todo lo que hace es dirigido por el pensamiento piadoso de que reina en todas las partes del mundo una perfecta armonia, y un ser infinitamente bueno, inteligente y perfecto no ha podido mostrarse de otra manera en sus obras. Habiendo aprendido de Moestling, su maestro, las hipótesis de Copérnico, las afirmó con la fe que caracteriza toda su vida literaria; ruega á Dios le ayude á hacer algun gran descubrimiento que le pruebe y manifieste la sabiduria infinita y poder del Criador.

Habia aceptado primero los métodos metafísicos de Aristóteles, la armonia de los números de Pitágoras, las ideas de Platon bajo las formas absolutas y architipos. Sobre esta base es como habia concebido su *Armonia universal*, como si en el órden del mundo Dios hubiese querido producir una demostracion figurativa de la trinidad en el sol, las estrellas y el sistema planetario. Le pareció después que ordenando los planetas entre sí, Dios habia concebido la idea de los cinco poliedros regulares; en su consecuencia estableció que los espacios entre las órbitas planetarias habian sido determinados por el Criador con arreglo á estas formas regulares: el cubo entre Saturno y Júpiter, el tetraedro entre Júpiter y Marte; el dodecaedro entre Marte y la tierra; el icosaedro entre la tierra y Venus; el octeadro entre Venus y Mercurio; admitia además que una alma motriz dirigia la marcha de cada planeta en una órbita precisamente circular, en atencion á que esta figura es la única perfecta, la única digna de las inteligencias que le dan impulso. Pero pronto sospechó que esta armonia universal podia existir, no en los mismos seres, sino en ciertas relaciones armónicas. Abandonando entonces las formas absolutas para dedicarse á buscar las proporciones, abrió el campo en que se señaló como creador de la astronomia moderna.

Supuso primero que las distancias intermedias de los planetas con el sol, no podian ser puramente arbitrarias; pero por más que se dedicó á encontrar una relacion entre los rayos vectores, no halló la proporcion. Su conviccion era, sin embargo, tan grande con respecto á esto, que afirmó en que se concluiria por encontrar planetas intermedios aun desconocidos; lo que se ha verificado dos siglos después con el descubrimiento de las asteroides. Supuso después una proporcion entre la longitud de los rayos y el tiempo de las revoluciones planetarias; consiguió en fin, después de veinte y dos años de continuos y obstinados ensayos (1618), el establecer esta insigne ley: «Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones son proporcionales á los cubos de los grandes ejes planetarios.» Estaba tan convencido de la disposicion orgánica del universo, que le bastó haber descubierto esta ley para demostrar la seguridad del sistema de Copérnico en contra de los de Tolomeo y Tycho-Brahe.

Habiendo calculado las sucesivas posiciones de Marte, con arreglo á las observaciones del astrónomo danés, como las encontrase rebeldes á la teoria, entonces general, de la perfecta circularidad de las órbitas, se atrevió á negarla; pero la observacion le manifestó que Marte está unas veces más

(20) Kepler añadió tambien al catálogo de Ticho las estrellas australes, cuyas distancias angulares habian sido medidas en Java y Sumatra por Federico Hotman y Pedro Teodorí.

y otras menos distante del sol, y que su celeridad, en lugar de ser uniforme, era proporcional á estas distancias; sacando en consecuencia que las órbitas eran ovaladas. La espresion regular de esta curva estuvo mucho tiempo oculta para él; pero en fin, descubrió esta segunda ley: «Las órbitas de los planetas son elipses en las que el sol ocupa uno de los focos.»

Quedaba que hallar la relacion entre la creciente y la decreciente de la celeridad angular de un planeta y de sus rayos vectores. Ahora bien, los principios del cálculo infinitesimal le proporcionaron formular la tercera ley. «Las áreas descritas por los rayos vectores son siempre proporcionales al tiempo empleado en describirlas.»

Colocó, pues, entonces el sol en el centro del mundo; en su rededor los planetas, á distancias armónicamente crecientes, describen elipses que tienen un foco comun, movidos todos en el mismo sentido, que es el del sol al rededor de su eje. Las mismas variaciones de área y tiempo sufren una ley positiva; y de todo resulta una armonia universal, que no puede provenir más que de una voluntad ordenadora. Creyó ver sucumbir su sistema, cuando se estendió la noticia de que Galileo habia descubierto cuatro nuevos planetas; pero cuando supo que eran satélites de Júpiter, tuvo un nuevo argumento de la sabiduria del Creador; pues si habia dotado á este planeta de cuatro satélites cuando la tierra no tenia más que uno, era la verdadera prueba de que ésta no era el planeta más importante de nuestro sistema solar.

Sus descubrimientos eran producidos de continuo por la misma idea; siempre brillaban á sus ojos, como inspiraciones del cielo, y los convertia en himnos al eterno geómetra (21.) El *Organo* de Bacon, los esperimentos, las inducciones ¿eran acaso lo que habia contribuido á impulsar tanto á este gran talento? ¿ó no era más bien la hipótesis empleada con prudencia y sin obstinacion? Se decia á Copérnico: «Si vuestra teoria fuese cierta, Venus tendria sus fases como la luna; lo que no sucede.» Y Copérnico contestaba: «Teneis razon, no sé qué deciros, pero Dios nos hará la gracia de que encontremos una respuesta á vuestra objecion.» En efecto, se ha hallado. No fué la esperiencia la que hizo que Euler descubriese que la eclíptica, á pesar de las variaciones y de su inclinacion, no se confundirá nunca con el ecuador; y hubiera sido necesario aguardar muchos siglos antes de que los trópicos comenzasen á separarse. Kepler dedujo precisamente sus grandes ideas de estas causas finales que desecha el canciller inglés, convencido que las cosas debian ser así, porque eran más racionales. No se vé sobre todo como la tercera ley se derivaba de la observacion y de los conocimientos anteriores. Las distancias intermedias de los planetas al sol y las épocas de su revolucion deben estar reguladas por una analogia universal comparándola á los cuerpos geométricos regulares ó con intérvalos de la escala tónica; y después de diez y siete años, descubre que los cuadrados de estos tonos son entre sí como los cubos de los grandes ejes de las órbitas.

Con ayuda de análogas hipótesis, encuentra que la órbita lunar está constantemente inclinada al plano de la eclíptica; y aunque las observaciones anteriores, las grandes latitudes de la luna y la oblicuidad de la eclíptica parecen repugnarle, no quiere abandonar su suposicion: un siglo después se ha demostrado que éste es el resultado necesario de la pesadez universal.

El mismo publicó todos los errores y los falsos juicios que le condujeron al descubrimiento de la verdad y causa asombro oirle referir las tentativas á que debió sus dos grandes conquistas; que la órbita de Marte es una elipse, en uno de cuyos focos se halla el sol, y que el tiempo empleado en describir un arco es proporcional al espacio que media entre la curva y dos líneas rectas tiradas desde el sol á las estremidades del arco. Estas leyes y las exactas nociones sobre la gravitacion que se encuentran en aquella obra, hacen que se le considere como precursor de Newton y Laplace, y fundador de la mecánica celeste. Si bien fué afortunado al hacer semejantes descubrimientos, lo mereció tanto por su constante trabajo como por la ingenuidad con que esponia su hipótesis, aun cuando estuviesen en contradiccion con los nuevos conocimientos. De este modo descubrió las leyes naturales que Newton debia esplicar después y demostrar teóricamente como resultados necesarios de una fuerza única.

Galileo, 1564-1642.—El pisano Galileo Galilei siguió diferente camino, aplicando á la indagacion de la verdad una escrupulosa observacion y los instrumentos; inclinó la ciencia al buen camino, no permitiéndole aceptar ningun hecho sin examinarlo (22). Puede, pues, proclamársele sin temor de ser contradicho, como el restaurador de la filosofia de las ciencias, y comprender cuál era su idea

(21) Véase BUCHEZ, *Ensayo de un tratado completo de filosofia*, etc. II, 190. Estas son las espresiones de Kepler: «Hace ocho meses veo la luz... Hace algunos dias contemplo el más admirable sol... Esta idea se me ocurrió el 8 de marzo de 1618: mal calculada, fué rechazada como falsa; se me volvió á ocurrir con más fuerza el 15 de mayo, y todas las tinieblas se disiparon... Confieso haber robado todos los vasos de oro de los egipcios, para hacer á mi Dios un tabernáculo lejos de los confines de Egipto.»

(22) Galileo trató de determinar los límites de la autoridad y de la esperiencia, en una carta dirigida á la duquesa de Toscana.

«Soy de parecer que la autoridad de las Sagradas Escrituras tuvieron principalmente por objeto persuadir á los hombres de estos artículos y proposiciones que escediéndose á todo talento humano, no podian hacerse creibles por otra ciencia ni otro medio que por la boca del mismo Espíritu Santo... Pero no me parece necesario creer que

cuando decia haber estudiado más años la filosofia que meses las matemáticas. Repudiar toda autoridad; preferir la esperiencia al razonamiento; descuidar las indagaciones de la esencia de las cosas; no querer más que la pura verdad, y someter al cálculo la apreciacion geométrica; considerar la duda como *madre de los descubrimientos* y camino de la verdad en atencion á que la lógica puede demostrar lo que se ha encontrado, pero no hallar nada por sí misma; tal fué su método: puso tambien en práctica lo que Bacon redujo después á teoria y lo que aplicó en tan corto grado.

Dedicóse, pues, Galileo á multiplicar la fuerza y precision de los sentidos con ayuda de los instrumentos. A él pertenece la invencion de los termómetros, la de los compases proporcionales y otros muchos medios con que se preparó á sus descubrimientos celestes. Concedia un admirable cuidado á la aplicacion de sus invenciones. Cuando encontró el isocronismo del péndulo, le empleó en medir las pulsaciones de la arteria y el tiempo: adaptó los teoremas geométricos á las máquinas y á las fortificaciones, sobre las cuales escribió una obra que ha permanecido inédita hasta nuestros dias; tambien le sirvieron para establecer en la música las leyes de la consonancia y de la disonancia, como tambien las de los colores, en el tratado de *Visu et coloribus*, que se ha perdido.

Mecánica.—La mecánica, que habia permanecido estacionaria desde Arquímedes, habia llegado á ser un juego en tiempo de Aristóteles. Se decia que la bala describia, al salir del cañon, dos lados de un paralelógramo; Tartaglia lo negaba, pero para sostener que la línea recta descrita en su primera salida, y la que forma en su descenso son tangentes de un arco de círculo. Viendo Cardan que la fuerza necesaria para sostener un peso en un plano inclinado está reducida á cero en un plano horizontal, al paso que es igual al peso en otro perpendicular, concluyó que esta fuerza variaba en razon directa del ángulo que el plano forma con el horizonte. Benedetti de Turin habia concebido una idea mejor: atribuia la fuerza centrífuga de los cuerpos á su inclinacion á moverse en línea recta; determinó la ley del equilibrio por la palanca oblicua, y comprendió el movimiento compuesto (23).

Pero Galileo fué el primero que sentó los verdaderos principios de la *Ciencia mecánica*, en la que trata de la estática, y en la *Ciencia nueva* de la dinámica. La mecánica es además deudora á su teorema del equilibrio de los pesos desiguales ó de las velocidades virtuales, de haber podido asegurar el éxito de sus esfuerzos contra la debilidad y el exceso.

En la dinámica, se decia con Aristóteles, que la caida de los cuerpos graves se acelera en razon directa de su peso, y en razon inversa de la densidad del medio. En fin, Galileo encontró con ayuda de la experiencia más bien que por teorema, que el algodon y el plomo caerian en el vacio con igual celeridad, y dió la ley de la aceleracion de los cuerpos y de su descenso sobre planos inclinados; enseñó que era preciso una fuerza mayor que el obstáculo para hacer mover un peso, ó suplirle con una mayór velocidad. Demostró después con razonamientos, que los espacios recorridos en el descenso son como los cuadrados de los tiempos, y se aumentan en proporcion de los números impares; y que todo el espacio es la mitad del que se hubiera recorrido uniformemente si desde el principio hubiese tenido la celeridad final.

De estas reglas del movimiento acelerado y retardado dedujo corolarios de gran importancia. Aunque el principio del movimiento compuesto se encuentra indicado en Aristóteles é implicitamente en los razonamientos de otros escritores sobre la mecánica, ningun moderno parece haber hecho uso de él hasta el momento en que Galileo le empleó en demostrar que el movimiento de los proyectiles es parabólico, lo que le hizo comprender el de flujo curvilíneo producido por fuerzas que operan en tiempos infinitamente pequeños. Probó que los cuerpos descendiendo por un plano inclinado, invierten tanto tiempo como en caer de igual altura; examinó las relaciones de duracion de las vibraciones entre péndulos de desigual longitud, sin conseguir, no obstante, la precision geométrica; desarrolló un principio nuevo concerniente á la resistencia de los sólidos y á la fractura de sus partes, principio desechado orgullosamente por Descartes, pero admitido en el dia.

¿Cuál es el físico que puede glorificarse de tantas conquistas en la dinámica? Parece sin embargo que deben más bien admirarse sus razonamientos que sus descubrimientos, y la série de ideas ex-

---

Dios, que nos ha dotado de sentido, palabra é inteligencia, haya querido con preferencia al uso de estos dones, procurarnos por otro medio las nociones que podian proporcionárnoslas de tal manera, que estas conclusiones naturales, que la esperiencia de los sentidos y de las demostraciones necesarias ofrecen á nuestra vista y á nuestra esperiencia, tuviesen que negarse por los sentidos y por la razon... Me parece que no se debia partir, en la discusion de los problemas naturales, de la autoridad de las Escrituras, sino de las esperiencias sensatas y de las demostraciones necesarias; porque procediendo igualmente del Verbo Divino tanto la Sagrada Escritura como la naturaleza, la primera ha sido dictada por el Espíritu Santo, y la segunda es ejecutora de las órdenes de Dios... Parece que el que se ha ofrecido á nuestros ojos por los efectos naturales ó por la esperiencia razonada, como tambien las demostraciones necesarias que resultan, no deben de ningun modo ponerse en duda, ni menos condenarse, con el pretesto de que pasajes de la Escritura parecen contener espresiones en sentido opuesto, pues cada palabra de la referida Escritura no se sujeta á obligaciones tan severas como los efectos de la naturaleza,» etc.

(23) Véase MONTUCLA, p. 693.

puestas con elegancia á veces algo prolija, sin olvidar los métodos que enseñó y los errores que señaló (24); con esto diremos que Kepler es uno de los grandes hombres que pudo conseguir arrancar por fuerza á la naturaleza importantes verdades, pero no ofrecer un método de que los demás puedan aprovecharse; al paso que Galileo fue más grande por los descubrimientos que preparó, que por los que él mismo hizo.

Mucho le hubiera agradado estar conforme con el sistema de Copérnico, á fin de debilitar la autoridad de Aristóteles, pero no creyó en él hasta que no llegó á una edad madura. El mismo dice: «Habia yo concluido la filosofía, cuando vino á Rostock un tal Cristian Vurstizio, discípulo de Copérnico, que dió unas cuantas lecciones sobre el sistema de éste en una academia á que acudia un numeroso auditorio. Yo creí que la mayor parte cederian al atractivo de la novedad, y convencido de que tal sistema habia nacido de la cabeza de un loco deseoso de celebridad, no quise asistir á la academia. Pregunté á algunos de los concurrentes, y todos me dijeron que iban á ella para divertirse. Uno solo me aseguró que nada tenia de ridículo; y como yo le conocia por hombre juicioso y reservado, sentí haber perdido las lecciones de Cristian, y preguntaba á los partidarios de Copérnico si siempre habian tenido la misma opinion. Todos me aseguraban que habian seguido lo contrario por mucho tiempo, y que sólo la fuerza de los argumentos les habia hecho variar. Les hice objeciones en contra, y al oir sus respuestas, me convencí de que no habian adoptado aquellas ideas por ignorancia ni ligereza. Por otra parte, cuando preguntaba á los peripatéticos y partidarios de Tolomeo si habian leido á Copérnico, me convencia de que no, ó de que no le habian comprendido. Principié por tanto á creer que cuando un hombre repudia una opinion que ha mamado con la leche y que es comun al mayor número, para abrazar otra que cuenta pocos prosélitos, anatematizada por las escuelas y tenida por una paradoja, debe haber sido impulsado y casi violentado á tal adhesion por argumentos irresistibles; y me entró gran deseo de conocer la cuestion á fondo.» (25) Sin embargo, aun después de convencido de que aquel sistema era el verdadero, no se atrevia á profesarle ostensiblemente por miedo de las burlas con que, entonces como ahora, persigue el vulgo á los que le aventajan (26). En efecto, no obtuvo en Pisa más que la befa, y pasó á Padua, donde existia un gobierno que permitia en las opiniones filosóficas una libertad que negaba á las ideas políticas (27).

Habiendo oido decir que se habia inventado en Holanda una especie de instrumento que aumentaba el volúmen de los objetos distantes, estudió las leyes de la refraccion; y sus trabajos le hicieron, en fin, reconocer que un vidrio convexo y otro cóncavo, colocados en las dos estremidades de un tubo, aumentaban hasta treinta veces el volúmen de un objeto. Un instrumento de esta clase que regaló al senado de Venecia, le valió en recompensa una pension de 1,000 florines de la república. Es curioso leer con cuánto empeño querian todos aplicar el ojo á aquel intrumento que después Demesiano llamó telescopio. Sirturi construyó otro y se subió á la torre de San Márcos para hacer observaciones, libre de la multitud; pero le vieron y subieron en tropel á mirar por el telescopio, y tuvo que dejarlos mirar por espacio de algunas horas; viendo lo cual y á fin de sustraerse á los curiosos, huyó de la ciudad (28). En breve aparecieron en Venecia gran número de fabricantes de anteojos muy buscados en todas partes por los aficionados á las novedades; pero Galileo los empleaba en cosas útiles; y diez meses después publicaba el *Nuntius sidereus*, lleno de descubrimientos más admirables que los que se han hecho nunca con instrumentos más perfeccionados (29).

Observando el globo de la luna, encuentran su

---

(24) Aunque los ingleses sean, por patriotismo, entusiastas de Bacon y de Harriott, su lealtad tributa manifiesto testimonio á Galileo, como se puede ver en la vida de este grande hombre publicada últimamente por Drinkwater Bethune, en la *Introduction of the litterature of Europe*, etc. de Hallam en el *Preliminary, disertation to Encyclop. Brit.* de Playfair. «De todos los escritores, dice este último, que han vivido en la época en que el espíritu humano vencia los obstáculos que le imponia la ignorancia y la barbarie, Galileo, más que ningun otro, ha sabido conocer la verdadera filosofía, y permanecido más exento de la corrupcion de la época, con relacion al gusto, á las ideas y á las opiniones.»

(25) *Systema cosmicum*. Dial. II, pág. 121.

(26) Escribia á Kepler: *Multas conscripsi et rationes et argumentorum in contrarium eversiones, quas tamen in lucem imicusque proferre non sum ausus, fortuna ipsius Copernici præceptoris nostri perterritus; qui, licet sibi apud aliquos immortalem famam paraverit, apud infinitos tamen (tantus enim est stultorum numerus) ridendus et explodendus prodiit.* Klepleri, Ep., t. II, pág. 69. Leipzig, 1718.

(27) Fabroni refiere que un mal intencionado denunció al Senado veneciano que Galileo vivia cometiendo adulterio con Marina Gamba; y aquel formidable Senado contestó que si era verdad necesitaria nuevos recursos para sostener su familia; y en su consecuencia aumentó su pension hasta 320 florines. Tuvo en efecto dos hijos y una hija fuera de matrimonio.

(28) *Del telescopio*, pág. 486.

(29) En el colegio romano existen manuscritas (Código B, f. 15) algunas cartas de Galileo dirigidas al ilustre matemático y teólogo jesuita Cristóbal Clavio, de Bamberg, uno de los reformadores del calendario. Copiamos la siguiente para manifestar cuán imperfectos eran los medios de que se valia en sus observaciones.

«Reverendísimo señor y venerable padre:

»Ya es tiempo de romper el silencio que la pluma, más bien que el pensamiento, ha guardado con V. R.; y lo rompo ahora que me hallo en mi querida Florencia por gracia

superficie y contornos escabrosos, y supone que existen en ella montañas, de las cuales algunas son más elevadas que las nuestras, deduciéndolo de los diferentes tiempos y grados con que reflejaban los rayos solares, creia que los planetas eran cuerpos redondos como la luna, al paso que las estrellas fijas le parecian, no discos, sino cuerpos luminosos de que salian los rayos. En las Pléyades cuenta más de cuarenta estrellas; la via lactea le parece un conjunto de estrellas, y asimismo la nebulosa Orion. Apercibe al rededor de Júpiter cuatro astros más pequeños, que al dia siguiente cambian de lugar y declara que son lunas (30). De esta manera descubrió (31) el hermoso sistema que ofrece en pequeño la imágen del solar, al cual se refiere, y presenta á la vista de una vez la disposicion de las partes que en el sistema planetario no discernimos sino con ayuda de la inteligencia.

Se admira, y el mundo se admiraba con él, de descubrimientos tan nuevos; y era en vano que la envidia creyese desacreditarle disimulándolos. Señaló las fases de Venus; atribuyó á la luz del sol, reflejada por la tierra, el vislumbre ceniciento de la parte oscura de la luna; hizo notar la apariencia estraña de Saturno, que parecia tener alas, aspecto que se conoció después ser el anillo de este planeta.

Para comprender la grandeza de Galileo, debe comparársele á sus contradictores. Los platónicos creian al cielo gobernado por fuerzas particulares, sin tener nada comun con la tierra. Los peripatéticos habian formado una astronomia *à priori*; y ¡desgraciados de los que la ponian en duda! Cuando el sabio jesuita Clavio oyó hablar de los satélites de Júpiter, dijo que para verlos hubiera sido preciso inventar primero un instrumento para fabricarlos. Sicio negaba que pudiese haber más que siete planetas, porque el candelabro hebraico no tiene más que siete brazos y el feto está perfecto á los siete meses. Se hacian mascaradas para mofarse de los satélites de Júpiter. Al mismo tiempo la corte de Francia ofrecia regalos á Galileo, si encontraba astros á quienes diese el nombre de Borbones, como habia llamado á otros Mediceos. Cuando con la esperiencia más sencilla Galileo dejó caer un peso desde la torre inclinada de Pisa, convenció del error sobre el teorema de Aristóteles, que ponia en proporcion la celeridad con la pesadez, le suscitaron tal guerra que se vió obigado á abandonar aquella universidad.

No faltaban, sin embargo, personas que adoptaban las ideas de Galileo, para ponerlas en oposicion con la Escritura. De aquí nació la persecucion contra aquel grande hombre, persecucion notable menos como una vergüenza para la inquisicion romana, que como un indicio de las ideas de la época. Damos por sentado que Galileo se habia granjeado multitud de enemigos por la manera encarnizada con que trataba á sus adversarios; y cual si ignorase que el error es tal vez el camino de la verdad; que el que sostiene un error antiguo no es siempre un estúpido y vil; y que los ánimos tienen como la materia, gran fuerza de inercia, combatió á los aristotélicos, no vigorosa sino ferozmente; replicó á los ataques que se le dirigian con el más descarado sarcasmo, acometiendo algunas veces hasta el talento y á la desgracia como lo hizo con Torcuato Tasso. Ya hemos visto en el curso de esta narracion cuán innumerables eran los partidarios de Aristóteles, que naturalmente habiendo de ser sus enemigos; y aun los de buena fe miraban con ceño á aquel virulento impugnador; esto sin contar que los hombres vulgares odian siempre al genio, y sin mencionar tan poco la envidia, inevitable en la propia patria. Los reptiles que se colocan en el camino de los hombres ilustres, y que se ocupan ex-

---

del serenísimo G. Duque, que ha tenido la bondad de llamarme á su lado nombrándome su matemático y filósofo. No debo yo referiros las causas porqué he dejado de escribiros hasta hoy mientras he vivido en Padua; pero os aseguro que no se ha entibiado en mí aquel afecto que siempre he profesado á vuestras virtudes. He visto en una carta que hace poco habeis escrito al señor Antonio Santini á Venecia, que en union de uno de vuestros hermanos habeis buscado al rededor de Júpiter con un anteojo los planetas mediceos y que no habíais podido encontrarlos; lo cual no me admira porque podria ser que el instrumento no fuese como se requiere ó que no estuviese bien fijo, circunstancia muy necesaria en atencion á que teniéndole en la mano, aunque esté apoyado en la pared ó en otro sitio firme, el solo movimiento de las arterias y aun el de la respiracion impiden que puedan observarse, especialmente por el que no los ha visto anteriormente y no ha adquirido, como suele decirse, un poco de práctica en el instrumento. Además de las observaciones escritas en mi juicio astronómico, he hecho otras muchas hasta que he visto á Júpiter en Occidente; después he seguido observando, y le he visto en Oriente, y aun sigo observando. Ultimamente he perfeccionado un poco más mi instrumento, y se ven los nuevos planetas tan brillantes y distintos como las estrellas de segunda magnitud con la vista natural: así es que hará unos quince dias, queriendo probar cuánto tiempo podia verlos mientras aparecia la aurora, habian desaparecido todas las estrellas excepto la canícula, y aun los veia yo muy bien con el anteojo; pero cuando éstos desaparecieron fuí siguiendo á Júpiter para saber cuánto tiempo continuaba viéndole, y ya estaba el sol más de 15° sobre el horizonte y todavia se veia á Júpiter tan distintamente, que estoy seguro de que siguiéndole con el anteojo se veria todo el dia. Me ha parecido conveniente daros cuenta de todos estos particulares para que no tengais duda de la verdad del hecho, si alguna vez la habeis tenido, asegurándoos que os afirmareis en ella cuando yo vaya á veros. Sólo os suplico, para no incomodaros más, que me conserveis aquel afecto que hace tiempo me concedísteis, debiendo estar persuadido de que todo lo que tengo está á vuestra disposicion. Beso la mano de V. R. deseándole felicidad.

»Florencia 17 de setiembre de 1610.

»D. V. R. Galileo Galilei.»

(30) A Peiresc se le ocurrió la ingeniosa idea de que sus ocultaciones podian servir para determinar la longitud. Los que atribuyen á Harriott el descubrimiento de los satélites de Júpiter y de las manchas solares han sido refutados completamente.

(31) *Nescio quo fato ductus*, dice.

clusivamente en herir por la espalda, principiaron á imbuir terror hácia un sistema que hasta entonces se habia considerado inofensivo, y aun algunos insustanciales predicadores le calificaron de herético (32); y Roma, que especialmente en época de tantas novedades no podia permanecer indiferente, hizo examinarle (1633).

Las fases de Venus y de Mercurio manifestaban que estos planetas giraban al rededor del sol; el descubrimiento de los satélites de Júpiter y Saturno, la rotacion cierta de Marte y Venus hacian creer que así sucedia con la tierra, pues los mismos fenómenos que se nos presentan se presentarian á un observador colocado en aquellos planetas. Sin embargo, en el estado á que habian llegado los conocimientos, la teoría de Copérnico no podia aceptarse como indudable, pues no se habian observado aun los fenómenos de la aberracion, la depresion de la tierra hácia los polos, el aumento de las aguas en el ecuador, la variacion del péndulo en relacion con la de la latitud: los mismos esperimentos se suscitaron contra ella hasta el momento en que ocurrió la idea de que si la tierra giraba, su atmósfera debia tambien girar al mismo tiempo que ella. Era tambien una gran dificultad en este sistema la prodigiosa distancia de las estrellas fijas, vista la falta de todo paralaje anual. Añadiremos que Copérnico creia, como todos sus contemporáneos, la órbita de los astros *precisamente circular;* si esplicaba, pues, el cambio alternativo de las estaciones por medio del paralelismo que el eje de la tierra conserva durante todo el año, estaba obligado á atribuir esta conservacion á un tercer movimiento. Descartes negó en ciertos puntos la doctrina de Copérnico; Gassendi no se atrevió á proclamarla; Bacon se mofó de ella como repugnante á la filosofía natural, y el mismo Galileo dudó en abrazar aquel sistema; siendo de notar que las razones que en apoyo de su opinion aducia, eran falsas (33).

La Iglesia, tutora de la verdad, debió naturalmente temer la filosofía de aquel grande hombre, que tomaba por base de sus sistemas las ciencias naturales, y queria que las leyes de la naturaleza sirviesen de norma á las operaciones del entendimiento: así es que trastornadas aquéllas, era muy espuesto el trastorno de las verdades metafísicas y morales. Galileo fué el primero que elevó la cuestion á aquel terreno, manifestando en qué sentido debia entenderse la Biblia, y fundando en pasajes de los Santos Padres los teoremas que requerian una demostracion basada en el cálculo y en la esperiencia. No fué bien recibida la idea de mezclar las Sagradas Escrituras en cuestiones científicas, y un fraile le denunció á la Inquisicion.

No pudiendo estar instruidos los inquisidores en todas las materias, tenian la costumbre de sujetar su exámen á *calificadores*, especie de jurados que daban su opinion segun su saber; pero así como los españoles habian despreciado las proposiciones de Colon, y así como Napoleon se mofó del descubrimiento de Fulton, los calificadores declararon *falsa y contraria á las divinas Escrituras* la doctrina del movimiento de la tierra. No debe, pues, causar admiracion si personas ocupadas de otra cosa que de la ciencia, creyeron que habia audacia en sostener esta opinion, no como hipotética sino como absoluta, y si pretendieron constituirse jueces en materias científicas, y condenar opiniones proclamadas á la sombra del papado.

Intimóse, pues, á Galileo por la congregacion del Indice, que no hablara más del sistema de Copérnico como de una verdad absoluta; mas continuó ocupándose sin ser molestado (34). Después lejos de serlo, habiendo ascendido al trono pontificio Urbano VIII, que habia hecho en verso el elogio de Galileo cuando era cardenal, los miembros de la academia de los Lincei hicieron imprimir el Esperimentador (*Saggiatore*) del sabio florentino (1629), y le dedicaron á este pontífice, que no contento con recomendarle al gran duque (35) le asignó, tanto á él como á su hijo, una pension (36). Después en 1632 publicó Galileo, con aprobacion del maestro del sacro palacio, aprobacion que si no fué obtenida con violencia, lo fué con aquellos artificios que conoce demasiado el que tiene que habérselas con la censura, el *Diálogo en el que en conversaciones de cuatro dias, se discurre sobre los dos grandes sistemas del mundo, segun Tolomeo y Copérnico*, sosteniendo á este último. Atribuye falsamente al movimiento de

(32) Guillermo Libri, que denigra todo lo que puede el modo de obrar de la Iglesia en este asunto, dice que habiendo predicado el dominico Caccini contra Galileo, el general de aquella órden Maruffi escribió al sabio una carta satisfactoria espresándole su sentimiento por verse obligado á participar de todas las necedades que podian hacer treinta ó cuarenta mil frailes. Véase la nota C al fin del Libro.

(33) Hemos leido en los archivos de Rinuccini, en Florencia, un autógrafo de Galileo de los últimos años de su vida, en el que sea la que quiera la razon, abandona sus opiniones y se desdice relativamente á la teoría de Copérnico, esponiendo los argumentos físicos que le hicieron adoptarla. Eran tales, en efecto, que un sabio no podia realmente contentarse con ellos para admitir enteramente esta opinion, como seria imposible en el dia dudar de ella, segun los motivos de una evidencia incontestable que los contemporáneos de Galileo ignoraban.

(34) La órden data de 1606; ahora bien, tenemos una carta de 1624, en la que se apoya en razones matemáticas.

(35) «Hallamos en él, además de su mérito literario, amor á la piedad y otras cualidades que le han granjeado la benevolencia pontificia. Al verle la primera vez, le abrazamos afectuosamente y no podemos dejarle marchar sin recomendárosle, asegurándoos que por los beneficios que le hagais, imitando ó sobrepujando la munificencia paternal, podeis contar con nuestra gratitud.»

(36) Todos estos hechos están probados por las *Memorias y cartas inéditas de G. Galilei, ordenadas por el caballero* G. V. VENTURI. Módena, 1818. Delambre es muy exacto con respecto á Galileo.

la tierra el flujo y reflujo, y no sabe evitar lo absurdo de las consecuencias, lo cual le produjo bastantes refutaciones de hombres muy hábiles.

Mientras que Galileo y los sabios se entregaban en esta materia á una polémica útil; mientras él ofrecia á España presentarse á aplicar su método para las longitudes (37), los sordos manejos de los envidiosos pusieron en juego tantos resortes, que le hicieron perder hasta la benevolencia de Urbano VIII; y éste ofendido de que Galileo, que habia sido tan bien tratado por él, faltase á las consideraciones y á su promesa, y de que acaso le pintase en su Diálogo en el grosero personaje de Simplicio, encomendó su exámen á un consejo de cardenales, y éstos le remitieron á la Inquisicion.

Aparece evidentemente del proceso, que la Iglesia prohibia sostener la inmovilidad del sol como tésis y no como hipótesis, en atencion á que si la demostracion hubiese sido evidente, habria sido preciso esplicar con arreglo á ella los pasajes de la Escritura, lo cual no era preciso mientras permaneciese en la duda, como anteriormente. Galileo recibió, pues, la intimacion en este sentido y la habia violado; el tribunal procedió con sus formas acostumbradas, que eran las de la época.

Citado Galileo ante los inquisidores, no fué preso ni castigado corporalmente (38); pero fué detenido en el cuarto mismo del procurador fiscal, donde se le destinó un criado, llevándole el alimento los sirvientes del embajador florentino, Nicolini (39): de seguro fue para este grande hombre un gran sufrimiento verse precisado, como muchas veces es necesario, á manifestar sus opiniones de-

---

(37) Galileo debió sentir que no llegara nunca el dia de recibir respuesta; pero ahora se sabe que el duque Cosme escribió á Felipe III que no dejaria venir á Galileo si no le permitia enviar francas todos los años dos naves desde el puerto de Liorna hasta la India española. NELLI, *Vida de Galileo*.

(38) Bernini, en la *Historia de las herejias*, dice que Galileo permaneció cinco años preso; Pontecoulant dice que en los mismos calabozos de la inquisicion sostuvo la rotacion de la tierra; Brewster, que estuvo preso un año; Montucla cita otros escritores que pretenden que le sacaron los ojos, etc. Libri ha tratado últimamente de despertar estas acusaciones que las *Memorias y cartas publicadas* por J. B. Venturini habian hecho desaparecer. La Italia tiene bastante de que acusarse con respecto á sus grandes hombres sin que se le imputen falsedades. Merece verse DAVID BRESWSTER, *The Martyrs of science or the Lives of Galileo, Tycho Brahe and Kepler*, 1841.

En la Biblioteca del Seminario de Padua existe un códice apostillado por Galileo y en él se lee de su letra:

«En materia de introducir novedades.

»Y ¿quién duda de que la nueva introduccion de querer que los entendimientos, creados libres por Dios, sean esclavos de la voluntad ajena, es para producir escándalos gravísimos?

»Y querer que unos nieguen sus propios sentimientos y los pongan al arbitrio de otros.

»Y que el permitir que personas ignorantísimas de una ciencia ó arte hayan de ser jueces de los inteligentes; y que por la autoridad que se les ha concedido puedan trastornarlas á su modo.

»Estas son las novedades que pueden arruinar las repúblicas y destruir los Estados.»

(39) Circula una carta de Galileo sobre sus aventuras en Roma, carta escrita por él al célebre P. Renieri, su discípulo, cuyo original, alterado ciertamente en parte, pero irrecusable en el fondo, se ha conservado en Florencia en la biblioteca Palatina, entre los documentos que se han recogido por el senador Nelli. Héla aquí: «Sabeis bien, mi estimado padre Vicente, que mi vida no ha sido hasta ahora más que un conjunto de accidentes y casualidades que sólo la paciencia de un filósofo puede mirar con indiferencia, como efectos necesarios de las estrañas y numerosas revoluciones á que está sujeto el globo en que vivimos. Nuestros semejantes aunque nos esforcemos en serles útiles en lo que podamos, tratan de recompensarnos con ingratitud, con falsos testimonios y acusaciones; ahora bien, todo esto se encuentra en el curso de mi vida. Baste esto para que no me volvais á interpelar con respecto á datos sobre mi causa y á una culpabilidad que yo mismo creo no tener. Me preguntais en vuestra última del 17 de junio de este año lo que me ha sucedido en Roma, y de la manera que se ha portado conmigo el padre comisario Hipólito María Lancio, y monseñor Alejandro Vitrici, su asesor. Estos son los nombres de mis jueces que aun tengo presentes en la memoria, aunque me dicen ahora que tanto á uno como á otro los han cambiado, y que han nombrado asesor á monseñor Pedro Pablo Febei, y comisario al padre Vicente Macolani. Es cosa interesante para mí que un tribunal, ante el cual he tenido que presentarme, por haber sido razonable me haya reputado poco menos que hereje. ¿Quién sabe si los hombres no me harán abandonar el oficio de filósofo por el de historiador de la inquisicion? Me hacen tanto para convertirme en el más ignorante y el más loco de Italia, que veo que me va á ser preciso fingirlo realmente.

»Querido padre Vicente, no estoy distante de confiar al papel mis sentimientos sobre lo que me preguntais, con tal que se adopten las mismas precauciones para que esta carta llegue á vos, que las que empleé yo cuando tuve que contestar al señor Lotario Sarsi Sigenzano: bajo este nombre estaba oculto el del padre Horacio Grassi, jesuita, autor de la *Balanza astronómica y filosófica*, que tuvo la habilidad de picarme en union del señor Mario Guiducci, nuestro comun amigo. Pero las cartas no bastan: fué preciso hacer publicar el *Ensayador*, y colocarle bajo la proteccion de las abejas de Urbano VIII, á fin de que pensasen con su aguijon picarle y defenderme. Con respecto á vos, esta carta os bastará; pues no me siento inclinado á componer un libro sobre mi proceso y la inquisicion, no habiendo nacido para ser teólogo, y menos aun criminalista.

»Desde mi juventud habia estudiado y meditado para publicar un diálogo sobre los dos sistemas de Tolomeo y Copérnico. Con este objeto, desde que fuí de catedrático á Padua, no habia cesado de observar y filosofar; me determiné á ello sobre todo por una idea que se me ocurrió de poner acordes los movimientos de flujo y reflujo del mar, con los supuestos de la tierra. Algo dije sobre este punto cuando el príncipe Gustavo de Suecia se dignó oirme en Pádua. Este príncipe, que aun jóven viajaba entonces de incógnito por Italia, se detuvo algunos meses en aquella ciudad con su comitiva, y tuve la felicidad de obtener su favor por mis nuevas especulaciones y los curiosos problemas que planteaba y resolvia diariamente; quiso tambien que le ense-

lante de gentes incapaces de comprenderlas. Aquellos sacerdotes se deshonraban y daban pruebas de una presuntuosa ignorancia al proferir como infalibles las decisiones de su propio juicio. Galileo se deshonraba abjurando opiniones de que estaba convencido, y al desdecirse hacia creer justa la persecucion. Esto se consigue encadenando la libertad. Galileo fué condenado *á prision por el tiempo que se quisiese;* pero Urbano la conmutó en relegacion en el jardin Médicis de la Trinidad de los Montes. La prision que existe en el delicioso Pincio muestra que Roma sabia respetar á aquel gran hombre, cuyas doctrinas creia deber desaprobar (40), y nuestro siglo ha dado otros ejemplos semejantes en que la persecucion tampoco se halla justificada con las ventajas que redundaban en favor del pueblo. Pronto fué trasladado Galileo á Siena al palacio del arzobispo, muy amigo suyo, y apenas cesó la peste en Florencia, volvió á su villa de Arcetri, inmortalizada por tantos trabajos que sólo la pérdida de la vista le precisó á interrumpir (41).

Sin embargo, la astronomia adelantaba: la naturaleza, como para animar el deseo de estudiarla, manifestaba maravillas desacostumbradas, y aparecian y desaparecian tres estrellas de primera magnitud, una en el Cisne, otra en la Casiopea descubierta primero por Cornelio Gemma en 1572, tan resplandeciente, que se vió en la mitad del dia, y la del Serpentario, observada por Kepler en 1604, resplandecia más que ningun otro planeta; ocho cometas, visibles desde 1527 á 1607 y tres que habian aparecido en 1618, volvieron á llamar la atencion de los astrónomos sobre estos cuerpos celestes, aun temidos, y que habian quedado sin esplicacion. Galileo los miraba como verdaderos astros; Kepler creyó que marchaban en línea recta, y que concluian por anonadarse; el jesuita Grossi (*De*

ñase la lengua toscana, pero lo que hizo públicas en Roma mis opiniones sobre el movimiento de la tierra fué un discurso muy largo dirigido al excelentísimo señor cardenal Orsini: entonces fuí tratado de escritor escandaloso y temerario.

»Despues de la publicacion de mis *Diálogos*, fuí llamado á Roma por la congregacion del Santo Oficio. Cuando llegué, el dia 10 de febrero de 1632, fuí sometido á la alta clemencia de este tribunal y del soberano pontífice Urbano VIII, que no obstante me creia digno de su estimacion, aunque no supiese hacer epígramas y sonetos amorosos. Fuí preso en el delicioso palacio de la Trinidad de los Montes, en casa del embajador de Toscana. El dia después fué á verme el padre comisario Lancio; y llevándome consigo en el carruaje, me hizo en el camino varias preguntas, manifestándome celo porque reparase el escándalo que habia dado á toda Italia sosteniendo la opinion del movimiento de la tierra; por más que me esforcé en darle razones sólidas y matemáticas no me contestaba otra cosa que *Terra autem in æternum stavit quia terram autem in æternum stat,* como dice la Escritura: este diálogo nos condujo hasta el palacio del Santo Oficio; está situado á Poniente de la magnífica iglesia de San Pedro. Al momento fuí presentado por el comisario á monseñor Vitrici, asesor, con quien encontré á dos religiosos dominicos. Me intimaron cortesmente hiciese presentes mis razones en plena congregacion, diciéndome que tendrian lugar mis justificaciones en el caso de que fuese reconocido culpable.

»El jueves siguiente fuí presentado al tribunal. Ahora bien, habiéndome puesto desde luego á esponer mis pruebas, tuvieron la desgracia de no ser comprendidas, y á pesar de todos mis esfuerzos, no tuve nunca la habilidad de hacerlas admitir. Emprendian con celosas digresiones el convencerme del escándalo que habia dado, y el pasaje de la Escritura se me alegaba siempre como prueba evidente (era el *Aquiles*) de mi crímen. Habiéndome acordado á tiempo de otro pasaje de la Escritura, le alegué en mi defensa, pero con poco éxito. Decia yo que me parecia haber en la Biblia espresiones en relacion con lo que se creia antiguamente concerniente á las ciencias astronómicas, y que el pasaje que se alegaba contra mí podia ser de esta naturaleza. Porque, añadia yo, dícese en Job, cap. 37, v. 18, que los cielos son sólidos y pulimentados como un espejo de cobre ó de bronce. Elias es el que ha dicho esto; se ve, pues, que se ha hablado allí segun el sistema de Tolomeo, demostrado absurdo por la filosofia moderna, y por lo que la recta razon dice de más sólido; si se hace, pues, tanto caso de que Josué detuvo al sol para demostrar que el sol se mueve, debe tambien tomarsé en consideracion el pasaje en que dice, que el cielo estaba compuesto de gran número de cielos á manera de espejos.

»La consecuencia me parecia justa; pero no fué oida, y no tuve por respuesta más que un movimiento de hombros, refugio de aquel cuya conviccion está determinada por la preocupacion y por un partido tomado de antemano. Finalmente, me ví obligado á retractarme, como verdadero católico, de la opinion que habia emitido; y la pena que se pronunció fué la prohibicion del Diálogo. Despedido luego de Roma, después de cinco meses de permanencia (en el momento en que la ciudad de Florencia estaba invadida por la peste), me asignaron por prision, con una generosa piedad, la habitacion del amigo más querido que tenia en Siena, monseñor el arzobispo Picolomini. Su amable conversacion me procuró tanta satisfaccion, que volví á emprender allí mis estudios; encontré y demostré gran parte de las conclusiones mecánicas correspondientes á la resistencia de los sólidos, con otras especulaciones; y después de cerca de cinco meses, habiendo cesado la peste en mi patria á principios del año 1633, Su Santidad se dignó cambiar el estrecho recinto de esta morada por la libertad del campo que me agrada tanto. Me volví, pues, á la villa de Beauregard, y después á Arcetri, donde me encuentro actualmente respirando aire saludable en las cercanias de Florencia, mi patria querida. Conservaos bueno.»

(40) Buhle, enemigo encarnizado de los católicos, y particularmente de los jesuitas, dice, hablando de las trabas puestas por ellos al progreso del pensamiento, y con respecto á lo mismo en otros paises no católicos, y en los mismos que pasan por los más liberales como los Paises-Bajos: «Becker sufrió, es verdad, persecuciones y fué destituido de su empleo; sin embargo, usaron con respecto á él consideraciones que honran las opiniones moderadas del gobierno de los Paises-Bajos.» Aplíquese esta manera de ver á lo que se hizo con Galileo.

(41) Hasta 1835 se encuentran inscritos, en el catálogo de los libros prohibidos, á Copérnico y á A. Estúñiga, *donec corrigantur;* Foscarini, Kepler, *Epitome astronomiæ copernicanæ;* Galileo, *Dialogus et omnes alios libros pariter idem docentes.* Pero desde 1820, se ha permitido tratar del movimiento de la tierra, hasta sin recurrir á la hipótesis.

tribus cometis, 1619) fué el primero en señalarlos como planetas que describen inmensos elipses en rededor del sol (1586). Ignacio Danti, obispo de Alatri, uno de los reformadores del calendario, que dibujó los meridianos de Bolonia y Santa Maria la Nueva, en Florencia, descubrió (*Tratado del astrolabio*, Florencia 1569, p. 86) las variaciones de la inclinacion de la eclíptica, cuatro años antes de la publicacion del libro *De nova estella*, por Ticho-Brahe, á quien se atribuye el mérito de este descubrimiento. Galileo, Harriott, Scheiner y Juan Fabricio señalaron las manchas del sol (cosa estraña, por considerarse como un cuerpo de llama líquida y de estrema pureza), y estas manchas dieron la idea de la rotacion de aquel astro soberano. La realizacion del paso de Mercurio por encima del sol en 1631, predicho por Gassendi, pareció la maravilla de los cálculos astronómicos. Las antipatias religiosas y las preocupaciones escolásticas disminuian la difusion de la teoria de Copérnico (1603); pero la sociedad de los Lincei, fundada en Roma por Federico Cesi para cultivar la filosofia natural, la encontraba enteramente racional; otros la aceptaban, no como consecuencia de pruebas nuevas, sino porque la veian adoptada por Galileo. A un error estaba reservado el hacerla popular.

Descartes, á quien ya hemos citado varias veces, entre los más ilustres, ensayó, aunque sobre una materia que no estudiaba sino accidentalmente, el esplicar en su *Teoria del sistema solar*, las causas cuyos efectos habia buscado Kepler y Galileo: ¿qué fuerza y qué ley determinaba los movimientos de los cuerpos? Rechazando la idea de la gravitacion, que ya se le habia ocurrido á Kepler, recurrió á los torbellinos, suponiendo dos materias; de las cuales una, incomparablemente más sutil, llena los vacios que han quedado entre las partículas de la otra. Los corpúsculos, por su movimiento circular, pierden sus ángulos, y los restos que resultan son más de lo necesario para llenar los intersticios. El escedente, dirigiéndose al centro del sistema, es el sol del nuestro, como de los demás sistemas planetarios. En rededor de estos centros se mueve toda la masa del universo en distintos torbellinos, de los cuales cada uno lleva consigo un planeta. La fuerza centrífuga hace que cada torbellino tienda á separarse del sol en línea recta; pero es detenido en su curso por la presion de los que se han alejado, y que forman más allá una esfera más densa. La luz es el efecto de las partículas que tienden á alejarse del centro, y que se oprimen las unas contra las otras. Este sistema estuvo á la moda durante un siglo; pero en fin, los progresos de la ciencia dieron la conviccion de su impotencia en poder dar razon de los fenómenos. No obstante, la parte que concierne á la teoria de la luz, perfeccionada por Huyghens, reune en el dia todos los sufragios, con detrimento de la teoria de Newton, suponiendo que un éter sutil ocupa la totalidad del espacio.

Descartes se dedicó tambien á la mecánica y redujo la estática á este único principio, que es preciso tanta fuerza para levantar un cuerpo á una altura dada, como para levantar la mitad solamente el doble; lo que pertenece bajo otra forma á las celeridades virtuales.

Envidioso de los descubrimientos ajenos (42), repugnaba á Descartes reconocer el mérito de Galileo: opone á la aceleracion del movimiento la resistencia del aire, bien calculada ya por el sabio florentino; niega que los cuerpos comiencen á caer con menor celeridad, que los espacios crezcan como los números impares, y que la velocidad sea causa del aumento de fuerza. Espone, no obstante, en su *Dioptrica*, con más claridad que Galileo, la composicion de las fuerzas motrices. A él es á quien tambien pertenece el mérito de haber establecido las leyes del movimiento; entre otras ésta: Que los cuerpos existen en estado de reposo ó de movimiento rectilíneo uniforme, mientras que no son impelidos por otra causa; de lo que resulta que toda flexion curvilínea procede de una fuerza que los cuerpos tratan de evitar en la direccion de una tangente á la curva.

Preocupado con sus ideas metafísicas, supone que era necesario á la inmutable naturaleza divina que hubiese siempre en el universo igual cantidad de movimiento; sacó en consecuencia que era evidentemente falso que dos cuerpos duros chocándose en direccion opuesta, retrocedan sin perder de su celeridad, y que un cuerpo no pueda comunicar celeridad á otro mayor que él. Como la esperiencia demostraba lo contrario, lo atribuia al

---

(42) El modo inconveniente y hasta desleal con que Descartes rechaza los descubrimientos hechos por otro, aun cuando no se trate de sus rivales, merece ser observado.

«Lejos de haber tomado mis pensamientos de Vieta... he comenzado, por el contrario, donde él concluye; lo que he hecho sin pensar, pues he hojeado más á Vieta desde vuestra última que lo que lo habia hecho antes, habiéndole encontrado aquí por casualidad en poder de un amigo. Ahora bien, en confianza, he encontrado que no sabe tanto como yo pensaba, aun que es muy hábil.» *Carta á* MERSSENNE, 1637, *Obras de Descartes*, t. V, pág. 300.

«Esta aceleracion del movimiento con arreglo á los números impares, que existe en Galileo, y *que creo haberos escrito otra vez*, no puede ser cierta sino suponiendo dos ó tres cosas muy falsas; la una es que el movimiento se aumenta por grados, comenzando por el más lento, como lo cree Galileo; la otra que la resistencia del aire no opone obstáculo.» *Obras*, t. IX, pág. 349. La primera suposicion es verdadera; la segunda ha sido calculada por Galileo.

«No creo que la velocidad sea causa del aumento de fuerza, aunque siempre la acompaña.» T. IX, pág. 356. Singular sofisma por no poder negar el hecho.

«Es una cosa ridícula emplear la razon de la palanca en la polea, lo que si bien recuerdo es un delirio de Guido Ubaldo.» T. IX, pág. 357. La ciencia confirmó completamente este delirio. Descartes nombra en este punto á Guido Ubaldo por no citar á Roberval, que es otra pequeñez de este grande hombre; hay muchas de esta clase en sus escritos.

aire que nos hace más susceptibles de movimiento que lo serian ellos mismos.

Hidrostática.—La *Estática é Hidrostática* de Simon Estevin, de Brujas, explica el equilibrio sobre un plano inclinado, por medio de una cadena flexible; problema mejor resuelto por el triángulo de las fuerzas, de Varignon, cuyo mérito quisiera atribuir Montucla al mismo Estevin. Es un hecho que este último planteó varios teoremas nuevos sobre las propiedades de las fuerzas mecánicas, é hizo en hidrostática el primer descubrimiento desde Arquímedes, encontrando que la presion vertical de los fluidos en una superficie horizontal corresponde al producto de la base del cuerpo por su altura. Galileo estableció en el tratado *De las cosas que existen en el agua*, lo que se llama la paradoja hidrostática, ya conociese ó no las obras de Estevin; y mostró que la forma de los cuerpos no contribuye de ningun modo á hacerles más ó menos fluctuantes.

Hidráulica.—La hidráulica, ciencia de gran importancia en un pais como la Italia, fué creada por Castelli y Torricelli, discípulos de aquel sábio. Al mismo tiempo que el primero dió la prueba de sus conocimientos teóricos en el tratado *De la medida de las aguas corrientes* (1628), demostró su método práctico dando corriente á las aguas estancadas del Arno. Habia supuesto que la celeridad de los fluidos estaba en proporcion de la altura de que descienden; pero Torricelli probó que era proporcional á la raiz de esa altura. En vano trató Galileo de esplicar por qué el agua no se eleva en el sifon y en la bomba aspirante á más de treinta y dos piés; pero Torricelli adivinó que esto procedia de la presion de la columna atmosférica sobre el líquido, que se eleva en proporcion de este peso. Hizo la contraprueba sustituyendo al agua el mercurio, que trece veces más pesado que ella, se elevó á una décimatercera parte de su altura. Esta altura variará, pues, en proporcion del peso del aire. De esta manera se inventó el barómetro (1643), y pronto lo aplicó Pascal á medir la elevacion de las montañas (1648).

Optica.—La óptica tuvo principios muy lentos. Maurolico dió una explicacion muy sutil del modo como vemos los objetos (*De lumine et umbra*), y dando á conocer como el humor cristalino concentra los rayos en la retina, explicó la diferente conformacion del órgano en los présbitas y en los miopes. Encontrábase, pues, en estado de manifestar las pequeñas imágenes que se dibujan en el fondo del ojo, tanto más cuanto que da cuenta en otro punto de la formacion de la imágen en un espejo cóncavo; pero fué tal vez detenido por la dificultad de explicar el modo natural con que la vemos en una posicion invertida, como se presenta en el espejo cóncavo. El napolitano J. B. Porta inventó la cámara oscura (43). (La cámara óptica habia sido hallada anteriormente por Leon Bautista Alberti), y trató en la *Magia naturalis* de los diferentes fenómenos de la vision. Pero admitiendo que se verificaba lo mismo en el ojo que en la cámara, no comprendió en qué parte se dibujaban los objetos, y supuso que el humor cristalino era el órgano principal de la vista. Escribió tambien mucho sobre los espejos planos, cóncavos, convexos, ardientes, y especialmente sobre la fisonomía; y llegó hasta presumir (idea renovada en nuestros dias) que era posible, corrigiendo las formas exteriores, modificar las inclinaciones del alma.

En el siglo XVII los progresos de la óptica fueron mayores que nunca. Kepler explicó, en los *Paralipómenos á Vetellion*, filósofo polaco, la estructura del ojo, tambien apropiada á la vision, adivinando el uso de la retina y las causas de los defectos de la vista cuando los rayos de la luz se dirigen á converger á un punto delante ó detrás de la retina. No puede esperarse de él la exactitud moderna, ni creer que haya señalado la ley de la refraccion; ¡pero cuántas ideas nuevas y de verdadero génio! Prosiguiendo de esta manera sus estudios, publicó la *Dióptrica* (1611), en la que supone que el ángulo de refraccion es la tercera parte del de incidencia; enunciacion falsa en lo general, pero bastante exacta en los vidrios que él empleaba.

Se ha discutido mucho tiempo sobre quién fué el inventor de los telescopios; y parece que el honor debe recaer en Juan Lippershey ó en Zacarias Jæns, óptico de Middelburgo en 1609, á quien imitó Galileo, como ya hemos dicho. El telescopio no tenia al principio más que un objetivo convexo y un ocular cóncavo, lo que disminuia de tal manera el campo que se ofrecia á la vista, que es tanto más de admirar que este defectuoso instrumento haya bastado á los magníficos descubrimientos de Galileo. Kepler concibió la posibilidad de construirlo con dos vidrios convexos; de lo que resultó que el telescopio astronómico se empleó á mediados de aquel siglo, y que el instrumento holandés se usó como simple lente. El microscopio parece haber sido conocido en Holanda; cuando fué hallado por Galileo, construyósele después con dos vidrios convexos, al paso que los oculares eran cóncavos en los primeros.

Antonio de Dominis, obispo de Espalatro, dió, *De radiis lucis in vitreis perspectivis et iride*, nociones más extensas sobre el arco iris, explicando los colores por la refraccion, probando lo que decia con ayuda de un globo de cristal lleno de agua colocado entre el ojo y el sol: el rayo llegaba de

---

(43) No obstante, la cámara oscura se encuentra descrita antes de que lo hubiese hecho Porta, por Leonardo de Vinci y por Cardan (*Véase* LIBRI *Hist. de las matem. en Italia*, número 11 del t. IV), y sobre todo en Cesariano, *Comentarios sobre Vitrubio*, en la que se encuentra tambien descrita, en la misma página 23, la máquina de vapor eolípila.

esta manera al ojo matizado de diferentes colores, segun el ángulo por donde entraba. Tan sutil descubrimiento admira de parte de un hombre que no ha dado ninguna otra prueba de sagacidad científica.

En fin, Descartes pretende (1627) en su *Dióptrica*, esplicar la ley de la refraccion: demuestra que el seno del ángulo de incidencia está en el mismo lugar en relacion constante con el seno del ángulo, con arreglo al cual está refractado en su travesia; pero varia de todos modos, segun estos centros tengan más ó menos potencia refrangible. Pero veinte años antes (como acontece con todos los descubrimientos de Descartes), esta hermosa y simple ley se habia ocurrido al geómetra holandés Willibrod Snell, y la habia enseñado públicamente aunque no apareciese en su libro. Disimulando tambien el mérito de Dominis, Descartes presentó la teoria del iris, esplicando el arco esterior con ayuda de una segunda reflexion intermedia del rayo solar en el interior de la gota de agua; despues, como sucede que se pregunta por qué esta luz refractada hiere el ojo en dos arcos solamente en ciertos ángulos y con ciertos diámetros, en lugar de estender su brillo prismático sobre todas las gotas de las nubes, emitió la idea de que ningun conjunto de rayos de luz refractada y reflejada en la gota conserva el paralelismo de sus rayos, ni en su consecuencia una densidad suficiente para escitar la sensacion á nuestra vista, escepto dos que forman estos ángulos con el eje que parte desde el sol hasta el punto diametralmente opuesto, lo cual hace aparecer los dos arcos.

La perspectiva se estudió en interés de las bellas artes. Escelentes procedimientos se enseñaron en esta ciencia por Alberto Durero y Baltasar Peruzi, de Siena, dió pruebas de habilidad pintando las decoraciones en las representaciones de la *Calandria*, del cardenal Biviena. La Italia es la única que ha proporcionado escritores de esta ciencia. Pedro de la Francesca, del Borgo del Santo Sepulcro, se presentó en primera línea; después Daniel Bárbaro, de Venecia (1568), que escribió un tratado completo sobre la materia; luego Barozzi, Ignacio Danti y otros. Pero los principios geométricos de esta ciencia no fueron bien espuestos y generalizados sino por Guido Ubaldo (1600), marqués del Monte.

El médico inglés Gilbert, que segun la opinion de fray Pablo, es el único con Vieta que escribió cosas nuevas en el siglo XVI, emitió, en su tratado del *iman*, teorias que han vuelto á adquirir crédito; y la hipótesis del magnetismo de la tierra le pertenecen en su totalidad.

CAPÍTULO XXXVII

NATURALISTAS Y MÉDICOS

Aristóteles, genio maravilloso, puso por obra una síntesis tan poderosa, y recogió una masa tan grande de datos, que debe aun contársele, después de tantos siglos, como el jefe de los maestros de ciencias naturales. Existe una enorme distancia entre sus obras y las compilaciones de Ateneo, Opiano, Eliano, y hasta Plinio, todos literatos, pero no naturalistas. Estos autores, y sobre todo Eliano, fueron, sin embargo, más estudiados que Aristóteles en la Edad Media: esta fué la razon por la que erraron, estudiando en ellos cosas estrañas y milagros, en lugar de sujetarse á las leyes comunes, pues se estaba bien distante de pensar entonces que las causas de los fenómenos estraordinarios no pueden encontrarse más que en el exámen de los hechos habituales. El físico que hubiera estudiado la caida de una piedra ó el boton pronto á abrirse, hubiera creido rebajarse, y esponerse á pasar por loco, si hubiese dicho que leyes uniformes regian á nuestro planeta y á los demás, á la rotacion del sol y á la pulsacion de la arteria; ahora bien, en ausencia de todo vínculo, se consideraba aun á la naturaleza como una serie de milagros. De esta manera fué como obraron Isidoro de Sevilla, Alberto Magno, Manuel Filo, Vicente de Beauvais y otros compiladores, que estudiaban los libros y no la naturaleza. Sin embargo, el espíritu de observacion comenzaba tambien á abrirse paso por esta parte. La mágia y la medicina taumatúrgica buscaban las partes más ocultas y estrañas de las plantas, y el mismo error obligaba á recurrir al análisis (1). Salviani, de Civita-di-Castello, se ocupó en el siglo XVI de ictiologia; Rondelet, primer profesor de anatomia en Montpellier, sometió á exámen las aserciones de los antiguos: sentó las bases de la distribucion metódica que se ha seguido hasta nuestros dias, y poco es lo que se ha podido añadir á lo que escribió sobre los pescados del Mediterráneo. Belon, su compatriota, le escede aun: viajó por Levante y Egipto, de donde trajo gran número de plantas exóticas, y se le debieron más conocimientos nuevos que á todos sus predecesores y contemporáneos juntos. Hizo notar la gran conformidad de los tipos en la naturaleza, y comparó el esqueleto de un hombre con el de un ave, designando con nombres comunes las partes semejantes. Esta es una idea muy atrevida para la época, y fué el primero que trató de demostrar la unidad de la composicion orgánica, de la que Aristóteles habia concebido la idea teórica.

Gessner, 1516-65.—Conrado Gessner, de Zurich, compilador, como tambien Wotton, Lonicer y otros, pero con más estension y mejor crítico, se dedica á todas las partes de la historia natural, inmenso repertorio de las nociones antiguas y modernas, que aumentó con sus conocimientos. Cuvier (2) le proclama fundador de la zoologia moderna. Copiado por Aldrobandi, compendiado por Johnston, otros muchos autores tomaron de él sin citarle. Creemos que nadie se resignaria á leerle, pero tambien que nadie puede dejar de consultarle como resúmen de todas las obras anteriores, com-

(1) Porta enseña tambien que *varii sunt plantarum bulbi, qui animalium testes metiuntur, præsertim luxuriosorum... Natura hominum generationi satagens, hac testicu-lorum imagine ad viros venereas, ad conceptum et ad prolem eas valere significavit...* Lib. IV, cap. 18. *Plantarum partes scorpionem integrum repræsentantes, ad ejus morsus valere...* L. IV, cap. 1.—*Fructus uterum referentes et fructuum involucra, ad uterum et puerorum involucra, sive secundinas, valere...* L. III, c. 51, y passim.

(2) *Curso de historia de las ciencias naturales.*

pletado por los primeros resultados de la ciencia moderna. Señala el paso entre la era de la compilacion que concluyó, y la de la observacion que comienza. No establece clasificaciones naturales (3); pero indica con frecuencia las relaciones que existen entre los seres. Considera cada animal segun el nombre que tiene en las diferentes lenguas, las afinidades filosóficas de estos nombres con sus cualidades y su sentido en el modo de hablar, tanto propio como figurado, la apariencia, el pais, las acciones naturales, las costumbres, el instinto, los usos para que sirve además del alimento y de los medicamentos que se pueden sacar de él, de que habla aparte; estenso plan que revela un talento ejercitado en las clasificaciones enciclopédicas. Gessner fué el primero que fundó un gabinete de historia natural. No añadió, sin embargo, á pesar del descubrimiento de América, más que muy pocos animales á los ya conocidos.

Aldrobandi, 1527-1605.—Ulises Aldrobandi, de Bolonia, huyó siendo niño de la casa paterna, para viajar y hacer observaciones. Consumió después en viajes su rico patrimonio, ocupado en buscar rarezas naturales y objetos de arte; tuvo á su sueldo por espacio de treinta años á un pintor de animales con doscientos ducados al año, además de varios dibujantes y grabadores. El senado de su patria, al cual legó su rico museo con su biblioteca, le ayudó generosamente y empleó grandes sumas en terminar su compilacion y la impresion en trece tomos de su *Historia natural*. Las partes acabadas por el autor, mucho mejores que las otras, son la ornitologia y la entomologia, á las cuales están unidos hermosos grabados en madera, con descripciones breves y exactas. Desgraciadamente se conforma al método de erudicion de su época, acumulando citas poéticas, mitológicas y heráldicas; mezclando reminiscencias á las observaciones, é invenciones de los hombres á las verdades naturales. Sustituyó al órden alfabético de Gessner, una clasificacion sistemática, pero haciendo entrar en ella todas las especies soñadas por la imaginacion. Buffon tiene, pues, razon en decir, que toda la obra podia reducirse á la décima parte; pero que lo que quedara no seria de despreciar.

Sin embargo, muchas personas se apasionaban de esta clase de estudio; y lo que era el verdadero modo de perfeccionarlo, se sujetaban á alguna parte especial. De esta manera, Fabio Colonna, que unia la observacion á la erudicion, se ocupaba de conchas y especialmente de la púrpura; Olina, de aves; Tomás Mouffet, de insectos, al paso que Maregraf y otros recogian nuevos individuos en paises remotos. Más tarde, el escocés Johnston (1653), que se hallaba establecido en Silesia, compiló todo lo que habia salido á luz hasta entonces de aquella ciencia, con láminas en cobre. Cárlos de l'Ecluse *(Clusius)*, de Arras, publicó en 1605 en la *Exótica*, con estractos de obras antiguas, algunas especies nuevas de monos, *los manis*, ó grandes hormigas con escamas, del antiguo mundo, el perezoso con tres dedos, uno ó dos armadillos y el dronto, majestuosa gallinácea estinguida en el dia.

Fabricio, 1537-1615.— Gerónimo Fabricio, de Acquapendente, publicó un libro sobre el lenguaje de los animales, asunto rico que no se ha estudiado aun suficientemente. Trataba de buscar si los animales tienen verdaderamente un idioma, en qué consiste y hasta qué punto se diferencia del del hombre, en qué lo emplean, cómo espresan sus afecciones, cómo llegan á comprenderse, en fin, cuál es el órgano que les sirve para ello. Fabricio prueba, con la autoridad de escritores y con la esperiencia, principalmente de los cazadores y pastores, que los animales hablan. Ahora bien, variando los animales los sonidos, hacen en esto lo que hacemos nosotros con los sonidos tambien literales. Los animales poseen, pues, la palabra como el hombre, y forman sonidos elementales en un tiempo determinado. Pero nuestra palabra es más compleja, porque tiene sonidos elementales, más rápidos y numerosos. Como tenemos, además, labios y una lengua más flexible, resulta la variedad y complicacion, que forma el lenguaje humano. Los animales se sirven del suyo, para manifestar ciertas emociones. Se espresan, continúa Fabricio, con la accion, la mirada, el sonido, el grito y la palabra. Así es, que un perro que quiere echar á otro de un punto donde tiene intencion de colocarse, comienza por mirarle de soslayo, después hace movimientos significativos, le regaña los dientes, y concluye por ladrar. Los gusanos y otros animales inferiores poseen únicamente los dos primeros modos; ciertos pescados modulan un sonido por las aletas ó por los oidos. Niega voz á los insectos, aunque espresan sus sentimientos con ayuda de los sonidos. Los toros, los ciervos y otros cuadrúpedos, tienen más bien una voz que un lenguaje. Pero cree verdaderamente en uno en los gatos, los perros, las aves, aunque sea inferior al del hombre que articula con más claridad y distincion. Los animales comprenden lo que nosotros les decimos; nosotros debemos, pues, comprenderlos á ellos con mayor razon. Fabricio examina en el perro y en la gallina cuáles son las espresiones de las cuatro pasiones de la alegria, el deseo, el dolor y el miedo, confesando de todos modos que no ha aprendido gran cosa con este estudio. Concluye demostrando que ninguno de los animales podria rivalizar con el hombre, en atencion á que su principal instrumento es la garganta que no nos sirve más que para articular vocales.

¿Pero tienen los animales la facultad de comunicar entre sí sobre hechos particulares y hasta qué punto asocian las ideas al lenguaje del hombre? Estos son problemas de que no ha tratado, y que nuestros filósofos no han resuelto aun.

(3) Distingue no obstante, en las *Icones animalium*, los cuadrúpedos domesticados y los salvajes, á los primeros en dos clases y á los segundos en cuatro.

Botánica.—La biblioteca Marciana, rica en códices de botánica, contaba entre éstos el *Liber de simplicibus*, de Benedicto Rinio, veneciano, 1415, con cuatrocientas treinta y dos plantas admirablemente dibujadas por Andrés Amadio, y además con nombres latinos, griegos, árabes, eslavos y alemanes. Existe allí tambien una *Historia general de las plantas* en cinco volúmenes, de Pedro Antonio Michel, con un millar de especies dibujadas é iluminadas, con nombres en diversas lenguas, muy buenas descripciones, y una distribucion sistemática en tres séries, deducidas de la estructura de sus raices, de su hojas y de sus semillas (4).

Jorge Valla, Marcelo Vergilio, Hermolao Bárbaro, noble veneciano, Nicolás Leoniceno y Juan Manardo, se limitaron á comentar los antiguos botánicos; pero los viajes, en tanto número entonces, hicieron conocer que aun faltaba mucho que saber en este ramo. Oviedo de Valdés fué el primero que describió las plantas que habia visto en América; siguióle en esto Cabeza de Vaca, Lopez de Gomara, Thevet, Leri, Monardes y Acosta; otros trajeron nuevas plantas de Asia y Africa. Andrés Mattioli, de Siena, comentó á Dioscórides con apreciables observaciones. Conocióse entonces la necesidad de los jardines botánicos, y el ferrarés Antonio Musa Brasávola, que marca la transicion entre los comentadores y los observadores, fundó uno en su ciudad natal; Venecia poseia un jardin médico desde el siglo XIII; Padua después instituyó una cátedra con un jardin donde se explicaban los simples, y luego hubo tantos en esta provincia como en toda Italia: Florencia tenia otro: el de Pisa, dado por Lucas Ghini, fué enriquecido por el gran duque Fernando con plantas de Asia y de América.

Las primeras láminas botánicas parecen haber sido las que se insertaron en 1480, en el poema *De viribus plantarum*, de Emilio Macro; después de estas láminas, hubo en 1493 las de la obra de Pedro Crescenzi. Maranta publicó otra obra (1559), sobre el método que se debia seguir para el estudio de las plantas medicinales; Próspero Alpino describió el café. Pero sólo se estudiaba por curiosidad ó para uso de los medicamentos; ésta es la razon por la que los catálogos estaban hechos por órden alfabético. Gessner los distribuyó mejor de lo que lo habia hecho con respecto á los animales, no segun las hojas y las raices, sino con arreglo á órganos más constantes, como las flores, los frutos y las simientes; fundó de esta manera, ó al menos produjo, una clasificacion más natural. Joaquin Camerario, amigo particular de Melanchton, dejó varias obras de botánica (1598). Cuéntanse entre los fundadores de la ciencia á los belgas Lobel y Dodoens, como tambien á l'Ecluse, que introdujo la elegancia del estilo, enseñando que se podia decir todo sin hablar demasiado. Citaremos tambien á Gerónimo Buck (*Tragus*) de Heydesbech, buen médico, paciente observador, que en su obra sobre la botánica se apoya siempre en los signos característicos de las especies.

Cesalpino, 1519-1603.—Andrés Cesalpino, de Arezzo, grande en todas las ciencias á que se dedicó, clasifica mejor las plantas con arreglo á la forma y disposicion de los órganos de la fructificacion, y principalmente á los cotiledones. Señaló la conformidad de las simientes con los huevos de los animales, y emitió varias verdades, cuya exactitud se reconoció después. Nadie, hasta Linneo, llegó á su altura (5). Este insigne naturalista, llamado por Cuvier «genio creador de los métodos mineralógicos,» y por Linneo «el primer sistemático ortodoxo,» que, segun Sprengel, «hizo el silabario del primer sistema corpológico,» que prece-

(4) DE VISIANI, *Illus. delle piante nuove e rare dell' orto di Padova*, 1840.

(5) El tratado de Cesalpino está dividido en diez y seis libros: el primero está dedicado á explicar la conformacion de los vegetales, habiendo puesto en él las bases de la anatomia y de la fisiologia vegetales. Aunque en general parezca que Cesalpino niega el sexo á las plantas, le reconoce sin embargo en muchas ocasiones, y concuerda perfectamente con los botánicos de nuestro siglo, dando el nombre de machos á los individuos estériles que tienen los estambres, y el de hembras á los que llevan los frutos; á pesar de esto prevaleció por mucho tiempo el uso contrario. Dió á conocer con exactitud los órganos internos de las plantas, creyó que su fuerza vital residia en la médula, que consideró como su corazon y como el verdadero gérmen del fruto, al paso que, dice, las demás partes de la flor provienen de la madera y de la corteza; de manera que segun él, la flor no era más que una expansion de las partes internas. Linneo adoptó esta idea, desenvolviéndola en la *Prolepsis plantarum*. Cualquiera que sea la importancia que Cesalpino atribuyera á la médula, creyó sin embargo que no era necesaria á la vida de los árboles sino en los primeros momentos de su existencia.

»Los otros quince libros presentan otras tantas clases particulares, en las cuales están comprendidas las plantas que describe, y se fundan: 1.° en la consideracion de su duracion como árboles y como yerbas; 2.° en la situacion de la radícula en las semillas; 3.° en el número de éstas, en los frutos y en sus celdillas; 4.° en las raices; 5.° en la falta de las flores y de los frutos. Estas clases están subdivididas en cuarenta y siete secciones, y éstas en novecientos cuarenta capítulos, algunos de los cuales contienen algunas generalidades sobre las clases y las secciones, y muchas veces sobre el carácter de los grupos importantes, reconocidos hoy como familias naturales. Cada capítulo lleva por título el nombre de una planta, y contiene su descripcion; algunas veces está sola, pero ordinariamente hay tambien otras que tienen relacion con ella como la especie con los géneros, pero no bastante generales para poder poner tales capítulos por géneros, segun están establecidos por los botánicos de nuestro siglo. Concluyen con doctas observaciones sobre los nombres de los antiguos, de Teofrasto y Dioscórides entre los griegos, de Plinio entre los romanos, de los cuales, segun se ve, tenia profundo conocimiento.

Esta obra debia conducir á una feliz revolucion en la botánica; pero nadie quiso entonces seguir á su autor en el camino trazado por temor de las dificultades, pues habia

dió á Harvey en el descubrimiento de la circulacion de la sangre y á Haüy en el fijar los caracteres de los minerales por las formas de sus cristales, obtuvo muy tarde fama, por causa de su estilo áspero, de su confusion peripatética, y de su veneracion á Aristóteles, que le sujetaba en las consecuencias, ó le obligaba á contradecirse para conciliar los descubrimientos nuevos con las aserciones antiguas. Desgraciadamente no permaneció siempre fiel á su método; descuidando además la sinonimia de las especies, impedia á los hombres estudiosos aprovecharse de los trabajos anteriores. Esto fué lo que remedió Juan Bauhin (1541-1613), de Amiens, que habiéndose refugiado en Suiza por sus opiniones religiosas, dedicó toda su vida al estudio de las plantas. Compuso una historia universal que se publicó varios años después de su muerte, en la que se encuentra descrito con precision histórica, todo lo que se sabia entonces sobre esta materia. Le escedió en reputacion su hijo Gaspar, que dió en Lion el *Pinax* con la nomenclatura de seis mil plantas, sus sinónimos y sus diferencias genéricas y especiales. Se sujetó, no obstante, á las distinciones antiguas, aunque manifiesta que no ignora el sistema natural. El *Theatrum botanicum* de Parkinson es aun muy superior. Las bases de la botánica para la distincion de las clases se establecieron, en 1606, en el *Ecphrasis* de Colonna, que se aprovechó de las ideas descuidadas por Cesalpino y fué el primero que sustituyó los grabados en cobre á los en madera. Ya el napolitano Porta habia manifestado la primera indicacion con respecto á la simiente de las setas (6): el bohemo Zaluziansky trataba, en 1592, de la generacion de las plantas (*Methodi herbariæ, libri* III), diferenciando las androginas de aquellas cuyo sexo es diferente. Indica los estambres (*digulæ*), la antera (*apex*) y el pistilo (*estamen*).

Mineralogia.—Las primeras indagaciones mineralógicas se hicieron en Italia; pero pronto la adelantó la Alemania, gracias á su mayor riqueza en este género. Leonardo de Pesaro compiló á los antiguos, mezclando la cábala y la alquimia (*Speculum lapidum*, 1502). Jorge Agrícola (*Bauer*) (1491-1555), médico de los mineros sajones, se manifestó verdadero observador, aunque se ocupó con más particularidad de metalurgia. Coordinó los primeros fósiles segun su aspecto esterior, su solidez y sus usos. Enumera los libros conocidos hasta entonces sobre los metales, que consistian en un tratado aleman sobre el modo de ensayarlos, otro inglés sobre las vetas, y uno italiano sobre la fusion y la separacion. El, que habia sido testigo de los trabajos de los mineros, no da crédito á la charlataneria de la piedra filosofal, ni á la varita adivinatoria, con la cual ciertas personas pretendian descubrir los veneros de agua y de metales; lo cual hemos visto reproducirse en nuestros dias. Habia adquirido ya gran estimacion en vida; mas como celoso católico, los protestantes le negaron sepultura; y su cadáver permaneció con indignacion universal, abandonado por espacio de cinco dias. Seis años antes que él Vanuccio Biringuccio, sienés, publicó en Venecia (1540) diez libros de *pirotecnia*, donde trata de los metales y semimetales, de los minerales y de algunas sales, de la extraccion de los mismos, de la aleacion y de los procedimientos útiles para las artes, combatiendo siempre á los alquimistas.

La formacion de una coleccion de fósiles en grandes proporciones, pareció á Sixto Quinto deber ser para un pontificado una nueva gloria. Decretó en su consecuencia, que se añadiria á la biblioteca y á la imprenta en el palacio del Vaticano un gabinete de metalurgia para depositar los minerales procedentes de todas las partes del mundo; confiando el cuidado de ordenarlos á Miguel Mercati, de San Miniato. «No faltan, dice este pontífice, sábios que han escrito sobre estos asuntos: ¿pero quiénes son los que han espuesto á la vista las figuras exactas, ilustrado tantos puntos oscuros y publicado obras especiales? Si algunos

---

dejado muy atrás á sus contemporáneos. Gaspar Bahin dice que tuvo el proyecto de distribuir su *Pinax*, segun el método de Cesalpino; pero confiesa que no le comprendia bastante. Además, era costumbre ver las obras de botánica, adornadas de figuras más ó menos bien ejecutadas, y Cesalpino las suprimió en la suya. Cometió otra falta más importante, la de no exponer en ella la concordancia de la nomenclatura de los autores que le habian precedido y la de sus contemporáneos; designó las plantas por nombres inventados por él, y generalmente por nombres vulgares en algunos paises de Italia, especialmente en Toscana; por lo cual es difícil determinar las plantas de que habla, y Bahim, que lo intentó en el Pinax yerra muchas veces. Por la misma razon no se puede determinar el número exacto de las especies de que hace mencion en su obra: los que hacen subir su número á ochocientas, sólo han contado las principales, pues que, segun Haller, ascienden á mil quinientas veinte...

»En el prefacio, que está lleno de observaciones nuevas y filosóficas que anuncian un ingenio superior á su siglo, expone sus principios en una sola página, y fija las bases en que deben establecerse los métodos y sistemas de botánica, así como las ventajas que de ellos se pueden sacar, en cuyo número pone el conocimiento de las propiedades de las plantas, que puede deducirse de sus afinidades y de la semejanza de sus formas exteriores. A pesar de los trabajos emprendidos sobre tal materia, nada se ha podido añadir de esencial á aquel ensayo; de modo que si sólo hubiese quedado esta página de sus obras, seria suficiente para asegurar su gloria.»

DU PETIT THOUARS.

(6) En el capítulo II del libro V de su *Phytognomica* se lee: *Contra antiquorum opinionem plantas omnes semine donatas esse.—E fungis semen perbelle colleginum exiguum et nigrum, in oblongis præsepiolis vel liris talens é pediculo ad pili circumferentiam protensis, et præcipue ex illis qui in saxis proveniunt* (¿comprende á los líquenes?), *ubi decidente semine feracitate seritur et pullulat*, etc., pág. 367 de la edicion de Francfort, 1591.

han tratado al pasar estas materias, huelen á herejía; y ésta es la razon por la que conviene preparar otra fuente en la que no haya peligro.»

Mercati, ensalzado hasta las nubes por sus contemporáneos, en relacion con los papas, los reyes y los sábios más distinguidos, no siguió ninguna division natural en la descripcion de aquel museo, sino la de los armarios en que estaban distribuidos los diferentes fósiles, esponiendo las virtudes de cada uno, y las diferentes opiniones que habia sobre ellos. Agrada sin embargo observar estos principios de la paleontologia, ciencia destinada á llegar á ser capital. Mercati no reconoce otra cosa en los osamentos fósiles más que concreciones estravagantes, y las reunió en un armario diferente, bajo el nombre de *idiomorfos* ó piedras de una figura particular, como «una inocente diversion de la naturaleza, que quiso darnos las primeras nociones de escultura y pintura.» Aparece de sus refutaciones, que algunos los creian reliquias del reino animal, y manifiesta que á ser así, nunca hubieran podido hallarse sobre la cumbre de las montañas ni en los abismos. Pero su maestro Cesalpino, con un conocimiento más claro y más seguro acerca de esta ciencia naciente, refutó á su discípulo y ordenó la mineralogia, de modo, que abrió camino á los sistemas que se fundaron sobre la composicion. Separó los minerales en tierras, sales y sustancias que se disuelven ó sobrenadan en el agua, subdividiéndolos después segun otros caractéres menos importantes; por ejemplo, las tierras en estériles, fértiles, colorantes y medicinales; las piedras en rocas, mármoles, piedras preciosas y productos de los cuerpos organizados ó de las plantas. Las conchas fósiles, en su opinion, proceden del mar que las abandona al retirarse; las aguas termales del calor que las combinaciones y combustiones producen en el seno de la tierra, y todos los minerales son capaces de cristalizarse en formas geométricas: el óxido de plomo procede de una sustancia aérea, por cuyo medio el metal aumenta su peso: admirable profecía de los descubrimientos hechos mucho después por Haüy y Lavoisier.

El veronés Gerónimo Fracastoro, que se dedicó al estudio de las conchas fósiles, y á examinar los caractéres particulares de los peces y de otros animales y vegetales que se encuentran en las rocas, principalmente en el monte Bolca, dedujo por su posicion, que no podian haber sido enterrados en una misma época (7). Fué éste uno de los médicos y de los sábios más ilustres; á las causas ocultas sustituyó la accion de los átomos; consideraba á los cuerpos con fuerza bastante para atraerse los unos á los otros, y señaló un principio imponderable á los fenómenos eléctricos, magnéticos y fisiológicos; en los *Omocéntricos* da la primera idea de los lentes astronómicos (8), y combatiendo los epiciclos, allanó el camino al sistema copernicano.

Gessner no decide si las estalactitas son producidas por animales, como la mayor parte lo creian entonces, ó por fuerzas inorgánicas. Erkörn trató de la docimástica. Bernardo Palissy, fabricante y pintor de porcelanas, introdujo en Francia esta clase de estudio (1575); reunió un gabinete, y probó que las conchas fósiles no habian podido ser depositadas en las montañas por el diluvio de Noé.

Peiresc, 1580-1637.—Teníase tambien entonces mucho gusto por los museos, en los cuales se amontonaban objetos raros de todo género, y hasta animales estravagantes hechos espresamente por charlatanes. Pero éste era un socorro útil en tan grande escasez de medios. Entre aquellos artífices de colecciones se distingue al provenzal Nicolás Peiresc, descendiente de una familia italiana. Animado desde sus primeros años del deseo de adquirir conocimientos, como era de una salud delicada, se dedicó á las letras como aficionado, y empleó sus riquezas en recoger objetos raros tanto en artes como en ciencias; y al propio tiempo se dedicó á hacer indagaciones de mucho interés. Viajó mucho y fué acogido en todas partes con distincion. Estudió las petrificaciones y los zoofitos, sin sospechar que fuesen animales. El jardin que formó era mejor que el del rey. A él es á quien debió la Europa el jazmin de la India, la calabaza de la Meca y el papiro de Egipto. Fué el primero que plantó el gengibre y otras plantas de Oriente, como tambien el cocotero. Apenas conoció los descubrimientos de Galileo, cuando se procuró un telescopio; y habiendo observado á los satélites de Júpiter, comprendió que podian servir para determinar las longitudes. Pero se inquietaba poco en completar ó publicar lo que habia encontrado, contentándose con ponerlo al servicio de los que se dirigian á él, y proteger á todo el que era instruido. Gassendi era uno de aquellos por quienes se interesó; publicó su vida, y ha quedado de él una correspondencia muy estensa con los más distinguidos de sus contemporáneos.

Química.—La química continuó buscando laboriosamente la piedra filosofal, y la panacea universal, hasta que Basilio Valentino introdujo en ella algunas innovaciones. No se comprende nada de

(7) Esta verdad está tambien indicada en los manuscritos de Leonardo de Vinci en el capítulo sobre el *Antiguo estado de la tierra*. Refuta á los que decian que la naturaleza y la influencia de los astros habian podido formar estas conchas en diferentes edades, endurecer las arenas en diversas alturas y épocas. No titubea en afirmar una verdad que adquiere cada dia mayor firmeza, que lamayor parte de los continentes han salido del fondo de los mares.

(8) Refiere que hacia uso para observar los astros, de ciertos vidrios, con ayuda de los cuales, la luna y las estrellas no parecian más elevadas que altas torres (seccion I, c. 23), y añade: «si se mira con dos de estos vidrios oculares colocándolos uno sobre otro, se verán todos los objetos más grandes y más próximos.» Seccion II, c. 8.

su tratado sobre el poder del *stibium*, llamado por él antimonio, escepto sus ataques á Hipócrates, Galeno y los médicos contemporáneos. El papel importante que desempeña esta ciencia en la medicina de Paracelso le dió algun impulso; y los *Rosa-Cruz* creyendo regenerar la alquimia, hicieron que la fisiologia explicase la química. Sin embargo, la facultad de medicina de Paris, así como rechazaba la circulacion de la sangre, declaraba á todos los químicos envenenadores y al antimonio veneno en todos los casos. Ya se preveia, sin embargo, que esta ciencia adelantaria con la lectura de las obras de Van-Helmont, que hizo felices aplicaciones á ella, á pesar de su aficion á las ciencias ocultas.

Anatomia.—La anatomia habia sido resucitada por Mondino de Bolonia, cuyo libro permaneció por espacio de tres siglos siendo el único texto en uso en todas las escuelas de Italia, escepto que añadian de cualquier modo y en forma de comentario los nuevos descubrimientos. Distinguiremos entre sus sectarios á Jacobo de Berenguer (1521), natural de Carpi y profesor de Bolonia, á quien Portal honra con varios descubrimientos, entre otros el de la membrana que se encuentra en la parte anterior de la retina, descubrimiento atribuido á Alpino. Recomienda á sus discípulos que no se cuiden de lo que otros han dicho, sino que observen por sí mismos; y él disecó centenares de cadáveres, lo cual era una audacia sin ejemplo entonces fuera de Italia. Fué el primero que unió las figuras al texto, aprovechando de esta manera las bellas artes, así como sacaba ventaja de la anatomia. Después de haber meditado Leonardo de Vinci sobre el cuerpo humano ayudándose de la ciencia y de la filosofia, dió un tratado de anatomia para uso de los pintores. Otros le imitaron, y entre ellos Alberto Durero (*De humani corporis symetria*, 1524), espresando los hombres y las mujeres con figuras geométricas; aplicacion científica llevada al esceso, y que no sirvió de nada. Guatero Ryff (1541), médico de Estrasburgo, hizo diez y nueve tablas anatómicas mejores que las de Berenguer.

La institucion del primer gabinete de anatomia y el descubrimiento de la sífilis, de la anatomia patológica y de la litotricia (9), se deben al gran anatómico Alejandro Benedetti, de Legnano, que siendo médico de los ejércitos venecianos, sirvió en la guerra contra Cárlos VIII, y describió aquellas batallas. Haller le llama «el primer escritor original de medicina.» Benivieni, de Florencia, hizo antes que Paré la ligadura de los vasos, y muchas operaciones sumamente difíciles con gran prudencia y felicidad. En sus inspecciones sobre un escirro en el estómago, la ulceracion del omento, los pólipos sanguíneos y los cálculos biliosos (10) podemos encontrar ejemplos de anatomia patológica.

En Francia se distinguian Guido de Chauliac y el aleman Gunter, que fué el primero que profesó la anatomia en Paris y describió el organismo del oido.

Gaspar Tagliacozzi enseñó el ingerto animal, pero se contaban ya diferentes casos de operaciones de labios y de narices hechas en Sicilia desde el año 1400 (11), operacion, por lo demas, más estraña que útil. La casualidad hizo descubriese el provenzal Pedro Franc el gran aparato; y la litotomia se facilitó con diferentes procedimientos. Jacobo Silvio (Dubois), discípulo de Gunter, fué el primero que tuvo la importante idea de dar un nombre á cada músculo, y descubrió las válvulas de las venas, dando de este modo un gran paso para hallar la circulacion.

Vesalio, 1514-1564.—Andrés Vesalio, nacido en Bruselas, de una familia de médicos notó, disecando todos los animales que caian en su poder, y después á los hombres en las escuelas y en los cementerios, cuánta ignorancia habia en la pretendida anatomia de los antiguos, y conoció que las observaciones de Galeno se habian hecho en monos. Se atrevió, pues, á proclamar los errores, á pesar de la admiracion de sus contemporáneos. Llamado como profesor á Pavia, Bolonia y Pisa, publicó en Venecia láminas anatómicas que causaron tanta sensacion como el descubrimiento de un nuevo mundo. Las estendió y completó después (1543). Tributó á Galeno un homenaje muy superior al de sus escandalizados admiradores, aprendiendo en él la necesidad de fundar la medicina en la anatomia.

Esta última ciencia estaba tan descuidada entonces, que se curaban las contusiones y luxaciones con drogas y jarabes. Guicciardini refiere seriamente (libro VII), «que á Julio de Este le habian sacado los ojos y se los habian vuelto á poner sin privarle de la luz, por el cuidado pronto y diligente de los médicos;» y Cárlos Quinto pasó á los teólogos de Salamanca una consulta formal sobre la necesidad de saber si se podia, sin pecar y con seguridad de conciencia, abrir cadáveres humanos para conocer su estructura. Ahora bien, Vesalio dedicó precisamente su obra, *De humani corporis fabrica*, al «divino Cárlos Quinto, muy grande, muy invencible emperador;» pero es necesario perdonarle estas adulaciones, en consideracion á la necesidad que tenia de un protector contra los orgullosos que

(9) *Aliqui intus in vescica sine plaga lapidem conterunt ferreis instrumentis.* Benivieni refiere de sí mismo, que no hallando medio de extraer á una mujer un cálculo voluminoso, *insolitum, sed tamen opportunum consilium capiens... ferramento priori parte retuso calculum ipsum perculio, donec sæpius ictus in pusta comminuitur.*

(10) *De abditis nonnullis ac mirandis morborum et sanatiorum*, etc. Florencia, 1504.

(11) Véase con respecto á esto la *Vida de Camilo Porzio*, por Agustin Gervasio, 1832.

confundian al anatómico con el barbero, y contra los pedantes indignados de que un jóven de veinte y ocho años se atreviese á censurar á Galeno. Cayeron sobre él con furor, y sobre todo en Francia. El mismo Silvio, su maestro, le trató de estudiante presuntuoso; y no pudiendo negar los errores de Galeno, llegó hasta sostener que los hombres habian cambiado desde su época, y que la naturaleza variaba caprichosamente sus obras.

El *divino y muy invencible* Cárlos Quinto no permaneció sordo á las insinuaciones de los malévolos, y mandó proceder contra aquel libro. Indignóse de tal manera Vesalio, que quemó varios manuscritos. Triunfó, no obstante; pero habiendo llegado á ser medico de cámara, dejó entumecer su talento con las alabanzas y las hostilidades. Es verdad que encontraba raras ocasiones de ejercer su arte, hasta tal punto, que se queja de no haber podido obtener un cráneo en España. Habiendo muerto un sujeto de distincion, de una enfermedad desconocida, rogó á los parientes le permitiesen hacer la autopsia; pero éstos sostuvieron que al hacerla, se habia movido el corazon al tocarle el escalpelo: acusaron, en su consecuencia, á Vesalio de homicidio ante los tribunales, de impiedad ante la inquisicion, y fué condenado á muerte. Felipe II conmutó la pena en destierro. Entonces Vesalio pasó á Venecia; se embarcó allí para Chipre y Jerusalen con Malatesta de Rimini, como cirujano militar; pero á la vuelta naufragó en las costas de Zante, y murió de hambre.

Falopio, 1523-62.—Entonces tomó la anatomia mayor vuelo. El modenés Gabriel Falopio, discípulo de Vesalio, le convenció, respetándole, sobre varios errores, principalmente con respecto á los músculos abdominales. Dió pruebas de una delicadeza y sagacidad sin igual, descubriendo los huesos tan pequeños del sistema acústico, la composicion de las fosas nasales, de la mandíbula, del esternon, del sacro, y dejó su nombre á las trompas colaterales al útero. Refutó en miologia la opinion de Galeno sobre las fibras musculares, negando que los nervios tuviesen ninguna parte en ella, y demostrando que su accion cesaba en el punto en que las fibras se cortan trasversalmente, lo que no se verifica si la incision se hace á lo largo. En angiologia no conoció la pequeña circulacion, y creyó con Galeno que las arterias eran canales que conducian los espíritus vitales del corazon á todo el cuerpo. Enmendó los errorres correspondientes al intestino ciego, y describió con exactitud, tanto el epiplon como el piloro: dió á conocer tambien el mediastino, la pleura y la glándula lacrimal. Creyó con Galeno que los nervios procedian del cerebro y no del corazon, como Aristóteles; pero vaciló en esta parte. Estudiaba sobre los cadáveres humanos, y no sobre los animales, disecando hasta seis ó siete al año. Aun más, el duque de Toscana le entregaba de cuando en cuando un condenado á muerte *quem interficimus*, dice, *modo nostro et anatomizamus*. El médico descendia de esta manera al papel de verdugo (12). Habiendo tenido Cárlos IX una bezoar, que se decia impedia los envenenamientos, se hizo la prueba en un hombre condenado á la horca: diéronle sublimado corrosivo, y murio en medio de los dolores más atroces. Cuando Enrique II fué herido de muerte en un torneo, cortaron las cabezas á cuatro criminales para llevarlas á los cirujanos, con objeto de que hiriéndolas con lanzas en el mismo punto en que el rey habia sido herido, pudiesen descubrir en qué partes habian podido penetrar los pedazos de la que le habia sido mortal.

El honor de haber descubierto el estribo de la oreja recae en el siciliano Juan Felipe Ingrassia (1580), que restableció la anatomia en la universidad de Nápoles; estableció antes que nadie los consejos de sanidad pública, y se condujo como un héroe en la peste de 1575. Aselio de Crémona descubrió los vasos lacteos. Santorio Santori, de Capo de Istria, sufrió por espacio de treinta años el martirio de vivir sobre balanzas, para probar los fenómenos aun no observados de la traspiracion cutánea. Constancio Varoli, su compatriota, dirigió sus indagaciones sobre el cerebro, en el que el puente de Varoli ha conservado su nombre, y sobre los nervios ópticos, cuyas huellas siguió hasta la médula oblongada. Fray Pablo Sarpi notó la contraccion y dilatacion de la uvea.

Bartolomé Eustaquio, de San Severino, profesor del colegio de la Sapienza, en Roma, ha dejado un tratado capital sobre los riñones, la vena azigos, y la estructura de los dientes; estudió además con gran cuidado los nervios, vió el origen del gran simpático y la direccion de otros que antes no se conocian. Formó cuarenta y seis grandes láminas que quedaron inéditas por falta de medios suficientes. Cuando después Clemente XI las hizo grabar en 1714 por Lancisi, se vió que si hubieran sido conocidas, habrian conservado al autor la gloria de los Bartolini, de los Bellini, de los Pecquet, de los Lavater y de otros.

Julio César Aranzi, de Bolonia, fué el primero que examinó con atencion el feto y sus desarrollos, preparando de esta manera el camino á esta organogenia que apenas ha nacido. Aprovechando las ideas de Realdo Colombo, concernientes á la circulacion de la sangre, derrocó las de los antiguos sobre este asunto, haciéndola pasar, no por los poros del septum, sino por la vena arterial á los pulmones; sin embargo, creyó lo mismo que Colombo, el error, entonces general, de que el hígado era el órgano de la sanguificacion.

Levasseur manifiesta que conoció en 1540 la circulacion pulmonar, como tambien las válvulas de las arterias y de las venas. Miguel Servet, cuyos errores y triste fin hemos deplorado, describió la pequeña circulacion del pulmon en la *Christianis-*

(12) Pero se asegura que este pasaje ha sido interpolado cuarenta años después de su muerte.

mi restitutio, obra quemada por Calvino con su autor. y que es de 1535, y no del tratado *De Trinitatis erroribus*, publicado en 1531, como se ha dicho generalmente.

Julian Fabricio, de Acquapendente, continuó la tarea de Vesalio generalizando las observaciones deducidas de la anatomia del hombre, por la comparacion con los demás animales, con objeto de ver las partes que no pueden verse en el hombre; comparar los órganos semejantes y notar las diferencias de una especie á otra, deduciendo consecuencias. Cada uno de los capítulos de su obra *Totius animalis fabricæ theatrum*, se divide en tres partes: descripcion del órgano, su accion, su uso. Se dedicó especialmente al estudio de las venas, y observó que las válvulas miran todas hácia el corazon, de manera, que este descubrimiento parece ser más bien suyo que de Sarpi. Sin embargo, la admiracion que profesaba á los antiguos le separaba de lo nuevo.

Harvey, 1578-1658.—El inglés Guillermo Harvey estudió bajo su direccion en Pádua hasta 1602; negó la generacion equívoca, combatida ya por Redi, y estudió la evolucion de los huevos, aunque la falta de microscopios le hizo incurrir en errores. Enseñó en Lóndres, desde 1619, la circulacion de la sangre, después su obra *De motu sanguinis et cordis*, publicada en 1628, acabó de destruir el antiguo edificio. No se puede dudar que la circulacion fuese conocida ya en Italia, y que Harvey aprendió de Eustaquio Rudio, de quien copió sin citarle, las verdaderas funciones del sistema vascular (13): escepto que los progresos hechos entonces por la anatomia esperimental le permitieron abandonar las frases viciosas, con las que su predecesor se confundia, y determinar con más claridad el mecanismo general de la circulacion. Honrado en su patria, médico de los reyes, que le proporcionaban animales y medios de estudio, sostenido por el colegio de Lóndres, pudo estender su fama y atribuirse el mérito de un descubrimiento que no era suyo.

Paré, 1517-90.—La cirujia y la medicina pudieron sacar ventajas de esto. El uso de las armas de fuego incitó á nuevas indagaciones quirúrgicas, y la obra del napolitano Alfonso Ferri, *De sclopetorum vulneribus* (Lyon, 1554), es, aunque poco conocida, de gran importancia. Un médico de Turin que tenia un secreto para curar aquellas heridas, lo cedió á Ambrosio Paré, que le atribuye un valor más proporcionado al precio de la venta, que á su eficacia real. Paré, uno de los prácticos más distinguidos, volvió á poner en uso, si es que no inventó, la ligadura inmediata de los vasos, en lugar de escarizar y cauterizar; enseñó á tratar las fracturas complicadas de las heridas y otros procedimientos que se siguen aun, estableció comparaciones generales entre el esqueleto humano, los cuadrúpedos y los pájaros; creyó que los miasmas contagiosos entran por el olfato. Fué médico de Francisco I, de Enrique II y de Cárlos IX, quien le salvó de la matanza de la noche de san Bartolomé. El provenzal Jacobo Guillermo, su discípulo, perfeccionó el trépano. La obstetricia llegó á ser tambien menos cruel. La primera operacion de la incision cesárea, en una persona viva, se hizo por Nufer Castraporci, en Turgau. Francisco Rousset, médico del duque de Saboya, escribió sobre esta operacion una obra muy estimada, y otras esperiencias tuvieron un éxito feliz.

No por esto dejaban de ser reputados los cirujanos como de una clase muy inferior, y les era preciso, en su aprendizaje con los barberos, barrer la tienda, peinar y cortar los callos. Cuando su corporacion obtuvo en Paris privilegios que la igualaban á la de los médicos, éstos se despecharon y se unieron con los barberos contra ellos; pero esto no impidió el que los cirujanos fuesen finalmente admitidos como miembros de la universidad. El ejercicio de la clínica como institucion universitaria, fué introducido en Pádua por Juan Bautista del Monte en 1543 (14).

Medicina.—En lo concerniente á la medicina, las mejores traducciones de los autores griegos convencieron de la pobreza de las versiones ára-

(13) Sprengel quisiera que Berenger negase la transfusion de la sangre á través del septum; pero, aunque él lo diga *satis notabilis substantiæ quæ est etiam satis densa*, admite sin embargo los agujeritos de Galeno. Sprengel pretende que Colon supone por el contrario este pasaje, cuando dice claramente, que los que le admiten están en error: *longa errant via*. Véase DE RENZI, *Hist. de la medicina*, t. III, pág. 307, y la nota D al fin del presente Libro.

(14) Italia estaba todavia á la cabeza de la ciencia, pues no habia acaso un solo hombre célebre entre los extranjeros que no hubiese sido educado en sus universidades. Paracelso estudió en Bolonia, en Roma y en Padua; Solenandro en Roma, en Pisa y en Ferrara; Langio se doctoró en Pisa después de haber asistido á las lecciones de Leoniceno y de Vigo; Eurnio estudió en Padua y en Pavia; Teodoro, Jacobo y Bonifacio Zwinger siguieron las lecciones de la universidad de Padua y otras de Italia; Linacro estudió en Florencia y en Roma; Bruceo era alumno de las escuelas de Italia, así como Dassenio, primer refutador de Paracelso. Volcher Coiteé fué discípulo de Falopio y de Eustaquio; Joubert fué tambien discípulo de Argentiere en Turin; Gaspar Bahuin, de Acquapendente; y su hermano Juan estudió tambien en Padua. Guilandino, salvado por Falopio de la esclavitud que sufria en Argel, fué alumno y luego profesor de la universidad de Padua, donde estudiaron tambien Juan Schenk, Arveo, Spigelio y Gaspar Hoffman. Fyens fué discípulo de Mercuriale, de Aranzio, de Aldobrando y de Tagliacozzi; Struzio recibió la borla de doctor en Padua, donde tambien estudió Erasto por espacio de nueve años, doctorándose después en Bolonia; Monavio estudió en las universidades italianas así como De Pratis; Servet tuvo relaciones con los sabios de Italia, donde estuvo tambien Cornelio Agrippa haciendo la guerra por espacio de siete años y estudiando filosofia y medicina, cultivando las ciencias en Turin y en Padua. Dodoneo estudió en Padua y fué muchas veces á visitar las escuelas

bes y de los comentadores musulmanes. Leonardo Fuchs, de Vembdingen, en Baviera, disputó el título de príncipe en la medicina á Avicena, para restituirle á Hipócrates y á Galeno. Juan Bautista Montano y Marsilio Cognati, ambos de Verona, restablecieron con sus publicaciones y la práctica la escuela del padre de la medicina; Jacinto Houlier dió nueva luz á sus libros, y aun más Luis Duret, del Delfinado, su discípulo, como tambien Ana Foes de Metz. Los términos técnicos están esplicados en las *Definiciones médicas* de Juan de Gorbis, con gran conocimiento de la lengua y de la ciencia.

Hemos debido colocar entre los charlatanes á Paracelso, que llegó á ser una traba para Alemania por la preocupacion que produjo, como los autores árabes en España. Sin embargo, cierto número de alquimistas llegaban á ser buenos médicos, y presentian los verdaderos principios de la economia viviente, y la necesidad de separar su estudio del de la materia muerta, en atencion á que diferentes leyes rigen los cuerpos vivos y los objetos inanimados. El mismo Paracelso hizo á la ciencia servicios reales usando de nuevos medicamentos, ó empleándolos con más osadia. Sus milagrosas curaciones se debian al mercurio y al opio. Se ignoraban casi las preparaciones del primero y los médicos tenian horror al segundo, como *frio en el cuarto grado*. Pero Paracelso le habia visto empleando con frecuencia en Turquia, é introdujo como antagonista de él el tártaro, llamado así porque quema á los pacientes como el infierno, por el ácido que contiene con el agua, la sal y el aceite. Indicó los principales defectos de la medicina en la época en que vivia; y manifestando las reformas necesarias ridiculizando la antigua farmacéutica, hizo creer en ciertas innovaciones posibles, y en su consecuencia cesar de haber contra ellas una repugnancia sistemática. Desgraciadamente insultaba con impudencia á los que copiaba y amotinaba á la multitud en lugar de inclinarla á un cambio; lo que hubiera podido hacer con la sagacidad original de que estaba dotado, y que sin ser genio, produce descubrimientos de que es incapaz la moderacion tímida.

Algunos con Paracelso se obstinaban en aplicar siempre unos mismos específicos, sin cuidarse de los síntomas; otros querian unir á las teorías de Galeno lo que parecia admisible de Paracelso; otros le impugnaron abiertamente, y Gaspar Hoffman con especialidad en el libro *De barbarie imminenti*.

Ya más de un médico se habia atrevido á hacer frente á los peligros á los cuales se espone el que sale del sendero trillado. Pedro Ramus habia dado el ejemplo denigrando á Aristóteles y á los escolásticos. Después de él, Juan Fernel, de Amiens, preguntó la verdad á la naturaleza, en lugar de preguntarla á Galeno ó á Hipócrates. Se deja conocer el libre uso de la razon en Juan Selvático, profesor en Pavia, en Julio Alejandrino, de Neustein, en Servet y en Pedro Brissot. Juan Argentieri, de Chieri, se hizo contradictor de Galeno y de los admiradores de los antiguos (15), en la universidad reconstituida de Turin, repudiando las razones sofísticas del horror al vacío, y la multitud de los espíritus, á los cuales recurria la escuela galénica para esplicar las diferentes funciones: arrebató á la voluntad del alma la fuerza mediadora para atribuirla á las leyes de la naturaleza; negó que las diferentes facultades intelectuales residiesen en partes determinadas del cerebro, que las venas naciesen del hígado y trató del sueño de una manera racional. Gerónimo Capovacca, su discípulo, profesor en Pádua, combatió tambien á Galeno; pero no supo emanciparse enteramente de él. Fortunato Fedele denunció muchos errores comunes, estableció reglas de filosofía médica, y recomendaba que los estudios se limitasen á conservar y restituir la salud, dejando lo demás á la filosofía abstracta; impugnó á los que abusaban de los medicamentos, aconsejando que no se creyese en los prodigios atribuidos á los remedios, y que se desterrasen los amuletos.

Otros buenos observadores desvanecieron hechos generalmente acreditados, y sin embargo no existian sino en la imaginacion de aquellos autores. Pero en esto mismo daban la preferencia á los casos raros; no sabian abandonar enteramente los métodos escolásticos y las pretendidas cualidades elementales. El tratamiento era dirigido contra los síntomas; se atribuia gran importancia á la orina y á los casos críticos, de los que Frascator hizo el objeto de una teoria muy ingeniosa, pero enteramente especulativa.

Era preciso mucho valor para combatir errores de varios siglos; no debe, pues, hacérseles cargo de haber conservado algunos restos de las doctrinas sofisticas. Cuesta trabajo creer que se suscitase una cuestion tan ruidosa como la de religion cuando Brissot hizo presente la necesidad de sangrar lo más lejos posible del sitio de la inflamacion, y to-

---

de Italia: Amato Lusitano estudió y fué profesor en Bolonia; Rodrigo de Fonseca fué profesor en Pisa y en Padua. No se limitó á aquel siglo la afluencia de los extranjeros á Italia; fueron alumnos de la única universidad de Padua, Mauricio Hoffman, Posthio, Gaspar el Mayor, Tomás y Gaspar el Jóven, Bartolino, Meibomio, Rolfink, Sennert, Wepser, Juan Jorge Wirsangio, Juan Weslingio, etc.

(15) *De erroribus veterum medicorum*, 1553. *In artem medicinalem Galeni*, 1566.—*Oportet* (escribe) *de scriptoribus ita sentire ut eos homines agnoscamus, et non tamquam deos veneremur, nobisque antiquam libertatem relinquamus... Probationes ex nostris sensibus, nostroque ingenio ducamus. Nemini credamus, sed liberi contra omnes quod putemus verum proferamus. Eorum opiniones refellamus qui in magno sunt precio, quorum auctoritas infirmis ingeniis obesse potest.*

dos los médicos se dividieron en dos campos rivales: partidarios de la sangria á lo árabe ó á la griega, de la revulsion ó de la derivacion; sistemas que cayeron en descrédito cuando se conoció la circulacion. Por su aversion á los médicos franceses que rechazaban la sangria, Leon Botalli, de Asti, enseñó que del mismo modo que en un manantial cuanto más agua mala se saca, más mana mejorándose, y en los pechos cuanta más leche se chupa, más acude y de mejor calidad; así sucede con la sangre; de manera que aquello fué un diluvio de sangrias para toda clase de enfermedades. Otros, por el contrario, lo esperaban todo del agua y de los baños, sobre lo cual se escribieron muchísimos libros, que fueron recopilados en su mayor parte en un volúmen impreso en Venecia en 1553: *De baldeis*, etc.

La escarlatina que asoló la Italia en 1505, y volvió á aparecer con frecuencia, fué primero descrita con exactitud por Gerónimo Cardan; otros varios trataron después de ella, principalmente Fracastor, Massa y Andrés Treviso. Dedicáronse varios á curar la tos convulsiva, el catarro epidémico, el escorbuto que se habia propagado, y el mal venereo, contra el que Berenguer, de Carpi, fué el primero que opuso el mercurio (16). La rafania se distinguió como enfermedad particular. Las ocasiones de observar la peste bubónica fueron bastante frecuentes: las causas que se le asignaron provocarian la risa, si en nuestro siglo no nos hubiesen enseñado resucitándolas á ser indulgente. Bastará decir que la mayor parte explicaban el contagio por la voluntad inmediata de Dios. Paracelso distingue la peste en natural y sobrenatural, es decir, procedente de los astros, y sobre todo de Saturno, devorador de niños. Aun en el siglo XVII se empleaba en Roma, contra la lepra y otras enfermedades cutáneas, el remedio siguiente: después de haber purgado al enfermo, se le llevaba á una gruta llena de serpientes, cerca de Bracciano; su elevada temperatura le hacia pronto traspirar, y se dormia acostado en el suelo completamente desnudo. Atraidos los reptiles por la exhalacion del sudor, salian de sus madrigueras á centenares, y enroscándosele al cuerpo le lamian suavemente sin hacerle ningun daño. Como el menor movimiento las hubiera hecho huir, se tenia cuidado de administrar al enfermo un soporífero. Al cabo de tres ó cuatro horas se le sacaba de la gruta, y se continuaba de esta manera hasta su curacion, que no se hacia esperar mucho tiempo (17).

Era muy comun unir á la medicina las investigaciones y observaciones astrológicas: el obispo Lucas Guarino, napolitano, se dedicó á la astrología y escribió sobre ella: los médicos Juan Antonio Magini, Angel Forcio, Plácido Fosco, Guillermo Grattaroli, Clemente Clementino, Tomás Giannozzi y otros muchos, unieron sus conocimientos con los astrológicos; el ilustre Fracastoro hace consistir las simpatias y antipatias en la influencia de las estrellas; y el milanés Luis Settala en las manchas que salen en el cuerpo, pone en relacion con los planetas todos los órganos y hasta la fisonomia y las arrugas; creyendo que el sol obra sobre la fuerza vital, la luna sobre la vegetacion, Mercurio sobre la fantasía, Venus sobre las facultades apetitivas, Marte sobre las repulsivas, Júpiter sobre las naturales y Saturno sobre la memoria. Sin embargo, otros sábios, como Baffi de Perusa, Valleriola, Mandella y Manardo (18), negaban á los cuerpos celestes semejante influencia. Es inútil nombrar la inmensa série de secretistas y alquimistas.

A esta época pertenecen los primeros tratados de medicina legal, principiando por el *De relationibus medicorum*, 1602, de Fortunato Fedele, que trató de todos los casos que hoy pueden ocurrir, y de otros particulares á su siglo, como de los filtros y del uso del tormento.

---

(16) Benvenuto Cellini le maltrata, espresándose de esta manera con respecto á él: «embadurnó con una untura compuesta por él á varias docenas de señores y pobres caballeros, de los que sacó millares de ducados... Ahora bien, hay en el dia en Roma una gran cantidad de desgraciados á quienes ha frotado, estropeados y reducidos á un triste estado.»

(17) KIRCHER, *De arte magnetica*, lib. III, pár. 7.
(18) RENZI, III, 68.

CAPÍTULO XXXVIII

LITERATURA FRANCESA

Hemos podido estendernos en la literatura italiana (cap. X) sin hablar de las literaturas extranjeras, desconocidas al otro lado de los Alpes, pero mientras que la que habia dado flores tan precoces veia marchitarse su brillo, las naciones que habia educado recogian los frutos que habian madurado en ella. Si los franceses no pudieron conquistar la Italia, sacaron de ella el amor á las artes y á las letras, conocimientos, libros y gusto (1). Luis XII hizo que el fraile Gaguin reuniese la biblioteca más rica de aquella época, robando la de los dominadores de Milan y Nápoles. Juan Lascaris y Gerónimo Alcandro fueron llamados á su corte. Pero esto era todavia una animacion incierta y fugitiva. Francisco I, apellidado el padre de las letras, se rodeaba de sábios; y sin embargo otras veces los perseguia comprimiendo de este modo una libertad que le inspiraba terror. El colegio de Francia, que fundó, reanimó la aficion al griego y al hebreo, aunque la envidia de los grandes, con respecto á los literatos, llegó á restringir la grandeza del proyecto primitivo, y el estudio de las lenguas orientales hizo sospechosos de herejia á los que se dedicaban á él. Budé ocupó el primer lugar entre los que cultivaron la lengua griega en aquella época: era hombre de inmensa erudicion; por esto Erasmo, su rival, le llamaba el *prodigio de la Francia*. Esteban Dolet, condenado á la hoguera como hereje á la edad de treinta y siete años; el afable Muret, el gran Casaubon, sostuvieron el honor del latin y el de la erudicion. Los Estienne estendieron con sus ediciones correctas y bien anotadas los conocimientos de los clásicos, de quienes el rey adoptaba la claridad de ideas, la noble regularidad y la esposicion precisa y elegante.

Introducida ya la lengua nacional de los tribunales, discutida por los gramáticos ennoblecida por los traductores, regularizada con las tentativas innovadoras, era cultivada al mismo tiempo que los modelos eternos del gusto. Pero los ensayos de innovaciones se reproducian con frecuencia, como acontece en toda lengua que no tiene literatura; no podia, en efecto, apoyarse mucho en los numerosos imitadores de la *Novela de la Rosa*, y en las *Respuestas francas*, que por falta de ingenio ponian en tormento á la imaginacion para imponerse nuevas dificultades. El uso del italiano, puesto en moda en la corte de Catalina, introdujo un diluvio de palabras y frases extranjeras que no dejaron, sin embargo, de enriquecer la lengua y darle flexibilidad.

El reformador Calvino hizo adelantar mucho el francés, empleándole en la polémica; y su *Institucion cristiana* está escrita en un estilo más firme y grave que ningun otro libro de aquel siglo. Jacobo Amyot (1513-1593) buscó para traducir á Plutarco todo lo que la lengua tenia más suave y armonioso; añadióle nuevas gracias, idiotismos nacionales y la flexibilidad de que carecia Calvino, asociando lo natural de la version al artificio del texto. Estos trabajos de paciencia fueron imitados por De-Vayr, traductor de Horacio, de Ciceron y de Demóstenes, por Coeffetau y Vaugelas, traductores de Floro y Quinto Curcio; después por Montaigne, con la encantadora sencillez que evita tanto los latinismos como los períodos redondeados. La vivacidad, que la *Sátira menippea* y los demás libelos que se dieron á luz durante la Liga habian

(1) Castiglioni en el *Cortesano* dice que «los franceses no reconocen más que la nobleza de las armas, y que no aprecian en nada lo demás; de manera que no solamente no aprecian las letras, sino que las aborrecen y tienen á los literatos por hombres degradados, y parece que dicen un insulto á cualquiera cuando le llaman *cier*.

dado al idioma francés, debia aumentarse con la polémica cristiana.

Cada composicion, segun el espíritu de la época, llevaba el sello de las pasiones del momento, muy eficaces entonces por las exageraciones personales, pero carecian de la elevacion que les da una fama general.

Marot, 1495-1544.—Clemente Marot estudió más bien á los novelistas franceses, que á los clásicos antiguos (2); adoptó su mitología simbólica, se aprovechó de las innovaciones de Villon, perfeccionando las formas sin inventar ninguna ni mejorar la prosodia francesa, y secundó el humor alegre, la mediania, la frívola sensualidad de la corte de Francisco I. Cortejó á las damas sin delicadeza, y se alabó de sus conquistas; hasta á Margarita de Valois y á Diana de Poitiers las requirió de amores, y fué escuchado, si le hemos de dar crédito. Hecho prisionero en Pavia con el rey, fué preso á su vuelta, y obligado á desterrarse por sus imprudencias. Soportando siempre sus reveses poéticamente, es decir, cantándolos, fué echado de Ginebra por libertino, y murió pobre en Turin. Sus poesias son tan variadas como su existencia, siempre vivas como á veces maliciosas, sin llegar nunca á lo sublime; pero se encuentra en ellas espontaneidad y espresion de sentimientos individuales. Tuvo muchos adversarios y más imitadores: los poetas satíricos que le sucedieron, tomaron mucho útil de sus obras. Tuvo inclinacion á los calvinistas, tal vez porque eran bien vistos de las damas de tono, y tradujo los salmos que se cantaban en los sermones con música de romance. Habiéndolos censurado la Sorbona, obtuvieron una reputacion que no merecian.

Francisco I dejó varias poesias, que tenia derecho para decir que eran suyas, sólo porque las habia pagado; pero su hermana Margarita, de quien Marot fué ayuda de cámara, si no más, escribió un *Heptameron*, relacion cuya intencion es moral, pero que aparece de las más escandalosas, como lo toleraba la conversacion de aquella época. Declara querer imitar á Boccacio, escepto en no decir cosa que no sea verdad; en su consecuencia, pone en escena á personajes reales á la misma corte; y los pasiones, descritas con vivacidad, respiran libertinaje. El sentimiento religioso prevaleció después en aquella princesa; tal vez por haber prestado atencion á las doctrinas de los reformados; y en los versos publicados por su ayuda de cámara con el título de *Margarita de la Margarita de las princesas*, se entrega sin cesar á éxtasis religiosos. Por lo demás carece de cultura, y delicadeza de sentimiento. En todos estos escritores, la lengua no parece fijada aun; pero todos ellos tienen su originalidad.

De repente los incultos cancioneros de la corte vieron levantarse contra ellos una *pléyade francesa*, que pretendia que la poesia lírica no habia producido hasta entonces en Francia nada que fuese comparable á los antiguos ó á los italianos. Los que se titulan así quieren, pues, que se abandonen las formas ligeras, buenas á lo más para los juegos florales de Tolosa ó el Puy de Ruan, y que se imite la oda, la epopeya, la tragedia de los clásicos, que se rechace el tono familiar para revestirle con una dignidad inalterable. De esta manera es como, dedicándose á las construcciones modernas con los restos del templo de Delfos (3), pretenden reformar además la lengua, y fecundarla tomándola de la antigüedad y de los dialectos parciales. Ahora bien, resulta un lenguaje que no es ya popular, pero sí literario, y que lleno de palabras griegas y latinas, se convierte en una mezcla estravagante, hasta el momento en que el buen sentido nacional hace que busquen el verdadero francés en el pueblo. No era posible que volviendo al idioma de los antiguos no se introdujese una recrudescencia de sus ideas. Así fué, que se olvidó la historia para no hablar más que del Olimpio, ni cantar más que diosas y ninfas.

Ronsard, 1524-1585.—El astro más brillante de la pléyade, fué Pedro Ronsard, que se hizo sacerdote después de haber peleado contra los hugonotes. Vióse proclamado el *milagro del arte, el prodigio de la naturaleza;* Montaigne le *iguala á los antiguos*. Sus obras fueron esplicadas públicamente en Flandes, Inglaterra, Polonia y Danzick. Los regidores de Tolosa le enviaron, en lugar de la rosa de oro, una minerva de plata maciza; estando Maria Estuardo prisionera, le regaló un Parnaso de plata; el papa le dió gracias por haber contestado á los *predicadorcillos* de Ginebra; en fin, sin tener que sufrir las contrariedades reservadas á los que se hacen superiores á su época, vivió contento de sí mismo, y adulado como un rey. Es, sin embargo, hinchado y trivial; no se inspira sino con antiguas reminiscencias é imitacion sin gusto. Presuntuoso como un pedante, saca del griego, del latin y de los diferentes dialectos palabras nuevas y compuestas de las que forma una gerga confusa, sin unidad ni analogia (4). No le era posible ser poeta, en atencion á que carecia del ge-

---

(2) *J'ai leu des saints la légende dorée.*
J'ai leu Alain, le très-noble orateur;
Et Lancelot, le très-plaisant menteur:
J'ai leu aussi le Romant de la Rose.
Maistre en amours, et Valère et Ovose,
Contant les faits des antiques Romains.

(3) Dubellay, que estaba con Ronsard á la cabeza de esta escuela decia: «Caminad, franceses, con valor hácia la soberbia ciudad romana, y con sus despojos (como habeis hecho otras veces) adornad vuestros templos y altares... Saquead sin conciencia los sagrados tesoros de aquel templo délfico, como ya lo habeis hecho.»

(4) Saint-Beuve ha consagrado un tomo completo á la rehabilitacion de Ronsard; véase tambien su *Cuadro histórico y crítico de la poesia francesa y del teatro francés en el siglo* XVI. Paris, 1843.

nio que sabe hacer duraderas las innovaciones; introdujo, sin embargo, gran variedad de rimas y fijó mejor la prosodia (5). Aunque Ronsard y sus adeptos no conociesen que las lenguas son de diferente naturaleza y que no cambian á voluntad de un hombre ó de un partido, el idioma francés les fué deudores de algunas riquezas; pero su edificio sistemático, formado enteramente de reminiscencias pedantescas, se hundió á silbidos.

En medio de sus fecundos y radiantes émulos, Estéban Jodelle (1532-73) concibió la idea de sustituir algo mejor á los misterios, farsas y moralidades. Proponiéndose, pues, á los antiguos por modelo, hizo la *Cleopatra*, tragedia con coros, que fué representada por jóvenes y por el mismo autor, que desempeñó en ella el papel de protagonista. Esta pieza sentó las bases del teatro francés elegante é infiel. Jodelle compuso tambien una comedia; pero bien distante de Shakspeare y de Lope de Vega, se pierde en declamaciones. Viste á sus personajes á la francesa, y se encerró estrechamente en el cuadro de las unidades escolásticas. Murió pobre á la edad de cuarenta y un años. La multitud de los que le siguieron abandonó las concepciones incorrectas, pero grandiosas de la Edad Media, para reducirse á una esterilidad completa de invencion, y á la medianía, que es peor que la ignorancia. Los mismos que se han atrevido á hablar de los asuntos modernos y de la muerte del duque de Guisa ó de Maria Estuardo, lo han hecho, no sólo con los sentimientos, sino con todos los accesorios de la antigüedad, y colocando siempre en boca de sus personajes charlatanerías sin fin.

La reaccion contra Ronsard comenzó entre los mismos discípulos del innovador. Felipe Desportes, uno de ellos, fué el primero en abandonar lo que Boileau llama *el fausto pedantesco de sus grandes palabras*, como tambien la pompa de las imágenes, tan contrario al carácter de la poesía francesa, que es todo ideas y pasion. Ahora bien, aquel lujo de imágenes habia sido aun más exagerada por Bartas. autor de la *Semana ó creacion del mundo*.

Malherbe, 1555-1628.—Francisco Malherbe, de Caen, determinó una reforma más exacta. En vano fué que los partidarios de la pléyade gritaran, que la señorita de Gurnay escribiese *(La defensa de la poesta y del lenguaje de los poetas)* en favor de aquellas obras llenas de hipótesis, de invencion, de atrevimiento y de generosidad. Malherbe, las castigó, y su buen sentido se rebeló contra los modelos que habia seguido. Aunque no dejó de hacer caso de los griegos y de los latinos y de la pléyade que llamó á Horacio su breviario, y que copió de los italianos, sobre todo en las *Lágrimas de san Pedro*, se inspiró en el espíritu de los mejores, abandonando lo que era anticuado y usado. Comprendiendo mejor el carácter de la lengua, desterró los términos pedantescos, las espresiones triviales, y aunque normando, no se separó del dialecto parisiense. Sus contemporáneos se burlaban de aquel *tirano de sílabas y palabras*, que discutia como un asunto de Estado, la diferencia que habia de establecerse entre *pas* y *point* sobre el género de *erreur* y *doute*, y que aun en la agonia reprendia á despecho de las exhortaciones de su confesor, las faltas de lenguaje de su enfermera. Era esto porque comprendia que la eleccion de palabras é ideas, es la condicion de la verdadera elocuencia. Creó el estilo noble, y encontró en el sentimiento las reglas de la versificacion, que ya no se abandonaron; por esto ha permanecido como un modelo en las frases y en la armonia imitativa.

Se engañaria, sin embargo, el que le leyese como poeta confiado en Boileau; pues le falta la gracia de la idea y de la espresion. Exagerado en la alabanza, es con frecuencia prosaico; pero sin ser bueno, es mejor que sus predecesores. Es tambien de sentir que la crítica calculada haya puesto trabas á las inspiraciones ingénuas con tanta anticipacion, que la musa francesa haya sido instruida prematuramente de lo que debia evitar; pues de esta manera se ha encontrado privada de toda espontaneidad y de espresiones propias para verse reducida á merecer el elogio que Ménage hacia de ella, llamándola *sábia* y *modesta*.

La originalidad se habia refugiado en los poetas satíricos, á quienes no faltaba ocasion de ejercitar su humor cáustico. Nadie lo desempeñó con más vigor que los siete autores de *Satira menippea*, mezcla de prosa y verso destinada á ridiculizar la Liga, en la que todo es vivo, animado, y cuyo estilo está lleno de frescura, porque es popular. La idea la concibió Pedro Leroy, canónigo de Ruan; Juan Passerat y otros le ayudaron á dar color á esta obra original, que contribuyó tanto como las armas al triunfo de Enrique IV. Mathurin Regnier, de Chartres, educado en las tabernas, se distinguió tambien en la sátira por su vigor y desvergüenza. Habiendo hecho un viaje á Roma, no consideró las cosas sino bajo su peor aspecto; sus desórdenes le ocasionaron la muerte á la edad de cincuenta años. Superior en verbosidad á Boileau tanto como le es inferior en cultura, es, á escepcion de Rabelais, el primer poeta de génio que tuvo la Francia. Puede decirse que creó la sátira regular en su pais. No la sacó de los latinos, sino de los trovadores, del pueblo y de los poetas burlescos italianos. El mismo Boileau, tan desdeñoso con los antiguos

---

(5) Ronsard, Baif, Pasquier, Rapin y otros ensayaron, como se hizo tambien en Italia, componer versos métricos: este dístico de Jodelle es un bosquejo de ello:

Phœbus, Amour, Cypris veut sauver, nourrir et orner.
Ton vers, cœur et chet d'ombre, de flamme, de fleurs.

Lo que debe traducirse, para comprender algo, de esta manera:

«Febo quiere salvar de la sombra tu verso, el amor alimentar tu corazon de llama, y Cipris adornar tu cabeza de flores.»

poetas, dice que «Regnier es el poeta francés que, por confesion de todos, conoció mejor las costumbres y el carácter de los hombres antes que Molière.» (6)

El protestante Teodoro Agrippa, de Aubigné, fué el Juvenal de su siglo; perteneció á la secta de los hugonotes, siguió la carrera de las armas, vivió algun tiempo desterrado de su patria, y fué notable por su cinismo: se inspiraba con las sátiras políticas, tenia un estilo tan elevado como Dante, y lanzaba rayos sin misericordia con su robusto estilo desconocido hasta entonces, siendo sus obras quemadas por el verdugo en tiempo de Luis XIII.

Rabelais, 1483-1533.—Francisco Rabelais, de Chinon, dió á los cuentos siempre licenciosos y á las frívolas novelas una nueva direccion. Educado en la botica de su padre, donde aprendió, sin embargo, todas las lenguas muertas y vivas, tomó primero el hábito de benedictino y después el de franciscano; pero no conservó más que odio y desprecio hácia los frailes. Lleno de ingeniosidad y de ciencia, se hizo amar de Francisco I y de Enrique II. En Roma, donde acompañó al padre Bellay, hizo reir al papa y á los cardenales, al mismo tiempo que se ocupaba en reunir con que reirse á sus espensas (7). Ocurriósele un dia ponerse de pié en lugar de una estátua de san Francisco: descubierto por sus risas, iba á ser condenado á un encierro perpétuo, si Clemente VII no le hubiese perdonado. Huyó entonces á Montpellier, donde estudió la medicina, tradujo á Hipócrates, y se formó una reputacion tal, que le encargó la facultad solicitar del canciller Duprat el restablecimiento de alguno de sus privilegios. Salió adelante con esta negociacion, y reconocida, la Facultad decidió que todo médico que tomase el grado, se vestiria para presentar su tésis con el traje de Rabelais. En fin, obtuvo el curato de Meudon, donde pasó sus dias en paz: murió diciendo: *Voy á buscar un gran acaso.*

El libro que estuvo más en boga en aquella época, es su *Gigante Gargantua* y *su hijo Pantagruel;* crónica que redactó con intencion de ridiculizar las novelas caballerescas de la corte de Francisco I. El inesperado éxito de esta jocosidad, le hizo hacer una segunda edicion con varias adiciones. Los aplausos que recibió le hicieron volverse estravagante y bufon; y vió su obra tan buscada, «que se vendieron más ejemplares en dos meses que biblias en nueve años.» Es una caricatura de todas las clases, sin respetar ni á Calvino, ni al papa, ni á Cristo, ni á Lutero; manifiesta un gran talento, una imaginacion desenfrenada, una libertad cínica que peca en esceso. Se encuentra mezclada la alegria francesa con la jocosidad de la época, la alegoria estravagante de la Edad Media y la erudicion, que habia vuelto á estar de moda. El papa y el sacristan de su parroquia, la hoguera de Miguel Servet y la *divina botella*, están colocadas en la misma categoria: médicos y soldados, poetas y frailes, reyes, obispos y cardenales, todos llevan su merecido. Cree que todo es permitido á la sátira, en virtud de sus privilegios, y todo le parece bueno para sostener su humor alegre y burlarse de la locura universal. Para ocultar sus ideas de modo que se trasluzca su intencion, dice bufonadas que rayan en lo absurdo, y da estravagantes proporciones á su Gargantua y Pantagruel, para que el vulgo vea sólo juegos de imaginacion donde en realidad hay alusiones; sostiene tésis absurdas para entre ellas poder decir verdades oportunas, y zaherir á Roma, á los frailes, á la Sorbona y á los intolerantes en materias religiosas. Pero quiere que se obre como los perros, «los animales más filosóficos del mundo, que cuando encuentran un hueso dan vueltas al rededor de él con ansia y cuidado con el solo fin de sacar un poco de sustancia.» Al mismo tiempo abunda en impiedades. Parodia en la genealogia de Gargantua la de Jesucristo, y ridiculiza la encarnacion en el nacimiento de Pantagruel, y tambien se rió del dogma de la vida futura, en la relacion de Epistemon resucitado. Al mismo tiempo que se burla de los frailes y de la cogulla, de la castidad y de las abstinencias, ridiculiza el matrimonio. Resta saber qué es lo que quiere un escritor que se pronuncia contra los votos monásticos y bate en brecha á la sociedad conyugal.

Rabelais es, en una palabra, el bufon de la reforma, de que Lutero es el héroe; no tardaron en seguirse los efectos de sus ideas, y las chanzas concluyeron con sangre.

Entonces se pronunció la elocuencia sagrada con una impetuosa energia en medio de los furores de la Liga predicando invectivas, las ideas demagógicas, y hasta el asesinato. En la elocuencia judiciaria se distinguieron Duprat, Marillac, Lizet, Pasquier y otros; pero recordaban demasiado los antiguos, y manifestaban una erudicion y verbosidad fuera de lugar para un auditorio restringido, con respecto á cuestiones sin importancia, que debilitaban el recuerdo de las grandes escenas del Foro y del Mercado.

Este abuso de erudicion es comun en los escritores de aquella época, sin esceptuar á Maquiavelo y á Montaigne; todos multiplican las citas, no como autoridades, sino como adornos; y las amontonan hasta el punto de hacer desaparecer el fondo con los accesorios. Así como la alegoria habia invadido la poesia en el siglo anterior, la mitologia fué la que dominó en éste. Habiendo visto á una pulga en el seno de la hermosa madama de Roches, cuya instruccion igualaba á sus gracias, en una gran fiesta, á que asistia en Poitiers, al momento cien poetas, y á su cabeza José Escaligero, comenzaron á cantar al audaz insecto, con una insistencia no menos atrevida que cansada.

(6) *Refl. V. sobre Longin.*

(7) Delecluze y Sant-Beuve han querido considerar el carácter de Rabelais por el lado sério.

CAPÍTULO XXXIX

LITERATURA ESPAÑOLA

Ocupada la nacion española en emanciparse del yugo extranjero, y en conquistar derechos populares, se consolaba en medio de aquellas luchas, celebrando en romance los héroes de los tiempos pasados; pero no podia entregarse tranquilamente á las letras, ni asociar su gloria á la de las armas. La poesia habia dejado ver ya, sin embargo, vivos resplandores; antes que la energia adquirida en prolongados combates se dedicase enteramente al estudio, y naciese una literatura que, formada de diversos elementos, llegó, sin embargo, á ser una en su caracter y tendencia, conservando más que ninguna otra nacion de Europa el sello del tipo nacional.

La prosa se desarrolló en España más pronto y mejor que entre otros pueblos de la lengua latina; ésta fué obra, no de eruditos, sino de los hombres de toga y de los de espada. Empleada en la legislacion y en los negocios, fué viva, clara, rápida, y sin embargo regular y ajena á la negligencia se adaptó al uso práctico y á la política, aunque nunca sirvió á ningun gran filósofo. En el siglo que describimos, se perfeccionó con el estudio de los clásicos, y sobre todo de Séneca, no menos en boga en este pais, que Ciceron en Italia. Pero la imitacion de la antigüedad no dominó nunca, en atencion á que los ánimos se inclinaban más bien á la vida real y presente.

Juan Boscan Almogaver, de Barcelona, tomó de Andrés Navajero, embajador de Venecia cerca de Cárlos Quinto, el amor á los clásicos italianos, y se dedicó á dar á la vigorosa literatura de su pais la belleza de que carecia: tomó por modelo á Petrarca, sin renunciar por éste á la valentia de colorido, á las apasionadas hipérboles, ni á la exaltacion de sentimientos de España; y suplió la escasez de invectiva con la tersura elegancia del estilo. Su ejemplo fué seguido por Garcilaso de la Vega (1500-1536), que hubiéndose formado en la escuela de Virgilio, Petrarca y Sannazar, se enamoró como este último de lo bello y de la vida campestre. Cantando las delicias pastoriles y los pesares del amor, igualó con frecuencia á la dulzura de sus modelos; abandonándose al sentimiento melancólico que inspira hallarse distante de su patria. Su vida, en efecto, se pasó en medio del estruendo de las armas; y después de haber peleado contra los turcos en Austria y contra los berberiscos en Tunez, pereció en Provenza en un asalto.

Estos dos poetas añadieron á la *redondilla* y al verso de *arte mayor*, que eran las únicas antiguas formas nacionales, el verso endecasílabo italiano, el soneto, la *cancion*, la octava, el *terceto*.

Mendoza, 1503-75.—Don Diego Hurtado de Mendoza, de Granada, fué tambien habil capitan y entendido político; su padre, que era el gran conde de Tendilla, estuvo encargado por Fernando el Católico de gobernar á Granada tan luego como se conquistó aquella ciudad; es decir, hacer aceptar el yugo á una nacion indócil, y oponer alternativamente á las quejas, á los recuerdos, á las imprecaciones y á las rebeldias la firmeza y la clemencia. En medio de estos movimientos fué donde recibió su educacion Hurtado, que instruido en las lenguas orientales y en la filosofia, fué de embajador á Venecia, al concilio de Trento y á otras partes. *¡Qué miserable clase la de un embajador!* esclamaba, al verse reducido al papel de engañador ó engañado. Contribuyó á sofocar en Italia los restos de la independencia, uniéndose á Cosme de Médicis contra Siena, y continuó usando de perfidia y procesos para estinguir las inspiraciones generosas, hasta el momento en que la execracion general que habia recaido sobre él, determinaron á Cárlos Quinto á volverle á llamar. No

tuvieron, sin embargo, las letras un partidario más celoso. Desenterraba de todas partes y reunia manuscritos griegos ó monumentos de antigüedades, enviando, al efecto, viajeros al Oriente, y negociando con Soliman para adquirirlos más fácilmente. Mientras duró su prision en Roma por las violencias que habia cometido, y su destierro en Granada, escribió la Historia de la sublevacion de los moros en las Alpujarras, contando hechos recientes á la manera antigua. En esta obra, en la que se modela enteramente por Salustio y Tácito, afecta el arcaismo, sacrifica lo natural á la magnificencia, y no saca bastante partido, por más que diga Sismondi, del conocimiento de los hombres y de los negocios políticos. El arte, el estilo es su única preocupacion.

Sus poesias le colocan á la altura de los dos autores anteriores por su dulzura; pero les es superior en la elevacion del asunto é inspiracion de los tranquilos deseos y las virtudes domésticas, que no era de esperar encontrar en el opresor de Siena y en el corruptor de las damas de Roma. Escribió en su juventud las aventuras del *Lazarillo de Tormes*, que fué el primero de los escritos picarescos, hácia las cuales los españoles adquirieron tantos gusto. El héroe de la obra es un pilluelo entregado á los vicios más bajos, que entrando de criado en diferentes casas refiere la mezquindad fastuosa, la magnificencia miserable y orgullosa haraganeria de los castellanos, antes que conquistasen la Europa y la América. Si sirve en casa de un abate apenas puede vivir con el pan que le roba, fingiendo que los ratones lo han roido. Si entra al servicio de un noble escudero, le acompaña á la iglesia, á paseo; pero la hora de sentarse á la mesa no llega nunca, antes bien se ve precisado á pedir limosna y con los mendrugos que recoge le mantiene. Una panadera, una zapatera, una costurera, la mujer de un albañil, la de un vidriero, la de un tocinero y la de un vendedor de limonada, le toman entre todas por criado, con objeto de llevarle tras sí cuando van á la iglesia, y apenas le dan entre todas con que saciar su hambre. El autor se sirve de esta trama para atacar á la aristocracia de los nobles, de los sacerdotes y de los soldados, que pesaban sobre el pobre con toda la fuerza del rico. Los hurtos del lazarillo, su desvergüenza mendigando, su reunion á otros pilluelos, rasgos característicos de la miseria castellana, descritos del natural por Mendoza, dieron nacimiento al género *picaresco*. Esta novela sirvió de tema á infinidad de imitaciones; pero la obra maestra de este género fué el *Gil Blas de Santillana*, notable sobre todo por la verdad de las pinturas, aunque el autor sea un extranjero.

Estos tres poetas, imitadores de los italianos, fueron tambien imitados por multitud de sus compatriotas, cuyas producciones variaron el aspecto de la literatura y casi de la lengua castellana. En medio del tumulto de tantas victorias, del estusiasmo que debian escitar incesantes descubrimientos, fáciles conquistas de estensos reinos, y el cuadro de una civilizacion que perecia sofocada en la sangre, los poetas entonaban canciones pastoriles é insulsos amores. No celebraban ya las proezas ni los actos de cortesania, desde que los guerreros no peleaban ya por la nacion; y se creeria que querian ú olvidar lo que hacian sufrir á los demás ó arrancarse de las realidades de un mundo perverso, trasladándose á un mundo artificial. Pero lo que es artificial no se perpetúa.

Pasaremos, pues, en silencio á los poetas que sólo se recomiendan por la dulzura del estilo. Fernando de Herrera, apellidado el *Divino*, procuró laboriosamente la elevacion, desterrando con cuidado lo natural, sosteniendo en un lenguaje enteramente amanerado el vuelo de una imaginacion verdaderamente poética. Llegó hasta dividir las palabras y las frases en dos categorias: la una noble y elegante para la poesia, la otra vulgar para la prosa. Era sacerdote, lo mismo que Jorge Montemayor, que habiendo nacido en Portugal, compuso la *Diana* en castellano. Esta novela, en la cual pone en escena á su infiel Marfisa, está en siete libros llenos de amores caballerescos, pastoriles y alegóricos. Es mucho, en semejante asunto, haber sabido evitar la insipidez y las repeticiones. Su obra fué continuada por Gil Polo é imitada por otros muchos.

Fray Luis de Leon (1516-95) se inspiró con la religion, sobre todo desde el momento en que hizo una version en verso del *Cantar de los Cantares*, que le valió cinco años de prision en las cárceles del Santo Oficio. Traduciendo á diferentes clásicos, y sobre todo á Horacio, su autor predilecto, de quien aprendia, rechazando su epicureismo, la elegante finura y la gracia de éste, se propuso hacerlos hablar, como si se hubieran espresado en su época, máxima que fué adoptada por los que le siguieron. Es el poeta más correcto y menos afectado de España. Bajo el título de *Guerras civiles de Granada* (1595) publicó Ginés Perez de Hita una novela en que pinta la corte de Boabdil y hace mencion de los Abencerrajes y de otros acontecimientos tomados de la tradicion, ó quizá inventados por él, que llegaron á alcanzar gran popularidad. Mateo Aleman con su *Guzman de Alfarache* (1509) ofreció un bello tipo del género *picaresco* y una amarga sátira de las costumbres de la época, llena de bribones y parásitos.

Cervantes, 1547-1616.— El ingenioso autor Miguel de Cervantes Saavedra comprendió todo el poder de la lengua española. Fué á pelear á Italia en busca de fortuna de que carecia en su patria, y perdió la mano izquierda en la batalla de Lepanto: hecho prisionero á su vuelta por los berberiscos, sufrió seis años de esclavitud en Argel. Rescatado por los padres de la Redencion, se dedicó á escribir tragedias y comedias para ganar su vida. Cuando la muerte de Felipe III permitió á sus súbditos respirar un poco, pubcó la primera parte del *Don Quijote* (1605): esta obra, que habia co-

menzado en su prision por deudas, no le sacó de la miseria, aunque se estendió con prontitud en número de treinta mil ejemplares, tanto en España como en el extranjero.

Una sátira sin hiel es más bien única que rara. Nada más raro, en verdad, que un libro que hace reir sin atacar las costumbres, ni la religion ni las leyes. Tal es, sin embargo, el Don Quijote, obra en la que una fábula de las más sencillas le permite ofrecer sin inverosimilitud en los acontecimientos, sin esfuerzo por avivar el interés, una descripcion verdadera del modo de vivir á la española, supliendo de esta manera la epopeya nacional. No es una novela moderna de análisis; más bien ofrece dos tipos simbólicos al uso de la Edad Media: el alma sacrificándose á generosos peligros, y el cuerpo conservándose con prudencia. El autor se proponia curar á sus compatriotas de la mania de la lectura de los libros de caballeria, oponiendo á las ilusiones benévolas de una imaginacion engañada por ellos, la prosa del buen sentido y las realidades de la vida, en la que el hombre encuentra enteramente otra cosa que la que habia soñado.

No contento con ridiculizar el heroismo que anda por el mundo rompiendo la cabeza á pobres gentes; la generosidad que liberta á los galeotes, que quiere el bien sin conocer los medios ni la medida; saca sus virtudes, no de la reflexion sino de las lecturas desordenadas y de las simpatias exaltadas, y escarnece tambien el egoismo sensual de Sancho Panza. Avanzando, sin embargo, y sobre todo en la segunda parte, los caracteres se alteran, el héroe de la Mancha posee virtudes caballerescas, y grandes conocimientos que sólo echan á perder una monomania parcial. Es pues, una enfermedad que no ofrece leccion moral y que manifiesta el contraste trivial entre la virtud y la locura: al ver la rectitud de juicio de que da pruebas el buen hidalgo en medio de sus disparates, se esperimenta más bien compasion que gana de reir. Hay algo de melancólico en el conjunto del libro en el que se ve cuán cerca está lo sublime de lo ridículo, en el que se ofrece sin piedad el desencanto de los sueños, que, sin embargo, tienen tanto atractivo para la juventud, y con frecuencia producen verdaderas virtudes y arranques de sublime generosidad aunque inconsiderada.

Con la perpétua risa, en la oposicion de la materia que quiere conservarse y el espíritu que se lanza en la senda de los sacrificios, donde riéndose de una se compadece á la otra, se revela el descontento producido en el alma de Cervantes al ver tan desconocidos y tan mal recompensados los sentimientos generosos, que siendo aun joven, le habian impulsado á pelear por su pais y hecho soportar la esclavitud con una noble resolucion, al mismo tiempo que no habia encontrado en la gloria más que amargura, ingratitud y desengaño. Cuando languidecia en la pobreza, él, el mayor escritor de su siglo, vió concederse los favores y la gloria con preferencia á la innoble turba que sabia doblegarse y adular. Murió en Madrid á los 69 años de edad, habiendo nacido en Alcalá de Henares en 9 Octubre de 1547. Cuando es víctima del desprecio, el hombre conoce mejor su propio mérito. Por esta razon fué por la que con complacencia escribió Cervantes estas palabras al fin de la novela que debia hacerle inmortal. «Aquí cide Hamete Benengeli dejó su pluma; pero á tal altura, que nadie se atreverá á volverla á coger.»

Nadie en efecto, alcanzó una profundidad de invencion tan limpia, el toque de pincel tan atrevido, la razon tan ingénua, tan fina, que instruye siempre sin predicar jamás, que hace reir en la infancia y meditar en la edad madura. El libro de Cervantes durará tanto como las alucinaciones heróicas y el buen sentido egoista; como los delirios amables de los utopistas, y los obstáculos con los cuales se choca á cada paso en este mundo, sin que pase un solo dia sin llevarse una de nuestras ilusiones (1).

Sin razon ha dicho Voltaire que: «La España no ha producido más que un buen libro, el que ridiculiza á los demás.» El mismo Cervantes se encuentra entre los más notables fundadores del teatro español. Oigámosle para venir en conocimiento del estado del arte dramático en su época: «No puedo dejar (lector carísimo) de suplicarte que me perdones si vieres que en este prólogo salgo algun tanto de mi acostumbrada modestia; los dias pasados me hallé en una conversacion de amigos, donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes, y de tal manera la sutilizaron y atildaron, que á mi parecer vinieron á quedar en punto de toda perfeccion: tratóse tambien de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo y vistió de gala y apariencia; yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento; fué natural de Sevilla y de oficio batihoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro; fué admirable en la poesia pastoril, y en este modo, ni entonces ni después acá ninguno le ha llevado ventaja; y aunque por ser muchacho yo entonces no podia hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho, y si no fuera por salir del propósito de un prólogo, pusiera aquí algunos que acreditaran esta verdad. En el tiempo de este célebre español todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal y se cifraban en cuatro pellicos blancos guarnecidos de guadamecí dorado, y en cuatro barbas y cabelleras, y cuatro cayados poco más ó menos. Las comedias eran unos colo-

(1) Es un complemento indispensable al Quijote el voluminoso comentario de D. Diego Clemencin (1765-1838), análisis detallado del espíritu y de las costumbres españolas, desde 1580 hasta 1630.

quios ó églogas entre dos ó tres pastores y alguna pastora; aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufian, ya de bobo y ya de vizcaino, que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacia el tal Lope con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse; no habia en aquel tiempo tramóyas ni desafios de moros y cristianos á pié ni á caballo, ni habia figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por el hueco del teatro, al cual componian cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima con que se levantaba del suelo cuatro palmos, ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas; el adorno del teatro era una manta vieja tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacia lo que llaman vestuario, detrás de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algun romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba (donde murió) entre los dos coros donde tambien está enterrado aquel famoso loco Luis Lope. Sucedió á Lope de Rueda, Naharro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufian cobarde; éste levantó algun tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baules; sacó la música que antes estaba detrás de la manta, al teatro público, quitó las barbas de los farsantes que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen cureña rasa, si no eran los que habian de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafios y batallas, pero esto no llegó al sublime punto en que está ahora (y esto es verdad que no se nos puede contradecir, y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza), que se vieron en los teatros de Madrid representar los *Tratos de Argel* que yo compuse, la *Destruccion de la Numancia* y la *Batalla naval*, donde me atreví á reducir las comedias á tres jornadas de cinco que tenian (ó por mejor decir), fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al centro con general y gustoso aplauso de los oyentes. Compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritos ni baraunda; tuve otras cosas en que ocuparme, dejé la pluma y las comedias y entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquia cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdiccion á todos los farsantes, llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que puede decirse) las ha visto representar ú oido decir (por lo menos) que se han representado, y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo: pero no por esto (pues no lo concede Dios á todos) dejen de tenerse en precio los trabajos del doctor Ramon que fueron los más después de los del gran Lope: estímense las trazas artificiosas en todo extremo del licenciado Miguel Sanchez, la gravedad del doctor Mira de Amescua, honra singular de nuestra nacion, la discrecion é innumerables conceptos del canónigo Tárraga, la suavidad y dulzura de don Guillermo de Castro, la agudeza de Aguilar, el rumbo, el tropel, el boato, la grandeza de las comedias de Luis Velez de Guevara, y las que ahora están en jerga del agudo ingenio de don Antonio de Galarza, y las que prometen las fullerias de amor de Gaspar de Avila, que todos éstos y algunos otros han ayudado á llevar esta gran máquina al gran Lope.»

Con esto vemos que, posteriormente á una época en que Italia los mayores poetas, sostenidos por los señores, desplegaban en el teatro el arte y la magnificencia, los de España estaban abandonados casi á merced de los saltimbanquis. Pero el orígen popular del teatro español le valió tener un aspecto más libre emancipado de las imitaciones clásicas, de las conveniencias de escuela, y conforme el carácter nacional. El arte entre los italianos no produjo un drama que viviese; abundó entre los españoles en creaciones originales, consideradas como el punto más elevado de la dramática romántica.

Proponerse un fin, un sentimiento, un hecho, y desarrollarlos bajo todos los aspectos posibles, cualquiera que fuese el medio que hubiese que emplear, tal es el arte de los dramaturgos españoles. No se han prestado, como los franceses, á dar razon de cada incidente ni á complicar la trama por el solo placer de desenlazarla, sino que ponen en juego encontradas pasiones, cuyo contraste forma el enredo. No se han sujetado nunca á las unidades ficticias, que precisan á veces á los autores á violar las verdaderas (2), pero han representado acontecimientos sucesivos sin unidad de tiempo y lugar, imitando tanto como les ha sido posible la naturaleza, y los efectos de las pasiones, con la voluntad de hacer del drama con ayuda de refinamientos del arte, una verdadera poesia en la espresion. Con respecto al fondo, no proclamaron el orgulloso divorcio de la Edad Media y del cristianismo; de esta manera conservaron originalidad tanto más de admirar, cuanto que se les ve en los demás géneros seguir las huellas de los extrangeros.

Dividian las comedias en *divinas y humanas*, además las primeras en *vidas de santos*, siguiendo el modelo de los misterios, y en *autos sacramen-*

(2) En el siglo XVI, el retórico Pinciano insistia en hacer observar los preceptos de Aristóteles, al paso que Juan de la Cueva sostenia el sistema de libertad, como más apropiado á la época y á la imaginacion.

tales; piezas casi siempre alegóricas, que se representaban principalmente el dia del Corpus, en honor del Santísimo Sacramento. Las comedias humanas son heróicas, históricas, mitológicas, ó lo que se llama comedias de capa y espada, destinadas á describir la sociedad. Se daba la preferencia á los *autos sacramentales*; así es, que cuando en tiempo de Felipe IV permitió el consejo de Castilla volver á abrir los teatros después del luto quinquenal (1644), dispuso que las representaciones se limitasen á «asuntos de buen ejemplo, tomados de las vidas de los santos y de muertes edificantes, todos sin intervencion del amor.» (3)

Las representaciones pasaron de las iglesias á los teatros; lo que produjo los prólogos llamados *loas*, y los *entremeses y sainetes*, farsas chistosas y malignas, que iban acompañadas de música y baile. Tenian por objeto principal las comedias entre los antiguos las intrigas amorosas y palaciegas, incomprensibles para quien no estuviese acostumbrado á verlas en la vida, como lo estaban en general los españoles, entre quienes la aficion á correr aventuras habia despertado tal curiosidad, que hasta en el teatro querian variedad de incidentes y sorpresas y emociones; de modo que á haberse encerrado en los estrechos límites del arte, el teatro hubiera sucumbido. Con tal de crear situaciones y complicar el enredo, prescindian de la verosimilitud: la fábula se enmarañaba; amontonaban galanterias, que no sólo carecian de delicadeza, sino que se resentian de falta de decencia y ponian en juego pasiones violentas, perfidias y hasta truhanerias justificadas por el amor; pero nada, sin embargo, tan digno de llamar la atencion como su indiferencia por el derramamiento de sangre.

El batidor de oro Lope de Rueda (1500-64) alabado por Cervantes, conoció que el lenguage de la comedia debe acercarse tanto como sea posible á lo natural: en su consecuencia, empleó la prosa en lugar de la florida poesia de que habia hecho uso hasta entonces. No fué, sin embargo, el primer *autor*, como lo afirma Cervantes y los historiadores; pues la más antigua composicion fué preparada (1414) en el teatro para las bodas de Fernando de Aragon, por el marqués de Villena, y pereció con sus demás obras en las hogueras de la Inquisicion; después el marqués de Santillana puso en *auto* el combate de Ponza (1575) entre los genoveses y los aragones, obra encontrada en París por el señor Martinez de la Rosa.

Juan de la Encina compuso *églogas*, es decir, diálogos entre pastores, en los que él desempeñaba el primer papel; hacia alusion á los acontecimientos del pais, los mezclaba con bailes á veces con escenas burlescas, y terminaba con cantos. La primera se representó el año de la conquista de Granada (1492). Después lo fué la *Celestina*, de que ya hemos hablado; luego las verdaderas composiciones teatrales se produjeron en el siglo XVI. Encontrándose en Roma, después de su rescate, Bartolomé de Torres Navarro, que habia estado prisionero con los moros, compuso comedias que se representaron en la corte de Leon X. Feliz, en sus argumentos y en sus caractéres, no carece de vivacidad; pero es licencioso como se era en aquella corte, y aunque sacerdote, atacaba implacablemente á la Iglesia á la vista misma del papa. Aplaudidas sus obras en Roma, fueron prohibidas en España, así como las que escribió en Alemania Cristóbal Castillejo, secretario de Fernando I de Austria. Esta es la razon por qué estos ensayos permanecieron ignorados de los historiadores, y poco conocidos hasta en España, donde se limitaron á reproducir á Plauto y al Ariosto, ó á continuar las farsas populares. Cuando se fijó la corte en Madrid, estableciose el teatro en esta villa, y desde este momento comienzan los buenos cómicos.

Para Cervantes, la tragedia ó la comedia (4) no consistia en una trama urdida con arte, sino en un cuadro descrito del natural, sufrimientos ó cosas ridículas, de manera que se pudiera escitar un sentimiento cualquiera sosteniéndole en espectativa. Al describir en su *Numancia* aquel amor á la pátria, cuya feroz tenacidad hizo darse muerte entre sí, los ciudadanos antes que sufrir la incertidumbre de Roma, no procura el choque de las pasiones particulares ó caractéres individuales, sino que pone en escena todo el estruendo de un campo, de una ciudad sitiada y tomada por el emenigo. Se presenta en la escena á la España que se queja, Proteo como oráculo, la guerra, el hambre, la enfermedad; todo acompañado de sacrificios y sortilegios. ¡Pero qué impresion no debia hacer semejante pieza en poblaciones tan celosas de una independencia, que defendida con encarnizamiento contra el extranjero, era entonces atacada por sus mismos reyes! Al presentar en los *Prisioneros de Argel* los sufrimientos de los esclavos cristianos, incita á libertarlos: es una série de episodios más bien que una accion única, con el mérito de la verdad, en atencion á que el autor habia esperimentado lo que pone á vista del espectador. La mayor parte de los dramas de Cervantes son históricos y nacionales; pues el teatro español tiene la ventaja particular de haber manifestado, más que ningun otro, el espíritu y entusiasmo de su nacionalidad.

Lope de Vega, 1562-1635.—Lope de Vega Carpio, secretario del duque de Alba, tuvo en su juventud una vida galante y hasta desordenada, en medio de las aventuras que refiere descaradamente en su *Dorotea*. Desterrado por un duelo, entró al servi-

(3) Los autos sacramentales fueron prohibidos en tiempo de Cárlos III, en 1765.

(4) Distingue las composiciones, no por su género alegre ó triste, sino con arreglo á la más ó menos elevacion de los personajes.

cio en la Invencible Armada; desconsolado después con la pérdida sucesiva de dos esposas y los engaños de muchas hermosas, engañadas tambien ellas abrazó el estado eclesiástico (1608). Capellan de una congregacion establecida para socorrer á los sacerdotes pobres, se le vió con frecuencia recoger en las calles enfermos y cadáveres; fué después por espacio de veinte y siete años director de los familiares del Santo Oficio; lo que no le impidió componer dramas con las mismas pinturas voluptuosas y atrevidas que antes de abrazar su último estado. Su riqueza de invencion y su facilidad en espresar sus ideas es prodigiosa. Varias veces un drama de dos mil versos, sembrado de sonetos, tercetos y octavas, no le costaba más de un dia; y más de ciento de sus composiciones, «pasaron, como él dice, de la musa al teatro en veinte y cuatro horas,» sin dejar á los directores tiempo para volverlas á leer.

Compuso de esta manera mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales (5) además de veinte y un tomos de poesías, de los cuales cinco son poemas épicos, á saber: la *Jerusalen conquistada*, en veinte y un cantos y en octavas; la *Belleza de Angélica*, que cuenta otros tantos; uno sobre Circe, otro sobre Maria Estuardo, y otro más contra el almirante Drake. Se ha tenido la paciencia de calcular que escribió veinte y un millones y medio de versos; de donde se sigue que desde el principio hasta el fin de su vida tuvo que componer una comedia de tres mil versos cada semana. Con respecto al tiempo necesario para inventar la intriga, leer obras de historia y estudiar las costumbres, no podemos decir de dónde lo sacaba.

Sus obras le produjeron mucho dinero; pero lo gastaba con tanta facilidad como lo ganaba, en actos de beneficencia y en lujo. Le quedó la gloria cuyas dulzuras disfrutó; apiñábanse en las calles para ver al *prodigio de la naturaleza*, al fénix de los ingenios (CERVANTES), el papa le envió títulos y honores; y cuando murió tres obispos oficiaron en sus funerales, que se repitieron tres dias seguidos (6).

Tanta precipitacion en producir no permite esperar de Lope de Vega obras acabadas, tanto más cuanto que se complace en aumentar las dificultades con acrósticos, giros de palabras, ecos y otras dificultades de trabajo, pero de mal gusto, que no exigen génio sino tiempo. No podemos, no obstante, considerar en él la ingenuidad de una inspiracion sin cultura, pues él mismo dice: «Los extranjeros sabrán que en España las comedias no siguen las reglas del arte. Yo las he hecho como las he encontrado; y de otro modo no hubieran sido comprendidas.» Y añade:

«No porque yo ignorase los preceptos
Gracias á Dios...
Mas porque al fin hallé que las comedias
Estaban en España en aquel tiempo
No cómo sus primeros inventores
Pensaron que en el mundo se escribieran,
Mas cómo las trataron muchos bárbaros
Que enseñaron al vulgo sus rudezas,
Y así se introdujeron de tal modo
Que quién con arte ahora las escribe
Muere sin fama y sin galardon...
Verdad es que yo he escrito varias veces
Siguiendo el arte que conocen pocos;
Mas luego que salir por otra parte
Veo los mónstruos de apariencias llenos
Adonde acude el vulgo y las mujeres
Que este triste ejercicio canonizan
A aquel hábito bárbaro me vuelvo.
Y cuando he de escribir una comedia
Encierro los preceptos con seis llaves,
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio
Para que no me den voces, que suele
Dar gritos la verdad en libros mudos...
Lo trágico y lo cómico mezclado
Y Terencio con Séneca, aunque sea
Como otro Minotauro de Pasiphae
Harán grave una parte otra ridícula:
Que aquesta variedad deleita mucho:
Buen ejemplo nos da naturaleza
Que por tal variedad tiene belleza.»

Con tal que haya unidad de accion y no episodios tales que puedan separarse de ella sin destruir todo el edificio, deja al poeta en libertad de poner en escenas aun historias que duren muchos años.

«Cosa que tanto ofende á quien lo entiende,
Pero no vaya á verlas quien se ofende.
¡Oh! cuántos de este tiempo se hacen cruces
De ver que han de pasar años en cosas

---

(5) Sus últimos biógrafos, en particular Damas Hinard, reducen las comedias á 1,500, y los autos á 300. No se han impreso la mitad; y aun la mitad de éstas se ha perdido, tanto que ninguna biblioteca ha podido reunir hasta ahora más de 400.

(6) Fulvio Testi cantaba su muerte de este modo:

Cuanto escribió y cantó todo fué de oro.
...Y aprendan los poetas en su ejemplo
Cómo es posible eternizar un nombre
En versos que no ofendan al decoro.
¿Sólo besos y abrazos Helicona
Tiene? ¿Solo á Salmacis en la fuente
Y Adonis en el bosque? Mas perdona,
Bella Italia, si crees que imprudente
Mi voz te agravia; porque envilecido
El toscano cantar, por la lascivia
Que ya en todas las plumas se ha ingerido,
Es hoy virtud mostrar torpes y rudas
Las Musas, prostitutas y desnudas.

Saqueo de Mantua. En las bodas de Margarita Farnesio y Francisco II de Este.

Que un dia artificial tuvo de término
Que aun no quisieron darle el matemático;
Porque considerando que la cólera
De un español sentado no se templa
Si no le representan en dos horas
Hasta el juicio final desde el Génesis;
Yo hallo, que si allí se ha de dar gusto
Con lo que se consigue es lo más justo...
Y escribo por el arte que inventaron
Los que el vulgar aplauso pretendieron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto (7).

¿Dónde está aquí la noble independencia del genio? ¿dónde la inspiracion piadosa, buscando á través del laberinto de la vida el hilo único que puede indicar el camino? Y sin embargo, tan estremada riqueza de invencion, tan espléndida representacion, tan ardiente imaginacion, un lenguaje tan poético y aquellas chispas de genio que ningun arte puede producir, revelan en Lope de Vega el verdadero poeta. Estudia la historia de su pais, no para sacar de ella verdaderos dramas, sino para adoptar los hechos propios para sus intrigas, que son cuentos puestos en diálogos, mezclados de sério y ridículo, de vulgar y sublime, de sencillo y estraordinario, sin intencion de instruir ó criticar, sino con objeto de mantener el alma atenta é interesarle. Aun no se habia doblegado la independencia del carácter español ante los austriacos, y el sentimiento de la dignidad del hombre, tan profundo en los hechos castellanos, prevalecia sobre la tirania, que por otra parte, ni sabia, ni se atrevia, ni queria todavia valerse de medios violentos de opresion. Lope dice que á Felipe II no le agradaba que sacasen los reyes á la escena, y sin embargo, sacó á cuantos habia tenido España, incluso el mismo Felipe.

Algunos caractéres genéricos se reproducen continuamente como las máscaras italianas, tales son: el barba, el galan, la dama, el criado, la criada, y sobre todo el gracioso, personaje indispensable en el drama español. El gracioso es la antítesis del galan, así como Don Quijote es la antítesis de Sancho: este valiente y enamorado, todo galantería y flores, se halla siempre á dar fortuna y vida por su honor y su amor; aquél, ser esencialmente positivo, sólo piensa en vivir y en cubrir las necesidades de la vida, hace el amor á tres ó cuatro doncellas á la vez, y templa el idealismo de su señor con su buen sentido práctico, y á veces excita la risa, y á veces inclina el ánimo á sérias reflexiones. Cuando, por ejemplo, el galan invita al gracioso á que le siga á la guerra, le responde:

MANRIQUE.—Podrá ser
que vaya, mas será ver
por tener más que decir,
no á matar, quebrando en vano
la ley en que vivo y creo,
pues allí esplicar no veo,
que sea moro ni cristiano;
no matar dice, y los dos
esto me vereis guardar,
que yo no he de interpretar
los mandamientos de Dios (8).

Los demás caracteres que presenta Lope se resienten de poco estudiados ó mal desarrollados, siguiendo por lo general la regla tan en boga entonces de que *El amor todo lo disculpa*: abundan además en sus dramas las traiciones, las truhanerias, los duelos y asesinatos: en los asuntos religiosos intercala alegorias, y fué gran partidario de los golpes escénicos y de los espectáculos maravillosos.

Yo nunca he podido comprender el verdadero sentimiento religioso amalgamado con el odio, la cólera ó las pasiones ardientes y satisfechas, aun cuando es cierto que esto es preferible al fatalismo material del teatro antiguo, y al materialismo del moderno (9): en Lope no se hallarán ciertamente las vacilaciones de la conciencia, ni la duda más leve sobre la naturaleza de las acciones humanas, ni en los desenlaces nada que sea contrario á la moral, sino una vivacidad continua é irreflexiva, bien distinta por cierto de la amargura, que en épocas críticas experimentaron los hombres de corazon y que tan palpablemente se ve en Shakspeare.

Lope, lleno de gloria durante su vida, y aun de dinero, si hemos de dar crédito á algunos de sus biógrafos (10), dedicó una comedia á su hijo de quince años de edad, que es uno de sus primeros trabajos, encabezándola con esta carta: «Y si por vuestra desdicha, vuestra sangre os inclinara á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os

(7) *Arte nuevo de hacer comedias.*

(8) *A secreto agravio secreta venganza, de Calderon.*

(9) F. Schlegel, en su admiracion por la más romántica de las literaturas, encuentra la de España, «severa, moral, religiosa, aun cuando no se trate inmediatamente de moral y religion. Nada que pueda dañar el modo de pensar, confundir el sentimiento ó estraviar la razon. En todas partes un mismo espíritu de honor, costumbres severas y fe sólida.» *Hist. de la literatura*, leccion XI. Los hechos desmienten la crítica.

(10) Montalban asegura que ganó 800,000 reales sólo con sus comedias: Bouterweck cree que Lope poseyó 100,000 ducados. Damas Hinard, su último biógrafo y traductor de muchos dramas españoles *(Chefs d'œuvres du théatre espagnol*, Paris 1842-44), calcula que sus mil quinientas comedias á 500 reales (L. 130) importan 195,000 pesetas á las que agregando 60,000 por regalos de los grandes señores y 2,000 de rentas y beneficios, llegaria á juntar al año 15,000 pesetas que hoy equivaldrian á 25,000. Pero no tuvo presente al hacer esta cuenta, que esta suma no la pudo adquirir de una vez, si bien no hizo mencion del valor de sus demás obras.

puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepais versos de memoria ni los digais á nadie, que mientras menos tuviéredes desto, tendreis más de opinion y juicio, y en esta materia lo que os importa es seguir vuestros estudios sin esta rémora; no busqueis, Lope, ejemplo más que el mio, pues aunque vivais muchos años, no llegareis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir más premio, y tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huertecillo, cuyas flores me divierten cuidados, y me dan concetos. Librareisos con esto de que os conozcan, que por la opinion de muchos es gran desdicha, y así tenia por geroglífico un hombre docto de este tiempo, un espejo en un árbol á quien unos muchachos tiraban piedras con esta letra *periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sugetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sugetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados, perdido el tiempo preciosísimo, y llegado á la *non intellecta senectus*, que dijo Antonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada el *Verdadero Amante*, quise dedicaros por haberla escrito de los años que vos teneis; que aunque entonces se celebraba, conocereis por ella mis rudos principios: con pacto y condicion que no la tomeis por ejemplar para que no os veais escuchado de muchos y estimado de pocos. Dios os guarde.»

Calderon, 1601-81.—Después de haber seguido don Pedro Calderon de la Barca la carrera militar, llegó á ser, como poeta de la corte, favorito de Felipe IV. Alabó al príncipe que tan mal llevaba los restos destrozados del manto de Cárlos Quinto, y procuró distraerle de sus fastidiosos ocios; aduló á todos los grandes que le pagaban; no cambió de costumbres cuando fué ordenado sacerdote; y colmado de honores llegó á una avanzada ancianidad (11). Comenzó su carrera á la edad de trece años con el *Carro del cielo*, y la concluyó á la de ochenta y uno con *Hado y divisa*. Tiene por cualidades una riqueza admirable, una invencion inagotable en caractéres, detalles, pinturas, sentimientos, una poesía tan pronto sublime como patética, todo echado á perder con frecuencia por la afectacion y lo difuso. Por lo demás, si Calderon y los demás poetas no incurren en lo trivial, es porque tienen la felicidad de escribir en una lengua en la que se puede ser natural y sencillo, sin ser vulgar, en atencion á que los términos más familiares pertenecen tambien á la lengua poética.

Calderon tenia á la vista la decadencia de su nacion, y se resintió de ella; pues no encontrando ejemplos vivos de virtud y de generosidad, tuvo que recurrir á lo ideal; pero incurre con frecuencia en lo falso exagerando el vicio y la virtud, añadiéndole un lenguaje afectado lleno de pretenciosas metáforas (12). Por lo demás, tambien la idea dominante en Calderon es el honor, pero le exagera: como pensador, anatematiza las preocupaciones; como poeta halla bellezas en ella (13). Es aun

(11) El dia de la traslacion de las cenizas de Calderon, el 18 de abril de 1841, se representó por la tarde, *A secreto agravio secreta venganza*.

(12) En *Amar despues de la muerte*, don Alvaro Tuzani, uno de los moros sublevados en las Alpujarras, halla á su amada herida por un español y agonizando:

CLARA. Sólo una voz ¡ay bien mio!
pudo nuevo aliento darme,
pudo hacer feliz mi muerte:
deja, deja que te abrace,
muera en tus brazos, y muera... *(Muere.)*

D. ALV. ¡Oh cuánto, cuánto ignorante
es quien dice que el amor
hacer de dos vidas sabe
una vida!—pues si fueran
esos milagros verdades,
ni tú murieras, ni yo
viviera, que en este instante
muriendo yo y tú viviendo
estuviéramos iguales.
Cielos, que visteis mis penas;
montes, que mirais mis males;
vientos, que oís mis rigores;
llamas, que veis mis pesares;
¿cómo todos permitís
que la mayor luz se apague,
que la mejor flor se os muera,
que el mejor suspiro os falte?
Hombres que sabeis de amor,
advertidme en este lance,
decidme en esta desdicha:
¿qué debe hacer un amante
que viniendo á ver su dama
la noche que ha de lograrse
un amor de tantos dias,
bañada la halla en su sangre,
azucena guarnecida
del más peligroso esmalte,
oro acrisolado al fuego
del más rigoroso exámen?
¿Qué debe aquí hacer un triste
que el tálamo que esperarle
pudo, hallar túmulo, donde
la más adorada imágen
que iba siguiendo Deidad
viene á conseguir cadáver? etc.

(13) En *A secreto agravio* dice el marido ofendido:
¡Ay honor! mucho me debes
júntate á cuentas conmigo;
¿qué quejas tienes de mí?
¿en qué, dime, te he ofendido?
¿al heredado valor
no he juntado el adquirido,
haciendo la vida en mí
desprecio al mayor peligro?
¿Yo, por no ponerte á riesgo
toda mi vida no he sido,

más ignorante en historia que Shakspeare (14), y no teme abordar los hechos contemporáneos; de esta manera es como en el *Sitio de Breda* pone en escena á Espinola, á Nassau y otros personajes vivos.

Las ciudades encomendaban á un autor el auto sacramental que debia ejecutarse el dia del *Corpus Domini;* y Madrid tuvo depositada su confianza en Calderon por espacio de muchos años, lo que le proporcionó la honra de que acudiesen á él con igual objeto las demás antiguas capitales de los reinos españoles.

Autos sacramentales.—Los autos sacramentales son menos complicados que los dramas, y están llenos de cuestiones teológicas. En uno que escribió sobre el pecado original, figuran el Hombre, el Pecado y el Diablo: luego intervienen en el diálogo la Tierra y el Tiempo; después aparecen la Justicia y la Misericordia de Dios bajo un dosel, y sentadas á una mesa con todo lo necesario para escribir. Entonces el hombre es interrogado judicialmente: el príncipe Dios se adelanta; el remordimiento, de rodillas, le presenta una solicitud: el hombre es interrogado nuevamente por Dios y absuelto, pero el Diablo protesta. Después el Hombre lucha con la Locura y la Vanidad; Cristo vuelve á aparecer con su corona de espinas, se remonta al cielo entre divinas armonias, y cuando se halla próximo á su trono, cae el telon.

Figurémonos todo esto sazonado con largos argumentos teológicos, expresados en distintas formas, y se comprenderá á primera vista que nada hay que esté más lejos de la idea que del teatro tenemos. Para divertir al pueblo comenzaban las representaciones con una *Loa* ó prólogo alegórico y jocoso: los intermedios se amenizaban con sainetes, que tenian por asunto una idea cómica ó un hecho de la vida comun, tanto más indecoroso, cuanto era más sério el auto: por ejemplo, en un auto sobre la fiesta del Santísimo, entra el Celo y anuncia que en la plaza de la Bienaventurada Vírgen se vende vino nuevo del heredero del reino del cielo: á tres maravedises, fe, esperanza y caridad.

Después anuncia la fama una cosa semejante. En el intermedio, algunos estudiantes, durante la fiesta del Santísimo, entran en casa de un doctor, y mientras uno le expone un proceso cómico, el otro le roba. Los alguaciles les siguen, pero cuando los alcanzan, les encuentran de rodillas, rezando la letanía. Alcanzados nuevamente, se confunden entre los penitentes, pero siempre para evitar la justicia, acuden á las ceremonias religiosas; y al fin el doctor robado, para consolarse, acepta la invitacion que le hacen de tomar parte en la fiesta.

---

con el humilde, cortés,
con el caballero, amigo,
con el pobre, liberal,
con el soldado bien quisto?
Casado (¡ay de mí!), casado
¿en qué he faltado? ¿en qué he sido
culpado? ¿no hice eleccion
de noble sangre, de antiguo
valor? y ahora á mi esposa
¿no la quiero? ¿no la estimo?
Pues si yo en nada he faltado;
si en mis costumbres no ha habido
acciones que te ocasionen,
con ignorancia, ó con vicio,
¿por qué me afrentas? ¿por qué?
¿en qué tribunal se ha visto
condenar al inocente?
¿hay sentencia sin delito?
¿informaciones sin cargo?
¿y sin culpas hay castigo?
¡Oh locas leyes del mundo!
¡que un hombre que por sí hizo
cuanto pudo para honrado
no sepa si está ofendido!
Que de ajena causa ahora
venga el defecto á ser mio
para el mal, no para el bien,
pues nunca el mundo ha tenido
por las virtudes de aquél
á éste en más? ¿Pues por qué (digo
otra vez) han de tener
á éste en menos, por los vicios
de aquella que fácilmente
rindió alcázar tan altivo
á las felices lisonjas
de su liviano apetito?
¿Quién puso el honor en vaso
tan frágil? etc.

Y en el *Alcalde de Zalamea,* Pedro Crespo, dice:

Que cuando en los pueblos miro
muchos que á reñir enseñan
mil veces entre mí digo:
«Aquesta escuela no es
la que ha de ser, pues colijo
que no ha de enseñarse á un hombre
con destreza, gala y brio
á reñir, sino á porqué
ha de reñir; que yo afirmo
que si hubiera un hombre solo
que enseñara prevenido,
no el cómo, el por qué se riñe,
todos le dieran sus hijos.

(14) Compárese la severidad de Sismondi, *Literatura española*, con la admiracion de Schlegel que le llama poeta y artista grande y divino. En boca de san Ildefonso que floreció en el siglo VII, pone estas palabras:

La docta cosmografia
Que midió la tierra y cielo
En cuatro partes divide
El globo del universo.
Africa, América y Asia
Son las tres, de que no tengo
Necesidad: Herodoto
Las describe con un ingenio.
La cuarta parte es Europa, etc.

En las *Armas de la belleza*, Coriolano está enamorada de Veturia, la cual con sus gracias le disuade de hacer lo guerra á su patria.

La *Devocion de la Cruz*, traducida por Schlegel como la obra maestra de Calderon, es en efecto una de las comedias en que más abundan las bellezas de concepto, expresion y efectos escénicos. El protagonista, que es sienés, refiere su historia de este modo:

Yo no sé quién fué mi padre;
pero sé que mi primera
cuna fué el pié de una Cruz
y el primer lecho una piedra.
Raro fué mi nacimiento,
segun los pastores cuentan,
que de esta suerte me hallaron
en la falda de estas sierras.
Tres dias dicen que oyeron
mi llanto, y que á la aspereza
donde estaba no llegaron
por el temor de las fieras,
sin que alguna me ofendiese:
¿pero quién duda que era
por respeto de la Cruz
que tenia en mi defensa?
Hallóme un pastor, que acaso
buscó una perdida oveja
en la aspereza del monte,
y trayéndome á la aldea
de Eusebio, que no sin causa
estaba entonces en ella,
le contó mi prodigioso
nacimiento, y la clemencia
del cielo asistió á la suya;
mandó en fin que me trajeran
á su casa, y como á hijo
me dió la crianza en ella.
Eusebio soy de la Cruz,
por su nombre y por aquella
que fué mi primera guia
y fué mi guarda primera.
Tomé por gusto las armas,
por pasatiempo las letras:
murió Eusebio, y yo quedé
heredero de su hacienda.
Si fué prodigioso el parto
no lo fué menos la estrella
que enemiga me amenaza
y piadosa me reserva.
Tierno infante era en los brazos
del ama, cuando mi fiera
condicion, bárbara en todo,
dió de sus rigores muestra;
pues con solas lus encias
no sin diabólica fuerza
partí el pecho de quien tuve
el dulce alimento, y ella
del dolor desesperada
y de la cólera ciega
en un pozo me arrojó,
sin que ninguno supiera
de mí: oyéndome reir
bajaron á el, y encuentran
que estaba sobre las aguas,
y que con las manos tiernas
tenia una Cruz formada
y sobre los labios puesta.
Un dia que se abrasaba
la casa, y la llama fiera
cerraba el paso á la vida
y á la salida la puerta,
entre las llamas estuve
libre, sin que me ofendieran;
y advertí después, dudando
que haya en el fuego clemencia
que era dia de la Cruz.
Tres lustros contaba apenas
cuando por el mar fuí á Roma,
y en una brava tormenta
desesperada mi nave
chocó en una oculta peña,
en pedazos dividida
por los costados abierta;
abrazado de un madero
salí venturoso á tierra,
y este madero tenia
forma de Cruz. Por las sierras
de esos montes caminaba
con otro hombre, y en la senda
que dos caminos partia
una Cruz estaba puesta.
En tánto que me quedé
haciendo oracion en ella,
se adelantó el compañero,
y después dándome priesa
para alcanzarle, le hallé
muerto á las manos sangrientas
de bandoleros. Un dia
riñendo en una pendencia
de una estocada caí,
sin que hiciese resistencia
en la tierra, y cuando todos
pensaron hallarla ajena
de remedio, sólo hallaron
señal de la punta fiera
en una Cruz que traia
el cuello, que en mi defensa
recibió el golpe. Cazando
una vez por la aspereza
de este monte, se cubrió
el cielo de nubes negras,
y publicando con truenos
al mundo espantosa guerra,
lanzas arrojaba en agua,
balas disparaba en piedras.
Todos hicieron las hojas
contra las nubes defensa,
siendo ya tiendas de campo
las ocultas malezas;
y un rayo que fué en el viento
caliginoso cometa,
volvió en cenizas á los dos
que estaban de mi más cerca.
Ciego, turbado y confuso

vuelvo á mirar lo que era,
y hallé á mi lado una Cruz
que yo pienso que es la mesma
que asistió á mi nacimiento
y la que yo tengo impresa
en los pechos.

Unese Eusebio á una cuadrilla de asesinos, pero en medio de sus crímenes, conserva su ardiente devocion á la Cruz; cuando asesina á un hombre, coloca una Cruz al lado de su cadáver; algunas veces la presencia de la Cruz detiene su brazo en el momento de ir á derramar sangre; y las víctimas perdonadas le ruegan que no muera sin confesion. Aparece Julia, su hermana desconocida, al mismo tiempo que su amada; la cual obligada por su padre á tomar el velo, abre paso á Eusebio para que penetre en su celda; pero éste al ver la Cruz que hay sobre su pecho, evita los abrazos que tanto habia deseado; ella, por seguirle, abandona el convento disfrazada de hombre, y llega á ser más desalmada y cruel que él, y no menos devota. Después de mil desastres y de cometer innumerables crímenes, Eusebio es perseguido, y estando á punto de caer en manos de los soldados que conduce su mismo padre, logra salvarse. La escena representa un país salvaje, rodeado de precipicios, y Eusebio aparece herido en la cima de una roca; llega su padre, le reconoce y muere. Muere sin confesion, por lo que no puede dársele sepultura en sagrado, y los aldeanos que hallaron su cadáver, le arrojan entre las malezas. Mas de repente se oye un grito sordo y una voz que dice: *¡Alberto!* Alberto es un pobre fraile, que volvia de Roma, el cual se apresura á acudir donde le llaman, y removiendo las malezas, descubre el cádaver que se levanta y se confiesa en medio del silencio y el terror de los espectadores, y una vez absuelto, vuelve á su tumba.

«Tanto con el cielo puede
de la Cruz la devocion.»

Un gracioso hace de tercero en esta horrible escena.

Julia, persegida tambien, llega de improviso y á púnto de sufrir el castigo de sus iniquidades, contempla aquel milagro, descubre que es hermana de Eusebio, y se abraza á la Cruz que hay en la tumba de aquél, prometiendo restituirse al convento y llorar sus estravíos. Se despoja de sus vestidos de hombre y aparece con su hábito de monja, arrodillada ante la Cruz que desprendiéndose del suelo se eleva y la eleva allí donde la justicia humana no llega y empieza la divina; Eusebio, meciéndose sobre las nubes, la tiende los brazos radiente de alegría.

Esta obra fué representada en Alemania, y es indecible el entusiasmo con que fué acogida; Hoffman estuvo extasiado durante su representacion, que basta á dar una idea del talento de su autor: además de abundar en efectos mecánicos de gran mérito, abunda en bellezas de primer órden; pero la razon no se da por satisfecha con vanas fantasías.

Corneille, contemporáneo suyo, representaba la antigüedad y la filosofía uniendo la historia antigua á la política moderna, se diria que, en una época de órden y no de crisis. Calderon está separado del autor francés por siglos, tan fiel es á la civilizacion católica, igualmente distante del dogmatismo griego y de la duda moderna. Su pensamiento más habitual es el triunfo de la fe y del arrepentimiento, que trasforma en santos á los criminales más endurecidos. No ofrece, pues, á las miradas, como los antiguos y Shakspeare, una catástrofe en la que el hombre perece enteramente, sino en la que es conducido á una trasformacion espiritual, á una nueva vida que se desarrolla cuando lo demás concluye.

Emancipado en su ancianidad de la obligacion de adular al rey y de obedecer sus caprichos, no quiso hacer más que autos sacramentales, pero la feroz y supersticiosa religion que le inspira no puede menos de ser reprobada, como no puede menos de repudiarse el conjunto de mitología cristiana que se encuentra en ellos. En vano se buscaria el culto del arte que eleva á tan grande altura á ciertos escritores, cuando quisieron resumir en una obra de predileccion el secreto de su modo de sentir y su poder.

La mayor parte de los imitadores trataron de reproducir su inagotable fecundidad, sin poseer su genio, y el teatro quedó reducido á comedias semejantes á las que el arte producia sin estudio ni trabajo serio en Italia. Agustin Moreto rivalizó con Calderon, y le fué tal vez superior en intrigas y jocosidades. Parece haber sido el primero que hizo comedias de carácter ó de figuron.

El padre Gabriel Tellez, olvidado por Schlegel y por Sismondi, dió bajo el seudónimo de Tirso de Molina, varias composiciones en las que escede á los mejores escritores por su animacion y jovialidad, á cuyas cualidades lo sacrifica todo. Rojas sólo cede á Calderon y Moreto en el estilo, y su *García del Castañar* es considerado por algunos como el mejor drama español.

Después de la muerte de Felipe IV, que se habia manifestado protector de las letras, y en cuyo reinado habia más de cuarenta compañías dramáticas que componian cerca de mil personas, la reina mandó no se diesen representaciones hasta que su hijo estuviese en edad de encontrar diversion en ellas (1679). Esta medida produjo la ruina de los teatros; y cuando se casó el jóven rey apenas pudieron reunirse tres compañías de cómicos. El historiador Antonio de Solís fué el único que sostuvo el honor del teatro, y con él concluyó el esplendor del arte dramático español, cuyas producciones han sido tan esplotadas por los extranjeros.

El teatro español fué una mina fecunda para los autores franceses (15); bastará citar el *Cid*, *Hera-*

(15) Voltaire confiesa que desde Luis XIV hasta su

clio y *Don Sancho de Aragon*, de Pedro Corneille, el *Venceslao* de Rotrou, la *Princesa de Elida*, el *Convidado de Piedra* y *D. Garcia de Navarra*, de Molière, todas las obras de Tomás Corneille y las primeras de Quinault. No seria preciso más para demostrar el mérito de un teatro que como el de Inglaterra se conservó nacional y moderno, al paso que por todas partes, aun en los paises que fué restaurado por grandes maestros, no se hizo más que colocar en el trono al arte antiguo.

En medio de tan gran riqueza de comedias, los españoles no tuvieron tragedias verdaderas, escepto las que tomaron de otras partes. Boscan fué el primero que dió el ejemplo traduciendo el Eurípides. Fernando Perez de Oliva escribió después (1520) dos tragedias á imitacion de la *Sofonisbe* del Trisino, que se representaron en 1570; y fray Gerónimo Bermudez dió en Madrid, bajo el nombre de Antonio de Silva, la *Nisa lastimosa* y *Nisa laureada*, cuyas desgracias y la venganza de Inés de Castro habian proporcionado el argumento. Otros caminaron por sus huellas pero sin originalidad. Habiéndose introducido más tarde el gusto á la poesía francesa, á ella fué á la que se sujetó la imitacion. Pero puede decirse que sólo en nuestro siglo es cuando Cienfuegos, Quintana y Martinez de la Rosa han dado en España tragedias que propiamente le pertenecen.

Ercilla, 1533-1596.—Esceptuando á los autores dramáticos, los demás poetas españoles manifestaron más dulzura en los versos y más pureza en el estilo que vigor de imaginacion. En el espacio de medio siglo aparecieron más de veinte y cinco poemas casi todos en honor de Cárlos Quinto, obras estériles y medianas como la adulacion. El único que pasó los Pirineos fué la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla. El autor era de Madrid, y como los demás poetas españoles tuvo una vida muy agi tada. A la edad de veinte y dos años se embarcó para el Perú con objeto de hacer allí la guerra á los auracanos, que habiendo sacudido el yugo español, habian vuelto á establecer el gobierno de los diez y seis caciques en tiempo de paz, y una especie de dictadura en la guerra, cuyo arte habian aprendido en la escuela de sus enemigos. Marchando contra ellos concibió Ercilla la idea de cantar aquella misma espedicion; y en medio de las fatigas de una campaña, escribió sus versos en pedazos de papel ó cuero. Después de la victoria volvió á España á la edad de treinta años con doce cantos de su poema, meciéndose en las esperanzas de gloria que sonrien á esta edad; pero Felipe II no tuvo en consideracion ni sus versos ni su valor. Creyó Ercilla vencer la indiferencia de sus contemporáneos añadiendo una segunda parte á su poema, y adulando bajamente al sombrío tirano de España; pero ni este medio ni una tercera parte que compuso después le sacaron de la miseria y de la oscuridad. Cesó, pues, de cantar para pensar en la salvacion de su alma.

Ni la posteridad le hizo justicia, á pesar de que Voltaire en la reseña de las epopeyas le ensalzó, quizá porque era desconocido, y no por otra cosa; su poema es una historia fria y prolija, escrita sin imaginacion ni colorido local, arte para distribuir ni discernimiento para escoger; aunque es tan rica de amor nacional como pobre de entusiasmo poético y de diccion, y confusa por la multitud de nombres propios que emplea. Caupolican, jefe de los araucanos, sosten de su patriotismo, hace la guerra con la grandeza enérgica de un salvaje, sucumbe al fin, recibe el bautismo y la muerte con la misma impasibilidad. Pero Ercilla ignora el arte de interesar vivamente en favor de la constancia que lucha contra fuerzas enemigas superiores y contra el ambicioso fanatismo de los castellanos. No sabe tampoco manifestar en los conquistadores el valor individual de aventureros corriendo á aquella espedicion, no con la obediencia ciega de los soldados, sino con la sed de la ganancia, animados de un proselitismo guerrero y sanguinario. Los episodios están laboriosamente unidos á la accion, y el dibujo no está matizado nunca de colores que le sean propios; sus jardines encantados recuerdan los de Arcadia y Nápoles. Una jóven salvaje, Glaura, hace á Ercilla relacion de sus amores en el lenguaje de una dama española. El mismo Ercilla, para distraer el fastidio de una larga marcha, cuenta á los soldados los amores de Dido y Eneas, que ocupan dos cantos; discute sobre su verdad, sobre el anacronismo que se ha permitido Virginio, y sobre los derechos que tiene Felipe II á la corona de Portugal.

Dejamos para el siglo siguiente el espectáculo de la pomposa decadencia y de la muerte artificial de los gongoristas. Bastará observar por ahora que los españoles se ensayaron en poesia en todos los géneros; pero en la prosa no tuvieron un gran filósofo, un sábio eminente (y lo que es más difícil de esplicar), un gran predicador. Es la razon que la inquisicion detenia el vuelo del pensamiento: mientras que el mundo se lanzaba al camino del porvenir, en España se retrocedia á lo pasado y se entregaban á las discusiones escolásticas, de las que nunca salió nada grande. La unidad católica que se habia conservado allí, fué impotente para devolver la vida á lo que moria en otras partes en la duda.

Porque la depresion nacional llegó hasta el estremo de hacer olvidar la grandeza patria; la abundancia de materiales, de hechos grandiosos que referir, hizo que se descuidase el modo de referirnos; ninguno emprendió la tarea de escribir la historia de una literatura, en la que no es menos variado el arte, que estraña la serie de vicisitudes de los autores; y olvidando los españoles que habian

---

época, los franceses han tomado de los españoles cerca de cuarenta composiciones dramáticas. Cervantes decia: «No hay en Francia hombre ni mujer que descuide aprender la lengua castellana.»

sido los primeros en Europa á lanzar la lengua por campos no conocidos, renegaron de los altos ejemplos de otra edad, y siguieron las huellas de los extranjeros. ¡La última bajeza en que puede caer una nacion es olvidar sus propias glorias y sus propias miserias!

Sin embargo, cumple notar que la decadencia de la literatura española fué debida más bien á los efectos desastrosos de la política que introdujo en la península la dominacion de dinastías extranjeras, que el descuido de los españoles en el cultivo de las letras. Además, en pueblo donde se van sacando todas las fuentes de su vida, se agostan igualmente todas las flores de las bellas artes, se marchitan tambien ya en embrion aquellos ópimos frutos que el arte produce tambien cuando la vida de la inteligencia circula libremente por todas partes.

CAPÍTULO XL

LITERATURA PORTUGUESA.

La literatura portuguesa es hermana de la española. Todos sus poetas cultivaron, además del portugués, el castellano, como más noble y majestuoso, al paso que su idioma, que abunda en vocales y sílabas nasales, tiene más tendencia al estilo tierno y gracioso, siquiera sea rico en figuras atrevidas, variado y libre en la construccion. El siglo XV, que fué en aquel pais la época de la mayor energia nacional, vió tambien á la literatura elevarse hasta su apogeo, aunque no buscando sus inspiraciones más que en el amor.

Macia, apellidado el *Enamorado*, se encuentra á la cabeza de los poetas eróticos: hechura del marqués de Villena, un marido celoso le hizo aprisionar, dándole muerte á través de las rejas de su calabozo. Otra multitud cantaron en el mismo tono que él. En el reinado del gran Manuel, Bernardino Ribeiro, víctima de un amor misterióso y sin esperanza, modulaba acentos de tierna melancolia. Su novela de la *Inocente doncella* fué la espresion de los sentimientos apasionados. Introdujo la égloga, de lo que después se llegó á abusar, con los eternos lamentos de los pastores, que fastidian y aburren por más suaves que sean las pinturas, y por más que hayan sido inspiradas por paisajes encantadores, como las orillas del Tajo, del Mondego ó del mar. Gil Vicente, el *Plauto portugués*, en una época en que las lenguas nuevas no tenian aun comedias regulares, las sacó de la Biblia, mezclando las costumbres y el culto. No tiene órden en sus planes, pero sí una imaginacion rica, y su diálogo está lleno de vivacidades y armonia. Aprendió Erasmo el portugués con objeto de poder leerle.

Saa de Miranda, de Coimbra (1495-1558), célebre entre los poetas españoles, estudió los griegos, los latinos y los italianos; pero escribiendo, segun la inspiracion de su corazon, quedó siendo un original, y en la pintura continua de las dulzuras campestres, conserva más naturalidad que sus émulos. Compuso tambien comedias del género clásico, y canciones populares de incomparable sencillez. Si Antonio Ferreira, el *Horacio portugués*, ennobleció su lengua con la correccion clásica de las ideas y de la espresion (1528), la hizo perder su originalidad. Puso en una tragedia el asunto de Inés de Castro en una época en que el teatro moderno no poseia tal vez más que la *Sofonisbe* del Trisino.

Camoens, 1524-1579.—La escuela clásica de aquellos dos escritores encontró numerosos discípulos, que pasamos en silencio para llegar á aquel que los sobrepujó á todos. Luis Camoens concibió admiracion hácia los clásicos desde su infancia, mezclándose á la que le inspiraban los héroes nacionales; y la gloria de cantar á los grandes hombres de su patria, debia parecer al jóven poeta la más digna de envidia. Pero sus primeros ensayos escitaron la compasion de Ferreira: habiéndose enamorado después de una dama de palacio, Catalina Ataida, una cuestion de la que fué causa este amor, le obligó á abandonar á Lisboa. Dirigióse á pelear contra los marroquíes y perdió un ojo. Pero como no encontraba en su patria recompensas para su valor guerrero ni para su talento poético, se embarcó para las Indias orientales. Tres barcos que hacian rumbo con el suyo perecieron: llegó á Goa, donde no encontrando en qué emplearse, se vió obligado á alistarse como voluntario para Cochin. Habiendo sucumbido casi todos sus compañeros de armas á la influencia del clima, volvió á Goa sin dinero, y le fué preciso seguir otra expedicion dirigida contra los piratas del mar Rojo. Su verbosidad poética tomó un vuelo más atrevido en medio de aquellas agitaciones, y sentia que el amor á la patria le animaba por los grandes progresos de su nacion. Pero una sátira que habia escrito contra la mala administracion de las Indias, hizo se le desterrase por el virey á Macao, donde se vió obligado

á aceptar el triste empleo de administrador de los bienes de los muertos, hasta que un nuevo virey le permitió volver á Goa. Naufragó en la travesia, salvándose á nado sin más que su poema. Acusado después de dilapidacion en su gestion contra Macao, fué preso, y cuando consiguió justificarse, se vió detenido por sus acreedores. En fin, algunas personas se reunieron para contribuir al pago de sus deudas y á los gastos de su pasaje á Europa. Volvió á Lisboa en el momento en que diezmaba á esta ciudad la *gran peste*. ¿Quién queria ó podia entonces ocuparse de un poeta? ¿Quién hubiera ofrecido pan á un hombre que volvia pobre de un pais donde tantos se habian enriquecido? Todo lo que obtuvo fueron cien libras de pension anual del rey don Sebastian, que aceptó la dedicatoria de su poema. Así es, que sucedia con frecuencia á Camoens no tener para vivir más que el pan que recibia de los frailes, ó que mendigaba por la tarde un criado javanés que habia traido de la India; en fin, agotadas sus fuerzas cayó enfermo, y se vió obligado á refugiarse en el hospital. Con razon decia: «Sólo Portugal, satisfecho con la gloria de las armas, desdeña la de las letras y de las artes. La lira de las musas no lisonjea sus oidos, y su corazon permanece sordo á los encantos de la poesía. Desdeña ese arte divino, porque no le conoce.» Pero en lugar de maldecir con cólera una patria que le olvidaba, la amó con constancia; y así como habia cantado los fastos gloriosos, cuando supo en su lecho de muerte el desastre de Alcazar Quivir, tan funesto al poder portugués, pronunció estas palabras: «He amado tanto á mi patria, que me considero feliz, no sólo en morir en su seno, sino en morir con ella.» De esta manera concluyó desapercibido, para ser pronto el objeto de los elogios póstumos, miserable consuelo del genio desconocido.

«No es una vil recompensa, sino el verdadero amor á la patria, el que me incita á cantar,» pudo decir con razon; porque ninguno de los poetas épicos modernos, desde Dante, fué tan inspirado como Camoens por el amor á la patria. Creyó no poder exaltar mejor la gloria sino cantando sus espediciones marítimas, en lo cual hizo una escelente eleccion. Ya habian pasado los espléndidos dias de la cuballeria; las cruzadas habian perdido toda significacion; por el contrario, todo el mundo se ocupaba en descubrimientos; con ellos se alimentaba la imaginacion y la ciencia, por ellos los mundos nuevos y la Europa confundian su vida. Este fué tambien el único momento de grandeza del Portugal; para él las riquezas de la India eran la gloria, y los descubrimientos el orgullo de la nacion. Camoens supo aprovecharse de todo lo que la historia de su pais podia tener de ilustre, y aunque los episodios, por su cuadro demasiado limitado, ofrecen más arte que naturalidad, los recuerdos de Europa se mezclan en el poema, á los vírgenes perfumes del Asia, y el sentimiento caballeresco de la Península al genio de las aventureras navegaciones. La imitacion de Virgilio dañó á la amplitud de la idea, pues el poeta latino, considerado como tipo de arte perfecto, sentaba límites muy estrechos á las concepciones del genio. Sin embargo, Camoens sabe libertarse de estas trabas, y puede decirse, que así como su héroe, cuanto más adelanta, más adquiere confianza en sí mismo, y da más vuelo á su imaginacion. Además, en todo se conoce que ha visto con sus propios ojos lo que describen sus héroes; y el cielo indio estaba pintado con colores realmente tomados de la naturaleza. Por otra parte, es cierto que una epopeya sin batallas ni sitios, que celebra las conquistas de la industria y la lucha del hombre contra los elementos, parece ofrecernos verdaderamente el poema de la era moderna.

Con razon Camoens dió por título á su poema los Lusitanos (*Os Lusiadas*); pues la nacion es el héroe, y no Vasco de Gama, que no brilla sino como una luz que refleja en él su patria, de la que Camoens se hace glorioso cantor. El poeta es el que habla cuando Gama dice al rey de Melinda: «Esta es la tierra querida en la que primero respiré las brisas; ¡ay, cuando haya concluido mi alta empresa, condúzcame á ella el cielo, para gozar de la felicidad de terminar allí mis dias!» El corazon del poeta es el que habla cuando Gama describe el momento de su partida: «Ya la vista se destierra (*se desterra*) poco á poco de los montes de la patria, que desaparece; el amado Tajo no se veia, ni la verde montaña del Cintra, en la cual en vano se fijaba mi vista: nuestros corazones permanecieron fijos en aquella querida tierra.» El amor á la patria es el que le hace deplorar (canto VII) los odios con que la Europa se encuentra destrozada, y sobre todo las disensiones religiosas, de que se aprovecha el turco para engrandecerse, amenazando á la Europa con un yugo que los iberos han sacudido tan generosamente.

A veces le acontece gemir por sus propias miserias: y pide ayuda á las ninfas del Mondego y del Tajo para cantar elevadas empresas, recordando que la suerte le llevó á remotas playas en medio de infortunios siempre nuevos, con la pluma en una mano y la espada en la otra, luchando contra la pobreza, rechazado de las mesas hospitalarias, engañado en sus esperanzas, y mal recompensado de aquellos mismos á quienes ensalzaba. «¿Quién se sentiria en adelante animado á trabajar? No estoy, sin embargo, cansado del canto, pero sí de haber cantado en loor de una raza dura y de corazon empedernido.»

Con respecto á las formas, Camoens fué el primero, á menos que no se quiera esceptuar la *Italia libertada*, del Trisino, que emprendió una epopeya regular á la manera de los antiguos, ofreciendo unidad y un pensamiento dominante en el que la riqueza de los detalles no distrajo la atencion de la grandeza del asunto. Sacó de los clásicos una mitologia mal apropiada á las hazañas modernas, tanto más viciosa, cuanto que coloca á Júpiter,

Venus y Baco en oposicion con Jesucristo y la Vírgen María; además él mismo disipa á veces la ilusion, advirtiendo que todo es alegórico. En otros momentos, se confia con más osadia á su imaginacion, como cuando presenta á las miradas de los intrépidos navegantes que se disponen á doblar el cabo de las Tempestades al gigante Adamastor para profetizarles peligros y reveses (1). Adoptó la octava del Ariosto, mezclando á la relacion sublimes hazañas con una tinta de voluptuosidad, de melancolia fantástica, que recuerda al Tasso. Reunió al poder de creacion la sensibilidad, la armonia del lenguaje, la belleza de las frases, lo cual le hace introducible como á Anacreonte (2).

Sólo Camoens fué suficiente á la gloria de una literatura, y la de su pais no ha producido otros nombres que se hayan dado á conocer fuera. La pastoril se mezcla en todo; es la forma con que se reviste la moral, el heroismo y la discusion. Este género adquirió fama por Rodrigo Lobo, *el Teócrito portugués*. Sus romances son continuas escenas campestres, sin caractéres propios ni altas pasiones. En la *Córte en el Campo* ó las *Noches de Invierno*, enseña cómo educar á un hombre de mundo. Como Bembo en Italia trató de introducir el período ciceroniano, sacrificando á la armonia la fuerza y la exactitud del pensamiento. Su contemporáneo Jerónimo Cortereal pasó su juventud en la India, peleando contra los idólatras; habiendo acompañado después al rey don Sebastian á Africa, fué hecho prisionero en Alcazar; cuando salió de su cautiverio encontró á su pais conquistado por Felipe II, y avasallado á la España. Dedicóse entonces á cantar en el retiro las antiguas glorias de su patria, entre otras las desgracias de Manuel de Sousa Sepúlveda, que habiendo naufragado cerca del cabo de Buena Esperanza, pereció atravesando el desierto con Leonor de Sa, su jóven esposa. Formado en la escuela de Tito Livio, mezcla á la relacion prolijas arengas; alarga y redondea el período más de lo que permite la falta de declinaciones en las lenguas modernas.

Barros, 1496-1571.— La grande elegancia que Lobo dió al estilo fué aprovechada después por los historiadores. El principal de ellos es Juan de Barros que describió, animado á este trabajo por el rey Manuel, los descubrimientos y conquistas de los portugueses en Oriente. Gobernador de los establecimientos de Portugal en la costa de Guinea, después tesorero general, y luego agente de las colonias, pudo recoger materiales, y dirigir hácia ellas miradas espertas. Era su intencion dividir su obra en cuatro partes. La Europa que comprendiese la monarquia portuguesa desde los primeros tiempos; el Africa, con sus guerras en los reinos de Fez y Marruecos; la América con la colonia del Brasil, y en fin, el Asia, que fué la única que terminó. Se esperimenta un vivo atractivo en leer estas relaciones de tierras nuevas, escritas por hombres á cuyos ojos acababan de ofrecerse. La parcialidad misma del autor hácia los portugueses da color á su relacion: interesa más que la lectura de una novela ver á un pequeño pueblo de magnánimo valor, no retroceder ni por los obstáculos ni por el tiempo, sino orgulloso y lleno de superstición creer que su gloria existe en ello, y que es para él un deber esterminar á los idólatras, robar los negros, ahogar millares de indios en el mar, para convertir algunos al cristianismo. Fué continuado por Couto y por otros; Bernardo de Brito (1570-1617) concibió la idea de componer, siguiendo á ellos, una historia universal de su pais (*Monarquia lusitana*) desde la creacion del mundo. Después de haberse estendido en divagaciones sobre los hechos generales, aun no habia llegado á comenzar, cuando murió. Nombraremos últimamente al obispo Gerónimo Osorio, que escribió la *Historia del rey Manuel*, con una tolerancia religiosa rara en la Península.

La gloria literaria de Portugal se eclipsó cuando cayó bajo el yugo extranjero. Aunque se continuase escribiendo, principalmente en verso, no hubo nadie que se formase una gloria duradera, y se exageraron hasta los defectos de los clásicos nacionales. Manuel de Faria y Souza hizo multitud de poesias, obras en prosa y críticas, entre otras la *Historia de la Europa portuguesa*, y la *Fuente Aganipe*, comentario pedantesco sobre Camoens. Se alababa de haber escrito durante su vida doce pliegos de papel por dia. La mayor parte de lo que ha dejado está en castellano, pero en el estilo de Góngora, que siempre malo, es detestable en la historia.

Dando rienda suelta los poetas á su imaginacion en impertinentes églogas, poblaban á porfia las encantadoras orillas del Tajo, de Galateas y Estelas, de Elicios y Nemorosos.

Francisco Javier de Meneses, conde de Ericeyra (1663-1744), literato el más distinguido de su época, trató de despertar el buen gusto, ó más bien de corregir el malo, único objeto á que puede aspirar la poética. Cantó, siguiendo sus reglas, en la *Enriqueida*, el fundador del reino de Portugal. Aunque más correcto que Camoens, es más frio que él; como estaba familiarizado con los clásicos, tuvo bellezas particulares y estilo sostenido, pero no inspiracion épica.

Después de él no podemos, hasta la época actual, citar ningun nombre que merezca particular mencion. La Academia de la lengua portuguesa (1714) y la de la Historia (1720) no les dieron gran impulso. La Academia Real (1792) tuvo más eficacia; pero eran precisos nuevos y grandes acontecimientos para que el genio lusitano volviese á empuñar la espada y la lira.

---

(1) Es cierto que la descripcion deberia ser menos estensa. La sombra de Baco en Shakspeare tiene mucha más fuerza.

(2) A veces mezcla en sus octavas versos españoles y hasta galos; tambien se encuentra uno italiano: *Tra la spica e la man qual muro é messo*. Lusiadas, IX.

CAPITULO XLI

LITERATURA ALEMANA Y SEPTENTRIONAL.

¿Cómo habian de poder los alemanes dedicarse á la literatura propiamente dicha, en medio de los furores de la reforma? Sacrificando enteramente los derechos de la imaginacion y los de la razon; las discusiones, los insultos, las maldiciones y las controversias eran las armas que se empleaban en aquella encarnizada lucha. Lutero elevó la lengua á su madurez, sirviéndose de ella para traducir la Biblia, aunque por la adopcion de su dialecto nativo haya dejado perecer literariamente el bajo aleman, tan rico en proverbios y frases populares. Los himnos cuyos primeros ejemplos dió, abrieron un nuevo campo á la poesia, y se encuentran treinta y tres mil en doscientos años en la Iglesia protestante, compuestos de quinientos poetas; el último cálculo que se ha hecho los hace ascender á cincuenta mil.

Esta es entre los alemanes la verdadera y efectiva poesia: fuera de ella apenas podemos mencionar el *Teuerdank*, de Melchor Pfinzing, poema alegórico atribuido á Maximiliano I. Goethe ha alabado el genio de Hans-Sachs, zapatero de Nuremberg (1494-1576), fecundo y enérgico productor de poesias populares; pero confesamos que no es digno de mencion, aunque reconozcamos en él gran facilidad, imágenes nuevas y pensamientos esquisitos, en medio de cosas estrañas y descabelladas. En *Eva y sus hijos interrogados por el Señor*, obra maestra del poeta artesano, Cain, acostumbrado á andar errante con malas compañias, «no sabe recitar el *Credo*, que confunde con el *Padre nuestro*, al paso que Abel y los demás contestan bien á la pregunta del Señor,» es decir, segun la *Introduccion*, de Lutero.

Los tiempos eran apropiados á la sátira, y Tomás Murner dió rienda suelta en su *Conjuracion de los locos* á toda la acritud de su carácter, sin respetar nada ni á nadie, mostrándose más trivial que Aretino á quien es comparado. Se le atribuye la coleccion de jocosidades y agudezas, titulada *Till Eulem-Spieger*, libro y nombre populares entre los alemanes al igual de Fausto.

Como Estrasburgo rehusaba entrar en alianza con los suizos, en atencion á la gran distancia que los separaba, los zuriqueses inventan este espediente. Algunos jóvenes llenan una enorme caldera de maiz aun hirviendo; y embarcándose con ella en el Limmat, arriban á Estrasburgo donde ofrecen potaje aun caliente á los habitantes de aquella ciudad, que no pueden resistir á semejante argumento. Juan Fischart, uno de aquellos estravagantes argonautas, cantó aquella espedicion en la *Barca afortunada*, é imitó con una libertad espiritual el primer libro del *Gargantua*, de Rabelais, exagerando aun las maliciosas argucias de su modelo.

Otros cultivaron la poesia durante la guerra de Treinta Años, pero la mayor parte en latin. Rodolfo Weckerlin, uno de los más ilustres, decia: «Si la poesia es la lengua de los dioses, ¿qué cosa puede hacer mejor el poeta, si quiere escribir con nobleza y elegancia, que imitar la lengua de los dioses de la tierra, es decir, de los grandes, de los sábios y de los príncipes?» En su consecuencia escribió en estilo de corte, y no adquirió por eso influencia sobre sus contemporáneos, ni nombre en la posteridad. Los cantos religiosos del jesuita Federico Spee no carecen de encanto.

Holanda.—En medio de tan gran fecundidad de

distinguidos talentos, no produjo la Holanda nada original en el trascurso del siglo XV; pero las traducciones estendian la lengua y fijaban las reglas de la versificacion. Las flores que habia dispuestas á abrirse se secaron en medio de las discordias civiles, y la larga lucha entre los *hökschen* y los *kabbeljauwschen* (los anzuelos y los términos); el mismo comercio sucumbió, y los estudios languidecieron para prosperar en el siglo siguiente.

Las cámaras de retóricos (*Kamers der Rederykers*), semejante á las asociaciones de los maestros cantores en Alemania, contribuyeron á elevar la lengua alemana á su madurez. Cada uno de ellos tomaba un nombre de flor con una divisa, y los miembros eran ordenados por clases: emperador, príncipe, decano, artífice, trovadores (*vinder*), los unos estaban encargados de componer tal clase de versos, los otros de preparar las ceremonias. Contáronse hasta doscientas de estas cátedras en Holanda, todas ellas eran muy concurridas, formando parte de ellas grandes señores, como Felipe de Borgoña. Tomando partido por una y otra faccion, ejercian influencia sobre la política y ayudaban con la sátira, el epígrama, la cancion y la comedia á la espada y al arcabuz del soldado, hasta tal punto, que el duque de Borgoña se vió precisado á poner un freno á las invectivas. Despues, en tiempo de la reforma, aquellas asociaciones pusieron en escena las doctrinas religiosas, é hicieron con sus asuntos composiciones poéticas; y las crueldades del duque de Alba, las matanzas de Bruselas y el suplicio del príncipe de Orange se representaron en el teatro.

Entonces fué cuando Erasmo hizo su nombre popular con una erudicion igual á la agudeza de su inteligencia. Coornhert traducia algunos de los mejores libros antiguos, para distraerse de sus batallas de protestante; Marnix escribia sátiras religiosas; Visscher y Spiegel se dedicaban á pulimentar la lengua y la poesia. Bor escribió la *Historia de los Paises-Bajos*, Plantino compiló el *Thesaurus teutonicæ linguæ*; Pedro Hooft fué historiador y autor dramático. Cats fué muy leido, á pesar de su monotonia y frivolidad, y de tratar sólo de negocios públicos. La erudicion y la filologia hicieron progresos en el pais; los poetas latinos, como Grocio, Heincio y Barlæus, continuaron floreciendo en 1600, cuando declinaban en otras partes De esta manera es como á la edad de oro de la literatura holandesa sucedió la literatura clásica, hasta el momento en que el reinado de Luis XIV la redujo á una imitacion absoluta de los escritores franceses.

Hungria.—En Hungria, Rilassa y Rincai versificaron sobre asuntos sagrados, pero siempre con trabas por un lenguaje imperfecto, y la dificultad del metro. Lo mismo aconteció á Bornenicza y á Gouezi, é igual en la version de *Pedro de Provenza* y la hermosa *Maguelona;* diversas crónicas, siempre groseras y desordenadas, se siguieron á la de Szekely de 1559.

Escandinavia.—La literatura ganó mucho con la reforma en los paises del Norte, donde las lenguas, aun inciertas, se pulimentaron reproduciendo los textos sagrados. El idioma sueco tardó mucho tiempo en escribirse, á pesar de que Eufemia, reina de Noruega, abuela de Magno Smeck, rey de Suecia, habia hecho traducir ya en 1308 la *Historia de Alejandro* y la de Carlomagno; el obispo Nicolás Hermamic hizo despues una version de la *Vida de san Anscario*. Los reyes de la Union, residentes la mayor parte en Dinamarca, no se inquietaban de las bellas letras: los conventos eran ricos, pero el clero ignorante; se sabia tan poco el latin, que el gobierno carecia con frecuencia de personas que redactasen la correspondencia en esta lengua, y no habia ninguna instruccion popular. El estudio principal era la teologia, y desde el siglo XIV, Matias, canónigo de Linköping, habia traducido la Biblia por complacer á santa Brígida.

Stenon Sture fundó una escuela para los estudios elevados, pero sólo con el objeto de impedir á los jóvenes suecos que iban á estudiar á Copenhague ser ganados por Cristian. Sixto IV concedió á Upsal una universidad, con las mismas prerogativas que la de Bolonia; pero Gustavo Wasa la dejó perecer. Este príncipe favoreció, no obstante, las letras, y fundó una biblioteca, al mismo tiempo que nuevos estudios se introducian con la reforma. Lorenzo de Pedro, que tradujo la Biblia, escribió tambien el *Tobias*, que fué la primera comedia en lengua sueca.

Los reveses que se siguieron hicieron descuidar los estudios. Sin embargo, Cárlos IX puso en verso su propia vida; Gustavo Adolfo dotó la universidad con los bienes de su familia, pero no pudo establecerse órden en ella; Cristina, su hija, le manifestó mucho celo, y como los literatos eran en corto número, ó abrazaban la carrera de los negocios públicos, de la Iglesia ó de las armas, llamó á extranjeros, que en efecto reanimaron en Suecia la cultura intelectual. Vióse entonces á varios señores manifestar aficion á las letras y á la erudicion clásica. Después, cuando la Reforma unió aun más la Suecia á la Alemania, el comercio de las ideas adquirió actividad. La imprenta, introducida en Stokolmo desde 1483, subsistia únicamente porque era considerada como un derecho real, y no hubo fábricas de papel en el pais hasta 1613.

Jorge Stjernhjelm, nacido en 1598, de un minero dalecarliano, se dedicó al estudio, visitó varios paises, y escribió el *Hércules*, y despues el poema *De la virtud* (1). Los dos historiadores Juan y Olao Magno, contaron en buen latin absurdas fábulas. Los dos hermanos Olao y Lorenzo de Pedro publicaron otras dos *Historias de Suecia*, y para popularizar su conocimiento, Juan Ma-

(1) MARMIER, *Hist. de la literatura en Dinamarca y en Suecia*, 1839.

senio, además de los monumentos que habia recogido, concibió la idea de cincuenta dramas para uso de la juventud, pero no escribió más que cinco.

Hedrœus (-1659) fundó un observatorio; se comenzó en tiempo de Cárlos IX á medir trigonométricamente el reino, y Andrés Burœus hizo en 1626 la primera carta, en atencion á que no puede contarse la de Olao Magno. La medicina no consistia más que en recetas empíricas y charlatanismo; la legislacion de gran sencillez no reclamaba mucho saber.

CAPÍTULO XLII

LITERATURA INGLESA.

Así como en tiempo de Maria Tudor la devocion prevaleció en Inglaterra, en el de Isabel fué el furor mitológico. Ya no hubo banquetes, cacerias, amores sin intervencion de los dioses. Cuando Shakspeare degollaba toros en la carniceria de su padre, los coronaba como en los antiguos sacrificios, y pronunciaba un discurso. Continuóse estudiando á los italianos, que Chaucer habia dado á conocer. Juan Harrington tradujo el Ariosto. Carew el Tasso, y después de él Fairfax. Enrique Howard, conde de Surrey, celoso partidario de Petrarca, cantaba por todas partes á Geraldina, rompió algunas lanzas en Florencia en honor de la Hermosa de las hermosas, y concluyó por ser enviado al suplicio por Enrique VIII (1547), que no perdonaba, ni á los locos ni á los cuerdos. Tanto él como Wyat dieron mejor forma á los versos, modificando la antigua costumbre con arreglo á la de Petrarca.

Las versiones de los griegos y de los latinos se multiplicaron tambien. Isabel comentó á Platon, y tradujo á Eurípides, á Isócrates y á Horacio; «leia más latin en un dia, que ciertos prebendados en una semana;» y Harrison añade: «Los que van á la corte ven por todas partes libros, oyen controversias literarias en cualquier punto, y se creen más bien en una academia, que en la morada de la política y de la diplomacia.»

Sea como se quiera la admiracion hácia los extranjeros no consolidó la tirania de las reglas, ni sofocó el espíritu nacional. Felipe Sidney, guerrero y viajero, mezcla en su *Arcadia*, obra en prosa poética, cosas de gusto y aventuras romancescas, á las cuales era muy inclinado. Tomás Sackville concibió la idea de coleccionar los acontecimientos trágicos de su pais, descritos en sucesivos monólogos (*Mirour of magistrates*), pero no terminó más que la vida de Enrique Buckingham, obra muy rica en poesia.

Spencer, 1553-99.—El renacimiento de la literatura inglesa es atribuido á Edmundo Spencer, favorito de Sidney: tomó de los clásicos, y principalmente de los italianos, las refinadas formas; su época le inspiró gusto á las alegorias que supo hacer menos fastidiosas con un sentimiento esquisito de lo bello, gran riqueza de imaginacion y limpieza de colorido. Gloriana, *reina de las hadas*, en la época de la fiesta que daba todos los años en su palacio encantado, y que duraba doce dias, encarga á doce caballeros, cuyos nombres se sacan á la suerte, hacer justicia á las quejas de sus súbditos. Cada uno de aquellos caballeros representa una virtud; Isabel está simbolizada en el personaje de la reina de las hadas, Sidney en el de Arturo. De aquí nacen doce leyendas de doce cantos, de las cuales cada una contiene de cuarenta á sesenta octavas. No puede alabarse el plan, aunque es imposible formarse una idea completa de él, no habiéndose publicado más que la mitad. El primer canto es con mucho el mejor; y el cristianismo militante, que está representado en él por el caballero de la cruz roja, es salvado, gracias á la virgen única, es decir, á la verdadera Iglesia, de los lazos seductores de la engañosa Duessa, que representa el papismo, con ayuda de la Fe, la Esperanza y la Caridad.

Los ingleses comparan Spencer al Ariosto. En efecto, uno y otro han cantado los amores, las cortesanias y adulado á los príncipes; Isabel era un individuo poético, de distinta manera que los pequeños señores de Este; pero el poeta italiano tenia que habérselas en una lengua ya adulta, lo que hizo con habilidad sin igual. La lengua en que Spencer tuvo que escribir, tartamu-

deaba aun; y en vano trató de darle cierto aire arcaico. Si es superior á Ariosto en invencion, en fuerza y en variedad de caractéres, en profundidad de ideas, en riqueza de imaginacion y en vigor de concepcion, le escede en mucho, en vivacidad, en facilidad y en elegancia. Cuando en Ariosto la máquina de la magia es la parte menos á propósito para agradar, ¿qué será en Spencer, en quien no es un simple adorno, sino el fondo del poema? El Ariosto procede caprichosamente, sin plan determinado, riéndose de sí mismo y de su asunto: hombre de su siglo, no cree en las fábulas, ni á veces en la verdad; ama la risa y los placeres. Spencer no se atreve, después de Lutero y Cranmer, á aceptar que cree seriamente en la caballería; trata con gravedad las intenciones más frívolas, y parece querer distraerse con la realidad de un mundo loco y vicioso, refugiándose en una region ideal, de virtud y elevada moral.

Tanto uno como otro han sido ensalzados hasta las nubes, y un crítico moderno dice del poeta inglés: «El campo de su imaginacion era ilimitado y florido; introdujo en la poesía inglesa la armonía, y la hizo más viva, más tierna, más magnífica en la descripcion que lo que lo habia sido antes de él, y que lo que fué después. Es verdad que sus descripciones no revelan el poder de pincel, el toque magistral que forman el carácter de los grandes poetas; pero no se encontrarán en otras partes imágenes más vaporosas y desarrolladas que estas visiones que se forman en el ánimo del poeta, ni mayor dulzura de sentimientos, ó una paleta más rica que la de aquel Rubens. Su imaginacion sale de su cauce, y se estiende hasta los menores detalles, como un vigoroso terreno que comunica la frescura y la vida hasta la estremidad de las hojas que nutre. Considerando á este poema en su conjunto, se siente no encontrar en él el agrado que resulta de la fuerza, de la simetría de las proporciones, de una marcha rápida é interesante; pues, aunque el autor no ha completado su plan, es fácil conocer que la adicion de varios cantos no le hubiera simplificado.» (1)

Las poesías pastorales estaban entonces en uso, y Spencer hizo en este género el *Calendario de los pastores*, compuesto de una égloga por meses, en la que se encontró más naturalidad que la que por lo comun se usaba. Su propio epitalamio es de un sentimiento tan verdadero, que escede tal vez á todo lo que se ha producido en este género.

Entre los diferentes poetas líricos que han cantado en el reinado de Isabel, no vacilamos en conceder la palma á los autores anónimos de las baladas inglesas, y aun más á los de las baladas escocesas; David Lindsay, uno de estos últimos, que era partidario de Knox, aunque inclinado á la alegoría, brilla sobre todo por un candor original, un verso fácil y el conocimiento del corazon humano.

Los imitadores de Spencer exageraron sus defectos, como se ve principalmente en Fineo y Gil Fletcher; después la escuela alegórica pereció cuando los ingleses se hicieron doctos, pensadores, aficionados á las sentencias graves y concisas, ó agudos por relaciones nuevas é ingeniosas, que hacen estimar al hombre aun cuando no se admire al escritor. De estas dos disposiciones resultaron dos escuelas, que ambas tomaron más bien por guia la razon que la imaginacion. Al frente de la primera se encontraba Juan Davies, autor del poema *Nosce te ipsum*; el otro tuvo por jefes á Fulk Greville, y á lord Brooke protector de Giordano Bruno, pensadores profundos, pero oscuros.

Otros se dedicaron á la poesía razonadora producida por la situacion del país; algunos, aun más metafísicos, procuraron el tono sentencioso y nuevos giros de idea. Entre estos últimos, el más antiguo es Donne, el más célebre Cowley (1647), que dió á luz en su *Antiga* una série de poesías amorosas, llenas de argucias y juegos de palabras; pero mejoró la oda é introdujo el entusiasmo en la poesía.

Entre los poetas históricos, Samuel Daniel (1562-1619) cantó las guerras civiles de York y de Lancaster; su estilo es puro, su narracion sencilla, pero árida. La sublevacion de Mortimer es el asunto del poema de Miguel Drayton, titulado *Baron's ware*; en el *Polyalbion*, describe la Inglaterra en treinta mil versos alejandrinos acoplados, cuyo estilo es mediano, pero su lenguaje enérgico y claro.

La prosa, desarrollada ya, se mejoró notablemente, no descuidando á veces la buena espresion, enérgica y viva, y esquivando la fraseología convencional, á pesar de que era todavía defectuosa en los períodos, y propensa á caer en frecuentes latinismos. Con motivo de haberse difundido la Biblia y convertídose en comun su lenguaje, especialmente entre los puritanos, quedaron en el estilo muchas huellas suyas, alusiones, frases y proverbios. Walter Raleigh ha hecho que su *Historia del mundo* sea muy fastidiosa por sus digresiones sobre el Paraíso terrenal, los viajes de Caín y otras cosas semejantes, aun cuando esté amenizada con reflexiones y episodios modernos. No llega más que á la segunda guerra de Macedonia, y sus continuadores han añadido á sus defectos la afectacion. La historia de Daniel, desde la conquista de Guillermo hasta Eduardo III, está escrita en lenguaje de corte, con pureza y sin frases; al paso que Bacon se manifestó ampuloso y amanerado en la Historia de Enrique VII.

Eufuismo.—Lilly echó á perder todo lo bueno que habia con su *Historia de Eufus*, jóven ateniense que finge haber vivido en Nápoles y en Inglaterra. Rechazando toda sencillez, Lilly no procede sino por antítesis, juegos de palabras y afectacion, prodigando sus esfuerzos sin conseguir nada. Idolo de la corte de Isabel, llegó á ser el modelo del

(1) CAMPBELL, *Specimens of the British Poets*, t. I, página 125.

buen género. No hubo dama que quisiese hablar sin eufuismo, lo que hizo que su escuela, comparable á las de Góngora y Marini, se introdujese en la vida íntima y en la conversacion.

La gloria de la literatura inglesa es el teatro. Nacido, como en otras partes de los misterios (2), cuando cayó en manos de los escritores no tuvo regentes que los sujetasen á reglas, por cuya razon se conservó romántico (1551). La *Aguja de Mamá Gurton*, que es la comedia más antigua, y cuyo autor no se conoce, tiene gran vivacidad cómica aunque baja y obscena; es superior al *Gorboduc* de Tomás Sackville, tragedia escrita segun las reglas. El *Fausto*, de Cristóbal Marlowe, en el que desarrolla esta idea del Eclesiastes que «mucha ciencia produce mucho mal,» es superior á todas las producciones contemporáneas. Después de haber recapitulado el doctor Fausto todas las ciencias, no encontrando nada que le explique el enigma de los destinos humanos, recurre á la magia; ve aparecer ante él al ángel y al demonio, el uno que quiere que no profundice demasiado, y el otro que le anima con sus promesas. Bellos destellos de poesía brillan en diferentes puntos de su obra. Fausto pregunta á Mefistófeles como siendo el infierno un castigo, le ha sido posible salir de él; y el espíritu maligno le contesta: «No he salido. Para nosotros el infierno está en todas partes. ¿Crees que para espíritus creados para el cielo, nacidos de una perfeccion que han repudiado, haya mayor suplicio que pensar en la felicidad celestial, y verse privado de ella para siempre? Esta es una idea que escede á los más crueles suplicios.»

Ha llegado el último dia de Fausto; sólo le faltaba una hora para cumplirse el término convenido con el diablo para entregarle su alma, y el minutero del reloj adelanta: terrible situacion de que el poeta inglés ha sabido sacar gran partido, presentando el combate de Fausto entre la belleza del mundo, tanto más seductora en el momento de despedirse de él, cuantos más sufrimientos le esperan en la eternidad. «Una hora sólo de vida, ¡condenado después para siempre! ¡Deteneos celestiales esferas! ¡Tiempo, suspende tu curso! ¡no llegue la media noche! ¡Oh naturaleza, presenta tu pompa y concédeme un eterno dia! ¡Haz al menos que esta hora se convierta en un año, en un mes, en una semana, al menos en un dia, y que tenga tiempo de arrepentirme! Pero las esferas celestes se adelantan, el tiempo vuela, la hora va á sonar. ¿Dónde huir? ¿Dónde ocultarme? En el cielo tengo marcada la senda con la sangre del Redentor; una sola gota de esta sangre bastaria para salvarme; pero un brazo vengador me rechaza. Montes, ponedme á cubierto de la cólera del cielo! Tierra, ¡ábrete y sepúltame! ¡Estrellas que presidisteis á mi nacimiento, que me habeis conducido á la muerte, al infierno, haced que mi cuerpo se evapore!» Durante este tiempo el reloj adelanta á vista del auditorio: «¡Ya ha pasado media hora, y la otra pasará en un momento! ¡Gran Dios, si mi alma debe sufrir la terrible sentencia, fija un término á sus penas! Mil años, cien mil, si lo quieres: ¡mas preséntame entonces la salvacion..! ¡Pero la eternidad! ¿Por qué haberme concedido un alma? ¿Para qué hacerla inmortal? ¡Malditos sean los que me han engendrado! ¡maldito sea yo mismo! ¡maldito Lucifer! ¡Ah! ¡Llega la hora! ¡Perdon, perdon! ¡Aun un momento! ¡Misericordia!»

Goëthe no ha hecho nada mejor.

Cuesta trabajo creer lo que eran entonces los teatros. Habia asientos dispuestos en la escena, no sólo para los actores, sino para los elegantes, los grandes talentos, los aficionados, detrás de quienes estaban sus pages con pipas y tabaco. Otros espectadores ocupaban los palcos en el fondo de la escena; el piso estaba cubierto de junco; sólo una balaustrada, y á veces una simple cortina separaba la escena de la platea, en el que se conversaba, jugaba, fumaba, vendia, bebia y comia. Los actores no tenian trajes apropiados á su carácter; las Desdémonas y las Julietas eran hombres. A veces el mismo autor desempeñaba varios papeles. Leíase en un cartel: *Estamos en Roma, ó en Lóndres;* un sonido de trompetas anunciaba la entrada de un príncipe; algunas veces un hombre vestido de blanco debia figurar la pared; en fin un atrevido cinismo presidia á la eleccion y al desarrollo del asunto.

Felipe Sidney, que habia visto la magnificencia de los teatros de Italia, describia del modo siguiente la tosquedad de los espectáculos ingleses: «Nuestras tragedias y comedias no observan las reglas de la cortesía honrada ni las del arte poético. Vereis en ellas por una parte el Asia, por otra el África, y muchos reinos en que el actor se ve precisado, al llegar, á dar á conocer al principio de un discurso en qué punto se encuentra; de otra manera, ninguna inteligencia humana podria darse cuenta del hecho. Se ven á tres damas coger flores, y preciso es que saqueis en consecuencia que aquel sitio representa un jardin. A veces se oye la relacion de un naufragio sucedido en aquel mismo paraje; y á menos de ser muy tontos, no puede dejar de conocerse que es un escollo. Un mónstruo horrible sale del fondo vomitando fuego y humo; los desgraciados espectadores deben considerar aquello una caverna. Al mismo tiempo, dos ejércitos que emprenden la fuga están representados por cuatro espadas y cuatro escudos: par diez que deberá creerse que el lugar de la accion es un campo. A veces un hermoso príncipe y una encantadora princesa se abrazan de amor; después de muchas desgracias, la joven se encuentra en cinta y da á luz un niño; éste se estravia ó se pierde, llega á ser hombre, arde tambien en amor, y está á

(2) En el concilio de Constanza los prelados ingleses divirtieron mucho la asamblea, representando un drama en latin sobre un asunto sagrado.

punto de engendrar otro hijo; todo en el espacio de dos horas. Los que posean algun buen sentido, pueden facilmente conocer cuán absurdos son estos dramas.» (3)

Los dramaturgos más aplaudidos recibian seis libras y media inglesas por cada composicion, sin derecho de propiedad, y á veces obtenian el beneficio de la tercera representacion. Si se reservaban el manuscrito, podian vender la obra á razon de doce sueldos el ejemplar; tenian además el recurso de añadirle un prefacio laudatorio, por el cual pagaba el Mecenas catorce chelines. Este envilecimiento tal vez contribuyó á salvar el arte dramático inglés de la atencion de los pedantes que le hubieran dado la regularidad y la muerte, al paso que la necesidad de satisfacer la insaciable curiosidad de todas las clases le elevó á una atrevida independencia y por ella hasta lo sublime.

Shakspeare, 1564-1616.—Con tan pobres recursos es como labró su carrera el mayor poeta dramático de la época moderna: un *tal* Guillermo Shakspeare en quien todo es incierto, escepto su inmenso genio, al contraste entre una alma que se conoce haber nacido soberana y una existencia íntima, ocupaciones bajas y costumbres tal vez más bajas aun. No se debe buscar en sus dramas moralidad en el sentido usual de esta palabra, ni fidelidad histórica y geográfica; carecen de artificio, intriga y refinamiento de esposicion; con frecuencia groseras chanzas turban la emocion trágica; construcciones viciosas, juegos de palabras, ambigüedades, una diccion oscurecida con espresiones nuevas ó anticuadas ofrecen pasto suficiente á la griteria de la crítica y dan un mentís á Drake y á otros modernos, que llegan hasta no admitir en él ningun defecto. Probablemente Shakspeare no conocia nada de los trágicos griegos ni aun su nombre: la libre originalidad de los misterios habia acostumbrado á frecuentes cambios de escena, á una duracion muy larga, y el cuadro de toda una vida. Como no se usaban decoraciones, era preciso confiarse enteramente á la imaginacion del espectador.

Concebir el drama para otra cosa que para el teatro es un error moderno; pues su esencia consiste en la popularidad. Ahora bien, Shakspeare no se inquietaba ni del atento lector ni del pedante sentado delante de su pupitre: no pensaba que le objetasen que en tiempo de Hamlet no existia la universidad de Heidelberg; que en el siglo de Teseo no se enviaban á las doncellas al convento; que no ha habido nunca en Milan ningun duque Antonio, y que no arriban barcos á Bohemia. Calculaba el efecto que habia de producir en los espectadores; sabia, no por reflexion, sino por instinto, que no tener faltas pertenece á los talentos medianos, y que el genio rescata las suyas con más grandes bellezas.

Ningun poeta las posee superiores á Shakspeare; ninguno, de cualquiera nacion que sea, se acerca á él en el poder creador, en el vigor y en la variedad de imaginacion, en la riqueza del colorido, en la descripcion de todas las edades, de todos los tiempos y de todas las clases. Si la vida consiste en sentir, nadie la ofrece más que él en toda su plenitud. En su tiempo, la Edad Media se encontraba sepultada bajo las ruinas acumuladas por la reforma, de que la época moderna no se habia aun libertado; la duda habia conmovido las creencias, y enseñado á dirigir una mirada escrutadora sobre los hombres y las cosas. Pero, en el momento en que Bacon revelaba la fuerza de la razon, aun se creia en las ciencias ocultas. Los mercaderes eran pequeños reyes; los médicos, los caballeros, los servidores se distinguian por sus trajes y por su educacion y lenguaje. Los señores ingleses hacian apalear á los criados de quienes estaban descontentos. Miraban las luchas á puñadas como un noble ejercicio del cuerpo: los bufones eran la diversion de la corte y de los palacios, así como el rey de los locos, el abate del desorden, con su cortejo de carnaval, eran las delicias del vulgo: el que queria dar una gran prueba de amor, bebia azufre con vino, se cortaba los dedos ó hacia otras cosas peores. Las fiestas y los banquetes, restos de las solemnidades de la Edad Media, se renovaban con frecuencia, y reyes y cortesanos se trasformaban en pastores para danzar en bailecillos.

Todo se encontraba, pues, entonces mezclado como en las épocas de transicion: las recientes creencias de un pasado aun no destruido; un despotismo feroz; un feudalismo que sobrevivia en caballeros llenos de dureza; la antigua groseria asociada á una cortesania nueva, llena de tosquedad, las imperfectas comodidades de la vida y las sublimes osadias lanzándose al descubrimiento de un nuevo mundo físico é intelectual; las ingenuidades de la literatura nacional y las imitaciones de las bellezas clásicas, de las bufonadas italianas y españolas; en fin, la Biblia convertida en libro de todos, y con ella la viva balada y la rosa pastoral. Grandes acontecimientos alentaban las imaginaciones vírgenes. Veia aquel siglo los feroces apostolados de Enrique VIII y Felipe II, la inquisicion de Torquemada y la de Isabel: la matanza de los protestantes en París y de los católicos en Irlanda; el cadalso de la reina de Escocia y el suplicio de los insurreccionados flamencos; la humillacion de Portugal y la exaltacion de la Holanda. Al mismo tiempo renacian las artes, y la filosofía triunfaba de las supersticiones: cada dia nuevos prodigios de artes é industrias, nuevas tierras que surgian del mar á la voz de los intrépidos Jasones. En medio del trastorno de las costumbres y de las ciencias salen los hombres del carril por el que cada uno, en tiempos tranquilos, parece desde la cuna destinado á caminar, y revelan cualidades que permanecen ocultas como la chispa en el seno del metal, si el choque de la piedra no la produce.

En medio de semejante espectáculo, Shakspeare,

(3) *Defence of poesy.*

conciencia viva de la humanidad, concentraba en sí mismo todas las impresiones que sufria, sus virtudes, sus crímenes, sus ridiculeces, sus vicios, sus odios y sus simpatías, sus recuerdos y sus presentimientos, sus desalientos y sus esperanzas, las congojas de una imaginacion inquieta y vacilante, los arranques de las pasiones humanas en todos los grados y en todas las épocas, desde la ingénua infancia, hasta la vejez doblegada por el peso de los años. De esta manera ofreció el hombre tal como le veia, pero, mientras que Dante le describió oculto en las profundidades misteriosas de lo infinito, Shakspeare le presenta á las miradas comprometido en circunstancias sensibles, combinando, mezclando cada cosa como en la vida real, la magnanimidad á las debilidades, lo serio á la ironía; y observando con una inteligencia tranquila sin identificarse á lo que veia, conserva la mezcla de bueno y malo, de grandeza y bajeza, de luz y tinieblas, que constituye al hombre. Si el objeto del arte fuera describir la vida presente tal como es, es decir, un enigma, sin dirigir una mirada al porvenir, que es el único que esplica los misterios y les da una significacion, no hay duda que hubiera llegado al colmo del arte; mas con respecto á la existencia terrestre y á la libre poesia de la vida, nadie debe lisonjearse de sobrepujar esta epopeya, cuyo héroe es el hombre arrojado con sus pasiones en la sociedad, sin dirigir su mirada al cielo. ¿Podia hacer más Shakspeare cuando no pertenecia á ninguna religion?

Cuéntanse hasta setecientos personajes creados por Shakspeare, y todos, hasta aquellos que no hacen más que presentarse, tienen un carácter y un modo de obrar que les es propio; siempre copiados del natural, no son abstracciones personificadas, y ofrecen la justá medida de lo natural y de lo ideal, que hace que los héroes pertenezcan á todos los tiempos y á todos los lugares. Así es, que mientras que otros describen tal ó cual individuo, Shakspeare hace vivir á los hombres, y varios caractéres que ha creado han permanecido como tipos. Si los saca de la historia, no adula ni calumnia; no hace mónstruos ni héroes, sino hombres, y tales como los habia producido el siglo que habia precedido al suyo, grandes sin moralidad, valerosos sin justicia, generosos sin reflexion, magnánimos y bárbaros. Causa admiracion este olvido de sí mismo y de su siglo, para considerarse juez imparcial del hombre y de sus actos; sin disimular una debilidad en los fuertes, un defecto en las personas virtuosas, y aparece estraño á las pasiones que animan y dan movimiento á sus actores.

El teatro parecia una carniceria: veíase sobre el escenario desgarrar á uno, ahorcar á otro, una madre que se comia á sus hijos, y un negro quemarse sobre los muchos cadáveres de personas á quienes habia quitado la vida; tales eran las situaciones, marchando en un todo de acuerdo las declamaciones. Shakspeare ridiculizó con frecuencia estos escesos, y él á quien nosotros encontramos á veces feroz, fué llamado el tierno por sus contemporáneos. Sus poesias líricas prueban cuánto abundaba en delicadeza de sentimientos; pero en el drama se creia obligado á describir la naturaleza humana sin adularla, de tal manera, que se creeria que era una sátira continua, aunque rara vez se abandone á arranques de patriotismo, filantropia y ardiente amor. Observa, pues, con imparcialidad, describe con una perspicacia severa é inflexible; no juzga, no tiene que probar doctrinas, ni teorias que sostener: sin aparecer él mismo, sin endoctrinarse, deja al espectador aprovecharse de sus lecciones, y hace consistir el arte en darle de esta manera su propia penetracion. Hay momentos en los que se encuentra algo de atroz en este análisis del corazon; en la terrible anatomia de la especie humana, que preside una sagacidad fria é irónica, que no conoce perdon ni piedad; pero la vida no puede presentarse sino bajo un aspecto frio é irónico al que la considera sin caridad ni fe.

De esta manera es cómo llega á poner á la vista las pasiones, cualquiera que sea su variedad, dejando adivinar con una palabra los combates interiores, las encarnizadas luchas entre las pasiones y el carácter, entre el deseo y la fortuna. No son las exageradas pasiones gigantes ya al correrse el telon, crecen punto por punto mientras dura indefinidamente la representacion.

Nunca rebajó ni empequeñeció á sus personajes por acceder á las exigencias, consideracion del teatro ó de los actores; el tiempo es siempre corto para la imaginacion, cuando está llena de acontecimientos. Tomando por asunto la naturaleza humana esencialmente una y variada hasta lo infinito; no tratando un hecho particular como los griegos, sino reproduciendo enteramente al hombre, Shakspeare debia libertarse de toda traba, y sustituir á la unidad artística la variedad espiritual de la vida con su unidad compleja. No se debe, pues, examinar en él las condiciones del arte poético, sino la ciencia íntima del corazon humano; no el encadenamiento de las escenas y la manera de producir el desenlace, sino la marcha de la pasion, la involuntaria revelacion de sus ocultos síntomas. Ni creamos por esto en su pretendida ignorancia; pues las escenas, aun cuando parecen seguirse al acaso, se unen unas á otras. Cuando se considera el conjunto, se conoce el motivo de cada una de ellas y su convergencia hace un objeto, de tal manera, que no se podria suprimir una sin perder alguna belleza. Sabemos además con seguridad que leia á Montaigne y á Plutarco traducido por Tomás North, de quien pone trozos enteros en boca de sus personajes, así como de Bartas, Ariosto, Tasso y varios viajeros. Corregia detenidamente sus propias producciones; el *Hamlet* lo rehizo tres veces; hizo nuevamente tambien el *Otelo*, y al *Rey Lear* le aumentó una tercera parte después de la primera representacion.

En Esquilo, el destino es el que determina las acciones; Calderon abre la vida futura para mos-

trar en ella la solucion de los poblemas de ésta; Voltaire anima á sus actores con sus propios sentimientos; Alfieri hace decir á héroes vestidos á la griega, sentencias de los filósofos de su siglo; Shakspeare presenta al hombre desnudo, y encuentra en él solo, en sus fuerzas, en sus sentimientos, el motivo de sus acciones y acontecimientos; nótanse las consecuencias, y el autor inicia en los hechos y en los sentimientos que las han producido. Esta es la razon por la que Goëthe compara los personajes de Shakspeare á los relojes trasparentes, que, además de indicar las horas, permiten ver su mecanismo interior. Macbeth ha asesinado, encuéntrase destrozado por remordimientos; Ricardo II languidece en su prision, porque ha sido débil en el trono. En *Ricardo III* se ve de qué manera se obtiene y se conserva el juguete mánico y peligroso que se llama poder, y como se pierde por sus propias culpas. Shakspeare os traslada después á la cabecera de un rey que ve escapársele todo, recordando que todo lo ha podido; sus ojos se cierran por un momento, y al volverlos á abrir ve á su jóven sucesor que se ha apresurado á colocar en su cabeza la corona arrebatada de la almohada en que lucha con su agonia. ¡Cuántas conjuraciones de ambiciosos y caidas de reyes no se han puesto en escena! ¿pero dónde se ha visto nunca nada mejor representado que los errores de un rey débil, y sin embargo despótico, como en *Ricardo II*, que aspirando siempre á mayor poder, se precipita en el abismo? ¿dónde se ha visto mejor el arte del ambicioso en el carácter de Bolingbroke que sabe prever, aguardar y aprovecharse de la ocasion, unir la bajeza á la temeridad, la prudencia al valor, zapar el trono con ayuda de la opinion que le sirve para elevarse él mismo, asociar á su causa los intereses y los temores de todos? Conoce el momento preciso en que conviene convertir la disfrazada sumision en oposicion abierta, y al momento la escena cambia; un secreto terror inspirado por Bolingbroke hace concebir hácia el rey una lástima que sin embargo, no está mezclada de respeto, porque ha merecido su desgracia y no sabe soportarla con dignidad.

Es cierto que en las vicisitudes humanas ocurren casos que no se pueden esplicar sino por la casualidad, y éstas no son raras en Shakspeare. Tal es la catástrofe de *Romeo* y *Julieta*; y estos acontecimientos son más frecuentes en los dramas en que se trasladan á épocas anteriores al cristianismo. Se encuentra en Macbeth algo de la antigua fatalidad. Las hechicerias le sugirieron el asesinato en medio de la exaltacion de la gloria; los acontecimientos le impulsan á él; es perseguido por los remordimientos que habia previsto, y que no disminuyen la grandeza de su carácter. La aparicion de lady Macbeth sonámbula y la del espectro de Banco, producen en medio del festin el mismo efecto que las Euménides en Esquilo.

Así como el terror domina estas composiciones, la conmiseracion es la que se respira en el *Rey Lear*, que es la obra más original de Shakspeare y la que menos se parece á la tragedia clásica. Es una concepcion admirable aquel rey, privado no sólo de la grandeza esterior, sino tambien de los dones de la naturaleza; que pobre y loco, es escarnecido por sus hijas á ¡quien todo lo ha abandonado. En un principio se muestra abyecto, débil, egoista; después la opresion contra la naturaleza que sufre, le anima hasta escitar vivamente la compasion; delira, no con absurdos arranques sino por grados: su poder intelectual saca energia de los injustos sufrimientos; aunque caido en la infancia, es irascible, ¡y qué conmiseracion no inspira aquel ser desgraciado, á quien no queda otra facultad que la de amar y sufrir! El *Timon* ofrece tambien la descripcion de una generosidad fomentada por una vana ostentacion más bien que por el amor ajeno, un favor estimulado por la ingratitud, poderes que duermen en el fondo del alma hasta que la rabia llega á desarrollarlos; pero la ingratitud de las hijas del *Rey Lear* afecta mucho más que la prevista de las Sicofantas de Atenas, y los caractéres son admirablemente perversos ó angelicales, como el de Cordelia, al paso que en el *Timon* tienen poco relieve (4). ¡Con qué habilidad describe la misma mano, la frivolidad asociada á la grandeza en Enrique IV y en Horspur!

Shakspeare se convierte en el representante de la libertad moral en algunos dramas en que inquiere al hombre, las condiciones y las pasiones; llega á ser hombre político cuando pesa los hechos, sin escepcion de clases, categoria ni fortuna. Penetrando en el laberinto del corazon y en el de la sociedad, en que ve los móviles secretos y á veces frívolos de las empresas humanas, reprodujo las opiniones y juicios populares sobre las acciones de los reyes; y nunca otro ha reproducido al pueblo con tanta verdad, ora cuando se agita enfurecido, como en el motin de Jack Cade, ora cuando charla en el foro romano ó en la taberna inglesa.

La gloria de Shakspeare es haber dado al drama el sello nacional, de manera que ha identificado sus composiciones con el sentimiento del pais. Las diez piezas cuyo argumento está sacado de la historia de Inglaterra se dirigen á un mismo objeto. Ofrecen las causas aparentes y los móviles secretos, como en la realidad; se encuentra en ellas una revelacion completa de las pasiones políticas y de la embriaguez tumultuosa de la muchedumbre, que cansada de verse envilecida en las hondonadas, se insurrecciona contra los que están en las cimas. Se ven aparecer principalmente los abusos del poder, los peligros de una autoridad ilimitada, igualmente funesta á los que la ejercen que á los que la sufren;

---

(4) El *Rey Lear* y *Timon* están tomados de dramas más antiguos.

lo cual era un nuevo título para hacer queridas de los ingleses las composiciones de Shakspeare.

Si en efecto no careció de educacion pero le faltó la erudicion, no debe menos admirarse que haya llegado á fuerza de genio á conocer y revelar los tiempos antiguos, como con dificultad lo consigue el laborioso saber. Hay en el *Julio César*, á pesar de la falta de unidad y el poco vigor de los caractéres femeninos, escenas verdaderamente maravillosas. El *Bruto* es una descripcion inimitable de las conmociones populares, y no conocemos trozo de elocuencia comparable á la arenga de Antonio. La unidad dramática era inherente en el argumento de *Coriolano;* pero donde un autor trágico comun hubiera ostentado complacientemente el heroismo popular, las declamaciones simpáticas de las tribunas, las animadas luchas del patriotismo de la plebe y los patricios, Shakspeare ha reconocido que no era posible hacer soportable la arrogancia del Coriolano, sino envileciendo el populacho, y representándole tal como se le veia en Lóndres, y no como el liberalismo quiere figurárselo. Hay menos bellezas en *Antonio y Cleopatra*, pero más genio en la accion tan magnífica del rival de Augusto y en el carácter tan notable de Cleopatra. Si los hechos esteriores no se comprenden bien, la culpa pertenece á la imperfecta relacion de Plutarco, que es el único autor que ha consultado. Causa admiracion el arte con que atrae á un centro dado todos los episodios, el interés que despierta con las reseñas progresivas de los hechos, el epílogo conciso, y el fácil desarrollo que hace de la historia. Cleopatra, mezcla de altivez oriental, de vanidad y de amor, de voluptuosidad y de inconstancia, no puede convenir á otro amante sino á Antonio, que tambien lucha entre la ambicion y el amor de los placeres; el temor del vituperio y las seducciones de una dama, y que tan pronto es héroe como niño. En este último ha encontrado Shakspeare todo el interés, por lo que aparece á mayor altura que el Antonio de la historia; pero en cambio, no se deja deslumbrar por los elogios que ésta prodiga á Octavio, cuya egoista y mezquina indiferencia retrata fielmente.

Pero en sus dramas históricos, los accidentes tienen menos importancia que el desarrollo de los caracteres, y en vano se buscaria un desenlace brillante. No hay tampoco intriga en la segunda parte de Enrique IV. Las obras maestras de Shakspeare son los dramas fundados en el desarrollo de una idea, como el Macbeth con sus vagas melancolías, y su vacilante moral, verdadera epopeya y sublime esfuerzo del genio; como el *Hamlet*, donde se presenta desnuda la úlcera de nuestros siglos modernos, la mania de analizar y quererlo conocer todo, llevada hasta el punto de paralizar la accion; la ha personificado en el Hamlet, que soñando siempre no obra nunca, y perdido en la indagacion de las causas, repudia las afecciones y destroza los corazones apasionados. Semejante carácter no podia haberse adivinado antes del protestantismo; y la grande imaginacion de Shakspeare debia complacerse en esparcirse por campos tan vastos, y sin embargo, no divagar, no evocando fantasmas sino dando vida á séres verdaderos, poniendo en ellos pensamientos y palabras que verdaderamente deben tener, siguiendo las grandes mudanzas de la fortuna, del mismo modo que las ofrece la historia, y despojándolos del poder del destino que los domina en los antiguos. Los que han establecido métodos con los cuales y por los cuales solamente es lícito tener genio, se lamentaron de que faltase al arte, como ellos lo entienden, no el de escitar las pasiones, el terror, ni la piedad, de pintar con exactitud los caractéres y las situaciones en armonia con las facultades; el arte, en fin, de hacer dramas, no para la escuela, ni para los críticos, sino para el teatro. Es grande sobre todo su modo de saber escoger los hombres en cualquiera parte que sea, é imprimir las fisonomias propias, bien sean contemporáneos suyos ó de veinte siglos antes, adornándoles con aquellas cosas del cielo y de la tierra, como él dice, que no sabrian imaginarse en las escuelas de filosofia (5).

Las obras de Shakspeare no son, propiamente hablando, ni tragedias ni comedias; pero así como en las más pinta al hombre en medio de los reveses, así tambien en las otras le presenta por el lado de sus defectos, y poniendo á éstos en relieve. Manifiéstase gran cómico en las *Alegres comadres de Vindsor* (6); pieza hecha para agradar á Isabel, que preciosa y devota como era, queria ver enamorado á Falstaff. La intriga es débil, pero el dibujo lleno de natural, abundando en ella el talento. Pintó tambien en ella la sociedad de su época, y la juventud de provincia en un tiempo en que no habia periódicos, en que las comunicaciones eran raras, lo que hacia que fuese poco elegante, y estuviese embarazada cuando se encontraba delante de personas bien educadas, avara de groseras diversiones, y orgullosa con tener que alabar hazañas de que se mofaria la ciudad; juventud siempre animosa y de buen natural. En el *Mercader de Venecia* la complicacion no priva de nada; la verosimilitud y los caractéres son muy variados. En otras varias de sus piezas, su filosofia meditativa, se hallaba llena de trabas por la necesidad de espresarse con claridad, sin poder siempre conseguirlo.

Algunas veces el hombre de razon severa da rienda suelta á su imaginacion. Conociendo la inclinacion del pueblo hácia lo maravilloso, le regala algunas producciones fantásticas, sacadas de las creencias aun vivas de los magos y de los sortilegios, concepciones estravagantes y á veces vanas;

---

(5) *There are more things in heaven and earth,*
Than all dream re of in our philosophy.

(6) El asunto está tomado de *Pecorone*, así como el de *Cymbelina* de Bocacio, *Otelo* de Giraldi Cinthio, el *Romeo* de Luis da Porto, y otros varios cuyo orígen es tambien italiano.

pero tambien á veces obras brillantes del genio ó descripciones claras de la frivolidad de la vida, en las que revela las locuras del hombre y las rarezas del amor, que trata siempre con ligereza. Los sueños de la hechiceria adquieren un aspecto desusado en el *Sueño de una noche de verano*, que además de estar muy bien escrito, á diferencia de *Julieta y Romeo*, en el que se abandona al sentido sentencioso, fuese porque quisiera mofarse del mal gusto de la época ó por querer conformarse á él. Y sin embargo, aun en éste, si se fija la atencion, el conocimiento del hombre es superior á la imaginacion, y lo que domina en él es una idea irónica y profunda.

De esta manera fué como Shakspeare llegó á ser rey de la escena, y pronto preferido á sus rivales. Se le apellidó la *lengua de miel*. Isabel le honraba con su favor, y se dignaba darle consejos que debieron con frecuencia poner plomo en las alas de su genio. Pero apenas llegó á la edad de cuarenta y siete años, cuando lleno aun del vigor que acababa de manifestar en *Otelo* y la *Tempestad*, abandonó sus triunfos y se retiró á la soledad que siempre habia amado. Parece de todos modos, que no le fué dado gozar mucho tiempo de sus dulzuras preferidas por él al ruido de la gloria.

Incita á la risa, y al mismo tiempo á la cólera, el leer los comentarios de que sus poemas fueron pronto objeto, sin esceptuar tampoco el de Johnson, cuando se le ve tratado como un escolar por la presuncion magistral. El verdadero culto de Shakspeare comenzó cuando el cómico Garrick (1741-46) se identificó de tal manera con sus personajes, que los representó vivos y verdaderos al pueblo pensador, é hizo comprender de esta manera toda su grandeza. Un ministro que habia comprado la casa del gran poeta, habiendo derribado en 1769 una morera bajo la cual, decian, tenia costumbre de descansar, el pueblo se amotinó y no fué fácil apaciguarle. Garrick dispuso tres dias de penitencia pública.

El nombre de Shakspeare no habia llegado al extranjero. Entre los escritores contemporáneos ninguno le conoció. Boileau, que se dignó hablar con desprecio de Lope de Vega y de Calderon, ignora hasta el nombre de poeta inglés. Le Tourneur, que le tradujo con todas las modificaciones necesarias para hacer perdonar la originalidad, escitó un grave escándalo diciendo que la Francia podia aprender algo de la literatura inglesa. Voltaire, que habia aprendido á conocerle en Inglaterra, no pudo disimular una admiracion de artista; pero le tomó después aversion como rival de su gloria trágica, y concibió la esperanza de colmarle lo bastante de desprecio para que no llegasen á conocer lo que habia tomado de él. Resolvió en su consecuencia desterrarle del Parnaso, y declaró que el *Hamlet* era la obra de un aldeano borracho. La Harpe, como dócil discípulo, aumentó aquellas exageraciones. Ducis, que no sabia el inglés, y no conocia al poeta sino por estractos, tuvo que afrancesarlo para hacerle admitir en el teatro parisiense, antes de atreverse á proclamarle el genio más grande y más fecundo. No era posible en Italia, con la literatura estancada que se arrastra allí, comprender la variedad infinita y tumultuosa de las situaciones, de los sentimientos, de las imágenes en que abunda el teatro inglés: los elogios de Barretti no despertaron la curiosidad de considerarle. Alfieri, que debió, sin embargo, ver representar en Inglaterra algunas piezas de Shakspeare, no le comprendió; y hemos sido testigos del escándalo escitado la primera vez que se atrevieron á tributarle elogios; en la actualidad se necesita menos valor; por eso hay más franqueza, pero con frecuencia es sobre la palabra de otro.

A los estéticos alemanes es á los que Shakspeare es principalmente deudor de haber descubierto en sus obras exquisitas bellezas que habian permanecido ocultas hasta á sus compatriotas. Ahora bien, la libre carrera que la nueva escuela ha recorrido, no siguiendo sus huellas, sino sus indicaciones, ha demostrado cuán grande era, cuán superior es la concepcion espontánea á las inspiraciones buscadas de un arte refinado, cuando pone en escena á la naturaleza con caracteres medianos, con mezcla de sério y bufon, de sublime y trivial.

Los ingleses y los españoles han poseido, pues, un teatro romántico, enteramente independiente uno de otro, asemejándose, sin embargo, no sólo en la ausencia de las unidades y en la mezcla de lo trágico y lo cómico, sino tambien en el espíritu moderno que domina en él, en todo diferente del antiguo, y mucho más característico que lo que lo son las formas. Géneros heterogéneos se encuentran reunidos en ellos, como sucede en la vida ordinaria: el arte y la naturaleza, la poesia y la prosa, lo grave y lo burlesco, el recuerdo y el presentimiento, las ideas abstractas y las sensaciones se presentan allí simultánea y alternativamente.

Pero el teatro inglés principia con Shakspeare, y el español acaba con Calderon: Shakspeare es el poeta del pueblo observador y que piensa; los autores españoles, los de una nacion dominada por las pasiones y por la imaginacion; éstos representan al católico de fe viva y ardiente, que la misma seguridad tiene de las cosas invisibles que de las presentes; Shakspeare pasa del exámen á la duda; aquéllos se fundan en la variedad de sus sucesos, y el inglés en la variedad de los caracteres, todos verdaderos, cosa que jamás se habia proyectado. Los imitadores de Shakspeare se distinguen tambien en el arte de caracterizar originalmente los personajes, y de producir efecto; todos son distintos en importancia, pero todos notables por la sencillez, fuerza, buena fe, elevacion de ideas, y no se les ve sacrificados por una arbitraria austeridad. Son más nacionales que Shakspeare, pero menos *humanitarios;* nos presentan la vida inglesa de la época, la vida del pais en que el pueblo, la aristocracia, el comercio están en presencia unos de otros, sin chocarse, pero con su naturaleza propia,

enérgica é independiente, donde el teatro podia decirlo todo, manifestar tanto las inconveniencias como las ridiculeces.

Beaumont (1615) y Fletcher (1625), amigos y colaboradores, surgieron cuando declinaba Shakspeare, y nunca se vieron dos génios unirse más íntimamente. Son tan superiores á Shakspeare en el conocimiento de la escena, como inferiores en el de la naturaleza humana. Trataban de producir el efecto teatral, y mantener al oyente en espectativa. Se les considera como los fundadores de la comedia de intriga en Inglaterra; pero tomaron mucho de los españoles. Más de cincuenta composiciones se han publicado bajo sus dos nombres; una de las mejores es el *Hermano mayor*, descripcion de uno de aquellos talentos que ellos mismos se ignoran, y que despierta el amor; su *Pastora fiel*, imitacion de Guarini, que fué entonces muy popular en Inglaterra, tiene tambien mucha celebridad; es una mezcla de ingenuidad pura, de ternura, de indecencia, de absurdidez con estravagancias peores que el modelo italiano; y sin embargo, las bellezas poéticas abundan en ella.

Viene después Felipe Messinger, que les es inferior, pero más inteligible. Tiene melancolia, no porque sea realmente patético, sino porque es incapaz de elevarse hasta las pasiones fuertes. Concibe admirablemente los caracteres pero no los varia suficientemente, y prefiere los que son moralmente bellos. Hallam sólo le cree inferior á Shakspeare como trágico, y le iguala á Ben Johnson en la comedia.

Ben Johnson, amigo de Shakspeare, habia leido mucho; esta es la razon por la que manifiesta una erudicion fuera de tiempo, y se esfuerza con cierta severidad de poder clásico á hacer al teatro regular. En el *Alquimista* ostenta ciencia química en el papel del héroe y conocimientos culinarios en el de sir Epicuro. Está lleno de fina vivacidad, y su mejor obra, bajo el aspecto de la imaginacion poética, es el *Triste Pastor*. Como se le queria comparar á Shakspeare, exclamó: *No hagamos intervenir á la Divinidad.*

En el reinado de Isabel, el teatro creció y tomó mejor forma. Se contaban once que daban regularmente representaciones en 1600; edificáronse diez y siete desde 1570 hasta 1629; y las corporaciones de los médicos, abogados y farmacéuticos tenian cada una su compañia cómica. Entonces los mejores teatros se dividian en salas públicas y en particulares: las primeras, que no estaban enteramente cubiertas, no tenian ni asientos en todos los puntos, ni alumbrado; las salas particulares se asemejaban en la mayor parte á los teatros modernos; pero no habia decoraciones movibles, y era preciso que la imaginacion del espectador supliese á ello. A esto es lo que somos deudores de algunas bellas descripciones de Shakspeare. No viéndose el director obligado en realidad á ejecutarlas, no se las hacia suprimir y no se quejaba de los frecuentes cambios de escena, como sucederia en el dia.

Al rey Jacobo le agradaban los espectáculos, por lo que fué vencida la oposicion puritana; mas se prohibieron las representaciones en los domingos, cuya prohibicion dura todavia, y habiendo prevalecido el puritanismo en tiempo de Cárlos I, mandó el parlamento cerrar el teatro (2 de Setiembre de 1642), quedando enteramente prohibido en la época de la Revolucion (7). La poesia tuvo que adoptar entonces austeras formas y graves asuntos, como le sucedió á Milton en sus composiciones de una gravedad uniforme.

Una clase de literatura que se encuentra en todos los pueblos civilizados ó por civilizar; una diversion que existe en todas partes variando de forma, y sobrevive hasta cuando la Edad Moderna ha tomado aversion á la vida esterior y pública para encontrar la alegria y los dolores entre las paredes domésticas; un arte que se desarrolla bajo la doble influencia de la filosofia y de la religion debe pertenecer á la naturaleza humana, y merecer desde luego la atencion que le hemos concedido con preferencia á las diferentes épocas de la civilizacion. Se ha dicho con razon, que la poesia dramática es la historia en accion del estado sucesivo de las pasiones, de las costumbres y de la naturaleza.

---

(7) COLLINS, *Hist. of english dram. poetry. Annals of the stage.*

EPÍLOGO

No estrañarán nuestros lectores que hayamos sido demasiado estensos en la descripcion de esta época, porque así lo requerian los grandiosos acontecimientos de que está llena, aunque no nos lisonjeamos de haber tenido el suficiente acierto para presentar dignamente á su vista tantos hombres y tantas cosas, y mucho menos para reproducir con toda verdad el inmenso movimiento del siglo.

En la actualidad ¿qué idea se ha de formar de una edad en la que todo comienza y nada concluye, de una edad que tiene para nosotros un atractivo particular en atencion á que todo está en movimiento como en el dia, y podemos encontrar ejemplos, lecciones, consuelos y esperanzas?

Tiene por carácter los descubrimientos. Colon escribió á Isabel: *El mundo conocido es muy pequeño;* y parece que en todas partes se ha declarado otro tanto con respecto al mundo moral. Nunca en ningun otro período la esfera de las ideas relativas al mundo esterior se habia estendido tanto, ni el hombre habia esperimentado tan vivo deseo de estudiar á la naturaleza; nunca se habia puesto en circulacion tan grande abundancia y tal variedad de ideas nuevas comó en tiempo de Colon y Gama, Durero y Rafael, Lutero y Bacon. En el curso de pocos años, surgia á la luz un mundo tan estenso como el antiguo; en el intérvalo de algunos otros, Copérnico, Kepler asignan leyes al sistema del universo; Rudio y Hervey revelan las de la vida en la circulacion de la sangre: Vieta y Harriot perfeccionan el lenguaje del análisis matemático; Cesalpino y Gessner clasifican las conquistas hechas por la naturaleza; Galileo y Stevin determinan el equilibrio de los cuerpos y el poder de la mecánica; el mismo Galileo con ayuda de instrumentos, y Napier con los logaritmos, permiten al hombre medir infaliblemente las órbitas de los astros: Marsilio Ficino, Miguel Angel, Falopio en Italia, como en otro tiempo en Grecia Platon, Aristóteles y Fidias, se dedican á descubrir la naturaleza del hombre bajo un triple aspecto intelectual, artístico y material.

No hay caminos en los cuales el espíritu humano no se muestre grande: indagacion de la antigüedad y ardiente deseo de lo nuevo; arranques del genio y trabajos pacientes del erudito; poesia y cálculo; todas las facultades humanas se encuentran representadas por insignes personajes. La tenaz voluntad de uno hace surgir de las olas un nuevo mundo; otro conmueve las creencias de quince siglos; aquél sacude la inmovilidad del globo; éste coordina su marcha con la de las demás esferas; un tercero arranca la ciencia al yugo de la autoridad, y mina los ídolos reverenciados de los escolásticos. Nace la diplomacia. El arte de la guerra se completa con los ejércitos permanentes, las fortificaciones y la artilleria, formándose además una literatura militar. Con objeto de que los derechos de la imaginacion no sucumban ante la fria razon, se ve surgir al Ariosto, á Camoens, á Cervantes y á Shakspeare, y casi al mismo tiempo florecen siete artistas cuyos iguales no han nacido aun: Leonardo de Vinci, Miguel Angel, Rafael, fray Bartolomé, Correggio, Ticiano y Andrés del Sarto.

En ninguna época se ha visto á tantos grandes príncipes dirigir á la vez los Estados: Cárlos Quinto, Leon X, Francisco I, Enrique VIII, Andrés Gritti, Andrés Doria, Soliman II, Segismundo I en Polonia, Gustavo Wasa en Suecia; Basilio Ivanowitz, fundador de la grandeza rusa; Shah Ismael,

que estableció en Persia el gobierno de los Sofis; Shah-Akbar, el más grande de los mongoles en la India.

¡Cuántos rasgos sorprendentes en aquellas fisonomias! Una vez conocidos, no diremos sólo los reyes, sino tambien Miguel Angel, Cellini, el Aretino, Savonarola, Zuinglio. San Cárlos, fray Pablo, Coligny, el duque de Valentinois, Medeghino, Strozzi, Orange, Catalina de Médicis, no se borran de la memoria, ni se confunden con personas de otros siglos y otros paises.

Al mismo tiempo el esplendor se ostenta en los trajes, en las cortes, en las ceremonias; todos los dias nuevas delicadezas llegan de Oriente y Occidente á lisonjear agradablemente los sentidos. Los teatros clásicos y las representaciones de la Edad Media luchan alternativamente en magnificencia; los reyes y los papas ambicionan las alabanzas, no sólo de Pablo Jove, sino del Aretino y Franco; ¡tan grande es el poder de las letras! Un dia Brescia oye proclamar á son de trompetas por las calles que Tartaglia, uno de sus hijos, ha descubierto un nuevo problema matemático; al siguiente acude Pisa á ver caer un peso desde lo alto de su inclinada torre, demostrando la ley de la caida de los cuerpos. Otro dia no se habla más que del nuevo canto del Orlando, leido la víspera por el Ariosto en la corte de Ferrara; otro está lleno de discursos, sonetos, del sonido de las campanas, de iluminaciones, porque se acaba de desenterrar el Laocoonte, ó porque Miguel Angel ha abierto la capilla Sixtina, ó Juan Bolonia espuesto su *Sabina*.

A vista de esta magnífica ojeada, esclamais: ¿no es éste el más feliz de los siglos?

Considerad el cuadro bajo otro punto de vista, y entonces se presentan á vuestras miradas, guerras cuya atrocidad apenas ha sido igualada por la de los bárbaros; guerras en las que se une á la sed brutal de sangre, el arte de dañar sábiamente, y á las que se siguen espantosas matanzas que inspiran tanto más horror, cuanto más acompañadas han sido de viles traiciones. La licencia se ostenta descaradamente en los palacios de los reyes, de los prelados, y hasta en los campos donde vivaquean las bandas del duque de Borbon y de Waldstein. Las perfidias y las traiciones no sólo se ejecutan en la práctica, sino que se hace alarde de ellas; se las reduce á preceptos, y si Maquiavelo justifica con el fin las más perversas acciones, el asesinato se predica en las escuelas y en el púlpito; las cortes le han colocado entre uno de los medios para reinar, y ya el puñal se afila para servir á las convicciones fanáticas de Poltrot, de Ravaillac, ó á los odios frívolos de Lorencino y de Cellini. Los venenos son un espediente usual, y se diria casi como un recurso reservado al pudor de aquellos á quienes faltaba el descaro necesario para herir con el hierro. Un Fernando hace dar muerte al cardenal Martinuzzi; otro al temible Waldstein. Festéjase en el Vaticano la matanza de san Bartolomé; conságranse altares á Jacobo Clemente, asesino de un rey católico; paga la España una considerable suma á Baltasar Gerardo, asesino de un príncipe protestante, y los reyes de Francia le conceden la nobleza (1); y estos últimos no saben deshacerse de los Guisas y de Coligny más que por medio del asesinato. Un pescador ve arrojar al Tíber el cadáver del duque de Gandia; y cuando se le hace un cargo por no haber denunciado el hecho: *He visto*, contesta, *arrojar un centenar de ellos de este modo; no creia que éste fuese más importante que los demás*. Maria Estuardo ve asesinar á Ricio entre sus brazos; se hace volar con pólvora á su marido. Sus partidarios más fieles son muertos, su tio degollado, y en fin llega el momento en que ella misma es enviada al suplicio por su hermana. Luisa de Coligny pierde en la noche de san Bartolomé al almirante su padre, y á Teligny su marido, asesinados; contrae segundas nupcias con Guillermo de Orange, y el hierro asesino le hiere tambien. Lucrecia Borgia, Blanca Capello, Beatriz Cenci, don Garcia de Médicis, don Cárlos de España son nombres que resumen sombrias tragedias. Fray Pablo, Fulvio Testi, Gabor, Molza, Castelvetro, Waldstein, Enrique III, Enrique IV y tal vez Gustavo Adolfo, sucumben á los golpes de los asesinos.

En este sensualismo, en el que parece que no existe ninguna ley moral, el oro es la necesidad suprema; y la alquimia le busca en el fondo del crisol; la España y el Portugal en las entrañas de los indios degollados á millones; los reyes en los nuevos espedientes rentísticos, en los robos audaces, con ayuda de los cuales chupan la sustancia de los pueblos; los literatos mendigando, los soldados saqueando, los sacerdotes vendiendo las cosas sagradas, los herejes usurpando los bienes de la Iglesia.

Cuando más domina el espíritu aristocrático, se busca más bien en los descubrimientos lo que puede producir gloria en la nobleza, que medios de mejorar la suerte de los plebeyos y enriquecerlos. Una política egoista que convierte á la astucia en un mérito mayor que la fuerza, una incapacidad poderosa, una complicacion de intrigas luchan ó se unen con la maldad, tan pronto hipócrita como descarada, á la cual se juntan los abusos de la fuerza; ahora bien, nunca desde la grande emigracion, se habia proclamado con tanta insolencia su omnipotencia inmoral como en las guerras con el Milanesado y la Bohemia, cuando el saqueo de Roma y los sitios de Florencia, Siena y Nuremberg. Un historiador de moderantísimos sentimientos escribia por aquel tiempo: «Desde que Carlos Quinto alcanzó las insignias imperiales por causa de las guerras seguidas entre él y el rey Francisco, y las que parte impulsado por ellos y parte incitado por sí mismo ha hecho contra los cristianos Soliman

(1) WANDER WRICHT, *Turbulencias de los Paises-Bajos*, pág. 403.

el gran turco, han sido muertas en la guerra doscientas mil personas, y pasan de ciento entre ciudades y castillos de notable fama los que han sido saqueados, robados y destruidos. Después de éstos son tantos los millares de hombres y de mujeres inocentes que han perecido por el hambre y por la peste, que no es facil reducirlos á número, sin contar la disolucion de las nobles matronas, la perdida virginidad de las jóvenes sagradas y profanas, y los horribles y abominables estupros cometidos hasta en las niñas de más tierna edad: cosas impias, atroces é inhumanas, y fuera de toda ley humana y divina, cometidas la mayor parte por cristianos entre sí mismos, sin más causa que la de satisfacer la ambicion de dos hombres, los cuales nacen, crecen y continúan hasta la vejez, con odios eternos, y siendo siempre enemigos, sin cansarse jamás de derramar la sangre de los otros, combaten ahora, y no sólo ahora, sino que combatirán mientras que tenga vida. Por esto los afligidos pueblos no deben tener mayor deseo para tranquilizarse de una vez, que rogar á Dios les quite la vida ó que someta á los dos al gran turco, para que mandado el mundo por un solo monarca, siquiera bárbaro y enemigo de nuestra ley, puedan con algun reposo alimentar sus hijos, y sostener, si bien pobremente, á lo menos sin tantos trabajos, el peso de su infelicísima vida.» (2)

¿No es éste el peor de los siglos que nos presenta la historia? ¿No hemos retrocedido á la barbarie del año 1000, sin tener sus compensaciones?

Añádase á esto la supersticion, que confunde las ideas de religion, de justicia y de piedad, se arma unas veces de caballetes y cuñas para arrancar confesiones absurdas, otras de puñales y cadalsos para esterminar á los que tienen otras creencias, ó que se alimentan con fantasmas, y hace temblar al mundo con insensatas predicciones, asustándole con la intervencion de los poderes invisibles. Maquiavelo consagra un capítulo á las Décadas de Tito Livio, para demostrar los milagros que preceden á las revoluciones de los imperios, asignando á las estrellas las causas que habia meditado tan profundamente en la iniquidad de los hombres, con la desconsoladora idea de que la raza humana empeoraba cada vez más. Cardan, célebre algebrista, tiene un génio familiar, y se deja morir de hambre para comprobar un pronóstico; Della Porta se entrega á los secretos de la naturaleza, de los cuales forma su erudicion; Agrippa duda de todo, escepto de las ciencias ocultas; Paracelso renueva el reinado de la alquinia; Lutero ve diablos, lo mismo que Benvenuto Cellini; Vanini, no menos audaz que él para combatir la autoridad, prepara sapos para operaciones mágicas; Kepler, tan admirable por sus sublimes descubrimientos, no lo es menos por los sueños con que los mezcló; Jordano, Bruno y Campanella nos dejan con la duda de si debemos considerar en ellos á hombres de genio ó á locos. Semejante mezcla de errores hace que se pregunte si fué éste un siglo de ignorancia, y qué era mayor, la barbarie ó la perversidad.

Fué, sin embargo, un gran siglo, que se resintió de la mezcla del antiguo, cuyas ventajas habia perdido, y del nuevo, del que no se aprovechaba aun. Conservaba de lo pasado el vigor y la ferocidad; pero habia perdido la fe y la docilidad. Lanzábase al porvenir con inteligencia; pero carecia de política y regularidad. Los conocimientos y la libertad que habia adquirido estaban aun al servicio de las pasiones; la inspiracion se encontraba reunida á la reminiscencia, el genio á la pedanteria, el paganismo á los arranques piadosos, la gazmoñeria á la impiedad, la accion á la meditacion, la moralidad al maquiavelismo.

Todavia duraban en caprichoso contraste los incidentes de la Edad Media. Todas las fases de la república subsisten al lado de las de la monarquia, las unas declinan, al paso que las otras ganan terreno. Los guerrilleros rompen aun las filas de la infanteria permanente, y pretenden oponer las armaduras de la época pasada á los proyectiles de las bocas de fuego; mueren guerreros en Ravena por sostener el voto hecho á una querida de no cubrirse el pecho, y reyes modernos se aventuran en la liza de los torneos, al paso que la tragedia regular hace derramar lágrimas á vista de las fingidas desgracias de los antiguos. Las maquinaciones secretas de los gabinetes se encuentran en presencia de los arranques de una generosidad caballeresca, y se hace ostentacion en los oscuros peligros de las minas abiertas por los artilleros modernos, del mismo valor con que se hacia frente en otro tiempo á las selvas encantadas ó á las trampas de los castillos.

De aquí procedieron las tradiciones de lealtad en la vida doméstica, al mismo tiempo que un epicureismo no disimulado, un deplorable escepticismo y un fanatismo esterminador, el entusiasmo y la ironia, la fria regularidad del Trissino y las ingeniosas fantasias del Ariosto, la desvergonzada risa del Aretino y los sonoros suspiros de los petrarquistas, la sencillez campestre de los artífices de églogas y la insaciable codicia de Pablo Jove; Bayardo sin tacha y Fernando el Católico, Montaigne y san Ignacio, Maquiavelo y Felipe de Neri, Calvino y santa Teresa, Leon X y Adriano VI, Cárlos Quinto y Francisco I, la ironia de fray Pablo y la conviccion de Baronio, las orgias de Lucrecia Borgia y las hogueras de Torquemada. De aquí procede la inmensa dificultad de juzgar de la moralidad, de las acciones y de la grandeza de los personajes que nos han sido descritos por la pasion y el espíritu de partido, cuando tuvieron que luchar con ideas tan diferentes y preocupaciones inhumanas y serviles, con la influencia invencible de los ejemplos y lo que se llama sentido comun.

En medio de esta exuberancia de genio, de virtud y crímenes acaeció la Reforma. Término medio

(2) SEGNI, *Historias florentinas*, L. XI.

entre la fe y la duda, marca una época nueva en la historia, determina la fisonomia de los tiempos modernos y penetra en la cultura individual modificándola en toda la existencia, trastornando las opiniones, conmoviendo las creencias sobre las cuales se habia constituido la sociedad. Sostenida por los caprichos de los príncipes en Alemania, por las antipatias feudales en Francia, por los furores reales en Inglaterra, en contradiccion consigo misma, y sirviendo tanto á las pasiones de los poderosos como á las de los pueblos, invoca unas veces la libertad anárquica y otras la desenfrenada tirania.

El único punto capital en el cual hubo acuerdo entre gran variedad de acontecimientos, fué en abolir el centralismo papal y subordinar el poder eclesiástico á la autoridad civil; perturbacion que produce todas las demás, es decir, la sumision de la conciencia al hecho, de la libertad á la permision, del fuero interno al esterno, de la cosa divina á la pública. En un principio, Lutero ataca muy poco al dogma y mucho á la disciplina, y en ésta, con particularidad, los actos que aseguran más la independencia sacerdotal, el celibato eclesiástico y la confesion auricular. Hasta los príncipes que han permanecido católicos, han tratado de establecer la Iglesia nacional. El movimiento crítico es aun espontáneo, sin intervencion decisiva de ninguna doctrina sistemática. La libertad de juicio y de conciencia que hoy llamamos racionalismo, no la quisieron los reformados; sino que á la autoridad del papa sustituyeron la de la Escritura, y porque ésta no puede comprenderse sin un intérprete, se estableció la interpretacion universal, que pronto se redujo á los símbolos nuevos y á la decision de los príncipes.

En materia de fe, negada la autoridad de superior y proclamada la individual, debia surgir una multitud de opiniones, ó más bien una por cada cabeza que pensase: de la impugnacion de la infalibilidad del papa, y de las indulgencias, se llegó á negar la divinidad de Cristo, y el que el Evangelio hubiese revelado de ningun dogma sino sólo confirmado la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; el deismo aumentaba los delirios místicos, y todos andaban divididos entre las dudas de la inteligencia y los escrúpulos de la conciencia.

La Reforma se dirige de esta manera en realidad á reducir á sistema tanto como le es posible la vida humana, independientemente del dogma. Al antiguo soberano á quien juzga viciado, no quiere sustituir uno nuevo de derecho; pero abandona la sociedad al imperio fatal de los poderes temporales, como soberanos de hecho; orden engañador en que el hecho reina sin apoyarse en el derecho. Porque el protestantismo en la economia religiosa y social de la humanidad, rompió los dos lazos á que está unida la suprema nocion del derecho, y la base de toda la Iglesia ó Estado que quiera vivir; el lazo íntimo que une el hombre á Dios en la eternidad por medio de la conciencia, y el lazo imperioso y universal que lo somete á una ley objetiva, y á una autoridad esterior temporal. Conculcada la autoridad que persuadia á los entendimientos, se la sustituyó con un mandato obligatorio á todas las voluntades y al papado eclesiástico otro político, y la infalibilidad pasó de la inteligencia y de la revelacion á la fuerza y á los cetros.

Cuando en los progresos no hay ya paciencia ni respeto á la tradicion; cuando se concede libre interpretacion al talento del hombre, al mismo tiempo que se niega la conciencia del libre albedrio, sin conservar el equilibrio entre el sentimiento de los derechos y el de los deberes, la misma Iglesia, impotente entonces para ejercer las atribuciones sociales más elevadas, circunscrita cada vez más á la vida individual y á la necesidad de conservarse, la Iglesia se une á los príncipes perdiendo su caracter popular.

Si la Reforma hacia á la razon individual árbitra de la creencia religiosa, debia concederle este derecho con mayor razon en política, en los escritos y en los actos que resultan de las convicciones. De aquí comenzaron los gobiernos burocráticos; y los aldeanos sublevados gritaban que se espulsase á aquella nueva multitud de escribanos y juristas; los duques y electores instituyeron colegios de consejeros íntimos para sus pequeños Estados; embarazo inevitable desde que tuvieron que reglamentar tambien las conciencias. Esta tirania seglar se estiende igualmente á los católicos, porque el clero la creia oportuna para tener sujeto al pueblo, y así fué penetrando la dictadura temporal, hasta que las revoluciones y la filosofia la corrigieron.

Introdúcese entonces en todas partes un espíritu de intolerancia y de division. El cristianismo no tiene por enemigos á los infieles, pero forma dos campos hostiles, en el que las persecuciones existen alternativamente (3). La libertad civil se perdió, la de pensar se conculcó. Impúsose el silencio ó el castigo á tantos libres pensadores, cuyos escritos se habian publicado en otro tiempo en Italia y Alemania. Los príncipes opuestos á la Reforma consideraron á sus partidarios como enemigos del trono, y en su consecuencia, hicieron sinónimas las dos palabras de hereje y rebelde; viendo por el contrario los católicos, á sus fautores reunir contra ellos sus esfuerzos, denunciaron su organizacion como apoyo del absolutismo. De esta manera fué, en efecto, como debian aparecer mútuamente, mientras que los partidos religiosos fueron tambien partidos políticos; pero lo contrario fué después evidente, y el exámen á que se dedicaron los hombres de Estado y los moralistas, en ambos campos, lo demostró. Sólo entonces fué posible la tirania de Enrique VIII, de Cromwell y de Felipe II, en atencion á que pudieron, como jefes de una revolucion ó de una reaccion, usar de todas las fuerzas y abusar de ellas. Pero los mismos gobiernos

(3) Véase la nota de la pág. 553 del tomo V.

no pueden ya dirigir el movimiento social, les es preciso circunscribirse al sostenimiento del orden material.

La tolerancia, virtud de tal manera civil, que en el hombre de una creencia diferente no nos deja conocer más que al hermano y al conciudadano, reservando sólo á Dios el juicio de las conciencias, y reuniendo en un solo cuerpo los miembros de la familia de Dios, cualquiera que sea el signo impreso en su frente, era desconocida en aquella época. Lutero y Calvino perseguian como Torquemada, Felipe II como Enrique VIII, que dió, segun dicen, setenta y dos mil sentencias capitales; é Isabel como la sanguinaria Maria. Si el papa Pablo prohibe libros, Isabel promulga leyes de guerra contra los que los llevan. Inténtase en Sajonia en 1574 un proceso á un sábio por criptocalvinismo; en 1601 se corta la cabeza á un hombre de Estado respetable por un crímen semejante. El mismo Soliman, como si fuese preciso que el azote se propagase fuera del cristianismo, hace quemar al ulema Cabiz, por haber sostenido que Cristo era superior á Mahoma (4). En toda aquella lucha no se trataba sino de quién debia ser el verdugo, por lo que desaprobando los homicidios, los hombres debian recordar, sin embargo, que si no mataban serian muertos.

Penetrando estas enemistades en el hogar doméstico, siembran la cizaña entre los hombres, ponen trabas á la marcha de la civilizacion, que se adelantaba como un gigante que acaba de levantarse de su lecho. Las guerras llegan á ser inevitables, tanto por los íntimos vínculos que unen al Estado y á la Iglesia, como por las nuevas doctrinas, cuyo gobierno recibia una direccion no acostumbrada; los puritanos en Inglaterra, los calvinistas en Francia, los protestantes en Alemania, formaron verdaderos partidos civiles; la política perdió allí toda moralidad, y los enemigos del Estado encontraron fautores en el mismo Estado.

Resultaron, pues, desde luego graves agitaciones en los paises; estalla después una combustion general, en la que la cuestion no está reducida á saber lo que se debe creer ó cómo se ha de adorar, sino cuál de los dos debe triunfar y reinar despóticamente, la fuerza ó la opinion. Las cuestiones absolutas concluyen siempre por una transaccion, así como la atraccion de dos fuerzas se resuelve por la diagonal de su paralelógramo. Hemos seguido á esta época hasta el punto en que la última leccion de los pueblos y de los reyes, la necesidad condujo á un acuerdo que, sin restablecer la paz entre los individuos y los pueblos, traza al menos los caminos por los cuales deben ponerse en marcha sin chocar.

En adelante la cristiandad se encuentra dividida en católicos y protestantes, creyendo en la infalibilidad de la Iglesia ó en la de cada uno, invocando la autoridad ó el libre exámen, la historia ó la impresion individual. Ambos partidos se vigilan mútuamente, lo que llega á ser un estimulante para hacer el bien en las relaciones morales y políticas; y las disputas de la Holanda y después la liga de Ana de Inglaterra con el Austria produjeron la tolerancia general. Uno ú otro partido se instaló y apoderó del timon de los diferentes paises, sin cambiar nada desde entonces. Generalmente hablando, los pueblos de orígen romano permanecieron católicos, protestantes los de raza teutónica, griegos los slavos; y habiendo reemplazado el sistema político al religioso, cada uno de ellos conservó su propia religion, sin destruir la de los demás; no por indiferencia, sino porque, por el contrario, reanimó el espíritu religioso.

Hemos visto á principios del siglo XVI olvidar el papado su importancia gerárquica, relajarse los vínculos eclesiásticos, un espíritu opuesto al espíritu católico introducirse en todo, y una tendencia enteramente pagana manifestarse en las artes y en las letras: esta tendencia se reprodujo después en la Reforma por la idolatria á la palabra muerta como por los esfuerzos hechos para sustituir el hombre á Dios, la razon privada á la comun. Pero á fines de aquel siglo se diria que no hay más intereses que los religiosos. En nombre de las creencias se emprenden las guerras, se mata, se santifica, se establecen nuevas órdenes religiosas, y cada punto de doctrina es debatido con encarnizamiento. Hombres de gran poder teológico entran en los consejos de los reyes, cuyo corazon y actos dirigen; el confesor llega á ser gran resorte de la máquina política, y parece que los papas derrotados, recobrando el poder de Gregorio VII, causan espanto al mundo armado completamente con multitud de frailes, al mismo tiempo que reparan sus pérdidas con la adquisicion de un nuevo mundo.

Pero la Reforma, que parecia enteramente religiosa, adquirió una importancia política por la parte que tomaron los príncipes en ella, ó que se vieron precisados á tomar; ayudó á los Estados á constituirse y convertirse en monarquias. Desde el principio conocieron los príncipes cuánto podia ayudarles á concertar en sus manos la jurisdiccion y sobre todo las rentas. En su consecuencia, la confiscacion de los bienes de mano muerta fué una operacion decisiva para el destino de los paises que habian protestado contra la autoridad. En los demás tambien, los príncipes se sirvieron de la Reforma como de un espantajo con respecto al papa; y Francisco I le decia: *Pensad en lo que haceis, ó sino, puedo dar el mismo golpe que Enrique VIII.* Cárlos IX esclamaba cuando veia que el pontífice tardaba en aprobar la union de su hermana con el Bearnés: «Si se hace el tonto, cojo á Margarita por la mano, y la hago casar en medio del sermon.» Manuel Filiberto contestaba á las amenazas del papa, que si le escomulgaba se le importaria poco,

(4) HAMMER, XXVI.

y que tal vez le haria arrepentirse (5); y á Felipe II se le oia decir: *El papa debe guardarse de irritar á un gran rey.*

Este desprecio de la influencia romana ayudaba á la obra de la política de entonces, que consistia en hacer pasar á los Estados del fraccionamiento de los poderes á la monarquia compacta, y de la unidad cristiana á la nacionalidad de cada uno. En un principio resultaron mortíferas guerras, en medio de las cuales los diferentes príncipes adquirieron el conocimiento de sus fuerzas, porque se veian precisados á desplegarlas. Dedicáronse entonces á formarse una existencia separada, que fueron consolidando; aumentaron sus fuerzas; apoderáronse de los bienes arrebatados á las iglesias, y atrayendo á sí la jurisdiccion; en fin, desterraron todo temor de un poder moderador que poseyese armas contra las cuales se embotasen las suyas.

Se diria que los príncipes querian reemplazar con la monarquia política la monarquia católica rota por Lutero. Con este designio, las mismas disputas teológicas se convertian en debates sobre la autoridad real, el derecho público llegó á ser principio fundamental de la Europa, la política adquirió una importancia y una estension inmensa, mezclándose además en todos los acontecimientos. La política nacida del protestantismo no cree en una voluntad ó en una conciencia general, superior á la conciencia individual; no admite que haya un soberano de derecho, sino sólo individuos independientes, ni que las naciones se forman de otra manera que por un contrato en que los individuos abdican voluntariamente la parte de su libertad. Un contrato, una carta, una constitucion, una ley fundamental, convenida entre los poderes sociales de hecho, constituye el cuerpo político. De esta manera la libertad se encuentra circunscrita al círculo de un texto escrito, como la fe en los símbolos. No se lanzara al progreso, pero se hará consistir la perfeccion gubernamental, en repartir igualmente la soberania entre los poderes de hecho, en equilibrarlos una con otro; no en ser regidos únicamente por el soberano de derecho, sino en vivir con una vida individual, tan independiente como sea posible de la vida social.

Estas teorias de liberalismo son las que han hecho conocer últimamente á los gobiernos de hecho, las necesidades, los hechos verificados, los casi legitimados; tan distantes estamos de creer que el impulso hácia la libertad haya procedido de la Reforma.

En la misma época se manifestaban dos movimientos no diversos, pero distintos; el uno religioso, el otro filosófico. El primero fué más poderoso entonces; reservado el segundo á un más largo porvenir, no era comprendido, y en los paises católicos los libre-pensadores pasaban por protestantes. Pero en realidad Campanella, Galileo, Bossuet, Pascal fueron católicos; las obras históricas de Maquiavelo, de Guicciardini, de Thou, Maffei, Mariana, fray Pablo fueron escritas por plumas católicas; en paises católicos fué donde primero se abolió el tormento y la pena de muerte. No hablamos nada de los grandes artistas, á los cuales la Reforma no tiene siquiera un nombre que oponer.

Al principio, ocupados los Estados en cuestiones interiores, influian poco los unos en los otros, pero en el dia se conoce su accion recíproca. La era nueva puede considerarse como nacida en la batalla de Pavia, pues las fuerzas independientes y desordenadas que habian permanecido en lucha por espacio de tantos siglos, ceden el puesto á una fuerza más sorda y continua. La Iglesia habia heredado de Roma la idea de reunir á la Europa en una sola familia; pero el fraccionamiento feudal le impidió el realizarla. El siglo anterior se habia esforzado en producir las unidades nacionales, y lo habia conseguido. Con aquel triunfo volvieron los reyes á creer que la unidad europea era posible; y Francisco I estuvo á punto de ejecutarla. Pero el imperio á que aspiraba se concedió á otro, y se vió reducido á defender su propia independencia. En tiempo de Cárlos Quinto, las fuerzas de los diferentes pueblos que se habian engrandecido separadamente, segun la influencia de su orígen, de la caballeria, de las cruzadas, se encontraban en su apogeo: debia resultar, pues, un trastorno general. Cárlos Quinto se opuso á él con todo su poder y en todas partes, adhiriéndose al principio de la unidad europea; triunfa de una nacion con otra, y saca provecho de sus antipatias recíprocas para tenerlas todas avasalladas; pero la Reforma llega á oponerse como obstáculo, y se ve obligado á reconocer este nuevo trastorno. Sin embargo, Felipe II no desespera de conducir á la Europa á la unidad y sofocar la libertad de la Reforma, que hacia imposible la ejecucion; pero se ve contrarestado por el príncipe de Orange, por Enrique IV y por Isabel, que sostienen la independencia de las naciones con ayuda del protestantismo.

Separado entonces el mundo en dos campos, hace imposible el sueño ambicioso de la monarquia universal, como tambien un acrecentamiento demasiado considerable sobre las ruinas de las independencias particulares. Moralmente se continúa sintiendo la necesidad de la unidad, y se trata de conseguirlo de diferentes modos, pero todos transitorios y engañosos. En nuestros dias se ha llegado á buscar la unidad en el espíritu de asociacion, fundado en el interés y en el egoismo.

Agitada la primera y con más crueldad la Alemania, y perdida la unidad que la habia sostenido hasta entonces á la cabeza de Europa, obtiene un *interin* perpétuo que debilita para siempre sus fuerzas, pero que le reserva una tranquilidad no interrumpida.

La conmocion desciende más profundamente, y ocasiona mayor mal donde no ha habido un rom-

(5) Relacion del embajador Morosini.

pimiento total con lo pasado, sino sólo uno parcial, y donde se introdujo, bajo las formas católicas que se habian conservado, el espíritu de la Reforma, gérmen de las revoluciones futuras en las opiniones y en las ciencias, después, en fin, en la realidad y en el Estado. En Francia, la Reforma no habia surgido por necesidad, por persuasion, ni como consecuencia de aflicciones nacionales; sino que habia sido importada de la Suiza, primero como desarrollo científico, después como instrumento político. En su consecuencia no se podia ya restablecer la paz duradera, sino procurar acuerdos indecisos y vacilantes que se trasmitian al porvenir. La victoria de un príncipe protestante asegura el triunfo á los católicos, lo que demuestra el estado irregular de la sociedad, sin contentar ninguno de los dos partidos. El edicto de Nantes concede la existencia civil de los protestantes, pero como un privilegio; y cuando es revocado por Luis XIV, no es para los católicos más que un triunfo injusto en lo interior, ilusorio fuera; no destruye los gérmenes, y envenena, por el contrario, la lucha intestina, de la que nacerán, primero disensiones parciales en el jansenismo, después una hostilidad absoluta en la Revolucion.

La España representó siempre el principio católico, hasta querer esterminar en su seno todo elemento heterogéneo, sin pensar que siempre es imprudente destruir lo que dura después de muchos siglos, y forma el resultado histórico de la situacion de un pais en su conjunto. Pero el impulso hácia la perfeccion no se sofocó allí, á pesar de tantos obstáculos; y esto se conoció después cuando se lanzó á la senda de una regeneracion completa con más atrevimiento que los paises más avanzados que ella.

En Italia, el temor del abuso, que sin embargo no era tan inminente, llegó á poner trabas á la verdadera ciencia. Cuando este pais y la España adelantaban en otro tiempo á los demás por su cultura intelectual, tuvieron que abandonar el campo de la razon y echarse en brazos del de la imaginacion, cuyo desarrollo permaneció empobrecido y sin acuerdo; resultando la anarquia de una vida intelectual libre, al lado de una vida práctica encadenada.

En el papado, objeto de la ambicion de las familias ilustres, se concede más atencion al príncipe nacional que al soberano pontífice, confundido con el hombre de Estado, en aquellos ilustres papas que volvieron el esplendor á la tiara por sus grandes talentos, sabias intrigas y hábiles luchas en espinosísimas situaciones.

En la Escandinavia, la Reforma no es engendrada por la opinion popular; es impuesta por el ejemplo y el mandato de los príncipes, lo que hace que no produzca en el interior cambios importantes: como sin embargo ha coincidido con el principio de las dinastias y con la trasformacion de las instituciones políticas, concluye por identificarse con el carácter nacional. La Noruega escluye toda otra religion que la declarada dominante, y no tolera ni aun el culto judaico. La Suecia, que hasta entonces habia permanecido casi ignorada, tomó, en virtud de los acontecimientos esteriores, una importancia momentánea, por efecto de las cualidades de Gustavo Adolfo, y pareció, como Venecia en tiempo de las cruzadas y los suizos en el de Cárlos el Temerario, el instrumento elegido por la Providencia para poner término á tantas revoluciones: como si Dios quisiera mostrar que para las mayores mudanzas se vale de los pequeños con preferencia á los grandes.

En Polonia, la reforma llevada allí por extranjeros, se entrega á escesos desconocidos en su orígen, y llega hasta negar la revelacion. Añade una nueva levadura á las disensiones demasiado vivas, que preparan el desmembramiento del reino.

La Hungria recobra desde el principio la paz, y la tolerancia llega á ser un elemento de su constitucion.

En Bohemia, por el contrario, la discordia religiosa sirve de pretesto para robar á la nacion privilegios tan ardientemente defendidos hasta entonces, tratándola como al maniático á quien es preciso atar para poder devolverle la tranquilidad.

En Holanda, la Reforma parece asociarse á los defensores de la nacionalidad; pero en realidad fué menos una causa que un aguijon para la emancipacion; sirvió de velo á las enemistades que alimentaban hacia mucho tiempo los concejos contra las grandes ciudades, los naturales contra los extranjeros

La Rusia no se resintió de ella. En Suiza, tuvo necesidad de defenderse y recurrir á la asociacion: como los combatientes eran casi de igual fuerza en ambas partes, trataron de acomodo.

Al mismo tiempo que se hacia gran ostentacion de fuerzas, usando la política vergonzosa de los puñales y de las perfidias, se revelaba la debilidad real, oculta bajo la grandeza aparente. Por esta razon fracasaron los grandes potentados en la mision que habian cumplido los pequeños feudatarios; no pudieron rechazar el islamismo.

Los otomanos habian sacado fuerzas del sistema feudal, de la organizacion de los esclavos, de los dogmas religiosos, del despotismo necesario en todo imperio que no ha sido fundado por una raza dominante, por alianza ó por la fusion de diferentes pueblos, sino sólo por un amo de esclavos. Era después indispensable la guerra; ahora bien, cuando Selim se afeminó, y se olvidó de la ley que disponia comenzar cada reinado con una gran empresa, todo empezó á debilitarse: penetra la corrupcion hasta entre los genízaros, que dirigen contra el soberano una actividad ejercida hasta entonces en el campo de batalla, y se vuelven cobardes hasta el punto de volver la vista al dar fuego á los cañones. Así los turcos, que á principios del siglo amenazaban á la Europa con una conquista sin piedad, con una preponderancia sin freno, sucumben sin que se pueda determinar que gran golpe

los ha herido. Era la nueva sociedad que hacia imposible, al menos de una manera duradera, la tiranía de un pueblo sobre otro; eran las diferentes naciones que se sentian emancipadas, y que para fortificar el vínculo de fraternidad con el que se habia engrandecido, trabajaban cada uno por su parte en su propia constitucion interior y en el equilibrio esterior.

En efecto, los pequeños Estados fueron absorbidos por los grandes; las franquicias y privilegios de la Edad Media sucumbieron en todas partes, escepto en Dinamarca y en Polonia. Pero uno lo remedia en 1660 recurriendo al absolutismo, y otro concluye por sucumbir en el desorden. En España, el poder soberano se dirige enteramente contra los intereses de las provincias que rechazan la unidad nacional. En esta guerra, que aun no se ha terminado en el dia, los dominadores se apoyaron en la inquisicion, para arrebatar á los ricos su dinero, á los grandes la autoridad, la vida á los disidentes y á todos la libertad del pensamiento. Permaneció, sin embargo, garantida de los sacudimientos de la Reforma, cuya importancia no puede desconocerse, cuando se ve que ha determinado el cambio de la constitucion en Alemania, en los Paises-Bajos, en Francia, en Inglaterra, en Escocia, en Livonia y en Prusia.

Los efectos de la Reforma fueron más sensibles en Inglaterra que en otras partes: y después de una lucha que se prolongó mas allá de la época que acabamos de describir, dió nacimiento á su constitucion, que se admira. En aquel pais la Reforma se manifiesta bajo dos aspectos, episcopal y puritano. Resulta de ella una guerra interior, en la que el protestantismo que triunfa, con los príncipes de Orange, es más completo que en ningun otro pais, y se establece realmente como religion del Estado. No hay, pues, paz religiosa; un partido oprime á los demás, y sobre todo á los católicos que se se ven precisados á permanecer constantemente en insurreccion, legal ó ilegal. De esta manera es como una tercera parte del pais ha permanecido hasta ahora en clase de pueblo conquistado: de aquí temores y envidias en el partido dominante, trabas y desórdenes tanto en la constitucion como en las conciencias. Al ver, sin embargo, que las más grandes libertades civiles se han consolidado entre los ingleses, que no introdujeron sino muy pocas modificaciones en la organizacion eclesiástica, se conoce cuánta culpa se ha tenido de unir como término correspondiente el catolicismo y la servidumbre, la Reforma y la libertad.

La Alemania no habia cesado desde la grande emigracion de hacer progresos no interrumpidos. En medio de desastres deplorables y sin consuelo, cesa de encontrarse á la cabeza del mundo; los príncipes, en parte católicos y en parte reformados, son enemigos entre sí é incapaces de emprender nada, fueron minados dentro por las intrigas del extranjero; una familia vence á toda la confederacion; otra se arregla con los restos de la túnica sacerdotal, un manto que resplandecerá entre los más temidos. Una insigne mision estaba reservada á la casa de Austria, la de reunir todas las fuerzas de la cristiandad contra los turcos, y conservar la paz entre todas las potencias cristianas, más bien que pensar en engrandecerse con conquistas; y pareció permanecer fiel á ella desde Alberto II hasta Cárlos Quinto. Lánzase tambien entonces á la carrera de la ambicion; y el título de emperador romano, único resto de una república cristiana, es esplotado por ella, cuando los demás príncipes tienden á aumentar sus dominios particulares por un interés egoista, y con un objeto de engrandecimiento y orgullo doméstico.

El cuidado de reprimir á los turcos permanece en las razas eslavas, que aumentan de esta manera la importancia que habian adquirido ya, rechazando á los tártaros; consistiendo, en efecto, en esto toda su historia. Un resto de las creaciones de la Edad Media coopera en otro punto; es Venecia, que ha podido sobrevivir á la liga de todos los nuevos potentados conjurados contra ella, y á los descubrimientos que la arrancaban el cetro de los mares para adjudicarle á la Inglaterra y á la Holanda, con una grandeza marítima que llegó á ser un nuevo hecho en la historia de la Europa.

Sola, aislada de las demás naciones, una nacion pereció, y la que al principio poseia la importancia suprema, concluyó por ser el juguete y la recompensa de los fuertes. La hermosura del pais atrajo á Italia el fatal amor de los extranjeros, que enviaban desde lejos sus bandas á aniquilar á Florencia ó Siena, á saquear á Roma ó á Mantua, á fusilar á los napolitanos que pedian pan. Cuando se encontró en contacto con los extranjeros, temió más la pérdida de su independencia que la de la libertad; mientras que cada Estado aspira á conservar el primero de estos bienes, no se hace nada por toda la nacion; cada uno cree bastar solo á su propia defensa, y esceder á los extranjeros en fuerza, como le ha escedido en civilizacion. Italia fué ciertamente causa de sus propias desgracias; pero los que quieren dispensarse de compadecerla como víctima, están muy inclinados á insultarla como culpable. ¡Cuán grande no se mostró en el último momento! Toda la Europa se coliga contra Venecia, y sin embargo sobrevive. Encuentra empréstito de enormes sumas de que necesita, al 5 por ciento, al paso que la Francia no tiene dinero sino al 40; y aun puede humillar á los turcos en Lepanto. Las fuerzas de la Francia, la España y la Alemania, aliadas ó enemigas entre sí, se disponen á sofocar una libertad que conocen deber impedirles, mientras tenga vida, aspirar á la monarquia universal, y la Italia, como si ambicionase otras glorias perdiendo las antiguas, la Italia canta, esculpe, pinta más admirablemente que lo habia hecho nunca.

Pero el sacrificio se consuma, y mientras que los demás paises adelantan, ella que les precedia se detiene. Sus papas se fortifican, sus divisiones se

perpetúan, su literatura se convierte en imitadora: le arrebatan sus colonias, y las mismas bellas artes, que formaban su gloria, degeneran en una fastuosa miseria.

Las colonias americanas, la Reforma, las conquistas, el fraccionamiento de la Italia, las sucesiones dan á la diplomacia una importancia desacostumbrada. Activa y vigilante, pretende regularizar el mundo, aunque su mision se limite á aceptar los cambios cuando son inevitables y se han consumado; por esto reconoce á la Suiza, á la Prusia, á la Holanda y á los protestantes, porque no ha podido impedirles constituirse en potencias.

Compréndese tambien la importancia de la economia política; Sully la introduce en Francia; Isabel trata de seguir sus ejemplos en Inglaterra; los holandeses la ponen en práctica. El impuesto directo, al cual recurren, basta para sostenerlos en su larga guerra, y otros Estados buscan á su vez un orígen de renta segura, buen medio, pues sigue la progresion de las necesidades, marchando á la par con el lujo y la industria.

Continuaba el valor militar brillando en Italia, pero más bien entre los nobles; aprovechando únicamente por esta razon á los extranjeros que se la disputaban. Hemos visto mostrarse grandes capitanes á Juan de las Bandas Negras, Próspero, Fabricio y Antonio Colonna; á Juan Pablo Baglione, Medeghino y á Guide Rangoni; después á sus duques de Urbino y Parma armados en favor de los reyes extranjeros contra sus libertades. Pero los inventores de la arquitectura militar, Martini, Lantieri, Cattaneo, Maggi, San Micheli y Marchi fueron aun más merecedores. La interminable guerra de Holanda que obligaba continuamente á permanecer á la ofensiva y á la defensiva, produjo grandes progresos en la táctica, que no aguarda más que las grandes aplicaciones de Turena y Montecuculli.

Al mismo tiempo la opinion, cuyo poder crecia, aumentó el de la prensa, que abandonando las argumentaciones ociosas de la filosofía para lanzarse al campo popular, allanó el camino á Lutero, sirviendo después de tambor en la guerra de Treinta Años. Pronto atizará la de la Fronda, como para preludiar la omnipotencia que manifestará, en nuestros dias, en las diferentes revoluciones. Ya su influencia se hizo sentir entonces en aquella tendencia universal á emanciparse de lo pasado, á comenzar una era nueva en las ideas, en las creencias, en las instituciones y en las costumbres; á precipitarse por todas partes y con disposiciones tan variadas á los caminos que acaban de abrirse á la inquieta curiosidad del espíritu humano.

En medio de todo aquel movimiento, que se creeria anunciaba un divorcio absoluto con lo pasado, se conoce continuamente la necesidad de apoyarse en el sufragio de otro, é invocar la autoridad de sus predecesores ó la de sus contemporáneos. La sátira, filosófica en el fondo, es pedantesca en sus formas en Hutten, en Erasmo y en la *Sátira menippea*; Copérnico se esfuerza en demostrar que su sistema es antiguo; Colon reune todos los pasajes en los cuales los clásicos parecen haber adivinado sus descubrimientos; los protestantes unen sus tradiciones á la primitiva Iglesia, por los valdeses y sus derivaciones. Grocio constituye el nuevo derecho de gentes sobre los ejemplos de las naciones antiguas.

El mismo pueblo está llamado á juzgar, y se trata de convencerle con sus propias razones ó engañarle con las autoridades en quien tiene fe. Cárlos IX, Enrique III y Enrique IV, los Liguistas, los Diez y seis, piden siempre parecer ó aprobacion á la Sorbona, á los concilios y al papa. Carlos Quinto se esfuerza en demostrar que está inocente de la prision de Clemente VII; los holandeses envian manifiestos de justificacion; todos se creen obligados á comparecer ante el tribunal del público, de quienes se rien descaradamente Fernando el Católico y César Borgia.

Bajo estas influencias surgieron grandes moralistas é insignes jurisconsultos: un Hospital, contemporáneo de la matanza de San Bartolomé; un Grocio y un Mariana, en la época de Felipe II; y á estos pensadores de buen sentido hacian los escesos invocar el justo medio, y estos talentos vigorosos deducian con intrepidez austeras consecuencias de un principio, ó querian apoyar en la razon nuevos fundamentos para el derecho, nuevos símbolos para la creencia.

De la misma necesidad de satisfacer á la opinion pública se derivaba la proteccion que se concedia á los literatos y á los artistas. Adriano VI, que pasa por un bárbaro, ruega á Pablo Jove hablar bien de él, y este escritor se conforma á sus votos en su *Historia*, reservándose en maltratarle en su *Tratado de los pecados*, cuando ya nada tiene que esperar ni temer. El infame Pedro Aretino es acariciado por los príncipes, colmado de regalos, apellidado el Divino. Maquiavelo, Erasmo, Belarmino y Grocio, llegan á ser poderes, únicamente con ayuda de su pluma, y el favor de que los artistas son objeto por parte de Francisco I y de Leon X llega á ilusionar, no sólo á los contemporáneos, sino tambien á la posteridad.

¿Cuánto han contribuido las letras al bienestar de los pueblos? ¿Cuánto no las ha desnaturalizado la proteccion? Nos hemos esforzado en demostrarlo en todo el curso de este libro; y no habrá necesidad de retroceder si hemos acostumbrado al lector á distinguir la forma de la idea.

Ahora bien, los que querian hacer retroceder el arte á su antiguo camino, no lo entienden sino bajo el aspecto de la forma; de otra manera, exigirian que el artista estuviese penetrado de la idea pagana y creyese en ella, que se vistiese, obrase, pensase y sintiese como en tiempo de paganismo. Parecia que los maestros querian llevar las consecuencias tan allá, cuando el fraile Savonarola intentó valerosamente oponer un dique á su irrupcion. Pero sucumbió, y la reforma artística no se

verificó en Italia en nombre de la idea como en Alemania, sino en nombre de la belleza plástica. Aunque el arte haya resucitado con el espiritualismo cristiano, protesta contra la Edad Media en nombre de la antigüedad, es decir, que trata de revestir su ideal con los prestigios de la belleza, de tal manera que concluye por olvidar la sustancia por la cubierta, y que el gusto reemplaza el entusiasmo. Una vez rota la gran unidad papal, perecido las sociedades masónicas y con ellas sus secretos, la arquitectura volvió á las prácticas más fáciles del arte antiguo. El artista no se encuentra entonces en la clase del pueblo: le es preciso buscar recompensas y protecciones en las cortes, y llega á ser adulador; en fin, las artes pierden su importancia histórica, porque la oportunidad de las instituciones entre quienes se ha verificado el renacimiento ha cesado de subsistir. Entre los protestantes el arte se reduce al aposento, al retrato y á las galerias.

La atencion se encuentra ya fija más bien en la prensa que en la arquitectura, en el papel que en el mármol. A principios del siglo, se vió aparecer una gran erudicion, una inteligencia penetrante, pero una crítica pobre. La Reforma dió nueva importancia en los estudios, y las lenguas antiguas fueron tan necesarias para los intereses de la religion como para la certidumbre histórica. Arrastrada en medio del torbellino de las discusiones suscitadas entonces, pereció la bella literatura. La sospecha hizo sofocar la cultura intelectual en paises donde habia hecho notables progresos como en Italia; en otras partes se desechó todo lo que olia á Edad Media, medida que en ciertos paises estinguió la originalidad; la antigüedad no se consideró ya en relacion con toda la historia del mundo, y en el griego y el latin fué donde se fijó esclusivamente la atencion de que perecieron indignos los tiempos medios, que han sido sin embargo la infancia y la juventud de las sociedades modernas. Amortiguada la imaginacion entre los pueblos clásicos, que no hacian más que imitar y compilar, se habia reanimado en tiempo de las cruzadas y de los concejos, y rejuvenecida por el cristianismo habia tomado en alas de la fe un intrépido vuelo. En aquel momento tuvo que ceder el puesto á la razon, que repudiando las reminiscencias de los tiempos aun próximos, y las hermosuras de la vida, proclamó el pensamiento como fuerza de conservacion y destruccion, entregandose á controversias sin fin, en las que la filosofia permaneció separada de la fe, la falsa opinion abrumada, pero sin que se formase una organiracion mejor para propagar la verdadera; de aquí resultaron molestas reacciones, tirania del pensamiento, cuya emancipacion se habia proclamado, y la necesidad de nuevas revoluciones.

Y á la verdad, el que en tiempo de la Reforma vea aquel orgulloso vilipendio de todo lo antiguo, el que juzgue preocupacion lo que se opone á las preocupaciones propias, aquel sentimiento de importancia personal, por el cual hasta los más ignorantes quieren fiarse en su prudencia, aquella confianza en el progreso del mundo, aquel dirigirse á un objeto elevado sin medir el camino para llegar á él, encontrará puntos de comparacion no lejanos. La revolucion principiada en el siglo XVI, y que en el XVII quedó suspendida algun tiempo por el órden y la admiracion que acompañaron á Luis XIV, tomó de nuevo aliento en el XVIII, aunque con pocas añadiduras: Montesquieu rehizo á Bodin, Mably siguió los pasos de Hotman, Rousseau se inspiró con la lectura de Montaigne; Grocio no tuvo émulos. La Boetie habia proclamado ya la libertad, y Almain y Jurien estableció la doctrina de la soberania nacional; tampoco las cenas del baron de Holbach llevaron la duda más allá del punto adonde la habia llevado Socino. Aquel siglo es, pues, el padre y precursor del nuestro; en él aparecieron y se discutieron todas las cuestiones, que hoy mismo trastornan la Europa; la lógica trajo inexorablemente las consecuencias, contra las cuales combaten en el dia la historia y el sentimiento; á las abstracciones se sacrificaron las personas: ¿quién sabe si al presente no amenaza tambien una guerra de los Treinta Años, y así como entonces, los furores morirán en la fatiga y la postracion, pero después de contribuir al progreso de la libertad?

NOTAS AL LIBRO XV

(A) PÁG. 98

PRISION DE DON CÁRLOS DE AUSTRIA

Los nuevos datos que trascribimos en este lugar, han sido estractados de la biblioteca de Viena.

Relacion de la prision del príncipe don Cárlos de Austria.

El sábado 27 volvió el rey del punto á donde se habia retirado, segun su costumbre, para pasar la fiesta de Navidad, no tan pronto como lo hacia otros años, tanto como hay desde la Epifania, hasta el dia de San Antonio. El domingo siguiente, que fué el 28, hizo decir secretamente al conde de Lerma y á don Miguel de Mendoza, ayuda de cámara del príncipe, dejasen abiertas la noche siguiente las puertas que daban entrada á las habitaciones del príncipe, y tenerle despierto. Hizo que Santoro y Bernate, sus ayudas de cámara, cogiesen clavos y martillos; después sólo con ellos y cuatro del Consejo de Estado, que fueron el duque de Feria, el señor Ruy Gomez, el prior don Antonio y don Luis de Quesada, todos sin luz y sin armas, en traje de casa, fueron á las once de la noche á la cámara del príncipe, que, con la espalda vuelta á la puerta, hablaba con sus dos camareros. Antes que el príncipe notase la presencia de su majestad, se apoderó el rey de la espada y el puñal que tenia á la cabecera de la cama y se lo dió á Santoro. Turbado el príncipe, se puso de pié en la cama, y preguntó á su padre si venia á quitarle la vida ó la libertad. «Ni una cosa ni otra, contestó el rey; tranquilizaos.» Después mandó á los que habian traido los clavos y los martillos clavasen las ventanas. Iba entonces el príncipe á arrojarse al fuego, que ardia en abundancia en la cámara, pero el príncipe don Antonio le detuvo. Dirigióse entonces á apoderarse de unos candeleros que tambien le quitaron, como asimismo los morillos de la chimenea, y otras cosas semejantes. Entonces se arrojó á los piés de su padre, rogándole le matase. El rey, con su moderacion acostumbrada, le dijo y repitió que se tranquilizase. Habiéndole hecho después volver á la cama, hizo sacar de la habitacion todos los cofres y papeles escritos; después entregó la persona del príncipe á los cuatro referidos consejeros de Estado, pero principalmente al duque de Feria, como jefe de la guardia, y recibió su juramento de custodiarle cumplidamente.

Habiendo convocado el lunes 19 á los consejos de su reino, dió cuenta á cada uno de ellos en particular de lo que habia sucedido, exponiéndoles que habia sido necesario y urgente obrar de esta manera, como lo sabrian en tiempo oportuno; y mandó á los secretarios diesen aviso á las provincias.

Los dichos cuatro hombres han hecho hasta el dia 25 la guardia; que después ha sido enteramente confiada sólo al señor Ruy Gomez, con seis caballeros para asistirle, que son el conde de Lerma, don Juan de Mendoza, don Gonzalo de Alarcon, don Pedro Manrique, don Bernardo Donarides y don Juan Borgia: dos de ellos están de servicio cada dia, además de los monteros de Espinosa.

Sólo una habitacion, llamada la Torre, es la que se ha dejado al príncipe; no tiene chimenea, las ventanas son muy altas, pequeñas y con hierros. Las demás se dieron al señor Ruy Gomez, y para que montase la guardia con más comodidad, ha sido la voluntad de su majestad el que llevase á ella su mujer.

Los motivos de esta resolucion los atribuye el mayor número á enfermedad del cerebro en el príncipe, ó á la desesperacion que tenia por vivir con demasiada sujecion. Habiendo anunciado ciertas señales que proyectaba salir de España, se ha añadido que luego queria usurpar los reinos con la muerte de su padre, con el designio, dicen, de ir á Portugal, cuyo rey le favorecia, como tambien el cardenal, pasando de allí á Flandes.

Con este objeto habia comprometido á gran número de personas verbalmente, pero sin confiar su secreto á ninguno; escepto, segun se cree, á D. Juan de Austria, con el objeto de que le aclamase después con toda su escuadra, y tal vez al marqués de Pescara. Ahora bien, se cree que el rey ha sido advertido por uno de éstos. Su majestad no ha adoptado esta medida, sino después de haber hecho rogar á Dios por espacio de cuatro meses lo menos en todas las iglesias, para que le inspirase y guiase.

Se ha quitado al príncipe toda su servidumbre y sus caballerizas, distribuyéndose los caballos entre el rey, la reina, la princesa y don Juan.

Dícese que el duque de Feria debe ir como *conde de los Consejos* fuera de la corte; unos designan á Sevilla, otros á Italia, etc.

Madrid, 26 de enero de 1568.

Carta del rey católico á don Perafan de Riveira, duque de Alcalá, virey de Nápoles.

«Habiendo dispuesto que la persona del serenísimo príncipe don Cárlos sea *recogida*, introduciendo un orden muy diferente en el modo de tratarle, servirle y conducirse con respecto á él, y siendo este cambio de la naturaleza que es, nos ha parecido á propósito hacéroslo entender con objeto de que sepais que lo que se ha hecho, ha sido por una razon tan justa, y causas tan urgentes, que nos hemos visto obligados á obrar de esta manera, que no hemos podido dejar de adoptar este medio; creyendo, como creemos ciertamente, que será el más conveniente y el más propio, tanto para el servicio de Dios, como del público, que hasta aquí se ha tenido en consideracion, y al cual se ha atendido como se hará en adelante; de lo que se os dará aviso oportuno y cuando sea necesario.

»Madrid, 22 de enero de 1568.

»YO EL REY.»

Es bueno consultar sobre este hecho, enteramente desfigurado por los libelistas contemporáneos y por trágicos posteriores, la correspondencia de Forquevaulx, embajador francés en España, en RAUMER, *Cartas históricas sobre los siglos* XVI *y* XVII. Refiérese en ellas que don Cárlos manifestaba abiertamente el odio que tenia á su padre, hasta tal punto que su confesor le negó la absolucion; que estaba envidioso de don Juan de Austria, y que trató hasta de asesinarle.

Si se reflexiona que Felipe II tenia treinta y un años cuando se casó con la futura de su hijo, aun niño, y que la princesa de Eboli era tuerta, no es ya posible admirar, como se acostumbra á hacerlo, la verdad histórica de Schiller, y de los demás escritores que han tratado dramaticamente este asunto. Un arte adopta una falsa direccion cuando sacrificando un mérito que le es propio, ejecuta lo que otro arte puede hacer con mayor perfeccion y más facilmente con sus medios particulares. Esto es lo que acontece con la poesia cuando quiere convertirse en historia; ahora bien, en el caso en que nos encontramos, es necesario hacer dramáticamente de don Cárlos el tipo de la tolerancia y de la libertad, cuando era enteramente otra cosa.

Schiller habia sido adelantado por Otway, que hizo en 1676 una tragedia sobre el mismo asunto. La accion empieza el dia mismo en que se celebran en Madrid las fiestas del matrimonio de Felipe II con Isabel de Francia. El rey está celoso antes de poseerla; ella siente el amante que ha perdido. Felipe confia sus celos á Gomez, que los fomenta con la esperanza de sacar partido de ellos. Los dos amantes se encuentran; don Cárlos confiesa á la reina su amor, la que no oculta el suyo; presentándole su mano que cubre de besos: «Amadme, le dice, príncipe generoso, pero conservad pura vuestra llama: que vuestros deseos sean castos á fin de que podamos un dia encontrarnos sin vergüenza en la morada celestial, presentándonos en ella siendo toda alma, todo amor... ¡Ay! ¿Por qué estoy tan turbada? Estoy muy débil, no puedo permanecer más tiempo. Temo el poder de tan dulce encanto, y no tendria fuerzas para alejarme.»

El marqués de Posa es tambien el amigo del infante; acompaña en union de Gomez y de don Juan de Austria al rey que se presenta en el tercer acto, y esclama: «¡Poderoso Dios! ¿cómo he podido excitar vuestra cólera hasta tal punto que aflijais mi ancianidad, después de haber hecho próspera mi juventud? ¡El incesto de una esposa con un hijo! ¡Terrible dia!. ...» Gomez, que ha asegurado haber visto á don Cárlos besar la mano á la reina, recibe órden de castigarla, tanto á ella como al infante.

Pero el marqués de Posa toma su defensa y desafia al traidor que ataca su honor; don Juan de Austria se une á él, pero no llegan á disipar las sospechas del rey; Posa advierte al infante y á la reina del peligro que les amenaza, Isabel contesta: «¡Cómo!, ¿está celoso? Creia que tendria más fe en mi virtud. Sus injustas sospechas no tardaron en declararse, pues comenzó á manifestarlas el dia mismo de nuestro matrimonio, antes de la noche que debia consumarlo.» Aconseja á don Cárlos á marchar, pero él no quiere resignarse á ello. Apenas ha salido éste, cuando aparece el rey; y encontrando á Posa con la reina, se enfurece, manda ponerle preso, y amenaza la reina, la que le jura un odio mortal. En su consecuencia, manda reducirla á prision. Cuando don Cárlos, que se presenta, le pregunta por qué trata así á la reina, le hace tambien poner preso; pero don Juan intercede por ellos. El infante dirige á su padre amargos cargos, le confiesa que ama á la reina, y hasta se alaba de ello; indignado el rey, manda que sea aquélla desterrada; enterneciéndose después, la abraza, él jura que la ama y la hace prometer no volver á ver á don Cárlos; después sale dejando al príncipe con la reina. Aquí hay una escena de amor.

Don Cárlos se propone partir para Flandes; pero antes quiere ver á la reina. Acaban de ponerle preso por orden del rey, pero don Juan se encarga de suspender la ejecucion. Penetra el infante en el aposento de la reina, confiándose en la princesa de Eboli, que finge favorecerle. La reina le exige que tranquilice á su padre, y él lo promete: sin embargo, se adelanta hácia el aposento. Prevenido Gomez por la princesa de Eboli, que es su mujer, anuncia al rey que don Cárlos y la reina estaban juntos. Aparece Posa, y el rey manda á Gomez darle muerte, lo que ejecuta; se le encuentran despachos para Flandes que habia preparado en nombre del infante; en este momento aparece don Cárlos para pedir perdon á su padre en presencia de la reina. Encolerizado el rey, contesta enseñándole los despachos y el cadáver de Posa; desesperado el infante, saca su espada, arrojándola después lejos de él. La reina quiere justificarle, Felipe se irrita, concluye por mandar á la princesa de Eboli envenenar á la reina, á fin de que éspie sus culpas con grandes sufrimientos.

En el quinto acto, envia á decir á la reina que don Cárlos la aguarda. Pero cuando llega se encuentra en presencia de su celoso tirano, que le dirige cargos y le declara que es preciso morir; acepta ella su suerte, pero protestando de su inocencia, y comienza á sentir los efectos del veneno. En este estado las cosas, la princesa de Eboli, á quien Gomez, su marido, ha encontrado con don Juan de Austria, ha sido tambien víctima de los celos conyugales; preséntase ésta en la escena, herida de muerte y próxima á dar el último suspiro, revela los manejos de Gomez, la inocencia de la reina y espira. En vano quiere el rey salvar á Isabel, que ha bebido ya el fatal veneno; á don Cárlos le han abierto las venas, que se presenta á su vez en la escena debilitado por la sangre que ha perdido, y muere después de Isabel, mientras que el rey asesina á puñaladas á Gomez.

Esta carniceria es un desenlace desgraciado. Hay, sin embargo, mérito en los caractéres de Posa y de la princesa de Eboli, que el poeta aleman ha descrito magníficamente, aunque de una manera ideal. Schiller escribió su *Don Cárlos* en Bauerbach, en los ocios laboriosos de una vida de imaginacion, consolado con la amistad de madama Wollzogen que le habia ofrecido aquel asilo. Puede encontrarse una prueba de la disposicion lírica de su talento en aquella época, en este pasaje de una carta dirigida á uno de sus amigos: «Con el fresco de la mañana, pienso en vos y en mi don Cárlos. Mi alma contempla á la naturaleza en un espejo brillante y sin nubes, y me parece que mis ideas son la realidad. La poesia es una amistad entusiasta, un amor platónico para una criatura de nuestra imaginacion. Un gran poeta debe ser capaz de esperimentar á lo menos una grande amistad. Debemos ser los amigos de nuestros héroes, pues debemos temblar, obrar, orar y desesperarnos con ellos. Por esta razon yo hablo con mi don Cárlos en sueños; me paseo con él por el campo; toma su alma del Hamlet de Shakspeare, su sangre y sus nervios de Julio de Leisewiz; pero recibe de mí la vida y el impulso.»

(B) PAG. 115

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ

Los católicos, hombres de odio y cólera, dispuestos á todas las violencias para sostener la supersticion contra la razon, no conociendo otro medio de evitar que la verdad se estendiese, concertaron una matanza general de los disidentes de Francia, de acuerdo con el papa, Felipe II y Cárlos IX.

En estos términos poco más ó menos se formulaba en el siglo pasado la historia del deplorable crímen ejecutado en la noche de san Bartolomé, lo que ofrecia un hermoso texto á las declaraciones contra los reyes y los sacerdotes, dos poderes que locamente se confundian en la opinion de los filósofos.

Nuestro siglo, menos analítico, es decir, menos crédulo de los asertos, acostumbrado á pesar los hechos, ha debido naturalmente someter de nuevo al exámen estos dogmas volterianos, conviniendo ante todo que este acontecimiento es uno de los problemas más adecuados para impulsar á la historia al escepticismo.

¿La matanza fué preparada ó premeditada? ¿Felipe II la aconsejó realmente á Cárlos IX y á la reina Catalina, seis ó siete años antes de su ejecucion? ¿Se concibió la idea de adormecer al partido protestante en la confianza y en la seguridad? ¿Fué urdida la trama después de muchas meditaciones por Cárlos IX, Catalina y sus amigos, ó como lo pretenden los católicos, fué el resultado de una sublevacion popular, de un motin pasajero, de una violencia que el rey sancionó con su autoridad, para satisfacer y saciar la venganza de la exasperada muchedumbre?

Los contemporáneos están desacordes en todos los puntos. Perefixe asegura que perecieron seis mil individuos: como obispo católico, no tenia interés en aumentar el número de los muertos. Sully, hugonote, le hace ascender á sesenta mil, De-Thou, favorable á los filósofos, opuestos á los católicos, no cuenta más que treinta mil muertos. La Popelinière los reduce á veinte mil; Papirio Massou, á diez mil; el Martirologio de los protestantes á cinco mil; el abate Caveirac pretende establecer que la lista fúnebre no pasó de dos mil. De este número á setenta mil hay gran diferencia.

La cuestion de premeditacion no está menos oscura. Segun los primeros historiadores católicos, Papirio Massou y Camilo Cupilupi, fué larga, constante, y estuvo muy oculta. Cuando recibió la noticia de la matanza, Felipe II manifestó grande alegria. Varios de sus cortesanos decian, que el acontecimiento no era debido al rey de Francia, sino al pueblo, pues los calvinistas habian sucumbido á los inesperados golpes del furor popular; pero «á estas palabras, contestó el embajador francés, que da cuenta de esta conversacion, el rey de España movió desdeñosamente la cabeza mofándose del cortesano que habia emitido aquella opinion, y declaró que atribuia sencillamente el castigo de los herejes á una estratagema concebida por la habilidad y sostenida por el poder de V. M.»

La impresion de Roma no era diferente de la de Felipe II, pues Cupilupi, caballero romano, publicó con este título, *Estratagema de Cárlos IX, rey de Francia, contra los rebeldes hugonotes*, una relacion bien escrita de la conjuracion, de su ejecucion y de sus consecuencias, juzgándola una tragedia deplorable, pero necesaria y ordenada por el deber. Su libro está lleno de la política perversa que dominaba entonces en Italia y fuera de ella; ésta se manifestaba tan desnuda y tan negra, que los historiadores concienzudos sospecharon que los calvinistas hàbian hecho componer esta obra en italiano para dañar al partido contrario.

El famoso latinista Mureto, á quien los humanistas apellidan nuevo Ciceron, pronunció ante el papa un elogio de la matanza; y trasladamos aquí el siguiente pasaje como prueba de la hinchazon que le era natural: «O noctem illam memorabilem et in fastis eximiæ alicujus notæ adjectione signandam, quæ paucorum seditiosorum interitu regem à præsenti cædis periculo, regnum a perpetuo bellorum civilium formidine liberavit! Qua quidem noctis stellas equidem ipsas luxisse solito nitidius arbitror, et flumen Sequanam majores undas volvisse, quo citius illa impurorum hominum cadavera evolveret et exoneraret in mare. O felicissimam mulierem Catharinam regi matrem, quæ cum tot annos admirabili prudentia parique solicitudine regnum filio, filiun regno conservaret, tum demum securre regnantem filium adspexit! O regis patres ipsos quoque beatos! quorum alter cum, qua ætate cæteri vix adhuc arma tratare incipirent, ea ipse cuater commiso prelio frater nos hostes fregisset ac fugasset, hujus quoque pulcherrimi facti præcipuam gloriam ad se potissimum voluit pertinere alter, quamquam ætate nondum ad rem militarem idonea erat, tanta tamen est ad virtutem indole, ut neminem nisi fratrem in his rebus gerendis eoque animo sibi passarus fuerit anteponi! O diem denique illum plenum lætitiæ et hilaritatis, quo tu, beatissime pater, hoc ad te nuncia allato, Deo immortalis et divo Ludovico regis, cujus hæc in ipso per vigilio evenerant, gratias acturus, indictas a te supplicationes pedestris obiisti! Quis optabilior ad te nuncios adferri poterat aut nos ipsi quod felicius obtare poteramus principium pontificatus tui, quam ut primis illius mensibus tetram caliginem, quasi exorto sole, discussam cerneremus!» (T. I, p. 197, ed. Ruhnken).

El príncipe Francisco de Toscana escribió á Vasari, con fecha de 20 de noviembre de 1572, lo que sigue: Nos alegramos de haber sabido, no sólo vuestra llegada á Roma, sino tambien los favores que os ha dispensado Su Santidad, quien tiene razon en querer que aparezca en la sala de los reyes un acontecimiento tan santo y notable como fué la ejecucion contra los hugonotes en Francia.» Apéndice Gaye, II, CCCXI.

En 1817 se publcó una relacion del Tasso sobre las cosas de Francia, donde aprueba y alaba aquella mortandad.

Papirio Masson, el predicador Sorbin, y la mayor parte de los historiadores españoles, se quejan de no haber sido posible sofocar de una vez toda la hoguera de la herejia. Lejos de querer culpar la memoria de Cárlos IX, pretenden tributar homenaje á su piedad, coleccionando todos los hechos que se dirigen á probar que la matanza fué prevista y dispuesta mucho tiempo antes.

Los historiadores católicos modernos desecharon con indignacion esta premeditacion de crímen, juzgando necesario lavar la mancha sangrienta é infame impresa en la frente de los sectarios de Jesucristo; y acusaron de calumnia á Cupilupi, á Papirio Masson y á Augusto de Thou. Caveirac, de Nimes, dialéctico erudito, como escritor exacto y correcto, celoso católico, emprendió esta tarea, y proporcionó los principales argumentos de que se sirvieron después los demás historiadores, y principal-

mente el doctor Lingard. Su pequeño tratado es una obra maestra de argumentacion; presenta en él con talento y vigor algunas razones, y desenvuelve con destreza las circunstancias históricas en apoyo de una teoria.

Segun estos historiadores, la pretendida conjuracion de todas las potencias católicas contra el calvinismo es una quimera. En el momento en que Coligny fué derribado por Maurevert, Cárlos IX estaba en vísperas de declarar la guerra á España, habiéndose indispuesto las dos cortes. Felipe II, muy comprometido en Bélgica, no temia nada tanto como ver al rey cristianísimo, su hermano, aumentar con aquellas hostilidades la dificultad de su posicion. No se encuentra en otra parte, añade Caveirac, en la ejecucion de aquella sanguinaria tragedia, el conjunto de disposiciones uniformes, la sencillez del plan indispensablemente necesaria, para admitir una premeditacion. La corte no hubiera dejado de hacer dar muerte en el mismo dia á todos los protestantes en las diferentes ciudades de Francia; por el contrario, la matanza se verificó en Meaux el 25 de agosto, en la Charité el 26, en Orleans el 27, en Saumur y Angers el 29, en Lyon el 30, en Troyes el 2 de setiembre, en Bourges el 11, en Ruan el 17, en Romans el 20, en Tolosa el 25; en Burdeos el 23 de octubre. Al considerar estas diferentes fechas, no se puede menos de creer que el ejemplo del fanatismo produjo aquellas diferentes matanzas, que la carniceria se estendió por toda la Francia como un reguero de pólvora, que se inflama en toda la línea por donde corre.

Véanse otras cuestiones no menos controvertidas. ¿En quién recae la responsabilidad del crímen? ¿En el rey y sus guardias, como lo pretenden Voltaire y todos los escritores de la escuela filosófica, ó en el pueblo, como lo afirma Augusto De-Thou, escritor imparcial?

Por una parte, los que dan crédito á la conspiracion de los señores, desechando la suposicion de un gran motin concertado con el pueblo, citan á Cupilupi, á Brantome y á d'Aubigné, las *Memorias* de Condé, y en general á todos los protestantes. No queriendo admitir que la masa de la nacion estuviese irritada contra los herejes, dan el plan de la conjuracion como emanado de un comité secreto formado por Catalina, Tavannes, Birague, y dirigido por la inspiracion española. Afirman que no sólo el pueblo bajo sino tambien la mayoria de los grandes señores, ignoraban el proyecto de matanza. Citan, en prueba de este aserto, la conversacion de Cárlos IX con un cortesano, que habiéndole dado á entender que estaba informado de las resoluciones de la corte por el duque de Anjú, fué despedido con cólera por el rey, y los cargos dirigidos por Cárlos á su hermano, á quien hizo llamar al instante para reprenderle por su indiscrecion. Algunos, como Tavannes, en los recuerdos de la vida de su padre, sostienen que sólo querian deshacerse de los jefes rebeldes, y que el furor del populacho hizo general la matanza. Otros, á ejemplo de De-Thou, afirman que el proyecto era comprender á todo el partido en una misma proscripcion.

De esta manera, á medida que se trata de dar luz á las tinieblas de este problema histórico, la oscuridad se aumenta. Si consultamos los escritos calvinistas, la tragedia de Chenier, la historia de Hum, un monarca cruel, una reina italiana y algunos criminales ó confidentes lo han hecho todo. Si, por el contrario, se da crédito á Lingard, toda la nacion fué cómplice de aquel crímen. Ahora bien, esta opinion está favorecida por los opúsculos de la época, tanto en prosa como en verso, que hablan de las esclamaciones de alegria que con este motivo lanzó el populacho. Si se les atiende, no fué Cárlos IX quien impulsó á su siglo, sino quien fué impulsado. Cappler de Vallay, tan mal poeta, publicaba entonces los versos siguientes:

L'Eternel Diel veritable,
Qui descouvre tous les secretz,
A permis de droit equitable
Les perfides estre massacrez;
Car la dimanche vingt-quatrième
Furent tués plus d'un centième
Fauteurs de la loi calvinienne.
Depuis, on a continué
De punir les plus vicieux
De ceux qui avoient remué
Toute la terre, voir les cieux.

Semejante elegia no se hubiera vendido por las calles de Paris, si no hubiese correspondido á las pasiones y servido de órgano á los furores de la muchedumbre. No se permiten poesias tan detestables sino en ocasiones semejantes; cuando esta reaccion nacional surgió de una manera tan brutal, tan chocante, debe suponerse en ella mucha energia y gran conformidad de ideas. *La marmita derribada por los herejes*, *La justa venganza de Dios contra los herejes*, manifiestan el furor popular; y los grabados de la época, las medallas acuñadas en honor de los asesinos católicos, los sermones pronunciados en el púlpito á la multidud, los furores de la Liga y de todo el pueblo, son otras tantas pruebas en apoyo de la opinion que acrimina á las masas y no á un pequeño número de conjurados.

Pero ante todo, ¿el principal motor de la carniceria era el fanatismo religioso ó la ambicion de poder? Voltaire no considera más que la accion del fanatismo, opinion comun á los filósofos del siglo XVIII. No obstante, De-Thou, la Popelinière d'Aubigne, Tavannes, y el mayor número de los autores de memorias, que tomaron parte en los negocios de Estado, se quejan además de la insolencia del partido calvinista, como tambien de la conspiracion del almirante Coligny y de los suyos, conjuracion que Cárlos IX sofocó en sangre.

Segun esta hipótesis, sostenida por Caveirac, De-Thou y Lingard, la religion no tuvo ninguna parte en esta matanza. En efecto, no se ven concurrir al consejo secreto que la dispuso, ni cardenales, ni obispos, ni sacerdotes, sólo á hombres políticos dirigidos por una mujer depravada, educados en los principios de maquiavelismo, y poco interesados en la pureza de la religion, en atencion á que sus costumbres y sus almas estaban muy corrompidas.

Si estamos acostumbrados, añaden estos escritores, á considerar esta grande efusion de sangre como la obra del catolicismo, es dando crédito á Voltaire, para quien todos los medios son buenos para ultrajar á una religion que detesta. Lingard y Caveirac no consideran, pues, en este acontecimiento más que una proscripcion, y en los ministros de la venganza real más que á sicarios políticos; no distinguen ni furor religioso, ni manos armadas de puñales y crucifijos. Criminales de Estado, súbditos rebeldes insurreccionados contra su monarca con objeto de asustarle con la amenaza é imponerle su voluntad, perecieron los calvinistas en una proscripcion comun, heridos de un golpe semejante al que hizo caer en un dia la cabeza de seis mil romanos bajo la espada de Sila.

Si este punto de vista parece probable, y da una esplicacion plausible á un acontecimiento estraordinario, otros varios argumentos se suscitan en su contra. Estos argumentos resultan de las felicitaciones mandadas por los príncipes católicos desde una estremidad á otra de Europa, solemnes acciones de gracias dadas á Roma, la procesion que se hizo por Gregorio XIII desde la iglesia de San Marcos á la de San Luis, y la medalla acuñada para eternizar la memoria de este acontecimiento. Pero el abate Caveirac sostiene que todas aquellas demostraciones de alegria y gratitud no tenian otro objeto y principio único y verdadero, que el descubrimiento de una estensa conspiracion tramada contra el rey por los hugonotes, y particularmente por su jefe Coligny.

Los calvinistas sostienen que la conspiracion era un fantasma, un miserable pretesto, y que todas las acciones de Coligny y todas sus palabras fueron las de un súbdito fiel. El rey permanecia en guardia contra las asechanzas de Felipe II, y si los caballeros calvinistas estaban armados, es muy natural que personas perseguidas no presentasen pacíficamente su garganta á los verdugos. Cuando tenian por enemigos mortales á toda la familia de los Guisas, á la reina madre, á la corte y al pueblo, ¿quién podria hacerles un cargo de haberse mantenido á la defensiva? El trono no tenia nada que temer del protestante Coligny; pero no sucedia lo mismo á los príncipes católicos de la familia de Lorena. Dicen además que, siendo débil el protestantismo, era mucho más necesario á los hugonotes defenderse de los enemigos que les rodeaban.

Los católicos contestan que el almirante era el jefe de una revolucion no interrumpida hacia algunos años, con objeto de trastornar á la Francia, poner al rey en tutela y cambiar de religion. En efecto, ¿no habia organizado en todo el reino una estensa filiacion protestante, que obedecia á una señal de su mano y le convertia en un segundo rey de Francia? ¿No tenia en las provincias gobernadores á sus órdenes, recaudadores de impuestos, tenientes, subtenientes y consejeros? ¿A qué súbdito le es permitido erigirse en segundo amo? ¿Qué monarca hubiera tolerado esta peligrosa é ilícita rivalidad? Véase lo que pensaba con respecto á esto Cárlos IX, y cómo se espresa en su carta á M. de Schomberg:

«El almirante era más poderoso y mejor obedecido que yo, pudiendo, por la gran autoridad que habia usurpado, sublevar á mis súbditos y armarlos contra mí cuando le convenia, como me lo habia manifestado varias veces. Habiéndose abrogado él tal poder sobre mis súbditos, no podia llamarme *rey absoluto*, sino sólo dueño de una parte de mis Estados. Si Dios ha querido libertarme de él, debo alabarle y bendecirle por el justo castigo que ha impuesto al almirante y á sus cómplices. Como me era imposible soportarlo más tiempo, he resuelto dar rienda suelta á la justicia, como á la verdad, no lo hubiera yo creido, pero era inevitáble en semejantes circunstancias.»

«Su majestad, dice Bellievre, hablando con algunos de sus servidores, de cuyo número era yo, decia, que cuando se veia amenazado se le erizaban los cabellos.» Señales del mismo terror que el almirante inspiraba á Cárlos IX se encuentran en Brantome, Tavannes y Montluc, hombres de Estado de aquella corte.

¿Quién no hubiera tomado por una insolencia, por una tirania premeditada, por una insoportable é injuriosa bravata estas palabras de Coligny, á su soberano? *Señor, haced la guerra á los españoles, ó nos veremos precisados á hacérosla á vos.* ¿No trató de anonadar el poder de Catalina? Cuando esta mujer, que no vivia sino para reinar, se vió amenazada en lo que le era más querido, puso por obra todos los medios para aniquilar á sus enemigos, secundada por el celo de algunos cortesanos, y entre otros por Tavannes. Habiendo dicho el rey un dia á este último que uno de sus súbditos le ofrecia

diez mil hombres para hacer la guerra en los Paises-Bajos, creyendo que sólo Coligny podia hacer semejante oferta, le contestó: *Señor, deberiais hacer caer la cabeza del súbdito que os dirige semejantes palabras. ¿Qué derecho tiene para ofreceros lo que es vuestro? Esta es una señal manifiesta de que los ha seducido y corrompido, que es jefe de partido con perjuicio vuestro, y que ha ganado esos diez mil hombres vuestros súbditos, para servirse de ellos en caso de necesidad contra vos?*

Recapitulemos los problemas planteados:

I. ¿Se han exagerado los horrores de aquella funesta noche?

II. ¿Los protestantes perecieron como rebeldes ó como herejes?

III. ¿La ejecucion fué premeditada ó no? ¿Los verdugos obedecieron á un impulso esterior, á su propia voluntad ó á la sed de sangre?

IV. En fin, ¿las masas deben ser consideradas como más culpables que los que las dieron impulso?

¿El crímen fué nacional ó individual? ¿político ó religioso? ¿pertenece á una corte ó á un siglo?

¿Cuál era entonces la situacion de la Europa y el movimiento general de las naciones? Los partidarios de lo pasado, fieles á los dogmas de la religion de sus padres, luchaban por todas partes con vigor contra los fautores de innovaciones, de la duda protestante y de la libertad de creencia. Este doble sentimiento se desarrollaba con arranques de energia apasionada, fecundos en crímenes. Si la España católica quemaba en la plaza pública á los sospechosos de herejia, los anabaptistas degollaban en Munster, en nombre de Dios, á los ancianos, mujeres y niños. Si los doctores de la Sorbona condenaban á muerte á los que negaban su símbolo, Calvino enviaba al suplicio á Miguel Servet, que comprendia de otra manera que él la Trinidad. A la idea protestante se unia en todas partes la de emancipacion y de libertad; á la fe católica se implicaba estrechamente la idea de la autoridad y obediencia. Roma, Paris y Madrid, sedes de la religion católica, se llenaron de furor contra Wittemberg, Basilea y Londres; toda la Europa se presentó dividida en dos campos, el uno partidario de lo pasado, el otro del porvenir, que no se aseguró sin luchas, violencias, innovaciones y angustias.

Con respecto á la masa del pueblo en Francia, el catolicismo era su vida moral, la sancion de lo pasado y de lo porvenir, el culto paterno, la garantia de todos los derechos. Para la nacion española era la nacionalidad, la emancipacion del poder de los moros, el estandarte de Pizarro, de Colon, de Vasco de Gama. ¡Cuántas pasiones se sublevaron, inquietas, terribles, sanguinarias, dispuestas á todo, cuando penetrando la innovacion de Lutero en todos los ánimos, atacó al mismo tiempo al catolicismo, la creencia íntima del hombre de las clases medias, el motor más eficaz del hombre de guerra! Todo lo que constituia la felicidad de los unos, el apoyo, la esperanza ó la ambicion de los otros, se encontraba entonces reunido; la masa de las inteligencias comunes, la multitud de las almas tímidas ó tiernas, de los hombres que prefieren mejor creer que razonar, se asustaron con justa razon. Los grandes los débiles, los pobres, los hombres de las clases medias, los artesanos, todos temblaron, y todas las religiones de la Europa caminaron bajo un estandarte comun.

Por otra parte, este movimiento lisonjeaba á la libertad del espíritu humano. Los eruditos que se complacian en el exámen de su creencia, los pequeños príncipes seducidos con sacudir un yugo y una autoridad que les oprimia, los ánimos atrevidos, á quienes inducia la novedad, ciertos reyes que esperaban llegar á ser papas á su vez, y elevar altar contra altar, formaron una falange militante de protestantes y se manifestaron tanto más terribles cuanto mayor resistencia esperimentaban por todas partes.

Ambos partidos enarbolaron diferentes colores políticos, y parecian separados en virtud de su clase social. En Francia, los nobles de las provincias, descendientes de los señores poderosos en otra época, y privados de su autoridad feudal por el movimiento que se habia verificado desde Cárlos VI, hallaron en el nuevo culto una especie de independencia, de aislamiento y superioridad que les halagaba. Sin declarar precisamente la guerra al trono ni al pueblo, se colocaron en una línea particular para atacar á uno y á otro. Temibles por su carácter, por su táctica y por su valor, por sus relaciones y su crédito, formaban una linea unida por el vínculo sagrado de una creencia comun, y desde entonces muy de temer de una corte muy depravada é inconstante. A estos caballeros se unian las personas instruidas, que haciéndose calvinistas, se emancipaban de esta manera de la nobleza que los rechazaba y del pueblo cuya ignorancia despreciaban. La distincion del talento, la elevacion del carácter, el orgullo, la ambicion, tal vez algo de envidia, todos estos elementos se combinaban en el partido protestante en Francia.

La sangre principió á correr desde el momento en que las dos masas llegaron á las manos. Entonces comenzaron los crímenes. Principes, sacerdotes, pueblos fueron culpables á la vez atribuyendo cada uno la primera culpa á su adversario y entregándose á ardientes recriminaciones; á la lucha de las ideas sucedió la lucha material, que multiplicó los cadáveres. Los historiadores cometieron la falta de defender la causa, ya de los protestantes, ya de los católicos; Varillas y Voltaire provocaron el juicio de la posteridad imparcial, que les pesó en la misma balanza; y á la posteridad le pareció ver por ambas partes espadas teñidas de sangre, y creyó reconocer en aquel combate á muerte, no los críme-

nes de una secta, sino los desafueros de una corte; no las instigaciones del fanatismo, sino las eternas pasiones de la humanidad.

La matanza de Vassy, que cada uno de los dos partidos achacaba al otro, dió la primera señal, y los protestantes del Mediodia ejercieron al momento las más atroces crueldades contra los católicos; los católicos del centro no permanecieron ociosos, y por todas partes hubo emulacion en cometer insultos y crímenes; ¿quién quedó vencedor en la lucha? ¿á quién debe adjudicarse la palma del asesinato? Dificil seria decirlo. Si las víctimas católicas fueron menos en número que las protestantes, fué solamente porque la multitud era católica. En unos habia obstinacion de rebelion, en otros obstinacion de furor. En 1567 y 1569, las calles de Nimes quedaron teñidas de sangre católica. Una espantosa matanza, que las personas del pais llamaron la *Miguelada*, se organizó por los protestantes el dia de San Miguel de 1567. Los católicos encerrados bajo buena custodia en las casas consistoriales, fueron degollados en ellas por sus enemigos con una horrible regularidad, que recuerda las matanzas de setiembre, en la época de la Revolucion. Se les hizo bajar uno á uno á los sepulcros de la iglesia donde los religionarios los aguardaban, para atravesarlos á puñaladas; hombres provistos de antorchas estaban colocados en la flecha y en las ventanas del campanario para iluminar mejor aquella escena de carniceria, que duró desde las once de la noche hasta las seis de la mañana.

Los mismos crímenes se renovaron bajo diferentes formas en toda la Francia, sin que sea posible afirmar qué partido tomó la iniciativa. En los puntos donde el protestantismo constituia el partido principal, los católicos sucumbieron; la superioridad fué de los católicos donde, como en París, los protestantes estaban en minoria. Maurevet asesinó á Coligny, y Poltrot al duque de Guisa. Precisados los hugonotes á organizarse para su defensa, redujeron al trono y la corte á la última estremidad, de tal manera, que el rey no representó ya ninguno de los intereses que agitaban violentamente á la muchedumbre. A la derecha é izquierda de la corona real surgieron dos coronas, la del protestantismo sobre la cabeza de Coligny, la del catolicismo sobre la del duque de Guisa. Desprovista la corte de fuerzas se puso sobre las armas, y la astucia de Catalina de Médicis representó maravillosamente la política pagana del siglo. Asi fué que por una parte estaba la galanteria, la voluptuosidad, el libertinaje, la depravacion de la corte, y por la otra la severidad aguerrida, la tenacidad rebelde, la indomable firmeza de los protestantes, en fin, el fanatismo popular y el celo inflamado de los católicos. Uniéndose el trono alternativamente á cada uno de los partidos, permanecia siendo respetado en la apariencia, y despreciado en el fondo; fué cómplice de todos los crímenes que pretendia reprimir; cómplice de la rebelion que no castigaba, cómplice de la matanza de San Bartolomé que urdia con los católicos.

En este estado de cosas, si se hubiese dicho á la corte que para conquistar el poder era preciso que profesase el protestantismo, la corte hubiera sido protestante; corte disoluta, en la que el mismo rey, a pesar de su severidad católica, tenia una vida tan poco digna de un cristiano, en la que no habia más que bailes, máscaras, banquetes preparados por cocineros italianos, cantares que se entonaban durante la noche, visitas á astrólogos, duelos, refinamientos de molicie, *flores de placer teñidas de púrpura sangrienta*, segun la espresion de Pasquier. Esta era la existencia de aquella corte. Cárlos IX y los señores que le rodeaban gastaban la energia de su alma en ejercicios corporales, en locuras y en raras estravagancias; el rey apostó con Chaulnes á que llegaria al cabo de un año á besar la punta de su pié; apuesta hecha sériamente, como aun consta en la biblioteca real entre los manuscritos de Bethune. Catalina de Médicis no descuidaba nada para aumentar esta mania de crímenes, esta estravagancia y depravacion de costumbres que favorecia sus designios.

Los movimientos de las potencias protestantes y católicas se mezclaban á todo este caos; tanto unas como otras procuraban hacer inclinar la balanza en su favor; ambas daban consejos contradictorios, que se escuchaban con intencion de seguirlos cuando se presentase la ocasion. Pero los deseos, las intrigas, los votos ardientes estaban necesariamente subordinados al curso de los acontecimientos, que nadie podia prever. ¿Por qué los historiadores más sabios olvidan esta máxima popular: el hombre propone y Dios dispone?

Cansada la corte del engrandecimiento de los calvinistas, buscó primero todos los medios de deshacerse de ellos; después trató de ganar tiempo, enseguida de negociar; tan pronto los combatia como los acariciaba. Pensó en ganarlos á su partido ofreciéndoles la libertad de conciencia; pero asustada con sus amenazas, volvió á caer en una desesperacion que, haciéndola volver á sus primeras ideas de esterminio, la obligó finalmente á recurrir á la matanza. Ahora bien: ¿esta matanza fué el objeto de una premeditacion de siete años? No, seguramente. ¿Comenzaron á ocuparse de ella desde la conferencia de Bayona? Sí, sin duda; y si no fué una cosa determinada, por lo menos se le debe tener como un designio vago, como lo manifiestan las palabras de los escritores contemporáneos, como Tavannes, Castelnau, le Laboureur, Malthieu, Calignon, La Noue, Adriani, Dávila, Famiano y Estrada. «Las dos cortes, dice Estrada, se entendieron con respecto á los socorros que debian proporcionarse mútuamente para la estirpacion de las herejias, y con respecto á los remedios que habia que aplicar á los males de la religion en Francia.» Adriani que, segun se cree, sacó los materiales de su historia del

diario particular de Cosme, gran duque de Toscana, habla con más claridad: «Concluyeron por atenerse á los consejos que el duque de Alba habia dado en Bayona, con arreglo al parecer del rey católico; y cuando se conoció la imposibilidad de hacer algo de otra manera que con la muerte de todos los jefes hugonotes, renovando en Paris las vísperas sicilianas, se siguió este consejo en 1572, tan pronto como la ocasion se presentó.»

Segun Dávila, que gozaba de la confianza de la reina madre, los medios que habia que emplear para estirpar la herejia se concibieron y determinaron en Bayona. Como el duque de Alba recomendaba sobre todo no perdonar á ninguno de los jefes, en atencion á que una cabeza de salmon vale más que cien ranas, la reina contestó: «Que adoptaria este partido en un caso desesperado; pero que primero trataria de evitar la efusion de sangre, y probar hacer entrar á los hugonetes en el seno de la Iglesia por la conciliacion y la dulzura.» Separáronse, prosigue el mismo escritor, prometiéndose asistencia y socorro, pero reservándose obrar segun las circunstancias que se presentasen, y pudieran modificar los proyectos de cada uno. «En la asamblea de Bayona, dice el autor de las *Memorias de Tavannes*, se resolvió que las dos coronas se protegieran recíprocamente, sosteniendo la religion católica, triunfando de los rebeldes, y haciendo de manera que los jefes de los sediciosos fuesen *cogidos y ajusticiados*.» Le Laboureur comentador de Castelnau dice que «los hugonotes estaban advertidos de que la liga formada contra ellos estaba dispuesta á estallar después de la conferencia de Bayona.» Pasquier asegura que desde aquellas negociaciones se aumentaron las sospechas de los calvinistas, y que desde aquel momento procuraron que su organizacion militar fuese más fuerte y terrible.

¿Qué se puede oponer á esta asercion de los protestantes y de los católicos? ¿Se dirá que la liga de los príncipes no fuese más que un proyecto sin resultado, que el *Edicto de pacificacion* de 1570 fué dictado por un deseo sincero de conciliacion general; que los hugonotes abusaron de la indulgencia que se habia usado con respecto á ellos; que el matrimonio de Enrique de Bearne les inspiró una loca presuncion? Sea, pero esto no destruye los testimonios citados ya. Era necesario y natural, políticamente hablando, que los príncipes católicos se uniesen para destruir una herejia que les amenazaba en sus más caros intereses; esta liga prosperó, pero no era en su orígen una concepcion imperfecta. Era natural por otra parte que las ideas de prudencia y humanidad, tal vez tambien de temor personal, se opusiesen á la ejecucion del plan concebido en Bayona; pues que, después de muchas incertidumbres, vacilaciones, pasos contradictorios, se recurrió, en fin, desesperados, al partido de la más atroz violencia; violencia aconsejada hacia mucho tiempo, tramada, meditada, pero considerada como último refugio. Era natural que ciertos caractéres disimulados y profundos no perdiesen nunca de vista el objeto propuesto.

Arbitro de las relaciones esteriores, envolviendo á la Francia en el sistema de la Reforma, teniendo en espectativa la independencia municipal de las provincias, y la gran existencia del feudalismo, forzando al rey á desarmar los ciudadanos de Paris, el calvinismo no aspiraba, sin duda, ni á derrocar al rey ni á destruir la monarquia, pero no por eso crecia menos su terrible poder, y era tanto para los católicos como para la corte un motivo de continuos terrores. Los protestantes de Alemania le servian de apoyo. Al mismo tiempo se elevaban por otra parte contra esta faccion el espíritu municipal de los ciudadanos, los mercaderes de Paris, los señores de la corte, los sacerdotes y casi todas las mujeres. En una carta que Coligny escribió al rey, se encuentran enunciadas muchas quejas; pero ¿hasta qué punto estos agravios eran fundados? El dinero que se les habia prometido no se les habia pagado; los católicos insultan á los protestantes; no se les hacen los honores que les corresponden, se les niegan los víveres, y dos de los suyos han sido muertos últimamente. Suponiendo que esto fuese cierto, y que la corte hubiese obrado de buena fe, ¿hubiera podido refrenar el ardor popular, tanto más, cuanto que los favores que concedia á los protestantes eran injuriosos para la muchedumbre? Se les juzgaba, y al mismo tiempo se les temia; situacion bien detestable, no habiendo nada más peligroso que ser temido de hombres que tienen poder.

Los hugonotes habian fundado, desde 1548 hasta 1559, su fuerza militar, y establecido sus predicaciones. Tratóse de derribarlos, primero con la persecucion, enviando á Ana Dubourg al suplicio, despues, haciendo caer en desgracia á todos los jefes protestantes. La casa de Lorena, atacada por la conspiracion de Amboise, habia hecho rodar cabezas en el cadalso. El tercer obrado habia procurado entrometerse, y moderar por una parte el movimiento calvinista, y por otra la persecucion de la ortodoxia: transaccion inútil que duró desde 1560 á 1561, sin terminar nada. Era inminente la guerra, porque mientras la antigua sociedad católica se irritaba con las concesiones hechas por la corte á la nueva creencia, los calvinistas estaban bien distantes de encontrarse satisfechos con aquellas concesiones. El acontecimiento de Vassy, la profanacion de San Medardo, los templos y los sermones invadidos tumultuosamente, los conventos y las abadias incendiadas, dieron la señal de aquella terrible guerra civil, que duró hasta 1562.

A este año es al que se refiere la célebre conferencia de Bayona. El último historiador de aquella época, Capefigue, concede «que el proyecto de deshacerse de los hugonotes por un medio cualquiera, fué concebido, y tal vez determinado, en aquellas negociaciones.» Se creia á los calvinistas tan fuér-

tes, que se pensaron los espedientes que habia que emplear para destruirlos. La *destreza no vale nada*, esclamó Cárlos IX en presencia del canciller Hospital. Es que habiendo recibido la impresion que le habia trasmitido el duque de Alba y Catalina, la ardiente y débil cabeza del jóven rey pensaba en la matanza, cuya ejecucion fué contrariada por más de una indecision y de un obstáculo.

Los esfuerzos del tercer Estado para hacer adoptar ideas de conciliacion, observar la fe jurada, moderar la violencia de los unos y la obstinacion de los otros, no pudieron impedir la segunda guerra religiosa, que duró desde 1566 hasta 1570, sin otro resultado que hacer aguerridos á los calvinistas en los combates, y aumentar el furor popular. Cuando se organizaron en Paris para la guerra civil, los protestantes se acostumbraron al fanatismo guerrero. La córte de Roma se hizo dueña de la de Francia, y Pio V escribia á todos los príncipes de Europa, comprometiéndolos á sostener á Cárlos IX. Si se comparan las palabras del jefe de la religion católica con las del duque de Alba, de Felipe II, de Catalina de Médicis, de Cárlos IX, se reconocerá que la matanza de la san Bartolomé no fué más que la última esplosion de una catástrofe preparada hacia mucho tiempo por la necesidad misma de las cosas y por la posicion de las partes contrarias.

Verificóse hácia el año de 1570 una revolucion en los ánimos que los indujo á la paz, resultado del cansancio general, después de una lucha sangrienta é inútil. Los exaltados murmuraban, la clase media se encontraba ofendida, y contra su voluntad era como los hugonotes deponian las armas: después de haber seguido la corte sucesivamente los impulsos de violencia, transaccion, guerra declarada y mediacion que habia recibido de los Guisas, del tercer Estado, de la corte de Roma y del calvinismo, concluyó por ceder á la tendencia calvinista del consejo Todo parecia concurrir á fines de 1572 á una paz religiosa; y si el proyecto de una gran matanza, meditado por espacio de varios años, subsistia aun, estaba abandonado por Cárlos IX. Fué vuelto á adoptar cuando el protestantismo conquistó el poder, después del matrimonio de Enrique IV y Margarita; cuando el rey se vió, por decirlo así, sitiado por los hugonotes, hombres severos, inexorables y orgullosos; cuando el pueblo de Paris se irritó al aspecto de aquellos protestantes que entraban dentro de sus muros sin ir á misa, sin acudir á su antigua catedral; entonces fué cuando todo el interés popular se fijó en Enrique de Guisa, jefe de los católicos, todo el odio en Coligny, y en el rey que seguia sus consejos.

Desde aquel momento, un temor sordo se esparció por los ánimos; y Montluc no titubea en confesar en sus *Memorias*, que los hugonotes corrian grandes riesgos en aquella época. «Al saber las noticias de la corte, me repetia á mí mismo todos los dias, que se halagaba demasiado á los hugonotes, y que habria ruido.»

En efecto, desde que la corte pudo comprender la emocion del vulgo, la ambicion de los protestantes, el peligro que corrian, la admirable ocasion que se presentaba, debió recordar todos los ultrajes que habia recibido, y meditar de nuevo los consejos que le habian dado en Bayona. Habiendo ofrecido entonces Coligny á Cárlos IX, que cumplia entonces veinte y tres años, el apoyo de sus caballeros para emanciparse de la tutela de su madre, Catalina lo supo, y llegó á ser el motor definitivo de un acontecimiento pedido por toda la clase media católica. De todas partes llegan noticias anunciando los asesinatos en Orange y Rohan; y cuando cansado el rey de la dominacion de su madre, seguia aun el ascendiente del grave y austero Coligny, el pueblo tenia sed de sangre, y los católicos pensaban en dar muerte de una vez á todos sus adversarios. ¿Cómo no sentir un poco de lástima en favor de un rey débil, jóven y ardiente, colocado en una posicion tan crítica?

El momento fatal habia llegado: todos los historiadores italianos sostienen que en él tanto el hijo como la madre, fueron igualmente culpables; pero los historiadores franceses absuelven á Cárlos IX para echar todo el crímen sobre Catalina. La fidelidad histórica nos prohibe pasar en silencio algunos hechos que parecian probar la complicidad de Cárlos IX. Dávila exalta el disimulo de Cárlos, que «quiso primero hacer salir de Francia á los ejércitos extranjeros para derrocar más completamente á los jefes de la secta.» Matthieu, Mezeray, el padre Griffet son del mismo parecer. «El rey, dice Matthieu, resolvió vengar las ofensas hechas á su edad, su religion y á su corona, cortar con el hacha la raiz de la division y destruir á los jefes. Habiendo sido la prudencia convertida en gran disimulo, y la resolucion conservada cuidadosamente en secreto, resultó el cruel y funesto dia de los maitines de París.»

En este punto las relaciones diplomáticas llegan á ser importantes: por esta razon existe aun una correspondencia minuciosa entre la corte de Francia y la Mothe-Fenelon que negociaba en Lóndrés un acomodo entre Catalina é Isabel, al mismo tiempo que un matrimonio de la reina de Inglaterra con el duque de Anjú ó el de Alenzon. Mas la matanza se verificó en medio de estas negociaciones, sin que se dijese ni una palabra antes para templar la indignacion de la orgullosa soberana. A la noticia del suceso, la Mothe-Fenelon escribió el embarazo en que estaba á la corte de Francia, y preguntó cómo podria salir de él. Sus despachos habian sido interceptados; véase lo que escribió: «Creo, señor, que ha sido muy á propósito que el dicho señor Quillegrey y M. Wilson hayan visto la referida carta, con objeto de quitar á unos y á otros la impresion que tenian de que fuese un acto proyectado hace mucho tiempo, acordado con el papa y el rey de España, de hacer servir las nupcias de vuestra her-

mana con el rey de Navarra para semejante ejecucion, y coger á la vez á todos los principales de la dicha religion juntos; lo cual la referida carta demuestra cuán distante ha estado vuestra intencion de esto, y como el caso ha sido fortuito y repentino.»

De esta manera se espresaba el 2 de setiembre: El 24 añadia: «Ella (la reina Isabel) se ha adelantado á diez ó doce pasos para recibirme, con un ademan triste y severo, pero siempre humano; y habiéndome conducido aparte á una ventana, después de haberse escusado un poco de la dilacion de mi audiencia, me preguntó si era posible que fuesen ciertas tan estrañas noticias como se publicaban de un príncipe á quien amaba y honraba, y en quien habia puesto más confianza que en nadie. Le contesté, señor, que á la verdad me condolia infinitamente de la parte en que vuestra majestad se veia precisado á aparecer culpable por un lamentable accidente, causándoos más sentimiento que ninguna de las cosas que os habian sucedido desde vuestro nacimiento. Le he contado ordinariamente todo el hecho segun la instruccion que tenia, añadiendo algunas advertencias que he creido necesarias, para hacerles comprender que en medio de dos peligros extremos tan repentinos, no os habia quedado una hora de tiempo para remediarlo; de las cuales el uno era vuestra propia vida, la de la reina vuestra madre y los señores vuestros hermanos, y la otra un inevitable principio de turbulencias, peor que las pasadas; por lo cual os habeis visto precisado, con gran disgusto vuestro, no sólo á no impedir, sino á dejar hacer con la vida del almirante y los suyos lo que querian hacer con la vuestra, siendo suya la culpa de la sedicion que ellos tenian ya dispuesta.» etc., etc.

Cuando Chateaubriand desempeñaba en Roma las funciones de embajador, se procuró la correspondencia de Gregorio XIII con el nuncio Salviati, y la comunicó á sir James Mackintosh, que hizo uso de ella en su *History of England*. Puede tambien consultarse á SISMONDI, *Historia de los franceses*, tomo XII. Resulta, pues, que en el momento de la ejecucion, el nuncio ignoraba absolutamente los proyectos de la corte de Francia (1).

Aunque el papa no supiese nada, ¿estaba Felipe II informado?

Cuando los franceses invadieron la España en tiempo de Napoleon, sacaron de los archivos de Simancas la correspondencia de Felipe II con sus agentes en Francia. Todos pudieron consultarla entonces, y Capefigue principalmente se sirvió de ella en la *Historia de la Reforma, de la Liga y del reinado de Enrique IV;* segun de ella aparece, tambien el rey de España ignoraba todas las maquinaciones.

Lo que por otra parte podia dar crédito á la suposicion de que al menos habia habido una trama, es un pasaje de una carta (la 186) del cardenal Ossat. Refiere en ella que en el momento en que solicitaba de la corte pontificia la disolucion del matrimonio de Enrique IV con Margarita, Clemente VIII le refirió que cuando se trataba de este matrimonio se encontraba en la corte de Francia en calidad de auditor del cardenal Alejandrino, legado de Pio V; que este legado hacia toda clase de esfuerzos por disuadir á Cárlos IX de aprobar la union proyectada. «Pero que el rey le cogió un dia por la mano y le dijo: «Señor cardenal, todo lo que me decís es bueno, doy gracias por ello al papa y »á vos, y si tuviese otro medio de vengarme de mis enemigos no haria este matrimonio; pero no tengo »más que éste.» Añadió Su Santidad que cuando llegó á Roma la noticia de la San Bartolomé, el re»ferido cardenal Alejandrino dijo: ¡Alabado sea Dios! el rey de Francia me ha cumplido su promesa.»

Esto puede ser; ¿pero cómo conciliar la premeditacion de Cárlos IX con el resto de su vida? En efecto, todo el mundo sabe con qué intimidad vivia entonces con Coligny: en las cartas que escribia poco antes de la matanza de San Bartolomé, se quejaba amargamente de la reina madre, de los favoritos italianos que la rodeaban, y de la especie de esclavitud á que se veia obligado á someterse. No es posible esplicar tantas contradicciones sino por su carácter fogoso é inconstante. Descontento de la dominacion materna, de los hugonotes, impaciente, ardiente, inquieto, capaz de las más violentas y contradictorias resoluciones, Cárlos IX, tal como está descrito por los historiadores, ha podido prometer muy bien, por una parte, el esterminio de los hugonotes, y por otra, su apoyo y amistad á Coligny; luego, después de haber fluctuado incierto en una situacion tan embarazada, abrazar de repente con furor el partido de la matanza. Nada pinta mejor la vacilacion de su alma, que las palabras que pronunció cuando supo la noticia del asesinato intentado sobre Coligny: «Por amor de Dios, ¿es posible que no tenga yo una hora buena?»

El que Catalina de Médicis y el duque de Anjú encargasen á Maurevert asesinar á Coligny, lo prueban las confesiones del mismo duque en su relacion. que se encuentra después de las *Memorias de Villeroy*, en la coleccion de Petitot. Asegura, pues, haber él mismo, en union de su madre, hecho asesinar á Coligny, porque le arrebataba todo el ascendiente en el corazon del jóven rey. Pero como se habia errado el golpe, y el almirante se aprovechaba de él para arruinarlos enteramente, resolvieron ensayar de nuevo el deshacerse del jefe de los calvinistas. no ya en secreto, lo que no hubiera sido posible, sino descaradamente. Inventaron, pues, la noticia de una conspiracion de hugonotes, y se sir-

(1) LIBRI, *Hist. de sciences mathematiques en Italie.*

vieron de ella para asustar al rey, que aprobó la matanza con la condicion de que Coligny se libraria de ella. En el momento en que redoblaban sus esfuerzos para inflamar su cólera, «juró por la muerte de Dios, pues creia que si debia darse muerte al almirante, era señal de que Dios lo queria, pero con él á todos los hugonotes de Francia, á fin de que no quedase uno que pudiese hacerle cargos después, y mandó que se hiciese con prontitud. Y saliendo furiosamente, nos dejó en su gabinete, donde dispusimos en el resto del dia, de la tarde y de una buena parte de la noche, lo que se creyó á propósito para la ejecucion de semejante empresa... Ahora bien, después de haber descansado solamente dos horas en la noche cuando el dia comenzaba á rayar, el rey, la reina, mi madre y yo fuimos al portal del Louvre, que está junto al juego de pelota, á una habitacion que da al corral, para el principio de la ejecucion, donde no estuvimos mucho tiempo después que consideramos los acontecimientos y resultados de tan grande empresa, en la que, si hemos de hablar con verdad, no habiamos pensado aun hasta entonces, cuando oimos en aquel momento el disparo de una pistola, sin que podamos decir en qué punto, ni si hirió á alguien: bien sé yo que sólo el sonido nos hirió á los tres en el corazon, que ofendió nuestros sentidos y nuestro juicio, nos sobrecogió de aprension y temor por los grandes desórdenes que iban á cometerse; y para evitarlos, enviamos de repente y con toda diligencia á un caballero, con la orden á M. de Guisa, de retirarse á su alojamiento, y que se guardase bien de intentar nada contra el almirante; esta sola orden debia hacer cesar todo lo demás, pues se habia dispuesto que en ningun punto de la ciudad se intentase nada sin haber sido antes muerto el referido almirante; pero poco después volviendo el caballero, nos dijo que M. de Guisa le habia contestado que la orden llegaba demasiado tarde, que el almirante habia muerto, y que se comenzaba á ejecutar en todo el resto de la ciudad.»

Los historiadores no han tenido en cuenta esta ingénua confesion, que contiene la esplicacion del enigma: el *cambio repentino* del rey es precisamente la prueba de la inquietud y vacilacion característica que hemos señalado. Esta es la pintura fiel del hombre que prometió la muerte de los hugonotes, que les perdonó, les hizo la guerra, después se echó en sus brazos, concluyó por querer que todos fuesen muertos, con objeto de que no quedase uno que le dirigiese cargos. ¿No está todo esplicado con la posicion, el interés y los antecedentes de este drama? Catalina habia desarrollado en Cárlos IX inclinaciones físicas y los instintos feroces: en efecto, hay algo de brutal en los impulsos rápidos, vehementes, instantáneos que determinan su conducta.

Desde entonces Cárlos IX no se ocupa ya del curso de los acontecimientos, sino que cayendo en una especie de apatia desesperada, abandona á sus cortesanos y á su madre el cuidado de preparar y ejecutar la matanza; prueba de su culpable indiferencia. Ocho ó nueve horas antes de la carniceria, bajó con el rey de Navarra, el príncipe de Condé y otros señores, á una fragua situada debajo de sus habitaciones, donde trabajaba muchas veces en mangas de camisa ó con una casaca negra. Se puso al trabajo como de costumbre, distribuyéndole tambien á los obreros, sin dar á conocer por la menor señal el terrible secreto que ocupaba su corazon. La misma atroz indiferencia se encuentra en una carta que dirige al momento, después de la terrible ejecucion, á Ferrails, su embajador en Roma, en la que después de haber llenado las tres cuartas partes de la carta, con insignificantes detalles añade, á modo de postdata: «Sobre esto, debo informaros, que habiéndole disparado uno de sus enemigos al almirante un tiro de arcabuz, ha resultado un motin en la ciudad, en el cual han muerto todos.» El duque de Guisa preparó el movimiento popular, mientras que Catalina hacia servir á sus proyectos las tropas del rey. La campana de las casas consistoriales en la plaza de Grève dió la señal, á la cual contestó la de San German Auxerrois, y los vecinos tomaron la iniciativa. La conducta de Cárlos IX fué horriblemente pasiva; y el pueblo cumplió su parte de mision con el implacable furor que las masas despliegan siempre que están inflamadas con el espectáculo de la carniceria.

Hace algunos años M. Gachart presentó á la Academia de Ciencias de Bruselas (4 de junio de 1842) un boletin de la matanza de San Bartolomé, redactado por el duque de Alba, y encontrado en Mons, en los archivos del Estado. Este teniente de Felipe II sitiaba á Mons cuando recibió la noticia, y redactó al momento una relacion, que comunicó á todos los que tenian interés en ella: escribia en estos términos al conde de Bossu, gobernador de Holanda: «Señor conde, adjunta es á ésta la relacion de las cosas sucedidas en Paris y en Francia, lo que es admirable y muy significativo, el que Dios se haya servido cambiar y reducir las cosas á lo que creia convenir mejor á la conservacion de la santa fe, y á su mayor servicio y gloria; y después de todo esto, estas cosas acaecen tan maravillosamente y á propósito en esta coyuntura para los asuntos del rey nuestro amo, que mejor no podria ser: así pues, debemos dar gracias á su divina bondad, que ha querido que sucediese así, y comunicarlo á todos los buenos súbditos de S. M., á fin de que Dios sea alabado...»

Véase el boletin que acompañaba á la carta: «El 22 de agosto de 1572, saliendo el almirante del Louvre, en Paris, para su casa, con objeto de comer, leia una carta; y al pasar por delante de la casa de un canónigo, que en otro tiempo habia sido colector del señor de Guisa, se le disparó un arcabuz cargado con cuatro balas, con cuyo tiro le llevaron el dedo pulgar de la mano derecha, é hiriéndole en la palma de la mano izquierda le pasó por el brazo, y rompiéndole todos los huesos le salió la bala

dos dedos por encima del codo. En esta casa la puerta delantera estaba cerrada, y la de detrás abierta, en la que habia un caballo de España, en el cual se salvó el que le habia herido. Cuando el almirante se sintió herido, deliberó con sus hugonotes dar muerte al rey, á los señores sus hermanos, y á la reina, diciendo que este mal procedia de ellos; determinó incontinenti reunir 4000, hombres en los arrabales de San German, lo cual le era muy fácil hacer siempre que queria; pero no pudo hacerlo con tanto secreto, que el rey y la reina no lo supiesen; pues habiendo hecho llamar el almirante al rey de Navarra á su alojamiento, le dijo estas ó semejantes razones: «Monseñor, creo que sabeis como he servido á monseñor vuestro padre, y al difunto monseñor vuestro tio el príncipe de Condé; y mis deseos de perseverar con la misma buena voluntad con respecto á vos; como en la actualidad me encuentro herido de muerte (pues las balas estaban envenenadas), he determinado hacer mi testamento antes de morir, y dejaros el reino de Francia en herencia, y le descubrió los medios dispuestos por él.»

«Habiendo oido todo esto el rey de Navarra, volvió á su alojamiento, donde estando muy triste y melancólico, preveyendo el gran desastre de su hermano, el rey y los demás, fué preguntado con tanta solicitud por su mujer, que le dijo lo que habia deliberado el referido almirante: lo que oido por ella, después de varias manifestaciones de abstenerse de manchar sus manos en la sangre de su cuñado, hizo la referida relacion al rey y á la reina su madre.

»Asi fué, que el dia de San Bartolomé, 24 del referido mes, á la una de la noche, entraron en la casa del dicho almirante los duques de Guisa, de Aumale, el caballero de Angulema, con algunos de su comitiva; mas los servidores del almirante, cogiendo sus espadas, se pusieron en defensa, aunque fueron derrotados. Viendo esto Coligny, se volvió á su lecho fingiendo haber muerto; pero fué sacado de él arrastrado por el brazo herido. Como su señor primo quisiese arrojarle por la ventana, se defendió apoyando los pies en la pared; lo cual dió lugar á que el dicho primo le dijese: «¡Ah! astuta zorra; ¿de esta manera fingias haber muerto?» Y diciendo esto, le arrojó al patio de la casa, donde estaba aguardando el duque de Guisa, á quien le dijo: «Ahí va, monseñor, el traidor que ha hecho morir á vuestro padre.» Lo cual, oido por el dicho Guisa, se acercó al almirante, y le dijo estas palabras: «¿Ya estas aquí, pícaro? No quiera Dios que manche mis manos en tu sangre;» y dándole un puntapié, se separó de él. Al momento se apareció uno que le disparó un pistoletazo en la cabeza. Hecho esto, fué arrastrado en un cañizo por la ciudad. Un caballero le cortó la cabeza con un cuchillo, y poniéndola en la punta de su espada, la llevaba por la ciudad, gritando: «Esta es la cabeza de un malvado, que ha causado tantos males al reino de Francia.» Y como los del parlamento procuraban recuperar el cuerpo del referido almirante para ejecutar en él la primera sentencia que se pronunció cuando las primeras turbulencias, quedó de tal manera destrozado, que nunca pudieron encontrarse los pedazos. Si hubiesen esperado cuatro horas para ejecutarlo, el almirante hubiera hecho con ellos, lo que ellos hicieron con él; hubiera muerto al rey y á sus señores hermanos. Después de esto, fueron á la casa de la Rochefoucault, donde hicieron lo mismo y con todos los demás que cayeron en sus manos, y dieron muerte á Bricquemault, marqués de Retz, á Lespondillans y á Telligny, hasta el número de sesenta y dos caballeros, todos principales, los cuales fueron arrojados á las calles. Asimismo, los católicos saqueaban á todos los hugonotes de la referida ciudad, y los arrojaban al rio. La guardia del rey iba por la ciudad y por las casas de los hugonotes, matándolos, de modo que en poco tiempo asesinaron á más de tres mil. Los caballeros principales fueron arrojados en el Pozo, de los Clerqs donde se echan los animales muertos.

«En Ruan murieron diez ó doce mil hugonotes; en Meaux y Orleans todos fueron despachados; y como el señor de Gomicourt debia volverse, pidió á la reina madre respuesta á su comision: mas ella le dijo que no podia contestar otra cosa, sino lo que Jesucristo contestó á los discípulos de san Juan; y le dijo en latin: *Ite, et nuntiate quæ vidistis et audivistis: cæci vident; claudi ambulant, leprosi mundantur*, etc.; encargándole no se olvidase repetir al duque de Alba: *Beatus qui non fuerit in me scandalizatus*, y que mantendria siempre buena y mútua correspondencia con el rey católico.»

Los archivos del ayuntamiento de París manifiestan que mil y cien cadáveres fueron enterrados en las cercanias de Saint-Cloud, Anteuil y Chaillot en los ocho dias que se siguieron al 13 de setiembre de 1572. Debieron tambien enterrar muchos más desde el 24 de agosto hasta el 5 de setiembre, y otros:

..... fueron por agua
enviados á Ruan sin barco.

Como se espresa un cronista contemporáneo, celoso católico.

¿Cómo combinar esto con la estadística de los muertos que trae Caveirac, el cual reduce á mil y ciento el número de las víctimas de la matanza de San Bartolomé? Segun la relacion de Perefixe, perecieron cien mil personas en toda la Francia; lo cual es una exageracion. Aunque sea difícil fijar exactamente el número de las víctimas, nos inclinamos á adoptar la valuacion de tres concienzudos historiadores católicos, Adriani, de Sèrres y De-Thou, que asciende á treinta mil.

Entre las diferentes contestaciones dadas á la notificacion del duque de Alba, mencionaremos la

de Gerardo de Groesbeck, uno de los prelados más distinguidos: «Señor, he recibido hoy, con la de vuestra escelencia del 29 del pasado, la confirmacion y particularidad de los acontecimientos de París y Francia del 24 del dicho mes, con la copia ó escrito que habeis tenido la bondad de enviarme con dicha carta, por lo cual os doy muchas gracias; pudiendo verdaderamente decir, conforme con ella, que ha sido una manifiesta significacion de Dios Nuestro Señor, querer disponer las cosas para la mayor tranquilidad de su servicio, la conservacion de nuestra fe católica, y la estirpacion de todas las herejías y sectas contrarias á ella: para cuyo efecto no cesaré, en union de todos los buenos católicos y partidarios de la tranquilidad pública, que están bajo mi mando (á quienes comunicaré la referida particularidad), de suplicar continuamente á su Divina Majestad tenga á vuestra escelencia en perfecta salud y le conceda larga y feliz vida, recomendándome humildemente á su buena gracia.—Lieja, 2 de setiembre de 1572.»

Cuando se verificó el congreso científico en Angers en 1843, se propuso entre otras esta cuestion: *¿Qué parte tuvo la política en la matanza de la San Bartolomé?* Alfredo de Falloux emprendió demostrar que la religion no tuvo ninguna parte en ella, y que fué enteramente el resultado de la política de Catalina. Desmiente, con ayuda de documentos sacados de los archivos de Angers, varios asertos de los enciclopedistas; sostiene que no hubo trama; que habiendo hecho adoptar un partido repentino las circunstancias, se obró con la precipitacion y la incertidumbre inseparable de un hecho imprevisto: cita en su apoyo un documento importante, á saber: las órdenes enviadas desde Paris á los magistrados, primero para simplemente la matanza, después para esparcir la noticia de una conspiracion de hugonotes, después para las justificaciones jurídicas, órdenes que se modificaban segun cambiaba la opinion en Paris. Todo el peso del crímen debia recaer, segun él, en Catalina, que vacilaba entre la matanza de los hugonotes y la de los católicos, á cuyo jefe hizo asesinar en la persona del duque de Guisa; en atencion á que no se trataba, si se ha de decir la verdad, de una cuestion religiosa, sino de una lucha entre los súbditos y el príncipe, entre la monarquía y una fraccion.

Su opinion no carecia de contradictores, á los que replicó; terminando su réplica de esta manera: «Decis que la religion tuvo parte en esta matanza; y yo digo que, en la situacion en que se encontraban entonces los ánimos, la religion hubiera sólo podido impedirlo... En lugar de una corte de intrigas, de adulterios, supóngase que el Evangelio hubiese reinado; supóngase la ley de Dios poderosa contra los poderosos; en lugar de Catalina y Cárlos IX hubiesen ocupado el trono Blanca de Castilla y San Luis; pregunto ¡si en conciencia creeis que hubiera sido posible la matanza de San Bartolomé!

El mismo Falloux desarrolló después su tema en un artículo del *Correspondant*, en noviembre de 1843. Se apoya, no sólo en los argumentos que quedan espuestos, sino en la ausencia del cardenal de Lorena, alma del partido católico, y que cabalmente la víspera del gran golpe habia partido para Roma. Inserta la correspondencia original de la Mothe Fenelon, y la de los gobernadores y presidentes de muchas ciudades, de donde aparece que aquella matanza fué imprevista, y que la corte titubeó al espedir las órdenes, la corte que con sus vacilaciones entre los católicos y los protestantes fué causa de aquel gran delito.

¿Pero qué resultados políticos produjeron un crímen que fué á la vez preparado é imprevisto, el producto de un motin ó de una conjuracion? No fué posible matar desde luego á todos los herejes malditos, á todos aquellos fautores del Bearnés, á todos aquellos hugonotes de las provincias y á aquella nobleza que recordaba las antiguas glorias feudales: no se consiguió, pues, el objeto. Mientras que España y Roma se unian, los políticos formaban causa comun con los hugonotes, y empuñaban las armas. En lugar de mejorar los asuntos del trono, la matanza de la San Bartolomé los habia empeorado, pues todas las cortes del Norte se armaron á la vez y entonces comenzó la Liga. De esta manera el crímen recayó, como sucede con frecuencia, sobre la cabeza de los que le habian cometido.

(C) PÁG. 243.

VIDA CIENTIFICA DE GALILEO. (2)

El dia en que espiraba Miguel Angel, nació Galileo; pronóstico expresivo de que las artes que habian sido hasta entonces glorias de la Italia, debian en adelante ceder el cetro á las ciencias, y de que empezaba el reinado de la filosofía.

Escritores poco familiarizados con tales estudios han pretendido que el renacimiento de las cien-

---

(2) En el *Archivo histórico*, apéndice, t. III, pág. 169, fueron publicadas veinte y siete cartas á Manuel Filiberto de Saboya. En la del abad de Santo Solutore, escrita en 5 de setiembre de 1572 desde Roma, se lee lo siguiente: «Se ha sabido aquí, el martes 2 del presente mes, la muerte del almirante Chatillon y de muchos otros jefes partidarios

cias se debió á Bacon, cuando Galileo habia descubierto las leyes del descenso de los graves, observado el isocronismo de las oscilaciones del péndulo, é inventado el termómetro mucho antes que el canciller de Inglaterra empezase á publicar sus obras filosóficas. Cuando salió á luz el *Novum organum*, Galileo habia publicado ya el *Compás de proporcion*, el *Nuncius sidereus*, el *Discurso sobre los cuerpos flotantes* y la *Historia de las manchas solares*, habia inventado el telescopio y el microscopio, descubierto las faces de Venus y los satélites de Júpiter, determinado las bases de la mecánica, y se habia dedicado á todos los ramos de la física y de la filosofia natural, llegando á sublevar contra sí á los peripatéticos y á provocar la primera sentencia de la Inquisicion. ¿Qué ha hecho Bacon en beneficio de las ciencias? Los admirables preceptos esparcidos en sus escritos, cuyo objeto era establecer la observacion como base de todos nuestros conocimientos, no impidieron que se equivocase frecuentemente en las aplicaciones: negó el movimiento de la tierra: y al tratar de materias científicas, se detuvo en las generalidades, sin elevarse á ningun descubrimiento. Enseñó con admirable tino cómo se debe caminar; pero no dió un paso: mientras Galileo, avanzando de uno á otro descubrimiento, unia la práctica á la doctrina, y destruia por todas partes las antiguas preocupaciones.

Los inmortales servicios que prestó Galileo á la filosofia, fueron proclamados en la patria misma de Bacon; y Hume, historiador y filósofo sutil, ha declarado sin vacilar que Galileo es superior á Bacon.

Galileo Galilei nació en Pisa el 18 de febrero de 1564, de una familia de Florencia, que habia figurado en tiempo de la república, pero que sólo conservaba una nobleza sin bienes. Su padre Vicente Galilei, instruido en la literatura griega y latina, y conocedor de la música, habia publicado sobre este arte varias obras que se captaron alguna estimacion. Galileo recibió su educacion en Florencia, y desde la niñez manifestó gran disposicion para la mecánica, ocupándose sin cesar en construir modelos de máquinas. Su padre, que queria dedicarle al comercio, le hizo aprender latin con el maestro Borghini, cuya mediania no impidió que el discípulo hiciese rápidos progresos. Estudió los clásicos latinos, pasó enseguida á los griegos, y con sus esfuerzos propios llegó á ser profundo conocedor de las lenguas de Roma y Atenas. Estos estudios contribuyeron mucho á formar el estilo admirable á que debe en parte sus triunfos el filósofo toscano. Sus progresos en los idiomas científicos y en la lógica, que aprendió con un fraile vallumbrosano, su aptitud para la pintura y la mecánica y sus luminosos adelantos en la música, dieron tal vuelo á las esperanzas de su padre, que abandonando la idea de hacerle traficante en lanas, quiso que siguiera la medicina, única carrera de porvenir.

Habiendo sido enviado Galileo á los 17 años á la universidad de Pisa para que estudiase medicina, se aplicó á la filosofia, que entonces abrazaba las ciencias metafísicas y las matemáticas. Los profesores eran peripatéticos, y explicaban á Aristóteles. Jacobo Mazzoni era el único que exponia las doctrinas pitagóricas; y fué quien sirvió de guia á Galileo, enseñándole la física como se sabia en su época. Entre tanto su espíritu indagador se anticipaba á su edad; y cuando aun estudiaba medicina se puso un dia á observar en la catedral de Pisa una lámpara colgada y agitada por el viento, cuyas oscilaciones, grandes ó pequeñas, se verificaban en tiempos sensiblemente iguales. Esta observacion, que tuvo consecuencias tan importantes, fué desde entonces aplicada por el descubridor á la medicina y á medir la celeridad de las pulsaciones.

Una circunstancia singular hizo que Galileo se inclinase á las matemáticas. Su padre conocia al abate Ostilio Ricci, que enseñaba geometria á los pages del gran duque, y le acompañaba á Pisa, cuando la corte se trasladaba allí en el invierno. Apenas llegó Ricci á Pisa, se apresuró Galileo á visitarle; pero no consiguió verle, porque estaba dando leccion á los pages en una sala cerrada para toda persona extraña: repitió la visita varias veces, y siempre sin fruto, pues el profesor se hallaba siempre con sus discípulos. Un dia se detuvo á la puerta de la sala para oir de qué trataban: la geometria estaba hecha para ocupar enteramente su entendimiento; así, desde entonces volvió á menudo al palacio, y continuaron estas lecciones de nuevo género por espacio de dos meses. Al cabo de este tiempo se proporcionó un Euclides, y con el pretesto de consultar á Ricci sobre una dificultad, le hizo conocer de qué modo se habia iniciado en el estudio de la geometria. Orgulloso Ricci con un discípulo seme-

---

suyos, asesinados en Paris el dia de San Bartolomé; cosa muy notable y muy del gusto del papa y de todos. Pero monseñor ilustrísimo de Lorena mostró más alegria que ninguno, y se dirigió inmediatamente al palacio pontificio en compañia del embajador de Francia, comunicando el hecho con muchas particularidades; si bien no habian recibido cartas de Paris el papa, el cardenal ni nadie, de manera que estaban aun en duda. Mas hoy, por cartas de Paris del 26, que ha escrito el nuncio, monseñor Salviati, se ha sabido todo el progreso del acontecimiento, el cual ha sido muy alabado, por favorecer la causa del rey, de su reino y de la religion. El aplauso, sin embargo, fuera mayor, si su majestad hubiese podido obrar á mansalva, como el duque de Alba en Flandes, con la retencion y con las formas procesales. De todos modos, se tributan gracias á Dios por lo acaecido, y se exalta la mente sincera de su majestad.»

En las *Cartas de artistas*, de Gaye, III, 343, el príncipe francés de la familia de los Médicis escribia lo que sigue á Vasari, con fecha 20 noviembre de 1572: «Su Santidad desea prudentemente que aparezca en la sala de los reyes tan santo y notable suceso como fué la ejecucion contra los hugonotes de Francia.»

jante, le animó á continuar el curso, y se ofreció á explicarle cualquier dificultad que se le presentase.

A la sazon cumplia Galileo los diez y nueve años, y la geometria llamaba de tal modo su atencion, que abandonó todas las demás ocupaciones. Sabedor su padre de esta tibieza en los primitivos estudios, é ignorando la causa, se dirigió á Pisa con el objeto de reprenderle; pero ¡cuál fué su asombro al encontrarle más que nunca engolfado en las ciencias? Después de inútiles tentativas para disuadirle, le permitió dedicarse exclusivamente á las ciencias naturales, y Ricci le regaló un Arquimedes. El jóven matemático sintió tal estímulo con la lectura de los escritos del célebre geómetra de Siracusa, que no siguió en lo sucesivo otra guia, diciendo que, quien estudia á Arquímedes puede caminar sin temor por la tierra y por el cielo. Con tal maestro, dió pasos gigantescos; á los veinte años tenia perfeccionada la teoria del centro de gravedad de los sólidos, y como la fama de sus estudios comenzaba á extenderse, Vicente Galilei, cargado de familia, imploró una subvencion para su hijo, subvencion que le negó el gran duque. En consecuencia, Galileo, pobre, no contando con el auxilio de nadie, se vió muy pronto obligado á alejarse de la universidad, sin concluir la carrera.

A pesar de esto, su nombre se iba haciendo cada vez más célebre; á los veinte y cuatro años estaba en correspondencia con el padre Clavio, astrónomo distinguido, con el geógrafo Ortelio y con otros sabios capaces de apreciar su talento. Pero, el admirador más decidido y el amigo más útil que tuvo, fué el marqués del Monte, entendido geómetra, que le llamaba el Arquímedes de su época. Los matemáticos juzgaban el mérito de Galileo por sus obras, que comunicaba manuscritas; pues era demasiado pobre para mandarlas imprimir. Después de varias tentativas inútiles por parte del marqués del Monte y de su hermano el cardenal para que le nombrasen profesor de Bolonia, consiguieron sus amigos en 1589 que le dieran la cátedra de matemáticas en Pisa con 60 escudos de sueldo; así, mientras los profesores de medicina percibian 12,000 francos al año, á Galileo se le concedian 20 sueldos diarios.

Aunque sus lecciones no se han impreso, se sabe por los fragmentos que han quedado, que Galileo se declaró abiertamente contra Aristóteles. Benedetti, literato veneciano de algun mérito, quiso demostrar con argumentos filosóficos, que todos los cuerpos caen en tiempos iguales desde una misma altura. Galileo apoyó esta asercion, y confirmándola con la experiencia, probó (lo cual era una explicacion importantísima) que en el descenso de los cuerpos, las velocidades son proporcionales á los tiempos, y que los espacios que recorren son entre sí como los cuadrados de las velocidades. Estas proposiciones constituyen los fundamentos de la ciencia dinámica, que expuso Galileo á los veinte y cinco años.

En sus investigaciones llamaba en su auxilio á la experiencia y al raciocinio, y hacia caer algunos cuerpos desde la torre inclinada de Pisa, tan á propósito para este género de observaciones. Los estudiantes y profesores que asistian á sus experimentos, no estaban preparados en manera alguna, y se dice que irritados contra aquel formidable adversario de Aristóteles, le recibieron muchas veces á silbidos. Es notable que semejantes descubrimientos, anunciados por él en sus *Diálogos* que se conservan aun inéditos en Florencia, no se hubiesen impreso hasta poco antes de su muerte.

En estos primeros *Diálogos*, Galileo trató de la oscilacion del péndulo, de la caida de los cuerpos verticalmente y sobre un plano inclinado, y de los principios del movimiento.

Entonces, como en la Edad Media, se concedian los profesorados por tiempo determinado: el ajuste de Galileo duró tres años, y aunque la asignacion era tan corta, las necesidades de su familia le hacian desear que se renovase el contrato; sin embargo, no vaciló en arriesgar su porvenir por amor á la ciencia y á la verdad.

Juan de Médicis, hijo natural de Cosme I, que se creia grande arquitecto y hábil ingeniero, habia inventado una máquina de submersion, cuyo exámen se encomendó á Galileo, el cual dió á conocer sus defectos. Esta franqueza ofendió al autor, quien se quejó al gran duque, y como todos los peripatéticos de Toscana apoyaron aquella reclamacion, Galileo se vió en peligro de ser despedido de la escuela. Cedió, pues, á la tempestad, y se retiró á Florencia; pero el marqués del Monte, empeñado en protegerle, le consiguió la cátedra de matemáticas en Pádua. El gran duque dejó marchar sin pena á un hombre cuyo mérito no conocia; y Galileo se trasladó á Venecia, en el verano de 1592. En su vejez se complacia contando que el baul que llevó de Florencia no pesaba cuatro arrobas, y que llevaba dentro de él cuanto poseia. Después de una corta detencion en Venecia, pasó Galileo á Padua para abrir su curso, y sus lecciones atrajeron una multitud de oyentes. En los primeros años compuso el *Tratado de las fortificaciones*, la *Gnomónica*, un *Compendio sobre la esfera* y un *Tratado de mecánica;* pero si bien dió copias de estas obras á cuantos las querian, y no cesó de exponer lo sustancial de ellas en sus lecciones, ninguna hizo imprimir. El tratado de mecánica, al cual aplicaba el principio de la velocidad virtual, que consideró primero como propiedad general del equilibrio de las máquinas, no se publicó sino al cabo de cuarenta años, en francés, por los cuidados del padre Mersenne; el *Tratado de las fortificaciones* se ha impreso en nuestra época; la *Gnomónica* se ha perdido, y el *Tratado de la esfera*, que salió á luz con su nombre, no es realmente suyo, pues no sólo hay en él opinio-

nes diametralmente contrarias á las que profesaba, sino un método de raciocinar que no podia ser suyo Esta indiferencia en lo tocante á la impresion de sus obras, y esta liberalidad en comunicarlas, caracterizan á Galileo; y conviene insistir en este hecho, como el medio mejor de combatir las pretensiones de los que aspiraron á usurparle sus descubrimientos.

Los biógrafos de Galileo refieren que en los primeros años de su residencia en Padua, inventó un instrumento importante por sí mismo; pues era uno de los primeros ejemplos de la aplicacion de un fenómeno físico á la medida de la intensidad de una causa; esto es, el termómetro, cuya construccion se ha atribuido á muchos, pero que parece pertenecer á él sólo.

Hasta Galileo no se conocia medio para determinar la temperatura, reduciéndose todo á decir: *tengo calor, tengo frio*. Este gran físico, habiendo descubierto que el aire, como todo cuerpo, se enrarece con el calor y vuelve á adquirir su volúmen enfriándose, estableció sobre esta sencilla observacion el instrumento destinado á hacer sensibles á la vista las alteraciones de la temperatura. Galileo habia añadido al tubo una escala graduada, para poder hacer observaciones; sin embargo, este instrumento no era graduable, porque faltando en la escala puntos fijos, no se podian confrontar entre sí las observaciones hechas con dos de aquellos aparatos. Era por lo tanto un termoscopio, más bien que un termómetro, y sin embargo llegó á ser de un uso diario por la influencia de Galileo, quien insistia constantemente en la necesidad de introducir la medida en la filosofia natural.

Este descubrimiento se ha atribuido á Bacon, á Fludd, á Drebell, á Santorio y á Sarpi, pero testimonios irrecusables prueban que Galileo construyó su termómetro antes de 1597; y resulta de un hecho auténtico, que en 1603 habia demostrado ya sus efectos al padre Castelli. Consta por una carta de Sagredo, que en 1613, este celoso amigo de Galileo hacia en Venecia observaciones con el termómetro que el último habia inventado, y habia deducido importantísimos resultados para la meteorologia. Verdad es que en las obras de Galileo no se encuentra su descripcion; pero todo el mundo sabe que muchas se han perdido, y no es estraño que, preocupado con sus descubrimientos sobre el sistema del mundo, no pensase en dejar la descripcion de un instrumento que á tantos habia comunicado. Bacon habló de él en 1620, en sus *Vitrea kalendaria*, como de una cosa ya conocida; Fludd, que viajó por Italia, y estaba de vuelta de Inglaterra el año 1605, no empezó á publicar sus obras hasta pasado mucho tiempo; Drebell, á quien se atribuyeron varios descubrimientos maravillosos, describió en 1621 lo que se llama un termómetro, y que se reducia á un aparato destinado á demostrar la propiedad que tiene el aire de dilatarse con el calor; sin embargo, parece que se limitó á copiar una indicacion que ya existia en los *Pneumatici*, de Porta. Antes que todos ellos, Santorio, conocido por su *Medicina statica*, habia descrito en 1612 este instrumento; y en fin, Sarpi, que nunca trató de él en sus obras impresas, parece haberse ocupado en estudiarlo el año 1617.

Las fechas citadas bastan para asegurar la prioridad á Galileo, pero no es menos cierto que la invencion se divulgó por otros, y que él no la menciona en sus obras.

Este profundo observador se dedicó no sólo al estudio de la física y de la mecánica racional, sino tambien al de la aplicada. En 1594 obtuvo del dux de Venecia un privilegio por veinte años, para una máquina hidráulica de su invencion; y poco después ideó el compás de proporcion, tan útil á los ingenieros y cuya práctica enseñó á muchos.

En 1599 habia tomado por su cuenta un artesano para que le construyese varios instrumentos. Después de haberlos enviado á toda Europa, dió su descripcion en 1606, y en aquel período de tiempo hubo ya quien intentase apropiársela. Entre otros se encuentra á Baltasar Capra, milanés, que en 1607 publicó la descripcion de un instrumento análogo. Galileo, que habia sido atacado en 1604 por Capra, tratándose de una cuestion de astronomia, se quejó fuertemente del plagio; encargóse el exámen á una comision, y Galileo probó luminosamente que aquella obra era copia de la suya, á la cual una mano ignorante habia añadido groseros errores. Resulta de la relacion auténtica de esta disputa, que Capra ignoraba los elementos de la geometria.

Después de concluir los seis primeros años, se confirmó la cátedra á Galileo por otro tanto tiempo con aumento de sueldo, y era tanto el éxito que conseguia su enseñanza, que varios príncipes del Norte acudieron á oirle, entre ellos Gustavo de Suecia. Galileo estaba rodeado siempre de discípulos ávidos de sus lecciones, y en tal cantidad que no bastaban las aulas para contenerlos; le seguian hasta la mesa y como se hallaba escaso de mantelería, los comensales, cuyo número era extraordinario, llevaban pliegos de papel que excusaban las servilletas. Sus lecciones acerca de la estrella de Sagitario nuevamente descubierta, tuvieron un éxito felicísimo, pero le suscitaron tambien una oposicion muy viva.

Galileo, con éxito siempre creciente, continuó sus lecciones en Pádua, sin abandonar por eso la física ni la mecánica; le ocuparon alternativamente, el descenso de los cuerpos, el isocronismo de las oscilaciones del péndulo, el centro de gravedad de los sólidos, la teoria del magnetismo.

En 1609, los trabajos de Galileo tomaron de repente nuevo rumbo. Se difundió en Venecia la noticia de que en Flandes se habia presentado á Mauricio de Nassau un instrumento con el cual los objetos lejanos se veian como si estuviesen inmediatos, sin añadir más acerca de su forma, Galileo, en

cuanto supo tal nueva, que le fué confirmada por carta de París, meditó sobre ella una noche entera; y al dia siguiente estaba ya ideado el telescopio. que tomó su nombre. Este instrumento, que pronto se perfeccionó hasta el punto de aumentar mil veces la superficie, produjo en Venecia una sensacion estrepitosa y un entusiasmo general: el Senado decretó que Galileo conservase la cátedra por toda su vida, con el sueldo de 1,000 florines. El telescopio inventado en Holanda, apenas consiguió aumentar cinco veces el diámetro del objeto; en 1637 aun no se sabian construir allí lentes propios para observar los satélites de Júpiter, tan fáciles de verse; hecho que manifiesta el derecho incontestable de Galileo á la invencion del telescopio.

Galileo habia construido su primer telescopio en mayo de 1609; y al cabo de diez meses publicó su invencion, fecunda en los más excelentes descubrimientos astronómicos. Dirigiendo enseguida su telescopio hácia la luna observó montañas, más altas que las de la tierra, cavidades y escabrosidades. Estas primeras observaciones de Galileo fueron censuradas por varios profesores y por los jesuitas, que no las entendian, y que con la oposicion obligaron al grande astrónomo á renovarlas y continuarlas. Cerca de treinta años fué la luna para él un campo de notables descubrimientos, entre los cuales merece mencionarse sobre todo la especie de movimiento oscilatorio, que los astrónomos llaman *libracion.*

Al publicar sus primeras observaciones respecto de la luna, Galileo añadió otros descubrimientos de mayor interés. Habiendo reconocido que la *via lactea* es un cúmulo de estrellas pequeñas, y que los lentes no aumentan las fijas, descubrió el 7 de enero de 1610 tres satélites de Júpiter; y seis dias después, el cuarto. Poco después determinó sus órbitas y los tiempos del movimiento circular é hizo aplicacion de los eclipses á fin de encontrar sus longitudes, problema de suma importancia para la náutica y cuya solucion buscaban los sabios. Aunque Galileo tenia motivos de queja del gran duque, quiso inmortalizar una familia, á quien debia bien poco, dando á los satélites de Júpiter el nombre de *astros mediceos.* Publicada la obra que contenia observaciones tan interesantes é inesperadas, Galileo se ocupó en estudiar lo concerniente al planeta Saturno; pero la imperfeccion de su telescopio, que no agrandaba lo suficiente y no le permitia distinguir la forma del anillo, le hizo creer que las dos partes de él que veia como una proyeccion sobre el cuerpo del planeta, eran adherentes, y por lo tanto consideró á este astro tricorpóreo.

A pesar de la proteccion de amigos tan adictos como Sagredo y Sarpi, Galileo cometió el error irreparable de volver á Toscana, adonde le atraian sin duda el deseo de volver á su patria y las instancias de los Médicis. El 10 de julio de 1610 fué nombrado primer matemático y filósofo del gran duque, con menos sueldo que en Pádua. Esta resolucion de Galileo disgustó á los venecianos y sobre todo á los amigos que abandonaba. Sagredo le escribió manifestándole el disgusto que le causaba su partida, y haciéndole conocer los peligros que iba á correr lejos de un pais libre.

Galileo volvió á Florencia á mediados de setiembre de 1610, y se entregó de nuevo á sus meditaciones con tal empeño, que al cabo de algunos dias habia descubierto las fases de Venus, dándolas á conocer á los astrónomos bajo el velo de un anagrama. Poco después anunció cambios notables en el diámetro aparente y en el brillo de Marte. En Pádua habia descubierto ya las manchas del sol, haciéndoselas observar á Sarpi y á otros sabios; prosiguió en Toscana dichas observaciones, y durante su residencia en Roma en la primavera de 1611 las mostró á gran número de personas y á muchos cardenales, deseosos de conocer esta novedad del cielo, que los peripatéticos se obstinaban en presentar como incorruptible.

El estupor general que causaron estos descubrimientos y la sensacion que produjeron en Roma las disputas originadas sobre la inmovilidad de la tierra, que Galileo no admitia, suscitaron la atencion de algunos eclesiásticos de influencia. El cardenal Belarmino se dirigió á cuatro jesuitas, que contaban en sus filas al astronómo Clavio, para averiguar su dictámen respecto de tales descubrimientos. La respuesta de tales jesuitas, que fué dada al público, manifiesta que entonces no se desechaban las nuevas observaciones. Galileo volvió prontó á Toscana cubierto de gloria. Dejaba en Roma amigos y admiradores; pero tambien dejó allí envidiosos enemigos y una sospecha sorda y oculta, que debia poco á poco ensancharse y convertirse finalmente en abierta persecucion.

Probablemente Galileo después de su vuelta de Roma inventó el microscopio. Este instrumento cuyo mérito por testimonios algo posteriores, se atribuyó á Juan Zacarías y Juan de Magdeburgo, y que Drebell vió en 1619 en Inglaterra como cosa nueva, habia sido construido á lo menos siete años antes por Galileo. Viviani escribió que habia enviado en 1612 uno al rey de Polonia. Esta fecha se puso en duda; pero varias obras publicadas en dicho año prueban que el microscopio era conocido en Italia, de consiguiente la primacía no puede disputarse á Calileo. Parece, sin embargo, que hasta el año 1624 no se perfeccionó este instrumento, y le dió la forma que conservó por mucho tiempo.

Los peripatéticos pretendian que la figura de un cuerpo sumergido en un líquido influia principalmente en su facultad de sobrenadar. Galileo sostuvo lo contrario, y esta discusion dió origen al *Discurso sobre los cuerpos que sobrenadan ó se mueven en el agua.* Lagrange ha declarado que Galileo en esta obra habia deducido del principio de las celeridades virtuales los principales teoremas de

la hidrostática. En la obra sobre los cuerpos flotantes habia mencionado ya su descubrimiento de las manchas solares, deduciendo de ellas la rotacion de este astro al rededor de su eje, y habia dado á conocer las faces de Venus y el tiempo en que los satélites de Júpiter recorren las órbitas en torno de este planeta. Pero habiendo el jesuita Scheiner circulado tres cartas, en las que se atribuia el descubrimiento de las referidas manchas, Galileo remitió á la Academia de los Linceos su *Storia delle macchie solari*, que retardada por los censores, no apareció hasta principios de 1613. En el prólogo los Linceos reclamaban la prioridad en favor de Galileo, el cual, segun decian, habia mostrado aquellas manchas en Roma á muchas personas.

Galileo no podia avauzar con tal rapidez en el camino de la verdad, sin exponerse á graves peligros. Quedando mal parados en las discusiones científicas, los peripatéticos recurrieron á los argumentos de la religion. Se ha dicho que Galileo habia adoptado hacia algun tiempo la teoria del movimiento de la tierra; y que si bien no habia tratado públicamente esta opinion no cesó de inculcarla á sus discípulos y amigos. Mientras no pasó de ser una hipótesis, la corte romana creyó inútil mostrarse parte en ella: y aunque profesaba la doctrina contraria en general, se concedió al cardenal De Cusa que sostuviese el movimiento de la tierra, y á Copérnico publicase su teoria en una obra dedicada al papa.

Ya en su residencia en Pádua habia tenido que sostener conflictos con los profesores de aquella universidad y con los jesuitas. Aunque muchos del clero hubieran combatido las doctrinas de Galileo, estos ataques fueron aislados, y sus descubrimientos fueron confirmados por los astrónomos de la misma sociedad de Jesus. Roma no podia aprobar tales novedades; sin embargo, dudaba si tomar ó no parte en una cuestion, que parecia puramente matemática; pero pronto fué arrastrada por los clamores de los partidarios de la antigua filosofia, que eran al mismo tiempo los hombres más fervorosos en las opiniones cristianas y los más firmes sostenedores de la Iglesia. Es verdad que el padre Foscarini, el padre Castelli y monseñor Ciampoli tomaron la defensa de Galileo, pero el padre Caccini predicó públicamente en Florencia contra el grande astronómo. Galileo creyó deber contestar á sus adversarios: y pretendia que hasta entonces se habian interpretado mal las Sagradas Escrituras y demostraba con mucha habilidad que, explicando literalmente el pasaje de Josué, el dia se habia acortado más bien que alargado. Estas disputas teológicas no hicieron más que irritar á sus adversarios, y temiendo Galileo ser condenado, se dirigió á Roma con una carta de recomendacion del gran duque.

A su llegada encontró las cosas más embrolladas de lo que habia imaginado; los cardenales que se habian mostrado protectores suyos, acabaron por abandonarle uno tras otro. Sostenido por el príncipe Cesi, presidente de la Academia de los Linceos, y ayudado del raciocinio y de la experiencia, procuraba demostrar la verdad del sistema copernicano; pero su insistencia impetuosa y el exagerado celo por el triunfo de la verdad le perjudicaron. El cardenal Orsini, único que se atrevió á levantar la voz ante el pontífice para defender este sistema, fué recibido con frialdad y se llegó hasta imponerle silencio. Finalmente el 5 de marzo de 1616 la Congregacion del Indice prohibió el libro de Copérnico, hasta tanto que fuese corregido el escrito del padre Foscarini en favor de Galileo, y en general todas las obras que sostuviesen el movimiento de la tierra.

Galileo no habia publicado ningun trabajo sobre esto; por lo que el decreto no podia comprenderle; sin embargo, se divulgó que debia retractarse y pagar una multa. En contestacion á tales vociferaciones se consiguió que el cardenal Belarmino expidiese un certificado manifestando que ninguna condena habia recaido contra Galileo; pero se le notificó la decision del papa, emitida por la Congregacion del Indice, que declaraba contraria á la Sagrada Escritura la opinion del movimiento de la tierra, quedando por lo tanto prohibido sostenerla. Galileo, que persistió después de la sentencia dada contra Copérnico, habitando en Roma y sosteniendo el movimiento de la tierra con el ardor de la verdad, habria pagado quizá muy cara su insistencia, si el gran duque para librarle del peligro no lo hubiese llamado á Toscana.

La sentencia de la Inquisicion y el odio de que era objeto le afirmaron en su idea de no publicar sus inventos, limitándose á comunicarlas á sus amigos por medio de cartas, que no tardaban en copiarse y circular en toda Europa. A la aparicion de tres cometas en 1618 su amigo Mario Guiducci, cónsul de la academia de Florencia publicó segun sus ideas una disertacion sobre los cometas, en la cual se criticaba al padre Grassi, jesuita. Grassi respondió, y trató de buscar al maestro detrás del discípulo. Entonces Galileo escribió el *Saggiatore* (Ensayador) que se imprimió en Roma á costa de la academia de los Linceos. Grassi irritado contestó con acrimonia y procuró vengarse suscitándole otros enemigos.

El *Saggiatore* no es un libro dogmático, sino un escrito de polémica redactado con inimitable talento, en el cual Galileo se muestra profundo pensador, gran escritor y hombre de ingenio. Está lleno de observaciones físicas de alta importancia, y contiene doctrinas filosóficas que se atribuyeron después á Descartes; baste citar aquel principio tan célebre de la escuela cartesiana, de que las cualidades sensibles no existen en los cuerpos sino en nosotros.

Cuando Barberini fué elegido papa con el nombre de Clemente VIII, Galileo, su amigo, se dirigió á Roma para felicitarle, recibiendo del nuevo pontífice buena acogida, regalos y la promesa de una pension para su hijo. Después de su vuelta de Florencia, el gran duque le remitió un breve del papa en el cual hacia grandes elogios de su saber y piedad.

En Florencia se dedicó principalmente á concluir su obra, en la cual queria exponer sus ideas sobre el movimiento de la Tierra. A fin de mantener al papa en sus buenas disposiciones, y atraerse á los cardenales, hizo otros dos viajes á Roma en 1628 y 1630: en el primero presento á la censura el manuscrito de su *Diálogo sobre los dos grandes sistemas del mundo*, título de la obra que tenia acabada entonces. Esta obra fué aprobada y su impresion autorizada, saliendo á luz en Florencia en 1632. Este Diálogo contiene, además del exámen de los dos sistemas astronómicos de Copérnico y Tolomeo, las bases de la dinámica; trata tambien por incidencia de una porcion de fenómenos que Galileo habia observado por primera vez.

Aquí comienzan las persecuciones de que hemos hablado. Concluiremos con pocas palabras. Galileo es uno de los talentos más vastos y sublimes que han existido. Gran astrónomo y geómetra, creador de la verdadera física y de la mecánica, reformador de la filosofía natural, fué al mismo tiempo uno de los más insignes escritores de Italia, y obligó á sus émulos á convenir en que se puede ser á un tiempo geómetra y hombre de imaginacion. Poeta festivo y autor cómico lleno de chiste y de número, compuso, como Torricelli, algunas comedias que ha sido lástima no se hayan publicado; se distinguió en la teoria y la práctica de la música, como tambien en el arte del dibujo, fué el modelo y el príncipe de los doctos del siglo XVII, de Torricelli, de Viviani, Redi, Magalotti, Rucelai y Marchetti, que después de él hicieron marchar de frente las ciencias y las letras.

(D) PÁG. 256.

DESCUBRIMIENTO DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE.

Se atribuye á Fabricio de Acquapendente, profesor en Padua, el descubrimiento de las válvulas de las venas. En efecto, aunque haya algunas descritas hasta por Berenguer, y se hayan hecho otras observaciones por Silvio, Vesalio y otros anatómicos, el mismo Falopio hace retroceder la ciencia en este punto negando su existencia; y nadie habia generalizado el descubrimiento antes de que Fabricio lo hiciese en sus lecciones públicas en 1574, después en su tratado *De venarum ostioris*, que salió á luz en 1603. Este descubrimiento se atribuyó á fray Pablo Sarpi, como tambien el de Harvey; pero ambas suposiciones carecen de fundamento.

Segun Galeno y la opinion comun de los anatómicos, formada de sus escritos, la sangre arterial corre desde el corazon á las estremidades y vuelve por los mismos conductos, al paso que la sangre venosa se dirige del mismo modo al hígado, de donde es igualmente rechazada.

El descubrimiento atribuido á Harvey consiste en que las arterias se comunican con las venas, y que toda la sangre vuelve al corazon por estos últimos vasos. Además de esta circulacion general ó *sistemática*, se produce otra, llamada pulmonar, en la cual la sangre se trasmite por ciertas arterias á través de los pulmones, pasando por las venas correspondientes, antes de ir al sistema sanguíneo general; de manera que recorre dos séries de vasos ramificados, de los cuales cada uno parte del corazon y vuelve á él; pero no del mismo lado. El lado izquierdo de este órgano, que por la cavidad llamada *ventrículo* dirige la sangre arterial á la aorta, y la recibe de las venas pulmonares, por otra cavidad llamada *auricula*, que atraviesa los pulmones, está separado por una membrana sólida del lado izquierdo, que, por una cavidad semejante, recibe la sangre de todas las venas, escepto la de los pulmones, y desemboca en la arteria pulmonar. No es, pues, exacto decir la *circulacion pulmonar*, pues no existe en todo el cuerpo más que una circulacion.

La obra de Servet, *Christianismi restitutio*, escitó la atencion del mundo literario; no sólo por la desgraciada suerte que produjo á su autor y por su estremada rareza, sino por un pasaje notable en el cual pretendió que habia descrito la circulacion de la sangre. Resulta de ello, sin duda alguna, que Servet conocia la circulacion pulmonar y la oxidacion de la sangre en los pulmones; pero algunos anatómicos creyeron que no habia comprendido la vuelta de la sangre por las venas á la aurícula derecha del corazon.

La opinion general es que Servet no conoció más que la circulacion pulmonar; á lo cual circunscribió Portal todo su descubrimiento, y Sprengel está persuadido de que no adelantó más. Todo lo que en Servet se refiere á la circulacion, puede reasumirse de esta manera: 1.° el corazon trasmite por la via de las arterias y de la sangre que éstas contienen un principio vivificante á las venas anastomóseas; 2.° este principio vivo vivifica el hígado y el sistema venoso en general; 3.° el hígado produce tambien la sangre y la trasmite por medio de las venas á la cavidad del corazon, para obte-

ner el principio vital con ayuda de la pequeña circulacion, que Servet parece comprender perfectamente.

Si se entiende de esta manera este pasaje, todo el movimiento de la sangre en cuestion es que, partiendo del hígado, se dirige al corazon por la vena cava y por el de la pequeña circulacion. Parece que Servet estuvo á punto de describir la circulacion; pero sus ideas sobre el *espíritu vital* desviaron su atencion del gran movimiento de la misma sangre, descubierto por Harvey. Es claro que la cantidad de sangre enviada al corazon por la elaboracion del espíritu vital, no es, segun Servet, sino la que produce el hígado y va por la cava inferior. Pero éste representa la sangre, que introduce de esta manera, como ejecutando regularmente su circulacion por los pulmones. Parece singular, que sabiendo Servet que la membrana del corazon, *paries ille medius*, como la llama, habia sido confirmada por Vesalio (aunque la mayor parte de los anatómicos se sujetaron aun mucho tiempo á la perforacion de Galeno). y debiendo suponer, en su consecuencia, que habia algun otro medio para pasar la sangre de la parte izquierda del corazon al lado derecho, no haya comprendido la necesidad de un sistema de vasos para mantener esta comunicacion.

Realdo Colombo, de Cremona, conoció sin duda la circulacion pulmonar; y hablando de su descubrimiento, dice que nadie habia observado aun ó escrito este hecho. Es cierto que Colombo no conocia la circulacion *sistemática*, y no se comprende de qué manera distribuia la sangre.

Véase este notable pasaje de Colombo (*De re anatomica*, lib. VIII, pág. 177, edic. de 1559), que no encontramos ni en Portal ni en Sprengel: «Inter hos ventriculos septum adest, per quod fere omnes »existimant sanguini à dextro ventriculo ad sinistrum aditum patefieri, id ut fieret facilius, in transitu »ob vitalium spirituum generationem demum reddi: sed longa erant via; nam sanguis per arteriosam »venam ad pulmonem fertur, ibique attenuatur, deinde cum aere una per arteriam venalem ad sinistrum »cordis ventriculum defertur; quod nemo hactenus aut animadvertit aut scriptum reliquit, licet maxi»me et ab omnibus animadvertendum.» Hace enseguida una advertencia que no se ha escapado á Servet, á saber: que la arteria pulmonar tiene un volúmen más considerable del que es necesario para alimentar á los pulmones. Aunque aspira á la primacia, tal vez tendria algun conocimiento del pasaje de Servet; y la coincidencia en lo concerniente á la funcion de los pulmones por la oxidacion de la sangre es menos singular. Pero si Colombo conoció el *Christianismi restitutio*, no creyó conveniente adoptar el importante descubrimiento de que no existe perforacion en la membrana del corazon.

Cesalpino, cuyo espíritu movible no dejaba en olvido ningun medio de pesquisas, ofrece en muchos de sus tratados relativos á materias todas diferentes, sobre todo en la que versa sobre las plantas (*De plantis*, 1583), algunos pasajes que más que los ya citados, se aproximan á la idea exacta de la circulacion general; lo que obligó á muchos escritores á darle la superioridad sobre Harvey.

Es cierto que el pasaje de las *Quæstiones peripateticæ*, de Cesalpino, se aproxima más á la verdad que todo lo que se puede encontrar en cualquiera escritor anterior á Harvey. «Idcirco pulmo per ve»nam arteriis similem ex dextro cordis ventriculo fervidum hauriens sanguinem, eumque per anasto»mosim arteriæ venali reddens, quæ in sinistrum cordis ventriculum tendit, transmiso interim aere fri»gido per asperæ arteriæ canales, qui juxta arteriam venalem protenduntur, non talem osculis commu»nicantes, ut putavit Galenus, solo tactu temperat. Huic sanguinis circulationi ex dextro cordis ventri»culum per pulmones in sinistrum ejusdem ventriculum optime responderet ea quæ ex dispositione »apparent. Nam duo sunt vasa in dextrum ventriculum desinentia, duo etiam in sinistrum; duorum »autem unum intromitti tantum, alterum educit, membranis ex ingenio constitutis. Vas igitur intro»mittens vena est magna quidem in dextro, quæ cava apellatur; parva autem in sinistro ex pulmone in»troducens, cujus unica est tunica, ut cæterarum venarum. Vas autem elucens arteria est, magna qui»dem in sinistro, quæ aorta appellatur, parva autem in dextro, ad pulmones derivans, cujus similiter »duæ sunt tunicæ, ut cæteris arteriis (*De plantis*, c. 11). Nam in animalibus videmus alimentum »per venas duci ad cor tamquam ad officinam caloris insiti, et adepta inibi ultima perfectione, per ar»terias in universum corpus distribui, agente spiritu, qui ex eodem alimento in corde gignitur.»

Es evidente que varios anatómicos del siglo XVI, estuvieron á punto de descubrir enteramente la ley que regula los movimientos de la sangre; y el lenguaje de uno de ellos es tan fuerte, que para evitar sus pretensiones, nos vemos obligados á recurrir á este hecho irresistible, que no ha proporcionado pruebas en apoyo de su doctrina, y que no la proclamó de modo que llamase la atencion. Cuando Harvey sentó la doctrina de una circulacion general, la anunció como una paradoja, y se imaginó que seria considerada como tal. Los que se esforzaban en disputarle el mérito de la originalidad, es verdad que buscaron en los antiguos escritos con la esperanza de encontrar el que se le hubiese anticipado otro, estendieron la noticia que habia robado los escritos de fray Pablo, pero no vemos que le hayan acusado como á algunos modernos de plagio con respecto á Levaseur y á Cesalpino.

Williams Harvey comenzó á enseñar la circulacion de la sangre en Londres en 1619; pero su *Exercitatio de motu cordis* no se publicó hasta 1628. Dícese que descubrió esta verdad reflexionando sobre la causa final de las válvulas que Fabricio de Acquapendente, su maestro, habia indicado en las venas; válvulas construidas para impedir que la sangre no refluya á las estremidades. El mismo

Fabricio parece no haberse ocupado de esta estructura, y no tenia ciertamente ninguna idea de la circulacion, cuando supone que las válvulas sirven para impedir que la sangre corra como un rio hácia los piés y las manos, y se acumule en una sola parte. Harvey confirma esta feliz conjetura, por inducciones sacadas de una gran série de esperiencias sobre los efectos de las ligaduras, como tambien sobre el movimiento de la sangre en los animales.

Portal hace un cargo á Harvey de no haber dicho nada de Servet, de Colombo, de Levaseur y de Cesalpino, que sin embargo le habian precedido en el mismo camino. Puede contestarse que nadie podia suponer razonablemente que Harvey tuvo conocimiento del pasaje de Servet: con respecto á Cesalpino, es una injusticia. ó al menos una ignorancia ú olvido de la célebre *Exercitatio*, de Harvey. Hace en efecto observar en el prefacio, que hasta entonces casi todos los anatómicos habian supuesto con Galeno, que el mecanismo del pulso era el mismo que el de la respiracion; pero tres veces esceptúa á Colombo, el cual refiere de la manera más exacta la teoria de la circulacion pulmonar: *Pœne omnes hucusque anatomici, medici et philosophi, supponunt cum Galeno eumdem usum esse pulsus, quam respirationis.* Al mismo tiempo, reclamando como suya la doctrina de la circulacion general de la sangre, y presentándola como una paradoja que debe admirar al mundo entero, atribuye la doctrina de la trasmision de la sangre por los pulmones á Colombo, *peritissimo anatomico*, y hace notar en el prefacio *quomodo probabile est (uti notavit Rualdus Cotumbus) tanto sanguine opus esse ad nutritionem pulmonum, cum hoc vos, vena videlicet arteriosa (hoc est, uti tum loquebantur, arteria pulmonalis), ex superet magnitudine utrumque ramum distributionis venæ cavæ descendentis* (P. 16). Ciertamente, Harvey no dice nada de Cesalpino: sin embargo, la difusion de los escritos de éste y más aun el cotejo de los pasajes, hecho por Rienzi, prueban que le conocia.

Asombra seguramente que Servet, Colombo ó Cesalpino no hayan visto más distintamente las consecuencias del hecho sentado por ellos, porque es dificil concebir la pequeña circulacion sin la grande; pero no se puede alegar su defecto de perspicacia, para ponerle en parangon con la sagacidad más firme de Harvey. Este defecto se esplica, si se nota que la verdad que habian descubierto no era para ellos una simple conjetura, sino que descansaba en pruebas insuficientes: como lo conocian vacilaba su talento, y les impedia deducir consecuencias que en el dia parecen irrefragables. En todos los ramos de la filosofia, las indagaciones de los primeros investigadores se han encontrado detenidas por motivos semejantes.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

Luis XIV.—Galicamos y Jansenistas.—Siglo de oro de la literatura francesa ó inglesa.—Revolucion de la Inglaterra.—Guerra de Sucesion en España.—Decadencia de los Turcos y engrandecimiento de la Rusia.—Desdichas de Italia.—Progresos de las ciencias positivas.

CAPÍTULO PRIMERO

OJEADA GENERAL.

La guerra de los Treinta Años puede considerarse como una guerra civil europea, de la cual nació un nuevo sistema de política y de derecho internacional. En vez de salir triunfante de ella el partido católico, vió elevarse al lado de su culto otro culto diferente, debilitadas las dos potestades que habian constituido su principal apoyo, y reducida la supremacia pontificia bajo el aspecto temporal, á no ser casi más que un tema debatible entre doctores. Tanto en la ciencia como en la política, las ideas materiales sustituian á las opiniones religiosas. Sin embargo, todavía no se habian sosegado los ánimos lo suficiente para admitir la tolerancia, y veremos surgir nuevamente persecuciones y correr la sangre en nombre de la religion entre los católicos y protestantes, porque siempre tiene que ejercitar grandes venganzas el partido que ha experimentado grandes temores.

La paz de Westfalia impidió al Austria, cuya desmedida ambicion habia comprometido la independencia europea, y suscitado una reaccion enérgica, reunir en la fe católica á toda la Alemania por la creacion de la Prusia en oposicion al poder austriaco. Quitóle tambien con la Alsacia la facultad de tener bajo su férula á los príncipes de Lorena y á los demás señores que tenian á las orillas del Rhin sus castillos, reconociendo como repúblicas dos de sus antiguas dependencias y disputándole la supremacia en Alemania. Entonces no le quedó más arbitrio que avasallar á sus propios súbditos y engrandecer su familia.

Mientras esta paz consolidaba la unidad nacional de los demás paises, permanecia fraccionada la de Alemania en soberanias particulares: el poder monárquico sucumbia en presencia de los grandes vasallos, que haciéndose independientes, se entendian entre sí para oprimir á sus súbditos. La organizacion dada al Imperio ofrecia en miniatura el modelo de un nuevo derecho político: con efecto, habian sido definidos y asegurados los deberes de cada príncipe, organizada la dieta, embrion de las representaciones nacionales; se determinaron é hicieron estables las relaciones de cada Estado con los demás y con sus propios miembros; se garantizó la supremacia territorial á cada soberano; fueron sometidos los eclesiásticos al poder político; se vedaron al emperador las proscripciones arbitrarias; se reconoció en derecho y de hecho la libertad de conciencia; se autorizó el ejercicio público del culto á los que ya lo tenian, y el ejercicio particular para todos. Hubo igualdad civil entre las diversas comuniones. La libertad política no fué ya un privilegio, sino un principio; quedó asegurada la propiedad privada por la amnistia: dieron testimonio de la propiedad política indemnizaciones y restituciones; por último, en caso de contravencion, cada Estado pudo contraer alianzas recíprocamente obligatorias.

Tales eran las disposiciones concertadas; pero este complicado mecanismo embarazaba la marcha de una nacion ya poco deseosa de movimiento; y si interesaba á los pequeños Estados que el empe-

rador tuviera un contrapeso, era suscitar rivalidades y perturbaciones sin término confiar este papel á Suecia y á Francia.

España no podia conseguir la sumision de Portugal rebelado, y se veia obligada á recurrir á las Provincias-Unidas, rebeldes á su autoridad igualmente.

En esta comarca después de durar algun tiempo el poder soberano, ya no pudo hacer frente á la pequeña nobleza ni á los concejos; sucumbió finalmente, y de aquí resultó la oligarquía federativa. Opinaban las personas sensatas que la monarquía holandesa debia permanecer estraña á las disensiones del continente, aumentar sus fuerzas marítimas, y sacar partido del comercio. Efectivamente, la importancia comercial iba en aumento, y la paz de Westfalia la habia libertado de incómodos estorbos, pues aunque se cuestionaba sobre la navegacion marítima, se le podian aplicar las disposiciones relativas á la del Rhin. Pero si los pueblos se hacian la guerra por los territorios cuando del suelo dependia toda la riqueza, luego que se reconoció que el comercio ofrecia iguales ó mayores ventajas, vino á ser del mismo modo causa de enemistad entre las diferentes naciones.

No entraba por nada ó entraba por muy poco Italia desde que la Santa Sede habia perdido tantos paises. Nápoles y el Milanesado, provincias miserables, apenas osaban prorrumpir en gritos para pedir pan de vez en cuando, Venecia, que habia perdido el cetro de los mares, se esforzaba por repeler á los otomanos. Génova se agitaba en medio de sus discordias intestinas, y contra la codicia de sus vecinos. Saboya, comarca importante por su situacion entre Francia y Austria, veia disminuidas sus posesiones en atencion á que los suizos se habian apoderado de una parte de ellas, y á que la que se habia cedido á los franceses les permitia penetrar en el corazon del pais siempre que se les antojaba.

Exentos los suizos de guerras por su propia cuenta, peleaban en todas las de los demás Estados, inclinándose no obstante á la Francia por celos contra sus antiguos dominadores. Tambien se declaraba por Francia la Suecia, que se habia asegurado un puesto importante en el cuerpo germánico, adquiriendo á Brema, Werden, la Pomerania, Dos puentes, y haciéndose considerar como garante del tratado de Westfalia.

De consiguiente, parecia todo propicio al engrandecimiento de la Francia, que tenia en sus manos las llaves de la Italia con Cuneo y Pignerol, las de Alemania y de los Paises-Bajos con las fortalezas de Alsacia y de Lorena, y que amenazaba á la Inglaterra desde los puertos de Dunkerque y de Mardick. Libre de sus guerras civiles, y desengañada de sus desastrosas espediciones á Italia, grande en la opinion de resultas del tratado de Westfalia, y salvaguardia de las franquicias alemanas, mejoraba sus rentas y consolidaba la autoridad real. Vencedores los monarcas franceses en su lucha, primero contra los grandes vasallos, después contra la nobleza, y finalmente contra la magistratura, no se contentaron con encerrar la oposicion dentro de límites fijos, sino que la sojuzgaron y se hicieron déspotas.

Al revés en Inglaterra, estaba repartido el poder entre el príncipe y la aristocracia, interesados en la prosperidad comun uno y otro. Pero para que fuese igual la reparticion, fué necesario pasar por dos revoluciones, que ya habia preparado la Reforma, aunque la reprimió la energia de los monarcas anteriores.

Consolidábase el poder real en Dinamarca: en Suecia se convertia en un absolutismo que en breve cedió el puesto á una constitucion viciosa. Un deplorable método de elecciones entregaba á la Polonia á las discordias y á la anarquía, al par que se hallaba amenazada por los rusos y por los turcos. La Livonia ponia en contacto á los escandinavos con los rusos, que desde entonces cesaron de pertenecer al Asia; y por último, las combinaciones de la política europea abarcaron el Norte y el Oriente.

Estas comarcas, que no habian tenido que atravesar el feudalismo, carecian de las instituciones que éste habia engendrado. En la Escandinavia las clases superiores llegaron á ser un órden del Estado; en Suecia las demás clases fueron representadas en órdenes distintas: en Rusia disfrutaban los grandes, no del dominio político, sino del poder civil en sus tierras: tenian derechos personales, no la soberania feudal. Ni en este pais ni en el resto del Norte se siente la influencia de los legistas, que nacida en otras partes del conocimiento del derecho romano, propendia á sustituir la forma científica á la forma espontánea, y á concentrar sobre una autoridad única los poderes feudales, así como las legislaciones particulares, para operar una fusion social más grande por medio de un derecho comun.

Entre los musulmanes para quienes sirve de base á un gobierno popular un código divino, el poder legislativo y la autoridad judicial, no dependian del soberano, sino que tomaban su importancia del santo libro; grandes y pequeños eran iguales en derechos; se repartian por igual las sucesiones; ningun vínculo ligaba al individuo al territorio; pero aquella autoridad absoluta sobre las vidas y haciendas de los súbditos, que ni aun siquiera por la opinion se moderaba, tenia las más deplorables consecuencias.

En los siglos precedentes los límites mal definidos del poder imperial y de la autoridad pontificia habian causado discusiones y dañado á la dignidad de ambos poderes. Durante la preponderancia del feudalismo las relaciones del vasallaje no dependian de la voluntad de los pueblos ó de los intereses de su porvenir; lejos de eso, la posesion del territorio estaba ligada al derecho de las personas, y por consiguiente un matrimonio, una sucesion alteraban las más íntimas relaciones. Arrancadas

á su centro natural las provincias, eran adjudicadas á extranjeros, y se sacrificaba la nacionalidad á prescripciones arbitrarias.

Los pontífices habian conseguido preservar á la Europa de los musulmanes, ser salvaguardias de la dignidad del matrimonio contra la incontinencia de los príncipes, de la disciplina eclesiástica contra el contacto invasor del poder de los barones. Interponiéndose entre los príncipes y los pueblos habian protegido la justicia, evitado á veces la guerra y héchola siempre más suave. Pero no lograron determinar las relaciones de Estado á Estado, siendo incompatible toda estabilidad con el feudalismo y con las costumbres de siglos enteramente belicosos.

Los descubrimientos de verdades y de comarcas, que sacando al hombre de sus costumbres, le alejaban de sus ideas; el estudio de la antigüedad, cuyo esplendor hacia que apareciera descolorido lo presente: una literatura sacada de otras fuentes que las del cristianismo y el derecho romano que desacreditaba las instituciones nacionales é históricas, contribuyeron á derribar las ideas religiosas del primer puesto; y si hasta Cárlos Quinto habia seguido reinando un derecho público católico, resultado de las decisiones de los pontífices, de los concilios, de las asambleas nacionales, desde entonces fué sustituido por una política sin símbolo y toda de habilidad práctica, con la incertidumbre en las creencias y en la moral, lo cual produjo la corrupcion, y la falta de unidad por consiguiente.

Produjo, pues, la reforma religiosa una reforma política, y el carácter del siglo en que vamos á entrar es la alteracion del derecho público. Desde este momento se regula por convenciones arbitrarias; no descansa ya sobre la idea de un derecho inherente á cada nacionalidad, y no es menos inviolable que aquel en cuya virtud cada familia ó cada individuo provee á lo que le es más ventajoso; pero en él se supone que los Estados permanecen inmoviles, que se rigen en razon de la igualdad de sus fuerzas, y que es una garantia para los débiles el equilibrio de los fuertes.

Ya se habia practicado este sistema especialmente en Italia: pero habia algo que le superaba, y era el Imperio con la consagracion de la Iglesia. Semejante superioridad, de sentimiento más bien y de hecho, pareció vulnerar la independencia á que aspiraban los reyes, y sus esfuerzos, tanto dentro como fuera, propendieron á derrocarla en todas partes, bajo pretesto de religion. La guerra contínua que hubo de resultas engendró multiplicados convenios tanto en lo interior como en lo esterior: se quiso dar un apoyo á los débiles contra los fuertes, subordinando el principio religioso al principio político, hasta elpunto de hacer á la Francia protectora de los protestantes; y así nació el principio del equilibrio material que subsistió hasta la revolucion francesa.

Este equilibrio no se fundaba sobre el derecho, sino sobre el hecho: considerando como justo lo que existe, no se refiere á un principio absoluto y eterno, sino que procura evitar que un Estado adquiera poder escesivo; se diferencia, pues, esencialmente del sistema político, que tiene por objeto mantenerse en posesion de un derecho generalmente reconocido, respetando el derecho ajeno. Este inspira á la paz, el otro se mantiene de contínuo pronto al ataque; no se funda sobre las conciencias; no se pone bajo la custodia de Dios. Ocupándose en sucesiones, en lazos de familia, dió al derecho público las formas del derecho civil, hizo de los diplomáticos una especie de abogados, y costó tantas guerras como las que se querian evitar con su observancia (1).

Aquella tradicion de costumbre que donde quiera precede á la ley positiva en el derecho civil, en el derecho público y en el derecho de gentes, habia servido hasta entonces de norma, estableciendo usos arbitrarios y bárbaros á menudo; pero allí estaba la religion para corregirlos, y colocaba un poder moral en contrapeso del poder material. Una vez rota la unidad, obligó la oposicion de interés á solicitar su conciliacion mútua, y los principios jurídicos fueron aplicados á las relaciones entre los Estados, para constituir un derecho de gentes convencional por este medio.

Habiendo llegado á ser una potencia, los doctos se ingeniaron en hallarle una base en la erudicion, más bien que en las circunstancias particulares del tiempo y en la historia. No por eso dejó de ser baldon violar las leyes que habian proclamado. Sin embargo, tambien se hizo racional esta ciencia, y hasta se identificó con el derecho natural bajo la pluma de los revolucionarios ingleses, y después bajo la de los filósofos del siglo XVIII, que proclamaron la soberania de las masas.

Después de haber descrito esta época preguntaremos, ¿qué injusticias previno este sistema de equilibrio tan ponderado? ¿Qué idea util ó venturosa ha legado á la posteridad? Por el contrario, le veremos derrocado completamente y restablecido por las armas. Basta para estinguirlo la aparicion de un grande hombre como Cárlos XII, Federico II ó Napoleon. Y es que no se toma en cuenta para nada el movimiento natural de las naciones ni sus progresos, y que la armonia descansó sobre las armas y sobre el antagonismo hasta el estremo de inventarse la paz armada; y cometida una injusticia por una nacion, las demás se creian obligadas á imitarla, para no alterar la balanza. Todo lo que podia turbar el equilibrio llamaba la atencion de todos, y daba pretesto á intervenciones, guerras,

---

(1) Richelieu decia que *il faut négocier sans cesse de près et de loin*, y por esta razon estableció embajadas en todas partes. Sin embargo, Roma las tenia ya desde los siglos XIV y XV, lo mismo que Florencia, por lo que Segni dice *Storie fior.*, I: «La ciudad se decidió á estar con este Estado en buena amistad (Siena), y *de aquí* que tuviese en él un embajador.»

alianzas y mediaciones; hasta el egoismo tomaba parte en estas luchas, y el fuerte decidia acerca del modo cómo debia de entenderse el equilibrio; las paces no las dictaba el vencedor, sino que se hacian de acuerdo con muchos Estados; y ninguno podia hacer una adquisicion y entrar en su dominio tranquilamente, si no era antes aprobada por todos ó por la mayor parte; los pueblos fueron divididos, numerados y cambiados como rebaños de ovejas, sin tener en cuenta los afectos, los deseos ni la nacionalidad. Cuando el único lazo que unia unos pueblos á otros era el derecho hereditario de los príncipes, los pueblos no pasaban de la categoria de cosas y propiedades de la casa real; las reglas del derecho de gentes fueron sucesivamente invocadas y quebrantadas por interés propio; accion tanto más reprobable cuanto que se ejecutaba en nombre de ellas; pero después, cuando los filósofos, con mayor fuerza, predicaban la soberania del pueblo, los ministros se repartian en plena paz un pais: ejemplo inaudito de violacion, que tantas otras debia producir.

Consecuencias inevitables; y si no sobrevinieron inmediatamente, fué porque la opinion lo impidió. Porque el arte se unió á la ciencia de tal modo, que reparó los males sociales, sostuvo la actividad del espíritu hasta bajo el peso del yugo, evitó las guerras, las exacciones escandalosas y las regias prodigalidades; dulcificó las costumbres, multiplicó los placeres y las relaciones entre las clases separadas un tiempo; y á la aristocracia de nacimiento opuso una aristocracia de ingenio, que luchó contra los abusos del poder y la insolencia de los grandes, y creó la opinion pacífica. Esta, cuyo poder iba en aumento, y la razon, que se emancipaba por instantes, impidieron que en el derecho público é internacional fuese la fuerza la única dominadora.

La teoria del equilibrio sofocaba los votos y los intereses de los pueblos, que hasta en el interior permanecian al arbitrio de sus dueños. De aquí la escasez de las manifestaciones populares, y que sólo de las cortes dependiese todo. Tambien los esfuerzos encaminados al bienestar material debilitaban la libertad de las naciones y de los individuos bajo pretexto de mejorarlos; en atencion á que los medios de obtener esta mejoria no eran conocidos, y tales se creian á menudo los absurdos económicos de consecuencias tan inmediatas para los pueblos. Teníanse las rentas por única riqueza, y se creia rico al Estado que exportaba más mercancias que las que recibia. Hubiérase, pues, dicho que habia llegado al colmo de la prosperidad el Estado que no comprase nada; es decir, se hubiera aniquilado el comercio si por una feliz inconsecuencia no se hubiese convenido en violar aquellas prohibiciones.

Entre el trabajo y el trabajador se interponia el fisco, y para elevarlo y robustecerlo los gobiernos intentaron fomentar el comercio y la industria; después, fijos siempre en su propósito, redujeron la ciencia rentística á examinar, no lo que conforme á derecho puede exigirse á un vasallo para bien del Estado, sino de cuanto puede privársele sin reducirle á la miseria. Arte supremo fué, pues, el elevar las rentas; pero aunque los pueblos daban más, no eran más ricos. Las rentas eran absorbidas por el fausto de las cortes, de los ejércitos y de la administracion cada vez más complicada: tanto, que no tardó en ser una necesidad la introduccion del papel-moneda y el crédito público, remedio oportuno, pero que en mano de los déspotas dió desastrosos resultados y expuso el valor de los bienes y de sus rentas á caprichosas vacilaciones. Como sucede en las épocas de transicion, á los antiguos males se unian los nuevos. Los soldados adquirian el predominio que los eclesiásticos ejercian primeramente, si bien éstos influian todavia en los asuntos políticos, no pocas veces con la astucia del hombre que ha perdido la fuerza. Las persecuciones religiosas se disminuian aparentemente, pero no desaparecian las animosidades ni habia conformidad en las cuestiones teológicas. Las clases elevadas perdian en orgullo, pero ganaban en indiferencia y frivolidad. Las nuevas producciones de América y las ya generalizadas de la India, las mejoras introducidas en la agricultura y en la industria, y el lujo que se desarrollaba aumentaron los placeres de la multitud, pero asimismo atizaron las pasiones, especialmente en las poblaciones grandes; los pobres en contacto con los ricos contrajeron sus vicios, y para sostenerlos se envilecieron.

Tal es el estado de Europa que se llama progreso.

CAPÍTULO II

FRANCIA.—LUIS XIII Y RICHELIEU.

Maria de Médicis.—A la muerte de Enrique IV, acaecida tan oportunamente para sus enemigos esteriores que se tuvo por obra de ellos, mostróse Maria de Médicis tan afligida como pudo. La espada del duque de Epernon hizo que se la proclamara regente. Su hijo Luis XIII apenas habia cumplido nueve años, y la reina pudo destruir todo lo que habia preparado su esposo. Enrique habia mirado con ojos recelosos el favor que ella otorgaba al florentino Concino Concini, y Maria hizo que es casara con Leonor Galigay, su hermana de leche é íntima confidenta. Fué Enrique enemigo formidable para España, y Maria ofreció la paz á esta po tencia, celebrando las dobles bodas del joven rey con la hija de Felipe III, y de su hermana con el príncipe de Asturias; Enrique otorgó toda su confianza á Sully, y Maria le forzó, por decirlo así, á retirarse. El leal ministro vivió apartado de los negocios hasta 1641, consagrando sus ocios á escribir sus memorias.

Hallándose agitada la Francia en lo interior por el partido feudal y la faccion protestante, opuestos ambos á la centralizacion parisiense y á la monarquia, quizá la regente no veia otro apoyo para la unidad política que la unidad católica. En efecto, codiciosos de dominacion y de riqueza los príncipes de la sangre renovaron los disturbios que habia reprimido Enrique IV, empeñándose en intrigas sin elevacion ninguna, y hasta careciendo de la energia del delito. Acudian los principales facciosos en solicitud de recompensas, de feudos, de gobiernos, de fracciones de autoridad, deseosos de volver á trabajar en la obra consumada bajo la segunda raza, y de sustituir la herencia de los gobiernos provinciales á la de los grandes feudos (1). Pero su ardor brutal por enriquecerse les impidió llegar á la grandeza política; y Maria, mujer tan mediana de espíritu como de corazon, los acogió con la sonrisa en los labios, cuando tenia hiel en el alma, y satisfizo sus exigencias. Apaciguólos prodigándoles para el *bien público* enormes sumas.

La asamblea de los Estados reclamada por los descontentos, es decir, por los ambiciosos, y reunida pocos dias después de la mayoria del rey (octubre de 1614), gastó el tiempo en bellos discursos, en cumplimientos y en discusiones insustanciales. Embarazó toda medida útil, la rivalidad entre las tres órdenes habilmente fomentada por Concini. Habiendo dicho á la nobleza reunida en cámara el lugar-teniente civil á la cabeza de una diputacion del tercer Estado: *Tratadnos como vuestros segundones y os honraremos y amaremos;* al dia siguiente el señor de Senecey, presidente de la nobleza, fué á quejarse al rey con estas palabras: «Señor, el tercer Estado que ocupa el lugar postrero, olvidando todos sus deberes se quiere comparar á nosotros. Vergüenza me causa deciros en qué términos nos han ultrajado: compara vuestro Estado á una familia compuesta de tres hermanos; dice que el orden eclesiástico es el primogénito, el nuestro el que le sigue, y que después va el de ellos. En miserable condicion hemos caido si así sucede. ¿Y que, tantos servicios prestados

---

(1) Montaigne indica lo débil que era la autoridad regia sobre los señores de provincia en estas palabras: *Voyez aux provinces éloignées de la Cour, nommons Bretaigne par exemple, le train, les subjets, les officiers, les occupations, le service et cérémonies d'un seigneur retiré et casanier, nourri entre ses vasaux, et voyez ausi le vol de son imagination, il n'est rien de plus royal; il entend parler de son maitre une fois l'an, comme du roi de Perse, et ne le recognoit que par quelques vieux cousinages que son secretaire tient en registre.*

desde tiempo inmemorial, tantos honores y dignidades como se han trasmitido hereditariamente á la nobleza, la habrán rebajado, lejos de sublimarla, hasta el punto de hallarse con el vulgo en la más íntima especie de sociedad que existe entre los hombres, cual es la de la fraternidad? Pronunciad, señor, el fallo, y por una declaracion esencialmente justa hacedla entrar en sus deberes y reconocer lo que somos y la diferencia que hay entre nosotros y ellos.» (2)

Véanse hasta dónde subia el orgullo de la nobleza. A esto siguieron discursos, escritos, un diluvio de palabras, sin que el pueblo ganara otra cosa que pagar á los diputados. Después se separaron los Estados para no reunirse hasta 1789, y con ideas bien distintas (3).

Se confirmó á la reina madre la administracion del Estado: bien hubiese querido ser déspota, pero no sabia reinar sola. Tan constante en sus afectos como implacable en sus venganzas, se puso completamente á discrecion de Concini. Este extranjero compró la mariscalia de Ancre en Picardia y se hizo conferir muchos gobiernos; sostuvo poderosamente á Maria en la lucha contra los príncipes de la sangre y los grandes feudatarios, le indicó que no pudiendo hacer la guerra á Austria, convenia tenerla por amiga; que no pudiendo destruir á los protestantes, era preciso debilitarlos; que no pudiendo deshacerse de los grandes, era preciso halagarlos, y el consejo privado que celebraba de noche con la reina, hacia mucho más que el consejo de Estado. De consiguiente se encontró blanco del odio de todos, representado como un ambicioso de baja estofa, ascendido á mariscal sin haber empuñado las armas, ministro sin conocer las leyes del reino, y habia disipado los cuarenta millones allegados por Enrique IV. Pero los nobles no podian tolerar á un hombre tan hábil, que, hijo de sus obras y elevado por su mérito, no por su nobleza, jamás se habia batido en duelo. Les ofendia hallar cerradas las puertas de la cámara, que estaban siempre abiertas para la Galigay, por lo que se unieron á los protestantes; liga absurda del feudalismo con la Reforma. Su intento era apoderarse de Luis XIII, que á la sazon habia ido á casarse con Ana de Austria, viéndose obligado á llevarla á París al frente de su ejército, y por medio del fuego de los arcabuces de los rebeldes.

En vez de batallar contra ellos, Concini fué de opinion de que se tratara con el príncipe de Condé, su caudillo (1615); de que se les distribuyeran gobiernos, pensiones, recompensas, haciendo que declarase el rey que por el bien público habian empuñado las armas. Envalentonado Condé por la victoria, ajeno á la grande ambicion, se dirigió á la corte con el proyecto de eclipsar, y aun quizá de destronar al rey; pero fué preso. Este golpe de autoridad prendió fuego á la mina. Descontentos los príncipes, empuñaron las armas, otro tanto hizo la regente, y Concini ofreció mantener á su costa siete mil soldados. Convertido en señor y soberano, escogió un nuevo ministerio, en que entró el obispo de Luzon, Armando Juan de Plessis, que bajo el nombre de Richelieu, debia hacerse más tarde famoso, prosiguiendo una tarea bajo la cual sucumbió Concini.

María de Médicis y su favorito habian colocado cerca del rey á un jóven page aviñonés, llamado Alberto de Luynes, con la esperanza de hacerle instrumento favorable á la influencia de ellos, pero el pensaba en sí solo. Habiéndose granjeado el favor de Luis XIII con halagar su prolongada infancia, le comunicaba los pasquines que aparecian contra la reina madre, le inspiraba pérfidas sospechas, y el temor de que rodeada de hechiceros y de envenenadores italianos, pensara en administrarle mortal brevaje. Por último, le sugirió la idea de desembarazarse del mariscal de Ancre y de mostrarse realmente soberano.

Luis prestó oido á sus consejos. Concini fué asesinado, y su cadáver arrastrado ignominiosamente en las calles por el pueblo. Vitry, su asesino, recibió en recompensa el baston de mariscal, como lo habia recibido Themines por haber arrestado al príncipe de Condé (4). Los despojos de Concini, á quien se hallaron encima unos dos millones en billetes, y en su casa otro tanto en dinero, fueron entregados á Luynes, que figuró como soberano de Francia, donde el triunfo de la aristocracia sobre el pueblo y sobre el monarca escitaba una ciega alegria. Intentóse un proceso todavia mas vil que absurdo contra la mariscala de Ancre, acusada de haber llamado á Francia á los judios, á magos y astrólogos; de haber hecho talismanes, símbolos y hechicerias; de haber empleado para medicamentos sangre de pichon y de gallo; de haber mandado que exorcisaran á la reina frailes italianos, y de haberla avasallado con ayuda de filtros. «El filtro, respondió ella, es el ascendiente que todo espíritu superior adquiere sobre un espíritu débil;» y sostuvo con dignidad estas inculpaciones ridículas, á que siguió una muerte ignominiosa.

---

(2) Del *Proceso verbal de la nobleza en los Estados* de 1614, p. 113.

(3) En el *Tratado de la nobleza*, de Thierouet, impreso en 1606, se hace mencion de la ley que imponia á los plebeyos la obligacion de asistir á las escuelas durante un quinquenio para obtener el grado en derecho civil y canónico, al paso que sólo se exigia un trienio á los nobles; de lo que se aduce estas razones: *Soit que le droit nous ait estimés plus aptes à comprendre les sciencies que les ignobles, parce que la chasse nous étant permise, nous mangeons plus de perdrix et autres chairs delicates qu'eux, ce qui nous rend un sens et une intelligence plus delies que ceux qui se nourissent de bœuf et de porceau.* Paris, 47, n.° 40.

(4) El duque de Bouillon renunció su baston de mariscal de Francia, indignado de que se ganase esta dignidad en el oficio de esbirro y de asesino.

La reina madre fué confinada al castillo de Blois, y Richelieu á Aviñon, donde escribió sobre teología. Luynes tomó á pechos abatir el elemento hugonote y el elemento municipal, como hizo respecto del partido feudal Concini; pero muy pronto se ocupó con preferencia en enriquecerse, así como en enriquecer á sus hermanos por medio de empleos, de pensiones, de matrimonios. Se le creó duque y par, y nada se hizo sin su consentimiento, lo cual produjo nuevas desavenencias; Maria recuperó su libertad, y estuvo á punto de estallar la guerra civil. Luynes, que ignoraba lo que pesaba una espada, fué nombrado condestable; pero se vió obligado á recurrir á Richelieu, que restableció la paz y persuadió á Maria de Médicis á retirarse aguardando tiempos mejores.

Aspiró Luynes á crearse un apoyo restituyendo la libertad al príncipe de Condé, quien permaneció fiel al rey desde entonces; pero este acto y la insolencia del favorito suscitaron disensiones. Maria de Médicis que las fomentaba, se vió obligada á ceder á la fuerza de las armas; muchos señores vieron confiscados sus bienes, y se prometió el capelo de cardenal á Richelieu que habia sabido hacerse necesario.

Menos fácil fué apaciguar las guerras que habian hecho renacer motivos religiosos en apariencia y políticos en el fondo. Desde el advenimiento de los Valois al trono, veian las provincias con disgusto reconcentrarse en París toda la vida política; y el triunfo de los mendigos en Holanda les impulsaba á imitar su ejemplo, con la idea de que tendiendo una mano á estos, y otra á los de Ginebra, seria posible desmembrar la monarquía y formar una república federativa con sus numerosos concejos. Ya los hugonotes, á quienes el edicto de Nantes daba una especie de soberanía, celebraban sus asambleas, unas veces en Montalban, otras en Castres y en la Rochela; asistian á ellas los diputados de todas las iglesias, los miembros del consistorio y los ancianos; y á menudo intervenian en sus deliberaciones enviados secretos del rey de Inglaterra, de Ginebra, de la Holanda y de los príncipes de Alemania.

En un principio querian imitar la ámplia municipalidad de Ginebra, y después elevarse á la forma social de la Holanda, esto es, constituir una república religiosa organizándose por círculos. Cada círculo hubiera tenido una asamblea provincial encargada de gobernar y de escoger los diputados para un consejo general. El duque de Rohan, yerno de Sully, debia representar aquí el mismo papel que el príncipe de Orange en Holanda. No se trataba, pues, solamente en las asambleas de religion y de cosas de conciencia, sino de política, de feudos, de libertad municipal, soñando siempre con la desmembracion de Francia. Además, se mezclaban los hugonotes entre las facciones de la corte: el duque de Bouillon, y más todavia el duque de Rohan estaban en acecho para aprovecharse de la primera ocasion favorable. Los reformados del Norte estaban en inteligencia con Inglaterra, los del Mediodia con España. Pero acostumbrados los caudillos á la vida de la corte ó empezando á ser viejos, se sentian poco dispuestos á volver á la vida del campamento, lo cual hacia que esta faccion languideciera. El pueblo en Francia no estaba amoldado á las ideas republicanas: habia sido educada en la fidelidad al rey la nobleza, habiendo heredado este sentimiento con la sangre y el blason de sus padres, porque hasta cuando tomaban las armas contra el soberano, era bajo pretexto de librarle de supuestas trabas á su autoridad. Por consiguiente, el espíritu monárquico del pais venció al cabo.

Sin embargo, cuando ordenó el rey la reunion del Bearn (1620) á la corona, y la restitucion á los católicos de los bienes ocupados por los protestantes, se insurreccionaron éstos, y á pesar de las amonestaciones de Sully y de Mornay, convocaron una asamblea en la Rochela, donde organizaron su independencia.

Fué menester combatirlos, y se confió á Luynes el mando de las tropas; pero el mal éxito de la campaña agravó la fiebre que le llevó al sepulcro. Los subsidios del clero y el valor de Condé repararon las primeras derrotas. De aquí resultó que el tratado de Nantes fué confirmado en Montpeller, donde se estipuló, no obstante, que todas las fortificaciones de los hugonotes fueran demolidas, á escepcion de la Rochela y de Montalban.

Otra vez en favor la reina madre á la muerte de Luynes, hizo llamar á Richelieu al consejo, que apartó de su seno á cuantos pudieran servirle de estorbo (5). No tardando en mostrarse superior á los demás ministros, dió á los negocios nuevo impulso, porque era el único que tenia una idea clara de la monarquía y de la necesidad de sustraer con ella la unidad francesa á las mezquinas ambiciones con que su integridad estaba amenazada. Luis no le amaba y decia á su madre: «No me hableis de ese hombre; es un ambicioso que se tragaria mi reino.» Pero su ambicion no era ciertamente la de Luynes, ni la de Concini, de cuyo ejemplo supo sacar provecho.

De aspecto severo, noble continente, palabra clara y sin melindre, limpio y grave estilo, hábil en los grandes proyectos como en las pequeñas intrigas, con rápida concepcion, espíritu resuelto y sin faltar nunca á las contemplaciones debidas, Richelieu amaba la verdadera gloria sin desdeñar los triunfos del amor propio; avasallaba todas las voluntades á la suya, sin esceptuar la del rey, aceptando el peligro de los odios que escitaba con

(5) Las *Memorias del cardenal de Richelieu*, que comprenden desde 1611 hasta 1638 (coleccion de Petitot, segunda série, t. XXVII, 1823), han derramado mucha luz sobre aquel tiempo. Vanamente han rebatido su autenticidad algunos, como rebatió Voltaire el *Testamento político*.

el terror que infundia por todo el reino, y el temor que su estraordinaria superioridad inspiraba á sus compañeros, era causa de que fueran aprobadas todas sus proposiciones (6). Dirigia hácia un mismo fin los medios más diferentes, sabiendo seguir un pensamiento sistemático y transigir no obstante con los hechos. A pesar de aborrecer á las dos casas de Austria, se acercó á ellas siempre que lo consideró útil para el interés supremo de destruir todo obstáculo que se opusiera á la unidad real, toda traba á los derechos del trono. Para lograrlo fué menester carecer de entrañas y no contar las víctimas. No teniendo enfrente de su persona ni un gran hombre, sino gentes de capacidad mediocre ó la anarquia, menospreció á sus enemigos, y esto le condujo á abusar del poder. Pintóse á sí propio diciendo: «No me atrevo á hacer cosa alguna sin pensar bien en ella; pero una vez tomado un partido, marcho en derechura á su logro; derribo, tajo, y después lo cubro todo con mi roja vestidura.» Siempre tenia encima de su bufete á Maquiavelo y el breviario. Se servia de sus aliados como de instrumentos, á fin de sacrificarlos tan luego como cesaban de serle necesarios. Cuando Maria de Médicis hizo que fuese nombrado cardenal, Richelieu la dijo: «La púrpura que debo á la benevolencia de vuestra majestad, me recordará de continuo el voto que tengo hecho de verter mi sangre en su servicio.» Sin embargo, no tardó Maria en apercibirse de lo mucho que se habia engañado al creer que podia reinar con su ayuda: entonces le echó en cara aquellas espresiones, como si el agradecimiento pudiera detener á un ambicioso en el terrible camino en que está empeñado

Para recorrerlo, para consolidar el orden interior y la nacionalidad, era menester anonadar á la aristocracia y á los calvinistas, el pasado feudal y el porvenir republicano. La ultima paz ni aun siquiera habia suspendido las discusiones, porque debian durar con los reformados todo el tiempo que conservaran sus prerogativas anárquicas, así militares como administrativas. En la asamblea de 1621 publicaron una declaracion de independencia, repartiendo en ocho círculos las setecientas iglesias reformadas de Francia, reglamentando las exacciones de hombres y de dinero, constituyendo, en una palabra, la república protestante. Hasta se ofrecieron cien mil escudos á Lesdiguières porque se pusiera al frente de ellos. Pero contando á la sazon ochenta años, y teniendo en el Delfinado un pequeño reino, se negó á admitir el mando de tan indisciplinado ejército.

Si Luynes habia pensado en quitar á los protestantes sus propiedades, Richelieu queria sus plazafuertes. Habiendo, pues, ganado á Inglaterra y á Holanda, cuya amistad los sostenia, á bordo de los bajeles de estas naciones protestantes, hizo conducir los soldados para atacar la Rochela, tambien protestante. Fueron batidos los hugonotes, y se les concedió la paz sin inquietarse, porque le llamaran papa de los calvinistas y patriarca de los ateos, con tal de que pudiera acudir adonde le reclamaran las nuevas necesidades del reino.

Entretanto continuaba en Alemania la guerra de los Treinta Años. La Valtelina, pequeño pais situado entre la Lombardia, los Grisones y el Tirol, codiciado siempre por el Austria, como eslabon entre sus posesiones de Alemania y de Italia, hubiera pasado entonces de los Grisones á la España, á consecuencia de la revolucion que en otro lugar dejamos narrada (7), si la oposicion de Luis XIII no hubiera conseguido que se diese en depósito á Urbano VIII. Pero apercibiéndose el cardenal, aliado de los protestantes, de que España intrigaba en Roma, dirigió tropas contra el papa, «á fin de hacer á Urbano menos indeciso, y á la España más tratable,» é hizo invadir el valle por el príncipe de Rohan: luego, segun los términos del tratado de Monzon entre la Francia, la España y Roma, fué restituido á los Grisones calvinistas; ¡tanto se habia emancipado la política de las ideas religiosas!

Enseguida se reanimó la guerra en Italia por la sucesion de Mantua, disputada al duque de Nevers por la Saboya y por España. Llevose entonces el pais á sangre y fuego: el rey pasó triunfante dos veces los Alpes. Hasta Richelieu se mostró cubierto con la armadura. Por último, los tratados de Cherasco y de Millefleurs pusieron fin á las hostilidades, asegurando el ducado de Mantua á los príncipes de Nevers, y quitando á la Saboya el Pignerol, que abria á los franceses un acceso á Italia.

Cárlos I de Inglaterra habia enviado como embajador á la corte de Francia á Buckingham, su favorito. Este señor, magnífico y galante, osó mostrarse enamorado de la reina, y fué despedido, rompiéndose las negociaciones. Para vengarse Buckingham, escitó á su soberano contra la Francia,

(6) Mad. de Motteville habla de Richelieu con una profundidad de juicio, que en una contemporánea sorprende agradablemente. «A pesar de sus defectos, fuerza es decir que fué el primer hombre de su tiempo, y que los siglos pasados no tienen quien le supere. Su máxima era la de los tiranos ilustres; establecia sus proyectos, sus pensamientos, sus resoluciones sobre la razon de Estado y el bien público, á que no prestaba atencion sino en lo que aumentaban la autoridad y los tesoros del rey: queria hacerle reinar sobre el pueblo, y él reinaba sobre su soberano. La muerte ó la vida de los hombres no le hacian mella, sino con relacion á los intereses de su fortuna y de su grandeza de la que consideraba que dependia enteramente la del Estado; bajo pretesto de conservar la una por la otra, no hacia escrúpulo de sacrificarlo todo á su conservacion particular... Fué el primer favorito que tuvo valor para humillar el poder de los príncipes y de los grandes tan perjudicial al de los reyes, y el que tal vez con el deseo de gobernar solo, destruyó todo lo que podia ser contrario á la autoridad real.»

(7) Véase la pág. 78.

y de aquí resultó la tercera guerra contra los hugonotes. Habíase sublevado la Rochela, su último baluarte, confiando en la ayuda de Inglaterra: Guiton aceptó allí el mando *á condicion*, dijo, *de que le era lícito clavar su puñal en el corazon del primero que hablara de rendirse, y de que hicieran con él lo mismo, si proponia capitular.* Mientras duró la guerra, permaneció el puñal sobre el tapete que cubria la mesa del gran consejo. Richelieu fué en persona á asediar la plaza; pero la nobleza obedecia de mal grado, conociendo que una vez libre Richelieu por aquel lado, se volveria contra ella. Se defendieron los hugonotes con un valor sin igual, en medio de los horrores del hambre. Respondiendo, en fin, los ingleses á su llamamiento, se adelantaron para socorrerlos; pero no obraron con bastante resolucion, y Richelieu, como hizo Alejandro en Tiro, cerró el puerto en el Océano por medio de un dique de 4.500 piés de longitud. Reducidos, por último, á desenterrar los cadáveres para comérselos, y no quedando más que en número de cinco mil hombres, de veinte y seis mil que eran, se vieron obligados á ceder los hugonotes, y hasta Guiton dijo al rey, presentándole las llaves de la ciudadela: *Señor, es más glorioso para nosotros obedecer al rey que ha sabido tomar nuestra ciudad, que lo que es para el rey que no ha sabido socorrerla.* Las fortificaciones de la Rochela, que hacia dos siglos protegian la última independencia nacional, fueron arrasadas. Los demás rebeldes fueron apoyados por la España, olvidada de su título de católica; pero el orgulloso príncipe de Rohan acabó por someterse (8), y los protestantes quedaron despojados de las plazas de seguridad que Enrique IV les habia concedido, ora por necesidad, ora por generosidad imprudente.

Faltaba triunfar de la corte y abatir á los príncipes y á los grandes que se creian independientes en sus Estados ó conmovian al palacio real, y poner bajo el dominio de la ley aun á los más elevados. Para obtener el asentimiento general, Richelieu convocó la asamblea de los notables (2 de diciembre de 1626), y les espuso el deplorable estado de la Hacienda, indicando los medios de remediarlo. Estos consistian especialmente en abolir los grandes empleos, en redimir los dominios reales vendidos á vil precio, en retener el diezmo de las pensiones, en demoler las fortalezas interiores. Estos eran otros tantos tiros asestados contra la nobleza, que manifestó grave descontento. Pero Richelieu pareció ceder al unánime voto. Sólo en un punto se le contradijo, y para eso fué de resultas de un concierto que él mismo habia manejado; porque sobre su propuesta que propendia á suavizar las penas aplicadas por delitos de Estado, se dirigió al rey una súplica para que no se apartara del rigor antiguo, y Richelieu pudo castigar severamente, ateniéndose al voto nacional.

Ya se habian prohibido los desafíos, que una susceptibilidad estremada sobre el pundonor hacia muy frecuentes. Sin embargo, se multiplicaron de tal modo, que en menos de veinte años se concedieron ocho mil cédulas de indulto á nobles culpables de homicidio. Richelieu hizo ejecutar con todo rigor las penas pronunciadas por la ley, y el conde de La-Chapelle, el duque de Bouteville y otros señores de la más elevada categoria, fueron enviados sin piedad al suplicio.

Un tribunal especial, compuesto de jueces que tenian por mision conocer de los delitos de monederos falsos y otros *crímenes particulares*, fué instrumento de las severidades de Richelieu ó de sus crueldades. Tuvo guardias para velar por su seguridad, y el rey le pagó su firmeza respecto de la nobleza y de la reina madre, nombrándole su primer ministro. Algunos cortesanos, que guiados por un momento de disfavor, se habian mostrado sus adversarios (1629), pagaron caro su atrevimiento y sirvieron de escarmiento á otros, de lo cual se regocijó toda la Francia. Aun quedaba Maria de Médicis, cuya presencia acusaba á Richelieu de ingratitud; persuadió el cardenal al rey la detuviese presa; después favoreció la fuga de esta princesa, que se retiró á Bruselas, cerrándose de este modo ella misma la entrada en Francia.

Gaston de Orleans, como hermano del rey, príncipe ambicioso, aunque desprovisto de talento, se dejó adular por una faccion con la esperanza de alcanzar el trono. Pero el coronel Ornano, su ayo, que era el que sembraba en su mente estas ideas, fué preso por orden de Richelieu, cuya vigilante mirada no se dejaba sorprender, y no tardó en morir en su prision. Irritado el duque de Orleans, reunió otra faccion que tenia por jefes al caballero de Vendome, gran prior de Francia, y al conde de Chalais; pero descubrióse la trama, y el conde fué decapitado, lo que aterrorizó á toda la nobleza y desacreditó enteramente al duque de Orleans, cuyo patrocinio fué reconocido como impotente para salvarle del cadalso.

Gaston, que no habia querido reconciliarse con el rey, preparaba la guerra civil en union del duque de Lorena, con cuya hermana se habia casado; pero sus proyectos fueron descubiertos por Richelieu, y como fué á unirse con su madre en Bruselas, ambos fueron declarados reos de lesa majestad.

Enrique de Montmorency, duque y par de Fran-

(8) Habiendo establecido las tropas reales su campo delante de Saint-Jean d'Angely, ciudad municipal defendida por Rohan-Soubise, y el heraldo con una sobrevesta sembrada de flores de lis, se presentó en las puertas, y solicitó hablar á M. de Soubise en nombre del rey. Adelantóse el demandado hácia el muro, y el heraldo le dijo: «Benjamin de Rohan, el rey, tu soberano y el mio, te manda que abras las puertas: y si no lo hicieses, Benjamin de Rohan, te declara reo de lesa majestad en primer grado y pechero con toda tu descendencia: tus casas y las de tus parciales serán destruidas.» Rohan oyó esta intimacion con el sombrero puesto, y algunos instantes después envió la siguiente respuesta: «Soy el más humilde servidor del rey, pero no depende de mi voluntad obedecer sus órdenes.»

cia, contaba entre sus antepasados cuatro condestables y seis mariscales; era el último vástago de la rama masculina de la ilustre familia de este nombre. Valiente y generoso, habia ganado, siendo aun mozo, el baston de mariscal en la batalla de Aviano. Resuelto á concluir las discordias escandalosas de la familia real, derrocando á Richelieu, sublevó el Languedoc, adonde acudió Gaston de Orleans con un puñado de hombres. Pero los protestantes no le secundaron, tan débiles se hallaban: cerráronle las puertas las ciudades, abandonaron los aldeanos á sus libertadores, y los insurgentes fueron batidos en Castelnaudary. El duque de Lorena, que se armaba en interés de España y Austria, se vió obligado á abandonar su país á Francia, que adelantó sus fronteras hasta el Mosa y el Rhin, y pereció la *nacion* lorenesa. Herido Montmorency, fué hecho prisionero en el campo de batalla, procesado y decapitado, á pesar de todas las súplicas que intercedieron en su favor (1682). El implacable ministro probaba al derramar sangre tan ilustre, que ni la categoría, ni la gloria, ni los servicios hallaban gracia ante él. Sabia que en Francia abundaban las virtudes militares, y que entre la nobleza era tan comun el valor como rara la obediencia. Ahora bien, queria que obedeciese, y que las cabezas más altas se doblasen, aunque fuera bajo el hacha del verdugo.

Sordo á la compasion, como junta de salvacion que pretende fundar la república, Richelieu llevó la monarquía á su desarrollo por medio del verdugo; abolió las concesiones que María y Enrique se vieron precisados á hacer á la religion, al feudalismo y á las provincias, y destruyó el espíritu de nobleza y de amor patrio de que Francia vivia.

Conociendo cuán aborrecido era, procuró arraigar su poder profundamente. Habiendo muerto el condestable no proveyó este destino; compró por 1.000,000 al duque de Montmorency el cargo de almirante. Nombrado superintendente del comercio y de la marina, se ocupó en su restauracion; y al par que hubo necesidad de fletar buques toscanos para ir en busca de María de Médicis, y á pedir el socorro de los ingleses contra la Rochela, dos años bastaron á Richelieu para equipar veinte y tres buques de guerra, entre los cuales se tuvo por una maravilla la *Corona*, de setenta y dos cañones. La guerra y la diplomacia fueron los dos únicos ramos de gobierno de que se hizo caso: se economizaba en todos los demás, aspirando á moderar los gastos.

En lo interior se ocupó tambien en destruir las causas de tumultos y revueltas. No quiso que los calendarios contuvieran predicciones alarmantes. Sometió los libros a la censura, mandó cerrar las tabernas á horas fijas, prohibió usar armas, dió decretos sobre los comestibles, los carruajes y la limpieza. El clero fué muchas veces inducido ú obligado á imponerse subsidios. En 1629 le ocurrió á Richelieu poner un derecho de 30 sueldos por cada libra de tabaco que no procedia de las islas francesas. Favoreció los establecimientos de la Martinica, de la Guadalupe, de la Tortuga, del Canadá, y alentó á las compañías en interés del comercio, ignorándose todavia que se necesita libertad ante todo. Habiendo encontrado exhausto el tesoro, recurrió á expedientes extraordinarios, reanimó el crédito estableciendo un órden severo en la contabilidad, y tan perfectamente supo oponer obstáculos á las dilapidaciones, que el sitio de la Rochela costó dos terceras partes menos que el de Montalban, aun habiéndose empleado un ejército mucho más fuerte. Cuando se libertó de los embarazos que resultaban de las guerras, de las disensiones domésticas, de las pasiones de la reina, del espíritu turbulento de la nobleza, Richelieu no perfeccionó, pero caminó al perfeccionamiento de la administracion. Introdujo en los negocios una severidad desconocida hasta entonces. A veces se engañó en los medios; pero siempre aspiró á la grandeza de la Francia, y quiso obtenerla con economía y orden en los gastos (9).

Nunca habia manifestado el poder tanta firmeza para atraerse todas las fuerzas sociales, triunfando de todo lo que resistiera, ora fuese el Austria, ora la familia real, ora la nobleza, y empleando como instrumentos la guerra, la marina, la literatura. De

---

(9) «Cuando V. M. (dijo en la relacion sucinta de todas las hazañas del rey) se resolvió á darme á un mismo tiempo entrada en sus consejos y gran parte en su confianza para la direccion de los negocios, puedo decir con verdad que los hugonotes participaban con el trono del poder del Estado; que los grandes se conducian como si no fueran súbditos, y que los más poderosos gobernadores obraban como soberanos en sus empleos... Puedo decir que cada cual media su mérito por su audacia, y que los más emprendedores eran considerados como más prudentes y á veces como los más venturosos. Puedo decir además que las alianzas exiranjeras eran menospreciadas, los intereses privados preferidos á los intereses públicos; en suma, tan mermada estaba la autoridad de V. M., que era imposible reconocerla.»

Luego hace notar la diferente condicion del rey en la guerra de 1635 á 1640. «Apenas creerá la posteridad que en esta guerra fuera capaz este reino de mantener siete ejércitos de tierra y dos navales, sin contar los de los aliados, á cuya subsistencia no ha contribuido poco. Sin embargo, es cierto que además de un poderoso ejército de veinte mil hombres de infantería, y de seis mil caballos que tuvísteis siempre en Picardía para atacar á vuestros enemigos, mantuvísteis siempre en la misma provincia otro compuesto de diez mil hombres de á pié y de cuatro mil caballos para impedir la entrada de esta frontera. Es verdad además que tuvísteis siempre otro de igual fuerza que este último en Champaña, otro lo mismo en Borgoña, uno no menos poderoso en Alemania, otro bastante considerable en Italia, y además otro en la Valtelina durante cierto tiempo.

»Aunque vuestros predecesores menospreciaran el mar hasta el extremo de no tener el difunto rey vuestro padre un solo buque, V. M. no ha cesado de tener en el mar Mediterráneo durante el curso de esta guerra, veinte galeras y veinte buques redondos, y en el Océano más de sesenta bien equipados.

esta suerte allanaba Richelieu el camino á la monarquía absoluta de Luis XIV; pero al mismo tiempo se hacia precursor de la Revolucion. Efectivamente, sustituyendo la nobleza de la corte á la valiente nobleza de provincia, sembraba gérmenes de trastornos distantes; destruyendo las ideas del deber, la obediencia que imponia por fuerza habia de producir revueltas. Apartando todos los obstáculos que cercenaban la autoridad de los reyes, no dejó ninguno para oponerse á sus caprichos, que debian provocar una reaccion. Hizo al ministro omnipotente; pero su nombramiento y su destitucion dependieron del monarca, á quien ya nada puso límites en sus escesos, y cuyo trono ya no se apoyó en adelante, ni en el afecto ni en el interés de los súbditos. En suma, Richelieu dió á la monarquía una gran majestad; pero no se apercibió de que detrás de ella se levantaban el poder del pensamiento y la inteligencia filosófica, muy temibles bajo otro concepto, y á las cuales no es posible dominar.

Fray José.—Richelieu, dueño de Luis XIII, tenia á su vez por dueño al capuchino José, de la noble familia de Tremblay. Habiendo conocido su actividad y la prontitud de su inteligencia, se le hizo adicto. Llamábanle la *eminencia gris* por su hábito de franciscano, y Richelieu le denominaba su brazo derecho. Le habia confiado las negociaciones más espinosas en Italia, en Suiza, en Alemania. Así decia: «Nadie puede hacer la barba á mi capuchino por muy larga que la lleve.» Consagrado enteramente á su patria, grande en sus ideas políticas, este fraile pensaba en una cruzada para la emancipacion de la Grecia. Sometia proyectos gigantescos al rey y á su ministro, y sustentaba la energía de ambos en sus instantes de desaliento; porque haciendo ver la vida religiosa un deber, una mision en cada cosa, impide dejarse abatir por el mal éxito ó por la ingratitud. En el momento en que estaba próximo á espirar, el cardenal llegó á decirle: «¡Valor, padre! Brisac es nuestro;» y sus ojos brillaron aun con viva lumbre. Pero se estinguió muy en breve, y Richelieu esclamó de resultas: «Pierdo mi consuelo, mi único apoyo, mi confidente, mi amigo.»

»Además todos los años habeis socorrido á los holandeses con mil doscientas libras, y con más algunas veces, y con más de un millon el duque de Saboya; con igual suma á la corona de Suecia, al landgrave de Hesse con doscientos mil rixdales, y á otros diversos príncipes con diferentes cantidades segun las ocasiones lo han exigido.

»Estas cargas tan escesivas han hecho que durante cada uno de los cinco años que Francia ha soportado la guerra, suban los gastos á más de 60 millones, y esto es tanto más admirable cuanto que se ha sostenido sin quitar sus gajes á los oficiales, sin tocar á las rentas de los particulares, y hasta sin pedir ninguna enajenacion de los bienes del clero; medios estraordinarios todos á que se vieron obligados á recurrir vuestros antecesores en menores guerras,» etc.

Mucho le necesitaba para sostenerse en medio de las conjuraciones que se multiplicaban en su contra, y á la cabeza de ellas se encontraba siempre el duque de Orleans, que hasta mandó asesinarle. Mientras que para humillar al Austria en la guerra de los Treinta Años favorecia en Alemania á los protestantes, á quienes abatió en Francia, los españoles invadieron la Picardía, la Borgoña y la Guiena: París tembló; hasta el mismo Richelieu sintió susto; cediendo á la indignacion pública iba ya á abandonar el ministerio; pero reanimando el padre José su valor, le aconsejó que montase á caballo y recorriese las calles de París como si no temiera nada. Esta intrepidez le granjeó nuevamente la voluntad del pueblo, quien le acompañó con sus aplausos. Así á su vuelta le estrechó entre sus brazos el enérgico capuchino esclamando: «¿No os dije que érais una gallina mojada, y que con un poco de audacia y frunciendo las cejas volveriais las cosas á su antiguo ser y estado?»

Con efecto, los enemigos son rechazados, el duque de Orleans se reconcilia y el rigor comprime los disturbios que engendra la imposicion de nuevos tributos. Pero á este tiempo estaba urdida una conjuracion más séria por el marqués de Cinq-Mars. Habia sido colocado por Richelieu en calidad de caballerizo mayor cerca de Luis XIII para apartar de su lado á toda persona mal dispuesta hácia el ministro; pero cansado de su papel de espía, fuerte con el ascendiente que sobre el rey ejercia, resolvió aprovecharlo, le reconcilió con muchos de la oposicion, y se entendió con éstos para derribar á Richelieu y restablecer el partido feudal. Contrariado en sus esperanzas el versátil Gaston de Orleans con el nacimiento del delfin, á quien proclamaba bastardo, entró en la trama, y el ministro español Olivares prometió ayudar á los conjurados.

Richelieu, enfermo entonces, ignoraba la conjuracion que se urdia en su daño, y no hubiera estado en disposicion de destruirla; pero sus espías, siempre en acecho, le proporcionaron el tratado de Cinq-Mars con la España. El caballerizo mayor fué preso y decapitado juntamente con el hijo del historiador De-Thou. Inducido por el miedo el cobarde Gaston de Orleans á confesar sus manejos, fué degradado por el perdon, y el cardenal se ostentó á consecuencia de ello más poderoso, porque estas tramas urdidas con el extranjero ponian entonces de manifiesto lo mucho que tenia de nacional.

Richelieu habia adoptado en la política esterior el plan de Enrique IV, procurando sustituir una balanza política á la unidad que habia roto la Reforma. Para arrebatar al Austria la supremacía que hubiera podido privar á Francia la iniciativa intelectual, no menos que para conciliarse un puesto de mediador entre el espíritu germánico y el espíritu romano, combatió á la España é intervino en la guerra de los Treinta Años, preparando así á la Francia á una paz que la restituyese la im-

portancia que le habian quitado sus discordias intestinas (10).

Richelieu fué el hombre más insigne de su tiempo si se miden sus actos, no por su moralidad, sino por su objeto. Ofrece el verdadero modelo de un ministro, si conviene á este puesto un juicio escelente, un espíritu desenvuelto, aptitud para concebir grandes cosas y perseverencia para ejecutarlas, sin debilidad de corazon, sin escrúpulo de virtud, sin miramientos á la moral ni á la opinion.

En el lecho de muerte (1642) escribia al rey: «Señor, vuestras armas están en Perpiñan y vuestros enemigos destruidos.» Y como su confesor le exhortara á perdonar á sus enemigos, le contestó: «Jamás tuve otros enemigos que los del Estado.» Maria de Médicis le habia precedido de cinco meses al sepulcro. Escribia en su *testamento:* «Prometí al rey emplear todo mi ingenio, y la autoridad que le pluguiera atribuirme, en estirpar al partido hugonote, en abatir el orgullo de los grandes, en reducir á todos los súbditos al cumplimiento de su deber, y en levantar su nombre entre los extranjeros hasta el punto que le conviene.» Tan exacta idea tenia de la obra que habia comenzado. Ahora bien, lo consiguió en medio de obstáculos, de intrigas, de disgustos de toda especie. Tuvo en medio de aquella multitud de grandes que habia humillado, y en todos los protestantes, terribles enemigos Así los castigos ejercidos en virtud de la estricta legalidad y de la necesidad en que se hallaba de reprimir á los nobles turbulentos y á los hugonotes rebeldes, parecieron resultado de venganzas personales.

Es muy difícil discernir lo verdadero de lo falso en esa multitud de anécdotas de que han sido objeto sus amores. Haciendo entrar la política hasta en la galantería, procuró hacerse agradable á los ojos de la reina Ana de Austria, y llegó á dominarla, por cuyo medio consiguió tenerla apartada siempre del lado del rey (11).

Distribuyó en su testamento con una gran generosidad sus riquezas legando al rey el Palacio Cardenal, que bajo el nombre de Palacio Real debia llegar á ser posteriormente centro del lujo, de las intrigas y de la corrupcion. Escribia con facilidad, inventaba asuntos para los poetas cómicos, y se le atribuye la historia de Mezeray. Hizo tambien la tragedia de Mirame representada delante del rey y de la reina con máquinas por las cuales se figuraba la salida del sol y de la luna, y aparecer á lo lejos el mar cubierto de bajeles (Marolles). Dejó además obras de teología, así como sus *Memorias* y su *Testamento político*, manual de las trapisondas de gabinete. Protegió las letras, ó por mejor decir, á ciertos escritores que, celebrando sus alabanzas, debian hacer ilusion á la posteridad, porque más de un hombre esperimenta al envejecer la necesidad de respirar los perfumes de la gloria. Muchos literatos se reunian en casa de Valentin Conrart, calvinista, que no tenia de sabio mas que la pretension de pasar por tal, y en cuya casa discutian puntos de política y de literatura. El espíritu receloso de Richelieu concibio la idea de tomar esta reunion bajo su patrocinio, es decir, de colocarla bajo la dependencia del gobierno. Aunque la proposicion sedujo poco á las gentes que conocian su objeto, no osó nadie resistirse, así se creó la Academia, que redujo tambien á las letras á snfrir como todo lo demás la disciplina monárquica.

Los miembros de la academia fueron en número de cuarenta, y para mantenerla mejor bajo su dependencia Richelieu dió allí entrada á los grandes dignatarios. La lengua fué la principal ocupacion de esta asamblea, y ella fué la que publicó el mejor diccionario. Más de una vez sirvió á las pasiones del ministro, y muchos de sus miembros sostuvieron en sus escritos los principios despóticos que seguia. Gabriel Naudé publicó entonces sus *Golpes de Estado*, donde justifica al estilo de Maquiavelo las iniquidades porvechosas, y demuestra que el fin santifica los medios. Balzac

---

(10) Richelieu en su *Testamento político* dice, que siempre habia tendido á la emancipacion europea: si intervenia en los asuntos de Italia, de Alemania, ó de los Paises-Bajos, era siempre por salvarlos de la *opresion española y de la tirania de la casa de Austria, cuya insaciable ambicion* la hacia temible, convirtiéndola en *enemiga del reposo de la cristiandad;* aspiraba á detener sus *usurpaciones;* haciéndola restituir lo que habia *usurpado* en Suiza é Italia, para asegurar la *integridad* de ésta contra su injusta opresion y velar por el bienestar de *toda la Italia.*

(11) Hállanse algunos detalles sobre el modo de vivir de Richelieu en la coleccion de Petitot, t. X de la segunda série, p. 100.—Se acostaba á las once: después de dormir tres ó cuatro horas se hacia traer los despachos, y redactaba ó ponia la minuta de las respuestas. Volvia á dormir á las seis y se levantaba otra vez á las ocho. Después de orar entraban los secretarios á que les diera las minutas. Se vestia enseguida, recibia á los ministros, en lo cual se ocupaba hasta las diez ó las once, hora en que iba á misa; luego si se lo permitia la estacion, daba un paseo por los jardines, y admitia en audiencia á los que tenian permiso para entrar á ella. Al medio dia se ponian las mesas; la primera, que era la suya, de catorce cubiertos, la segunda de treinta para los nobles que estaban convidados; otra más numerosa para los oficiales y pajes de su casa; la última para los criados, cocineros, etc. Después de comer conferenciaba una ó dos horas con sus familiares y con literatos. El resto del dia se empleaba en trabajar, ó en conferenciar con los embajadores y los grandes. Por la tarde paseaba segunda vez, dando de nuevo audiencias. Luego volvia á entrar en su casa y no se ocupaba más en los negocios de Estado, sino de música, de lectura ó de libros entretenidos, diciendo que antes de dormir convenia ocuparse en cosas ni muy alegres ni muy tristes. Rara vez decia misa; pero se confesaba todas las semanas y comulgaba el domingo en su aposento, administrándole este sacramento el capellan cuando se despertaba: luego se volvia á acostar para levantarse á la hora de costumbre. El papa le habia dispensado de rezar las diferentes horas canónicas. Estimaba á los predicadores de fama, y los llamaba á su aposento para que le predicaran á solas. Si le agradaban obtenian beneficios y obispados.

sostiene en el libro del *Príncipe*, que el rey puede todo lo que quiere, así como mandar prender á un ciudadano por una simple sospecha, en contradiccion de lo que predican los jesuitas desde el púlpito (12).

Tambien hubiera querido Richelieu poner á la Iglesia bajo la dependencia de la monarquia. No economizó escritos ni manejos para abatir la supremacia pontificia, y para atraer los nombramientos al gobierno, y de seguro no dependió de su voluntad que Francia dejase de ser cismática, segun veermos más adelante.

Muerte de Luis XIII, 14 de Mayo de 1643.— Lo que llevamos dicho de Richelieu nos dispensará de hablar de Luis XIII, quien murió poco después que su ministro á la edad de cuarenta y dos años. Sombrío y melancólico este príncipe, no disfrutaba los placeres de la grandeza ni las delicias de la vida privada. Abandonando sin pesadumbre á sus enemigos y á sus queridas, tenia necesidad de ser dominado, y sin embargo, no sabia resignarse á la dominacion. A pesar de tantas intrigas y del desvio que esperimentaba hácia su ministro, no podía pasarse sin él, porque cubria su nulidad, y supo mantener á la Francia grande y temible en medio de sus numerosos enemigos. En medio de una corte depravada, la devocion templó en Luis XIII su aficion al bello sexo. Necesitaba de una favorita que se ocupara especialmente de su persona, como de un ministro para tratar los negocios en su lugar. Así mademoiselle de Hautefort, ligera é indiscreta, no pudo mantenerse en favor, mientras que mademoiselle de La Fayette, amable y virtuosa, conservó sobre él grande imperio. Jamás amó á Ana de Austria, hasta tal punto, que se creyó estéril su tálamo por largo tiempo. Pero al fin, cuando se anunció la preñez de la reina se multiplicaron las predicciones. Entre otros, un pastor anunció que Ssnta Ana se le habia aparecido anunciándole que la reina pariría el sábado 4 de setiembre. Con efecto, este dia sintió los dolores del parto; pero no salió de ellos hasta el 6, rodeada de reliquias y ceñida con una banda de la Vírgen. Así nació Luis XIV, endeble vástago de los Borbones, si bien estaba destinado á levantar el edificio, cuyo asiento habia indicado Enrique IV, y que se habia ocupado en nivelar sin piedad.

(12) «Déjese gritar á una rancia teologia en las escuelas y en los púlpitos donde enseña que se debe prohibir un mal pequeño aunque pueda resultar un bien grande. ¿No sostiene que se debe dejar perder el mundo, aunque no puede salvarse sino con un pecado? t. XVII.

CAPITULO III

REGENCIA, MAZARINO, (1) 1643-1661.

Luis XIII habia señalado en su testamento los miembros de un consejo de regencia, que debia ser presidido por el príncipe de Condé. Pero Ana de Austria, que hubo de olvidar entonces cuán jóven era y hermosa y amable para dirigirse con prudencia y asegurar el poder, aduló hábilmente las esperanzas rivales del príncipe de Condé y del duque de Orleans. Fingió intencion de arreglarse en todo al dictámen del Parlamento, que Richelieu habia comprimido fuertemente, y que contento con hacer alarde de la autoridad que habia recuperado, anuló el testamento del difunto monarca, se tituló tutor del rey niño, y confió la regencia á la reina. Abriéronse las puertas de par en par, y vióse aparecer á Ana, teniendo de la mano al rey niño é inclinándose delante de ella una porcion de gentiles-hombres para rendirle homenaje.

Julio Mazarino, nacido en Roma de una familia siciliana, habia estudiado en Roma con los jesuitas, hecho después la guerra en la Valtelina en calidad de capitan al servicio del papa, no menos valeroso en arrostrar la espada de un contrario en desafío, que las balas del enemigo en la refriega. Pero no tardó en acreditar una aptitud especial para las negociaciones, y desde la edad de treinta años se confiaban á su habilidad los intereses de los príncipes. Atrájosele Richelieu para arreglar los asuntos de Francia en Italia, y Mazarino concluyó allí el tratado de Cherasco, que valió al reino la adquisicion de Pignerol. Habiendo abrazado la carrera eclesiástica por ser la única por donde en Roma se podia adelantar camino, fué nombrado vicelegado en Aviñon, y á poco cardenal por el favor del rey, que le hizo tener al delfín enlas fuentes bautismales, y le llamó al consejo de regencia. Ana de Austria, que en un principio le miraba de reojo como hechura de Richelieu, no tardó en considerarle necesario á su política, ni en darle hasta su corazon (2); porque conocia que necesitaba apoyo con-

---

(1) BRUZEN DE LA MARTINIERE.—*Historia de la vida del reinado de Luis XIV.* El Haya, 1740, sincero é independiente.

REBOUILLET.—*Historia del reinado de Luis XIV*, 1746. Jesuita.

LUCHESINI.—*Historiarum sui temporis libri XIV.* Roma, 1779.

VOLTAIRE, *Historia del siglo de Luis XIV*, obra ligera é incompleta.

LEMONTEY, *Monarquia de Luis XIV.*

SAINT-AULAIRE, *Historia de la Fronda.*

EUGENIO SUE.—En la *Historia de la marina francesa*, Paris, 1835, bajo la forma de novela, ha publicado documentos curiosos relativos á aquel tiempo.

CAPEFIGUE.—*Richelieu, Mazarino, la Fronda y el reinado de Luis XIV*, Paris, 1835-36, 8 tomos. Tiene muchos documentos nuevos.

BAZIN, *Hist. de Francia bajo el ministerio del cardenal Mazarino*, 1842.

Obras de Luis XIV, Paris, 1806. 6 tomos. Es donde primeramente aparecieron juntas las Memorias históricas y políticas que dirigió á su hijo acerca de los primeros diez años de su reinado.

Cuadro del ministerio de Colbert. Amsterdam, 1774, y PELISSERY, *Elogio político de Colbert.* Lausana, 1775: obras débiles.

Los varios economistas que trataron del sistema de Colbert.

Abundan las memorias históricas. Véanse especialmente las del cardenal de Retz, del duque de San Simon, de Bussy Rabutin, de Guy Joly, de la señorita de Montpensier, de la duquesa de Nemours, de Mad. de Motteville, de Monglat, de Aguesseau y de la Rochefoucauld: las del conde de Estrades, son interesantísimas para los diplomáticos, pues resumen la historia de las negociaciones entabladas en aquella época.

(2) No es posible dudar esto desde que se descubrie-

tra la nobleza francesa de que desconfiaba, y que aspiraba á recuperar su autoridad antigua. Hábil, disimulado, juntando una singular sutileza á la esperiencia de los hombres y de las cosas, cedia Mazarino en presencia de los hombres y de los sucesos para volver á su tarea en circunstancias más favorables; incapaz de desaliento, creia que el talento podia preparar la fortuna, y el carácter dominarla. Así antes de dar á uno un empleo, preguntaba: *¿Es afortunado?* su divisa era: *El tiempo es mio.* Sus cálculos eran antes que sus afectos, antipatias, y no hacia ningun caso de las injurias con tal de salir airoso. *Dejémosles decir*, repetia, *con tal de que nos dejen hacer.*

Educado Mazarino en la escuela de Richelieu, se aplicó á abatir todo lo que podia oponer obstáculo á la monarquia; pero su condicion de extranjero le obligaba á sustituir la habilidad y el artificio á un vigor inflexible. Los que habian sido desterrados por Richelieu, volvieron á la corte después de su muerte sin otro mérito ni vínculo que la persecucion. Envanecidos de las caricias artificiosas de la reina, se creyeron destinados á cambiar la sociedad, cuando no eran más que un instrumento para los pícaros, un juguete para los hábiles que los llamaban *la cábala de los importantes.* Incapaces de consumar el bien, no sabian más que ponerle trabas, y se vanagloriaban de su poder creciente, mientras Mazarino consolidaba el suyo en el silencio, cuidando de disimularlo. Luego llegó el dia en que se sintió bastante fuerte para enviar á los jefes á la cárcel ó al destierro, y para intimidar á los restantes.

Entonces gozó Francia cuatro años de prosperidad y de sosiego, que se consideran como su edad de oro, y empezó á saborear los frutos de la política de Richelieu, sin esperimentar la opresion que de ella resultaba. Veia á su cabeza á una reina jóven y complaciente con un ministro afable, una nobleza suntuosa, una literatura fecunda. La casualidad hacia que la mayor parte de los personajes de alta categoria fueran jóvenes, y en gran número las hermosuras. Pero la ilusion duró poco, Mazarino desagradaba por su acento italiano (3) y por su parsimonia, que parecia mezquindad comparada á la suntuosidad de Richelieu, y que sin embargo no puso remedio al desorden de la hacienda. La necesidad de corromper dentro y fuera la habia ya arruinado bajo el reinado precedente. Ana de Austria agravó el mal en los primeros momentos, prodigando las gracias, concediendo las solicitudes más estravagantes, y toda la habilidad de Mazarino no bastaba para poner remedio. El luqués Miguel Particelli, señor d'Emery, que fué colocado á la cabeza del departamento de Hacienda, decia que la buena fe se habia hecho para los mercaderes, y los superintendentes para ser maldecidos. En su consecuencia no retrocedia ante ningun espediente. Rebajaba el 15 por ciento á todo el que le pagaba por adelantado el precio de los arrendamientos, y así todos empleaban á porfia sus capitales en este negocio lucrativo. Sin embargo, el sueldo de los guardias y los empleados inferiores no se pagaba sino con trabajo, y los ejércitos dejaban pasar las ocasiones más favorables.

Un reglamento de Enrique II, que prohibia edificar en los arrabales más allá de ciertos límites, habia caido en desuso, cuando d'Emery lo puso nuevamente en vigor para hacer dinero con las multas. De aquí resultó un tumulto, y lo castigó imponiendo nuevas contribuciones y aumentando los derechos de entrada. Sin embargo, el parlamento obtuvo que se dulcificaran un poco. Habiendo propuesto el rey que se crearan nuevos empleos venales, el abogado general Omer Talon, magistrado de los más ilustres, *el más sano sentido comun de su tiempo*, que hasta entonces habia usado en el parlamento el lenguaje de la moderacion, se espresó de este modo: «Hace diez años que está arruinado el campo: sus moradores tienen que dormir sobre paja, y que ven vendidos sus muebles para el pago de impuestos escesivos. Para mantener el lujo en París, se ven reducidos millones de habitantes á comer pan de centeno y de avena, sin poder aguardar socorros de su impotencia; ¡desgraciados aquellos á quienes no quedan más que sus almas porque no pueden venderse en pública subasta! ¡Oh señora! en el secreto de vuestro corazon reflexionad en esta miseria pública: esta noche en la soledad de vuestro oratorio, considerad con cuánto dolor, con cuánta consternacion y amargura deben hallarse los empleados del reino, que pueden ver hoy confiscados todos sus bienes sin haber cometido ningun delito; añadid las calamidades de las provincias, en las cuales la esperanza de la paz, el honor de las batallas ganadas, la gloria de los paises conquistados no bastan para alimentar á los que no tienen pan y que no pueden contar entre los frutos ordinarios de la tierra, los mirtos, las palmas y los laureles!» (4)

Estas eran magníficas frases. Pero ¿bastaba la voluntad de un hombre para conjurar el daño? Mazarino, con la esperanza de segregar el parlamento de los demás tribunales supremos, eximió á sus individuos del tanto que de sus sueldos de cuatro años debia descontarse para el empréstito, al par que sometió á los demás á este sacrificio. Pero deseoso el parlamento de hacer olvidar el abatimiento que habia sufrido poco antes, formándose una reputacion de valor, dió un *decreto de union* (1648), al tenor del cual se comprometia á juntarse al tribunal de ayudas y al tribunal de cuentas, para no formar más que uno solo y deli-

ron é imprimieron las cartas que él la dirigia en el t. I, del *Boletin de la Historia de Francia*. Paris, 1834.

(3) Si no es francés mi lenguaje, escribia, tengo el corazon francés. *Correspondencia de Inglaterra*, t. LIX.

(4) Véanse sus *Memorias*.

berar así sobre los negocios del Estado. Todos los enemigos del cardenal se agruparon entonces en rededor del parlamento, que celebró una asamblea, en la que se puso á discusion todo lo concerniente al gobierno, y creyendo la multitud que todo el que procedia contra el poder, obraba en favor de ella, saludó con aplausos á los que creia que estaban destinados á librarla del tirano Mazarino.

Hemos referido en otro lugar (5) de qué manera se habia formado el parlamento, y hemos indicado el orígen de sus pretensiones. En el tiempo de que hablamos, formaba un solo cuerpo distribuido en muchas cámaras, cuya competencia era distinta. La *gran cámara*, que reemplazaba al tribunal de los altos barones instituido por san Luis, se componia del presidente del parlamento, de nueve presidentes de *mortero*, así llamados por la figura de sus gorros, de veinte consejeros seglares y de doce eclesiásticos: además tenian allí asiento los príncipes de la sangre, los pares y duques del reino, el canciller ó guarda-sellos, los consejeros de Estado, cuatro relatores, el arzobispo de París y el bailío de Cluny. Esta cámara fallaba los delitos de lesa majestad, las causas de los pares de Francia, y los procesos concernientes á la universidad, á los hospicios y á los altos dignatarios de la corona. La cámara de *informacion* recibia las apelaciones en materia civil y correccional; estaba dividida en cinco secciones, cada una con dos presidentes y veinte y cinco consejeros, jóvenes la mayor parte, intrigantes y promotores ó instrumentos de facciones por rivalidad hácia la gran cámara. Las apelaciones de los procesos criminales se sometian á la Alta cámara de la *Torrecilla*, así llamada, porque se reunia en la pequeña torre del palacio. Dos cámaras de apelacion, compuestas de tres presidentes y de quince consejeros cada una, conocian en primera instancia de las causas que se les pasaban por orden espresa del rey. Los procesos concernientes á los reformados, eran de competencia de la cámara *del edicto*, así denominada por haberse constituido al tenor de los edictos de pacificacion. Durante las vacaciones, es decir, en el intervalo desde el 9 de setiembre hasta San Martin, los negocios urgentes eran despachados por una cámara de *vacaciones*.

Cuando se trataba de registrar los edictos reales, ó de deliberar como cuerpo político, se reunian todas las cámaras. Los abusos de la administracion judicial eran denunciados á puerta cerrada en un discurso llamado *mercurial*. Era pronunciado por uno de los abogados generales que, llenando el puesto del ministerio público, representaban al rey y velaban por la disciplina. Gracias á la independencia que resultaba de la venalidad de los empleos, acontecia á veces que las gentes del rey, encargadas de presentar un edicto al parlamento, eran las primeras que hacian resaltar todos sus inconvenientes, salvo conducir por la necesidad de registrarlo (6).

Esta formalidad del registro se habia trasformado en fiscalizacion legislativa. Ahora bien, ya fuese por esta circunstancia, ya porque el parlamento, impulsado á menudo por la justicia, se viese obligado á oponerse á los ministros y á los favoritos, de tribunal que era, quiso convertirse en representacion nacional, y el pueblo veia en él una autoridad protectora. No obstante, si los reyes consentian en considerarlo como unos Estados generales en miniatura, molestábales sobremanera que embarazara sus decretos. Independientemente de la facultad que tenia el rey de desterrar á los presidentes y á los consejeros, podia congregar el parlamento en asamblea general para celebrar lo que se llamaba un *lit de justice*, y mostrándose allí con todo el esplendor real, ordenaba registrar el edicto rechazado, y entonces no habia lugar á protestas.

La escuela enciclopédica ha atribuido sobrada importancia á semejante resistencia, porque enemiga del clero y de la nobleza, y no conociendo al pueblo, queria hallar en el parlamento el origen y la tradicion de las franquicias á que aspiraba. El espíritu de cuerpo es siempre un espíritu de independencia, y una administracion despótica no fué posible, sino después de la estincion de las corporaciones por la Revolucion. Sin embargo, fuera erróneo deducir que el parlamento trabajaba por el interés público. El concejo trae su fuerza de la conexion de los habitantes, y el señorío baronial de las tierras; pero el parlamento era una mezcla de elementos heterogéneos sin límites determinados. Todo su poder se reducia á registrar de mejor ó peor grado los edictos reales. Así el canciller Maupeou pudo declarar que «el permiso de advertir á la autoridad no trae consigo el derecho de combatirla.» Dos veces tuvo el parlamento en su mano el poder público, una en tiempo de la Liga, otra en la época de la Fronda. Ahora bien, ¿hizo algo duradero? ¿Qué energia desplegó? Queria la resistencia sin que hubiera sedicion, como si la una pudiera aislarse de la otra en medio de la efervescencia de los ánimos: imprimia el movimiento, y no decidia cosa alguna; escitaba las pasiones, y después se lamentaba de los resultados. Dígase lo que se quiera, ninguna libertad salió de este cuerpo, y desapareció sin que lo sintiese nadie.

La oposicion, que en tiempo de la Liga se habia manifestado desembozadamente entre los feudatarios, se disfrazó en esta época para obrar á la sombra de los parlamentos, que creyeron dirigirla, cuando en realidad era ella la que les impulsaba contra la regencia. Imaginaban imitar el ejemplo del parlamento de Inglaterra, sin apercibirse de que no tenian fuerza sino por los reyes, y de que

(5) Véase tomo VI, pág. 328.

(6) PETITOT, *Coleccion de las Memorias relativas á la Historia de Francia*, t. IX, *Noticia sobre Omer Talon*.

no procedian sus cargos de la eleccion del pueblo, sino de una venta, y que hacia mucho tiempo que los reyes les habian encontrado siempre dóciles á sus caprichos. Los hombres que en estos cuerpos juntaban á la voluntad del bien una inteligencia elevada, se veian arrastrados por los más violentos y jóvenes consejeros de la cámara de instruccion, que promovian discordias y aspiraban á aprovecharse de ellas para elevarse ó vengarse bajo pretesto del bien público.

Este partido era escitado por Juan Pablo Gondi, coadjutor del arzobispo de París, más conocido por el nombre de cardenal de Retz. Jóven y de una ambicion ilimitada, habia comenzado, como Talleyrand en nuestros dias, burlándose en sus adentros de todo: dotado de una elocuencia insinuante, la empleaba en crearse instrumentos para sus planes turbulentos y volubles. Las confesiones tan atractivas como descaradas que nos ha dejado, nos le presentan privado de moral y de religion. Enamorado de los héroes homicidas de Roma, escribió la historia de la conjuracion de Fiesco, celebrándola. Le gustaba oirse llamar el pequeño Catilina, y para imitar al conspirador romano dejaba que asomara por su bolsillo el mango de un puñal, asi como echándosela de César contraia deudas. Decia que se necesitaban menos dotes para gobernar al universo, que para dominar á una faccion. Ahora bien, esta fué la tarea que emprendió, no con grandes miras, sino con extraordinaria fecundidad de recursos, y con estremada prontitud para hacerse cargo de lo que convenia ejecutar ó evitar.

De esta suerte vino á ser alma de una faccion, que empezó por un juego de niños y se llamó después la Fronda, acrecentándose desmesuradamente porque se mezcló á ella la moda (7). Tuvo por adversarios á los *mazarinos*, es decir, á los parciales de este ministro: vacilaban los *moderados*, aspirando á calmar los partidos. A la cabeza de los últimos, figuraban el primer presidente Molé, hombre tan incontrastable al choque de los hombres y de las ideas como el coadjutor era movible. Contra la arbitrariedad de Richelieu, ya habia dado pruebas de lo que puede la palabra de un hombre de bien cuando no se doblega ante la injusticia coronada. Ahora tomó por brújula un pensamiento nacional en medio de la tormenta: protestó contra la voluntad del rey, pero obedeció: vió los agravios de la muchedumbre, pero no secundó sus ímpetus; y así como habia defendido en tiempo de Richelieu la causa de los súbditos, protegió ahora la minoria del monarca, combatiendo á todo el que obraba en contra del interés público: «Hombre íntegro, dice su antagonista, y que atendia ante todo al bien del Estado.»

Habiendo consultado el monarca *si el parlamento se creia con derecho á limitar la autoridad real*, el parlamento examinó la cuestion á fondo, y á pesar de las órdenes que le fueron intimadas, siguió buscando en la antigua monarquia temperamentos para el nuevo poder. Exigió el rey obediencia, pero el parlamento se resistió. En el momento en que el cañon anunciaba la victoria de Lens alcanzada por el príncipe de Condé sobre el archiduque Leopoldo, el gobierno, á quien nunca deja de dar atrevimiento la prosperidad, mandó prender á los presidentes Blancmesnil y Charton, y al consejero Broussel, jefe de la oposicion. Pero furioso el pueblo, cambió en imprecaciones sus cantos de triunfo (26 de agosto de 1648), y levantó barricadas en las calles. «Todos empuñan las armas: veíase esgrimir puñales á niños de cinco ó seis años, y hasta se los llevaban las madres: en menos de dos horas se levantaron doscientas barricadas (Retz) » El parlamento con Mateo Molé á su cabeza, acudió á solicitar que se restituyera la libertad á los magistrados encarcelados: el pueblo, que se habia apercibido de su fuerza, manifestó su menosprecio hácia madama Ana, la cual salió de Paris con el rey y con Mazarino. Apoyado el parlamento por los principales señores de Francia, declaró caido al ministro como enemigo del soberano. Reunieron tropas los de la Fronda, y aprontando de buena voluntad dinero, aunque se rebelaban por no darlo, juntaron más de 10.000,000. Los gremios tampoco les fueron en zaga.

Retz, que se atribuye siempre el mejor papel en sus *Memorias*, y desearia que se le reconociera como autor de aquella insurreccion, levantó á su costa un regimiento y estalló la guerra de la Fronda; guerra de nueva especie, toda de intrigas, con grandes nombres y efectos pequeños; escena de relajacion estremada después de la escesiva tirantez de Richelieu. La nobleza provincial abatida por el ministro de Luis XIII, no habia perdido su carácter aficionado á la guerra y á la galanteria. El aumento de las comunicaciones propagaba en Francia los sentimientos revolucionarios, y la constitucion inglesa, las sediciones de Nápoles, las dos repúblicas, que el tratado de Westfalia habia reconocido, inspiraban la idea de destruir la centralizacion: murmurábanse las voces de república y de monarquia espirante.

Pero se hacia menos uso de las armas que de palabras y de las intrigas. Los menores accidentes de la corte, los manejos, los escándalos eran inmediatamente divulgados: ambiciones frívolas formaban el vínculo de relaciones de partido que no duraban más tiempo que una intriga. Querian recrearse en el espectáculo de la guerra civil, en que los intereses y el capricho de cada uno hacian variar de direccion y de bandera.

---

(7) «Tan de moda llegó á ser este nombre, que no hubo cosa buena que no se dijera estar hecha en la Fronda, sedas, cintas, encajes, espadas, y hasta el pan y casi todas las mercancias. Nada habia bello ni bueno que no fuese de la Fronda; y para calificar á un hombre de bien, no habia espresion más enérgica que la de *buen frondeur*.» *Memorias* de Guy Joly.

Dos clases particulares caracterizaron la Fronda, las mujeres y las personas de talento. Habíase aumentado la importancia de estas últimas desde los tiempos de la Liga, en que los escritos y los epígramas habian ejercido tanto influjo. Pero en lugar de lo grande y sólido que habia en el fondo de las producciones de aquel tiempo, las de entonces no se hacian notar sino por su talento y vivacidad de imaginacion. Así como los caballeros confiaban el cuidado de su causa á la fuerza de su brazo, los literatos que no habian adoptado la librea real esgrimian los folletos y pasquines. Buscados para justificar y hacer triunfar al partido de la Fronda, se encontraban admitidos entre los hidalgos, cuyos modales imitaban y cuyos sentimientos adoptaban. De esta manera se estableció una nobleza de la pluma á la par de la de espada y toga. La prensa aumentaba los aplausos y las quejas en las que estallaba una estremada violencia. Los parlamentos y la corte pensaban, deliberando, en lo que diria el *Mercurio* y la *Gaceta de Francia* de Renaudot, aunque la regencia y el parlamento, que tenian á la prensa bajo su vigilancia, conociendo el poder de los folletos, los reprimiesen con rigurosos ejemplos. El príncipe de Conti, hermano del gran Condé, «cero que tenia únicamente valor por ser príncipe de la sangre,» y la duquesa de Longueville, bajo la inspiracion de la Rochefoucauld, su amante, se hicieron los jefes aparentes de la Fronda. Sobre las rodillas de esta duquesa se decidian las batallas, y tambien se vió poco después á la señorita de Montpensier á la cabeza de un ejército acompañada de dos mariscales de campo. Chistosas palabras señalaban cada acontecimiento de aquella parodia de la Liga. Al duque de Beaufort, que habia llegado á ser el ídolo del pueblo, se le llamaba *rey de los mercados*. Designábase con el nombre de regimiento de Corinto al del coadjutor, arzobispo tutelar de Corinto; y la primera derrota que este cuerpo sufrió se la llamó *Primera de los corintios*. Cuando se confirieron todos los poderes del rey al duque de Orleans, Catinat dijo: *Que no se olvide el de curar las escrófulas*. Cuando la duquesa de Montpensier hizo disparar la artilleria contra la tropa realista, Mazarino exclamó: *Acaba de dar muerte á su marido*; alusion á la esperanza que habia concebido de contraer una alianza real, tal vez con Luis XIV.

Esta mania de epígramas y esta necesidad de decir algun chiste gracioso sobre todo lo que sucedia, desfiguró á veces los hechos, é hizo aparecer la Fronda mucho menos seria de lo que era en realidad (8). Por lo demás, lo absurdo de un derecho público que confiaba los destinos del reino á una mujer austriaca y á un sacerdote italiano justificaba la oposicion. Además, en una capital como París, que contenia trescientos cincuenta mil habitantes repartidos en barrios, cada uno con sus jefes, sus guardias vecinales y su caja, divididos en gremios, con una organizacion diferente y con síndicos, bandera, santo, y á su cabeza el preboste de los mercaderes y los regidores, no podia dejar de ser séria una idea que penetraba en la masa del pueblo. Pero faltaba unidad en aquella insurreccion, y los franceses alegres y ligeros, no sabian dirigir una revolucion como los ingleses. Titulábase el parlamento pomposamente, senado romano representante de la nacion, como si hubiera podido disponer de la corona y juzgar á los ministros. Pero aunque es cierto que este aumento de autoridad habia llegado á ser popular, su poder no se apoyaba ni en las antiguas instituciones de la monarquia, ni en los ejemplos anteriores. Molé, que habia protegido las franquicias contra la corte, se asustó cuando las vió sostenidas por la rebelion, y no pensó ya más que en reprimirla con ayuda de la autoridad que le conferia su resistencia á los abusos. La clase media alentaba, segun su costumbre, los primeros movimientos de las masas; pero pronto acobardada, se apresuraba á enfrenar al pueblo, al que habia incitado con sus quejas.

El parlamento trató con la España, que creyó favorable el momento para intentar una invasion: este cuerpo fué en su consecuencia declarado reo de lesa majestad, y Luis de Condé fué á bloquear á París para concluir el juego. Sintieron los parisienses ver una guerra de sátiras tomar un aspecto sério, resultando de esto la union de los frondistas y realistas. Mazarino hizo volver á la capital al rey y á la reina madre, manifestando disposiciones conciliadoras; pero todos conocieron que la paz no era más que momentánea.

Luis de Condé, apellidado el *Grande*, se habia señalado siendo muy jóven en la victoria de Rocroy sobre los españoles, y en los sitios de Thionville, Friburgo y Dunkerque. Llamado por la corte, habia acudido á su ayuda; pero no se encontraba satisfecho en su gran ambicion. De edad entonces de veinte y ocho años, teniendo aficion á las mujeres aunque sin amarlas, daba la norma á los elegantes de París, que con el nombre de *petimetres*, afectaban la licencia, el desprecio á los arrumacos, entonces en moda (9), y hacian la oposicion á los frondistas; lo cual producia todos los dias riñas y duelos. Fomentaron la aversion que

(8) Capefigue se pronuncia contra la costumbre de tratar á la Fronda como una chanza. Pretende que haya sido la consecuencia de ideas graves, á pesar de las ligerezas del cardenal de Retz. Bazin critica á este prelado ensalzando mucho á Mazarino, por haber sostenido con la reina (sin embargo eran dos extranjeros) los verdaderos intereses de la Francia.

(9) Una dama se quejaba de ellos en estos términos: «Habian adoptado un aire tan burlon, decian cosas que ofendian tanto... manifestaban un fastidio tan desdeñoso, que nadie podia sufrirlos... creian que era una ridiculez dejar conocer algun cariño. *Mem. de la duquesa de Nemours*.

alimentaba contra el ministro salvado por él, y le hicieron declararse su enemigo; pero Mazarino le persuadió que los frondistas habian querido asesinarle disparando á su carruaje, lo cual hizo que Condé rompiese toda inteligencia con la Fronda. Mazarino se unió, por el contrario, á ella, conociendo por la corte, asustada con los sangrientos ejemplos de la regicida Inglaterra, la necesidad de conciliarse este partido. El coadjutor, que lo conoció, aumentó las fuerzas de su partido para hacerlo importante, y de esta manera obtuvo la promesa de un capelo de cardenal. Entonces Mazarino hizo poner presos á los príncipes de Condé y de Conti, como tambien al duque de Longueville (1650), su cuñado, con aplauso de aquel pueblo que en otro tiempo se habia sublevado por el arresto de dos magistrados.

Al momento los frondistas acudieron á la corte, y los oposicionistas fueron dispersados. Pero madama de Longueville y el duque de Orleans pusieron á las masas en movimiento con ayuda del oro español para libertar á los príncipes. Habiendo fracasado estos medios, se formó una *nueva Fronda* bajo los auspicios de Ana de Gonzaga, princesa palatina. Siempre engañado el coadjutor en su esperanza de verse revestido con la púrpura, entabló negociaciones entre la antigua y la nueva Fronda, y el parlamento pidió con energia la libertad de los príncipes.

En efecto, salió Condé de su prision (1651) en medio de aplausos tan grandes como en la época de su arresto. Blanco Mazarino del odio nacional y perseguido por las sentencias del parlamento, se retiró á Colonia, desde donde escribió al rey para justificarse y quejarse de que no «le quedaba un asilo en el reino cuya estension habia aumentado por todas sus fronteras.» Desde allí vigiló lo que pasaba, y dirigió á la regente. Vió indisponerse las dos Frondas, y á Retz y á Condé desunidos por una ambicion igual. El primero estuvo espuesto á ser asesinado en pleno parlamento; enorgullecido el segundo con sus victorias, persuadido de que los soldados eran el pueblo, á quien tendria siempre como á ellos á su devocion, se desengañó con el desgraciado ensayo que hizo; é incomodado después por los frondistas, se alejó de París para sublevar el pais: y convirtiéndose en traidor á la patria que habia salvado, llamó á los españoles.

Luis XIV marchó contra aquel gran general, que se manifestó siempre mal político; y Mazarino, que habia reunido ocho mil hombres á sus espensas, volvió como salvador de la nacion. Fué acogido con los brazos abiertos por el rey y la reina, aunque el parlamento renovase sus anatemas contra él, y prometió 150,000 libras al que presentase su cabeza. El vizconde de Turena, mariscal de treinta y dos años, que después de haberse pasado al campo español, habia vuelto á entrar á su deber, fué elegido para ponerse al frente de las tropas reales (1652), y Condé se habia obligado á cederle la victoria de Bleneau. Al mismo tiempo que el duque de Lorena era pagado por los frondistas para inquietar á la Francia, Mazarino le pagaba tambien porque se retirase con su sanguinario bando (1662), que sostenia hacia quince años con ayuda del saqueo y las matanzas (10). Todo eran bajezas é intriga en tono heroico. Así era que la atencion se deleitaba en fijarse en las nobles figuras de Molé, Bailleul y Jacobo Amelot.

A la cabeza Turena de los realistas, y Condé de los frondistas, fueron á sitiar á París, y dieron en presencia del rey y los habitantes de la capital una batalla en la que los combatientes eran poco numerosos, pero donde los dos generales desplegaron gran habilidad. Condé estaba perdido si París, ó más bien la señorita de Orleans, que queria unirse á él, no le hubiese abierto las puertas haciendo disparar contra las tropas realistas el cañon de la Bastilla. Entregóse entonces París á una agitacion estremada. Ascendido á cardenal de Retz el coadjutor, se atrincheró en el palacio arzobispal. La sangre corrió en diferentes puntos, y hasta fervorosos frondistas fueron asesinados como mazarinos. Aspirando los príncipes tal vez á la corona, se aprovecharon del terror esparcido por la ciudad para conseguir sus fines: el duque de Orleans se hizo proclamar teniente general del reino, y Condé generalísimo, mientras que los españoles y el duque de Lorena se adelantaban para unirse á ellos.

El parlamento, que reducido á un pequeño número de miembros, pero presididos por Molé, se habia trasladado á Pontoise, pensaba en encontrar algun remedio al mal, cuando los mismos parisienses, cansados de tantas oscilaciones, prestaron oidos á los que en pequeño número habian conservado su buen sentido, y veian la miseria pública no aprovechar mas que á algunos ambiciosos. Se envió á rogar al rey volviese á llamar á Mazarino, que habia juzgado á propósito retirarse de nuevo. Condé, que nacido para servir, mal ciudadano y mal amigo, de mala conducta y sin dignidad, no era grande más que en el campo de batalla, entregó á los españoles su valor siempre personal, y el parlamento pronunció contra él la sentencia de muerte. El duque de Orleans fué desterrado á Blois, y la señorita al campo. El cardenal de Retz, artífice de todas las turbulencias, anduvo de prision en prision, después de haber engañado á todos los partidos. Cuando, en fin, obtuvo su libertad, no pudo, aunque apoyado en los jesuitas, ser puesto

(10) Valentino Conrart, escritor digno de fe, refiere que el duque de Lorena, á quien se le preguntaba cómo habia sostenido su gente por espacio de quince años que le habia faltado el pan, contestó con la mayor naturalidad que después de haberse comido cuantos perros tenian y los caballos que morian, se habian comido diez mil hombres; que un dia cogieron dos monjas y se las engulleron tambien; y que teniendo que amputar un brazo á un oficial, el cirujano se lo cortó hasta el omoplato para tener un pedazo mayor de carne. ¿Se debe creer esto?

en posesion del arzobispado de París, y se decidió á renunciarlo. Prudente con la edad, murió en París. Lejos están sus *Memorias* de hacerle estimar; pero tienen atractivo; por la inquieta actividad que parece ser la de un grande hombre rebajado por las circunstancias, la imprudente sencillez con que refiere lo que ha dicho y hecho, como si no creyese en la moralidad, y como si pensase que todo gran personaje habria hablado y obrado del mismo modo en su posicion.

Mazarino volvió á entrar públicamente en Paris, donde fué proclamado restaurador de la paz por los que le habian acusado de ser su perturbador. Porque el pueblo habia conocido que más valia la tirania del ministro que la violenta libertad, y la gente sensata; que él era el único que no se habia desmentido en aquella «farsa á mano armada» en que se habian comprometido tantos grandes caractéres. Con efecto, ¿quién habia sostenido los verdaderos intereses de la Francia, contrariados tanto por el pueblo como por el parlamento, tanto por Condé como por Turena? No se haga caso de tantas anécdotas sospechosas (11), y se conocerá que Mazarino siguió osadamente el camino trazado por Richelieu, y supo en caso de necesidad sacrificarse.

En aquella guerra que duró cinco años, sin pasiones fuertes, prolongada únicamente por ambiciones incapaces, el movimiento fué grande, pero no fué dirigido contra el trono. Se queria derribar al ministro, pero se respetaba la corona. Se atacaba á todo sin destruir nada, cada uno permanecia en su puesto, ni herida ninguna vanidad, la sociedad, se recobró fácilmente del sacudimiento. Sin embargo, se habia aprendido, mientras habia durado la Fronda, á reirse de todo: las personas y las instituciones perdieron toda la consideracion, y desde entonces no quedó más que el trono, que pareció más elevado porque nada le rodeaba. El espíritu de resistencia se estinguió en el pueblo, cuando el espíritu de despotismo se despertaba en el rey. La autoridad de Mazarino se encontró consolidada, y afectado Luis XIV con el espectáculo de una resistencia ilegal, se acostumbró á odiar la libertad (12).

Pero el trono conoció que estaba aislado, y que no podia apoyarse ni en la nobleza, ni en la magistratura, ni en el pueblo, todos igualmente ofendidos. En semejante posicion, puede sostenerse el trono momentáneamente, gracias á un impulso vigoroso como el de Luis XIV ó Napoleon; mas debe necesariamente concluir por sucumbir.

La humillacion del parlamento pareció el objeto supremo del nuevo rey, que le hizo registrar un decreto (1655), por el cual se le prohibió mezclarse en cosas del gobierno, de hacienda y de los ministros. Habiéndole dicho un dia, que se habia reunido para negar el registro á ciertos edictos bursátiles, entró en la gran cámara vestido de caza con espuelas y látigo en la mano (13), para hacerles oir palabras altaneras. En fin, prohibió al parlamento dirigirle manifestaciones ocho dias antes del registro; hizo borrar todo lo que se habia registrado en contra de la autoridad real en las turbulencias pasadas. El parlamento, que se habia sustituido poco á poco al poder de la nobleza, perdió el derecho de dar su opinion. Cuando se trató de registrar en 1667 la ordenanza que sancionaba el despotismo, se prohibió toda discusion: el presidente Miron, jefe de los oposicionistas, dice que así como se dirigen á Dios oraciones que á veces escucha, se debia poder usar del mismo privilegio con el rey; pero se le intimó guardara silencio. Entonces el parlamento quedó reducido á las funciones judiciales: Luis XIV trató de desacreditarlo aun en esta mision, dando ordenanzas más rigurosas que lo que permitia la civilizacion del pueblo.

El trono ganó en brillantez, pero perdió en fuerza cuando abatió aquel simulacro de los Estados Generales; la opinion le fué contraria y se dió principio á un vago sistema de censura malévola y de peligrosas esperanzas. Las franquicias municipales habian sucumbido casi todas en las guerras civiles. Luis XIV estinguió todo lo que quedaba de libertades políticas y municipales, estableciendo los intendentes y haciendo venales y perpetuos los empleos de bailío. Las provincias perdieron toda su importancia, y sus parlamentos hicieron fuesen olvidados con su silencio.

Las inquietudes interiores no habian impedido á Mazarino seguir con sus miradas á las potencias vecinas. No hubo, pues, en la guerra de los Treinta Años, fomentada por Richelieu en favor de los protestantes, más que seguir las huellas de su predecesor, es decir, continuar las hostilidades militares y diplomáticas contra las dos ramas de la casa de Austria. Pero, deseoso de consolidar con la paz las adquisiciones que Richelieu habia hecho con la guerra, tomó mucha parte en el tratado de Westfalia. La Francia brilló en él como conciliadora de los intereses europeos: estendió su territorio, estableció en Europa un nuevo sistema político, con arreglo á las modificaciones introducidas en la constitucion germánica; y saliendo garante de la paz, se procuró medios y pretextos para mezclarse en los negocios de Alemania.

---

(11) Las *Mazarinadas* son colecciones de folletos y sátiras publicadas en pro y en contra de Mazarino, desde 1649, á 1652; la coleccion más completa tiene catorce tomos en 4.°

(12) Una dama ha hecho una observacion que merece fijar la atencion de los educadores: «He notado con frecuencia y admiracion, que en sus juegos y diversiones aquel príncipe apenas se reia. Los que tenian el honor de acercarse á él decian, segun me parece, que era el señor. La reina madre queria siempre que fuera obedecido, y parecia que deseaba poder respetarle tanto como le amaba.»

(13) «Paso más digno de un tártaro, que de un rey de Francia,» dice LEMONTEY.

Esto es con respecto á la rama austriaca en aquel pais. Por lo que toca á la de España, los vínculos de parentesco no impidieron que la guerra se prolongase tanto en la frontera de los Paises-Bajos y de los Pirineos como en Italia. La batalla de Rocroy (1643) señaló el principio del reinado de Luis XIV, destruyendo para siempre á aquella infanteria española que habia sido el temor de la Europa. La paz de Westfalia dejó á la Francia sola contra la España, que confiada en las turbulencias de la Fronda, se negaba á adherirse al tratado. Irritadas ambas por los medios desleales con que mútuamente habian tratado de perjudicarse favoreciendo á los rebeldes y á los descontentos, prosiguieron su lucha. Las tropas licenciadas en los paises donde la paz se habia restablecido, llegaron á aumentar las de España, que durante las turbulencias de la Fronda (1652) recobró á Dunkerque, plaza la más importante de Flandes, á Barcelona y á Casal de Montferrato, que habia resistido á tres sitios (1629-30-40).

Cromwell, que después de haber hecho morir á Cárlos I se declaró protector de Inglaterra, se pronunció primero en contra de los franceses, entre quienes Cárlos II habia encontrado asilo; pero no avergonzándose Mazarino de humillarse á tiempo (1655), consiguió cambiar sus intentos; obtuvo que los ingleses atacasen en América las colonias de España, á la que se le cerró el mar. Sitiada Dunkerque (1658), fué ganada después de la batalla de las Dunas, y devuelta á los ingleses. Prosiguiendo al mismo tiempo su victoria los franceses, se adelantaron hasta estar á la vista de Bruselas.

Estas victorias se debieron al mariscal de Turena, que arrepentido de los errores de la Fronda, tenia por contrario al príncipe de Condé, que mandaba á los extranjeros; de lo que resultó que tanto los triunfos de una como de otra parte, pudieron ser considerados por los franceses como una gloria nacional.

El mariscal de Turena y el príncipe de Condé, aun que con reducidos ejércitos, hicieron grandes cosas. Como habian tenido distinta escuela, diferian en la manera de conducir la guerra tanto como por su carácter; Condé era más atrevido, Turena más reflexivo; aquél hacia frente al peligro, éste lo evitaba; uno habia nacido general y se dejaba llevar de sus propias inspiraciones, el otro llegó á serlo por medio de la reflexion y de la esperiencia, y dió algun impulso al arte de la guerra por medio de una nueva disposicion de las tropas, lo cual no hizo Condé, y sus planes de campaña, sus marchas y sus variadas batallas son la admiracion de los estratégicos. Condé se encontraba designado para el primer lugar por su nacimiento, y aun más por la alianza que le hizo sobrino de Richelieu. Siendo aun muy jóven, se le puso, pues, al frente de los ejércitos, donde hizo acciones gloriosas aun antes de haber meditado sobre sus causas. Cuando después se unió la reflexion á la accion, se encontró en segunda línea en los ejércitos españoles, entonces en decadencia. No pudo, pues, su escuela ser otra cosa que personal.

Turena se crió en los Paises-Bajos aprendiendo en las laboriosos maniobras de una guerra sabia, bajo el mando de los príncipes de Nassau, sus tios. Supo obedecer antes de mandar: respetando más que ningun otro general al hombre en el soldado; le evitaba los peligros en lo posible, y todo lo esperaba del soldado francés, condiciones esenciales para formar buenos ejércitos, como se esforzó en hacerlo. Enseñó á los extranjeros la cortesania en la guerra, corrigió la ligereza é impaciencia de los franceses, y les enseño á soportar las fatigas sin murmurar; con lo cual destruyó la opinion comun de que no eran capaces de defender una plaza; Condé, por el contrario, empleó los ejércitos tales como los habia encontrado, y no tuvo ocasion de adquirir la paciencia y vigor de meditacion que fueron tan grandes en Turena (14). Como tenia más bien génio que ciencia de la guerra, vencio por inspiracion más bien que por cálculo. Poco enonómico de la sangre de los soldados, decia con una ligereza inhumana, después de la batalla de Senef, que una noche de Paris repararia las pérdidas sufridas en aquel combate.

Turena pasa por el mayor capitan de aquel siglo, aunque haya sido vencido varias veces, y no haya ganado esas batallas que deciden de la suerte de una nacion, ni hecho brillantes conquistas. Refiere sus propias hazañas con una admirable sencillez, sin disimular las faltas, sin aparentar vanidad por sus victorias. Anunció en una postdata aquella de que Ana de Austria le cumplimentó delante de toda la corte, diciéndole que habia salvado al rey y al Estado. Después de la batalla de las Dunas escribia: «Los enemigos han llegado, han sido batidos: gloria á Dios. He apurado bastante toda esta jornada.» Sério, reflexivo, meditaba mucho tiempo; pero una vez tomada una decision obraba con vigor. Condé, todo vivacidad, hacia frente personalmente al enemigo; dotado de una mirada comprensiva, improvisaba sus convicciones en medio de la pelea. Conoció que la fuerza de un general no consiste en tener muchos batallones, sino en dirigir á un solo punto fuerzas considerables, para decidir el éxito de la batalla. Así fué, que mereció ser estudiado particularmente por Napoleon, que le imitó, sobre todo en la guerra de Italia. Condé se hizo más prudente con la edad Turena más osado. Se decia que para aprender se debia ver á Condé al final de una batalla y á Turena al de la campaña.

El espiritual San Evremond, oficial general, espresa su opinion sobre estos dos ilustres émulos, en estos términos: «Encontrareis, dice, en el príncipe, la fuerza del genio, la grandeza del valor, un talento vivo y siempre en actividad. Turena tiene

---

(14) CARRION DE NISAS, *Ensayo sobre la historia general del arte militar.*

la ventaja de la impasibilidad, gran capacidad, mucha esperiencia y un valor á toda prueba. La actividad del primero fué superior á las cosas necesarias, para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro, haciendo lo que debe hacerse, no hace *nada supérfluo*: el príncipe, orgulloso en el mando, es tan temido como estimado; más indulgente que Turena, es menos obedecido por su autoridad que por la *veneracion que se le profesa*; el príncipe, más afable con quien le agrada, menos con quien le disgusta, es tambien más severo cuando se ha faltado, pero más compasivo cuando se ha obrado bien. Turena, hombre de más moderacion, escusa las faltas con el nombre de desgracias, y reduce con frecuencia el mayor mérito á la simple alabanza de *haber cumplido bien con su obligacion*. El príncipe se anima con ardor para las grandes empresas, goza de su gloria sin vanidad, disgustándole la adulacion. Turena se *dirige naturalmente tanto á las grandes como á las pequeñas empresas, segun la relacion que tienen con su designio*. Por tropas que se confien al príncipe, tiene siempre la misma *seguridad* en el combate; parece que inspira sus propias cualidades á todo el ejército. Su valor, su inteligencia, su accion, parece le responden de la de los demás. Con muchas tropas de que Turena desconfia, busca seguridades; con pocas siendo buenas y que merezcan su confianza, *emprende como cosa fácil lo que parecc imposible*. Victorioso el príncipe, es el mayor esplendor de la gloria, desgraciado, nunca recae vergüenza sobre él; tal vez perjuicio en los negocios, nunca en su reputacion. La de Turena está más apegada al éxito de los asuntos: sus acciones no tienen nada de particular que las distinga para ser iguales y continuas. Todo lo que dice, todo lo que escribe y todo lo que hace Turena, lleva el sello del secreto para aquellos que no penetran lo suficiente. La naturaleza le ha concedido el gran sentido, la capacidad, el fondo del mérito y le ha negado el fuego del genio, la libertad del talento que forma su brillo y adorno: «será preciso perderle para conocer bien lo que vale, y le costará la vida formarse una justa y cabal reputacion» La virtud del príncipe no tiene menos luz que fuerza, pero es menos constante y tiene menos trabazon que la de Turena. El uno es más propio para concluir gloriosamente las acciones, el otro para *terminar útilmente una guerra* (15).

Paz de los Pirineos.—No recibiendo ya la España los galeones de América, y después de la rebelion de Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué negociada por Mazarino y don Luis de Haro, ministros directores de ambos paises (1659). Verificáronse las conferencias con la meticulosa etiqueta que desde entonces ocupó tan gran lugar en la diplomacia. Mazarino acudió á ella, en una carroza dorada, tirada por ocho mulas con sesenta caballeros en su comitiva, entre los cuales habia mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes, en el Bidasoa, se dividió en dos por un edificio del cual una mitad se declaró territorio español, y la otra territorio francés. Habíanse construido en ambas mitades aposentos enteramente semejantes; entre estos aposentos habia una sala dividida entre las dos naciones, con dos puertas la una enfrente de la otra, por donde salian los dos ministros para adelantarse hasta la mitad de la habitacion; dos sillones y dos mesas de escribir se encontraban preparadas una al lado de otra, lo cual permitia á los plenipotenciarios discutir, escribir, y hasta hablarse al oido, sin salir de sus respectivos paises.

España queria obtener la rehabilitacion del príncipe de Condé, proponiéndose, en caso contrario, darle un principado en las fronteras de los Paises-Bajos, por ejemplo, el Cambresis, desde donde pudiera inquietar á Francia y dar asilo á los facciosos. Fué, pues, preciso ceder; y después de haberse presentado el príncipe al rey á pedirle perdon de sus errores y de sus victorias, reparó dignamente sus culpas para con su patria.

Firmóse la paz y el tratado en ciento veinte y cuatro artículos; estipuló además de otras varias y mútuas restituciones, el restablecimiento del duque de Lorena y del príncipe de Monaco. La Francia conservó el Artois con otras desmembraciones de los Paises-Bajos, como tambien el Rosellon, por la parte de los Pirineos; en fin, se dispuso el matrimonio de Luis XIV con Maria Teresa, hija de Felipe IV, que renunció á toda pretension hereditaria á los Estados de su padre.

Esta paz, que asignaba á la Francia una buena frontera y el primer lugar en Europa, consolidó el poder de Mazarino, cuya obra era; así fué que quedó árbitro de los consejos de Luis XIV hasta el momento en que murió (1661) en la edad de 59 años; se le hace cargo de haber reunido más de cien millones vendiendo empleos y beneficios no trataremos de disculparle, ni tampoco el sistema que permitia semejante corrupcion. La condescendencia que habia manifestado en su origen se cambió después en orgullo, y «buscó en el cielo nidos para sus sobrinas;» trató, sin embargo, de separar al rey de la idea de contraer matrimonio con Maria Mancini, que era una de ellas. Segun nuestra opinion, no se puede menos de admirarle como hombre de Estado. Laborioso, incansable, vivo, insinuante, sin ser vengativo, poco amable para con aquellos de quienes no tenia necesidad ni miedo, prometia mucho y concedia poco, á menos que no se tratase de los favores que no cuestan nada. Con frecuencia pequeño en sus medios, era grande en sus miras y la fortuna le secundaba. Administrador hábil, dejó á personas sin talento que recurriesen, para hacer dinero, á los más odiosos recursos y á los menos eficaces; pero gran político, supo tributar homenaje á su predecesor, y en lugar de ceder á la mania demasiado habitual de cambiar de sistema, continuó y completó el de

(15) Véase tambien á RAMSAY, *Hist. del vizconde de Turena*. Paris, 1739.

Richelieu, estableciendo como principio que las relaciones entre los Estados son independientes tanto de la religion como de la forma de gobierno. Tuvo menos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; encontró no menos obstáculos que él, pero no se le puede hacer cargo de ninguna crueldad. Los enemigos de Richelieu le odiaban, los de Mazarino se reian de éste: ahora bien, no es un pequeño mérito resistir á la risa de los franceses, haber sabido despreciar las bravatas del coadjutor de Paris y los clamores de la muchedumbre, caminar con medida, apaciguar las turbulencias interiores, concluir las guerras provocadas por su antecesor; y en medio de los ataques de la opinion pública, eclipsarse á tiempo para volver á presentarse después de pasada la borrasca. Creyendo que era el deber de un ministro proteger el mérito, hacia que Menage le indicase los hombres de talento para darles gratificaciones. Asignó á Descartes, que se habia retirado á Holanda, una pension de mil escudos, y llamó de Italia á varios actores, entre otros al célebre Fiorelli y al arlequin Domingo. Introdujo en Francia la ópera (16) y al mismo tiempo la pasion á los dados, en cuyo juego se pasaban las tardes; en lo cual fué imitado por los cortesanos, que abandonaron los ejercicios corporales.

Además de la considerable fortuna que dejó á sus sobrinas (17), legó al papa sesenta mil libras para la guerra contra los turcos; al rey diez y ocho diamantes llamados mazarinos, sus cuadros, las magníficas tapicerias hechas con arreglo á los dibujos de Rafael; además, el colegio de las Cuatro Naciones, que le denominó así porque le destinaba para los jóvenes de las cuatro provincias reunidas por él á la Francia: la Alsacia, el Artois, el Rosellon y Pignerol, su rica biblioteca y ochocientos mil escudos. El rey á quien habia dejado por escrúpulo por heredero universal, renunció á esta espléndida herencia, satisfecho con recoger lo más importante que habia para él en la sucesion del cardenal, la plenitud del poder real.

---

(16) El poeta Perrin compuso una pastoral en cinco actos con prólogo, que se representó con grandes aplausos en Issy y en Vincennes. Representáronse después otras en Paris y en la corte; obtuvo en su consecuencia un privilegio para un teatro de esta clase, bajo el nombre de Academia de música (1669). Perrin era un eclesiástico; Lambert, que habia compuesto música, era un organista del capítulo de San Honorato; los cantores eran músicos de la catedral, el maquinista era el marqués de Jourdeac, y Beauchamp, autor de los bailes. Pronto Lulli obtuvo el privilegio de la ópera en Paris y en toda Francia.

(17) Entre éstas estaba Hortensia Mazarino, una de las mujeres más famosas en la galanteria cosmopolítica de entonces. Cárlos II pidió por dos veces su mano cuando era pretendiente, y luego que llegó á sentarse en el trono volvió á pedirla, pero se opusieron los ministros. El duque de Saboya la pretendió tambien, pero el cardenal queria que fuese reina de Francia. Aquella mujer, deseada de los reyes, que llevaba en dote 20,000.000, se casó con el mariscal de la Meillerage, santurron y avaro, que la hizo desgraciada é infiel. Al cabo de siete años de disgustos, huyó de su casa vestida de hombre, y pasó á Italia «como una verdadera heroína de novela, con muchas piedras preciosas y ninguna ropa,» con 24,000 francos solamente, que el rey habia mandado á su marido le señalase. Permaneció algun tiempo bajo la proteccion de su antiguo pretendiente, y cuando éste murió pasó á la corte de su adorador Cárlos II, en cuya gracia trataron los cortesanos sucediese á la duquesa de Portsmouth. Ya lo habia conseguido cuando se enamoró del príncipe de Monaco, y con la pension de 4,000 libras esterlinas que el rey le señaló, puso casa de placeres, de juego, de tertulia, y se vió rodeada de amantes, entre los cuales se hallaba Saint-Evremond, que supo cortejarla sin hacer reir con sus blancos cabellos. Vivió con el nombre de Milagro de amor hasta cincuenta y cuatro años sin perder su belleza.

CAPÍTULO IV

ADMINISTRACION DE LUIS XIV.—COLBERT.—ECONOMIA POLÍTICA.

La dominacion que los talentos elevados adquieren naturalmente sobre los que les rodean, habian tenido á Luis XIV en una dócil reserva con respecto á Mazarino. Se fiaba de su ministro en todo, iba á su casa cuando tenia necesidad de hablarle, y era recibido como un particular. Dijo, cuando le anunciaron su muerte: *Hemos perdido un amigo*, y comenzó á llorar.

Los franceses habian sacado de esto la consecuencia de que Luis XIV era un príncipe débil, que no podia pasarse sin guia; pero cuando los ministros le preguntaron á quién debia dirigirse en lugar del cardenal, contestó: *A mí;* dió sus órdenes á todos, y prohibió que se hiciese nada sin su consentimiento. Desde este momento no tuvo ya primer ministro, y sus atribuciones se repartieron entre varios. Aunque dominado siempre por alguno, pudo Luis XIV manifestar que todo lo hacia él mismo en los setenta y dos años de un reinado, durante los cuales influyó en mayor grado en las vicisitudes de Europa. Después de haberse conformado, primero con la política del gran Enrique para la decadencia de la casa de Austria, cuando después obtuvo este resultado, llegó al colmo del poder y ambicionó toda clase de gloria; no contento con presentarse á la posteridad rodeado de sábios y artistas, aspiró á los laureles militares, lo cual destruyó la prosperidad de su reino y le preparó reveses para lo futuro. La envidia que sintió la Europa, sublevó contra él á todas las potencias, y las derrotas que sufrió le hicieron comprender cuán provechoso le hubiera sido conciliarse el amor de sus súbditos, á quienes no habia preparado más que la monarquia absoluta.

«Aun desde niño, dice, el solo nombre de los reyes holgazanes y los mayordomos de palacio me disgustaba... El trabajo sólo asusta á las almas débiles, y cuando sea ventajoso y justo un proyecto, será una debilidad no llevarle á cabo. La pereza en un rey es tan opuesta á la grandeza del valor como la timidez, y un monarca que tiene que vigilar por el bien público, es acreedor á mayor vituperio si evita un trabajo útil, que si se detiene á la vista de un peligro; porque el miedo del peligro puede calificarse de prudencia, al paso que el miedo al trabajo es siempre una molicie indisculpable. El oficio de rey consiste principalmente en dejarse llevar del buen sentido que naturalmente obra sin violencia. Las cosas de que tratamos sériamente son algunas veces menos difíciles que las que nos divierten. El rey debe buscar siempre lo útil; por hábiles, por perspicaces que sean sus ministros, no puede desconocerse cuando él interviene en los negocios .. Muchos, añade, creian que mi asiduidad al trabajo era como el fuego de la paja, pero el tiempo les ha demostrado lo contrario, pues me han visto seguir siempre el mismo camino y querer saberlo todo, oir las súplicas y las quejas del menor de mis súbditos, informarme del número de mis soldados y del estado de mis plazas, tratar directamente con los ministros extranjeros, recibir los despachos, contestar yo mismo á ellos, ó decir á mis secretarios en qué términos lo han de hacer; nivelar las rentas y los gastos, mandar que me diesen cuenta de los negocios los grandes empleados, despachar los asuntos reservados, distribuir las gracias segun me ha parecido, observar yo solo toda mi autoridad, y sostener á los que mejor me han servido en una modesta posicion, distante de la categoría de los primeros ministros.» (1)

El reinado de Luis XIV está marcado en estas palabras, que son el desarrollo del célebre dicho que pronunció: *El Estado soy yo.* «Nada asegura

(1) *Obras de Luis* XIV, t. II, pág. 335, edic. de 1806.

la tranquilidad y felicidad de las provincias, escribia, como concentrar la autoridad en sólo la persona del soberano; la menor parte que se separe de él da lugar á males muy graves. Se trastorna el orden de las cosas atribuyendo á los súbditos el derecho de resolver y al soberano la obligacion de aprobar. Sólo á la cabeza coresponde deliberar y resolver: los otros miembros ejecutan.... Un primer ministro al fin y al cabo es el hombre de vuestra eleccion, á quien asociais al gobierno en la parte que os parece, y que disfruta del principal crédito en vuestros negocios, sólo porque ocupa el primer puesto en vuestro corazon. Si se apropia vuestros bienes y autoridad, conserva á lo menos gratitud y respeto hácia vuestra persona, y por grande que le hagais, no puede menos de caer tan pronto como dejeis de sostenerle... No sucede lo mismo con el poder que se arribuye á un pueblo reunido; cuanto más le concedais, más pide; cuanto más le acariciais, más os desprecia; y lo que adquiere está agarrado por tantos brazos que no se le puede arrancar sin mucha violencia.

»El que ha dado reyes á los hombres ha querido que se les respetase como á sus tenientes, reservándose él solo el derecho de examinar su conducta. Su voluntad es que todo el que ha nacido súbdito, obedezca sin discernimiento (2). Aquella sujecion que pone á los soberanos en la necesidad de recibir la ley de sus pueblos, es la última calamidad que puede suceder á un hombre de nuestra posicion (3)... Es una falta esencial de la monarquia inglesa que el príncipe no puede hacer reclutas estraordinarias sin el parlamento, ni tenerle reunido sin disminuir otro tanto su autoridad (4). Todo lo que se encuentra en nuestros Estados, de cualquiera naturaleza que sea, nos pertenece por el mismo título... El númerario que existe en nuestra caja, el que tienen en su poder nuestros tesoreros, y el que dejamos al comercio de nuestros pueblos, deben ser igualmente considerados por nosotros (5)... Persuadidos, pues, de que los reyes son señores absolutos y pueden naturalmente disponer con entera libertad de los bienes poseidos por los eclesiásticos y seculares para que disfruten de ellos como prudentes administradores.» (6)

Va más lejos aun, porque después de considerar los bienes como propiedad de la corona, le atribuye tambien la vida de los súbditos, de manera que la conserva y comienza por su propio interés, y «siendo patrimonio del príncipe la vida de sus súbditos, él más que nadie debe tener cuidado de conservarla.» (7)

(2) *Obras de Luis* XIV, t. II, pág. 336.
(3) Idem, t. II, pág. 26.
(4) Idem, t. I, pág. 174.
(5) Idem, t. II, pág. 93.
(6) Idem, t. II, pág. 131.
(7) Idem. t. II, pág. 301.

Era necesario esponer en este lugar el ideal del despotismo, para que se pudiese comprender á qué se dirigian los monarcas en la embriaguez de su triunfo sobre el feudalismo. ¿Qué más se necesita que semejantes máximas para pasar al despotismo más absoluto? (8) Ahora bien, el *gran rey* lo consiguió en efecto, aunque no usó el mismo método que Luis XI y Felipe II; sino elevando su pais á tal altura, que se hacia admirar precisamente aun de aquellos que en pequeño número pueden distinguir el oro del oropel; no sólo se hizo perdonar por su nacion, sino que persuadió á muchas personas que el absolutismo es una gran cosa.

Las guerras religiosas habian arrebatado á la monarquia lo que habia ganado desde Luis XI, dando algun vigor á la aristocracia y á las provincias; el edicto de Nantes adormeció, pero no destruyó la oposicion protestante. Richelieu se dedicó á restablecer la unidad política y la unidad religiosa: y si bajo este aspecto no consiguió su idea, no por eso dejó de humillar á los hugonotes; debilitó el poder de las provincias, y preparó la humillacion del Austria, que Mazarino acabó enseguida. Mazarino consiguió romper la fuerza del parlamento, triunfar del carácter guerrero de la nobleza y de las pretensiones de los príncipes de la sangre. Luis XIV encontró, pues, á la Francia cansada de las turbulencias civiles, y al pueblo desengañado de aquellos que le hablaban de libertad y del bien público. El comercio y la industria, que se estendian de dia en dia, hacian preferir una paz segura á las adquisiciones eventuales. La nobleza y la magistratura se encontraban mortificadas con el mal éxito, y lo que es más, con el fin ridículo de la Fronda; apenas quedaba un recuerdo de los Estados Generales, y las franquicias de los concejos habian perecido en las guerras civiles. Se continuó llamando libertades galicanas á lo que no era más que la libertad del trono. El edicto de 1516 habia puesto los beneficios en las manos del rey, que sirviéndose de ellos como de una recompensa por los servicios prestados á su causa, llenó las prelacías de los nobles, sus feudatarios. Desde luego el ayuno y la oracion se abandonaron á los frailes por los abades comendatarios, que se aplicaron la dotacion de los beneficios. El clero, que aun con-

(8) Lemontey, *Monarquía de Luis XIV*, en sus obras (tomo V, pág. 15), ha publicado el principio de un curso de derecho público compuesto para el duque de Borgoña, que principia de esta manera: «La Francia es un Estado monárquico, en toda la estension de la palabra. El rey representa á toda la nacion, y cada particular no es más que un solo individuo con respecto al rey. En su consecuencia, todo poder, toda autoridad reside en manos del rey, y no puede haber otros en el reino que los que él establece. Esta forma de gobierno es la más conveniente al genio de la nacion, á su carácter, á sus gustos y á su situacion. Las leyes constitutivas del Estado no están escritas, al menos un gran número de ellas. La nacion no forma cuerpo en Francia; reside enteramente en la persona del rey,» etc.

servaba las apariencias de una representacion, se reunia cada cinco años en asamblea deliberante; pero no era en realidad más que para votar el impuesto, y Luis XIV le dejaba obrar, porque tenia necesidad de dinero. Los grandes feudos habian decaido de su importancia, y el arte militar, que habia cambiado, hacia el valor personal menos necesario. No era, pues, posible que se formaran facciones peligrosas con el nuevo sistema de los ejércitos, de la disciplina, de las plazas fuertes y de los arsenales. Los dos ministros anteriores habian organizado una marina respetable, y puesto en buen estado los puertos de Dunkerque, Brest, Tolon, Havre y Rochefort. El fausto de la corte, la proteccion dispensada á los literatos, cercó al trono de un nuevo brillo, destinado á afirmarse aun más, gracias á la profunda conviccion de Luis XIV, que no concebia la monarquia, sino con las formas absolutas. Abolió en los mismos paises nuevamente adquiridos todo lo que encontró popular, hasta en el régimen de las iglesias.

Luis XIV envió al célebre viajero Bernier á la corte del gran Mogol; otros agentes á Turquia y Persia para estudiar ejemplos y tradiciones del absolutismo; pero nunca el gobierno pudo compararse al de los orientales, atendido á que las costumbres del pais, el carácter caballeresco del rey y la religion, se oponian á tan caprichosa brutalidad. Sin embargo, al salir de la encarnizada lucha, la Francia se resignó fácilmente á una arbitrariedad que creia útil para su tranquilidad. Bajo este título se adoptó el despotismo de Luis XIV, con tanta más facilidad, cuanto que su monarquia coincidia con el momento con que la civilizacion brillaba con mayor esplendor. Consideróse, pues, como un tiempo de barbarie la época anterior, y las resistencias del feudalismo, de los concejos ó de las corporaciones se confundieron en una misma reprobacion.

El mismo Luis XIV se dedicó á consagrar el nuevo poder, haciendo considerar la obediencia pasiva como un dogma religioso, hasta tal punto, que la duda y el exámen no fuesen solamente un acto de rebelion, sino de impiedad. Esta religion del despotismo no pudo, sin embargo, adoptar sino momentáneamente las interioridades de la religion católica, tan superior á los variados accidentes de la política humana. En todas partes sustituyó la accion de los magistrados al celo del ciudadano, y el espíritu público al despotismo; pero aquella administracion produjo el movimiento regular de las funciones públicas, por cuya razon se introdujo la máxima adoptada posteriormente, de que el Estado mejor constituido es el mejor administrado; y se evitaron los golpes de Estado.

El mayor embarazo de los reinos eran entonces las rentas. En efecto, desde que la corona habia atraido á sí la administracion, la justicia y el ejército, que el feudalismo reducia á servicios personales, los gastos escedian á los recursos de los reyes, pues aun no se sabia sacar de los pueblos el mayor número de impuestos sin sobrecargarlos demasiado, impedir las malversaciones y economizar en los gastos administrativos, tanto más cuanto se ignoraba entonces el mágico poder del crédito. Después de haber prodigado millones en las guerras anteriores y en las liberalidades de la corte, no se sabia satisfacer las necesidades renacientes sino creando nuevos impuestos. Pero su producto no era fijo, en atencion á que, para recibir al contado una gran cantidad, se trataba con capitalistas, ó con las ciudades y provincias que querian pagar y libertarse; y una vez gastado este dinero, era preciso buscar otro.

La prudente administracion de Sully sucumbió á los nuevos desórdenes públicos, y espúsose á una gran prueba la paciencia del pueblo, con exacciones dobles y hasta triples, y derechos establecidos, á veces hasta sin conocimiento del rey, en provecho de los ministros ó de los gobernadores y recaudadores por una compañia de implacables cobradores, cuya dureza producia frecuentes rebeliones. El Estado se veia precisado á contratar empréstitos hasta al 30 por ciento. En 1660, los derechos de aduana se habian aumentado un 60 por ciento en treinta años: el producto era sin embargo menor que antes; el de las contribuciones se habia disminuido tambien, aunque habia ascendido desde 20 hasta 57.000,000, y ya la renta de dos años habia entrado en caja como por anticipacion. Todos los que manejaban el tesoro no creian nunca que robaban demasiado; y sin citar otros ejemplos, puede formarse de esto una idea por la inmensa fortuna que dejó el cardenal Mazarino.

El superintendente disponia de los fondos del tesoro con sólo su firma: esto le permitió á Fouquet dilapidar las rentas y engañar al rey con falsos estados para enriquecer á Mazarino y enriquecerse á sí mismo. De esta manera pudo emplear 18.000,000 en la adquisicion y obras de su quinta de Vaux, que escedió en esplendor á todos los palacios y castillos de Francia (9). Cuando se desengañó Luis XIV, temiendo una sublevacion por parte de los numerosos amigos del superintendente, y tantas personas como pensionaba, aceptó su convite á una fiesta, en la que Fouquet gastó sólo en la comida 120,000 libras; después de lo cual le invitó á su torre de Nantes, y le hizo poner preso. Instruyóse el proceso de Fouquet, y fué condenado á destierro perpetuo; pero Luis XIV, por una injusticia enteramente real, cambió su sentencia en encierro tambien perpetuo, con objeto de que no pudiese divulgar los secretos del Estado (10)

---

(9) Sin dar crédito á las exageraciones de la señorita de Scudery, objeto de las liberalidades de Fouquet, se sabe que habiendo querido el duque de Villars, que cien años después era propietario del castillo de Vaux, sacar partido de los tubos de plomo que distribuian las aguas, los vendió en 490,000 libras.

(10) La suposicion del bibliófilo Jacob, que pretende

Sustituyóle en cualidad de receptor general Juan Bautista Colbert (1619-1683), de Reims, que habiéndose elevado por su propio mérito, habia sido recomendado al rey por Mazarino, como el mejor regalo que pudo hacerle. Hombre severo, lento en concebir, muy obstinado en su voluntad, de mal genio, brutal, impasible, destrozaba todo lo que se oponia á sus miras. Apaleaba á su propio hijo, lo cual no le impedia tener un buen corazon y costumbres patriarcales. No se pueden olvidar sin embargo las bajas maniobras que empleó para producir la caida de Fouquet, ni su mania de ennoblecer á los suyos. Hizo contraer á sus hijas escelentes matrimonios, procuró á sus hijos empleos muy lucrativos, y dejó una fortuna, que él mismo estimó en 10 000,000. Esto es lo que podia hacer entonces un ministro de Hacienda, sin dejar de pasar por hombre honrado; pero como secretario de Estado, no se puede creer cuanto escribió por sí mismo; pues todo lo anotaba, y habia introducido un admirable orden. No dejó inactivo ninguno de los elementos de la prosperidad pública en Francia. La confiscacion de los bienes de Fouquet y de sus cómplices, cubrió al principio los vacios del tesoro; varias medidas de banca, reducciones de empleados, disminucion en los gastos inútiles, simplificacion en el sistema de recaudacion, reembolsos de rentas compradas á vil precio, y hasta fraudelentamente, y probidad en su manera de administrar hicieron lo demás. Resultó de esto, que en 1662 habia un escedente de 45.000,000. Colbert cifraba la economia no en gastar poco, sino en gastar á tiempo; y escribia al rey: «Es preciso ahorrar cinco sueldos en las cosas que no son necesarias, y gastar millones en lo que atañe á vuestra gloria. Una comida supérflua de 3,000 libras, me da mal de corazon; si se tratase de millones de oro para la Polonia, venderia todo lo que tengo, empeñaria mujer é hijos, andaria á pié toda mi vida para proporcionároslos.»

Otras veces le reprendia sus profusiones con un atrevimiento desusado en medio de las fórmulas afables de la aristocracia. «Suplico á V. M. me permita decirle, que tanto en guerra como en paz no ha consultado nunca las rentas para determinar sus gastos, cosa estraordinaria y que no tiene ejemplo. Si quisiera recordar los tiempos y los años que han pasado desde los veinte y cinco que tengo el honor de servirle, veria que aunque las rentas han aumentado en mucho, los gastos las han considerablemente escedido; tal vez se convenceria de esta manera de la necesidad de moderar lo que son escesivos, y equilibrar los gastos con los ingresos.» El que hablaba con tanta franqueza al rey más déspota debia estar bien convencido de la bondad de sus planes, y proseguir su cumplimiento á través de todos los obstáculos con una firmeza que á veces degeneraba en terquedad é intolerancia (11).

Sus ordenanzas sobre el comercio y la marina han quedado siendo célebres. Propuso para dar á la Francia una poderosa escuadra: 1.° reunir una inmensa cantidad de municiones de todas clases, y formar obreros, aun cuando tuviesen que sacarse del extranjero; 2.° construir arsenales, donde colocarlos y mantenerlos bien; 3.° construir cierto número de barcos, formar después un gran cuerpo de oficiales, marinos, y otros hombres de mar, sometidos á una exacta disciplina, y sostenidos en activo servicio con frecuentes armamentos, dirigiendo las operaciones navales en ventaja del comercio (12).

En efecto, abriéronse nuevos puertos, mejoráronse los antiguos, y sólo en el de Rochefort se gastaron 20.000,000. Pronto contó la marina ciento ochenta y ocho buques de guerra y sesenta mil marinos. Arrancóse á la Inglaterra el secreto de las victorias navales, y la proteccion concedida á la pesca; además de los ricos productos que resultaban, contribuyeron á formar escelentes marinos. Colbert encontró treinta buques de guerra en los puertos, y dejó ciento setenta y seis, sin contar sesenta y seis en astillero y treinta y dos en galeras; encontró mil cuarenta y cinco cañones de marina, y dejó siete mil seiscientos veinte y tres, con provisiones en los puertos en igual proporcion.

Reconoció desde un principio que lo que más podia hacer ascender la fortuna pública, era favorecer la privada y aumentar los medios de produccion. La opinion de Sully habia desacreditado el comercio y las manufacturas; pero los hombres prácticos, los mercaderes decian al rey: «Señor, la experiencia demuestra que los excesivos impuestos no han aumentado nunca la renta de un Estado, porque hacen perder de una vez lo que se gana poco á poco. Sólo el comercio y la industria pueden producir el oro y la plata con que subsisten los ejércitos. Si nuestros obreros sacan provecho de nuestra industria, no es sin ayuda de los extranjeros, que nos proporcionan lanas finas en lugar de las nuestras ordinarias, drogas para teñir, especias, azúcares, jabones, cueros que no se encuentran en el reino, y de los que no se puede de-

---

que Fouquet fué el hombre de la máscara de hierro, no puede sostenerse.

(11) Luis XIV se quejaba de ello, y le escribia una vez: «He sido bastante dueño de mí mismo, para ocultaros la pena que he esperimentado al oir á un hombre colmado de mis beneficios como vos, hablarme como lo habeis hecho. Os he profesado mucha amistad, y lo que he hecho lo ha demostrado. Aun os la profeso, y creo daros suficientes pruebas diciéndoos, que me he contenido un momento solamente por ser vos. No os arriesgueis más á provocarme, porque después de haber oido vuestras razones, las de vuestros colegas y pronunciado sobre vuestras pretensiones, no quiero oiros hablar más.» Este orgullo aumenta el mérito del ministro.

(12) Puede verse el proyecto en la *Historia de la marina francesa*, por E. SUE, t II, pág. 288.

jar de consumir. Para ser lo mismo que nosotros, no dejarán los extranjeros de aumentar los derechos á estas mercancías, de manera que no sacaremos producto de ellas, ó cerrarán la entrada á nuestros artículos manufacturados y nuestros obreros quedarán sin ocupacion, lo cual aumentará el número de los hombres inútiles y mendigos.»

De esta manera el buen sentido precedia á las teorias. Colbert, que marchó por esta senda, pensaba en general: 1.° que no se debian importar las mercancias que la Francia podia proporcionar, sino pasarse, tanto como fuera posible, sin las demás, ó procurárselas únicamente con cambios, con objeto de que no saliese el dinero del reino; 2.° que debia mandarse al extranjero lo supérfluo, haciendo que los extranjeros buscasen los productos franceses para recobrar los capitales; 3.° que debian establecer con este objeto muchas manufacturas y hacerlas prosperar, no por medio de privilegios, sino por la disminucion de los derechos de entrada sobre las primeras materias, con el establecimiento de comunicaciones seguras y fáciles, el adelanto de fondos por el Estado, aun con pérdida, la perfeccion en la fabricacion, y nueva actividad en los asuntos comerciales.

La Francia era un conjunto sin unidad, en el que además veinte y siete generalidades gobernadas por intendentes, se encontraban las próvincias de Bretaña, Languedoc, Auvernia, el Rosellon, la Perche, la Alsacia, el Franco-Condado y el Artois, los ducados de Lorena, el Barrois y la Borgoña: y los paises diferentes de El Bugey, Gex y Brest, con un sistema de impuestos diferentes, exenciones particulares, y en su consecuencia aduanas á cada paso. El Artois no pagaba contribuciones, gabelas ni derechos; por esta razon era preciso tenerlo como en estado de sitio, para que los paises comarcanos no se aprovechasen de sus franquicias. Una pieza de tela debia, para ser trasladada á Bayona, pagar la entrada en Picardia, la salida en Poitú, *la contablie* en Burdeos, *la trata de Arras* á su entrada en las Landas y *la coutume* en Bayona (13).

Los paises reunidos á la Francia desde Francisco I estaban exentos de lo que se llamaba las cinco gruesas contribuciones.

Colbert arregló los derechos de entrada y salida y abolió los más onerosos (14), aconsejándose con negociantes. Se proponia con honradas ocupaciones separar á muchas personas de la aficion que tenian á vegetar en empleos sin ocupacion (15), limitó los derechos de peajes que evitaban la circulacion de las mercancias, se y concedió el libre tránsito á las que se trasladaban al extranjero. Conociendo la importancia de las comunicaciones, hizo comenzar, con arreglo á los planes de Pablo Riquet, el carnal del Languedoc, que estendiéndose por un espacio de ciento veinte y cinco mil cuatrocientas treinta y cinco toesas, unió ambos mares, y mandó preparar otros proyectos. Perfeccionó el correo para las cartas, y creó el correo interior, se ocupó de hacer obtener pronta justicia á los mercaderes en los paises extranjeros. Abolió el derecho del fisco á la sucesion de los extranjeros que mueren en paises donde se encuentran naturalizados, construyó mercados, declaró al comercio marítimo compatible con la nobleza, instituyó la compañia de las Indias occidentales, á la cual concedió un privilegio de cuarenta años para el comercio de Africa y de América, y fundó poco después la compañia de las Indias orientales.

Fundáronse colonias en Madagascar, en Cayena y en el Canadá; el consejo de comercio se estableció para hacer presentes las necesidades de la industria. Estableciéronse inspectores por Colbert, los cuales dieron mejor direccion á las manufacturas, y divulgaron los procedimientos que hasta entonces habian permanecido cubiertos de un celoso misterio. Persuadido tambien de que la buena calidad de los productos era el mejor medio de impedir la competencia extranjera, estableció severos castigos contra los errores de química ó mecánica, como si hubiesen sido delitos contra la moral; revisó la tarifa de las aduanas para proteger las manufacturas interiores, y esto es lo que ha hecho se le acuse de ser el autor del sistema de las esclusiones, que por su nombre se le ha llamado colbertismo.

Este sistema comercial era ya conocido antes de él, y no le adoptó en toda la estension que le dieron sus sucesores, cubriendo con la autoridad de su nombre una iniquidad favorablemente acogida de los fabricantes, porque sostenia elevados los precios. Los economistas estuvieron casi unánimes en alabar el aislamiento industrial, sin conocer que perdia todas sus ventajas llegando á ser general, y que cesaria todo comercio desde el momento en que todos quisiesen vender sin comprar. Sacrificáronse entonces los trabajadores á los capitalistas, y de esta manera fué cómo se aumentó considerablemente la miseria de las clases inferiores en medio de una riqueza aparente. Se tuvo en lugar del trabajo pacífico y seguido de la época anterior, una produccion artificial, y todo se hizo por privilegios; la administracion multiplicó los obstáculos que aun subsisten en el dia, revestidos como están de fórmulas dogmáticas. Se dice: El dinero es la riqueza; el que lo tiene manda al que no lo tiene.

---

(13) BOULAINVILLIERS. —*Estado de la Francia*. Paris, 1728.

(14) La aduana de Lyon obligaba á las mercancias que entraban ó salian por el mediodia y el este de Francia, á pasar por Lyon, donde pagaban enormes derechos, sin contar la incomodidad que resultaba. Lo mismo sucedia con la aduana de Vienne, y Colbert no pudo abolirlas.

(15) Se encontró que más de cuarenta y cinco mil familias vivian con el producto de los empleos, para los cuales hubieran bastado seis mil personas.

El objeto de un gobierno debe pues, ser, procurar la mayor cantidad posible de él á la nacion. Ahora bien, el dinero no puede aumentarse en un pais sino por la esplotacion de las minas ó por la importacion. Es preciso en su consecuencia ó sacarle de las entrañas de la tierra, ó del extranjero por medio de la esportacion de las mercancias. Y se hizo con cuidado una balanza de las mercancias entradas y salidas, concluyendo que un pais era rico ó pobre, segun esta balanza se inclinase á un sentido ó á otro.

Colbert se engañó sin duda creyendo demasiado en el poder del numerario, error nacido en España en tiempo del descubrimiento del Nuevo Mundo, y no vió que un pais paga siempre con sus productos lo que saca del extranjero, sea en dinero ó en géneros. La España, pensó él, tiene minas, la Francia no las tiene; ésta debe, pues, procurarse la misma cantidad de dinero, esportando mercancias y no importando más que numerario. Sin embargo, si fué aficionado á multiplicar los reglamentos, no pensó al menos en circunscribir el comercio á un pequeño número de manos, ni á establecer eternos monopolios, y el momento en que desplegó más rigor con respecto á las mercancias extranjeras, fué aquel en que vió un medio de guerra contra la Holanda. Pero los manufactureros franceses se acostumbraron á considerar como un derecho las esclusiones concedidas por privilegios, y la idea de la enemistad de los pueblos manufactureros recobró la superioridad; de aquí guerras y falsas ideas de economia política entre el pueblo y los reyes. Todos trataron, pues, de fabricar objetos que los extranjeros tuviesen que comprar; y si á éstos les ocurria fabricarlos tambien, se prohibia la exportacion de las primeras materias: de esta manera, prohibicion á la entrada, prohibicion á la salida, y todo el miserable aparato con cuya ayuda han subsistido las aduanas hasta el dia. De aquí crísis, carestia de lo que más abunda, males peores aun, si la ignorancia de la verdadera economia política no hubiese sido corregida por el contrabando, que disminuia las distancias, moderaba lo exagerado de los precios, y eludia el rigor de las tarifas.

Mientras que la Francia buscaba la prosperidad en la restriccion, la Holanda la encontraba en la libertad. Sin producir nada, nadaba en la abundancia de todo. Los granos afluian á sus mercados aun cuando habia escasez en otras partes. Tenia ella sola tantos barcos como todo el resto de Europa, y sus negociantes hacian conocer al gobierno que el principal elemento de su prosperidad era la tolerancia política, comercial y religiosa.

Los ingleses pensaron en restringir esta prosperidad con el *acta de navegacion*, que daba á la marina británica el monopolio de los trasportes, é imponia grandes contribuciones á los buques extranjeros, cuando no los escluia totalmente. La Francia secundó las hostilidades de la Inglaterra con su tarifa de 1654, lo cual fué el principio de las guerras de las aduanas y de la mania de dañarse mutuamente. Se admitió casi como regla del derecho de gentes que el bien de un pueblo se fundaba en el mal de los demás, y las compañias emplearon medios absurdos, y hasta desleales, para poner obstáculos á la concurrencia de sus rivales. Semejantes procedimientos no pueden justificarse sino como inspiraciones de la política, que no piensa más en la riqueza ó en el bien de los pueblos que en su moralidad.

De todos modos estas medidas dieron entonces impulso á la industria, y las compañias privilegiadas la hicieron adquirir tal desarrollo, que no bastando los capitales, fué preciso recurrir á los bancos, y de aquí nació el crédito.

Es necesario recordar que la economia política estaba en la infancia como ciencia. Algunos hombres de Estado trataron de ella con timidez: otros discutieron alguna parte especial, como el comercio, los metales preciosos. Hemos encontrado en Italia buenas ideas en Serra; después de él Geminio Montanari, de Módena, trató de las monedas mejor que los escritores anteriores, estableciendo axiomas que evidentes en el dia estaban entonces en oposicion á la práctica. La Holanda, aunque constituida enteramente sobre la base del comercio, no se ocupaba de él cientificamente. La Inglaterra adoptó, por el contrario, hácia esta clase de estudio un gusto proporcionado á la prosperidad de su comercio, aunque no produjo autores filósofos. Tomás Mun, que fué allí el apostol del sistema comercial (*Tesoro de la Inglaterra con el comercio extranjero*) (1664), estableció que «el medio comun de aumentar las riquezas en el comercio esterior tiene por objeto vender á los extranjeros más que los productos que de ellos se consumen.» Es necesario para esto vender barato; ¿pero cómo se han de dar á bajo precio los productos de la industria de un pais donde abunda el dinero? Mun no lo dice. Sir Josias Child escribió con el mismo sistema un discurso sobre el comercio (1670). La escasez de los metales causaron grandes embarazos en tiempo de Guillermo III: ocupáronse, pues, mucho de ella, y Locke publicó sus *Consideraciones sobre las consecuencias de la reduccion del interés y de la elevacion del valor del numerario* (1681), como tambien otros escritos sobre la teoria comercial, manifestando poca importancia con respecto á la posesion de los metales preciosos, y sin considerarlos más que como son, es decir, como una riqueza que se cambia y saca su valor de las que son de una naturaleza desusada, y de las que se piden siempre. Vió la imposibilidad de regularizar el interés por una ley, como tambien prohibir la exportacion del numerario, y reconoció que era un robo aumentar el valor nominal de la moneda.

Colbert no conoció ciertamente de esta ciencia lo que se enseña en el dia en las primeras lecciones. No tuvo idea del crédito; pero el buen sentido práctico le guió en las medidas que adoptó entonces, y procuraron á la Francia una inmensa pros-

peridad. Habia en 1661 cuando se hizo cargo de la direccion de las rentas cincuenta y dos millones de deudas, el reino pagaba cincuenta y tres millones de contribuciones; pero la renta disponible se reducia á treinta y un millones; la diferencia se empleaba en gastos de recaudacion y en beneficio de los contratistas. A su muerte en 1683, la contribucion se habia reducido á treinta y cinco millones, la deuda á treinta y seis, y los ingresos ascendian á ochenta y cuatro millones. Toda la nacion pagaba ciento diez y seis millones ochocientos treinta y siete mil, cuatrocientas setenta y seis libras, de lo cual, deducida la deuda, quedaban al tesoro noventa y tres millones cuatrocientos noventa y ocho mil doscientas dos libras (16), mientras que los gastos no pasaban de 23.000,000. Es cierto que para alcanzar tales resultados se recurrió al poder del despotismo: los ayuntamientos fueron obligados á dar al tesoro la mitad de sus derechos municipales; suprimiéronse arbitrariamente los empleos y sueldos, redújose la renta, y á los acreedores del Estado que se quejaban se les ponia presos, pero se introdujo tambien todo el orden posible en tal variedad de privilegios. Es preciso considerar que se presentaban más dificultades para cobrar aquella renta, que hoy importa cerca de 3,000.000,000: y el número total de habitantes no pasaba de veinte millones, y que entre éstos habia muchos esceptuados de pago.

Hay que tener presente tambien que si Colbert protegió al comercio más que á la agricultura, fué porque aquél estaba en manos de la plebe, y las tierras pertenecian á los ricos, cuyo orgullo hubiera crecido si se les hubiese dado la preferencia. Sin embargo, no se atrevió á atacar las leyes que ponian trabas al trasporte de granos, leyes que la decadencia de la agricultura habia hecho promulgar, y sostenian la preocupacion del pueblo. Como estaba prohibida la circulacion de provincia á provincia, se descuidaba la cultura. Su intencion era, sin embargo, procurar á la industria naciente alimentos á bajo precio, con objeto de que en todas partes se aumentase la poblacion industrial, sin perjuicio de la poblacion agrícola, cuya importancia conocia; así era que multiplicaba los reglamentos sobre este asunto, y conocia que este arte no pereceria, aunque parecia momentáneamente descuidado. En consecuencia, disminuyó la contribucion é hizo que la reparticion fuese menos arbitraria, y la recaudacion menos dura. Disminuyó la gabela sobre la sal, secó los pantanos, se ocupó en mejorar las razas de caballos y bueyes, hizo leyes sobre las aguas y selvas, protegió los matrimonios entre los aldeanos, esceptuando de la contribucion por cinco años á los que se casasen á la edad de veinte, y por toda su vida al padre de diez hijos. Tenia intencion de suprimir los servicios personales y formar un catastro general, concibió la idea del canal de Borgoña é hizo comenzar el del Languedoc. En resúmen, tratando Colbert de los infinitos problemas que surgian mil maneras sobre materias tan nuevas, hizo por la clase laboriosa y por la prosperidad de la Francia más de lo que Luis XIV pudo destruir.

La necesidad de satisfacer las exhorbitantes exigencias de su rey le precisó á recurrir á espedientes opresivos y á contraer deudas, á pesar de la aversion exagerada que profesaba á los empréstitos. Su misma proteccion llegó á ser onerosa (17).

Sin embargo, el efecto inmediato de las medidas de Colbert no podia ser mejor. Cada taller de tejer paños finos recibia un grande adelanto, y eran cuarenta y cuatro mil doscientos los que habia en 1669. Las fábricas de Sedan y las alfombras de Aubusson volvieron á adquirir preponderancia; los encajes de Francia rivalizaron con los del Brabante (18); los tapices de la Savonnerie excedian en calidad á los de Turquia y Persia. La industria de la seda adelantó tambien, y Lyon y Tours supieron tejerla con oro y plata. Se compró á los ingleses el secreto de hacer medias; ya no hubo necesidad de comprar al extranjero hoja de lata, acero y loza. La familia de Gobelin habia establecido en el siglo XV una tintoreria en la Bièvre, y los holandeses establecieron en 1655 en sus barcos una fábrica de tapiceria. Habiéndola comprado Colbert, dió su direccion al pintor Lebrun, quien hizo que llegara á ser de extremada perfeccion (1662). Ad-

(16) El marco de plata, que vale en el dia 53'29, valia entonces 27'13, lo que hace, con el aumento del precio, que los 84 millones equivaliesen en el dia á 168 millones.

(17) Habiendo Colbert convocado á los principales mercaderes de Paris y de las demás ciudades, para combinar con ellos los mejores medios de reanimar el comercio, acudieron á su llamamiento; pero ninguno de ellos se atrevia á abrir la boca, esperando unos por otros que alguno rompiese el silencio. *Señores*, dijo el ministro, *¿sois mudos?* —*No, monseñor*, dijo Hazon, mercader de Orleans, bastante vivo; *pero tememos ofender vuestra grandeza, si se nos escapara alguna palabra que no le agradase.*— *Vamos, espresaos libremente*, replicó el ministro, *el que hable con más franqueza será el mejor servidor del rey y mi amigo.*

Entonces Hazon, tomando la palabra, dijo: *Monseñor, puesto que lo mandais, y prometeis no incomodaros por lo que tengamos el honor de haceros presente, os diré con toda libertad, que cuando os hicísteis cargo del ministerio encontrásteis la carreta volcada, y que después que estais en él la habeis levantado, pero sólo para volcarla del otro lado.*

A este dicho picante el ministro se incomodó y esclamó con tono colérico: *¿Cómo hablais, amigo?*—*Monseñor*, replicó Hazon, *pido muy humildemente perdon á vuestra grandeza de la locura que he cometido fiándome de su promesa, y no volveré á decir una palabra.*

El ministro mandó á los demás que hablasen, pero nadie dijo una palabra, y concluyó la conferencia (AMELOT DE LA HOUSSAYE, *Memorias históricas y políticas*, t. II, pág. 99).

(18) Para dar una idea del lujo de la aristocracia, diremos que habia en aquellas fábricas sesenta mil cuatrocientas cuarenta personas que trabajaban en lana, y diez y siete mil trescientas en encajes.

quirió tambien una fábrica de espejos, en la que Lucas de Nehor inventó el medio de fundir las grandes lunas. Consiguieron pulimentar las de doce piés de largo y cinco de ancho, y lo que era un adorno real llegó poco después á verse en las casas de los particulares. El elevado precio de los nuevos productos industriales enriqueció á los emprendedores, aumentó los capitales, y la Europa llegó á ser tributaria de la Francia. Pero los extranjeros no tardaron en sobrepujarla.

«Ocupado sin descanso de la prosperidad de los ciudadanos, dice Necker de Colbert, no es por la austeridad y las duras privaciones, como quiere conducir la Francia á su esplendor; pero sabe que ésta está por su naturaleza llamada á los goces, y él no se opone á ello. El gusto del azúcar y del café es cada vez más general en Europa: no manda renunciar á este placer, sino, por el contrario, trata de que se satisfagan más aumentando la poblacion, estendiendo y vivificando el comercio de las colonias uniéndolas á la metrópoli. Si nuevos deseos se manifiestan y se desea tener té de la China, muselinas de las Indias, no las prohibe, sino indica los medios de procurárselas más baratas. El pensamiento de Colbert está en todas partes y en todo tiempo. Antes de él parecia que la Francia no queria comunicarse con las demás naciones sino por el hierro y el fuego; Colbert ha ambicionado una gloria más elevada, conociendo que habia una comunicacion más noble entre los hombres, la de los beneficios de la naturaleza y los frutos de su industria.»

Aunque poco instruido en las letras, conoció el lazo que las une á la prosperidad pública; conoció tambien que la misma industria podia aprovecharse de la representacion de las obras maestras de Molière y Racine; pues la costumbre de conocer los imperceptibles matices que distinguen la gracia de la afectacion, la sencillez del descuido, la grandeza de la exageracion, ayudaria á adquirir el gusto delicado que valió á las manufacturas francesas la preferencia sobre las de los demás paises. Protegió, pues, la Academia francesa, fundada por Richelieu, unió á ella la Academia de las Inscripciones y Bellas letras y la de Ciencias, con objeto de que el estudio de la naturaleza y el de la historia caminasen á la par con el de la lengua. En fin, fundó la Academia de Bellas artes y la escuela de Roma. Proteccion, honores y pensiones se concedian á los sábios que se llamaban de todas partes (19).

Escelentes medidas con las que se honra á Luis XIV, se debieron á Colbert y á otros ministros. Abrióse un asilo en París para recibir en él á los indigentes, «como miembros vivos de Jesucristo, y no como miembros inútiles del Estado.» Se mandó que cada ciudad y cada aldea del reino tuviese un hospicio para los enfermos y huérfanos, donde estos últimos pudiesen aprender un oficio; concediéronse recompensas á los artesanos que se casasen con huérfanas del hospicio de la Misericordia. Construyéronse inclusas para los niños espósitos, y se inventaron medios de socorrer la mendicidad.

Postas.—Las primeras mensajerías se introdujeron en Francia por las universidades para trasladar las cartas de los estudiantes. Llevaban al mismo tiempo paquetes, dinero y otros objetos que el público les confiaba; pero á mediados del siglo XV estuvieron en concurrencia con las mensajerías reales, establecidas en los bailíos para enviar á los tribunales superiores los legajos por los magistrados inferiores. En 1622 M. d'Almeras, general de correos, á quien el rey habia confiado todas las paradas, concibió la idea de hacer llevar tambien por el servicio real las cartas del público. En su consecuencia, estableció diferentes líneas de correos que, llegando en dia y hora fija, viajando dia y noche á razon de dos leguas cada hora, dejaban en cada pueblo los paquetes que iban destinados á él ó á sus cercanías. La tasa arbitraria al principio, pronto se fijó por medio de una tarifa proporcionada al peso y á la distancia. Puso el rey tasadores y recaudadores en cada ciudad, lo cual determinó la creacion de nuevos empleos, y produjo cargos generales. En tiempo d'Almeras, el porte de una carta de París á Lyon costaba dos sueldos; se ascendió después á cuatro en la tarifa de 1644, y aun se aumentó más en 1676. En vano reclamaron las universidades, que quedaron despojadas de sus derechos. Establecidos definitivamente los correos en 1672 por Lázaro Patin, llegaron á ser una renta pública que ascendió á dos millones.

Entonces se establecieron tambien los fiacres y carruajes en comun, parecidos á los omnibus del dia; pero estos últimos no pudieron subsistir: continuaban al mismo tiempo sirviéndose de sillas de manos.

Leyes.—Luis XIV confió al canciller Seguier y á varios miembros del parlamento, el cuidado de reformar las leyes. Promulgó primero la ordenanza civil, luego el código de las aguas y de las selvas, después reglamentos para las manufacturas, la ordenanza criminal, el código de comercio, el de marina, tomado en gran parte de los ingleses, el código negro para los esclavos de las colonias, y siempre en relacion con las formas de la monarquía pura.

Puede decirse que las ordenanzas de Luis XIV fueron, después de las de San Luis, las primeras que tuvieron el carácter de legislacion general, no teniendo solamente por objeto resolver dificultades accidentales, sino tambien regularizar para mucho tiempo lo futuro. Todo lo que la jurisprudencia, los estatutos, los edictos y reglamentos contenian de

(19) La lista de las pensiones dice: «á Mezerai, historiógrafo del rey, 4,000 libras.—A Dionisio Godofroy, historiógrafo, 3,600.—A Pedro Corneille, *primer poeta dramático del mundo*, 2,000.—A Racine, *poeta francés*, 800.—A Chapelain, *el mejor poeta francés que ha existido, y de juicio más sólido*, 3,000.—A Molière, *escelente poeta cómico*, 1,000.—A Benserade, *poeta francés muy chistoso*, 1,500.» Fenelon como preceptor del delfin, recibia 12,000 libras.

bueno y aprobado, se coordinó de una manera, si se quiere imperfecta pero admirable para la época, entonces que las reglas del derecho eran aun tan confusas y tan inciertas, que se tenia que luchar contra los privilegios de las provincias, y que Luis XIV tuvo varias veces que reducir á los refractarios á la obediencia con las armas y suplicios.

Los ministros tenian cada uno un departamento, pero su poder, absoluto al principio, quedó después subordinado á la voluntad del rey; opusiéronse las intendencias reales á los gobiernos militares y á la influencia de los parlamentos. Un consejo de conciencia, compuesto de tres prelados sin tacha, examinaba el mérito de los sugetos presentados para los beneficios eclesiásticos. Otro consejo discutia las materias de justicia, comercio, marina y policia.

Como la accion de la justicia, que no aplica castigos más que á los delitos materiales probados, parecia demasiado lenta, y como numerosas dilaciones facilitaban la impunidad, Luis XIV procuró dar fuerza á la policia, resultando una gran organizacion, modelada por la de Venecia. Ya existia antes, pero como auxiliar de la justicia: Luis XIV la hizo independiente y mixta de militar y judicial para proteger los placeres del rico, el bienestar del pobre y la tranquilidad de todos; pero observadora oculta de los descontentos políticos, abria las cartas, reducia á prision á su arbitrio, y se valia de medios vergonzosos y violentos que no han desaparecido. El pueblo no la tenia en mal concepto, porque en su oscuridad se hallaba libre de las investigaciones de aquéllas: al contrario, se alegraba de que evitase los delitos, impidiese los robos y las rapiñas, y castigase los fraudes.

En suma, la organizacion de Luis XIV era muy sencilla, como todo lo que es despótico; un rey absoluto, por la gracia de Dios; una nobleza á la cual estaban reservados los primeros honores en la corte y los mayores peligros en la guerra; una clase media protegida y satisfecha en sus intereses materiales; un parlamento reducido á juzgar; un clero reservado únicamente para anunciar la palabra de Dios, y la obligacion de obedecer al rey; sin hombres, ni cuerpos capaces de poner trabas al rey, que no debiendo dar cuenta de sus acciones más que á Dios, se hizo no obstante perdonar su tirania con un escelente sistema de administracion, al mismo tiempo que se rodeaba de una pompa digna de la gran civilizacion de la época.

Pero si Luis XIV consideraba su grandeza en la magnificencia, Colbert no se complacia en ella más que para el bien de la Francia, único objeto de sus ideas: si Luis XIV no pensaba más que en el fausto y no veia más que un manantial de nuevas contribuciones en la prosperidad de la industria y de la agricultura, su ministro contemplando, por el contrario, con alegria desde las ventanas de su palacio los campos comarcanos, esclamaba: ¡Ojalá pueda yo hacer feliz á este pais; y lejos del rey, sin apoyo, sin crédito, ver crecer la yerba en mi patio!

Habiendo prohibido el duelo, no sólo por un sentimiento de justicia y religion, sino tambien por considerarle como un vestigio de la guerra y del derecho de la particular, Luis proporcionaba un desahogo al genio belicoso de los nobles con no dejarles faltar á las espediciones y á los asedios. Aquellos nobles provinciales, aquellos ciudadanos que se acordaban de sus derechos, aquellas damas que intrigaban en la política encontraban desengaños en palacio y burla en la asalariada musa de Molière, y Luis con objeto de que no se ocuparan en formar partidos, los hacia andar de fiesta en fiesta, en triunfos, en diversiones sorprendentes; grandes cosas, grandes nombres y mil expansiones de la actividad nacional: y el fausto y la gloria les ofuscaban de tal modo, que no les dejaban pensar en que habian tenido derechos, ni en que podian reclamarlos. Llevada la nobleza á la corte, único punto en que se adquirian honores y placeres, y alejándose de las provincias donde tenia sus riquezas, perdieron los nobles la independiente arrogancia de sus antepasados; al parlamento que habia descendido hasta el cuarto lugar en el Estado, no le quedaron ya otras atribuciones que las de registrar: los ciudadanos comerciaban y trabajaban: los magistrados municipales llegaron á ser reales; el clero un simulacro y el tercer Estado una fábrica: el pueblo aplaudia en los espectáculos: los escritores, en vez de censurar, adulaban: se introdujo aquella uniformidad que es el fin á que se dirige el despotismo: todo tomó por centro la unidad real y la ministerial; la monarquia triunfó y el palacio del rey no tuvo ya necesidad de hacer la guerra á los castillos.

Sólo por medio del temor y de la admiracion llegó Luis á realizar su espresion de *el Estado soy yo:* se apropiaba la gloria de los grandes hombres que tuvo la fortuna de hallar y el talento de servirse de ellos: y nadie supo jamás ejercer tan bien lo que él llamaba *el oficio del rey* (20). La Francia, que se veia elevada á tan alta consideracion é imitada por los extranjeros; que miraba abatidos á los antiguos partidarios de la Fronda, y que no oia de sus brillantes literatos más que los aplausos y el vilipendio de lo pasado, aceptó como una gloria sus doradas cadenas y creyó tambien que el Estado era el rey.

---

(20) *Obras*, II, p. 455.

CAPÍTULO V

GUERRAS.—HOLANDA.

¡Feliz la Francia, si Luis XIV no hubiese comprometido aquel floreciente Estado para adquirir gloria y hacer ostentacion de su superioridad! Después de haber humillado la Francia al Austria con los tratados de Westfalia y de los Pirineos, se habia engrandecido en la opinion como protectora de la paz de Europa. Los príncipes del Imperio permanecian fieles á Luis XIV, que garantizaba sus libertades; tenia por amiga á la Inglaterra que le habia hecho adquirir á Dunkerque y á Mardick; se habia renovado la alianza suiza, y habia reprimido los corsarios del Mediterráneo.

Pero sus aduladores le repetian que era superior á los demás reyes, que debia reunir bajo su cetro el imperio de Carlomagno; y el abate Colbert le decia en nombre del clero: «Oh rey, tú que das leyes al mar y al continente; que cuando te agrada lanzas el rayo á las costas africanas; que rebajas el orgullo de los pueblos, y precisas á tu antojo á sus soberanos á reconocer de rodillas el poder de tu cetro é implorar tu misericordia....»

Louvois.—Luis XIV se veia aun más incitado por el parisien Francisco Louvois, ministro de la guerra, hombre de gran actividad, pero violento, altanero y firme en su voluntad. Omnipotente en el ánimo del rey, enemigo personal de Colbert y de su hijo Seignelay, ministro de marina, queria arruinar las rentas que éstos habian organizado, destruir la marina que florecia bajo su administracion, y sustituir actos hostiles á los procedimientes pacíficos del ministro rival. Al paso que Colbert consideraba el oro como un instrumento, la corrupcion como un medio, y se proponia un resultado, una paz digna y fecunda en riquezas, Louvois, para poner trabas á su marcha, queria la guerra, y la obtenia obrando sobre el móvil principal del amo que era la ambicion; y le hacia comprender que debia ser él Marte de su siglo, en vez de entretenerse con miserias de comercio como los holandeses: le persuadió que era una señal de poder no tener aliados: *La divisa más justa*, le decia, *es la que ha adoptado V. M. Solo contra todos.*

La situacion de la Francia era de las más favorables para cambiar su papel de árbitra en el de conquistadora. Poseia los ejércitos que habian vencido en Rocroy, en Friburgo, en Nordlingen, en Sommershausen, en Lens y en las Dunas. Los soldados, reclutados en todos los lugares, no comprendian la idea de la patria, pero tenian un vivo amor á su pais: acostumbrados á los trabajos del campo, habian sido educados en los relatos de las guerras de religion. La nobleza joven amaba los peligros de los campos; por eso se veia á elegantes señores, adornados con cintas y perfumados de ámbar, después de haber pasado el invierno en los más muelles deleites, empeñar sus muebles y propiedades para ir á afrontar toda clase de privaciones y desafiar á la muerte como héroes. «Tantos valientes como veia animados por mi servicio, escribia Luis XIV, parecian solicitarme á cada momento para que ofreciese una ocasion á su valor. A la primera noticia de la guerra de Flandes, mi corte se aumentó en un instante con infinidad de caballeros que me pedian empleo.» (1) Persuadiéronle que un rey debe tener siempre la espada en la mano; ahora bien, nada era más facil que esto, en quien escribia en 1688 al mariscal de Villars: «Engrandecerse es la más digna y agradable ocupacion de un soberano.» Por otra parte, nada contribuye más á dar unidad al poder y á centralizar que la fuerza militar: este elemento se encontraba entonces concentrado igualmente en manos del rey, y distinto de la sociedad: lo cual le hacia

(1) *Obras*, II, 6, 274.

propio para comprimir en lo interior y pelear fuera.

En aquella época la guerra habia comenzado á ser una ciencia. En la Edad Media no habia ejército; era una nobleza valiente, cubierta de hierro la que se presentaba rodeada de arqueros armados á la ligera, y la táctica consistia en la lucha de hombre á hombre, de tropa á tropa. En tiempo de la Liga, la España, con movimientos dirigidos con prudencia, habia ejercitado mucho la agilidad de los escuadrones ligeros de los bearneses. La guerra de los Paises-Bajos, mejoró el arte de los sitios, la artilleria, las combinaciones estratégicas; y Gustavo Adolfo probó que en los ejércitos, la fuerza material no hace tanto como la fuerza moral. Después vino la sabia reflexion de disponer en orden y con arte á los batallones, y formar estensos planes. Reconocíanse entonces tres escuelas militares: la alemana, que obraba con grandes masas de caballeria, con corazas, que el cañon mataba ó dispersaba facilmente; la escuela española, que adoptó el orden cerrado, pero con menos caballeria, formando atrincheramientos y cuadros de lanzas, y moderando con prudencia los movimientos, para llegar á la pelea con la certidumbre del éxito; en fin, la escuela francesa. Los hermosos tiempos de la escuela española habian pasado, y los franceses obtenian la ventaja; pues después de haber sufrido frecuentes derrotas por su impetuosidad, se habian moderado entonces con la prudencia de Turena, que probó en Rocroy la superioridad de la infanteria francesa sobre la de los españoles. En tiempo de Luis XIV, las reformas se introdujeron en el ejército como en todas las cosas. Se alistó en él á personas acostumbradas á la indisciplina en las turbulencias pasadas; á cada regimiento le vistió de una manera uniforme, los soldados rebajados, que no figurando más que en los dias de revista, se aprovechaban de las pagas y de los privilegios, desaparecieron de los cuadros. Estableciose primero cuatro granaderos por compañia; después se formó una compañia de granaderos en cada regimiento de infanteria; formose además un regimiento de húsares y bomberos. Aumentose el número de los dragones; fundáronse yeguardas, escuelas de artilleria, un cuerpo de ingenieros, y se hizo general el uso de la bayoneta.

Debe desde luego comprenderse que los grados no se conferian más que á los nobles; pero la gran influencia que tenian sobre los soldados, y el exagerado sentimiento de su dignidad hubiera llegado á ser un freno para el rey, si hubiese querido reducir alguna vez al ejército á no ser más que un ciego instrumento de deslealtad ó tirania. Sin embargo, la introduccion de los uniformes entre los oficiales fué un gran golpe que sufrió el orgullo de los caballeros, que trataban como iguales á los generales, y que pretendian obrar del mismo modo con Turena, porque no tenia en la sociedad la superioridad que poseia en el ejército. El coronel general, que antes decidia de los ascensos, quedó suprimido, y el rey llegó á ser de este modo el verdadero jefe del ejército. Instituyó para recompensar el valor la orden de San Luis, é hizo que se presentase menos espantosa la ancianidad al soldado, preparándole un noble asilo en el cuartel de inválidos. Formó las compañias de cadetes, estableció además en 1688 treinta regimientos de milicianos vestidos y armados por las municipalidades, que se ejercitaban en las armas sin abandonar sus labores. De esta manera pudo disponer de cuatrocientos cincuenta mil hombres, que sostuvo bajo una severa disciplina, preparó almacenes é hizo construir admirables fortalezas.

Estas fueron construidas por Sebastian Vauban, de Borgoña, á quien Mazarino, que conocia los hombres, adhirió á los ejércitos reales. Asistiendo con ellos á diferentes sitios, reconoció los medios de mejorar el ataque y la defensa, y pronto llegó á ser ingeniero en jefe del gran rey, para quien hizo construir treinta y tres plazas fuertes nuevas; reparó trescientas antiguas, dirigió cincuenta y tres sitios, é intervino en ciento cuarenta hechos de armas.

Vauban no inventó un arte en el que los italianos habian manifestado ya gran habilidad, y del que habian adquirido mucha esperiencia en la guerra de Flandes; pero supo hacer mejoras en la aplicacion oportuna de los procedimientos de los extranjeros: sin haber escrito ninguna obra de la táctica, consiguió que los adelantos sucesivos de este arte llevasen su nombre; y supo, sobre todo, asociar la estrategia al arte de las fortificaciones. Debe decirse tambien que nunca olvidó conservar la vida de los soldados y de los ciudadanos pacíficos; siendo este objeto al que se dirigian el sistema de las paralelas y de las plazas de armas, cuyo primer ensayo se hizo en el sitio de Maestricht, como tambien su obra *Sobre el ataque y defensa de las plazas*.

Luis XIV consideraba como una señal de grandeza poseer muchas plazas fuertes, aun cuando no fueran necesarias: después de haber procurado Vauban demostrarle que este inútil gasto inmovilizaba para la defensa un gran número de hombres, no pudo conseguir más que repartirlos en los puntos más convenientes á las grandes operaciones militares. Las ciudadelas sirvieron tambien para sujetar á los ciudadanos: no pudieron ya reclamar, insurreccionándose, derechos que la ley consideraba como principio de rebelion, y los gobernadores dejaron de ser bajáes en las provincias.

Las escuadras adquirieron tambien en aquella época una gran importancia. Se habian aplicado á ellas las terribles innovaciones de la artilleria, y dejaban conocer que el tridente de Neptuno llegaria á ser el cetro del mundo. La principal fuerza marítima consistia en galeras, barcos movidos por hombres como lo son en el dia por el vapor. Criminales condenados, berberiscos arrebatados de los desiertos de Africa, eran encadenados á los bancos y sometidos á un movimiento de fuerza lenta, mecá-

nica, que aunque fatigándolos horriblemente, les dejaba la tranquilidad necesaria para considerar el peligro, del cual no podian distraerse gritando: en efecto, en el momento del combate se les ponia una mordaza, á fin de que no pudiesen, hablando, impedir las voces de mando. Obligados entonces á corresponder á la impaciencia del capitan, llovian sobre sus costillas los latigazos; siéndoles preciso avanzar contra un fuego que no veian; heridos por las armas del enemigo, sin sentir la exaltacion que produce la lucha, sin poder esperar después de la victoria las recompensas, ni la feroz alegria de la matanza ni del saqueo.

El bearnés Bernardo Renau de Elizagaray, después de haber estudiado la teoria se dedicó con profunda meditacion á resolver los problemas más difíciles de la construccion de los barcos: llegó hasta esponer, como por casualidad, las combinaciones más estudiadas, encontrándolas muy naturales, y admirándose de que no hubieran pensado otros en ellas. Propuso, en su *Teoria naval*, aligerar mucho la popa y la proa, desembarazándolas de sus enormes alcázares; hacer menos redondos los barcos, y uniformar el calibre de los cañones, con el objeto de evitar la confusion de los cargamentos, causa de graves embarazos.

Cada constructor tenia un *secreto de construccion* propiamente suyo, al cual no queria renunciar, á pesar de todas las observaciones de las personas esperimentadas; pero Renau propuso á Colbert el establecimiento de una escuela pública de construccion naval y de un cuerpo de ingenieros, lo cual arruinó semejante monopolio, y convirtió un barco en un resúmen de todos los conocimientos físicos y matemáticos.

Dunkerque se señaló principalmente por sus escelentes marinos y sus audaces corsarios que volvian al puerto con ricas presas. En esta ciudad fué donde nació Juan Bart (1651-1702), que después de haberse instruido bajo el mando de Ruyter, volvió á Francia, cuando estalló la guerra con la Holanda. Entonces fué cuando habiendo armado un barco en corso, se dió á conocer de tal manera por su intrepidez é inteligencia, que el rey le tomó á su servicio. El nombre de Juan Bart ha permanecido siendo popular como representante de la grandeza marítima de la Francia, así como el de Bayardo de su gloria caballeresca. Hijo del pueblo, no renegó nunca de su orígen; y en los grados que obtuvo por un valor inaudito, conservó la sencillez y aspereza del marinero, en medio de los caballeros de civilizados modales, que tenian á honra servir en los barcos de su escuadra, sufrian sus arranques y le seguian en las más peligrosas empresas. Cuando fué á la corte, no se cortó en presencia de los brillantes caballeros y hermosas damas que habian acudido á ver al *Oso*, como se le llamaba. Un dia que el rey le hacia esperar en la antecámara, sacó su pipa y se puso á fumar esperando audiencia. No cuidaba de moderar la energia de su lenguaje aun en presencia de la majestad soberana. «Juan, le dijo un dia el rey, os he nombrado jefe de escuadra.—Habeis hecho bien, señor, contestó.» Como los cortesanos dejasen escapar una sonrisa de burla; queriendo Luis XIV manifestar que entendia de achaques de grandeza, replicó: «No le habeis comprendido; esta es la respuesta de un hombre que conoce lo que vale, y piensa darme de ello nuevas pruebas.»

La relacion de sus hazañas verdaderamente estraordinarias se parece á una novela, pero ninguna de ellas produjo grandes resultados; por esto se decia que *no era bueno más que á bordo.* Siempre corsario, sin retirarse nunca delante de fuerzas superiores, estaba determinado á volarse antes que rendirse. Los holandeses y los ingleses le tuvieron siempre mucho miedo. Un dia atravesó con siete fragatas por en medio de treinta y dos barcos que bloqueaban el puerto de Dunkerque, y al dia siguiente hizo prisioneros cuatro buques ingleses cargados de riquezas. Incendió en aquella campaña más de ochenta buques enemigos, desembarcó en Newcastle, que saqueó, y volvió con un millon y medio de botin. Sin tener más que tres barcos de guerra, dispersó en el Báltico la escuadra holandesa cargada de granos y capturó diez y seis buques mercantes. Al mismo tiempo que impedia se provisionasen los enemigos, hacia pasar los convoyes destinados á los paises amigos.

Duguay-Trouin, su émulo, de orígen tambien popular, unia á la audacia el estudio, que Juan Bart habia descuidado.

Richelieu, que habia encontrado á la Francia sin un barco de alto bordo, convirtió á Brest, pueblo de pescadores, en un puerto militar, y compró ó hizo construir treinta y cinco barcos y diez galeras. La marina decayó de nuevo durante la Fronda; pero Lionne tuvo cuidado de reponerla mandando construir buques y comprar materiales. Estableció en Amsterdam una fundicion de cañones, hizo ir de Holanda constructores, de Suecia carpinteros y cerrajeros, y de las orillas del Báltico tejedores para las telas de las velas y el cordaje. Abriéronse nuevos puertos, agrandáronse otros; y el año de 1666 el duque de Beaufort mandaba contra los ingleses una escuadra de treinta y cuatro buques tripulados por diez mil quinientos cincuenta y seis hombres. En el año siguiente la marina francesa contaba cincuenta y nueve buques, de los cuales dos de ochenta cañones, cinco fragatas de catorce á veinte, seis más pequeñas, nueve fustas, trece brulotes, cinco buques de guerra y mercantes de diez á cuarenta cañones, trece galeotas, y además un número bastante grande de pequeños barcos para formar un total de ciento diez velas, con tres mil setecientos trece cañones y veinte y un mil novecientos quince hombres de tripulacion, sin contar los oficiales (2).

---

(2) MIGNET, *Sucesion de España.* Documentos, t II, página 49.

Luis XIV llegó poco á poco á este grado de poder; pero los que como él no calculaban los sufrimientos del pueblo, se lo habian hecho presentir. Encontrándose después con fuerzas, con el ejército más aguerrido de Europa, con grandes generales, entre los cuales basta citar á Turena y á Condé, con una numerosa y joven nobleza deseosa de señalarse, y filas de las cuales debian salir los Catinat, los Vendome, los Villars, y hábiles ingenieros como Clairville, Mesgrigny, Choysi, Vauban, se dejó deslumbrar y precipitó á la Europa á cuatro guerras, de las cuales la última puso la Francia á orillas del precipicio.

Los tratados de Westfalia, de los Pirineos y Olivo habian terminado las disensiones en el centro de Europa, en el Mediodia y en el Norte, debilitando en provecho de la Francia el cuerpo germánico y la Suecia, el Austria, la España, la Dinamarca y la Polonia; determinando los territorios, fijando el derecho público y arrebatando á los unos todo motivo de renovar las hostilidades, á otros la voluntad y á muchos los medios necesarios. Difícil era, pues, turbar la paz; pero Luis XIV se aprovechó de los primeros pretextos que encontró. Comenzó por abrogarse prerogativas sobre las potencias, que hasta entonces habian sido tratadas como iguales. Habiéndose negado el embajador de España en Lóndres á ceder el paso al suyo (1662), se siguió una cuestion: Luis XIV amenazó á Felipe IV, que le dió una satisfaccion y reconoció la preeminencia de Francia. El embajador francés en Roma tenia á su servicio personas que molestaban á los habitantes, y daba en su palacio asilo á gente perdida. Irritada la guardia corsa con los repetidos insultos que tenia que sufrir por su parte, rodeó el palacio é hizo fuego; un paje fué muerto y varios criados heridos. Luis XIV pidió una satisfaccion; mas como tardaba ocupó á Aviñon, hizo conducir á la frontera al nuncio, y se dispuso á pasar á Italia con diez y ocho mil hombres. En vano Alejandro VII hizo ejecutar á los culpables, permaneciendo indiferentes el Austria y la España á este abuso de la fuerza contra el débil; y careciendo el papa de tropas, se vió obligado á humillarse ante la arrogancia del monarca. Fuéle preciso desterrar á su propio hermano como acusado de haber tomado parte en este hecho, enviar al cardenal Chigi á pedir perdon, abolir la guardia corsa, construir una pirámide con una inscripcion que recordase la injuria y la reparacion, y obligarse hasta á ceder ciertas porciones de territorio á los duques de Parma y Módena.

Este fué el preludio de mayores exigencias. Dos potencias causaban recelos á Luis XIV: la España, hereditariamente enemiga de la Francia á la que trataba de desmembrar por tierra, y la Holanda, con la que queria rivalizar por mar.

Cuando la muerte de Felipe IV, le pareció favorable la ocasion para realizar sus proyectos, suscitando pretensiones á la sucesion de este príncipe, en nombre de Maria Teresa su mujer. Esta princesa habia renunciado, como ya hemos dicho, á la herencia paterna; pero se decia que la renuncia era nula, en atencion á que su dote no habia sido pagado. Además, era costumbre en algunos paises de Flandes, que cuando un viudo ó viuda contraian segundas nupcias, la propiedad de los bienes inmuebles *fuese devuelta á los hijos* del primer matrimonio, y que el padre ó la madre no conservase más que el usufructo. Luis XIV quiso estender esta costumbre privada á un caso de derecho público. Ahora bien, habiendo nacido Cárlos II del segundo matrimonio de Felipe IV, y Maria Teresa del primero, revindicó por el *derecho de devolucion* el Brabante, Malinas, Ambères, el Güeldre superior, Namur, el Limburgo, Hainaut, el Artois, Cambresis, el Luxemburgo, el Franco-Condado y una parte de Flandes, aunque las leyes fundamentales de la España establecen la indivisibilidad de la monarquia. Este era un pretexto futil presentado después de haber adoptado un partido; encontró, no obstante, defensores en la guerra de pluma que se empeñó entonces (3).

«Creyendo que el mejor medio para los hechos importantes era sorprender á mis enemigos con mi actividad y entrar armado en su pais antes de que estuviesen en estado de resistirse, disponia insensiblemente todo para comenzar esta campaña antes que lo acostumbrado. Reunia en cada plaza trigos, harinas, forrajes, pólvora, balas, cañones y otros objetos. Pero sobre todo continué haciendo ejercitarse cuidadosamente á las tropas que se hallaban á mi alrededor, á fin de que los oficiales aprendiesen con mi ejemplo á tener el mismo cuidado con las que mandaban.» (4) Pronto invadieron á Flandes tres ejércitos mandados por el rey,

---

(3) Uno de los escritos más importantes contra las pretensiones de Luis XIV, es del ilustre jurisconsulto napolitano, Francisco de Andrea: *Dissertatio ex successione ducatus Brabantiæ*, y *la contestacion al tratado de los derechos de la reina cristianísima, sobre el ducado de Brabante y otros Estados de Flandes*. 1668.

(4) *Memorias de Luis XIV*, t. II, 263. Ha sido publicado en el IV volúmen de los *Archivos filosóficos*, de Reiffemberg, un tratado titulado: *Aviso secreto dado al rey Luis XIV, por el consejo de Estado, y á la reina de Francia sobre las máximas y reglas que deben guardarse en la conquista de los Paises-Bajos*. En la primera parte el consejo de Estado indica que la manera de conquistarlos, es mostrar moderacion, respetar las costumbres y sostener los privilegios. Pasado *el tiempo del disimulo*, se podrá imponer contribuciones *á discrecion*, como en toda la Francia, *con aumento y hasta el equivalente de lo que hubiesen debido pagar en el tiempo antes del disimulo*. Pero como se verán engañados, *se animarán á rebelarse*, é importa que además del *freno de las ciudadelas y de las bastillas, se reduzca poco á poco á estos pueblos á la servidumbre;* envilecer el orden eclesiástico disponiendo, como si fuesen encomiendas, de los beneficios y prelacías, separando á la nobleza de todos los empleos y cargos; poniendo trabas al comercio y al tráfico del tercer Estado, privando á todos y á cada uno de las comunicaciones esteriores. Será preciso

que iba á aprender la guerra bajo la direccion de Turena, y bien provistos por los cuidados de Colbert y Louvois. Los españoles que llenaban á la Europa con sus quejas y sospechas, no habian preparado nada con respecto á tropas, dinero y alianza. Luis XIV no tuvo, pues, necesidad de pelear, sino de triunfar. Vauban fortificó con arreglo á los métodos nuevos las nuevas plazas conquistadas, y el rey volvió en medio de los aplausos, alabándose de su moderacion, que le habia determinado á detenerse en medio de sus victorias.

Fuera de estado la España de hacerle frente con sus propias fuerzas, trató de hacer conocer á otras potencias la comunidad del peligro, con el objeto de que el interés les hiciese defenderla.

Los proyectos de Luis XIV no agradaban á Leopoldo de Austria, que aspirando á la herencia de Felipe IV, debia querer sostener su integridad y á la Holanda, á la que importaba conservar los Paises-Bajos á la España como barrera entre ella y la Francia. Trató Luis XIV de ganar á los holandeses proponiéndoles una particion de aquel territorio, y detener al Austria, haciendo que le fuese hostil el cuerpo germánico, que en efecto, no proporcionó socorros al emperador. Witt, gran pensionario de Holanda, habia ya pensado en emancipar los Paises-Bajos españoles para erigirlos en república; y con este objeto se habia esforzado en evitar la guerra. Asustado entonces con el peligroso vecindario del rey de Francia, determinó á los holandeses á unirse á Inglaterra, cuya envidia se habia despertado, y á la Suecia para conservar los Paises-Bajos á la España (1668). Estas tres potencias protestantes se confederaban en favor de la España católica por la misma razon que hace que en el dia se sostenga la Turquia.

Aunque Luis XIV esperimentó gran cólera al verse detenido en sus conquistas, no se creia en estado de aventurar su marina aun bisoña contra la Inglaterra y la Holanda; además negociaba entonces con el emperador Leopoldo para repartirse la monarquia española en el caso en que Cárlos II llegase á morir sin hijos. Firmóse, pues, un tratado de paz en Aquisgram, por el cual la Francia devolvió el Franco-Condado, conservando á Charleroi, Binch, Ath, Douai, Comines, Tournay, Oudenarde, Lila, Armentières, Courtray, Bergues y Furnes, llaves de los Paises-Bajos; de manera que le hubiese valido mejor á la España ceder el Franco-Condado. Pero el pretesto de la *devolucion* era tan vano, que ni siquiera se hizo mencion de los derechos de María Teresa. En él se violaba abiertamente el derecho público y el de propiedad, pues que se reconocia una pretension, á todas luces injusta; y si el equilibrio tuvo ventajas por un momento, se vió hollada la garantía del derecho, quedando los pueblos extranjeros al capricho de un rey ó á las eventualidades de la guerra.

Luis XIV no consideraba los tratados sino como cumplimientos, en los cuales se comprende otra cosa que lo que se dice. Esto es lo que manifestó abiertamente, cuando, á pesar de aquella paz, proporcionó socorros al Portugal rebelado contra la España. ¿Era, pues, posible esperar que se conseguiria impedir satisfaciese sus dos principales deseos de conquistar los Paises-Bajos y vengarse de la Holanda?

Después de grandes esfuerzos de valor logró la Holanda emanciparse de la España, enriquecerse con sus ruinas, ocupando sus colonias en las Indias y esplotando la Bélgica; se habia engrandecido tanto por mar como circunscrito por tierra. Surcando el Océano en lugar de la tierra, servia de granero al mundo sin tener campos; era el almacen general sin producir nada, y el banco universal sin poseer minas. La escasez del combustible le precisó dedicarse á las manufacturas más bien que á las construcciones. El cáñamo, el lino, la lana se trabajaron con éxito, y se fabricó allí el mejor papel. Todos los procedimientos se perfeccionaron, al paso que la civilizacion creciente de Europa abria nuevas salidas á las mercancias. La pesca del arenque y de la ballena le producia grandes beneficios. Los barcos holandeses, cuya construccion se habia mejorado, hacian por las demás naciones el comercio de trasporte, sobre todo en los mares del Norte. Con respecto á las colonias, no se arrojaban sobre ellas con una ciega ambicion, sino á proporcion de su territorio y poblacion.

Los holandeses habian tambien establecido, para perjudicar á la España en América, la compañia de las Indias occidentales que hizo presas muy ricas: y aunque habian abandonado el Brasil, que habian conquistado y les habia sido asegurado por la paz, formaron en otras partes establecimientos favorables al contrabando.

La compañia holandesa de las Indias procuraba asegurarse por todas partes el monopolio, rechazando, sobre todo, á los ingleses, que eran sus únicos rivales. Batavia era siempre el centro de sus operaciones y el del gobierno, que desde allí se estendió al Malabar, á Ceilan, á la costa de Coromandel, y hasta á la China y el Japon, de donde los holandeses escluyeron enteramente á los portugueses. La adquisicion del cabo de Buena Esperanza hubiera sido más importante para ellos, si en lugar de una simple estacion la hubiesen convertido en una colonia agrícola. La Haya era, pues, el laboratorio de la política europea. Desde el momento en que estallaba una guerra en Europa, la Holanda trasportaba los efectos á los más remotos mares, y concluia por sacar ventaja, hasta el punto de fundar otra compañía para el comercio de Asia.

Enrique Federico, príncipe de Orange, que an-

---

sostener tropas, á las que el pais deberá proporcionar víveres; procurar introducir la diversidad, es decir, las herejias religiosas, *á fin de que estando divididos en diferentes sectas y facciones, no puedan hacer nada tan secretamente que no se descubra.*

tes de morir (1647), habia visto á los antiguos señores del pais solicitar la paz, trasmitió sus dignidades á su hijo Guillermo II, de edad de veinte y un años, bajo cuyo mando se concluyó la paz de Munster, producida por el valor de su tio y la prudente perseverancia de su padre. El tratado de Munster aseguró á los Estados Generales la parte conquistada de Flandes, del Brabante y del país situado sobre el Mosa; estos territorios no fueron comprendidos en la Union, sino puestos bajo el mando de un gobernador general, que fué el príncipe de Orange.

Las siete provincias formaban un gobierno federativo, cuyos diputados residian siempre en la Haya, donde resolvian por unanimidad los negocios públicos. Un consejo de Estado, una cámara del almirantazgo y un tribunal de cuentas, dirigian la administracion; pero, en realidad, el poder legislativo pertenecia á cada provincia, pues los Estados Generales no podian hacer nada sin el asentimiento de los Estados Provinciales. La municipalidad, circunscrita á un pequeño número de familias de la clase media, era la base de todo.

Más importante la Holanda que las demás provincias, y poseyendo mayores ciudades, adquirió tal preponderancia, que su estatuder llegó á ser el de todos los Estados; ó su gran pensionario era el jefe de toda la Union, segun predominase el partido civil ó el militar. El estatuder, primer magistrado vitalicio del poder ejecutivo, mandaba el ejército y la escuadra, y gobernaba á la provincia; podia asistir á los Estados Generales y hacerles proposiciones, pero sin voto; el gran pensionario estaba encargado de los sellos y de los archivos, preparaba las deliberaciones y presidia la asamblea, recopilaba lo que en ella se emitia y trataba de conciliar las opiniones; conferenciaba con los ministros exrranjeros, proveia á las necesidades de la guerra, disponia de los fondos secretos, y aun cuando desempeñaba su cargo por quinquenios, continuaba, no obstante, en él hasta que por cualquier accidente se le separaba del mando. No era posible evitar las discordias en aquella reunion de siete cuerpos casi soberanos, cuando el orígen, de donde cada uno de ellos hacia emanar su derecho, no estaba demostrado con bastante claridad. La reflexion no habia combinado aquel mecanismo; se habia formado con arreglo á las circunstancias.

Queria la Holanda, que para disminuir su deuda se licenciase una porcion del ejército; pero el príncipe de Orange se oponia á ello como capitan general. Discutiose sobre su jurisdiccion, sobre los abusos de autoridad, pero cuando Guillermo II murió á la edad de veinte y cuatro años (1650), dejando á su mujer en cinta, el partido popular venció, y fué abolido el estatuderato. Al frente de este partido estaban Cornelio y Juan de Witt, hombres de mar, enemigos del feudalismo y dominados por el amor más puro y ardiente á la libertad.

Los Estados Generales tuvieron que luchar contra los ingleses, que habian proclamado como un derecho la estraña pretension de ser los unicos que poseyesen el mar que cerca su isla. Hugo Grocio le habia refutado en el *Mare liberum*, y Selden se habia hecho su campeon en el *Mare clausum*. Carlos I prohibió (1636) á todo extranjero pescar en las costas de la Gran Bretaña. Cromwell renovó las ordenanzas con respecto á este asunto (1652), queriendo que en reconocimiento de la supremacia de la Inglaterra consintiesen los holandeses en arriar su pabellon y dejar visitar sus barcos. Resultaron de esto tres guerras (1652-1665-1672), en las cuales se ilustraron los marinos holandeses y los grandes almirantes Tromp y Ruyter.

Ruyter, que habia ascendido por grados, tenia un conocimiento profundo y mucha práctica en la ciencia del marino. Los puertos, los escollos, los bancos, las calas, las corrientes le eran tan familiares como las personas de su casa. De una actividad incansable, constantemente sobre la cubierta de su barco, vigilaba en persona la ejecucion de sus órdenes, y se hacia amar de los marineros, que le llamaban *buen padre*. Persuadido de que «no se puede obtener la victoria sin la ayuda de Dios.» y que «tanto las victorias como las derrotas no son más que el instrumento de la voluntad de Dios,» encontraba en este modo de pensar moderacion en la prosperidad, tranquilidad en los desastres. Entró en 1667 hasta el Támesis: y habiendo llegado á Chatham, incendió los barcos que estaban en la rada, sembrando el espanto en Lóndres.

Deslumbrado el pueblo con el prestigio de la nobleza, y despreciando los jefes salidos de su seno, retiraba sus simpatias á los Witt, y echaba de menos á los príncipes de Orange. Pero negociando la faccion opuesta á esta casa con Cromwell la paz de Westminster, habia aceptado la condicion de no elegir por estatuder al príncipe de Orange ni á sus herederos. El objeto secreto de Cromwell era impedir que este príncipe, yerno del rey de Inglaterra, llegase á ser jefe de la Union y hacer peligrar de esta manera su usurpacion. Algunos Estados desecharon esta esclusion; lo cual produjo escritos y discusiones agriadas por las fracciones filosóficas, como en otro tiempo por los odios teológicos.

Los reformados de Ginebra habian adoptado el peripatetismo purgado de la escolástica, y Teodoro de Beza se proclamó partidario de Aristóteles; pero Ramus refutó en parte al Estagirita, sustituyendo su propia lógica á la suya, que á su vez fué escluida de la Holanda por la oposicion de José Escalígero. En este estado de cosas, la filosofía de Descartes, que habia ido á refugiarse á Holanda en 1629, adquirió gran crédito; pero fué combatida por Gilberto Voecio, en cuyo derredor se agruparon los ortodoxos, con la idea de que la duda sistemática del filósofo francés condujera al ateismo. Al mismo tiempo Juan Cock (Cocceio), de Brema, defendió á Descartes, y sostuvo que en la interpretacion de la Biblia, la razon y la filosofía de-

bian desempeñar el primer papel, y que no siendo suficiente el sentido natural, era necesario penetrar el oculto y místico.

Los voecianos estaban apoyados por la casa de Orange, y los cocceyanos por los Witt, que eran partidarios de la soberania de hecho. Pero el sínodo de Dordrecht decidió que la filosofia debia permanecer diferente de la teologia, y que la Biblia, fundamento de ésta, no admite las interpretaciones derivadas del principio filosófico; en su consecuencia escluyó de las escuelas la doctrina de Descartes.

Hacia, sin embargo, progresos bajo el patrocinio de los cocceyanos y de los Estados de Holanda; los voecianos eran desterrados de las cátedras y de los empleos, de manera, que la teologia, la filosofia y la política se encontraban mezcladas. Cuando se trató de determinar la fórmula de las oraciones que debian rezar públicamente los pastores, estallaron los partidos. No se sabia á quién pertenecia la soberania, es decir, por quién orar. Los cocceyanos se aprovecharon de aquella ocasion para hacer declarar por los Estados de Holanda, que la soberania residia en la asamblea de los Estados de la provincia, único magistrado después de Dios: los demás cuestionaron á la Holanda el derecho de disponer la oracion; pero en todas partes se vieron obligados á aceptarla. Como ciertos diputados se habian espresado en aquellas circunstancias con mucha osadia, temieron ser blanco de las persecuciones (1663). En su consecuencia, votaron el acta de indemnizacion, por la cual todo el que en adelante sufriese daño en su persona, bienes ú honor, por proposiciones en materia de gobierno, seria indemnizado á espensas del Estado.

La política de la Holanda se encontraba entonces en la más próspera situacion: era dirigida por el gran pensionario Juan de Witt, hombre muy sábio, magistrado íntegro, rentista hábil, de carácter recto y noble, y de un talento despejado y sin perfidia. Ha sido juzgado de otra manera, como acontece siempre en las épocas en que las facciones están vivas, tal vez tambien porque tenia las virtudes y vicios de un jefe de partido. Taciturno, exento de temor, modesto, y sin embargo, obedecido, con esperiencia de los hombres en quienes ejercia el ascendiente de una razon fuerte, de una recta sinceridad y una moderacion constante, no se le acusa de una mala accion á pesar de semejantes tiempos. El solo no pudo ser corrompido por aquel Luis, cuya profusion triunfó de tantas virtudes, y llegó á ser su enemigo implacable. Instruido en el derecho y en las matemáticas, aplicando el álgebra al comercio, nadie conocia como él los intereses de los diferentes Estados, no consideraba las cosas desde tan elevado punto ni con tan firme mirada. Así era como á pesar de las trabas que le oponia la oligarquia, sabia obrar con la pronta resolucion de un ministro absoluto; negociaba con franqueza, escuchaba las proposiciones, y después cuestionaba hasta quedar bien dilucidadas. Amaba á la república á la manera antigua, y queria un ejército nacional. Creia que se podia pasar desde un mostrador á la cabeza de un ejército, como los Quincios arrebatados al arado; Mercader tuvo la vanidad de adoptar el traje militar. Este es el mayor cargo que le han hecho sus enemigos. Podemos añadir que tuvo demasiada confianza en el mar, y que descuidó las plazas fuertes, cuando debia fiarse tan poco de las potencias vecinas.

Negoció con la Francia el tratado de alianza de París (1662), que fué tan favorable al reino, al paso que los holandeses no buscaban más que una recíproca garantia de las posesiones de cada Estado. Pero Luis XIV, con su carácter despótico, no podia creer á aquellos republicanos que se atrevian á hacerle frente, unas veces á impedir sus proyectos, y otras á censurar sus acciones. Cuando las conferencias para la paz de Aquisgram, habiendo un francés dicho á un regidor de Amsterdam: *¡Cómo! ¿No os fiais de la palabra del rey?—No sé*, contestó el holandés, *lo que quiere el rey; pero considero lo que puede.* Colbert habia inspirado á Luis XIV aversion hácia aquella industriosa república, cuya prosperidad en vano trataba de igualar. Louvois hacia escribir folletos contra el rey y contra sus gustos políticos; fingia después que estos libelos procedian de Holanda, donde en efecto las gacetas eran redactadas en otro sentido que los periódicos oficiales de Francia. Propalaban la noticia de que el leon belga habia sido representado en una medalla, con un cañon entre sus garras, y esta inscripcion: *Sic fines nostros tueamur et undas;* y que en otra se veia á la Holanda, bajo la figura de Josué deteniendo al sol (5).

Aunque los Estados le hubiesen dado satisfaccion de estas pretendidas insolencias, Luis XIV queria vengarse de aquellos mercaderes que tenian la audacia de compararse á un rey: por espacio de cuatro años estudió con obstinacion y habilidad los medios de esterminarlos. Trató primero de disolver la triple alianza: cosa fácil, en atencion á que Cárlos II no habia tenido nunca intencion de sostenerla, y que la Suecia no habia considerado en ella más que una especulacion rentística sobre la España. Envióse á aquel príncipe á Enriqueta, duquesa de Orleans, hermana del rey de Inglaterra (6), para que emplease con él además del amor fraternal, otros medios de seduccion: llevó principalmente consigo una jóven hermosa, pronto des-

(5) Más tarde hizo Luis XIV acuñar una medalla con un Neptuno que amenazaba, y las palabras de la Eneida: *Quos ego.* Los holandeses, eruditos negociantes, contestaron con otra, cuya leyenda está tambien tomada de Virgilio: *Maturate fugam regique hæc dicite vestro: Non illi imperium pelagi.*

(6) Fué en persona á Douvres, y murió de repente á su vuelta, envenenada, segun la opinion del pueblo; del cólera morbo, segun la de los médicos. Bossuet la inmortalizó en una oracion fúnebre, en la que deplora su fin, disimulando sus vicios.

honrada bajo el nombre de duquesa de Portsmouth. Cárlos prometió, pues, proporcionar hombres y barcos, y hasta hacerse católico, sólo por procurarse el dinero que el parlamento le negaba (7), y con la esperanza de asegurar el triunfo del despotismo sobre la constitucion inglesa, destruyendo la república holandesa. La Suecia se adhirió al tratado, como tambien los príncipes del Rhin. Nunca habia tenido tanto movimiento la diplomacia; y los Estados, á los cuales se dirigia Luis XIV para obtener de ellos la neutralidad, una alianza ó matrimonios, no podian, por su inferioridad, contestar con una negativa.

Habiendo tratado Cárlos de Lorena con los holandeses, el rey convirtió esto en un pretesto para ocupar su territorio; lo cual interrumpió la comunicacion entre los Paises-Bajos y el Franco-Condado, y dejó á los holandeses espuestos á sus golpes. Si su escuadra estaba floreciente, gracias á los cuidados de Ruyter, las tropas de tierra y las plazas fuertes se habian descuidado por envidia de los señores, y el pais se encontraba destrozado por los partidos. Los holandeses hicieron con el rey de España y el elector de Brandeburgo un tratado de mútua defensa: Cárlos de Inglaterra, que habia obtenido dinero del parlamento con el objeto de armarse para la triple alianza, dispuso de manera que uno de sus barcos fuese insultado por los holandeses; y desde el momento en que la nacion se vió comprometida á vengar la afrenta que habia recibido, les declaró la guerra (1672), al mismo tiempo que los franceses entraban en los Paises-Bajos. Componíase el ejército francés de ciento diez mil hombres, de admirable aspecto, y bien aprovisionados por Louvois. Vauban estaba encargado de la direccion de los ataques; la artilleria era formidable y los generales escelentes.

Pasó Luis XIV el Rhin, atravesó las fronteras sin guarniciones; y no encontrando más que oficiales sin esperiencia, una caballeria reunida sin método, tropas que carecian de espíritu militar y municiones, se adelantó con rapidez hasta llegar al frente de Amsterdam. En vano de Witt, después de haber agotado todos los medios para conjurar el peligro, escitaba á sus compatriotas á hacerle frente con valor, y destruir los abastos del Rhin: no se podia esperar semejante resolucion de una asamblea incierta, en la que el partido orangista no habia cesado de subsistir, y en la que el partido republicano no dominaba aun. Atacados de repente y aislados de sus aliados, enviaron los holandeses diputados á Luis XIV para negociar bajo las más modestas condiciones; pero exageró el rey sus pretensiones, quiso imponerles duras humillaciones y precisarlos á restablecer el catolicismo; negáronse, pues, á tratar bajo estas bases, y adoptaron el partido de trasladarse á Batavia con sus barriles de oro, calculando que sus barcos podrian contener cincuenta mil familias; en fin se dispusieron á resistir con el valor de la desesperacion.

Las intrigas y reveses exasperaban los ánimos, que hacian recaer toda la responsabilidad sobre Juan de Witt. Como preveia que los príncipes de Orange volverian al poder, tuvo cuidado de establecer algunos límites á su autoridad por el *Edicto perpétuo* de 1667 y la *Armonia* de 1670, haciendo decidir que las dignidades de estatuder y jefe del ejército no podian nunca estar reunidas. Pero en medio de aquellos desastres, todos los votos llamaron al príncipe de Orange, que fué proclamado capitan y almirante. Este era un jóven débil, novicio en las armas, reposado en el hablar y con pocos soldados; pero ocultaba bajo un frio esterior una ambicion activa y un valor indomable: no tardó, pues, en mostrarse capaz de hacer frente al gran rey.

Aquel Witt, que habia manifestado durante diez y siete años un amor tan desinteresado hácia la libertad, fué entonces acusado de complicidad en la invasion; aquel hombre íntegro, que no recibia más que un sueldo anual de tres mil libras, que rechazaba las recompensas de los holandeses y las seducciones de Luis XIV, que no tenia más que un criado y una criada, y que iba á pié cuando hasta el más pequeño cortesano del rey se paseaba en suntuosas carrozas, aquel hombre fué acusado de haber dilapidado los tesoros públicos. Predicábase contra él desde el púlpito: la muchedumbre, que en otro tiempo le consideraba como el autor de su prosperidad, entonces le maldecia como causa de los desastres del pais. Intentóse asesinarle, como tambien á su hermano Cornelio, *ruart* ó bailio de Putten; y no habiendo conseguido la empresa se le imputó haber querido asesinar al príncipe de Orange. Cornelio, que en la batalla de Southwold habia permanecido intrépidamente sobre cubierta, á pesar de su estado enfermo, sufrió con no menos valor tres horas y media de horribles tormentos. El gran pensionario, invitado á visitarle, fué detenido con él en la prision; y ambos hermanos no salieron de ella sino para ser asesinados por el pueblo, cuyo encarnizamiento llegó hasta vender los pedazos de su carne (8). Los Estados concedieron una amnistia general, y dieron plenos poderes al estatuder que con ellos ahogaba la libertad.

Esta era la mano de Luis XIV que se dejaba

(7) Lingardo ha publicado el original del tratado.

(8) Habiendo subido dos oficiales y cuatro ciudadanos á la habitacion de los señores Witt, el pensionario les demostró con tanta amabilidad y fuerza la inocencia de su hermano y la injusticia que cometia el pueblo rebelándose contra ellos, que prometieron obtener su libertad. Otros ciudadanos de la misma compañia vinieron á ver si los dos hermanos estaban en la habitacion. Al punto entró el fiscal con algunos oficiales y cinco ó seis ciudadanos. El fiscal dijo al ruart que era menester que aquellos quedasen cerca de él para responder de su persona al pueblo. El se-

sentir en su venganza; pero trabajaba contra él mismo. Habia ofrecido la mano de una de sus bastardas al príncipe de Orange, que le contestó, que los príncipes de su casa estaban acostumbrados á casarse con las hijas legítimas de los grandes reyes. No olvidó Luis XIV esta afrenta; y Guillermo se vió precisado de esta manera á ser un implacable adversario de él. A la caida de los Witt, Guillermo fué proclamado estatuder: desde entonces

---

ñor de Witt, creyendo que aquello correspondia al ruart, trató de nuevo de salir de la habitacion; pero le detuvieron los ciudadanos. El fiscal los apartó suplicando á los dos hermanos que tuviesen paciencia, hasta que se apaciguase el tumulto, dejándolos con los ciudadanos que les convidaron á comer. Al levantarse de la mesa, el ruart, sumamente debilitado con el tormento, se echó sobre el lecho en traje de casa: su hermano se sentó á su lado, tomó la Biblia y continuó leyéndole algunos capítulos.

Cinco horas después de haber sido dispersada la caballeria de Tilly, la compañia de ciudadanos del manto celeste que al salir de la plaza de Bleyn recibió socorros de cerveza, vino y aguardiente, de que no tenia necesidad para aumentar su violenta rabia, se adelantó hácia la corte á las cuatro de la tarde: desde allí se encaminó á la puerta de la prision dando fuertes gritos y animándola el señor Van Bauchen, magistrado del Haya, considerado por los sublevados como su jefe, forzó la guardia de la puerta, diciendo que no era otro su intento sino el de conducir á los dos hermanos ante el príncipe de Orange, con el objeto de que determinase lo que debia hacerse con ellos. Entre tanto los sublevados no cesaban de disparar una multitud de tiros contra la puerta de la prision, y no pudiendo hacer saltar la cerradura y los cerrojos á fuerza de culatazos, el platero Veroef, uno de los jefes más furiosos, tomó un martillo de un herrador, con el que hizo pedazos la puerta. Los amotinados, desesperados de no poderla romper, amenazaron con horribles juramentos el dar muerte á todos los que estaban en la prision si no se la abrian. El carcelero, aterrado ó más bien ganado, abrió, y subieron al punto en tropel la escalera, entrando en el cuarto donde estaban los dos hermanos.

Hallaron al ruart en el lecho en traje de casa, y á su hermano sentado á su lado con un manto de terciopelo, leyendo la Sagrada Escritura. El gran pensionario trató de inspirar algun sentimiento de humanidad á aquella turba furiosa, pero en vez de aplacarse le obligaron, así como al ruart, á salir de la habitacion, diciendo que le conducirian al sitio en donde se castigaba á los criminales. Los dos hermanos se dieron un triste adios en la escalera, y el ruart que estaba muy débil bajó apoyado en su hermano, que conservando mucha serenidad en peligro tan inminente, exhortó con dulzura á los ciudadanos á que volviesen á sus ocupaciones. *Amigos*, les decia, bajando la escalera: *¿para qué servirá todo esto? Nosotros somos inocentes, no somos traidores, conducidme donde querais y mandadme procesar.* A estas palabras le respondieron con violentos ultrajes gritando: *Adelante, adelante, ya vereis pronto lo que sucede.*

Un herrador habia tratado ya de asesinar al ruart en la cama, y lo hubiera hecho, si el golpe que le dirigió no tropezara en la cabecera. Al bajar, otro de los sublevados le hirió por detrás con una mesa, haciéndole rodar hasta la puerta, de donde fué levantado para arrastrarlo por los cabellos hasta el pórtico inmediato á la prision que conducia al patíbulo. El gran pensionario, cuyo sombrero se

pensó, con el valor, la ambicion y la tenacidad de sus padres, remediar los males de la patria. Ruyter, glorioso amigo de los Witt, triunfó en el mar, al frente de setenta y dos navios y setenta fragatas y brulotes. Pero se tenian pocas tropas de tierra, y aunque el príncipe de Orange operase en esta guerra con retiradas que equivalian á victorias, los franceses se portaron en ella con una atrocidad digna de salvajes.

Las dos villas de Swammerdam y de Bodegrave,

---

habia caido en la escalera, salió descubierto de la cárcel buscando con avidez á su hermano que ya estaba muerto. En esto, un notario llamado Van Soenen, le dió con una pica en la cara, no impidiéndole por esto la herida al tratar de meterse entre la fila de los soldados creyendo encontrar allí á su hermano; pero los ciudadanos, así que lo advirtieron, le cerraron el paso. Entonces un tal Pedro Veranghen le apuntó con un mosquete, pero no habiendo dado lumbre, hizo á Juan De-Witt una herida tan grande, que le dejó sin sentido. Sin embargo, Juan aun tuvo fuerzas para apoyarse sobre las rodillas y gritar: *¡Hermano mio!* cuando un tal Van Valen le cogió por el cuello, le puso un pié en el pecho y le descargó un tiro en la cabeza, gritando: *Hé aquí el malvado que ha hecho traicion á la patria.*

Muertos ya los dos hermanos, se reunieron los ciudadanos al rededor de los cadáveres haciendo muchas descargas; después despojaron los dos cuerpos, rompieron sus vestidos en mil pedazos, los cuales se distribuyeron por las ciudades inmediatas. Unicamente el manto del gran pensionario quedó intacto, tomándole un escudero y vendiéndole en venta á Vyrerberg diciendo: *Hé aquí los restos del gran Juan.*

En los cadáveres de los dos hermanos se cometieron las mayores crueldades: después de haberlos arrastrado desnudos por el lodo hasta la horca, fueron colgados en ella empleando mechas de mosquete á falta de cuerda. El que hacia de verdugo, viendo á Simousson, sacerdote del Haya, le preguntó: *Señor ministro, ¿están colgados bastante altos? No*, le respondió: *no, ata á este bribon un poco más arriba.* Hablaba de Juan de Witt.

Pero no quedó con esto satisfecha su rabia. Al gran pensionario le cortaron los dos dedos que habia levantado para jurar el edicto perpétuo, y con los cuales firmaba; después hicieron la misma operacion en uno y otro con las narices, las orejas, los dedos de los piés y de las manos y las demás extremidades del cuerpo, que fueron vendidas desde 10 hasta 30 sueldos. El platero Veroef abrió sus cuerpos, sacándoles los corazones, los cuales conservó algun tiempo enseñándolos por dinero. Uno de aquellos malvados, no pudiendo arrancar los dientes al ruart, le cortó los órganos genitales; otro le sacó un ojo y se lo comió, y un tercero, habiendo cortado á Juan un pedazo de cadera, dijo: *Quiero asarlo y comerlo con mi amigo Tichelaar, aunque reviente.*

BASNAGE, *Anales de las Provincias-Unidas.*

Dos hijos de Barneveldt conspiraron para vengarle en el estatuder, pero habiendo sido descubiertos, huyó el uno, y el otro fué preso y condenado á muerte. Su madre imploró en favor de aquél el perdon de Mauricio, el cual se admiró hiciese por el hijo una súplica que no habia hecho por su marido, y ella le dijo: *No he pedido gracia para mi marido porque era inocente, ahora la pido para mi hijo porque es culpado.*

compuestas de seiscientas casas, fueron reducidas á cenizas, quedando una sola por casualidad libre del furor de los soldados y del incendio general. Creian cumplir con un deber de religion destruyendo las iglesias de los herejes, sin exceptuar ninguna. Los edificios públicos, en donde se administraba la justicia y se ejercia la vigilancia, sufrieron la misma suerte. Los soldados que habian formado aquel cruel designio se habian provisto al salir de Utrecht de mechas y materias combustibles: cerraban en las casas al padre y á la madre con sus hijos para extinguir de un golpe á una familia; y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las casas, se hallaron una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos ó aquellas que les dieron el ser. Una madre ciega á causa de su decrepitud, fué muerta en presencia de cuatro hijos que la asistian teniendo su tumba como ellos en las llamas que les redujeron á cenizas. Variando la crueldad hasta lo infinito, otra madre que habia criado igual número de hijos, los vió matar á su presencia, siendo luego inmolada al furor de los verdugos. El príncipe de Orange, que llegó á aquellos lugares dos dias después, halló una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas y otros cuerpos mutilados, que dejó algun tiempo sin dar sepultura para que los viesen los pasajeros con el fin de que aprendiesen lo que debian esperar de los franceses. Los soldados se divertian en coger á aquellas inocentes criaturas por los piés, arrojarlos al aire y recibirlos después en la punta de las picas ó de las espadas; felices aquellos que en ellas encontraban la muerte, porque unos eran lanzados á las llamas y para otros se ideaban nuevos tormentos. Violaban á las hijas á vista de las madres, á las mujeres á vista de sus maridos; y los soldados que no encontraban suficiente número para desfogar su brutalidad, satisfacian su infame pasion veinte ó más de ellos en una sola persona, evitándoles luego el dolor de sobrevivir arrojándolas al agua ó al fuego. La avaricia unida á la crueldad animaba á los oficiales á la par que al soldado; colgaban á los hombres en las chimineas de sus casas, encendiendo en ellas un gran fuego, para que ahogándoles y quemándoles el humo de la hoguera y la llama les obligase á descubrir el oro que poseian y que muchas veces no poseian, de suerte que eran víctimas de un pensamiento igualmente avaro y cruel.

«No siendo suficientes á contener el furor de los soldados los suplicios y las crueldades ordinarias, se inventaron otros extraordinarios. Despojaron de sus vestidos á las jóvenes y á las mujeres violadas, echándolas desnudas al campo en donde perecian de frio. Un oficial suizo que halló dos hijas de buena casa en tan triste estado, les dió su capote y alguna ropa blanca que tenia, recomendándolas al llegar á su puesto á un oficial francés, el cual en vez de protegerlas abusó por el contrario de ellas, entregándolas luego á los soldados, que después de haber cometido los mayores ultrajes, les cortaron el pecho, las quemaron con las baquetas de los fusiles y dejaron los cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave á Woerden. A otras, después de cortarles el pecho, les echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más cruelmente. Uno de aquellos infames que en Bodegrave habia hecho la inhumanidad de cortar los pechos á una señora en el momento del parto, poniéndole luego pimienta, murió en el hospital de Nimega, en un acceso de locura producida por los remordimientos de conciencia que continuamente le representaban á aquella infeliz criatura, creyendo siempre oirla exhalar dolorosos gritos. A otras les ataban á los árboles por los cabellos ó por debajo de los brazos, para que en vergonzosa desnudez quedasen expuestas á todas las inclemencias del tiempo. A un bárquero le clavaron las manos al mástil de su nave, violando á su mujer en su presenciaé impidiéndole bajo pena de la vida que apartase la vista de aquel infame espectáculo. Otros maridos sufrieron la misma suerte, siendo obligados á palos y sablazos á ser testigos de tamaños ultrajes (9). Ni aun se respetaron los cadáveres; dos que llevaban á enterrar, fueron despojados de sus mortajas, arrojando uno de ellos al fuego con el ataud y siendo el otro sepultado en el agua.»

Pasaban los franceses por valientes en batallas de asedio, pero no propios para sostenerse en una llanura. Preferia Luis XIV en su consecuencia la guerra de sitio, porque no necesitaba en ella más que constancia y método; al paso que en las batallas es preciso genio y suerte. Un general debe esponerse más que lo que agradaba á Luis XIV hacerlo (10).

Pero Condé y Turena eran de parecer de destruir todas las fortalezas holandesas, en atencion á que las conquistas no se hacen con guarniciones sino con ejércitos y rápidas marchas, conservando siempre una ó dos plazas para en caso de una forzosa retirada. Añadia Turena que si el rey de España hubiese empleado en tropas movibles para la guerra de campaña, todos los hombres y todo el dinero que prodigó en sitios y en fortificaciones, hubiera llegado á ser una potencia sin igual. Louvois que queria aumentar su ministerio y el número de los empleados que estaban á su disposicion, no tuvo en cuenta aquellos pareceres, y esta fué la salvacion de la Holanda. Inundóse el pais con el rompimiento de los diques; Luis XIV, que se complacia en la guerra cuando la victoria era

---

(9) BASNAGE, *Annales des Prov. Unies.*

(10) «Quisiera tener este mérito de más en la guerra, y hacer ver que sé embarazar á mis enemigos con mi sola presencia.» Obras, IV, 84.

«Si algun rey debe tener estas consideraciones, es seguramente el que hace recaer en su sola persona la felicidad del Estado.» Idem, IV, 426.

segura y no se hacia aguardar, abandonó entonces el ejército para ir á triunfar, y embriagarse con los aplausos antes de haberlos merecido.

Ya las potencias cuya envidia se habia despertado, se disponian á declararse enemigas suyas; y el príncipe de Orange, hombre frio y sin más sentimiento que su odio á la Francia, preparaba una gran coalicion para resistirle. Cárlos de Inglaterra, que obraba contra su interés y la voluntad de su pais, se vio precisado á hacer la paz. Mas conocedores los imperiales y la España de sus intereses, se unieron á la Holanda (1673), y Montecuculi se manifestó digno de alternar con los generales franceses. Los invasores, que no habian marchado sobre Amsterdam cuando no podia oponerles resistencia, se vieron obligados á evacuar la Holanda, para dirigirse contra la liga, á la cual se habia unido ya la Dinamarca con otros varios príncipes de Alemania (1674). Sin embargo, Luis XIV tenia un ejército dirigido por una voluntad única, fronteras bien fortificadas, hechuras y espías por todas partes. Habiendo entrado sus tropas en el Franco Condado, tomóse á Besanzon, y desde entonces este pais perteneció á la Francia.

Manifestóse el arte de la guerra en aquellas campañas, que señalaron célebres batallas y prodigios de valor, pero sin preparar nada para lo futuro. Washington, por el contrario, no ganó siquiera una batalla en los nueve años de su mando, y emancipó las generaciones que debian sucederle. Entristécese el corazon cuando se consideran los motivos de guerras tan calculadas y tan inhumanas. Luis XIV habia ayudado á los venecianos en la guerra de Candia, con objeto de obtener el capelo de cardenal para dos de sus protegidos, y asustar á los protestantes con la union de los príncipes con el papa. Aunque la rendicion de Candia estaba ya secretamente convenida con la Puerta, se continuó no obstante peleando. Los franceses, que siguieron con el mismo valor en los combates, fueron diezmados por el hierro y la peste, sólo porque convenia á la política alargar el sitio. Asignóse por causa de esta guerra de Holanda *la sorprendente altivez* de los Estados. Pronto se verá á Louvois suscitar otras guerras, para no verse obligado á corregir una ventana, que el rey no encontraba á nivel.

El mariscal de Turena, que fué el héroe de aquella campaña (1675). fué muerto por una bala de cañon en el sitio de Saltzbach, á la edad de 64 años, y colocado, como Duguesclin, en el sepulcro de los reyes. Padre de sus soldados y azote de las poblaciones, de un carácter frio y en nada caballeresco, sacrificaba los deberes de la humanidad á las leyes de la guerra y á los suyos de general, y asoló el Palatinado de una manera atroz.

La guerra entre Turena y Montecuculi fué verdaderamente un ejercicio artístico, una lucha de astucia, de paciencia y de actividad. en la que no se podia contar con las faltas ajenas, sino sólo con lo que se hubiera hecho en lugar del adversario.

Prosiguió Montecuculi sus victorias hasta que fué hecho prisionero por el príncipe de Condé. Abandonó después el vencedor de Rocroy el mando para concluir tranquilamente sus dias en el retiro, Montecuculi abandonó tambien el servicio. diciendo que después de haber combatido con Mahomet Koproli, Condé y Turena, no le convenia comprometer su gloria con otros (11).

Prosiguióse la guerra con prontitud, con marchas y sitios. Los principales acontecimientos pasaron en el mar. Habiéndose sublevado Mesina contra España, Ruyter se dió á la vela para ir á combatir contra ella, como consecuencia de la alianza que se habia verificado (1676); pero el almirante francés Duquesne le atacó en Lipari, y luchó con igualdad contra él, ¡tanto habian aprovechado los cuidados que se habian tenido con la marina francesa! Después, le dió muerte y arrojó sus barcos del Mediterráneo. Estas eran las primeras derrotas que los holandeses habian sufrido en el mar. Los franceses, que hubieran podido conquistar toda la Sicilia, se hicieron odiar por sus acostumbradas maneras y sus desleales intrigas; por otra parte, Louvois, por envidia de Colbert, no preparó los medios necesarios para el éxito, y pronto se vieron precisados á evacuar el Mediterráneo.

Ninguna de las dos partes beligerantes consideraba el interés nacional, si bien todas estaban muy poco en estado de sostenerse: á fuerza de imponer contribuciones el emperador en Hungria, la habia espuesto á rebelarse; la España se arruinaba cada vez más; el Imperio estaba á el mayor desorden, sin acuerdo en las determinaciones que adoptaba ni prontitud en su ejecucion; la Holanda arruinaba su comercio con los auxilios que proporcionó á sus aliados; en fin, la Francia se encontraba debilitada, y no esperaba reponerse sino con victorias. Cárlos de Inglaterra recibió socorros de Francia, pero el enlace de Maria de York con su tutor el estatuder Guillermo, entibió el resentimiento de estos dos hombres, al paso que los holandeses concebian sérios temores por su libertad.

Entabláronse, pues, diferentes negociaciones, con las cuales trataba Luis XIV de dividir á los que Guillermo habia reunido para defender la libertad de Europa; y á pesar de este príncipe, firmóse la paz de Nimega bajo la mediacion de Inglaterra. A despecho de las dificultades que resultaron de la prohibicion de las mercancias holandesas en. Francia, fué posible entenderse con los Estados Generales, cediendo á Maestricht con las demás conquistas que se habian hecho, y concediendo buenas condiciones al comercio. Una vez separada la Holanda de la gran alianza, pudo Luis XIV dictar la ley á las demás potencias. Hizo

(11) Diga lo que quiera Hugo Foscolo, ciertamente Montecuculi aconseja destruir al enemigo *infestándole el campamento de enfermedades contagiosas*. Tit. I, cap. 3.

que la España le cederia el Franco-Condado y varias plazas de los Paises-Bajos, devolviendo algunas de las que habia adquirido por el tratado de Aquisgram ó en el curso de aquella guerra. Mayores exigencias tuvo con el emperador, á quien obligó á que le abandonase á Friburgo, llave de la Alemania. El Brandeburgo y la Dinamarca, después de nuevos combates, renunciaron á las conquistas que habian hecho contra la Suecia, y concluyeron la paz tanto con aquella potencia como con Holanda. Fué reintegrado Cárlos de Lorena, pero con tan humillantes condiciones, que prefirió permanecer desposeido. Nada perdieron los holandeses, escepto sus enormes gastos. La España pagó los de la paz, aun cuando no tenia interés en ella, y permaneció sin garantias; de tal manera, que para asegurar lo que le quedaba en los Paises-Bajos se unió á la Inglaterra.

Por innobles motivos de venganza y ciega ambicion habia comenzado la Francia las hostilidades, y salia de ellas con gloria; pero si Luis XIV habia abatido á los de Witt, habia tambien elevado á su más poderoso rival. Quedó aun probada la superioridad de la Francia por el hecho de que su idioma, que treinta años antes no le hablaban más que un pequeño número de personas en Osnabruck, lo era entonces por todo el mundo; y desde este momento fué el francés la lengua de la diplomacia (12). Victorioso en todas partes Luis XIV, estableció la línea de sus fronteras con más concierto, y después de haber proporcionado á sus generales la ocasion de adquirir mucha gloria por su valor, y mucha infamia por su insaciable avaricia é inútiles atrocidades, obtuvo el título de Grande.

---

(12) El obispo Newton dice con respecto á la Inglaterra bajo el mando de Cromwell: «Ni la república ni Cromwell querian bajarse á pagar á ninguna nacion extranjera el tributo que comunmente se paga al rey de Francia, es decir, tratar los asuntos en la lengua de este príncipe. Creian que ésta era una cosa vil é indigna de una nacion libre. Adoptaron, pues, el noble partido de no escribir á nadie ni recibir ningun despacho que no estuviese en latin, lengua comun á todos. Bueno hubiese sido que los príncipes que sucedieron hubiesen imitado aquel ejemplo, pues la opinion de hombres muy prudentes es, que la universalidad de la lengua francesa debe producir la universalidad de esta monarquia.

CAPÍTULO VI

NUEVAS GUERRAS.—BOMBARDEOS.—PAZ DE RYSWICK.

Fin de Colbert.—De tal manera habia prevalecido Louvois sobre Colbert, que puede considerarse á éste como borrado de la política desde 1670, en cuya época los intereses del comercio y de la industria cedieron el paso á la política esterior. El ministro de Hacienda no tuvo desde entonces que hacer más que buscar los medios, cualesquiera que fuesen, para atender á los gastos de la guerra. Hubiera sido de desear que Colbert hubiese renunciado á un empleo que no podia ya conservar con honor; pero el heroísmo de aquella época, dificilmente resistia á los reyes. Tal vez tuvo bastante valor para permanecer en un puesto en que podia evitar mayores desastres, haciendo frente á la execracion de los pueblos que le maldecian por las enormes contribuciones que sufrian, resignándose con ver arruinar en su nombre los establecimientos que habia hecho prosperar, y á los soldados ocupar los puestos que destinaba al culto de la ciencia y de la industria. Tratábale, sin embargo, Luis XIV con dureza; y se atrevió un dia á echarle en cara la economia con que Louvois habia construido las fortalezas de Flandes. No resistió Colbert á este golpe, muriendo poco después. Habiendo enviado el rey á preguntar por su salud: «No me hableis más del rey, exclamó; dejadme al menos morir en paz. Si hubiera hecho por Dios lo que he hecho por él, dos veces me hubiera salvado. Ahora no sé lo que sucederá.»

Colbert fué, después de Sully, el ministro más útil á la Francia, y no tuvo quien le igualase. De esta manera pudo el presuntuoso Louvois estimular con toda seguridad la arrogancia y ambicion de su amo. No queriendo disminuir su poder con el desarme, le aconsejó una guerra fiscal que debia dar ocasion á empuñar las armas. Le hizo crear *cámaras* de reunion, destinadas á examinar la estension precisa de las cesiones y dependencias obtenidas por los tratados de paz de Westfalia, Aquisgram y Nimega. Sentó como base dos principios enteramente nuevos en derecho, ó puramente franceses, á saber: 1.° una ley sálica, que no admitia que un territorio que habia pertenecido una vez á la corona pudiese separarse de ella; además, que los príncipes que habian cedido sus feudos de obispados al rey de Francia, debian reconocer su señoria sobre estas posesiones. De esta manera se adjudicaba Luis XIV más pais que el que habia adquirido por la guerra, y para sostener sus pretensiones conservaba en pié su ejército, cuando los demás príncipes habian licenciado los suyos. En su consecuencia, apenas adjudicó el tribunal las dependencias cuando Louvois envió tropas para ejecutar la sentencia; de este modo se regocijó Luis XIV con sorprender á Estrasburgo (1681), llave del Rhin, donde encontró un magnífico parque que contenia novecientas piezas de artilleria.

El mar habia venido á ser el objeto preferente de las potencias y el campo en que éstas median sus fuerzas. Ansioso, pues, Luis XIV de hacer ostentacion de las numerosas que habia reunido, las presentó.

Continuaban amenazando los cuatro Estados berberiscos del Africa, el comercio y las costas meridionales de Europa. En 1500, Hassan, que se vanagloriaba de ser descendiente de Mahoma, y manifestaba mucho celo hácia su religion, la reformó en Marruecos. Adoptó el nombre de Scherif, bajo el cual ocuparon sus hijos á Fez, y estendieron su imperio hasta los confines de la Guinea. Más tarde Muley-Ismael tomó en 1672 el título de emperador, declarándose independiente de la Puerta, resultando la tirania sin freno que nace de la confusion de los poderes político y espiritual.

Argel, Tunez y Trípoli se regian bajo la supremacia del gran señor, en una especie de república militar que se convirtió después en las dos últimas, en un puro despotismo ejercido por beyes ó gobernadores. Argel conservó el antiguo régimen bajo un bey, es decir, tio por la línea materna, que en la época que mencionamos habia llegado á ser muy poderoso. No contento con infestar el Mediterráneo, habia desembarcado en la Madera, en Irlanda y en Islandia, y armó en corso cincuenta bajeles tripulados cada uno por trescientos ó cuatrocientos piratas. Más de veinte mil cristianos se encontraban en sus prisiones; hacia ahorcar á los prisioneros holandeses, y quemar á los españoles en represalias de sus autos de fe. Propuso la Holanda una liga para concluir con la pirateria; pero aquella proposicion no fué más escuchada que lo que lo fué en 1815 en el congreso de Viena. Sonreia aquella empresa á Luis XIV, y envió sus escuadras á amenazar á Trípoli y á sitiar á Argel.

Se cree que las primeras bombas que se dispararon fué en el sitio de la Rochela por un tal Malhus, pero sin direccion cierta. Galileo y Torricelli enseñaron después á apuntar por el método de Tartaglia, y desde entonces llegaron á ser temibles. Bernardo Renau, de quien ya hemos hablado (pág. 357), propuso construir galeones, desde donde los morteros disparaban de tal manera, que sin desembarcar y sin abrir trincheras, se pudiese lanzar la muerte y la ruina á las fortalezas. Nunca se habia emprendido una cosa semejante á bordo, y el ensayo que se hizo contra Argel, forzando al bey á capitular, pareció admirable; pero puede decirse en suma, que la espedicion fracasó, pues no resultó de ella más que un tratado de cien años y la restitucion de los prisioneros cristianos, lo cual se obtuvo tambien de Tunez y Trípoli. Estableciόse una colonia francesa cerca de Bugía, pero tardó poco en ser destruida. El famoso renegado Mezzomorto, que mandaba entonces las escuadras berberiscas, pudo decir en aquella ocasion: «Si vuestro amo me hubiese dado la mitad de lo que ha gastado, hubiera hecho volar á Argel.»

Mejor éxito alcanzó Luis XIV en el ataque que cobardemente dirigió contra Génova, bajo el pretexto de que esta ciudad habia proporcionado municiones á los argelinos, pero en realidad porque se inclinaba á España, envió Luis XIV una escuadra que la bombardeó sin consideracion (1684), y la precisó á las humillaciones que tuvo á bien el vencedor imponerle.

Sin embargo, los súbditos de Luis XIV, á quienes su costosa gloria aniquilaba, murmuraban sin recatarse. Rebeláronse los bretones abiertamente dando el grito de: *¡viva el rey sin impuestos!* y proclamaron un duque; pero fueron sometidos y castigados con toda severidad, sin suprimir, no obstante, las causas de descontento. Asustadas las potencias con las usurpaciones del gran rey, volvieron á empuñar las armas. La Suecia y los Estados Generales formaron, para sostener la integridad de los tratados, una liga, á la que se adhirieron el emperador, la España y varios círculos del imperio. Pero se procedió con la lentitud acostumbrada. El emperador tenia que defenderse de los turcos además de la Hungria; pero hasta la misma Viena y la España estaban aniquiladas; todos temian á tan gran potencia ó estaban minados por la corrupcion que penetraba audazmente hasta en las moradas reales. Resultó de esto finalmente una tregua por veinte años (1683), que confirmaba á la Francia sus recientes usurpaciones.

Con objeto de conservar la paz ó preservarse de la guerra, el emperador, los reyes de España y Suecia, el elector de Baviera, la casa de Sajonia, los círculos de Franconia y del Alto Rhin formaron una nueva liga en Augsburgo, bajo los auspicios del príncipe de Orange. Ahora bien, lo que se siguió manifestó cuanta razon tenian en adoptar sus precauciones. En efecto, apenas habian pasado cuatro años de la tregua que se habia firmado por veinte en Ratisbona, cuando Luis XIV imputó al emperador la intencion de atacar á la Francia desde el momento en que se reconciliase con la Puerta. Proclamó además que la duquesa de Orleans, su cuñada, tenia derecho á suceder en la línea electoral palatina, estinguida sin representante varon, aunque las leyes del Imperio y un testamento se opusiesen á aquella pretension; en fin, sostuvo que no se tenia razon en preferir á Clemente de Baviera, como elector de Colonia, al candidato que el recomendaba. Concluyó, pues, con una declaracion de guerra, y al momento invadió el Imperio.

Aquellos frívolos y no verdaderos motivos cubrian el que era efectivo, es decir, la intencion de humillar á Guillermo de Orange. Declarado aquel príncipe estatuder hereditario, habia procurado á la Holanda una época de prosperidad, apaciguado las facciones en lo interior, llegado á ser en el extranjero árbitro de las relaciones de los diferentes Estados. Hábil político y valiente guerrero, se proponia poner límites al poder de Luis XIV, «perturbador de la paz y enemigo comun de la cristiandad.» Richelieu y Mazarino hubieran hecho permanecer á la Francia unida á la casa de Orange; Luis XIV se separó de ella por baja envidia, y adoptó el partido de los Estuardos, para impedir que Guillermo subiese al trono de Inglaterra, al que le llamaban sus derechos y el voto de una faccion. Pero indignada ó asustada la Europa, se reunió de nuevo en Augsburgo, y empuñó las armas. Guillermo se ciñó la corona británica; Víctor Amadeo II de Saboya, que consideraba la Francia como el único obstáculo que le impedia llegar á ser la primera potencia de Italia (1689), se unió á la España, como tambien el rey de Dinamarca, los príncipes del Imperio, y además la Inglaterra, que entonces no formaba más que una sola potencia con la Holanda. Las tropas que debian poner en pié ascendian á doscientos veinte y dos mil hombres.

Para hacerles frente Luis XIV llamó las guarni-

ciones de las plazas fuertes que habia adquirido en Alemania, mandándoles que lo asolasen todo para poner un desierto entre la Francia y sus enemigos. Todo el Palatinado, una parte del electorado de Tréveris y del margraviato de Baden, y otros territorios situados tambien en las orillas del Rhin, fueron saqueados, minados los puentes y robadas las casas. Manheim, Worms y Espira fueron destruidas enteramente, sin tener siquiera consideracion con los sepulcros de los emperadores, y se prohibió el sembrar en cuatro leguas de un lado y otro del Mosa. Dos años duraron los incendios, dirigidos por el mariscal de campo Melac, hombre brutal, que dormia con dos lobos. «Conozco, decia, que no soy el diablo, como lo pretenden; pues he hecho todo lo posible por tener relaciones con él, y no lo he conseguido.» Como se le preguntase al duque de Crequi por qué se habia portado de una manera tan bárbara con aquellas ciudades: *El rey lo quiere así*, contestó; y enseñó una lista de más de doscientas ciudades y aldeas, destinadas á ser presas de las llamas.

Aun cuando fuera verdad que el rey no hubiese sabido nada y que la orden procediese de Louvois, ¿ha de ser esto una excusa? Semejantes atrocidades, dignas de Gengis-kan, eran tambien inútiles, porque como la Gran Bretaña y el rey Guillermo constituian la principal fuerza de la liga enemiga, hubiera sido preciso sostener á los Estuardos y equipar escuadras. Pero como cuando Seugnelay, hijo de Colbert, apenas ascendió al ministerio de Marina, habia sugerido, para adquirir importancia, el bombardeo de Génova, Louvois para contrariarle queria que las hostilidades se verificasen por tierra, como sucedió. Aquel artífice de perpétuas guerras habia tomado un ascendiente absoluto sobre el rey, no como los demás ministros, cediéndole, si no oponiéndole una voluntad tenaz. Habia llegado hasta el punto de interceptar los despachos que le eran dirigidos, principalmente una carta del duque de Saboya, con objeto de interceptar los datos que condujesen á un acomodo. Habiendo encontrado el rey que una ventana del Trianon no guardaba simetría, sostuvo Louvois lo contrario, y como después de haberse hecho la prueba, fué convencido de no tener razon, dijo que suscitaria á Luis XIV tales embarazos, que no pensaria en que se corrigiese, y lo consiguió. Otra vez cambió dos veces el cuerpo de guardia del punto en que lo habia colocado el mismo rey. Después de la ruina del Palatinado, aunque queria incendiar á Tréveris, y tanto más se obstinaba en ello, cuanto más se oponia al rey. En fin, un dia entró en su gabinete diciéndole, que si escrúpulos de conciencia le impedian permitir que se incendiase la ciudad, él admitia que el pecado cayese sobre él, y que habia dispuesto el incendio. La cólera de Luis XIV llegó hasta el grado de coger las tenazas de la chimenea para maltratarle, y concluyó diciéndole que su cabeza le responderia. Imposible era que Louvois no perdiese el favor del rey; y en efecto, ya se habia dado la orden de conducirlo á la Bastilla, cuando sucumbió á un violento cólico. Regocijóse Luis XIV con aquella muerte, y se paseó en rededor del sitio en que descansaba el cadáver de aquel que habia tenido por señor. Sin embargo, Louvois fué un gran ministro, comparable con los más ilustres héroes y los más detestables agentes del poder; pues hizo la gloria de Luis XIV, y causó la desolacion de Europa y la ruina de Francia.

Batalla de La Hogue, 29 mayo 1692.—Continuó, no obstante, la guerra; pero Luis XIV no hizo para cumplir las promesas con que ayudaba á los Estuardos sino muy débiles esfuerzos por mar, y la escuadra que dió á Jacobo II para intentar un desembarco en Irlanda no produjo ningun resultado. Armó otra escuadra, y con la idea de que los ingleses se sublevarian en favor del pretendiente, mandó á Tourville atacar al enemigo, «fuerte ó débil como fuese.» Este almirante presentó, pues, la batalla con solo cuarenta y tres velas, á noventa y nueve buques ingleses y holandeses mandados por Rusell. Los prodigios del valor francés no pudieron remediar lo absurdo de semejante orden, y la batalla de La Hogue hizo sufrir á Luis XIV la amargura de la derrota, tal vez tambien el remordimiento de haberla mandado. Terrible fué la impresion en los marinos franceses, que creian ver ya las costas de su pais invadidas por el enemigo.

Catinat, 1637-1712.—Disponíase ya la Alemania á vengarse de las matanzas de que habia sido teatro, al paso que se verificaban otras en Italia, España, los Paises-Bajos y el Rhin. Un nuevo general se habia formado para ilustrar el reinado de Luis XIV; éste fué Nicolas Catinat, primer plebeyo elevado á la dignidad de mariscal de Francia sólo por su mérito y sin intrigas. Estraño á los buenos modales, exento de las preocupaciones sin afectar desprecio de ellas, sabiendo conservar su filosofía en medio de las guerras y de las grandezas, los soldados le apellidaban el *Padre Pensamiento*. No obtenia ni solicitaba nunca favores de la corte. Preguntándole un dia el rey en qué estado tenia sus asuntos: «Tengo todo lo que necesito, contestó. Este es el primer hombre, esclamó Luis XIV, á quien he oido semejante lenguaje.» Después de la campaña de Saboya, en la que habia vencido en la difícil y oscura guerra de montañas, recibió de Louvois un billete concebido en estos términos: «Aunque hayais servido mal al rey en esta campaña, su majestad se digna conservaros en su gracia.»

Mientras que el mariscal de Luxemburgo conseguia la célebre victoria de Fleurus, bajaba Catinat á Italia, triunfaba en Estafarda y reducia á Victor Amadeo solamente á su capital. Pero habiendo recibido aquel príncipe socorros de sus aliados, volvió á la carga, persiguió á los franceses hasta más allá de los Alpes, é insultó sus fronteras. Fué en fin batido en Marsella (1693), y cesó de tomar una parte activa en la guerra. Durmióse Catinat en su

campo después de la batalla, y se encontró al despertar rodeado de los trofeos de sus victorias.

El mariscal de Luxemburgo fué apellidado el tapicero de Nuestra Señora, por el gran número de banderas cogidas al enemigo, con que adornó la catedral de París. Pero ¿qué provecho reportaba á la debilitada Francia la gloria de sus armas? Recurrióse á los empréstitos, vendiéronse los empleos vitaliciamente, y estableciόse la capitacion. Sin embargo, los grandes hombres que el reinado anterior habia preparado á Luis XIV desaparecieron poco á poco. De Lionne, hábil diplomático, capaz de comprender en una mirada á toda la Europa, cuya osadia dirigia la inesperiencia del amo, y entreveia de lejos tanto las dificultades como los medios de vencerlas, habia muerto en 1671: desde aquel momento la hábil política de Luis XIV cedió el puesto á una política apasionada. Tambien murió Luxemburgo (1695); Luis XIV dejó de presentarse á la cabeza de sus ejércitos; las intrigas de sus queridas hacian ascender al ministerio á hombres incapaces. Sufria la industria, con la prohibicion que la Inglaterra habia hecho, tanto á los nacionales como á los extranjeros, de comerciar con la Francia. Sufria entonces los bombardeos de que habia dado ejemplo: y los ingleses procuraban destruir los puertos de donde salian para darles caza centenares de osados corsarios. Llevaron una máquina infernal contra Saint-Malo; pero causó pocos estragos. Después bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, sin que correspondiesen los efectos á sus esperanzas.

Paz de Ryswich.—La Inglaterra se encontraba, no obstante (1), cansada de los sacrificios á los cuales no veia un fin razonable; por otra parte la inminente muerte del rey de España hacia desear á los soberanos que pretendian la sucesion, un momento de descanso para prepararse é invadirla en total ó en parte. Recurrió de nuevo Luis XIV á sus artificios, y procuró disolver la liga separando de ella sus miembros uno á uno. Comenzó por Victor Amadeo, á quien le restituyó lo que le habia tomado (1696); pidió la mano de una de sus hijas para el duque de Borgoña, y dispensáronse honores reales á sus embajadores. Secretas prácticas puestas en accion con los demás aliados produjeron en fin el congreso de Ryswick, en Holanda (20 setiembre 1697), donde se firmó la paz entre Inglaterra, España, los Estados Generales y la Francia.

Las condiciones fueron moderadas. La España recobró las plazas que habia perdido en Cataluña, en los Paises-Bajos, y además algunas de las que habian sido declaradas *reunidas*; la Inglaterra y la Francia abandonaron recíprocamente sus conquistas, y Luis XIV reconoció como rey á Guillermo, su mayor enemigo, sin ocuparse más de Jacobo II; la Holanda devolvió Pondichery á la compañía francesa de las Indias. Con respecto al Imperio, Luis XIV se aseguró la posesion de Estrasburgo, Kelh, Filipsburgo y Brisack, renunciando á los paises reunidos. Con respecto á los derechos de la duquesa de Orleans, Roma los compró en 300,000 escudos.

Este tratado no restablecia los de Nimega, Westfalia y los Pirineos; pero tuvo por efecto asegurar la independencia de los Estados, cuyo peligro habian causado tres guerras, y hacer comprender mejor la necesidad del equilibrio. En su consecuencia, la Inglaterra se propuso desde entonces dirigir contra la Francia la política del continente.

(1) Habia perdido mil doscientos barcos mercantes, valuados en treinta millones de esterlinas.

CAPÍTULO VII

EL REY, LA CORTE Y LA SOCIEDAD.

En la época á que hemos llegado ya, los hechos nos han dado á conocer muy bastante á Luis XIV, de quien es muy difícil apreciar exactamente los méritos, considerando que ha sido alabado y vituperado sin límites. Siendo de mediano ingenio, su educacion habia sido tan desatendida, que apenas comprendia el latin del rezo. Bueno en el fondo, no se menciona de él ninguna venganza personal, y constantemente economizó las ejecuciones. Lleno de gracia y dignidad, de gravedad y política, eminentemente despótico, pero sólo por instinto y sin violencia ni perversidad, no fué ni valiente capitan, ni profundo político, y sí en realidad un gran rey poseedor de las cualidades más perfectas para deslumbrar, es decir, cualidades medianas; conociendo sin embargo todos los artificios propios para dar realce á las buenas y paliar las malas.

Richelieu y Mazarino habian dispuesto de tal manera su reinado y el sistema que habia de seguir, que si hasta entonces habia sido necesario que para que un rey fuese grande se elevara sobre sus contemporáneos, bastó á Luis XIV no hacerse superior á ellos. Halló en el esterior la Alemania fraccionada, el Austria decaida en cuanto á sus pretensiones á la soberania, la Inglaterra entregada á las guerras civiles, la España en decadencia, la Holanda agitada y la Italia despedazada. A la Francia se le habia dirigido hácia la unidad del territorio y jurisdiccion; el feudalismo, que la habia destrozado en los reinados precedentes, y los calvinistas que aspiraban á hacer de ella una república federativa, se encontraban abatidos; los privilegios de la nobleza, del clero y de las municipalidades servian para protestar contra el despotismo, pero no para impedirle. Luis XIV pudo, sin embargo, dedicarse á gobernar su Estado, y hacer de la Francia una monarquia absoluta, que por su unidad llegó á ser el centro de la Europa.

Desgraciadamente se hizo brillar á sus ojos la gloria del conquistador como la más hermosa de todas; y una primera guerra injusta contra los holandeses, á quienes aborrecia como á herejes, como á mercaderes y como á republicanos, le arrastró á una série de otras varias que le colmaron de gloria y le acarrearon un torrente de maldiciones. Parece que no le fué posible aspirar sériamente á la monarquia universal, luego que las naciones se hallaban consolidadas, y la cristiandad dividida en dos campos rivales. Por esto un rey para quien las armas no eran sino una ocasion de pompa, lo podia menos que otro cualquiera. Pero los frívolos pretextos que adujo más adelante para violar la paz, su desprecio á los tratados y derechos de otros, y las alabanzas que sus aduladores prodigaban á las acciones que eran menos dignas de ellas, sublevaron contra él las animosidades del miedo. Los príncipes del Imperio, fieles después y apegados á la garantia de su libertad, volvieron contra él aquella balanza política inventada para poner un freno á la ambicion del Austria. Las potencias marítimas, á quienes la preponderancia absoluta sobre los mares las llegó á hacer árbitras de la Europa, marchitaron sus laureles, y lo que parecia resultado de ardientes y frívolas rencillas, llegó á ser una lucha de principios.

El mismo nos instruye de cuanto hay que pensar acerca de su política y de su fidelidad en los tratados, *en sus instrucciones al delfin.* «Aqui tocaré, hijo mio, un estremo quizá más delicado que otro alguno, en la conducta de los príncipes. Me hallo distante de quereros enseñar la infidelidad, pero hay que hacer algunas distinciones en estas materias. «El estado de las dos coronas de Francia

y España es tal en el dia y de mucho tiempo acá en el mundo, que no se puede ensalzar al uno sin abatir al otro, sin tener nada que temer por este motivo. Esto constituye entre ellas una envidia que si me atreviese á decirlo es esencial, y una especie de enemistad permanente que los tratados pueden cubrir; pero que nunca sabrán estinguir, porque el fundamento existe siempre, y una de ellas trabajando en contra de la otra, no cree dañar á su enemiga sino conservarse á sí propia; deber tan natural que es superior á los demás. Y para hablar con franqueza, jamás se lleva á cabo ningun tratado sin esta intencion... Por esto se puede decir, que dispensándose igualmente de observar á la letra los acuerdos, no se contraviene á ellos en sentido riguroso; y si bien están estendidos en aquellos términos, es porque no pueden usarse otros; lo mismo se hace en el mundo con los cumplimientos, absolutamente necesarios para vivir unidos, y que sin embargo valen mucho menos de lo que significan. Así pues, en el tratado con España, cuanto más estraordinarias, repetidas y llenas de precauciones eran las cláusulas en que se prohibia dar auxilio á Portugal, tanto más manifestaban que no se creia que yo debiese abstenerme de hacerlo, y por eso no me he abstenido (1).

Cuando ni aliados ni enemigos pueden contar con la palabra de un príncipe, es de absoluta necesidad que las guerras se perpetúen, porque ofrecen menos peligros que las paces engañosas. Cuando la astucia faltaba se recurria á la corrupcion, que en ningun tiempo se habia manifestado tan audaz y sistemática. El y sus ministros sabian la tarifa de cada uno de los ministros de los príncipes extranjeros, de los favoritos, y de los favoritos de los favoritos; de esta manera la compra de estos venales condescendientes era la parte principal de la diplomacia. El arzobispo de Embrun escribia desde Madrid donde se hallaba de embajador: «He hecho regalos que ascienden á considerables sumas, para mantener honestas relaciones con ciertas damas de edad, que hacen pagar su conversacion con regalos para las hijas de sus hijos, á los cuales no se conoce.» (2) Groat, embajador de Holanda en Suecia, escribia á su gobierno: «El rey de Francia ha dado de una sola vez á R. K. 60,000 florines, bajo el pretexto de hacer un regalo á uno de sus hijos, de quien él era padrino; y aun cuando sea hombre de bien, no creo deba mostrarse tan partidario de la Inglaterra. Por esto es precisamente por lo que habia tomado la libertad de sugeriros el medio de agradar á la reina, á quién en tal caso considero como un particular, cual seria mandarla construir un yacht para sus paseos de placer.» (3)

Cuando Luis XIV envió á comprar el voto del elector de Brandeburgo para el Imperio, y la autorizacion de levantar diez mil hombres, Colbert escribia: «El rey ha enviado un buen regalo para la electora: una cámara entera con cama, sillas, tapices, un espejo y dos veladores de plata. Ya vereis que su majestad ha previsto la necesidad indicada por vos de hacer un presente suntuoso á esta princesa, y que no se trata de un diamante ni un collar de perlas. Por consecuencia debeis revocar la orden dada en Holanda. En cuanto á la distribucion del dinero, me remito á lo que os hará saber M. de Lionne.» (4)

Colbert escribia en otra ocasion á Lionne: «Asegura el señor de Schwerin, que las buenas palabras que me ha dado para la conclusion del tratado habian movido á su majestad á manifestarle eficazmente en qué consideracion tiene á su persona haciéndole aceptar un don de 10,000 escudos. No os repetiré los cumplidos que me ha hecho. Con un poco más de rodeo ha hecho lo mismo con el príncipe de Anhalt, que ha concluido por aceptar 12,000. En cuanto á la electora, habiéndome dado á conocer estos caballeros, que son sus partidarios, que un diamante de 10,500 escudos le seria muy agradable, he invitado al señor de Schwerin á que me presente á un platero que sirve á la casa de Brandeburgo, para que busque uno de este precio; y si se halla, cual se desea, mandaré comprarle; sino, entregaré el dinero para convertirlo en lo que agrade á la electora. Aun cuando el regalo que se me dice llegase, no podré evitarlo; porque habiéndose sabido aquí que podia disponer de una suma de 100,000 libras, hubiera producido mal efecto perdonar cosa alguna. Si el otro regalo para la electora llega, será esto un aumento de liberalidad, que unido á la veneracion que se tiene en esta corte, como en todas las de Europa, á nuestro gran monarca, puede ser útil para la conclusion del tratado, que espero enviaros prontamente.» (5)

El mismo rey escribia: «Habia dado orden á mi embajador de distribuir dinero á los principales diputados de las Provincias-Unidas, y aun á las ciudades particulares, para hacerme dueño de las deliberaciones y eleccion de sus magistrados; creyendo deber obrar de esta manera para alejar de los cargos públicos los de la faccion del príncipe de Orange, á quien suponia enteramente afectos á la voluntad del rey de Inglaterra (6)... No olvidé hacer tantear los mismos medios para adquirir los sufragios del príncipe de Anhalt y del conde de Schwerin, que tenia la principal parte en los consejos de esta corte (de Brandeburgo); lo que se hizo de tal modo, que mediante 22,000 escudos distribuidos entre ellos, me sirven después en todos los sucesos que me pueden ocurrir.» (7)

---

(1) *Obras de Luis XIV*, t. I, pág. 68.
(2) Despacho del 29 de diciembre de 1664 de MIGNET.
(3) Despacho del 8 de diciembre de 1668.
(4) Despacho de la marina, segun E. SUE, *Historia de la marina francesa.*
(5) Ap. EUGENIO SUE, I, 82.
(6) Obras de Luis XIV, t. II, pág. 29.
(7) Idem. II, 43.

Dió del mismo modo á Sidney doscientas mil libras, á fin de que fomentando entre los ingleses el partido republicano, alejase el peligro con que le amenazaba el advenimiento de Guillermo de Orange al trono. Estipendiaba á Cárlos II y á Jacobo Estuardo, y existen documentos en los que se encuentran enunciados los subsidios que proporcionaba los miembros de la oposicion en el parlamento. Ultimamente se ha publicado una lista curiosa de los donativos hechos por Luis XIV, desde 1669 á 1714, con indicacion de su valor, de la persona, y á veces del objeto. En ella se encuentran cardenales, ministros, príncipes, generales, duquesas, marinos, poetas, jesuitas, ayudas de cámara y cantatrices: al nuncio del papa, mediador de la paz de Nimega, una cruz de diamantes de valor de 9,125 libras; al cardenal Ottoboni (que fué después papa con el nombre de Alejandro VIII), una hermosa caja de tabaco con adornos de brillantes, de 24,617 libras; al gran inquisidor de España, un anillo con un hermosísimo diamante rosa, de 18,510 libras.

Cuando se prepara la guerra, no hace Luis XIV menor provision de ricas joyas en las tiendas de los diamantistas, que de armas y municiones en los arsenales: eran aquéllas la vanguardia de sus tropas. En 1671, en el momento en que se disponia á marchar contra la Holanda, llovian sus alhajas en los gabinetes extranjeros. Recibió la embajadora de Saboya perlas y diamantes; el embajador una vajilla de plata; el elector de Colonia una cruz de doce brillantes; el duque de Neuburgo, 120,000 libras en piedras finas; los parientes y secretarios del elector de Maguncia, anillos y cajas para tabaco; el obispo de Munster 20,000 libras, y así otros. Durante la guerra, ricos regalos fueron hechos á cada uno de los personajes influyentes en la Inglaterra. Un retrato rodeado de diamantes de valor de 12,890 libras, y un anillo de brillantes de 36,000 al lord Arlington; una caja de tabaco de 28,000 libras al célebre Buckingham; una espada de 38,000 libras al duque de Monmouth; un bracelete de 10,000 á la condesa de Sunderland, y á su marido una tabaquera de 17,000.

Las repúblicas recibian donativos más modestos tal vez, pero no menos corruptores; y al lado de los Giustiniani, Contarini y Durazzo, se encuentran nombres suizos y holandeses. Al primer embajador moscovita, Potenkin, se le dió una miserable caja de tabaco de 3,000 libras, pero al mismo tiempo se le hizo tambien el regalo de unas cortinas de los Gobelinos, doce alfombras, doce vestidos de brocado de oro, y cuatro de paño escarlata, como los que usaban los turcos; al segundo embajador, una tapiceria y algunos relojes y péndolas; al rey de Siam, fusiles adornados con piedras finas (8); á los salvajes convertidos del Canadá, medallas de oro; á un príncipe negro de Africa, una tabaquera con diamantes.

Puede formarse una idea de lo que Luis XIV gastó en sus numerosas queridas, hijos y nietos, en las comadres, nodrizas, cirujanos y camareras. No habia matrimonio ó bautizo, fuese de las familias del parlamento, ó de la de los elevados funcionarios, en el que no hubiese regalos del rey, además de todos los que recurrian á él para que pagara sus deudas ó repusiese sus casas.

Otra clase de corrupcion, á la verdad menos innoble, era la proteccion que se concedia á los literatos y á los artistas. Así como Napoleon, y como

---

(8) Véase el *Diario de los Debates* del 2 de junio de 1842.

Los magníficos regalos eran entonces menos raros que en el dia. Cuando el arresto de Fouquet se encontró una caja llena de cartas, dándole gracias por los regalos con los cuales habia triunfado de muchas virtudes. Una dama le daba gracias por una casa que habia comprado con sus liberalidades, otra por 30,000 libras que habia recibido, añadiendo que á pesar de esto no tenia perlas, una dama de honor de la reina por 50,000 escudos. Además el duque de Brancás habia recibido 600,000 libras; el de Richelieu 200,000; el marqués de Crequi 100,000; la camarera mayor de la reina 100,000, y el poeta Scarron 12,000 al año.

Existia desde muy antiguo la costumbre de mandar tambien á la corte de Roma preciosos regalos, y Voigt, en la *Historia de Prusia* dice que en el siglo XIV se regalaron al papa 4,000 ducados de oro; al cardenal Fargis, sobrino de éste, 100 doblones; 20 al de Albano, 447 ducados de oro y 25 doblones entre otros varios familiares, y además lo que se daba á los abogados, notarios, familiares, etc. El embajador por esta razon iba provisto siempre de regalos. Juan de Felde, cuando fué de embajador á Roma en 1391, llevó veinte y cinco tazas de plata, quince platos de lo mismo, y muchísimos anillos. El mismo Voigt refiere el regalo de doce apóstoles de oro hecho á Leon X por la orden Teutónica, cuyos apóstoles fueron vendidos después; y pone la lista de los regalos hechos, no sabe en qué año del siglo XV, por Navidad. La ponemos á continuacion por la curiosidad que ofrecen los precios:

	Ducados.
1.° Por una pieza de terciopelo turqui, al papa.	83
2.° Por un jarro dorado, al mismo..	64
3.° Por el forro de una capa de armiño, al mismo..	14
4.° Por trece jícaras de plata á los camareros del papa.	117
5.° Al protector de la Orden.	110
6.° Por dulces distribuidos entre los cardenales.	70
7.° Por dulces á los auditores.	31
8.° A dos abogados.	24
9.° A dos procuradores.	20
10. Al jefe de la caballeriza del papa.	3
11. A los porteros de palacio.	30
12. Por un caballo regalado..	30
13. Por una silla para el mismo.	1
14. Al protector de la Orden, al cardenal de Novara y al protonotario Hermano Dwerg, un caballo á cada uno, y dos caballos al prior que introduce las personas á la presencia del papa.	

todos los déspotas, sufria con impaciencia el que se libertasen del círculo de su poder, acogia sus súplicas, y hasta se anticipaba á sus deseos; pero ¡ay de los que desdeñaban sus favores! Los literatos habian desempeñado un gran papel en la Liga y en la Fronda; se habian acostumbrado á dirigir sus miradas á los actos del gobierno y á censurarlos, pero Richelieu les habia hecho adoptar la librea, y habia introducido el sistema de la adulacion. Pensó Luis XIV cerrarles después la boca con pensiones sobre su caja y plazas en la Academia. De esta manera consiguió tener panegiristas, de opositores que eran; y como lo decia Colbert, «la inteligencia prestó ligio homenaje al monarca.» Poco contento con haber reunido lo selecto de los sábios nacionales, lo buscó entre los extranjeros, y sobre todo entre los italianos. Asignó pensiones á Viviani, al malicioso historiador Siri, al arquitecto Bernini; cien escudos anuales al docto Dati; quinientos por un panegírico al milanés Octavio Ferrari; ciento cincuenta pistolas á Graziani; otro tanto á Achillini por una oda ampulosa. Torrelli de Fano fué el encargado de preparar las máquinas para el teatro. Regaló á un jesuita italiano una medalla de oro por un poema latino; á un tal Baba una cadena de oro por un poema sobre el busto del rey; al conde de San Martin, piamontés, una caja de tabaco de 1,500 libras, por un poema sobre la destruccion de la herejía; al marqués de Natta una cadena y una medalla de oro, por una tésis que le dedicó. Llamó á Francia á los Cassini, invitó al latinista Bonamici á ir á aquel pais para escribir la relacion de la toma del puerto de Mahon. Encargaba á todos los que iban al otro lado de los Alpes, saludar de su parte al Magliablechi. Por lo demás no tenia dificultad en pedir en cambio de sus regalos, elogios y aplausos (9).

Por lo demás, acariciaba más bien á las gentes medianas que á los hombres superiores; no hizo trabajar á Sueur y sí á Lebrun. Encontró oposicion en los mayores talentos de la época; y en el año en que fué más liberal con las letras y las ciencias gastó 53,200 libras en pensiones á los nacionales, y 16,300 á los extranjeros; gratificaciones que sumadas á las anteriores ascienden á 100,866, lo cual no es nada para las espléndidas profusiones de Luis XIV (10). Una proteccion tan interesada no podia concederse sino á espensas de la dignidad de los que la aceptaban, y convertirse en amargura desde el momento en que se atrevian á disgustar al monarca, pues la espada de Damocles estaba suspendida sobre aquellas cabezas serviles ó pensadoras. Si Mezeray se atrevia á decir una verdad, se le retiraba la pension; si se sospechaba á Fenelon de haber querido en su Telémaco aludir á la corte, era relegado á su obispado; un despacho real hacia encerrar por años en la Bastilla á personajes de elevada categoria, sin que la sociedad ni ellos mismos supiesen el motivo. Boileau estaba pronto á lanzar la sátira contra los que no agradaban al rey. El abate Cassagne se volvió loco porque fué criticado; Racine muere de pesar porque el rey le retira su favor; el mismo intrépido Fenelon llama *desgracia* á su estrañamiento de la corte. Vivió en un siglo inclinado á prodigar las alabanzas; y las que se ven adjudicadas á efímeras producciones, las fórmulas encomiásticas, menos bajas que insignificantes, multiplicadas hasta en lo infinito, inspiran disgusto. Corneille llama á Mazarino, dedicándole la *Muerte de Pompeyo*, «hombre superior al hombre,» y le dice, que al describir á Pompeyo, á Augusto y á los Horacios, fué sin notarlo, inspirado por él. Entiéndase que Corneille era uno de los caractéres menos serviles. ¡Júzguese si á los demás no les agradaria encontrar un rey á quien satisfacian y pagaba semejantes exageraciones! No hubo, pues, autor que no se las dirigiese á montones. La poesia, la pintura, el mármol y el bronce no bastaban para celebrar sus altos hechos. La literatura no cesaba de prodigar elogios al príncipe; y cuando la victoria se muestra sin generosidad, la alabanza no tiene medida ni delicadeza.

Las grandes victorias de Rocroy, Nordlingen y Lens después de haber sido publicadas en la *Gaceta de Francia*, se eternizaron en medallas, á la usanza de Roma. Este lujo comenzó cuando la minoria de Luis XIV, en cuya época se ejercitaba el talento en emblemas y divisas, como en la de los torneos. Ya se reproducia entonces el sol, la mano con la espada, las noches estrelladas, los lirios creciendo á la sombra de un árbol y el agitado mar humillando sus olas en la costa; pero en su reinado, la numismática registró los menores sucesos en sus páginas de bronce. Este era el gusto de entonces. En la época de la guerra de Holanda, como

---

(9) Al enviar Colbert una pension á Gronovio, hacia que le escribiese Chapelain: «He salido garante respecto á este ministro del resentimiento que tendreis por este favor, y le he asegurado que no responderíais á lo que su majestad aguarda de vuestras vigilias, sino que buscareis los medios de reconocer su munificencia, dando á luz todas las virtudes heroicas con que resplandece su gloria, pero sin dejaros sobrepujar en esto por ninguno de aquellos que han sido objeto de sus liberalidades, y que por sus ofrendas lo desempeñan con tanta elocuencia.» *Cartas y piezas raras inéditas*, publicadas por MATTER. Paris, 1846.

(10) «El menor de los príncipes que hubiese concedido ocho ó diez pensiones á escritores de diferentes naciones, estaba seguro de hacerse celebrar como un gran hombre. Estas trompetas de la fama no son caras. He tenido la curiosidad de buscar en los manuscritos de Colbert el estado de las pensiones que Luis XIV asignó á los literatos de Francia ó extranjeros. El total no asciende más que á 66,300 libras, á saber: 52,300 á los franceses, y 14,000 á los extranjeros. Todos los que fueron agraciados reconocieron sin dificultad á aquel príncipe por Luis el Grande. Leo Allacio, bibliotecario del Vaticano, rehusó noblemente la pension de 15,000 libras que se le habia concedido, porque la corte de Roma estaba entonces indispuesta con la de Francia.» DUCLOS, Mem. I, 224.

aparecia que no se podia encontrar fórmulas capaces de bastar á los panegíricos, el Olimpo y Cristo, las alegorias paganas y los pasajes de la Escritura, las sátiras de Boileau y las predicaciones de Bossuet, se reunian para ensalzar hasta las nubes al rey. El mismo papa le cumplimentó por una empresa que comenzó prostituyendo Cárlos II á la señorita de Kerhoual, continuó con el asesinato de los Witt, y concluyó con la matanza de todo un pueblo.

Cuando la inauguracion del monumento erigido en la plaza de las Victorias, el marqués de la Feuillade dió tres veces la vuelta á caballo en su derredor á la cabeza de su regimiento, prosternándose varias veces, como lo hacian los paganos con los emperadores, y mantuvo antorchas encendidas delante de este monumento, como en los altares. Un dia aquel rey, ya anciano, se quejaba de perder sus dientes: «¡Dios mio, señor! exclamó el cardenal de Estrees, ¿quién es el que tiene dientes?» Un predicador que acababa de decir: *Todos moriremos*, se dirigió al rey, y añadió como volviendo en sí: *Casi todos moriremos*.

La vanagloria era el defecto más grande de Luis, que la llevaba hasta la puerilidad. Sin tener voz ni conocer la música, tarareaba con frecuencia arias compuestas en su propio elogio; le gustaban las revistas, las paradas y los simulacros; se ponia lleno de gozo al oir elogiar su bella presencia, su continente majestuoso, su airoso porte á caballo, y su robustez infatigable; hablaba continuamente de sus campañas y de sus tropas, y como sabia narrar muy bien, queria estar narrando siempre. Después de la paz de Ryswick, que tantos tesoros habia costado, ordenó la famosa revista del campo de Compiègne que costó tanto como una guerra; de modo que veinte años después no se habia pagado á algunos regimientos todavia (11).

Vióse construir en aquella época el colegio Mazarino con arreglo á los planes de Le Veau. Bernini, arquitecto el más afamado de aquella época, fué llamado á París para terminar el Louvre: se le acogió con esplendidez, y se le asignaron 72,000 libras de honorarios; pero su plan fué inferior al de Claudio Perrault, que era la admiracion de todos (1666). Le-Notre diseñó los jardines de las Tullerias, y los Campos Eliseos unieron las delicias del campo á la elegancia de la ciudad. Liberal Bruaut dibujó el cuartel de Inválidos, del que Hardouin Mansart construyó la magnífica cúpula, que tiene cincuenta piés de diámetro y ciento veinte y tres de altura. Francisco Blondel erigió el arco triunfal de la puerta de San Dionisio, y Pedro Bulet el de la puerta de San Martin. La plaza Vendome se abrió en 1683; después se abandonó á la ciudad, que terminó su construcción en 1701.

El Observatorio, edificio de Claudio Perrault, fué hecho por Domingo Cassini, nombrado para dirigir los trabajos astronómicos. De este reinado son tambien el Puente Real y de Tournelle, la plaza de las Victorias, los baluartes, los malecones, las iglesias de San Roque y la Asuncion, el Val-de-Gracia, la Salpetrière y el hospicio de los Quince-vingts.

París fué siempre la ciudad del pueblo (12). Luis XIV, que tuvo que huir de sus muros en la época de la Fronda, quiso disponer una capital artificial, en la que los cortesanos no se distrajesen en su admiracion con el contacto de hombres sin prestigio. Versalles, donde en efecto residió la monarquia hasta el dia en que «el pueblo reconquistó á su rey» para guillotinarle, llegó á ser bajo la direccion de Le-Veau y después bajo la de Mansart, la más magnífica permanencia real; y surgió una ciudad al rededor de aquel vasto castillo. Luis XIV hizo llevar á él, con ayuda de máquinas maravillosas para la época, el agua del Eure; pero entonces no se inquietó de si el valle por donde corre este rio quedaba árido y estéril. Hizo trabajar en los acueductos á su hermosa infanteria, que fué diezmada por el aire mal sano, hasta el momento en que la guerra le obligó á emplearla en otra parte (13).

Mas no todo era vana pompa, pues que concentraba el rey en palacio todo lo que podia escitar la admiracion y acrecentar el poder del Estado. Por aquel tiempo se reunieron en Paris todas las grandezas y las glorias del mundo. Veíase allí á

(11) «Los detalles que dan á conocer la corte son una parte esencial de la historia de las monarquias.» SISMONDI, *Historia de Francia*, XXVII, 136.

(12) Las instrucciones de Colbert á su hijo *para desempeñar bien la primera comision de su empleo* (manuscritos de la Biblioteca Real, lado diez y seis, num. 17) da á conocer cuál era ya la importancia de Paris. «Siendo Paris la capital del reino y la morada de los reyes, es cierto que imprime movimiento á todo el resto del reino; que todos los asuntos interiores comienzan en ella, es decir, todos los edictos, declaraciones y otros grandes asuntos los principian las compañias de Paris y después son enviados á todas las demás del reino, concluyendo los mismos grandes asuntos en la misma ciudad, tanto, que cuando las voluntades del rey son ejecutadas en Paris, está cierto de que lo son en todas partes, y que todas las dificultades que produce su ejecucion se deben á las compañias de Paris. Esto precisa, hijo mio, saber la orden general de esta gran ciudad, sin que haya casi nunca un dia de consejo en que no sea necesario hablar de ella y dar á conocer si se sabe algo ó no.»

(13) Se han exagerado tambien las sumas gastadas por Luis XIV en Versalles y otras partes para satisfacer sus deseos. Guillaumot, arquitecto de los edificios reales, se ocupó en buscar con cuidado en los registros, y sacó de ellos datos positivos que leyó á la Sociedad de Ciencias y Letras. Resulta de éstos que los gastos para el castillo y el jardin de Versalles, las iglesias de Nuestra Señora y de Recoletos de la misma ciudad, para Trianon, Clagny, Saint-Cyr, el castillo, los jardines y la máquina de Marly, el acueducto de Maintenon, los trabajos en el rio Eure, los castillos de Choisy y Monlinart, en el trascurso de veinte y siete años, desde 1664 hasta 1690, no ascendieron más

Cristina de Suecia, echando de menos un trono del que habia bajado voluntariamente; á Pedro el Grande, anhelante de trasladar á sus rigorosos climas un ingerto de aquella brillante civilizacion; á los Estuardos, que no creian irreparablemente perdido su cetro mientras que Luis XIV se dignase sonreirles. Los misioneros escribian de la China que la gloria de aquel gran nombre habia llegado hasta allí. Salvajes que el rey se lisonjeaba de haber convertido al cristianismo, llegaron de Africa; y hasta se arreglaron con tanta destreza, que llegó á Paris un embajador de Siam. ¿Qué cabeza hubiera podido resistir á la embriaguez de estas lisonjas? El entusiasmo que inspiraba nos es atestiguado por el cuidado que se ha tenido de trasmitirnos los más frívolos detalles de su vida; por el respeto que se tenia á lo que se hubiera creido culpable imitar; por el desprendimiento con que se prodigaban por él los bienes, el talento, la sangre y hasta la reputacion. Aun más, sus contemporáneos le creyeron de elevada estatura, hasta el momento en que violando su tumba la Revolucion para arrojarle en una cloaca, le midió, y le encontró más bien bajo que mediano; ¡tan grande era la ilusion de todo el mundo por la continua pompa de que se rodeaba! La adulacion procuraba un poder inmenso á sus ministros, que sin cesar tenian ocasion de incensar al amo y repetirle que era el más grande capitan, el hombre de Estado más prudente, el crítico más sagaz del mundo; y creia que todos le obedecian, porque se apropiaba lo que le habian sugerido; creia gobernar por sí mismo, porque firmaba los edictos y las ordenanzas, y para ser omnipotentes no tenian los ministros más que persuadir al rey que lo hacia todo.

No debe pues, causar admiracion que Luis XIV no considerase ni lo refiriese todo más que á sí mismo; teniendo por esta razon envidia de todo mérito superior. Al mismo tiempo que nivelaba á sus súbditos, atacando á los que eran superiores en algo, queria que toda justicia y favor procediese de él, como tambien las distinciones, para las cuales encontraba hábilmente un motivo en las menores bagatelas. Quinientas personas fueron admitidas al honor de verle afeitar ó ponerse los calzones; toda la ciudad aspiraba al de asistir á su comida. Se purgaba y tomaba vomitivos en presencia de los más grandes señores. Hasta la edad de treinta y dos años bailó, admirando á toda la corte por la agilidad de sus miembros. Los viajes, las fiestas y los paseos eran para él un continuo motivo de distinguir á unos y mortificar á otros. Además, á las distinciones efectivas sustituia las ideales, estimulando los celos y las esperanzas con cada una de sus acciones. Después de haber agotado los títulos y las condecoraciones, inventó una casaca de un corte particular, que no podia usarse sino en virtud de un despacho real. El honor de ponerle la camisa, presentarle su baston, tener su sombrero ó la palmatoria cuando decia sus oraciones; sus diferentes modos de saludar, inclinándose más ó menos, eran otras tantas cosas calculadas, y en su consecuencia ambicionadas. Queria que se le desease, y por esto tenia gran cuidado en examinar quién asistia ó no cuando se levantaba, y quién se presentaba en su antecámara y en sus fiestas. No tenia que esperar empleo el que no era asiduo, y contestaba á las solicitudes: *¡No le veo nunca!*

Era tambien admirable el modo con que hacia un regalo, decia una gracia, y cuán á tiempo sonreia. Cuando Bossuet comenzó á ser célebre, hizo escribir á su padre felicitándole por tener tal hijo. Hasta en sus reprensiones usaba de una estremada delicadeza. Así fué que cuando Lauzun rompió su espada en su presencia, jurando que no queria servir á un rey injusto, arrojó por toda respuesta su baston por la ventana, esclamando: «Nunca se dirá que he apaleado á un caballero.» Estos buenos modales constituyeron el carácter de la sociedad de aquel tiempo.

«Nadie igualaba á Luis en las fiestas, en las revistas y hasta en la menor accion. Su modo de andar, su porte, su aspecto, todo era medido, conveniente, noble y majestuoso, y sin embargo, natural; unia á esto un carácter al cual la costumbre, la ventaja incomparable y única de su persona proporcionaban gran facilidad. Así era que en las causas sérias, en las audiencias de los embajadores, en las ceremonias nadie impuso tanto como él; y era preciso acostumbrarse á su voz, si no se queria correr el riesgo de cortarse arengándole... Sus respuestas eran concisas, exactas, llenas de vigor, y rara vez carecian de algunas palabras graciosas, y hasta aduladoras, si los discursos lo merecian... El respeto que su presencia inspiraba,

---

que á 187.000,000 de libras, incluso la compra de tierras, cuadros, medallas, cristales, ágatas, etc. Es mucho, pero no llega á 1,200 millones como Mirabeau lo afirmaba en la tribuna. Guillaumot ha calculado tambien que Luis XIV gastó en otros edificios y manufacturas, para utilidad ó gloria del Estado, 307 millones, á saber:

En el Louvre y las Tullerias.	21.217.938 pts.
En San German en Laye.	12.911,123 »
En Fontainebleau.	5.547.493 »
En Chambord.	2.451,403 »
En el arco de triunfo de San Antonio. .	1.027,511 »
En el Observatorio.	1.150,248 »
En los Inválidos.	3.420,664 »
En la plaza Vendome y en el convento de Capuchinos.	4.125.395 »
En el Val de Gracia..	740,567 »
En las Anunciadas de Meulan.. . . .	176,825 »
En el canal del Languedoc.. . . .	15.473,111 »
En los Gobelinos y la Jaboneria. . . .	7.291,896 »
En las manufacturas de las provincias. .	3.959,980 »
En pensiones y gratificaciones á los literatos.	3.414,297 »

Valuando siempre el marco de plata en 52 libras, al paso que no valia entonces, como ya hemos dicho, más que 2793.

en cualquier punto que se presentase, imponia silencio, y hasta una especie de espanto.» (14) Por esto la señorita Scudery decia que hasta jugando al billar conservaba el aire de señor del mundo.

Tenia todos los dias en la corte doce mesas, en las que se servian á los oficiales de la casa del rey, á los extranjeros invitados á un banquete tan suntuoso como en otras partes los de los soberanos. En los pequeños aposentos de Marly, todas las damas encontraban en su habitacion un tocador, en que no faltaba más que el pensamiento. En las grandes recepciones se adornaba Luis XIV con todo lo que podia contribuir á hacer resaltar sus gracias y la dignidad de su persona. Multitud de encajes guarnecian sus mangas y el pecho, y á veces se presentaba con 8 ó 10 millones de joyas. La magnificencia y los placeres del talento se unian para embellecer su corte. Se improvisaban pórticos, teatros, anfiteatros; los torneos de los tiempos caballerescos se mezclaban á los dramas del siglo presente, y las divinidades paganas á las personificaciones.

En las fiestas de Versalles del mes de mayo de 1664, seiscientas personas de la corte y su comitiva fueron sostenidas de los fondos del rey con todas las personas de su servicio. El primer dia hubo una revista de los que debian figurar en un torneo. Desfilaron precedidos de heraldos, pages y escuderos, con divisas y escudos, en los cuales estaban inscritos versos de Perigny, Benserade y otros poetas que sabian unir la delicadeza á diestras alusiones, en la clase de composicion entonces en moda. Iba el rey á caballo, resplandeciente con el brillo de los diamantes de la corona que llevaba todos encima. Cerraba la cabalgata un carro del Sol, muy elevado, al que rodeaban las cuatro Estaciones, las cuatro Edades, las Horas, los signos celestes, adelantándose al alternativo sonido de las trompetas, cornemusas y violas. Iban después personajes que recitaban versos á la reina, que rodeada de trescientas damas, se ostentaba bajo arcos triunfales. Después de las carreras y al concluirse el dia, la fiesta, cuyas diversiones se continuaron, fué iluminada por cuatro mil antorchas, sirviéndose mesas para doscientas personas que figuraban faunos, silvanos, driadas, estaciones, pastores, vendimiadores y segadores. Hallándose Pan y Diana en una montaña movible, bajaron de ella para poner en las mesas todo lo más esquisito que producen los montes y campos. Después se descubrió de repente detrás de las mesas un teatro semicircular, lleno de músicos, iluminado como toda la escena, con candelabros de plata, y cerrado con una balaustrada dorada. No continuaremos la relacion de aquellas fiestas que duraron siete dias, y durante las cuales ganó Luis XIV cuatro veces el premio de los juegos, que dejó después á los demás caballeros disputarse. Las mil alusiones de Molière, en *La princesa de Elida*, causaron gran placer á aquella brillante asamblea.

Tanto fausto debia formar gran contraste con la sencillez de los holandeses, entre quienes el grande Witt no tenia á su servicio más que un criado, y el almirante Ruyter, después de señaladas victorias, llevaba él mismo su maleta desde abordo á su casa, sin haberse metido nunca en un coche. Esta sencillez tenia que ser más odiosa á Luis XIV, pues personas que tienen pocas necesidades con dificultad se dejan corromper, y de Witt fué, en efecto, el único que permaneció firme á sus espléndidas seducciones.

Pero el mérito de Luis XIV es haber fundado una parte de la ciencia del gobierno en la cultura de la corte y la dignidad de la nacion. Chocando á las imaginaciones conseguia su objeto, que era sacrificar impunemente los intereses del pueblo, hacer necesaria la atmósfera real á los señores que abandonaban por la corte sus castillos donde existian recuerdos de resistencia. ¿Qué se hace? ¿qué se dice en la corte? Esta era la pregunta general. La corte era el centro de todas las intrigas y el modelo de la elegancia. Encontraban allí placeres para toda edad y todo sexo: veian burlarse de las virtudes domésticas y la sencillez de los campos, ridiculizar en mascaradas y comedias á los nobles campesinos, de manera que la altanera insolencia se cambió en servilismo. Algunos destierros y beneficios bastaron á estinguir el espíritu de oposicion, reducido por entonces á pueriles intrigas. Los príncipes, que en otro tiempo asustaban á la corte, retirándose á sus tierras, iban dócilmente á constituirse presos en la Bastilla, á una orden del ministro. Los grandes señores olvidaron su antigua independencia para ir á representar el papel de cortesanos; los enormes gastos á que se vieron precisados disminuyeron su fortuna, y con ello el respeto que se les tenia. Para remediarlo, buscaron alianzas que desdeñaron en otro tiempo; la gente de negocios se unió á la nobleza, y las distinciones desaparecian poco á poco en medio de aquel fausto universal.

Era necesario atender á esta nobleza necesitada, y Colbert desesperaba de poderlo conseguir; pero Luis XIV los convertia en instrumentos de su ambicion. Aumentó el número de los oficiales, fraccionando el ejército; abrió á los caballeros el recurso del comercio marítimo; pero la preocupacion los alejaba de él, y entonces se introdujeron los caballeros de industria. La nobleza aduló al amo para obtener títulos y pensiones; estableció máximas opresivas con respecto al pueblo; en medio de un lustre prestado y de un poder artificial, perdió toda la fuerza como cuerpo político, por carecer de los dos vínculos que la constituian, los Estados Generales y el servicio militar. Refundida en el ejército, se acostumbró á una sumision á que se hubiera negado como vasalla, y sufrió que la antigüedad de la raza quedase subordinada á la del servicio.

(14) *Memorias de* SAINT-SIMON. Este es ciertamente el libro más curioso de aquella época.

Todos tenian libertad de hablar al rey, pero sólo cuando iba y volvia de misa, ó pasaba de un aposento á otro; así era que se limitaban á dirigirle dos palabras á las que inevitablemente contestaba: *Veré*. De esta manera todo quedaba á disposicion de sus ministros, hasta las cartas más confidenciales. Si alguno (caso muy raro) podia llegar hasta él, le encontraba deseoso de la verdad, fácil en desengañarse, sufrido con la contradiccion; así era que los que le rodeaban tenian gran cuidado de alejar de él á todo el mundo, á fin de que su excesivo poder no se disminuyese. Pero, como consecuencia de la ilusion natural en los talentos limitados, creia obrar por sí mismo cuando no hacia más que seguir la voluntad de otro. «Estaba persuadido que se reina con el trabajo; que el oficio de rey consiste en dejar obrar el buen sentido; que un rey debe decidirse él mismo, porque la decision necesita un talento de amo, y en el caso en que la razon no aconseja, debe fiarse de los instintos que Dios ha concedido á todos los hombres, y principalmente á los reyes.» (15) ¡Estraño orgullo creer en una inspiracion reservada particularmente á los soberanos! En su consecuencia, miraba como un esfuerzo de aplicacion el tiempo que perdia en minuciosidades. Atribuia una importancia suprema á los consejos de Estado, como si con ellos hubiese dirigido el mundo. Pero en realidad aunque distante de tener la comprensiva mirada de Richelieu y Mazarino, como tambien su constante voluntad, se dirigia por capricho y por pasion; preocupado con los detalles, incapaz de grandes proyectos, ignoraba la moderacion, que es un medio de fuerza; no consultaba más que su gusto en la eleccion de sus ministros y secretarios, prefiriendo á aquellos que no manifestaban superioridad de talento, que parecian ignorar con frecuencia y aprenderlo todo de él. Segun el dicho del canciller Tellier, de veinte asuntos que se le presentasen decidia diez y nueve con arreglo al parecer del ministro; pero para dar á conocer que él era el rey, se reservaba contradecirle en uno, sin motivo aparente; y á veces era tal vez para que se le recomendase de nuevo.

Queria que se le tuviese al corriente de todas las frivolidades, galanterías y bagatelas. En su consecuencia, multitud de emisarios le referian mil anécdotas por las cuales concedia ó retiraba su favor. Se decidia de esta manera por las personas; y cuando se engañaba, toda manifestacion era inútil para hacer que revocase la sentencia que habia pronunciado. Mientras tuvo en su derredor hombres superiores que le habia dejado Mazarino, calculaba con prudencia, ejecutaba con precision, preparaba los acontecimientos en lugar de aguardarlos, y hacia concurrir á sus fines á los hombres, á la época y á las circunstancias. Pero lo que prueba que no habia presidido la buena eleccion en los primeros es que la de los últimos fué muy mala. En efecto, al revés de los demás soberanos, fué político en su juventud, aprovechándolo todo para conservar la paz y evitando comprometer su hermosa marina; al paso que avanzando en edad, se arrojó con furor á guerras que no estaban motivadas, y atrajo sobre la Francia los odios y las desconfianzas reunidas sobre la casa de Austria. Fueron la causa los ministros, y las rivalidades entre Louvois y Seyguelay costaron á la Francia torrentes de sangre. Luis XIV tenia tambien cualidades propias para impedir que las de los demás se desarrollasen. Su deseo de grandeza hacia que toda importancia personal de nacimiento, gloria y talento le incomodasen. Alejó á los príncipes de la sangre del consejo, y después del mando de las tropas. Tenia envidia tanto de la habilidad de Colbert y de Lionne, como del valor de Condé y de Luxemburgo. Así fué que el arte de los que supieron cautivarle consistió en no dejar conocer su talento y disimular su imperio, que en Lionne pareció el resultado de prudentes consejos, en Louvois el de la adulacion, y en madama Maintenon el del amor.

Cuando el rey no era ya solamente el primero de los poderes, sino que concentraba en sí todos los elementos de la sociedad, adquirió su vida privada importancia, pues comunicaba al Estado las debilidades de la naturaleza humana. Maria Teresa, mujer de Luis XIV, tuvo siempre costumbres muy puras, pero un ánimo muy débil. Incapaz de sostener una reunion y poniéndose en ridículo por celos, no supo encadenar el corazon del rey, quien se dió sucesivamente una série de queridas, de las cuales algunas han llegado á ser tan célebres como él mismo.

La Vallière, 1644-1710.—Luisa Francisca de Blanc, de la Baume, se enamoró en secreto del rey, por quien rechazó los homenajes y la mano de varios pretendientes, hasta el momento en que habiendo conocido el secreto que ocultaba, correspondió el rey á él, y triunfó de la virtud y piedad de aquella jóven enamorada. Conservó el pudor, aun después de haber perdido la castidad, y evitando los homenajes, precio de su debilidad, cultivaba en secreto en su corazon un sentimiento que debia expiar con tanto padecer. Habiéndose sabido su falta, se retiró á un monasterio: acudió Luis XIV á él, consiguió sacarla, y la hizo duquesa de la Vallière. Pero ni los hijos que tuvo de ella, ni su gracia, ni su dulzura pudieron fijar el voluble corazon del rey; pronto prefirió á ella madama Montespan, y cuando se quejó le contestó con frialdad, que su sinceridad no le permitia negárselo, y que sabia que un rey como él no queria ser incomodado. La Vallière volvió, pues, á concebir la idea de consagrarse á Dios, de cuya idea la habia separado una pasion en la que la ambicion habia tenido muy poca parte. Habia querido retirarse al campo; pero el rey no consintió en ello, con objeto de que casándose no quitase á sus hijos los suntuosos regalos que él la habia hecho. Se encerró en las Carmelitas don-

(15) *Memorias de Luis XIV*, t. I, pág. 19, 21, 23.

de Bossuet pronunció un admirable discurso cuando tomó el hábito; Luis XIV la compadeció y la olvidó. Tenia entonces cuarenta años; y vivió observando aquella rigorosa regla, durmiendo en su ataud, hasta la edad de setenta y cinco años. Cuando la anunciaron que su hijo habia sido muerto: «Debo llorar su nacimiento, esclamó, mas bien que su muerte.»

Montespan, 1641-1707.—La que le reemplazo, Francisca de Mortemart, casada con el marqués de Montespan, era enteramente de otro carácter. Hermosa, espiritual, habia llamado la atencion del rey, más bien por sus dichos agudos que por sus encantos. Trató primero de sustraerse á sus seducciones; pero no habiendo sido secundada por su marido, sucumbió, y ocho hijos fueron el fruto de aquel doble adulterio. Madama de Montespan trató menos de cubrir el escándalo de su nacimiento que de asegurar su fortuna; además, lo que madama de la Vallière habia evitado, ella lo procuró mezclándose en los asuntos de Estado: tuvo entrada en el consejo y emitió en él sus pareceres; además poseia la habilidad de cerrar los ojos á las infidelidades de su real amante, á quien una corte en la que se recompensaba el vicio ofrecia fáciles conquistas. Colbert se aseguró el afecto del amo, cubriendo lo mejor que pudo la clandestina fecundidad de la Vallière, y prestándose á las intrigas de Mad. de Montespan (16). ¡Tales eran los servicios en que empleaba el gran rey á sus ministros!

Esta ayunaba en secreto. Como la duquesa de Uzés se admirase de ello: «¿Por qué cometa una falta, contestó, he de cometer las demás?» No tenia la conciencia tranquila, y Luis XIV comenzaba tambien á tener alternativas de amor y devocion, lo cual hizo que la lucha entre el deber y la pasion continuase en él por espacio de varios años.

Inspiró á Luis XIV ó fomentó en él el amor á la magnificencia, refinó su gusto, favoreció á los literatos distinguidos y de verdadero mérito de aquella época, y con frecuencia dió al rey excelentes consejos. El poder que ejercia sobre él, y que le agradaba ostentar, procuraba á su orgullo placeres que la ligaban más que su pasion: por eso se decia con razon que la Vallière amaba á Luis, y madama de Montespan al rey.

Maintenon, 1635-1719.—Si aquellas dos mujeres se hicieron célebres cediendo, otra cuya vida es una novela, no lo fué menos resistiendo. Francisca de Aubigné nació en las prisiones de Niort, en las que su padre, que pertenecia á la religion reformada, estaba preso por deudas; permaneció en ellas hasta la edad de tres años que su padre la llevó á la Martínica, á donde iba por no abjurar. De vuelta á Francia, en todo el brillo de la belleza y del talento, se hizo calvinista, después abrazó el catolicismo por fuerza. Como se encontraba en la mayor miseria, los que se interesaban por ella persuadieron á Scarron libertase de ella á aquella desgraciada, dándole su nombre. Scarron, á quien los celos habian hecho poeta, y los vicios enervado é impotente, vino á ser su esposo sin ser su marido. Introducida en la licenciosa compañia que recibia, en una edad en que el pudor sufre hasta con mostrarse ofendido, en una época en que las costumbres eran no sólo libres, sino corrompidas, brilló por su talento y sus modales; pero deseando conservar su reputacion, usaba de la mayor reserva por no alentar á los galantes, ni proporcionar pretextos á la maledicencia (17). En una época en la que se hablaba de las mujeres con tanta ligereza (1661), no se decia nada contra madama Scarron, por el contrario, era tan alabada por su belleza como por su austeridad (18). Al morir le dijo Scarron: «Os dejo sin fortuna; la virtud no la proporciona: sin embargo sed siempre virtuosa.» (19)

Cuando lanzó el último suspiro, los que frecuentaban la casa desaparecieron, y dejaron á su viuda reducida á vivir con las limosnas de la parroquia en un solo cuarto con una criada. No por eso

---

(16) En las obras del gran rey, t. V, pág. 576, se encuentra la carta siguiente:

«San German, en Laya, 15 de julio de 1778.

A M. Colbert.

«Sé que Montespan se permite palabras indiscretas. Es un loco que me agradaria no perdiéseis de vista. Para que no tenga pretexto para permanecer en Paris, hablad á Novion, á fin de que el parlamento se apresure. Sé que ha amenazado á su mujer con visitarla. Como seria capaz de ello, y de temer las consecuencias, me fio de vos para que no pueda hablarla. No olvideis los detalles de este asunto, y sobre todo que salga de Paris lo más pronto posible.»

Lord Malden, miembro del parlamento inglés, y el célebre Fox prestaron á Jorge IV servicios del mismo género, sin deshonor para ellos, en atencion á que se trataba de un rey. Véase las *Memorias* de mistress Robinson.

(17) En los últimos dias de su vida, escribia en sus conferencias con Saint-Cyr: «Las mujeres me amaban, porque era amable en sociedad, y me ocupaba más de las demás que de mí misma; los hombres me seguian, porque conservaba la belleza y gracias de la juventud. El gusto que se tenia en tratarme era más bien amistad general que amor.»

(18) Ninon cuando era ya vieja decia, hablando de ella: *En su juventud era virtuosa por su ánimo apocado: hubiera querido curarla de esto; pero temia demasiado á Dios.*

(19) Scarron sostuvo su carácter chistoso hasta el último momento. Acometido de un violento hipo, del que se creia que iba á morir: *Si vuelvo de él*, esclamó, *he de escribir una hermosa sátira contra el hipo.* Al ver á sus amigos llorar, en derredor de su cama, les dijo: *No os haré llorar tanto como os he hecho reir.* Compuso su epitafio que termina con estos versos:

Pasajero, no hagas ruido.
Por temor que me despierte;
Pues esta es la primer noche
Que el pobre de Scarron duerme.

dejó, en tan difícil condicion, de tener el mayor cuidado en conservar intacta su reputacion, su ído lo, en medio de tantos ataques. Ha escrito: «Nada es más precioso que una conducta irreprensible. Yo no queria ser amada en particular de nadie; queria serlo de todo el mundo, hacer que se repitiese mi nombre con elogio y respeto, obtener la estimacion de las personas honradas.»

Solicitó en vano mucho tiempo una pension, como viuda, de un hombre que habia tenido alguna reputacion; sus amigos la introdujeron en diferentes casas de señores, donde desempeñaba pequeños servicios interiores, pidiendo leña, mandando se dispusiese el carruaje, y viendo si se preparaba la comida (20); y por la necesidad de agradar, tuvo que aprender los modales de la buena sociedad. Llamada en fin por madama de Montespan para ser aya de sus bastardos, no aceptó sino á ruegos del rey, y por ser hijos de éste. Después de esto ya no le costó nada sujetarse á todo el bullicio de aquellos secretos. Con objeto de no avergonzarse cuando se la interrogaba en sociedad, se hacia sangrar. Los regalos que recibió del rey la pusieron en estado de poder comprar la tierra de Maintenon cuyo nombre adoptó.

A Luis XIV no agradó al principio esta aya, cuyo talento y virtud temia; pero esforzándose en convertir tanto á sí mismo como á su querida, reprimia los accesos de mal humor de ésta; y el rey, que le estaba reconocido, le concedia mayor confianza. Madama de Montespan, belleza imperiosa que no sabia resignarse á ver declinar su poder, concibió celos. Le era penoso verse precisada á ocultar unos amores que durante cierto tiempo se ostentaban á todo el mundo, y de esta manera se hacia menos querida del rey, cuya estimacion por Madama de Maintenon aumentaba diariamente y el cual decia: *Esta sabe amar; ¡qué placer más grande que ser amado por ella!* (21) Es cierto que los cargos de la una y los sermones de la otra no le impidieron entregarse á nuevos amores con la señorita de Fontanges. Pero cuando murió esta jóven, habia concluido ya el prestigio de madama de Montespan, y madama Maintenon fué la encargada de despedir á su rival.

Fué un terrible golpe para aquella mujer ambiciosa abandonar una corte en la que habia dominado por espacio de trece años. Refugióse en la religion, y retirada en un convento donde se entregó á las maceraciones, al ejercicio de la beneficencia, humillándose hasta implorar el perdon de su marido, quien se lo negó como lo habia hecho cuando una vergonzosa connivencia hubiera podido elevarle á las grandezas.

Luis XIV, cuyos sentidos estaban ya gastados, habia tomado á su servicio á un empresario de baños que sabia comunicarle vigor. Madama de Maintenon se consideró como destinada por Dios á rescatarle de sus vicios; y en efecto, supo asegurarse su estimacion hasta tal grado, que concluyó por casarse con ella, sin ninguna distincion pública, pero con todas las de la intimidad. Louvois fué testigo de este matrimonio que juró el rey no publicar nunca. Así fué que cuando más tarde quiso declararle, el ministro se arrojó á sus piés suplicándole le diese muerte primero. Aquellos severos magistrados, aquellos prelados austeros que habian sufrido pacíficamente los adulterios de Luis, se indignaban como de un intolerable escándalo, con sólo la idea de que la viuda de Scarron, antigua compañera de cama de Ninon, pudiese sentarse en el trono de los Capetos; y los historiadores que encomiaron á Luis XIV, adúltero, no le perdonan cuando pide humildemente la bendicion por su matrimonio con una persona particular.

No habia para ella secretos de Estado, y las conferencias se tenian en su gabinete: contestaba á los pretendientes que no podia nada, y fingia insuficiencia con el rey que muchas veces le pedia parecer diciendo: *¿Qué piensa vuestro talento?* Pero ella se habia ya entendido con el ministro para fijar la voluntad real en la cosa ó persona que deseaba. Los ministros se veian obligados á usar con ella de grandes consideraciones, pues teniendo de continúo al rey á su lado, de ella dependia aprovecharse de la ocasion y derribarlos. De todos modos le era preciso mantener cierta reserva con respecto al amo, y evitaba manifestar una voluntad firme, y se inclinaba á la intriga. Pero cuando el rey se negaba á consentir en algo, se echaba á llorar, se hacia la enferma, y todo lo obtenia. La elevacion de la Maintenon equivalió sin embargo á un retiro; pues no recibia más que muy pocas señoras, éstas muy rara vez, y menos eran las que la visitaban. Escribia á madama de Maisonfort: «¡Que no pueda yo daros mi esperiencia! Que no pueda haceros ver el fastidio que devora á los grandes y el trabajo que les cuesta pasar el tiempo! ¿No conoceis que me muero de tristeza en una fortuna que locamente desearian otras? Jóven y hermosa, he disfrutado de los placeres, he sido amada en todas partes; en una edad más madura he pasado algunos años cultivando el talento; he ascendido en favor y os protesto, mi querida hija, que todos los estados dejan un vacío espantoso (22).

Luis XIV amaba á madama de Maintenon, á

(20) Todavia no estaban en uso las campanillas.

(21) CAYLUS, *Deuxième entretien de Saint-Cyr.*

(22) Véase un juicio de una pluma, que no puede sospecharse de condescendencia:

«Para juzgar á Mad. de Maintenon debe uno preservarse de la parcialidad casi general de los escritores que hablan de ella. Habia en la antigua monarquia una adoracion tan grande hácia Luis XIV, que si á veces se tenia que hacerle algun cargo, se trataba de echar la culpa á otros. Los hugonotes quisieron ver en Mad. de Maintenon á su perseguidora, los filósofos la convirtieron en una beata, y los quietistas y jansenistas la acusaron de todos sus sufrimientos, para no imputarlos al gran rey. Saint-Simon, en su orgullo

sus hijas y á su nuera; pero sólo por él, y á condicion de que no incomodase sus designios ni sus horas (23): queria que todos los que le rodeasen estuviesen saludables, alegres, dispuestos como él y prontos á soportar toda clase de fatiga. Ni enfermedad, ni debilidad, ni preñez, dispensaba á las damas de la corte, á sus hijas ni á sus queridas del deber de ir con corsé, á bailar, comer, pasearse en carruaje, al aire, al sol y sufriendo las lluvias si le agradaban. Que tuviese calentura ó jaqueca madama de Maintenon debia asistir á la música, tenerse los consejos al lado de su cama, y como al rey le agradaba la ventilacion, abria todas las grandes ventanas. No quiso por ninguna razon diferir una partida de campo, ni dispensar de ella á su muy querida nuera, que se hallaba en cinta: en su consecuencia malparió, y cuando se anunció en la corte, todos temblaron pensando que no volveria á concebir: «¿Y aun cuando esto fuera, dijo, qué importa? ¿No tiene ya un hijo, y si muriese; el duque de Berry, no está ya en edad de casarse? Si ha malparido es porque estaba dispuesta á ello; no quiero ser contrariado en mis viajes ó en lo que quiero hacer, por dichos de médicos ó charlatanerías de parteras. Iré y volveré cuando me convenga, y que se me deje en paz.» (24) Al oir estas palabras, hasta los cortesanos se estremecieron.

Luis era tambien rey en sus amores, y obligó á la corte á inclinarse delante de sus bastardos; pero hasta el escándalo debia ser privilegio real, queriendo que los escesos de los demás permaneciesen ocultos. Y aquí se ve palpablemente lo que Saint-Simon dice que: «el rey era una especie de divinidad en medio del cristianismo,» porque sus errores fueron venerados lo mismo que él. Los contemporáneos respetaban lo que no habrian imitado: la Sevigné no usó ni siquiera una palabra de desaprobacion; sus amores eran presentados en el teatro bajo formas heroicas no sólo por Molière, sino hasta por el devoto Racine, y por esta razon sus contemporáneos se hicieron cómplices de sus faltas en el mero hecho de aprobar estas obras. Sus contemporáneos, poniendo toda su atencion en la parte dogmática de la religion más bien que en la moral, tenian en más las exterioridades que la virtud y el deber. El cristianismo entraba en la existencia de entonces como una ceremonia, que tenia sus horas fijas y servia para pasar el tiempo: se asistia al sermon como al teatro (25). Colbert era devoto: hizo imprimir un breviario para su familia y le recitaba cuando viajaba. No vaciló sin embargo en robar á la señorita la Vallière del monasterio de Chaillot para entregarla á Luis XIV. La devocion era muy agradable á la corte (hablamos de los primeros tiempos); en cuaresma habia conciertos *espirituales*, corridas de caballos, comedias representadas por los mejores actores: y con frecuencia, la diversion no concluia hasta en el momento del sermon. Cuando Luis XIV se hizo devoto, la corte tomó el mismo aspecto, y cubrió con la hipocresía sus desórdenes.

Refiere Saint-Simon que Luis XIV no dejó de oir misa más que una sola vez en toda su vida. Asistia á ella de rodillas, escepto en el Evangelio, rezando el rosario, pues no sabia otra cosa. Observaba con todo rigor la vigilia, y al acercarse la cuaresma dirigia una exhortacion á su corte, prohibiendo dar de comer de carne á cualquiera que fuese; en 1666 se espresa de esta manera: «En atencion á que nada puede atraer tanto las bendiciones del cielo sobre nosotros y sobre nuestro Estado como hacer observar los santos mandamientos, y castigar á los que llegan al esceso de blasfemar, jurar y detestar su santo nombre...» y en su consecuencia da sus órdenes. Viendo que no son observadas, las repite más rigorosas contra los que blasfeman, ó profieren alguna palabra en contra del honor de la Santísima Vírgen y de los santos. «Queremos, dice, que el convicto de ello sea castigado por la primera vez, con una multa proporcionada á sus bienes y á la enormidad de la blasfemia, de la cual las dos terceras partes se apliquen á los hospitales ó á las iglesias y la otra al denunciador. Los que vuelvan á incurrir serán condenados por segunda, tercera y cuarta vez á una multa

---

de duque y par, no podia perdonar á la viuda de Scarron haber sido la mujer del rey de Francia. Considerando sin embargo á la nobleza, la nieta del amigo y del compañero de Enrique IV, era de mejor nacimiento que el hijo del escudero de Luis XIII. La misma Mad. de Maintenon deja conocerse en sus cartas. Su modestia, su ninguna pretension á toda clase de categoria, su reserva, su aversion á los asuntos y al crédito, su imparcialidad, su continua atencion á no decir ningun mal de nadie, forman un estraño contraste con las preocupaciones que sus enemigos se esfuerzan en propalar contra ella.» (SISMONDI, *Historia de los franceses*, t. XXVII, 187).

(23) Escribió á Felipe V: *No tengais nunca cariño á nadie.*

(24) SAINT-SIMON.

(25) Mad. de Sevigne dijo: «El padre Bourdaloue predica, ¡Dios mio! no hay elogio que iguale á su mérito.—Mascaron y Bourdaloue me proporcionan alternativamente *placeres y satisfacciones* que lo menos deben volverme santa.—De esta manera, digo algo bueno de mí, aunque sea de paso, y pido perdon á Mascaron y Bourdaloue. Todas las mañanas oigo á uno ó á otro; una cuarta parte de las maravillas que dicen debia hacer una santa.—Si voy á una opereta de Molière que se canta en Pelissari, es una música admirable... No hay más que uno ó dos bailes en París en todo el carnaval, se han visto algunas máscaras, pero pocas. Reina una gran melancolia... El padre Bourdaloue ha predicado un sermon que ha arrebatado á todo el mundo; de un vigor que ha hecho temblar á todos los cortesanos. Nunca predicador de Evangelio predicó con tanta libertad y generosidad las verdades cristianas. Queria demostrar que todo poder debia someterse á la ley, siguiendo el ejemplo de Nuestro Señor que fué presentado al templo. Puedo decirte, hija mia, que se ha elevado hasta el colmo de la perfeccion, y que ha tratado ciertos pasajes como lo hubiera hecho el apóstol san Pablo.

doble, triple y cuádruple; la quinta espuestos en la picota un dia de fiesta, desde las ocho de la mañana hasta la una de la tarde; la sexta llevados al cadalso, para que se les atraviese el labio superior con un hierro candente; la séptima se les llevará tambien al cadalso, donde se les cortará el labio inferior. Si aun se obstinasen, se les cortará toda la lengua. Con respecto á las blasfemias enormes que pertenecen al género de la infidelidad y atacan la bondad de Dios y sus atributos, queremos que sean castigadas con penas más graves á discrecion de los jueces, segun su enormidad.»

Pronunció penas severas contra los que comiesen de carne los dias prohibidos, contra los curas que se dispensasen de predicar, ó exigiesen escesivas cantidades por misas, bautizos y funerales. Concedió su proteccion á los misioneros de Levante, cubriéndolos con frecuencia con el título de cónsules, y reclamando contra todas las violencias de que eran objeto. Obtuvo una capilla pública para los cristianos de Salónica, y la restitucion de la iglesia de Belen; impidió á los cristianos ser arrojados de Chio, y los misioneros le fueron deudores de poder establecerse en Alepo; procuró socorros á otros para ir á ejercer el apostolado en Siam.

Tuvo por espacio de treinta años por confesor al padre La-Chaise, jesuita; y cuando murió le dió por sucesor el padre Tellier, de la misma Compañia, pero más inclinado al despotismo que su predecesor. El gran alejamiento en que el rey tenia á todos los demás, aumentaba el ascendiente que tenian sobre él los que debian acercársele con frecuencia para las cosas del alma. La devocion sin las buenas obras es un sepulcro blanqueado, y madama de Maintenon se queja con frecuencia en sus cartas de no encontrar en Luis XIV la uncion religiosa que ella esperimentaba: «La máxima pública y general del padre La-Chaise, escribia, es que los devotos no sirven para nada.» (26) «La primera religion del rey, dice Duclós, era creer en la autoridad real. Ignorante en materia de doctrina, castigaba una herejia, verdadera ó imaginaria como una desobediencia, y creia expiar sus pecados con la persecucion. Se inclinaba, en efecto, á la regularidad y á la disciplina de la Iglesia; ahora bien, lo que se separaba de ella era una rebelion, y en su consecuencia era castigada. Hubiera querido que nadie tuviese dudas, entusiasmo ni veleidad de exámen; exigia una vida regular de aquellos á quienes daba tan malos ejemplos.»

Y sin embargo, bajo aquel despotismo consentido y respetado, solo la religion podia hacer llegar la verdad hasta los endurecidos oidos del rey. Por débiles que parezcan en el dia estas palabras pronunciadas en la corte por Bossuet, cuando los odios eran más vivos contra la Santa Sede, debian producir mucha impresion: «¡Oh! santa iglesia galicana llena de ciencia, virtudes y fuerza, jamás, ¡oh! jamás, lo espero, sufrirás la desgracia de separarte de la Iglesia romana. Haz que la posteridad te vea tal como te han visto los siglos pasados, adorno del cristianismo, lumbrera del mundo, siempre una de las más vivas é ilustres partes de esta Iglesia eternamente viva, que Cristo resucitado ha establecido para toda la tierra.» (27)

Otras veces, aunque lisonjeando al ambicioso monarca, le sugeria la necesidad de la moderacion (28): «Empuñad, señor, las saludables armas de que habla san Pablo, la fe, la oracion, el celo, la humildad, por medio de las cuales se puede asegurar el triunfo en medio de los peligros y embarazos de esta vida. Arbitro del universo, superior hasta á la fortuna, si la fortuna fuera algo, no teneis que temer más que un solo enemigo; vos mismo, señor, vuestras victorias, vuestra gloria, el ilimitado poder para conducir al Estado, tan peligroso para guiarse á sí mismo. El que todo lo puede, no puede lo bastante; el que todo lo puede torna comunmente su poder contra él mismo. Cuando el mundo nos lo concede todo, difícil es negarse á algo. Pero la gran gloria, la gran virtud consiste en saber, como vos, señor, imponerse límites y permanecer en su regla, cuando parece que hasta la misma regla cede á nuestra voluntad.»

No tenemos necesidad de estendernos sobre las demás cartas de Bossuet, ni sobre los consejos que daba en la instruccion titulada *Cuál es la devocion de un rey*. Con respecto al modo con que Luis XIV conciliaba sus escandalos diarios y sus amores secretos ó efímeros con la devocion de que hacia gala, sólo Dios lo sabe. Con alegria se vió á un pobre sacerdote negar en Pascua su absolucion á madama de Montespan. Irritóse el rey, llamó á dicho cura, hizo que fuera Bossuet; pero contestaron que habia cumplido su deber. «Habló con tanta fuerza Bossuet (dice madama de Maintenon), adujo tan á tiempo la gloria y la religion, que el rey, á quien no se necesita más que decirle la verdad, se levantó afectado y dijo: *No la veré más.*» (29)

---

(26) Carta del 29 de diciembre de 1693 al cardenal de Noailles.

(27) *Obras de Bossuet* (Edic. de Beauce-Rusand), t. IV, página 340.

(28) Id. pág. 349.

(29) Carta á la condesa de San Geran: *Je vous l'avais bien dit que M. de Condon jouerait dans cette affaire un personage dupe. Il a beaucoup d'esprit, mais il n'a pas celui de la cour. Avec tout son zèle, il a fait precisement ce que Lauzun aurait en honte de faire. Il voulait les convertir, et il les a raccommodés. C'est une chose inutile, madame, que tous ces projets: il n'y a que le pere La-Chaise, qui puisse les faire reussir. Il a deploré vingt fois avec moi les égarements du roi: mais pourquoi ne lui interdit-il pas absolutement l'usage des sacraments? Il se contente d'une demi conversion. Vous voyez bien qu'il y a du vrai dans les Petites Lettres. Le pere La-Chaise est un honnete homme; mais l'air de la cour gaté la vertu le plus pure, et adoucie la plus severe.*

Bossuet fué el encargado de despedirla, y obtuvo por algun tiempo su estrañamiento. Entonces fué cuando Luis XIV dijo al rígido Bourdaloue, que habia predicado en la corte contra el adulterio y hecho temblar con el *tu es* de David. «Padre mio, debeis estar contento de mí, madama está en Clagny.» A lo cual el severo jesuita contestó: «Más satisfecho estaria Dios, si Clagny estuviese á setenta leguas de Versalles.»

En efecto, Bossuet escribia al rey: «Mis inquietudes por nuestra salvacion se aumentan diariamente, porque cada dia encuentro nuevos peligros. Os ruego mandeis al padre La-Chaise que me diga algo del estado en que os encontrais; me consideraré feliz, si puedo saber que el estrañamiento y las ocupaciones comienzan el buen efecto que hemos esperado... Segun vuestra orden, veo con frecuencia á madama de Montespan, y la encuentro bastante tranquila. Se ocupa mucho de buenas obras, y que veo la afectan las verdades que la hago presentes, como me sucede con vuestra majestad. ¡Quiera Dios aumentarlas en el corazon de ambos y cumplir su obra, á fin de que no sean vanas tantas lágrimas y violencias como os habeis impuesto! (30)

Los numerosos amigos para quien madama de Montespan era un medio de acercarse al rey y obtener favores, procuraron despertar su pasion hácia ella: Bossuet acudió; pero oyó al monarca imponerle silencio. «No me digas nada más. He dado orden de preparar en palacio un aposento para madama de Montespan.» Concluyó, no obstante, por ser desterrada. ¿Pero podia llamarse arrepentimiento lo que no era más que un cambio de amores? (31)

Además de las cosas del alma, Bossuet se ocupaba tambien de los intereses de los pueblos, y escribia al rey: «Habeis nacido con un grande amor á la justicia, una bondad y una dulzura digna de mucho aprecio; Dios ha puesto en estas cosas la mayor parte de vuestros deberes... Vuestro trono es de Dios, ocupais en él su lugar, y debeis reinar segun sus leyes. Ahora bien, las leyes que os ha impuesto son que vuestro poder no sea temible más que á los malos, y que los demás puedan vivir en paz y tranquilidad, tributándoos obediencia... No ignoro cuán difícil os es dar á vuestro pueblo el alivio que necesita, en medio de una guerra que os obliga á gastos tan extraordinarios, y para conservar vuestros aliados; pero la guerra... os obliga tambien á no dejar oprimir al pueblo, por cuyo medio puede sólo sostenerse. No es posible que males tan graves que podrian destruir al Estado no tengan remedio; de otra manera todo se hubiera perdido irreparablemente. No me pertenece á mí hablar; pero sé ciertamente que si vuestra majestad declara con perseverancia que quiere una cosa, si hace comprender que no quiere ser engañado con respecto á este asunto, y que no se contentará sino con cosas sólidas y efectivas, aquellos á quienes confia su ejecucion se doblegarán á sus voluntades, y dedicarán su talento á satisfacerla en su más justa inclinacion. Por lo demás, esté persuadido que, por buena disposicion que puedan tener los que le sirven para consolar á sus pueblos, no igualará nunca á la suya... Se repite á los reyes que los pueblos son naturalmente inclinados á quejarse, y que no es posible contentarlos por más que se haga. Sin remontarnos mucho en la historia de los siglos, el nuestro ha visto á Enrique IV con su ingeniosa y perseverante bondad buscar remedios á los males del Estado, encontrar los medios de contentar á los pueblos, y hacerles sentir y confesar su felicidad.» (32)

¡Qué corte tan magnífica, sin embargo, aquella en que Turena, Condé, Colbert, Vauban, saliendo de la iglesia en que Mascaron y Bourdaloue habian predicado con incomparable elocuencia contra los teatros, iban á aplaudir con emocion las obras maestras de Corneille, Molière y Racine; donde se podian oir en las reuniones las críticas de Boileau, las alusiones de La-Fontaine, las controversias de Arnaldo y de Pascal, los amargos apotegmas de La-Rochefoucauld, donde se admiraban las armoniosas composiciones de Lulli, los cuadros del Pousino y de Sucur, las construcciones de Perrault, en el que los más distinguidos eruditos revisaban las ediciones hechas expresamente para la educacion de los delfines; en el que se escribia el *Discurso sobre la historia Universal* y el *Telémaco!* Habia en los bosques de Versalles, llenos de seducciones y deleites, el *Paseo de los filósofos*, al que acudian Fenelon, Fleury, La-Bruyère, Pelison, y otros; Bossuet resolvia las dificultades propuestas acerca de la Sagrada Escritura, esplicaba un dogma, discutia un punto de historia ó una cuestion de filosofia. Reinaba en ella una completa libertad: se hablaba de todo con indiferencia, sin incomodidad ni pretension. A las graves cuestiones de religion y de filosofia se mezclaban reflexiones sobre las nuevas obras de literatura que ocupaban al público; y arrastrado con frecuencia Bossuet, por su gusto hacia todo lo que era grande y sublime, recitaba con una memoria imperturbable los mejores trozos de autores antiguos y modernos (33).

Con este séquito fué con el que Luis XIV se

(30) *Obras de* Bossuet, t. XLI, pág. 166 y siguientes.

(31) «El empleo de preceptor de Monseñor habia familiarizado á Bossuet con el rey, que más de una vez, en los escrúpulos de su vida, se habia dirigido á él, y Bossuet le habia hablado con frecuencia, con una libertad digna de los primeros siglos y de los primeros obispos de la Iglesia. A veces hasta interrumpia el curso de sus prácticas, y se atrevia á perseguir lo que se le habia escapado. En fin, hizo cesar todo comercio, y coronó aquella grande obra por los grandes esfuerzos que arrojaron para siempre á la Montespan de la corte.» SAINT-SIMON.

(32) Carta de 1675.—*Obras*, t. II, pág. 170 y siguientes

(33) LE-DIEU.

presentó á sus contemporáneos, y como lo ha sido á la posteridad. Aunque aquellos grandes hombres nacieron en la revolucion anterior y se formaron en los grandes negocios, la gloria es del que manda y no del que aconseja. Luis XIV se complacia en sus ministros, en sus generales, en los artistas de su siglo como si él mismo los hubiera creado, como si hubiesen sido emanaciones de su real genio. Llegó hasta decir que parecia que le robaban su gloria, cuando alguno llegaba á señalarse sin su apoyo.

A los franceses agrada llevar la librea, ha dicho uno de ellos. Ahora bien, con semejante gusto es natural conceder su estimacion á aquel que se presenta con la más hermosa y mejor galoneada. Nunca se conoció mejor que entonces la verdad de este axioma: *A ejemplo del rey se modela el mundo.* Enrique IV, príncipe enteramente guerrero, de costumbres soldadescas, no podia inspirar á la nobleza buenos modales que ignoraba, pero sí el gusto á la galanteria. En tiempo de Luis XIII, la licencia precisó á disfrazarse con apariencias devotas, se vengó de ellas mientras duró la Fronda afiliándose descaradamente á ella, pero no sin ir escoltada de puñales y venenos. Mujeres de elevada categoria, pero libertinas é intrigantes, daban el tono á la sociedad, en donde todo eran palabras picantes y contradicciones, donde la burla no perdonaba las cosas más santas, y donde el gusto estaba corrompido por la exageracion, la moral por el ridículo y el buen sentido por las pasiones.

Palacio de Rambouillet.—Para hacer desaparecer esta escoria fué por lo que Molière compuso su comedia de las *Preciosas ridículas*. Si las mujeres que presentó en escena merecieron sufrir su irresistible burla, debe tenerse tambien conmiseracion de nuestra pobre humanidad, que no sabe corregirse de una falta sin incurrir en el estremo opuesto. Las recepciones de Catalina de Vivonne, hija de un Pisani y de una Savelli, y viuda del marqués de Rambouillet, primer guarda-ropa de Luis XIII, habian entonces adquirido celebridad. La marquesa reunia en su palacio, situado en la calle de Santo Tomás del Louvre, las reliquias de la corte italiana de Catalina de Médicis con lo más distinguido que habia en la corte y en la ciudad, desde Richelieu, Condé y Corneille, hasta las personas que no tenian más mérito que una antigua nobleza ó un talento superior. Julia de Angennes, heredera de la familia de este nombre, tan hermosa como espiritual é instruida, admirando á todo el que se hacia notar por una inteligencia poco comun, era la vida y el adorno de su reunion. Reina de los talentos la *incomparable Artemisa*, como se la llamaba, se dejó cortejar doce años por el duque de Montausier, que concluyó por casarse con ella cuando ya habia perdido su primera juventud. La *Guirnalda* de Julia, que él la regaló, se componia de flores, y en cada una de ellas una composicion en verso en alabanza suya, por los autores más afamados de la época.

Puede juzgarse por esto de la afectacion que reinaba en aquella sociedad bajo el aspecto de las maneras, de las ideas y de la conducta. De todos modos secundaban la obra civilizadora del rey, procurando depurar la lengua y las costumbres, borrar la aspereza que las turbulencias pasadas habian dejado en los ánimos, ennoblecer las almas é introducir el buen tono en la conversacion. Debe ciertamente distinguirse á las primeras damas de las que después incurrieron en la exageracion. Su pretension era merecer por su conducta una reputacion de intacta virtud. Se sujetaban á la cortesania en los modales, al esplendor del talento y á la delicadeza del lenguaje. Hubieran temido profanar una palabra sagrada, diciendo: *Amo el melon;* decian: *Estimo.* Hubieran querido una ortografia más conforme á la pronunciacion, con objeto de que las mujeres pudieran escribir tan correctamente como los académicos; y algunas correcciones que introdujeron entonces han quedado en efecto en uso en la lengua (34).

Elegantes placeres, un afecto discreto y un resto de oposicion servian para estender la gracia y la elegancia perdidas, así como los salones de mada ma Staël y de madama Recamier después de la revolucion. Todo lo más distinguido que habia en Francia acudia á estos placeres de la imaginacion que ofrecia el palacio de Rambouillet. Voiture discutia si se debia decir *muscadin* ó *muscardin*: y si debia desterrarse ó no la conjuncion *car*. Corneille leia con timidez el *Cid* ó Polieucto. Molière sentia renacer sus fuerzas, cuando oyó una voz gritarle: *¡Valor! este es el verdadero cómico.* Bossuet, á la edad de diez y seis años, predicaba su primer sermon en una hora avanzada de la noche, y la palabra de Voiture: *No he oido nunca predicar ni tan pronto ni tan tarde*, contribuyó á hacerle célebre.

En aquellos círculos se leian la *Atalia*, de Racine, ó el último soneto de Benserade, los sermones de Bourdaloue ó las máximas de La-Rochefoucauld; se pesaba su mérito, y aquellos juicios que pasaban por irrecusables, formaban el fondo de los que Boileau eternizó en su *Arte poética.* Los caballeros debian tambien aspirar á este modo de brillar y ser superiores á los doctos, afectando saberlo todo sin haber aprendido nada. Era, pues, la afectacion la que presidia al buen gusto. y el deseo de hacerse notar como un talento cultivado hacia que se inclinaran á la instruccion y á la gracia, estrañas hasta entonces á la nobleza.

Pero pronto degeneró todo esto: personas de baja estofa y de corto talento quisieron imitar aquellos modales y aquel lenguaje. De aquí una afectacion y pretensiones al lenguaje castigado y á la imaginacion que caracterizaron las falsas preciosas, las que establecieron ciertas reglas de lenguaje de

(34) Cómo *tête, prône, sûrete, age, avis, avec*, etc., en lugar de *teste, prosne, seureté, aage, advis, avecque.*

que no era más permitido separarse que de las de la caballeria. A cada momento habia citas de autores antiguos ó modernos (35), á los nombres de bautismo se sustituyeron otros sacados de las voluminosas novelas aplaudidas entonces. Las circunlocuciones desempeñaban el papel de la palabra propia (36), y resultaba una gerga enteramente particular á esta charla, de manera, que se concluia por no entenderse. En su consecuencia escribió Menage la *Súplica de los diccionarios* contra la alteracion de que se hallaba amenazada la lengua.

Una gran parte del dia pasaban las elegantes en la cama, recibian y hablaban acostadas, y á las recien casadas se las encontraba cuando se las visitaba en camas de mucho lujo, rodeadas de vasos y perfumes. Un rondó, un enigma ó un billete que fuera la quinta esencia del talento, servian de introduccion al nuevo adepto á la cámara del genio; la *alcobista* introducia hasta la cama al afortunado mortal que desde aquel momento era *precioso*, como tambien las palabras que salian de su boca. Los epígramas, los sonetos, los billetes alambicados, los dichos agudos debian de ser su alimento: debia saberlo todo (37) y conocer *el fondo de las cosas* (38), hubiese estudiado ó no.

Un resto de las antiguas costumbres caballerescas hacia que se consagrasen jóvenes á alguna dama; en su consecuencia, cada una elegia á un preferido, á quien prodigaba dulces nombres y demostraciones amigables, pero nada más; pues, la menor idea *carnal*, como ellas decian, bastaba para desterrar al culpable de aquel Olimpo. Tenian sin cesar en boca la palabra *obsceno*, y frecuentar sociedades menos elegidas, era á sus ojos *encanallarse*. Voiture, que escribió tantas amorosas cartas á Julia de Angennes, habiéndose un dia atrevido á besarle el brazo, estuvo espuesto á caer en desgracia.

El egoismo adoptaba, pues, en aquella sociedad la máscara de un sentimiento más ó menos falso, y toda inepcia adquiria allí importancia. Dos líneas de una carta, una palabra feliz se repetian, comentaban é imitaban; un madrigal de la Sablière, un cuarteto de Benserade eran saludados como un gran acontecimiento, y existen las memorias ó vidas de muchas de aquellas damas. Julia de Angenes se presentaba unas veces de Diana, otras de amazona; veíasela otro dia vestida con un traje ligero, en lo alto de una roca, rodeada de ninfas con liras y guirnaldas, para recibir la visita de un druida, es decir, de un obispo.

La corte.—Después llegó el reinado de la corte, y á ejemplo suyo, todo fué amores y devocion, heroismo y literatura. La fe conyugal fué ridiculizada en las comedias de Molière, y atacada por los desórdenes del rey, cuya noble galanteria sólo imperfectamente encubria el escándalo. Para que pudiese presentarse en coche con la reina, madama de Montespan y la Vallière, y hacer legitimar á sus bastardos por el parlamento, es preciso que las costumbres de la época no lo hubiesen repugnado; pero desde que presentó en público sus hijos naturales, los de todos los príncipes acudieron á Versalles.

El cortesano era pródigo en el juego, en carruajes, en cacerias y en todo lo que fuera lujo: gastaba con indiferencia, pero con gran ostentacion; pues la avaricia hubiera sido el crímen menos perdonable, y las miradas no se fijaban sino en el rey: así era, que cubierto de encajes y cintas, acudia á morir como héroe. La juventud comenzaba su carrera en medio del estruendo de las armas, como si hubiese sido una fiesta: llevaba libros al campamento, y de las tiendas de campaña fué de donde salieron Saint-Evremont, Descartes y Bussy, apellidado el Petronio francés (39), en medio de las baterias que disparaban contra Argel, de las batallas del Rhin, de las minas de Candia; el talento francés se gastaba en dichos agudos, y se moria chanceándose.

Pelucas.—En aquella corte, en la que las distinciones se olvidaban en el fausto universal (40), los mismos hombres se presentaban cargados de bordados y cintas, con una elegante espada al costado, acciones mesuradas y enormes pelucas (41) Llamábanse *infolio* por alusion á los libros grandes, las

---

(35) «Las personas de categoria lo saben todo sin haber aprendido nada.» MOLIÈRE.

(36) Quejándose un dia Mignard de que su hija no tenia memoria: «Mejor, esclamó Ninon, *¡así no hará citas!*»

(37) Segun Molière, al criado se le llamaba el *necesario;* á las sillas *las comodidades de la conversacion;* á un gorro de dormir el *inocente cómplice de la mentira;* al rosario la *cadena espiritual;* al agua el *espejo celestial.* Se decia: *no seais inexorable con ese asiento que os tiende los brazos;* ó *fijad en vuestros guantes la reflexion de vuestro olfato.*

(38) *Savoir le fin des fins.*

(39) Bussy reveló en su *Historia amorosa de las Galias*, los desórdenes de la corte, y por esta razon fué desterrado de ella.

(40) La espléndida existencia de entonces no era sólo el patrimonio de un pequeño número; pues Mad. de Maintenon calculaba en 1680, que con gastar 9,000 libras podia su hermano en Versalles alquilar una buena casa, tener diez criados, cuatro caballos, dos cocheros y una buena mesa todos los dias.

(41) Marino, que encontró en Francia la generosa acogida que se concede al charlatanismo y que se niega al mérito, pagó con bufonadas honores que no merecia. Pinta con el pincel de Callot «la estraña manera de vestirse, las terribles locuras, los cambios perpétuos, las infinitas guerras civiles, los escesos sin medida, las riñas, los conflictos, las violencias, las intrigas que debian arruinar á la Francia, y que, por el contrario, la sostienen.

«Las mujeres desempeñan en ella el papel de los hombres, y éstos el de ellas. Estas dirigen la casa y todo, al paso que ellos usurpan la galanteria, el lujo y la elegancia femenina. Tratan de presentarse pálidas como si tuviesen

que caian en bucles sobre los hombros y el pecho; el abate La-Rivière fué quien introdujo su moda en 1630. Las pelucas de corte pesaban hasta dos libras y media. Las más buscadas eran las rubias; y los cabellos de este color se pagaban de cincuenta á ochenta libras la onza, de tal manera, que á veces una peluca valia tres mil francos. ¡Júzguese del gasto que se tenia que hacer para sostener esta costumbre! (42) Las damas las usaban tambien muy grandes (43). Cuando en 1714 dos señoras inglesas se presentaron en Versalles á ver cenar al rey, todos los cortesanos quedaron estupefactos, y hubo un murmullo general al verlas con el peinado bajo. Habiendo sabido Luis XIV la causa de aquel murmullo, hizo acercar á aquellas señoras. Como eran hermosas y bien formadas, les dirigió palabras de elogio, añadiendo, que si todas las mujeres supiesen lo que les convenia, se peinarian de aquella manera. Esto fué bastante para que las damas de la corte pasasen toda la noche en hacer bajar sus pelucas, suprimiendo dos de los tres pisos con todo el alambre que los sostenia; después se presentaron en misa con un solo cuerpo de pelo. Con dificultad contenian la risa al verse unas á otras con aquel peinado, que les parecia extraño porque era nuevo; pero el rey las cumplimentó, y no fué necesario más para que todas las cabezas femeninas de París se inclinasen al mismo nivel.

Tontillos.—La conmocion causada por el peinado de las inglesas, impidió reparar en otra innovacion que ofrecia su vestido, á saber, enormes pedazos de ballena que ahuecaban sus faldas. Notóse esto cuando se presentaron en las Tullerias; y se agruparon de tal manera en su derredor, que fué preciso nada menos que la intervencion de la policía para sacarlas de allí. Esta aventura causó mucho ruido, y las señoras comenzaron á usar tontillos hasta dentro de casa, diciendo que estaban muy bien en un verano en que hacia tanto calor como aquél (era en 1716); y como no se atrevian á presentarse de dia en aquel traje, iban por la tarde á paseo, evitando entrar por las puertas ordinarias. La sociedad elegante se acostumbró poco á poco á esta moda, cuya comodidad se alababa, y pronto llegó á ser general. El presidente de Mesnières, de quien tomamos esta historieta, añade que en su época (1733) las más modestas señoras tenian tres varas de circunferencia, y que empleaban diez de tela de seda en hacerse un jubon. A otros tontillos se les llamaba jansenistas porque no pasaban de la rodilla (44).

Así como este adorno es el carácter esterior de la época, se descubre el carácter íntimo en el espíritu de conversacion y sociedad, que ofrece el cuadro perfecto de la vida y de las cosas; la inteligencia esquisita de las conveniencias y de lo ridículo, lo esquisito tambien del lenguaje; él es el que anima á la literatura de entonces, espresion de los hombres y del mundo; de tal manera, que madama de Sevigné, Molière y La-Fontaine no hubieran pódido nacer en otra parte.

La Sevigné, 1627-96.—Las infinitas memorias de aquella época nos ofrecen el retrato de aquella sociedad cortesana, pues no hay personaje sobre el cual no corran multitud de anécdotas recogidas hasta en las *Ana*. Entre todas se distingue Maria de Rabutin, hija del baron de Chantal, célebre espadachin, que perdió la misa un dia de Pascua por servir de padrino en un duelo, en el cual quedó muerto un hijo suyo. Casada con el marqués de Sevigné, decia: «Sevigné me estima y no me ama; yo le amo y no le estimo.» Menage decia: «La mayor desgracia que pudo suceder á M. de Sevigné, fué casarse con vos; pues todos esclaman: ¡Qué lástima que semejante mujer haya cabido en suerte á tal hombre!» Habiendo tambien perecido su marido en un duelo por una *epicúrea*, quedó Maria viuda siendo aun muy jóven, llena de talento é ins-

---

tercianas, y se ponen moscas y pintan la cara, y en el pelo se echan unos polvos que hacen que todas parezcan viejas. Usan tontillos que hacen ocupen mucho espacio. Los hombres, aunque haga mucho frio, van en camisa aunque vestidos debajo, siempre con botas y espuelas, aun cuando no tengan un caballo en la caballeriza; gallos en esto, cardenales en lo demás con la capa y la chupa roja, en lo restante mil colores como la paleta de un pintor, penachos más grandes que colas de zorra, y en la cabeza otra cabeza que llaman peluca.

«¡Si viéseis, añade, mis calzones, en los que apenas cogen mis caderas y que dejan salir la camisa; dos varas de encaje es lo menos que he necesitado para cubrirme las piernas hasta mitad del muslo, y mi cabeza parece un estuco en medio de un mar de muselina aplastada. Mi sombrero de Lyon, de fieltro oscuro, causaria recelos al rey de Marruecos, y es más apuntado que un campanario. Por lo demás todo concluye aquí en punta; sombrero, chupa, botas, adornos de cabeza, cerebros y hasta los tejados de las casas. Los caballeros pasan el dia y la noche paseándose, y por una mosca que vuele se desafian: hay tantas ceremonias entre los amigos, que es preciso ir en casa del maestro de baile para aprender á hacer cortesias y que la conversacion empiece por una pirueta. Las mujeres no tienen escrúpulo de recibir besos en público, y el pastor puede decir su pasion á la ninfa sin inconveniente. Por todas partes, juegos, bailes, festines, reuniones, mascaradas y buena mesa; el agua se vende como las alcaparras y el queso, las frutas cuestan un precio exhorbitante; el vino corre á torrentes, y siempre se tiene la botella en la mano.»

(42) Federico Guillermo de Prusia estableció sobre las pelucas una contribucion, cuyo mínimo era de medio escudo, al cual se aumentaba segun la categoria del que la usaba. Como resultase de esto mucha confusion, convirtióse el impuesto en otro sobre los fabricantes y vendedores; después se estableció otra vez sobre los que las usaban, dividiéndolos en cinco clases.

(43) Mad. de Sevigné alababa á su hija ciertos peinados menos voluminosos; pero temia que le causasen dolor de muelas. Muchas apoplegias se atribuyeron al uso de las pelucas.

(44) LENOIR, *Museo de los monumentos franceses.*

truccion, con el espansivo carácter que no es indicio de un mediano discernimiento, sino de una constitucion fria, amada sin amar, y conservando el orgullo de las mujeres virtuosas, de producir pasiones sin querer participar de ellas, fué cortejada por el poeta Benserade, por el rentista Fouquet, dispuesto á metamorfosearse en lluvia de oro, y por el príncipe de Conti. Menage, que la componia madrigales italianos, y que después de haber estado muy enamorado de ella, habia llegado á ser su confidente, la decia: «Después de haber sido vuestro mártir, soy en el dia vuestro confesor.—Y yo vuestra vírgen, le contestaba ella.»

Madama de Sevigne se liberta con la burla de las seducciones más refinadas de Bussy-Rabutin y de Saint-Evremont; su buen sentido la preserva de las triviales y afectadas estravagancias de la buena sociedad: admira á la señorita de Scudery, pero escribe con naturalidad *soltando la rienda* á su pluma, que sin embargo, manifiesta cuán acostumbrada estaba al estilo elegante; hace caso de madama de Maintenon; pero no la imita en sus galanterias y en sus hipocresias de beata: educada con sentimientos religiosos, no por eso deja de leer á Montaigne y á Rabelais, echa de menos al cardenal de Retz y á Puerto-Real, y no se deja deslumbrar por el esplendor del gran rey. Aprendió de los jansenistas á someterse á los decretos de la Providencia, sin quejarse de ellos ni profundizarlos. Le agradaba el campo, aunque el sentimiento de las bellezas naturales, de lo fantástico, del silencio fuese tan raro entonces, y sabiendo envejecer con gracia, inscribe en el retiro que guarece sus últimos años: *¡Santa libertad!*

No tuvo otra pasion que su amor á su hija *la más hermosa doncella de Francia*, como decia. Por ella se la ve presentarse en los círculos, llega á ser autor, repite sus dichos agudos; y únicamente por ella prodiga los buenos modales á los que la visitan. Más tarde, cuando tuvieron que separarse para casarla con M. de Grignan, se consuela de su separacion con una correspondencia nunca interrumpida, contando las horas del correo, mirando si llega, imaginando desgracias si se retarda, y pasando los dias en que no aguardaba cartas esperando aquellos en que las recibirá (45). Describe en aquel comercio epistolar con una ardiente verbosidad, una suave confianza y una casta ternura su existencia, sus costumbres sus lecturas, y los caprichos de la sociedad en que vivia; y escribió con tanta naturalidad, que no pensó nunca en formar con ellas un libro. Así era que su mayor encanto era decir siempre la verdad, como un eco fiel de las opiniones corrientes, que recibia y trasmitia con una gracia imposible de espresar. Aunque sus cartas versan sobre asuntos del momento, aun se leen en el dia, por la deliciosa mezcla de giros y sentimientos, por la imaginacion á la vez tranquila y animada, la union del talento y del sentimiento, la dulzura y la fuerza, lo ingenuo y lo sublime, con lo cual nos representa á lo vivo la sociedad de entonces, movible y activa, el fervor religioso y la frivolidad mundana, las fiestas y el luto de la corte.

Aun no habia olvidado la juventud las orgías del siglo anterior, pero cubria con un elegante barniz sus vicios y su ociosa indiferencia. Los enlaces, los intereses y las hazañas comunes unian á los nobles entre sí, los hacian amigos y altaneros con respecto á la clase media, pues aun subsistia entonces una profunda distincion, como ya hemos dicho, entre la corte y la sociedad. Cada uno llevaba un traje particular á su profesion. El traje negro más ó menos largo de los profesores, magistrados, médicos y mercaderes no permitia confundirlos con los cortesanos, de traje corto y ricamente adornados. Así como se conocia en éstos la costumbre de mandar, en aquéllos se notaba la de obedecer y sufrir. Un artesano no hubiera podido usar paño como el hombre de la clase media, ni éste seda, que estaba reservada á las personas de calidad. Los trajes de tafetan, que les estaba prohibido usar á las mujeres de los artesanos, eran el patrimonio esclusivo de las de la clase media, que á su vez no podian usurpar el terciopelo á las de la elevada sociedad. Una vez desaparecidas las *preciosas*, aun no se habia llegado á la sociedad severa y regularizada por Fontenelle, en la que era una idea fija y una ocupacion el hablar ó discutir sobre las ciencias. La pasion dominante era la chismografía, *las conversaciones infinitas*, como dice madama de Sevigné; y el cuidado supremo era que no faltase materia, dar valor á las más pequeñas cosas, más bien por pretension que por sentimiento. Se estimaba, pues, la imaginacion, y se acariciaba el talento. Agradaba el epígrama, y no pudiendo ó no atreviéndose á lanzarlo contra el gobierno, se indemnizaban lanzándolo contra los escándalos de la corte.

Si madama de Sevigné habla con más frecuencia con la inteligencia que con el corazon, es porque aun en esto representa el espejo de aquella sociedad: se rie de la sangrienta insurreccion de los bretones, y se burla del suplicio de la rueda que se hace sufrir á los rebeldes (46). Ataca á su amigo Vivonne, héroe de Mesina, y refiere en *confianza*

(45) En tiempo de Luis XIV se comenzó á violar en el correo el secreto de la correspondencia.

(46) «Antes de ayer, han enrodado al violonista que habia comenzado el baile y á la pilleria del papel sellado: ha sido descuartizado, y sus cuatro cuartos han sido espuestos en los cuatro estremos de la ciudad. Se han cogido á sesenta vecinos, y mañana se comienza á ahorcarlos. Esta provincia es un buen ejemplo para las demás (3 de octubre de 1675).» Y en otra parte: «Me hablais con burlas de vuestras miserias: ya no tenemos enrodados: uno cada ocho dias, para entretener á la justicia.»

á su hija que ha muerto podrido tanto su cuerpo como su alma (47). Cuando sabe que Bossuet ha renunciado al obispado que no podia atender, y que se contenta con una pequeña abadía: *¡Pobre hombre!* exclama. Cuando aparece su *exposicion de fe*, escribe á su hija: «Me han dicho que Bossuet ha escrito un libro en el que asegura que, con tal que se crean los misterios, basta; y desaprueba todas las sutilezas del Santísimo Sacramento, que no son otra cosa que herejías. Este es el caso en que te encuentras.»

Conversiones.—Inculcada la religion en la primera enseñanza, existia en el fondo de los corazones, y la educacion religiosa que por aquel tiempo recibian todos, era una especie de preparacion contra un mundo corrompido, en el cual era preciso vivir de contínuas transacciones entre el rigor de los principios y la laxitud de los hechos. Pero muchos sentian la necesidad de creer seriamente, y la Inglaterra no habia introducido todavia la moda que llamaban el libre pensar. Por esto se ve á Bossuet estenderse sobre los últimos momentos de los personajes que alaba, principalmente sobre los de Condé; pronunciando el mismo Fontenelle el elogio de los académicos al paso que mueren, y hablando delante de una asamblea profana, no pasa nunca en silencio el modo con que han desempeñado sus deberes religiosos. Así era que se veia con frecuencia á personas de una vida disoluta ó disipada, volver la cara á Dios, pues los estravíos procedian del ardor de los sentidos, sin pasar por el hielo del racionalismo y del sarcasmo. Frecuentes ejemplos encontraremos al hablar de Puerto-Real de personas de mérito y de categoria, retirados en el claustro ó en la soledad. Sólo citaremos á Ana de Gonzaga, princesa palatina, una de las principales actrices de la Fronda, y que habiéndose consagrado después á Dios, mereció los elogios fúnebres de Bossuet. Madama de la Sablière, una de las mujeres más célebres de la clase media de entonces, seducia á los marqueses para arrebatarlos á la elevada sociedad y atraerlos á su círculo. Habiendo notado en Boileau un error de ciencia y de lenguaje, atrajo sobre sí la cólera del poeta, que le dió rienda suelta en una de sus sátiras. La-Fontaine encontró en ella una generosa protectora. Contestaba á uno de sus parientes, hombre grave, que le reprendia al cambiar con frecuencia de amantes, añadiendo que los animales al menos no aman más que una vez al año. «Precisamente, contestó, porque son animales.»

(47) Era hermano de Mad. de Montespan; sus dichos agudos hicieron le quisiese Luis XIV, que le hizo mariscal, y regaló un millon á su hijo cuando se casó. Preguntábale un dia para qué servia la lectura, y él le contestó: *Señor, la lectura es para el talento, lo que vuestras perdices para mis mejillas.* Era estremadamente gordo, y Mad. de Sevigné le designa con el nombre poco gracioso de Gordo reventado.

Concluyó por refugiarse en la devocion, se consagró á obras de beneficencia, y escribió los *Pensamientos cristianos*, que dignamente figuran entre los muchos libros piadosos de aquel siglo.

La Longueville, 1619-79.—Ana Genoveva, hermana del gran Condé, habia sido inclinada á la meditacion por los primeros reveses de su familia; y aunque llena de sentimiento y curiosidad, habia resuelto hacerse monja; pero cuando su madre quiso llevarla al baile, se presentó con todo el brillo de la belleza y del adorno, y el cilicio que ocultaba bajo aquellos brillantes trajes fué una vana defensa contra las seducciones á que demasiado se entregó. Llegó á ser el adorno del palacio de Rambouillet, donde vió á los hombres más elegantes suspirar por ella, á los poetas celebrar sus encantos, á los más grandes señores, los magistrados y los cardenales tributarle homenajes. Una necesidad de emociones que sin cesar renacia, la hacia cambiar de amores; casada con el duque de Longueville, le abandonó; comenzó después á viajar por el reino en su busca para poner al abrigo, no su virtud, sino su reputacion, lo cual no la impidió ser más festejada que una reina. La misma maternidad no pudo tranquilizarla, y fueron precisas todas las intrigas de la Fronda para que evitara el fastidio. Dominaba enteramente á sus hermanos Conti y el gran Condé, y hasta el mismo cardenal de Retz. Ensalzada hasta las nubes por el pueblo, dirigió á los combatientes en las barricadas y sitios: negoció de igual á igual con Ana de Austria un tratado de paz, por el cual hizo dar gobiernos á sus hermanos y un baile en obsequio de ella. Pero habiendo cambiado de repente la fortuna, se vió precisada á andar errante, desconocida, hasta que pudo llegar al mar. Encontró á Turena y con él su antigua prosperidad: aun decidió de los destinos de la Francia, y el parlamento la declaró inocente, *y no culpable sino de leso amor*.

Sin embargo, en medio de aquel delirio de ambicion y deleites, las sérias ideas de su juventud volvian á su imaginacion: escribia á la abadesa de las Carmelitas: «Mi más ardiente deseo es ver terminada esta guerra para refugiarme á vuestro lado y concluir mi vida lejos del mundo. Pero no puedo hacerlo antes de que se firme la paz. Parece que no se me ha concedido la vida sino para hacerme sentir su peso y amargura. Todo lo que me une á ella se encuentra roto, ó más bien despedazado. Escribidme con frecuencia, y mantenedme en el disgusto que esperimento hácia esta terrestre peregrinacion.»

De esta manera se espresaba aquella mujer cortejada y aplaudida que desempeñaba en Francia el primer papel. A la edad de treinta y cuatro años se retiró de aquella escena tumultuosa. Se reconcilió con su marido, á quien concedió y de quien obtuvo perdon. Cuando llegó la hora de su muerte gastó mucho dinero en obras de caridad, en reparar los males que se habian sufrido durante la Fronda; libertó á novecientos presos por deudas; y

después de haber aceptado como una expiacion el mal fin de sus hijos, dejó á la posteridad un monumento de edificacion en sus cartas y memorias.

Vióse tambien á la Vallière expiar en un claustro el crímen de haber amado demasiado. Madama de Montespan hizo construir, para instruccion de las doncellas, una hermosa casa titulada de Las hijas de San José, á donde se retiró después de su desgracia. Como consecuencia de una noble emulacion, madama de Maintenon fundó la casa de Saint-Cyr para doncellas pobres de la nobleza, como lo habia sido ella; y después de la muerte de su real esposo se encerró en ella el resto de su vida. Al acercarse la Pascua, toda la elevada sociedad tenia la costumbre de retirarse á un convento, y «fastidiarse por amor de Dios,» como dice madama de Sevigné.

De esta manera se puede esplicar el interés que la sociedad se tomaba, en medio de tanto fausto y disipacion, por las cuestiones de gracia, por el misticismo de madama Guyon, y por el amor puro de Fenelon; ésta fué tambien la causa de que las *Provinciales* de Pascal pudiesen llegar á ser el libro de moda.

La alta sociedad toleraba, sin embargo, en medio de tanto refinamiento ciertos vicios vergonzosos, porque con frecuencia la moral sufre complaciente el imperio de la moda ó la influencia de las distinciones sociales. No era una deshonra engañar en el juego, vicio que llegó á ser dominante después de Mazarino; un noble no se avergonzaba porque se le persiguiese violentamente por rapto ó violencia. Era de buen tono tener deudas, no pagar á los acreedores ni los impuestos. Continuamente tenia que conceder Luis XIV cartas de próroga á los que recurrian á él ó pagar sus deudas (48). El tambien jugaba fuerte, y aun más su hermano y el delfin. Cuando los escrúpulos entraron á la parte, al retirarse las señoras, regalaban á los jugadores lo que habian perdido, como si hubiesen querido, engañar á Dios y á su conciencia. Estafadores y personas tenidas por falsarias fueron introducidas en la sociedad, donde tenian buena acogida, porque eran jugadores y cínicos. Otros trataban de procurarse dinero solicitando los bienes confiscados de los herejes, de los suicidas, ó denunciando á los concusionarios: y al hombre de bien sucedió el hombre de mundo.

El trato con las mujeres produjo la frivolidad; no se trató ya de ser un galante hombre, sino un hombre galante. El espectáculo del desorden no escitaba ya en las almas honradas odios vigorosos; por el contrario, reinaba cierta indiferencia de principios, la duda sobre opiniones respetadas, la burla y el cinismo. La vanidad hacia sucumbir á más mujeres que los sentidos. La desnudez de las espresiones de Molière indica costumbres disolutas. La galanteria era un pasatiempo admitido, se escusaba el adulterio, hasta se le justificaba en el *Anfitrion*, y se descorria el velo nupcial. Por otra parte, dirigiendo sus tiros, no contra la galanteria, sino contra la devocion, el poeta favorecia la corrupcion, pues designaba como hipócritas á los que no seguian la corriente del siglo. Segun La-Rochefoucauld, «hay pocas mujeres honradas que no estén cansadas de serlo.» La-Bruyère escribia que «muchas mujeres se les designaba mejor por el nombre de sus maridos que por el de sus amantes, y que los devotos llegarian á ser ateos bajo el mando de un rey ateo.» A fines del reinado de Luis XIV, habia hecho tantos progresos la corrupcion, que no agradaban ya las mujeres, y que Bourdaloue tuvo que levantar su voz contra un vicio que «la Sagrada Escritura no quiere nombrar,» y del que resultaban amores semejantes en el otro sexo.

La Ninon, 1620-1705.—Hemos llegado ya á la célebre Ninon de Lenclos. Hermosa con la hermosura que no se estingue con los años, instruida y conociendo los mejores autores, bailaba como una

---

(48) El juego proporcionaba tambien ocasion á célebres generosidades. Pierde Voiture en una reunion mil cuatrocientos luises, y como le faltaban doscientos para completar la suma, escribió á Costar:

«Os ruego me envieis lo más pronto posible doscientos luises que necesito para completar los mil cuatrocientos que he perdido ayer noche. Sabeis que lo mismo juego sobre vuestra palabra que sobre la mia. Si no los teneis, pedidlos prestados; si no encontrais quien os los preste, vended lo que tengais, pues los necesito absolutamente. Mi amistad habla con tanto imperio, porque es fuerte; la vuestra, aun débil, diria: Os suplico me presteis doscientos luises, si lo podeis sin incomodidad. Perdonad que os hable con tanta libertad.»

Costar, que era otro gran talento de aquella época, le contestaba: «Nunca hubiera creido gozar de tanto placer por tan poco dinero. Puesto que jugais sobre mi palabra, siempre os tendré dispuesto un fondo. Además, os advierto que uno de mis parientes tiene siempre mil luises, de que puedo disponer como si estuviesen en nuestra caja. No quisiera por otra parte esponeros con esto á alguna pérdida considerable. Un amigo me decia ayer que su ex-haber habia sido el mejor amigo que habia encontrado en el mundo; conservad pues el vuestro. Os devuelvo vuestra obligacion, admirándome de que obreis de esta manera conmigo después de lo que he visto hicisteis el otro dia con Balzac.»

Balzac habia enviado á pedir prestados á Voiture cuatrocientos luises. Después de habérselos contado al criado, escribió Voiture al pié de la obligacion: «Yo, el abajo firmado, reconozco deber á Balzac ochocientos luises, por el placer que me ha proporcionado pidiéndome prestados cuatrocientos.»

Otra vez en el sitio de Thionville, habiendo perdido el marqués Pisani en el juego todo lo que tenia encima, y además su equipaje, Voiture le envió cien pistolas, con este billete: «Creyendo que así como yo he jugado por vos en Narbona, vos habeis jugado por mí en Thionville, y habeis doblado la puesta en mi nombre, os envio cien pistolas, á cuenta de la pérdida que pueda corresponderme.»

gracia, y tocaba la lira como una musa. Aprovechándose de lo ridículo con mucha delicadeza, de un carácter fácil é igual, pronto fué la admiracion de la ciudad. Su padre, hidalgo de Turena, la educó en los principios de un fácil epicureismo, diciéndola en su lecho de muerte: «Aprovechaos de un tiempo precioso, y no seais escrupulosa en el número de vuestros placeres, sino en su eleccion.» Semejantes consejos, alimentados por un temperamento ardiente, hicieron que considerase al amor, no como un sentimiento, sino como una sensacion, que no debia dejar arrepentimiento ni gratitud. Dueña de sus acciones á la edad de quince años, colocó su patrimonio en renta vitalicia para asegurarse una estable; negóse á todo vínculo de matrimonio ó empleo en la corte, se hizo superior á todas las conveniencias de su sexo y de la costumbre, y no pensó más que en los placeres, gozando de las adulaciones de sus mil adoradores, recompensando con favores fáciles á los que preferia, siempre buscada, y no envileciéndose nunca.

La calle de los Tournelles, en que habitaba, ofrecia un estraño contraste con la severa moral de Puerto-Real, y el alambicado platonismo del palacio de Rambouillet. El epicureismo resucitado por Gassendi era profesado allí teórica y prácticamente. Cambiando con frecuencia de amantes, se abandonaba Ninon á cada uno de ellos con la impetuosidad de una pasión única, para pasar pronto á los brazos de otro. Escribia á uno ellos: «Espero amarte tres meses, que para mí es la eternidad.» Anunciaba lealmente á aquel á quien un rival suplantaba que habia concluido su reinado, reinado que nadie por lo demás ignoraba ser de corta duracion: pero los amantes que abandonaba, se convertian en amigos: y fiel en estremo en un sentimiento más tranquilo les ayudaba, socorria y se dedicaba á hacerles obtener honores y empleos. El marqués de La Chatre quiso que se comprometiese con él en un billete á amarle siempre y sólo á él; le escribió en los tèrminos que deseaba; mas pronto decia en los brazos de otro: «¡Qué buen billete conserva La-Chatre!» Cuando se encontró embarazada, los dados fueron los que decidieron entre sus amantes la paternidad, que ella tampoco podia asegurar. Al paso que en el palacio de Rambouillet todo eran frases ampulosas é ideas oscuras, en el de Ninon, la naturalidad y las gracias desnudas eran las que reinaban. Nada de académico ni de contritas fisonomias; pero se aprendió allí á no tratar como crímenes dulces errores, y dar el nombre de placeres á delicados vicios. Dividia los amantes en pagadores, mártires y favoritos. Sin embargo, rara vez aceptaba regalos, sobre todo de aquellos á quienes se habia entregado.

A porfía deseaban ser admitidos en su reunion para concluir su educacion y adquirir el tono de la sociedad elegante. Las madres aspiraban á que le agradaran sus hijos; las señoras que pasaban por de mejor conducta, y hasta las mismas devotas, á las que llamaba las *jansenistas del amor*, se proclamaban sus amigas. Madama de Maintenon, á quien habia protegido en su humilde fortuna, intentó en su prosperidad atraerla á la corte. Cristina de Suecia declaró que ninguna francesa le habia agradado tanto como la *ilustre* Ninon, é hizo todo lo posible por llevársela á Roma. Los talentos más distinguidos dividian entre ella y Luis XIV sus alabanzas. Molière la consultaba sobre sus obras, y tomaba de su gran esperiencia caractéres y escenas. La condesa de Olonne, afamada por su belleza y el número de sus amantes; la condesa de Suze, célebre por sus elegias, el poeta Waller, las señoras de Mazarino y de Manzini, el espiritual Saint-Evremont, el fino La-Rochefoucauld, abandonado por la antigua sociedad, madama de La-Fayette, Gourville y otras más, ofrecian sus homenajes á la «nueva Aspasia, nueva Tais para los fáciles sábios de la Atenas de las Galias.»

Tan despreocupada con respecto á la religion como á la moral, en vano fué que los jesuitas y Puerto-Real procuraran atraerla á sí. Riéndose de los jansenistas y de los monilistas que se disputaban su alma como sus amantes su cuerpo, decia, no obstante, á Saint-Evremont: «Doy gracias á Dios todas las noches por mi talento, y le ruego todas las mañanas me preserve de las imprudencias de mi corazon.» De esta manera continuó viviendo hasta la edad de ochenta y cinco años, sin que la vejez la hiciese perder nada de su talento, y se asegura que hasta esta edad conservó amantes. Refiérese tambien que para sustraerse á las solicitudes de un jóven ardientemente enamorado de ella, se vió obligada á declarle que era su madre, y él se dió muerte en su presencia.

Lo que choca más en aquella refinada sociedad, es la mencion tan frecuente que se hace de venenos, astrólogos y adivinos. Enriqueta de Inglaterra murió envenenada; se cree que lo mismo sucedió á los dos delfines, á la duquesa de Borgoña, á Louvois y á otros muchos. La marquesa Maria de Brinvilliers tenia por amante al jóven Santa Cruz, que á solicitud de su marido, fué puesto en la Bastilla. Hizo allí conocimiento con un tal Exili, italiano, que se decia habia hecho morir en Roma á ciento cincuenta personas en el pontificado de Inocencio X. Santa Cruz aprendió de él el arte de componer los venenos, y cuando recobró la libertad lo enseñó á su querida, que se resolvió á hacer morir á toda su familia para casarse con su amante. Después de haber hecho sus esperimentos en los enfermos del hospital, á quienes llevaba bizcochos, dió muerte en pocos años á dos de sus hermanos, á una hermana y á su padre; no pudo conseguir hacer morir á su marido, á quien Santa Cruz administraba antídotos, resuelto á no casarse con aquella perversa mujer. Las memorias de la época añaden, que habiendo oido hablar de una jóven encerrada por fuerza en un monasterio, le prometió ayudarla, y que pronto perecieron sus parientes. A Santa Cruz se le encontró sofocado destilando venenos, y se halló en su casa una caja

con el nombre de Brinvilliers, llena de sustancias venenosas y cartas, de las cuales una contenia la confesion general de su vida. En su consecuencia, fué decapitada y quemada. Un criado de Santa Cruz, á quien se le sospechó de complicidad, sufrió el suplicio de la rueda (49).

No por esto cesaron los envenenamientos, y las revelaciones de la marquesa en la hora de su muerte hicieron se atribuyesen á maleficios todas las muertes repentinas y todas las enfermedades raras. La chistosa denominacion de *polvos de sucesion* esparció un secreto espanto (1679); en su consecuencia, el clamor popular determinó al gobierno á establecer un tribunal para conocer en esta clase de crímenes. La principal acusada sobre la que tuvo que sentenciar, fué la Voisin, partera, que se dedicaba al charlatanismo y se ocupaba en el oficio de tercera, lo cual la habia puesto en el estado de establecer una rica casa. Presa como envenenadora con varios de sus cómplices, designó, con el objeto tal vez de salvarse, á algunas personas de la primera categoria de las que tenian costumbre de acudir á su casa, tales como la duquesa de Bouillon, el mariscal de Luxemburgo, la duquesa de Soissons, madre del príncipe Eugenio de Saboya: sometida al tormento y careada con los que acusaba, conservó hasta el momento de ir á la hoguera una intrepidez cínica (50) Uno de sus hermanos, La-Vigoureux, y un sacerdote llamado Lesage, fueron condenados como cómplices suyos á diferentes penas; tal vez su crímen se reducia á haber concebido la loca esperanza de hacer oro, y buscado, como tantos otros antes que ellos, el polvo de proyeccion.

Punto de honor —Las venganzas son otro de los caracteres de aquella época, no las ejecutadas en el primer movimiento de cólera, sino por deber, con arreglo á lo prescrito, por lo que se llamaba pundonor, y en las cuales tomaba parte la parentela, toda la clase, y á veces todo un pais. El hidalgo debia tomarla con ayuda de su espada; lo cual produjo entonces ena ciencia particular; ciencia caballeresca, cuyos preceptos procedieron de Italia, como tambien los más afamados maestros de esgrima. Puede en efecto citarse por desgracia á más de cincuenta escritores sobre esta materia, legistas en su mayor parte, que aplicaban á ella las reglas de la jurisprudencia. Sus libros tratan de los medios de buscar una cuestion, cambiarla, agravarla, establecerla y renunciar á ella; se encuentran en ellos las escepciones dilatorias y perentorias. Tambien se indica al que se debe proclamar vencedor, en el caso en que ambos adversarios sucumban: se aprende asimismo qué movimiento es vergonzoso y qué pedazo de las armas es más deshonroso perder. Presentan sobre cincuenta formularios de las diferentes causas que deben insertarse en los carteles; además se dice cómo deben declinarlos, negarse á ellos y desecharlos; si conviene aceptar los de personas que no sean nobles ó sólo de sus iguales; a quién pertenece la eleccion de las armas, y designar el sitio, si al provocador ó al provocado; y cuáles son las armas de los caballeros. Después siguen sutiles definiciones del honor y de sus especies, si pertenecen al que honra ó al honrado; lo mismo que para la injuria considerada en su cualidad, cantidad, relacion, pasion, situacion, lugar, accion, movimiento y fortuna; lo que hace que se distingan las injurias en dichas, contestadas, compensadas, redobladas, propulsadas, repetidas, vueltas á contestar, necesarias, voluntarias, voluntariamente necesarias y mixtas.

Después sigue la doctrina del *cargo*, es decir, la obligacion de enojarse, desechar, rechazar, probar y reprobar; defínese después la enemistad y el resentimiento, la venganza, el descargo, la provocacion, el castigo, la venganza trasversal, la ventaja, la supercheria, el asesinato, la via indirecta, el mal medio, la traicion y la perfidia; cuándo conviene hacerse cargo de la causa ajena; si una injuria queda borrada con otra igual. *El espejo del honor* enumera una larga serie de presunciones, «pasando en silencio más de ciento y de otras mil que se podrian añadir.»

Ahora bien, puede juzgarse cuánto deben ocuparse estos casuistas del duelo del *mentís* verdadero, punto cardinal de semejante estudio. Es afirmativo, negativo, general, particular, condicional, absoluto, privativo, positivo, que niega, *infinito y limitado*, cierto, simple, singular, general para la persona, para la injuria y para una y otra; sobre la voluntad, sobre la negativa y sobre la afirmativa; válido, insignificante, coronado, injurioso, supositivo, circunscrito, cubierto, vano, nulo, escandaloso, verdadero, dicho con verdad, falso y dicho con falsedad; siguen los mentís legítimos, impertinentes, ridículos, desordenados, generales sobre cosas particulares y particulares sobre cosas generales. En vano se afanaban estos petulantes en distinguir los mentís válidos de los que no lo eran, el actor que miente injuriando, del acusado que miente injuriado, el autor que provoca del provocado. Después discutian sobre la prueba y sobre el sosten, como tambien del actor que se finge acusado, del interpretativo que opone las escepciones de compensacion, que desempeña el papel de acusado provocado por la forma de sus palabras.

Y si llegaban á conciliar las diferencias, nuevos debates surgian sobre la satisfaccion y la paz, general ó particular, esterna ó interna, natural, civil, pública, doméstica, y sobre las diferencias entre

---

(49) Véanse las *Cartas de Mad. de Sevigné* y las *Causas célebres*. La Brinvilliers fué defendida por Nivelle, abogado del parlamento.

(50) «Se asegura que el confesor de la Voisin dijo que habia dicho Jesús Maria en el fuego. Tal vez es una santa.» Madama de Sevigné.—La Brinvilliers fué tambien reputada como una santa por el pueblo.

paz, reconciliacion y reparo; entre satisfaccion y restitucion, pena y castigo, confesion, arrepentimiento y humillacion, perdon y misericordia; en fin, sobre los medios de retractarse.

Esta era la ciencia en la que ejercitaban su talento los italianos contemporáneos de Galileo, Torricelli y Bacon (51). Ahora bien, los autores no se apoyaban sólo en Aristóteles y en los jurisconsultos romanos, sino tambien en los santos Padres y en el Evangelio, que dice: «Si alguno os diere alguna bofetada en la mejilla izquierda, presentadle la derecha.» Juan Possevino compuso tambien un *oremus* cuyo efecto era *adquirir grandes fuerzas* el que le recitara antes de llegar al combate, y en el cual el duelista promete á Dios que si da muerte á su adversario, lo *sentirá mucho*

Otras naciones, y sobre todo la Francia, se aficionaron á esto desde un principio, y especialmente desde que los reyes lo prohibieron. Ya hemos visto un desafio entre los dos principales soberanos del siglo XVI, Cárlos Quinto y Francisco I: este último sostenia que sólo un bastardo podia sufrir un mentís sin vengarse. Enrique II presidió con toda su corte, el condestable, el almirante y los mariscales de Francia, al duelo, en el que La-Chataigneray fue muerto por Jarnac, quien, levantando sus manos teñidas de sangre al cielo: «¡Alabado sea, Señor, no mi valor, sino tu santo nombre!» Enrique juró no permitir en adelante ningun otro desafio; pero con tal furor se reduplicaron entonces, que la nobleza perdió en ellos más sangre que en las guerras nacionales. Cárlos IX se esforzó en ponerles coto, estableciendo un tribunal de honor para juzgar las ofensas que atacaban la delicadeza de sus leyes. Enrique IV manifestó tambien firmeza con el mismo objeto, amenazando con la pena de muerte á los duelistas. Fue no obstante preciso conceder en su reinado catorce mil cartas de perdon por este delito, aunque no era permitido usar armas más que á un pequeño número de caballeros. Pero el mismo rey hubiera mirado como indigno al que no hubiera vengado una injuria, y nombraba gobernador de la Provenza á un Guisa, que dos dias antes habia muerto al conde de San Pol en medio de la ciudad de Reims. Montaigne decia: «Poned á dos franceses en los desiertos de la Libia y no permanecerán un mes sin batirse.» El obispo de Rodez dijo en la *Vida de Enrique IV*, «que la nobleza perdia en tiempos de paz y por su propia mano más sangre que en las batallas.» Chavalière añade, que en una sola provincia murieron en desafio ciento y veinte hidalgos en el espacio de siete meses. Brantome hace el elogio de un noble del Franco-Condado que hirió á su enemigo en desafio bajo el pórtico de una iglesia, y de otros dos caballeros que se batieron dentro de la misma iglesia, para decidir cuál de los dos habia de ser incensado primero. Tiene satisfaccion en contar aquellas «estocadas dadas únicamente para dar gusto á las manos.» Ensalza hasta las nubes á un napolitano que dió muerte á tres adversarios en una mañana, y los dejó después «á la custodia de Dios para ser enterrados.» Las damas cortejaban á porfia á los más valientes duelistas, y á aquellos cuya mano era más mortal.

La costumbre de los duelos se propagó durante la Fronda, en cuya época el cardenal de Retz daba tan frecuentes ejemplos. Aun fué peor, cuando se consideró como una obligacion batirse, no sólo por los que habian sido provocados, sino tambien por sus segundos, terceros y hasta cuartos testigos, que á veces no se conocian unos á otros. En 1604 murieron en desafio ciento veinte caballeros en la sola Marca del Lemosin; y en un diario del 6 de agosto de 1606 se lee: «La semana pasada hubo en París cuatro asesinatos y tres desafios; pero no se hizo caso de ellos.» Desde el año 1509 hasta el de 1608, se concedieron siete mil indultos por causas de duelos; y durante los ochos años de la minoria de Luis XIV, se calculan en cuatro mil los nobles que perecieron en tales lances. Era una protesta política que en favor de su perdida independencia hacia la nobleza por medio de aquel distintivo que la separaba de la plebe. Se alaba el valor y el honor de aquellos tiempos de caballeria renovada de la Edad Media: con respecto al primero, no es de estrañar, cuando era asunto de moda; y al segundo, los preceptos estaban marcados con rigor, pero se violaban sin vergüenza. Brantome no emplea ninguna palabra para vituperar á Entragues, que hirió á Quelus con una daga que tenia oculta. Un Malcolm, después de haber muerto á su adversario, ayudó á su testigo. Desarmado el mariscal de San Andres por un antiguo oficial, le asesinó con la espada que acababa de devolverle generosamente. Brantome nos presenta como *parangon de la Francia* al hijo del canciller Duprat, gran duelista desde su primera juventud. Dió muerte en una comida al baron de Soupez, que le habia tirado á la cabeza un candelero, y huyó disfrazado de mujer; después inmoló al caballerizo mayor de Cárlos IX, que habia asesinado á uno de sus hermanos, de edad de quince años. Vengó á otro muerto por uno de sus parientes, asesinando al asesino, ayudado por dos espadachines. Se ocultaba siempre de la justicia y siempre obtenia el

(51) De esta manera se inmortalizaron Paris del Porzo, Muzio, Juan de Legnano, Lancellotto Conrado, Julio Ferretti, Attendolo, Possevino, Camillo Baldi, Belisario Acquaviva, Antonio Bernardo de la Mirandola, el milanés Birago, Parisio, Jacobo Castiglio, Pigna, Albergati, Gessi, Ansidei, Fausto, Romei, Orlando Pascetti, Tonnina, y el *Diálogo* de Marco Mantica, jurisconsulto, donde decide más de cien cuestiones. Citaremos aun los *Cincuenta casos*, de Olevano, y el *Espejo de honor*, la *Paz en prision*, la *Mentira en juicio*, las *Conclusiones del duelo y de la paz evangelistas de la reputacion humana, cuyas palabras sirven para llenar de muchos dogmas de fe y de honor los márgenes de los escritos caballerescos*. Entre los franceses, los *Discursos del pundonor con los medios de conocerle y practicarle bien*, por RIVAULT, señor de Fleurance, estaba ya muy en boga.

perdon. Como se opusiese un valiente oficial á que se le perdonase, entró en su casa con algunos sicarios y le dió muerte; «acto que se tuvo generalmente como de grande audacia.» Habiendo sido aun perdonado, le desafió uno de los hermanos de aquellos á quienes habia muerto; y «habiéndose puesto debajo una coraza de color de carne,» le asesinó á puñaladas. De esta manera concluyó el Parangon de Francia, cuya gloria se habia estendido por Polonia, España, Alemania é Inglaterra, de tal manera, que no iba á la corte un extranjero que no quisiese verle. Sin embargo, sus enemigos pretendian que no mataba con lealtad; pero la opinion de los grandes maestros, y principalmente de los italianos, que son los mejores casuistas del mundo en venganza, es que es permitido oponer estratagema á estratagema, sin faltar á las leyes del honor (52).

No hay necesidad de repetir que la Iglesia se opuso continuamente á los duelos. La de España se vió obligada á recordar un antiguo cánon que prohibia desafiar á los obispos y canónigos: el concilio de Trento escomulgó á los emperadores, reyes, príncipes, marqueses y otros señores que concedieran el campo para combate entre cristianos, queriendo que los combatientes y sus padrinos quedasen infames y privados de sepultura sagrada.

En su consecuencia, los príncipes multiplicaron las prohibiciones; Cárlos Quinto la estendió á todos sus dominios. El duelo producia en Portugal la confiscacion y la deportacion á Africa; en Suecia la pena de muerte. Hubo en Francia multitud de edictos con respecto á esto; los legistas se regocijaron al ver á los nobles batalladores presentarse ante ellos en nombre de la ley, y añadian á su rigor una vanidad cruel. Pero ya hemos visto cuán poco temidos eran estos edictos; y aunque Richelieu no perdonó las cabezas más ilustres, no pudo conseguir el reprimir esta locura.

Luis XIV, en 1679, aplicó la pena de muerte, la confiscacion y la pérdida de todos los honores á los que se batiesen en desafio, dando su palabra de rey de que no perdonaria á los culpables: esto disminuyó su número pero no lo suprimió. El mismo, rigoroso en las leyes que promulgaba, dulcificaba su ejecucion; y si un oficial no salia con honor de una cuestion, aprobaba que se le separase del regimiento. Más oportuno fué el publicar leyes preventivas, y el restablecimiento del tribunal de honor compuesto de los grandes dignatarios, que fallaba en todos los casos de honra, facilitaba las reconciliaciones, arreglaba las condiciones de paz, imponia multas, y mandaba prender á todo el que daba un mentís, ó provocaba culquiera lance de los que daban lugar á desafio. Anteriormente ya Vicente de Paul se habia empeñado con insistencia á fin de que el papa prohibiese los duelos; y el marqués de Fenelon, famoso espadachin, se puso al *frente* de una sociedad de caballeros que se comprometieron bajo juramento á no mandar ni recibir ningun cartel de desafio.

Aumentáronse los desafios bajo el mando de sus débiles sucesores, y los hubo hasta entre las mujeres. La cantatriz Maussin, entre otras, llegó á ser célebre por haber muerto en desafio á tres hombres; huyó á Bruselas y llegó á ser la querida del elector de Baviera. Los reyes de Inglaterra procuraron reprimir tambien este abuso, sobre todo Isabel, pero con poco fruto. El canciller Bacon hizo procesar con todo rigor por la cámara estrellada á los delincuentes, á quienes amenazó, no con la horca, como en Francia, sino con la prision y fuertes multas. Cromwell castigaba con seis meses de encierro al que enviaba un cartel de desafio, y hacia perseguir como homicida voluntario al que daba muerte á otro en un duelo. Estos se aumentaron en tiempo de la restauracion, y se enviaban carteles hasta al gran canciller sobre cuestiones de tarifa ó legislacion; los médicos se desafiaban por sus consultas; todos se batian en los cafés, en las plazas y en los teatros.

El abuso del duelo se ha prolongado hasta nuestros dias, y aun hay discusion entre los moralistas y los legisladores sobre los medios de destruir esta plaga social, conservando la delicadeza del honor, que es el carácter de la civilizacion moderna.

Aun cuando no consistia ya la caballeria en adoptar la defensa del débil contra el fuerte, sino en el arte de eludir las leyes y oprimir al que no sabia defenderse, el pundonor aprovechaba las virtudes que le concernian, y al mismo tiempo hacia olvidar todas las demás, suprimiendo en el cumplimiento de los deberes la humildad, que es la única que constituye su fuerza y su consagracion. Tener sus asuntos en orden, mejorar sus bienes, usar economia, todo esto parecia innoble; al paso que no pagar sus deudas, arruinarse á sí mismo y á sus acreedores, no perjudicaba de ninguna manera á la reputacion de hombre á la moda. La idea del deber faltaba enteramente á este absurdo honor. El buen tono imponia compasion por los males imaginarios ó ligeros, é indiferencia por los graves y reales. Se tenia vanidad en los hermosos trajes, á gloria mil pequeñeces, y la observacion de ciertas formas y supersticion daban el derecho de atacar la moral, la legislacion, la religion y el sentido comun.

Aquellos que, por el contrario, no pertenecian á la clase privilegiada, estaban obligados á respetar la moral. Severas leyes castigaban al adúltero de baja clase, al paso que se le sufria y se le alababa en la mujer de elevada categoria. El plebeyo y el togado podian, sin degradarse, sufrir un insulto que envilecia al hidalgo ó al militar, y no admitir el desafio de éstos. Dos opiniones diferentes dominaban, pues, en aquella sociedad, en que la nobleza conservaba el principio germánico, pero en

(52) Véase un artículo sobre el duelo en la *Revista de Edimburgo*. 1842.

el que las demás clases no tenian ninguna cuenta de él.

No hemos hablado hasta ahora más que de las clases superiores, porque son las únicas que pintan los escritos de aquella época, en los que no se trata más que de la corte y la magistratura. La fuerza del tercer Estado no fué conocida por Luis XIV, que en lugar de dirigir su actividad, quiso reprimirla hasta insultarla, y que volvió á poner en vigor ordenanzas decrépitas, segun las cuales, sólo á los caballeros era permitido usar charreteras. De esta manera se fomentaron los odios populares, que bajo el mando de sus sucesores debian estallar en la negacion de lo pasado y declarar un azote á toda autoridad, una tirania á todo orden y un envilecimiento á toda subordinacion.

CAPÍTULO VIII

ELOCUENCIA Y POLÍTICA SAGRADA.—BOSSUET Y FENELON.—EL QUIETISMO.

La majestuosa unidad del siglo de Luis XIV, el devoto ardor de las almas, la importancia que las cuestiones religiosas adquirian en medio de las distracciones sociales y políticas, esplican la grandeza á que se elevó entonces la elocuencia sagrada. Desde el momento en que ella no comprendió todos los intereses de la sociedad como en la Edad Media, sino que se circunscribió al dogma y á la moral, sus formas, de variadas, libres y naturales que eran, se sujetaron á reglas escolásticas, á las tésis, á las subdivisiones simétricas. Uniéronse á ellas un diluvio de citas sagradas y profanas, lugares comunes teológicos que sofocó la elocuencia, bajo la erudicion y la pretension. Llegó después el mal gusto de los primeros años del siglo XVII, que hace resonar el púlpito con ridículas metáforas y afectaciones desagradables. El padre Andrés Valladier, cuya fama fué tal, que se le eligió para predicador de la corte y para la oracion fúnebre de Enrique IV, es lo más enfático y estravagante que se conoce. De esta manera se espresaba en su sermon el primer domingo de cuaresma: «Gloriosos y gloriosas; es preciso que os ponga la ceniza en la frente. Señoritas, ¿qué otra cosa haceis, con ese aparato venéreo de vanidad, que una protesta de vuestra vanidad y vuestra vileza ante Dios, cargando y adulterando vuestro cabello con ceniza y polvo, embadurnando vuestro rostro con albayalde y fango, cubriendo vuestro cuerpo con seda, que es el escremento de los gusanos salidos de un grano que no es más que polvo? ¿Quereis ver que todo no es más que orgullo, ambicion, hipocresia, es decir, ceniza y polvo? ¿Quereis que crea en vuestro cabello empolvado? ¡Hipocresia, mentira detestable! No es más que lirio de Florencia, polvos de Chipre, etc. ¿Quereis hacerme creer que ese color es vuestro? ¡Hipocresia, mentira! No es más que barniz, carmin, albayalde. Quereis parecer altas y mentís. Sois enanas; y el tacon de vuestros chapines es el que os alza. ¡Hipocresia y mentira insoportable!» etc. La coleccion de sus sermónes (1632, en 8.°) está dedicada á la reina Maria de Médicis en una carta prolija, en la que describió en un tono bíblico sus bellezas tanto patentes como ocultas del modo menos decente (1).

No se encuentran menos bufonadas en el padre Beso, del Lemosin, predicador de Luis XIII, ni en los cincuenta y dos sermones sobre el Hijo Pródigo, por el padre Bosquier de Mons (2). El *pequeño padre Andrés* se hizo tambien célebre entre los predicadores con equívocos y juegos de palabras. Esplicando un dia la parábola del que va á ver una viña después de haberla comprado: «Eres un tonto, decia, debias ir á verla antes de comprarla.» Otra vez recomendó á la caridad de los fieles á una doncella, que no tenia *bastante dinero para hacer voto de pobreza*, es decir, para tomar el velo. Admiraba más que el mismo milagro de Cristo, el de san Francisco, que con una vara de

---

(1) Véase á Peignot, *Predicatoriana*; Dijon, 1841, 137.

(2) *Academia de los pecadores, basada sobre la parábola del pródigo evangélico.* Publicó la *Pequeña navaja de afeitar de los adornos mundanos;* el *Azote de la Academia de los pecadores*, etc.

Juan Pedro Camus, obispo de Belley en 1609, decia predicando: *Daria cien santos nuevos por uno viejo. Después de su muerte los papas se convierten en mariposas, los señores en cresas y los reyes en avecillas*, etc. En el prefacio de la *Dominical*, escribia: *La pluma de los escritores es voluntariamente llevada por el aura del público favor, como sobre el ala de un amable Favonio. Esto es bizcocho seco, suculento, apretado, pero sustancioso; poca carne de discurso, pero muchos nervios, cartílagos y meollo de concepto. Encontrareis en este pequeño tomo aguas alambicadas y perdidas por la huella de un hablar conciso*, etc. *Navío de las Mirmecidas que hace ver todas las piezas de un gran barco bajo el ala de una mosca.*

tela (la alforja) sostenia diariamente á tantos religiosos.

Cuando murió Luis el *Justo*, el que pronunció su oracion fúnebre, esclamó: «Abstinencia real de los placeres, sol naciente en los abismos: plenitud del vacio: maná en los desiertos; vellon árido, en el que todo está mojado; vellon mojado, en el que todo está seco; cuerpo desecado, donde los placeres pueden sumergirle; cuerpo lleno de goces, que la austeridad lo deseca,» etc. Otro predicador emprendió demostrar que san Pedro fué piedra de construccion, piedra de fusil y piedra cáustica (3). La oracion fúnebre del valiente Crillon, pronunciada en Avignon por el padre Bening, jesuita, es de las más burlescas (4). Emprende demostrar, con un diluvio de metáforas, sacadas la mayor parte del escudo, la altura, la profundidad, el largo y el ancho de la magnanimidad de su héroe. «¡Adios, esclama, adios, Crillon! ¡adios, capitan de las maravillas! ¡adios, maravilla de los capitanes! ¡adios, valiente! ¡adios, valiente Crillon! ¡adios, valiente de los valientes!... ¡A qué se ha reducido este grande héroe! ¡Esta elevacion de valor cuánto ha bajado! ¡Esta longitud, cuánto se ha disminuido! ¡Cuánto se ha angostado esta anchura! ¡Cómo se ha allanado esta profundidad!»

Con frecuencia tendremos ocasion, al hablar de Italia, de deplorár este gusto á lo grotesco; pero bueno es repetir que los franceses fueron los primeros, y haremos notar que uno de sus más estimados libros (la crítica debe ejercerse con preferencia sobre ellos), la *Filotea*, amontona historietas, ejemplos, alusiones. El santo autor comienza por la ramilletera Glicera, que sabia cambiar la disposicion de las flores, y su crecimiento hasta el punto de admirar al mismo Parrasio; después llega al grano de *palma Christi*, del que no se atreve á comer ningun animal; las conchas, que engendran las perlas, viven en el mar sin recibir una gota de agua: las islas Caledonias, en las que se encuentran manantiales de agua dulce en medio de olas saladas; las piraustas, que vuelan al través de las llamas sin quemarse las alas; el cinamomo de la Arabia Feliz, que hace odorífico al que le lleva consigo; la tigre, que encontrando uno de sus hijuelos, abandonado en un camino por los cazadores para detenerla, le lleva consigo por grande que sea; Apeles, que se enamora de Campaspe, haciendo su retrato por orden de Alejandro; Rebeca, que cuidando de los camellos de Isaac merece ser elegida por su mujer, y recibe brazaletes y pendientes como el santo escritor espera que Dios hará que tenga oido su alma, y comprenda las palabras doradas de su santo amor y sus brazos adquieran fuerza para ejecutarlas. Todo lo que llevamos mencionado lo dice el autor en cuatro páginas pequeñas.

Deben tributarse mayores elogios. á los que sabiendo emanciparse del mal gusto del siglo, revelaron el secreto de la verdadera grandeza, que consiste en la alianza de un estilo sencillo y de sentimientos verdaderos. Los oradores profanos no tenian ocasion de manifestar sus sentimientos personales; no podian espresarse sino con arreglo á las ideas que les imponia su posicion, segun su empleo, y no la inspiracion de su alma. El sacerdote, libre de las frívolas exigencias de la sociedad, hace oir las palabras divinas para alcanzar la verdadera elocuencia, la elocuencia que procede del fondo del corazon, hablando de la muerte, de la virtud ó de la eternidad.

En el siglo de Luis XIV, la religion, además de la conviccion, tenia fuerza de ley, dominaba en los asuntos, y contribuia tambien á la gran unidad. Hasta se habia convertido en moda, de tal manera, que en las reuniones elegantes se discutian las cuestiones de controversia, se leian los escritos que trataban de ella: era, pues, necesario que hasta la palabra del predicador fuese elocuente, embellecida por los artificios propios para hacer perdonar la verdad, de la cual habian perdido la costumbre hasta los mismos oidos de los príncipes, entonces que el púlpito era la única tribuna abierta á un lenguaje libre. Aunque no faltaba en él la adulacion, era sin embargo de allí de donde salia una voz imponente que interpretaba la dignidad humana, hácia cargos á la poderosa arrogancia, prodigaba consuelos á los oprimidos, y daba á todos advertencias.

Dubois, traductor enervado de Ciceron y de san Agustin, habia escrito contra la elocuencia sagrada; fué refutado por Arnaldo, que publicó las *Reflexiones sobre la elocuencia de los predicadores*. Pero la práctica llegó á demostrar aun más, que se pueden asociar los derechos de la verdad y del bien, erigirse en rey del pensamiento al lado de los reyes de la tierra, y dominar la opinion tanto y más que ellos. Los oradores sagrados no tuvieron en ningun pueblo tanta influencia como en Francia, porque en ninguna parte fueron más nacionales. Ojalá que aquellos hombres ilustres hubiesen renunciado á la mala costumbre de predicar sobre un texto; mas, por el contrario, era un gran mérito encontrar uno que ofreciese una alusion feliz lo mismo para los sermones que para las medallas (5). No se atrevian tampoco á emanciparse de las divisiones escolásti-

---

(3) Entre los libros de los jesuitas ridiculizados en las *Provinciales*, se encuentra: *El fusil de penitencia para batir el canto del hombre.—La pequeña pistola de bolsillo para disparar á los herejes.—El dulce meollo y la rica salsa de los huesos sabrosos del avento.*

(4) Está impresa con el título de *Escudo de honor en el que están representados los grandes hechos... colgados de su sepulcro para inmortal memoria de su magnanimidad, por un padre de la Compañia de Jesús*, etc. Véase á PEIGNOT, pág. 237.

(5) El texto de Jeremias, con que el padre La-Rue hizo preceder la oracion fúnebre del duque de Borgoña, pasó por una maravilla; y hubo un murmullo de aprobacion

cas, necesarias tal vez á un pueblo acostumbrado á discutir sobre las doctrinas, y á querer penetrarlas con profundidad. Pero asociando el poder de la verdad á la elegante claridad y á la majestad del estilo; aduciendo de tal manera los pasajes de la Escritura, que parecen salir del corazon más bien que de la memoria; no dejando que el método degenerase en simetria rigorosa; sosteniéndose majestuosamente á la altura del dogma; indagando las pasiones hasta en los más recónditos pliegues del corazon; ofreciéndolas desnudas al asustado auditorio; excitando, en fin, en las almas, tiernas emociones, encontraron los patéticos y elevados acentos que han hecho superior la elocuencia francesa á la de todas las naciones modernas.

Mascaron (1634-1703) pertenecia á la escuela antigua, y en él las pretenciosas metáforas apenas eran indemnizadas por sólidas bellezas. Hay más pureza y correccion en Flechier (1632-1710), el Isócrates del púlpito, así como Bossuet es el Demóstenes. Hombre tranquilo en su fe, sin ser ni perseguidor ni fanático, observa con una ligera ironia y compadece el error. No se eleva con un vuelo atrevido hasta la majestuosa altura del obispo de Meaux, ni hasta la religiosa solemnidad con que éste engrandeció á los reyes y á los héroes, para oponer de repente á esta suprema categoria la nada de las grandezas humanas: oculta más bien con arte lo sublime bajo la elegancia, somete la elevacion al nivel comun, busca la armonia del período y el paralelismo de las frases, pero contienen gran sentido sus frases sueltas, y sabe aclarar los pensamientos profundos lo mismo que los superficiales.

Bourdaloue.—Así como Cheminais (1632-1689) fué comparado á Racine por su dulzura, el padre Bourdaloue (1632-1704), jesuitá, lo fué á Corneille. De costumbres sencillas como la verdad, ejemplares como la virtud, es el único hombre de mérito que no ha tenido enemigos ni detractores: uno de sus contemporáneos llegó hasta decir, que su conducta era la mejor contestacion á las *Provinciales*. Predicaba la palabra de Dios á los pobres como lo hacia á los grandes. Apenas bajaba del púlpito, adonde una corte fastuosa iba á oirle por moda, por tono, como buen orador y no como santo, acudia al lecho del moribundo mendigo; y sincero con los grandes, compasivo con los pequeños, se sacrificó menos que otros á tímidas conveniencias. Sin abandonarse nunca á la imaginacion, siguió el camino didáctico; monótono á veces y simétrico, rara vez es elocuente, pero nunca es débil. Ataca con razonamientos que convencen y conducen siempre á algun deber; de aquí procede el que presenta un curso completo de moral y dogma, aunque se conforma á la época, queriendo argumentar á veces sobre el mismo dogma á la manera de los cartesianos. No cuida su lenguaje, ni usa espresiones ampulosas como Flechier, ni busca, como Bossuet, los colores de la poesia, sino que es firme y discurre con frases cortadas y precisas; claro, sólido en la discusion, une la sencillez de la espresion cristiana á la sublimidad de la idea, que sabe poner al alcance de la inteligencia popular, la vehemencia á la uncion, la libertad á la precision, un gran celo á una gran luz. Si, como hubiera sido de desear en presencia del poder depravado, no ataca á los reyes, no por ello hace escepciones á la ley cristiana. Encadena lenta pero irresistiblemente con una fuerza oculta; y sin embargo, sabe lanzar á veces tiros que hacen doblar la frente á los ánimos audaces y altaneros. «¡Cuántos grandes no serán tal vez precisamente condenados por las cosas que les producen la admiracion ó los aplausos del pueblo! Eran alabados por sus empresas, y éstas, con frecuencia, no dejaban de ser enormes injusticias; se hacian célebres por sus conquistas que no dejaban de ser salteamientos públicos.» Estas palabras de Bourdaloue (6), protegidas por la autoridad de san Agustin, debian producir gran impresion en los cortesanos del gran rey.

En Massillon (1663-1742) de Hieres los castos adornos de la espresion no permiten notar lo que carecen á veces de grandeza sus planes. Habiendo brillado en una época en que la atmósfera de grandeza que rodeaba á Luis XIV se habia disipado algun tanto, no pretende, como Bossuet, someter á un mismo yugo todas las opiniones y todas las voluntades de los hombres, contados tambien por nada. En lugar de anonadar con su elocuencia, persuade gradualmente; penetra y llena los corazones poco á poco; emplea un lenguaje florido y claro, pero más tímido, tal como la Francia lo habia adoptado. Predicando en el Adviento en 1699, ostentaba en su desnudez severas verdades; y cuando pronunció el sermon sobre el pequeño número de elegidos, el auditorio se levantó asustado. En su *Pequeña cuaresma* de 1717, en la que dulcificó su palabra para adaptarla á las susceptibilidades de corte, coloca la moral en lugar del dogma, y gime en vez de amenazar; pero á las imágenes de la dominacion absoluta de los reyes presentadas por Bossuet, sustituye las de sus deberes como padre. *¡Sólo Dios es grande!* esclamaba sobre el sepulcro del monarca que habia deslumbrado las miradas del siglo; y aunque exhortando á los subsidios á la obediencia, recuerda al príncipe que debe merecerla respetando los derechos de la nacion.

La Rue.—El padre de La-Rue (1643-1725), de Paris, es inferior á los oradores anteriores en sus *Discursos morales*, pero tiene en sus *Elogios fúnebres* inspiraciones muy felices y movimientos patéticos. Sólo hay que se complace en las formas hiperbóli-

---

cuando Bossuet pronunció delante de la regente el *Depositum custodis*.

(6) *Sobre el estado del pecado.*

cas y alambicadas. Por esta razon le decia un cortesano: *Padre mio, mientras que nos presenteis la razon os escucharemos con gusto; pero no afecteis talento: varios de nosotros podríamos presentar más en una estrofa que muchos predicadores en toda una cuaresma.* Se le citaba con preferencia á todos por su hermosa declamacion: y sin embargo, hubiera querido, como Massillon, que se leyesen sus sermones para ganar todo el tiempo que se empleaba en aprenderlos de memoria.

La Italia no puede oponer á tan grandes nombres más que el de Segneri, y aun éste pierde mucho en la comparacion. Entre los protestantes, debilitado el hombre con el rigor de la predestinacion, pierde mucho bajo el aspecto del amor, de la voluntad y de la accion; no puede, pues, entregarse á la elocuencia; la palabra es fria, y á lo más os escita al odio y á la cólera, como en Saurin, que carece de uncion; ó es preciso buscar la elocuencia en una jerga vacia, afectada y llorona.

Los ingleses alaban en Barrow el vigor de imaginacion, la amplitud, una facundia sin declamacion y una recta moral. Sus ocho sermones sobre el modo de gobernar su lengua, enteramente filosóficos, tienen algo de arminianismo, y se apoyan sobre motivos racionales y hasta mundanos. Las cualidades de orador popular le valieron á South la reputacion que adquirió; pues aventurando palabras familiares que después han sido vulgares, consiguió naturalidad en la frase, algo nuevo á veces en las ideas, y chiste en ciertas formas del razonamiento. Tilotson, más leido que South, tiene sin embargo más verbosidad aunque enervada; se entretiene en controversias interminables contra los católicos y calvinistas, y adopta los principios de la ley natural, no sólo como base de la revelacion, sino como coincidiendo en estension con el cristianismo. Escandalizó á los rigoristas de su pais, recomendando las buenas obras más bien que las buenas opiniones.

Bossuet, 1627-1704.—Como no conocemos ningun orador aleman ó español que merezca mencion particular, nos apresuramos á citar al que se considera generalmente como príncipe de la elocuencia. Jacolo Benigno Bossuet la tenia en todo; en la controversia, en el ataque, en la teologia, en la política, en la esplicacion de la verdad ó en la refutacion del error, haciendo participar á los demás de sus propias inspiraciones, produciendo la conviccion sin imponerla. Un magnífico teatro se abrió para él: un gran rey á quien recordar la nada de la gloria en medio de los aplausos; una madama de la Vallière á quien consolar; un Fenelon á quien refutar; protestantes á quien combatir; libertades clericales que determinar. El brillo de los laureles ganados por Turena se reflejaba sobre el que le habia convertido; y la Francia se consolaba de los males que sufria, con la esperanza de que el delfin seria educado por él. Las victorias de Condé, las desgracias de la familia real de Inglaterra le ofrecian á porfia meditaciones y lecciones que afectaban.

No es inferior á la importancia de semejantes asuntos, y nunca la palabra humana asoció tanta correccion á tanto vigor, impetuosidad y magnificencia. Su propia conviccion se aumentó al ver la admirable union de los espíritus de los Santos Padres, cuya elevacion nadie sino él era capaz de comprender; fortaleciόse en la soledad hasta el grado que puede dar fuerza y originalidad; después habiendo entrado en el mundo y en los negocios, tuvo siempre á la vista la grande idea de la unidad nacional, como Ciceron la majestad de la patria, y tranquilo, seguro como ella, habla con la dignidad de un soberano incontestable, noble por la sencillez que constituye su grandeza, inclinado á la persuasion porque está persuadido, afectando porque está afectado. Añádase á esto que no publicó nunca nada sino por orden ó deber. Sus *Sermones*, verdaderas obras maestras, si no hubiese compuesto sus *Oraciones fúnebres* (7), no fueron impresos sino sesenta años después de su muerte. En estas últimas composiciones, de las que no habia modelos entre los antiguos, en presencia del trono y de la tumba, empleaba imágenes siempre nobles, ideas de estensa aplicacion, y como corresponden al variado auditorio de las iglesias, poco dispuesto á comprender las que tienen más profundidad y originalidad; rasgos vivos, y sin embargo exactos; armonia entre las partes y el todo; sin nada de sutilezas ni alambicado; si á veces amplifica más de lo que conviene la palabra de Dios, la clase misma del discurso le escusa. En medio de las munificencias sin iguales de su siglo y de su rey, no cesa de recordar la nada de las grandezas, que se complace en rebajar con ejemplos que hasta envilecen; y coronas, ciencia, valor, belleza no son para él más que miserables juguetes ante la severidad del sepulcro comun.

¡Qué espectáculo el ver á Bossuet adornado con sus cabellos blancos y sus virtudes enfrente de la tumba de Condé, consagrar las alabanzas de una gloria perecedera asociándolas á las de una gloria inmortal! ¿Quién mejor que él puede conocer la mano de Dios que, por un destino misterioso, conduce al hombre y á las naciones? Verdad que forma la conclusion de sus más magníficos conceptos. Emprendió principalmente demostrarla en el *Discurso sobre la Historia universal*, uno de los mejores libros compuestos para la educacion del delfin, como tambien en el tratado *Del conocimiento de Dios y de sí mismo*, y en la *Política de la Sagrada Escritura*, obra formada de textos de los Padres, reunidos con ayuda de un pequeño número de palabras que imitan admirablemente su estilo y sus ideas. En estos secretos no escudriña

(7) ¿Por qué ningun contemporáneo admira la elocuencia de Bossuet como predicador? ¿Por qué no se le iguala á Bourdaloue? ¿Por qué Mad. de Sevigné no dice nada de él? Este es un problema que sienta el cardenal Bausset en su importante *Historia de Bossuet*, sin saber resolverle.

Bossuet los secretos del mundo, sino las verdades eternas; no limita el poder de los reyes, sino los somete á Dios. Los pueblos tienen obligacion de obedecerles; pero la de los soberanos es gobernarlos con justicia y amor. En el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, espone con sencillez la filosofía de su época, estableció la distincion entre la sensacion y la inteligencia, confundida después por los sectarios de Locke, entre el sentimiento y el juicio, confundidos tambien más tarde por Condillac, y entre la inteligencia y la imaginacion, que lo fueron luego por Reid y Stewart.

Fenelon, 1631-1713.—Ciertamente que no se podia confiar á mejores manos la educacion del delfín, mision de que debia dar cuenta á toda la Europa y á la posteridad el que fuese juzgado digno de ella. Pero el largo reinado de Luis XIV dejó al delfín tiempo de envejecer, y al duque de Borgoña, su hijo, llamado el delfín jóven, el de llegar á ser hombre. Un prelado digno de ponerse á nivel de Bossuet proporcionó á este príncipe particulares cuidados. Francisco Fenelon del Quercy habia querido al principio ir á predicar el Evangelio como misionero á los salvajes del Canadá, después á los pueblos de Oriente; pero permaneció en Francia para instruir á los *nuevos católicos*, y para convertir á los protestantes de las Cevenas. Escribió para madama de Beauvilliers el tratado *De la educacion de las doncellas*, obra llena de buen sentido y de la delicadeza que reclama el asunto. Su discurso sobre las misiones extranjeras y el que compuso para el arzobispo de Colonia, son de una elocuencia espléndida y llena de atractivo; tenia además el don particular de hacerse amar de todos, grandes y pequeños, príncipes, mujeres, soldados y sacerdotes. Elegido para encargarse de la educacion del jóven delfín, reconoció la importancia de esta mision para la futura felicidad de los pueblos. Siguiendo con tranquila atencion los estravios del fogoso temperamento de su discípulo, hizo surgir la leccion del error. Escribió para las circunstancias de un dia una fábula; para las de otro un diálogo de los muertos, resúmenes, historias, todo en vista de la soberania futura. En el tratado *De la existencia de Dios*, en el que manifiesta las causas finales, da rienda suelta á su imaginacion descriptiva, sin escluir una lógica convincente. Pero si Bossuet consideraba en su real discípulo al heredero de un rey absoluto, Fenelon reconocia en el suyo al depositario de una monarquia templada; en su consecuencia, se proponia sustituir á la monarquia absoluta, que se arruinaba, un gobierno de consejos en el que todo se hiciese con regularidad consultando á la nacion.

Por esto hablaba con frecuencia de las libertades que convenia restablecer, y presentaba los antiguos príncipes bajo un aspecto benévolo y lleno de virtudes

Tal fué la idea del *Telémaco*, obra la más civilizada y al mismo tiempo la más atrevida que produjo el siglo XVII; sacrificándole á la moda de la erudicion, siguió las huellas de Homero, escediéndole en la longitud de los detalles, como consecuencia de la ausencia de los versos. Aquellas numerosas intrigas, que concluyen siempre con maravillosas catástrofes, repugnan á la sencillez griega de su modelo. Tiene demasiados discursos, muchas sentencias, y es estraño que ofrezca los amores de Calipso y Eucaris como leccion á los hijos del rey de Francia. Pero, sea lo que quiera, importa considerar aquel libro en su objeto, que era educar un buen príncipe para la nacion, dándole lecciones que tuviesen el sello de la justicia y de la firmeza bajo el nombre de los antiguos héroes; presentándole un sistema completo de economia enteramente diferente del dominante, y la necesidad de hacer participar al pueblo del poder. Hubiera podido hasta evitar la necesidad de la revolucion, inclinando á los reyes á conceder lo que era indispensable á la nueva época. Un cristiano que describe el Olimpo y un sacerdote que pinta el amor no puede dejar de ser falso y frio.

Un copista de gusto bastante delicado para comprender las bellezas del *Telémaco* y bastante indiscreto para querer aprovecharse de ellas, le hizo imprimir en Holanda en 1699, sin el consentimiento del autor. La procedencia del libro dispuso los ánimos á encontrar en él una sátira contra la corte. Se representaron á Luis XIV en el vanidoso y triunfante Sesostris, y en Idomeneo que corrompe á Salento con el lujo, al paso que descuida las cosas necesarias. Louvois fué igualado á Protesilao, enemigo de los capitanes que sirven al Estado más bien que al ministro. Las alusiones verdaderas ó presuntas hicieron perdonar los discursos de retórica, las relaciones prolijas, las aventuras mal dispuestas y las inútiles descripciones. Esta obra, que no respira más que moderacion, agradó á la cansada Europa: pronto se encontró en manos de todos; y Luis XIV consideró un insulto hecho á su gloria, el homenaje universal que se tributaba á su súbdito.

No por esto ha de deducirse del Telémaco la política de Fenelon, ni creer que trató de aplicar á un estenso reino las instituciones de la pequeña Salento. Cuando murió su augusto discípulo, Luis XIV y madama de Maintenon se encerraron en sus aposentos para quemar los escritos destinados á la educacion del príncipe; pues dictados por un libre pensamiento parecian la censura del gobierno de entonces, y trataban de preparar uno para lo fururo. Algunos se escaparon, no obstante, á la despótica envidia del anciano rey, entre otros un *Exámen de conciencia sobre los deberes del reino*, en el que Fenelon fijaba las meditaciones del duque de Borgoña en las verdades espuestas á sus miradas, imponiéndole la instruccion, una conducta ejemplar, la justicia, y revelándole las ilusiones que rodeaban á un príncipe. Cuando después se eclipsaba al astro de Luis XIV, alejado Fenelon de la corte, y no estando ya deslumbrado por sus

prestigios, redactó varias *Memorias* (8) para señalar los males del reino y los remedios que se debian aplicar para evitar la guerra de España ó demostrar de nuevo la injusticia, como tambien la necesidad de volver á la paz. Insistia principalmente en el consejo de devolver á la nacion sus franquicias vulneradas, y acercarla al rey convocando á las notables; éste era el único medio de escapar de la inminente ruina, pues el despotismo es muy débil bajo una apariencia de fuerza (9), y de esta manera conjurar tal vez los acontecimientos terribles de 1789. Pero es preciso confesar que muchas veces sueña en imposibles; ve el bien y no ve las circunstancias que lo combaten; queria acabar con los espias de oficio y encargar el desempeño de sus cometidos á personas honradas.

Madama de Maintenon quiso que Fenelon le describiese sus propios defectos, lo que desempeñó con bastante franqueza, aunque con alguna consideracion. Creemos deber citar este pasaje: «En atencion á que el rey se conduce no tanto por las máximas que se han seguido, cómo por la impresion de los que le rodean, lo esencial es no perder la ocasion de poner á su lado personas virtuosas, que obren de concierto con vos para hacerle desempeñar sus deberes en toda su estension, de lo cual no tiene idea..... El gran punto es sitiarle, pues que quiere serlo; gobernarle, pues que quiere ser gobernado. Su salvacion consiste en no rodearse sino de personas rectas y desinteresadas. Debeis, pues, dedicaros enteramente á inspirarle la paz, y sobre todo el consuelo de los pueblos; la moderacion, la equidad, la desconfianza de los consejos duros y violentos, el horror á los actos de autoridad arbitraria; en fin, el amor á la Iglesia y el cuidado de procurarle santos pastores.» (10)

Diferia mucho Fenelon de la adulacion universal para poder agradar al rey, á quien no gustó verle por espacio de cinco años preceptor del delfin, sin pedir nada; después cuando fué nombrado arzobispo de Cambray, imponer por condicion de su aceptacion el que residiria en su diócesis, y no iria á la corte sino en los meses vacantes. Pero le cobró odio después de la impresion del Telémaco, aunque protestó de su inocencia, con respecto á la publicacion y á las alusiones.

Fenelon, alma llena de dulzura, sabia gemir como la paloma á las heridas que recibia, sin carecer por eso de la habilidad necesaria para devolver el dardo á sus adversarios. Ama á los hombres más de lo que los conoce; vive en un elemento puro, pero sin tener allí seguros impulsos; tiene encanto en las imágenes, correccion en las ideas, pero no la perfeccion de estilo que hace que no se pueda recordar la idea sin los términos en que está espresada. Su delicadeza no le permite alcanzar la fuerza; se detiene á mitad de la pendiente, al paso que Bossuet se lanza á la cima. El obispo de Meaux, majestuoso y sublime, popular y sencillo, sabe el lenguaje de los reyes, el de los hombres de Estado, del guerrero, del pueblo, del sábio, del campesino, de la escuela, del santuario y del tribunal; se sirve de una espresion pomposa como de una palabra trivial; de lo anticuado como de lo nuevo, y sus ideas son como sus palabras, variadas, comunes, sublimes. Fenelon es la voz de la sabiduria; Bossuet es la de la autoridad. El primero presenta el pasto á las estraviadas ovejas, el segundo aniquila los indóciles carneros; el uno inspira el gusto hácia el bien, el otro le impone como una necesidad; Fenelon imitando, se obliga á revestir el fondo cristiano con ideas paganas; Bossuet, grande porque es uno, revela en todo la grandeza de la Iglesia católica, tanto en la ciencia como en la práctica, en la historia como en la discusion: de aquí procede la originalidad de su método, aun cuando camine por la senda de los antiguos.

Quietismo.—Aquellos dos grandes hombres se dividieron con respecto al quietismo. Miguel Molinos, de Zaragoza, personaje de gran crédito, y consultado en los más difíciles casos de conciencia, publicó en Roma un *Guia espiritual*, en el que enseñaba una teologia mística, segun la cual el alma enamorada de Dios puede alcanzar, por intuicion, verdades inaccesibles á la razon y á la dogmática, y libre del pecado llegar al trono de Dios por la tranquilidad interior y la oracion. Ahora bien, la oracion, decia, no requiere palabras, pues un santo silencio une á Dios; la oracion hecha de esta manera es libre en su actividad y en el vuelo de su imaginacion. El cristiano no debe recurrir, para hacerla, ni á Dios ni á las criaturas, ignorar lo que Dios obra en él, con objeto de no lisonjearse de haber cooperado al bien, sino recibir pasivamente la impresion de la luz celestial, sin ejercer ningun acto de amor, de adoracion ó de piedad. En semejante *quietismo*, el alma no desea nada, ni aun su salvacion; no teme nada, ni aun el infierno; no esperimenta otro sentimiento que un abandono total á la voluntad de Dios. Llegada á este estado de *contemplacion perfecta*, el alma no tiene necesidad de los Sacramentos ni de las buenas obras; los más culpables caprichos pueden afectar la parte sensitiva del alma, sin man-

(8) Se honra á Montesquieu por haber dado una definicion de la ley que se estiende á toda la naturaleza; pero en el opúsculo en que el caballero de Ramsay espuso, con el título de *Ensayos políticos sobre el gobierno civil*, las conversaciones de Fenelon con el pretendiente de Inglaterra, en el capítulo III, comienza de esta manera: *La ley en general no es otra cosa que la regla que cada sér debe seguir para obrar con arreglo á su naturaleza. Así es que en la física se entiende por leyes de movimiento, las reglas por las cuales cada cuerpo es trasladado necesariamente de un punto á otro, y en la moral la ley natural significa la regla que cada inteligencia debe seguir libremente para ser razonable.*

(9) Lo veremos en el cap. XXV.

(10) DE BAUSSET, I, pág. 255; edicion de Versalles, 1817. Véase además á GOSSELIN, *Historia literaria de Francia*. Paris, 1846.

charla y sin alcanzar á su parte superior, en la que residen la inteligencia y la voluntad. Dios la somete á un martirio espiritual, induciéndola á graves tentaciones para purificarla y darle el conocimiento de su propia abyeccion; pero, lejos de asustarse conviene despreciarlas; sentimiento más injurioso para el espíritu orgulloso, es decir, para el demonio, á quien es preciso dejar obrar á su antojo, permaneciendo tranquila; pues si se incurriese en impureza, el alma es sola la que se lava y purifica; el que se aflige de haber sucumbido, manifiesta orgullo; no sabe que Dios guia al hombre á la salvacion, no sólo por las virtudes sino por los vicios, y que no prefiere al que obra ó ama más, sino al que sufre más.

La cuestion de la gracia era llevada por los molinistas á otro esceso muy diferente que el de los jansenistas, y hasta sacar en consecuencia el anonadamiento de las facultades del hombre, pues el hecho de obrar es una ofensa á Dios, y oponerse á la verdadera perfeccion que quiere operar en nosotros sin nuestro concurso, y el rogarle seria pretender que renunciase en nuestro favor á su inmutabilidad.

No tardó la perspicaz mirada de los jesuitas de Roma en conocer el peligro de semejantes doctrinas; y como Molinos era tenido por santo, hasta por el mismo Inocencio XI, pidieron la ayuda del padre La-Chaise, confesor de Luis XIV. De esta manera obtuvieron la condena de sesenta y ocho proposiciones del casuista español, que en su consecuencia fué preso hasta su muerte en las cárceles de la Inquisicion.

Su doctrina no murió con él; encontró prosélitos hasta en diferentes paises. En Sicilia, una sor Teresa se dejó persuadir, por pretendidas revelaciones del Altísimo, que era la cuarta persona de la Santísima Trinidad, y co-redentora, encontrando varias personas que la creyeron, hasta que fué presa (11). Otros predicaron en Francia el quietismo aunque libre de sus formas extravagantes é impías: tuvo por apóstol á Francisco Le-Combe, barnabita saboyardo, autor del *Análisis de la oracion mental.* Juana Maria Bouvières de La-Mothe Guyon, enamorándose de él misticamente, le adoptó por hijo, ó como decia, le engendró; y por espacio de diez años recorrieron la Italia y la Francia en una intimidad espiritual que escandalizaba mucho á las personas de poca fe, al mismo tiempo que las revelaciones que tenia, sus limosnas y la asistencia que prodigaba á los pobres le adquirian prosélitos. Habia publicado en París el *Medio breve y muy fácil para la oracion* (1681), y una interpretacion del *Cantar de los Cantares;* en Verceli, las *Esplicaciones del Apocalipsis.* De vuelta á París encontró personas instruidas en su doctrina, y les enseñó las *Vias de lo interior.* En sus predicaciones, hechas con un misterioso atractivo, se estendia sobre la oracion del silencio, sobre la fe desnuda y sobre el estado de la infancia. Aunque sus enemigos no han podido calumniar sus costumbres, no por eso es menos cierto que la relacion que hizo de su vida y la explicacion que dió del Apocalipsis están llenas de visiones que huelen á licencia. El barnabita fué encerrado en Vincennes (1688), y madama Guyon confinada en las Salesas; pero las damas, que por moda habian adoptado su partido, y principalmente madama de Maintenon, obtuvieron su libertad desde el momento en que se retractó.

El fundamento de su doctrina es el amor de Dios puro y por sí mismo, sin temores ni esperanzas. Un solo acto de amor basta para elevar el alma á la contemplacion, que abandonándose enteramente á la voluntad divina, produce la perfeccion suprema. Así, pues, no hay necesidad de penitencias esteriores, ejercicios de piedad, reglas ni prescripciones para cooperar á la salvacion; hasta los Sacramentos son inútiles, pues basta que el alma descanse en Dios sin tener ningun cuidado ni de la muerte, ni de la vida, ni de la salvacion, ni de la condenacion. El hombre obra por amor á sí mismo, al paso que la causa del amor perfecto que debe comprenderle es superior á él; pero es preciso que un poder, tambien superior, obre en él contínuamente para hacerse superior á sí mismo, y amar segun la inmutable ley del amor. Se consigue esto por la oracion, y la más perfecta es recibir pasivamente las impresiones de Dios. Habiendo perdido entonces el alma su individualidad, no sabe qué condenar en ella, en atencion á que su voluntad se encuentra confundida con la de Dios, y no sabria de qué confesarse.

Madama Guyon habia reunido autoridades favorables entre los antiguos y los modernos, particularmente de san Buenaventura, de santa Teresa, de Gerson, del cardenal Bona. Añadia que el cristianismo habia tenido tres épocas: la del Padre antes de la encarnacion, la del Hijo y la del Espíritu Santo, que hará cumplir á los hombres, comunicándose con ellos, la voluntad de Dios, tanto en la tierra como en el cielo. Pretendia tambien, ó se persuadia, haber recibido del Altísimo una autoridad milagrosa sobre los cuerpos y las almas, y ver en lo interior de los corazones. Sufria vivamente por los pecadores, aunque no los hubiese concebido de su esposo. En medio de aquellas angustias, recibia una exuberancia de gracia que comunicaba á los que se acercaban á ella; aun personas distantes eran afectadas, y sin conocerla la invocaban por madre.

Experimentó una emocion de esta clase cuando vió por primera vez al abate Fenelon, y un gran deseo de dilatar su corazon en el suyo: «Pero no encontraba yo correspondencia, decia; por lo cual sufria, sobre todo de noche.» Habiendo llegado á

(11) Hácia aquella época, Agustin Gabrini, de Brescia, se hizo en Roma jefe de una sociedad de fanáticos, llamados caballeros del Apocalipsis, que se proclamaban reunidos para defender la iglesia del Antecristo, dispuesto ya á hacerse adorar.

ser Fenelon preceptor del duque en Borgoña, vió con frecuencia á madama Guyon, á la que tenian un placer en recurrir las almas secas de la corte para recoger el maná secreto. Su natural afable y pensativo le inclinó hácia esta mujer, que avara de virtud, dotada de una imaginacion de fuego y de una sensualidad terrible, luchando con la inexorable idea del deber, queria subyugar sus sentidos dando á sus exaltaciones la apariencia de la devocion. No era con Fenelon, cuyas costumbres eran puras y el talento grande, con quien hubiera podido lanzarse á visiones y estravagancias; así era que se limitaba á discurrir con gravedad asuntos graves, hasta el punto de persuadirle de su santidad. A sugestion suya, la recibió madama de Maintenon entre las jóvenes, nobles y pobres, para cuya educacion fundó el colegio de Saint-Cyr; pero el obispo de Chartres se asustó de las conversiones que hacia, y la alejó de él. Considerándose calumniada, sometió madama Guyon sus escritos y sus oraciones á Bossuet, por la opinion suprema que ejercia; pero aquel prelado, que aguerrido en las luchas positivas con los protestantes, no entendia nada de misticismo, le declaró que las revelaciones y los milagros eran ilusiones del amor propio: en su consecuencia, le prohibió los Sacramentos; pero su pronta sumision le hizo retirar la prohibicion.

La cuestion versaba sobre el modo de practicar el amor divino; por tanto no podia menos de ser muy elevada. Bossuet y Fenelon estaban de acuerdo respecto de la naturaleza del misticismo, pero no acerca de su práctica. Túvose después una conferencia en Issy entre Bossuet, Fenelon y otros; y madama Guyon dió esplicaciones ortodoxas hasta sobre los pasajes más extraños de sus escritos. Juzgósele, pues, irreprensible en la fe, y muy distante de las abominaciones atribuidas á Molinos, y la doctrina del amor puro ó de la confianza en Dios se redactó en treinta y cuatro artículos. Madama Guyon se sometió con toda docilidad, la que renovó varias veces; obtuvo la estimacion de personas muy íntegras, y unas veces encerrada y otras en libertad, fugitiva, y en fin, desterrada, terminó sus dias en una silenciosa devocion. Escribió después Bossuet la *Instruccion sobre los estados de la oracion*, en el que trató con toda estension la materia, reprobando como partícipes de molinismo varias opiniones de la misma Guyon que habia absuelto. Fenelon, cuya aprobacion quiso sorprender, se la negó.

El mundo ha pretendido que Bossuet no amaba á Fenelon, porque siendo aun jóven, habia adquirido gloria literaria, una reputacion sin tacha, la afeccion de todos, y porque cuando llegó á ser arzobispo de Cambray habia renunciado á todo otro beneficio, y comprometióse á no permanecer cerca de sus reales discípulos, más que los tres meses de vacaciones. Sea lo que se quiera, es lo cierto, que desde este momento comienza la discordia entre los dos ilustres prelados, entre los admiradores de Bossuet y los amigos de Fenelon. Para disculpar el arzobispo de Cambray á los nuevos místicos, emprendió comentar los artículos de Issy, apoyándose en la opinion de los autores. En este trabajo que se dió á luz con el título de *Máximas de los santos con respecto á la vida interior*, sostiene que la perfeccion cristiana consistia en la oracion pasiva, y la contemplacion en el amor puro y perfecto de Dios sin temor ni esperanza; perfeccion escesiva; pero que honra á aquel que cree poder sostenerla. Pronto produjo escándolo, como si hubiese predicado un quietismo puro y la indiferencia de la salvacion. Bossuet, cuya mirada vigilaba todo error de doctrina, manifiesta que la atencion suprema á nuestra salvacion personal constituye para moral teológica, una condicion general indispensable para la sociedad, que de otra manera caeria en la inercia. Pero, en el ardor de la disputa se le escapó decir que la nueva Priscila habia encontrado su Montano, y atacó á su adversario con toda la impetuosidad del celo y de la elocuencia. Fenelon replicó pero mostrándose todo amor y mansedumbre, aunque la abeja no estaba desprovista de aguijon; lo que produjo que sus intenciones pareciesen rectas y sus explicaciones ortodoxas, aun á aquellos que le hacian un cargo por haber adelantado demasiado en las *Máximas de los santos* (12). Bossuet se arrojó á los piés del rey pidiéndole perdon de no haberle revelado los errores de los disfrazados molinistas: y Luis XIV,

---

(12) Mad. de Maintenon habia publicado varias cartas y escritos que Fenelon le habia dirigido, y él se quejó de ello con razon; pero la rectitud de sus intenciones brilla de una manera notable en la correspondencia que emprendió con este motivo con aquella señora: *Cuando lo juzgueis á propósito, esplicaré á fondo los casos en los cuales las máximas de mis escritos, aunque verdaderas y útiles en sí mismas para ciertas personas, son falsas para otras, con respecto á las cuales están fuera de lugar. Haré notar tambien los límites que deben tener para las mismas personas á quienes convienen más. Con poco que se las entienda se las hace perniciosas y convierte en un manantial de ilusiones... Las personas débiles no adoptan de estas verdades más que ciertos trozos sueltos, segun su gusto, y no consideran que es envenenarse á sí mismo el tomar el remedio destinado á otro enfermo de enfermedad enteramente diferente y no tomar más que la mitad. Aun cuando no se adopte más que la libertad de reflexionar sobre sí mismo, con el pretesto de olvidarse y renunciar, esta libertad se volverá licencia y estravio. El* que importa *sofocará todos los remordimientos y todos los exámenes; si no se incurre en males espantosos, al menos le será indiscreto, temerario, presuntuoso, irregular, inmortificado, incompatible é incapaz de edificar á su prójimo... ¿Qué importa para las reflexiones vanas sobre sí mismo, en las cuales el amor propio quisiera turbar la paz del alma? ¿Nada es tan cierto y tan bueno como lo* que importa? *Pero puede llegar á ser falso, insensato y escandaloso; no hay más paso que dar y esto conduce al estravio. ¿Pero el error de éstos á quien le* importa? *No conviene, y el que abusa de él no impide que sea cierto y bueno en sí mismo cuando está dotado de toda la estension de su verdadero sentido por aquellos á quienes conviene*, etc. (26 de noviembre de 1693).

mal dispuesto ya contra Fenelon, horrorizado con la idea de haber confiado la educacion de sus hijos á un hereje, lo mandó á su diócesis y destituyó á sus parientes de sus empleos: desde entonces todos los cortesanos comenzaron á hablar mal del prelado que habia perdido el favor; nadie se atrevió ya á tener correspondencia con él, y el mismo duque de Borgoña, su discípulo, no pudo más que compadecerle en secreto (13).

Habiendo sido elevada la causa á Roma, los diez teólogos nombrados por Inocencio XI para examinarla, empataron sus opiniones. Pero como Luis XIV insistiese con impaciencia en un escrito amenazador, en el que se baja hasta las amenazas, y en el cual se desearia no conocer la mano ni la influencia de Bossuet, fueron condenados veintitres artículos del libro de Fenelon (1699), no como herejes, sino como erróneos. Luis XIV escribió al papa por su propia mano dándole las gracias. Fenelon apareció cien mil veces más grande que su enemigo, cuando aceptó con sumision la decision del pontífice, cuyo breve leyó en el púlpito, sin añadir una sola palabra. De esta manera permaneció acallada, contra la costumbre, esta cuestion, que no era más que una protesta solemne y sencilla de nuestra constitucion moral contra el conjunto de las doctrinas teológicas.

Fenelon permaneció alejado de la corte, sin que por eso dejase de compadecer los reveses del rey, ni cesar de indicar los remedios. Se le vió, cuando el ejército francés, batido y hambriento; fué á acampar en su diócesis, abrirle sus graneros para alimentarle. Sobrevivió á sus perseguidores y á su discípulo, amado de los mismos que le habian combatido.

(13) El duque de Borgoña escribia á Fenelon el 22 de diciembre de 1741: *En fin encuentro una ocasion favorable de romper el silencio en que he permanecido cuatro años. He sufrido muchos males, pero uno de los mayores ha sido no poder manifestaros lo que sentia por vos durante este tiempo, y que mi amistad se aumentaba con vuestras desgracias, en lugar de disminuirse.*

CAPÍTULO IX

DESAVENENCIAS CON LA CORTE DE ROMA.

Faltábale á Luis XIV reglamentar tambien la Iglesia. Ya las grandes escuelas que en el siglo anterior se habian dedicado á discutir los principios cedian el puesto á las prácticas, y la idea religiosa servia de velo á las cuestiones de soberanía, pues se trataba de saber si el mundo seria gobernado por sólo la Iglesia, ó si César debia reinar al lado de Cristo; y en la primera suposicion, si la Iglesia se regiria como monarquia ó como república. Lutero, para conmover hasta las raices de la sociedad de la Edad Media, en que la autoridad eclesiástica habia prevalecido, suprimió toda distincion espiritual y temporal, y formó un sacerdote de cualquier lego, poniéndole en la mano la Biblia. Quedó, pues, resuelta la cuestion fuera de la Iglesia católica, en favor del poder secular. En el seno de la Iglesia, durante la lucha contra los reformados, se habia llegado á una especie de compromiso entre los príncipes y el papa, á fin de permanecer de acuerdo contra el campo enemigo. El concilio de Trento no habia decidido si el pontífice es ó no superior al concilio general, es decir, si el papa es infalible en sus determinaciones en materia de fe independientemente de la opinion del concilio; pero todos conocen que no pudiendo haber concilio católico si no es presidido por el mismo papa, no puede considerársele como tribunal de apelacion de las decisiones pontificias.

Durante la calma que se siguió la discusion se empeñó sobre la coexistencia de la Iglesia y del Estado, de la unidad real y la unidad pontificia. Considerando los teólogos como un triunfo la decision de la asamblea de Trento, que no obstante habia circunscrito la Iglesia á sus límites, quisieron inclinarle á pretensiones en que habia habido justicia y conveniencia, en una época que no presentaba en todas partes más que desorden é insubordinacion. Por su parte, los jurisconsultos y magistrados no podian comprender la gran unidad católica tal como estaba planteada por la Iglesia, ni conocer que la supremacia pontificia es su condicion necesaria; sirviéndose pues de esta cuestion como de un medio para llegar á las innovaciones que meditaban.

La Francia, donde la Reforma habia sido reprimida exteriormente sin que lo fuese en las ideas, fué el campo en que se empeñó la lucha, tanto más cuanto que la unidad monárquica se manifestaba allí mejor en el territorio, en la administracion y en la literatura. En tanto que se atacaba la plena libertad proclamada por la Reforma, personas sabias y piadosas creyeron en la posibilidad (sin romper la unidad católica) de fundar una iglesia nacional que reconociese por cabeza visible al Papa, pero como autoridad suprema en cuanto á los dogmas al concilio general. En cuanto á la actuacion civil, la misma iglesia, llamada *galicana*, en oposicion á la que señalaron con el nombre de *ultramontana*, debia quedar reducida á un ramo de administracion, teniendo por cabeza al rey y por jueces las asambleas nacionales. El camino estaba allanado por las antiguas libertades galicanas de que ya anteriormente hemos hecho mencion; libertades que habiendo dominado más ó menos, eran restricciones puestas á lo que se conocia por el nombre de usurpaciones de la Santa Sede, y que se reducen á negar á los papas toda autoridad temporal en Francia, y á sujetarlos en lo espiritual á los cánones y derechos de los antiguos concilios. Así se conseguia realmente someter á los eclesiásticos á la autoridad civil, y quitarles el apoyo que encontraban en un poder lejano é independiente.

Pedro y Jacobo Dupuy publicaron, para defen-

derlas, una obra de eruditos más que de teólogos (1), donde estaban puestas en relieve y sostenidas con fuerza las conquistas que la autoridad secular habia hecho poco á poco sobre el poder eclesiástico. La obra fué reprobada á instancias del nuncio á pesar de Richelieu, que habia escitado á los autores á componerla. Hizo tambien condenar y quemar por mano del verdugo un libro anónimo que la refutaba (2) como sediciosa y culpable de estender la malevolencia contra el rey y su ministro, por suposicion de un cisma. Hizo aun volver á la carga á cuatro escritores, entre los cuales se cuenta al jesuita Rabardeau (3), que sostuvo que la creacion de un patriarca en Francia no tendria nada de cismático, y que ni siquiera seria preciso el consentimiento de Roma, como no habia sido necesario para los de Constantinopla y Jerusalen; proposiciones que fueron condenadas por la inquisicion.

Pero no estaban determinados con toda exactitud los límites de las dos autoridades, y el bien de la religion y la equidad aconsejaban al poder espiritual y al temporal la transaccion acerca de los puntos mixtos, á fin de evitar con tiempo las escisiones. Otro tanto habian hecho casi siempre los reyes de Francia; pero los parlamentos á quienes tantas veces hemos visto conmoviendo el reino, con objeto de conquistar siquiera una pequeña parte de autoridad, al conocer que nada adelantaban combatiendo al rey, quisieron á lo menos introducirse en las cosas religiosas. Empezaron favoreciendo la Reforma; pero como esta causa sucumbió ante la voluntad del pueblo, sostuvieron que la supremacia del rey de Francia debia extenderse hasta la misma Iglesia, dentro de su territorio. Amenazaba, pues, una escision en la unidad católica, no ya en nombre de la libertad humana, sino en nombre del despotismo temporal.

Richelieu se habia manifestado descontento de Urbano VIII, porque el papa no habia querido permitir á su sobrino declararse cardenal protector de Francia, ni al rey el que nombrase para los beneficios en las diócesis últimamente conquistadas de Toul, Verdun y Metz. Un criado del mariscal de Estrées habia sido asesinado en Roma sin que se hubiese castigado al criminal. Habiendo muerto el cardenal de La-Vallette en el Piamonte á la cabeza de los ejércitos, opúsose el papa á que se hiciesen al prelado guerrero las exequias solemnes de costumbre. Estos eran otros tantos gérmenes de discordias. Además Richelieu, que se lisonjeaba con llegar á ser patriarca de Francia, comenzó por pedir se le nombrase legado, como en otro tiempo lo fué el cardenal de Amboise, pero sufrió una negativa: se hizo elegir abad de diferentes órdenes, mas los extranjeros se negaban á reconocerle; éstos fueron suficientes motivos para exasperar á aquel imperioso carácter. Hizo, pues, prohibir enviar dinero á Roma para asuntos de cancilleria; indujo á pedir la supresion ó disminucion de las annatas, la convocacion de un concilio para reprimir las usurpaciones de Roma y abolir el concordato: varios prelados le secundaban, y además el mismo rey sin conocer su importancia. Aunque Richelieu aprovechó todas las ocasiones de contrariarle, supo el papa evitar el cisma, que parecia tan inminente, con su moderacion, y la muerte de Richelieu alejó el peligro.

Pero pronto comenzaron de nuevo las desavenencias porque Luis XIV, además de ser partidario de las ideas absolutas, se hallaba constantemente dispuesto á atacar la Iglesia, movido, ora por su vanidad, ora por sus ministros y consejeros.

Ya hemos dicho con qué firmeza quisquillosa habia vengado el asesinato de un page de su embajador en Roma. Sin embargo, en el mismo momento en que se manifestaba en Roma tan celoso del honor de su reino, el gran señor insultaba á su embajador y contestaba á sus quejas redoblando los ultrajes, lo que Luis XIV sufria. Así fué que Alejandro VII dijo que el rey cristianísimo no se manifestaba tan susceptible con los infieles.

Por una antigua costumbre, los reyes de Francia gozaban del derecho de regalía, es decir, de administrar los obispados vacantes, percibiendo sus rentas, mientras durase la vacante y nombrando para los beneficios que dependian de ellas. Varias iglesias estaban esceptuadas por privilegio, como tambien las de las provincias reunidas más tarde á la Francia (1673); pero en fin, Luis XIV declaró que el derecho de regalía le pertenecia en todas las diócesis de su reino. Nadie se atrevió á resistir al déspota, escepto los obispos jansenistas de Alet y de Pamiers, que así como se habian opuesto al formulario, por ser demasiado favorable al poder del papa, adoptaron esta vez su partido contra la autoridad real, y escluyeron del capítulo á aquellos á quienes el rey habia nombrado (4). El obispo de Pamiers fué desterrado, clase de argumento de que Luis XIV se servia con frecuencia; al de Alet se le perdonó porque era viejo. Inocencio XI sostuvo su oposicion, escribiendo varias veces al rey para que desistiese de las pretensiones contrarias á la Santa Sede; pues, aunque decia que se podia probar que habia sido así antiguamente, seria siempre abusivo el que este derecho se extendiese á nuevas diócesis (1679); no habiendo sido

(1) *Derechos y libertades de la iglesia galicana.*

(2) OPTATI GALLI, *De cavendo schismate liber paræniticus.* Es del doctor Cárlos Hersent.

(3) OPTATUS GALLUS, *De cavendo schismate benigna manu sedatus.*

(4) El cardenal Bausset dice en la *Historia de Bossuet*, libro VI, 5, tributando homenaje á la virtud estos dos prelados, que «existen casos en que las reglas de la prudencia humana enseñan á sacrificar algunas pretensiones, y que la condescendencia de los demás obispos estaba justificada por la *moderacion conocida* de Luis XIV.»

escuchado, amenazó con recurrir á las armas que tenia Dios. El parlamento se pronunció contra los breves y los jesuitas que los propagaban. Los demás frailes sostenian ya á un partido ya á otro, y eran atacados alternativamenie por el rey ó por el papa. Luis XIV quiso pues poner un término al debate reuniendo en París al clero francés para tener su parecer. Semejante asamblea no podia menos de ser servil. Ocho arzobispos, veinte y seis obispos, treinta y ocho delegados del clero acudieron á la convocatoria. El sínodo fué abierto con un discurso célebre de Bossuet, nombrado obispo de Meaux, en el que exaltaba la belleza y unidad de la Iglesia (5) precisamente en el momento en que algunos meditaban el proyecto de disolverla. En efecto, el derecho de regalía fué reconocido, á escepcion de regularizar su ejercicio. El papa declaró que aquel proceder era hijo de un medio indigno del clero y no reconoció la ilegal asamblea. Esta entre tanto habia pensado emitir una profesion de fe respecto de los derechos del papa; pero mudando de acuerdo se ciñó á una famosa *declaracion* considerada como el símbolo de la iglesia galicana; pero que en sustancia no es más que un dictamen sobre derecho canónico. Este es su contenido:

Declaracion de 19 marzo de 1682.—1.° San Pedro, sus sucesores y la misma Iglesia han recibido de Dios la autoridad sobre las cosas espirituales, no sobre las cosas civiles, en atencion á que el reinado de Jesucristo no es de este mundo, y que ha dispuesto dar al César lo que es del César. Los príncipes no están, pues, sometidos en las cosas temporales á ningun poder eclesiástico; los papas no pueden deponerlos directa ni indirectamente, ni libertar á sus súbditos del juramento de fidelidad.

2.° El poder de la silla de Roma sobre las cosas espirituales no escede á lo que se ha establecido en las sesiones 4.ª y 5.ª del concilio de Constanza; y la iglesia galicana no admite que se disminuya la fuerza de estos decretos, diciendo que no son bien auténticos, que no están aprobados, ó que son sólo propios para un tiempo de cisma.

3.° En su consecuencia el ejercicio de la autoridad apostólica debe ser regulado segun los cánones; y las reglas y costumbres recibidas en el reino y en la iglesia de Francia deben mantenerse.

4.° Al papa pertenece principalmente decidir en las cuestiones de fe: sus decretos corresponden á todas las iglesias y á cada una de ellas; pero su juicio no es irreformable sino en tanto que el consentimiento de la Iglesia interviene.

Esta es la declaracion de las libertades de la iglesia galicana, que segun el dicho de uno de sus más celosos partidarios, son verdaderas servidumbres (6). Dedúcese de ella ciertas consecuencias directas y otras nuevas; véanse las principales. La Francia no admite tribunal de inquisicion; las bulas no se reciben en el reino sino después de examinadas; los súbditos del rey no pueden ser sacados del reino con el pretexto de citacion, apelacion ó procedimientos; el nuncio no tiene jurisdiccion en el reino.

En el discurso que pronunció Bossuet en aquella ocasion, declarándose casi árbitro entre las cosas del cielo y de la tierra, sin arrogancia, pero hablando en nombre de la Iglesia, proclamó la omnipotencia del rey sin más freno que su conciencia, á la cual espera que obedecerá el monarca. Este sistema, que parecia conciliarlo todo, no resolvia nada: establecida una iglesia galicana en competencia con la Iglesia romana; la aristocracia episcopal al lado de la monarquia pontificia, no reconocia la infalibilidad del papa, sino á su Iglesia impecable. Ahora bien, suponiendo que se diese en Francia una decision sobre la cual los prelados no estuviesen de acuerdo, los obispos disidentes apelarán á Roma, y resultará un cisma mal disimulado á pesar de la pomposa elocuencia de Bossuet (7). Hubiera debido haber al mismo tiempo que una

(5) «¡Cuán hermosa es esta iglesia galicana llena de ciencia y virtud! ¡Pero cuán bella es en su total, que es la Iglesia católica! ¡Qué bella es, santa é inviolablemente unida á su jefe, es decir, al sucesor de san Pedro! Que nada altere esta paz y esta unidad en que habita Dios... La paz es el objeto de esta asamblea. A la menor señal de division acudimos asustados para unir perfectamente el cuerpo de la Iglesia, el padre y sus hijos, la cabeza y los miembros, el sacerdocio y el imperio...

La señal más evidente de la existencia que presta el Espíritu Santo á la Iglesia romana, madre de todas las iglesias, es lo justa y moderada que es, y que no ha establecido nada escesivo entre sus dogmas...

«¡Cuán grande es la Iglesia romana, que sostiene todas las iglesias, lleva el peso de todos los que sufren, mantiene la unidad, afirma la fe, ata y desata á los pecadores, abre y cierra las puertas del cielo! ¡Cuán grande es, cuando llena de la autoridad de san Pedro, de todos los apóstoles, de todos los concilios, ejecuta con tanta fuerza como discrecion los saludables decretos! ¡Santa Iglesia romana, madre de las iglesias y de todos los fieles, Iglesia elegida de Dios para reunir á sus hijos en la misma fe, en la misma caridad, permaneceremos siempre unidos á tí desde el fondo de nuestros corazones! ¡Si alguna vez te olvido, Iglesia romana, olvídeme de mí mismo! ¡Que mi lengua se seque y quede inmóvil en mi garganta si no eres la primera en mi memoria, si no comienzo por tí mis cantos de alegria!» *Sermon de apertura de la asamblea sobre la unidad de la Iglesia.*

(6) FLEURY, *Discurso sobre las libertades de la iglesia galicana*, núm. 24. Por último, Sismondi (además del pasaje que hemos citado en el tomo IV, pág. 328), hablando de Felipe de Valois dice: *Le clergé s'empressait à flatter le monarque, et nommait libertés de l'Eglise gallicane le privilege d'être soumis sans partage à l'autorité civile.*

(7) Bossuet habia dicho en la *Oracion fúnebre de la reina de Inglaterra:* «¿Qué es el episcopado cuando se separa de la Iglesia, que es su todo, y de la Santa Sede, que es su centro, para unirse, contra su naturaleza, á la soberania como jefe? Estos dos poderes de orden tan diferente no se unen, sino que se embarazan mútuamente cuando se

Iglesia romana, otras tantas iglesias particulares, como á los reyes les hubiera agradado establecer. Semejante sistema, lleno de inconsecuencias, no podia subsistir más que un dia; pero debia arrastrar en su caida otras cosas más elevadas.

Luis XIV decretó (1682) tambien, que los artículos de la declaracion serian observados como leyes del reino. Se prohibia enseñar nada que les fuese contrario; los profesores de teologia tuvieron que firmarlos; nadie pudo ser licenciado ni doctor sin sostener los principios en una de sus tésis, y el rey encargó á la pluma más elocuente escribir su defensa.

Con disgusto vió Inocencio la forma y el fondo de la cosa; quejóse en el breve *Paternæ charitati*, de que se hubiese alterado el antiguo afecto de la Francia á la Santa Sede; suprimió todo lo concerniente al derecho de regalia, y exhortó al clero á retractar el hecho. Pero se limitó á negar desde aquel momento la confirmacion á los obispos presentados por Francia.

Ambas opiniones fueron sostenidas en muchos escritos, y se debatió principalmente la cuestion de saber hasta qué punto se podia pasarse sin la institucion de los obispos, en lo cual residia el poder papal. Dupin pretende demostrar, en su obra la *Antigua disciplina de la Iglesia* (1686), que todos los poderes atribuidos al de Roma eran usurpaciones; que la Iglesia habia llegado á su complemento en el siglo IV y que debia volver á su antiguo estado en lo que le permitiesen las circunstancias; pero los mismos galicanos convienen en que era demasiado.

Las franquicias.—Olvidóse entonces la institucion de un patriarca francés, y se envenenó la cuestion sobre las franquicias. Los embajadores habian obtenido ó usurpado en Roma inmunidades, en virtud de las cuales su palacio y las casas comarcanas estaban exentas de las investigaciones de la justicia. Si se puede considerar al principio como una seguridad conveniente en un pais extranjero, concluyó por resultar de ello graves desórdenes, pues aquellas casas fueron refugio de malvados que buscaron en ellas la impunidad: como por otra parte los embajadores que residian en Roma eran muchos y sus palacios muy grandes, podia decirse que toda la ciudad quedaba sustraida á la accion de la justicia, tanto más, cuando los cardenales y los príncipes pretendian gozar de la misma prerogativa. ¿Qué gobierno regular hubiera podido tolerar semejante abuso? Inocencio XI, papa de gran integridad y de sano juicio, pensó en remediarlo (1687) negándose á recibir ningun embajador que no renunciase á las inmunidades. La Polonia, la Inglaterra, la España y el Imperio se sometieron á una solicitud tan razonable; pero acostumbrado Luis XIV á no encontrar oposicion, contestó: *Yo no arreglo mi conducta por la de los demás;* y negó su consentimiento; lo que sin embargo no impidió al papa usar de los derechos de soberano y abolir este abuso.

Entre un rey imperioso por naturaleza y un papa inflexible por conciencia, el choque debia ser fuerte: pero conociendo Luis XIV que de su parte estaba la fuerza y decidido á abusar de ella, mandó á su embajador el marqués de Lavardin hacer su entrada en Roma con un séquito de ochocientos hombres armados de punta en blanco. Cumplimentó Lavardin su orden, ocupó con su gente el barrio próximo al palacio de Francia, teniendo noche y dia centinelas. El papa le negó audiencia; mas como se obstinase, fulminó contra él el entredicho. No por eso dejó Lavardin de hacer cantar misa en su presencia en la iglesia de San Luis, y el papa puso tambien á esta iglesia en entredicho. Entonces entró Lavardin en San Pedro con una formidable comitiva; pero todos los eclesiásticos se salieron de él imediatamente. Luis XIV, que perseguia á los herejes, no pudo sufrir la firmeza de la corte romana: ocupó á Avignon y el condado de Venasino, que pertenecian á la Santa Sede, y amenazó con enviar un ejército á Italia para resucitar las pretensiones del duque de Parma sobre Castro; pero el papa permaneció firme. Su sucesor Alejandro VIII continuó negando la confirmacion de los obispos y reprobando las cuatro proposiciones.

El orgulloso monarca ante quien todo se doblegaba, tuvo en fin que resignarse á ceder: muchas iglesias, huérfanas de sus pastores, gemian por aquel estado de cosas, y se temia un cisma. En su consecuencia, Luis XIV, que habia prohibido todo acto de dependencia con respecto á Roma, mandó á treinta y siete obispos nombrados desde 1682 escribir al papa protestando de su sumision. La carta concluia de esta manera: *Quidquid in iisdem comitiis circa ecclesiasticam potestatem et pontificiam auctoritatem decretum censeri potuit, pro non decreto habemus et habendum esse declaramus.* Fueron, pues, confirmados, pero esto no invalidaba las decisiones de la asamblea. Luis XIV escribió, sin embargo al papa que «consentia en no hacer observar las cosas contenidas en su edicto (1693) á las cuales le habian obligado las circunstancias pasadas.» Esta concesion no retractaba el hecho; pero las escuelas recobraban la libertad de discutir el pro y el contra, y desde entonces todo se pacificó.

La manera como pasaron las cosas hizo decir al príncipe de Condé: «Si al rey se le pone en la cabeza hacerse protestante, el clero será el primero que le imite.» El mismo Bossuet, autor de aquella religion del Estado, ídolo de bronce con piés de barro, pudo conocer las consecuencias de su obra en las grandes dificultades que turbaron los últimos años del reinado de Luis XIV. Guizot le hace el cargo de no haber asociado la gran lógica racional al buen sentido práctico: razonador

---

les confunde... Se enerva la religion cuando se cambia, y se le quita cierto influjo que es el único que puede mantener á los pueblos.»

sencillo y convincente, conocia las consecuencias de un principio y atacaba á sus adversarios; pero en la práctica se mostraba incierto contemporizador, buscando acomodos y términos medios. Cuando se encontraba solo y libre con sus ideas, las seguia en todo su vuelo sin considerar los obstáculos; y además cuando tenia que ponerlas en práctica, regularizar de hecho las relaciones entre ambos poderes, entre el exámen y la autoridad, se encontraba detenido por las cosas reales, por el verdadero estado de la sociedad, de tal manera, que su prudencia se asemejaba á servilismo.

Cuando sus debates con Fenelon, Bossuet no apeló á la iglesia galicana sino á Roma, dando por escusa que de otra manera nunca se concluiria el asunto. Luego en su ancianidad, asustado de la omnipotencia real, conoció la imperfeccion de su obra. Cuando el canciller Pontchartrain le llevó la orden prohibiendo de publicar ninguna obra sin la aprobacion de un doctor en teología, reclamó en vano para los obispos el privilegio de ser emancipados de la censura: «¡Pues qué, decia, cada uno puede hacer imprimir sus reflexiones para repartirlas entre los jueces, y la Iglesia no ha de poder imprimir sus instrucciones, sus oraciones para distribuirlas á sus hijos y á sus ministros! No emprenderé, señor, sostener la causa de los obispos; pero me atrevo á esperar que vuestra majestad, creyendo con toda la Iglesia católica, como artículo de fe, que los obispos establecidos por Jesucristo son depositarios de la doctrina y superiores á los demás sacerdotes, no querrá sujetar á los que el Espíritu Santo ha colocado bajo su autoridad y gobierno.»

¿Pensó siquiera que podria encontrar apoyo en su iglesia galicana? Escuchad en qué términos escribe al cardenal de Noailles: «Imploro el socorro de madama de Maintenon, á quien no me atrevo á escribir... El tiempo descubrirá la verdad, pero temo mucho que sea demasiado tarde, y que el mal haya hecho demasiados progresos. Se me destroza el corazon con este temor.» ¡El gran Bossuet no tener atrevimiento para escribir á la mujer del rey, para escribirle á fin de obtener que las palabras de los pastores á su rebaño estén exentas de toda censura inconveniente!

CAPÍTULO X

REVOCACION DEL EDICTO DE NANTES.

Omnipotente Luis XIV en los asuntos de la religion, debia ver con disgusto á los reformados. En efecto, el edicto de Nantes, arrancado al gran Enrique por la gratitud, por las circunstancias y por un resto de afecto á la Reforma, no sólo permitia residiesen en Francia, sino que les constituia en verdadera y distinta sociedad con su carta, asambleas, ejército, fortalezas, derecho «de tener consistorios, conferencias y sínodos provinciales y nacionales» que estaban prohibidos á los católicos. Estos, por tanto, se opusieron al edicto; y los parlamentos se negaron á registrarle, hasta que Enrique IV se lo mandó usando de sus regias prerogativas y diciendo: *He hecho el edicto y quiero que se observe. Mi voluntad debiera servir de razon; y á un príncipe no se le pregunta nunca la razon en un país obediente. Soy rey, como rey os hablo, y quiero ser obedecido* (1). Existia, pues, una república en medio del reino; los ricos protestantes, excluidos de los empleos no de derecho sino de hecho, destinaban sus capitales al comercio, y de este modo se enriquecieron sobremanera; fué preciso en varias ocasiones enviar tropas contra ellos, porque no olvidaban sus ideas republicanas; y hubieran podido renovar las guerras civiles y favorecer la invasion extranjera en un tiempo en que España era enemiga de Francia, y en que el turco se hallaba en una actitud amenazadora, porque la conformidad de religion les ponia en relaciones con Inglaterra y Holanda.

Los hugonotes, á quienes la toma de la Rochela habia despojado de sus plazas fuertes y privilegios, habian cesado de ser una fraccion política, aunque continuando en el goce de la libertad del culto. Permanecieron tranquilos mientras duraron las turbulencias de la Fronda, y Luis XIV no concibió ya recelos; pero al comprender que su existencia repugnaba á la naturaleza despótica de su gobierno, y deseando reducirlos poco á poco, creia deber abstenerse de todo rigor, respetar las concesiones de sus predecesores, recompensar á los que eran dóciles y favorecer á las misiones.

Este modo de obrar estaba lejos de no producir fruto. En tiempo de Enrique IV, la mitad de la nobleza era protestante; entonces se habia hecho enteramente católica. El canciller Agueseau (2) asegura que su padre, intendente del Languedoc, habia visto en las diócesis á seis mil protestantes cambiar de religion en el espacio de tres dias; habia algunos más en las provincias del centro, y los que enriquecia el comercio se convirtieron para conseguir cartas de nobleza y empleos. Todo esto hacia creer que era fácil reducir al país á la unidad de creencias como lo estaba ya á la unidad de administracion.

Pero la tolerancia era aun estraña á las ideas de aquellos tiempos; y la idea de la aplicacion de un mal temporal para conseguir un bien espiritual, á nadie repugnaba, ya fuese católico ó protestante. La Holanda se hallaba llena de fanáticos refugiados, á quienes no faltaba sino el poder para convertirse en perseguidores (3), y no quiso tratar con tolerancia á los católicos como Luis prometió hacerlo con

(1) *Mem. de Sully*, t. I, pág. 583.

(2) *Memorias*, t. XIII, pág. 55.

(3) El sínodo de las iglesias valonas de las Provincias-Unidas celebrado en Amsterdam, en agosto de 1690, declara que la proposicion, *El magistrado no tiene el derecho de emplear la autoridad para combatir la idolatría é impedir los progresos de la herejía*, se halla en el nombre de las proposiciones «falsas, escandalosas, perniciosas, destructivas de la moral y del dogma, que el sínodo proscribe,

los protestantes. En Inglaterra los protestantes vencedores, negaban á su rey Jacobo el derecho de establecer la igualdad entre ellos y los católicos. El afable Fenelon repite muchas veces en sus cartas á madama Guyon, que si él no la creyese ortodoxa *la quemaria por sus propias manos*. El clero francés en sus reuniones quinquenales, al conceder al rey los subsidios de que tanto necesitaba, exigia en recompensa que fuese derogado alguno de los privilegios de los protestantes, y una série de edictos en este sentido fué el resultado de semejante impulsion. De los ciento cincuenta y ocho artículos del edicto de Nantes la mayor parte fueron derogados. Los reformados se encontraban escluidos de los oficios de la judicatura y otras profesiones liberales; muchos de sus templos habian sido demolidos: se les habian quitado los hijos para educarlos entre los católicos; en fin, sus enemigos creyeron hallar el momento favorable para insistir con más tenacidad, y precipitar la obra de los tiempos y de la persuasion.

Asediaron, pues, á Luis XIV por estos dos débiles flancos, la autoridad y la devocion, manifestándole que era digno de él hacer lo que no habian osado emprender sus predecesores, y hacer triunfar la fe al mismo tiempo que la monarquia: vacilando entre sus queridas y su confesor, toleró ó persiguió á los protestantes, segun obraba en su derredor cualquiera de las dos influencias. No siendo viejo, como suele decirse, ni por sugestiones de la Maintenon, publicó en 1.° de febrero de 1669, dominando La-Vallière, el primer edicto contra los protestantes; en tiempo de la dominacion de La-Fontanges, prohibió á las mujeres protestantes hacer de comadronas, mandando que fuese arrastrada la que persistiese en la desobediencia.

Habiéndose separado de madama de Montespan en la semana santa de 1675, decidió que una tercera parte de las rentas de los beneficios vacantes fuese empleada en su conversion; y el clero se apresuró por adulacion á enviarle la lista de los convertidos y de las abjuraciones, con el gasto hecho en cada una de ellas. Cuanto mayores eran las sumas más grandes las concursiones: Luis XIV se persuadió, pues, que los calvinistas tenian en poco su religion; pero como los neófitos mal convertidos dejaban pronto la misa por la cena ó comunion, dispuso una ley la condena á una multa á los relapsos, ó al destierro y confiscacion de bienes, lo que se ejecutó con rigor. Posteriormente, los protestantes fueron excluidos de los parlamentos, prohibidos los matrimonios mixtos, y sus derechos civiles circunscritos cada vez más. En fin, Luis XIV trató de destruir á aquellos que creia que en lo sucesivo no serian sino en corto número ó inseguros en su creencia.

Deseoso Louvois de la guerra y horrorizado de la tregua de los veinte años que acababa de terminar, se exaltó con la idea de semejante empresa, y se hizo en fin su jefe por ejecutarla con los medios de que podia disponer. Envió, pues, tropas á las provincias en donde los reformados eran más numerosos, con orden de acantonarse entre ellos y permanecer allí hasta que se convirtiesen. Esta *mision con botas* partió en el instante mismo en que el rey respondia á la asamblea de los obispos: «Os recomiendo usar de la dulzura con los protestantes, y no emplear sino la razon para guiarlos á la verdad.» Por otra parte, Louvois no los mataba: pero bien fuese por las cargas con que los agobiaba ó por las promesas, les arrancaba profesiones de fe católica. Si reincidian, se hallaban bajo la ley contra los relapsos; si querian salir del reino, aparecia otra contra las emigraciones, y las quejas no eran escuchadas.

Las dragonadas.—La demolicion de la iglesia de Mompeller (1683) atemorizó á los hugonotes, que se reunieron en Tolosa, resueltos á procurar su seguridad de cualquiera manera que fuese. Allí volvieron á ejercer su abandonado culto con la audacia que inspira la union, y aun corrieron á las armas. El acuerdo de todos los protestantes del Mediodia debia inspirar temores á los católicos, y por consiguiente los edictos fueron sostenidos por la tropa de Louvois. Un ejército acantonado en el Bearne para estar á la espectativa de la España, convirtió á aquel pais por la fuerza, y después le dejó para ir á hacer lo mismo en Burdeos y en Montalban. Estos resultados obtenidos por los dragones llenaron de gozo al rey devoto, que creyó desde entonces á todo su reino católico. Era importante, pues, con el fin de impedir que las ovejas devueltas al redil no se extraviasen de nuevo, desterrar á los ministros y revocar el edicto de Nantes. Louvois afirmaba al rey que esto no costaria ni una gota de sangre: no suponiendo, pues, que se le pudiese resistir y menos engañar, Luis XIV firmó la revocacion del edicto como inútil, habiendo ya el mayor número de los reformados abrazado el catolicismo. Prohibia por consiguiente toda publicidad de ese culto, no admitia más ministros y prohibia á todos, bajo pena de galeras, salir del reino, donde deseaba que permaneciesen siendo tolerado su culto secreto.

Esta mezquina concesion no tuvo efecto, y los dragones volvieron á hacer el papel de convertidores. Louvois escribia: «El rey quiere que se emplee el mayor rigor contra aquellos que no quieran hacerse de *su religion*: que los que tengan el necio orgullo de ser los últimos sean hostigados hasta el último estremo.» Los hechos siguieron á las palabras, y se vieron comenzar las persecuciones, que aun cuando se las haya exagerado, producen tanto más horror cuanto que en aquella sociedad tan culta, el catolicismo se reducia á una miserable librea que se confiaba á voluntad del ministro ó de la querida, porque cada uno creia que no se trata-

---

prohibe, condena y reprueba bajo la pena de las estremas censuras, á toda persona eclesiástica ó secular que las divulgue,» etc. Cuadro del socinianismo, pág. 565.

ba en ello de religion, sino de soberania, ni de desobediencia á la Iglesia sino al rey, que hallando esta salida fuera de la armonia de la figura regular trazada por su compás, queria hacerla desaparecer.

Se ha dicho que la Maintenon (4) habia inducido al rey para que quitase sus hijos á los protestantes, con el fin de darles una educacion católica, pensamiento que no podia nacer sino de una mujer estraña á los goces y á los dolores de la maternidad. Por el contrario, es cierto que desaprobaba las persecuciones, y que escribia á su hermano: «Se me han dado quejas contra vos que os hacen poco honor con decir que maltratais á los hugonotes. Compadeceos de unos seres más desgraciados que malvados. Se hallan en los errores en que nosotros mismos hemos estado, y de los que no se nos hubiera podido desimpresionar por la violencia. No los inquieteis, pues: es menester vencer á los hombres por la dulzura y la caridad.» (5) Aun ella misma intercedió con el rey en favor de los reformados, pero fué contrariada por Ruvigny, su diputado general en la corte, que no sabia moderar su celo. «Ruvigny es intratable; ha dicho al rey que yo habia nacido calvinista, y que habia permanecido tal hasta mi entrada en la corte. Esto me obliga á tolerar cosas que repugnan á mis sentimientos.» (6) Después de la revocacion del edicto de Nantes aun escribia á de Villette, su pariente: «Estais convertido; no os mezcleis en convertir á los demás. Os confieso que no me agradaria encargarme de estas conversiones ni ante Dios ni ante el rey.»

Una sociedad en la que el rey lo era todo, no debia quedar indiferente á aquellas persecuciones contra súbditos que le desobedecian, sobre todo cuando las persecuciones eran conformes á la época. Nunca acontecimiento alguno se celebró con más grande entusiasmo... Poesia, elocuencia, mármoles, bronces inmortalizaban á porfia á Constantino y al nuevo Teodosio (7), representaban la hidra espirando á los piés del rey; las plazas ofrecian á la vista de todos aquellos monumentos de eterna adulacion. Los púlpitos, las academias y los colegios resonaban con sus panegíricos, y después de la muerte del terrible ministro, que le habia engañado acerca de la eleccion de medios, aquella adulacion pública continuó engañándole en los efectos... de manera, que la nacion pudo achacar á sus imprudentes aclamaciones y á aquel espíritu de panegírico, tan generalmente estendido en aquella época, una gran parte de los males que se han reprobado tan severamente en la memoria del rey (8). En efecto, el edicto fué registrado sin la previa aprobacion de los parlamentos; no hubo orden por la que no se recibieran parabienes, y considerábase una debilidad que el rey tolerase por más tiempo la profesion privada del calvinismo.

De esta manera creyó el rey estirpar las débiles raices que la herejia habia dejado en el reino, enviando al Mediodia verdaderos misioneros, entre otros al historiador Fleury y á Fenelon, que en su *Tratado del ministerio de los Pastores*, combate á los herejes con una moderacion dulce (9). Se negaron á ser acompañados por los soldados, y dieron en el Poitú el escelente ejemplo de convertir por la dulzura y la persuasion. Los reformados no veian en ellos á los prelados fastuosos, contra quienes habian creido declamar, sino á buenos pastores que iban á participar de su pobreza y afliccion, y amaban la creencia de que tales hombres eran apóstoles. Fenelon escribia más tarde: «¡Oh pastores, alejad de vuestro corazon toda angustia! ensanchad vuestro ánimo. No sabeis nada, si sólo sabeis mandar, reprender, corregir y mostrar la letra de la ley: sed padres, y aun esto no es bastante; sed madres, sufrid los dolores y esfuerzos del parto para formar á Jesucristo en vuestro corazon.»

Esto forma un singular contraste con las dragonadas y las severas ejecuciones contra los relapsos; ejecuciones que se estendian hasta los que profesaban en el artículo de la muerte la religion de su infancia.

El edicto promulgado sin haberse comunicado á los que debieran haberlo conocido antes, es decir, á los obispos, dejaba á los protestantes el ejercicio de todos sus derechos civiles, pero sin proveer nada con respecto al acto civil más importante de todos, es decir, al matrimonio. Resultó de esto por espacio de un siglo un gran embarazo para los sacerdotes, precisados, como lo estaban, á usar de frecuentes condescendencias, y administrar el sacramento á personas que le rechazaban. Lo mismo sucedió con los tribunales, que se encontraban

---

(4) Es muy estraño hallar en la hermosa obra de RULHIERE, *Ilustraciones históricas sobre la revocacion del edicto de Nantes*, un paralelo entre madama de Maintenon y Cromwell.

(5) Cartas de 1672.

(6) Carta del 24 de agosto de 1681.

(7) La academia de las Inscripciones compuso una que fué grabada sobre la plaza Vendome. Madama de Sevigné, órgano de la opinion parisiense, escribió á M. de Grignan: *Habreis visto sin duda el edicto; no hay otra cosa más hermosa que lo que contiene, y nunca rey alguno ha hecho ni hará nada más memorable.*

(8) *Ilustraciones acerca del estado de los protestantes.*

(9) *Los restos de esta secta caerán poco á poco en una indiferencia de religion con respecto á todos los ejercicios esteriores, que debe hacer temblar. Si se les quisiese hacer abjurar del cristianismo y seguir el Alcoran, no hay más que presentarles los dragones. Con tal que se reunan de noche y que resistan á toda instruccion, creen haber hecho bastante. Esta es una temible levadura en una nacion. De tal manera han violado con sus perjurios las cosas más sagradas, que quedan pocas por las cuales se conozca que son sinceros en su conversion. No hay más que rogar á Dios por ellos, y no dejar de instruirlos.* FENELON, carta á Bossuet, 8 de marzo de 1686.

obligados á reconocer la existencia de los protestantes, entonces que la fe parecia no existir.

Además, si el alto clero brillaba con insignes virtudes, no sucedia lo mismo con el bajo, cuya educacion era mala en los seminarios de nueva creacion (10). Los curas estaban en su mayor parte á sueldo de los patronos seglares que podian despedirlos á su antojo, y para quienes el más barato era el mejor acogido. Los obispos no se veian, pues, ayudados en la mision de convertir á los protestantes, ó asistir á los que se llamaban nuevos convertidos; debian recurrir á los misioneros, que no eran todos celosos y pacíficos como los que ya hemos citado, y además, esto no era más que un socorro temporal.

Los protestantes emigraron en masa, y asciende el número de los que salieron de Francia á trescientos mil, ó tal vez á quinientos mil. Después de todo el trabajo que se habia tomado Colbert para animar la industria y aumentar la poblacion, una y otra se alejaban de la Francia. Conociendo bien Guillermo de Orange qué guerra tan ventajosa hacia á su enemigo, se declaró protector de los fugitivos; dió pensiones y empleos á los ministros, é hizo que los Estados Generales asignasen á los oficiales franceses emigrados un subsidio de 100,000 florines. Es un error creer que los calvinistas llevaron las artes fuera de Francia, pues hacia ya mucho tiempo que se traian el terciopelo de Utrecht, el damasco de Génova, el gro de Nápoles, la levantina y los espejos de Venecia, la sarga de lana de Ascot, la tapiceria de Flandes y de Inglaterra, los paños de Holanda y de España, y la escarlata y los telares tambien de Holanda y de Inglaterra, y la bisuteria de Alemania. No dudamos sin embargo que contribuyeran al perfeccionamiento é introdujeran la actividad que es tan natural en quien desea mejorar de estado. Los extranjeros, cuya industria crecia entonces, pusieron á la de Francia las mismas trabas que Colbert habia inventado, y así llegaron á ser su ruina los descubrimientos que debieron haberla engrandecido. Los desterrados dieron rienda suelta á su cólera, escribiendo y declamando contra Luis XIV con tanto ardor como los suyos usaban en exaltarle: contraste que hace más dificil para la posteridad el descubrimiento de la verdad (11). En cuanto á los contemporáneos, los violentos escritos encontraban los ánimos dispuestos al descontento y á darles crédito.

Camisardos.—Verdad es que el edicto de Nantes no se oponia al ejercicio privado del protestantismo, y que tendia á evitar las violencias (12);

---

(10) El cardenal de Bausset lo confiesa, *Historia de Bossuet*, XI, 17.

(11) Agrada ver con qué prudencia Cristina de Suecia, retirada entonces en Roma, juzgaba las dragonadas. Escribia, el 2 de febrero de 1686, al caballero de Terlon, ex-embajador de Francia en Suecia:

«Puesto que deseais saber mi parecer claro y sencillo sobre la pretendida esuirpacion de la herejia en Francia, me alegro decírosle; y no temiendo ni adulando á nadie, os confesaré que no estoy muy persuadida de este gran proyecto, y que no puedo resolverme á regocijarme de él como de una cosa muy ventajosa á nuestra santa religion. Preveo, por el contrario, el mal que un modo de obrar tan nuevo ha de producir en todas partes.

»¿De buena fe estais persuadido de la sinceridad de estos nuevos convertidos? Haria votos porque obedeciesen á Dios y al rey, pero temo su obstinacion, y no quisiera tener sobre mi conciencia los sacrilegios que cometerán estos católicos, forzados por misioneros que tratan con demasiada caballerosidad nuestros santos misterios. Los soldados son estraños apóstoles, y los creo más propios para asesinar, saquear y violar, que para persuadir; y tenemos datos suficientes para no dudar que desempeñan su mision muy á la moda. Las personas abandonadas á su discrecion me causan lástima; compadezco á tantas familias arruinadas, á tantas personas honradas puestas en la calle; y no puedo pensar en lo que pasa en el dia en Francia, sin que se me aflija el corazon. Compadezco á estos desgraciados por haber nacido en el error, pero me parecen más dignos de lástima que de odio, y al paso que no quisiera por todo el imperio del mundo participar de su error, tampoco admitiria ser causa de su infortunio.

»La Francia se me asemeja á un enfermo á quien se le corta un brazo ó una pierna, para curarle de una enfermedad de la que se hubiera repuesto con un poco de paciencia y afabilidad, pero temo mucho que este mal no se envenene y llegue á ser incurable; que este fuego que existe bajo la ceniza se reanime, y que la encubierta herejia no llegue á ser más peligrosa que la descubierta. El proyecto de convertir á los herejes y á los infieles es muy laudable, pero el método es nuevo; y como Nuestro Señor no se ha servido de este método para convertir al mundo no debe ser el mejor. Admiro y no comprendo este celo y esta política superior á mi capacidad, y además estoy satisfecha de no comprenderlo.

»¿Creeis acaso que éste sea el momento de convertir á los hugonotes y hacerlos buenos católicos, en un siglo en que se cometen en Francia tantos atentados visibles contra el respeto y la sumision debida á la Iglesia romana, única y firme base de nuestra religion, cuando Nuestro Señor le ha hecho la magnífica promesa, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella? Nunca sin embargo la escandalosa libertad de la iglesia galicana estuvo tan espuesta como en la actualidad á la rebelion: las últimas declaraciones firmadas y publicadas por el clero de Francia son demasiado enérgicas para conceder á la herejia un triunfo evidente; y creo que debe ser grande su admiracion al verse perseguida casi por los mismos que sobre este punto fundamental de nuestra religion tienen dogmas y sentimientos tan conformes con los suyos.

»Esta es la razon por la que no puedo regocijarme de esta pretendida estirpacion de la herejia. Siento tanto como la vida el interés comun de la Iglesia; pero este interés es el que me hace precisamente ver con dolor lo que sucede; y os confieso que amo bastante á la Francia para deplorar la desolacion de tan hermoso reino.

»Deseo con todo mi corazon engañarme en mis conjeturas, y que todo se termine para la mayor gloria de Dios y de vuestro amo; y estoy segura que no dudais de la sinceridad de mis deseos.

»Roma 2 de febrero de 1686.—Cristina.»

(12) Una carta de M. de Torey á los obispos, fe-

los hechos vinieron á demostrar que los calvinistas podian poner en peligro la tranquilidad pública. Muchos ministros reformados permanecieron ocultos en Francia disfrazados, viviendo en los bosques y sosteniendo con sus consuelos el celo de los que permanecian retirados en las rocas, en las selvas donde existe el recuerdo del culto de los druidas. Se reunian allí para escuchar sus predicaciones, recibir la cena, y se acostumbraban á reconocer la ley y á aguardar una ocasion favorable para vengarse. Pareció presentarse ésta cuando estalló la guerra de sucesion (1703). Pronto ardieron las Cevennas, y los insurgentes adoptaron el nombre de camisardos, de la camisa que usaban en sus correrias. Establecieron en aquellas montañas, como en Israel, escuelas de profetas que predicaron la ruina de Babilonia y la reedificacion de Jerusalen. Enseñaban á los niños estas palabras del Evangelio: «Cuando esteis tres ó cuatro reunidos en mi nombre seré con vosotros.—La fe basta para remover las montañas.» Luego les comunicaban el Espíritu Santo soplándoles en la boca, y salian de aquellas escuelas de exaltacion para predicar y profetizar. Cuando se les cogia declaraban haber recibido el Espíritu Santo (13), y no deber hacer traicion al depósito de la fe conservando el silencio; pero convencidos de inteligencia con los saboyanos y los ingleses para introducirlos en el reino, eran enviados al suplicio.

«El galeote protestante era tendido desnudo en un caballete; dos ó cuatro hombres le tenian las manos y los piés, mientras que el turco más robusto de la galera con una cuerda en la mano, untada con alquitran y empapada en agua del mar, le azotaba con toda su fuerza. Saltaba el cuerpo á la violencia de los golpes, destrozábase la carne, toda la espalda era una llaga que se lavaba después con sal y vinagre. Pocos galeotes protestantes de los mil seiscientos cuya lista tengo y que perseveraron en su religion, negándose á quitarse la gorra en la misa y al abrazar la hostia escaparon á tan horrible suplicio. Podria nombrar á varios que lo sufrieron hasta cuatro veces en poco tiempo, y á quienes se les aplicaron en una vez sola hasta ciento veinte golpes. Espirando se les retiraba del potro, y se les conducia al hospital para renovar sus debilitadas fuerzas, que se volvian á destruir con un nuevo castigo.» (14)

Cítanse entre los sacerdotes que se distinguieron por su crueldad á Francisco de Langlade, del Chaila, prior de Laval, inspector de las misiones del Gevaudan y arcipreste de las Cevennas, que se gozaba en la barbarie contra los desgraciados prisioneros. Unas veces les arrancaba la barba, otras les hacia coger con la mano ascuas encendidas, ó les envolvia los dedos en algodon empapado en aceite, al que prendia fuego hasta que se quemaba toda la carne (15). Fué en fin cogido por los camisardos y quemado.

Exacerbados éstos por Babille, intendente del Languedoc, declaráronse al fin en abierta rebelion: y un panadero hizo frente á los generales de Francia y rivalizó con ellos en ferocidad, como acontece en las guerras civiles y religiosas. El mariscal de Montrevel (1702-1704). Villars y Berwick arrojaron á los camisardos de cuantos puestos ocupaban. «Lo que he visto más claro, dice Villars, es que se empleaban sin merced contra los culpables los más atroces suplicios: he creido que este inflexible rigor los inclinaba precisamente á los bárbaros actos que se les reprendian, y á esponer sin consideracion en los combates una vida infaliblemente destinada á un fin ignominioso y cruel. Me propuse ensayar otra conducta, y después de consultar el parecer del rey le dije: *Si vuestra majestad me lo permite, emplearé diferentes medios de los que se han usado, y trataré de terminar con el consuelo de las desgracias, lo que por la severidad me parece, no solo inútil, sino enteramente contrario.* Me contestó: *Me sujeto á vos; y debeis creer que prefiero la conservacion de mi pueblo á su pérdida, lo cual es inevitable si esta desgraciada rebelion continúa.*» (16)

---

cha 1.° de noviembre de 1700, prohibia las violencias «S. M. habiendo reconocido que las exhortaciones y la dulzura surten mejores efectos que el rigor y la intolerancia, cree que deben adoptarse desde luego con preferencia á todo. Evítese en primer lugar hacer obligatoria la misa.»

(13) El *Teatro sagrado de las Cevennas*, impreso en Lóndres en 1707, es una série de declaraciones de los camisardos emigrados. Durand Fage dice:

«Todo lo que haciamos por nuestra conducta general ó particular era siempre por orden del Espíritu: se obedecia á la inspiracion de los niños más pequeños, sobre todo cuando insistian en el éxtasis con aumento de palabras y agitaciones, y cuando varios decian una misma cosa. En la banda de que yo era, nuestros jefes estaban dotados de estraordinarias gracias, y principalmente M. Cavalier; por esto es por lo que se le habia elegido, aunque no entendia de guerra ni de ninguna otra cosa. Cuando se trataba de algun asunto en el que la inspiracion no habia hablado, se acercaban á él y le decian: Hermano Cavalier sucede esto ó el otro: ¿qué debemos hacer? Al momento se quedaba pensativo, y después de haber elevado algo su corazon á Dios, le invadia el Espíritu, se le veia un poco agitado, y decia lo que se habia de hacer. Era una maravilla verle en medio de los combates con la espada en la mano, á caballo, y como movido por el espíritu, correr por todas partes animando, fortificando, dando órdenes que á veces admiraban, pero que después de ejecutadas, eran muy conducentes.»

Otra coleccion de estas improvisadas inspiraciones se imprimió tambien en Lóndres en 1707, con el título de *Advertencias proféticas de Elias Masion, uno de los jefes protestantes que habian empuñado las armas en las Cevennas. ó Discursos pronunciados por su boca inspirados por el Espíritu Santo y copiados fielmente mientras que hablaba.*

(14) *Historia de los camisardos*, t. I, lib. I, pág. 19, por COURT DE GEBELIN, 1819.

(15) *Historia de los camisardos*, pág. 25.

(16) *Memorias de Villars*, t. LXIX, pág. 139.

El número de los que sucumbieron en aquella guerra asciende á cien mil, de los cuales la décima parte murieron por el fuego, el potro ó la cuerda, como culpables de atrocidades, nunca probadas cuando la acusacion procede del partido que triunfa y conoce la necesidad de justificar las suyas. Los que tuvieron la buena fortuua de escapar del sable y del cadalso obtuvieron una amnistia de la clemencia real y la autorizacion de salir de Francia.

CAPÍTULO XI

LOS JANSENISTAS.

Además de la cuestion de la supremacia papal y de sus justas relaciones con el Estado, aun habia dejado otra cuestion indecisa el concilio de Trento, la de la naturaleza de la gracia (1), enigma de la razon y de la religion, de la que Dios se habia reservado el secreto.

Esta cuestion nació en la Iglesia desde el tiempo de Pelagio (2), que negaba que el hombre hubiese sido degradado desde su orígen, y creia que le era posible con solas sus fuerzas alcanzar la santificacion. San Agustin sostuvo contra él el pecado original, hasta el punto de declarar, que los niños que morian sin recibir el bautismo, se condenaban irremisiblemente, reconociendo que hay un pequeño número de almas destinadas á la gloria, en quienes la gracia se manifiesta de una manera indefinible é insuperable (3). Esta opinion era poco más ó menos la de santo Tomás, segun la cual el hombre no puede cumplir los mandamientos si la gracia no le da fuerza para ello, ni alcanzar la salvacion, si no dispone su voluntad á hacerle digno de recibir la luz sobrenatural. Tuvo por contradictor á Duncan Scoto, que asegura que el hombre era capaz de algunos movimientos hácia el bien, especie de semipelagianismo fundado en la bondad del Padre y la misericordia del Hijo.

El concilio de Trento declaró que la justificacion se verifica por obra de Cristo Salvador, por cuya gracia los hombres escitados y ayudados, reciben sin mérito propio, sólo por su asentimiento y cooperacion, además de la remision de sus pecados, una santidad y caridad inherentes al alma. La gracia es, pues, necesaria al hombre, no sólo para hacer una obra meritoria, sino tambien para concebir el deseo de hacerla, de tal manera, que toda gracia es gratuita, y no la recompensa de las buenas disposiciones. El hombre al pecar habia perdido la libertad natural, y la sangre de Cristo no le devolvió su primitiva inocencia: pero Dios, en recompensa, le concedió cuanta Gracia es *suficiénte* para salvarse. Justamente castiga á quien no se vale de ella; pero como depende de su alta voluntad concederla hasta el punto que le place, por motivos inescrutables, prefiere algunos y les concede una Gracia eficaz, que los encamina irresistiblemente al bien, y que piensa, conoce, ama y obra con ellos. Todos, pues, son libres para hacer bien, y algunos no lo son para hacer mal. De esta manera esponen los teólogos la doctrina pero no están acordes entre sí.

Los dominicos, que redactaron el catecismo romano por orden de aquel concilio, conservaron el término medio entre los tomistas y los escotistas: inclinándose, sin embargo, algo á los primeros; además, el español Domingo Ibañez habia introducido un sistema de *premocion física* y de *decretos determinantes*, con cuya ayuda procuraba acercar este misterio supremo á las nociones comunes. El jesuita Montemayor, teólogo de Salamanca, creyó notar en él una tendencia hácia las doctrinas condenadas en Trento. Ya Miguel de Bayo (*Baius*), enviado de Felipe II á aquel concilio, y defensor de la predestinacion en la ciudad de Lovaina, habia sido perseguido por los franciscanos, y setenta y siete de sus proposiciones fueron reprobadas por Pio V. Entonces, aunque no creyó que hubiese heterodoxia en sus libros, no los dejó ya volver á imprimir; pero se dice que para vengarse de los jesuitas, á quienes creia provocadores de la cen-

(1) Véase la pág. 51.

(2) Véase el tomo II, pág. 526.

(3) Debe verse de qué modo san Fulgencio y los teólogos esplican estas espresiones de san Agustin, comparándolas á todas sus demás obras.

sura, hizo condenar las opiniones de Leonardo Lesio, en 1589.

Los jesuitas se inclinaban á los escotistas, y Luis Molina, doctor de Evora (4), enseñaba que la voluntad humana puede, sin el socorro de la gracia, producir obras buenas y conformes al orden natural, rechazar las tentaciones, elevarse á actos de fe, esperanza, caridad y contricion. Entonces Dios le concede la gracia por los méritos de Jesucristo, y de ella procede la santificacion, sin que el libre albedrío disminuya de actividad, pues depende de él hacer *eficaz* la gracia que Dios concede en *suficiente* grado a todos. La *predestinacion* es una cosa cruel, pero Dios ve por *prevision de simple inteligencia* las cosas posibles, y por *ciencia de las faturas condicionales* lo que hubiera sucedido en casos dados. Se ha predestinado á los elegidos segun sus méritos; y la gracia por la que lo han merecido, no es eficaz en sí misma, pero llega á serlo con tal que no se opongan á ello.

Este modo de conciliar la gracia con el libre albedrío, era claro sin vejar el dogma, y de aquí procedió el que agradó. Pero se consideró en ella una teologia nueva contraria á san Agustin: este liberalismo teológico, que se referia al liberalismo político de que se hacia cargo á los jesuitas, perpetuó su enemistad con los dominicos; y como estos últimos eran omnipotentes en España por su inquisicion, sus adversarios hubieran sido condenados si Roma no hubiera atraido á su tribunal el asunto. Para decidir entre los dominicos, que querian que la gracia fuese eficaz *ab intrinseco*, y los jesuitas que la sostenian del mismo modo *ab extrinseco*, hubiera sido preciso definir primero la naturaleza de la gracia eficaz, lo que la Iglesia no habia hecho. Clemente VIII confió el exámen de la cuestion á una congregacion *De auxiliis divinæ gratiæ*, y asistió en persona á sesenta y cinco sesiones; pero murió antes de haber decidido sobre la cuestion. Se presume que el temor de disgustar á una orden que habia prestado tantos servicios como los jesuitas, impidió que la condenase; y que por la misma razon Pablo V se contentó con disolver la congregacion de exámen, imponiendo el silencio sobre esta materia.

Más fácil era mandarlo que obtenerlo. Viendo, sin embargo, condenado á Bayo, y á Molina que sostenia lo contrario, en peligro de serlo, se conocia que no era posible tratar semejante asunto sino empleando estrictamente las palabras de la Iglesia y de san Agustin

Pero san Agustin ¿ha enseñado precisamente la doctrina adoptada por la Iglesia? Si, además, el principio de la justificacion del hombre reside en su voluntad y en su libertad, hasta tal punto que puede comenzar por sí mismo su regeneracion, y merecer por un movimiento espontáneo de su buena voluntad, no se halla irreparablemente perdido, y desde luego la redencion, siempre existente por medio de Jesucristo, no es soberanamente necesaria.

Estas dudas eran agitadas por muchos escritores, sobre todo en Holanda. El holandés Cornelio Jansenio y el gascon Juan Duvergier, que ambos estudiaban en Lovaina, donde se enseñaba la más rigurosa doctrina, y donde resonaban aun los debates de Bayo y Lesio, fueron de parecer que los jesuitas, sosteniendo la opinion más lata, introducian relajacion en la moral cristiana, que en su consecuencia era preciso recordarles que hiciesen menos concesiones á la naturaleza humana (5). Emprendieron, pues, el uno por la via teórica y el otro por la práctica volver á su orígen la doctrina estraviada, y recobrar, como decian, la verdadera ciencia interior de los sacramentos y de la penitencia.

Jansenio.—Jansenio habia sido empleado por su patria en negociaciones en que era práctico: habia descorrido el velo de lo funesto que encerraba la política de Richelieu, y sugerido la idea de reunir los Paises-Bajos á los Estados Generales como repúblicas, con gran escándalo de los que creian una impiedad unir paises católicos á los Estados protestantes. Talento sútil y capaz de comprender grandes asuntos, de considerarlos bajo todos aspectos, conociendo á fondo las opiniones que queria establecer y las que creia combatir; sabia penetrar sus principios, como tambien conocer sus más remotas consecuencias. Diez veces leyó á san Agustin, treinta los tratados contra los pelagios, y ese estudio le dió la predileccion de obstinado sábio. Su *Agustinus* es un tejido de textos de este padre puestos en orden y evidencia, de modo que se podia formar un sistema que dirigió contra los semipelagios y molinistas. En la primera parte hace la historia de la controversia pelagiana en su forma originaria, más mitigada en las escuelas de Marsella y de Lerins. Es un trozo de historia eclesiástica digno de gran atencion. En las dos partes siguientes espone la doctrina de san Agustin, refutando á Lesio y á Molina, y haciendo anotaciones sobre la bula de Pio V contra Bayo. Le parece que las cuestiones sobre la gracia se desprenden de los sistemas aristotélicos confundidos y empobrecidos, al paso que san Agustin habia establecido mejor que ningun otro Padre los dogmas capitales del cristianismo, la divinidad del Hijo contra los arrianos; la verdadera Iglesia católica, sus signos y prerogativas, la verdad, la unidad, la necesidad, la eficacia del bautismo contra los donatistas. Esta obra, aunque redactada por espíritu de hostilidad, está llena de una elevada inteligencia filosófica; las deducciones son muy claras, y respiran una conviccion austera y una actividad que se desarrolla con el amor de Dios. Jansenio quiere que el bien no se haga por temor del castigo, sino por amor á la justicia.

---

(4) *Concordia divinæ Gratiæ et liberi arbitri*, 1588.

(5) «Los jansenistas quitaron demasiado al beneficio de la creacion, para conceder más al de la redencion quitando al Padre para dar al Hijo.» JOBERT.

Segun él, hay para el hombre dos estados diferentes, á cada uno de los cuales corresponde una clase de gracia. En el estado de inocencia, gozaba de una libertad á la cual la gracia quedaba desde entonces subordinada. Aunque sin ella no pudo operar el bien, no le determinaba hacerlo; podia, pues, usar ó no de ella como los ángeles. Después de su caida contrajo el hombre la incurable costumbre de pecar, y todas las acciones que comete en este estado son pecados, aunque con apariencias especiosas. No hay más remedio para ello que la gracia, que es la única capaz de inclinar al bien la voluntad del hombre, y libertarle de la concupiscencia que le sostiene encadenado. Esta gracia no se dispensa á todos, sino á aquellos á quienes Dios quiere. Su justicia es la reprobacion, al paso que la predestinacion es un misterio inesplicable, por el cual Dios esceptúa á quien quiere, concediendo este don siempre gratuito é infaliblemente triunfante. Por esto es por lo que los jansenistas tenian tanto empeño en asegurar la condenacion de los niños que morian sin bautizar, mientras que el sentido comun de los cristianos, más accesible á la compasion, se escandalizaba de ello.

«La gracia eficaz, añade Jansenio, es una dulzura espiritual, por la cual la voluntad se determina á querer lo que Dios ha decidido; es un movimiento involuntario inspirado por Dios á voluntad suya, y con el cual el hombre prefiere y busca el bien (6), repite, no debe hacerse por temor del castigo sino por amor á la justicia, y la justicia es el mismo Dios; Dios, verdad eterna de la que se derivan las demás; Dios, justicia que predomina en él como una idea, como una regla superior inviolable. El que ama la justicia ama á Dios; amar á Dios es virtud, y en este amor consiste la emancipacion de la voluntad, pues su inefable dulzura destruye el placer de la concupiscencia, y produce la necesidad voluntaria de no pecar.»

Jansenio, que era obispo de Ypres hacia diez y ocho meses y acababa de terminar su *Augustinus*, murió de la epidemia. Al legar su obra para que se imprimiese en el estado en que se encontraba, añadia: «Si de todos modos la Santa Sede quisiese cambiar algo de ella, soy un hijo sometido y obediente, tanto á ésta como á la Iglesia, en cuyo seno he vivido hasta este lecho de muerte.»

Su tratado concluia con estas palabras: «Soy hombre, y espuesto á errar... y á engañarme. Si me he engañado en alguna parte, estoy á lo menos cierto de que no fué pretendiendo definir la verdad católica. sino queriendo reproducir la opinion de san Agustin. No habiendo enseñado qué cosa es cierta ó cuál es falsa, lo que debe creerse ó rechazar con arreglo á la doctrina de la Iglesia católica, sino lo que san Agustin sostiene debe creerse.»

Los adversarios de sus doctrinas habian tenido algunas sospechas de ella, y trataron de impedir la publicacion de esta obra. Sin embargo, fué impresa y circuló á pesar de tantos obstáculos. Aunque voluminoso, escrito en latin y tratando de teologia, tuvo un éxito indecible, y llegó á ser durante siglo y medio el asunto de infinidad de escritos y discusiones (7).

Aunque Jansenio protestó de su sumision y se oscureció con su maestro, tuvo que chocar con los tomistas, los jesuitas y Roma. Las gentes timoratas vieron con disgusto nuevas objeciones introducidas por él en los ánimos, conmovidos ya por la duda, inclinados á considerar el cristianismo como inconciliable con la fácil práctica del mundo. Estos rumores, tomando cuerpo, llegaron á Roma y á Lovaina; en París se redoblaron las intrigas, las disputas, los opúsculos y las obras; el mundo teológico se estremecia en sus cimientos, y los protestantes se reian. Urbano VIII condenó la obra (*In eminenti*) renovando contra ella las constituciones de Pio V y Gregorio XIII, como tambien la prohibicion hecha por Pablo V de tratar más la cuestion de la gracia; las universidades de los Paises-Bajos, y sobre todo la de Lovaina, donde habia nacido esta doctrina, se declararon sus partidarios, pero concluyeron, sin embargo, por resignarse á ella mientras echaba raices en Francia. Ya Huberto, teólogo de Nuestra Señora de París (1642), habia predicado contra Jansenio, á quien trataba de *Calvino ardoroso;* después de él Nicolás Cornet (1649), síndico de la facultad de teologia, denunció á la Sorbona cinco proposiciones que reasumian los errores contenidos en el *Augustinus;* véase su contenido:

Las cinco proposiciones.—1.° Ciertos preceptos de Dios son inejecutables para los justos, aunque traten de cumplirlos segun sus fuerzas, si no poseen la gracia para que sean posibles;

2.° En el estado de la naturaleza corrompida, no se resiste nunca á la gracia interior;

3.° Para desmerecer ó merecer en el estado de naturaleza decaida, no hay necesidad de una libertad emancipada para obrar, basta que esté exenta de violencia;

4.° Los semipelagianos admitian que una gracia anterior y previsora, era necesaria para cada accion en particular, hasta para el principio de la fe: pero erraban pretendiendo que la voluntad humana podia resistir á esta gracia ó secundarla;

(6) Cap. III, lib. I, 2, IV, 1.

(7) Elias Dupin, *Historia eclesiástica del siglo* XVII.

Gerberon.—*Historia del jansenismo.* Amsterdam, 1703.

Leydercker.—*Historia del jansenismo. Memorias para la historia de Port-Royal.* Utrecht, 1742.

Dom Clemencet, *Historia general de Port-Royal.*

Hermann Reuchlin.—*Gerch. von Port-Royal. Der Kampf des Reformirter und des jesuistischen Katholicismus.* Leipzig, 1839.

Saint-Beuve.—*Port Royal.* Paris, 1840.

Con el tiempo se publicaron infinidad de obras con respecto á este asunto en pro y en contra.

5.° Es un error en los semipelagianos decir que Jesucristo ha muerto y derramado su sangre por todos los hombres.

El grito de guerra se habia ya proclamado, y ochenta y cinco obispos firmaron una carta reclamando una decision del papa. Después de un exámen que las vacilaciones de Inocencio X prolongaron, condenó la primera proposicion como temeraria, impía y hereje; la segunda y la tercera como herejes; la cuarta como falsa y hereje; la quinta como falsa, temeraria, escandalosa, impía, injuriosa y hereje. Ahora bien, aquel papa que declaraba no haber estudiado nunca teologia, añadia enseñando el Cristo: *Este es mi consejero.* Acogió con grandes felicitaciones á los diputados que habian ido á sostener la causa de san Agustin, es decir, la de Jansenio, y les dió cuando se despidieron de él bendiciones é indulgencias. En fin, como le decian que segun su modo de ver no habia creido perjudicar con su decreto la doctrina de la gracia eficaz ni la de san Agustin: *¡Oh! eso es cierto*, contestó, palabras ambiguas como tantas otras de esta desgraciada cuestion, que se sostuvo constantemente con equívocos y sutilezas.

De todos modos se presentaba una cuestion particular, de que hubiera sido conveniente ocuparse antes que de ninguna otra. ¿Existen las cinco proposiciones en Jansenio? Muchas personas sostuvieron la negativa; otras muchas tambien la afirmativa; y la cuestion de derecho se encontró complicada con la de hecho. Nada parecia más sencillo que indicarlas con el dedo en la obra impresa; ¿pero quién trata en las discusiones de elegir el camino más corto? Alejandro VII afirmaba haberlas leido con sus propios ojos; ahora bien, los jansenistas para no desmentir al papa suponian que los jesuitas habian hecho imprimir un ejemplar espresamente para él, ó que las habian intercalado. Luis XIV encargó al conde de Gramont probar la existencia de aquellas implacables herejias, y el cortesano cumplió aquella dificil mision, contestando: «Si existen, es preciso convenir que es con el más riguroso incógnito.» Esta frase, que cayó en gracia, contribuyó á aumentar el número de los dichos agudos de que era objeto la cuestion, y riéndose el mundo de las formas aprendia á reirse tambien del fondo de ella.

Cuando treinta y ocho obispos reunidos en Paris decidieron sobre la cuestion de hecho, y declararon que el papa habia condenado las cinco proposiciones como procedentes de Jansenio, y cuando el papa confirmó esta resolucion (1654), los jansenistas, que no tenian duda sobre la autoridad del pontífice, hubieran debido considerar la dificultad como resuelta; pero no fué así, y recurrieron á una arma empleada con frecuencia por ellos, es decir, que se dedicaron á esplicar las intenciones del Santo Padre, ó que debia haber tenido.

Dícese que el jansenismo era un calvinismo templado. En efecto, Calvino habia escrito: «Los mandamientos de Dios son siempre superiores á los esfuerzos de los justos.» Jansenio modificaba este pensamiento diciendo que: «ciertos mandamientos son, *en ciertos momentos*, innaccesibles á cualquier esfuerzo del justo, si la gracia no los hace practicables.» El principio se hallaba dulcificado, pero la consecuencia era la misma; á saber, que el hombre no es dueño de no pecar, y que hay almas predestinadas á la perdicion. Esto era calumniar á la humanidad, haciéndola más perversa de lo que es. Después se presentaba la necesidad de remedios estraordinarios; y en su consecuencia, los sacramentos no se negaban, sino se ensalzaban de modo que llegaban á ser inaccesibles. Esta exageracion de la moral y de sus prescripciones demostró que lo mejor es con frecuencia el mayor enemigo del bien: en efecto, por una nueva táctica se volvian contra el hombre sus mismas virtudes, perdiéndose por el deseo de la demasiada perfeccion. Cuando el bien se hallaba colocado tan alto que el hombre no podia alcanzarle, un abismo se abria entre Dios y él, que se encontraba condenado á elegir entre la desesperacion y la incredulidad. Véase pues, una iglesia severa en esceso: los sacramentos son en ella más bien la recompensa que el medio de la perfeccion cristiana; la naturaleza se encuentra, por decirlo así, mutilada, pues se sofoca el corazon y la imaginacion, es decir, la facultad de sentir lo bello y disfrutar del bien, sin dejarle más que una razon curiosa, dificil, obstinada, un talento indócil y censor.

Encontróse entonces dividida la Francia en dos campos, el uno que desesperaba de la bondad de Dios, y el otro que insultaba su justicia y su amor.

Saint-Cyran, 1581-1643.—Duvergier de Hauranne, de quien hemos dicho que habia estudiado con Jansenio, hombre enérgico como un nuevo terreno que produce espinas, unia á las intenciones rectas y á las costumbres irreprochables de Jansenio la habilidad de la práctica. Abad de Saint-Cyran, en el Berry, aplicaba sobre todo estas teorias al sacramento de la Penitencia, enseñando que toda la vida cristiana consistia en humillarse, sufrir y depender de Dios. Cuando Dios quiere convertir un pecador, comienza por obrar sobre él interiormente; entonces el culpable se arrepiente de sus pecados y hace penitencia de ellos. El confesor no debe, pues, más que secundar la obra de gracia. Como con arreglo á este sistema, aguardaba siempre la disposicion interior en sí mismo y en los demás, obtenia admirables efectos. Obrando con firmeza pero manteniéndose oculto, irritó á Richelieu no aceptando los honores que queria concederle y favoreciendo una opinion teológica diferente de la que habia manifestado el cardenal concerniente al dolor de atricion. Se concilió, por el contrario, á los obispos enseñando en el *Petrus Aurelius* (1631) la necesidad de reformar la disciplina eclesiástica contra los frailes y los jesuitas. Segun él, la Iglesia es una aristocracia bajo la direccion de los obispos á quienes se acercaban mucho los curas; y de esta manera se separaba de

la iglesia galicana, queriendo que la eleccion de los obispos perteneciese á los sacerdotes. «Deploraba la herida hecha á la iglesia de Francia por el concordato entre Leon X y Francisco I, arrebatándole el derecho de elegirse pastores tales como deseaba, y notaba que desde entonces ningun obispo de Francia habia sido reconocido como santo.» (8)

El carácter de director espiritual le habia hecho adquirir gran influencia sobre personas de elevada categoria y gran inteligencia, porque evitando toda otra idea, no transigiendo nunca, hacia conocer su preponderancia sobre los ánimos que se confiaban á él. Se abstenia de aquella ambicion secreta que inclina á querer dominar sobre las almas, ambicion más peligrosa que la de los reyes, que se apropian los bienes y los cuerpos. «Por grandes que sean los hombres que nos dirigen, decia, la luz no puede proceder sino de Dios. El hombre ha pecado y su mancha no puede lavarse sino por Jesucristo. Todo lo que se dirige á este objeto es saludable, fácil, santificador; lo demás es falaz y malo. Esta era la doctrina, ésta la regla práctica de aquel reformador, que á la rigidez de los metodistas unia una fe profunda en los sacramentos, sobre todo en la Penitencia y en la Eucaristia. Por lo demás, ninguna exageracion puede manifestar esteriormente un sentimiento que no existe interior; humildad, no tanta para creerse incapaz hasta de las grandes acciones como para conocerse pecador é inhábil, cumplirlas de otra manera que por Dios; aguardar en su consecuencia las órdenes del Altísimo en la gracia y en el seno de la oracion. La humildad es como la sombra que no se alcanza por mucho que se corra. El justo, después de haberse despojado de todos los deseos y bienes temporales de la tierra, los posee con más excelencia en los de la gracia que le son conferidos por Dios: ahora bien, la gracia puede definirse, que es un imperio y una soberania sobre todas las cosas del mundo. Semejante idea procura toda la gloria permitida a la humilde pobreza cristiana.

Aun en sus escritos, el abad de Saint-Cyran queria que el hombre se considerase como mero instrumento de Dios, semejante al niño que es conducido de la mano por el maestro, y del que no se exige más que docilidad y dejarse guiar. Decia que tres clases de libros están escritos para edificar á la Iglesia y á los fieles: las Sagradas Escrituras, los concilios y los Padres; en fin, las obras de los hombres de Dios que han manifestado su corazon al componerlas. Con respecto á las demás, por santo que sea su asunto, contienen algo de judaismo en el cuerpo y de paganismo en su espíritu (9). No leia por lo demás ningun libro herético antes de haberlo exorcizado, y escribia á Arnauld de Andilly: «Vuestros discursos y vuestras consideraciones de académico no convienen á la elocuencia de las ideas, de las acciones, de las emociones que procura la verdad divina á aquel que la conoce y la ama.» No lisonjeaba, pues, á los grandes del mundo, á los poderosos ni á los literatos; tenia bastante fuerza en sí para no buscar la ajena. Por esta razon, en la prision en que estaba encerrado por orden de Richelieu, escribia á una dama que vendiese una parte de sus libros para comprar vestidos al baron y á la baronesa de Beausoleil, presos como él. «Os ruego, decia, elijais hermosas y buenas telas como corresponden á su categoria. Mejor que yo sabeis lo que conviene. Pero si recuerdo bien, alguien me ha dicho, que los señores y señoras de esta clase no pueden presentarse en sociedad sin bordados de oro ellos y de seda negra ellas. Si no estoy equivocado, comprad lo mejor que haya, sin escederos, sin embargo, de los límites de una honrada modestia. Haced de manera que todo sea bueno con el objeto de que al verse uno á otro puedan al menos olvidar por algunos minutos que están presos.» Tanta delicadeza es rara en un carácter tan fuerte.

Port-Royal.—Refiérese que habiéndose estraviado Felipe Augusto en una caceria á seis leguas á los alrededores de Paris y hácia el Oeste, en un punto que, por aquella circunstancia recibió el nombre de Port-Royal, Eudes de Sully, obispo de Paris en el siglo XIII, fundó allí una abadia de religiosas de la orden del Cister, que abandonando pronto el rigor primitivo de la orden, adoptaron una disciplina muy relajada. Se procuraban todas las distracciones posibles, cuando Antonio Arnauld (1560-1619), célebre abogado y gran enemigo de los jesuitas, hizo nombrar abadesa á una hija suya, de edad de diez años. Habia colocado á otra de cinco y medio en la abadia de Saint-Cyran, con la misma dignidad, mediante dispensas obtenidas de Roma, ocultando la edad y las circunstancias. La una fué conocida con el nombre de sor Angélica, y la otra con el de sor Inés.

La primera, que habia abrazado un estado contra su voluntad, se entregaba á todas las diversiones que le permitia la relajacion de la disciplina; esperando el momento de abandonarla enteramente; pero su padre, hombre severo, que la habia destinado al claustro, como tambien á todas sus hermanas, la hizo pronunciar sus votos. En fin, venció la gracia; y habiéndose doblegado la abadesa de Port-Royal á un género de vida muy austera, resucitó las leyes del claustro escluyendo del monasterio hasta su admirado padre. «¡Cuántas

---

(8) *Memorias de Lancelot*, t. II, pág. 105.

(9) La obra más fácil de procurarse entre las que se han publicado contra el jansenismo, es la *Historia del cristianismo*, por Berault-Bercastel, la que recomendamos á los que quieran formarse un juicio más exacto sobre esta secta ó partido. El autor llega hasta afirmar que, «Las obras de Saint-Cyran son un conjunto de necedades... y tienen el sello de la tonteria y del ridículo... Lo ridículo es hasta tal grado, que él sólo basta por antídoto.»

veces, dice, no he deseado huir á cien leguas, no ver á mi padre, á mi madre, á mis parientes por amor que les haya tenido y vivir separada de todo lo que no era Dios, desconocida de los hombres, humilde, oculta, sin más testigo que el ojo del Criador, sin otro deseo que agradarle!»

Una vez santificada, la madre Angélica corrigió á las demás religiosas una por una, sin discutir demasiado, sin más que el ejemplo y la paciencia. Animada por Francisco de Sales, fué á reformar el convento de Maubuisson (10), donde opuso su existencia, llena de rigores y humillaciones, á las disipaciones de las locas vírgenes, sin mostrarse ni intimidada ni irritada de la oposicion que encontró allí, aun á mano armada. Viendo además que á varias doncellas se les habia negado la entrada en aquel monasterio, porque carecian de fortuna, las llevó consigo á Port-Royal, donde volvió á vivir en la pobreza y pureza,, segun las inspiraciones del bienaventurado Francisco de Sales (11).

(10) La madre Angélica nos hace una singular descripcion de la relajacion de las hermanas de Maubuisson. Suprimiremos las cosas demasiado graves: «No sabian siquiera confesarse, pero se presentaban á hacerlo con un religioso bernardino que les servia de confesor, y que en efecto no tenia en vano el nombre de tal, pues él era siempre el que decia su confesion, y les nombraba lo que queria que dijesen, aunque tal vez no lo hubiesen hecho. Todo lo que podia conseguir era resolverlas á decir *sí* ó *no*, con lo cual les daba la absolucion sin más averiguacion. Pero en fin, habiéndose cansado de las reprensiones que este padre les hacia por su ignorancia, creyeron haber encontrado un escelente método para confesarse: éste era componer todas juntas con mucho estudio tres clases de confesiones, una para las grandes fiestas, otra para los domingos y la tercera para los dias de trabajo, las cuales, que se encontraban escritas en un libro, se las prestaban unas á otras: lo que podian hacer siempre con facilidad pues no repetian más que la misma cosa.

»Todo lo demás iba del mismo modo... Pasaban todo el tiempo fuera del oficio, distrayéndose de cuantas maneras podian... representando comedias para divertir á las personas que iban á verlas.

»Varias de ellas tenian jardines particulares donde habia cenadores para merendar; y lo que prueba más que nada, que el desarrollo de aquella casa no era personal sino una costumbre establecida ya, es que los dias de verano que hacia buen tiempo, después de haber dicho vísperas y completas, lo más de prisa que podian, la priora llevaba todo el convento fuera de la abadia, cerca de los estanques que están en el camino de Paris, donde con frecuencia los frailes de San Martin de Pontoise, que están próximos, iban á bailar con aquellas religiosas, y esto con la misma libertad con que se puede hacer la cosa más sencilla.»

(11) El cardenal Arrigone escribió, por órden del papa á san Francisco de Sales para consultarle con respecto á las cuestiones jansenistas. El santo que habia escrito ya, *no podreis creer cuán bellas son las verdades de nuestra fe para el que las considera con un ánimo tranquilo*, esquivó el dilema teológico contestando que encontraba en una y otra parte dificultades que le asustaban y que valia mejor hacer buen uso de la gracia, que convertirla en motivo de debates siempre perjudiciales á la caridad.

Habiéndose aumentado el número de las monjas, algunas de las solitarias fueron trasladadas desde su convento estrecho y malsano á otro de París (1625), que recibió tambien el nombre de Port-Royal, y donde fueron sometidas al arzobispo. El abad de Saint-Cyran, que tuvo entonces entrada en su convento, las inició en su gran secreto, segun sus máximas, y guió su piedad con prudentes reglas. Antonio Le-Maistre, consejero de Estado y sobrino de la madre Angélica, á quien sus triunfos en el foro habian hecho célebre hasta el grado de quedar desiertas las iglesias los dias en que debia predicar (12), renunció á la edad de veinte y siete años á esta brillante carrera (1625), para retirarse á una pequeña casa cerca del antiguo Port-Royal, donde fué el primer solitario. Su *locura* escitó en el mundo un escándalo que el nuevo convertido desafió, sostenido, como lo estaba, por la noble union de los sentimientos de la naturaleza y de la religion. Uniósele con el tiempo Isaac de Sacy, su hermano segundo, que habia adoptado ya el traje eclesiástico; y otro hermano, Simon de Sericourt, dejó el oficio de las armas para reunirse á ellos, y vivir en Port-Royal, en la penitencia. Pronto nuevos solitarios fueron á establecerse en aquellos lugares; y el ardor que renacia hácia los sentimientos religiosos, hizo que multitud de personas de categoria poblaran los alrededores de las casas de campo y castillos. Dotado el abad de Saint-Cyran del mérito raro de discernir y preparar en los demás las vocaciones, los talentos, los dones que llamaba designios de Dios, queria que cada uno, además del estudio, se dedicase á un oficio. En su consecuencia, los unos se ocuparon en estender el conocimiento demasiado descuidado de la Sagrada Escritura, y los demás en componer para la enseñanza libros que han permanecido siendo de un precio estimable; los más débiles y las mujeres se imponian la tarea de trascribir con cuidado las obras que no podian aun darse á la publicidad. Después salmodiaban con un corazon alegre y penitente, oponiendo de esta manera en su soledad un estraño contraste con la vida disoluta de fuera.

Este era el campo en que se sembró la doctrina de Jansenio. Ahora bien, se pretendió que el obispo de Iprés, Duvergier, Arnauld y otros más se habian citado en Bourgfontaine, y que allí habian convenido en su plan de guerra, es decir, en destruir el cristianismo por cuatro medios: el primero haciendo la práctica de los Sacramentos tan grave y tan temible, que los fieles se viesen obligados en cierta manera á alejarse de ellos; el segundo, ensalzando el poder de la gracia hasta el punto de abandonarlo todo á ella, declarando que era irresistible, y que Jesucristo no ha adquirido con su muerte la gracia para todos, que es necesaria para

(12) *Maistre hubiera tenido la reputacion de Hortensio si no hubiese hecho imprimirlos.* TALLEMANT DES REAUX.

observar la ley; el tercero, difamando á los directores de las conciencias que se opusiesen á aquella doctrina; el cuarto, en fin, atacando al jefe visible de la Iglesia, y restringiendo su infalibilidad á las asambleas ecuménicas, con objeto de poder siempre apelar á ellas en caso de anatema.

Crea quien quiera semejante acuerdo; los puntos de ataque señalados son de todos modos los que parecieron resultar de la conducta de los jansenistas. A Richelieu no podia agradar semejante union, indispuesto como lo estaba ya con el abad de Saint-Cyran, de quien el capuchino José decia: «Es un fanático que trasforma en dogmas y en oráculos los ardientes vapores que le suben desde el estómago á la cabeza.» El cardenal le hizo, pues, poner preso, y le despojó de sus más secretos papeles, en los que no se avergonzó de hacer un registro, y manifestaban con qué actividad se empleaba en la direccion de las almas. Como recomendaba el secreto, sacaron en consecuencia que alimentaba ocultos designios; pero hasta el odio de sus enemigos no pudo descubrir en él nada criminal. Conmovióse París con aquel acto arbitrario, aun cuando tenia la costumbre de ellos. Elevados personajes interpusieron su valimiento, y principalmente Roberto Arnauld de Andilly, hermano de la madre Angélica. Richelieu le contestó: «Si se hubiese puesto preso á Lutero y á Calvino, la Francia y la Alemania no hubieran derramado torrentes de sangre, por espacio de medio siglo;» y dijo á un príncipe que le hablaba en favor del abad de Saint-Cyran: *Es más peligroso que seis ejércitos.* Detúvole en su consecuencia prisionero Richelieu en una fortaleza, durante los cinco años que aun vivió; pero apenas murió, cuando la regente Ana de Austria devolvió la libertad al prisionero (1643), y el abad de Saint-Cyran consagró el resto de su vida, además de á la direccion de las almas, á escribir contra Calvino. Murió de repente y se conservaron sus restos como sagrados. Refiriéronse milagros que se habian verificado en su sepulcro, el cual los solitarios de Port-Royal y el pueblo tributaban una especie de veneracion, lo cual era para sus adversarios un objeto de escándalo.

Entre las conquistas del abad de Saint-Cyran, la más notable fué la de Antonio Arnauld, literato de gran reputación, que se hizo sacerdote y doctor. Su madre le habia dicho al morir: «Se debe sostener la verdad, aun á precio de mil vidas;» y su director: «Es presiso ir á donde Dios conduce, y no hacer nada con indiferencia.» Escitado por este recuerdo y por este consejo, batalló hasta la edad de ochenta años con un ardor que le arrastró hasta más allá de los límites.

Una señora que el abad de Saint Cyran dirigia, no habiendo querido ir al baile el dia en que habia comulgado, un jesuita aprovechó la ocasion de predicar, con la exageracion que produce el deseo de contradecir, máximas de fácil devocion. Arnauld lanzó contra estas máximas el libro de la *Frecuente comunion* (1643), en el que, empleando un método geométrico, anuncia desde luego la proposicion acriminada, después la refuta con ayuda de razones y autoridades. Fué el primer escrito de teologia, en que se hizo notar sin aparato una deduccion juiciosa que contrastaba con las sutilezas entonces en boga. Este libro daba eficazmente, bajo el aspecto práctico, un gran apoyo á las severas máximas de Jansenio; divulgaba la doctrina renovada de la penitencia y la rígida piedad, tal como habia sido enseñada secretamente en Port-Royal, y las personas de la sociedad elevada pudieron tambien oirle en aquel estilo claro y nervioso. Resultó, pues, un diluvio de escritos en pro y en contra que produjeron el inconveniente ordinario á las discusiones, de arrastrar á los dos partidos á la exageracion.

Probabilismo.—Los jesuitas pasaban por facilitar el camino del paraiso alfombrándole de terciopelo, prestándose á las debilidades de la naturaleza humana, poniendo cogines bajo los codos de los pecadores, y sujetándose al *probabilismo.* Se llama opinion probable la que sin tener la fuerza y el carácter de la certidumbre, determina, sin embargo, á la imaginacion á creer que una accion es prohibida ó permitida: ahora bien, el sentido comun basta para demostrar que el hombre honrado debe vacilar mucho antes de decidirse entre dos opiniones, ambas apoyadas en razones. El franciscano español Antonio de Córdoba escribia en 1571: «El parecer unánime de los teólogos es, que se debe adoptar siempre la opinion más segura, aun cuando la contraria sea otro tanto probable y mucho más cuanto más probable sea.» Pero en 1577, el dominico Bartolomé de Medina fué el primero que estableció que, «se puede, con toda seguridad de conciencia, preferir la opinion menos probable á la más probable.» Sostenida esta máxima en 1584 por el dominico Hañez, confesor de santa Teresa, fué adoptada por tantos teólogos, que Salonio, de la órden de los Agustinos, se espresaba de esta manera en 1592: «El parecer de los que piensan que se puede, con toda seguridad de conciencia, preferir entre dos opiniones probables la menos probable, es el de varios insignes teólogos, principalmente de la escuela de santo Tomás.» Seis años después, el jesuita Vazquez profesaba públicamente esta doctrina llamada del *probabilismo*, que fué imputada á los jesuitas porque muchos de sus teólogos la sostuvieron. No habia nacido, sin embargo, entre ellos, como se ve; y lejos de llegar á ser comun á sus escuelas, encontró en ellas grandes opositores. Los jesuitas Corintilo y Rebello la combatieron en 1608 y 1609, y fué el general de la órden Tirso Gonzalez, quien publicó en 1694 la más enérgica obra contra semejante sistema.

Sin embargo, el *probabilismo* no debe concernir sino á las opiniones sobre las cuales la Iglesia no se ha decidido aun: y en este caso no tiene nada que hacer con lo que directamente corresponde á la moral ó á los preceptos divinos y eclesiásticos; sino que se dedica únicamente á las opiniones

apoyadas en graves autoridades. En su consecuencia, los que adoptaban aquel sistema, declaraban que no se podria considerar una opinion como «probable desde el momento en que es contraria á las palabras de la Escritura, á las decisiones de la Iglesia y al parecer más comun de los Padres.» La voluntad humana es libre hasta el punto en que Dios no la ha limitado por la ley; donde la ley falta el hombre puede obrar. Cuando hay una ley, un caso determinado, es preciso conformarse con ella por deber; pero una ley incierta no puede arrebatarnos la libertad, en atencion á que una ley dudosa es nula. En estos límites se ve cómo pudieron adherirse á esta doctrina, eminentes teólogos como Bellarmino, Aguirre, Pallavicino y otros. Pero, para emplear las expresiones de Bossuet, «sacerdotes, frailes de toda órden y de todo color, no pudiendo estirpar los desórdenes que se aumentaban en el mundo, adoptaron el mal partido de escusarlos ó disfrazarlos, creyendo hacer un gran servicio á Dios ganando almas con una falsa dulzura.» (13) Habiendo llegado la doctrina del *probabilismo* á afirmar que un solo escritor bastaba para hacer probable una opinion, resultó la turba de casuistas que sostuvieron decisiones tan estravagantes, que no era posible siquiera conciliarlas con el cristianismo. Estaban, sin embargo, animados de excelentes intenciones, y se manifestaban verdaderos modelos de pureza. Su práctica no conviene, por lo demás, sino á los particulares, habiendo condenado la Iglesia al que dijese que se puede seguir una opinion probable, con tal que no deje de serlo y esté sostenida por un escritor, aun cuando sea moderno.

Mientras que se clamaba contra la Iglesia por intolerante, clamaron tambien contra los jesuitas por tolerantes; y al mismo tiempo que se encontraba tirania en reprobar los teatros y los bailes, los que los escusaban eran acusados de relajacion.

Arnauld se declaraba, pues, contra los jesuitas, á quienes se atribuian principalmente aquellas condescendencias, queriendo que la conversion fuese interior antes de manifestarse esteriormente el verdadero arrepentimiento, y la contricion precediese á la absolucion; en fin, que se practicase la penitencia antes de acercarse á la santa mesa y se apoyaba principalmente respecto á esto en san Cárlos Borromeo. Su libro leido por la alta sociedad y por las mujeres, produjo admirables efectos. En cambio, la oposicion fué de las más vivas. Los púlpitos fulminaron, y hubo un diluvio de escritos é invectivas. Se apoderaron de algunas frases aisladas para censurarlas; Arnauld tuvo que ocultarse y defenderse toda su vida de los lazos que le tendian. Pero Roma no le condenó, y los mismos confesores, sin creerlo, usaron más prudente rigor en las absoluciones, sin llegar hasta el esceso á que se dirigia Arnauld (14).

Este libro hizo aun que muchas personas de la alta sociedad, acostumbradas á las intrigas, al duelo, «á las diversiones de talento y galantes,» se retirasen á aquella piadosa sociedad de Port-Royal pura meditar, trabajar, arrepentirse, sin renunciar, sin embargo, á sus antiguas costumbres. Así fué, que cuando las turbulencias de la Fronda les arrebataron toda seguridad, se les vió montar á caballo, empuñar la espada y fortificar los alrededores de Port-Royal, con el duque de Luynes á su cabeza; aunque consultando De-Sacy sobre la cuestion de saber si se podia disparar contra los sitiadores, contestaron que no se cargase más que con pólvora (15).

Citaremos entre aquellos solitarios á Claudio Lancelot, distinguido literato; á Antonio Singlin, que obtuvo después la direccion espiritual; á Nicolás Fontaine, que escribió las memorias de Port-Royal con sus sencillos detalles, difundidos por Froissart en la descripcion de la vida de los castellanos. La familia de Arnauld, compuesta de veinte individuos, de los cuales seis hermanas habian tomado el velo, dos hermanos y varios sobrinos permanecian entre los solitarios y eran siempre el núcleo de aquella asociacion (16). Al saber la madre de estos últimos que su hijo menor habia sido muerto en el sitio de Verdun, dió gracias á Dios de haberle preservado de perecer en un singular combate como continuamente se

(13) Memorias de Luis XIV, para la asamblea de 1700.

(14) Bossuet caracterizaba de esta manera á ambos partidos, en su oracion fúnebre de Cornet. «Dos peligrosas enfermedades han afligido en nuestros dias el cuerpo de la Iglesia; se ha apoderado de algunos doctores una despreciable é inhumana complacencia, una piedad asesina que les ha hecho poner cojines bajo los codos de los pecadores, buscar cubiertas á sus pasiones... Algunos otros, no menos estremados, han cautivado su conciencia con rigores muy injustos; no pueden soportar ninguna debilidad... Destruyen con otro esceso el espíritu de piedad, encuentran en todas partes nuevos crímenes, y aniquilan la debilidad humana añadiéndola el yugo que Dios nos impone. ¿Quién no conoce que este rigor aumenta la presuncion, alimenta el desden, *sostiene un gran pesar y un talento de fastuosa singularidad*, hace aparecer la virtud demasiado pesada, el Evangelio escesivo y el cristianismo imposible?

(15) La madre Angélica decia en una carta escrita con respecto á esto: «Bendigo á Dios de que se hayan concluido las torres, y le suplico que lleguen á ser el refugio de los pobres evangélicos. Si quisiera el señor duque me alegraria de que se dedicasen, la primera al Santísimo Sacramento, la segunda á la Santísima Vírgen, la tercera á san José... la sexta á san Pedro y san Pablo, la octava á san Luis .. si Dios inspira otras advocaciones al señor de Luynes tambien las amaré. Tan pronto como se concluyan, me parece que el señor De-Sacy debia bendecirlas. Estando cubiertas como creo, me parece que seria bueno que hubiese una cruz en lo alto del pabellon, para asustar á los demonios visibles é invisibles.»

(16) Entre las argucias con que se razonó aquella cuestion: la siguiente genealogia no es de muy mal gusto: *Paulus genuit Augustinum; Augustinus, Calvinum; Calvinus, Jansenium; Jansenius, Sancyranum, Arnoldum et fratres ejus.*

temia en una época en que los duelos eran tan frecuentes, y á los que podian ser comprometidos hasta los más pacíficos por la deplorable costumbre de los *segundos;* después de su lecho de muerte, donde era asistida por el que llamaron el Gran Arnauld, y tenia por confesor á Sacy, su hijo, esclamaba: *¡Dios mio! ¿cómo he merecido tener á semejante hijo?* Roberto de Andilly, hijo mayor del abogado Arnauld, personaje importante en la corte y adornado de los círculos, de quien Balzac decia: «No se avergüenza de las virtudes cristianas, ni se envanece de las morales,» fué á habitar á Port-Royal, donde permaneció como patriarca.

Habia escrito sus Memorias, testimonio elocuente de las costumbres civilizadas de entonces; puede casi decirse de corte, costumbres cuya tradicion conservó entre los solitarios, mezclando algunas flores á los frutos con una gracia frugal y sólida; ocupándose en desecar aquellos pantanos, en embellecer los jardines, obtener raros ingertos que Racine alababa en sus versos, y cuyos productos se vendian en provecho de los pobres, después que las primicias se ofrecian á la corte y á los grandes para apaciguar ó prevenir las malas disposiciones. Sus relaciones hacian favorable este retiro, objeto de las celosas envidias, al círculo literario del palacio de Rambouillet, y atraian allí las visitas de la alta sociedad. Se dirigian á él para obtener su parecer sobre la lengua, en atencion á que se habia ejercitado, sobre todo en las traducciones.

Isaac Luis De-Sacy, hermano segundo de Antonio Le-Maistre, director y confesor, tan sabio como los demás solitarios y más prudente que ellos, de un carácter firme pero sin arrebato, dió todo su patrimonio á Port-Royal, sin reservarse más que una mediana pension que distribuia á los pobres. Era un hombre de opiniones fijas, enemigo de las discusiones: el remedio general que sugeria á aquellos cuya conciencia dirigia era leer y meditar la Sagrada Escritura. «Todo le servia para llegar de pronto á Dios y hacer llegar á los demás.» Cierto número de solitarios se dedicaban á la enseñanza, buscando, en las pequeñas escuelas que habian establecido, separar tanto como fuera posible las dificultades, y en suprimir lo que hubiese de árido en los métodos de la época. Pusieron en verso, con gran trabajo, la gramática, la prosodia, la geografía, las raices griegas, las más rebeldes materias, con objeto de ayudar á la memoria y evitar el esfuerzo; después compusieron una lógica, que ha permanecido siendo una de las mejores, y no hay necesidad de decir que rechazaban todo rigor corporal (17). Otros escribian libros de oraciones, en los que abandonaban las formas anticuadas.

De esta manera es como aquellos piadosos hombres asociaban la cultura del Liceo y las austeridades de la Tebaida. Renunciando á la gloria se complacieron en las obras anónimas, ayudándose unos á otros sin envidia, segun las doctrinas del abad de Saint-Cyran, que «no queria que se perdiese tanto tiempo en sutilizar sobre las palabras, y pesarlas en la balanza como el avaro, porque nada disminuye más el movimiento del Espíritu-Santo que debemos seguir.» Añadia, «que aquella gran propiedad de palabras convenia más bien á académicos que á defensores de la verdad, siendo suficiente el que no hubiese en el estilo nada que chocase.» (18) Jansenio señalaba tambien entre los efectos de la caida original, como orígen de los demás vicios, la concupiscencia, que dividia en tres especies: la pasion de los sentidos, la del saber y la del predominio (19). Ahora bien, segun él, por esta sed de saber por saber, que no se referia al objeto único y supremo era por lo que pecaban los doctos, los que estudiaban cuidadosamente la naturaleza y los que se dirigian á lo bello para su complacencia.

Conformándose á aquellas doctrinas, los solitarios de Port-Royal buscaban principalmente la autoridad moral. No temian la prolijidad; el mismo Arnauld, lleno de ingenuidad y ardor, no se muestra nunca escritor en los cuarenta y dos tomos que ha dejado, y sacrifica el colorido á la exactitud, por lo que cautiva y convence, pero no afecta.

No era posible que semejante reunion de hombres distinguidos dejasen de causar recelos. Se murmuraba contra «aquellas cuarenta buenas plumas cortadas por manos del mismo maestro.» Se pretendia que sus doctrinas eran herejes, que no querian santos ni reliquias, Vírgen ni agua bendita; que predicaban una religion de terror, á los ojos de la

---

(17) De la educacion é instruccion de Port-Royal da un largo informe SAINT-BEUVE, v. III, pág. 400 y siguientes.

(18) *Libido sentiendi, sciendi, excellendi.* VIII, t. II, *De statu naturæ lapsæ.*

(19) El jansenista de Andilly compuso los versos siguientes con respecto á este asunto:

Ceux qui du seul éclat des vérités chrétiennes
Repaissent leur esprit sans passer plus avant,
Et, quittant la vertu pour embrasser du vent,
Ont les discours chrétiens et les âmes païennes,
Ressemblent à celui qui, parmi les clartés,
Verrait distinctement les plus rares beautés,
Et remplirait ses yeux d'une image brillante;
Mais qui, manquant d'un cœur qui le put animer,
Serait comme un miroir, dont la glace luisante
Recevrait les objets sans les pouvoir aimer.

«Los que alimentan su talento con el solo brillo de las verdades cristianas sin pasar más adelante, y abandonando la virtud para abrazar el viento, tienen discursos cristianos y almas paganas; se asemejan á aquel que viera con toda distincion entre las claridades, las más raras bellezas, y llénase su vista con una imágen brillante; pero que careciendo de un corazon que pudiese animarlos, fuese como un espejo, cuya luciente luna recibiese los objetos sin poder amarlos.»

cual las transacciones indulgentes, las absoluciones tolerantes eran herejías. Se les atacó aun más cuando se declararon partidarios de los dogmas de Jansenio.

Ya Arnauld, en el prefacio de la *Frecuente comunion* (1655), habia dejado escapar aquellas palabras: que «san Pedro y san Pablo son dos jefes de la Iglesia, que no forman más que uno solo.» Ahora bien, en su *Segunda carta á un duque y par de Francia* sobre aquella controversia, escribió: «Los Padres nos presentan en la persona de san Pedro á un justo á quien la gracia, sin la cual nada se puede, llegó á faltar en una ocasion en que se podia decir que no ha pecado.» La primera proposicion fué condenada por Roma, y la otra por la Sorbona; resultó de esto que Arnauld fué tratado como hereje, acusacion que de él pasó á todos sus compañeros, y la causa de Port-Royal quedó confundida con la del jansenismo.

Con objeto de célebrar el triunfo obtenido por la bula de Inocencio X, los jesuitas imprimieron en 1653 *La derrota y confusion de los jansenistas*. Al frente de aquella publicacion habia un grabado alegórico, en el que el papa sentado bajo la paloma, entre la religion que llevaba la cruz y el poder eclesiástico el casco, escomulgaba á Jansenio; desplegando sus alas de demonio el obispo de Ipres, se refugiaba con su libro en Calvino, que en un rincon, cogia con los brazos abiertos á un jansenista representado con anteojos. Era una caricatura de mal gusto, pero propia para ejercer influencia, porque heria los sentidos. Los jansenistas creyeron, pues, deber contestar á ella, y Sacy publicó las *Miniaturas del almanaque de los jesuitas*, con cuartetos en los que se separaba demasiado del espíritu moderado y severo de Port-Royal. Si estas burlas eran mal miradas por las personas sensatas, divertian á la alta sociedad, que no quiere más que reirse de las cuestiones literarias ó teológicas. Pero un escritor de mayores alcances le preparaba un pasto más sólido.

Pascal, 1623-62.—Blas Pascal, de Clermont-Ferrand, habia sido acostumbrado desde su infancia, por su padre, hombre de una inteligencia elevada, á remontarse á las causas, no contentarse con palabras, y formarse ideas claras sobre todas las cosas. Desarrollaba de esta manera las facultades que dominaron en él. Su padre le habia prometido tambien enseñarle las matemáticas cuando poseyese otros conocimientos. Pero, á una simple indicacion, el joven Pascal se aplicó á ellas hasta tal punto, que á la edad de doce años solo con ayuda de un carbon, llegó hasta la trigésima segunda proposicion de Euclides. Habiendo leido después este autor, escribió á la edad de diez y seis el *Tratado de las secciones cónicas*; á los diez y ocho inventó un mecanismo que ejecutaba muchas operaciones aritméticas. Sus indagaciones sobre el vacío y sobre el barómetro hicieron admirar su fuerza de concepcion, su tenaz memoria, su facilidad en comunicar sus pensamientos, la pasion con que coloreaba las líneas grabadas profundamente sobre el acero de su alma. Pero la aplicacion gastaba su salud; así fué que confesó que desde la edad de diez y ocho años no habia pasado una hora sin sufrir.

Algunos libros de Port-Royal habian caido en sus manos: aprendió en ellos que la curiosidad humana no es más que vanidad, y que el único estudio digno de nuestras vigilias es el del hombre y el del mundo moral. La lucha entre el amor hácia sus antiguas investigaciones y las nuevas impulsiones de la gracia, acabaron de arruinar su salud, hasta el punto de no tener fuerzas para sostenerse y no poder tragar más que algunas gotas de caldo en medio de los más crueles dolores. Por consejo de los médicos buscó distracciones en el mundo brillante á que pertenecia, y en la ciencia que amaba. Pero habiéndose asustado un dia que paseaba en coche sus caballos, estuvo espuesto á ser precipitado en el Sena cerca del puente de Neuilly. Desde aquel momento obró la gracia sobre él. Multiplicó sus visitas á su hermana, que se habia retirado ya á Port-Royal, después de haber merecido, siendo niña, los aplausos del mundo con un talento poético raro en esta edad. Un discurso de Singlin contra la vida disipada de la sociedad acabó de determinarle, y se retiró á Port-Royal bajo su direccion. Se empleaba hasta en los servicios más ínfimos, y se entregaba á la meditacion, sufriendo sus penalidades con valor, hasta con alegría, con la idea de que después del pecado la enfermedad es el estado natural del cristiano; así es que debe resignarse á ella como á una necesidad. Sacy que sabia hablar á cada uno de los estudios que preferia, entablaba con frecuencia la conversacion con Pascal sobre los filósofos para que recayera de repente en Dios. De aquí nació la *Conversacion de Epitecto y Montaigne*, el filósofo que realza la naturaleza humana, y el escéptico que la rebaja revelando sus enfermedades, no para compartirlas con ella, sino para burlarse. Escrita esta conversacion, fué el preludio de la grandeza filosófica de Pascal.

Tan magnífica adquisicion y los gloriosos amigos que valió á Port-Royal, entre los cuales basta nombrar al jurisconsulto Domat, llegaron muy á tiempo para reponerle del abatimiento en que le sumergian la persecucion y la imputacion de herejía. Este espíritu de disputa que se habia manifestado en las universidades en tiempo de la escolástica, en la religion en la época de la Liga, y en la política en el de la Fronda, se habia entonces reanimado con respecto á la cuestion de gracia, con su acostumbrado séquito de calumnias é injurias. Los solitarios no fueron esceptuados, ni tampoco sus adversarios que, desde lo alto del púlpito y en sus libros, lanzaban el insulto contra las *vírgenes locas* ó contra los *calvinistas disfrazados*. Representaban en los teatros de sus colegios y en las mascaradas la condenacion de Jansenio y los triunfos de la gracia.

Pero aun se afilaban armas más terribles. La bula pontificia habia sido recibida por el rey y por el parlamento, sin siquiera emplear las reservas de costumbre. El célebre canonista de Marca compuso un mandamiento, que los obispos tuvieron que publicar, y que adelantaba más que la misma bula; pues se afirmaba que las cinco proposiciones se habian sacado realmente de Jansenio. Redactó ademas una fórmula que todos los sacerdotes tuvieron que firmar, cuyo tenor es el siguiente. «Me reconozco en conciencia obligado á obedecer á la constitucion de Inocencio X, del 31 de mayo de 1653; y condeno de corazon y boca las doctrinas de las cinco proposiciones de C. Jansenio, contenidas en su *Augustinus*, reprobado por los papas y por los obispos, la cual no es la de san Agustin, que Jansenio ha esplicado mal en contra del verdadero sentido de aquel doctor.» Los jansenistas no tenian ya refugio en el derecho ni en el hecho (20). Se intimó á todos los eclesiásticos y á las órdenes religiosas suscribir á aquella fórmula. Los beneficios de los que no lo hicieron fueron considerados como vacantes, y se prohibió conceder ninguno sin que el agraciado hubiese firmado. Habiéndose negado á ello Port-Royal, Luis XIV, que habia heredado de Richelieu, además de las otras ideas, el odio al jansenismo, sin comprenderle, y queria perseguirle porque aquel ministro le habia perseguido, dispuso despedir á los novicios pensionarios, no recibir más, y cerrar las escuelas de los solitarios.

Condenado por la autoridad (1656), apeló Port-Royal al público en las *Cartas á un provincial* (21). No se hablaba en París, hacia algun tiempo, sino de gracia suficiente y triunfante, poder próximo y distante, como tambien de las discusiones de la Sorbona, aunque sin comprender nada de ellas. *Las mujeres no hacen más que charlar*, decia Mazarino, *aunque no entienden más que yo*. Se trataba, pues, de esplicar aquéllas cuestiones al público, y de espectador que era convertirlo en juez; trasladar el litigio de los teólogos y de la autoridad al pueblo y al sentido comun, para demostrar que no se trataba de las bases de la fe sino de una cuestion de palabras; de un debate de teólogos y no de teología. Esta es la tarea que Pascal emprendió en aquellas *Cartas*, que aparecian por intérvalos (1656-7); desafiando, bajo el velo del anónimo, las prohibiciones del gobierno y las avaras investigaciones de la curiosidad.

Pascal empleó el leguaje usual y un arte de estilo que él mismo habia ignorado poseer hasta entonces, porque no habia hecho esperiencia de él; una frase trasparente que no interpone obstáculo al pensamiento, y hace que el lector distinga sin esfuerzos la luz en aquel caos de nebulosas cuestiones. El amor á la verdad parece mostrarse allí hasta en los más picantes epígramas; la indignacion, lejos de ser vengativa, podria casi pasar por filantrópica; la imaginacion se encuentra templada por el juicio. Todos los recursos en que se complace el gusto francés, el ridículo, las locuciones puras y vivas, están usadas con un arte lleno de delicadeza y de habilidad. La sociedad se rió, y creyó comprender lo que era el poder próximo, como tambien la gracia suficiente, pero no triunfante. Fué una escitacion á los libre-pensadores, que no pudiendo declararse protestantes, pudieron, al menos, divertirse á espensas de los católicos.

Más fácil era descubrir al pueblo la moral de los casuistas, señalándole con talento y severidad ciertas escitaciones escandalosas, que iniciarle en las espinosas cuestiones de la gracia. Los jesuitas denunciaban en Jansenio cinco proposiciones impalpables sobre la gracia; Pascal denuncia las terribles aplicaciones de una moral relajada. Se escedia en esto de su objeto, pues llegaba á ser sitiador, pero hacia la defensa de Port-Royal, poniendo en oposicion su moral severa é inexorable. Causaba esto risa á la alta sociedad, á la que agradaba el talento del escritor, sin inquietarse si desfiguraba á Escobar, á Busenbaum y á otros grandes moralistas, para ponerlos en ridículo. Este fué un golpe decisivo para los jesuitas, á quienes no se les juzgó ya por lo que eran, por sus acciones ó sus escritos, sino por lo que Pascal habia dicho de ellos. Sus chistes quedaron, aun cuando aquellas *mentiras inmortales* perdieron con las circunstancias la mitad de su mérito, y no fueron leidas sino por pocas personas, aunque todo el mundo hablaba de ellas (22).

Las *Provinciales* fueron traducidas al latin por Nicole, bajo el pseudónimo de Wendrock, con notas que las envenenaban, y en las que atacaba implacable y personalmente á los jesuitas (23). Fueron entonces reprobadas más abiertamente; el parlamento de Provenza las hizo quemar, y el rey

(20) En una época en la que se sutilizaba tanto, Madama de Sevigné decia: *Condensad un poco la religion, que á fuerza de sutilizarse, concluye por evaporarse.*

(21) Fueron después coleccionadas con el título de *Cartas escritas por Luis de Montalto á un provincial de sus amigos y á los reverendos padres jesuitas, sobre la moral y política de aquellos padres.*

(22) «Todo el libro de las *Provinciales* estribaba en una base falsa, se atribuian abiertamente á toda la sociedad las opiniones estravagantes de varios jesuitas españoles y flamencos. Se hubieran podido atribuir tambien á los casuistas dominicos y franciscanos; pero sólo á los jesuitas era á los que se queria atacar: se trataba de probar en aquellas cartas que se habian formado el designio de corromper las costumbres de los hombres; designio que ninguna secta, ninguna sociedad ha tenido nunca ni puede tener. Pero no se trataba de tener razon, sino de divertir al público.» VOLTAIRE, *Siglo de Luis XIV*, cap. 36.

(23) Es notable que sacó sus principales argumentos de la obra del jesuita Comitolo, que cincuenta años antes habia combatido el probabilismo.

romper por mano del verdugo. Es más fácil quemar semejantes libros que contestar á ellos. Ahora bien, los jesuitas desempeñaron mal y tarde esta tarea. En la *Apología de los casuistas contra las calumnias de los jansenistas*, el padre Perrot pretendió disculpar las más estravagantes opiniones, exageracion que justificaba los ataques de Pascal y fué condenado por el papa. Los jansenistas vieron en esto un triunfo, y aun más cuando Alejandro VII les reprobó cuarenta y cinco proposiciones de relajada moral, é Inocencio XI otras sesenta y cinco, de las cuales la mayor parte habian sido atacadas por las *Provinciales*: causa admiracion el que hayan sido sostenidas por doctores llenos de buen sentido. Sólo en 1696 fué cuando el padre Daniel emprendió demostrar la mala fe de varios de los ataques de Pascal, estableciendo que los jesuitas habian sido acusados de hechos comunes á los jansenistas, y que se habia atribuido á todo el cuerpo las opiniones de alguno de sus miembros; en fin, que las doctrinas del probabilismo no habian sido inventadas por ellos, ni profesadas especialmente por su orden.

En resúmen, dos partidos, en presencia uno de otro, querian manifestar á porfía virtud y rigidez. Parecia que facilitando los jesuitas el camino del paraiso, hacian que las conciencias fuesen menos severas, y los jansenistas, haciéndolo dificultoso, inclinaban á las almas á desesperar de Dios, y á desanimarse de la práctica de la virtud. Los jesuitas parecian sostener doctrinas más razonables y más prácticas; sus adversarios se unian cada vez más á la autoridad. Unos, cortesanos flexibles, se habian estendido por el mundo; los otros, dedicados á la vida solitaria, se manifestaban cáusticos é inexorables. Los jesuitas hubieran querido elevar la teología al nivel de las ciencias de la época; Port-Royal creia en las revelaciones y los milagros. Pascal no sospechó ciertamente que aquella controversia espiritual y sofística, inspirada por antipatías personales, y sostenida por ayuda de algunas sutilezas, le hacia el precursor de tantos escritores que desde aquel momento, combatieron no sólo á los teólogos, sino á la teología; no sólo á los jesuitas sino á Jesucristo (24). En aquella época es, sin embargo, cuando comenzó la decadencia de Port-Royal. El talento severo de Saint-Cyran se habia convertido en ironía; aquellos respetables solitarios se veian reducidos á intrigas y á usar de medios clandestinos para imprimir y circular aquellas temibles cartas. Los numerosos prosélitos que hizo el jansenismo eran personas de la alta sociedad con las que era preciso transigir sobre el error primitivo; y la renaciente austeridad del cristianismo no produjo más que una faccion que con el tiempo se encontró sujeta á intrigas y chismes de mujeres.

La opinion pública favorece siempre á los que invocan sus juicios y atraen sus adversarios á su tribunal; pero las *Provinciales* no eran propias para tranquilizar los ánimos y alejar la persecucion. Recurrióse á la violencia para espulsar á los solitarios de Port-Royal; pero se conmovió la conciencia del rey á vista de los milagros que se verificaban allí. Una sobrina de Pascal se encontró curada de una fístula lacrimal con el solo contacto de una sagrada espina, milagro atestiguado por el mejor abogado de la época, por el sábio más célebre y por el mayor pensador: Arnauld, Le-Maistre y Pascal.

Sin embargo, cuando los jansenistas parecia que iban á sucumbir á un *Formulario*, tan preciso, usaron de todas las sutilezas de la lógica para sustraerse á las consecuencias de un principio que no combatian: aun más, la condena del papa hizo nacer ideas sobre los límites del poder que habia sentenciado. Jansenio habia dicho ya que sucedia á veces que la Santa Sede reprobaba una proposicion sólo por amor á la paz, sin declararla por esto falsa; se añadió entonces que la infalibilidad del papa no se estiende sobre los hechos, y se negó que las proposiciones acriminadas se encontrasen en Jansenio. Cuatro obispos emprendieron sostener aquella causa. Enrique Arnauld, hermano de Roberto, obispo de Angers; Nicolás Pavillon, de Alet; Francisco Caulet, de Pamiers; Estéban Nicolás Choart, de Beauvais. Algunos capítulos se adhirieron á sus opiniones apoyando la distincion entre el derecho y el hecho.

Perefixe, arzobispo de París, hizo todo lo posible para que aquella division cesase, y dice, para aquietar las conciencias, que la infalibilidad del papa, en materia de hecho, debia creerse, no de *fe divina*, sino de *fe humana;* nueva distincion que produjo tantos debates como las demás. Además la desnuda esposicion de cargos dirigidos por aquel prelado á las monjas morosas le atrajo todo

---

(24) «La multiplicacion de esta clase de libelos no hace más que exasperar los ánimos, que deberian estar unidos por el santo lazo de la caridad. El uno ultraja al otro en este género de escritos, y solo los herejes y los libertinos son los que se aprovechan de ello.» Así se espresa Mich Germain en la *Correspondencia inédita de Mabillon y de Montfaucon* por M. Valery. Paris, 1846.

Saint-Beuve, en su obra sobre Port-Royal, t. III, página 154, después de exponer los medios de ataque y de la defensa, deplorable para ambos partidos, deja escapar esta verdad: *C'est Voltaire qui en definitive herite le plus clairement de tout cela;* y en la página 217: *Pascal (il n'y a pas à se le dissimuler) fit plus qu'il n'avait voulu: en demasquant si bien le dedans, il contribua à discrediter la practique; en perçant victorieusement le casuisme, il atteignit; sans y songers la confession meme, c'est á dire, le tribunal qui rend necessaire ce code de procedure morale, et jusqu'a un certain point, cet art de chicane.*

Jibbon en sus *Memorias* dice que leia todo el año las *Provinciales*, «y me enseñaron á manejar la ironia grave y moderada, y aplicarla tambien á la solemnidad de los asuntos eclesiásticos.»—¿Habria pensado Pascal en educar á tal estudiante?

el ridículo que aguarda al depositario de una gran autoridad, cuando la pasion le hace rebajarse. Las hermanas de Port-Royal se obstinaban en no querer afirmar que las proposiciones condenadas existiesen en un libro que no habian leido (25). Si se les decia que *el papa habia sentenciado*, contestaban, que los mismos papas Honorio y Liberio se habian engañado; si se les hacia presente que eran muy pocas en comparacion de la comunion general de los fieles, contestaban, que en un principio los discípulos del Salvador no eran más que un puñado de individuos. Si se las amenazaba con privarlas de los sacramentos, decian que los santos anacoretas habian estado privados de ellos, y que el espíritu es el que vivifica y no la carne. «Puras como ángeles, decian sus enemigos, y orgullosas como demonios,» apelaron al parlamento, y fueron consideradas como contumaces y rebeldes con respecto á la autoridad eclesiástica: con relacion á los opúsculos sobre la infalibilidad del papa, se les contestaba con la mano del verdugo.

La policia dió fin á aquellas discusiones trasladando á la mayor parte de aquellas monjas á otros monasterios. La madre Angélica, cargada de años y enfermedades, se vió obligada á abandonar su antiguo asilo para ir á morir á Port-Royal de París. Pero tambien allí encontró soldados y oficiales que despedian á las novicias, á las pensionistas y á las que no habian hecho votos. Tuvo el dolor de ver que le arrancaban una después de otra sus antiguas discípulas, y las discípulas de éstas: «Nuestro buen amo, esclamaba ha querido que fuésemos despojados de todo lo que nos quedaba; padres, hermanas, discípulas, doncellas, todos se han marchado. ¡Bendito sea Dios!» Pero escribió á la reina Ana una carta para que se le entregase cuando ya no existiese; en cuya carta, sin quejas, sin debilidades, «le esponia con toda franqueza los motivos de la comunidad sin procurar apiadar sobre ella, sino obtener justicia para las que dejaba en el mundo. *Ahora*, dijo, *la obra buena está concluida;* y no pensó más que en la muerte. Las hermanas desobedientes fueron privadas de los sacramentos hasta en el artículo de la muerte. Los jefes del partido se ocultaron; algunos fueron presos, y de este número fué Sacy; cuando lo fué, se registraron sus papeles usando del acostumbrado absurdo de sutilizar sobre sus ideas (26). Después de haber leido el rey el proceso verbal, dijo: que todo anunciaba un hombre de talento y virtuoso; pero no dejó por eso de tenerle dos años en la Bastilla.

De-Sacy, que habia terminado ya la traduccion del Nuevo Testamento, emprendió en su prision la de la Biblia, y encontró encantos que le distrajesen de la monotonia de la soledad en la vida de la imaginacion y del sentimiento que los tiranos no pueden arrebatar. Port-Royal habia sostenido el derecho que tienen los fieles de leer la Biblia y los libros rituales en la lengua vulgar; pero las antiguas versiones contrastaban demasiado con la elegancia que se habia introducido en el idioma. La que hizo Sacy encontró grandes dificultades; pero fué una felicidad el que el censor le obligase á añadir esplicaciones, pues resultó un hermoso comentario. Como el traductor no sabia el hebreo se sujetó á la Vulgata, la que suavizó y adornó para conformarse al gusto de la época, sin sobrecargarla, sin embargo (27).

La persecucion, que duró cuatro años, excitó la indignacion contra los fuertes, que eran los autores, y el interés hácia las víctimas, que engañadas, pero respetables, se resignaron á permanecer privadas hasta el artículo de la muerte de los consuelos religiosos, más bien que á comparecer ante Dios con la conciencia manchada con un juramento contrario á su conviccion. «El rey, decian, goza de una autoridad sin límites; puede hacer obispos, cardenales: ¿por qué no ha de hacer tambien mártires?»

Así como en la época de la Fronda, se mezclaron tambien entonces las mujeres en muchos de aquellos debates, sobre todo la duquesa de Longueville, heroina asimismo de la Fronda: emprendió restablecer la paz entre los partidos religiosos; presentó á Clemente IX, que más pacífico que Alejandro VII, queria apagar el fuego y no atizarle, una defensa llena de dignidad en favor de Port-Royal, y empleó además su antigua habilidad en vencer los obstáculos que resultaban del orgullo del rey y de la malevolencia de sus consejeros. A los cuatro obispos opositores se les indujo á que firmasen el *Formulario*, y se acuñó una medalla para eternizar el recuerdo de la *paz de la Iglesia*.

Pascal habia muerto ya. Puesto en libertad de Sacy, prosigió su trabajo; Arnauld y Nicole dirigieron contra los protestantes la actividad de su talento y produjeron dos obras admirables, la *Perpetuidad de la Fe* y los *Ensayos morales*. Le Nain de Tillemont escribió la Historia de los primeros siglos de la Iglesia, obra de toda su vida, ne-

---

(25) El ilustre Malebranche confesó haber firmado el *Formulario* sin conocer el libro de Jansenio, de lo cual pedia perdon á Dios y á los hombres.

(26) Uno de sus hermanos en religion habia copiado en hermosísimos caractéres ciertos versos de Gomberville, que comenzaban de esta manera:

Lejos de la corte y de la guerra,
Aprendo á morir en aquestos lugares, etc.

Como la L de la primera palabra francesa *Loin* la habia dejado en blanco para iluminarla, el comisario delegado pretendió que habia querido escribir *Foin*, y poco faltó para que resultase un proceso criminal.

(27) Hizo aun otras traducciones, entre otras la de la *Imitacion* y la de las *Homilias de San Juan Crisóstomo;* y se le deben tambien ediciones de los autores clásicos, purgados de los pasajes inconvenientes.

gando los empleos elevados que hacia le ofreciese la admiracion á su talento y virtud. «Viviendo solo, dice Fontaines, sin más testigo que Dios, que no le abandonaba nunca y á quien veia en todo.»

Racine, 1639-99.—Los jansenistas hacian el cargo á los jesuitas de introducir los teatros en los colegios, como medio de urbanidad; el arte del cómico penetró tambien, en efecto, en las casas en que se formaron Molière y Le Kain, como tambien en el convento de Saint-Cyran en el que Racine santificó la musa trágica. Pero habiendo denunciado Nicole en los *Visionarios* á los que escribian para el teatro, como «envenenadores públicos de las almas,» contestó Racine con cierta aspereza. Pronto, sin embargo, se arrepintió de ello, y no sólo se reconcilió con sus antiguos señores, sino que renunciando á trabajar para la escena, se dedicó á escribir la bella historia de Port-Royal, sin ver más que virtud en aquellos que otros nos pintan como orgullosos fanáticos (28). Pero *Ester* y *Atalia* encontraron con facilidad indulgencia en los corazones cuando el talento se veia precisado á admirar, y las magníficas escenas en que los terrores y seducciones del mundo ceden á la confianza absoluta en Dios triunfaron de la austeridad de los solitarios.

Dotado Racine de una alma estremadamente sensible, lloraba al ver doncellas tomar el velo; escribia á su hijo, hombre ya hecho, cartas de un afecto juvenil, atribuyendo sus felices viajes á las oraciones de la familia; y cuando una de sus hijas se hizo monja, Fenelon tuvo que sostenerle en el desconsuelo que sufria. Tan grande sensibilidad le espuso á muchas amarguras, y de ahí que trasmitiese á los suyos el espanto de la gloria literaria. Cuando Luis, su hijo, se dedicó á hacer versos le reprendió y encargó á Boileau le hiciese mudar de parecer. Tenemos una historia de Racine, escrita por este hijo, de una encantadora sencillez. Nunca su mujer, bondadosa en extremo, habia leido un verso de aquellas tragedias que oia alabar á todo el mundo: «Recuerdo, dice Luis Racine, las procesiones que hacia cuando éramos niños; mis hermanos eran el clero, yo, el cura, y el autor de *Atalia* cantaba con nosotros y llevaba la cruz.»

Esta afectuosa sencillez hace sentir que Racine haya creido necesario ir a buscar un lustre prestado al punto donde todos se apresuraban á tomarlo, en la corte del señor. Le leia los autores, corrigiendo lo que encontraba anticuado; pero cuando tristes dias amanecieron para la Francia, escribió una memoria sobre los medios de ayudar durante la escasez á los pobres de París. «Pues qué, exclamó el rey, ¿por qué hace buenos versos cree entender de todo? ¿Porque es poeta aspira á llegar á ser ministro?» y se separó de él. Desconsolado por haberle desagradado, pudo llegar hasta madama Maintenon que le prometió ayudarle; cuando se oyó el ruido de un coche: «¡Es el rey, es el rey; ocultaos!» y Racine tuvo que meterse en un rincon cuando llegó el rey, cuyo reinado habia ilustrado. No resistió, sin embargo, mucho tiempo al pesar que le causó su desgracia.

Sin embargo, de Sacy reunia aun en derredor de Port-Royal des Champs, almas desengañadas que conocian la necesidad de la meditacion y de la penitencia, corazones destrozados con el sufrimiento ó llenos de los goces del orgullo. El príncipe de Conti reparó con buenas obras los males que habia causado como rebelde. Madama de Longueville, violenta en la austeridad como lo habia sido en los placeres, después de haber aceptado como una expiacion el mal fin de sus hijos, buscó en aquel retiro las humildes esperanzas que un corazon contrito no pide en vano á la soledad, y quiso hasta ser edificante para la posteridad en sus *Cartas* y *Confesiones*. Las conversiones eran frecuentes en una época en que los estravíos procedian de los sentidos, y no eran el resultado de la frialdad filosófica ni de la orgullosa impiedad (29); así era que los literatos, los embajadores, los antiguos ministros refugiados en Port-Royal, introducian allí el brillo que las grandezas de la tierra comunican á la religion cuando se humillan ante ella. ¡Feliz la Iglesia, si en lugar de una rivalidad peligrosa, no hubiese visto nacer en su seno más que una noble emulacion!

Pero el nuevo arzobispo de París, monseñor de Harlay, estaba avasallado al rey como Luis XIV á Mad. de Maintenon, que obedecia á los jesuitas. No tardó este prelado en inquietar á los solitarios en su tranquilo retiro, que les fué preciso abandonar y dispersarse sus discípulos. Vióse obligado Arnauld á ocultarse de las pesquisas de la policía, sin dejar por esto de combatir. Como Nicole, más afable y más pacífico, dijese que se encontraba cansado de aquella incesante guerra de pluma, y le precisase el deseo de descansar: «Pues qué, le dijo, ¿no

(28) Cada vez que moria alguno en Port-Royal, su nombre era anotado con elogio; coleccion singular de vidas edificantes, que con frecuencia recuerdan, con finas observaciones de carácter, que era el tiempo de Saint-Simon y de La Bruyère »

(29) No se puede olvidar, entre tantos otros, al señor de Rancé, hombre distinguido por su talento y sus bellos modales, amigo de placeres, y sin embargo, en relacion con los solitarios. De repente se retira de la sociedad, renuncia á los placeres, hasta á los de la imaginacion, y huye á los límites de la Normandia á la abadia de la Trapa de la órden de San Bernardo, arruinada y deshabitada entonces. Hizo resucitar aquella órden austera, con todos sus rigores: miserable alimento, severo ayuno, sin ropa blanca, un poco de paja por lecho, frecuentes disciplinazos, ocho horas de coro en alta voz y el resto del tiempo en un silencio inalterable, y un trabajo que debilitaba el cuerpo, era la regla de la órden. El señor de Rancé conservó, no obstante, un recuerdo afectuoso á los solitarios de Port-Royal, aunque al fin les pareciese que fueron olvidados.

teneis toda la eternidad para descansar?» En fin, habiéndose refugiado en los Paises-Bajos, murió allí á la edad de ochenta y tres años.

La reputacion de Arnauld fué grande hasta con los pontífices. Clemente X le pidió un ejemplar de sus obras; Inocencio XI le manifestó públicamente su estimacion, y pensaba condecorarle con la púrpura si él no se hubiese opuesto. Alejandro VIII buscaba las ocasiones de concederle algun favor (30). Habiendo llegado á Roma la noticia de su muerte un dia en que debia pronunciarse un solemne discurso en la Sapienza, el orador adoptó por texto el elogio de Arnauld, á quien proclamó superior á todos los escritores antiguos y modernos. Es cierto que no habia pensado en separarse de la unidad católica. En sus *Consideraciones sobre los asuntos de la Iglesia en Francia*, estaba de acuerdo con Roma para oponerse á la declaracion del clero francés. Pascal profesaba tambien la necesidad de permanecer unido al jefe de la Iglesia, sin el cual no podia vivir todo el cuerpo (31). Cuando los primeros jansenistas se resistieron á las decisiones del papa, sólo fué reservándose el derecho de interpretarlas con ciertas restricciones; les era, pues, preciso profesando tanto respeto á la Iglesia, mayor fuerza para luchar con ella.

Quesnel, 1634-1716.—Pero entonces Pascal Quesnel, afamado predicador, publicó las *Reflexiones morales sobre los Hechos y Epístolas de los Apostoles*, y después la edicion de Leon Magno: en la que manifestaba su oposicion á Roma, sugiriendo resistir á las decisiones de la autoridad bajo el velo de la paciencia, y aludiendo á la persecucion de entonces, al rey, al papa bajo nombres de personajes bíblicos. Consideróse esto como una recrudescencia del jansenismo, profesado siempre en secreto con la misma union, y en su consecuencia volvieron á empezar las persecuciones. Quesnel tuvo que abandonar la Francia, y continuó en los Paises-Bajos enseñando sus doctrinas como jefe de aquel partido. Preso y encerrado encontró medio de fugarse; fué escomulgado en Amsterdam por el arzobispo de Malinas; pero continuó sin cansarse hasta el momento en que murió octogenario (1719).

Noailles, que en otro tiempo habia recomendado vivamente el libro de Quesnel y habia llegado á ser arzobispo de París, resucitó luego el caso de conciencia. Se trataba de saber si se podia negar la absolucion á un eclesiástico que habia suscrito á la condena de cinco proposiciones en todos los sentidos en que las habia entendido la Iglesia, por el solo motivo de que, segun su opinion, bastaba un silencio respetuoso en la cuestion de hecho; ó si se veia obligado á profesar creencias como eran espresadas en las últimas constituciones. Cuarenta teólogos sostenian que bastaba aquel respetuoso silencio; se recurrió á Roma, y su contestacion fué que «El silencio respetuoso no es suficiente deferencia á las constituciones apostólicas.» (*Vineam Domini Sabaoth.*) Entonces se exigió una adicion escrita á este decreto, y las monjas de Port-Royal suscribieron á ella con la cláusula de que no por eso creian derogar los artículos de la paz consentidos por Clemente IX.

Hubo entonces nuevos rigores y nueva escomunion: no bastó el *silencio respetuoso*; todos los recursos del foro y de la escuela se pusieron por obra; disputóse el terreno palmo á palmo, y siempre con cierto aire de docilidad. Luis XIV era en aquella época más devoto que nunca, y se le habia sabido inspirar grande aversion hácia los jansenistas (1709): fácil fué, pues, obtener la supresion del monasterio; y aquella larga cuestion se decidió por los agentes de policía. El marqués de Argenson, á la cabeza de su caballeria, fué á instalarse en Port-Royal des Champs, y presentó la orden de destierro á las monjas, á las que sacaron de allí como á mujeres de mala vida (32). Cada vez que una de ellas subia al carruaje, la poblacion de los alrededores que habia instruido y socorrido, gemia y se indignaba, pero en vano. Fueron conducidas á una prision, algunas de edad de ochenta años, otras achacosas ó enfermas. Hubo algunas que resistieron dos años, sin libros, sin consuelos religiosos: la mayor parte murieron sin absolucion, y no fueron enterradas en sagrado. Como su antiguo asilo, que continuaba siendo un lugar de veneracion (1710), llegase á ser el objeto de piadosas peregrinaciones, se le envió á destruir por soldados ébrios, que derribaron las celdas, destrozaron los sepúlcros, dispersaron los huesos y no quedaron más que los campos del rededor, que los solitarios habian cultivado y embellecido.

Bula «Unigenitus,» 1713.—Solicitada Roma de continuo por Luis XIV, pronunció una sentencia

---

(30) Las autoridades se encuentran en Bayle, *ad vocem*. Arnauld se escusó del escesivo ardor que habia empleado contra sus adversarios, en una disertacion en la que demuestra con pasajes de la Escritura y de los Padres que es cosa lícita. Es de sentir que su ejemplo y las razones que deduce no hayan aun perdido su fuerza entre los teólogos y los metafísicos.

(31) La opinion de Pascal con respecto al papa, espuesta en uno de sus pensamientos, existe en su primera carta á la señorita de Ruanne, en que está mejor y más claramente espresada. «Alabo con todo mi corazon el celo que he visto en vuestra carta para la union con el papa. Ni el cuerpo puede vivir sin la cabeza ni la cabeza sin el cuerpo; todo el que se separa de uno ú otro, no pertenece á Jesucristo. No sé si hay personas en la Iglesia más afectas á esta unidad de cuerpo, que lo son los que llamais anotados. Sabemos que todas las virtudes, el martirio, las austeridades, todas las buenas obras son inútiles fuera de la Iglesia y de la comunion del jefe de la Iglesia, que es el papa: no me separaré nunca de su comunion, al menos ruego á Dios me lo conceda, sin lo cual me veria perdido para siempre.»

(32) «Como se arrebata á mujeres públicas de un lugar de perdicion.» SAINT-SIMON.

formal contra Quesnel, en la que condenó ciento y una proposiciones en la bula *Unigenitus*, prohibiendo las *Reflexiones morales* y todos los libros que se publicasen en su defensa.

No parecia que el jansenismo, condenado en tantas proposiciones, pudiese reanimarse. Sin embargo, se clamó contra una bula que la condescendencia habia dictado, de la que el papa habia prometido mandar la minuta antes de publicarla, y de la que se habia quitado toda fórmula que pudiese desagradar al rey ó al clero galicano. El arzobispo de París se negó á aceptarla, afectando una ridícula neutralidad entre Quesnel y el papa. Unos la reconocieron, otros se negaron á prestarle su adhesion; la Sorbona, después de haberla admitido, la desechó. No hubo casa ni conversacion particular en la que no se ocupasen de la bula *Unigenitus;* las escuelas, los capítulos y las familias estaban divididos. Luis XIV era viejo, y no se le obedecia ya con puntualidad. Tal vez en su lecho de muerte concibió algunos escrúpulos, pues decia á sus confesores: «Si me habeis engañado, habeis cometido una gran falta, porque he obrado de buena fe y procurado con sinceridad la paz de la Iglesia.» Cuando murió, el duque de Orleans, que habia sido nombrado regente y tenia inclinacion á los jansenistas, llamó á los que se encontraban desterrados y les concedió obispados. Enorgulleciéronse, se hicieron perseguidores y apelaron al papa mejor informado y al futuro concilio (1718). Clemente XI condenó la apelacion (*Pastoralis officii*), y á todo el que no admitiese la bula *Unigenitus*; pero fué suprimido el breve por el parlamento, como contrario á las libertades galicanas. Noailles, en union de la Sorbona y de la magistratura, constante protectora del jansenismo, apeló al concilio. Cansado el regente de los debates, que hubieran incomodado sus alegres cenas, prohibió imprimir ninguna controversia con respecto á este asunto; pero era imposible obtener silencio. Cuarenta obispos firmaron un *Sumario de doctrina* redactado por Noailles, en que todos los puntos discutidos se defendian contra la bula *Unigenitus,* con ayuda de pruebas; pero Noailles se retractó antes de morir, y se retiró al monte Valeriano para interrogar allí con la oracion la voluntad del cielo. Dispuso el regente (1720) que la bula esplicada por una pastoral del obispo de Rohan fuese aceptada por todos, prohibiendo enseñar otra doctrina, aboliendo la apelacion é impidiendo aplicar los nombres de innovadores, herejes, jansenistas ú otros semejantes. Todos los obispos consultados aprobaron la bula, más ó menos esplícitamente; pero los apelantes se refugiaron en una distincion entre la iglesia dispersa y la iglesia reunida, diciendo que la primera no era infalible.

Continuaba, pues, la guerra entre los aceptantes y los apelantes, y no entraremos en el detalle de las maniobras empleadas por una y otra parte, en atencion á que los partidos adoptan siempre el mismo método cuando quieren destruir á sus adversarios; no consideran los medios. Como gran número de sacerdotes se encontraban entonces en entredicho, tenia que diferenciarse entre el director espiritual y el confesor, lo cual fué un nuevo embarazo para las conciencias. Habiéndose negado á someterse Soanen, obispo de Senez, octogenario respetable y ardiente jansenista, fué suspendido y desterrado. Vivió hasta la edad de noventa y tres años, persistiendo en su oposicion y obteniendo una especie de culto de sus partidarios que le llamaban el *prisionero de Jesucristo.* Otro jansenista, Francisco París, diácono de San Medardo de París, quiso entonces hacer resucitar á Port-Royal en el arrabal más pobre de la capital, formarse allí una soledad como la Trapa, y no acercarse á los sacramentos sino cuando se sintiese lleno de un celoso fervor; permaneció, en su consecuencia, años sin hacerlo, y al recibir el Viático, protestaba contra la bula. Cuando murió por las maceraciones que imponia á su cuerpo, llegó á ser el representante, el mártir de la causa que habia sostenido. Estendióse la noticia de que su sepulcro hacia milagros; baldados habian andado, habia curado á enfermos, y al acercarse á aquel sepulcro, personas de ambos sexos eran atacadas de convulsiones, maldecian la bula *Unigenitus* y obtenian su curacion. Esto pasaba en el París del duque de Orleans y de Voltaire, y las personas que se burlaban de los milagros de los jesuitas en las Indias creian en éstos. El gobierno tuvo que hacer cerrar el cementerio en que se renovaban aquellas escenas, y las curaciones y milagros se aumentaron (33).

La cuestion del jansenismo se prolongó aun mucho tiempo, pero tranquilamente y en el seno de las escuelas, de las que no debia nunca haber salido, y de las que en efecto no hubiera salido si no hubiese sido por la oposicion de los que quisieron explotarla para adquirir poder. Los jansenistas, cuya pasion principal se habia reducido al odio que les inspiraban los jesuitas, tenian una caja particular administrada con el desinterés propio de las sectas oprimidas. Pensaron en establecerse en una pequeña isla del Holstein, y después en la América con Penn; pero la Holanda les ofreció la «libertad de negar la libertad del hombre;» y habia en 1761, sólo en la ciudad de Amsterdam, seis iglesias y seis mil jansenistas.

Estas diferencias, que revelan una época de gran actividad sin ocupacion y de grandes ocios, pueden inspirar algun interés á los que consideran en ella el único refugio de la libertad de discusion bajo el rey más absoluto, cuyo despotismo no hubiera tolerado bajo otra forma el debate y la opo-

---

(33) Fijóse entonces este dístico en la puerta del cementerio de San Medardo:

De órden del rey se prohibe á Dios
hacer milagros en este sitio.

sicion (34). Los pensadores considerarán en ella una opinion media entre el catolicismo, el protestantismo y la filosofia, que resistiendo en la política y atacando á una moral relajada, ayudó á la renovacion moderna, y resucitó la vida práctica por la reprobacion del idealismo. Aquella sociedad de hombres reunidos por la fe y por una abnegacion generosa en una época en que no habia más que asociaciones temporales, de interés y ambicion, escita las simpatias como un episodio del siglo x en medio del de Luis XIV. En el dia que ha cesado la importancia práctica del jansenismo, se ha apreciado mejor su objeto, y el historiador considera en él uno de aquellos numerosos pasos de que no queda ninguna huella, pero que han hecho adelantar á la humanidad, los hombres de Estado le creen el principio de la resistencia parlamentaria que preparó la Revolucion.

(34) Bergier, que no era ciertamente amigo de los jansenistas, termina el artículo que les concierne diciendo, que se castigaba en ellos, *no sus opiniones, sino su insolente y sediciosa conducta.*

CAPÍTULO XII

LA CONTROVERSIA CRISTIANA.

Los protestantes debian reirse de las encarnizadas discusiones de la Iglesia católica, que se jactaba de la unidad de su doctrina como de su principal distintivo. Sin embargo, semejantes discusiones sobre algunos puntos abandonados á la cuestion, eran muy diferentes de las profundas disidencias nacidas, no entre los católicos, sino del desarrollo del libre exámen, que con el socinianismo habia llegado á negar la divinidad de Jesucristo.

La cuestion de los arminianos se agitaba en Holanda (1618); y cuando el sínodo de Dordrecht las reprobó, opusieron á su autoridad las mismas razones que los protestantes habian empleado para recusar el concilio de Trento; recibieron las mismas respuestas, y se les opuso los mismos ejemplos en que los teólogos católicos se apoyaron entonces. Los arminianos fueron considerados como paganos por el clero intolerante, sin que pudiese, sin embargo, impedir que sus escritos circulasen. Courcelles, de Ginebra, sucedió á Episcopio con menos talento, pero con más conocimientos de las antigüedades eclesiásticas; Limborch, sobrino de Episcopio, dió á luz la exposicion más completa de la doctrina arminiana (*Teologia cristiana*, 1686), tanto como es posible en una iglesia que no se une por símbolos. Estas opiniones fueron apoyadas por Juan Leclerc, sobrino de Courcelles, en el *Comentario del Antiguo Testamento* donde con erudicion más estensa que profunda, argumenta sin manifestar pasion sino contra los romanos; y comprendiendo el poder de las revistas literarias, ejerció por medio de la *Biblioteca universal escogida, antigua y moderna* (1668-1730) un terrible despotismo sobre las opiniones. Así como niega que sea Moisés el autor del Pentateuco y esplica físicamente los milagros, del mismo modo impugna los pasajes que demuestran la divinidad de Cristo y la Trinidad; y en union de Limborch, y aun del famoso médico Van Dale. difundió estos errores desde la cátedra y en los periódicos. Otros tambien, tanto en Holanda como en Inglaterra, impugnaban la preexistencia de Cristo, ó sostenian que no eran más que una criatura privilegiada.

Arrojados los socinianos de Polonia (1660), buscaron un refugio en Holanda, donde no se vieron sujetos á otro vínculo que á imprimir con la fecha de Eleouteropolis é Irenópolis, Ereystadt ú otra semejante, é hicieron algunos prosélitos.

Habiendo demostrado Courcelles y Petavio, en las *Dogmata theologica*, que la opinion arriana se habia estendido entre los Padres antes del concilio de Nicea, proclamaron su triunfo, lo que hizo que la obra de Bull (*Defensio fidei Nicene*) fuese muy oportuna, y aquél tenido por campeon de la polémica arminiana en Inglaterra. Sancroft escribió un diálogo (*Fur predestinatus*, 1651) entre un condenado á muerte y el ministro que le asiste, en el cual el primero asegura que está predestinado á la vida eterna, apoyándose con mucha vivacidad en las principales autoridades calvinistas, sin dejar de citar á Zuinglio, Beza, Zanchi, Lutero, y rechazando toda autoridad moderna. El clero anglicano realista, perseguido por los sectarios calvinistas, combatia en favor de las opiniones opuestas, como lo hacian Barrow y South. Sin embargo, el arminianismo se aumentaba, y la juventud se alistaba en las filas de los *Latitudinarios*, que rechazando toda transaccion con el papa, estaban más instruidos en la filosofía profana que en el estudio de los Padres; favorecian la religion natural, y estendian más que en los primeros siglos los principios del cristianismo.

De esta manera se sustituían las *Instituciones teológicas* de Episcopio á las de Calvino, y se disputaba con más osadia que en el jansenismo, con respecto á san Agustin, combatiéndole los unos con ayuda de las diferentes interpretaciones de la Escritura, los otros ensalzando la ley natural, é inculcando los deberes morales. La *Armonia apostólica* de Bull (1669), compuesta para poner de acuerdo á san Pablo y á san Jaime, sobre un punto en que parecen en oposicion, estableció que es necesario comentar el primero por el segundo, y no hacer lo contrario, en atencion á que la más reciente autoridad debe ser superior, siendo de presunmir que lo que al principio era oscuro ha sido despues aclarado. Fué refutado no solo por los presbiterianos, sino tambien por los que hacian con Lutero consistir la justificacion en la fe.

Parafraseando el Nuevo Testamento Hammond, interpretaba las epístolas de san Pablo de una manera enteramente diferente de Beza y otros teólogos del siglo XVI, y adquirió gran autoridad. En la *Exposicion del sínodo de los apóstoles* (1659), Pearson, además del sentido natural, trata de la mayor parte de los artículos de la creencia ortodoxa, reasumiendo los argumentos y las autoridades. Taylor rechazaba todo lo que no existia en la Escritura, introduciendo dudas sobre todo lo que no pertenecia á la doctrina primitiva de la Iglesia. Dodwell, en sus *Disertaciones sobre san Cipriano*, reducia á los mártires á un número muy pequeño, acusaba á los santos Padres de credulidad, y suponia compuestos los Evangelios en tiempo de Trajano.

Tomás Burnet, obispo de Salisbury, que se señaló por su violencia en los partidos políticos de su pais y contra Luis XIV, publicó una *Historia de la Reforma*, que fué refutada por Bossuet, y una *Teoria sagrada de la tierra*, toda llena de delirios. Pone en discusion en la *Arqueologia filosófica*, la *Historia literal del Génesis*, y combate en el *Estado de los muertos y de los resucitados* la eternidad de las penas, sosteniendo que todo el género humano debe al fin salvarse. El obispo Leslie publicó un método corto y muy estimado para combatir á los deistas.

Podríamos añadir Stillingfleet, Wacke, Clarke, predicador, metafísico y controversista, y otros célebres escritores sobre cada parte de la disciplina eclesiástica, pero la libertad de pensar permitia á los socinianos, á los arrianos, á los latitudinarios, á los deistas revelar su osadia; quedando el anglicanismo reducido á dejar que cada uno creyese justa la creencia privada, conservando, sin embargo, ciertas formas exteriores de culto por el bien parecer. Wilkins fué quien principió á tener estas condescendencias, y el arzobispo Tilotson compuso los *Principios y deberes de la religion natural*, tendiendo á separar la obligacion moral de la religion; Chillingworth sacó de aquí un sistema al que Locke dió fórmulas filosóficas, y se llegó por fin hasta negar el cristianismo como lo hicieron Hobbes y Espinosa.

Los alemanes no dejaron de combatir en el sentido católico ó en el opuesto. Juan Alberto Fabricio, de Leipzig, hizo profundas indagaciones sobre la Escritura, y sobre los autores eclesiásticos en sentido luterano, así como Juan Federico Meyer, Meelfuhrer, Juan Oleario, y su hijo Godofredo, que combatió á los socinianos, y Augusto Herminio Franck de Lubeck que dió en Leipzig conferencias sobre la Sagrada Escritura, y fundó en Hall un hospicio para los huérfanos. Goetze, pastor en Lubeck, dejó cerca de ciento cincuenta escritos de controversiones, y Jœger de Stuttgard, una *Historia eclesiástica*, como tambien los exámenes de las opiniones de Espinosa, Grocio y Puffendorf.

Ricardo Simon del Oratorio (1638-1712), sabio hebraizante y uno de los eruditos franceses más distinguidos en su *Historia crítica del Antiguo y Nuevo Testamento*, despoja del Pentateuco á Moisés para creerlo compilado por los escribas en tiempo de Esdras. Fué combatido por Léclerc y por Bossuet: acusándole los protestantes de debilitar la Escritura atribuyendo demasiado á la tradicion, encontrando los católicos que no insistia sobre la tradicion, sino para evitar el cargo de temeridad. Hizo frente, armado con todas armas, á un diluvio de escritos; después publicó la *Historia crítica de los principales comentadores del Antiguo Testamento*, en la que tratando con ligereza á los concilios, á los Padres, y sobre todo á san Agustin, se inclina hácia los unitarios. La osadia de sus paradojas es la práctica de su máxima, que es preciso siempre en las discusiones sacar ventaja sobre sus adversarios (1712), reduciéndolos á la defensiva, son á propósito para producir impresion en los ánimos vulgares.

Jurieu, 1639-1713.—Los protestantes á quienes las persecuciones de Luis XIV habian precisado á salir de Francia, recurrieron á la pluma. Pedro Jurieu, de Orleans, desterrado en 1681 por su *Política del clero de Francia*, y nombrado cura de Rotterdam, publicó muchas obras en favor de su comunion, para ventilar sus cuestiones con los católicos y los protestantes. Irascible, implacable, con frecuencia visioniario, sostenia que el papa era el verdadero Antecristo. Decia profecias, y fomentaba las disensiones interiores de la Francia. Viendo que el protestantismo conducia necesariamente al racionalismo, hizo una tentativa desesperada para salvar los dogmas principales, deduciéndolos de la conciencia humana. El hombre encuentra en sí el sentimiento de un pecado original, en su consecuencia Dios le condena; y como Dios no puede ser satisfecho sino con méritos infinitos, es necesario el sacrificio de una persona divina; lo que implica la multiplicidad de las personas en Dios y la encarnacion de una de ellas. Mezquina síntesis de inciertas deducciones para construir su edificio sobre el mundo y sobre la fe, y Bossuet esclamaba: «Es verdaderamente burlarse del género humano quererle hacer creer que se comprende de este modo una Trinidad y una Encarnacion.»

Se encontró en oposicion con Isaac Jaquelot, que escribió un *Tratado de la verdad y de la inspiracion del Antiguo y Nuevo Testamento*. Isaac de Beausobre, refugiado en Holanda y en Alemania, después inspector de las congregaciones de los franceses en Berlin, compuso la *Historia crítica del maniqueismo*, con gran conocimiento de la de las antigüedades eclesiásticas; escribió asimismo varias obras de controversia, como tambien sermones, y continuó haciéndolo hasta la edad de ochenta años. Era miembro de una sociedad de sabios desterrados que se titulaban los Anónimos, y redactaban la *Biblioteca germánica*. A esta sociedad pertenecian Formey, Beausobre, Lacroze, Mauclerc, Jacobo Lenfant, autor de la *Historia de los husitas, y del concilio de Constanza*.

Jacobo Basnage, de Ruan cuyo padre habia hecho varias observaciones sobre los anales de Baronio, se habia refugiado en Holanda bajo la proteccion del gran pensoniario Heinsio. Discípulo, después adversario de Jurieu, y muy superior á su maestro en la lealtad y en el candor, dejó muchas obras, de las cuales las principales son: la *Historia de la Iglesia* y la de las iglesias reformadas. Jacobo Abadia del Bearn, pastor de la iglesia reformada en Berlin, después en Inglaterra, es conocido principalmente por su *Tratado de la religion cristiana y de la divinidad de Jesucristo*. Combate á los ateos, á los deistas y á los socinianos con una argumentacion aplaudida hasta por los católicos, contra quienes dirigió después la *Verdad de la religion cristiana reformada*, como tambien las *Reflexiones sobre la presencia real;* escribió además muchos opúsculos de controversia.

Bayle, 1647-1706.—Podríamos añadir además el místico Poiret, La-Placette, Naude, Saurin, Alix, refugiado en Inglaterra, como tambien á Dubourdieu, Grosttete, Le-Duchat y otros muchos; pero nos detendremos en Pedro Bayle, que reunió en un grado elevado la filosofia y la erudicion. Nacido en Carlat, en el condado de Foix, de un padre hugonote, amaba la lectura hasta el punto de ponerse enfermo; eran sobre todo sus delicias Plutarco y Montaigne. Habiendo ido á estudiar á Tolosa con los jesuitas, se convirtió allí al catolicismo, probándolo con la discusion pública que sostuvo con mucha pompa: dedicó su tésis á la Vírgen, madre de Dios, *idotatria* que, para su padre, llenó de amargura sus triunfos. Pero habiéndole sugerido sus parientes objeciones contra las doctrinas de los católicos, las abjuró. Como habia podido conocer ambas religiones, resultó de esto que no tuvo celo por ninguna, y se mantuvo con respecto á ellas en una indiferencia parecida al desden, lo cual le preservó al menos de ser perseguidor como su siglo.

Habiendo ido Bayle á Ginebra, adquirió allí reputacion; amigo de Basnage, Pictet y Leger, se dedicó á la enseñanza como profesor, y obtuvo de este modo el poder ir á París. Habiendo después pasado Basnage á la universidad de Sedan para estudiar allí las ciencias sagradas, segun el espíritu de los reformados, le recomendó á Jurieu, quien le hizo llamar para que enseñase alli la filosofia. Manifestó en diferentes escritos, que aparecian tan pronto con su nombre como bajo de uno supuesto, una erudicion estraordinaria que no perjudicaba á la sagacidad filosófica. Habiendo aparecido un cometa en 1680, no sólo el vulgo le creyó señal de desgracia, sino que varios sábios sostuvieron que Dios habia empleado medios semejantes para cambiar la religion. Bayle pretendió entonces discutir «si el ateismo es peor que la idolatria y una causa necesaria de delitos.» Y «si Dios podia querer mejor que el mundo quedase sin conocerle, ó envuelto en la idolatria, como sucederia si el cometa presagiara inminentes catástrofes.» Contrajo en discusiones de este género, la costumbre de confiarse con osadia al filo de su dialéctica y sacar con frialdad todas las deducciones de ella. No pudo publicar semejante escrito sino en el momento en el que habiendo sido abolida la universidad de Sedan por la revocacion del edicto de Nantes, obtuvo una cátedra en Rotterdam. Creció su reputacion en esta ciudad hasta el punto de convertirse Jurieu en enemigo suyo, envidioso de todo el que le eclipsaba.

Su *Crítica general de la Historia del calvinismo, por Mainburgo*, trabajo de quince dias, en el que no refutaba punto por punto al jesuita, sino con ayuda de consideraciones generales, tuvo más boga. Como circuló con actividad por Francia, el padre Maimburgo obtuvo que fuese quemada; entonces los partidarios de Bayle hicieron imprimir la sentencia en una edicion de trescientos ejemplares, fijándolos en todas partes, lo que hizo se buscase más la obra; y apareció una nueva edicion aumentada por el autor, que permaneció mucho tiempo desconocido. Admirado Bayle de que los holandeses no pensasen, con tantos hombres instruidos y una prensa libre, en fundar un periódico, género nuevo de publicacion cuya importancia conocia, concibió la idea de publicar uno, incitado ademas por el despecho que sentia contra un periodista de París que atacaba á las personas de mayor mérito. Comenzó, pues, en 1684, las *Noticias de la república literaria*, que contenian análisis razonados de obras nuevas y simples noticias con algunas notas. Después de haber hecho uso de una crítica moderada y prodigado escesivos elogios, conoció que el público prefiere la burla, y se dedicó á satirizar; adquirió entonces gran crédito, y tanto más que su periódico estaba prohibido en Francia (1). Louvois persiguió por venganza al hermano del escritor, hasta el punto de hacerle morir en una horrible prision. Este fué para Bayle un motivo más para la intolerancia religiosa, y contra los aplausos prodigados al gran rey por el servilismo francés.

(1) Las noticias fueron continuadas por Enrique Barnage, hermano de Jacobo, en la *Historia de las obras de los sábios*.

Dió á luz el escrito titulado: «¿Qué es la Francia enteramente católica bajo el reinado de Luis el Grande?» cuadro lleno de mentiras de la Iglesia y del clero, que, segun él, habia hecho aborrecer el nombre cristiano.

No quedaban entonces realmente más que dos caminos: ó creer firmemente en una de las religiones en lucha, y en su consecuencia, hacerse perseguir por la otra; creer poco en ambas, ó proclamar la tolerancia. Muchas personas pretendian, y no eran sólo los católicos, que un príncipe puede. y hasta debe emplear la fuerza para hacer que sus súbditos adopten la unidad de creencia. Juzgando Jurieu inminente el triunfo del protestantismo, detestaba á Luis XIV como enemigo de la religion y de toda la Europa. Sacaba de su creencia la idea de la soberania del pueblo, como Beza, Milton, Buchanan, Duplesis-Mornay, y tantos otros célebres protestantes; como todos los ingleses, que en nombre de aquélla soberania habian condenado á su rey. A los ojos de aquel hombre de viva imaginacion, Bayle debia ofrecerse bajo los más tristes colores; pues moderado y tranquilo, predicaba éste la tolerancia, queria remediar el desórden que habia llegado á ser general en tiempo de la Reforma, y reclamaba la libertad de pensar, la que encontraba tanto ó más reprimida por el calvinismo que por la inquisicion; en fin, negaba en su *Comentario á las palabras del Evangelio* COGE EOS INTRARE, que nadie puede perseguir á otro por motivos religiosos, sosteniendo que pertenece á cada uno interpretar la Escritura segun su inteligencia.

Jurieu, cuyas profecias ridiculizaba Bayle, obtuvo contra él persecuciones jurídicas. No le quedaba, pues, apóstata de ambos partidos, quemadas sus obras por los católicos, atacado por los calvinistas, más que predicar la tolerancia filosófica. Mas no era ésta la que aconsejaban hacia un siglo los socinianos y los arminianos, tolerancia apoyada sobre las ideas religiosas y la fe de una conversion cristiana universal: la suya se fundaba sobre el argumento escéptico que nadie está cierto de su propia creencia para poder perseguir la de los demás. Tal nos parece ser el objeto de su *Diccionario histórico crítico* (1697), trata de llenar los vacíos del de Morery, lo que le hacia incompleto y enojoso, por las continuas refutaciones á que se entrega. Después de algunas líneas de texto de grandes desarrollos, de digresiones sin fin, trata las cuestiones que menos se esperan. Abunda en anécdotas, y se deleita en bufonadas; pero nadie puede negarle un saber inmenso, gran delicadeza de talento y juiciosa observacion. Supo hacer ligero, con una jocosidad continua, con la idea libre y luminosa que emplea en combatir la preocupacion y con una perseverancia inexorable, todo el fárrago de erudicion del siglo anterior. Lisonjeó la frivolidad del talento, aun en estado latente en las clases elevadas, haciéndose legible, á pesar de su erudicion; castigó el amor propio revelando la incertidumbre de los hechos, como la locura de las opiniones, la pequeñez de los grandes, poniendo en duda toda verdad, desvirtuando toda gloria. Gran dialéctico, colector incansable, poseyó igualmente el conocimiento del corazon humano; se cura muy poco de la libertad política, y mucho de la filosófica.

En este nuevo método de ataque hecho con cierto aspecto de recuerdo, en el que parecia limitarse á referir lo que otros habian dicho, la duda era para él, no un medio, sino un fin. Todo lo ponia en la balanza; y si encontraba una opinion mal defendida, la apoyaba con el objeto de manifestar que hasta los antiguos errores y las más absurdas herejías pueden ser sostenidas con argumentos capaces de reducir al silencio á los más aguerridos dialécticos. Proseguia probando que la razon humana es tan poderosa para refutar como débil para probar las verdades morales ó las históricas. El objeto deplorable que se ha propuesto destroza el corazon de aquel que tiene necesidad de fe y amor; lastima aquella imperturbable burla, aquella indiferencia á la verdad, y poca rectitud en procurarla. No disimula su inclinacion á los maniqueos y llega á ser dogmático, burlándose de los dogmáticos y de los que se mofan de la opinion ajena.

En la reimpresion de 1702 tiene en cuenta las numerosas oposiciones que ha originado, y concluye diciendo que hay contra la religion objeciones á las cuales la razon no puede contestar; pero que un buen cristiano no hace caso de ellas y descansa en su fe. No afirmaba, pues, más que la duda, que elegia principalmente sobre el principio del mal y la eternidad de las penas. Aunque opone el pro y el contra, no obra de esta manera por imparcialidad, sino por el placer de destruir la pretendida seguridad de los teólogos, filósofos, físicos é historiadores. Contestó con un pasaje de Lucrecio al cardenal de Polignac, que le preguntaba á qué secta ú opinion pertenecia; como éste se lo exigiese, se contentó con decir que era protestante, lo cual no significaba nada. Preguntado con más precision, contestó con impaciencia: «Sí, señor, soy buen protestante en toda la estension de la palabra, pues en el fondo del corazon protesto contra todo lo que se dice ó se hace.» (2) Otra vez decia: «Mi gusto es formular dudas, pero no más que dudas;» (3) y en medio de este escepticismo le alcanzó la muerte. Vanguardia de

(2) FAUCHER, *Historia del conde de Polignac*, I, 410.

(3) Puede decirse que sus dudas religiosas están reasumidas en estas palabras de la *Contestacion á las preguntas de un provincial*, cap. 120. «En todo me he reducido á manifestar que las objeciones filosóficas contra lo que la teología nos enseña sobre el orígen y las consecuencias del pecado son tan grandes, que nuestra razon es demasiado débil para resolverlas, y que de esta manera debemos sujetarnos con respecto al misterio de la predestinacion, enteramente como en los demás misterios á creerlos sobre la

los incrédulos, habia tenido que disfrazarse hasta en los paises en que la religion era libre, y no publicó con su nombre más que el *Diccionario*. Embellecida esta obra con multitud de ideas nuevas y atrevidas, brillantes paradojas y lúbricas seducciones, llegó á ser un arsenal para sus sucesores, que mucho menos instruidos que él, sacaron de sus incoherentes asertos, consecuencias en las que aparece el defecto desde el momento en que se les compara con el original. De esta manera permaneció siendo Bayle el anillo que une á los protestantes del siglo XVIá los filósofos del XVIII.

Asustada la escuela con las innovaciones que renacian, hasta rechazó á veces la verdadera ciencia, y se circunscribió á la antigua escolástica disputadora, negativa en parte é inútil en parte para la ciencia verdaderamente cristiana. No se veia aun, que no todo nuevo error es una ciencia nueva, y hasta las más afamadas escuelas se apoyaban en anticuados sistemas ó en novedades de Descartes. Ahora bien, desde el momento en que la duda introducida ya en las demás ciencias por los filósofos, se introdujo tambien en las ciencias teológicas, ganó la generacion, que sin haber leido mucho, queria juzgar de todo, y de todo criticaba intrépidamente, exigia un método de discusion diferente, menos citas, el empleo de la lengua usual, la prueba de los hechos y de las aclaraciones. A esto se dedicaron los campeones del catolicismo, de los cuales los más notables los produjo la Francia.

Pascal.—Pascal, adorno el más bello de Port-Royal, se distinguia por un rigor inflexible, y exigiendo en todo la estremada precision y la última evidencia la queria tambien en la religion; así fué como perdió su salud entre la necesidad de creer y la de buscar demostraciones, concluyendo por incurrir en alucinaciones. En efecto, la religion no puede ser sólo un asunto de inteligencia ó un motivo de discusion literaria; le es preciso un sentimiento íntimo y una fe viva. Sin razon es, pues, como se trata de reducirla á una demostracion jurídica, como Grocio trató de hacerlo, ó como Pascal á un teorema geométrico.

Emprendió probar que los dogmas del cristianismo no son menos evidentes que axiomas. Un hombre indiferente á sí mismo y á las cosas que le rodean, examina segun su verdadera naturaleza, sus necesidades, deseos, relaciones, y reflexiona sobre su esencia y destino, deseando sinceramente adquirir las luces necesarias. Recurre á los filósofos, pero no encuentra en ellos más que contradicciones é inexactitudes; escudriña las diferentes religiones antiguas y modernas, mas no le ofrecen más que locuras y delirios; sólo la religion de los hebreos le ilumina sobre la naturaleza humana, sobre su imperfeccion ó inclinacion al mal, y se prepara al cristianismo con las profecias.

Este parece que fué el pensamiento de su obra sobre la religion; pues no quedan más que fragmentos sueltos, reunidos en un órden caprichoso por sus amigos, que se atrevieron hasta modificarle. Se encuentra en ellos más elevacion de talento que en las *Provinciales*, espresiones rápidas, enérgicas, sublimes; rasgos cuya impresion es indeleble, un estilo lleno de grandeza sin exageracion, apasionado y moderado á la vez, empleando espresiones sencillas y osadas, sin otro adorno que su casta desnudez, é identificándose con el alma del autor. Conoce tanto como Montaigne, á quien de continuo tenia en la mano, las miserias del hombre, y hasta se deleita en cargar el cuadro de ellas; pero mientras que el filósofo gascon habla constantemente de sí, Pascal creia que un hombre honrado no debe nunca nombrarse por urbanidad social y por piedad cristiana; mientras que Montaigne se concreta á un escepticismo burlon, desconfiando Pascal de su razon, se sujeta á las verdades reveladas, con el fervor con que un náufrago se apodera de la última tabla que se ofrece á su vista; procura con su ayuda explicar y satisfacer la necesidad de la conciencia; el dogma de una caida original le es indispensable para resolver el problema del mundo, como tambien para revelarle la grandeza del hombre, capaz de sentir su propia decadencia.

Conoce que entre la duda reprobada por la naturaleza y la ciega creencia, que lo es por la razon, existe en el hombre una impotencia para probar, de la que no podria triunfar ningun dogmatismo; y llega por una melancólica meditacion sobre la más magnífica de las ruinas, á la necesidad de la fe. Después de haber reconocido los inconvenientes del método de Descartes, que dudaba hasta de las primitivas verdades de la fe, combate la razon que se abroga el derecho de *establecer el principio* y se atribuye el poder de *demostrar* las verdades primordiales; creia desde el nacimiento del racionalismo que este sistema invertiria las verdaderas relaciones entre la razon y la fe. Al revés de Descartes, Pascal se da cuenta de su propia fe colocándose en los hechos, prefiriendo á las pruebas racionales las históricas y las grandes consideraciones morales, y estableciendo la religion, no sobre cualquier sistema metafísico, sino sobre la robusta base del sentido comun y de la experiencia universal.

Da tambien escelentes preceptos de lógica, y adopta como ejemplo de un método exacto de razonar la geometria, siempre fiel á la verdadera economia del pensamiento: no definir cosas de tal manera conocidas por sí mismas que no puedan ser esplicadas por un término claro; no pasar ningun oscuro sin definirlo; no emplear en la definicion más que palabras conocidas y admitidas; no

---

autoridad de Dios, aunque no podamos comprenderlos ni arreglarlos á las máximas de los filósofos. Si he contestado en mi *Diccionario* á algunas otras dificultades, están anotadas en el mismo punto.» En efecto, el dogma protestante de la predestinacion absoluta era el apoyo de la intolerancia de los calvinistas.

dejar olvidado ningun principio necesario, sin inquirir si está admitido; no presentar como axioma más que lo que en sí es evidente; probar todas las proposiciones algo oscuras con indudables verdades ú otras admitidas; sustituir mentalmente la definicion á la cosa definida.

La controversia católica presentaba, pues, un campo más estenso, suponiendo la razon humana abandonada á sí misma, pero impotente para salir de la duda y de las contradicciones, si no pasa á un estado sobrenatural. Como là voluntad es ineficaz sin la gracia, Pascal creia que sólo los judios habian tenido la revelacion, y que los demás pueblos habian permanecido, en su consecuencia, en la incertidumbre de inteligencia y en aquella impotencia de voluntad.

Huet, 1630-1721.—Daniel Huet, obispo de Avranches, no participó de las ideas jansenistas á que se referian estos dogmas. Hace en su *Demostracion evangélica* gran ostentacion de erudicion, multiplicando los axiomas, las definiciones, las proposiciones, hasta el punto de perder á veces su objeto de vista. Manifestando en la *Debilidad del espíritu humano*, que es incapaz de alcanzar la verdad sin la fe, lejos de creer ciegos á todos los gentiles, buscó en sus tradiciones los vestigios de una revelacion primitiva. Pero se habia estraviado tambien por la filosofia cartesiana, que presenta la razon individual como origen de la verdad, en atencion á que debe ser capaz de reconocer la revelacion: los partidarios de esta doctrina no notaron existen en el hombre dos elementos, el conocimiento de las ideas que le son propias y el de las humanas.

Ahora bien, en aquella época nuevos datos se presentaban en ayuda de la solucion del problema. En la Edad Media, los materiales necesarios para la inteligencia de la historia eran en corto número; en el renacimiento se buscó más bien la forma en los autores que la verdad. Pero la lucha entre los católicos y protestantes agitó la cuestion de saber si la idolatria era un resto estraviado de la revelacion primitiva, ó una mejora progresiva que comenzaba en el estado salvaje originario. Los protestantes y Beausobre sostuvieron mejor que los demás que hasta los antiguos gentiles habian conservado la idea de un solo Dios, y que el culto de varios dioses habia sido tan relativo como lo es en el dia el de los santos. Muchos católicos aseguraban, por el contrario, que toda justa nocion de Dios se habia estinguido cuando Cristo la relevó. Por otra parte, las indagaciones que se difundian entonces demostraban que el principio primitivo se habia conservado constante y generalmente en medio de formas variables. Los jesuitas habian encontrado en la China un culto muy antiguo, una moral castigada, ritos puros de idolatria. Algunos hasta habian declarado que el conocimiento del verdadero Dios se conservaba allí hacia dos mil años, que se le habia sacrificado en el templo más antiguo y que se observaba la mejor moral, es decir, la de la caridad.

La Sorbona reprobó estas opiniones; pero uno de sus doctores (Coulau) no sólo emitió un parecer enteramente diferente del de sus colegas, sino que hasta sostuvo que los antiguos persas habian adorado al verdadero Dios. Este aserto pareció peligrosa á Bossuet, porque á no dudar inducia á la indiferencia entre las religiones, y á una falsa misericordia con respecto á los antiguos, todos sumergidos en las tinieblas, escepto algunos fieles. Sin embargo, está escrito al principiar del código de los persas: «El que diga que hay más de un Dios morirá de muerte» (4).

Bossuet brillaba en primer lugar entre los controversistas. Estraño á los medios sofísticos y á las sutilezas, está sin cesar animado por la voluntad de convencer y conciliar. Busca ingénuamente la verdad, y del mismo modo la espone, con proposiciones sencillas que penetran en el fondo del asunto y disipan las sutilezas: rígido en los principios, pero afectuoso y sin cólera, reviste con la elocuencia la acostumbrada aridez de la materia.

Pero la polémica cristiana no podia llegar á una solucion, mientras la mayor parte de los teólogos se detenian en no discutir más que los puntos sobre los cuales los reformados están divididos de los católicos. Que se establezca la autoridad de la Iglesia, y al momento desaparece lo arbitrario de las opiniones particulares y discordantes. Algunos que se habian circunscrito á este terreno, Nicole, por ejemplo, que decia á los protestantes en las *Preocupaciones legítimas*: «Comenzad por poneros acordes entre vosotros; esplicadnos en qué consiste vuestra creencia comun y entonces la discutiremos: mientras que cada persona puede tener un parecer, la Iglesia no está obligada á discutir con todos.» Convertia tambien en una arma ese disentimiento en la *Perpetuidad de la fe católica concerniente á la Eucaristia, y la unidad de la Iglesia*, refutando á Jurieu.

Bossuet le siguió por este camino. Habia notado, en sus frecuentes relaciones con los protestantes y con los neófitos, que sus errores procedian principalmente de que no tenian uua idea justa de la doctrina católica. Pensó, pues, en hacer una *esposicion* precisa, que ofreció con claridad y exacti-

---

(4) Esta cuestion se reprodujo en tiempo de los filósofos, cuando los ateos pretendian que, en un principio los hombres habian ignorado las ideas fundamentales de la religion, y que los deistas celebraban las creencias religiosas de los antiguos, para demostrar que no era necesaria la revelacion. Bergier sostenia que los hombres habian debido conocer la verdadera religion por autoridad y tradicion; pero en lugar de sacar en consecuencia que la tradicion habia existido siempre, admitia que habia sido interrumpida por espacio de muchos siglos, contradiccion entre el razonamiento y la historia. El sabio y modesto Bullet oponia al ateismo, al fatalismo, al materialismo, el consentimiento perpétuo de los hombres, doctrina que trata con tanto vigor como elocuencia Lamennais y que sedujo á muchos grandes pensadores.

tud las decisiones de la Iglesia sobre las controversias de la época, evitando todo lo que era idea particular de teólogos, toda adicion de la credulidad ó de la piedad, hasta los ritos y costumbres, por generales que fuesen, y sancionados por la disciplina regular. Sin admitir ninguna espresion ambigua, habla con la precision empleada por la Iglesia cuando pronunciaba los cánones de los concilios, pero sin aquel tono imperioso que provoca la resistencia desechando la persuasion: produjo este libro gran sensacion; los protestantes sostuvieron que se separaba de las doctrinas romanas, hasta el punto de diferir muy poco de ellos. Se vieron, pues, muy mortificados cuando toda la Iglesia aprobó aquella espresion tan clara como sencilla de la doctrina universal. Es cierto que Bossuet separaba la fe positiva de la fe viva, como incorporada al culto diario del pueblo.

No hacia, pues, en esta obra más que la apología del concilio de Trento, en atencion á que le bastaba para los católicos demostrar que sus dogmas estaban conformes á los de todos los siglos anteriores. Es cierto que se le propusieron dudas y objeciones sobre puntos particulares; ¿pero era posible sostener una discusion parcial con personas que protestaban contra toda autoridad? Emprendió, pues, combatirlas en general en la *Historia de las variaciones de la iglesia protestante* (1688); asunto que se adaptaba más que ningun otro á su impetuosidad y á su inflexible sarcasmo: «¡Hablais de fe, decia, de doctrina! ¿Teneis acaso una doctrina, una fe? Una fe que cambia no es fe, no es la palabra de Dios, pues esta es inmutable.» Y demostraba la contradiccion de sus símbolos y de sus profesiones de fe; sus perpétuas variedades no sólo de Iglesia á Iglesia, sino de una época á otra en la misma Iglesia, cuando, sin embargo, cada confesion pretendia ser la espresion pura é invariable de la palabra divina, consignada en los libros sagrados (5). En este resúmen de un proceso largo y complicado espone los hechos con tanta lealtad como claridad, amenizando la aridez de la materia con la vivacidad de la espresion y la habil pintura del carácter de los reformadores á quienes no denigra, sino que destrona, señalando sus contradicciones, que rechazan la idea de una inspiracion divina.

Los mismos reformados no habian comprendido toda su mision; así era que se desconsolaban al ver cuantas sectas engendraba su creencia y las anatematizaban. No podian, sin embargo, pretender por la esencia misma de la Reforma la infalibilidad, y hubieran podido aceptar los cargos de Bossuet como una espresion de aquella libre interpretacion concedida á cada uno: de esta manera los hubieran precisado á cambiar de táctica, y á remontarse á un principio más elevado. Sea lo que se quiera, este modo de manifestar que su insurreccion no era más que una mezcla confusa en la que cada uno atacaba con armas diferentes, sin union en el objeto ni en los medios; que desde la confesion de Augsburgo hasta el concilio de Dordrecht, habia resultado continua vacilacion en las creencias en que importa más la certidumbre, no dejó de ser funesta.

El Aviso á los refugiados, en el que Bayle ó cualquier otro demostraba claramente la instabilidad de doctrina entre los reformados, ofrecia á Bossuet una hermosísima ocasion para que no se aprovechase de ella: sacó tambien partido de la célebre decision de Lutero, Melanchton y Bucer en favor de la bigamia de landgrave de Hesse, de que se habia tenido ya algun conocimiento, pero que procedia sólo de serlo entonces legalmente (6). Probó de esta manera que las doctrinas de los innovadores daban consecuencias inmorales; predijo que todas concluirian en el socinianismo, es decir, por negar á Cristo; y demostró que los que consideraban á sus corifeos como autores de volverlos á la pureza de los bellos dias del cristianismo, estaban en una completa ilusion.

Entre los que emprendieron refutarle, el sábio Basnage, que sin embargo, no usó en la lucha más que cólera é injurias, es el único que merece ser mencionado. Fanático Jurieu, procuró con ardientes pastorales que multiplicaba no combatir á Bossuet, sino evitar los efectos de su elocuencia. Sostenia que «la verdad de Dios no habia sido conocida sino poco á poco.» Bossuet le opuso las *Advertencias á los protestantes*, en las que demuestra que la Iglesia ha tenido siempre por cierto que la revelacion fué perfecta desde el principio, y que se ha referido á ella en todas sus decisiones sucesivas. Y como Jurieu se habia hecho adversario de los socinianos, probó que podian volver fácilmente contra él todos los argumentos de que se servia contra los católicos.

No faltaban entre los protestantes ministros que lealmente deseasen la verdad, como nos parece serlo Juan Claude, uno de los oráculos de la religion y jefe del consistorio de Charenton, rico á la vez de talento y virtud. La señorita de Duras, sobrina de Turena, cuya *Historia de las variaciones* determinó su conversion, como tambien la de su tio y otros muchos (7), deseó oirle discutir con

(5) Se ejercitó principalmente en el *Symtagma confesionum*, que acababa de publicarse en Ginebra.

(6) El elector palatino la hizo publicar para justificarse de tener mujer y concubina.

(7) Entre las personas convertidas por Bossuet, cuya lista se puede ver en su historia del cardenal Bausset al fin del tomo II, creemos deber nombrar aquí á Isaac Papin de Blois, que habia sostenido en diferentes escritos teológicos la causa protestante y se habia atraido las persecuciones de Jurieu. Abjuró en 1690, después de varias conferencias, en manos de Bossuet, y desde entonces publicó varios escritos en favor de la Iglesia católica, como *Los dos caminos opuestos en materia de religion.—El exámen particular y la autoridad.—La causa de los herejes instruida y juzgada*

Bossuet. Resultaron de esto las *Conferencias* que se imprimieron, y que cada uno de los dos partidos dice haber coleccionado con toda fidelidad.

Estraño parecerá que en el momento en que se disputaba en el seno de la Iglesia sobre la gracia (1670), sobre el amor puro, sobre la supremacía papal sin llegar á entenderse, pudiera abrigarse la esperanza de reconciliar con ella á los disidentes. Esta esperanza renació, sin embargo, en las almas tiernas; y la tarea parecia más fácil desde que los odios habian perdido su vigor y los intereses humanos no oponian obstáculos. En efecto, personajes llenos de candor y sinceridad, estimados de ambos partidos, se dedicaban á ella con celo. El obispo de Neustadt, Cristóbal Espinola, de Génova, hàbia entrado para este efecto en negociaciones con Molano, el más hábil y moderado de los luteranos de aquella época. Llegaron á recíprocas concesiones, que fueron después admitidas por Bossuet y por el mayor filósofo de Alemania, Godofredo Leibnitz. Mientras se trató únicamente del cáliz, del matrimonio de los sacerdotes y otras condescendencias semejantes, pudieron entenderse fácilmente: pero era necesario que los luteranos creyesen que la Iglesia no puede errar, y que aceptasen plenamente el concilio de Trento: ahora bien, Bossuet no podia ceder en esto una pulgada de terreno.

Aunque Leibnitz fué el más tolerante entre los luteranos, introdujo en la discusion, puesta en buen camino por Molano, sutilezas y trabas; tal vez no continuó lealmente la empresa hasta el fin por consideracion á la casa de Hannover, que la tolerancia habria hecho desmerecer entre los ingleses, y después de haber manifestado habilidad y grandes conocimientos defendiendo su causa, se perdió en dificultades de detalle, y sutilizó sobre pequeñeces. El duque de Sajonia Gotha renovó tambien este proyecto; y Clemente XI encargó á Bossuet redactar un proyecto de reunion que no pudo verificarse por las guerras que estallaron.

Leibnitz estaba efectivamente conforme con muchos puntos del catolicismo, y entre sus papeles se halló un *Systema Theologicum*, en que defiende abiertamente la transustanciacion y la supremacia de los papas. Cuando los luteranos estaban próximos á la union, se sometió á la decision de Helmstad este punto: *Si una princesa protestante, destinada á casarse con un católico, podía abrazar la religion católica sin escrúpulo de conciencia.* Esta princesa era Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbuttel, prometida de Cárlos VI. En 28 de abril de 1707 los doctores luteranos declararon: «Estamos convencidos de que los católicos no disienten de los protestantes, y que si aun existe alguna polémica ó disputa entre ellos, es sólo de palabras. El fundamento de la religion está en la Iglesia católica romana, de modo que dentro de ella se puede ser ortodoxo, vivir bien, morir y salvarse. La serenísima princesa de Wólfenbuttel puede, pues, con motivo de su matrimonio, abrazar la religion católica.» Gran escándalo promovió esta decision en Holanda y en Inglaterra.

Pero herejias de mayor importancia, aunque menos ruidosas, se introducian; y Bossuet las conocia cuando escribia al obispo de Frejus: «El espíritu de incredulidad se aumenta de dia en dia,» y en otro lugar: «La indiferencia de la religion es la mania de nuestro siglo; reina visiblemente en Inglaterra y Holanda, y se introduce tambien bastante entre los católicos.» Como decia tambien: «Preveo que los despreocupados podrán perder crédito, no por horror á sus sentimientos, sino porque todo es indiferente, escepto los placeres y los negocios.» (8) Cuando se traian de los viajes de Oriente libros sagrados, que interrumpian el círculo á que se habian circunscrito los defensores de las Sagradas Escrituras; cuando los jesuitas encontraban en la China una historia muy antigua, una moral sábia, ritos á los cuales creian deber adaptarse; cuando una falsa compasion, como se quejaba tambien Bossuet, y una falsa sabiduria inspiraban á ciertos doctos talentos, inclinacion á estender la verdadera religion á otros pueblos diferentes de aquel que fué elegido de Dios, á quien querian rebajar reduciéndole sólo á Dios de ese pueblo, sin saber adorar temblando los juicios secretos é impenetrables del Señor; cuando el cristianismo, en lugar de buscar en sí mismo la razon, se sujetaba á los sistemas cartesianos; cuando las personas más dignas iban al sermon con el mismo sentimiento que á la comedia ó al baile, y que tanto les afectaba Bourdaloue como Corneille, sin hacer uno y otro más que proporcionar un buen pasto á los buenos talentos; la rigidez del jansenismo, la relajacion de los molinistas, las ilusiones y el quietismo adoptaban otra significacion; y se nota ya detrás de Jurieu la irónica sonrisa de Voltaire y Dupuis.

---

por el método del derecho. Sostuvo como Pascal en la *Vanidad de las ciencias*, la impotencia de la razon humana. La principal conversion debida á Fenelon, es la de Ransay, literato inglés, entonces de gran reputacion, que escribió la *Vida del arzobispo de Cambray*, los *Viajes de Ciro*, imitacion de Telémaco, y se dedicó á estender por Francia los fracmasones, de quienes fué gran canciller.

(8) Segundo sermon para el segundo domingo de Adviento.

CAPITULO XIII

LENGUA Y LITERATURA FRANCESA.

Estamos en estado de hablar de la literatura francesa, cuyos más ilustres representantes acabamos de nombrar, Esta vuelta al paganismo que hemos hecho notar en el siglo anterior, no menos en las ideas que en las formas, habia causado en Francia una recrudescencia de mitologia y antigüedad, que se dejó conocer hasta en el lenguaje, gracias á Ronsard y á su escuela, que se lanzaron por las huellas de los griegos y de los romanos. Malherbe comenzó la reaccion en la poesia, restituyendo su estilo original y libertándola de un lujo parásito; otro tanto quedaba que hacer en la prosa sabiendo dirigirla por entre los dos escollos del arcaismo y del servilismo, con respecto á las literaturas meridionales, sus hermanas mayores. La de la Italia, sobre todo, estaba muy estendida, por razon del estudio de los grandes escritores de aquel pais, de las frecuentes relaciones políticas, y la afluencia de los italianos á la corte desde que dos reinas de la familia de los Médicis habian ascendido al trono; tanto que una estraña jerga de palabras italianas, españolas afrancesadas y hasta frases enteras. eran admitidas en la buena sociedad. Du-Vair pensó en introducir una diccion más noble y más correcta en los asuntos elevados, y escribió un tratado sobre la *elocuencia francesa* (1607), ocupándose sobre todo de la del foro.

Balzac, 1594-1654.—Balzac (Juan Luis Guez), que se formó una reputacion durante los dos años que permaneció en Roma, se sujetó al género epistolar, con ayuda del cual dió á la prosa el arte de que carecia Montaigne. Evita tanto como Malherbe los idiotismos provinciales, los conceptos italianos, la ampulosidad española; y, cortesano como era, arregla el idioma literario al de la corte; dispone las palabras con arte, cuida de la cadencia, acorta el periódico y reduce el discurso á una prudente economia. Venera la retórica de los antiguos, pero la cree aplicable enteramente á la lengua francesa, capaz de producir obras que no cedan á las de los clásicos.

Esto debe decirse únicamente en la esposicion; porque en lo demás, no se encuentra en Balzac más que en pensamientos comunes, medias verdades sin nada de profundo. Es insuficiente para las cosas de mucho empeño, vacila en sus opiniones, y decide intrépidamente con axiomas, segun costumbre de aquellos cuya reputacion está sentada, no ocupándose de su sentido con tal que ofrezcan un buen efecto al oido, sin conocer que este género admite menos que ningun otro el artificio. No se puede soportar después de estas cartas que tienen una inimitable gracia, coleccionadas en el siglo siguiente por mujeres, sus epístolas hiperbólicas, que pasaba dos meses enteros en arreglar, contemplándose en su obra. Cuando aparecieron fueron buscadas con avidez; se las leia en las comidas. «¡Cuán incómodo es este ruido y esta reputacion, decia en su humildad á un hombre que busca la tranquilidad y el descanso! Es blanco de todos los insufribles cumplimientos de la cristiandad, sin hablar de los buenos que le causan á uno mayor pena. Es perseguido, asesinado por los cumplidos que proceden de las cuatro partes del mundo. Habia ayer tarde sobre la mesa de su cuarto cincuenta y cuatro cartas que le pedian respuestas, pero respuestas elocuentes, respuestas que pudiesen presentarse é imprimirse (1).

---

(1) Racan decia de Balzac:

Divin Balzac, qui par les veilles
Acquiers tout l'honneur de nos jours;
Grand demon, de qui les discours
Ont moins de mots que de merveilles..,

Toda gran celebridad tiene por contrapeso grandes sinsabores. Balzac se llevó su parte de vituperio; mas no por los defectos de que la posteridad le hace un cargo. Viendo que la tempestad estallaba con mucho ruido para que él pudiese hacerse oir, tuvo el valor de retirarse del mundo para entregarse á la devocion y á la caridad; su reputacion se aumentó entonces, y tuvo cuidado en cultivarla con otras cartas y escritos morales.

Voiture, 1598-1648.—Tuvo por émulo á Voiture, que en sus cartas sobresalió contando futilidades de cierta manera graciosa y con mucha novedad; exagerando los sentimientos de afecto ó de dolor, y terminando con ingeniosos cumplimientos. Creyendo tener por mision en la sociedad manifestar siempre talento, no podia tratar con seriedad los asuntos sérios.

Eran, tanto uno como otro, los astros del palacio de Rambouillet, que formaba la reputacion de una obra ó de un autor. Los que componian aquella sociedad eran árbitros del genio, pues nadie emprendia una obra sin calcular el efecto que produciria en él, como acontece siempre cuando el talento es una pretension indispensable, y el privilegio de sentenciar sobre las reputaciones se sujeta á una conversacion particular, lo convencional se sustituye á lo verdadero, la exageracion parecia delicadeza, y la imaginacion supremo mérito. Semejante pecado no era nuevo en Francia; y ya en el siglo anterior, Guillermo del Bartas (1544-90) habia sido colocado en la categoria de los primeros poetas; se le habia traducido ya al latin y á diferentes lenguas. Ultimamente, Gothe se quejaba de que la Francia no hacia bastante caso de ellas, al paso que la Alemania estima aun mucho sus poesias, y sobre todo la *Semana*, es decir, la creacion que imitó del Tasso, y que se imprimió treinta veces en seis años. No carece de bellezas; pero están echadas á perder por las trivialidades y por las ridículas metáforas que se reprenden con razon á los italianos del siglo XVII. Os hablará de los montes de la Gascuña *enharinados con una nieve eterna:* llama al sol el *duque de las velas*, á los vientos los *postillones de Eolo*, y Dios, en medio de la confusion de los elementos, es el *arquero del trueno, gran mariscal de campo que jeringa la imaginacion en la materia informe.* En otra parte le compara al huésped que no introduce al convidado en la sala del festin sino después de haberla alfombrado con su propia mano, y le hace disponer por Adan los más sabrosos manjares bajo la bóveda estrellada (2), ó bien le compara al pintor de paisajes que contempla su cuadro con complacencia, tan pronto echando una *mirada* sobre los campos floridos, tan pronto olfateando con *su nariz* los perfumes exhalados en el aire, tan pronto aplicando el oido á los cantos de las aves (3). En otra parte quiere imitar el galope del caballo (4); más adelante el gorgeo de los pájaros (5).

Benserade, 1613-91.—De-Thou, que hace tambien el elogio de Bartas, imputa estas faltas de gusto al alejamiento de las ciudades y de los hombres instruidos en que habia vivido, y sin embargo, poco á poco llegó á ser ese género de lenguaje de buen tono en la sociedad elegante. Isaac de Benserade, poeta cortesano por escelencia, no cesó en el espacio de veinte años de componer versos que cantaba en los bailes que se ejecutaban delante del rey, de los señores y de las damas de la corte; versos llenos de alusiones dedicadas á los grandes personajes de quienes no se desdeñaba ser mediador. Sus epígramas y argucias se repetian por todas partes. Puso en redondillas las *Metamórfosis de Ovidio*, el prefacio, la dedicatoria, el privilegio y hasta la fe de erratas. Uno de sus sonetos comparado con la *Urania* de Voiture dividió la sociedad parisiense en dos facciones tan tenaces como las de la Fronda, las cuales tenian tambien al frente de ellas, la una á madama de Longueville, y la otra al príncipe de Conti, combatiendo bajo los nombres de *jovelinos y uranios* con agudo ingenio.

Chapelain, 1595-1674.—Delante de estos jueces se debatia el mérito de toda obra nacida ó por nacer; y de este número fué la *Doncella de Orleans*, por Juan Chapelain. Era un hombre de carácter muy afable (6), y que sabia todas las reglas de memoria. El duque de Longueville le habia concedido una pension anual de mil escudos hasta que terminase su poema; esto contribuyó tal vez á prolongar su salida á luz por espacio de muchos años; lo que hizo decir á las señoras del palacio de Ram-

---

Quoiqu'espere la vanité,
Il n'est point d'autre eternité,
Que de vivre dans tes ouvrages.

Divino Balzac, que con tus vigilias adquieres todo el honor de nuestros dias; gran demonio cuyos discursos tienen menos palabras que maravillas... Por más que espere la vanidad, no hay otra eternidad que vivir en tus obras.

(2) *Le sage ne conduit la personne invitée*
Dans le lieu du festin, que la salle apretée
Ne brille de flambeaux, et que les plats chargés
Sur le linge flamand ne soient presque rangés:
Ainsi notre grand Dieu, ce grand Dieu qui sans cesse
Tient ici cour ouverte...
Ne voulut consier notre aïeul à sa table
Sans tapisser plus tôt sa maison délectable,
Et ranger, libéral, sous les pôles astrés,
La friande douceur de milles mets sucrés.

(3) *Et bref l'oreille, l'œil, le nez du Tout-Puissant,*
En son œuvre n'oit rien, rien ne voit, rien ne sent,
Qui ne prêche son los.

(4) *Le champ plat bat, abat, détrappe, grappe, attrape*
Le vent qui va devant.

(5) *La gentille alouette avec son tire lire*
Tire l'ire aux fêchés; et d'une lire-tire
Vérs le pôle brillant.

(6) Malherbe, á quien pedia consejos sobre el modo de escribir, le contestó: *Leed los libros impresos y no digais nada de lo que dicen.* TALLEMANT DE LOS REAUX.

bouillet, que aquella doncella seria vieja antes de nacer. Cuando apareció en fin, se hicieron sucesivamente de ellas seis ediciones, lo que no impidió á madama de Longueville decir bostezando: *Es muy hermosa pero muy fastidiosa.* La alta sociedad aceptó el juicio; Boileau perpetuó en sus versos aquella poca favorable opinion contra un poeta que no fue inferior á muchos otros de sus contemporáneos que se elogian, y, si se nos permite, superior á Voltaire en concepcion épica.

Pero no era aquél el tiempo de las cosas sérias y de los sentimientos nacionales. Las *Mazarinadas* habian puesto en moda, durante la Fronda, una poesia cínicamente jocosa, tan pronto de una gravedad afectada como trivial, y dedicada á ridiculizar las cosas más serias. El género burlesco de Berni que se introdujo con el *Tifon* (1642) y con el *Virgilio disfrazado*, de Scarron, se estendió de tal manera, que se parodió á los clásicos. Fué una especie de Fronda contra la imitacion extranjera, y se llegó hasta á escribir la *Pasion de Jesucristo* en versos burlescos (7). Pero Scarron buscaba en este género un consuelo á sus continuos sufrimientos. «Estoy pronto, decia, á firmar delante de quien se quiera, que todo lo que he escrito es papel perdido.» Adelantó más en la *Novela cómica*, imitada del español, y sin embargo, original (8). Se encuentran en ella descripciones finas y vigorosas, aunque llenas de un estilo confuso, que le hace tan inferior en ella á los bernescos italianos, como superior les es en la delicadeza de las intenciones.

La novela *picaresca* de Rabelais habia perecido ante el progreso de las costumbres. Pero si se conoció que los sentimientos atribuidos á los caballeros no se asemejaban en nada á los de la Edad Media, fué para sustituirles pastores no menos fantásticos, amores que discurrian, sublimes generosidades, intrigas inesplicables, en las cuales, una vez elegido un nombre histórico, se procedia sin inquietarse de la menor verdad en los detalles, fuese bajo el aspecto del carácter ó bajo el de las costumbres. Todos los personajes eran de París, sea el que se fuera el traje en que se presentasen. La *Astrea* de Urfé (1610), novela pastoril de cinco mil quinientas páginas, llena de insulseces arcáicas, de monotonia pretenciosa, apenas interrumpida con alusiones contemporáneas, no dejó de ser ensalzada hasta las nubes, y salió á luz por tomos en el espacio de diez años. El *Polexandro*, de Comberville, tiene seis mil páginas, de pura imaginacion. En esto es sobre todo en lo que brilla Calprenede, autor de la *Casandra* en diez tomos, del *Faramundo* que tiene doce, y de *Cleopatra* que asciende á veinte y tres. Difuso y ampuloso, entregado á un énfasis continuo, este escritor, que no procura más que el triunfo de un agudo ingenio con detrimento del gusto, adquirió mientras vivió gloria y honores. La señorita de Scudery, autora del *Gran Ciro* y de *Clelia*, ambos en diez tomos, adquirió en el palacio de Rambouillet y perpetuó allí el tono de una afectacion continua unida á una galanteria pedantesca. En estas dos obras, cuyos héroes son insípidos hasta el esceso; manifiesta una ignorancia completa de la historia, y parece no comprender otro mérito que el del agudo ingenio. Son diálogos sin fin, interrumpidos por relaciones hechas con todo el arte que se usaba entonces. Navega incesantemente en el rio *Tierno*, convirtiendo al amor en causa de todos los acontecimientos, como en la época de la Fronda, discutiendo sin descanso sobre el amor, en términos de una sutileza mística, y con arreglo á una casuística galante que lleva hasta el extremo.

Aquellas escenas de un amor casto y espiritual en un siglo en que se hacia alarde de corrupcion, contrastan con las novelas del dia en que se nos pinta peor de lo que somos, causa de que las madres y maridos prudentes prohiban su lectura. Flechier enviaba las de entonces á su diócesis, «para edificar á las personas honradas, y dar buen ejemplo de moral á los que les predican.» Aquel prelado, hombre grave y de gusto, no vaciló en el elogio fúnebre de Julia de Angennes, en llamar á esta señora la *incomparable Artenice*, bajo cuyo nombre se la designaba en el *Gran Ciro;* tan popular y llena de sentimientos puros era esta obra. El predicador Mascaron escribia á la que era su autor: *Vuestros libros tienen siempre para mí el atractivo de la novedad. Encuentro en ellos tantas cosas propias para reformar el mundo, que en los sermones que preparo para la corte, figurareis con frecuencia al lado de san Agustin y de san Bernardo.* Es de notar que era muy fea (9): por lo demás, sobrevivió á su gloria, y se libertó del disgusto de oir resonar en sus oidos la crítica de Bodeau.

---

(7) *Au mépris du bon sens, le burlesque effronté*
Trompa les yeux d'abord, plut par sa nouveauté:
Mais de ce style enfin la cour desabusée,
Dédaigna de ces vers l'extravagance aisée,
Distingua le naif du plat et du bouffon,
Et laissa la province admirer le Typhon.
BOILEAU.

«Con desprecio del buen sentido, el descarado burlesco, engañó primero la vista, aunque agradó por su novedad: pero desengañada en fin la corte de este estilo, desdeñó la estravagancia de estos versos, diferenció lo sencillo de lo bufon, y dejó que la provincia admirase á Tifon.»

(8) La dedicó al cardenal de Retz en estos términos: *Al coadyutor. Es cuanto hay que decir.*

(9) Hizo con respecto á este asunto el siguiente epígrama en el que hay elegancia:

Nautenil, en faisant mon image
A de son art divin, signalé le pouvoir;
Je hais mes veux dans mon miroir.
Je les aime dans son ouvrage.

«Al hacer Nautenil mi retrato, ha demostrado el poder divino de su arte; aborrezco mis ojos en mi espejo, los amo en su obra.»

Cuando el buen sentido y el ridículo, armas terribles de la buena sociedad, enterraron aquellas novelas enfáticas, se pasó á aventuras de otro género, maravillosas tambien, pero en las que el amor no era tan esclusivo ni tan almibarado, en las que las costumbres se acercaban más á la naturaleza. En la *Zaida* de madama de Lafayette, amiga constante de la Rochefoucauld, los acontecimientos, aunque poco verosímiles, son interesantes y variados, á pesar de la exageracion de los sentimientos y de las defectuosas interrupciones. En la *Princesa de Cleveris* describe con menos afectacion y más sensibilidad, menos ilusiones y más sobriedad (10), la invencible, y sin embargo, honrada pasion de una mujer casada; las costumbres son exactas, los accidentes de un argumento muy sencillo, y producidos por la naturaleza de la fábula. Cirano de Bergerac se entrega á sus caprichos fantásticos en su *Viaje á la luna* y en su *Historia cómica del imperio del sol*, las que tal vez le sugirió la *Historia verdadera* de Luciano, y que después fueron imitadas con gran superioridad por Swift y por Voltaire. Cárlos Perrault tuvo tambien muchos imitadores en los *Cuentos de Hadas*, género nuevo y popular, con que hermoseó historietas para niños, usando un estilo maravilloso esclusivamente suyo, distinguiéndose por una sátira decorosa, una moral al alcance de todos, y una brevedad ignorada de la mayor parte de sus imitadores.

Academia.—Aquellas diferentes obras formaban las delicias del palacio de Rambouillet; especie de escuela de retórica por donde habia de pasar la lengua antes de emanciparse. Boisrobert, que tenia costumbre de referir á Richelieu las noticias de París, le habló de una sociedad donde se reunian varios amigos para hablar de literatura. El ministro á quien no disgustaba distraer la atencion de los negocios públicos, y colocar hasta las mismas letras bajo el poder real, para dominar los ánimos y las opiniones, pensó convertir esta reunion en nna institucion pública. Los amigos que la componian declinaron al principio este honor, conociendo á qué se dirigia; vencidos después por el amor propio, se dejaron convertir en academia francesa (1635), en virtud de cartas patentes que el parlamento difirió registrar dos años por envidia de los honores y privilegios concedidos á este nuevo cuerpo.

La academia se componia de cuarenta miembros con un director, un canciller y un secretario: eleccion poco numerosa y á veces notable. Los académicos no debian ocuparse más que en perfeccionar la lengua y examinar los libros sometidos á su juicio. Tenian, pues, un estremado cuidado en escribir correctamente, pesando el método, el estilo y cada espresion: un miembro les propuso jurar no emplear nunca una palabra que hubiese sido desechada por pluralidad de votos. Pronto renunciaron á los discursos que pronunciaban todas las semanas, discursos tan fútiles como los de las academias italianas, para ocuparse de la gramática, y sobre todo del diccionario. Chapelain redactó su plan; Vaugelas obtuvo su direccion, y se propuso por modelo el *Vocabulario de la Crusca*; pero para no hacerle demasiado voluminoso suprimieron los ejemplos, fundándose en la autoridad de cerca de veinte y seis prosistas y de veinte poetas: aun hicieron más, ateniéndose á la costumbre con respecto á las espresiones y frases que era necesario rechazar, aunque escritas, ó adoptar si bien carecian de ejemplos; de esta manera merecieron que su diccionario fuese generalmente aceptado como ley para el idioma (11).

Entonces publicó Vaugelas sus *Observaciones sobre la lengua francesa* (1649) en número de quinientas cuarenta y siete, que no trataban de errores groseros, ni de locuciones que se puedan encontrar en autores afamados. Adopta por tipo el lenguaje «de la parte más sana de la corte, unido al modo de escribir de los mejores autores contemporáneos.» Se debe, segun él, recurrir á los autores para establecer incontestablemente el buen uso, pero la corte contribuye á ello mucho más que los libros, porque muchas cosas que se dicen en ella faltan en éstos; los clásicos son un gran socorro para escribir, pero los que saben hablar bien lo consiguen mejor. Con respecto á él, confiesa haber aprendido la lengua frecuentando la corte: dice, con respecto á *insulter*: «Espresion muy nueva, pero escelente para espresar lo que significa. Coeffetau la ha visto nacer poco antes de morir, y recuerda que le agradaba mucho, que queria servirse de ella, pero que no se atrevió, por su poco uso, tan escrupuloso era en aceptar una espresion que no estuviese sancionada por la costumbre. Auguró bien de ésta y predijo lo que ha sucedido.» Por esto se conocerá cuánto se pesaban entonces las palabras, en oposicion al neologismo reinante. Vange-

(10) Decia que cada periodo cortado de un libro, aumentaba su valor en un luis, y cada palabra en veinte sueldos.

(11) Bossuet decia, en su discurso de recepcion en la Academia: «Al uso se le llama, con justo motivo, el padre de las lenguas: el derecho de establecerlas y el de regularizarlas no se ha disputado nunca á la generalidad; pero si bien es cierto que esta libertad no quiere trabas, sufre, sin embargo, que se la dirija. Ahora bien, la Academia francesa puede considerarse como un consejo permanente y regular, cuyo crédito, apoyado en la aprobacion pública, puede reprimir las estravagancias de la costumbre, y moderar los desarreglos de este imperio demasiado popular. La lengua francesa debe tener la osadia que conviene á la libertad, mezclada con el criterio que procede del juicio y de la eleccion. La licencia debe disminuirse con los preceptos; pero debe tenerse cuidado, que una regularidad demasiado escandalosa, ó una delicadeza muy muelle no apague el fuego de la imaginacion, y debilite el vigor del estilo.»

las discutia si se debia decir *affable*, *euvieillir*, *insidieux*, *inconduite*, *minuite*, y si *rebrousser chemin* era una espresion innoble. Menage en sus *Ortgenes*, se apoyaba demasiado en los autores antiguos en contra de la naturaleza de una lengua viva. La gramática de Lancelot es más bien un tratado sobre la filosofia de las lenguas en general.

Aunque se temiese que cribando de esta manera la lengua se perdiesen muchos granos de oro en la paja, y que la pureza perjudicase á la originalidad, sostuvo en su vuelo á los talentos elegidos. Consideráronse inmutables las leyes de la gramática y del gusto como las de la naturaleza. Quísose que el estilo fuese puro, claro, fácil, sencillo, y que un buen escritor no se separase nunca de las reglas de la lengua materna. Las traducciones contribuyeron mucho á perfeccionarla, en atencion á que, á ejemplo de Amyot, no se trataba tanto de hacerlas fielmente como legibles, dándoles la facilidad y el encanto de los escritos originales.

El francés de Montaigne se encuentra mezclado de latin, griego, italiano, gascon y está castigado para elevarle á la dignidad de lengua. Malherbe se dedicó á purgarlo del gascon, librarle de los idiotismos tomados de los diferentes dialectos para reducirle solamente al idioma parisiense. Vaugelas le dió la precision, Balzac la elegancia: sin embargo, su perfeccion debia ser obra no de los gramáticos, sino de los pensadores; pues el arte de escribir es el arte de pensar. Aunque esmerado, Descartes se detiene demasiado en su frase rotunda y clara, y acumula las conjunciones. Las *máximas* de la Rochefoucauld, si se ha de creer á Voltaire, «acostumbraron á pensar y circunscribir la idea á un círculo vivo, preciso, delicado, mérito nuevo en la Europa después del renacimiento.» Pascal escribió con perfeccion, hasta el grado de leerse aun su libro cuando el fondo de él ha perdido todo su interés. A pesa rde sus muchas correcciones (12), se le ha hecho un cargo de ciertas inadvertencias, se complació, no obstante, en imitar lo natural, en hacer lo contrario de lo que hacian los que ostentaban la elocuencia, y esclamaba: «Cuando se ve un estilo natural, admira y arrebata.» En el suyo, en efecto, el fondo y la forma están indisolublemente unidos, hasta el punto de no formar más que un todo lo verdadero y lo bello. Espresiones claras, pintorescas, con medida, más precisas que brillantes, se unen á una energia apasionada, y se aplican á grandes ideas y no á puerilidades. Nos agrada aun más en sus *Pensamientos*, en los que la exaltacion de su imaginacion añade magnificencia al lenguaje, y le proporciona el mérito del efecto (13). Arnauld es abundante y hasta difuso; Nicole, elegante y agradable; los demás escritores de Port-Royal tienen un estilo juicioso y sano, que se dirige al fondo de las cosas, y descuidan los detalles para atender solamente al efecto saludable que pueden producir.

De esta manera se encontró establecida la lengua, tanto por parte de la razon como por la de la imaginacion; y aunque perdió, á fuerza de buen gusto, multitud de imágenes, espresiones, particularidades que tenian vida, se hizo natural, clara, regular, grave, precisa y llegó á ser universal. El padre Bonhours esclama: «Los franceses han encontrado el secreto de reunir la concision á la claridad y la pureza á la elegancia. El español se asemeja á los rios de aguas abundantes y agitadas, mal encerradas en su cauce de donde rebosan con frecuencia fangosas, el italiano á los arroyos que murmuran suavemente entre las rocas, serpentean entre las flores, y, sin embargo, crecen á veces hasta inundar los campos; pero el francés es uno de aquellos hermosos rios, que enriquecen los lugares por donde pasan, y que ni lentos ni precipitados deslizan majestuosamente sus aguas por un cauce siempre igual. La lengua española es una orgullosa que se dá importancia, ama el fausto y todas las cosas hasta el esceso; la italiana, una jovencita adornada demasiado sin pensar más que en agradar y deleitarse en bagatelas; la francesa, una mujer honrada, pero graciosa, sin nada de tosco ni áspero. El francés rechaza los diminutivos, no sufre las aproximaciones de la rima, las metáforas atrevidas en prosa ó verso, y la lengua de la poesia no difiere mucho de la lengua comun. Toda afectacion y esfuerzo repugna al buen estilo. El que quiera hablar bien el francés no debe querer hablarlo demasiado bien. Detestando nuestra lengua los escesivos adornos, quisiera palabras casi desnudas, por amor á la sencillez, y no se se adorna sino cuando la necesidad y la decencia lo exigen.» (14)

Este era el instrumento de la literatura del siglo

(12) Pascal rehizo hasta trece veces una de sus *Provinciales*. Sacy tuvo valor de principiar dos veces su version de la Biblia: la primera porque le pareció demasiado florida; la segunda demasiado sencilla. Vaugelas trabajó veinte años en la traduccion de Quinto Curcio.

(13) Véase la opinion de Pascal sobre el estilo: *Il faut se renfermer le plus qu'il possible dans le simple naturel; ne pas faire grand ce qui est petit ni petit ce qui est grand... Il faut qu'il y ait dans l'eloquence de l'agréable et du reel? mais il faut que cet agréable soit reel... Quand on voit le style naturel, on est tout etonoré et ravi; car on s'attendoit de voir un auteur, et on trouve un homme... Les meilleurs livres sont ceux que chaque lecteur croit qu' il aurioit pu faire. La nature, qui seule est bonne, est toute familière et commune. Je haïs les mots d'enfleure.*

Y para que el descuido no hallara en esto un pretesto, añade: *Ce qu'on appelle parler naturellement, quand il ne s'agit pas d'un mouvement inmediat et d'un cri de passion, mais d'une expression aussi fidele que vive dans une longùa suite d'idées et de verités, doit s'entendre d'une nature deja tres-travaillée et rectifiée. Il y a necessité pour l'homme de travailler en ce sens comme un toute chose, s'il veut ressaisir le plus possible de sa nature d'autrefois; il lui faut reconquerir le parole; j'entends toujours celle parole fondée à la pense, à la verité.*

(14) *Pasatiempos de Arisio y Eugenio sobre la litera-*

de Luis XIV. Antes del siglo XVI las ciencias y las letras tenian escasa influencia en los negocios públicos: las revoluciones eran determinadas por las pasiones de los príncipes y de los pueblos, al paso que los literatos, cuyos trabajos ofrecian pocas ideas aplicables, no se comunicaban con el público sino por medio de los libros. Los hombres de Estado, los que se entregaban á los negocios políticos, no tenian, por lo demás, tiempo para dedicarse á las doctrinas; y la literatura se consideraba no como un instrumento poderoso, sino como un agradable pasatiempo. Con Richelieu comenzaron las letras á generalizarse: por esta razon trató de sujetarlas á su voluntad. Sin embargo, los primeros escritores conservaron la independencia de hombres que saben obedecer al poder sin adularle. Llegaron á ser un arma en tiempo de la Fronda; luego el amor á la tranquilidad y el reconocimiento al que la procuraba, hicieron hallar gloria en contribuir á la del monarca; los mismos que no le adulaban, le tributaban elogios.

Después de haber comenzado pedantescamente y sacrificado, á imitacion de los autores antiguos y extranjeros, los sentimientos y los recuerdos nacionales, la literatura francesa mezcló las ideas naturales á las adquiridas, así como se colocaba la peluca sobre la heroica armadura del rey. En fin, se creyó que lo natural y la verdad eran las primeras cualidades del estilo, ora en la majestad oratoria, y sin embargo, libre de Bossuet, ora en el estilo graciosamente caprichoso de madama de Sevigne. Al ampuloso Balzac y al insípido Voiture sucedieron los *Tratados morales* de madama de Lambert, las *Memorias* de madama de Motteville, y la admirable facilidad de Molière y de la Fontaine. El imperio de las mujeres, á quien la mayor parte de los escritores sometian sus obras antes de publicarlas, contribuyó mucho, sin duda, á aquel resultado. De aquí nació, pues, una literatura nacional enteramente particular, á la cual la correccion de las formas, y algunas reminiscencias no despojaban de la originalidad. Una vez que repudió los defectos de la Edad Media, las trabas escolásticas en las obras de raciocinio, y lo fantástico en las de imaginacion, evitó todo lo que era embarazo ó superfluidad, y obtuvo la aprobacion general de las gentes de gusto.

Los progresos que la literatura francesa habia hecho hasta entonces, ó que debia hacer, están marcados por Fenelon á pesar de que exagera un tanto en su discurso de recepcion en la academia en 1693: «Desde que hombres instruidos y juiciosos se han remontado á las verdaderas reglas, no se abusa ya, como en otro tiempo, del talento y de la palabra. Se ha adoptado un método de escribir más sencillo, más natural, más breve, más enérgico, más exacto: no se estudia la espresion sino para darle toda la fuerza de las ideas, y no se admiten más que ideas verdaderas, sólidas, concluyentes en el asunto. La erudicion, tan fastuosa en otro tiempo, no se muestra sino en caso de necesidad; ocúltase el talento, consistiendo la perfeccion del arte en imitar sencillamente la naturaleza, confundiéndose con ella... Se ha conocido que el estilo florido, por suave y agradable que sea, no puede ser nunca superior al género mediano, y que lo verdaderamente sublime no se encuentra más que en la sencillez... Se conoció que se debia escribir como pintaban Rafael, Corregio y Pousia; no para buscar los efectos maravillosos, y hacer admirar á la imaginacion, divirtiéndose con el pincel, sino para representar á la naturaleza. Se reconoció igualmente que las bellezas de los discursos se asemejan á las de la arquitectura....: no se debe admitir ninguna parte sólo como adorno, si no se dirige á las bellas proporciones, convirtiendo en ornato todas las partes necesarias para sostener el edificio. Así es, que suprimen de un discurso todos los adornos afectados que no sirven ni para ilustrar lo que está oscuro, ni para describir con viveza lo que debe ponerse á la vista, ni para probar una verdad con diferentes giros sensibles, ni escitar las pasiones, que son las únicas capaces de interesar y persuadir al auditorio, pues la pasion es el alma de la palabra.»

El mismo prelado, aunque permaneciendo fiel á la pureza clásica, que es el carácter de aquella época, se atreve en una carta á la academia á hacerse innovador como en política, y considera no sólo lo pasado del arte sino su porvenir. Se queja de que la correccion destruyó las osadias, encontrando que tan apropiada como es á los discursos de los doctos, otro tanto ha hecho perder á la lengua en las obras de imaginacion. Echaba de menos ciertas espresiones reprobadas como antiguas, aunque necesarias, como tambien los diminutivos y los términos de afecto; indica los diferentes trabajos que se deben hacer en la gramática, en la retórica, en la poesia, en la historia, adelantándose á todo lo que se ha hecho después como más atrevido (15).

Nosotros, para quienes el título de poeta es de aquellos que es preciso hacerse perdonar; con trabajo podemos figurarnos á Arnauld de Andilly haciéndose repetir hasta tres veces por Boileau, su sátira contra la rima; ni como la Fontaine y Molière y otros sabios quedaron atónitos, como

tura. El padre Bonhours creia que los jansenistas, que habian estudiado por Balzac, amaban demasiado el período redondeado y las frases mordaces; pero Barbier de Ancourt le replicó revelándole los vicios de su modo de escribir; y en efecto, no tiene vigor ni verbosidad. Da pruebas de un gusto delicado en el *Modo de pensar bien*, atacando todo lo que es afectado.

(15) Escelentes críticas hizo, aunque severas, el jesuita Rapin en sus *Reflexiones sobre la elocuencia y la poesia;* toma con frecuencia malos ejemplos del Tasso, á quien le hace un cargo por carecer á veces del carácter grave y majestuoso que conviene á la epopeya.

si fueran á presenciar la solucion del problema del mundo, esperando el consonante de aquel verso *Dans mes vers reconnus mettre en pieces Malherbe;* y cuando continuó: *En transposant cent fois et le nom et le verbe*, La Fontaine batió palmas y exclamó: *¡Bravo! dichoso vos, daria la mejor de mis fábulas por haberlo hecho yo.* Después se discutió largamente en la corte, en la academia y en los círculos, sobre si debia decirse: *De Styx et d'Acheron peindre les noirs torrents, ó Du-Styx, de l'Acheron peindre les noirs torrents.*

Cuando la correccion pareció el mayor mérito no debe causar admiracion que el genio fuese colocado en segundo lugar, y que resultase más arte que entusiasmo, más gracia que poder. El siglo más floreciente no produjo una epopeya, porque las tradiciones de la Edad Media y del cristianismo habian sido abandonadas como menos propias á este pulimento superficial. En medio de aquella esplendidez y tranquilidad faltaba la inspiracion, que en otro tiempo habia animado á los bardos y trovadores. ¿Cómo hubiera sido posible sin el sentimiento de la naturaleza, observando el mundo abstracto y no la realidad, las figuras generales más que los individuos, cómo hubiera sido posible elevarse al género lírico?

J. B. Rousseau, 1670-1741.—Juan Bautista Rousseau compuso con arte y elegancia odas en metros muy variados, pero que carecian de entusiasmo. Componian himnos sagrados que se le encargaban para la corte, y hacia para la ciudad obscenos epígramas á los que llamaba *Gloria Patri* de sus salmos. Frecuentando los cafés y las antecámaras todo lo sacaba del trabajo, nada de la inspiracion. Dice en una carta á Brossette que «sólo la espresion hacia el poeta, y no el pensamiento que pertenece al filósofo y al orador.» Su siglo le ha denominado *grande*: el nuestro le ha considerado como el *poeta menos lírico de la época menos lírica*; pues no sabe elevarse sino apoyándose en los pensamientos ajenos, que se apropia sin escrúpulo. Sus composiciones piadosas es lo mejor que ha hecho; pero habiendo comparecido ante los tribunales como libelista, condenado por haber sobornado testigos, su talento degeneró en el destierro, y murió treinta años después confesándose inocente.

La-Fontaine, 1621-95.—El mayor poeta de aquel siglo es tal vez Juan La-Fontaine de Chateau-Thierry. Después de haber recibido una educacion muy descuidada, ensayó diferentes géneros. El rentista Fouquet le asignó 1,000 francos de pension á condicion de que pagaria cada cuarta parte con una composicion en verso. De esta manera se acostumbró á escribir poemas, canciones, dramas, segun lo exigia el momento, ó se le mandaba. Estas inspiraciones vilipendiadas le convirtieron en ídolo de los círculos de los buenos talentos, en los que se mostraba agudo, pero bueno, amigo de las mujeres y de la pereza. Habiéndole separado de esta beatitud la caida de Fouquet, se dedicó á componer fábulas, cuya primera coleccion publicó á los cuarenta y tres años. ¿Quién no creeria que es la obra de un jóven y el fruto de una inspiracion espontánea? Sus manuscritos están llenos de enmendaturas; y comparando la primera parte de la fábula titulada *La zorra*, *Las moscas*, y *El erizo*, se ve que sólo ha conservado dos versos en la version que ha hecho imprimir.

Este era tambien un ensayo como los demás, en los cuales prodigó su tiempo y talento; pues no tenia el secreto de su superioridad, ni nosotros tal vez. Continúa, sin embargo, y desarrolla mejor la fábula, comprendiendo que se adaptaba á todos los géneros, á todos los tonos, haciendo resaltar la moral en el mismo asunto, y no en una estrofa. Su gran mérito es el estilo, aunque incurra en lo insulso y en lo pastoril, se entrega á digresiones, no carece de ripios y á veces es pesado. No pretendió la originalidad, hasta copió todas sus fábulas, como tambien sus cuentos, que les son inferiores; pero observó con sus propios ojos la naturaleza humana, que hace obrar bajo la forma de animales ó plantas, mostrándola en todos sus aspectos con una malicia cómica, con una amable ironia, tanto más picante cuanto mayor es el aire de sencillez. Rie, y sin embargo afecta; se burla, y no obstante os causan compasion y una noble cólera aquellas injusticias sociales á que la costumbre hace indiferente. Inimitable en su sencillez, es citado en el uso familiar más que ningun otro autor, gracias á las verdades proverbiales en que abunda, y á la espontaneidad de la espresion. Su siglo no le apreció por lo que valia; apenas le nombra Mad. de Sevigné, y Boileau no habla de él en ninguna parte; pero Molière decia: «No nos riamos del buen hombre, tal vez vivirá más que todos nosotros.» La vejez no corrigió en La-Fontaine los gustos cínicos de sus primeros años; pero en fin, la amistad de Mad. de Hervart le hizo adoptar otros sentimientos y entregarse á la penitencia.

Boileau, 1636-1711.—Boileau (Nicolás Despreaux) de Crosne, que dispensó á sus contemporáneos el elogio y el vituperio, perfeccionó el método de Malherbe y permaneció siendo el dictador incontestable del Parnaso, mientras la poesia continuó apacentándose por el recinto de este monte. Su musa no palpita nunca bajo la influencia de sentimientos; razona, se burla, busca las perífrasis; pero nunca manifiesta compasion, ternura ni generosidad. Hace sonreir, admirar á veces, pero nunca conmueve. El arte de Boileau consiste en los detalles; salta de un párrafo á otro, sin darles trabazon; y al final de cada frase se encuentra un descanso no sólo del verso sino del sentimiento; es, por decirlo así, una inspiracion asmática. El mismo nos enseña que no trabaja en poco tiempo, sino que, por lo contrario, gastaba mucho de un verso á otro, y procuraba cuidadosamente el mejor método de concluir un hemistiquio. A veces de otros era de quienes tomaba toda su trama, aunque tejiéndola después á su modo con las ideas y estilo de su época. Se inspira tan poco en la naturaleza,

que *encuentra en un rincon de un bosque la palabra que le habia escapado* (16), la cadencia, la rima, la cesura le atormentan bajo la sombra de las selvas (17). De esta manera se vió debilitado á los cuarenta años, y pudo pasar los veinte y cinco restantes de su vida (18) en callar ó en pulir lentamente las composiciones que habia tenido el acierto de no publicar.

Si *el Lutrin* en que hay más poesia, es superior al poema de Tassoni (*La Secchia rapita*) por una feliz aplicacion de los pasajes clásicos, una delicadeza contínua, y la correccion, le cede bajo el aspecto de la concepcion, pues no es posible escitar el interés hácia aquellos canónigosque se maltratan por una cuestion de preeminencia en el coro, ni encontrar variedad en medio de las perezosas y glotonas costumbres de semejantes héroes.

Boileau representa, pues, el sentido comun sin grandeza, lo que le hace propio para la sátira y los preceptos. Las fluctuaciones y los sacudimientos de la Fronda, más bien penosos que funestos, habian acostumbrado á satirizar con política (1666), y Boileau pudo ponerse á la moda atacando las ridiculeces más que los vicios. Sus siete primeras sátiras manifestaron cuánto conocia el artificio de los versos, al cual no sacrificaba la sencillez de la espresion sujetándose al estilo intermedio que despoja la crítica de su aspereza, y no permite exigir demasiado.

Hizo la guerra, en su *Arte poético* á los defectos literarios dominantes. Nada se presta tanto á la sátira como el entusiasmo y la imaginacion. Apelando sobre todo Boileau al buen sentido, redujo la poesia al tono uniforme que otros alaban en él. Pero tenia, para ayudarse en esta senda, á la naturaleza de sus contemporáneos, que respirando sin cesar la atmósfera de la corte, debian adoptar una mediania elegante y civilizada. Desahogó su cólera sobre las versificaciones sin talento, sin otro objeto que hacer reir á sus espensas al monarca y á la alta sociedad. Castiga con una cólera necesaria tal vez á un mal inveterado, á aquellos poetas siempre amorosos (19); pero no se puede menos de compadecer al que se cree obligado á este oficio de verdugo. Señala verdaderos defectos en Chapelain, en Benserade, en la señorita de Scudery, pero sin remontarse al orígen, sin indicar los verdaderos remedios. Son malos; luego no hay bueno más que los antiguos y los que los imitan. Toda la Edad Media no existe para él, ni tampoco el renacimiento italiano. Recuerda que el arte dramático nació informe de los que representaban los misterios, y se felicita de que hayan abandonado aquella «piadosa imprudencia;» de que «hayan olvidado aquellos autores sin mision para dejar aparecer á Hector, á Andromaca y á Ilion;» y sin embargo, la mejor tragedia de su época es *Polieucto*. Tiránico en las sentencias que pronuncia, á veces caprichoso en sus preceptos, enseña á hacer el segundo verso antes del primero, con el objeto de que no

---

(16) *Se trouve au coin d'un bois le mot que m'avait fuit.*

(17) *Dans ces tranquilles bois, pour eux* (los poetas) *plantés exprés.*

La cadenèe aussitot, la rime, la césure,
La riche espression, la nombreuse mesure,
Sorcieres dont l'amour sait d'abord les charmer,
De fatigues sans fin viennent les consumer.

«En estos tranquilos bosques plantados por ellos, la cadencia, la rima, la cesura, la rica espresion y la numérica medida, hechiceras cuyos encantos conoce el amor; infinitas fatigas las consumen.»

(18) «Es preciso seguir á Boileau á su retiro de Auteuil para poder conocerle mejor; es preciso observar lo que hace y lo que deja de hacer cuando apenas contaba treinta años, abandonado á sí mismo, débil de cuerpo, pero sano de alma, en medio de una campiña risueña, para juzgar con mayor verdad y acierto sus producciones anteriores, y marcar los límites de sus facultades. ¿Y deberemos decirlo? En tan larga permanencia en el campo, víctima de las enfermedades del cuerpo, que purificando el alma la disponen á la melancolia y á la meditacion, ni una palabra brotó de sus labios, ni una línea, ni un verso trazaron sus manos que revelase la más mínima emocion, el sentimiento ingénuo y verdadero que inspiran la naturaleza y el campo. Cuida de la salud, trata á sus amigos, juega á los dados, y habla después de beber acerca de las novedades de la corte ó de la Academia; escribe á Racine que despierte su recuerdo en la memoria del rey y de la Maintenon, y le anuncia que está escribiendo una oda *en la que se aventura á hablar de muchas cosas nuevas; hasta de la pluma blanca que el rey lleva en el sombrero.*

»Boileau no es poeta, si este título se da sólo á los ingenios dotados de gran imaginacion y gran alma, no obstante, su *Lutrin* revela un talento capaz de invencion y de belleza pintoresca, aunque mal repartida. Es un talento sensato y delicado, pulido y mordaz, poco fecundo y brusco, pero agradable; observador religioso del buen gusto, buen escritor en verso, dotado de una correccion esquisita y un donaire ingenioso; fué el oráculo de la corte y de las letras de su época como era necesario para agradar á Patru, á De-Bussy de Agueseau, la Sevigné, Arnauld y la Maintenon, para imponer á la juventud de la corte, para tener contentos á los viejos, y ser tenido por un hombre de bien y de gran mérito. Es el poeta autor que sabe hablar y vivir, pero que nunca miente, que se irrita ante la idea de lo falso, que se entusiasma ante lo justo, y que tal vez por un sentimiento de equidad literaria llega á una especie de enternecimiento moral y de fúlgida irradiacion, como se advierte en la carta que dirigió á Racine. Este representa el lado sensible y voluptuoso de Luis XIV y de su corte, Boileau la gravedad constante, el buen juicio acompañado de la nobleza, el régimen decoroso, etc.» SAINT-BEUVE, *Críticas y retratos.*

(19) *Faudra-t-il de sens froid, et sans être amoureux,*
Pour quelque Iris en l'air faire le langoureux;
Lui prodiguer les noms de Soleil et d'Aurore,
Et, toujours bien mangeant, mourir par métaphore?
Sat. IX.

«¿Ha de ser preciso á sangre fria y sin estar enamorado, languidecer por algun Iris; prodigarle los nombres de Sol, Aurora, y siempre bien comido, morir por metáfora?»

parezca como acomodado. Su crítica siempre negativa señala los defectos, evita los errores; pero no siente con profundidad, ni enardece la imaginacion. Una rima feliz le entusiasma más que un pensamiento elevado, y sustituye la burla al sentimiento de lo bello. Más regular que Horacio, está bien distante de él en la seguridad de las transiciones. Horacio parece reirse jugando, al paso que se conoce el trabajo de Boileau; hasta siente la parcialidad; pues él, que nunca habló de La-Fontaine y confundió á Corneille con Chapelain, consolaba á Racine cuando el público aun no comprendia á *Fedra* y á *Atalia*; es justo decir en su alabanza que animó tambien á Molière, asegurando que su *encantadora ingenuidad* agradaria eternamente.

La elocuencia del foro estuvo bien distante de llegar á la dignidad que hacia admirarse en el púlpito. Se encontraba llena de erudicion sin motivo, prodigaba las alusiones mitológicas, las descripciones prolijas con mezcla de versos, y se espresaba con apóstrofes, desplegando todos su arrogancia. Se citan con elogio las tres memorias de Pellisson al ministro Fouquet, mezcladas de jurisprudencia y política, á la manera de Cicéron, pero en las que hay más sobriedad bajo el aspecto de los adornos y del arte. Patrú hizo hermosas defensas modelándose con arreglo á las arengas de Demóstenes y Lysias en los asuntos privados, y aún más con arreglo á los de Isco; pero sin adornos, figuras, ni lo patético, entran en materia sin preámbulos. Como los pronunciaba ante el parlamento, es decir, delante de personas instruidas en las sutilezas de las intrigas legales, no debia contar sólo sobre las palabras, sino proceder con prudencia y claridad, sin énfasis ni movimientos vivos. Aun se encuentra más en Maistre, tan célebre entre los solitarios de Port-Royal, pero demasiado se conoce que se ocupa de su auditorio y de su reputacion: si espone bien los hechos, cita demasiado, diserta, abunda en digresiones y parece ignorar que la fuerza consiste en la sencillez. Ahora bien, debe recordarse que una cosa faltaba á aquellos oradores, el pueblo, sin el cual no hay elocuencia.

Moralistas, Saint-Evremond, 1613-1703.— Con gusto se busca en los moralistas la descripcion de aquella época. Cárlos Saint-Evremond, hidalgo de Normandia, habia asistido á todas las guerras de su época; se formó durante su larga vida una brillante reputacion en la alta sociedad de Francia é Inglaterra, cortejando á las mujeres á la moda, principalmente á Hortensia Mancini, duquesa de Mazarino, y supo evitar el ridículo á pesar de sus cabellos blancos. A esta clase de existencia, más bien que á un mérito intrínseco, es al que debió la reputacion de sus escritos siempre frívolos, pero en los que domina el buen sentido. Refinado sin imaginacion ni sensibilidad, abandonándose á una tranquila indiferencia, se burla de las pretensiones de la academia de querer imponer una lengua; describe con agudeza la vanidad de la nobleza, y se rie de las interminables cuestiones de los jesuitas y jansenistas, con una independencia de imaginacion muy rara en su época. De esta manera refiere que un hidalgo ha adoptado el partido de los segundos, porque un jesuita ha desviado su pistola en el momento en que disparaba sobre un rival, y que los ha abandonado después porque un abate de sus partidarios hace la corte á una señora de quien está enamorado. Su crítica ataca á veces hasta las cosas más sagradas, pero sin llegar á la incrédulidad; pues dice «el más devoto no puede conseguir creer siempre, ni el más impio no creer nunca. En sus *Reflexiones sobre el génio del pueblo romano* se espresó con respecto al gran pueblo con una osadia no acostumbrada. Saint-Evremond es en suma uno de los representantes del buen sentido de entonces, que obraba contra el entusiasmo. Pero sus sátiras le produjeron frecuentes disgustos que por lo demás soportó con una alegria epicúrea.

La-Rochefoucauld, 1613-80.— Las *Máximas* del parisiense Francisco de La-Rochefoucauld son, segun el dicho de Rousseau, un «libro triste y desconsolador, sobre todo en la juventud, en la que no agrada ver al hombre tal como es.» Como habia tomado una parte activa en las intrigas de la Fronda, aquella ambicion sin grandeza, aquellos sacrificios sin nobleza, aquellas ampulosas palabras que cubrian miserables intereses personales, le habian acostumbrado á percibir segundos fines y motivos bajos hasta en la virtud. Descendió, pues (1665), de las ideas caballerescas de sus primeros años, á la fria moral de sus *Máximas*, que todas versan sobre este tema: *el amor propio es el motor de todas las acciones humanas*. Uno de los señores más distinguidos de la corte de Luis XIV escribió sin pedanteria gran número de observaciones, y las dió á luz sin trabazon; lo que hace que el filósofo se complazca en descubrir en ellas el encadenamiento que ha descuidado; el hombre de mundo encuentra con qué satisfacer sus hábitos de indolencia intelectual; el literato mide la frivolidad de la frase, su precision, su delicadeza, y el vigor con que todo lo ataca, dejando mucho á la penetracion del lector; es cierto que el deseo de la concision le hace á veces oscuro, y que tras el epígrama no se encuentran con frecuencia más que necedades. Con respecto al fondo, La-Rochefoucauld peca por querer generalizar demasiado, y ver el secreto del alma humana en lo que es el secreto de los partidos. No indigna, sin embargo, al lector tanto como Hobbes, pues no ataca á la virtud sino cuando la supone fingida; y hay muchas personas, que llegadas á cierta edad, dicen: *Tiene razon*.

Esta idea de la perversidad humana domina en otros por la religion. Así es, que Pascal en sus *Pensamientos*, juzga al hombre con una severidad que se creeria misantropia si no presentase la gracia para remediarla. Nicole predica tambien con una autoridad enteramente jansenista más bien que aconseja; razona más de lo que afecta; pero en

sus *Juicios temerarios*, en los *Medios de mantener la paz*, y en la *Union entre el amor propio y la caridad*, trata con delicadeza algunos puntos nuevos, y penetra hasta los repliegues del corazon (20).

La Bruyère, 1644-96.—Si la Rochefoucauld calumnia á la raza humana, La Bruyère maldice de ella y la pinta en sus *Caractéres* (1687) con colores sombrios, sin ilusion, pero sin sarcasmo. Los hizo preceder de los *Caractéres de Teofrasto*, con objeto sin duda de dar á conocer cuán superior le era. En efecto (sin detenerse en la diferencia de la política, de la religion, de la sociedad doméstica), el autor griego apenas bosqueja los retratos, y más bien en masa que por individuos, al paso que el escritor francés pinta con frecuencia individuos más bien que tipos, pero siempre con felicidad, de manera, que lisonjea á la malignidad, haciéndole hallar muchas aplicaciones y todas de actualidad. Hombre de buen sentido y de buen gusto como sus ilustres contemporáneos, choca por la vivacidad del estilo, lo repentino de la espresion, la reflexibilidad y concision de las frases, lo imprevisto de las antítesis, al mismo tiempo que sabe sostener á la imaginacion en espectativa por la variedad con que reproduce y clasifica los indefinibles matices de los sentimientos humanos.

Deben colocarse entre los moralistas á los muchos autores de *Memorias* en las que se encuentra reproducida á la sociedad con inimitable talento. Además de los que hemos mencionado, el cardenal de Retz ha escrito las suyas en un estilo animado, como uno de los actores del drama que describe: nótanse en ellas hermosos caractéres, una observacion fria, un talento fogoso y originalidad en la espresion.

Saint-Simon, 1675-1755.—El duque de Saint-Simon, cáustico y profundo, habia estudiado 60 años la corte y la sociedad. Cuando los demás nos presentan la admirada regularidad del reinado de Luis XIV, él nos manifiesta el movimiento confuso en el que se encontraba comprimida, pero no abolida la antigua constitucion, y donde sobrevivian las formas cuando habia perecido el talento. Sin dejarse deslumbrar por el gran rey ni corromper por la regencia, ama á los jansenistas, pero no quisiera verlos en el parlamento. Repugna el absolutismo, pero no admite las libertades sino en tanto que son aristocráticas. No ve más que la corte, y cree que la nacion no puede ser feliz sino con ella y por ella; se complace en recordar que Voltaire era hijo de su notario, y que le habia visto varias veces llevarle autos á firmar. Examinándolo todo con una curiosa atencion, consigue con la malignidad adivinar, aun cuando exagera. Así es, que presenta una série de cuadros admirables desde el rey hasta el criado, desde el general al confesor, desde el piadoso Fenelon al obsceno Dubois; mezcla todos los colores, y sin embargo los deja ver todos, describiendo con tanta más audacia cuanto que no creia publicar nada durante su vida (21).

Esta es la verdadera novela de la Francia, esta su historia; pues si se esceptúa á Bossuet, ha recogido pocas palmas en este género, como tambien en las obras de imaginacion.

Fontenelle, 1657-1757.—El último representante de aquel siglo fué Fontenelle, de Ruan, cuya vida fué más larga que la de ninguno de los literatos modernos, y permaneció pacíficamente el contemporáneo de tres generaciones. Sin ser gran escritor, evita los errores que engendran las pasiones y las preocupaciones; pero no puede concebir ni dar cima á un trabajo de cierto alcance. Lo mejor que ha dejado son los *Elogios* que hacia, como secretario de la academia, de aquellos de sus miembros que morian. Aunque no está exento de la mania de admiracion contagiosa en las academias, la sencillez de su exposicion le hace asemejarse á la veracidad. Tiene los conocimientos á la vez extensos y superficiales que necesita para desempeñar semejante tarea, y el buen sentido para rechazar la afectacion que otros consideran como inseparables. Fenelon habia compuesto los *Diálogos de los muertos*, en los que proponiéndose de una manera visible, como en sus demás obras de educacion, un objeto moral, no disimulaba en los reyes y héroes difuntos los vicios que queria corregir en los príncipes vivos. Fontenelle busca en los suyos lo inesperado y la paradoja: se dirige más que Luciano á los contrastes, uniendo á los personajes que tuvieron menos relaciones entre sí: se dedica á nivelar las desigualdades más chocantes y á encontrar nuevas escusas. Mas en esta indagacion de la novedad, no encuentra con frecuencia más que el sofisma, y no respeta siempre las leyes del gusto.

Fontenelle adelantó al siglo siguiente en el cuidado que tuvo en dar satisfaccion á la alta sociedad, emprendiendo iniciarla segun su gusto, con poco tiempo y trabajo, en los secretos de la naturaleza y de la antigüedad; empresa peligrosa, en atencion á que el solo adorno que conviene á las obras científicas es la claridad, el órden y la precision. Supo, sin embargo, en su *Historia de los oráculos* (1687), introducir el agrado en una mate-

(20) *Nunca se ha hecho la anatomia mejor del corazon humano que por estos señores.* SEVIGNÉ, carta 82, vuelve á tratar de esto con frecuencia y con particularidad en la carta 94: *Véase cómo debe considerarse el corazon humano y cómo todos se encuentran en él, filósofos, jansenistas, molinistas, y, en fin, todo el mundo. Lo que se llama buscar en el fondo del corazon con una linterna, es lo que él hace: nos descubre lo que sentimos todos los dias, y que no tenemos el talento de diferenciar, ó la sinceridad de confesar.*

(21) La primera edicion de las *Memorias* de Saint-Simon se hizo en 1789, con fecha de Lóndres, en tres tomos de trozos elegidos, que fueron seguidos de otros cuatro suplementarios; de modo que se resienten de confusion é inconexion, hasta que por fin en París se completaron y publicaron en 1821-31 (21 tomos en 8.º).

ria tan fastidiosa en Van-Dale. Sostuvo con vivacidad en las *Conferencias sobre la pluralidad de los mundos*, una opinion emitida ya por Campanella y por el cardenal de Cusa (22). Adopta por base los torbellinos de Descartes, aunque las grandes verdades astronómicas habian sido proclamadas ya, y paga tributo de cuando en cuando al naciente escepticismo. En vano se buscaria en esta produccion la profundidad de los diálogos de Galileo; pero seduce por lo extraño y maravilloso, y hace accesibles las cosas más abstractas. Ahora bien, á la perezosa vanidad le agradó encontrar medios fáciles de ostentar saber. La mezcla de ciencia y de galanteria que se encuentra en él era del gusto del siglo, y los cumplimientos que el autor dirige á la dama de quien se figura profesor, parecerian insulseces, si no manifestase que las merece por las bien entendidas objeciones que le dirige.

La reputacion de Fontenelle fué siempre aumentándose, á medida que los hombres superiores se disminuian y que el talento reemplazaba al genio. Frio con deliberado propósito, juzga de una manera desgraciada las obras de sentimiento y de imaginacion. Aunque desprovisto de genio, formó una escuela que tuvo mucha influencia sobre la generacion siguiente, aplicando el arte del estilo á la ciencia, y la duda filosófica á las bellas letras; pero agrada recordar que decia en sus últimos momentos: «He nacido francés, he vivido cien años, y muero con el consuelo de no haber ridiculizado en lo más mínimo la más pequeña virtud.»

(22) *Suspicamus, in regione solis magis esse solares claros et illuminatos, intellectuales habitatores, spiritualiores etiam quam in luna, ubi lunatici, et in terra magis materiales et crassi, ut illi intellectualis naturæ solares sint multum in actu et parum in potentia, terreni vero magis in potentia et parum in actu, lunares in medio fluctuantes*, etc. CUSANUS, apud WILKINS, p. 103.

CAPÍTULO XIV

LENGUAS MUERTAS. — CRÍTICA.

De esta manera algunos escritores se abandonan á lo natural procurando pintar á la sociedad en un estilo sin aderezo; otros pulimentan el suyo con un cuidado no disimulado, pero todos profesan la misma veneracion hácia los antiguos. Acordes todos en los principios del arte, no disputan sobre los modelos, sino que los estudian; la razon dicta leyes á la imaginacion y se hace consistir en espresar en el más perfecto lenguaje las ideas más generales. Aunque el predominio de las lenguas vivas distrajese del estudio de las lenguas muertas que entraban de nuevo en el campo de la crítica, no faltaron personas estudiosas que las cultivasen con ardor.

Latinismo.—El estudio del latin con la idea de imitar á los clásicos comenzó con Petrarca. En su siglo y en el siguiente se trabajó mucho con poco resultado, en atencion á la falta de medios para distinguir lo que era puro de lo bárbaro. En tiempo de Policiano se hizo aun más, se conoció más á los autores antiguos, se les estudió mejor; llegó después la época de Bembo, de Sadoleto, de Manucio, cuyos trabajos, en union de los de Roberto Estienne y Nizolio, dieron á la espresion correccion y delicadeza. Ya hemos hablado de la *Historia de la guerra de Flandes*, de Famiano Estrada, y de la de las Indias, por Maffei de Bérgamo, que para no alterar la pureza de su diccion, obtuvo recitar el breviario en griego. Pero cuando tanto él como Muret murieron, volvieron al mal camino á pesar de los esfuerzos de Justo Lipso, de Escalígero, de Grocio, y se puede juzgar por los *Suplementos* de Tito Livio de Freinsheim cuanto se habia degenerado del rigor del siglo anterior.

El latin se empleó en varias controversias de la época; pero estuvo sobre todo en moda en la versificacion. Por esto es por lo que casi todos los poetas de aquel siglo se ensayaron en aquella lengua. En otra parte hemos hablado de Masenio, tambien haremos mencion de los italianos Ceva y Sergardi: apenas, segun se asegura, se podian distinguir las composiciones de este último de las de los satíricos latinos. Podríamos citar además á Averani de Florencia, á Capellari, y á Strozzi, que cantó el chocolate.

Entonces renacieron todas las dificultades pueriles de los acrósticos, de los versos que formaban figuras y de los enigmas. Baltasar Bonifacio publicó en Venecia un *Musarum liber ad dominicum Molinum* (Finelli, en 4.°) que contenia veinte y seis páginas impresas y veinte y dos grabados, que representan estos objetos: *Turris*, *Clypeus*, *Columna*, *Calaria*, *Clepsydra*, *Fusus*, *Organum*, *Securis*, *Scala*, *Cor*, *Tripus*, *Cochlea*, *Pelius*, *Spathalion*, *Rastrum*, *Amphora*, *Calix*, *Cubus*, *Serra*, *Ara*. La coleccion de Caramuel (Roma, Falconi, 1663, en fol.) es aun más considerable: de ochocientas treinta y cuatro paginas, veinte y cuatro están grabadas. Se leen al frente de ella: *Primus calamus ob oculos ponens metrametricum, quæ variis curentium. recurrentium, ascendentium, descendentium nec non circonvalentium verum ductibus, aut œri incisos, aut buxo insculptos, aut plumbo infusos, multiformes labyrinthos exornat.* Comprende ocho partes: *Prodromus, Apollo arithmeticus, Apollo cetricus.., Anagrammaticus.. Analexicus... Centonarius.... Poliglottus... Sepulcralis.* Un jesuita tuvo la feliz idea de componer este verso:

Tot tibi sunt dotes, Virgo, quot sidera cœlo,

que admite tres mil trescientas variaciones, conservando el metro; y Hericio Puteanus empleó cuatro páginas completas en semejantes combinaciones.

La Francia cita la *Callipedia* de Claudio Quillet; Menage, Fraguier, La Rue y el cardenal de Polignac, son escritores que no carecen de gracia. Hay

más talento en Renato Rapin que cantó los *Jardines* en tres mil versos, virgilianos en su espresion, con cadencias tan graciosas como su asunto; y es, segun nosotros, superior á Delille en la variedad de las descripciones. Santeuil celebraba las victorias del gran rey, y componia inscripciones para sus monumentos.

Academia de inscripciones y bellas letras.—Cuatro miembros de la Academia de Ciencias eran elegidos comunmente por el ministro, para esta tarea y para preparar los proyectos de medallas y divisas para las fiestas de Versalles. Esta comision fué después organizada en 1701, y el número de sus miembros ascendió á cuarenta. Adoptó entonces el nombre de Academia de las Inscripciones y Bellas letras, y no contribuyó poco al progreso de los estudios clásicos.

La crítica gramatical se habia elevado á una notable altura, gracias á los trabajos de Gaspar Scioppio y Gerardo Vossio. El primero, en guerra con todo el mundo, con los protestantes á quienes habia abandonado, y con los jesuitas á quienes no queria ceder, consumió sus fuerzas en sátiras y en cuestiones. Escribió una severa crítica de Ciceron; su *Grammatica phylosophica* (1628) que publicó en Milan, no ofrece (caso poco raro) filosofia más que en el título. No se separa de los errores comunes escepto en lo tocante á colocar entre los verbos los gerundios y los supinos. Escribió contra Estrada, á quien detestaba porque era célebre, la *Infamia Famiani*, señalando en sus obras varias espresiones bárbaras; además en el *Judicium de Stylo historico* hace el cargo de barbarismos á Justo Lipsio, á De Thou, á Casaubon, y otros escritores del otro lado de los Alpes, sin perdonar tampoco á Manucio y á Maffei.

Gerardo Vossio contribuyó más que ningun otro á la correccion con su *Aristarchus sive de arte grammatica*, y con un repertorio de palabras empleadas por los modernos, aunque no autorizadas con el título *De vitiis sermonis et glossematis latino-barbaris* le añadió los *Falso suspecta*, que reprobaban los pedantes, pero que sin embargo apoya; puede verse en ellas cuántas espresiones habia condenadas por los latinistas, porque no las encontraban en Ciceron.

Los jesuitas se manifestaron escritores castigados en latin, aunque incurren en la declamacion, defectos propagados tal vez en aquella órden por la costumbre de enseñar desde la primera juventud. Entre sus numerosos libros de educacion, no podemos pasar en silencio las *Prolusiones* de Famiano Estrada. Son preceptos y ejemplos de retórica, en los que se nota entre otros este dificil certamen: finge una reunion en la cual los hombres más instruidos del siglo anterior tienen que recitar una composicion imitando á algunos de los mayores poetas latinos. Giano Parrasio imita á Lucano; Bembo á Lucrecio; Castiglione, á Claudio; Hércules Strozzi á Ovidio; Andrés Navagero á Virgilio; Querno, *instrumento de placeres eruditos* de Leon X, improvisa bufonadas. Sea cual fuere el éxito que obtuvo, es preciso estar muy familiarizado con los clásicos para pretender imitar el estilo de cada uno de ellos.

Los jansenistas de Port-Royal quisieron tambien rivalizar bajo este aspecto con los jesuitas; y las gramáticas latinas y griegas de Lancelot fueron recibidas por todas partes como las mejor concebidas, las más sencillas y que proporcionan diferentes ejemplos, aunque no carezcan de errores.

Semejantes socorros permitieron mejorar las ediciones de los antiguos. La Alemania, que debia después dejar atrás á todos los demás paises, leia entonces á los clásicos en las traducciones francesas; y apenas puede citar á Ezequiel Spanheim, comentador de los *Césares* de Juliano. La Inglaterra, ademas de talentos inferiores, produjo á Ricardo Bentley, hombre de una erudicion inmensa y bien aprovechada: vivo y político en su estilo, jovial en caso de necesidad, dispersó de repente á sus contemporáneos, poco acostumbrados á una guerra tan terrible y leal á la vez. Esta clase de estudio floreció tambien en Holanda, donde Daniel Heinsio ejerció con menos frivolidad que de costumbre, sujetándose á juiciosas observaciones, una buena crítica sobre los autores. Tambien Grocio, muy hábil en ilustrar á un autor con otro, procuró varias buenas ediciones. Gaspar Barth hizo en la *Adversaria* infinidad de importantes anotaciones aunque sin trabazon.

Periódicos.—Ya hemos tenido ocasion de mencionar un género nuevo de literatura que pronto debia adquirir gran importancia para las letras. Dionisio de Sallo, miembro del parlamento de París, publicó el lunes 5 de enero de 1665, su primer número del *Diario de los sabios*. Continuó dando á conocer los progresos de las ciencias y de las letras insertando noticias cortas, la mayor parte laudatorias. Sin embargo, su tono dictatorial y la osadia de sus opiniones le atrajeron enemigos, y se pretendió sujetarle á la censura; no queriendo sufrir esta condicion, cedió su periódico á Gallois. Como este último se ocupaba más de las ciencias que de las letras, fundó Visé el *Mercurio Galante* para la poesia y el teatro. Pronto este método de conversar continuamente con el público, someterle sus ideas hasta sin union y sin haberlas meditado, pareció cómodo y agradable á la vez.

Contábanse en Francia á principios del siglo XVIII cuatro periódicos, los dos de que se acaba de hablar; además los de *Trevoux* y *Verdum*, que salian una vez al mes. No hay que figurárselos parecidos en nada á los representantes de la literatura militante del dia. Considerándose por su privilegio como órganos de la autoridad pública, tenian cuidado de no chocar con los autores; limitábanse, pues, á dar un resúmen claro é imparcial de la obra, evitando formular un juicio, escepto alguna de las frases de política que el amor propio de autor se complace en interpretar como elogios. Se hubiera creido, principalmente en las

composiciones teatrales, atentar á la propiedad del autor emitiendo un parecer que no favoreciese la obra; y así era que sólo se daba un análisis, tal como le enviaba el mismo escritor, reservándose los demás el formar su juicio para cuando cayesen bajo el dominio de los salones. Esta política de la crítica degeneró en insipidez.

El *Periódico de los literatos* comenzó á salir en Roma en 1668, bajo la direccion de Francisco Nazario, de Bérgamo; fué interrumpido en 1679, después volvió á aparecer en 1686, dirigido por Benito Bacchini, de la aldea de San Dionisio, que le redactaba casi solo, tratando en él materias muy variadas; habia empezado á salir otro á luz en 1671 en Venecia, donde tuvieron tambien orígen las hojas políticas que de la moneda que costaban se les llamó *gacetas* (1).

En Alemania las *Actas de Leipzig* comenzaron en 1682, pero en latin, y ocupándose más de lo pasado que de lo presente. El *Mercurio sábio* de Amsterdam vivió poco y con una existencia débil. La Alemania tuvo otros dos periódicos en aquel siglo, la Inglaterra tres. Aun parecia extravagante á los sábios ser juzgados por personas inferiores á ellos, resultando de ahí clamores y verdaderas luchas; pero otros reconocieron qué ventajas era posible sacar. Sobre todo en Holanda, empleaban tanta erudicion en aquellas hojas, como en el dia en grandes tomos, y para hacerlas más populares se las redactaba en francés. Bayle comenzó á publicar en 1684 las *Noticias de la república literaria*, en la que manifestó muchos conocimientos, agudeza, penetracion, vivacidad, y la osadia en decidir que tanto deslumbra á los eruditos á la violeta. Tuvo por émulo en Amsterdam á Leclerc, que publicó la *Biblioteca universal*, desde 1686 hasta 1693, en cuya época le sucedió la *Biblioteca selecta* que duró desde 1703 á 1713. Se encuentra en ella una eleccion juiciosa, análisis leales: sus juicios son buenos y completos cuando las preocupaciones religiosas no los alteran. El *Polyhistor*, de Morhof (1689), y los *Juicios de los sábios*, de Baillet (1685), pertenecen á la crítica, aunque los numerosos plagios hagan desaparecer casi la parte original. Los preámbulos de esta última coleccion se insertaron casi en su totalidad en el *Diccionario enciclopédico*, sin indicar siquiera que se le agradecia.

Hubo tambien abundancia de *Miscelánéas literarias*, género de colecciones más propias para el hombre de la alta sociedad, que los libros sistemáticos, pues proporcionan asuntos de conversacion y distraccion, como sucede con las memorias, las cartas, los viajes y los diálogos. *Las Ana* son colecciones de dichos de personajes célebres, como Escalígero, Perron, Pitheo, Naudé y Casaubon; las más conocidas de aquella época son las de Menaje (*Managiana*), á las cuales se han añadido otras de diferentes orígenes, y las *Miscelánéas de historia y de literatura* por Vigneul de Marville, pero escritas por el benedictino Argonne, que más seguro bajo este disfraz, manifestó muchos conocimientos en la literatura. Los demás críticos son inferiores á Claudio Saumaise (*Salmasius*), que dotado de una gran memoria, enriquecida con un trabajo solitario, llegó á ser casi su tipo. Pero su superioridad le hizo presuntuoso, y llegó hasta escribir sin reparos ni reglas. Dice en los *Plinianæ exercitationes* (1629), que después de haber estudiado mucho tiempo á Plinio, encontrando el campo demasiado extenso, se ha sujetado á Solino, su compilador. Este fastuoso título cubre, pues, la miseria. Sostuvo una polémica animada con Milton, en quien encontró un adversario muy superior á él.

Juan Federico Gronovio de Hamburgo fué el que más se aproximó á Saumaise. Educado en las universidades de Holanda, se dedicó principalmente á corregir á los clásicos latinos; y la mayor parte de las notas á las *Editiones variorum* son suyas. Fueron publicadas después de 1660 en aquel pais de la erudicion, escogiendo lo mejor que hábia en las ediciones anteriores, sin conceder siempre, sin embargo, el juicio y el respeto convenientes, y desdeñando como una pequeñez dar explicaciones del sentido literal. Grevio trabajó tambien en ellas; y luego recogieron ambos, aunque con gran trabajo, los tratados de diferentes autores sobre las antigüedades griegas y romanas.

Siguiendo Luis XIV el consejo del duque de Montausier, y recayendo la eleccion en Huet, hizo hacer, para uso del delfin, ediciones con una glosa continua de los poetas, y notas para ilustrar lo que escedia de una capacidad mediana. Por esta razon están llenas de cosas superfluas y de distinto mérito, pero redundaron en beneficio comun.

Tanneguy Le-Febvre (*Tanaquillus Faber*), hombre seguro de sí, que no temia pasar por paradógico, ha hecho tambien ediciones apreciadas. Enrique Valois, poniendo notas á Ammiano Marcellino y á otros más, se ha colocado en la categoria de los más distinguidos. Luis Cousin estendió el campo de la erudicion, aplicándole á los escritores del Bajo Imperio.

El celo clásico era tal en Francia, que todos los grandes escritores se complacian en ser comparados á alguno de los antiguos, ó se esforzaban en imitarlos. Molière estudiaba á Lucrecio, y se proponia por modelos á Plauto y á Terencio. Rousseau buscaba inspiraciones en Píndaro; Boileau les dictaba las leyes establecidas por Horacio, y criticaba las costumbres á la manera de Juvenal; Racine se formaba con arreglo á los *Amores de*

(1) Marsand cita en los *Manuscritos italianos de las bibliotecas reales de Paris*, en el número 869, «á un aficionado curioso de novedades que en 1571 hacia trascribir aquellos artículos de las gacetas ó periódicos publicados en las diferentes ciudades de Italia:» ahora bien dice, que existen novecientos en la Biblioteca real. Esta debe ser una de las muchas inexactitudes de aquel libro.

Teagenes y *Chariclea;* La Fontaine, con arreglo á Platon y á Plutarco, reproducia á Fedra, y decia tener sin cesar en la mano á Horacio, Homero, el Ariosto y el Tasso (2). Todos conservan, no obstante, una fisonomía propia. Hacen, si se puede hablar así, imitaciones originales, y Bossuet no es Juan Crisóstomo, Racine, Eurípides, ni Boileau Horacio.

Los antiguos y los modernos.—El culto hácia los antiguos produjo una cuestion muy acalorada, la de la preeminencia entre ellos y los modernos. Con respecto á las ciencias y á la filosofía, sólo los pedantes podian vacilar. ¿Pero encontraban los antiguos rivales entre los modernos que les igualasen en la bella diccion, en la elocuencia y en la poesía? Irritado Desmarest, autor del Clodoveo de que Boileau habia despreciado su poema, publicó una *Comparacion de la lengua y de la poesia francesa con la de los griegos y latinos*, en la que maltrataba á Horacio y á Virgilio, comparándose á Tamerlan, vencedor de Boyaceto. El arquitecto Perrault dió á luz un paralelo de los antiguos y modernos en las artes y ciencias, diálogos en los que, manifestando bastantes conocimientos y habilidad, coloca á Atenas inferior á Versalles, á los antiguos pintores inferiores tambien á los de Italia, y trata con bastante severidad á Virgilio, Horacio, y sobre todo á Homero. Pero, como en todas las obras de este género, no considera más que el lado defectuoso, sin tener en cuenta las bellezas; no establece, por otra parte, las comparaciones, sino sobre traducciones. Sin embargo, no por eso dejaba de lisonjear el gusto de la época y el amor propio francés.

En verdad, la cuestion podia discutirse entonces que las obras maestras eran pocas, y que aun no habian tenido el sufragio de la prosperidad; cuando las miradas se dirigian únicamente á la forma, sin inquietarse nada del sentimiento religioso que distingue á ambas sociedades. Unos y otros incurrian, pues, en el esceso, no conociendo que no se podia ser grande sino á condicion de ser de su siglo. Ahora bien, éstos despreciaban á los antiguos por haber compuesto segun el espíritu de su época; aquellos creian que el estudio consistia en la imitacion, y esta última en una falsificacion. Fontenelle combate á los antiguos con buen sentido, pero sin el sentimiento de la oportunidad, distinguiendo siempre el mérito científico del literario. Le-Bossu se declara el campeon de Homero, cuyas bellezas ensalza, comparándole á los demás poetas, al paso que Rapin, en el *Paralelo de los grandes escritores antiguos*, adjudica la palma á Ciceron, Virgilio y Tito Livio, con preferencia á Demóstenes, Homero y Tucídides, inmolando siempre la originalidad á la perfeccion. Boileau, en una pobre apología, compara la corte de Agamemnon á la de Luis XVI, Homero á Racine, Aquiles á Conde. La-Fontaine, que, sin embargo, creia á Planudio próximo al tiempo en que vivia Esopo, defendió á los antiguos asegurando que no existió un Platon entre los modernos, cuando la Grecia hormigueaba (3) de ellos en cualquiera de sus puntos, y que la oda no tenia sublimidad en los franceses, porque no tienen más que fuego, y se necesita paciencia (4). Pero Fenelon sabia apreciar «la graciosa facilidad del mundo antiguo,» y sacaba su *Telémaco* de Homero, Jenofonte y Platon. Entre aquellos escritores existia el médico Patin, tan idólatra de los tiempos antiguos, que se vestia como cien años antes, y reprobaba los descubrimientos de la nueva medicina, sobre todo el antimonio y la quina.

Pero la diferencia no se estendia más allá de las palabras. Boileau dice que los términos bajos envilecen la espresion. Ahora bien, Perrault encuentra un gran número de ellos en Homero: y el preceptor no sale del paso sino negando que nunca los ha habido ni podido haber. Pero ved á Racine que encuentra en Dionisio de Halicarnasio un pasaje en el que reprende precisamente á Homero de abundar en palabras *muy viles y muy bajas*: «He reflexionado, escribe á Boileau indicándole esta observacion del historiador griego, que en lugar de decir que la palabra asno en griego es una palabra muy noble, podiais decir que es una palabra que no tiene nada de bajo, y que es como la de ciervo, caballo, oveja, etc., lo muy noble me parece demasiado.»

Dacier, 1651-1722.—Tanneguy Le-Febvre, que queria justificar entre los antiguos hasta el libertinaje de Safo, tenia una hija, la que casó con su querido discípulo Andrés Dacier, natural de Castres. Habiendo abjurado ambos esposos el calvinismo, obtuvieron grandes favores, y se consagraron á trabajos de erudicion y talento, pero Boileau decia: «En las producciones de su comun inteligencia ella es la que es el padre.» Aunque más instruida madama Dacier que su marido en el griego, en el latin, en antigüedades y en crítica, hizo feliz á su marido, y no manifestó pedanteria. Uno de esos importunos, como ya existian, le rogaba con instancia que le escribiese algo en su album, y des-

(2) *Térence est dans mes mains; je m'instruis dans Horace;*
Homère et son rival sont mes dieux du Parnasse...
Je chéris l'Arioste, et j'estime le Tasse;
Plein de Machiavel, entêté de Boccace...

«Tengo á Terencio en mis manos; me instruyo en Horacio; Homero y su rival son mis dioses del Parnaso... Quise al Ariosto, y estimo al Tasso; poseido de Maquiavelo, partidario de Bocaccio...»

(3) *La Grece en fourmillait dans son moindre canton.*

(4) *...L'ode, qui baisse un peu,*
Veut de la patience, et nos gens ont du feu.

«La oda, que baja un poco, exige paciencia, y nuestras gentes no tienen más que fuego.»

pués de mucha resistencia escribió su nombre bajo este verso de Séneca: *El silencio es el adorno de la mujer*. Era natural que ambos esposos, viendo los errores é irreverencias de los impugnadores con respecto á los antiguos, se hiciesen, por derecho de herencia, campeones de los griegos y romanos. Mad. Dacier se pronunció, pues, ardientemente contra la corrupcion del gusto, pero fué con una falta de política que la sinceridad apenas escusa.

La-Motte (-1731), poeta afamado, aunque acompasado y pródigo de figuras y fórmulas preestablecidas, atacado espresamente por Mad. Dacier, le contestó con las *Reflexiones sobre la crítica*, escritas con delicadeza, pero sin profundizar más las causas verdaderas ni las diferencias, y no deteniéndose más que en el artificio esterior. Echó á perder su propia causa pretendiendo retocar á Homero, es decir, le quitó en su traduccion todo lo que consideraba en ella como defectos.

Los esposos Dacier son mucho más recomendables por sus trabajos de erudicion: el marido ejerció la suya en traducir á Horacio, á Aristóteles y á Sófocles; al paso que su mujer se ocupaba en reproducir en francés la *Iliada*, la *Odisea* y algunas comedias de Terencio y Plauto.

La Harpe debia presentarse un siglo más tarde para resucitar estas cuestiones; pero, á pesar de los progresos de la crítica y de la erudicion, no consideraba aun en la antigüedad más que á los griegos y romanos; y entre los modernos a los franceses, cuyo mérito, segun él, consistia en haber seguido las huellas de los antiguos, al paso que trataba á los alemanes y á los ingleses de bárbaros, porque se habian contentado con ser de su pais.

Los solitarios de Port-Royal consideraron la cuestion bajo un punto de vista particular y más elevado. Cuando el abad de Saint-Cyran despues de haber obtenido su libertad fue á visitar á Maistre, éste le enseñó su traduccion de los *Oficios*, de Ciceron, que le habia invitado á hacer anteriormente. Saint-Cyran manifestó pesar de este consejo; y entre las razones que le determinaron á dársele, le dijo principalmente que Dios se halla figurado, con todas las verdades del órden y de la gracia, en el orden de la naturaleza y en el social, tanto como en la ley de Moisés. Mas en este tratado de los *Oficios*, una verdad concerniente al poder sacerdotal le demostraba que la razon de un pagano habia conocido mejor que después en las escuelas, cuál era entre los hombres el fundamento de todos los poderes civiles y eclesiásticos emanados de Dios. «Debe confesarse, añadia, que Dios ha querido que la razon humana hiciese todos sus esfuerzos antes de la ley de gracia; y que no se encontrará ya á Ciceron ni á Virgilio.»

Nadie seguramente elevaba la historia literariamente en este debate hasta el Calvario para distinguir el dominio de lo bello, que fué anterior del dominio de lo verdadero, que se descubrió después. Nadie conocia que la cuestion que se trataba era en el fondo la de la perfectibilidad humana. Sin embargo, ya una noble voz saliendo de Port-Royal habia dejado oir estas palabras: «No sólo cada hombre aumenta cada dia su saber, sino que todos los hombres juntos hacen continuos progresos, de modo que todo el género humano debe considerarse durante tantos siglos como un solo hombre que subsiste siempre y aprende continuamente; y la vejez de este hombre universal no debe buscarse próxima á su nacimiento, sino, por el contrario, lejos. Los que llamamos antiguos eran verdaderamente nuevos en todo. Como nosotros hemos unido á sus conocimientos la esperiencia de los siglos que han sucedido, en nosotros debe buscarse la antigüedad que reverenciamos en los demás.» (5)

(5) PASCAL.

CAPÍTULO XV

EL TEATRO.

Si es verdad que este gran respeto hácia los antiguos contribuia á refinar la forma, perjudicaba á la originalidad, y algunas veces servia de arma á las gentes medianas, para castigar á todo el que salia del surco que habian trazado. Los franceses crecieron por sus propias fuerzas en las dos diferentes carreras: la elocuencia del púlpito de que ya hemos hablado y el teatro.

El teatro nació desde luego de la representacion de los misterios (1); entregado después á compañías, llegó á ser una especulacion y no un arte. A mediados del siglo XVI, los escribientes curiales y los calaveras representaban aún misterios y moralidades. Pero desde Luis XIII las turbulencias políticas y religiosas hicieron proscribir aquel género, que se prestaba demasiado á la sátira. Por esta misma razon, desde que en Francia se establecieron compañías cómicas, se dieron tantas órdenes para dirigirlas, y se prohibió nombrar á las personas, por lo que adoptaron máscaras parecidas á ellas, Cuando Francisco I fué vencido y hecho prisionero en Pavia, se prohibieron semejantes diversiones, y que en las reuniones profiriese nadie palabras sediciosas. En 1641 Luis XIII mandó que se abstuviesen de palabras obscenas ó equívocas, y que los que en la escena se produjeran honestamente fueran tenidos por hombres de honor. Desde 1538 hubo censura teatral, previniéndose que quince dias antes de ponerse en escena una comedia se sometiese á la aprobacion del Parlamento.

Cómicos.—Hasta 1625 no se establecieron cómicos en Paris, sino que á imitacion de lo que sucedia en Italia, diferentes actores recorrian las ciudades representando las obras que vendian los autores á diez escudos cada una. Durante las dos ferias que anualmente se celebraban en Paris, los cómicos intentaron improvisar un teatro, y el pueblo, que gozaba con esta nueva diversion, puso el grito en los cielos cuando la autoridad se lo prohibió. Un tal Brioché, hácia mediados del siglo XVII, construyó una especie de teatro de volatines en los que habia funámbulos, fieras, prestidigitadores, y poco á poco llegaron á representarse verdaderas comedias. Quejáronse amargamente los empresarios de teatros privilegiados: por lo que se limitaron á ejecutar pantomimas, parodiando los gestos de los cómicos, y profiriendo sílabas sin sentido, que querian parecerse á versos por no violar el privilegio. Y como el público se fatigaba en vano por comprender su significado, del mismo modo que fatigaria la bellísima locura de nuestros bailes trágicos sin el libreto, se pusieron unos programas, en los que se indicaban algunas palabras que el gesto no era bastante á explicar: cada actor llevaba una porcion de ellos en el bolsillo, y si era necesario, en la mano. Después se sustituyeron con estrofas cortas sobre arias conocidas; la orquesta tocaba, los actores cantaban desde la platea, y los espectadores se acostumbraron á secundarlos, de modo que el concierto se hacia general; y adelantando poco á poco, descendian del techo unos telones en los que se leian las estrofas.

Los cómicos italianos se trasladaron á Paris en 1577, y á pesar de la prohibicion del Parlamento, bajo pena de 10,000 francos, representaron ante un concurso numeroso, pagándose á cuatro sueldos la entrada. Tambien la ópera fué introducida por los italianos en 1645 con la proteccion del cardenal Mazarino. Luis XIV á los diez y seis años bailó en las *Bodas de Tetis y Peleo*, acompañado de la real familia y de los magnates, y después en el *Hércules armado*, con la

(1) Véase tomo V, pág. 245.

reina y en celebridad de su boda. En 1672 fué concedida á Lulli para representaciones de ópera, la sala del Palais-Royal, que sirvió para este uso hasta el incendio de 1763. Cuando á la muerte de Molière se reunieron y fueron pensionadas las compañías de Marais y del Palais-Royal, la condicion de los cómicos pareció adquirir alguna importancia. En 1697 fueron expulsados por haberse atrevido á representar á la Maintenon en la *Fausse prude*; vueltos á llamar á los diez y nueve años, obtuvieron una pension de 15,000 francos: en 1762 fueron incorporados á la *Opera comica;* el 79 suspendieron las representaciones de comedias italianas, pero conservaron este nombre hasta el 93.

Cada teatro debia atenerse á su género, y no invadir el de los demás. Los derechos de los autores dramáticos no eran bien conocidos (2); las obras las compraba la compañia (3); creyéndose justo que los autores sacaran de ellas un fruto proporcional al trabajo y al éxito, le fué asignado por la ley una parte de la entrada, hasta que ésta disminuyera tanto que se comprendiese que el público estaba cansado de la obra. La menor cantidad que se fijó fué la de 1,809 francos en las noches de invierno, y 1,300 en las de verano.

Pronto fué frecuentado el teatro á ejemplo del de Italia é Inglaterra, no aun por las mujeres sino por las personas bien educadas, lo que contribuyó á hacerle menos trivial y desterrar de él la obscenidad. Después, cuando Richelieu le concedió su proteccion, se trató de introducir en él decencia. Pidiéronse modelos á los antiguos, abandonóse la licencia de los hechos, mitigóse la de las espresiones. Aun subsistia la preferencia con las farsas italianas ó comedias pequeñas, en las cuales los actores manifestaban más talento que los autores. La escena sin ningun aparato no producia ninguna ilusion, y la decoracion no cambiaba, aun cuando lo exigiese el asunto. Los jóvenes elegantes tenian sus asientos en el teatro, donde imitando los gestos y palabras de los actores, aplaudiendo ó silbando, no habia gesto que no estuviese permitido para escitar la atencion y la risa de los espectadores (4).

La escuela de Jodelle innovó la comedia, y aun más la tragedia, separándose de las compañias para seguir las huellas de los griegos. Alejandro Hardy, actor cómico y poeta dramático que, por espacio de veinte años trabajó esclusivamente en el segundo teatro de París, es admirable en la facilidad del diálogo y de los versos. Dió á luz cerca de trescientos dramas tomados de Plauto ó de Cervantes, sin añadir otra cosa al original que las insulseces y gerga de la época, cambiando á los héroes en matamoros y á los amores en sutilezas. El carácter de su escuela es confundir todos los géneros, y no tener en cuenta las reglas clásicas, principio extraño de una literatura, cuyo carácter debia ser la correccion.

Corneille, 1606-84.—Pedro Corneille, nacido en Ruan, dió á luz, á la edad de veinte y tres años, á su *Melita*, después á *Clitandra* y á la *Viuda*, piezas que produjeron entonces mucho efecto, porque eran con arreglo al gusto afectado y romancesco de la época. La *Medea* (1635), tomada de Séneca, precedió poco al *Cid*, que aseguró la gloria del poeta. Corneille tomó felizmente de los españoles este personaje, en quien el antiguo valor se une tambien á los sentimientos modernos de ternura, gracia y honor. Situaciones verdaderamente trágicas, el combate entre el deber de vengar el honor de su padre y el temor de ofender al objeto amado, pasiones como todos las sienten, un lenguaje puro, apropiado al asunto y exento de afectacion, consiguió aplausos. Una doncella esposa del asesino de su padre, y esto después de algunos instantes que conceden las reglas al desarrollo dramático, es un asunto desgraciado. *Jimena* está bien distante de los caractéres femeninos del teatro inglés. Ni ella ni su amante están pintados de manera que puedan interesar vivamente sus aventuras, de tal modo, que fué preciso para sostenerlos recurrir al personaje ocioso y desde luego defectuoso de la infanta, enamorada tambien del héroe. Además, la accion no puede adquirir una verosimilitud convencional sino acumulando los incidentes (5).

Sin embargo las censuras de que fué objeto el *Cid* no cayeron sobre sus defectos sino sobre su ejecucion. Richelieu, que no ignorando ninguno de los goces de la ambicion, se divertia en hacer bosquejos con las tragedias que otros se encargaban de arreglar, se asustó con la aparicion del *Cid*, nos dice Fontenelle, como si hubiese visto á los españoles á las puertas de París. Ahora bien, multitud de personas vendidas ó que quieren venderse se encuentran siempre dispuestas á servir los celos de un hombre poderoso. La pedanteria se habia armado con el compás y el reloj. D'Aubignac fué el primero que sostuvo la necesidad de conformarse á las reglas de Aristóteles para hacer una tragedia. Mairet puso en práctica el precepto. Scudery, maniático de erudicion, se apoyó en él para

(2) Molière en el prólogo de las *Precieuses ridicules*, dice: *C'est une chose étrange, qu'on imprime les gens malgré eux; je ne voit rien de si injuste, et je pardonnerais volontiers toute violence plutôt que celle-la.* Han pasado dos siglos y estamos en el mismo caso.

(3) El *Atila* y la *Berenice* produjeron cada una á Corneille 2,000 pesetas; el *Convidado de Piedra* y el *Salamistre* á Molière, 200 luises el primero y 1,000 pesetas el segundo; 1,500 el *Cornudo imaginario*; 968 el *Don Garcia*, y 1,100 los *Fastidiosos*.

(4) Véase cualquiera de las escenas inglesas que insertamos en el libro XV, pág. 284.

(5) Magnin, después de haber manifestado, con la indulgencia de un artista y la franqueza de un sabio, los muchos anacronismos del *Cid*, termina sosteniendo la opinion de que las obras de imaginacion no deben someterse severamente á una exactitud histórica.

sostener que el público se engañaba admirando al *Cid*; y Richelieu nombró á la Academia árbitra de la cuestion. Desempeñó esta tarea con dignidad y buen sentido, en una crítica bastante respetuosa; mostrándose económica de alabanzas, ortodoxa en sus doctrinas, pero sutil y exacta en sus manifestaciones, sin dar á conocer, por lo demás, que sabia que tenia que sentenciar sobre una obra maestra. Esta censura fué en mucha parte, si no en su totalidad, la obra de Chapelain: y la Bruyère ha podido decir: «Uno de los mejores dramas que se conocen es el *Cid*; una de las mejores críticas que se han escrito es la que se ha hecho del Cid.»

Balzac emprendió defender á Corneille demostrando que si habia agradado, habia conseguido el objeto de la representacion, aunque por diferentes caminos que los indicados por Aristóteles. Corneille quiso sostener tambien su causa con ayuda de las autoridades, no tanto porque se creyese obligado, sino por hacer alarde de erudicion, y poder decir: *yo tambien lo sabia*. Pero debe creerse que las reglas de Aristóteles son muy elásticas, si el poeta pudo arreglar á ellas su tragedia, y demostrar que habia agradado precisamente, porque las habia seguido. Sea como se quiera, los franceses se persuadieron haber modelado su teatro por el de los griegos. Probando con esto que habian estudiado con menos profundidad las reglas esenciales que las formas orgánicas. Aun en lo concerniente á éstas, los griegos no tenian actos, ni Aristóteles hace otra distincion que el prólogo, el coro, el episodio y el epílogo. El coro del cual la tragedia habia tomado su orígen, permaneció siempre la parte principal. Los griegos tomaban siempre sus argumentos de la historia y de la religion nacional, los franceses de las de los demás pueblos; entre los primeros hay mucha poesia lírica, ninguna en los segundos; los unos no observan la unidad del tiempo y de lugar, los otros la exigen; los griegos representaban á sus héroes en su desnudez física y moral, los franceses les dieron un traje y una política artificial, una galanteria tan distante del amor sensual y espeditivo de aquella nacion, como sus intrigas lo son de la sencilla trabazon de los antiguos trágicos.

No por eso deja de pretenderse haber modelado la tragedia moderna en la de la antigüedad. Nacida en Francia en la época de la grandeza monárquica reprodujo esclusivamente la corte, y refinó tanto los sentimientos como el lenguaje. Separada del pueblo, perdió el carácter espontáneo. y abdicó las tradiciones del siglo anterior, pero si, por el contrario, aquella política de formas hubiese sido asociada á la historia y á los sentimientos nuevos, hubiese podido resultar el tipo de la tragedia moderna, una inspiracion atrevida sin estravíos, profunda sin estravagancia, una espresion noble y delicada, justa y fuerte, de verdaderos sentimientos; un interés de accion unido á la regularidad y á la decencia.

Las pretensiones de los pedantes pudieron hacer retroceder á Corneille de la senda á que se habia lanzado al principio en su libertad; pero agrada leer su prefacio, en el que palia los defectos de sus piezas, haciendo resaltar su mérito con la predileccion é inteligencia del autor; vése, pues, cuánta conciencia se aplicaba entonces al estudio del arte; cuán perjudicial era el avasallamiento á las reglas, y la mania de no contemplar á los griegos, sino á través del prisma de los artífices de preceptos. Pero así como Corneille tenia más inspiracion que conocimiento del arte y de los detalles, no poseia ni refinado gusto, ni juicio seguro, ni aun la imperturbable osadía del genio. No estando, pues, bastante cierto de sí mismo para despreciar á los cortesanos que le denigraban, se asustó de la crítica, y adoptó la necesidad de sufrir aquellas reglas, que sin embargo, declaraba «mal conocidas ó practicadas.» En lugar de abandonarse á sus arranques originales, que le hubieran conducido á creaciones de una belleza sorprendente, á pesar de algunos puntos débiles, siguió la senda de los pedantes, entregándose á los héroes modernos, cuando acababa apenas de descubrirlos; y después de haber concebido la *Medea* y la *Ilusion cómica*, con la vigorosa libertad de Shakspeare, inmoló la idea á las formas orgánicas para introducir la unidad de tiempo y lugar en acciones que la repugnaban (6).

De esta manera fué como hizo el *Horacio*. Un auditorio moderno, que no está dominado por un implacable patriotismo, debe tener horror al fratricidio; y sin embargo, Corneille oscureció aun más el cuadro trazado por Tito Livio, convirtiendo á Horacio en esposo de la hermana de los Curacios. Después el rey de Roma oye las quejas y absuelve al culpable con una autoridad que el mismo Luis XIV no se hubiera abrogado, y que no podia convenir sino á la majestad de un pueblo salvado.

El *Heraclio* es un tejido de pequeños incidentes: los dos falsos Heraclios, que inciertos de su padre no se atreven á casarse con la mujer en quien temen encontrar una hermana; Focas, que se abstiene de condenarlos por temor de que uno de ellos sea su hijo, produce situaciones que pertenecen más bien á la comedia que á la tragedia. *Nicomedeses*, menos raro, aunque debil é inverosímil. Una reina de Siria, tan cruel como insensata,

---

(6) La unidad obliga á Corneille á recurrir á estraños espedientes. Así es que Pompeyo se presenta á conferenciar con Sertorio en una ciudad de que este último es amo; «pero era imposible conservar la unidad de lugar sin hacerle hacer esta escapada.» Cuando hay absoluta necesidad de observarla, se compone de manera «que ninguno de los dos lugares tenga necesidad de variar de decoraciones, y que ninguno de los dos se nombre sino sólo el punto general en que ambos están comprendidos. Esto ayuda á engañar al auditorio, que no viendo nada que le marque la diversidad de lugares, no lo conoce, á menos que no posea una reflexion maliciosa y crítica de que pocos son capaces.»

cria á sus dos hijos sin declarar cuál es el mayor, y en su consecuencia el que debe heredar el trono; llegado el momento de revelar su secreto, les anuncia que el que quiera ser preferido á su hermano, ha de dar muerte á Rodoguna, de quien ambos están enamorados. Sobrecogidos de horror, se deciden á sujetarse á la eleccion de la misma Rodoguna, que á su vez, les impone el asesinato de su madre. ¿Ha producido nunca la escuela satánica concepcion más atroz?

En la *Muerte de Pompeyo*, el héroe no se presenta, y su fin está contado desde el principio del segundo acto. Todo versa en esta composicion sobre el castigo de los asesinos; y si bien el objeto es moral, se encuentra en él poco interés. César desempeña en la pieza el papel de un pisaverde, mientras que Cornelia se presenta siempre noble y digna.

En *Cinna*, el héroe de la pieza y Máximo son personas despreciables; Emilia es una hija ingrata y pérfida: si no es peor, es porque se encuentra retenida por la sociedad, á la que hace la guerra. No todas las voluntades están en lucha con perversos, ni determinadas por nobles motivos; no se teme por Augusto, en vista de que no aparece en un verdadero peligro; y se aplaude cuando se le perdona, no por eso se ve en el caso de conceder su amistad á aquel que conspiraba contra sus dias. Corneille ha manifestado elocuencia en las largas tiradas filosóficas que tienen el sello de un vigor romano, y que hacé pronunciar á sus personajes sobre la mejor forma de gobierno, y la gloria reservada á los conspiradores; ideas que habia tomado de la Fronda. La ciudad y la corte, como para indemnizar al autor de las primeras contrariedades que habia tenido que sufrir, prodigaron elogios á *Cinna* hasta hacerle superior al *Cid*.

Cuanto más pierde Corneille en originalidad, más se ennoblece su estilo, y abandona los defectos, las incorrecciones, las oscuridades, la indagacion. Espresa pensamientos atrevidos, y algunas veces sublimes, con una concision que no perjudica á la claridad en una rima armoniosa. Aunque Lucano y Séneca fueron sus autores predilectos, está distante de ser tan hinchado é hiperbólico, como estos dos escritores; sabe donde detenerse, y se manifiesta siempre noble, escepto en las escenas de amor. Enseña á su pais el elevado lenguaje que la afectacion, entonces en uso, habia echado á perder, y multitud de hermosos dichos y generosos sentimientos que hizo vulgares obraron eficazmente sobre el carácter de la nacion.

Corneille encuentra en sí mismo la grandeza y libertad que se negaba al drama: así es que describe mejor el heroismo y las pasiones violentas que los afectos delicados ó los sentimientos débiles; el mismo amor, segun él, no debia ser más que un accesorio: ahora bien, es necesariamente así en los argumentos romanos que preferia, y únicamente lo introdujo porque lo exigia la moda; resulta, pues, que esta pasion es insípida en sus composiciones, hasta cómica en las formas y en el resultado.

Sus personajes son todos grandes, todos capaces de inmensos sacrificios, sin gradacion, sin vacilacion; ha colocado, pues, en medio de planes mal trazados inmortales tipos de grandeza, en los que hay sin embargo más de ideal que de realidad (7); héroes perfectos que profesan admirables máximas de las que no se separan nunca; lo que hace que se les adivine con facilidad. Se encuentra en Horacio á un romano primtivo; en Diego y Rodrigo á caballeros feudales; son tipos más bien que individuos; abstracciones personificadas de un sentimiento, de una idea, de una pasion. Si se esceptúa al *Cid*, Corneille ofrece más bien al espectador discursos que personajes, y dificil seria figurarse que los que se ven en la escena, obran realmente. No se encuentra en él ningun carácter femenino, como se hallan en la vida comun; tiranos exagerados, hombres fuertes, como se los sugeria el trato de las gentes de guerra y los teólogos, antiguos actores de la guerra civil: de aquí procede la necesidad de un continuo énfasis.

Sólo *Polieucto* afecta el corazon, porque se dirige á las simpatias comunes, y descansa en una idea altamente dramática; los combates en la voluntad del hombre. Con poco que no se haga caso de la mezcla de amor y religion, el teatro francés no posee creacion tan noble y delicada como Paulina. Pero Corneille no se encontraba obligado á sufrir un yugo al que se creia superior, sin atreverse á sacudirlo; no tenia delante de sí el espectro de los antiguos.

Corneille era un hombre escelente, lleno de afecto hácia su hermano, que tambien era poeta trágico, y al que permaneció unido por semejanza de gustos: vivian juntos, y recurria á veces á su memoria, más segura que la suya, cuando le costaba trabajo encontrar un consonante. La musa trágica no absorbió de tal manera todo su tiempo, que no le quedase alguno para traducir en verso la *Imitacion de Jesucristo*. Cuando viejo volvió á incurrir en la desgraciada fecundidad de su juventud, y en sus diálogos sobre la razon de Estado, aplicables á todos los casos y á todas las épocas. No pudo, pues, sostener la comparacion con Racine, que no tardó á su vez en brillar en la escena. Habiéndole remitido el joven poeta el manuscrito de *Alejandro*, alabó la versificacion, pero le declaró que no se dedicase al teatro.

Racine, 1639-99.—Tal vez decia verdad, pues Racine se sentia rechazado de esta carrera por escrúpulos religiosos, y aceptó la responsabilidad de separarse de él por algun tiempo, después de brillantes triunfos, para dedicarse á estudios enteramente diferentes. Los *Hermanos enemigos*, que hizo representar á la edad de veinte y cinco años,

---

(7) El famoso *Que muriese* no es más que la espresion del deber de todo soldado.

prometian ya mucho; pero *Andrómaca* le colocó á la altura de Corneille á quien le es superior en el modo de disponer sus argumentos, con un gran arte de simetria, en la graduada construccion y en su gran cuidado á los menores detalles. Corneille creó á sus héroes de un solo golpe, buenos ó malos del todo. Racine mezcla más el bien y el mal; matiza los sentimientos y escita de esta manera más simpatias. Corneille inmola el vigor de su genio á las eruditas pretensiones de su siglo, al paso que Racine, tranquilo y armonioso, se adapta á ellas espontáneamente, como un manso rio acepta los diques que le limitan embelleciéndole. Las pasiones están en lucha en Corneille; en Racine, entre las conveniencias y el amor, lucha más tierna y menos entusiasta. Si Shakspeare arrastra al espectador al través de rocas y de precipicios, no presentándole por ninguna parte, y en mucho tiempo más que despeñaderos y nubes, empresa de pechos esforzados y de piés encallecidos, pero suficientemente compensada con el espectáculo de un mundo entero que desde su cima distingue; Racine, por el contrario, nos conduce suavemente por los floridos senderos de un jardin donde á cada paso se ofrece un punto de vista agradable. En él las intrigas son sencillas, los caractéres convenientes y regulares, y no prodigados los colores, pues estingue todo lo que hay en la historia de demasiado cierto ó de muy marcado (8). La falta existe en su carácter y en su época en la que las desigualdades que prestan fisonomia á los hombres se allanan, para hacer que todo fuera uniforme y tranquilo en derredor del trono. Elegantes costumbres reemplazaban á la energia, el pueblo no era nada y el mismo idioma abandonaba su varonil osadia. Racine no podia, pues, aprovechar del hombre sino lo que existe en él, independiente del estado social y de la constitucion política, y reproducirle en su verdad general, modificada por el carácter de la civilizacion contemporánea. Por esta razon es por la que todos sus personajes hablan el mismo lenguaje; por lo que sus héroes se espresan á veces con un tono afable muy chocante y contrario á la generalidad poética á que debe dirigirse todo autor trágico.

---

(8) Véase el juicio que hace Saint-Beuve del *Británico:*

Trataré del primer delito de Neron, por el cual sale de la tutela de su madre y de sus ayos. Tácito nos pinta á Británico jóven de catorce á quince años, dulce, inteligente y melancólico. Un dia, en medio de un festin, Neron, ébrio ya, para hacerle objeto de la irrision general, le manda cantar. Britanico canta una cancion suya, en la que alude á la inseguridad de su destino y á la herencia paterna que le fué usurpada; pero los cortesanos conmovidos, ni se rien ni le motejan; ébrios todos y por esta razon menos disimulados que de ordinario, le manifiestan francamente su compasion. Neron, aunque aun no se habia manchado en sangre, la ferocidad nativa se agitaba en su alma desde largo tiempo, esperando una ocasion para desbordarse; ya habia ensayado en Británico un veneno lento; ya se habia entregado á la crápula; ya se sospechaba que habia atentado á la inocencia de su futura víctima, y ya habia abandonado á Octavia, su esposa, por la cortesana Actea. Séneca favoreció este crímen; Agripina se indigna en un principio, después abraza á su hijo y le ofrece su casa para que pueda ver en ella á su amada. Agripina, madre, hija, hermana y viuda de emperadores, homicida, incestuosa y adúltera de libertos, no abriga otro temor sino el de que su hijo se le escape y con él el poder

Tal es la situacion moral de los tres personajes principales en el momento en que da Racine principio á su drama. ¿Qué hace? acude en primer lugar al expediente más sencillo, escogiendo sus figuras y poniendo á Burro en lugar de Séneca, á Narciso en lugar de Palas; á Oton y Senecione, *jóvenes voluptuosos*, apenas los nombra una vez. Cita en el prólogo un alto dicho de Tácito acerca de Agripina: De Agripina vale más no decir nada que decir poco; y en virtud de este cómodo propósito, Agripina es un personajè poco real, vago, inexplicable; una especie de fantasma de madre, tierna y celosa al mismo tiempo. De sus liviandades y de sus asesinatos no se habla sino á manera de alusion, como un recuerdo para los que han leido la historia de Tácito. Finalmente en lugar de Actea aparece la sentimental Junia. Neron, amante, no es más que el rival apasionado de Británico, y aquí desaparece su odiosa semejanza con el tigre, que Corneille toca como de paso y ligeramente. ¿Qué diremos del desarrollo del carácter de Junia que busca un refugio entre las Vestales, que se pone bajo la proteccion del pueblo, como si el pueblo en tiempo de Neron pudiese proteger á nadie?

Lo que más tenemos que reprochar á Racine, es haber sustraido á la vista la escena del convite. Británico está sentado á la mesa y le sirven; uno de los siervos, segun era costumbre, examinaba las bebidas, tanto se temia el delito; pero Neron lo ha previsto todo; la bebida está caliente, y para templarla se echa agua fria y el agua es la que contiene el veneno. El efecto es súbito, el veneno mata enseguida porque así lo mandaron preparar á Locusta, bajo pena de la vida. Séase que Racine no creyese esta circunstancia del todo importante, sea que le costara trabajo expresarla en verso, la suprime en la relacion de Burro, limitándose á referir el efecto que causó en los espectadores el envenenamiento. Esto le valió grandes aplausos: es preciso confesar tambien que desvirtúa el vigor de la ingeniosa concision de Tácito.

Cuando traduce á Tácito ó la Biblia, Racine elige un método peculiar basado en las cualidades principales de los originales, sosteniéndose siempre en un término medio, sin aproximarse al sitio desde el cual se ve el precipicio. Agripina en su excelente invectiva contra Neron, dice que por un lado se oiria á la hija de Germánico y por el otro al hijo de Enobardo.

Appuyé de Senèque et du tribun Burrhus
Qui, tous deux de l'exit rappelés par moi-même,
Partagent a mes yeux l'autorité suprème;

y Tácito: *Audiretur hinc Germanici filia, debilis rursus Burrhus et exul Seneca, trunca scilicet manu et professoria lingua, generis humani regimen expostulantes.* Es evidente que á Racine no le pareció bien llamar á Séneca *maestro de escuela,* porque era un insulto, ni á Burro *manco y estropeado;* su Agripina no acusa á estos pedantes de querer mandar sobre el mundo.

En general, los defectos de estilo de Racine son hijos de la misma pureza de gusto, que tanto se admiró, y que acaso le impidió llegar á la perfeccion.

Todas las mujeres de Racine son hermosas, graciosas, noblemente tranquilas. Pero el amor es siempre en sus piezas una pasion respetuosa, hasta en Pirro con respecto á una esclava. Hipólito lanza suspiros como un parisiense. Aquiles es un mozalvete; y hasta á Neron le presenta enamorado. Si Racine sacrificó mucho al gusto desdeñoso de la corte, no por eso apreciaba menos la sublime familiaridad de los griegos; y se ve en sus prefacios, escritos con sencillez, que comprendia lo que no se atrevia á imitar. «Un gusto muy delicado, dice Manzoni, le ha hecho encontrar lo que hay más fuerte en la verdad y más esquisito en lo natural. El arte se oculta en la perfeccion, y la elegancia existe siempre en provecho de la exactitud. A cada momento se conoce el reflejo de un sentimiento profundo que desarrolla todas las gradaciones de las ideas y de los objetos, con el don de detenerse siempre en lo que hay más poético.»

Si Racine cede, pues, á Corneille en la grandeza de carácter y vigor de las ideas y lenguaje, le es superior en la variedad de las medias tintas, que es en lo que consiste el conocimiento del corazon humano. Trasformó en moderna la lengua de Corneille, que habia envejecido ya, dando estabilidad al estilo poético, como lo habia hecho Pascal con la prosa, ó adoptando frases vulgares para poetizarla, y conseguir inesperadas correlaciones. Consiguió en el idilio y en la elegia una perfeccion desconocida antes de él. Apenas cede á Virgilio en la perfeccion, en la melodia de las espresiones, tan felices como naturales; no tiene igual, como poeta lírico, en los coros de Atalia. Boileau, que le habia enseñado á *hacer dificilmente versos fáciles*, le sostuvo con sus elogios, y proclamaba feliz el siglo que veia brillar con tan pomposas maravillas.

Aunque se exigia en Francia que el asunto fuese clásico, muchos autores tomaron sus argumentos de la historia turca, es decir, de la menos favorable, pues no puede haber lucha de pasiones donde todo se decide por la espada (9). Racine ensayó tambien en *Bayaceto* tomar de esta fuente; pero no consiguió más que un nombre. *Berenice* es poco dramática. En *Britanicus*, rico en contrastes de caractéres, convirtió las rivalidades de amor en terror y compasion. Presenta en *Mitridates* á un grande hombre inalterable á los sufrimientos y á los reveses. Rivaliza en *Fedra* con Eurípides, inspirando más interés que el poeta griego y consiguiendo la mayor perfeccion en el estilo trágico; é *Ifigenia*, tan admirada, tiene el defecto de todas las producciones no originales, los errores de hecho, y además ciertos sentimientos chocan á aquellos para quienes los griegos son familiares. La aspereza de la forma hubiera formado parte de la verdad; pues no se puede imaginar que con tanta cortesania en el lenguaje se puedan ofrecer sacrificios humanos, como tampoco se podria conciliar la sublime delicadeza de Andrómaca con el estado de servidumbre.

Los asuntos bíblicos convenian mejor á Racine, porque tenia mayor inteligencia de aquellas creencias y no se encontraba preocupado ni por los ejemplos antiguos, ni por la pretendida necesidad de una amorosa intriga. Después de haber renunciado durante varios años al teatro por esceso de rigor jansenista, se decidió á ruegos de madama de Maintenon, á escribir la *Esther* para los pensionistas de Saint-Cyran. Esta composicion fué admirada tanto por su moralidad como por su objeto, y por las alusiones que se creyeron encontrar en ella. Animado con este éxito, escribió la *Atalia* (1691), obra maestra de grandeza, sencillez, interés y efecto, composicion clara y fácil. Las galantes insulseces no se encuentran en ella, los caractéres son atrevidos, las imágenes sublimes; la curiosidad permanece siempre en espectativa entre la emocion y el terror: como la accion pasa en el templo, todo tiene en ella un carácter solemne; pero el sentimiento misterioso, la áspera grandeza del templo hebreo, la magnífica severidad y el sublime desórden de la poesia sagrada no se conforma á su circunspecta elegancia, y, acostumbrado á los sentimientos apacibles, no se atreve á elevarse á la sublimidad de lo terrible ni á la de lo gracioso.

Se anima, sin embargo, á poner los coros en escena. Corneille se entrega tambien á veces al género lírico, y de esta manera se acerca más bien á la tragedia antigua que con las formas orgánicas. Pero no se supo caminar por esta senda, y se sujetaron á los argumentos antiguos sin seguir las formas asimismo antiguas, cuando se debia haber hecho precisamente lo contrario. Después de haber elegido á los personajes de entre los héroes, tuvo que anudarse la accion con ayuda de intrigas secundarias, exagerar las pasiones y hacerlas discursivas y analíticas, para producir la ocasion de brillantes relaciones. De aquí proceden las bellezas y defectos de la dramática francesa, en la que pasando la accion siempre entre bastidores, el público no hace más que asistir á la deliberacion que la precede, y en la que el monólogo de un hombre en el momento de cumplir un proyecto se encuentra reemplazado por un confidente que representa la pasion del héroe. Sin embargo, la falta de arranque lírico á que la Francia ha parecido condenada hasta el dia, ha hecho que las obras maestras pertenezcan al teatro, porque el hombre está descrito en ellas más bien que lo ideal de la naturaleza y la inmensidad divina.

Si se recuerda que la sociedad del palacio de Rambouillet, hizo aconsejar á Corneille no arriesgar el *Polieucto*, porque el cristianismo no podia agradar en el teatro, y que la alta sociedad considera superior á esta tragedia la inepta *Cinna* y la infernal *Rodoguna*, debe recordarse tambien que *Atalia* fué la tragedia más atacada entre las obras

(9) La menos mala de las tragedias de Calprenede es el *Conde Essex*, que versa sobre un hecho sucedido treinta y siete años antes.

de Racine, y que madama de Sevigné decia de su autor: *Pasará su moda como el café.* Y así fué en efecto.

Indignado con ver que se preferia á Pradon, que le era tan inferior, después de la epopeya de *Atalia* y de la elegia de *Esther*, abandonó Racine el teatro en medio de una carrera en la que cada vez se habia perfeccionado más, para volver al ardor de su imaginacion, y á la paz de la razon y de los sentidos.

Algunas de las tragedias de aquella época fueron ensalzadas hasta las nubes por el espíritu de partido. El fecundo Rotrou, que descuidando las reglas creia que el mejor juicio era un triunfo ruidoso en la escena, ha dejado á *Wenceslao*, en el que hay mérito, aunque el heroismo sea exagerado, y no está exento de las insulseces de las novelas de entonces; el *San Genest*, que es de la escuela de los asuntos religiosos, es después de *Polieucto* el único descendiente de los *Misterios* que merece mencionarse. Capistron (1723), débil discípulo de Racine en quien se notan planes muy regulares é interesantes situaciones, carece de las cualidades que dan vida á un poeta. Crebillon (-1767) decia: «Corneille ha ocupado el cielo, Racine la tierra: no me queda más que el infierno, y me he metido en él á ojos cerrados.» Habiendo notado que el mérito de Corneille era haber escitado la admiracion, quiso asustar á la imaginacion, poniendo en escena las complicadas novelas que París habia abandonado, pero que las provincias cultivaban aun. Conmueve á fuerza de angustias y horrores, echando á perder sus buenas cualidades con un inculto y afectado lenguaje, al que se mezclan la insulsa galanteria de los imitadores de Racine. Viejo ya Crebillon, se encontró en presencia de aquel que debia ocupar el tercer lugar entre los trágicos franceses: no perdonando Voltaire al pobre anciano á quien la envidia elevaba á su nivel, le persiguió con una odiosa cobardia que prestó aun mayor realce al magnánimo silencio de Crebillon.

Corneille, que escribió hermosas tragedias cuando no tenia á la vista en su patria más que malos modelos, habia tambien dado á luz en el *Embustero*, que imitó de los españoles y que Goldoni ha copiado de él, la primera comedia escrita en buen estilo sin las bufonadas de costumbre. Obtuvo tambien aplausos el *Pedante burlado*, de Cirano de Bergerat, y la *Madre coqueta*, de Quinault, primera composicion en que se ridiculizó á los *marqueses*, es decir, á los señores de la corte que querian darse el mismo tono que Luis XIV, y que á su vez eran imitados por sus inferiores y éstos por los suyos, con una exageracion siempre creciente.

Molière, 1622-73.—Un mancebo nacido bajo los pórticos de los mercados, de una familia de tapiceros, no adelantando en el oficio de sus padres, se le destinó á la jurisprudencia, colocándosele con los jesuitas para que hiciese sus estudios. Atormentado con la impaciencia del genio, que le devora hasta que alcanza á tomar vuelo, se unió á una compañia de cómicos: como esta era una profesion infamante, seguida sólo por calaveras, infelices ó picaros, con objeto de no deshonrar á sus padres, ocultó su nombre de Poquelin bajo el de Molière, que debia hacerle inmortal.

A la edad de treinta años, sus camaradas apenas conocian su valor: él mismo no le conocia, pues se creia nacido para la tragedia. Pero los silbidos le advirtieron de su error, y se dedicó á la comedia. Copió al principio escenas enteras del teatro italiano, pero con una naturalidad de que carecen. De esta manera fué como dió á luz el *Aturdido* y el *Despecho amoroso*. Cuando varios años después, estas composiciones llegaron á París, obtuvieron aplausos más unánimes que aquellas de sus obras cuya perfeccion es incontestable. Comprendiendo entonces todo lo que la comedia podia alcanzar, se propuso por objeto agradar á la alta sociedad, no con ayuda de bufonadas y forzados accidentes, sino describiendo la sociedad, y sacando lo cómico del fondo de los caractéres. Introducido en el palacio de Rambouillet, se encontró en medio de las estravagancias de las marquesas impresionables, del fausto de los nuevos ricos, del abuso del saber y de las bellas maneras, en medio de absurdidades ingeniosas, con ayuda de las cuales la intencion de refinarlo todo lo echaba todo á perder, tanto, que la ciencia llegaba á ser una pedanteria, la lengua una gerga, la delicadeza de sentimientos una hipocresia de beata. El genio cómico de Molière tenia un estenso campo que cosechar. ¿Pero cómo reirse de aquellos que queria presentar en escena, sin ser desterrados de sus salones? Pues una vez espulsado, adios gloria, adios sus esperanzas. Escribió, pues, las *Preciosas ridículas*, pero protestando que no habia querido ridiculizar sino á aquellas que se esforzaban en imitar en vano los modales de la alta sociedad. La reunion del palacio de Rambouillet, ante quien se presentó primero esta pieza, la llenó de aplausos; toda la ciudad quiso verla, y las provincias la solicitaron á su vez: fué tal la afluencia, que fué preciso doblar el precio de los billetes, y no podian formarse idea de tanta osadia unida á tanta verdad.

Gritando una voz del patio: «¡Valor, Molière! esta es la verdadera comedia;» se dijo á sí mismo: «no tengo necesidad de gastar tiempo en los libros; me basta estudiar la sociedad.» No por esto renunció á la comedia de intriga, ni a la imitacion; leia, se instruia, admitia todos los recursos de la escena, música, bailes, intermedios, bufonadas. Plauto y Terencio le proporcionaron el argumento de sus mejores obras, y saqueó grandemente á los españoles é italianos, pero con aprovechamiento; pues apropió admirablemente lo que tomó de ellos. Combatido por todas partes, puso en escena á sus censores en la *Crítica de la escuela de las mujeres*, y á él mismo en la *Improvisacion* de Versalles, en el que se presenta con los compromisos de autor y jefe de una compañia cómica tomando el menor detalle de la verdad y sin

cambiar siquiera los nombres. Ahora bien, no fué sólo en este caso en el que se limitó á sacar las escenas y caractéres de los hechos reales; y es este estudio de la naturaleza el que le hizo alcanzar la originalidad.

Elegia tambien con preferencia el lenguaje más familiar, de tal manera, que los críticos severos le han hecho un cargo de haber llegado al esceso; y ensayaba con su vieja criada el efecto de la frase ó de las escenas (10). Se veia obligado á obrar con prontitud para no dejar descansar su compañia; y los tres actos de los *Fastidiosos* fueron concebidos, escritos, versificados, ensayados y representados en quince dias. La facilidad es aun una prueba de genio, cuando se ve coronada por el éxito; pero el mismo Molière no estaba satisfecho de sus mismas obras, aun de las aplaudidas.

Y son de un mérito tan diferente, que con dificultad se las creeria del mismo autor. Las reglas que habian rebajado la tragedia, fueron para la comedia un medio saludable impidiéndole incurrir en la representacion prosáica de la vida; pero la necesidad de representar una accion que se desarrolla con más rapidez que los sentimientos acostumbrados, hace que Molière exagere.

Es admirable por el arte con que coloca sus tipos, tiene situaciones favorables para hacer resaltar el carácter. Las mujeres hasta entonces descaradas y triviales, se manifestaron dignas en sus piezas ofreciendo caractéres diferentes. Describiendo la vida intelectual, sondea las heridas del corazon, y no pone por obra nada indeciso y vago, nada que no contribuya al efecto. Pero con frecuencia, aunque enemigo de las abstracciones, incurre en el defecto que hemos señalado en los trágicos, circunscribiendo la accion á épocas y sentimientos particulares, describiendo personificaciones, más bien que tipos eternos de la naturaleza humana. Sus autores profieren sentencias, en lugar de las manifestaciones que involuntariamente se escapan al hombre.

Fué una novedad presentar á la hipocresia en escena, como lo hizo con el *Hipócrita*. Ahora bien, sin hablar del desenlace, que está distante de ser bueno, la situacion no es cómica; pues no se trata para Orgon de simples embarazos, sino de un verdadero peligro (11). El desenlace de las *Mujeres sabias* no es tampoco bueno y la pintura poco variada; el *Misántropo* es demasiado serio para una comedia: estas son sin embargo, segun nuestra opinion, sus mejores obras en union de la *Escuela de las mujeres* que le precedió, y que le escede en rapidez y vigor cómico.

Molière es considerado en Francia como el primer poeta cómico de toda literatura. Es superior á Plauto esplotándole (12); si cede á Terencio en gracia y elegancia, le escede en verdad y en fuerza de caractéres, en la buena eleccion de los detalles y en la vivacidad del diálogo. Si no tiene la fecundidad de los españoles ni sus profundos sentimientos, es muy superior á ellos en correccion y en regularidad. Shakespeare, tan superior en la fuerza, en la vivacidad del colorido y en la riqueza de los caractéres, no posee tanto como él el arte de dirigir cada cosa á su objeto.

Molière tenia un carácter serio, y los artífices de caricaturas le representaban como hipocondríaco; Boileau, á quien estaba muy unido, le llamaba el *Contemplador*. Director de compañia al mismo tiempo que autor, habia contraido las costumbres del teatro; y las actrices de que se enamoró le proporcionaron muchas escenas de celos que reprodujo con tanta variedad. Todo su conocimiento del corazon humano no le impidió esperar que una jóven coqueta llegaria á ser para él una afectuosa compañera, y que un carácter vivo de diez y seis años podia unirse á sus ocho lustros (1662). Se engañan, la Bejart le hizo sufrir los tormentos de los celos y los sufrimientos de una pasion que sobreviviendo al matrimonio, no era correspondida, ni alimentada por sentidos ya gastados. Aquella mujer, más que ligera, no dejaba de venerar el genio de su esposo, y cuando la Iglesia negó sepultura en sagrado á Molière por cómico, y por haber muerto sin sacramentos, exclamó: «¡Niegan sepultura al hombre á quien la Grecia hubiera erigido altares!»

Regnard (1709) se coloca después de Molière

---

(10) Esta debia estar dotada de gran delicadeza, si es cierto que habiéndole leido una vez su maestro una comedia de otro autor, conoció la supercheria.

(11) «Si el *Hipócrita* (*le Tartufe*) hubiese sido hecha en mi tiempo, no titubeo en decirlo, no hubiera permitido su representacion.» NAPOLEON.

La inconveniencia del Hipócrita fué reconocida por sus grandes contemporáneos. Bourdaloue, en su sermon sobre la *hipocresia*, lo entrega claramente á l aindignacion, como todo lo que, puesto en boca de un hipócrita, hace odiosas las máximas más santas y tolerables, los escándalos más reprobados. *Damnables inventions pour humiller les gens de bien, pour les rendre tous suspects, pour leur oter la liberté de se declarer en faveur de la vertu!* Bossuet en la carta al padre Caffaro en que reprueba los espectáculos, dice: *Il faudra donc que nous pasions pour honnetes les impiétés et les infamies, dont sont pleines les comedies de Molière... Songez si vous oserez soutenir à la face du Ciel des pieces, ou la vertu et les mœurs son toujours ridicules, la corruption toujours defendue et toujours plaisante, et la pudeur toujours offensée ou toujours en crainte d'etre violée par les derniers attentats.* Adrian Baidet escribia: *M. Molière est un des plus dangereux ennemis que le siècle ou le monde ait suscité à l'Eglise de Jesus-Christ.*

(12) Hay delicadeza y verdad en la reflexion de Fed. Schlegel, que el *Avaro* de Plauto no tiene más que una sola pasion, lo que le hace más chocante, al paso que el de Molière es á la vez avaro y enamorado. Sin hablar de la dificultad de asociar estos dos sentimientos, resulta que el hombre avaro que asiste á la representacion se reconoce, pero dice: «Yo al menos no estoy enamorado;» y á su vez el anciano, muy acicalado, se dice: «Yo al menos no soy avaro.» De esta manera no hay ninguno que crea deber corregirse.

por sus comedias de las *Locuras amorosas*, del *Legatario*, y sobre todo del *Jugador*, composicion llena de movimiento, y que á diferencia del *Legatario*, ofrece un desenlace moral en el castigo del culpable por los mismos efectos de su vicio. Pero si se buscan menos en el teatro los goces del talento y la imaginacion, que una representacion verdadera de las costumbres contemporáneas, es escedido por Florencio Dancourt, que continuó en más de sesenta composiciones la magnífica galeria de los retratos comenzada por Molière. La mayor parte están sacados de las aventuras ó costumbres de entonces arregladas en farsas llenas de gusto.

Entre los poetas que trabajaron para la Opera, sólo merece mencionarse á Felipe Quinault; sus obras sobrevivieron á los aires de Lulli en un género en que la poesia es humilde sierva de la música, ningun otro hasta Metastasio, supo dar á la versificacion tan sensible melodia.

Luis XIV habia encontrado á estos hombres enteramente formados; y no debemos atribuir demasiada influencia y su proteccion, pues las recompensas reales recaian sobre aquellos que sabian adular, ó sacar mejor partido de argumentos de una frivolidad inofensiva, como la belleza de las mujeres, las fiestas, las victorias, los panegíricos. Pero aquel que queria convertir á la literatura en un alimento sustancial y vital, emplearla en preconizar virtudes severas, proclamar ideas magnánimas, debia aguardar la burla de los escritores mercenarios, ú otra cosa peor. Olvidóse la *Atalia*, desconociéronse los sermones de Bossuet y se persiguió á Fenelon. Ya anciano La Fontaine, estuvo espuesto á pasar á Inglaterra, á la corte de la duquesa Mazarino, tan mal visto era de Luis XIV, Voiture, que divertia la buena sociedad, obtuvo él sólo más pensiones que los buenos talentos juntos.

Los mismos que florecieron en los primeros años de su reinado, tienen más originalidad, aunque se encuentra en ellos menos delicadeza de gusto. A esta literatura se le dió, no obstante, el nombre del monarca. Se habia modulado bajo la cuádruple influencia de la antigüedad, de la imitacion española é italiana, de la religion y de la monarquía; y adquirió una pureza de lenguaje enérgico, giros abundantes y sencillos, gusto y elocuencia que han sido superados. El espíritu religioso ocupó en ellas el primer lugar, y después de él el de la sociedad. Ahora bien, siendo éste enteramente monárquico, estando además la vida concretada á la capital, y la pompa de la corte considerada como la prosperidad del pueblo, la independencia original perdió mucho, y la poesia volvió á la regularidad del siglo tan bien representada por Boileau y Racine; de tal manera, que el estilo es con mucho superior al asunto, si se esceptúa tal vez á Molière, Corneille, y el pequeño número de los demás que conservaron su individualidad. El instinto dominante de la adulacion, hizo que hasta los más atrevidos pagasen miserables tributos de elogios al Júpiter, al Marte, al Augusto de la época, hizo que tanto los autores como los demás hombres de entonces, se conformaran con el programa del amo.

Pero Luis XIV no conocia, cubriendo con su proteccion á la literatura, es decir, al pensamiento escrito, que preparaba una rival á la monarquia, pues si la literatura pierde algo de su naturalidad dirigiéndose á la dignidad, si sacrifica sus arranques originales á la medida, revela en un alto grado la inteligencia de la vida, la delicadeza de los sentimientos, el buen sentido que resulta de la conversacion. Se encuentra además en él el verdadero fondo de la civilizacion nacional, un lenguaje pulido, emancipado de la incertidumbre anterior, y que no ha tenido igual. De aquí procede la inmortal frescura de aquellos cuyo talento abundando en las ideas que pertenecen á todas las épocas, se detiene poco en las que son efímeras y condicionales; pues la misma razon tiene necesidad del gusto para ser completa.

Voltaire ha hecho un grave cargo al siglo, objeto de su idolatria, cuando dice: «Las grandes invenciones y las grandes verdades proceden de otras partes» (13), pero le tendremos en cuenta haber dado á luz los mejores libros de moral y entretenimiento y los mejores ejemplos modernos de la asociacion de la osadia del talento, á la correccion del gusto, de que fueron tipo los griegos. Es cierto que los franceses reconocieron por base de la perfeccion el método de los antiguos; pero adoptándole al espíritu de la Europa moderna, introdujeron al lado del sentimiento de la belleza correcta una observacion que tiene algo de burla; abrieron un camino esmaltado de flores, pero no todos le recurrieron con el mismo paso; el autor de *Polieucto* compuso tambien la *Teodora*; Juan Bautista Rousseau mezclaba sus sagrados himnos á asquerosos epígramas; la divinidad de Homero contaba tantos apóstatas como adoradores; y no lejos de los piadosos solitarios de Port-Royal surgia Bayle, que sábiamente dudaba de todo.

---

(13) *Siglo de Luis XIV.*

CAPÍTULO XVI

INGLATERRA.—CARLOS I.

Fundábase la obediencia de los señores con respecto al rey de Inglaterra, en el principio de la superioridad militar, como jefe del ejército conquistador, y las leyes constitutivas del pais no habian sido otra cosa que estipulaciones entre este jefe y sus pares, sin consideracion á la poblacion conquistada. La Carta Magna, feudal de todo punto, trataba de los nobles solamente; pero el pueblo poco á poco habia obtenido derechos, representacion y porcion del poder soberano, en cuyo ejercicio dió algunos pasos con timidez, que después sirvieron de *precedente* (1) para dar otros más atrevidos. Los habitantes sólo eran convocados de cuando en cuando para declarar lo que poseian ó para oir notificar cuánto debian pagar. Pero cuando se encontraban reunidos los comunes se atrevian á veces á hacer presentes sus agravios, y hasta negar el impuesto; si no se les daba satisfaccion, entonces los caballeros que formaban la clase ínfima de los conquistadores, se reunian á los comunes para oponerse á la alta nobleza.

Aumentóse la necesidad de reunir en parlamento á los comunes cuando los reyes quisieron hacer espediciones al extranjero, para las cuales tanto los señores como el clero no querian proporcionar subsidios. De esta manera adquirió importancia la segunda cámara, en atencion á que unas veces era convocada por el rey en contra de los barones, y otras por éstos para humillar al rey.

Afortunadas combinaciones condujeron á Inglaterra á conquistar una constitucion, merced á la cual se pusieron en armonía, *el rey* que representa la unidad del Estado y amplia su territorio y poder; los *nobles*, aristocracia previsora y diestra, que fundó las instituciones del pais y le dió miras fijas y designios constantes; y los *comunes*, clase emancipada y rica, que admitida poco á poco en el consejo nacional, llevó á él con el celo de sus derechos y el buen sentido de sus intereses, un sentimiento altivo y desinteresado hácia una patria en cuyas leyes y en cuyos negocios tenia participacion. La supremacia del príncipe se fundaba en el derecho divino de la victoria; pero cuando se conocieron las leyes romanas, los legistas proclamaron que el rey debia gobernar como absoluto, en razon de que así habia sucedido con los emperadores, tipos de toda sabiduria social. Pasóse, pues, de un derecho divino al abrigo del exámen á un derecho humano contestable; y recobrando el razonamiento la facultad de calcular los diferentes grados de la autoridad y de la obediencia, quiso que el poder se conciliase con la seguridad de las personas y propiedades; seguridad tanto más necesaria cuando aumentaba la riqueza y el bienestar.

Resultó, pues, una lucha entre los comunes y los reyes. Pero el enérgico Enrique VIII, abrogándose hasta el poder religioso, hizo decapitar como impios a los que negaban la obediencia; no juzgó siquiera necesario consultar á la raza conquistadora, y aseguró la prerogativa de la monarquia. Estableció, pues, con la fuerza, y su hija Isabel con ilusiones, el dogma de la monarquia de derecho divino, y en su consecuencia el de la obediencia absoluta, tal como se tributa y debe á Dios. Esta tirania sirvió para despojar al clero en provecho de los nobles, que se aprovecharon de ello. Pero si estas dos robustas voluntades consiguieron alejar la discusion de los derechos políticos en el momento en que acababa de fijarse en ella la atencion, la hora de formularlos no podia tardar; los

(1) Es decir, un hecho precedente, que sirve de norma y justificacion de otro nuevo. Todos saben cuánta parte tenian los *precedentes* en la legislacion y en la jurisdiccion inglesas.

peligrosos espedientes empleados por Enrique é Isabel para ejercer el poder absoluto, debian ser una funesta herencia para sus sucesores. Los Estuardos, que por herencia pasaron del trono de Escocia al de Inglaterra, creyéronse investidos de derecho divino, con la autoridad absoluta, principalmente cuando Jacobo I vió los males que habian causado al reino las divisiones de la Escocia. Y en efecto, los principios más tiránicos no se publicaron en Constantinopla ni en España, sino en Inglaterra en tiempo de Isabel y de Jacobo I, netos, positivos, absolutos, Raleigh, en la dedicatoria que hace á éste de su libro, dice: «Los lazos que unen á los súbditos con el rey deben estar tejidos con hierro; y los que unen al rey con sus súbditos, con telas de araña. Toda ley que liga á un rey á título de interés suyo personal hace legítima su violancion de parte del monarca.»

Pero el despotismo teórico estaba en oposicion con los dogmas introducidos por la Reforma, es decir, con la individualidad y con los esfuerzos de la voluntad particular; de modo que, bajo apariencias religiosas se rezaba el espíritu de insubordidacion, hasta entonces limitado al feudalismo, y que no podia desarrollarse libremente sino combatiendo al rey, convertido en jefe de la Iglesia. Habíase considerablemente aumentado la prosperidad del pais, gracias al comercio. La espoliacion de los conventos y los suplicios que habia sufrido la aristocracia habia hecho pasar á la segunda nobleza (*gentry*) (2) las tierras subdivididas, de tal manera, que la cámara de los lores era menos rica que la de los comunes. No pudiendo esta última acomodarse al antiguo gobierno, queria preservar las riquezas adquiridas.

Fundidas las dos naciones, vencidos y vencedores, en la unidad abstracta de la Iglesia, el rey no fué considerado por los vencedores como creacion suya, ni por los vencidos como un apoyo, pero sí tanto por aquéllos como por éstos como un amor peligroso contra el cual era indispensable buscar garantias, que en adelante pudieran ser comunes á ambas naciones. De aquí procedió una lucha entre realistas (*court-party*), que creian que todas las concesiones fuesen espontáneas ó arrancadas por la fuerza, emanaban del trono, y los liberales (*country-party*), que no considerando en la monarquia más que un conjunto de usurpaciones, fomentaban la animosidad del pais contra los reyes. Es cierto que la reforma no habia hecho más que á medias su obra. El pueblo inglés no habia hecho por sí mismo su Revolucion religiosa, como los escoceses; habia tenido que aceptar la de un monarca, que habiéndose hecho apóstol para ser déspota, habia sostenido los dogmas y ritos del catolicismo, sin hacer más que sustituir la autoridad real á la del papa. Continuaba, pues, existiendo la monarquia eclesiástica en Inglaterra, al paso que en Escocia se habia introducido un culto aristocrático; y después de haberse dividido el rey y los obispos los despojos del abatido papismo, habian dejado existentes la mayor parte de los motivos que la habian producido; y se podia reclamar del episcopado lo que se habia pedido antes al papado.

Pero la Reforma no podia continuar sino luchando con el gobierno que la refrenaba, y aun las personas fieles á éste se levantaban audazmente contra sus pretensiones; apenas tocaba á la conciencia, la timidez hacia lugar al libre exámen sobre las bases y los límites del poder; y poder que se pone á discusion, es poder muerto. Se hallaban frente á frente las leyes y los usos, los preceptos bíblicos, interpretados libremente, de modo que surgian ideas desconocidas hasta entonces. Las controversias religiosas habian acostumbrado á todas las clases á discutir sobre la autoridad; ahora bien, el espíritu de exámen y la independencia hizo reproducir la cuestion de la Reforma entre los mismos protestantes, divididos en episcopales y en presbiterianos; lo que hacia decir á Warwick, que en su época todos se habian convertido en teólogos ú hombres de Estado.

Es difícil gobernarse entre dos impulsos contrarios, y es preciso para determinar los límites entre las concesiones y la resistencia, una firmeza templada por una gran prudencia, que bien distantes estaban los Estuardos de poseer (3).

Inglaterra abrigaba el presentimiento de que

---

(2) Este nombre indica en Inglaterra la nobleza heráldica, no dándose el de *nobles* más que á los pares del reino, que pueden nombrarse hasta de los plebeyos dignos por su mérito.

(3) Ed Clarendon, *The history of the rebelion and civil wars in England*, 1641-1660.—Esta es la más importante fuente.

Roberto Mentet de Salmonet, *Historia de las turbulencias de la Gran Bretaña.*

Cárlos Fox.—*Hist. de los dos últimos reyes de la casa de Estuardo*, 1808.

Thomás Cromwell's.—*Oliver Cromwell and his times.* Londres, 1821.

Oliver Cromwell's.—*Mem. of the protector Cromwell.* Idem, 1820.

Mazure.—*Hist. de la revolucion de* 1688 *en Inglaterra.* Paris, 1825.

W. D. Fellow, *Historical sketches of the latier parts of the reign of Charles the First, including his trial and execution.* Londres, 1828.

J. D'Israeli.—*Commentaries on the life and reign of Charles I.* Londres, 1828-31.

Chateaubriand, *Los cuatro Estuardos.*

Guizot, *Hist. de la revolucion de Inglaterra desde el advenimiento de Cárlos I hasta la restauracion de Cárlos II.* —Ya habia publicado las *Memorias originales de la revolucion inglesa* en 25 tomos y entre ellos el Εἰκὼν βασιλικὴ.

Villemain, *Hist. de Cromwell, sacada de las memorias de su época y de las colecciones parlamentarias.*

Armando Carrel, *Hist. de la contrarevolucion de Inglaterra en tiempo de Cárlos II y Jacobo II.*

Los historiadores modernos de aquella época, están llenos de alusiones á otros hombres y acontecimientos.

su grandeza provendria de rebelarse contra Roma, y los Tudor habian obtenido una obediencia absoluta, gracias á la prosperidad que alcanzó en su época el pais; pero era inmenso el peligro de herirle en sus intereses materiales, como lo hicieron los Estuardos. Los Tudor, á pesar de su exagerado despotismo, nunca intentaron aniquilar las costumbres nacionales, ni aun cuando las conculcaban; los Estuardos, al contrario, hacian alarde del derecho divino; éstos buscaban apoyo en los extranjeros, aquellos sólo en su nacion, y la inspiraron un orgullo, que llegó á ser verdadera fuerza. Además los Tudor habian dado al gobierno la omnipotencia en materia de fe, en una época en que los partidos eran débiles, ó más bien el sentimiento religioso: ninguno de ellos llegó, en efecto, á triunfar ó á obtener tolerancia, como en el resto de Europa, por una séria resistencia. Si en todas partes se mezclaron los intereses políticos á los religiosos, en Inglaterra se identificaron; y los reformadores eran hombres políticos, al paso que los demás permanecian indiferentes.

Jacobo I, príncipe escocés y rodeado de escoceses, aceptado con repugnancia por todo lo que era inglés, más teólogo que político, y descendiente por línea materna de los Guisas, hijo de aquella María Estuardo que habia perecido como representante de la parte católica, favoreció el anglicanismo, como más conducente al gobierno despótico y á hacer á los príncipes en la tierra representantes de la unidad divina; pero al mismo tiempo toleraba á los católicos, contraia alianzas con la España, y dejaba de ser jefe del partido protestante en Europa. No fué, pues, nunca querido, y el ódio mezclado de desprecio que inspiraba, aumentó otro tanto el que ya se tenia al papismo. Teniendo la pedanteria del despotismo, no supo ceder voluntariamente á los inevitables progresos de la libertad; escitó la envidia del poder sin saber aprovecharse con osadia, buscó remedios y leyes sin fijeza, lo que produjo debates, y combatiendo los derechos del parlamento no consiguió otra cosa que consolidarlos. En efecto, éste se vengó de sus actos arbitrarios con un exámen minucioso de sus gastos, de tal manera que se vió obligado, en lo interior, á recurrir á las franquicias nacionales, y á separarse de las alianzas católicas en el extranjero.

Cárlos I.—Ascendió al trono Cárlos I bajo el peso de esta doble derrota (1625). Apenas se ciñó la corona, cuando despidió la multitud de bufones y libertinos que llenaban el palacio del afeminado pedante; precisó á los nobles á corregir ú ocultar sus vicios y honró á las personas de talento; pero estaba tan persuadido como su padre de que un rey no debe sufrir trabas y que el parlamento no era fuerte sino porque los reyes habian sido débiles. Conservaba, pues, el antiguo instinto de su familia hácia el poder despótico y el derecho divino. Pero si sus antecesores habian podido reducir en Escocia á la unidad á los señores feudales y á los jefes de *clases*, la clase media que en Inglaterra se habia elevado, tenia en su poder la riqueza pública; habia llegado á ser temible no con sublevaciones, sino por la inercia y la opinion, fuerzas que no se sabia con qué armas combatir.

El primer mal paso que dió Cárlos, fué casarse con Enriqueta de Francia, hermana de Luis XIII, bella, virtuosa é instruida princesa, pero francesa y católica. Se habia estipulado en sus contratos matrimoniales el libre ejercicio de su religion para sí, su séquito y sus hijos, con capilla, sermones y sacramentos bajo la direccion de un obispo limosnero, que era el único que debia sentenciar en las causas eclesiásticas que podian resultar entre dichas personas. Un artículo secreto estipulaba además que el rey toleraria, en lo que le fuera posible á sus súbditos católicos. En las instrucciones que María de Médicis daba á su hija le decia entre otras cosas: «Mostraos digna hija de San Luis, que murió por la fe en tierra estraña. Frecuentad los sacramentos, y para que sea con fruto, haced obras dignas de la fe que profesais. Sed para los católicos ingleses una Esther creada por Dios. Hace muchos años que viven en los sufrimientos cuya causa es la religion: doble título que debe hacéroslos recomendables. No olvideis á los demás ingleses: aunque tengan diferente culto sois, sin embargo, su reina; debeis asistirlos, edificarlos y suavemente inclinarlos á abandonar su error.»

Enriqueta no supo moderar su celo, como hubiera debido hacer en un pais intolerante. Se negó á ser coronada por no participar de ceremonias herejes (1625); y queriendo mezclarse en los negocios públicos, consiguió ser odiada por la nacion, y que se sospechase de papismo contra el esposo que le estaba avasallado.

Buckingham.—La confianza que Cárlos conservó al duque de Buckingham, favorito de su padre, no le perjudicó menos que estas sospechas. Hombre frívolo y presuntuoso, dirigia aquel ministro la política con arreglo á sus pasiones, y la corte con intrigas, aumentándose su poder con un nuevo rey sin esperiencia de los negocios. No tenia igual su lujo; fué el primero que introdujo en Londres la litera, donde escandalizó al pueblo empleando á los hombres en los trabajos de los animales. Se habia deshonrado en España, é hizo otro tanto en Francia, adonde habiendo ido para casarse por poder con Enriqueta (4), trató de cortejar á la reina Ana de Austria, lo que hizo fuese despedido por Richelieu. Para vengarse persuadió á Cárlos hiciese la guerra á la Francia, y sostuviese á los de La

(4) «Vistió un rico traje de terciopelo blanco de seda, sin costuras, guarnecido tanto éste como el manto de diamantes estimados en 40,000 libras esterlinas, además un gran broche de diamantes de buen tamaño, una espada, un cinturon y espuelas tambien de diamantes. Su excelencia quiso entrar en París con este traje... Tenia otros veinte y siete tan ricos como se pueda imaginar ó el arte fabricar.» *Papeles* de Hardwich, I, 571. ELLIS, III, 189.

Rochela. Tal vez creia Cárlos recobrar el favor popular combatiendo por los protestantes; pero, además del instinto de vaga desconfianza que hace que los descontentos no quieran nada de lo que quiere la corte, perdió el efecto que aguardaba de aquella espedicion encargando su mando á Buckingham, y, lo que es aun peor, no consiguiendo el objeto. Este fracaso, el descontento de ver ir á misa á los ingleses, y la no aplicacion de las penas eclesiásticas á los que descuidaban el culto nacional, habíanle indispuesto los ánimos. Vióse entonces obligado el rey á reunir el parlamento para obtener subsidios, con objeto de continuar la guerra que Buckingham habia hecho declarar á la España por odio á Olivares.

Entonces comenzaron los conflictos que debian terminar de una manera trágica. El parlamento, que habia conocido que su poder consistia en el derecho de votar los gastos públicos, manifestó sus quejas contra el ministro, y negó los subsidios. El rey le disolvió, es decir, que resistió á los representantes de la nacion por sostener á un indigno favorito. Pero después de haber agotado los recursos que le ofrecia la constitucion, se vió precisado á volver á reunir la cámara (1626) presentándose los mismos miembros más resueltos que nunca á la oposicion. Cierto número de ellos se manifestaban como conservadores de la libertad y reformadores de los abusos, bajo cuyo nombre entendian todo acto de la prerogativa real; su tolerancia consistia en haber desterrado á los sacerdotes católicos, impuesto una multa á los que no asistian á las predicaciones, arrebatado á los católicos sus hijos para educarlos en la religion del libre exámen.

Cuando comenzó la Reforma, ya no fué posible mantenerla en los límites que Enrique VIII habia querido imponerla. En los primeros años del siglo, una peticion, suscrita por más de mil eclesiásticos, habia solicitado la destruccion radical de las ceremonias y ritos, para volver á la primitiva sencillez. Absorbidos los diezmos por los cortesanos, á quienes el déspota se los habia arrojado como pasto, eran una causa de descontento. Se deseaba que al menos una parte de ellos se concediesen á los nuevos predicadores del calvinismo. Una vez rota la unidad católica, era natural llegar á una reforma radical, derrocar, como decian, la idolatria, volver al sentido divino del cristianismo, abrazar á la vez la libertad y la verdad, estirpar todo gérmen de servidumbre extranjera, para elevarse á la contemplacion de Dios y á la independencia terrestre. La autoridad religiosa y el poder civil se asustaban con aquella inmensa negacion y procuraban oponerse á la propagacion de aquella fe feroz. Pero dominaba, sobre todo, en los campos, y como no se queria asalariar á los ministros con las antiguas propiedades del clero, se vejaba á la clase media para dar el pan terrestre á los que predicaban la palabra de vida.

Los presbiterianos.—Los *santos*, los *puritanos*, como se llamaba en Inglaterra á los presbterianos, gentes tan inflexibles para consigo mismos como para con los demás, comentando el evangelio en favor de los débiles contra los fuertes, querian reformar la Iglesia y el Estado con el hierro y el fuego: era su objeto, no sólo restablecer el órden legal y abolir la organizacion episcopal, sino asegurar la independencia absoluta de los fieles. Siempre absortos en la contemplacion de la eternidad, atribuian los puritanos todos los acontecimientos al Altísimo, á quien sólo querian servir para gozar siempre de su deslumbradora luz. No reconocian otra superioridad que la de los grados de gracia que se dignaba dispensar. Extraños á la filosofia y á la política, confiaban en la inspiracion: los ángeles eran sus guias: despreciaban la riqueza, la ciencia y el poder; en fin, veian en todo y en todos la predestinacion divina; aquel anonadamiento ante Dios les hacia orgullosos para con los hombres, y en su firme resolucion, no eran accesibles al terror ni á las brillantes promesas. Intolerantes como la religion que reprobaban, deseando la conquista de la libertad civil, sólo como elemento de la libertad religiosa, cometian estravagancias, tanto en su conducta como en la austeridad, que los hacia ridículos á los ojos de aquellos que no comprenden cuánto poder les prestaba. Miraban con desprecio á los ricos, á los oradores, á los nobles y á los sacerdotes, creyéndose poseedores de un tesoro más precioso que todos los del mundo, oradores en una lengua más sublime, nobles por privilegio de primogenitura celeste, y sacerdotes por consagracion divina. La existencia del último de ellos podia tener una importancia misteriosa y terrible: su más leve accion excitaba el interés de los espíritus de la luz y de las tinieblas; habia sido predestinado, antes que existieran el cielo y la tierra, á gozar de una felicidad eterna; cualquier acontecimiento, que los políticos de limitada inteligencia atribuian á causas terrestres, habia sido ordenado por consideracion á él; por él se habian levantado y habian florecido y caido los imperios; por él el Altísimo habia proclamado su voluntad con el arpa del profeta y con la pluma del Evangelista; él, por un libertador extraordinario, habia sido redimido de un enemigo extraordinario; por su rescate se habian derramado el sudor de una agonia sobrenatural y la sangre de un sacrificio inmortal; por él se habian nublado el sol, abierto los flancos de los montes, resucitado los muertos y estremecídose la naturaleza entera ante los sufrimientos del Criador espirante.

Los que no veian en ellos de santos otra cosa sino los semblantes descarnados; los que sólo oian sus gemidos y trinos, se reian de ellos; pero no lo hacian, ciertamente, los que los encontraban en las salas de deliberaciones ó en el campo de batalla. Juzgaban estos fanáticos con tal frialdad los negocios civiles y militares, sostenian sus resoluciones con tal energia, que muchos escritores la creen incompatible con su exaltacion religiosa, no siendo, sin embargo, más que un resultado necesario de

ella. La intensidad de los sentimientos acerca de un asunto les tranquilizaba de todo punto acerca de los demás; una pasion dominante habia absorbido en ellos la piedad y la ira, la ambicion y el miedo: la muerte se habia despojado de su horror, la voluptuosidad de sus atractivos; sonreian y lloraban, pasando del dolor á la alegria, pero nunca por las cosas del mundo. El entusiasmo les habia hecho estóicos, purificando sus almas de todo afecto vulgar, y les apartaba de la influencia del peligro y de la corrupcion. Este entusiasmo podia impelirles alguna vez á seguir un fin racional, pero nunca por malos medios.

Aumentado su número se vistieron de negro, alargaron las alas del sombrero, y se cortaron el pelo para protestar contra el uso de las pelucas, que ellos creian un insulto á la divinidad, y después de ayunar y de oir cuatro largos sermones, presentaron á Cárlos una *piadosa peticion* para que hiciese observar las leyes contra los católicos. La rigidez de sus ideas y el horror que profesaban al papismo los hacia muy poderosos en la cámara de los Comunes; además se unieron á la clase media para pedir reformas, restriccion de las prerogativas reales, pureza en la religion, libertad civil y una perfecta igualdad.

Peticion de los derechos.—En medio de los numerosos disentimientos religiosos, formóse una formidable unanimidad en el parlamento para formular agravios contra Buckingham: el rey, que nada detestaba tanto como la oposicion, le disolvió de nuevo, pero reducido pronto por falta de dinero á convocar á los que habia irritado (17 de marzo de 1628): «Os he reunido, dijo, en la apertura de las cámaras, porque el parlamento es el más antiguo, el más pronto y el mejor remedio de obtener los subsidios necesarios á nuestra seguridad, y salvar á nuestros amigos de una inminente ruina. Si no cumplis vuestro deber, emplearé, para tranquilidad de mi conciencia, los demás medios que Dios ha puesto en mis manos para salvar lo que la locura de algunos arriesgaria á perder. No son amenazas, no amenazaré más que á mis iguales; es un consejo del que por naturaleza y deber tiene cuidado de vuestra salvacion y prosperidad.»

Aquel cuerpo, que en tiempo de los Plantagenetos habia sido un instrumento de resistencia y una garantia de los derechos privados, se habia convertido en la época de los Tudor en instrumento de gobierno y política general. Aunque envilecido, sin embargo, por la tirania, habia ganado en importancia y en estabilidad, hasta el punto de ser ya la base del gobierno representativo, y un poderoso medio para llegar á nuevas libertades. Consintió, por el momento, en conceder cinco subsidios, pero antes de dar á su resolucion la forma de bill, votó la célebre *peticion de los derechos*, como una barrera al poder real. Este espresaba las restricciones siguientes: 1.° que no se podia poner preso á ningun hombre libre, ni aun por órden del rey sin espresar el motivo legal del arresto; 2.° que no se podian exigir donativos gratuitos, empréstitos ó subsidios, sin el consentimiento de ambas cámaras; 3.° que los ciudadanos no podian gravarse con alojamientos militares para el ejército ni para la marina; 4.° que quedaba abolida la ley marcial, y que nadie podria ser juzgado sino con arreglo á las formas comunes y á las leyes del reino.

Triunfantes los Comunes, tuvo el rey que resignarse, después de haber tergiversado en vano, á revestir las resoluciones con la fórmula sacramental de *Ejecútese la ley como se pide*; y la peticion de los derechos permaneció la segunda ley fundamental de la Inglaterra. Viendo que las dificultades y exigencias se aumentaban todos los dias, y que los Comunes aspiraban á privar á las clases dominantes de los medios de lujo, de placeres y de existencia, y que pedian cuentas, siendo así que habian sido convocados para darlas, Cárlos suspendió aquel memorable parlamento.

No por esto se tranquilizó el descontento de las clases superiores, que se habia manifestado con su estrañamiento de la corte; y las imputaciones contra Buckingham, á quien se le hacia el cargo de *traficar con la miseria pública*, no cesaron hasta que fué asesinado por Juan Felton, que se vanaglorió de ello como de haber cumplido un deber y libertado á su pais.

Cuando las nuevas sesiones, la Cámara se mostró más abiertamente hostil al rey, y quiso arrebatarle los derechos de *tonnage* y *pondage*, es decir, un impuesto sobre los pesos y medidas, que se concedia á los reyes por toda su vida, y constituia su principal renta, proporcionándoles el medio de tener dinero y distribuir favores. Declarábase traidores á la patria á los que pagasen este derecho, como tambien á los que introdujesen el catolicismo y el arminianismo. De esta manera fué, como mostrándose exagerada en sus pedidos, la clase media hizo reconocer derechos que antes eran audazmente violados, y aseguró las libertades públicas; pero al mismo tiempo mostró una intolerancia feroz, que asustó á las conciencias.

No queria el rey reconocer que un cuerpo que puede discutir sobre los impuestos, puede tambien negarlos, y que el exámen del uso que se hace de ellos, produce la discusion sobre los actos del gobierno. No pudiendo, pues, obtener que el parlamento permaneciese mudo, decretó otra vez su disolucion, y persuadido de que estaba unido contra la monarquia para derrocarla, resolvió gobernar sin él, lo que anunció públicamente. Hizo tambien poner presos á nueve miembros de los comunes de los más audaces, concluyó la paz con Francia y España, y dispuso economias en los gastos de la corte: era tal aun el poder de la nobleza, que pudo por entonces, con los subsidios que ésta le proporcionó, suplir los impuestos que le negaban los representantes de la nacion. Permaneció once años sin convocarlos, gobernando como rey absoluto con sus ministros. Cárlos, cuyo valor era más bien hijo de

la persecucion que del sentimiento, necesitaba quien le sostuviese, y se valió para ello principalmente de Buckingham, después de la reina, y por último de los ministros Strafford, y Laud. Tomás Wentworh, de Strafford, hombre de igual energia que inteligencia, habia sido el principal redactor de la *peticion de los derechos*; pero viendo los escesos á que se entregaban los de su partido, prestó al rey un apoyo fiel y útil, diciendo: «Es preciso reducir á esta gente con el látigo.» Nombrado lord gobernador de Irlanda, organizó allí la justicia, la fuerza militar, la industria, escuchó las reclamaciones contra los diferentes abusos de la administracion, é hizo cesar las inútiles vejaciones del fisco. Era secundado en el ministerio por su colega Guillermo Laud, obispo de Lóndres, después arzobispo de Cantorbery, hombre instruido y desinteresado, celoso del poder episcopal hasta con detrimento de las prerogativas reales, que defendia en cualquiera otra circunstancia.

La monarquia tenia cierto aspecto de prosperidad, pero carecia de libertad. El rey exigia las dos contribuciones de *tonnage* y *pondage*, otra á los que no concurrian á las predicaciones, y una más para la marina que puso en un estado floreciente. Pretendiendo para la Inglaterra el derecho esclusivo de navegar por los mares próximos, prohibia á los holandeses la pesca en las costas; destruyó á los piratas, estendió el comercio, reformó las monedas é hizo prosperar al pais. Pero como no daba cuenta de sus actos, se le trataba de tirano; se le acusaba de violar las promesas reales, de abusar del poder y de abandonarse á la tirania. Clamábase contra la cámara Estrellada y contra el supremo tribunal de justicia, que con el pretesto de mantener la paz, castigaba las palabras, los pensamientos, las pretendidas alusiones, hasta el punto de que gran número de santos y puritanos, convencidos de que los asuntos de Dios deben ser antes que los de los hombres, huian á América. En el momento de su partida, sus compañeros acudian á la costa; el ministro de la congregacion pronunciaba un sermon de despedida, y se separaban con el deseo de reunirse.

Aun no se encontraban bastante aseguradas y comprendidas las libertades políticas para determinar una revolucion; pero todos temblaban al nombre de la libertad de conciencia. Así fué que la tirania de Cárlos se encontró herida de muerte, cuando despues de haberse hecho coronar en Escocia, pretendió introducir en aquel pais una liturgia conforme al sistema episcopal. Impulsado por Laud, que no contaba la tolerancia en el número de sus cualidades, hizo la guerra á los presbiterianos, sin una prudente lentitud. Jacobo I habia obligado á la asamblea general del clero á prescribir la compilacion de un libro de oraciones y un código de leyes eclesiásticas; ambos fueron mal acogidos, el uno porque se oponia á las oraciones improvisadas, el otro porque sometia á los sacerdotes á la vigilancia de los obispos. Fué, pues, preciso el abandonarlo, pero Cárlos quiso ejecutar este proyecto.

La Reforma habia nacido en Escocia entre el pueblo, y ascendido hasta el trono, en lugar de bajar de él; así fué que el clero escocés, que profesaba la opinion de la oracion espontánea, de la autoridad legislativa y de la libertad de los ritos, tenia horror á semejantes innovaciones: los nobles temian verse precisados á devolver los bienes usurpados á los obispos; el pueblo se escandalizó con el aparato que se desplegaba en las pomposas ceremonias que se conservaban por la iglesia anglicana, lo que consideraba como idolatria católica; y recordaba estas palabras del primer apóstol del puritanismo: «Los caballeros, los jueces y el pueblo de Inglaterra debian no sólo resistirse á la reina Maria, otra Jezabel, desde el momento en que comenzó á atacar el Evangelio, sino hasta hacerla morir con todos sus sacerdotes y cómplices.»

Así fué que cuando se introdujo la nueva liturgia en Edimburgo, esclamó una mujer: *¡Es el papa, es el Anticristo!* y todos repetian: *El papa y el Anticristo.* Tanto al dean como al obispo se les asaltó á pedradas, con libros y sillas. La misma escena se renovó en todas partes; la sublevacion fué general. Precisado Cárlos á apoyarse en el clero anglicano, persiguió á los no conformistas, que sufrieron con un heróico fanatismo. Espuestos en la picota con las orejas cortadas, apiñábase la multitud por verlos; y como quisiese alejarlos el verdugo: *No los rechaceis*, gritó Burton; *bueno es que aprendan á sufrir.* Viendo palidecer á un mancebo, le dirigió estas palabras: «¿Por qué, hijo mio, desfalleces? Mi corazon no vacila; y si tuviese necesidad de más fuerza, Dios me la concederia;» levantando después la esponja empapada en sangre de sus mutiladas orejas, esclamó: «¡Bendito sea el Señor, que me ha juzgado digno de sufrir por él! He perdido algunas gotas de sangre; dispuesto estoy á derramarla toda por sostener la verdad de Dios y el honor de mi rey contra las usurpaciones de los papistas. ¡Gloria á Dios, y larga vida al rey!»

Habiendo ocurrido el caso de presentar un ramillete á Batswick, una abeja se posó en él: «Ved, esclamó, á este pobre animal que llega hasta la picota á chupar la miel de las flores: ¿por qué no he de disfrutar yo tambien de la miel de Jesucristo?» Pym decia: «Cristianos, si hubiésemos tenido cuidado con nuestra libertad, no nos veríamos en este lugar: por la libertad de todos vosotros hemos arriesgado la nuestra. Conservadla bien, os lo ruego; permaneced firmes en la causa de Dios y de la patria, sino tanto vosotros como vuestros hijos os vereis sujetos á una eterna servidumbre.» Algun tiempo después, Lilburne, á quien azotaban por las calles por la misma causa, comenzó á predicar, mas como fuese en vano el mandarle guardase silencio, se le puso una mordaza: entonces sacó de su bolsillo papeles, que fueron recogidos con avidez por el pueblo; concluyóse por atarle, y la multitud le admiró.

De esta manera se exasperaban los ánimos, é inhábil Cárlos para reprimir con la fuerza á los que habia irritado, proclamó una amnistia, á condicion de que se conservara la liturgia. Pero sesenta mil insurgentes se levantaron al grito de *¡Mueran los episcopales!* y se presentaron millones de peticiones; la insurreccion era dirigida desde Edimburgo por cuatro *mesas*, una de lores, otra de nobles inferiores, la tercera de ministros del Evangelio, y la última de diputados de la ciudad. Atizaba Richelieu aquel incendio y proporcionaba dinero y armas. Pronto se formó la liga llamada de *Covenant*, de la profesion de fe de 1586. Pero los confederados se obligaron, además, en nombre de Dios, á defender la verdadera religion, á oponerse á todo error contra ella, á unirse para la defensa del rey y su autoridad, con objeto de garantizar la religion, la libertad y las leyes. En masa acudió el pueblo á adherirse á aquel acto, y el rey se vió precisado á negociar. Pero no fué bastante el que suprimiese la liturgia y el tribunal superior de comision: el sínodo de Glasgow abolió el episcopado y fulminó la escomunion sobre todos aquellos que no se adhiriesen al *Covenant*.

Guerra civil.—No quedaba otro recurso que las armas. Las rentas del rey se encontraban restablecidas, sin que hubiese tenido necesidad de reunir el parlamento; poseia una hermosa escuadra con cinco mil hombres á bordo, y se dió órden á veinte mil infantes y seis mil caballos de ponerse en marcha. Los escoceses se apoderaron de los almacenes, de las plazas fuertes y de las rentas reales; Leslie se puso á la cabeza de un ejército que se reclutó con ardiente entusiasmo, en nombre de Jesus confederado (*Covenanter*), y Richelieu proporcionó armas. Si Cárlos le hubiese atacado, hubiera vencido; pero no tenia osadia y resolucion, ó tal vez desconfiaba del ejército inglés, en el que habia tantas quejas como en el otro, y hasta por ideas más bien que por hechos. Tuvo, pues, la debilidad de aceptar proposiciones; pero apenas licenció sus tropas, cuando fueron violadas, y se vió obligado á volver á empuñar las armas. Habiendo sido convocados el parlamento de Irlanda y el de Inglaterra (1640), la rápida actividad de lord Strafford hizo al primero y al clero votar subsidios; pero enorgullecidos los comunes ingleses con los aplausos del pueblo, y la necesidad que el rey habia tenido de convocarlos después de once años de interrupcion, instruidos además por la rebelion de Escocia, conocieron que era preciso apoderarse del timon del Estado, y reclamaron contra los abusos cometidos en los años de silencio. Erigiéndose en custodios de la libertad, sin ruidosas agitaciones, espusieron con osadia, no ya al rey, sino al pueblo y por la prensa, los graves abusos que no era ya posible tolerar. Más tarde, cuando los lores se opusieron á sus pretensiones, se les contestó: «¿Qué tiene, pues, de comun vuestra nacion con la nuestra?» Entonces Cárlos, con el prestigio que habia adquirido con once años de despotismo, recurrió de nuevo á la peligrosa y temeraria medida de la disolucion.

Resultaron de esto turbulencias en Lóndres, y salieron á luz ideas republicanas con la máscara de religion. Convocado que fué al mismo tiempo el sínodo del clero que el del parlamento (1640), decretó, ejemplo nuevo, setenta cánones de estremada tolerancia, votó trescientas mil libras esterlinas, que unidas á las sumas ofrecidas por los lores, permitieron al rey poner en pié un hermoso ejército. Pero se vió anticipado por los escoceses, que no hacian, decian, la guerra á la Inglaterra, sino á la faccion de Cantorbery, á los que llamaban en su lenguaje bíblico, los Balaam, los Amanes y los Corés. El ardor pudo más que el órden y la sangre fria, y contra el parecer de lord Strafford tuvo el rey que resignarse á tratar.

Largo parlamento.—Cárlos, cuyos recursos se habian agotado, recurrió á un quinto parlamento, que más encarnizado, adquirió bajo el nombre de *Largo parlamento* una celebridad igual á la de la Asamblea nacional de Francia, y produjo semejantes efectos. En un principio no se habia pensado en hacer una revolucion, y la cámara Baja, representante de la clase media que se elevaba, aunque tenia dos terceras partes más de bienes que los pares, símbolo de la aristocracia, no queria todavia abatir la autoridad real, sino sólo refrenarla. Sin embargo, fueron tantas las quejas, que puede decirse que la proscripcion de los agentes del poder fué general: cuántos sufrian ó habrian sufrido, pedian separaciones y venganzas, y decian: «Cuando éramos sus criados nos apaleaban: ya es tiempo de que vivamos por nosotros. Nosotros somos muchos, y ellos ¿cuántos son?»

No era cosa nueva la guerra civil en el pais; pero siempre se habia declarado la resistencia en nombre de las leyes y de derechos ciertos y exactos. Entonces ambos partidos se acusaban mútuamente de ilegalidad é innovacion, los dos con verdad, en atencion á que el uno habia violado los antiguos derechos del pais, y el otro reclamaba franquicias y un poder desconocido hasta entonces; de aquí para ambos la necesidad de justificarse por medio de una gran publicidad. Toda la nacion tomó parte en la lucha que entonces se empeñó. «Apenas emancipada de la opresion, buscaba con pasion garantias más eficaces; pero era siempre en estas mismas leyes de una impotencia ya esperimentada en las que cifraba su esperanza. Nuevas creencias é ideas fermentaban en su seno; les concedia una fe viva y pura, y hasta se entregaba con fuerza y con confianza á aquel entusiasmo que sigue á cualquier precio al triunfo de la verdad; y al mismo tiempo, modesta en sus ideas, fiel con ternura en sus costumbres, llena de respeto hácia sus antiguas instituciones, queria creer que lejos de cambiar nada de ella, no hacia más que tributarlas homenaje y ponerlas en vigor. De aquí procedió la singular mezcla de osadia y timidez, sinceridad é hipocresia en todas las publicaciones, ora oficiales, ora libres

con que se inundó á la Inglaterra. No tenia igual el ardor de los ánimos; el movimiento era universal, inaudito, desordenado. En Lóndres, en York, en todas las grandes ciudades del reino, los folletos, los periódicos regulares se multiplicaban y propagaban en todos sentidos: cuestiones políticas, religiosas, históricas, noticias, sermones, planes, consejos é invectivas, todo tenia cabida en ellos, todo se contaba y debatia; voluntarios agentes los repartian en los campos, y en los tribunales, los dias de mercado, á las puertas de las iglesias todos se peleaban para comprarlos y leerlos; y en aquella esplosion de todas las ideas, en medio de aquel llamamiento tan nuevo á la opinion del pueblo, mientras que en el fondo de las medidas y de los escritos reinaba ya el principio de la soberania nacional en contraposicion del derecho divino de las coronas, los estatutos, la jurisprudencia, las tradiciones, las costumbres se invocaban sin cesar como únicos jueces legítimos del debate; y la revolucion existia en todas partes sin que nadie se atreviese á decirlo, ni tal vez á confesárselo.» (5)

Gran número de diputados iban por ejercer venganzas mucho tiempo alimentadas y con el firme propósito de cambiar el órden de cosas, fraccionar el poder real, derribar á Strafford, *apóstata de la causa del pueblo*, y al episcopado, apoyo del trono. Tenian á su cabeza á hombres de gran capacidad, principalmente á Juan Pym; y su influencia era tanto mayor, cuanto más resuelto se manifestaba. Unido Pym á los puritanos de los Tres Reinos, sobornó á los irlandeses para que acusasen á Strafford, contra quien se entabló un proceso producido por sus quejas. Confiando en su inocencia, se presentó, en lugar de evitar el peligro, á sus enemigos. Pym le denunció á la cámara de los lores como culpable de lesa majestad, y pidió su arresto que fué decretado por los pares del reino. Esto era apoyar el triunfo de los innovadores que comenzaron entonces la obra de las reformas.

El pueblo inglés de aquella época no estaba acostumbrado á discutir abstractamente los derechos y los deberes, como el francés en su revolucion, y no podia por tanto, como éste, borrar lo pasado y hacer una constitucion de nueva planta. No olvidaba, pues, el pasado, en que habia adquirido la libertad á que amenazaban entonces los Estuardos; deseaba sólo mejorar la situacion y corregir los abusos. Esta libertad no emanaba de teorías generales, sino de la independencia personal. El parlamento tenia ya el derecho de votar los impuestos, en lo cual fundaba como consecuencia su soberania en el Estado, pues disponia hasta de la fuerza del pais; pero los reyes se apoderaron de este derecho, refiriéndose á varios ejemplos precedentes. Se trataba por tanto de determinar los límites de su poder con cualquier acto decisivo de legislatura; y la cámara de los Comunes, queriendo investirse de la preponderancia gubernativa, comenzó por negar subsidios, de modo que el rey tuvo que comprarlos con concesiones, entre otras la de convocar cada tres años el parlamento, y que él entonces reunido no pudiese disolverse sino por su propia voluntad.

Hasta los que mejor comprendian la cuestion é iban más adelante, como Pym y Hampden, reducian la política al establecimiento sólido del gobierno del pais por medio de los Comunes, bajo la garantia imposible de un rey en el nombre. Pero no querian conseguir su objeto proclamando un código constitucional positivo, sino trayendo de hecho todos los negocios á la discusion de la cámara Baja, y concentrando de este modo el poder en los ciudadanos. No sólo no tendian á destruir lo pasado, sino que se fundaban en las antiguas cartas; y la cámara no era todo lo franca que debia, por temor de que los abandonase el pueblo. A la sombra de éstas se agitaban otras pasiones, que pusieron sus miras más alto, hasta en la república; y la elevacion política de que carecia la cámara Baja era suplida por la religion.

Ya Cárlos habia escluido á los católicos de la corte y del ejército; los Comunes libraron á la Iglesia de toda supersticion, es decir, de todo lo que quedaba del antiguo culto. Decretóse la inamovilidad de los jueces, y la supresion de las contribuciones y tribunales ilegales; decidióse además que el tesoro daria cuenta de los gastos, y que los depositarios del poder serian responsables de sus actos. Estas eran medidas de gran importancia para la libertad pública; pero se llegó hasta querer darles un efecto retroactivo, procediendo contra los que habian obrado en contra de lo que aun no se habia decretado: aquel cuyo crímen no podia probarse era denunciado como delincuente; acusacion de una generalidad temible para los que votaban en el parlamento, en sentido contrario al de la mayoria, ó elegian á miembros de la oposicion. De esta manera se sofocaba la libertad, como acontece con frecuencia en las revoluciones, en nombre de la misma libertad.

Además los periódicos lanzaban palabras fuertes. Con la esperanza de salvar Cárlos á Strafford cedia primero en un punto y luego en otro, y poco á poco llegó á no poder salvar á su ministro ni aun á sí mismo. Laud, que era el único apoyo que le quedaba, era detestado como jefe de la nobleza, y aunque aconsejaba al rey en un sentido pacífico, fué preso.

Sostenidos los escoceses por la secta puritana, redoblaban sus pretensiones, y se encarnizaban entre ellos contra los *incendiarios*, denominacion tan vaga como la de *delincuentes*, y aplicada á todo el que habia obedecido al rey. Los puritanos tenian en Lóndres un templo muy frecuentado, en el que predicaban contra la gerarquia; multiplicaban los ayunos, las oraciones á Dios, para que el soplo de sus narices ayudase á los débiles á reducir á humo á una Iglesia perversa y contraria á las

(5) Guizot, t. I, pág. 257.

Escrituras. En suma, el liberalismo aparecia revestido con el estilo bíblico, como el francés con la incredulidad, y sus apóstoles habian convertido el Evangelio de caridad en un Coran de guerra. Jacobo I habia dicho: «Si no hay obispos, no habrá reyes» por lo que odiaban á los escoceses y sostenian la gerarquia eclesiástica todos los que luchaban por conservar la monarquia, aunque refrenada.

Dióse efecto retroactivo al bill sobre la responsabilidad de los ministros para proceder contra Strafford, á quien se le imputó como un crímen hasta las palabras pronunciadas en el consejo del rey, y lo que aun es más, sus intenciones. En efecto, Pym declaraba que los veinte y ocho artículos de acusacion presentados contra él no componian, considerados uno á uno, el crímen de lesa majestad; pero que juntos manifestaban la intencion de derrocar el Estado. Strafford se defendió con tanta dignidad, y presentó tan bien á los lores el abismo que abrian bajo sus piés, la vergüenza que habia en poner en juicio, y por deposiciones secretas, á un ministro que no habia hecho más que ejecutar las órdenes del rey, que estaban á punto de absolverle, cuando los Comunes renovaron en el bill de *attainder* (proscripcion) una de las infamias de Enrique VIII. Segun los términos de aquella acta, el parlamento podia, como medida de alta policia, pronunciar una condena sin pruebas suficientes.

Conoció entonces Cárlos cuán difícil les seria salvar á aquel á quien habia dicho: «Como soy rey no tocarán un solo cabello de vuestra cabeza.» No pudiendo formarse un partido en medio de las fraccionadas opiniones de la cámara, ni entre las sectas que destruian el cristianismo, unas en parte y otras enteramente, pensó en apoyarse en una masa más sólida y unida, en el ejército, compuesto de caballeros que impondrian silencio al parlamento por la fuerza. Pero rodeado como estaba de traidores, se denunció su proyecto; y los Comunes, cuya irritacion y osadia se aumentó, le quitaron la facultad de prorogar ó disolver el parlamento. Al mismo tiempo se estendian noticias alarmantes entre el pueblo sobre los peligros que amenazaban á las libertades nacionales, y se le hacian creer las cosas más absurdas. Una peticion llena de innumerables firmas se presentó pidiendo la cabeza de Strafford, el más hábil y fiel sosten de la corona. Habiéndose retirado los lores amigos del ministro, no tomaron asiento más que cuarenta y cinco cuando se declaró por veinte y siete votos, que merecia la pena de muerte por haber mandado alojar tropas en las casas de los ciudadanos, é impuesto un juramento arbitrario á los escoceses que residian en Irlanda.

Enfurecido el pueblo, exigió que Cárlos ratificase la sentencia. Vaciló el rey, y convocó á los obispos, de los cuales sólo uno le dijo que no podia en conciencia condenar á un inocente; cuatro le exhortaron á que arrojase á Jonás al enfurecido mar. Lloró, rogó y firmó (6). Al recibir esta noticia, Strafford esclamó con el Salmista: «No confieis en los reyes ni en los hijos de los hombres de quienes no se puede aguardar la salvacion;» y murió con la firmeza de la inocencia (1641), honrado con una compasion de que el rey se hizo indigno por su cobardia.

Después de esta vergonzosa condescendencia, ¿qué existencia podia estar segura? Los Comunes colmaron la medida de la infamia añadiendo que aquella sentencia no serviria de ejemplo para nadie, debiendo ser juzgados todos los demás ingleses por los tribunales comunes.

De esta manera el trono quedaba sin defensa. La reina, que era católica, y que habia sido desde la muerte de Buckingham única favorita de Cárlos, temblaba por sí misma. Al odio contra Cárlos tratado de tirano, se unia el desprecio por su cobardia; pues no sabia ni encontrar la fuerza necesaria para resistir, ni aprovechar el oportuno momento de ceder. Envalentonados los Comunes, dieron el nombre de *hermanos* á los insurrectos escoceses; aliando de aquella manera el calvinismo de aquella nacion á las libertades de la clase media de la Inglaterra; y prolongaron por un año la permanencia de aquel ejército en Inglaterra para tener tropas á su disposicion; después al licenciarlo se le repartieron 300,000 libras esterlinas.

En este estado de cosas, nuevos acontecimientos consiguieron destruir el resto de autoridad del rey. La Irlanda habia sido conquistada por los ingleses; pero aun cuando se le arrebató el *Pale* no se pudo nunca fundirla con los conquistadores y recien llegados. Habiéndose hecho la Inglaterra protestante, debió querer que lo mismo sucediese con la Irlanda; pero las discusiones que prepararon la Reforma no habian penetrado en el pais, y el mando de los aborrecidos conquistadores hacia que amasen más el culto de sus padres. Isabel gastó 90.000,000 en diez años para domeñar á los irlandeses, que vencidos por la fuerza de las armas, se unieron como á una libertad, á lo que los separaba del vencedor, y la idea de reforma quedó en sus ánimos unida á la de conquista. Los medios tiránicos con cuya ayuda Enrique VIII é Isabel habian impuesto á la Inglaterra sus innovaciones religiosas, eran ineficaces en Irlanda, en atencion á que si importaba en la primera, reforzar la autoridad real para estinguir los partidos, hubiera sido preciso debilitarla en la segunda para borrar los recuerdos de un reino nacional.

Exigiendo, pues, la razon de Estado la conversion de los habitantes que era imposible obtener, se comenzó á espulsar á centenares á los católicos para reemplazarlos con los protestantes. Seiscientos mil acres de tierra confiscados por la rebelion de Dermond se ofrecieron á los que quisiesen ir á residir en el pais. Jacobo I confiscó otros quinien-

(6) Las monjas de Port-Royal, no hubieran firmado.

tos mil, imponiendo á los colonos la obligacion de no admitir á un solo irlandés en su territorio. Los que habian sido desposeidos tuvieron que refugiarse en los bosques, permaneciendo de esta manera separados del lugar de su orígen y creencia. Los vecinos de Lóndres fundaron entonces á Londonderry, donde se estableció el puritanismo. Cuando ya no hubo más tierras de que apoderarse, Jacobo I, tirano sofístico, recurrió á un nuevo espediente para despojar á los irlandeses: inventó la estratagema de obligarlos á probar legalmente su derecho de propiedad ó á restituir á la Corona los bienes que poseian. Una nube de procuradores cayó entonces sobre la Irlanda, donde los atraia la promesa de participar del botin; y como después de tantos años de guerras se habian perdido muchos títulos, no hubo ninguna propiedad segura. Las que se arrebataban á los poseedores que no podian dar las pruebas pedidas enriquecieron á los protestantes.

Los católicos esperaban que la proteccion de Enriqueta les proporcionaria al menos el restablecimiento de su culto; pero Cárlos I no sabia fijarse francamente en ningun partido y renovó contra el Connaught, aun intacto, los espedientes de su predecesor. Strafford, á quien habia enviado en calidad de virey con soldados y leguleyos, hizo declarar que el rey era el único propietario, pues todos los demás no poseian sino en virtud de una concesion emanada de él. En vano decidió el jurado en sentido contrario; Strafford castigó al jurado y al scherif para enseñar docilidad á los demás. Considerando, pues, todos los derechos como usurpados al gobierno, se dedicó á limitarlos; y despótico en sus opiniones, hábil en los medios de ejecucion, supo sacar de Irlanda subsidios para el rey, pero aunque oprimiendo, procuraba al pais tranquilidad, industria, comercio y una buena administracion.

El momento en que Cárlos sucumbia, conoció la necesidad de ganar el afecto de los irlandeses, é hizo justicia á sus agravios; pero pronto ocurrió el largo parlamento, que fué entonces el verdadero rey. Las hostilidades entre la Escocia y la Inglaterra parecieron á los irlandeses una ocasion favorable para recobrar su libertad. En su consecuencia, multiplicaron en su parlamento las ordenanzas destinadas á disminuir el poder real. Pero los antiguos irlandeses y los nuevos estaban muy divididos en sus intereses. Si los primeros querian restablecer su independencia, los segundos temian perder bienes mal adquiridos; si los unos pedian la religion de sus padres, los demás ardientes puritanos no trataban más que de destruir el episcopado.

No pudiendo los jóvenes que se destinaban al sacerdocio hacer su educacion en la isla, eran enviados á Italia y á España, donde adquirian una elevada idea del poder papal, y grande afecto á su culto exterior que trasmitian después á sus ovejas. Añádase á esto que los potentados extranjeros, hostiles á la Inglaterra, alimentaban en aquella poblacion esperanzas de socorros: tal vez los mismos ingleses fomentaban el descontento con la idea de enriquecerse con las confiscaciones que seguian á la rebelion.

Un hidalgo llamado Roberto Moore de Ballynagh, propietario en otro tiempo de extensos dominios que veia entonces divididos entre colonos ingleses, se entendió con otros antiguos jefes de la isla para atacar en la misma hora á todos los extranjeros, y hacerse dueños del fuerte de Dublin, que contenia armas para doce mil combatientes. En el mismo momento en que los anglo-irlandeses dirigian nuevas pretensiones á Cárlos, que pensó para ponerse en guardia contra ellos, ocupar aquel mismo fuerte de Dublin, convencido del odio de los católicos á los puritanos, trató secretamente con ellos para que empuñasen las armas. Aprovechando una circunstancia que se presentaba tan á tiempo, se sublevaron, en efecto, y en la impetuosidad de su cólera asesinaron á los ingleses en número de cuarenta mil, segun unos, de doscientos mil, segun otros; las casas fueron incendiadas y hasta el ganado esterminado. Los temibles hombres del clan del Ulster, que obedecian á sir Phelim O' Nial, se señalaron entre todos por su ferocidad (7).

Demasiado tarde conoció Moore que es más fácil verificar sublevaciones que dirigirlas. Se preparó, sin embargo, con los demás jefes, á sostenerse vigorosamente, declarando al gobierno que habia empuñado las armas para revindicar sus derechos, la libertad de conciencia y la igualdad con los ingleses. Formóse una asociacion nacional con este objeto, y todos los irlandeses juraron armarse en defensa del rey, de la religion y de sus derechos.

Cárlos reclamó del parlamento los medios necesarios para castigar y reprimir á los rebeldes; pero los Comunes hicieron circular la noticia de que él mismo era autor ó cómplice de la rebelion; y tal vez tambien los mismos insurrectos fomentaron esta opinion con el único objeto de justificarse. El parlamento redactó un *manifiesto* muy vehemente sobre los males del reino, que recapituló exagerándolos, y suponiendo la existencia de una tenebrosa trama contra la constitucion, entre los papistas y jesuitas. En su consecuencia, los Comunes pidieron que se escluyese á los obispos del parlamento, se aboliesen las ceremonias del culto, y que todos los ciudadanos profesasen uno solo. Estas peticiones encontraron eco en las pasiones del vulgo, que se armó para defender el parlameuto á quien nadie

(7) Esta es la relacion de los historiadores ingleses; pero la union entre Cárlos y los irlandeses nos parece una novela. Con respecto al número de las víctimas, Lingardo dijo *(Historia de Inglaterra*, t. X, nota A): que los insurrectos querian echar y no asesinar á los colonos; que la matanza estaba muy distante de ser tan horrible, y que no fué concertada. O'Connel dió otras pruebas en su *Memoria sobre la Irlanda*. Lóndres, 1843, *Observaciones* al c. III.

amenazaba; los caballeros hicieron otro tanto para proteger al rey, cuya seguridad podia verse comprometida; y se designó á los unos con el nombre de cabezas redondas *(roundheads)*, y á los otros con el de caballeros. Tanto unos como otros querian la libertad; pero éstos creian que negar los impuestos, la responsabilidad de los ministros y la convocacion del parlamento cada tres años bastaba para poner un freno á los abusos: aquéllos trataban además de dar á la cámara el mando del ejército, el nombramiento de oficiales, de los consejeros de la corona y de los funcionarios encargados de administrar la justicia.

Todos por lo demás estaban conformes en odiar á la reina, y se hablaba en voz baja de acusarla. Pidió entonces un asilo en Francia, pero Richelieu le contestó: «En semejantes circunstancias quien abandona su lugar lo pierde.» En su consecuencia, Cárlos I intentó por ella uno de esos actos de valor que salvan las revoluciones, pero sólo á los que no han comenzado mostrando miedo: este fué el acusar él mismo de lesa majestad á algunos jefes republicanos. Se presentó en el parlamento y pidió su arresto. Sorprendida la asamblea, se prorogó; pero declarando que el rey habia violado sus privilegios, pidió satisfaccion y llamó al pueblo bajo á las armas (1642). Cárlos que habia salido de Lóndres, donde triunfaban los republicanos, se humilló de nuevo y lo concedió todo, al mismo tiempo que solicitaba socorros del extranjero.

Alegando el parlamento tramas de los papistas, pidió un cuerpo de tropas para su defensa, y sin inquietarse por la negativa de Cárlos, desconoció los principios de un gobierno constitucional, atribuyéndose el derecho de reclutar un ejército; medida que justificó pretextando la necesidad de defenderse de las tramas que preparaba, decian, el rey para cambiar la religion. Tomó á su servicio las tropas reunidas para marchar contra Irlanda, y todos á porfia le ofrecian la mayor cantidad de oro que podian (8).

Resuelto Cárlos á hacer lealmente la guerra, desplegó en Nottingham la bandera real, proclamando que no tenia otro objeto que sostener la religion protestante, gobernar segun las leyes, y ejecutar las decisiones del parlamento. Casi todos los pares acudieron en su auxilio, como tambien los caballeros, los episcopales y los católicos; personas ricas, de opulencia, de crédito, de la alta sociedad, pero la totalidad de la nacion, los grandes propietarios y los hombres más enérgicos adoptaron el partido del parlamento, que tuvo, además, la escuadra que interceptaba los socorros del extranjero. Lejos de atemorizarse el parlamento, decretó que el rey no podia poner veto á las leyes votadas por la cámara; que el mando de las tropas no correspondia al rey esencialmente, y que no se levantasen los ejércitos en nombre de éste, sino en el del parlamento. Este se hallaba armado, y resolvió por gran mayoria la guerra contra los realistas, dando el mando al conde de Essex y la mision de llevar al rey á Lóndres, sacándole del lado de sus pérfidos consejeros.

En este estado, propuso el parlamento á los escoceses reunir las dos naciones, y el sínodo que las dirigia en aquella anarquia religiosa aceptó la oferta, á condicion que ambas iglesias no formaran más que una. Formóse, pues, un convenio que producia la destruccion del episcopado, y que pronto fué seguido de una *liga de socorros fraternales*, en virtud de la cual los escoceses enviaron veinte mil combatientes. Cárlos publicaba prohibiciones y protestas; dirigió, además, á los miembros de ambas cámaras, que habian permanecido fieles, una invitacion para ir á tomar asiento en Oxford, adonde él se habia retirado. Reuniéronse en este punto ciento setenta y cinco miembros de la cámara Baja y ochenta y tres de la de los Lores, que hicieron todo lo posible para calmar el encarnizamiento de sus colegas é inspirarles sentimientos de paz; pero esto pareció un procedimiento *papal* y *jesuítico* y mútuamente se acusaron de lesa majestad. Ambos partidos pensaron en procurarse dinero; y entre los diferentes medios que se emplearon figuró el *exciso*, impuesto nuevo sobre las bebidas espirituosas, el aceite, los higos, el azúcar, las pasas, la pimienta, la sal y el tabaco, la seda, el jabon y la carne. Continuó después como ha sucedido con otras tantas invenciones revolucionarias. Aun hubo otra, y fué la de imponer un dia de ayuno á la semana á los habitantes de Lóndres, mandando que su importe se entregase al tesoro.

Los independientes.—Comenzó entonces á manifestarse una faccion que hasta entonces se habia disfrazado bajo el ancho sombrero de los presbiterianos. Ya en tiempo de Isabel, Roberto Brown habia predicado que siendo viciosos los ministros é idólatra el culto de la iglesia anglicana, el único medio de salvacion era separarse de él. Desechaba toda categoria, toda diferencia entre los eclesiásticos y los seglares; no admitia forma exterior, símbolo ni disciplina, en atencion á que, segun él, bastaba la comunicacion con el Espíritu Santo, que todos podian obtener con la oracion. Tanto los brownianos como los anabaptistas fueron perseguidos por los mismos que en otro tiempo maldecian con ellos los sufrimientos comunes; pero el nuevo movimiento aumentó su importancia: ya se

---

(8) «No se puede creer la cantidad de vajilla llevada á la tesoreria en el término de diez dias. No habia bastante gente para recibirla ni local donde colocarla. La multitud de los que la entregaban era tanta, que aun después de dos dias muchos esperaban los descargasen de sus sediciosas ofrendas.» CLARENDON, *Hist. de la rebelion.*

«Los predicadores produjeron tal efecto, que pobres mujeres llevaban sus anillos nupciales, los alfileres de oro y plata de la cabeza.» *Memorias de* WHITELOCKE.

«No sólo ricos vecinos y caballeros de Lóndres presentaban grandes bolsijas y vasillos, sino los más pobres, como la viuda del Evangelio, presentaban su óbolo.» THOMAS NAY, *Historia del Largo parlamento.*

habia obtenido la reforma política legal, y remediado los abusos; aun quedaba la reforma religiosa, que, precisada á unirse á la primera, era, en consecuencia, vacilante y poco lógica, en atencion á ser odiados los encargados de los negocios políticos. Se comenzó por preguntar porqué se habian de sufrir, en materia de fe, trabas que no se admitian en política: con qué derecho se habia de pretender doblegar las conciencias al yugo de una unidad que era mentira; sostúvose que toda congregacion de fieles constituia una iglesia legítima, y que ningun poder podia pretender ejercer autoridad sobre ella, pues toda religion consiste en la libre é inmediata comunicacion de cada individuo con la divinidad.

Por esto los brownianos tomaron el nombre de *independientes*. Profesaban el dogma supremo de Lutero, de que todo cristiano recibia con el bautismo el sacerdocio, de modo que no necesitaba sacerdotes ni superiores. Por la independencia nacional se habia abjurado del papado; por la independencia clerical, de la autoridad de los obispos; ahora por la independencia individual se abolia el sacerdocio. Se habia llevado á cabo la primera revolucion por los príncipes, con el pretexto de dar libertad á los pueblos; la otra fué debida á los teólogos calvinistas en nombre de la igualdad, dejando, sin embargo, subsistente la diferencia entre los ministros y los fieles; de este modo la lógica sacó su última consecuencia, y llegó hasta la libertad del individuo.

De la misma manera nació el dogma de la libertad de conciencia aplicado á todas las creencias, escepto la católica (9), dogma que pareció impiedad al fanatismo dominante, el cual investigaba sólo por quién debia ser gobernada la Iglesia entre el poder absoluto del papa, la aristocracia de los obispos y la democracia presbiteriana. Pero los debates se animaban, las creencias se conmovian, y ya no hubo límites. Ya no se queria el estado legal de la antigua Inglaterra; rechazábanse la escuela holandesa, inglesa y genovesa; y como no se admitia tampoco ningun límite al pensamiento ni á las exigencias, se creia poder someterlo todo al razonamiento y á la voluntad del hombre. Después de haber sacudido el yugo de Roma, ¿por qué aceptar el de los obispos? ¿Con qué derecho formaba el clero un cuerpo rico y privilegiado? ¿Por qué dejarles otra cosa que los medios de persuasion, la enseñanza y la oracion? ¿No podia Dios conferir sus dones á quien quisiera?

En su consecuencia, nada de dogma fijo, ceremonias, ni sacerdotes. Después de haber suprimido el orden sacerdotal, como un privilegio, los independientes reducian el culto á la comunicacion con el Espíritu Santo; mezcla de la sencillez de los primeros cristianos, de la refinada exaltacion de los quietistas, y de la ferocidad inspirada por la fe.

Aquella sencilla y vigorosa doctrina evitaba la inconsecuencia á los ánimos firmes y la hipocresia á los corazones sinceros; respondia además á las necesidades de Inglaterra, que se encontraba en uno de aquellos momentos en que el hombre concibe la sublime ambicion de no obedecer más que á la verdad pura, y el loco orgullo de atribuir los derechos que se derivan de esta fuente á su propia opinion.

Estas ideas influyeron, como debia suceder, en la política; los independientes se propusieron libertar á sus conciudadanos de la tierra de Egipto, es decir, de la monarquia, y establecer una igualdad absoluta de clases, conformándose en todo á la voluntad de Dios y á la de la Biblia, interpretada segun el sentimiento de cada uno. Este era un partido informe compuesto de entusiastas, filósofos y libertinos; pero bastante vigoroso para dar la victoria, á pesar de los errores de las gentes de buena fe y de los vicios de los hombres perversos, de que útilmente podia servirse un ambicioso capaz de reunir los ánimos en una tolerancia general.

Cromwell, n. 1599.—En las filas de este partido se encontraba el coronel Oliverio Cromwell, hombre de noble nacimiento, educado con austeridad, y uniendo á una modesta energia una ardiente imaginacion. Puso en práctica la igualdad tratando hasta á los más ínfimos como iguales; se espresaba con frases de la Escritura, y sus actos tenian algo de trivial y exaltado. Su vestido, que era descuidado, su voz chillona y sus modales rústicos le hacian ridículo; no atraia la atencion sino por una elocuencia de inspirado, llena de citas bíblicas, lo que hacia muy popular su diccion incierta y sin esperiencia. Las medidas á medias de los calvinistas, que querian sustituir la iglesia presbiteriana á la anglicana, las asambleas sinodales al episcopado le parecieron impropias para escitar entusiasmo que asegura el triunfo. Proclamó, pues, la libertad de conciencia, la independencia absoluta de la persona humana, la inspiracion directa, sin mediacion de iglesia ni sacerdotes. Insuficiente en los debates parlamentarios, conoció que se abria para él gran carrera cuando al derecho histórico sucedió el reinado de la voluntad y de la audacia, y se trasladó la discusion al campo de batalla. Un regimiento de mil caballeros *que tenian á la vista el temor del Señor*, es decir, que desechaban toda moderacion, porque estaban persuadidos que peleaba por la causa de Dios, habia adoptado el nombre de hermanos rojos. Este fué el plantel de los oficiales que el parlamento puso al frente de sus tropas. Cromwell, coronel de aquel regimiento, oraba y peleaba á su cabeza, acostumbrando á sus hombres á obrar en nombre del Señor, invocarle y entregarse á él, y se manifestaba afecto en cuerpo y alma á su partido.

(9) Bailly hace notar con horror que algunos sostenian que tenian derecho á tolerancia hasta los católicos, II, 17, 18, 45, 61...

Aclaremos, pues, las situaciones. El rey concentraba en sí la autoridad espiritual y el poder temporal, quedaba, pues, espuesto á los tiros de los que reclamaban la libertad política y de los que querian la libertad religiosa. Mas uniéronse estos dos partidos, invocando los unos la política para sostener su fe, apoyándose los otros en la reforma popular, é inclinándose todos á la revolucion, que fué el objeto de la fraccion política y el medio de la religiosa.

No era, pues, como en la revolucion francesa, un acontecimiento no preparado, fuera del cual se piden y obtienen cosas que no se hubieran obtenido de otra manera. Proseguíanse, por el contrario, ideas y obras comenzadas ya hacia cierto tiempo. El poder, de que se habia abusado, fué declarado ilegítimo. Proclamóse la necesidad del libre consentimiento en materia de leyes é impuestos y el derecho de resistencia á mano armada. Pero todo esto existia en el derecho feudal, y la Iglesia lo habia consignado ya por escrito en el IV concilio de Toledo. Con respecto á la destruccion de los privilegios, á la igualdad ante la ley, á la admision de todos á los empleos, era lo que los reyes procuraban hacia mucho tiempo y lo que la Iglesia practicaba. Ya los nobles se habian resistido á las arbitrarias voluntades del rey; ya los monarcas habian atacado los privilegios aristocráticos (1643); y el clero proclamaba la igualdad: pero estos tres poderes, que juntos alternativamente habian dominado á la sociedad, perdian la importancia, y sustituyéndose el público á ellos, queria elegir á los jefes de la sociedad. No obstante, el largo parlamento creyó que bastaba verificar la reforma legal, y hacer volver á entrar, por medios que ofrecia la constitucion, la soberanía del rey en los límites de la Carta Magna. Los Comunes no trataban hasta entonces más que de atraer á sí la preponderancia en el gobierno, que en efecto le concedia el derecho de votar las contribuciones, al paso que el rey pretendia tambien tenerla, fundándose en los ejemplos anteriores. Era, pues, preciso que un acto legislativo determinase el sentido de la constitucion sobre este punto. De ninguna manera se trataba de derribar la constitucion primitiva, sino por el contrario, se buscaba apoyo en las antiguas cartas; y los Comunes no se atrevian siquiera adoptar con osadia este partido porque no estaban seguros del apoyo de la nacion.

Las matanzas de Irlanda parecieron advertir al pueblo que el gobierno era mal aconsejado é imprevisor, y darle el derecho de dirigir manifestaciones y criticar á los ministros, lo que determinó con más claridad la posicion de ambos partidos. El más avanzado creyó en la necesidad de cambiar radicalmente el gobierno y hacer prevalecer la cámara de los Comunes, como representante del pais; establecer, en suma, la soberania del pueblo estendiendo al reino el gobierno de asambleas, fundamento de la iglesia presbiteriana.

Pero ni la reforma legal ni la política bastaban al tercer estado, que queriendo una reforma social se dirigia á trastornar el fondo y la forma de la constitucion viciada, y á estender las atribuciones de la cámara de los Comunes hasta el nombramiento de los grandes empleos, sin cambiar el sistema electivo, ni la organizacion administrativa y judicial. Con respecto á la religion, como los de este partido la hacian consistir en la comunicacion libre de cada uno con Dios, hubieran debido unir el fanatismo á la tolerancia, si á lo menos se hubiera comprendido entonces este nombre. A esta fraccion pertenecian los republicanos, las sectas religiosas entusiastas, y los siempre dispuestos á hacer fortuna. Sobrevivió á las demás, porque aspiraba á ideas más elevadas y generales. Al paso que los anglicanos renegaban del papa en nombre de la independencia nacional, los escoceses y los obispos lo hacian en nombre de la del clero, y ella llegaba á las últimas consecuencias de la reforma (1644) aboliendo hasta los sacerdotes en nombre de la independencia del hombre. Los ciudadanos de Inglaterra habian estado unidos hasta entonces con los calvinistas de Escocia para barrenar la autoridad del rey y de los obispos; pero si las complicaciones de una constitucion son ininteligibles al pueblo, se le persuade facilmente con la inspiracion individual, y es capaz de todo por conquistar el paraiso. En las revoluciones la fuerza es tanto mayor cuanto más distante se encuentra el objeto á que se dirige.

Cuando los independientes pudieron arrojar la máscara, procuraron retirar el ejército del poder de los presbiterianos. Al efecto, anunciaron un ayuno general, invocando el favor del cielo. Mientras duró, predicóse mucho (10) sobre los males de la guerra, la perfidia de los parlamentos egoistas y los generales que dilataban las cosas mientras la nacion sufria. Suplicábase á Dios poner manos en la obra; y si los instrumentos empleados hasta entonces no eran capaces de verificarla, inspirar la eleccion de hombres más dignos. Al dia siguiente, Enrique Vane, ardiente puritano, decia en el parlamento que la uniformidad de las quejas de tantos altos personajes no podia proceder sino de inspiracion divina, y exhortaba á todos á hacer acto de abnegacion personal, renunciando á los empleos lucrativos. Fué el primero en dar ejemplo. Cromwell en un discurso mezclado de teologia, política, y locura pidió que los oficiales del ejército cedie-

(10) Bailly nos describe uno de aquellos ayunos al que asistió. Comenzó á las nueve de la mañana con una corta oracion, después de la cual pronunció un ministro un sermon de dos horas; siguióle otro de una; después se cantó un salmo, y enseguida otro ministro predicó otras dos horas, y luego otro una más. Cantóse de nuevo un salmo por variar; luego un sétimo ministro abrió la conferencia sobre la falta de entusiasmo y la necesidad de predicar contra las sectas; después la oracion y la bendicion, con lo cual llegó la noche.

sen sus empleos á otros; y el entusiasmo en unos, el deseo en otros de adquirir favor manifestando desinterés, hizo votar un bill llamado de renuncia de sí mismo (*self-denying*), por el cual los miembros de ambas cámaras se declararon escluidos de todas las funciones civiles y militares y de la direccion del ejército, esto es, del poder ejecutivo.

Este gran golpe, que en un momento arrebataba todo poder al parlamento trasportándolo de los calvinistas predominantes en él á los independientes que dominaban en el ejército, era dirigido contra el conde de Essex, general de los ejércitos. En efecto, habiéndose dispuesto la organizacion del ejército, se eligió para su mando al caballero Tomás Fairfax, hombre de gran valor, pero de una honradez poco escrupulosa, que á pesar del voto de abnegacion quiso conservar por teniente á Cromwell, su cuñado, de quien era hechura é instrumento, y que entonces se hizo dueño de la fuerza armada. La caballeria era todavia el alma de la guerra, y muchos hombres nuevos sucumbieron ante los caballeros nobles, aguerridos desde la infancia. Cromwell vió que á éstos no podia oponer antiguos esclavos ni gente viciosa, sino hombres persuadidos de la causa porque combatian, y por lo tanto invencibles. Fuerza es confesar que el espíritu político era bien débil, cuando el ejército del parlamento no podia reclutarse sino de aquel modo. Cromwell, por tanto, se dirigió al sentimiento religioso, y enganchando aldeanos inspirados, les dió oficiales independientes, en su mayor parte artesanos, demagogos y fanáticos, y prestándole aliento con su entusiasmo los hizo invencibles. La resolucion da el triunfo á las revoluciones, y Cromwell dijo á sus soldados: «No os hagais la ilusion de creer que vais á combatir por el parlamento ó por el rey; si el rey me saliese al encuentro, yo dispararia contra él. Aquel á quien la conciencia no le permita hacer otro tanto, que se retire.»

Laud, que hacia tres años permanecia prisionero, fué puesto en juicio á peticion de Pym, pero se defendió tan bien, que los pares no encontraron motivos para condenarle. Los comunes quisieron constituirse de nuevo en cámara de *attainder*, y como los lores se oponian á ello dispusieron un ayuno general, medio de alentar los ánimos. Intimados los pares, adoptaron el bill de proscripcion, y Laud fué ejecutado á la edad de setenta y dos años (1645), lo que fué una crueldad inútil.

Desesperando entonces el rey de una conciliacion, volvió á emprender las hostilidades; pero sus partidarios, que arriesgaban por él sus bienes y vida, pretendian darle consejos y dirigir sus acciones: de aquí disensiones interiores, no menos violentas que las exteriores, pretensiones de empleos é intrigas. Los irlandeses ofrecian á Cárlos subsidios, pero con condiciones que no se atrevia á aceptar. Su ejército se encontraba de tal manera indisciplinado, que en muchos condados se formaban *clubs*, de los cuales algunos armaban hasta diez mil hombres para preservar las propiedades. No habia, por el contrario, entre los parlamentarios, desertores ni desobediencia; los oficiales parecian sacerdotes, tanto se ocupaban de los ritos piadosos en los intérvalos del servicio. Muchos soldados tenian éxtasis, ayunaban y salmodiaban. Chocaba el contraste con el cuerpo de oficiales de que estaba rodeado Cárlos, y que se manifestaba espléndido, orgulloso y libertino.

Batalla de Naseby, 14 de junio. — Dividian su tiempo entre la guerra y la religion; sus palabras de mando eran bíblicas, y las marchas guerreras, himnos religiosos; mandaban el fuego en *nombre de Dios*, y se lanzaban á la pelea cantando salmos. Derrotaron en Naseby, en el Leicester, al principe Roberto y al rey, á quien no sólo quitaron su artilleria, sino sus más secretos papeles. Encontraron en ellos la prueba de su mala fe y de las secretas inteligencias que sostenian (11); asi fué que los hicieron imprimir, lo que exasperó aún más los odios. En este estado, el parlamento, á pesar de la igualdad proclamada, votó á Cromwell y Fairfax el título de baron, con cinco mil libras esterlinas de renta al primero, dos mil quinientas al segundo (1645), y varios títulos á otros; después proclamó la tolerancia, lo que anunciaba persecuciones contra los de diferente secta.

Cuando Fairfax se apoderó de Bristol, se perdió la causa real. Cárlos se refugió en Oxford; temiendo ser cogido allí, en atencion á que el parlamento habia dispuesto su arresto, y que la nacion desconfiaba de su lealtad, se echó en brazos de los escoceses. Esta es una de esas resoluciones generosas ó temerarias, segun decide el éxito. Fué detenido por ellos como prisionero, hasta el momento en que el parlamento, mediante el pago de liquidacion de una deuda de cuatrocientas mil libras esterlinas, obtuvo que se lo entregasen. Conducido al castillo de Holmby, fué preso con centinelas de vista, sin que nadie pudiese acercarse á él, ni aun los aldeanos, que iban á ser tocados por él para ser curados de los tumores frios.

El triunfo del parlamento parecia completo; pero era preciso que las facciones, formadas de varios elementos, llegasen á descomponerse cuando habian conseguido el objeto que habian anunciado. Lejos de odiar el pueblo al rey, le veneraba, aun siendo prisionero. Los presbiterianos que dominaban en el parlamento se encontraban dueños del rey, que estaban ciertos de hacer adoptar fácilmente sus pretensiones, y pidieron que se redujese el ejército, y que una parte se dirigiese contra los irlandeses, con intencion de gozar tranquilamente en Inglaterra de los frutos de la victoria.

---

(11) Cromwell publicó una carta de Cárlos á la reina que habia sido interceptada, que terminaba de esta manera: *Tranquilízate sobre las concesiones que haga; en tiempo y lugar oportuno sabré cómo conducirme con estos pícaros, y en vez de una liga de seda, les reservo una cuerda de cáñamo.*

Habíase concluido, pues, la revolucion, ó si se prefiere, el debate entre ambas iglesias. El pueblo habia pedido condiciones al rey, y engañado, recurrió á la estrema razon; ya vencedor, vió satisfechos sus deseos; pero en el conflicto fueron olvidados los intereses de la libertad, el ejército trató de aprovecharse de la victoria; y no habituado á las costumbres civiles, quiso continuar en el mando y en la lucha. Pero entonces aparecieron los independientes, que no tenian en su favor la fuerza del número, sino la de la habilidad y el entusiasmo y opuestos á los presbiterianos; ahora bien, Cromwell hizo cambiar de aspecto á la cuestion reduciéndola á una diferencia entre la cámara y el ejército. Amotináronse, pues, las tropas parlamentarias; exigieron su sueldo y garantias antes de disolverse. Estableciόse un *consejo de los agitadores*, especie de parlamento militar á imitacion del de Westminster, representando los oficiales superiores la cámara Alta, y dos sargentos y dos soldados por compañia la de los Comunes.

La revolucion comenzaba, pues, entonces verdaderamente; pues no se trataba ya de la lucha de dos iglesias protestantes sin objeto político, sino de la del ejército y el parlamento, abandonando toda apariencia de legalidad. Pronto impusieron los soldados la ley al parlamento de Westminster: habiendo enviado á Holmby á cierto número de los suyos, intimaron al rey fuese con ellos, y le condujeron á Newmarket, donde le concedieron mayor libertad, dándole palabras y esperanzas, por temor de que no se uniese á los presbiterianos, que hubieran preferido su restablecimiento al despotismo militar. De una muchedumbre armada y tumultuosa no podia esperarse la calma y la paciencia que de un consejo de ministros; y muy pronto aquella arrastró tambien á Cromwell, que, sin embargo, queria seguir negociando la paz y que sabia que se le acusaba de traidor. El ejército, diseminado é inactivo, era escitado por predicadores fanáticos, llenos de aquellos pensadores insensatos y desacordes que producen la anarquia; de todas partes exageradas ideas revolucionarias amenazaban destruir aquella república por la cual se habian levantado, y se pedia no sólo la absolucion de la monarquia y de la nobleza, sino la igualdad de bienes y del poder, y la sociedad cristiana de los elegidos en la tierra (*niveladores*). Cromwell, como todo jefe de partido, refrenaba estos escesos, y amedrentó á los alborotadores, mientras que se conquistaba el aprecio de la muchedumbre con su odio á la monarquia. No era ya, pues, tiempo de moderacion; los generales, volviendo á su puesto, se vieron obligados á aceptar una libertad más lata y á sublevarse en favor de la república.

Cromwell marchó con los independientes sobre Lóndres, bajo pretexto de turbulencias y privilegios violados; fingió escuchar las proposiciones del rey, y le facilitó los medios de huir á la isla de Wight, donde el gobernador, su hechura, le detuvo prisionero. «Ahora que tengo al rey á mis manos, dijo Cromwell, tengo al parlamento en el bolsillo;» y trató de tranquilizar á los niveladores; pues aquel grito de igualdad, de comunidad de bienes y poder no le convenia. Hasta empleó los suplicios contra los que sacaban consecuencias de sus principios, y como no podia marchar con el rey á la libertad de conciencia, resolvió conseguirlo con solo el ejército, es decir, con la república. Poniendo, pues, por obra la energia que da la union en medio de adversarios divididos, hizo votar por fuerza al parlamento un bill (1648) que prohibia toda comunicacion con el rey, lo que equivalia á deponerle.

El pueblo, que habia esperado algun alivio en la paz, comenzó entonces á murmurar: la compasion que inspiraba el rey le ganó amigos (12), y la escuadra se declaró en su favor, como tambien los escoceses arrepentidos. Pero Cromwell derrotó á los realistas, y entrando en Escocia, alejó del gobierno á todos los moderados. Su victoria no dejó subsistir más que un solo poder, el de la espada, que habia triunfado. Se predicó una nueva doctrina, la de la soberania del pueblo, que confia la autoridad á quien quiere y la retira cuando le acomoda. En su consecuencia, se declaró á Cárlos incapaz de reinar, y los Comunes decidieron que debia enjuiciársele como culpable de las desgracias públicas.

Antes de confirmar esta decision, la posteridad debe apréciar las circunstancias. Cada partido pretendia entonces, como siempre, ser el solo poseedor de la verdad. Pronunciarse en favor del uno era enajenarse la voluntad del otro; proclamar la libertad religiosa, era ofender á todos. ¿Qué no intentó Carlos desde el momento que se sentó en un trono vacilante? Trató primero de ocupar fuera el ardor nacional, pero sus empresas fracasaron: recurrió entonces á la economia y á la paz; pero el silencio á que condenó al parlamento valió á aquella asamblea la popularidad: en fin, la rebelion de los escoceses y el ardor de los presbiterianos hicieron imposible la tranquilidad, y fué preciso rechazar con las armas la pretension de una reforma universal. Asustado Cárlos incurrió en nuevas debilidades abandonando al suplicio á siete de sus amigos: después de lo cual declaró el parlamento que el rey habia hecho bastantes concesiones para pensar en la paz. Pero Cromwell, que no sabia que-

(12) El abogado Prynne propuso á la cámara de los comunes tratar con el rey, y se espresó de esta manera: «Sé que esto bastará para acusarme de apóstata y llamarme favorito real. Los favores que he recibido de S. M. y de los suyos vedlos: dos veces me han cortado las orejas, tres veces he estado en la picota, se han hecho quemar mis obras por el verdugo; me han hecho pagar diez mil libras esterlinas de multa; he estado preso ocho años, sin más libros que la Biblia, sin poder escribir ni ver á mis amigos, y sin darme más alimento que el estrictamente necesario para no morir. Que aquellos de vosotros que me envidien estos favores me traten de favorito.»

darse á medio camino hizo poner preso al rey, y marchó sobre Lóndres con un ejército. Cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, otros escluidos, y los independientes que permanecieron solos decretaron que se formaria causa al rey. Los lores rechazaron este bill; pero los comunes declararon que representaban al pueblo inglés y que desde luego se encontraban investidos con la autoridad suprema; que cada una de sus deliberaciones tenia fuerza de ley, sin que hubiese necesidad de consentimiento del rey ó de los pares. Fairfax se pronunció abiertamente contra aquel atentado; «Cromwell dijo no tener opinion determinada, pero que se sometia á la providencia de Dios, que parecia confiar esta elevada é importante mision á los miembros del parlamento.»

En el pais del jurado el rey se vió privado de esta garantia. Tuvo que presentarse ante una comision especial de la que formaban parte Cromwell, Ireton, su yerno, con otros *Samueles* y *Gedeones* encargados de juzgar al gran *Barrabás*. Cromwell, que proclamaba la soberania de la inspiracion y de la palabra, decia que si alguno hubiese propuesto con premeditado designio acusar al rey, le tendria por un traidor; pero que la Providencia los habia conducido á ello; rogaba á Dios bendecir sus consejos. «Ultimamente, decia, como me dispusiese á pedir que se pusiese en libertad al rey, sentí pegárseme la lengua al paladar; lo que me dió á conocer que la voluntad de Dios lo rechazaba.»

Muy afligido ya Cárlos de no verse tratado como rey, no podia creer que se llegase á juzgarle. Pensaba que sólo querian asustarle; que en todo caso la Escocia se sublevaria, y que los reyes extranjeros se opondrian. Pero el de Dinamarca, su primo, guardó silencio; la España sostenia relaciones amigables con el parlamento; la Francia dió algunos pasos, pero sin insistir; los escoceses protestaron, y los Estados Generales enviaron una embajada que no tuvo resultado. Conducido Cárlos ante los comisarios, esclamó: «No veo aquí á los lores y yo mismo formo parte del parlamento;» y constantemente se negó á contestar. Cromwell firmó la sentencia de muerte (1649), y con la pluma de que se acababa de servir, pintarrojeó la cara á Enrique Martyn que usó con él de igual chanza. Diciendo bufonadas y llegando hasta á coger la mano á algunos de ellos, fué como consiguió hacer firmar la sentencia á cincuenta y nueve de sus colegas (13).

Habiendo oido el rey al salir las voces de los soldados que se habian pagado: «Desgraciados, dijo, son inclinados á esto por sus oficiales, con quienes harian otro tanto por un poco de dinero.» Habiéndolo escupido uno al rostro, no pronunció más que estas palabras: «Otro tanto sufrió el Salvador del mundo.»

Su sentencia produjo grande impresion. Tratóse de remediarla con ayuda de la legalidad de los presbiterianos, y con el sacrificio de algunos lores, sus consejeros, que se declararon culpables de actos que se le habian imputado. Pero los inspirados no entendian razones; los realistas eran mal dirigidos y además estaban persuadidos que no pasaria de una simple demostracion. Decia la sentencia que «Cárlos habia sido hecho rey de Inglaterra, y recibido en depósito una autoridad limitada; que después habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes, con objeto de aumentar las prerogativas reales: en su consecuencia, era condenado como tirano, traidor, asesino y enemigo del pueblo.» Ahora bien, nada habia en esto de cierto: no habia sido hecho rey, sino que habia nacido tal; la monarquia no se le habia concedido en depósito, la habia adquirido por la casualidad del nacimiento; su poder no era limitado sino por la fuerza; y cuando fué mayor la del pueblo, el pueblo quiso que muriese, en expiacion de aquella suprema autoridad de que sólo se habia hecho responsable. Es cierto que habia violado las leyes del reino con mentiras y actos opresivos; que habia usurpado las funciones de la legislatura, impuesto arbitrariamente contribuciones, puesto trabas á la libertad de las discusiones, desconocido el derecho de peticion, hecho arrestos ilegales, y dado demasiadas pruebas para que no se fiasen de sus palabras; y los mismos que tomaban su defensa sentaban este absurdo principio: «Era un mal rey; pero un hombre honrado.» Sea lo que se quiera, su suplicio fué perjudicial á la causa de la libertad, tanto más, que si mereció la muerte por las intrigas con que quiso sostener el absolutismo que sus predecesores le habian desgraciadamente trasmitido, la sufrió valerosamente. La compasion que inspiró fué general, sobre todo después de la aparicion de un libro que escribió, dicen, en su prision (14). Cromwell quiso ver el cadáver del monarca después de estar en el ataud; «Cuerpo bien constituido, esclamó, y que aun prometia vivir mucho tiempo.»

---

(13) Horacio Walpole poseia, entre otras curiosidades, la minuta de la sentencia de Cárlos I, y habia escrito en el reverso *Gran carta*.

(14) Εἰκὼν βασιλικὴ, esto es, imágen del rey. Después fué repetida como obra propia del obispo Gauden. Wordsvorth sostuvo, sin embargo, que habia sido escrita por Cárlos; pero no convenció á todos.

CAPÍTULO XVII

REPÚBLICA INGLESA.

No se trató entonces de aliviar las cargas públicas, sino de destruir al gobierno, la cámara de los pares fué abolida, y la burla de los vencedores inscribió en las puertas del palacio de Whitehall: *Esta habitacion se alquila* (1). Predicando Hugo Peters capellan de Fairfax á los restos de ambas cámaras, decia á los generales: «Como Moises, sois elegidos para sacar al pueblo de la servidumbre de Egipto. ¿Cómo se verificará este designio? Es lo que aun no se me ha revelado.» Apoyando entonces la cabeza entre las manos, se inclinaba hácia el almohadon colocado delante de él; mas levantándose pronto: «Os voy á decir la revelacion. Este ejército estirpará la monarquía, no sólo en este pais, sino en Francia y los demás reinos que nos rodean. De esta manera os libertareis de Egipto.»

Y habiéndose declarado que «el oficio del rey era inútil, oneroso y peligroso por la libertad, la seguridad y el bien del pueblo, y que en consecuencia habia concluido,» proclamóse la república, y se adoptó un sello con esta inscripcion: «Año 1.° de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1649» (estilo antiguo). Se sustituyó en el *Padre nuestro* á las palabras de costumbre, *venga á nos la tu república*. La familia real fué proscrita; fué un crímen de alta traicion reconocer por rey á *Cárlos Estuardo, llamado príncipe de Gales*; y algunos de los principales realistas fueron sentenciados á muerte. No era suficiente para muchos; habia quien pedia aun la libertad de conciencia; que se hiciesen las leyes en la lengua nacional é iguales para todos; que los acusados fuesen juzgados con prontitud; que se escluyesen á la fuerza de los negocios civiles: algunos llegaban hasta desear la individualidad suprimiendo toda comunidad (2).

Opúsose Cromwell á estas doctrinas poco sociales constituyendo una república posible. Impulsa-

(1) Ya hemos visto varios rasgos cómicos en medio de aquella tragedia. Cuando Cromwell se resolvió á establecer la república, despues de haber oido varios discursos contra el gobierno de uno solo, «tomó en su alegria, dice Ludlow, un cogin que me arrojó á la cabeza, y saltó las escaleras de cuatro en cuatro. Yo cogí otro, y se lo arrojé á las espaldas.»

(2) Se puede juzgar de las doctrinas de los niveladores por un libro publicado después de la muerte de Cromwell, titulado: *El Nivelador, ó principios y máximas concernientes al gobierno y á la religion, profesados por los que comunmente se llaman niveladores.* 1659.

Principios de gobierno.—1.° El gobierno de Inglaterra debe regirse por leyes y no por hombres, es decir, que las leyes deben juzgar todos los delitos y delincuentes, imponer todas las penas y multas á los culpables. La arbitrariedad de su alteza y de su consejo no debe declarar culpable, y castigar ó aprisionar á quien le agrade y cuando le acomode.

2.° Las leyes, las contribuciones en dinero, la guerra y la paz deben ser decretadas por los diputados del pueblo en el parlamento, elegidos sucesivamente en ciertos períodos. En su consecuencia ningun *veto* del rey, porque con frecuencia escuchará su propio interés ó el de su familia, con perjuicio del pueblo. Bueno seria que los diputados del pueblo se dividiesen en dos cuerpos; que el uno propusiese las leyes, y que el otro las adoptase ó desechase.

3.° Todos sin escepcion deben estar sometidos á las leyes.

4.° El pueblo debe estar, por medio del parlamento y á sus órdenes, en un pié militar, de manera que pudiese precisar á todo individuo á obedecer las leyes, y defender el pais de los extranjeros. Un ejército mercenario (permanente) es peligroso á la libertad, y no debe admitirse.

Principios de religion.—1.° La esencia de la inteligencia no puede ser forzada; en su consecuencia, nadie puede obligar á otro á pertenecer á la verdadera religion.

do al poder por la ambicion, caminaba á la ventura; pero diariamente sabia sacar partido de lo que le era ventajoso. Afectando la humildad en medio de los triunfos y la abnegacion en el seno del despotismo, después de haber dirigido la revolucion en la resistencia, la gobernaba en la victoria y en el restablecimiento del orden, sujetando á los presbiterianos y católicos por una parte y á los niveladores por otra. Habia proclamado la libertad de la prensa y la de la predicacion, pero eran reprimidas si no correspondian á sus miras. Los que invocaban los derechos con cuyo pretexto se habia sublevado el pueblo, eran presos y sentenciados á muerte. El ejército que los pedia y los niveladores, inflexibles lógicos, que querian se asegurasen, recurrieron á las armas; pero Cromwell cayó de repente sobre ellos, cogió á cuatrocientos, y envió á los fautores al suplicio.

Durante aquel tiempo continuaba la guerra en Irlanda con encarnizamiento. Una insensata devocion producida por la lectura de la Biblia hacia concebir á Cromwell el designio de esterminar la poblacion indígena, para sustituirle otra inglesa, único medio de obtener la obediencia: en su consecuencia, exigió enormes sumas, hipotecando los bienes que debian ser confiscados. Mandó no dar cuartel á ningun irlandés que arribase á Inglaterra. Los que eran cogidos en los barcos eran arrojados al mar; se les perseguia en los bosques como á fieras; se les degollaba en la cama y se violaban los tratados. La pasion era la terrible ejecutora de la ley, con objeto de reducirlos á la desesperacion y procurarse un pretexto para aniquilarlos. Estensas comarcas quedaron enteramente asoladas y desiertas, hasta el punto que era preciso para atravesarlas, llevar consigo los víveres. Los rebaños, único recurso del pais, habian perecido, y la guerra hacia la miseria aun más cruel.

Con arreglo á las órdenes de Cárlos I, el marqués de Ormond habia resucitado la faccion realista en el pais, que concluyó de empobrecerse sosteniéndola. Llegó después Cromwell con sus santos, batió el ejército irlandés, é hizo una horrible matanza. Circuló la noticia de que hacia asesinar á todos los irlandeses desde diez y seis hasta sesenta años, arrancar los ojos á los de seis hasta diez y seis, y atravesar los pechos de las mujeres con un hierro candente. Estas exageraciones manifiestan el terror que inspiraba: y las atrocidades cometidas en las ciudades conquistadas, las ejecuciones en masa eran demasiado ciertas. En Tredagh no sobrevivieron más que treinta personas, que fueron condenadas á trabajos forzados; lo mismo sucedió en Wexford y en otras partes. Hugo Peters escribia: «Ya somos dueños de Tredagh. Tres mil quinientos cincuenta y dos enemigos han sido muertos; no se liberta á nadie. Salgo de la iglesia principal, adonde he ido á dar gracias al Señor.» Otro tanto contienen las cartas de Cromwell, que hizo vender á muchos irlandeses en la Barbada como negros, y regaló á algunos diputados que le habian enviado al parlamento, un caballo y dos prisioneros á cada uno. Después de haber contado estas sangrientas devastaciones, terminaba diciendo: «Lo siento, pero Dios lo ha querido,» y no escribia nunca á su familia ni á sus amigos sin pedir oraciones para su alma.

Ludlow, general de los republicanos, nos describe el espanto de los irlandeses que huian por todas partes, hasta el punto de ser imposible encontrarlos. Habiendo sorprendido á una partida de ellos, mató á muchos, persiguió á los demás; y como se refugiaran en una gruta, hizo disparar cañonazos desde su entrada; mas no saliendo nadie la prendió fuego, sin conseguir aun hacerlos salir. Crofton Croker (3) refiere este testamento de un compañero de Cromwell: « Que se coloque mi ataud sobre una mesa de encina, en el cuarto oscuro. Se convidará á cincuenta irlandeses á velarme dando á cada uno tres cuartillos de aguardiente, y se pondrá un puñal delante de cada uno de ellos. Cuando hayan concluido de beber, que se cierre mi ataud y se entregue mi cuerpo á la tierra de donde procede.» Como le preguntasen por qué queria regalar á los irlandeses á quien nunca habia querido: «Porque, dijo, no dejarán de emborracharse, y en la embriaguez se darán muerte unos á otros. Si todo inglés hiciese otro tanto, pronto se veria la vieja Inglaterra libre de esta mala semilla.»

Habiendo empuñado de nuevo las armas los irlandeses por un momento (1650), no tardaron en ser reprimidos. Pero como los mismos verdugos se cansaron de degollar, y concluyeron por asustarse del horror que inspiraban, la isla no pudo ser despoblada enteramente. Entonces comenzaron las *justicias* de un tribunal que se denominó *tribunal de matanza* (*slaughter-house*). Millares de desgraciados fueron desterrados; vendiéronse veinte mil en América; mil doncellas arrancadas de los brazos de sus madres fueron, en una sola vez, embarcadas para la Jamaica. Habiéndose autorizado á todo oficial irlandés á hacer en el pais tantos alistamientos como pudiese para el servicio extranjero, cuarenta mil salieron con este objeto, nuevo procedimiento de despoblacion (4). Se prometió

2.° El culto se deriva de doctrinas admitidas por la inteligencia. Nadie puede, pues, precisar á otro á ninguna forma particular de culto.

3.° Las obras de rectitud y misericordia forman parte del culto de Dios, y desde que están sujetas al magistrado civil, éste debe enfrenar á los hombres que se entregan á la irreligion, es decir, á la injusticia, á la violacion de la fe, á la opresion y á todas las demás obras manifiestamente malas.

4.° Nada es más funesto á la verdadera religion que las discusiones que le conciernen y los castigos para precisar á alguno á creer como otro.

(3) *Comentarios sobre los cantos populares de Irlanda.*

(4) Segun Petty (p. 187), seis mil personas, mancebos

á Phelim O'Nial concederle su perdon, si confesaba haber recibido comision de Cárlos; pero persistió en negar hasta la horca. La obra de Cromwell fué continuada por su yerno Ireton; y se restableció en vigor el derecho de conquista á la manera de los paganos, que deja el vencido á merced del vencedor. Tres mil novecientos millones de fanegas de tierra (cinco millones de acres) se arrebataron á los antiguos propietarios. y dados ó vendidos á los negociantes que habian adelantado el dinero necesario para sueldo de las tropas, sirvieron para pagar deudas, ó para satisfacer la avaricia.

Después de tantas matanzas aun quedaban ocho católicos por un protestante. El parlamento habia decretado que no era su intencion que se aniquilase á la nacion irlandesa, y que hasta se podia perdonar á los aldeanos, pastores, artesanos y cualquiera otra persona de baja esfera. Se mandó, pues, que se escluyese á los católicos de tres de las cuatro provincias, y que no pudiesen habitar sino en el Connaught. Fueron llevados allí desnudos, encerrados como rebaños, y los que salian de aquellos límites podian ser muertos por cualquiera (5).

Desde este momento un odio mortal se perpetuó entre ambas naciones; odio que fué un manantial de males para la misma Inglaterra, precisada por una primera injusticia á cometer otras nuevas sin cesar, y no pudiendo admitir á la Irlanda á participar de los mismos derechos que ella, por no poder restituirle los bienes usurpados.

Quedaban aun los calvinistas en Escocia (1650). No agradando á este pais una libertad tiránica, y compadeciendo la desgracia del rey, resolvieron reconocer á su hijo, que tomó el nombre de Cárlos II. El príncipe envió allí á Montrose, «uno de esos hombres que no se encuentran sino en Plutarco (*Mem.* de RETZ);» pero habiéndole cogido los presbiterianos, le dieron muerte con cruel alegria.

Cárlos II, que á fuerza de contemporizar y entregado á las mujeres y diversiones, habia sido causa de aquella muerte, cometió la bajeza de negar la mision cometida á su fiel servidor, y acudió con una escuadrilla que le proporcionó el príncipe de Orange. Aceptó el *Covenant*, y se sometió á todas las humillaciones sin participar de ninguna autoridad. Cuando su coronacion, un ministro presbiteriano le declaró que era rey por un convenio con el pueblo; que su poder era limitado por la ley de Dios y del pueblo, quien tenia el derecho de resistirse á todo abuso de autoridad, que si imitaba la apostasia de su padre, debia esperar concluir como él. Todo lo sufrió Cárlos II, resignándose hasta á oir seis sermones al dia. No se adquiere un trono y la estimacion de un pueblo con semejantes medios.

Batalla de Dunbar, 3 setiembre.—Fairfax tuvo escrúpulo de pelear contra los confederados: confióse, pues, la guerra de Escocia á Cromwell. El fanatismo religioso reinaba en ambos ejercitos. A cada momento los ingleses *santificaban* el campo por sí mismos; los escoceses con el concurso de sacerdotes; los entusiastas pretendian sustituir á los consejos de la prudencia sus propias inspiraciones. Cromwell mandaba veteranos contra los novicios reclutas de Escocia. Sin embargo, Leslie, evitando llegar á las manos en un pais asolado, le habia reducido á la última estremidad, pero los predicadores se declararon con tanta vehemencia contra aquella desconfianza de Dios y de la bondad de su causa, que se vió obligado á dar una batalla y dejarse vencer; y *Dios puso* á Edimburgo *en manos* de Cromwell.

Batalla de Worcester, 3 de Setiembre.— Perdieron entonces los ministros presbiterianos algo en la opinion; y habiendo recobrado Carlos II alguna autoridad, reclutó tropas con las que penetró en Inglaterra (1651), donde peleó como héroe; pero desanimados sus partidarios, no le secundaron. Derrotado en fin por Cromwell en Worcester, anduvo fugitivo por espacio de cuarenta y un dias en medio de románticas aventuras, y hasta viendo pasar á los soldados enemigos por debajo del árbol donde estaba oculto. En fin, un barco de pescadores le trasladó á Normandia. Abolióse la dignidad real, y se reunió la Escocia á la república inglesa.

Quedó, pues, asegurada la nueva forma de gobierno: y subyugada la parte anglicana en Inglaterra, la católica en Irlanda y la calvinista en Escocia, fué reconocida por las colonias americanas; mas habiéndose negado á ello la Holanda, Cromwell le hizo una guerra comercial. Observando la posicion insular de la Gran Bretaña, y el carácter activo y tenaz de sus habitantes, concibió el proyecto de constituir la industria en una guerra permanen-

---

y doncellas, se enviaron fuera, Lynch *(Cambreusis eversus in fine)* dice que se vendieron como esclavos. Bruodin en su *Propugnaculum* (Praga, 1669), hace subir hasta cien mil los desterrados: *Ultra centum millia omnis sexus et ætatis, e quibus aliquot millia in diversas Americæ tabaccarias insulas relegata sunt* (p. 692). Lingard encontró, en una carta de 1656: *Catholicus pauperes plenis navibus mittunt in Barbadax et insulas Americæ. Credo jam sexaginta millia abivisse. Expulsis enim ab initio in Hispaniam et Belgium maritis, jam uxores et proles in Americam destinantur.* Cromwell escribió en 1655: «Creo que seria conveniente á vuestros negocios y á los nuestros, si lo juzgais á propósito, enviar mil quinientos ó dos mil mancebos, de doce á catorce años, á la Jamaica. Podríamos mantenerlos y os serian útiles. ¿Quién sabe si será éste un medio de hacerlos ingleses, diré más bien cristianos?» (p. 140). Thurloe contesta: «Los diputados del consejo han decretado que se cogerán al efecto mil doncellas y mil mancebos.» (p. 75).

(5) O'Connell refiere en las *Memorias sobre la Irlanda indígena y sajona* (Lóndres, 1843) diferentes protocolos del tenor siguiente: *Willielmus, filius Rogeri, rectatus de morte Rogeri de Cantelon, felonice per ipsum interfecti, venit, et dicit quod feloniam per interfectionem prædictam committere non potuit, quia dicit quod prædictus Rogerus fuit purus Hibernicus, et non de libero sanguine... Ideo prædictus Willielmus quoad feloniam prædictam, quietus.*

te con respecto á las industrias extranjeras, y aislando los intereses del pais de los de toda la Europa. Escluyó, pues, con el *acta de navegacion* las mercancias de toda Europa, importadas de otra manera que en barcos ingleses, y todo otro pescado que el de la pesca inglesa: este fué un gran perjuicio para la Holanda, que se enriquecia con los trasportes. De esta manera fundó un sistema marítimo que usurpaba los derechos y amenazaba los intereses de las demás naciones, haciendo creer á la Inglaterra que le pertenecia dar leyes al mar (6). El interés comercial permanecia de esta manera asociado indisolublemente al poder del Estado; de aquí el cuidado que tuvo el gobierno inglés de encontrar salidas á la industria, remover todos los obstáculos, descubrir nuevos paises y establecer colonias.

La grandeza marítima de la Inglaterra fué, pues, fundada por Cromwell, y como las revoluciones hacen surgir de repente grandes hombres, se vió á Blake, almirante á los cincuenta años, rivalizar con Tromp y Ruytel y purgar el mar de piratas. Monck, que le sucedió, empleando mayores buques con mayor artilleria, aseguró la superioridad británica, y, como decia Cromwell, «despidió á sus pantanos á las ranas bátavas.» (7) Penn hizo la conquista de la Jamaica para humillar á la España. La guerra contra esta potencia se habia declarado de repente, y acababa de interrumpir el comercio que comenzaba á prosperar; pero era muy popular, por ser hecha á una nacion intolerante, superticiosa, al rey de la inquisicion, por lo que no se dudaba que Cromwell venciese. Animado el protector con la proteccion del cielo, de que los vencedores no dejan nunca de alabarse, y con el apoyo del ejército; lisonjeado en su orgullo con los triunfos que le colmaban de alegria, se dedicó á vencer las costumbres de libertad arraigadas en la nacion. Como el parlamento desconfiaba de su grandeza é intenciones, trataba de desacreditarle como traidor á la justicia y á la religion. Decia á Lud Cow: «Es cosa miserable servirse de un parlamento;» y otras veces: «¡Estas gentes no permanecerán tranquilas mientras los soldados no las saquen por las orejas.»

Viendo que la necesidad de una autoridad suprema era reconocida por todos, pensó tomarla para sí: de este modo volveria á la administracion el vigor, á la política esterior la firmeza y al pais sus costumbres, y juntamente tendria asegurada la libertad religiosa con impedir toda intervencion legal, y la libertad civil con hacer que sólo un partido fuese el dominante. La necesidad era el derecho que se apoyaba. Solamente debia temerse que no le considerasen más que como un usurpador, que no se viese otra diferencia más que la de personas entre su gobierno y el de los Estuardos, y que los partidos, que él trataba de equilibrar colocándose en el centro, no se volviesen todos en contra suya. Mucho arte, pues, era necesario, y en tales casos suele ser buen consejero el miedo. Halagó á los anglicanos haciéndoles que temiesen el triunfo de los calvinistas; á los calvinistas les hizo temer la vuelta de los Estuardos y las exageraciones de los independientes; y á los independientes les hizo temer tambien persecuciones contrarias á la libertad de conciencia, de modo que á todos les pareció indispensable su apoyo.

Pero todavia faltaba el apoyo principal que era el ejército, establecido por el parlamento y que ahora debia servir para disolverle. Por lo mismo hizo que los soldados pidiesen sus sueldos atrasados, y que diesen á la cámara (reducida de 513 á 140 miembros, y envilecida con el nombre de *rump* ó rabadilla) el consejo de disolverse y dejar el puesto á otros, que tambien tenian el derecho de gobernar. Irritóse el parlamento; pero Cromwell entró en el salon con un puñado de soldados: «Vamos, vamos, dijo, ya no perteneceis al parlamento; el Señor os ha desechado.» Y pretestando haber suplicado al Señor dia y noche para que no le destinase á aquella mision, los arrojaba diciéndoles, al uno: «Tú eres un pícaro,» al otro: «tú un borracho; tú un libertino; tú un salteador de caminos,» después cuando hizo evacuar el salon, se metió las llaves en el bolsillo (20 de abril de 1653). De esta manera concluyó el largo parlamento. Después de haber existido ilegalmente, pereció por una ilegalidad, víctima de la misma fuerza que le habia sostenido.

Después de haber roto las trabas que le oponian los hombres para no obedecer más que á la necesidad, ley de Dios, gobernó Cromwell con un despotismo militar, á la cabeza de un consejo de doce personas, número de los apóstoles. Le hizo nombrar ciento cuarenta y cuatro diputados, y en su calidad de capitan general de las fuerzas de la república, invitó á aquel simulacro de representacion nacional á tomar parte en el gobierno. Eran personas vulgares, sin instruccion, desconocidos del pais, pero dotados del don de la oracion y de la predicacion; no habian intrigado por la diputacion, sino que habian sido elegidos por el mismo Dios, es decir, por el ejército, su órgano. Abandonaron sus nombres profanos para adoptar los de Sedecias, Habacuc, Josué, Zorobabel (8). Despreciados y

(6) Por el ministerio de Peel quedó abolida la ley de Cromwell, y proclamada la completa libertad de comercio.

(7) Sagredo, embajador de Venecia, que residia en Amsterdam durante las hostilidades, dice: que los holandeses reconocian haber sufrido una pérdida de mil ciento veinte y dos barcos, tanto de guerra como mercantes, y que los gastos de aquella guerra escedieron á los de su lucha de veinte años con la España. Atribuye su inferioridad á tres motivos: á que los buques ingleses eran más, sus cañones de cobre y de mayor calibre; y á que habiendo hecho al principio los ingleses muchas presas, las fuerzas navales de Holanda se habian disminuido.

(8) Propúsose entonces entre otras cosas, reformar la ley del pais. Consistia, decian, en estatutos poco conocidos

despreciables se vieron precisados al cabo de seis meses á ceder su autoridad al consejo militar.

Constitucion de 1653.—Este confió á Cromwell el gobierno vitalicio de la república de Inglaterra, bajo el nombre de *protector*. Tolerancia para todas las religiones, escepto para los episcopales y papistas; por lo demás, plenos poderes al nuevo jefe del Estado como en otro tiempo al rey, con solo la condicion de tomar parecer de un consejo y convocar el parlamento cada tres años, lo menos por cinco meses. El protector no podia hacer leyes nuevas, derogar las antiguas sin el parecer del parlamento, ni rechazar las que habia votado. Realizóse, pues, definitivamente el engrandecimiento de la Gran Bretaña con la reunion de los diputados de los tres paises en un solo parlamento.

Cromwell era, pues, rey como los demás príncipes que le habian precedido; pero, en lugar de proclamar el derecho divino, consagraba la autoridad parlamentaria. En efecto, aunque sacando partido de los falsos terrores que sirven de pretexto al poder absoluto, no se atrevió á violar el principio revolucionario, ni á abolir el parlamento; y, aunque contrariado en cada nueva eleccion, se limitaba á hacerle cargos, amenazarle con los soldados, sin atreverse á reinar sin él. En suma, respetaba la libertad civil, pero la colocaba después de la libertad religiosa. De aquí procedian sus actos despóticos, y al mismo tiempo la constancia de la oposicion, por la cual se encontraba siempre escaso de dinero en medio de tantas empresas. Fanáticos predicadores, y sobre todo los anabaptistas, trataban en el púlpito de las cuestiones debatidas en la cámara. El, que habia atacado al episcopado para derribar á la monarquia, conocia que los que habian destruido el sacerdocio no sufririan ninguna autoridad civil. Cromwell tenia aversion á las opiniones anárquicas; y en el discurso de apertura de 1654 esclamaba, quejándose de que la libertad política de conciencia sirviese de velo á los más funestos estravíos: «Aquellas abominaciones han llegado á tal grado, que el hacha ha atacado hasta las raices del más sagrado ministerio, como una institucion idólatra y anticristiana; y así como en otro tiempo un hombre, por reputacion que tuviese, no podia predicar si no era sacerdote, en el dia, por el esceso contrario, se pretende que el sacerdocio destruye la vocacion.»

Los extranjeros reconocieron á Cromwell: era generalmente respetado, y los poderosos le adulaban. Mazarino, que en secreto le calificaba de loco afortunado, decia en alta voz que era el genio del siglo, y le regalaba alfombras de los Gobelinos. Luis XIV se descubria al hablar con sus embajadores, y le ofrecia de regalo una espada. Cristina le admiraba por haber espulsado al parlamento; el rey de Portugal le trataba de hermano, y el de España le aconsejaba se hiciese coronar: la Polonia reclamaba su ayuda contra la Rusia, y el vaivoda de Transilvania contra los turcos; Génova le agradecia la seguridad que habia dado al comercio, y Zurich le reclamaba como aliado, pues se habia proclamado protector de los Estados protestantes, título que le aseguraba en todas partes amigos.

En el tratado que hizo con Luis XIV exigió que no añadiese ningun otro título al de rey de Francia, y le obligó á arrojar á los Estuardos en virtud de un acuerdo secreto; pero uniéndose á el contra la España, no conoció la grandeza rival á que caminaba la Francia, y rompió el equilibrio entre ella y el Austria. No conoció tampoco que la Holanda debia ser su aliada natural, y le hizo una guerra de envidia comercial, aunque seguida de una paz gloriosa, por la cual la obligó á no nombrar por estatuder á un príncipe de Orange. No se observa en sus actos el proyecto que se le ha supuesto de una alianza de los reyes protestantes contra los católicos (9), del Norte emancipado contra el Mediodia avasallado. Pero es cierto que aumentó la estension de su nacion, que le aseguró el canal de la Mancha con la adquisicion de Mardyck y Dunkerque; que elevó á la marina al mayor grado de poder, poniéndola en estado de pretender la soberania de los mares, y que pudo espresarse en estos términos: «Parece que el Señor ha dicho: Inglaterra, tú eres mi hija primogénita, mi predilecta entre las naciones. Nunca ha hecho otro tanto el Señor en la tierra por ningun pueblo. Ha añadido un nuevo eslabon á la cadena de oro de sus bendiciones, nos ha dado la paz con nuestros vecinos.»

No faltaron al protector las lisonjas de los literatos. Milton combatió los sentimientos generosos contenidos en el *Eikon basiliké*, al cual opuso el *Iconoclasta*, conjunto de innobles insultos contra un rey muerto, en el que saca sus blasfemias del mismo libro divino que inflamó su genio. Cuando Cromwell se apoderó de las galeras de España, el poeta Waller, que, después de haber sido desterrado por realista, habia obtenido su perdon y vivia en la corte del protector, se dedicó á celebrar aquel triunfo: «Hace varios meses, decia, que nuestras fuerzas están en los mares bloqueando á la España.

é inaplicables, en decisiones de jueces tal vez ignorantes, á veces parciales, en colecciones de casos contradictorios, de usos particulares en diferentes distritos: se podia, decian, reducirlo todo á un tomo pequeño. Esto asustó á la libertad, tanto más cuanto que se les imputaba la intencion de introducir la ley de Dios.

(9) Burnet pretende que, si Cromwell hubiese aceptado la corona, habria establecido una grande institucion á favor de la religion protestante; esto es, una especie de concilio para dirigir los intereses generales como la Sacra Congregacion de Roma. La vigilancia estaria distribuida en cuatro divisiones: una que abrazase la Francia, Suiza y los valles del Piamonte; otra el Palatinado y los paises calvinistas; la tercera Alemania y el Norte, y la última las colonias de las Indias: mantener correspondencia, vigilar por sus intereses y socorrerlos en sus necesidades, serian sus atribuciones.

Esta, que en su orgullo afectaba tener el imperio del mundo, permanece ahora encerrada en sus puertos por nuestros bajeles, y ve la púrpura de nuestro pabellon flotar sin rival en las azuladas olas del mar. Las naciones son pasajeras sobre el Oceano; sólo los ingleses tienen en él una permanencia fija; nuestras velas desafian y los vientos á la carrera pactan con las nubes. Nuestros abetos han echado sus raices en el mar, y con toda seguridad nos paseamos sobre sus furiosas olas.» Terminaba manifestando el deseo de que se ofreciese la corona al protector.

Seria calumniar á la naturaleza humana creer que todos se envilecieron de esta manera. Cuando Cromwell despidió al parlamento, Bradshaw le dirigió estas palabras: «Os habeis engañado si habeis creido que el parlamento quedaba disuelto; no hay poder bajo del cielo que pueda disolverle más que el suyo mismo.» Ludlow decia al hijo del protector: «Detestaria hasta á mi padre si estuviese en el lugar del vuestro;» y amenazado por Cromvell con la prision, esclamaba: «Un juez de paz podria hacerme atar, porque está autorizado por la ley; pero vos, no;» y dió su dimision. Como se le dijese que se privaba de esta manera de ser útil, contestó: «Ayudar á la usurpacion de Cromwell es mal hecho; y yo no quiero hacer nada malo, por bien que pueda resultar de ello.»

Fundado el poder de Cromwell en la necesidad y en la penetracion profética, que, justificando sus actos con respecto á los independientes, corespondia perfectamente con el orgullo británico, tan positivo y á veces tan sublime, nunca se reconoció enteramente. Su locuacidad destruye la idea del fingimiento, que sugiere el tono místico y escritural con que se encubre, sirviéndose del nombre de una inspiracion de Dios para sofocar á la libertad y proclamar el poder de la espada. «Los que atribuyen, decia, al uno ó al otro la idea y el cumplimiento de las grandes cosas que el Señor ha operado entre nosotros, y que además pretenden que no es la revelacion del mismo Jesucristo sobre la que descansa el gobierno, hablan contra Dios, y caerán bajo su mano sin el socorro de un mediador. En su consecuencia, por mal que penseis y digais que fulano es astuto, político y pícaro, tened cuidado, os lo repito, con juzgar las revelaciones de Dios, creyendo examinar el resultado de las invenciones de los hombres.»

El temor de la anarquia fué siempre la escusa del despotismo. Para reprimir Cromwell á los realistas, dividió la Inglaterra en doce gobiernos militares á las órdenes de un mayor general que reunia la autoridad civil y militar, y dependia inmediatamente del protector. Se hizo proponer el título de rey; pero, habiendo conocido que la opinion pública lo rechazaba, contestó que su conciencia no le permitia aceptarlo; declarando, sin embargo, que su vocacion procedia de Dios, su nombramiento del pueblo, y que Dios sólo y el pueblo podian separarle del puesto supremo.

Nunca hubo un espionaje mayor que en tiempo de Cromwell: habiendo atacado y engañado con la imparcialidad de la tirania á las dos facciones opuestas, no pudo fiarse de ninguna. En medio de tan grandes prosperidades y tantas lisonjas, tenia miedo de todo el mundo, de sus amigos, de los fanáticos y de los realistas. Usaba siempre una coraza, no observaba la misma hora en las ceremonias ni en los viajes, y todas las noches cambiaba de habitacion para dormir. Sin hermosura, buenos modales, ni educacion, incorrecto y confuso en su lenguaje, tuvo gran actividad, profundo conocimiento de los hombres y de los medios de hacerlos servir á sus ambiciosos proyectos, sin detenerse nunca por ningun sentimiento de honor ó de virtud. Sin riqueza y de baja cuna se apoderó de los tres reinos, y les impuso un yugo más pesado que el que acababan de sacudir. No tuvo la rapidez de Napoleon, pero avanzaba á pasos contados. El disimulo era su suprema ciencia (10); su único cuidado el afecto de las tropas. Tan pronto cruel como generoso, la superioridad de su razon no le permitió ser perseguidor, y en lugar de vengarse de sus rivales quiso dominarlos.

El sentimiento religioso le hizo tolerar las diferentes sectas. Acogió con benevolencia al cuákero Fox, dejó tranquilos á los judíos; y aunque parecia concentrar toda su animadversion contra Roma, escribia á Mazarino que haria todo lo posible por obtener tambien tolerancia en favor de los católicos. Un fondo de religion fanática que le hacia cumplir con toda exactitud los actos de piedad, le distingue de los demás revolucionarios. Predicaba, deploraba sus pecados y los ajenos; y habiendo caido enfermo, esclamaba: «Dios mio, si deseo la vida es para mostrar la gloria de tus obras. Señor, aunque no soy más que una miserable criatura, me comunico contigo por medio de tu gracia. Muchas personas me han estimado más de lo que valia; otros desean mi muerte: pero tú, Señor, tú fuiste siempre mi dueño. Continúa haciendo lo que te parezca mejor para ellos.»

Muerte de Cromwell.—Habiéndose agravado su enfermedad, preguntó á un capellan, «si el alma que ha obtenido una vez la gracia divina puede tener duda de su salvacion. Como se le contestase que no: Me he salvado, pues, replicó; pues sin duda la he obtenido alguna vez.» Despues esclamó: «Hijos mios, vivid como cristianos; os dejo por alimento el pacto con el Señor.» Murió el dia universario de las victorias de Worcester y Dum-

---

(10) Waller, á quien ya hemos citado, refiere que admitido con frecuencia á íntima conversacion con el protector, se encontraban á veces interrumpidos por los jefes de partido, que iban á hacerle la corte. Cromwell los recibia de pié cerca de la puerta, y repetia: *El Señor se revelará... el Señor nos ayudará...* Dirigiéndose después hácia el poeta: *Querido primo*, le decia, *es preciso hablar á esta gente en su jerga. Volvamos á lo que estábamos.*

bar (11), (3 setiembre de 1658), y «subió al cielo, escribia Thurloe, embalsamado con las lágrimas de su pueblo, y llevado en alas de las oraciones de los santos.»

Cuando una revolucion lo ha destruido todo, el que permanece firme parece grande. Este es el juicio que se formó de Cromwell porque fué fuerte y porque se le atribuyeron los méritos de la revolucion anterior, cuya gloria se adjudicó á aquel que habia alcanzado sus ventajas. Pero en realidad dejó las libertades aniquiladas, abatidos los animos, enormes contribuciones, un ejército desproporcionado, y la costumbre de obedecer. Habia realizado en sí la idea de la independencia individual y la de la independencia nacional en el gobierno, como la predicaban los independientes: pero su obra no podia sobrevivirle. Un dominio fundado sobre el entusiasmo y el don de inspiracion y profecia no pasa á un sucesor. Añádase á esto que su familia estaba menos contenta que asustada de su repentina elevacion, y que no era posible á un pueblo pensador y comerciante mantenerse en aquel grado de exaltacion lírica en un siglo político y positivo.

Ricardo Cromwell.—El consejo de Estado nombró por sucesor de Cromwell á su hijo Ricardo, con todas las ceremonias de costumbre en los herederos de los reyes, y hasta con las mismas bajas adulaciones. El sol habia desaparecido, pero la noche no le sucedia. Después de Moisés que habia libertado, se presentaba Josué, que conduciria al pueblo á la tierra prometida de la verdad. Ricardo era un hombre retraido, sin esperiencia de los negocios ni valor guerrero. Demasiado justo y moderado, quiso hacerse popular y se hizo despreciar: en su consecuencia los soldados se apoderaron del gobierno, y le hicieron abdicar (12). Dueños entonces, reunieron los restos del largo parlamento; pero apenas conocieron en él una tendencia al mando, cuando en lugar de obedecerle le dispersaron. Jorge Monk, gobernador de Escocia, adoptó su partido. Después de haber sido partidario de Cárlos I, habia servido á las órdenes de Cromwell, conservando siempre su dignidad, sin adular ni buscar grados, ocupándose únicamente en su servicio de mantener la subordinacion. Así era que todos creian pertenecia á sus filas. Pensó entonces, aunque con esterioridades republicanas, en restablecer á los Estuardos; pero no dijo nada á nadie, y menos á Cárlos II, pues aun era mayor el espionaje en el extranjero que en el reino. Cárlos II se habia refugiado en Francia, donde el talento que manifestó y sus novelescas aventuras escitaron el interés, y le hicieron concebir esperanzas. Le era preciso, sin embargo, sostener á muchos de sus partidarios, y no tenia otros recursos que las seis mil libras de pension que le habia asignado el rey de Francia. No por eso queria dejar de conservar las apariencias de una corte, entregarse á los placeres y amores públicos, indignos de su clase. Católicos y presbiterianos trataron de convertirle; prometió á unos y á otros, y concluyó por despreciar toda creencia religiosa.

Sin embargo, entró Monk en Inglaterra (1660) con el título de defensor de las antiguas libertades. Bien acogido en su camino, llegó á Lóndres; nombrado después general en jefe, abolió el decreto que desterraba á los Estuardos, y convocó un parlamento que escitado por los puritanos, restableció el calvinismo. Le remitió una declaracion del rey en la que prodigaba las promesas, y votóse su vuelta (29 de mayo). Fué recibido Cárlos II en sus Estados con inmensa alegria é impaciencia, después de lo que habian visto de la tirania de la república. Escoltado por las tropas que habian acompañado á su padre al cadalso: *¿Dónde están mis enemigos?* preguntó; *veo que ha sido nuestra la culpa de no haber venido antes.*

---

(11) Su agonia ha sido descrita por su paje Underwoodson.

(12) De los dos hijos de Cromwell, Enrique se retiró á sus Estados, donde un dia hospedó á Cárlos II que fué á visitarle. Ricardo anduvo errante, y habiendo vuelto algun tiempo después vivió hasta los ochenta y seis años (1712); solia enseñar dos grandes cajas de augurios que recibió en el breve tiempo de su protectorado, y se reia al leer algun trozo de aquella única reliquia de un poder que no deseó jamás.

CAPÍTULO XVIII

LA RESTAURACION INGLESA.

Cromwell no habia trastornado las antiguas instituciones del reino, pues sus ataques eran de aquellos que se dejan sentir en lo futuro, y no en lo presente. Los elementos de la constitucion, el sistema de la propiedad y de la legislacion, la liturgia, el símbolo habian permanecido. Cerróse la cámara de los lores, pero no se les desposeyó de sus títulos; una gran parte de la nobleza se habia asociado al pueblo contra el rey. Era, pues, posible restablecer el antiguo equilibrio sin grandes esfuerzos, tanto más cuanto que se habia adquirido mayor esperiencia.

La restauracion de los Estuardos fué un acontecimiento nacional en atencion á que se presentaban con los méritos de un antiguo gobierno que se unia á los recuerdos del pais, y otro nuevo exento aun de culpas. Las creencias enérgicas comenzaban á parecer ridículas, y se obedecia. Este fué sin duda un bien después de tantos males; pero Monk hubiera debido hacer estipulaciones con el rey para asegurar las libertades obtenidas durante la Revolucion, y evitar debates que pronto volvieron á nacer, porque los derechos se encontraban mal determinados.

Cárlos volvia déspota como lo habian sido sus abuelos; sin embargo, amable y benévolo, más de lo que prometia su carácter áspero; educado en el infortunio hizo concebir buena opinion de sí con el perdon, la dulzura y la tolerancia al presentarse á un pueblo cansado de agitaciones; licenció el ejército, devolvió su independencia á la Escocia, y se rodeó de personas dignas. Los que han desertado la causa de la libertad son escelentes instrumentos contra ella, y los cobardes aduladores de Cromwell se apresuraron á merecer con nuevas bajezas el favor de Cárlos II. Un parlamento que duró diez y ocho años, y fué más realista que lo que se atrevia á ser el mismo rey, se hubiera visto precisado obrando contra lo pasado á establecer un tirano, si el conde de Clarendon, canciller del reino, no se hubiese opuesto á él.

Pero Cárlos II era uno de aquellos príncipes débiles, que no atreviéndose á ejercer la tirania, recurrió á la arbitrariedad. De un carácter indolente preferia la disipacion y el poder á los negocios, escuchaba á los bufones más bien que á sus ministros; hizo ejecutar á diez de los jueces que habian condenado á su padre, y exhumar los cadáveres de los que habian muerto. Gran cazador, tenia un escelente perro para las zorras, se deleitaba en las riñas de gallos; disipaba en magnificencias los subsidios que le concedia el parlamento; olvidaba los beneficios; se acordaba de las injurias, y no tenia ningun cariño á su pais, al que envileció y sacrificó para procurarse dinero y placeres. Tuvo hijos de cinco queridas, y se casó con Ana, hija del canciller Hyde; luego con otras después de ella, mostrándose siempre voluble: concluyó por dejarse dirigir por la hermosa Luisa de Kerhoalt, á la que hizo duquesa de Portsmouth. La desgracia le habia echado á perder en lugar de aleccionarle, y llevó al trono el epicurismo gastado, propio de los tiempos que suceden á las revoluciones. Sin malas intenciones, pero poseido de fastidio y más sensual que depravado, no creyó ni en el bien ni en el mal, ni supo lo que era virtud ó vicio; libertino, gran bebedor, se sirvió de los cortesanos y de las mujeres como de juguetes; quiso disfrutar de todo porque no sabia fijarse en nada; reirse de todo, no por grande ironia, sino por ligereza. En fin se ha dicho de él que nunca dijo una necedad, ni hizo una cosa sensata. Viendo á un hombre en la picota, por haber compuesto una sátira contra los ministros: *¡Imbécil!* esclamó, *¿porqué no la escribió contra mí? no le hubieran hecho nada.* Consideraba el disimulo como el verdadero principio

del arte de reinar: así fué que siempre existió una eterna desconfianza entre él que creia que sus súbditos querian la república, y éstos, que temian que quisiese violar las franquicias nacionales.

La frugalidad que habia estado en moda durante la república, hizo aumentar las riquezas, á las que el comercio procuró un empleo ventajoso; pero cuando se encontró libre de esta austeridad, siguióse á ella la relajacion de las costumbres. Precisados los caballeros á afectar virtud con los rígidos republicanos, se indemnizaban entregándose á la licencia; de vuelta la aristocracia del extranjero ó habiendo abandonado sus retiros, trató de olvidar un pasado triste en medio de fiestas y placeres; el lujo pasó por un indicio de contento, lealtad y fidelidad monárquica. Habiendo tranquilizado el tiempo las ardientes imaginaciones, que la religion y guerra civil habian exaltado, el espíritu francés era superior al nacional en personas cansadas de vanos ensayos, debilitadas por el contacto de tantos crímenes. Vistióse á la francesa, se leyó y se habló en francés. Dryden no es un poeta, sino un artífice de hermosos versos, y no hay en aquella época filósofos en Inglaterra hasta Locke, hombres de genio hasta Fox. Clarendon es sonoro, pero sin fondo, todo subterfugios, equívocos y falso talento. Olvidado el teatro de Shakspeare, imitó los insípidos amores de la escena francesa, como la corte imitaba los vicios de Luis XIV. Enrique VIII, Isabel y Cromwell habian hecho á la Inglaterra confiada y hasta arrogante con su propia superioridad, pero Carlos II se resignaba á la política de Francia.

La mayor traba de los reyes de Inglaterra procedió siempre de la religion, teniendo todos que resignarse á ser injustos con una parte de sus súbditos para gobernar á la otra. Cárlos II permaneció incierto, y descontentó á todo el mundo. Después de haber prometido la libertad de conciencia restableció el juramento á la iglesia constituida, que permanecia siendo la episcopal. Negáronse á él los presbiterianos, y lo menos dos mil ministros renunciaron sus beneficios (1662): renováronse, pues, las persecuciones y con ellas el fanatismo. Los ministros anglicanos, que habian predicado siempre la omnipotencia real, demostraron entonces que no se debia obedecer al rey, sino dentro de los límites de la ley. Cárlos se inclinaba á los católicos, pero sin resolucion; y si conservaba á algunos en los empleos, alegaba absurdas razones. Lejos de protegerlos en Irlanda contra los protestantes, tomó su parte del botin que se les hizo. La Escocia participó tambien sus venganzas; fué abolido todo lo que se habia hecho en veinte y ocho años, se restableció la iglesia episcopal, y los obispos obtuvieron plenos poderes. Furiosos los presbiterianos, sobre todo los que seguian á Ricardo Cameron y se titulaban ejército de Israel, levantaron el estandarte de Jesucristo, y escomulgaron al rey. Habiendo perecido Cameron en una batalla en Airmoss, emprendió Cargirll vengar su muerte; pero el duque de York consiguió someterle; los jefes murieron con intrepidez, antes que decir: *¡Dios salve al rey!* Cárlos II hizo restituir á la Escocia sus archivos; pero en la travesia naufragó el barco que los llevaba, procediendo de esto la escasez de documentos.

Cuákeros. — Acababa de surgir una nueva secta además de las que ya existian. Jorge Fox, hijo de un tejedor de Leicester, guardando ganados, se entregó á la meditacion, lo que le hizo taciturno, dócil y laborioso. Agitado primero con dudas, á los diez y nueve años se sintió embriagado de dulzuras espirituales; en una vision oyó que le aseguraban que su nombre estaba inscrito en el libro de la vida, y elegido por Dios para reformar el mundo. De costumbres incorruptibles, sin poseer el don de la palabra, pero inspirado por la Biblia, se dedicó á predicar; encontró prosélitos porque era atrevido y violento, y persecuciones, porque trastornaba al culto é insultaba á los magistrados. Nueve veces estuvo preso; pero sedujo á muchas personas, sobre todo entre los anabaptistas y los independientes. Como dijese un dia á un juez, ante quien comparecia: *Tiembla delante de la palabra de Dios*, se llamó por ironia á sus sectarios los tembladores (*quákers*). Segun ellos, Dios se manifiesta, por un efecto interior, á todo el cristiano que aguarda la venida del Espíritu Santo. Desprecian, pues, toda la Iglesia fundada en la palabra inanimada. De continuo en relacion con el Ser supremo, deben menospreciar las cosas de este mundo, y aspirar á una perfeccion que condena hasta los actos más inocentes en sí mismos; se niegan á prestar servicio militar, á pagar diezmos ó contribuciones para el sosten del culto; no reconocen ninguna distincion de clases en la sociedad. Se hacen notar por el grande afecto que se tienen, por una moral que somete los menores actos á una regla severa, y por la calma, la piedad y la tranquilidad de espíritu. Si se les multa, porque no quieren prestar juramento, ni reconocer á los magistrados, sufren las multas, las prisiones, el azote, resignándose y orando. Puestos en libertad, vuelven á sus conventículos; condenados á multas no las pagan; siempre tranquilos, tutean á los magistrados como á los demás, y hasta al mismo rey, sin quitarse el sombrero delante de nadie.

Habiéndose refugiado á la Nueva Inglaterra, fueron perseguidos allí por los congregacionistas, fugitivos tambien de la intolerante Europa: la crueldad con respecto á ellos llegó hasta condenarlos á muerte, porque desobedecian la prohibicion de presentarse en Boston.

Hizo su secta una importante adquisicion en la persona de Guillermo Penn, hijo del almirante de este nombre. Como se habia dedicado á declamar contra la iglesia dominante de la Inglaterra, su padre, con objeto de distraerle, le envió á París, donde en efecto contrajo gustos frívolos; pero habiéndose dedicado á su vuelta á la administracion de algunos bienes en Irlanda, se reanimó su ardor

oyendo nuevos sermones; de tal manera, que se dedicó á la predicacion, la que produjo aplausos y persecuciones. Cuando heredó los inmensos bienes de su padre, obtuvo del gobierno en cambio de un crédito 400,000 francos, la propiedad del pais americano del Delaware, que existe entre los 40° y 42 de latitud septentrional, con el poder legislativo y ejecutivo bajo la soberania de la Inglaterra. Habiéndose embarcado para aquel pais, compró á los indios, por respeto á la propiedad, el territorio que le habia concedido la Inglaterra, y contrajo amistad con las colonias vecinas y con los naturales. Casi todos los cuákeros se reunieron en lo que él llamó la Pensilvania: entonces dió á los nuevos colonos que habian ido con las condiciones prescritas, un código lleno de sabiduria, fundado en una libertad religiosa sin límites, y en una seguridad perfecta contra todo poder arbitrario, siendo admitidos los ciudadanos á formar parte del gobierne sin prestar juramento, sin soldados y sin iglesia dominante.

Cárlos II usó tambien alternativamente con los cuákeros de rigor y tolerancia, haciendo descontentos con uno y otro procedimiento. No habia agradado verle desposeer á multitud de ciudadanos que durante la Revolucion habian adquirido de buena fe bienes confiscados. Habia producido irritacion el que hubiera concedido la libertad religiosa, y que el duque de York, su hermano y heredero presuntivo, después de haberse hecho católico, se hubiese casado con una princesa de Módena; las gentes religiosas se indignaban del escándalo de sus costumbres. Lo que sobre todo disgustaba á los ingleses es, que no contentos con las considerables sumas votadas generosamente por el parlamento que perpetuó el *accise* (los impuestos), tendia la mano al oro de Luis XIV, que le trataba como á un estipendiado y le habia vendido á Dunkerque, adquirido por Cromwell, y considerado como una indemnizacion de la pérdida de Calais. Luis XIV, que conocia el oficio de rey, debia naturalmente ser hostil á la revolucion inglesa, y conociendo cuán contagioso es el ejemplo, ver con inquietud la disciplina romana de la que era heredero, destruida por el principio contrario de la libertad individual, de las asambleas deliberantes y del equilibrio del poder. Trató, pues, de hacer que Cárlos se declarase católico; y hasta se pretende que se pusieron de acuerdo en un tratado secreto, para establecer en Inglaterra la religion y el gobierno de la Francia.

Para secundar Cárlos II al monarca francés, declaró la guerra á la Holanda, aunque aparentando no ceder más que al deseo de la nacion, á la cual causaba recelo el engrandecimiento de los holandeses en la India y en Africa. El duque de York, que le habia inclinado á ello para presentarse como gran almirante, envió en su calidad de jefe de la compañia de Africa á apoderarse de la isla de Gorea (1664), de los fuertes holandeses en Guinea y de gran número de barcos, después mandó fuerzas á América para ocupar los nuevos Países-Bajos. Pronto acudió Ruyter para vengarse de los ingleses; pero mientras que ejercia terribles represalias en las Indias occidentales, el duque de York capturó ciento treinta buques mercantes holandeses á su salida de Burdeos, y un rico convoy procedente de Esmirna.

Cuádruple alianza.—En la violenta guerra que estalló, la Holanda tuvo al principio la peor parte, pero cuando fué sostenida por la Dinamarca, por el elector de Brandeburgo, por el duque de Brunswick-Luneburgo, y por la firmeza del gran pensionario de Wit, recobró su dignidad, y la victoria de Dunkerque inmortalizó á los almirantes Ruyter y Tromp. La paz de Breda (1667) conservó á cada una de las potencias lo que habia adquirido.

Para sostener aquella guerra, suspendió Cárlos II el pago de los intereses que se debian á los banqueros que habian adelantado las sumas votadas por el parlamento, lo que produjo el descrédito y la ruina de muchas personas. Para aumento de males se desarrolló la peste con tal violencia (1666), que perecian en Lóndres diez mil personas cada semana. Apenas comenzaba á reponerse la ciudad de los males sufridos, cuando estalló un terrible incendio. Soplaba un viento muy fuerte, y como el corregidor no se atrevió á mandar derribar sin el consentimiento de los propietarios las casas, que en su mayor parte eran de madera, pronto una columna de fuego de una milla de circunferencia se estendió á ochenta y nueve iglesias, incluso la de San Pablo, abrazando todo el espacio comprendido entre la Torrey el Temple, con trece mil doscientas habitaciones y veinte y seis almacenes. Doscientos mil ciudadanos quedaron sin asilo. El vulgo atribuyó este desastre á los holandeses, los puritanos á los católicos, los realistas á los republicanos: se habian visto á veinte mil personas, decian, que lanzaban antorchas encendidas, y asesinaban á los ingleses. Los que se llevaban sus efectos para salvarlos, los que acudian á apagar el fuego ó se presentaban armados para defenderse, eran tenidos por salteadores ó incendiarios, perseguidos y muertos; y en el solar de la panaderia donde comenzó el fuego, se erigió el *Monumento* que atribuye el crímen á los papistas (1).

Todo esto indisponia los ánimos contra el rey; el parlamento, sometido en otro tiempo, comenzó entonces á resistirse. Clarendon, primer ministro de hecho, aunque no de nombre, y que temiendo al gobierno popular, sostenia en lo que le era posible la prerogativa real, aunque reprendiendo á la corte con una severa justicia, cayó entonces en desgracia, y se fué á vivir al retiro, donde escribió sus *Memorias;* obra verbosa, exacta, pero agradable, que ofrece la principal fuente de los datos que

(1) Cuando el incendio de Hamburgo, en 1842, único que se puede comparar con el de Lóndres, la poblacion se desencadenó contra algunos negociantes ingleses, como autores de aquel horrible desastre.

deben consultarse sobre aquel período. Tuvo por sucesores á ministros más malos que él, llamados por el pueblo la *Cábala* por la reunion de las iniciales de sus nombres (2). El nuevo parlamento obligó á Cárlos II á adoptar el bill del *Test*, especie de prueba á la cual debia someterse todo oficial público, civil ó militar. Consistia en prestar juramento de obediencia de reconocer la supremacia real, en recibir la eucaristia y no creer en la transustanciacion. Los que se negaban á ello tenian que pagar una multa de quinientas libras, no podian testar en juicio, ser encargados de una tutela, ni aceptar legados ó donaciones. Dirigíase, pues, esta ley contra todos los católicos.

Ashley Cooper, después lord Shaftesbury, habia pasado del ministerio á la cabeza de la oposicion; hombre violento y entusiasta, sembró dudas sobre la religion del rey, circulando que él y el duque de York se habian unido á la Francia para destruir la iglesia nacional. Pidióse, pues, que todo militar que no se sometiese al *Test* quedase escluido del ejército (3).

Vióse después, cuando lo de Tito Oates, cuán crédulos hace el terror á los pueblos. Aquel hombre que no era nada, unas veces, católico, otras protestante ó anabaptista, recogido un poco de tiempo por los jesuitas por caridad, dirigió al parlamento una denuncia, en la que decia que el papa habia declarado propiedad suya á la Inglaterra; que se debia, para apoderarse de ella, dar muerte al rey; que ya los católicos estaban dispuestos á empuñar las armas para desembarazarse de los protestantes, hacer el rey al duque de York vasallo del pontífice, y al jesuita Oliva virey, dando los demás empleos á sus favoritos. Añadíase que con este objeto se habia prendido el fuego por los jesuitas en 1666.

Tan loca era la acusacion, que el rey no prestó atencion á ella; pero el duque de York pidió que se instruyese el proceso con objeto de castigar al calumniador. Entonces Oates supo dar tan buen colorido á la cuestion, ayudado además por accidentes particulares y por la intolerancia, que consiguió hacerse creer; el mismo rey no se atrevió ya á reirse en público; y por declaracion de gentes despreciables y llenas de absurdos, muchas personas fueron presas, entre otras cinco lores, varios jesuitas y el vizconde de Strafford, de edad de sesenta y nueve años. Enjuiciados los acusados sostuvieron la negativa; la tirania de las leyes los determinó á disimular peligrosas circunstancias, que al ser descubiertas, se les consideró como suficientes indicios de culpabilidad, y murieron protestando no saber nada, escepto un proyecto que hubiera tenido por objeto obtener del rey la tolerancia religiosa: los demás, con objeto de alejar de ellos la sospecha de papismo, iban á porfia en el creer y condenar.

El espanto y el odio hicieron dar crédito á horribles absurdos: Oates acusó hasta la reina, pero

---

(2) Clifford, Ashley, Buckingham, Arlington, Lauderdale.

(3) Véase cómo se espresa el caballero Temple, nombrado entonces embajador de Inglaterra, en el Haya:

«Tuve ocasion en una larga audiencia que me dió el rey en su gabinete, de hacer reflexiones sobre los consejos y sobre el ministerio de *la Cábala* representando á su majestad cuán pernicioso era el consejo que le habian dado de romper los tratados y convenios hechos con tanta solemnidad; cuánto daño le habian causado las murmuraciones producidas por aquella negociacion entre el pueblo, que en alta voz habia reprobado semejante modo de obrar; añadiendo que habia producido además graves sospechas contra la Corona. Contestóme el rey que en verdad no habia conseguido su objeto; pero que si hubiese sido servido convenientemente hubiera sacado gran partido de este asunto, y añadió otras cosas para justificar lo que habia sucedido. Tuve, pues, el sentimiento de conocer que el rey podia adoptar los mismos medios; y me ví, pues, obligado á penetrar hasta el fondo de la cuestion. Le hice ver que era difícil, por no decir imposible, establecer en aquel reino el gobierno de la Francia y su religion, en atencion á que la nacion repugnaba uno y otro; que muchas personas indiferentes tal vez en religion dejarian de serlo cuando pensasen en la necesidad de un ejército para cambiarla, pues verian que el mismo poder que hacia al rey dueño de la religion le haria tambien de sus libertades y bienes.

»Le dije que en Francia no habia más clases considerables que la nobleza y el clero, y que cuando el rey podia atraerlos á sus intereses no quedaba ya nada que hacer; pues las personas del campo, por no tener tierras, no eran en el gobierno más importantes que las mujeres y los niños. Que la principal fuerza de la Inglaterra consiste, por el contrario, en el tercer estado, tan orgulloso por la comodidad de que disfruta, como el de Francia se encuentra avasallado por el trabajo y la miseria; que los reyes de Francia son poderosos por las grandes posesiones que tienen, y por la multitud de empleos civiles, eclesiásticos y militares de que pueden disponer, mientras que teniendo los reyes de Inglaterra muy pocos empleos que distribuir, y habiendo renunciado á los bienes que poseian en otro tiempo, no se encuentran ya en estado de formar un ejército, y aun menos de sostenerle sin el socorro de sus parlamentos, y hacer la guerra á sus vecinos. Aun cuando tuviese en pié un ejército era verosímil que si estaba compuesto de ingleses, no ayudaria nunca á proyectos odiados ó temidos del pueblo; que no componiendo los católicos romanos más que una centésima parte de la nacion en Inglaterra, y dos centésimas en la Escocia, no parecia posible, sin ofender el sentido comun, pretender gobernar con un hombre á noventa y nueve de diferentes opiniones y caractéres.

»Con respecto á tropas extranjeras, si eran en corto número serian inútiles, y fomentarian el odio y el descontento: en grande, seria difícil procurárselas, hacerlas pasar á Inglaterra y sostenerlas. Para subyugar la libertad de la nacion y domeñar el orgullo de los ingleses se necesita tener por lo menos en la mano sesenta mil hombres. En efecto, los romanos tuvieron que sostener para ello doce legiones en el pais, los normandos setenta y dos mil hombres. Cromwell habia dejado á su muerte ochenta mil...

»Aunque el rey mostró en un principio impaciencia, me escuchó atentamente hasta el fin, y me dijo que tenia razon en todo; poniendo después su mano sobre la mia, añadió: *Quiero ser el hombre de mi pueblo.*»

no se atrevieron á proseguir la acusacion. La trama papista continuó turbando los ánimos y aumentando el número de los suplicios (4). Lo que hay de estraño, es que no se encontraron señales de ella en Irlanda, aunque sirvió de pretexto á persecuciones. Atento Shaftesbury y sus colegas á sostener la desconfianza del rey, hicieron circular por Lóndres una estraña procesion el dia aniversario del advenimiento de la reina Isabel. Veíase en ella un personaje vestido de jesuita al lado del cadáver del juez Godfoy, que decian haber sido asesinado por aquellos sacerdotes; después religiosas, sacerdotes, frailes, obispos, cardenales, el papa con el diablo, que le servia de canciller. Millares de antorchas iluminaban aquella comitiva en medio de los aullidos del pueblo, que vomitaba imprecaciones contra el papismo; después de lo cual todo el aparato católico fué echado al fuego (5).

Esta absurda trama se dirigia á hacer escluir al duque de York de la sucesion, y sustituirle Monmouth, hijo natural de Cárlos, ó el príncipe de Orange, que se habia casado con la hija mayor de Jacobo. Cárlos habia consentido, en medio de aquellas turbulencias, varias medidas destinadas á garantizar la religion nacional, y todas las personas que se acercaban á él, sometidas á un segundo *Test*, tuvieron obligacion de declarar bajo juramento, que el culto de Maria y de los Santos constituia una idolatria. El duque de York dijo que la religion era un asunto entre Dios y él, y que no influia en el gobierno (1679); dispensósele del juramento por mayoria de dos votos, como tambien á la reina y á nueve damas de su comitiva, en cuyo número tuvo la delicadeza (entonces se dijo la indecencia) de designar á la duquesa de Portsmouth, querida de su marido. Diez y nueve ilustres casas de Inglaterra han permanecido escluidas hasta nuestros dias de ser pares hereditarios por no haber aceptado el *Test*.

Habeas Corpus.—En el curso del proceso de Oates aparecieron cartas que indicaban negociaciones con Luis XIV, y en las que Cárlos se envilecia al mismo tiempo que la nacion. Los republicanos triunfaban. Habiendo disuelto el rey el parlamento, se nombró un consejo, cuya presidencia se concedió al inmoral Shaftesbury, con la esperanza de ganarlo á su partido. Este ministro dió á entender que el mismo rey deseaba sustituir Monmouth al duque de York, y presentó al nuevo parlamento el bill que escluia á aquel príncipe del trono. Adoptáronse diferentes nuevas medidas para restringir las prerogativas reales, entre otras el bill de *Habeas corpus*, tercera ley fundamental de la Inglaterra, que se debe á Shaftesbury, y en virtud de la cual todo oficial que no exhiba al preso la órden recibida y los motivos de su arresto, es castigado. Si no se encuentran espresados en ella los motivos, debe ser puesto en libertad; en el caso contrario, ser conducido ante el juez en las primeras veinte y cuatro horas: en los casos que no son castigados con la pena capital, el preso puede dar fianza; y después de estar en libertad, no puede ser preso de nuevo por el mismo hecho. La libertad individual tiene en esta ley, por sencilla que parezca, una poderosa salvaguardia.

Las divisiones que parecian borrarse en la sociedad se introdujeron entonces en el gobierno, y se comenzó á oir pronunciar los nombres de *whigs* y *torys*. Servia el primero para designar las bandas de *convenanters* de Escocia, y el segundo á los papistas de Irlanda; y por analogía se aplicaron, el uno al partido popular, el otro á los fautores de la corte (6).

Cuando de nuevo decretó el rey la disolucion del parlamento (1680), los ánimos se exacerbaron, y hubo entre los miembros nuevamente elegidos gran número de whigs; así fué que hicieron que se aumentasen las órdenes severas y los decretos capitales contra los papistas. La libertad de la prensa reanimó las pasiones adormecidas ó cansadas; todos los actos del rey se interpretaban de mala manera, tanto más cuanto que algunos dejaban co-

---

(4) El célebre Fox, que ciertamente no era favorable á los católicos, se espresa en estos términos:

«Testigos tan despreciables que sus declaraciones no hubieran sido admisibles en la más ligera causa, y en las más leves circunstancias, afirmaron hechos tan improbables y hasta tan evidentemente imposibles, que atestiguados por el mismo Caton no se hubieran creido, y sin embargo, sólo sobre estas declaraciones muchos inocentes fueron condenados á muerte, y presos varios pares. Los acusadores, procuradores y abogados generales persiguieron por semejantes imputaciones con todo el furor que se puede aguardar en semejantes circunstancias; los jurados participaron del frenesí de la nacion, y los mismos jueces, cuyo deber hubiera sido permanecer en guardia contra semejantes impresiones, hicieron escandalosamente todo lo posible por confirmar las preocupaciones y escitar las pasiones.»

El célebre Arnauld, gran enemigo de los jesuitas, escribió, no obstante, por interés de su defensa, la *Apología de los católicos* en la que dijo: «Recuerdo haber leido en una gaceta burlesca, que el rey de Etiopia habia hecho ahorcar á su zapatero por haber descubierto que aquel hombre habia querido darle la muerte por medio de una mina hecha en el talon de su zapato. Esta es la verdadera imágen de la conjuracion papista.»

Voltaire dice tambien: «Nunca hubo una acusacion más absurda. Las contradicciones de los delatores eran tan chocantes que en cualquiera otra época se hubiesen reido de ellas.» El fanático Shaftesbury dice que no se creia una palabra de ella, pero que se consideraba á Oates y á Bedlow como caidos del cielo para salvar á la Inglaterra de la tirania; por esta razon es por la que nadie creia deber combatir en los ánimos débiles una credulidad nacida del miedo y del amor á lo maravilloso.

(5) Mucho despues se veia aun en el dia-aniversario del incendio, al pueblo de Lóndres olvidar que tiene hambre para correr en derredor del monumento gritando: *¡Maldito sea el papa!*

(6) *¡Whig!* es el grito que lanzan los montañeses escoceses para hacer ir delante de ellos el ganado; y llamábase *torys*, en Irlanda á los desterrados católicos.

nocer su inclinacion al gobierno despótico. El odio contra los católicos hacia creer todas las noticias esparcidas contra ellos; repetíanse con ardor mil cuentos sobre todos los miembros del gobierno y sobre las personas de la corte. Creyó Cárlos remediar el mal haciendo cerrar los cafés, focos de sedicion y de mentiras políticas. Fué en vano: con objeto de hacer propalar aquellas falsas noticias, se establecieron *clubs*, reuniones destinadas á oir y repetir todo *lo que se decia*, y que sostenian al efecto relaciones en el extranjero; y trasmitian desde Lóndres á las provincias lo que se les anunciaba. Ya no habia partidos estremos, y los realistas les hicieron tambien la más viva oposicion: multiplicáronse los procesos de la prensa; pero los mismos debates divulgaban los hechos, y se aumentaba la influencia de la prensa sobre el pueblo.

Cansado de aquella constante oposicion de los parlamentos, se resolvió Cárlos á reinar sin ellos. Renunció al fausto, y se redujo á la más estricta economía con objeto de atender á sus gastos con sus propias rentas y las cien mil libras esterlinas que le habia asignado Luis XIV. Esta señal de resolucion aumentó la confianza de sus partidarios; las personas honradas aprobaron el que no renegase de los sentimientos de la naturaleza, aceptando el bill de esclusion; faltos de centro y apoyo, los conciliábulos se desvanecieron, y á sangre fria se reconoció lo absurdo de la conjuracion papista. Habiendo recobrado Carlos el favor popular, aun podia hacer el bien; desgraciadamente los whigs le inclinaron á salir del camino de la moderacion, para usar de represalias, restringir los privilegios de la ciudad de Lóndres y de los demás municipios; hacer de una pretendida trama de protestantes una semejanza de la conspiracion papista; medios todos para irritar más bien que para reprimir.

Preso Shaftesbury, y después puesto en libertad á falta de pruebas, conspiró con Monmouth, que aspiró al trono, el conde de Essex, Algernon Sidney y otros más. Descubriéronse sus proyectos, y se les envió al cadalso. Guillermo Russel, hombre honrado, que deseaba un cambio en el orden de sucesion al trono, pero sin efusion de sangre, convicto de haber sostenido, en una conversacion privada, que una nacion libre puede defender sus libertades y su religion atacadas, sufrió con firmeza la muerte. Cuando se despidió de sus hijos: «La amargura de la muerte, dijo, ha pasado ya;» mirando después el reloj, añadió: «El tiempo ha pasado para mí; la eternidad comienza.» En el discurso que pronunció en el cadalso declaró morir protestante (7).

(7) El proceso de Williams Russel fué revisado diez años después; y cuando la sentencia se anuló, el rey Guillermo le declaró adorno de su siglo, añadiendo que nunca se olvidaria su nombre mientras se apreciase la santidad de las costumbres, la grandeza de alma, el amor á la patria constante hasta la muerte. Fox dice que todo inglés debe tener el nombre de Russel grabado en su corazon, con el de Algernon Sidney.

Monmouth, que se habia humillado á hacerse delator (1683), obtuvo su perdon; pero fué escluido del trono y desterrado de Holanda. La universidad de Oxford declaró impío, contrario al Evangelio y á la sociedad, admitir la soberania del pueblo, la existencia de un tratado social, positivo ó tácito, entre la nacion y el rey, como tambien la posibilidad de cambiar legalmente el orden de sucesion al trono, obligó á los catecistas y á los tutores á educar á los jóvenes en la doctrina contraria, que es como la divisa y el carácter de la iglesia de Inglaterra. Sin embargo, en cinco meses veremos á aquella universidad, no sólo desdecirse, sino enviar su vajilla de plata al usurpador.

No obstante, así como sucede cuando llega á no salir bien una conspiracion, la autoridad del rey se aumentó, hizo volver al duque de York, y asegurado con el apoyo de una poderosa faccion, dió cartas que reformaban los abusos, aunque concebidas en ventaja de la corona; pero no tardó en morir de repente (1685), y entonces se declaró católico haciéndose administrar la comunion.

Jacobo II.—El duque de York, más moral que su hermano, franco como apasionado de su patria, valiente almirante, le sucedió con el nombre de Jacobo II á la edad de cincuenta y dos años. Semejantes cualidades le hicieron vencer la repugnancia que inspira un católico, tanto más, cuanto que estando probado su derecho temian entrar en una nueva guerra civil, cuando el comercio habia hecho tantos progresos. La moderacion con que comenzó su reinado éste príncipe, prometiendo respetar las leyes y la religion, hizo que el pueblo brindase en honor suyo y que el parlamento le diese pruebas de condescendencia. Pero percibió arbitrariamente el derecho de *pondage* y *tonnage*, conservó estrecha amistad con la Francia y recibió sus vergonzosos subsidios; escandalizó á sus súbditos oyendo la misa en público; hizo aprisionar á los no juramentados, y pensó en obtener la libertad de conciencia y de culto, suprimiendo los *test* religiosos y las leyes penales; ésta fué una medida necesaria para dar al trono la estabilidad que no tenia, mientras que los que profesaban la religion del rey, quedasen inhabilitados para obtener empleos; pero esta libertad no se adquirió hasta 1828 con el bill de emancipacion.

Jacobo II contaba con la Escocia, donde la mayor parte de los nobles eran partidarios de la corte; desgraciadamente estaban en rivalidad entre sí por cuestiones domésticas; por otra parte, los cameronianos continuaban sus agitaciones más bien políticas que religiosas; reclamábanse contínuos *tests* tanto contra estos sectarios antimonárquicos como contra los papistas; pero era difícil definir el papista en un país en que el episcopado estaba establecido por la ley, y el presbiterianismo amado del pueblo.

Con respecto á la nobleza de Inglaterra, Jacobo II deseaba que permaneciese en el campo. «En Lóndres, decia, sois barcos en alta mar, apenas

visibles; en las aldeas, sois como navíos en un rio, donde parecen gigantes.» Permaneciendo los señores aislados en sus tierras, aumentaban sus riquezas, creció su influencia con la hospitalidad que ejercian, y fueron más temibles estando menos sujetos á la corrupcion.

Devorado Monmouth por la sed de mando, desembarcó en Inglaterra; pero fué batido y hecho prisionero (1685); una cobarde sumision no le valió siquiera el perdon de la vida, y fué decapitado. Este rigor fué inútil, y las persecuciones dirigidas contra sus partidarios hicieron para siempre infame el nombre del juez Jefferies, que después fué canciller (8).

Alentado con la victoria, no disimuló ya Jacobo II sus proyectos: los cortesanos proclamaron el axioma *A Deo rex, à rege lex;* el parlamento manifestó la mayor docilidad y el rey dispensó la prueba del *Test.* Se admitió á los católicos á ejercer su culto, á los jesuitas á abrir colegios, á los frailes á acudir á San Jacobo vestidos con su hábito; instituyó cuatro obispos católicos, y una comision privilegiada para conocer en las culpas cometidas por los eclesiásticos. Envió una embajada al papa y recibió un nuncio del pontífice, en contra de la ley. Habiendo reclamado el arzobispo de Cantorbery y seis obispos anglicanos, los hizo poner presos, y persiguió á los que rechazaban la ley de tolerancia. No menos prudente que virtuoso Inocencio XI, procuraba disuadirle de semejantes imprudencias; pero Jacobo II confiaba en Luis XIV, que le insinuaba emplear toda su autoridad en restablecer el despotismo y la religion católica, al mismo tiempo que hacia recomendar á los miembros de la oposicion, sostener con firmeza sus derechos y religion sin temer nada de la Francia; resultando de esto odios. El nacimiento del heredero católico hizo inclinar la balanza en favor de los innovadores, y se consideró supuesto aquel Jacobo Estuardo, conocido después con el nombre del Pretendiente, y que ahora se reputa legítimo.

Guillermo de Orange.—Una mano oculta, pero muy activa, habia dado impulso á todos los movimientos anteriores: esta era la de Guillermo de Orange. A pesar de la envidia de los holandeses, ascendió, sobre el cadáver de los de Witt, al estatuderato, por la inconstante multitud que profundamente despreciaba. El tiránico gobierno que habia introducido, habia tenido por móvil sus pasiones más bien que el interés del pais, y habia crecido en concepto de la Europa como único rival de Luis XIV. Mezcla de osadia y formalidad, alma elevada, pero con apariencias frias, se habia manifestado defensor interesado, pero fiel, de la libertad europea. Nacido de Maria Enriqueta, hija de Cárlos I, y habiendo contraido matrimonio con Maria, hija de Jacobo I, dirigia naturalmente su atencion á las vicisitudes de un trono al que le acercaban cada vez más las culpas de los que le ocupaban. Habia favorecido la restauracion de los Estuardos, fomentando después contra ellos las disposiciones hostiles; daba asilo á los descontentos y desterrados, y manifestaba interés á los protestantes de quienes se vendia protector universal. Este título y su constante enemistad con Luis XIV le recomendaban al afecto de los ingleses; y no disimuló el manifestar cuánto disgusto le causaba el nacimiento de un heredero del trono.

Habiendo querido después Jacobo II hacerle que reconociese la revocacion del *Test,* le pareció que no era aquel el momento de disimular; declarándose, pues, abiertamente defensor de los protestantes, y favorecido por las faltas de sus enemigos, aun más que por la tenaz firmeza de su carácter, se preparó á la guerra (1688). Abriendo, aunque tarde, los ojos Jacobo II, trató de conciliarse los corazones con promesas que no hicieron más que probar su espanto. En dos proclamas dirigidas á los pueblos inglés y escocés, Guillermo protestó que no tenia otra intencion al empuñar las armas que obtener un parlamento libre y legítimo, restablecer las leyes, los magistrados, los jueces, conservar la religion y demostrar que el príncipe de Gales era un niño supuesto.

Aquel segundo Guillermo el Conquistador se adelantó con ciento cincuenta y dos buques de guerra, quinientos barcos de trasportes y catorce mil hombres de tropa, llevando inscrito en su bandera: *Por la religion protestante y la libertad de Inglaterra,* con la divisa: *La sostendré.* Desembarcó en Torbay, y pronto perdió Jacobo II con sus vacilaciones á sus amigos y hasta su causa.

Lord Churchill, discípulo de Turena, célebre ya bajo el nombre de Marlborough, se habia casado con Sara Jennings, educada en la corte de la duquesa de York, y amiga íntima de la princesa Ana, hija querida de Jacobo, que habia contraido

(8) Habia en Lóndres una anabaptista llamada Gount, que habia pasado mucha parte de su vida en obras de caridad, en visitar las prisiones, en cuidar á los enfermos de todas las creencias. Encontró á un rebelde, y le acogió en su casa, buscando una ocasion para enviarle fuera del pais. Una tarde que salió oyó decir aquel miserable que el rey habia prometido el perdon al que denunciase á la persona que hubiese dado asilo á un rebelde; en su consecuencia denunció á su favorecedora y ganó la recompensa prometida. Procesóse á aquella mujer; pero no hubo otro testigo más que aquel miserable que probase que estaba instruida de su cualidad de rebelde. La criada sólo declaró que le habia visto en la casa. El juez insistió no obstante en que se la declarase culpable, y fué condenada á ser quemada viva. Murió con un valor y una alegria generalmente admirada. Alegó en su descargo que su religion prescribe la caridad, y que la más merecedora de todas es la de hacer bien á un enemigo, diciendo que esperaba verse recompensada por esto por el amor de aquel á quien habia hecho semejante servicio; y se regocijaba de que Dios le hubiese concedido ser la primera en sufrir el suplicio del fuego, y morir mártir de una religion toda de amor. El cuákero Penn la vió morir. Ella misma dispuso la paja en su derredor con objeto de morir con más prontitud, y se portó de tal manera, que todos los asistentes derramaron lágrimas.» BURNET.

matrimonio con el príncipe de Dinamarca. Empleósele, pues, en la guerra, en las negociaciones, hasta en las intrigas amorosas, y el rey le nombró teniente general. Pero desertó la causa de su soberano y de su amigo, justificando su traicion con el pretexto de la religion. Llevó en su comitiva á muchas personas, y hasta á la misma princesa Ana, lo que hizo decir á Jacobo «que los que quieran pasarse al usurpador lo declaren, les proporcionaré pasaportes y les evitaré la infamia de hacer traicion á su legítimo soberano.» Vióse reducido Jacobo II á huir disfrazado, pero fué descubierto é invitado á volver á Lóndres, donde fué recibido como en triunfo. Desgraciadamente para él no supo aprovecharse del momento, y no conociendo que su presencia en el reino seria un gran obstáculo para el estatuder (9), huyó de nuevo á Francia (1688).

Mucho sintió entonces Luis XIV sus vacilaciones; pues después de haberse visto en los reinados anteriores árbitro de la Inglaterra, y de haberla empleado contra la Holanda, la veia entonces en manos de su mayor enemigo, como una nueva fuerza opuesta á la monarquia pura. Acogió, pues, benignamente al príncipe fugitivo, á quien asignó el castillo de San German con cincuenta mil libras al mes, dejándole dueño de él como de su propio palacio.

Una convencion convocada por Guillermo hizo aparecer dos declaraciones (1689), en las que se decia, que habiendo atentado Jacobo á la constitucion del reino *violando el contrato originario entre el rey y el pueblo*, infringido las leyes fundamentales por consejo de los jesuitas y otras personas perversas, habiendo además abandonado el reino, se le consideraba como si hubiera abdicado; que en su consecuencia el trono estaba vacante, y que la esperiencia habia demostrado que un reino protestante no puede acomodarse al gobierno de un rey papista. Por estas causas escluyó la asamblea para siempre á los católicos del trono. El proyecto era coronar á Maria; pero habiendo convocado Guillermo á los principales miembros, les dijo con aquel tono breve y seco que le era habitual: «Habeis visto que no he tratado de asustar ni de adular á nadie. Se habla de una regencia; el pensamiento es bueno, pero no conteis conmigo, pues no puedo aceptar esta dignidad. Algunos quisieran coronar á la princesa; nadie más que yo aprecia su virtud y sus derechos; pero debo deciros que no soy hombre que reciba órdenes de una mujer, ni admito la corona para tenerla sujeta con los cordones de un delantal. No me ocuparé de nada sin la condicion de hacerlo todo por mí y por toda la vida. Si otros piensan de diferente manera, que se apresuren á adoptar su partido. Poco me importa reinar; y desde el momento en que no me crea útil á la nacion inglesa, sé á donde me llaman los negocios de la Europa.» Fueron, pues, colocados en el trono Guillermo y su mujer, con lo que no se repudió la raza de los Estuardos, sino su política, y se renegó de aquel derecho divino que los pretendientes propagaron por toda la Europa.

El parlamento, cuya soberania era reconocida por aquel acto, presentó en triunfo á Guillermo y á Maria la *Declaracion de los derechos*, cuarta ley fundamental de Inglaterra, en la que se reprimian los abusos del régimen que concluia. Disponíase en ella la libertad de las elecciones, y otra mejor es el nombramiento de los jueces; varios derechos controvertidos hasta entonces se establecian como de hecho: decíase en ella que el rey no podia dispensarse de hacer ejecutar las leyes, imponer contribuciones sin el parlamento, sostener ejércitos permanentes en tiempo de paz, ni establecer comisiones especiales; proclamóse la libertad completa en la discusion, y concedióse el derecho de peticion á todo inglés. Por otra parte se estipulaba que el rey podia convocar, prorogar y disolver el parlamento, negar su consentimiento á los bills propuestos, elegir los miembros del consejo, nombrar para los principales empleos, hacer la paz, la guerra, las alianzas, y dirigir el gobierno general del Estado sin tener que dar cuenta de ello (10).

De esta manera las largas y sangrientas agitaciones de los liberales se dirigian á una reforma en el

(9) «Seria una locura, decia, creerme en seguridad mientras esté en poder de un hombre que no sólo ha invadido mis Estados sin ninguna provocacion, sino que me ha hecho poner preso en mi propio palacio, me ha enviado á media noche la órden de abandonar mi capital, y ha procurado presentarme á los ojos del mundo negro como el infierno, acusándome de haber supuesto un hijo; acusacion que los mismos que la han inventado saben en su alma y conciencia ser falsa. He nacido libre y quiero continuar del mismo modo; he dedicado mi vida á la defensa de mi pais, y aun no soy bastante viejo para no poder arriesgarme. Por esto es por lo que me retiro; pero permaneceré en posicion de volver cuando la nacion abra los ojos á los pretextos falsos, aunque especiosos, de que se han servido para engañarla.»

(10) Véanse los principales artículos de la *Declaracion de los derechos:*

1.° El pretendido poder de suspender arbitrariamente la ejecucion de las leyes, sin el concurso del parlamento, queda radicalmente nulo.

2.° Lo mismo sucederá con el poder últimamente usurpado de dispensar á un individuo de la obligacion de conformarse á las leyes.

3.° La creacion de toda comision para conocer en los asuntos eclesiásticos ó cualquiera otra clase de comisiones, es perniciosa y contraria á las leyes.

4.° Todo impuesto para uso de la corona en virtud de la prerogativa real, sin concurso del parlamento por una época más ó menos larga, ó un modo diferente del consentido, es ilegal.

5.° Todo inglés tiene derecho á dirigir peticiones al rey, y no puede ser perseguido ni preso por haberlo hecho.

6.° El rey no puede reclutar ni sostener un ejército en tiempo de paz, sin el consentimiento del parlamento.

gobierno y dejaban á la sociedad sin modificacion; pues el contrato no se habia establecido sino entre los reyes, los lores y los prelados, sin que el pueblo fuese llamado á tomar parte en él. El partido de los privilegiados al cual habian humillado los Estuardos, buscó fuera aquella libertad de que se habia valido para desterrar á sus enemigos; el mismo que proclamaba la obediencia al monarca, fué el que se rebeló y triunfó. Sustrájose la justicia de la arbitrariedad del rey, pero sin libertarla de una inesplicable confusion, ni de la barbárie de las costumbres feudales. En lugar del despotismo, que era ya imposible, quedaba una oligarquia formada por un sistema de eleccion inaccesible al pueblo. Habíase destruido el papismo, sustituyéndole el culto anglicano absurdo y perseguidor. La nacion se encontró circunscrita á una civilizacion que no pasó del bienestar material, ni ascendió nunca á las ideas generales. Ciertos hechos pasaron, no obstante, por tales á su vista, y complicaron más la antigua constitucion con el establecimiento de una clase media que reinaba á título aristocrático, bajo el nombre de un rey inactivo, sobre una nacion de marineros y artesanos que, en lugar de las libertades modernas, no conocia más que las franquicias de la Edad Media.

Se habian buscado garantias en las formas del gobierno más que en los principios constitutivos de la sociedad, de lo cual resultaban discordias. El método de eleccion permanecia defectuoso, y no representaba las diferentes clases. Los cambios de ministerio debian influir hasta sobre la política esterior y hacerla desde luego vacilante.

Sin embargo, la oposicion á los Estuardos se habia hecho en el terreno de la legalidad, lo cual enseñó á la nacion á conocer y moderar sus exigencias, á fin de conservar lo que era importante para ella. Los Estuardos habian querido no sólo abolir los derechos adquiridos por la Revolucion, sino atentar á los que la nacion poseia anteriormente, y que queria considerar como otorgados por los reyes, cuando les habian sido arrancados por la fuerza. Conocióse, pues, que las franquicias de la nacion no podian conciliarse con una monarquia de legitimidad, y que era preciso una de eleccion sujeta á observar las leyes constitucionales. Habiendo, pues, la Cámara baja acostumbrado al pueblo á ocuparse de los negocios, se escitó el espíritu nacional. El parlamento habia conocido su importancia: los nuevos reyes, en lugar de obstinarse como los Estuardos, en destruirle, se unieron á él por mediacion de los ministros, cuya dignidad se aumentó; pues reconociendo la necesidad de marchar de acuerdo con la voluntad nacional, tuvieron que ganar la mayoria de las cámaras. Los dos partidos que continuaron subsistiendo probaban la libertad del pensamiento; cuando la oposicion pudo mostrarse impunemente, las tramas secretas fueron inútiles, y todo el mundo conoció la necesidad de la unidad. Las elecciones que se hicieron con más libertad que nunca, produjeron una cámara que no era presbiteriana, republicana ni anglicana, sino como debia ser para representar el progreso de veinte y ocho años. Sabíase que era preciso un rey á una sociedad constituida como la Inglaterra; pero tambien se sabia que no debia reinar en virtud de la legitimidad, es decir, considerar las libertades nacionales como emanadas de él, y en consecuencia revocables; sino, por el contrario, conocer que su derecho procedia del consentimiento de la nacion.

Aquí terminó, pues, la revolucion inglesa, cuyo apogeo fué la accion presbiteriana y democrática, de la que surgió el sentimiento de la igualdad, como consecuencia del protestantismo, por la estincion de la cámara hereditaria de los lores. Muchas semejanzas esteriores hacen encontrarle alguna analogia con la revolucion francesa. Vese en ella á representantes de la nacion llegar á ser los amos; á un rey conducido al cadalso, á un soldado en el trono; después la vuelta de la antigua familia real, que haciéndose odiosa por apoyarse en el extranjero, se ve precisada á ceder el puesto á una rama colateral que le sucede en virtud de un principio electivo.

Pero con poco que uno se detenga en la superficie, se notan diferencias esenciales. Cárlos I se hallaba al lado de una nobleza robusta, rica, avezada á la guerra y á la política; Luis XVI carecia de ella. Este era heredero de una monarquia popular y de una estirpe antigua que habia dilatado el territorio francés; los Estuardos hacia poco que reinaban en Inglaterra, en medio de las envidias de los escoceses, de las antipatias de los tres reinos, de las cuales queria aprovecharse Cárlos para engrandecerse. Cárlos luchó por aumentar sus prerogativas; Luis por hacer comprender y aceptar sus concesiones: Cárlos se confió á Buckingham que le llevó á la arbitrariedad: Luis eligió ministros ansiosos de progreso, que se dirigian al bien y á las economias; no buscó subsidios ni emprendió en el esterior ningun negocio que gravase al pais. Este

---

7.° Todo inglés protestante tiene derecho á tener armas para su defensa, segun su clase, y del modo que las leyes lo permitan.

8.° Las elecciones de los miembros del parlamento deben ser libres.

9.° Ningun miembro del parlamento puede ser acusado, perseguido, ni juzgado por ningun tribunal del reino, sino en el mismo parlamento por los discursos que haya pronunciado.

10. No se podrán exigir escesivas fianzas, multas muy grandes, ni imponer penas crueles y no autorizadas por la costumbre.

11. Los jurados deben elegirse sin parcialidad; y cuando se trate de crímenes de lesa majestad, deben ser miembros de la cámara de los Comunes.

12. Toda sentencia de multa ó de confiscacion de bienes antes de estar convicto el acusado es de derecho nula.

13. Debe convocarse con frecuencia el parlamento para hallar remedio á los agravios espuestos, corregir los abusos, fortificar las leyes y sostenerlas.

fué castigado, porque creia cuando nadie tenia creencias; el otro, porque creia demasiado poco al lado de los entusiastas. La revolucion francesa acaeció después del despotismo, de la que era una consecuencia: detestaba lo pasado y queria construir un edificio nuevo, cuyos cimientos se formaban hacia un siglo. En Inglaterra, lejos de ser odiada la Edad Media, era considerada como el origen de las libertades nacionales, hasta el grado de que los reyes y los revolucionarios invocaban á la par las antiguas cartas, no juraban sino por ellas, y pretendian querer restablecerlas, y en la bandera de la vencedora aristocracia, se leia: *Nolumus leges Angliæ mutari.* La necesidad de la independencia individual se habia despertado en los ánimos; pero aun no se habian fundado sobre ella teorias decisivas. No se pensaba en verificar una reforma general, sino en establecer el gobierno del pais por mediacion de los Comunes, bajo la infalible garantia de una monarquia limitada; aun no se trataba abiertamente de esto, sino á la sombra, abrogándose poco á poco los negocios la cámara Baja, para someterlos á la discusion. De aquí tentativas poco diestras bien distantes de igualar la importancia social de los actos de la Asamblea constituyente.

En Inglaterra se marcha con la Biblia y la hipocresia; en Francia con el cinismo y la incredulidad. En la primera el pueblo y los partidos permanecen indecisos, y tienen necesidad de que un hombre los impulse. En la segunda, todos adoptan su carrera con furia, y apenas disminuye el jefe su paso cuando se encuentra atropellado. Todos están conformes en las ideas destructivas de la filosofia de la época, al paso que el largo parlamento fluctuaba entre mil opiniones religiosas, y hubiera gastado sus fuerzas en una continua alternativa de alianzas ó enemistades, si Cromwell no las hubiese sostenido con su ambicion. El protector impulsaba á un progreso al que no estaba aun dispuesta la nacion, al paso que el que heredó la nacion francesa no hizo más que contener y retroceder, restableciendo el sistema feudal y teológico como le entendia. En suma, la revolucion se hizo en Inglaterra por los partidos y bajo influencias extranjeras; en Francia lo fué por el pueblo: la revolucion inglesa no tuvo eco en el extranjero; la de Francia asusta aun en el dia á los monarcas. La una no tuvo por enemigos más que un pequeño número de individuos á quienes vejó; la otra á todo el mundo, lo cual es una prueba de su universalidad. La revolucion inglesa pereció por sí misma, porque siendo inaplicable su idea, no habia sido elaborada por la discusion y la esperiencia, y no dejó nada á la nacion; la revolucion francesa fué adormecida pero no vencida por los extranjeros á quienes amenazaba, y las ideas, las instituciones cuya ayuda habia renovado á la sociedad continuaron subsistiendo.

CAPÍTULO XIX

GUILLERMO III.—ANA.

Gran número de personas en Inglaterra, sobre todo del clero, habian permanecido fieles al destronado rey; y bajo el nombre de jacobitas fueron perseguidos y despojados de sus beneficios. Llegó sin embargo un momento en que para poner acordes los escrúpulos de la conciencia con las exigencias del interés, se inventó una distincion entre el rey de hecho y el de derecho; y de esta manera se pudo obedecer á Guillermo como al elegido por la nacion, pero no como á un príncipe legítimo. Tratóse tambien para apaciguar los escrúpulos religiosos de redactar una fórmula en términos más vagos, á fin de que los no conformistas pudiesen tambien firmarla, pero no fué posible, si bien Guillermo, aunque celoso calvinista, consiguió obtener el *Acta de tolerancia*, que libertó de las penas impuestas á aquellos que no asistian á los ejercicios del culto.

Aunque parecia que la Escocia debia haber permanecido partidaria de los Estuardos, aceptó la revolucion con alegria, en atencion á que el culto episcopal que le habia sido impuesto por Cárlos II le pesaba estremadamente. La oposicion de los torys y la insurreccion de los montañeses fueron domeñadas por las armas. Los católicos irlandeses habian esperado, con la restauracion, recobrar sus derechos; y los nuevos propietarios temblaban, cuando fué proscrito el catolicismo por el irresoluto Cárlos II, que hizo más severa la prohibicion de salir de la isla por temor de que no fuesen á Inglaterra á pedirle justicia. Aseguró en el pais á los revolucionarios las usurpaciones que les arrebataba en Inglaterra, aunque prometiendo devolver sus bienes á los que pudiesen demostrar su inocencia; edicto inícuo que comenzaba por declararlos culpables, y no obstante, fueron tantos los que se disculparon, que faltaron tierras para indemnizarlos: entonces se comenzó á hablar contra el papismo y cesaron las reparaciones.

Quiso hacerse sancionar por un parlamento irlandés aquellas iniquidades, como tambien las que habian precedido. Pero además de que no hubo en él más que protestantes, como únicos propietarios del territorio, se exigió que recibiesen la comunion segnn el rito anglicano; lo que equivalia á la total espulsion de los católicos. Concibieron esperanzas en tiempo de Jacobo II: y ya se manifestaba cierta reaccion, cuando la rebelion estalló. Convirtióse, pues, la Irlanda en centro de resistencia, y el virey Tyrconell invitó á Jacobo II á presentarse allí. *Lo mejor que puedo desearos*, dijo Luis XIV al despedirse del príncipe inglés, *es no volver á veros*. Desembarcó Jacobo II en la isla y pronto se vió seguido de mucha gente; pero se enajenó las voluntades no queriendo consentir, en el parlamento, á que la Irlanda se separase de la Inglaterra, ni á que el rey fuese considerado como el jefe de la Iglesia. En este estado de cosas llegó Guillermo, y derrotado Jacobo en Boyne (1.° de julio de 1690), se vió obligado á huir segunda vez de un reino del cual no debia llevar más que pesares.

El nombre de Guillermo III ha merecido siempre veneracion entre los protestantes de Irlanda; aun conserva el pais emblemas que le recuerdan; plantan lirios amarillos, brindan á su memoria y llaman orangista al partido opuesto á los católicos. No quedaba ya á estos últimos más que una duodécima parte de las tierras. Así fué, que desde aquel momento costó trabajo á la Inglaterra herir á la Irlanda sin atacar á los ingleses establecidos en su territorio: no pudo, pues, más que unirse á ellos para oprimir á los católicos. En su consecuencia, la opresion nacional de todo el pais fué doble, es decir, en provecho de la Inglaterra y en provecho particular de los diferentes propietarios. Los protestantes comenzaron por reconocer la superioridad del parlamento de Inglaterra sobre el de Ir-

landa, cuyos intereses sacrificaron de esta manera. Las manufacturas de lana, que muy florecientes en Irlanda, producian mucho á los cultivadores y artesanos, fueron destruidas porque rivalizaban con las de los ingleses; y si algun magistrado del pais procuraba oponerse á ello, podia ser juzgado por los tribunales ingleses, aun después de haber sido absuelto por los irlandeses.

Por otra parte, los protestantes hicieron leyes con detrimento de los católicos, y el ejército ayudaba á ejecutarlas. Fué una persecucion pacífica que se alababa de ser justa porque era legal; humana, porque producia poca efusion de sangre; moderada, porque oprimia sin determinar á la rebelion. Los obispos ó los superiores eclesiásticos que podian conferir órdenes, fueron desterrados; si tardaban en marchar, eran presos y deportados á las islas; si volvian, les aguardaba la pena capital. A los sacerdotes se les autorizó para permanecer, pero prestando juramento, y comprometiéndose á no abandonar el campo, á no oficiar sino en la parroquia á que estaban destinados, todo bajo fianza. Si apostataban, obtenian una gran pension. El culto no debia tener nada esterior. A todo católico podia intimar el juez de paz decir la hora, el dia, el punto á donde habia asistido á la misa, y quién se encontraba en ella; y en caso de negativa, incurria en una multa de quinientos francos, ó en un año de cárcel. Prohibiéronse las peregrinaciones á San Patricio, y derribáronse las cruces y los tabernáculos; todos los profesores católicos fueron deportados y desterrados á las Indias. No permitiendo que los jóvenes pasasen á educarse al extranjero, se les escluia de las profesiones liberales, del parlamento y de los empleos públicos. La industria permanecia patrimonio de las corporaciones protestantes, privilegiadas; el obrero que se negaba á trabajar un dia de fiesta era castigado, violando la libertad religiosa é individual. El católico podia ser precisado por el protestante á cederle su mejor caballo por cinco libras esterlinas; no podia casarse con una protestante, heredar de los protestantes, ni ser tutor: pasemos en silencio mil increibles vejaciones. En fin, para reducir á los desgraciados irlandeses á la imposibilidad de recurrir al último medio de salvacion de los pueblos oprimidos, fueron desarmados.

Esto era repetir de mil maneras diferentes, que todas las ventajas eran para los protestantes, y que sufririan constantemente si permanecian siendo católicos. Todas las leyes eran, pues, religiosas en el fondo. Los irlandeses podian obtener empleos y tener asiento en la cámara, pero á condicion de prestar juramento en contra de la transustanciacion, de la misa, de la idolatria, de la Iglesia romana, de Maria y de los santos. Fundáronse escuelas, pero eran protestantes; y porque los católicos no iban á ellas, se ridiculizaba su ignorancia. Además de aquellas leyes, cuyos lazos no comprendian todos y no veian el motivo de las quejas, habia verdaderas persecuciones, que el odio y el interés hacian más encarnizadas. Ahora bien, cuando la ley concedia ya tanto, y cuando no quedaba á los oprimidos ningun medio de resistencia, los abusos en sus aplicaciones eran en estremo fáciles. En 1771, el virey de Irlanda se encontraba dispuesto á absolver á un católico; pero conociendo que la opinion le era contraria, «¡Veo, dijo, que se desea su muerte; pues que mueral» Los señores tenian prisiones donde conservaban á desgraciados á discrecion suya, y les hacian aplicar azotes. El teatro, los escritos vertian á porfia injurias contra la religion católica. Si se pedia el desecamiento de los pantanos de Irlandia, se negaba, porque seria alentar al papismo. Aun después de haber cesado el encarnizamiento religioso, y que se pudo ver que sesenta años de persecuciones no habian destruido á los católicos, se continuó cubriendo los intereses egoistas con la máscara de la religion; cada queja, cada rebelion contra intolerables vejaciones se caracterizó de papismo. A veces dormian aquellas leyes tiránicas; pero el menor pretexto bastaba para despertarlas más terribles, en atencion á que las violaciones se multiplicaban durante su desuso. La peor de las tiranias es la que sabe dulcificarse para hacerse soportable; pero aquella en que las leyes duermen por momentos, no es menos de temer. Ahora puede comprenderse la causa de las continuas agitaciones de la Irlanda, y la horrible miseria que pesa sobre sus habitantes.

Guillermo, hombre leal y de gran perspicacia, de un tacto pronto y recto en los negocios, tan valiente como cualquiera otro príncipe de su época, no sabia hacerse amar: «fué fatalista en religion, incansable en la guerra, emprendedor en política, enteramente insensible á las emociones dulces del corazon humano, padre frio, marido indiferente, hombre desagradable, príncipe adusto y soberano imperioso» (SMOLLETT). No cuidándose ni de las letras ni de las artes, rara vez se presentaba en Londres, que sentia no ver la corte allí; no daba empleos á los holandeses, pero los colocaba á su lado y los trataba con favor, tanto más cuanto que sabia que estaba rodeado de traidores. El parlamento le conservaba rencor; así era que tenia mucha economia en las sumas que concedia, sin contar que el derecho de las cámaras de vigilar el empleo de los fondos públicos se habia establecido escepto en lo concerniente á una lista civil de seiscientas mil libras esterlinas. Este desacuerdo fué en provecho de la libertad, pues tal vez se hubiera concedido á un príncipe amado todo lo que hubiera deseado, hasta el punto de destruir las franquicias que acababan de conquistar. La parsimonia de las cámaras desagradaba tanto más á Guillermo porque le impedia hacer la guerra á Luis XIV, que habia sido el objeto de toda su vida. Consiguió, sin embargo, formar contra él una liga que fué su mayor gloria (1689) y en la cual entró tambien la Inglaterra. La alianza de esta potencia con la Holanda se señaló tambien con una

innóvacion en el derecho de la guerra, á saber: la prohibicion á los mismos barcos neutrales de darse á la vela para Francia, bajo pena de esponerse á ser detenidos, como si se tratase de una potencia bloqueada.

Varias veces intentaron los franceses desembarcar en la isla ó escitar en ellas sublevaciones, y hasta se les atribuyó una conjuracion dirigida contra la persona de Guillermo (1697); pero se vieron obligados á reconocerle por rey cuando la paz de Ryswick. A su vuelta á Londres, oyendo Guillermo cantar en el teatro una oda en honor de sus victorias, esclamó: «Echad á esos necios; ¡qué! ¿me creen el rey de Francia?»

Pero el rigor con que reprimió las conspiraciones agrió los ánimos; el pueblo vió en aquella guerra que costaba tanto un efecto de su ambicion; los whigs que le habian ascendido al trono, creyendo dar de esta manera un paso hácia la república, pretendian dirigirle á su antojo y cortarle cada vez más las alas. Querian que sostuviese pocos soldados, que no existiese el mismo parlamento más de tres años, y que se regularizasen los procedimientos en los crímenes de lesa majestad. Impulsado por sus escesivas pretensiones, tuvo que declararse partidario de los torys sus adversarios: reanimáronse las facciones entonces más que nunca escitadas por Marlborough, que habiéndose indispuesto con Guillermo, su hechura, intrigaba con Jacobo á quien habia hecho traicion. La princesa Ana le tenia no sólo inclinacion, sino una verdadera pasion, la que se aumentó cuando esta princesa se disgustó con el rey y la reina, que concibiendo recelos de Marlborough, le habian escluido del consejo y puesto preso.

Las contrariedades que Guillermo sufria en Inglaterra eran un mérito para los holandeses; así es que con frecuencia iba á consolarse con ellos. En fin, después de haber tenido que vencer inmensas dificultades, murió lleno de amargura (1702).

Ana, hija de Jacobo II, cuñada de Guillermo, le sucedió á la edad de treinta y ocho años, asegurando á la Holanda que sostendria el sistema de su predecesor. Pero siete provincias permanecian en ella sin estatuder, y toda la Union sin capitan general: vacilábase, pues, en la eleccion de aquel á quien se habia de confiar esta dignidad. Adoptaron, en fin, el partido de no tener estatuder, y se concedió el mando al feld-mariscal Vollrath, príncipe de Nassau-Sarbrück-Usingen; cambios que no se verificaron sin turbulencias.

En Inglaterra, Ana nombró á Jorge de Dinamarca, su marido, generalísmo y almirante; pero el verdadero director de los negocios fué Marlborough, que formó con Godolphin un ministerio tory, aunque comprometiéndose á hacer la guerra á la Francia, conforme al parecer de los whigs, de acuerdo con el voto popular. Las señaladas victorias de Schellemberg y de Hochstædt colmaron de gloria á los ingleses, que celebraron la toma de Gibraltar como no habian celebrado ningun triunfo desde la derrota de la Invencible Armada. El feliz Marlborough, cuyas victorias parecian tanto mayores por ser conseguidas contra Luis XIV, obtuvo el título de duque, después el feudo de Woodstock, y luego pensiones cada vez más considerables, que sin embargo no saciaban á aquel héroe avaro é intrigante á la vez. Negociaba los tratados á su modo, recibia regalos de las cortes extranjeras, que se resignaban á pasar por lo que él queria; y todo lo podia por la influencia de su mujer, favorita de la reina Ana, que queria que todo se derivase de ella. Pero Abigail Hill, su parienta, á quien habia colocado á su lado, la arrebató la confianza de la reina y sirvió á los proyectos de Harley, su tio, que procuraba minar la omnipotencia de Marlborough.

Conoció el duque que no podia sostenerse sino renegando de su opinion y asociándose á los whigs; pero no contentándose éstos con una parte, quisieron disponer de todo el ministerio. Luis XIV, como en nuestros dias Napoleon, aguardaba el momento en que se declarasen en rebelion aquellas divisiones parlamentarias, y las fomentaba. Las inteligencias que sostenia con los clanes montañeses de la Escocia, que habian permanecido afectos á los Estuardos y á la independencia nacional, le hicieron creer que era favorable la ocasion, y preparó un desembarco por aquella parte; pero los whigs y los torys se unieron entonces, y fracasó la empresa.

Habiéndose pasado Marlborough á los whigs, comenzó á suscitar disgustos á la reina; y con objeto de secundar las venganzas de su mujer, á quien daba á corregir hasta las cartas oficiales que dirigia á Ana, se unió á los liberales para pedir que se separase del empleo de almirante al príncipe de Dinamarca. Aquel hombre docil, «sin ambicion, sin intrigas, tal como se necesitaba para ser esposo de una reina de Inglaterra,» (THORÁS) murió de pesar. Fué reemplazado por lord Pembroke; y triunfantes los whigs promulgaron leyes generales y la más lata amnistia que se ha publicado nunca.

Pero la aversion de la reina y sus mismas imprudencias pronto arruinaron su crédito, y cuando pidieron poco diestramente que Marlborough fuese enviado al ejército, la opinion pública, aunque tributando justicia á sus méritos, no dejó de declararse en contra de los whigs; ó por mejor decir, la tirania ministerial habia cansado hasta tal grado al público, que se invocaba hasta la obediencia pasiva, con respecto al trono, y que se resistia con la lisonja: el doctor Shaverell abogaba por el poder absoluto, y escitó el entusiasmo del servilismo.

Además de que la reina estaba cansada del orgullo de Marlborough, concibió escrúpulos con respecto á sus derechos á la corona, temiendo haberla usurpado con detrimento del príncipe de Gales, y creyendo que la muerte de sus diez y siete hijos podia ser un castigo del cielo: propúsose, pues, cambiar el orden de sucesion. Era imposible conseguirlo con un ministerio whig; nombró, pues, uno tory, bajo la direccion de Bolingbroke (1710).

Pidióse cuenta judicialmente á Godolphin de treinta y cinco millones de libras esterlinas que faltaban en la tesorería; y como la habilidad militar de Marlborough le hacia necesario mientras durase la guerra con Francia, los torys hicieron todo lo posible por hacer la paz. Verificada, pues, en Utrecht, se renovó la amistad entre Francia y la Gran Bretaña.

Los periódicos se dedicaron á atacar á Marlborough (1), «héroe de la Inglaterra, salvador de la independencia europea.» Fué destituido de todos sus empleos, acusado de concusiones, y condenado á restituir doscientas sesenta mil libras esterlinas, que quedaron reducidas á quince mil al año.

Conservando Jacobo II sus esperanzas, habia renovado varias veces sus tentativas, y secundado sus tramas en el interior las armas de Luis XIV sin dejar por esto armar á los ingleses. En efecto, cuando, desde las costas de Normandia, donde habia hecho sus preparativos para trasladarse al territorio británico, fué testigo de la derrota de la escuadra francesa en el Hogue, acontecimiento que arruinaba para siempre sus esperanzas: «¡Sólo mis valientes ingleses, esclamó, son capaces de semejantes golpes!» y se consoló con la idea de que la marina nacional habia recobrado su superioridad. Luis XIV por condescendencia á Louvois, no se mostró ya pródigo con respecto á él más que de cortesanías y negativas: no pensó pues ya más que en convertir en mérito su resignacion. En su lecho de muerte (1701), Luis XIV le prometió proteger á su hijo y reconocerle como rey de Inglaterra; pero la casa reinante continuaba considerándolo como hijo supuesto y la nacion le declaró rebelde.

Guillermo no habia dejado hijos: de diez y siete que habian nacido de la reina Ana, no existia ninguno; no quedaban, pues, descendientes de Jacobo I, por parte de Isabel, más que Sofía, viuda del primer elector de Hannover. El parlamento que creyó deber proveer á la sucesion al trono, reconoció á aquella princesa por heredera, con sus descendientes no católicos, al mismo tiempo cercó de nuevas restricciones la prerogativa real, y aseguró su constitucion, que consiste en la superioridad del poder legislativo, con la permanencia del poder ejecutivo. Cuando se presentaron las proposiciones del largo parlamento á Carlos I, contestó: «Si accediese á vuestras peticiones, aun se presentarian delante de mí con la cabeza descubierta, me besarian la mano, y me llamarian majestad. La fórmula de vuestros mandatos seria aun: *La voluntad del rey significada por ambas cámaras:* aun podria llevar delante de mí la maza y la espada, y complacerme en poseer un cetro y una diadema, estériles ramos que pronto se marchitarian, después de la muerte del tronco. Pero con respecto al poder verdadero y real, no seria más que una imágen, una muestra ó un fantasma de rey.» De esta manera describia Carlos la monarquía á que tenia que resignarse la casa de Hannóver.

El poco tiempo que aun duró el reinado de la reina Ana se pasó en intrigas para su sucesion, que ella queria, por escrúpulos de conciencia, hacer pasar al Pretendiente, al paso que los whigs sostenian los derechos de la familia de Hannóver; y en efec-

(1) Swift ejercia en el *Examinador*, su picante verbosidad contra el general inglés. Como sus admiradores le comparaban á los héroes de la antigüedad, tomó de esto ocasion para hacer el siguiente paralelo:

«En Roma, en el colmo de su grandeza, un general victorioso obtenia por recompensa, después de haber subyugado á los enemigos, un triunfo, ó una estátua en el foro, un buey para el sacrificio, un traje bordado para las ceremonias, una corona de laurel y un trofeo con inscripciones. A veces se acuñaban mil medallas en recuerdo de la victoria, gasto hecho en honor del vencedor, y que debia cargarse á su cuenta; otras veces se erigia un arco de triunfo. Esto es, si bien recuerdo, todas las recompensas del general victorioso por las más insignes espediciones, después de haber conquistado un reino, cogido prisionero á un rey con su familia y los grandes de su corte, reducido un reino á provincia, ó al menos hacerle humilde y dócil aliado del imperio.

»De estas recompensas, sólo dos eran en provecho del vencedor, la corona de laurel y el traje bordado: aun no sé si el último era á espensas del senado ó costeado por él. Pero admitamos la opinion más lata; contemos todos los gastos del triunfo, como dinero que entraba en el bolsillo del general, y comparemos el

agradecimiento romano	L.	s.	d.
Incienso y vasos para quemarlo..	4	10	0
Un buey para el sacrificio.	8	00	1
Vestido bordado.	50	00	0
Corona de laurel.	00	00	2
Estátua.	100	00	0
Trofeo..	80	00	0
Mil medallas de un sueldo.	2	1	8
Arco triunfal..	500	00	0
Carro triunfal del valor de un carruaje moderno.	100	00	0
Gastos imprevistos del triunfo.	150	00	0
Totales.	994	11	11

con la

ingratitud inglesa.	Libras.
Woodstock.	40,000
Blenheim.	200,000
Gratificaciones sobre los empleos dados.	100,000
Mildenheim..	30,000
Cuadros, diamantes.	60,000
Concesion de Palma.	10,000
Empleos.	100,000
	540,000

En 1814, el parlamento concedió al duque de Wellington 300,000 libras esterlinas, y 17,000 al año.»

to á su muerte fué proclamado Jorge I de esta casa. Ana recibió de la nacion el glorioso título de *Buena Reina*; pero si fué buena, se mostró incapaz de preparar grandes acontecimientos y aprovecharse de ellos. No tuvo siquiera la ambicion de apropiarse el mérito, contentándose con hacer el bien y perdonar las injurias. Habiendo encontrado apaciguadas las tempestades, dulcificadas las costumbres, despertado el espíritu de comercio, no tuvo necesidad de ser tiránica, y el pais gozó bajo su mando de gran prosperidad. Una mujer se vió á la cabeza de una poderosa liga, y árbitra de los destinos de la Europa, durante nueve años de victorias, que hicieron temblar en la cabeza del descendiente de Carlos Quinto sus numerosas coronas, abatieron el orgullo de la Francia, y precisaron á la monarquia española á dividir con sus vencedores sus tesoros y posesiones. La marina inglesa contaba entonces con doscientos treinta y dos buques de guerra, con nueve mil novecientas cincuenta y cuatro piezas de artilleria, y cincuenta mil hombres (2). Adquiriéronse importantes territorios en Europa y en el extranjero, aseguróse la supremacia diplomática, instalóse el comercio inglés en todas partes (3) y hasta se excluyeron de Portugal todos los demás por el tratado de Methuen (1703).

España escluia de sus posesiones de la India á todos los extranjeros, fundándose en la bula de Alejandro VI, y jamás reconoció los establecimientos de Inglaterra en Asia ni en América, lo cual era un perpetuo foco de guerra. Hasta 1670 no reconoció los hechos consumados, y entonces permitió que los buques ingleses parasen en sus puertos cuando se viesen obligados por el viento ó para repararlos; lo cual eran suficiente para que traficasen con entera libertad. Interrumpidas estas relaciones por la guerra, se reanudaron con la paz

---

(2) La marina costó desde 1682 á 1687, doce millones; desde 1688 á 1697, veinte y cinco millones; desde 1698 á 1700, catorce millones; desde 1701 á 1713, veinte y dos millones; desde 1713 á 1715, diez y siete millones al año.

(3) Se creeria que Addisson habla de la ciudad de Londres del dia, en el cuadro que traza del progreso del comercio en aquella época.

«No hay punto que me agrade más en Lóndres y que frecuente con más gusto que la Bolsa real. Esperimento una secreta satisfaccion; y mi vanidad de inglés se encuentra en cierto modo lisonjeada, al ver tan rica reunion de compatriotas y extranjeros consultar juntos sobre los intereses del género humano, y hacer de esta capital una especie de mercado de toda la Inglaterra. Debo confesar que la bolsa me parece un gran concilio, en el cual todas las naciones de alguna importancia tienen sus representantes. Los agentes en el mundo comercial son como los embajadores en el mundo político: negocian asuntos, concluyen tratados, y sostienen buenas relaciones entre estas opulentas sociedades que se encuentran separadas unas de otras por mares y océanos, ó viven en las diferentes estremidades de un mismo continente. Muchas veces me ha sucedido gozar con oir allanarse las dificultades entre un japonés y un regidor de Lóndres, ó ver á un súbdito del gran Mogol asociarse á otro del czar de Moscovia. Encuentro gran diversion en mezclarme á estos diferentes ministros de comercio, distintos entre sí por un aspecto y lenguaje diverso. A veces me introduzco en un corro de armenios; otras me pierdo en un círculo de judíos, ó formo parte de otro de holandeses; tan pronto soy danés como sueco ó francés; ó más bien me creo semejante á aquel filósofo á quien se le preguntaba de qué pais era, y contestó: *Soy ciudadano de todo este mundo.*

»Gran amigo del género humano, como soy, gozo al ver á una multitud feliz, que prospera hasta el grado, que en las solemnidades públicas no puedo á veces impedir dar rienda á mi alegria con furtivas lágrimas: por este motivo me complazco en ver á una reunion de personas como éstas prosperar en su estado privado, al mismo tiempo que son causa del bien público; ó en otros términos, procurar á su familia una condicion ventajosa llevando á su pais natal aquello de que carecen, y esportando lo que abunda en ellos.

Parece que la naturaleza ha tenido particular cuidado en sembrar sus favores en las diferentes regiones del mundo, en vista de las mútuas relaciones y del comercio entre los miembros del género humano, á fin de que los naturales de las diferentes partes del globo viviesen en una especie de dependencia unos de otros, y estuviesen unidos por el interés comun. Casi cada clima produce algo de particular; á veces un manjar procede de un pais y la salsa de otro. Los frutos de Portugal son corregidos por los productos de las Barbadas; la infusion de una planta de la China, se dulcifica con el jugo de una caña de las Indias; las Filipinas nos envian drogas para dar sabor á nuestros licores europeos. En solo el traje de una señora, se encuentra á veces el producto de cien climas: el pañuelo y el abanico proceden de las estremidades opuestas de la tierra; el chal de la zona tórrida, y la pelliza de los paises del polo; el jubon de brocado se debe á las minas del Perú, y el brazalete de diamantes se arranca de las entrañas del Indostan.

»Llegan á nuestros puertos barcos cargados de los productos de todos los climas; nuestras mesas no escasean de especias, aceites ni vinos; nuestros aposentos están adornados con pirámides de la China y obras industriosas del Japon. Nuestra colacion procede de los paises más distantes de la tierra; nos curamos con drogas de la América, y descansamos en pabellones traidos de las Indias. Los viñedos de los franceses son nuestros jardines, las islas de los aromas nuestros lechos, los persas nuestros fabricantes de sedas, los chinos nuestros alfareros, la naturaleza nos proporciona todo lo necesario; pero el comercio nos provee de multitud de cosas útiles, entre una gran cantidad de objetos cómodos, artículos de lujo y adorno. No es nuestra menor felicidad la de poder gozar de los productos de los más remotos climas del Norte y del Mediodia, sin sufrir ni el rigor de sus inviernos, ni el ardor de sus estíos; y al mismo tiempo que nuestra vista se recrea en los verdes prados de la Bretaña, saborear los frutos que producen los trópicos.

»Por estas razones creo, que no hay una república de miembros más útiles que los negociantes. Unen al género humano en una mútua correspondencia de favores; reparten los dones de la naturaleza, dan ocupacion á los pobres, aumentan las riquezas del rico, y la magnificencia del grande. Los negociantes ingleses convierten en oro el estaño de nuestras minas, y cambian la lana por rubíes; los mahometanos se visten con los paños de nuestras manufacturas, y los habitantes de las zonas heladas se cubren con las pieles de nuestros rebaños.»

de Utrecht como en tiempo de Carlos II; y además los ingleses adquirieron á Gibraltar, la isla de Menorca y la trata de negros por treinta años.

Banca de Inglaterra.—En tiempo de Guillermo vióse constituirse, no por obra de un hombre, sino por una consecuencia natural del nuevo órden de cosas, la deuda pública formada de un capital no exigible, pudiendo trasmitirse de unos á otros, y del cual pagaba el Estado los intereses. Las deudas del Estado habian sido abolidas, es decir, defraudadas por Cárlos II, que habia hecho cerrar el tesoro, deudor de 2.800,000 libras esterlinas: no obstante, por transaccion, se inscribieron en el gran libro 664,226 libras esterlinas, que fueron la única deuda nacional anterior á la revolucion. Guillermo III introdujo, á imitacion de Holanda, Génova y Venecia, el sistema de los grandes empréstitos, y en 1699 se ensayó por primera vez en Inglaterra una operacion comun en el dia, la reduccion del interés á otro menor, que fué del 5 por 100. A fines del reinado de aquel príncipe, la deuda estaba reducida á 16.394,702 libras esterlinas; aumentóse en el reinado de Ana hasta la cantidad de 54.000,000, cuando las jugadas de la bolsa adquirieron desarrollo. Se distaba mucho de comprender entonces toda la importancia de la deuda pública; pero no se tardó en conocer que la misma constitucion la aseguraba por completo, pues era garantizada por el parlamento nacional. Constituyóse entonces un fondo de amortizacion; y con objeto de aumentarle, todos los acreedores del Estado se reunieron en una *Compañía para el comercio del mar del Sur*, con privilegio para Méjico, el Perú y las demás posesiones españolas en las Indias.

En 1694, el escocés Patterson propuso sacar al gobierno de los apuros que le habia ocasionado la Revolucion, haciendo un empréstito de 1.200,000 libras esterlinas, cuyos suscritores recibirian 100 mil al año, con la facultad de emitir billetes de banco, conversibles en oro, y formar una *Compañía del banco de Inglaterra*. Perseguido Patterson por sus conciudadanos, por sus asociados y por el rey, pereció en los bosques de la América, después de haber prestado tan gran servicio al príncipe y al gobierno; pero la asociacion prosperó proporcionando fondos al Estado, hasta el grado de que en 1709 el capital del banco ascendia á 4.400,000 libras esterlinas. Pudo impedir el establecimiento de bancos rivales, y se le autorizó para crear un papel moneda. El gobierno le pagaba 8 por 100, y le daba en hipotecas ciertas contribuciones, además 4,000 libras esterlinas por los gastos de administracion. En 1781, el capital originario ascendia á 11.642,000 libras esterlinas, y el interés se habia disminuido hasta el 3 por 100. Las operaciones comerciales del banco debian limitarse al oro y á la plata en barras.

Cuando en 1833 se prorogó su privilegio por veinte años, el Estado le debia 15.000,000 de esterlinas, que producian el 3 por 100. Este capital se redujo á 11.150,000, y en 1876 llegaba á 14.553,000. Recibe y paga las anualidades y las rentas sobre el Estado, pone en circulacion los bonos de la Hacienda, garantizándolos, y adelanta al gobierno los productos del impuesto territorial.

La reina Isabel habia establecido en 1600 una compañía de las Indias, que después de haber prosperado, declinó por abusos y acontecimientos desgraciados: no era bien mirada, por ser contraria á la libertad de comercio, por lo cual se votó su supresion, y se permitió á otros negociantes mandar barcos á las Indias. Formóse al efecto otra segunda compañía (1698), y teniendo necesidad el gobierno de 2.000,000 de libras esterlinas, se las ofreció para que las reconociese. Poco tiempo después, ambas asociaciones se fundieron en la *Compañía reunida del comercio de las Indias orientales* (1702).

Quejándose la Escocia de que su vecina se enriquecia mientras ella permanecia pobre, se la autorizó para que formase una compañía escocesa para el comercio de Africa y de las Indias, con el derecho de fundar colonias y ciudades en distritos no poseidos por soberanos europeos. Estableciéronse tres colonias entre Puerto Bello y Panamá, en una posicion tan favorable, que las demás potencias tuvieron envidia, y Guillermo las destruyó. De esta manera encontraron los escoceses que habian perdido las sumas gastadas, lo que aumentó los males causados por la opresion de los partidos que los dividian.

Gran Bretaña.—Teniendo en consideracion la reina Ana desde el principio de su reinado su desgraciada condicion, trató de unir con vínculos más estrechos la Escocia á la Inglaterra: aseguró el presbiterianismo, escluyendo el episcopado, y concluyó por decidir la reunion absoluta de ambos paises, que desde el 12 de mayo de 1707 debian formar el reino unido de la Gran Bretaña, representado por un solo parlamento, con derechos y privilegios comunes, y unidad de pesos, medidas y monedas. La Escocia debia tener diez y seis miembros en la cámara de los Pares, y cuarenta y cinco en la de los Comunes, participando de esta manera de una undécima parte en la representacion, cuando no pagaba más que la cuarenta de los impuestos. Pero los patriotas veian con sentimiento aquella union con un pais mucho más extenso y poderoso, que les arrebataba la independencia y el derecho de tener sus reyes particulares, les hacia temer el predominio del episcopado y privaba á la alta nobleza del privilegio de representar á la nacion: ésta era, sin embargo, la indemnizacion por tener un gobierno regular, estar libre de las guerras civiles, y poder cosechar libremente en el campo del comercio y de la industria. Hubo, pues, mucha oposicion á esta medida, sobre todo entre los jacobitas, que habian permanecido fieles al príncipe de Gales. «¿Dónde estais, exclamaba el duque de Hamilton, dónde estas Wallace, Douglas, Campbell, baluartes de la independencia escocesa?» Sea lo que se quiera, se hicieron pro-

mesas, se corrompió, se acarició, tanto, que se decretó la union (1707), aunque añadiendo que la iglesia escocesa seria regida únicamente por el presbiterianismo.

Aquí concluye la historia de Escocia; y lo que habia conservado de poética, desaparece para ceder el puesto á una agricultura floreciente, á los progresos de las artes y del comercio, siendo llamado el pais en adelante á participar de los bienes y males de la Inglaterra.

CAPITULO XX

LITERATURA INGLESA.—REVISTAS.

Aquella época fué además el siglo de oro de la literatura inglesa.

Después de Spencer y Shakspeare Abraham Cowley (1618-68), autor de una *Davideida* y diferentes composiciones líricas, pasaba entonces por el mayor poeta de Inglaterra; desprovisto de imágenes y aun más de sentimiento, se sostenia por la brillantez de su talento que le valió una fama muy superior á la de Juan Milton, el verdadero poeta de entonces.

Milton, 1608-74.—Milton habia comenzado por hacer versos latinos, y se elevó en el *Comus* (1634), obra modelada en el poema italiano, siendo superior á todos aquellos entre quienes se habia educado, sin dirigirse á una regularidad servil, y sabiendo mejor que Johnson sacar partido de los clásicos para adquirir dignidad y elocuencia. Todo es en él correcto en la composicion; casi todo en el estilo, que se sostiene á igual altura, sin declinar bruscamente como hacian sus contemporáneos; y en lo posible, en una lengua muerta, asoció la originalidad á un gran talento de imitacion, uniéndole cierto aspecto de nobleza y libertad que hasta en aquellos entretenimientos revela la fuerza de un gigante. El *Licydas*, alegoria pastoril del género de las de Italia, y en la que san Pedro figura entre las divinidades mitológicas del mar, no deja de tener el sello de una bella y graciosa poesia. Imágenes selectas y juiciosas brillan en el *Alegre* y en el *Pensativo*, en el que se encuentran bonitas alusiones y un verso sostenido. La oda sobre la *Navidad* es, segun la opinion de algunos, la mejor que posee la lengua inglesa.

Milton conoció á Galileo en Italia, donde se inspiró con el espectáculo de las magníficas ruinas de Roma. Se encontró en relaciones en Nápoles con Manso, que hablaba de Tasso como de un ilustre amigo cuya pérdida se deplora, y asistió en Milan á una representacion del *Adan*, de Andreini, que, segun dicen, le inspiró la idea de causar el primer pecado del hombre. Cuando estallaron las tempestades de su patria, tomó parte en las discusiones teológicas bajo las cuales se cubrian las disidencias politicas, y se abandonó á las ilusiones, á los arranques fogosos de los revolucionarios. Cromwell, á quien se habia dado á conocer por sus violentos escritos, le nombró su secretario. Publicó diferentes opúsculos de circunstancias; y su *Areopagética* es un libro lleno de elocuencia y ardiente osadia en favor de la libertad de la prensa, que el protector pensaba oprimir. Aunque sus diatribas contra el rey decapitado estén llenas de bilis y pedanteria, están escritas de buena fe, como tambien las alabanzas que dirige á Cromwell; pues nunca se desmintió su ardor democrático, su amor á las libertades constitucionales, su idea del deber, ni su valor en sostener otras opiniones que las del vulgo.

Sin ambicion, y habiéndose quedado ciego, continuó ejerciendo su empleo, odiado de un partido y descuidado de otro, reuniendo de esta manera en su corazon las emociones revolucionarias de libertad, fanatismo y venganza. Cuando después pasó de la vida activa al retiro y á la meditacion, cuando vió disiparse sus ilusiones y perecer á sus amigos, se consoló repasando en su memoria lo que recordaba de Homero, Isaias, Platon y Eurípides, y meditando sobre sí mismo: de aquí aquellos recogimientos melancólicos, aquella poesia interior que le dan un carácter particular. Aconsejándole un dia su mujer renegase de su conciencia y repudiase su dignidad literaria para enriquecerse: «Veo, contestó, que eres como todas las demás mujeres; quisieras tener un coche. Yo quiero morir hombre honrado, como he vivido.»

Tenia ya cincuenta y nueve años (1669) cuan-

do pensó publicar su epopeya; pero el censor puso obstáculos por las alusiones que notaba en ella: por ejemplo, veia un crímen en el pasaje en que el poeta compara el esplendor empeñado de Satanás, con un eclipse, que «asusta á los reyes con el terror de las revoluciones.» Cuando pudo convenirse con la censura, se dedicó á buscar un editor, y trató, en fin, con un tal maese Simon. Se convino que recibiria por «el *Paraiso perdido*, ó cualquier otro título que quisiese dar al referido poema» cinco libras esterlinas; otras tantas cuando se vendiesen mil trescientos ejemplares, é igual suma, si se vendia igual cantidad de ejemplares de una segunda edicion.

Tales fueron las miserables condiciones con que se adquirió un poema que es la gloria en el dia del parnaso inglés. Grocio habia escrito un *Adamus exul*, del que se pretende que Milton ha sacado la descripcion de la serpiente, la súplica de Eva á su marido después de su pecado, el discurso de Adan al ángel sobre la creacion, la salida del paraiso. El holandés Macropedio habia tratado el mismo asunto. Milton ha tomado evidentemente varias escenas del *Adan*, de Andreini. El jesuita aleman Masenio habia tambien publicado en aquella época (1657) un drama alegórico titulado *Androfilo*, en el que describe la caida del hombre, víctima de las astucias de Andromisa, salvado por Andrófilo, que se ofrece como víctima espiatoria á Andropater. Milton ha tomado tambien de este drama diferentes ideas, y aun más del *Sarcotis*, poema del mismo autor, cuya marcha ha seguido, y reproducido con frecuencia las imágenes y espresiones. Pero el jesuita aleman ha helado su composicion no poniendo en escena más que personajes alegóricos.

¿Qué importan semejantes lunares? Homero se ha servido de rapsodias y Dante de leyendas. Es poeta el que sabe dar alma á un asunto cualquiera y revestirle con inmortales flores. El asunto elegido por Milton estaba conforme al espíritu del protestantismo y á la sombria exaltacion de los puritanos. La cuestion del bien y del mal, en lo concerniente á los destinos humanos y el dogma de la caida del hombre, resume las impresiones del poeta y la de sus contemporáneos; pero la creacion, la caida, la redencion son actos de un mismo drama y no pueden separarse. Ahora bien, el mismo Milton parece haberlo conocido; pues compuso el *Paraiso reconquistado*, poema que, segun el dicho de algunos, no es inferior al *Paraiso perdido;* sin embargo, si es cierto que merece elogios por la sencillez del plan y por la vivacidad del diálogo, una continua argumentacion hace cansada su lectura. El orígen del hombre es de mayor interés que el sitio de Tebas, de Troya, de Jerusalen, de Paris ó los viajes de Ulises y Eneas. Pero en las poesias religiosas, el campo que se concede á la imaginacion se encuentra necesariamente limitado. Lo era aun más en Milton, que siendo protestante, tuvo que renunciar á muchos símbolos, historias y tradiciones, de que Dante y el Tasso supieron sacar partido. Fuéle, pues, preciso buscarlas en el Talmud y en el Coran.

Como Dante, fué siempre grave y meditativo; como él, conoció que estaba destinado á regenerar la poesia; siguiendo su ejemplo, abusa de la erudicion, y entra en disertaciones, alusiones y sutilezas. Se inclina á unir lo grotesco á lo terrible, y el gusto más refinado de su época no le impide entregarse siempre á una fantasia incorrecta. La monotonia del cielo de su patria perjudica á la variedad; y al paso que la luz, la música y el movimiento son las tres ideas principales de que se sirve Dante para la descripcion del Paraiso, Milton emplea imágenes menos espirituales, si bien es cierto que educado en la ciudad y después ciego, es menos pintoresco que armónico. Las imágenes de Dante se ofrecen en sí mismas por lo que son; las de Milton no pueden muchas veces ser comprendidas sino por los iniciados, y tienen más valor por lo que sugieren que por lo que representan. El poeta italiano se espiritualiza en la meditacion, aislándose de los pensamientos terrestres; Milton, por el contrario, queria desde luego elegir la forma dramática (tenemos el bosquejo), y su teologia se dirigia al antropomorfismo y al arrianismo; de tal manera, que su dios es más material aun que lo que lo hace la lengua hebrea, y que Cristo es un ser superior, el primer nacido del Altísimo pero creado. En Dante el sentimiento es intenso; en Milton el pensamiento es elevado: el uno describe con claridad y detalle, siempre con número, con medida, con ayuda de comparaciones, porque refiere suponiendo que él mismo ha visto, tocado, esperimentando el temor y la piedad; el otro procede más confusamente, como un hombre que refiere acontecimientos acaecidos á otros.

Pero Dante no habia visto más que las pequeñas agitaciones de su pais, y no se hubiera atrevido á representar con hermosos rasgos á Satanás, en quien Milton manifestó los poderosos demagogos de su época (1). Los espíritus, esta máquina épica tan difícil, son en Dante personajes humanos, con caractéres tambien humanos; en Milton hay en

(1) «El carácter de Satanás es una mezcla de orgullo é indulgencia sensual, que encuentra en sí mismo el motivo de obrar; es el carácter que con frecuencia se observa en pequeño en la escena política; toda la impaciencia de tranquilidad, de temeridad, de astucia que distinguió á los grandes matadores de hombres, desde Nemrod hasta Napoleon. La idea que comunmente seduce la muchedumbre es que estos pretendidos grandes hombres obran por algunos grandes fines. Milton ha hecho resaltar con cuidado en su Satanás aquel amor intenso de sí mismo, aquel egoismo superlativo que prefiere reinar en los infiernos á servir en el cielo. Poner esta pasion de sí mismo en contraste con la abnegacion ó con el deber, y manifestar que esfuerzos ha tenido que hacer para conseguir su objeto, es lo que Milton se ha propuesto particularmente en el carácter de Satanás; pero ha sabido revestir aquel carácter de una sin-

ellos algo de sobrenatural, y no abstracciones ni mónstruos; sólo tienen de la naturaleza humana lo necesario para ser ininteligibles al hombre; por lo demás, se encuentran cubiertos con una nube misteriosa. El poeta inglés coloca hasta entre sus mismos demonios una variedad de caractéres que hubiera parecido incompatible con el asunto, y no da á sus ángeles la perfeccion que no tiene mérito, porque carece de esfuerzo. Adan y Eva no aparecen tampoco en aquella inocencia que escluiria todo contraste ó toda afeccion, y es algo nuevo la pintura de un amor, que es una parte de inocencia y de un deleite que es una recompensa de Dios. No se podia, sin embargo, esperar que produjese curiosidad é interés un asunto tan conocido, en el que los combates entre el criador y su criatura no pueden permanecer en parangon; ni la rebelion de los ángeles ó la desobediencia del hombre escitar compasion.

Conociendo bien el teatro griego, y admirando á Eurípides más de lo que merece su mérito, Milton dispuso perfectamente su asunto, y empleó para darle color todo lo mejor que encontró en sus predecesores. Hizo prevalecer en la lengua el elemento latino sobre el elemento sajon, y tratándola como amo, violó, modificó las reglas, multiplicó las elipses, las trasposiciones, los regímenes indirectos, tomó palabras y construcciones de las lenguas muertas y de las lenguas vivas (2): de esta manera supo encontrar en todos los idiomas antiguos y modernos algunos elementos de gracia, vigor ó melodia, por medio de los cuales mostró en su mayor perfeccion el poder del lenguaje natal. Se sujetó con cuidado á la armonia, con el objeto de que el verso libre de que se servia no incurriese en el prosaismo; y así es que tiene pocos que sean débiles, aunque se encuentren algunos muy ásperos. No hay inglés de talento cultivado que no sepa de memoria ciertos de sus versos, que no son más que series de nombres propios, pero dispuestos de tal manera que encantan el alma y producen multitud de ideas colectivas. Ahora bien, el mérito supremo de Milton consiste precisamente en sugerir muchas más cosas de las que espresa, obligando al lector á ayudarse con la imaginacion, es decir, á hacer un uso agradable de sus propias facultades.

Encuéntrase en su *Sansom Agonistas*, poema lírico bajo forma dramática, que compuso en la declinacion de su vida, más vigor en la idea, menos poesia en el estilo. Sus sonetos, aunque no sean ni delicados como los de Petrarca, ni brillantes como los de Filicaja, tienen la severidad de estilo y la unidad de profundo sentimiento que revela las alternativas de alegria y desaliento que se suceden en las almas fuertes.

¿Cómo encontrar, en tiempos tan agitados, los *pacibles oidos* que los cantos de las musas encantan? La poesia existia entonces en la accion; la literatura en los parlamentos, en los escritos de circunstancias, y la filosofia, la poética, el teatro, el dibujo adoptaban la apariencia del libelo. Apenas se vendieron en el espacio de once años tres mil ejemplares del *Paraiso perdido*; los nuevos soberanos le entregaron al ridículo de aquellas plumas venales que se encuentran dispuestas á derramar su veneno sobre todo el que no disfruta del favor de los poderosos; y fué preciso que Addison se presentase con una crítica de escuela á revelar el mérito superior.

Edmundo Waller (1605-67) adquirió mayor fama. Poeta de una elegancia fácil, exento de pedanteria y de las agudezas en boga, feliz en la espresion, se sostiene siempre, aunque su imaginacion no sea muy brillaute. Hay más bien en él falta de defectos que abundancia de belleza. Su *Elogio* de Cromwell es enteramente armónico, pero sin vigor.

La vuelta de los Estuardos introdujo en Inglaterra la imitacion francesa, y los conciudadanos de Shakspeare se resignaron á imitar la fria regularidad de sus vecinos; sin embargo, el genio nacional no fué sofocado. El *Hudibras*, de Samuel Butler (1612-80), fué el poema más leido, el más buscado de su tiempo; y Cárlos II citaba versos al mismo autor, aunque dejándole morir de miseria. Butler hace del caballero puritano y de su escudero Rufo, lo que Cervantes habia hecho de don Quijote y Sancho. Sirvió sin duda á la causa de la paz y á la del trono, ridiculizando el celo feroz de los sectarios; ¿pero era generoso atacar opiniones que se expiaban en el cadalso? Este poema quedó sin imitadores; pero envejeció con las ideas y los hechos á que hacia alusion. Butler decia que en los versos franceses habia uno siempre para el sentido, y otro para la rima.

Fuele posible á Rochester, en atencion á que era un gran señor y á que siempre estaba ébrio, llevar la sátira á osadias prohibidas á otro. Dió pruebas de ello en la que escribió contra el hombre y contra el matrimonio, en la que revela gran fuego de imaginacion y mucha más aun en el poema de la *Nada*.

La lengua inglesa se pulia renunciando á los latinismos, al fárrago extranjero, á las frases estravagantes, á las antítesis y buscando la facilidad. Pero ésta degeneró á veces en descuido; y resultó algo de vulgar, que no pudiendo arreglarse á un estilo de buen tono, como la de la sociedad francesa, huele á taberna y lupanar, hasta el punto de no retroceder ni delante de las más groseras indecencias. Encuéntrese un bosquejo en las fábulas obscenas, y sin embargo, muy populares, de Roger l'Estrangé.

Tal vez es en Hobbes donde se encuentra por

---

gularidad de audacia, de una grandeza de sufrimiento, de un esplendor eclipsado, tal, que ha constituido el mayor grado de lo sublime poético.» COLERIDGE'S' *Romains*, página 176.

(2) Así es que toma del italiano *imparadisare y fraganza*.

primera vez una buena prosa, clara, fácil, sin espresiones anticuadas, sin trivialidades ni afectacion, ó al menos rara vez. Es limpia sin debilidad en Cowley, y familiar sin vulgaridad: lo mismo sucede en Velyn, que en la descripcion de Inglaterra (1651) nos instruye de las costumbres de la época, principalmente de Lóndres, como una persona que ha visto muchos paises, y que tiene horror al tumulto revolucionario.

Dryden (1631-1701).—Juan Dryden quiso ser todo: satírico, descriptivo, narrador, didáctico, lírico, crítico, traductor y dramaturgo: las dedicatorias y prefacios con que acompañaba á sus composiciones le valieron el nombre de crítico; pero en lugar de profundizar el espíritu humano, analiza el lenguaje y las ideas; compensando con el buen sentido la minuciosidad y capricho de las observaciones. Imita á los franceses y adopta muchos términos de ellos, pero como se haria con los nombres propios, sin alterar la precision original de las construcciones indígenas, ni el vigor de las elipses y de las metáforas. Hasta unió á la riqueza de las figuras septentrionales una sencillez casi bíblica, y de esta manera se formó un estilo poético, que encubre la falta de genio dramático y de sentimiento íntimo. Con objeto de procurarse dinero, puso á su musa al servicio de la corte, de los salones y del teatro. Cantó al lord Protector; después se entregó en cuerpo y alma á los Estuardos hasta el grado de hacerse católico; y disfrutó como poeta de la corte una pension de 100 libras esterlinas y un barril de vino. Pero Guillermo le quitó estas ventajas, y la nacion le dejó morir en el olvido.

En *Absalon y Aquitofel*, que es su sátira de mayor estension, los dísticos son los mejores que se leen: la espresion es en ellos espontánea, el movimiento general: las transiciones tienen facilidad; y al menos sazona con talento las violentas invectivas que dirige á su época. La *Cierva* y *la Pantera* es una alegoria de las disputas religiosas, en la que pone en boca de la cierva los argumentos más propios para sostener la tradicion católica. La oda á santa Cecilia, alabada más de lo que merece, es poderosa en el lenguaje, viva en transiciones y contrastes. Dryden tradujo felizmente algunas obras de Horacio; pero fué débil y amanerado al querer reproducir á Virgilio. No creia como Milton que el verso debiese conservar siempre el tono sostenido; como Chauscer y el Ariosto, adoptó de buen grado la espresion familiar y el estilo corriente: esto fué lo que le valió una simpática acogida á sus novelas tomadas de Chaucer y Bocacio, aunque la forma sea descuidada. El *Annus mirabilis*, que contiene ciento sesenta y una cuartetas en versos heróicos, lo compuso en tres meses, y es tal vez su mejor obra.

Obligado por oficio á dedicarse al teatro, procuró suplir el génio con la reflexion. Reprodujo además dándoles unidad, las intrigas y los argumentos tantas veces aducidos por los clásicos.

Al mismo tiempo que Shakspeare habia vivido Johnson, escritor correcto pero de mediana imaginacion; Beaumont y Fletcher, cuyas composiciones, hechas en comun, brillan por la invencion y la flexibilidad del talento: la época aduladora se atrevió á hacerlos superiores al gran trágico (3); es cierto, sin embargo, que los dos *Nobles primos* y el *Caballero de la Maza roja* merecen vivir.

Esta escuela de Shakspeare concluyó cuando los rígidos puritanos dominaron. Pero la abstinencia aguijoneó el deseo: así fué que los teatros se multiplicaron después de la restauracion, y hasta se admitieron las mujeres en la escena. Williams Davenant fué encargado por Carlos II para pasar á Francia, con objeto de estudiar las mejoras que se habian introducido, aprender el juego de las decoraciones movibles, y ponerse al corriente de lo que concernia á la ópera. Esta diversion era secundada por Dryden, que pretendia haber descubierto el género nuevo del drama heróico, en el que no hay más que elegancia y versos fluidos, sin pensamientos vigorosos, sin verdad de caractéres ni profundas emociones. Se dedicó á buscar grandes nombres, pero no supo ni resucitar las almas ni variar las fisonomias: le agradan los golpes teatrales, acumula los incidentes sin inquietarse de la verosimilitud, y se contenta con la magnificencia exterior y una osadia que no existe sino en las palabras, sin sospechar el poder de un carácter basado en la naturaleza. Los ingleses se fastidiaron, y Dryden descendió á un género intermedio, como en el *Fraile español*, en *Don Sebastian*, en *Todo por el amor;* y siempre con un servilismo incansable introducia en sus obras alusiones contra los enemigos de sus Mecenas.

Las mejores tragedias, después de haber desaparecido Johnson, son el *Huérfano* y la *Venecia salvada*, de Otway, piezas declamatorias y medianas, que agradan, sin embargo, por lo patético, y el interés que inspira una mujer que sucumbe á desgracias inmerecidas. Las tragedias de Nicolás Rowe, llenas de dulzura y tiernas emociones, ofrecen alusiones á Luis XIV y á Guillermo III. Pasaremos las demás en silencio; y bástenos decir que

(3) Dryden los colocaba en la misma línea; hace, no obstante, justicia á veces á Shakspeare, de quien dice: «Fué de todos los modernos, y tal vez de los antiguos, el alma más grande y más inteligente. Todas las imágenes de la naturaleza las tenia presentes, y las reproducia sin esfuerzo y por inspiracion. Si describe, no sólo hace ver, sino sentir. Los que le acusan de poco saber hacen de él el mayor elogio, en atencion á que sabia por instinto y no tenia necesidad de libros para leer la naturaleza; se concentraba en sí mismo y la encontraba. No diré que en todo sea igual á sí mismo; seria hacerle una sinrazon compararle entonces aun á los más grandes. Es con frecuencia trivial, insípido. La fuerza cómica degenera en él en tosquedad, la elevacion en hinchazon; pero es grande siempre que encuentra la ocasion; y no se dirá nunca, que habiendo encontrado Shakspeare un asunto apropiado á su ingenio, no se haya elevado sobre los demás poetas, tanto como el ciprés sobre las débiles cañas.»

muchos autores, como el mismo Dryden, pretendian rehacer los dramas de Shakspeare.

Cuando se renunció al drama romántico mixto, ambos géneros se trataron de diferente manera. Aunque dirigiéndose la comedia en el fondo á reprender el vicio, incurria en la obscenidad, por la costumbre que habia de frecuentar las tabernas, y la rudeza que reinaba en la alta sociedad, y hasta en la corte. El amor y la vida de Lóndres son los principales argumentos: sin embargo, se encuentran en la comedia buenas descripciones de caractéres en medio del desórden y de la prolijidad. El talento epigramático que manifiesta sin cesar Congreve es á expensas de la sencillez. Este autor, que seguia las huellas de Molière, tiene, sin embargo, un lenguaje más decente, y aquellos á quienes presenta como bribones, se expresan como caballeros.

Esta imitacion francesa continuó mientras duró el período clásico, es decir, desde 1661 hasta 1714; período abundante en versificadores medianos, que tenian miedo á la prosaica muchedumbre. Tambien se debatió en Inglaterra la cuestion de superioridad entre los antiguos y modernos. Sir Williams Temple, hombre de Estado con poca originalidad, pero sacando partido de lo que sabia, defendió superficialmente la antigüedad, por su lado más débil, es decir, bajo el aspecto de la ciencia; al paso que Williams Wolton (1694) sostenia la tésis contraria. La *Colina de Cooper*, de Juan Denham (1643), es el primer ensayo de estas composiciones locales consagradas á describir un paisaje particular, con bellezas sacadas de las reminiscencias históricas y reflexiones sobre los acontecimientos de que fué teatro. Clarendon (1674) escribió la historia de la gran rebelion contra Carlos I.

Puede decirse, en suma, que la literatura desordenada, pero con el sello del genio, sucedió á otra correcta, en la que dominaba el espíritu crítico. Habiendo recobrado su curso regular las cosas en la política y en la religion, era muy difícil sacar ninguna inspiracion de aquellas intrigas sin particularidad entre la nobleza bretona y los mercaderes ingleses. La paz y el esplendor con que se rodeó el trono de la reina Ana escitaron el entusiasmo literario. Hubo un diluvio de alabanzas oficiales, todas llenas de énfasis pindárico; y es en este estilo en el que Congreve ensalza hasta las nubes á Marlborough y hasta al ministro de Hacienda Godolphin. Pero la política fué el campo en que prosperó más la literatura, multiplicando aquellos escritos vivos y rápidos que convienen á personas ocupadas.

Swift, 1667-1745.—Swift, escritor adusto, descuidado, fantástico, decia á Pope: «El objeto de mis obras es zaherir al mundo más bien que divertirle; y si pudiese conseguirlo sin riesgo de mi persona y de mis bienes, seria el autor más incansable que hubieseis conocido.» Sin embargo, dos mujeres se enamoraron de este hombre; otros escritores, sus contemporáneos, le defendieron con acritud. Los señores le buscaban, y él aceptaba su proteccion con una superioridad llena de franqueza. Bolingbroke se asociaba voluntariamente á este terrible folletista, y Steele, patriota decidido, ya que no prudente, debió á sus artículos entrar en la cámara de los Comunes, de la que después fué espulsado.

Todo el mundo ha leido sus *Viajes de Gulliver*, relacion sencilla y llena á la vez de agudezas, abundante en alusiones, y todo en ella es alma. Desdeñoso de la opinion ajena, no deja de tener descripciones de un cinismo chocante; pero hace reir á los niños y llorar á las personas grandes, por aquella parodia escéptica y burlona que envilece enteramente al hombre, que manifiesta su abyeccion sin ensalzarle por la virtud, la ciencia, la fe en sí mismo ni en Dios. No habia por lo demás gran mérito en decir verdades en un pais libre, y donde habia otros caminos más directos para conseguir una regeneracion.

Abunda el *Cuento del Tonel*, en una amarga ironia sobre los luteranos, los católicos, los calvinistas, los presbiterianos, los cuákeros, así como en la *Batalla de los libros* ridiculizó á los autores contemporáneos. «He visto entre nosotros, escribia á Pope, tal desprecio á la religion, á la moral, á la libertad de la ciencia y al sentido comun, que escede á todo lo que yo he leido en los autores antiguos ó modernos; ahora bien, estoy convencido de que una historia completa de las ordenanzas estravagantes, perversas, débiles, maliciosas, funestas, facciosas, inesplicables, ridículas, absurdas de este reino, llenaria doce tomos en folio de letra compacta y papel grande.»

La elocuencia, que después de la Revolucion adquirió importancia en el parlamento, es muy diferente de la de los antiguos: en efecto, los oradores en los paises que gozan del beneficio de la discusion pública, se ven precisados á descender á detalles positivos y prosaicos, á pequeñas refutaciones, á particularidades que, importantes al bienestar, no pueden unirse á la poesia de lenguaje. ¿Quién toleraria en el dia descripciones como las de las *oraciones* contra Verres, ó invectivas como las que se encuentran en las *Catilinarias* ó en las *Filípicas*? Serian acogidas con bostezos y risotadas como hubieran acogido los griegos y los romanos nuestros números. Ellos eran todo pasion, y nosotros, todo razon; procuraban conmover y nosotros convencer.

Addison, 1672-1719.—Muchos ingleses ascendieron á los primeros empleos por su talento oratorio, y á diferencia de los franceses, los sábios eran honrados con elevados empleos. Prior fué embajador en Francia; Rowe y Congreve ocuparon eminentes empleos; Locke fué presidente del tribunal de comercio; Newton director de la casa de moneda y miembro del parlamento. Addison fué el primero que llegó á ser ministro por ser periodista; pero habiéndose manifestado inhábil para desempeñar este empleo, se retiró, y murió lleno de disgustos.

Se encuentran en su *Espectador* ciertos artículos originales y llenos de fuerza en medio de otros sin color, y que no contienen más que lugares comunes. Distribuido dos veces á la semana en número de tres mil ejemplares, y hasta de veinte mil algunos números, este periódico dió una idea del poder que debia adquirir un dia esta clase de literatura. La política de Addison es moderada y conciliadora; pertenece, en religion, al puritanismo, predica la tolerancia, hiere sin destrozar, no se obstina en ver el mal, y encuentra bueno lo que lo es: el cuidado que tiene en lo concerniente á las mujeres, indica que las costumbres públicas comenzaban á recobrar cortesania; tuvo el mérito de trasladar la filosofia del gabinete al hogar doméstico, aplicándola á las costumbres, sentimientos y necesidades de la nacion; y si fué de esta manera menos universal, consiguió ser para los suyos más oportuno. Con respecto al gusto, el amor á la forma le hace ensalzar á los franceses, vituperar á Shakspeare, y á la efusion de sangre en la escena. Quiso tambien oponer á los géneros nacionales su tragedia de *Caton*, compuesta en Italia (4), y cuya regularidad y versificacion son muy perfectas; pero no se sostiene sino con continuas alusiones á ambos partidos.

Pope, 1688-1744.—La correccion y el gusto forman el carácter de sus obras, pero nunca el genio. Lo mismo acontece con los demás escritores favorecidos por la reina Ana y por lord Halifax, á cuya cabeza marcha Alejandro Pope. Declarado á la edad de veinte y cinco años primer poeta de Inglaterra, resultó simple literato. Tradujo á Homero; pero poco acostumbrado á la amable sencillez de los siglos heróicos, lo hizo á la moderna, como Cesarotti en Italia: sin embargo, en la Inglaterra todo el mundo quiso poseer su libro, que le valió ciento veintiseis mil francos. En su carta de *Eloisa á Abelardo*, la perfeccion del arte simula admirablemente el desórden de la pasion. La *Dunciada* que compuso contra los libreros y los críticos, es una baja violenta diatriba, en otra sátira en que ataca las costumbres modernas, su espresion es familiar, y hay viveza de imaginacion. El *Ensayo sobre el hombre* se compone de cuatro epístolas, que no tratan con estension el asunto, y en las que profesa una especie de optimismo. La materia no es enteramente digna de elogios; pero sí lo es la forma brillante con que reviste la rápida sucesion de las ideas, y la feliz osadia de las espresiones. Se valió de las ideas de Dryden en el *Ensayo sobre la crítica*: el poema cómico del *Bucle de cabellos robado* manifiesta que no carecia de imaginacion. Uniendo á una versificacion melodiosa gran facilidad de espresion, poseyó en supremo grado el estilo conciso y mordaz que dan nervio á la sátira y á las epístolas; pero carece del conjunto de cualidades que forman el verdadero poeta.

Los escritores ingleses del siglo de oro, aunque lejos de elevarse al nivel de sus ilustres predecesores, tienen el mérito de hacerse inteligibles á todas las capacidades. La imaginacion dormia; y, aunque podia ser estimulada por las costumbres de la época y por los numerosos acontecimientos que vió nacer, no produjo nada que se asemeje á las obras de los grandes novelistas del siglo siguiente. El padre del género fué, dicen, un tal Juan Bunyan, calderero visionario, después soldado de Cromwell, que, habiendo permanecido preso trece años como anabaptista y jefe de partido, escribió el *Viaje del peregrino*, es decir, de un alma al través del mundo, singular alegoria, pero muy fastidiosa en el dia: ensalzada entonces hasta las nubes, se hicieron hasta cincuenta ediciones de ella, se tradujo á varias lenguas, y disfrutó de gran favor entre los protestantes.

De Foe, 1663-1731.—Era un ataque puritano al espíritu vivo y frívolo de Swift y de Addison, y esto fué tambien la novela de Foe. Daniel de Foe, periodista dialéctico, historiador satírico y controversista ardiente, consumió su vida en imitar y escribir novelas que sostuviesen el calvinismo; falsario, aunque con buen fin, á la poderosa sencillez de un juicio recto, inmolaba la espléndida imaginacion de las principales facultades de la inteligencia. Puesto á la vergüenza por sus ideas políticas, exclamaba: *Adios, vergüenza, geroglífico de deshonra, símbolo de infamia, que harás mayor mi reputacion.* Estando preso se consolaba con la lectura de las aventuras de Selkirk, marinero que estuvo algun tiempo en una isla deshabitada (tomo VII, pág. 252); y combinando este hecho con sus necesidades y sentimientos actuales, creó el *Robinson Crusoe*. La sencillez de Robinson y de Viernes contrastaba con el estilo ampuloso del *Ciro* y del *Artamenes*; y creyendo, en conformidad con su fe, que todas las acciones son sagradas, las pintó con indecible minuciosidad y ni aun le chocaron las trivialidades.

Robinson tiene ingenio, pero no pasion, inventa las artes necesarias, pero nunca las hubiera perfeccionado; se acuerda de Dios, lee la Biblia, pero no ama, no le agitan las memorias de lo pasado, ni los deseos de volver á su patria, ni echa de menos una compañera que participe de sus goces ó de su miseria. Sin embargo, este libro, aunque árido, sin nada ideal ni artístico, estaba llamado á agradar á una sociedad hastiada de la vida de las poblaciones; además sus defectos están sobradamente redimidos por el placer que proporciona ver al hombre abandonado á sus propios recursos, satisfacer sus necesidades, y en cierto modo reconstruir la sociedad.

Dedicáronse con más éxito los ingleses á los estudios serios, y la Sociedad Real hizo prosperar las ciencias experimentales. Roberto Boyle perfeccionó la química y la máquina neumática. Jaime

(4) La parte que más agrada en su viaje por Francia é Italia, es la *Historia de San Marino*.

Gregory inventó el telescopio de reflexion, y buscó la cuadratura del círculo por medio de una serie convergente; Juan Napier inventó los logaritmos; Harvey, Wren, Wallis, Hooke, Halley, Barrow, obraron parcialmente en este campo, que lo comprendió todo el genio de Newton. Browne habia elegido un hermoso tema, en el *Exámen de los errores vulgares* (1646); pero aquellos de que se ocuparon son verdaderamente vulgares, y no conoce otro argumento que el puro empirismo. Físico mediano, trató con sincera curiosidad cuestiones pueriles: por ejemplo, si los machos y las hembras tienen el mismo número de costillas; si Matusalen fué el hombre que vivió más; si Adan y Eva tenian ombligo. Cree en los sortilegios, sobre los cuales los mismos filósofos continuaban publicando obras, tales como el tratado de las apariciones (*Sadducimus triumphatus*), del jurisconsulto José Glanvil.

Harrington, 1611-77.—Las vicisitudes que habian pasado hacian meditar á los ingleses sobre la naturaleza de los gobiernos, para sustituir alguna cosa nueva á la antigua monarquia destruida entonces. Ahora bien, se abandonaron en esto á la indisciplinada ciencia que por lo comun acompaña el desórden de los hechos, como si fuese el destino de las naciones atravesar, antes de recobrar su puesto, la indomable turbulencia de los actos y el desenfrenado extravío de las ideas. Así como el pais habia fluctuado entre el despotismo y la república, entre la persecucion puritana y la reaccion católica, del mismo modo los publicistas ingleses incurrieron en los extremos, inspirándose con los mismos acontecimientos para sacar opuestas consecuencias.

La *Oceana* de sir Jaime Harrington es una alegoria política, en la que sienta ideas generales sobre las constituciones antiguas y modernas para ofrecer la imágen de una constitucion perfecta, sacada de lo mejor que encuentra; de esta manera llega á una república bajo los auspicios de Olfaus Magaletor, arconte, que no es otro que Cromwell. Después de haber sentado un aforismo, le desenvuelve en discursos que gozan aun de cierta reputacion. No inquiere cuál es la mejor forma de gobierno, sino que hace consistir su perfeccion en un equilibrio tal, que ni los ciudadanos aislados ni las clases puedan tener interés en sublevarse, ni fuerza para ello. Pero cree, no obstante, que mejor que en la monarquia pura ó constitucional, puede hallarse este equilibrio en la república; y republicana es la Oceana con elementos enteramente aristocráticos y representativos. Las elecciones debian hacerse por parroquias, por distritos y por tribus, y de ellas debian salir los diputados que hacen las leyes, y los magistrados que las hacen obedecer. Los ciudadanos estaban obligados á hacer el servicio militar, activo los jóvenes y de guarnicion los viejos. Para adquirir derechos políticos se necesitaba una riqueza suficiente ó dar independencia; la doctrina, pues, y la prudencia no son poder ni éste puede conferirse más que á la propiedad estable, regulada por las leyes agrarias. Sobre esta base se eleva el edificio social en tres órdenes: un senado que discute y propone, el pueblo que decide, el magistrado que ejecuta. Para completarle, el autor establece una aristocracia de las clases medias, que apenas convendria á un Estado pequeño; en su consecuencia, concede á Venecia, como muchos de sus contemporáneos, la admiracion de que es objeto en el dia para nosotros la Inglaterra, y no encuentra motivo ni interior ni exterior para que decaiga hasta el fin del mundo. Trata de demostrar que la revolucion no ha nacido de la tirania de los reyes ó del capricho de los pueblos, en atencion á que los Estados se rigen por leyes naturales inevitables, sino de haber cambiado las relaciones de poder entre el rey, la nobleza y el tercer estado, y añade que los efectos no podrán evitarse mientras subsistan las causas. Harrington fué el primero que proclamó que «la bondad y duracion de una constitucion depende del equilibrio de la fortuna de los súbditos, cualquiera que sea el gobierno.» Todos los partidos se opusieron, pues, á la publicacion de una obra que no lisonjeaba á nadie, y especialmente los republicanos. Con el tiempo demostró la restauracion que guardaba rencor al autor, y le persiguió con pretexto de conjuracion.

El *Patriarca* de sir Roberto Filmer (1604-77), contrariaba el sentimiento republicano, sosteniendo que los primeros reyes fueron los padres de familia; de lo que resultaba repugnar á la naturaleza que el pueblo gobierne ó elija sus jefes, ó que leyes positivas disminuyan el poder natural y paternal de los príncipes. Esta tésis, conforme al espíritu de la época en que Carlos I sostenia las prerogativas monárquicas, encontró numerosos partidarios; pero fué refutada por Algernon Sidney, ardiente revolucionario, que acusado de conspirar con Monmouth fué enviado al suplicio (1683). Su *Discurso sobre el gobierno* es reputado clásico en el derecho político.

Hobbes, 1588-1679.—Un hombre de un talento vigoroso, disgustado de los escesos de la revolucion, se hizo apóstol de la tirania ilimitada, adelantando á Espinosa en la filosofia de la sensacion, y continuando á Maquiavelo en el empirismo político. Tomás Hobbes, de Malmesbury, fué veinte años preceptor del conde de Dewonshire, con quien viajó por Francia é Italia, donde conoció á Galileo y á otros ilustres personajes: dirigió siempre sus estudios hácia un fin práctico. Tradujo á Tucídides, como propio para demostrar á la Inglaterra los males de la discordia y del liberalismo, al cual opuso su libro del *Ciudadano*, impreso en el extranjero en 1642 por un corto número de amigos, publicado luego de nuevo cinco años después con notas en contestacion á las críticas que habia producido. Expresó su idea con más profundidad y colorido en el *Leviathan* (1651). Finge en él que Dios, para manifestar á Job su poder, le hace ver á Behemoth y á Leviathan, mónstruos fantásticos.

pero de los cuales el segundo personifica el Estado, enorme animal que tiene vida por las combinaciones del arte. Persuadido que lo que no era entonces más que un accidente formaba la naturaleza del hombre, la declaró perversa, y proclamó la necesidad de enfrenarla. Aunque ama la libertad especulativa del pensamiento, para poder predicar el materialismo, no comprende la libertad civil; quiere la independencia metafísica y enseña una servidumbre peor que la de los turcos.

La filosofia, segun él, es el conocimiento de los fenómenos, deducida, con ayuda de un razonamiento justo, de la observacion de las causas presentes ó posibles, y recíprocamente el conocimiento de los resultados posibles de los efectos observados. Es necesario desterrar todo postulado hipotético, para sujetarse á los únicos hechos, que se reducen á un movimiento y á una sensacion. Admitiendo que no hay ideas si no son engendradas por las sensaciones, saca en consecuencia un ensayo de psicologia incompleto; pero en el que la teoria del razonamiento es digna de observacion. Todo razonamiento, dice, se reduce á buscar el todo con la ayuda de la adicion de las partes ó una parte por la sustraccion; de tal manera, que la deduccion y la induccion no son más que formas de la ecuacion, procedimiento general de la razon humana. No le quedaria, pues, á la filosofia más que la ciencia de los cuerpos, la psicologia y la política. Todas las ciencias deben espresarse con fórmulas matemáticas; las que no lo puedan no tienen realidades accesibles á nuestra inteligencia. En suma, hábil matemático, razona Hobbes de una manera concisa; de manera que puede ilusionar sobre la errónea base de que parte: escelente lógico, sienta mal los principios, como los que calculan con exactitud, pero con falsos datos.

De la materialidad de su principio deduce dos corolarios: en lo concerniente á la inteligencia, las palabras que espresan lo incorpóreo, lo infinito, carecen de sentido, pues representan cosas que las sensaciones no demuestran: debe, pues, desterrarlas la filosofia; y es cierto que en virtud de la ley de asociacion, que encadena las sensaciones, y hace que el espíritu humano se remonte de causa en causa, se llega á la idea de Dios: pero como causa física, en atencion á que toda nocion de la naturaleza divina, segun él, es ininteligible.

La voluntad no se encuentra determinada sino por las sensaciones desagradables ó penosas, y por las nociones complejas de felicidad ó malestar, formadas por las sensaciones generalizadas. En su consecuencia, el deseo que impele al hombre al goce es de derecho ilimitado, pues no se le puede concebir subordinado á ninguna ley moral. No se diferencia, pues, el hombre de los demás animales sino en que une la astucia á la fuerza. Ahora bien, como cada uno procura su conservacion y goces, sin más límites que el poder, resulta la guerra de todos contra todos; el uno maltrata al otro. Si es fuerte tiene razon, si débil no. Pero precisamente porque aspiran á conservarse y á gozar, es por lo que los hombres conocen que el mejor medio de conseguirlo es reunirse en una sociedad civil, renunciando á una parte de sus derechos naturales para garantizar los demás, y constituyendo una fuerza pública, cuya voluntad pueda prevalecer sobre las voluntades particulares.

Platon habia establecido una armonia ideal, y Hobbes estableció un desórden ideal: éste pertenece, pues, á la escuela materialista, que invadiendo aun en el dia la economia política, considera el hecho como un derecho. Los antiguos tenian la esclavitud, y la encontraban justa y natural. Hobbes ve a las naciones ocupadas de ellas solas, de sus intereses, de su gloria, de su grandeza, maquinando sordamente las unas contra las otras, ligándose varias con perjuicio de una sola, ve en lo interior de ellas á las clases en guerra unas con otras; á las familias, los sexos y los individuos tambien en guerra: saca, pues, en consecuencia que la guerra es natural; y sobre este estado habitual fundará el derecho, más bien que sobre la paz que es la escepcion.

Creer que lo que existe en el dia existirá siempre, es un fanatismo desconsolador. No le agrada, pues, como á Rousseau el estado salvaje, considerado empíricamente como natural al hombre; por el contrario, teme que no volvamos á incurrir en él. Quiere, pues, suprimir todo lo que favorezca á la libertad y á la independencia; justifica todo lo que hace duradera la constitucion del Estado. Si el hombre es una fiera, preciso serán cadenas para contenerle; y examinando las diferentes constituciones, censura amargamente la democracia. Desaprueba menos la aristocracia, con tal que se una al gobierno de uno solo; pues si la humanidad está siempre en guerra los ciudadanos son un ejército; de donde se sigue que el jefe debe ser absoluto y árbitro de la vida, de los bienes, del honor, sin ningun freno moral ni civil. La moral, en efecto, se reduce á la utilidad pública de la que es juez el soberano. La ley civil no seria más que un contrapeso de los poderes para obtener una justicia, que es puramente una idea especulativa y desconocida.

Aun quedaria la religion; pero se inquieta poco de ella, en atencion á que el cristianismo, segun él, consiste en creer en que Jesucristo fué enviado para fundar en la tierra el reino de su padre; con respecto á lo demás, es necesario que la iglesia nacional permanezca bajo la dictadura del Estado, intérprete supremo de las Escrituras; despotismo inevitable, si no se quiere que se abandone la interpretacion al capricho individual ó á una autoridad estraña al Estado.

¿Y si el príncipe quisiera cambiar la religion? Aun en este caso no es lícito resistirse á él, y más valdria morir mártir. De esta manera es como con un heroismo burlon aconsejaba á los católicos dejarse degollar, y esto para fundar la omnipotencia de su rey, que no hubiera habido medio de repri-

mir sino volviendo al terrible estado de guerra (5).

Véase, pues, al alma reducida á un sér más sutil á una cosa que no existe; la inteligencia al movimiento de ciertos órganos; Dios á no sé qué de incomprensible. El derecho es la fuerza, la justicia es el interés; y el hombre llama bien á lo que le conviene y mal á lo que le incomoda. En su consecuencia, Hobbes fué siempre del partido dominante en los tres cambios de que se le hace un cargo. Y como Clarendon le preguntara por qué proclamaba semejantes doctrinas, contestó, después de una conversacion medio seria medio burlesca: «El hecho es que tengo gana de volver á Inglaterra.»

Pero habiendo vuelto á ascender al trono los Estuardos, no quisieron tampoco prevalerse de aquellas inmorales máximas de un despotismo, que no tienen siquiera, como las de Maquiavelo, la oportunidad práctica; y de una religion hipócrita, que no se sirve de Dios más que para arrebatar á la libertad del hombre su último recurso, Hobbes es, pues, el reverso de Harrington. Visionarios ambos; el uno, Hobbes, ensalza la fuerza brutal que quiere defender lo pasado, condena toda resistencia al poder, todo lo que se dirige á restringirle, aun el derecho á los particulares de juzgar el bien y el mal, creer que los príncipes estén sometidos á las leyes, y que los ciudadanos son propietarios de sus bienes (6). Harrington pretende el derecho de todos contra el pequeño número y adelanta lo porvenir; el uno quiere comprimir las pasiones, el otro procurarles un alimento que las haga menos maléficas. La intencion de Harrington es mejor que los medios; el medio de Hobbes vale más que el principio.

Cumberland, 1632-1718.— Ricardo Cumberland, obispo de Peterborough, se indignó de esta insensata difamacion de la libertad humana, en su *De legibus naturæ disquisitio philosophica* (1672). En lugar de argumentar sobre las leyes humanas *à posteriori*, es decir, con arreglo al testimonio de los autores y de las naciones, y como lo habian hecho Grocio y Selden, las dedujo como efectos de las leyes de la naturaleza: abandonando las ideas innatas de los platónicos, se sujetó á lo que se enseñaba en el uso diario, sin conservar más que las leyes físicas del movimiento, y su derivacion de la voluntad de una primera causa. Después creyó que las leyes morales podian reducirse á una sola, á la indagacion del bien comun de todos los agentes racionales, dirigido al bien de nosotros mismos como parte del todo; al paso que el modo de obrar contrario perjudicaba, segun él, no sólo al sistema universal, sino á nosotros mismos, en las consecuencias remotas.

Cumberland rechazó enteramente, con un nuevo ejemplo, los argumentos sacados de la revelacion, y fundó la escuela *utilitaria* sobre el bien comun, rigiendo un sistema de moral. Refutó, pues, continuamente al egoista Hobbes; la benevolencia universal es, segun él, la regla de la virtud; y un cálculo dirigido hácia la mayor ventaja general, es la medida de las acciones virtuosas. Este es un peligroso sofisma.

Locke, 1632-1704.— Juan Locke ayudó con más eficacia á la restauracion de las sanas doctrinas, y contribuyó más á reprimir los principios tiránicos de los reyes y del pueblo, y hacer que se repusiese la libertad que Hobbes habia menospreciado. Metafísico mediano, diferencia con buen sentido del gobierno político la autoridad paterna, fundamento de la familia, y niega el aserto de Filmer, de que Adan recibió poder sobre sus hijos, y que pudo trasmitirle al mayor. El estado de naturaleza es la libertad y la igualdad perfecta, aunque en los límites de la ley natural que obliga á todos los hombres. Su ejecucion se encuentra confiada á todos, pudiendo éstos castigar á los trasgresores de la ley por su propia cuenta y por la del otro. Para que un individuo esté sometido al poder, es preciso su consentimiento, que con frecuencia es tácito, como lo seria el hecho de establecerse uno en una sociedad. El fin principal de ésta es gozar con seguridad y tranquilidad de los bienes que posee; la ley fundamental es, pues, la que establece el poder legislativo.

La libertad natural es la independencia de toda autoridad, escepto de la ley de la naturaleza; la libertad civil es la independencia tambien de toda autoridad, escepto de aquella que ha sido confir-

---

(5) Hobbes se resume en estos términos al fin del *Leviathan:* «Si hubiese escrito para corazones vírgenes hubiese sido más breve, y me hubiera bastado lo que sigue: Sin ley, los hombres, por el derecho de todos sobre todos, se asesinarian en una mútua matanza; las leyes sin castigos, los castigos sin poder son inútiles; el poder sin armas y sin fuerzas, reunidos en manos de uno solo, no es más que una palabra y no sirve ni á la paz ni á la defensa de los ciudadanos. Todos los ciudadanos están, pues, obligados por su propio bien y no por el de los gobernantes, á defender la causa pública, consolidarla con todo su poder, y esto al gusto de aquel á quien han dado la supremacia. Este es el resúmen de la primera y segunda parte.

»Además, en atencion á que en los escritores sagrados (cuya lectura se permite y recomienda á todos por nuestra iglesia) se encuentra la vida eterna y la salvacion de todos, que cada uno, con riesgo de su alma, los lee y los interpreta; es, pues, justo que las conciencias no estén cargadas con más artículos de fe que los necesarios á la salvacion; he esplicado en una tercera parte cuáles son estos artículos. He dado á conocer en la última, á fin de que el pueblo no fuese seducido por doctores, los ambiciosos y astutos proyectos de los adversarios de la iglesia anglicana.»

(6) *Judicationem boni et mali ad singulos pertinere, seditiosa opinio. Peccare subditos obediendo principibus suis, seditiosa opinio. Subjectos esse legibus civilibus* (Nótese que Hobbes no admite leyes naturales) *etiam eos qui habent summum imperium, seditiosa opinio. Imperium summum posse dividi, seditiosa opinio. Civibus singulis esse rerum suarum proprietatem, sive dominium absolutum, seditiosa opinio.*

mada por una legislacion establecida en virtud de comun acuerdo.

Locke deduce de una manera original y clara, aunque insuficiente, el derecho de propiedad del trabajo, en atencion á que constituye una gran parte del valor de cada cosa; pues es por él sólo por lo que el pan difiere de la bellota, el vino del agua, la tela de las hojas: teoria verdaderamente mucho más cierta que la de Grocio y Puffendorf, y que las declamaciones de Rousseau contra los bienes raices.

Los padres adquieren autoridad sobre sus hijos, no por el hecho de haberlos engendrado, sino por el cuidado que tienen con ellos; de tal manera, que cuando este cuidado cesa, el poder del padre concluye. La necesidad produjo la primera comunidad de existencia entre el marido y la mujer, entre el padre y sus hijos; y pronto se añadió á ésta la del amo con sus servidores; hombres libres que se comprometian por un sueldo, ó esclavos que se cogian en la guerra. Aunque semejante familia tenga alguna semejanza con algun pequeño Estado, difiere esencialmente en que el derecho de vida ó muerte no pertenece al jefe sino sobre los esclavos. Hasta este punto cada uno tiene el derecho de castigar á aquel que viola las leyes de la naturaleza; pero una vez establecida la sociedad civil, sus miembros resignan este poder natural en la comunidad, y su conjunto constituye el derecho legislativo del Estado, ora proceda de un consentimiento general á la institucion primitiva, ora de sucesivas adhesiones. De esta manera los hombres pasan del estado de naturaleza á la sociedad política, concentrando en el magistrado el derecho, al principio comun, de castigar los delitos. Cuando se encuentra formada la comunidad, el consentimiento de la mayoria obliga á la minoria. La monarquia absoluta no es, pues, una forma de gobierno civil; pues cuando no existe una autoridad comun á la que se pueda recurrir, el soberano permanece en estado de naturaleza con respecto á sus súbditos.

Locke no está, pues, distante de creer que las sociedades civiles comunes se hayan modelado con arreglo á la sociedad patriarcal, reconocida por cada familia para resolver las diferencias y castigar los desafueros, trasladada después á algun personaje, como representando al jefe de la nueva comunidad. El primer gobierno hubiera sido, pues, despótico hasta el momento en que sus abusos hicieron conocer la necesidad de limitarle con ayuda de las leyes. El poder supremo, es decir, la autoridad legislativa, es inalterable en las manos á que le ha confiado la comunidad, pero no es absoluta; pues no puede atentar á la vida y á la fortuna de sus súbditos, ni imponer contribuciones á su antojo, pues de esta manera violaria la ley de propiedad, y desconoceria el objeto del gobierno. No es tampoco enajenable, pues es una delegacion del pueblo. Esta doctrina ha sido muy combatida, en atencion á que si se admitiese, todos los gobiernos que existen en el dia en Europa debian considerarse como usurpadores.

El poder ejecutivo, aunque supremo, se encuentra subordinado al pueblo, que en caso de abuso por su parte puede apelar al cielo. La conquista en una guerra injusta, y las promesas arrancadas por la guerra no dan derecho. Si no somos bastante fuertes para resistir, nos queda la paciencia; pero los hijos pueden apelar al cielo hasta que hayan recobrado el derecho de sus padres y un gobierno de su eleccion. Aun la conquista justa no confiere otro derecho que la reparacion de la injuria, y la posteridad del vencido no debe sufrir por las culpas de los padres. El mismo razonamiento se aplica á la usurpacion y á la tirania. Un príncipe disuelve el gobierno cuando se opone á las leyes, impidiendo la reunion regular de la asamblea legislativa, cambiando la forma de eleccion, sometiendo el pueblo á extranjeros, y hasta descuidándolo. Como se podria objetar que ningun gobierno podria subsistir si al pueblo se le concediese la facultad de cambiar la legislatura cada vez que estuviese descontento de ella, contesta Locke, que los hombres se aficionan de tal manera á las antiguas instituciones, que las soportan sin murmurar mientras pueden, y que no hay nada más eficaz para hacer que los gobiernos respeten el derecho de resistencia.

Conócese fácilmente en esto una teoria del momento más bien que perpetua; siguen además incesantes alusiones á los abusos cometidos por los Estuardos, y á la legitimidad de la revolucion hecha por el pueblo, sosteniendo el derecho de fundar un poder nuevo para representarle y defenderle. Por otra parte, ¿qué gobierno resistiria á la prueba que impone? La teoria de Locke no es tan conexa en sus deducciones que baste para satisfacer al pensador. Sin embargo, el derecho razonado de la resistencia, apoyado por la última revolucion, fué adoptado por una nueva escuela política.

De esta manera pudo Hobbes adquirir gloria en sus paradojas originales, pero felizmente sin ninguna influencia. Animado Locke por el amor al hombre y la humanidad, contribuyó á estender una idea práctica de la libertad, y una tolerancia muy necesaria. Fundada aquella tolerancia en un contrato social por el cual el hombre concedió únicamente al magistrado el poder necesario para garantizar, conservar, mejorar los intereses civiles, pero no las almas. De donde deduce que se deben tolerar todos los cultos no inmorales, y las doctrinas que no repugnen á un buen gobierno, como las de los católicos.

En medio de las sectas que pululaban en su pais, pensó Locke poder introducir alguna union, circunscribiéndose á los dogmas que debe precisamente admitir todo cristiano. Enseñó, pues, en el *Cristianismo razonable* (1695), que espulsado Adan del paraiso, perdió el derecho á la inmortalidad, lo que fué causa de que su descendencia no se perpetuase más que para morir; Jesús introdujo

una ley cuya observancia devuelve la inmortalidad, no en esta vida, sino en la otra; es el Mesias, y debemos desear conocer lo que ha enseñado, practicar lo que ha prescrito; es bueno creer los demás dogmas sacados de las Sagradas Escrituras, pero no se condena el que no los crea.

Alabóse esta doctrina como destinada á estinguir infaliblemente las animosidades entre los cristianos, á pesar de las diferentes opiniones que podian dividirlos; pero se sabe cuáles han sido sus efectos. Es más bien un síntoma del deismo que invadia á la Inglaterra y que fué reducido á sistema por Herbert, conde de Cherbury, que quiso establecer la religion natural sobre las ruinas de la revelacion. Su discípulo Blount publicó los *Oráculos* de la razon; Toland en el *Cristianismo sin misterios*, y Bury en el *Evangelio desnudo*, sustituyeron el razonamiento á la fe.

CAPÍTULO XXI

ALEMANIA.

La paz de Westfalia (1648-49) concernia más particularmente á la Alemania. Concluyó una guerra que habia destruido las dos terceras partes de su poblacion, no tanto por el hierro como por el hambre y los sufrimientos; que habia fomentado la inmoralidad con continuos movimientos de soldados, subvertido el órden, la propiedad, la justicia; educado á la juventud en medio de trastornos y terrores, de la necesidad de la defensa y de la impetuosidad del ataque. Así fué que una nueva barbarie parecia deber ser el resultado. La paz llegó á detenerla, pero fueron precisos grandes esfuerzos para que los príncipes y los pueblos pudiesen reponerse. La Alemania cesó de estar á la cabeza de la Europa, y no marchó á la par con las demás naciones por la senda de la civilizacion.

No permaneció, sin embargo, estraña al movimiento general del siglo XV hácia la unidad; y si no obtuvo la monarquía, consiguió una confederacion basada sobre reglas estables. Ahora bien, asegurando el nuevo tratado los derechos violados primero por Carlos Quinto en la guerra de Sajonia, después por Fernando II en la de los Treinta Años, consagró el triunfo del Imperio sobre el emperador, hasta el grado de ser independiente el primero del segundo, y tener su soberania reconocida cada uno de los numerosos Estados que se habian separado y que la componian. Además se sancionó la desconfianza, los principados protestantes se agrandaron con la secularizacion de los bienes eclesiásticos, y la independencia de los diferentes miembros del cuerpo germánico obtuvieron por garantia la proteccion de la Francia y de la Suecia; intervencion funesta que espuso el pais á las intrigas de fuera, y le arrastró á guerras estrañas á los intereses nacionales.

El Imperio comprendia entonces trescientas cincuenta soberanias de diferente grandeza y especie, feudales, eclesiásticas, municipales, católicas, protestantes; cincuenta las poseian los electores, duques, condes, landgraves y burgraves; ciento veinte y tres eran regidas por arzobispos, obispos, abades, grandes maestres, priores y abadesas, sin contar mil quinientas tierras inmediatas, comprendidas en los catorce cantones ecuestres. De los paises inmediatos doscientos noventa y seis eran Estados de Imperio (1), partícipes de la soberania. Se redujeron á sesenta y dos las ochenta y cinco ciudades del Imperio, gobernadas de un mismo modo, que habian florecido uniéndose, por lo que se decia: «Un rey de Escocia se daria por muy satisfecho con tener una casa como la de un habitante de Nuremberg,» cuando Estrasburgo y Aquisgram armaban veinte mil soldados. Pero á la sazon yacian muchas arruinadas y todas deterioradas: las anseáticas se declararon incapaces de atender á los gastos de la alianza, y algunas se sometieron á príncipes; otras languidecieron en su independencia, sin recobrar nunca su antiguo lustre; y esto con detrimento de la autoridad imperial, cuyas ciudades libres eran el principal apoyo.

El emperador Maximiliano llamaba al Rhin la *calle de los Sacerdotes*, porque en sus orillas se encontraban las residencias de los príncipes eclesiásticos, entre quienes los electores de Colonia y Maguncia ocupaban aun el primer lugar, y después de ellos el de Tréveris. El arzobispo de Salzburgo tenia uno de los más inmensos territorios; contribuia, pues, al ejército con sesenta caballos y doscientos setenta y siete infantes como los electores,

(1) Reichsstände. Comenzó á usarse esta palabra en el siglo XIV para indicar príncipes, señores y nobles. Véase PUFFENDORF, *Historia del Imperio aleman*. Estrasburgo, 1728. HEISS, *Historia del imperio*, Paris, 1731.

el obispo de Munster podia reclutar hasta veinte mil en sus guerras particulares; los obispos de Wurtzburgo, Bamberg, Lieja, Paderborn, Hildesheim, de cinco á diez mil; añádase á esto el gran maestre de la órden Teutónica, y los cuatro abades que asistian al trono, de Fulda, Kempten, Murbach y Weissemburgo.

El subsidio que se pagaba al emperador con el título de *envíos romanos*, porque se repartia segun las fuerzas que cada uno debia proporcionarle cuando iba á Italia para su coronacion, era inícuo desde que se habian alterado las proporciones. Los cuarenta mil hombres que tenia el emperador bajo el mando de dos generales, el uno católico y el otro protestante, se reclutaban de una manera absurda. En efecto, algunos condados ó principados de la Suabia ó de la Franconia, no contribuian más que con un hombre, otros con un teniente sin soldados y hasta con un tambor. Con respecto á caballos, enviaban los que ya no podian trabajar.

El predominio de la casa de Austria que unia á la corona imperial el archiducado de Austria, la Estiria, la Carniola y la Bohemia, habia sido limitado por el establecimiento de una barrera de pequeños príncipes envidiosos. Una rama de familia Palatina poseia el Palatinado; la otra poseia la Baviera, y además habia adquirido la dignidad electoral, á la cual unia una especie de proteccion con respecto á los principados eclesiásticos, la que convertia en patrimonio de sus hijos segundos. En la primera catagoria entre los príncipes protestantes figuraban las casas electorales de Sajonia y Brandeburgo, y esta última, que habia reparado con prontitud sus desastres, anunciaba ya su próxima grandeza. En un grado inferior estaban las casas de Brunswick, Luneburgo, Wurtemberg, Hesse, Holstein, Baden y Mecklemburgo.

El derecho de contraer alianzas entre sí y con los extranjeros hizo que los poderosos absorbiesen á los débiles. Habiéndose entendido el obispo de Munster con el Austria, sometió su ciudad. El de Maguncia con el apoyo de los franceses, ocupó á Erfurt; los condes de Brunswick hicieron otro tanto con la ciudad de este nombre. La casa de Brandeburgo arrebató su independencia á la ciudad de Magdeburgo; recordando además á Carlos Quinto y á la intolerancia de Fernando I, consideraban á la Francia como su único baluarte contra la tirania.

El reconocimiento de los derechos de aquellos diferentes Estados hizo que se ejerciesen con más osadia. Orgullosos los príncipes con su soberania territorial, querian desplegar un fausto real, á pesar de la miseria del pais. Como la dieta de 1653 habia establecido que los vasallos y los súbditos de los diferentes Estados contribuyesen al sosten del ejército y de las fortalezas, los príncipes dedujeron la prerogativa de cobrar los impuestos, sin el asentimiento de los Estados del pais: en consecuencia de esto gravaban á sus súbditos. Ahora bien, la dieta de Ratisbona impuso á éstos la órden de conformarse á los tratados y alianzas que cada príncipe creyese útil verificar; añadiendo que ni la cámara ni el consejo áulico podian atender á sus reclamaciones. Entonces las propiedades no podian decirse absolutas, porque los príncipes añadian á sus antiguos derechos señoriales nuevas cargas para sostener el ruidoso lujo de la corte.

Los mejores príncipes se esforzaban en asegurar los desquiciados principios de la moral y despertar la enseñanza, descuidada hacia mucho tiempo. Las tierras que se procuraban á un precio muy bajo para cultivarlas, producian el bienestar y ponian á la poblacion en estado de reparar sus pérdidas. La nobleza guerrera, que habia sobrevivido en Alemania más que en otra parte, fué á buscar honores á las cortes, ó á consumirse en la ociosidad de los castillos; se adornó con las modas extranjeras, despreció la lengua nacional, y el lujo á que se acostumbró llegó á ser desastroso, pues todo procedia de fuera.

Resultó del cuidado que se habia tenido en determinar las relaciones recíprocas de los Estados hasta en sus menores detalles, que las formalidades llegaron á ser fundamentales para la nacion alemana y para los hombres públicos, y que todo adoptó una marcha exacta pero lenta y cansada. El sentimiento nacional que en las monarquias anima á la aristocracia, se habia extinguido, y cada Estado queria ser una imágen del Imperio. Así fué que en lugar de una nobleza dispuesta á gloriosos sacrificios apareció otra, no libertina como en Francia, ni mercantil como en Inglaterra, sino cortesana, política, idólatra de las formalidades. El espíritu militar no se conservó sino en el Austria; y en Bohemia, por la guerra con los turcos, y en el Brunswick por una casualidad particular.

El jefe de Alemania, emperador romano, siempre augusto y con otras cualidades que nunca ha tenido más que de nombre, se hallaba reducido á muy pocas prerogativas, como la de conferir títulos de nobleza; los verdaderos derechos de soberano, es decir, los asuntos relativos á la legislacion, la paz, la guerra y la administracion general, no podia ejercerlos sino de acuerdo con los Estados. La alta inspeccion de los tribunales del Imperio se habia abolido por la costumbre; el arzobispo de Maguncia, como gran canciller, tenia el derecho de nombrar el vice-canciller, sin el cual nada podia hacer el emperador.

La dieta tenia la autoridad suprema; y podian tomar parte en ella todos los Estados, débiles ó fuertes, divididos en tres colegios: de electores, de príncipes, de ciudades. A los siete electores se habian añadido los de Baviera y de Hannover, y luego aquél fué reunido al Palatino. Estos elegian al emperador, y le dictaban las condiciones; el emperador tenia obligacion de consultarles; pero ellos podian reunirse sin él y deliberar acerca de los negocios públicos; los reyes los trataban de hermanos, y el emperador de tios y sobrinos. Cuarenta y seis eran los príncipes que formaban el se-

gundo colegio repartidos en clases, y con diversos votos, unos personales, otros colectivos, y otros que representaban más de uno. Suecia tenia tres, Brandeburgo cinco, y los condes inmediatos juntos, sólo tenian uno. En el siglo siguiente llegaban á ciento los príncipes que votaban, no por sus prerogativas personales como antiguamente, sino con arreglo á los territorios que poseian, á fin de que los emperadores no dispusiesen de demasiado número de votos, elevando á sus protegidos á Estados del Imperio. De éstos, los reyes de Dinamarca y de Suecia tenian un voto cada uno, siete el de Prusia, seis el de Inglaterra por el Hannover, y tres el archiduque de Austria. La nobleza inmediata ó caballeros del Imperio no formaban parte de la dieta, sino que dependian solamente del emperador. En el tercer colegio estaban comprendidas cincuenta y una ciudades imperiales divididas en dos bancos, el del Rhin y el de Suabia; y después de haber sido tan poderosas en la Edad Media, habian decaido, y eran dominadas por la aristocracia. Cada uno de los tres colegios tenia asambleas distintas, y se decidian las cuestiones por mayoria de votos. Si sus resoluciones eran aprobadas (*placitum*), llegaban á ser decretos (*conclusum*) después de confirmadas por el emperador. Las deliberaciones de la dieta se tomaban por mayoria de votos.

Este órden no se observaba sino en las dietas generales presididas por el emperador. Cuando este reunió los Estados en Ratisbona para obtener subsidios contra los turcos, se negaron á adoptar un partido antes de que las cuestiones que habian quedado pendientes en el tratado de Westfalia hubiesen sido resueltas. Prolongándose la dieta se convirtió en asamblea representativa, compuesta de diputados de los diferentes órdenes, que tenian asiento veinte y cuatro dias cada seis meses, y se hacian ellos mismos representar. Este fué un cambio esencial en la constitucion; pues el emperador no pudo ya suspender, con pronunciar la disolucion, las peligrosas discusiones, ni los diputados adoptar un partido cualquiera antes de haberle dado á conocer á sus comitentes. Convertida la dieta en permanente, no fué ya el gran consejo de la nacion, sino un congreso de príncipes y Estados del Imperio. Temiendo los protestantes que los católicos no se entendiesen sobre proposiciones relativas á la religion, formaron un *cuerpo evangélico*, que deliberaba aparte sobre los intereses de sus correligionarios, lo que fué un nuevo medio de contrariar al emperador.

No creemos malo este atento cuidado á los intereses públicos, esta vigilancia contra amenazadoras usurpaciones, pero es fácil imaginar, con cuánta lentitud marcharian las decisiones, cómo dejarian el campo libre á las intrigas de las cortes extranjeras, é impedirian toda ojeada general. En efecto, el mismo año precisamente en que se hizo permanente la dieta, penetraron los turcos en Moravia, y aquélla empleó un año en resolver acerca del órden en las deliberaciones. El carácter de aquel cuerpo era una gran indolencia en los grandes asuntos, una gravedad pesada, una formalidad incansable en los asuntos pequeños, y una pretenciosa futilidad unida á una extrema impericia. Nada decimos de la eternidad de los procesos, de la que á veces dos generaciones de jueces no veian el fin. Con respecto á la frivolidad de los debates, bastará decir que se trataba con toda seriedad la cuestion de si el embajador de tal ó cual príncipe debia tener el sillon rojo, si la librea de sus criados debia semejarse á la de los electores, y cuántas *etcéteras* debian añadirse á sus títulos. Pretensiones insignificantes ocasionaban contiendas y hasta batallas, siempre en perjuicio de los débiles. Las envidias y las disensiones dividian interiormente el colegio de los electores del de los príncipes; en este último, los antiguos estaban en pugna con los nuevos; los miembros eclesiásticos con los seglares y con los obispos protestantes; los que gozaban del voto viril contra los que sólo le tenian curial, y el Cuerpo evangélico contra los católicos.

La dieta se arrogaba en el interior la autoridad legislativa, del mismo modo que dirigia en el exterior las intrigas diplomáticas. Los dos tribunales supremos de la Cámara imperial establecida en Wetzlar, cerca del emperador, resolvian las diferencias que surgian entre los Estados del Imperio, y podian aun en causas civiles reformar las sentencias de los príncipes que no disfrutasen del privilegio *de non appellando*. Sus derechos estaban reducidos á la nada; sin embargo, los pequeños Estados encontraban en las asambleas y en los tribunales proteccion contra las arbitrariedades de los vecinos poderosos, y los súbditos contra las de los señores. Pero cuando los gobiernos particulares oprimian á sus súbditos, éstos no podian esperar justicia, ni de la dieta de que eran miembros los usurpadores, ni de la cámara imperial, compuesta de jueces pagados por aquéllos.

La religion continuaba sirviendo de pretexto á excesos y violencias, en atencion á que la tolerancia práctica aun no se conocia. Era difícil en las iglesias, que alternativamente servian á ambos cultos, impedir alguna falta de respeto; y para personas prevenidas la menor falta era un crímen. Si se trataba de los actos de los príncipes católicos, la envidia exageraba las consecuencias, denigraba las intenciones. ¡Ay del príncipe que abrazaba el catolicismo, como lo hizo el elector de Sajonia! La ciudad de Hamburgo se sublevó dos veces por una bagatela. En aquellas ocasiones se recurria á las grandes potencias, y resultaban embajadas, protocolos y amenazas.

Hermanos moravos.—Una nueva secta religiosa, la de los hermanos moravos, adquirió entonces su importancia. Salidos de la Bohemia, después de la batalla de Praga (1620), habian permanecido al principio ocultos. Juan Amos (1592-1671), apellidado Comenio, de la aldea en que habia nacido, reunió en Lisa á sus correligionarios de los que

fué el último obispo. Su *Janua linguarum*, traducida á doce lenguas europeas (1631), sirvió mucho tiempo de manual para los elementos del latin. Después de él los moravos se dispersaron por la Lusacia, por Sajonia, por Franconia, donde fundaron aldeas; eran católicos en la apariencia, pero se reunian para comulgar bajo las dos especies.

Cansados de aquella oculta existencia y de la necesidad de fingir, levantaron la cabeza (1720); su jefe, Cristian David, pidió asilo á Nicolás Luis, conde de Zinzendorf, descendiente de una antigua familia austriaca, que después de haber estudiado en Halle, centro del pietismo, se habia enamorado de la teosofia, y vivia en la alta Lusacia por espíritu de religion. Fundó con Federico de Waltteville la órden del Grano de mostaza (*senfkörnórden*, con el objeto de enviar misioneros para la conversion de los paganos. Acogió á los moravos en la colonia de Herrnut, lo cual los hizo llamar después herrnutos. Habiendo visto surgir disensiones religiosas entre sus huéspedes, hizo cesar las controversias, y redactó estatutos cuyas disposiciones fundamentales son, que los regenerados (*die erweckten*) de Herrnut deben estar en continua amistad con sus hermanos y con todos los hijos de Dios, de cualquiera religion que sean, sin empeñar nunca controversias, y conservando la pureza, la sencillez, la gracia evangélica. El conde Luis deliberaba, con doce ancianos y con Waltteville, sobre las cosas de interés comun. Además de ciertas *vigilias*, los moravos pasaban toda la noche orando, y se reunian en *partidas* de dos ó cuatro hermanos y hermanas para hablar del alma; otras que se componian de veinte y cuatro miembros y á veces más, pasaban veinte y cuatro horas seguidas en oracion, y renovaban las *agapas* de los primeros cristianos. En su protestantismo, que no hacia ninguna diferencia entre el luterano y el calvinista, el único dogma importante para ellos era el de la redencion. Su sociedad no tenia otro jefe que el Redentor, que designaba á sus vicarios por la via de la suerte.

Zinzendorf se hizo primero ordenar decano (*senior*) de todas las comunidades moravas; abandonó después esta dignidad para hacerse simple ministro luterano en la Pensilvania. Publicó varias obras para sus discípulos, y el lenguaje místico le pareció autorizar nuevos dogmas sobre la Trinidad y una claridad cínica sobre las relaciones de ambos sexos: resultó de esto, que su sociedad y él mismo fueron acusados de enormidades; pero las dos indagaciones que el gobierno sajon hizo con respecto á este asunto, no probaron nada vicioso. Agricultores, artesanos, llenos de finura y probos, los hermanos moravos viven bajo la regla de una estrecha disciplina, religiosa y civil, sin observar una verdadera comunidad de bienes; atribuyen gran importancia á la suerte, como espresion de la voluntad de Dios, hasta el punto de recurrir á ella para los casamientos

Se estendieron mucho por Alemania, Suiza, Holanda, América, y fueron á ejercer el apostolado á la Groenlandia y á la Laponia. Se hace, sobre todo, el elogio de la educacion moral, que se daba en sus escuelas. Reunidos bajo la superioridad religiosa de jefes, á los cuales obedecen sin restriccion, porque son mandados con justicia, viven en comun en grandes establecimientos, donde cada uno ejerce un oficio, y el producto entra en una caja comun. Sólo la edad es lo que constituye en ellos la única distincion: cada casa cuenta con varios *coros* de hombres, de mujeres, de viudas, de doncellas; los hijos se educan en comun. La devocion á Jesús es su culto; la llaga de su costado es el símbolo que se espresa en todas partes; las doncellas son esposas del Redentor; y este misticismo estingue entre ellas los celos y las ambiciones, azotes de las demás sociedades.

Literatura.—El pensamiento adquirió vigor en Alemania, aplicándose á graves estudios; Kepler se determinó á escribir las leyes de la naturaleza; Othon Guerrik, á encontrar el vacío; Hevelio y Stahl, á estender las matemáticas y la química; Goldast, Conring, Schilter, Moldod, a dar luz á las antigüedades nacionales; Grocio, Leibnitz, Wolf y Thomasio, á fecundar los campos de la filosofía. Pero casi todos escribian en latin; los prosistas eran oscuros y bárbaros, pródigos en citas y alusiones estrañas á las conveniencias del estilo Las numerosas academias que se habian formado, á imitacion de las de Italia, favorecian un falso gusto de convencion, más bien que contribuian á los progresos de una lengua nacional. La triste influencia de la reforma sobre la imaginacion se dejaba conocer en la falta de poesia. Esa literatura ingénua, que no imaginó nunca llegar á ser ridícula, ha perecido: se ha reemplazado con una nueva, nacida de la crítica, que habia crecido con ella, y que abandonando las grandes tradiciones de la Edad-Media, se hace calculadora, y aunque jóven está ya arrugada. Muchos escritores la cultivaban, sobre todo en la Silesia; pero eran incapaces de crear, y creian que el único mérito consistia en seguir fielmente las huellas de otro. Antes de referirse á los antiguos recuerdos de su patria, dirigieron sus miradas hácia el parnaso griego y latino, cambiando en Pindo el Brochen, el Rhin en Hipocrene, al emperador en Apolo; celebrando nuevos Martes, nuevos Mecenas, nuevos Alcides, cubriendo con pedazos de Horacio y de Píndaro su manto al estilo aleman, y haciendo bailar á las Horas, con la cabeza empolvada en rededor de un Febo vestido con un jubon y una peluca.

Entre la multitud mencionaremos á Pablo Schedius, que á la edad de veinte y dos años fué coronado poeta en Viena, y del cual la mayor parte de las composiciones en alabanza de los príncipes están escritas en latin; y á Pedro Danesio, cuyas canciones manifiestan imaginacion, pero con trabas por los ejemplos de los antiguos; Rodolfo Weckerlin se permitió algunas innovaciones, sacándolas,

no de la naturaleza y de su talento, sino de los franceses y de los ingleses. «¿Si la poesia, decia, es la lengua de los dioses, el poeta que quiere escribir en un estilo pulido y elegante, puede hacer otra cosa mejor que imitar á los dioses de la tierra, es decir, á los grandes, á los sabios, á los príncipes y á los nobles?» En su consecuencia, escribia en la lengua de las cortes, no produciendo efecto en sus contemporáneos, y no consiguiendo formarse un nombre duradero. Jacobo Bald, autor de poesias latinas que Herder no se ha desdeñado traducir al aleman, por el vigor con que deplora los males de la patria; Federico Spée, que hizo uso de la lengua nacional en cantos religiosos, que no se puede decir que carezcan de belleza, y Jacobo Masenio, profesor de Colonia, autor de un curso de retórica (*Palæstra eloquentiæ ligatæ*) y de composiciones de que hemos hablado cuando hemos tratado de Milton, pertenecen los tres á la Compañia de Jesús.

Pablo Flemming, Grifio y Opitz adquirieron un nombre mejor, y fueron los adornos de lo que se llama la *primera escuela de Silesia*. Pablo Flemming, sajon, habia viajado mucho tiempo por Persia y Rusia, describió en sus canciones lo que habia visto, con cierta vivacidad oriental, rara en una época en que la lengua fluctuaba entre el francés y el italiano; pero incurrió en los *conceptos*, enfermedad comun entonces á todas las literaturas de Europa. Algunos dramas que compuso, carecen de genio. Lohenstein, el Marini aleman, los compuso tambien y fué acusado de difuso por sus mismos compatriotas. Era discípulo de Andres Grifio, que empleó la verbosidad en hacer sátiras contra los oficiales, que después de la guerra de los Treinta Años tomaban el aire de maton; y como su maestro no evita las descripciones repugnantes desde que cree que pueden producir piedad ó terror, mezcla lo trivial á lo sublime, y cree que lo horrible es lo trágico y la declamacion la magnificencia.

Martin Opitz, apellidado el padre de la poesia (1597-1689), debia mejor llamársele padre del estilo poético; semejante en efecto al Malherbe de los franceses, tenia poca invencion, pero un gran sentimiento de estilo; atento á la correccion del lenguaje, pocas de sus espresiones han envejecido. Reveló á los alemanes en su *Prosodia* el poder de su idioma, el valor de las sílabas, la justa medida y la entonacion. Variando estremadamente sus frases, todo lo dice con arte, y sin embargo con afectacion, sin más defecto que sustituir demasiado la elocuencia de la forma á la osadia y á la inspiracion. Sus panegiristas se limitan á alabar en él el poder de invencion que le reconocen. Tradujo el *Daphnis*, de Rinuccini, y dió en Elena y París el primer drama musical que han tenido los alemanes. Betlem Gabor quiso tenerle por profesor en Weissemburgo; Ladislao de Polonia, por historiógrafo y secretario íntimo. El emperador Fernando le coronó con el laurel poético. Viajó mucho y murió de la peste en Dantzick. Citaremos entre sus innumerables imitadores, á los satíricos Juan Guillermo Lauremberg y á Joaquin Rachel. El primero volvió á adoptar el bajo aleman, abandonado por los escritores, por prestarse mejor á la vivacidad de los golpes que dirigió á su siglo. El otro imitó á Juvenal y á Persio, pero más en su dureza incorrecta que en su vigor. Cristian Hoffmann pretendió formar una escuela aparte; pero mientras que Opitz se conservó aleman, él adoptó el estilo extranjero, imitando sobre todo á los italianos y exagerando los defectos del *Pastor Fido* en la traduccion que dió.

Mientras que languidecia la literatura alemana, se elevaba próxima á ella la húngara, que produjo varios dramas, cuyos argumentos tomó de la historia de los antiguos reyes del pais, ó de la mitologia pagana; los poetas reverenciados del pueblo eran protegidos por los magnates.

En la *Zriniada*, poema épico bien concebido, uniendo Zrini la imaginacion á la erudicion, tuvo que luchar contra una lengua no acostumbrada aun al estilo elevado No fué apreciado sino después de su muerte, y Lestry que cantó la batalla de Mohacz, procuró imitarle, pero sin igualarle.

Asi es que la Alemamia, que desde la época de Carlomagno habia sido la primera nacion del mundo, descendió entonces al nivel de las demás: con frecuencia más bien humillada que victoriosa, débil en política, lenta en sus decisiones, el título imperial llegó á ser la herencia de una familia. Aun después de la conclusion de la paz, el emperador, la Suecia y el Hesse conservaron un ejército, que fué en aquel pais la primera reunion de tropas permanentes. Fernando III vivió aun nueve años; pero en el estado de postracion en que la guerra habia dejado el pais, no pudo mostrar otra virtud que la paciencia. Encontró á los húngaros constantemente opuestos á la idea de hacer hereditaria la corona de San Estéban, en la casa de Austria; sin embargo, les hizo elegir á Leopoldo (1655) su hijo; pero cuando se trató de obtenerle el título de rey de los romanos, le costó un increible trabajo decidir la cuestion de ceremonial y precedencia entre los príncipes del Imperio, y murió antes de haberlo conseguido (1657).

Quince meses y medio permaneció el Imperio vacante, en atencion á que Mazarino le solicitaba para Luis XIV; después cuando este ministro perdió toda esperanza, le ofreció, con tres millones de pension, al elector de Baviera (1658). No habiendo querido nadie aceptarle, fué elegido Leopoldo, pero con una capitulacion que disminuyendo sus poderes en ventaja de la Francia, le imponia restituir el Montferrato y la Saboya y no socorrer á los españoles, siendo depuesto si faltaba. La capitulacion tuvo por complemento la liga que la Francia supo formar entre los príncipes, sin distincion de católicos y protestantes, con el pretexto de garantizar la paz de Westfalia, pero en efecto, para sujetar al Austria.

Luis XIV quiso mejor tratar separadamente con los príncipes que con la dieta, siempre tan lenta é

irresoluta, lo cual aumentó su importancia. Recibiendo y enviando embajadores, se consideraban como potencias independientes, hacian con Luis XIV tratados particulares, y algunos recibian pensiones: el elector de Sajonia veinte mil libras, el rey de Suecia cien mil, el elector de Maguncia diez mil; veinte mil libras más de regalos y collares de las órdenes se habian concedido á los diputados de los príncipes de Francfort, de tal manera que Luis XIV era el jefe real de la Alemania.

Aquellas intrigas de la Francia no permitian esperar se sostuviese la paz. Leopoldo no podia por otra parte sostener la comparacion con Luis XIV. Era un príncipe flemático, de toscos modales, muy puntilloso en el ceremonial é intolerante en religion; por lo demás, humilde, caritativo, de costumbres sin tacha, de una devocion minuciosa, y de una blandura que á veces dejaba impune el crímen. Estuvo bien inspirado al escluir de los tribunales el uso de la lengua latina, abolir las atroces penas del código Carolino, y dejar al príncipe Eugenio el cuidado de reformar las milicias. Era tan instruido en metafísica como en teologia, y habia querido hacerse jesuita; se gloriaba de hacer anagramas, inscripciones, epígramas; conocedor en cuadros y música, se ocupó tambien de alquimia y de astrologia; favoreció las letras, ó mejor dicho, las Universidades: cuando se le reprendia su prodigalidad con los jesuitas, contestaba que valia más que serlo con cortesanas como Luis XIV.

Las circunstancias le hicieron, no obstante, desempeñar un papel importante en los acontecimientos de aquella época. Pero si Leopoldo, débil al principio, se encontró al fin de su reinado rival de Luis XIV, no lo debió á su mérito ni al de sus generales, sino á la nacion que se habia repuesto y reparado sus pérdidas. Añádase á esto que las alianzas entre los diferentes Estados y Luis XIV se habian contraido por temor al emperador, mas cesó este motivo desde que se conoció su timidez. Guillermo, elector de Brandeburgo, consiguió á despecho de Lobkowitz, consejero íntimo de Leopoldo, á quien el rey de Francia habia sobornado, abrir los ojos á Leopoldo. é impidió que los franceses progresasen; venció á los suecos, sus aliados, y ocupó una buena parte de la Pomerania, con lo cual comenzó la grandeza de su casa.

La espada del modenés Monteccuculi fué muy útil á Leopoldo; el gran mérito de este general consiste en no haberse abandonado al ardor del campo de batalla, y en haber, por el contrario, examinado, inventado, contemporizado, empleando con economia fuerzas poco numerosas; lo cual era el único medio de reponer al Austria.

Pero ya debemos dirigir nuestra atencion sobre Turquia y sobre las últimas empresas con que entonces asustó á la cristiandad.

CAPITULO XXII

LOS TURCOS.

El gran Soliman tuvo por sucesor á su hijo Selim II (1566), odiado de los ejércitos, que tuvo que comprar con enormes sumas. Llegó al trono, adonde ascendió por encima de los cadáveres de sus hermanos, la avaricia, la embriaguez, la crueldad y el descuido de los negocios; así es, que el imperio otomano hubiera caminado á su ruina, sin el sabio ministro Mohammed Sokolli, secundado por el mufti Ebn-Rund. Selim hizo la paz con el emperador Maximiliano II (1571), sometió el Yemen que se habia sublevado, y con objeto de hacer la guerra á la Persia sin tener que atravesar homicidas desiertos, quiso abrir el canal proyectado por su padre entre el Don y el Volga, lo cual hubiera unido el Ponto Euxino al mar Caspio: pero lluvias á torrentes y ataques de los rusos impidieron verificarse este proyecto.

Ya le hemos visto hacer la guerra á Venecia, y sufrir en Lepanto (1) una señalada derrota. Después de esta batalla, decia Sokolli al bailio veneciano: «Nos habeis cortado la barba, y nosotros os hemos derribado un brazo; la barba volverá á crecer más hermosa y poblada, pero el brazo no.» En efecto, habiéndose libertado Kilig-Ali (*Occhiati*), renegado calabrés con cuarenta galeras á través de la escuadra cristiana (1572), pronto aumentó su número hasta doscientas, y volvió á inquietar á la Grecia. Los venecianos concluyeron de nuevo la paz con el gran señor; Felipe II envió á atacar á Tunez, de cuyo reino se habia hecho dueño Muley Homaidah, después de haber muerto á su padre Muley-Hassan, á quien Cárlos Quinto (2) habia restablecido en el trono. Don Juan de Austria verificó la empresa; pero no obedeció la órden de destruir la ciudad, en atencion á que pensaba en el establecimiento de un Estado cristiano en Africa, del que Tunez seria la capital y él el rey. Resultó de esto que nombrado Kilig Ali, capitan bajá, asaltó de repente aquella plaza, y la recobró, como tambien la Goleta (1574), lo cual obligó á Felipe á evacuar tambien á Oran.

La Turquia comprendia entonces cuarenta gobiernos: ocho en Europa, Hungria, Temeswar, Bosnia, Semendria, Romelia, Cafa, Candia y el Archipiélago, designacion que comprendia la Morea, Lepanto y Nicomedia; cuatro en Africa, á saber: el Egipto, Argel, Tunez, Trípoli; veinte y ocho en Asia: la Natolia, Caramania, Marach, Adana, Chipre, Alepo, Saida, Damasco, Trípoli de Siria, Sivas (el Ponto), Trebisonda, Tcheldir, la Georgia, el Daguestan, Chirwan, Kars, Van, Erzerum, Kerson, Basora, Bagdad, Bakka, Mossul, Diarbekir; en Arabia, Gida, Sanaar, Zebid y la Meca. Deben añadirse los cuatro paises tributarios de Transilvania, Moldavia, Valaquia y Ragusa. Pero su preponderancia en el mar habia cesado en el combate naval de Lepanto; pues si bien es cierto que los bajeles y tripulaciones se renovaron, la opinion, poder principal de las naciones conquistadoras, se perdió sin remedio.

Estando ébrio Selim, dió una caida y murió de ella. Sus sucesores, que se encerraron en el serrallo, precipitaron la decadencia del imperio, y dejando de presentarse á la cabeza de los ejércitos, perdieron el único mérito que podia hacerlos queridos de la nacion.

Amurates III.—Amurates III, que ascendió al trono después de Selim (1574), hizo degollar á sus cinco hermanos, y sin embargo, no era un príncipe cruel, pero sí débil, lujurioso y avaro. Las rosas del nuevo serrallo de Scutari, las noches pasadas en medio de brillantes iluminaciones y salvas de

(1) Véase pág. 84.
(2) Véase tomo VII, pág. 501.

artillería, los encantos de sus mujeres, que eran su única compañía, no pudieron curarle de una hipocondria perezosa, y concluyó por destruir sus fuerzas y determinar en él la epilepsia. El visir Mohammed Sokolli el Grande habia sido desterrado y después asesinado: la sultana favorita dirigia á su antojo al sultan, con otras mujeres ínfimas y miserables que traficaban con los honores y el poder. Los genízaros, que habian perdido en tiempo de Soliman el derecho de no marchar sino á las órdenes del jefe del Estado, conocieron entonces cuán débil era el monarca entregado á efímeros visires. Desorganizóse, pues, el ejército, y el gran visir Osman permitió que los buluks, á los cuales habia confiado la guardia del sultan y la del estandarte del Profeta, vendiesen sus empleos. Habiéndose puesto en circulacion una moneda de mala ley, los buluks y los genízaros empuñaron las armas; pero ya no se trataba, como en otros tiempos, de simples motines: dando un nuevo ejemplo, se dirigieron contra el divan, y penetrando en el serrallo, pidieron la cabeza ó destitucion de los ministros. Siguiéronse incendios y sublevaciones, y se dió un ejemplo deplorable para lo futuro.

Mahomet III.—Amurates tuvo ciento dos hijos, de los cuales cuarenta y siete vivian. De este número, Mahomet III, que le sucedió (1595), hizo estrangular á diez y nueve varones y arrojar además al mar á diez mujeres en cinta. Rigoroso observador de la ley, abandonó Mahomet III el gobierno á la veneciana Sofia Baffo, su favorita, que ascendia ó destituia á los visires; éstos eran en aquella época los únicos acontecimientos notables, de lo que resultaban continuas sublevaciones. Un ejército que se habia mandado contra Hungria desplegó por primera vez el estandarte del Profeta, que se habia conservado hasta entonces en Damasco, y trasladado desde allí á Constantinopla. Esto no impidió que la espedicion tuviese malos resultados, Para atender Mahomet al voto de sus soldados, se puso á su cabeza y marchó á la Hungria, pero no adelantó nada.

Habiendo emprendido el renegado Cicala restablecer la disciplina entre las tropas otomanas, y conociendo en la operacion de su revista que habia treinta mil soldados menos que el número alistado, declaró desertores é infames á los ausentes. Estos se reunieron en Asia á las órdenes de un tal Abdulamin, y se apoderaron de Edesa, donde sostuvieron combates y sitios. Abdulamin conservó allí la autoridad suprema y la trasmitió á su hermano Dali Husein, que se sometió después á la autoridad del sultan. Habiéndose dirigido á Hungria á la cabeza de diez y seis mil de los suyos, pereció peleando; pero otros jefes surgieron después de él, y fué preciso dirigir contra ellos muchas espediciones, recurrir á traiciones y á las promesas de perdon vergonzosamente violadas. Más tarde (1622), Abasa, beylerbey de Erzerum, se puso al frente de aquellas partidas, con las cuales se apoderó de Siva y Angora.

Acmet I, 1603.—Debilitado Mahomet por su libertinaje murió á la edad de treinta y siete años y tuvo por sucesor á Acmet I, sólo de edad de catorce, que se le sacó del serrallo, donde se habia criado hasta entonces entre mujeres y eunucos. Este príncipe se desvió de la regla acostumbrada del fratricidio, y no hizo nada sino por consejo de las mujeres y de los muftes. No cesaban nunca los turcos, ya hubiese paz ó tregua, de hacer incursiones en el terreno de los húngaros, sus vecinos; el archiduque Cárlos de Gratz, hermano del emperador Rodolfo, compró en los confines de la Croacia un terreno desierto, donde fundó á Carlstadt, y acantonó allí una fuerza militar permanente. El imperio proporcionó al efecto 750,000 florines y la Estiria 150,000.

Uskocos.—Los habitantes de las provincias ocupadas sucesivamente por los otomanos habian ido á establecerse en los alrededores de Clisa, en Dalmacia, y los turcos los llamaban uskocos, es decir, desertores. Desde allí hacian incesantes incursiones á las tierras de los musulmanes, que concluyeron por sitiar á Clisa; y aunque esta ciudad se reputaba por inespugnable, se apoderaron de ella. Huyeron entonces los uskocos á Croacia, donde encontraron un asilo en la plaza marítima de Zengh, y continuaron incomodando á los turcos, dedicándose después al corso y acogiendo dentro de sus murallas á los desterrados italianos, lanzaron sus corsarios contra los barcos mercantes de Venecia. Habiendo obtenido del divan, Hassan, bajá de Bosnia, la autorizacion de libertar al imperio, atacó á los uskocos y al emperador Rodolfo que los protegia. Entró en Croacia al frente de treinta mil hombres y se adelantó hasta Sissek, á la que puso sitio (1592). Pero Andrés de Auersberg, comandante de Carlstad, le atacó y derrotó (12 junio 1593). Doce mil turcos murieron, y entre ellos varios personajes de categoria, incluso el mismo Hassan, lo que hizo que se le diese á este año el nombre de año del desastre. Presentóse el gran visir Sinan para vengarle; pero los húngaros le hicieron frente con varia fortuna.

Transilvania.—Continuaba sufriendo la Transilvania la soberania turca. Estéban Bathori, que habia llegado á ser rey de Polonia (1576), cedió este principado á Cristóbal, su hermano, que le dejó cuando murió á Segismundo. Educado éste por los jesuitas, tenia escrúpulos de este vasallaje, é irritado de la arrogancia de Sinan, pensó en unirse al Austria; opusiéronse los grandes á este designio, y quisieron tomarle por pretexto para derribar á él y á los jesuitas; pero prontas ejecuciones sofocaron la conjuracion, y Segismundo se unió al emperador Rodolfo para hacerse independiente. Habiéndose entonces puesto en marcha Cárlos de Mansfeld, teniente del archiduque, con mucha nobleza alemana, bohemia é italiana, se apoderó de Estrigonia, y batió al gran visir en Giurgewo. Decidióse Mahomet III á ir á pelear en persona; y después de haber tomado á Agria, ayudado por la

avaricia de los austriacos y la destreza de Cicala derrotó al archiduque Maximiliano en Keresztes (1596).

Paz de Situatorok, 11 noviembre 1606. — Escaso el emperador de dinero porque los protestantes le negaban subsidios, le fué preciso licenciar el ejército al fin del verano, cuando sólo en invierno era posible hacerse dueño de las plazas fuertes, aprovechando la época en que se helaban los pantanos. De mucho servian las discordias intestinas de la Hungria á la Puerta, y la guerra continuó con equilibrados sucesos hasta 1606, época de la paz de Situatorok. Esta paz no fué ya, como las anteriores, una concesion del vencedor al rey de Austria vencido, sino un tratado entre iguales, como de padre á hijo. Prohibiéronse las incursiones, devolviéronse los prisioneros, y la Hungria quedó emancipada del vergonzoso tributo de los 50,000 cequíes.

El baron Herman de Czernin, enviado en calidad de embajador á Constantinopla, entró en ella al son de los instrumentos, y desplegó la bandera del águila y la cruz. Como una tradicion muy estendida entonces anunciaba que el imperio debia sucumbir cuando flotase la cruz en Bizancio, apoderóse un gran terror de los ánimos; decíase que los conventos y ciertas casas estaban llenas de armas, y que los jesuitas querian apoderarse de la capital: fué preciso poner tropas sobre las armas, y en medio de estas inquietudes se firmó la paz.

Murió Acmet á la edad de veinte y nueve años, sin haber hecho nada. Sucedióle su hermano menor con el nombre de Mustafá; pero como era imbécil desde la infancia, consintió su madre en que se le volviese á la *jaula*, bajo cuyo nombre se designa el aposento de los hijos y hermanos de los sultanes; colocóse en su lugar á Otman II (1618), hijo de Acmet, de edad entonces de trece años. Este sultan fundó una biblioteca; el deseo de procurarse dinero le hizo violar las leyes contrayendo matrimonio con mujeres de condicion libre; debilitado después por el abuso de los deleites, se volvió estúpido. Disgustóse el pueblo de él; por su parte, los genízaros estaban irritados de su avaricia y por el rigor con que hacia arrojar al mar á los soldados que encontraba bebiendo ó fumando. Como sospechaban que alimentaba el proyecto de destruirlos, para sustituirlos los egipcios y sirios, se amotinaron, y pidieron la cabeza de los favoritos; mas no obteniéndola, proclamaron á Mustafá (1622). Encontraron á aquel imbécil príncipe acostado en su lecho entre dos mujeres en una habitacion á la que no se entraba sino por el techo, y donde no habia recibido ningun alimento hacia dos dias. Otman, que se resignó demasiado tarde á sacrificar á sus ministros, fué blanco de los malos tratamientos de la soldadesca y estrangulado; éste fué el primer regicidio entre los otomanos (3).

(3) La muerte de Otman proporcionó á J. F. Gondala, de Ragusa, muerto en 1638, el argumento de un poema en veinte cantos en lengua iliria. Se ha impreso en 1816 por Martecchini con la traduccion italiana.

Amurates IV.—Corria el imbécil Mustafá como un loco por el palacio imperial, llamando á todas las puertas y preguntando por su sobrino Otman para que le libertase de una carga que le pesaba. Fué, pues, la sultana validé, su madre, la que reinó en su nombre, con el gran visir Meré Husein, ó más bien los genízaros. Esta milicia quiso que se castigase á los asesinos de Otman, é hizo todo lo que le agradó, hasta el momento en que depuso á Mustafá y ascendió al trono al valiente Amurates IV, hermano del sultan asesinado (1623). Encontróse bajo las cimitarras de los que habian derribado á su tio y á su hermano con un tesoro exhausto y turbulencias en Asia; pero á la edad de veinte años se emancipó de toda dependencia de su madre y de los visires, se desembarazó de los turbulentos con la espada y la horca, y manifestó una grandeza sellada de crueldad.

Dotado de una fuerza y de una agilidad extraordinaria en todos los ejercicios corporales, tenia en sus caballerizas hasta novecientos caballos atados con cadenas de plata á pesebres del mismo metal; rodeado de espias, salia él mismo por la noche á escuchar lo que se decia. Deseoso de oro y sangre, hizo perecer, además de sus hermanos, á multitud de hombres, como para rivalizar con la peste que existia entonces. Acércase el hijo de un bajá al serrallo y le da muerte. Una barca tripulada por mujeres, que hizo otro tanto, mandó echarla á pique: otras fueron muertas porque se reian en un prado, y muchos porque hacian uso del tabaco (4) y del opio. Valúanse en cien mil hombres el número de las víctimas de su hipocondríaca ferocidad. «La venganza, decia, no envejece, aunque haga encanecer los cabellos.»

Maronitas.—Ya hemos hablado anteriormente de los maronitas, llamados así de Maron, piadosos solitarios de los primeros siglos (·433) que fieles á la Iglesia romana en sus discusiones con la iglesia griega, tuvieron después en Hamath una capilla en cuyo derredor se construyó un monasterio afamado en Siria. Un fraile de aquel convento, llamado Juan el Maronita, adquirió á fines del siglo VII gran reputacion de piedad y celo; sostuvo la causa de los partidarios del papa, y fué enviado al Líbano, como obispo de Gebail para predicar el catolicismo. Todos los cristianos de Siria que no se adherian á los monotelitas escucharon sus palabras; y formóse un pueblo que aseguró, detrás de las murallas naturales del Líbano, su independencia civil y religiosa. Juan procuró á aquellos cristianos armas, les dió instituciones, y concluyeron por ocupar casi toda la montaña hasta Jerusalen.

(4) El uso del tabaco se introdujo en 1606 entre los otomanos; y los cafés, los comerciantes de tabaco adoptaron entonces, generalmente entre nosotros, un turco de muestra.

Segun eran los musulmanes, débiles ó poderosos, estendian ó disminuian los maronitas sus límites; aumentáronse en la época de las cruzadas, aun que no se haya hecho mencion de aquella secta hasta 1215, en que estrecharon los vínculos que los unian á la Iglesia romana. Esta union se relajó con la caida de la dominacion latina, pero Eugenio IV les hizo reconocer de nuevo en 1445 la supremacia papal, á la que han permanecido fieles hasta nuestros dias. Usando Roma con ellos de una prudente condescendencia, les dejó la liturgia siriaca, el matrimonio de los simples sacerdotes, la comunion bajo las dos especies con un pequeño pan ácimo, empapado en el vino consagrado y distribuido después á los fieles. El patriarca (*batrak*) es elegido por los obispos y aprobado por el legado pontificio; los obispos viven modestamente en numerosos monasterios, que la mayor parte siguen la regla de San Antonio. Los religiosos cultivan la tierra, ejercen oficios, dan educacion al pueblo, de cuyas filas eligen los turcos y los drusos sus escritores, así como se emplean los coftos en Egipto, y los persas entre los afghanes. Gregorio XIII fundó un colegio en Roma para los maronitas, del que han salido célebres orientalistas. Reunidos los maronitas á los drusos, resistieron á la conquista otomana, y sólo en 1588 cuando Amurates III envió contra ellos á Ibrahim, bajá del Cairo, fué cuando se los redujo á la obediencia.

Drusos.—No se sabe bien el orígen de los drusos; pero parecen ser una tribu del desierto, que habiéndose unido á una de las numerosas herejías del cisma mahometano, buscaron asilo en el Líbano, donde se mantuvieron independientes, como los maronitas. Separados de ellos por la religion, el interés comun los reunió varias veces para la defensa de sus montañas, hasta el momento en que fueron vencidos por el bajá del Cairo, Ibrahim.

Carecian de gobierno y estaban divididos en dos facciones, la de los cuaisos, que se distinguian por un clavel rojo, y la de los yamanes que usaban una adormidera blanca; los odios y las venganzas se perpetuaban de esta manera, ora bajo un símbolo, ora bajo otro. Los turcos quisieron que no hubiese más que un jefe para mantener la policía y responder del tributo; pero de este modo llegaron á fundar un poder que produjo la independencia.

Facardin.—El jefe de los drusos era entonces Fakreddin ó Facardin (1613), que dueño de una gran parte de la Siria, se atrevió á hacer frente á Amurates. Pero asustado con los preparativos del padischah, aprovisionó las fortalezas por tres años, y acompañado después por su favorita, por su hija y por su principal ministro, se embarcó con considerables riquezas. Llegó á Liorna, ofreciendo hacer homenaje de su Estado á los príncipes cristianos y guerrear con ellos en Tierra Santa. El duque de Osuna, virey de Nápoles, tuvo órden de llevar á Fakreddin á sus Estados y sostenerle en ellos. Recobrólos en efecto (1615) y sostuvo buenas relaciones con la Toscana, de donde sacaba obreros; y mientras se hallaba trastornado el imperio otomano, aumentó sus posesiones. Envió Amurates contra él cien mil soldados; viendo entonces Fakreddin la imposibilidad de resistirse por los partidos que destrozaban á su pais, se dejó persuadir y trasladar á Constantinopla. Su edad, su sano juicio, su aire respetable le adquirieron la confianza de Amurates, pero los cortesanos, que concibieron recelos, obtuvieron que fuese estrangulado en presencia del gran señor. No cesaron por esto los drusos de formar un Estado independiente; y la posteridad de Fakreddin continuó dominando en él hasta el momento en que hace siglo y medio fué reemplazada por la familia Shaab, á la que pertenecia el emir Beschir, á quien hemos visto refugiado en Roma.

Persia. Thamasp, 1523-75.—Grandes guerras sostuvo Amurates contra la Persia que era gobernada por débiles reyes y enérgicos esclavos. Cuando Thamasp sucedió á la edad de diez años á Ismael, venerado como fundador de una fe nueva y de la religion nacional, estallaron turbulencias en el pais entre las tribus turcas, deseosas de sacar partido de la infancia del príncipe. Cuando llegó á ser hombre, derrotó á los usbekos, rechazó á Soliman, y habiendo invadido la Armenia, arrebató varias provincias á los otomanos. Dió hospitalidad al rey Humayun, arrojado de la India, y le restableció en el trono de Dehli, lo cual le hizo adquirir mucha gloria. Cuando volvió Soliman á atacarle adelantándose á Ispahan, hizo la paz con él, entregándole su hermano Bayaceto, que se habia rebelado. Largos años de escasez asolaron el pais durante los cincuenta y tres que reinó, y los usbekos no le dejaron nunca en paz.

Eran educados los hijos de los sofies por los jefes de las tribus, con objeto de que la mútua envidia impidiese las peligrosas inteligencias. De esta manera fué cómo crecieron los muchos vástagos de Thamasp, entre los cuales Aider-Mirza, su hijo predilecto, se apoderó de sus tesoros y del poder. Pero los jefes kurdos, georgianos y circasianos le degollaron la misma noche, y sacaron á Ismael de la prision en que le tenia encerrado su padre hacia veinte y cinco años. La costumbre del opio y la cólera le hicieron feroz, y no sólo hizo dar muerte á sus ocho hermanos, sino á diez y ocho grandes, sin abandonar el vicio de embriagarse. Los reinados siguientes, débiles y tumultuosos, no merecen fijar la atencion.

Favorables le parecieron á Amurates III aquellas turbulencias para atacar á la Persia, tanto más, cuanto que un iman habia visto en sueños, inscrito en letras de fuego, sobre la puerta del divan: *Amurates, vencedor de Iran.* A la cabeza Lala Mustafá de la espedicion, sometió la Georgia; después Osman bajá se apoderó de la misma Tauris, y construyó pirámides con setenta y cinco mil cabezas. Cuando estuvo de vuelta en Constantinopla, Amura-

tes le hizo sentar á su lado, y quiso que le contase la espedicion. Cuando oyó la derrota de Araschan, le interrumpió esclamando: *Bien hecho, Osman*; y quitó de su turbante una pluma de garza adornada de brillantes que puso en el suyo; cuando después le contó su victoria sobre Amza Mirza: *Esto te aprovechará, esto te aprovechará*, replicó Amurates, y le dió su propio puñal cubierto de pedreria; á la relacion de su triunfo sobre Iman Kulikan de Gengé, adornó su cabeza con otra pluma de garza más preciosa que la primera; cuando en fin Osman le dió cuenta del sitio que habia sostenido en Caffa con sólo tres ó cuatro mil hombres, Amurates levantó las manos al cielo, llamando sobre él todas las bendiciones: «Que tu rostro, dijo, resplandezca en uno y otro mundo; que Dios, protector y vengador, te sea siempre benévolo; que la victoria te acompañe á todas las partes adonde dirijas tus pasos. Ojalá tengas asiento en el paraíso en el mismo kiosko y en la misma mesa que el califa tu homónimo y goces en este mundo una larga vida, honores siempre nuevos y un poder de continuo en aumento.» Entonces á una señal suya, el gran mayordomo (*Kapuagá*) condujo fuera á Osman, y desde la cabeza á los piés, desde el caftan hasta la camisa, desde las babuchas al turbante le adornó con vestidos del sultan, con los cuales y con los regalos volvió á entrar, no acabando nunca de dar gracias por tanta generosidad.

Abbas I el Grande.—Pero Abbas Mirza, que debia cambiar la fortuna de la Persia (1585), se hallaba dispuesto á ascender al trono, cuyo camino se abrió dando muerte á su hermano, y en el que se sostuvo con asesinatos. Habiendo predicho los astrólogos que un peligro muy grande amenazaba al rey de Persia, abdicó é hizo coronar á un hombre oscuro, dándole muerte tres dias después; de esta manera creyó haber evitado la siniestra influencia de los astros. Volvió á emprender, pues, con confianza el curso de sus proyectos, púsose á la cabeza de los terribles kurdos, y fué durante los cuarenta y dos años de su reinado terror de sus vecinos. Reprimió primero á los usbekos y á los turcos; su tratado de paz con estos últimos (1590), en virtud del cual conservó la Georgia y el Aderbiyan, es memorable, en lo concerniente á las cuestiones religiosas, y porque intima á los persas reverenciar á los imanes y no hablar mal de Aicha la Casta. Era éste un nuevo motivo para otras guerras, á las que se preparó con doce años de paz. Sirvióse del inglés Sherley para procurarse cañones, disciplinar su ejército, y concedió, por su mediacion, facilidades á los negociantes cristianos. Vióse tambien á embajadores persas acudir á diferentes cortes de Europa para escitarlas á la guerra contra los turcos; pero sin obtener resultado.

Animado entonces Abbas con las ideas de patria y religion, marchó contra los bajaés turcos, se hizo dueño de Erivan, y derrotó á Cicala, que murió de pesar (1613), después de haber sido treinta años musulman; y en el curso de una larga guerra trasladó ochenta mil familias de la Georgia á la Hircania, la Armenia y el Farsistan. Apoderóse tambien de la isla de Bahrein, la más importante del golfo Pérsico; en fin, concluyó la paz (1618), conservando todo lo que habia adquirido, por ciento ó doscientas cargas de seda al año; lo cual aumentó mucho la gloria del gran Alí, protector de las victoriosas armas de la Persia. Trasladó Abbas la residencia del imperio á Ispahan, donde era considerado como el segundo fundador. Sostuvo allí amistad con el emperador de Dehli, y protegió las factorias de los ingleses, franceses y holandeses; pero vió con desconfianza la de los portugueses que ya poseian á Ormuz. Resuelto á arrojarlos de allí, se dirigió á los ingleses para procurarse una escuadra, y libertó á la compañia de las Indias de los derechos de aduanas; habiendo, pues, desembarcado con sus tropas, se apoderó de Ormuz, la que fué destruida; pero sin que este fratricidio aprovechase á los ingleses, cuyos embajadores fueron por el mundo contando maravillas de la riqueza de la Persia.

Abbas Mirza embelleció sus ciudades, hizo construir un dique de trescientas millas á través del Mazanderán, elevó pirámides con las cabezas de los rebeldes, odió á sus propios hijos, de los cuales dió muerte á uno, y sacó los ojos á otro. No por eso dejó de ser apellidado el Grande, y á él es á quien se atribuye todo lo que la Persia moderna ofrece de hermoso y magnífico.

Sin embargo, Amurates IV, que reinaba sobre los otomanos, se encontraba continuamente inquietado por las turbulencias de los genízaros, y el gran visir Kosrou, hombre resuelto, ilustrado y sanguinario, le prestó grandes servicios. Habiendo llamado Abasa, esclavo rebelde, á los persas, les entregó Bagdad, y fueron esterminados los sunnitas. Amurates hizo marchar tropas para recobrar aquella ciudad, y la guerra se prolongó bajo el mando del schah Sefi, sucesor de Abbas. Habiendo entrado Amurates dos veces en Persia con trescientos mil hombres, volvió á recobrar por la fuerza á Bagdad, y dió muerte á treinta mil soldados que habian rendido las armas. Conservó aquella ciudad después de la paz.

Aquel sultan que hizo perecer á sus hermanos, permitió la venta pública del vino; mas, viendo los escesos que resultaban, la prohibió de nuevo en union del café. Cuando su muerte, que acaeció en 1639, su hermano Ibrahim, incapaz, disoluto, gastado en la flor de la edad por el abuso de las mujeres, ascendió al trono. Gastaba sin medida en compras de ámbar, pieles, hermosas esclavas; se adornaba con piedras preciosas, colocándoselas hasta entre la barba, y dejaba todo el cuidado de los negocios á su madre, á los visires y á los charlatanes que prometian devolverle algun vigor. El mufti, cuya hija habia robado, urdió una trama contra él, y le hizo declarar incapaz de reinar; en su consecuencia fué estrangulado (1648).

Mahomet IV.—Dejó nueve hijos, y Mahomet IV,

que le sucedió, no tenia más que siete años. Es poco importante para la historia repetir una continua sucesion de intrigas de la sultana favorita y de las sublevaciones que se seguian á ellas cuando ascendia ó deponia á los visires. En fin, el albanés Mehemet Koproli aceptó el cargo de visir que se le ofrecia, á condicion de que el sultan determinase con prontitud si se conformaba á cederle el nombramiento de todos los empleos, el cuidado de distribuir las gracias y castigos; en una palabra, que habia de tener confianza en él y no escuchar las quejas. Entonces arrancó el imperio de aquel gobierno de mujeres enervante y cruel. Manifestó un conocimiento de los negocios y una firmeza que eran las únicas cosas que podian salvar al Estado, al mismo tiempo que un orgullo, un espíritu de venganza, una deslealtad que no reprueba la política de su nacion. Dió muerte á los jefes de las facciones contrarias y á todo el que podia servirle de obstáculo: hizo arrojar al mar á más de cuatro mil spahis y trasladar los demás á Asia. El patriarca griego, que no le parecia bastante partidario suyo, fué ahorcado, y cuéntase que hizo perecer en cinco años á treinta y seis mil personas. Habiéndose rebelado Abasa, bajá en el Asia Menor, se adelantó como vencedor hasta Scutari, pidiendo la cabeza del gran visir; pero habiéndole engañado Koproli con falsas negociaciones, le hizo degollar con los suyos y con todo el que le era sospechoso.

Tuvo en aquella época que regocijarse la Persia de varias victorias; ciento veinte mil rusos muertos, ciento cincuenta mil conducidos esclavos desde la asolada Moscovia, y treinta mil cabezas de húngaros mandadas desde la Bosnia al serrallo, pudieron hacer creer á los turcos que habian vuelto los tiempos en que se sembraba el terror en todas partes; tanto, que los príncipes europeos enviaban á Constantinopla sumisos embajadores (5).

Guerra de Candia.—Venecia se habia reservado siempre en sus tratados con la Puerta, el derecho de dar caza á los piratas en cualquier lugar en que los encontrase. El renegado Ali Piccinino, que infestaba el Mediterráneo con una escuadra de Argel y Túnez, habiéndose adelantado en el Adriático, capturó en él un barco veneciano, dirigiéndose después á fondear en la rada de la Valona. Marin Capello, proveedor de la escuadra veneciana, le bloqueó, le hizo prisionero, y condujo diez y seis galeras en triunfo á Corfú (1638). Amurates IV pidió satisfaccion; pero como se encontraba entonces ocupado en Persia, donde no era feliz, tuvo que contentarse con un arreglo. Resultó de ello un sordo rencor que no aguardaba más que una ocasion para estallar, la que no tardó en presentarse en el reinado de Ibrahim.

Gabriel Baudran, de Chambers, general de la órden de Malta, se apoderó de algunos barcos en su camino á la santa peregrinacion; en uno de ellos se encontraba una sultana, y los condujo á un puerto de Candia, y de allí á Malta. Esto fué bastante para que Ibrahim declarase la guerra á la orden (1644). Cincuenta mil turcos se dieron á la vela para la isla y se dirigieron á Candia, que era el único resto de las conquistas de Venecia sobre el imperio de Oriente, y que habia conservado triunfando de veinte rebeliones, prodigando el oro y la sangre. Arribaron los turcos, y pusieron sitio á Canea. Habiendo hecho llamamiento la república á las potencias cristianas, la España proporcionó cinco galeras, la Toscana seis, otras tantas los caballeros de Malta, el papa cinco, autorizando además una contribucion de 100,000 ducados sobre el clero veneciano. Los franceses enviaron 100,000 escudos, proporcionados tal vez por Mazarino, de su propio bolsillo, cuatro brulotes, y permitieron alistarse hombres en Francia, todo sin autorizacion pública del gobierno, por los tratados de amistad que existian con la Puerta. No se puede formar una idea de los sacrificios que se impusieron los nobles venecianos y de las ofrendas que hicieron espontáneamente.

La escuadra cristiana era mandada por Gerónimo Morosini; pero antes de que pudiese comenzar sus operaciones, habia capitulado Canea. Al momento empezaron las divisiones entre los capitanes, y Deli Custein sitió á Candia. Las escuadras venecianas se señalaron con brillantes hechos de armas.

Habiendo tomado las riendas del gobierno Mehemmet Kropoli, hizo esta guerra con más vigor. Continuó mientras vivió estimulando la pereza del sultan, sosteniendo la tranquilidad en el pais, sentenciando á muerte á los turbulentos ó sospechosos, y construyendo fortificaciones. Nunca perdió la confianza de su amo, y pudo trasmitir el sello imperial á su hijo, Acmet Kropoli, que unia á las cualidades de su padre la cultura literaria (6). Continuaba, sin embargo, la guerra con Venecia, cuando vino á unirse á ella la del Austria,

---

(5) El embajador de Francia, M. de la Haye, se vió en gran peligro por no haber querido revelar la cifra que empleaba en su correspondencia. El que Cárlos II envió á la Puerta, notificando su advenimiento al trono de Inglaterra, recibió un regalo de bienvenida, y diariamente las provisiones de diez carneros, cincuenta gallinas, cien panes, diez velas de cera amarilla, diez de cera blanca, y veinte pilones de azúcar; recibia además diez y nueve caftanes, cuando los demás embajadores no tenian más que diez y ocho, y pudo, cuando marchó, libertar tres esclavos ingleses.

(6) En el ministerio de Acmet Kropoli se introdujo el empleo de intérprete de la Puerta. Fué primero desempeñado por el griego Nicusi (Panagiote), hombre de una alma elevada y de gran habilidad; después por Alejandro Maurocordato de Chio, que así como el anterior, habia estudiado la medicina en Italia, y para él fué para quien se creó el título de *confidente de los secretos del imperio*, conservado por sus sucesores. Sólo los griegos pueden obtener este empleo, que da grande importancia al que lo representa, pues no se trata ningun asunto con las potencias cristianas sin que él intervenga.

con motivo de la Transilvania, que ya hemos mencionado. No habiendo podido evitar el peligro el emperador Leopoldo, pidió socorros á todas partes: hizo que la dieta se los prometiese; pero usaba de mucha lentitud, mientras que Acmet se adelantaba amenazador. El mismo sultan le habia puesto en la cabeza dos plumas de garza, y al entregarle el estandarte del Profeta, le regaló una cimitarra guarnecida de brillantes. Habiendo pasado el Danubio por Buda con doscientos mil turcos, diez mil tártaros y dos mil valaquios, adelantó sus esploradores hasta Olmutz y Viena. Asustóse toda la Europa; el ministerio envió el subsidio diferido, y el papa Alejandro VIII, dinero y municiones. Ejemplo que fué seguido por España, Venecia y Génova. Luis XIV hizo marchar á seis mil hombres á las órdenes del conde de Coligny y del marqués de La Feuillade. Pero llena de desconfianza la corte de Viena, recomendó tener fija la atencion en ellos, y colocarlos siempre de manera que no pudiesen desertarse al enemigo.

Batalla de San Gotardo.—Todo el ejército cristiano componia un total de treinta mil hombres mandados por el prudente Montecucculi. Los húngaros tenian á su cabeza al fogoso Zrini. El general austriaco cerró constantemente á Acmet la entrada de la Estiria, pero se vió precisado por la impetuosidad francesa á dar la batalla de San Gotardo (1664) cerca de Moggersdorf. Cuando vió Kropoli á los oficiales franceses con sus cabellos empolvados: «¿Quiénes son, preguntó, aquellas muchachas?» Pero las muchachas se presentaron leones en el ataque; y los turcos cambiaron el nombre que les habia dado su general en el de *fouladi* que quiere decir de acero. Fué la mayor batalla en campo raso que se habia dado á los otomanos hacia trescientos años. Perdieron en ella diez y siete mil hombres y sus bagajes. Acmet propuso la paz, y Montecuculli, á quien el Austria no proporcionaba los medios de vencer, la concluyó en Temesvar. Se estipuló en el tratado que la Transilvania podia elegir libremente sus príncipes; que los turcos conservarian el Gran Varadino y Neuhausel, y que Leopoldo podria construir una fortaleza en la orilla del Waag. Kropoli, que después de haberse creido cierto de la victoria, habia sufrido la mayor derrota que nunca hubiese esperimentado general otomano, aguardaba recibir la fatal cuerda; pero por el contrario, sólo recibió muestras de confianza, hasta el grado de no vacilar en permanecer veinte y ocho meses ausente para mandar en persona el sitio de Candia, que pudo sostener entonces con el mayor vigor.

El vulgo, cuyo número es grande, y que voluntariamente supone al cielo sometido á los miserables cálculos de nuestra aritmética, vió entonces algo misterioso en el número de aquel año 1666. Los cristianos aguardaban el Antecristo. Los musulmanes el Deydal, los judíos el Mesias. Horribles terremotos, que conmovieron á la Meca y al Egipto, parecieron justificar el espanto general. Asustado el papa con los progresos de los musulmanes, continuaba exhortando á los cristianos á aquella cruzada, y valientes oficiales acudian á presentarse como voluntarios. Aunque aliado Luis XIV de la Puerta y deseoso de suplantar á los venecianos en el comercio de Levante, dejó al duque de La Feuillade alistar un cuerpo de tropas, al cual se unieron jóvenes de las principales familias, impulsados por su caracter aventurero y por lo romancesco de la empresa. El almirante de Beaufort los trasladó á Candia, y el sultan pudo entonces decir con verdad lo que repitió con frecuencia después: «Los franceses son nuestros amigos; pero siempre los encontramos con nuestros enemigos.»

No era ésta una guerra de esgrima y de estrategia; no habia tregua ni de dia ni de noche en los ataques y en las salidas. Estando el terreno lleno de minas que estallaban cuando menos se esperaba, se operaba más bajo de tierra que sobre ella. Los oscuros peligros de las emboscadas, los dias enteros pasados en aguardar al enemigo, acostados boca abajo, el peligro de ser á cada momento volado con alguna esplosion nocturna, no desanimaban á la brillante juventud francesa. Sin embargo, en su orgullo caballeresco, con sentimiento se resignaba á obedecer á los venecianos. Desaprobando el sistema de defensa seguido hasta entonces por el proveedor Catalino Cornaro, que acababa de ser muerto, hicieron los franceses una salida con el látigo en la mano y el valor en el corazon, pero fueron batidos; y la cabeza del almirante, con la de varios oficiales distinguidos, fué paseada por las calles de Constantinopla. La sangre derramada en aquella ocasion pesaria como un asesinato sobre la memoria de Luis XIV, si fuese cierto que en aquel momento estaba convenida la rendicion de la plaza, y que no se trataba más que de resistir el tiempo necesario para obtener una capitulacion honrosa, pero que el rey habia querido alargarla para hacer conseguir el capelo rojo á dos de sus favoritos.

Sea lo que se quiera, los franceses que quedaron volvieron á su patria, á pesar de todas las instancias, y el sultan reanimó el valor de sus soldados escribiéndoles en estos términos: «Te veré, mi gran visir Lala: en este bendito año debes obrar como un valiente: á tí y á tus valientes soldados los he consagrado al Dios supremo. Sé que hace dos años peleais y conseguís victorias. ¡Ojalá que tanto en este mundo como en el otro, hoy como en el dia del juicio resplandezca nuestro semblante! ¡Ojalá y al menos os apodereis en este bendito año, de Candia, ayudados con la bondad divina! Exijo de vosotros en este año los mayores esfuerzos.»

En efecto, duraba la guerra hacia treinta años. Candia habia sostenido tres sitios; ahora bien, este último habia costado, decian, á los venecianos, treinta mil novecientos cinco hombres; á los turcos ciento diez y ocho mil setecientos cincuenta y cuatro; habia habido cincuenta y seis asaltos, cuarenta y cinco combates subterráneos, noventa y

seis salidas, mil ciento setenta y tres minas por parte de los sitiados, y triple número por parte de los musulmanes. La guarnicion reducida á tres mil hombres en un pais batido hasta por la peste, resistió hasta el último ataque de los musulmanes. Concluyóse en fin, la paz en Giofira. Estipulóse en ella que los venecianos evacuarian á Candia cuando lo permitiese el tiempo; que todos los que quisieran salir podian llevar sus armas, bienes y ornamentos sagrados; que la república conservaria en la isla los tres puertos de Espinalonga, Suda y Grabouses, como tambien las conquistas hechas en las orillas del Bosnia y Clisa; que los prisioneros serian canjeados y restablecidas las relaciones de comercio y amistad. Los cuatro mil ciudadanos que habian sobrevivido se trasladaron á Parenzo, y Kropoli convirtió la catedral en mezquita. El pueblo veneciano sintió con esta pérdida un furioso dolor (7), como si hubiese visto la ruina de la república; y aun más, el intrépido Morosini, tal vez considerado como el último veneciano digno de este nombre.

Dorozenko, hetman de la Ukrania polaca, se unió á la Puerta para dominar tambien en la Ukrania rusa. Apenas libres Mahomet y Acmet de la guerra de Candia (1672), pasaron el Danubio, (18 octubre), se apoderaron de la ciudad de Kaminiec, considerada como inexpugnable, bombardearon á Lemberg, é impusieron en la paz de Buczaz condiciones deshonrosas á los vencidos, sin contar un tributo. Las disensiones de la Polonia le valian aquella vergüenza. Pero Juan Sobieski, mariscal del reino, se puso á la cabeza de un partido y desechó aquel indigno tratado. Renovó la guerra, empeñando hasta los diamantes de la corona y llamando al clero á la defensa de la patria. Peleó él mismo como un simple soldado, derrotó á los turcos y penetró á viva fuerza en el campo de Coczim, de donde el gran señor y Acmet á duras penas pudieron escapar. Proclamado después rey, se negó Sobieski á ceñirse la corona antes de haber concluido la guerra con los turcos. Pero después de éxitos favorables, se encontró, en compañia de un pequeño número de hombres, cogido en medio de ochenta mil turcos y ciento treinta mil tártaros. Sin embargo, no perdió el valor; y habiendo ganado la voluntad del kan de los tártaros, pudo concluir la paz en Zurawno. Abolióse el tributo, y Kaminiec quedó siendo de los turcos, con una tercera parte de la Ukrania, cuyo resto les fué cedido igualmente después.

Poco tardó en morir Acmet, á la edad de cuarenta y un años, después de haber administrado el imperio quince, es decir, más tiempo y mejor que ningun otro visir. Al morir, dió estos cuatro consejos á su señor: *No escuchar á las mujeres; no dejar elevarse demasiado á ninguno; conservar el tesoro en el mejor estado posible, y estar tanto él como el ejército en contínuo movimiento.*

Habiendo sabido Kara Mustafá, su yerno, educado en su escuela, pero vicioso y avaro, que el hetman de los cosacos se habia entregado á la Rusia, potencia que la Puerta no habia reconocido hasta entonces más que de nombre, resolvió dirigir la guerra por este lado. Habiendo, pues, pasado el Bog en persona, sitió y se apoderó de Czerin (1678), después de haber sufrido pérdidas considerables; resultó el alargarse la guerra hasta el momento en que se concluyó una tregua de veinte años en Radzin (1681).

Pudo entonces pensar en el Austria, contra la cual le escitaban los húngaros descontentos, é hizo contra ella preparativos terribles y suntuosos á la vez. Las tiendas del sultan valian 100,000 escudos; cien magníficas carrozas, con ruedas de plata y forradas de terciopelo, estaban destinadas al numeroso harem de su alteza. Desprevenida el Austria, se unió á la Polonia y á Venecia (1683), que tambien se encontraban amenazadas; la Rusia se unió tambien á ellas, lo que hizo que la Puerta tuviese que sostener una triple guerra. Kara Mustafá llegó á Belgrado con trescientos mil hombres, proclamándose protector de los húngaros y de sus libertades; presentándose despues á la cabeza de aquel numeroso ejército, descuidando las plazas fuertes, marchó rectamente sobre la capital del Austria, á la cual llegó el 13 de julio de 1683. La corte habia huido; pero quedaban para la defensa de la ciudad ochenta mil hombres, que sostuvieron dos meses de sitio. Mustafá perdió en él cuarenta mil, tanto por el hierro como por falta de víveres. De seguro se hubiera apoderado de Viena si hubiera animado á sus bárbaros con la esperanza del saqueo, pero su avaricia le inclinaba á querer entrar en ella por capitulacion. En este estado Juan Sobieski, aunque se inclinaba á Luis XIV, se habia unido al Austria para arrebatar la Podolia á la Puerta: púsose en marcha á la cabeza de veinte mil polacos, y habiéndose unido á los imperiales, bajó del Kahlemberg sobre los musulmanes. La jornada de que dependia la civilizacion europea fué ganada por los cristianos. «El campamento enemigo, escribia Sobieski á su mujer, ha caido en nuestro poder con toda la artilleria é inmensas riquezas. Llevamos delante de nosotros un ejército de camellos, mulas y turcos prisioneros. Me he convertido en heredero del gran visir. Del estandarte que llevaba delante de sí y de la bandera de Mahoma, con que el sultan habia honrado esta espedicion, además de tiendas, carros. y bagajes, existe una parte en mi poder. Con respecto á los objetos de lujo y de placer encontrados en su tien-

(7) «Una persona sensata que se encontraba entonces en Venecia, me aseguró que le habia parecido asistir al dia del juicio, tantos eran los gemidos, lágrimas y quejidos de uno y otro sexo. Iba el pueblo frenético por las calles deplorando la gran calamidad, vomitando blasfemias contra la Providencia, maldiciones contra los turcos, é injurias infinitas contra el general Morosini, tratándolo en alta voz de traidor.» MURATORI, *ann.*

da, como baños, fuentes con surtidores, jardines y toda clase de animales, seria largo hacer la descripcion..... He ido esta mañana á la ciudad y he visto que no hubiera podido resistir cinco dias más. Imposible parece tanto trastorno en tan poco tiempo, tantos montones de piedras lanzados al aire por la explosion de las minas. Los generales me llevaban por las manos y por los pies, y los coroneles á la cabeza de sus regimientos de infanteria y caballeria, me saludaban gritando: *¡Viva nuestro valiente rey!....* Hoy se me ha presentado el elector de Sajonia, el duque de Lorena, y el conde de Staremberg, comandante de Viena, con multitud de pueblo de todas clases; todos me abrazaban y me llamaban su salvador: por todo el camino se oia el grito universal de *¡Viva el rey!* Después de la comida, como me volviese á caballo al campo, fuí acompañado hasta las puertas por todo el pueblo, que levantando las manos al cielo, decian, ¡gloria, honor, eterno reconocimiento al Altísimo que nos ha concedido tan gran victoria!» De este modo la Polonia, que acababa de firmar con su sangre y la de los turcos un contrato eterno con la Europa salvada por ella, debia ciento cuarenta y ocho años después espirar en el mismo dia, ante las miradas satisfechas ó indiferentes de aquella misma Europa.

Huyeron los musulmanes, abandonando su campo lleno de riquezas; pero se llevaron de Austria ochenta y siete mil personas, de las cuales cincuenta mil eran niños, y veinte y seis mil mujeres.

Inmensa fué la gratitud de los vieneses, y se manifestó en la acogida que hicieron á Sobieski, al paso que Leopoldo se vió recibido de ellos en medio de un triste silencio. Irritado el emperador, manifestó su descontento en términos tan vivos al ministro Zinzendorf, que murió pocas horas después. No queria siquiera recibir á Sobieski, para libertarse del peso del reconocimiento; y se discutió en el consejo el ceremonial que se habia de adoptar en la entrevista: *¡Recibidle con los brazos abiertos!* dijo el duque de Lorena; pero en lugar de aquel noble arranque, se determinó un ceremonial frio y vergonzoso (8).

Luis XIV, que habia fomentado las turbulencias de la Hungria, después los movimientos de los turcos, y que permanecia en el Rhin con su ejército, esperando que los príncipes le llamasen y le eligiesen para el imperio, se manifestó muy descontento de aquella libertad. Mientras que el emperador triunfaba sin haber hecho nada para merecer la victoria; Sobieski acudió á dar caza al enemigo y se apoderó de Estrigonia. Después de ponerse el sol, escribió Sobieski de nuevo en la tienda del gran visir, á su *encantadora y querida Maria, único consuelo de su alma*, como le habia escrito desde Kalemberg antes del alba: «Aun no he visto el botin, pero no tiene comparacion con el que nos ha correspondido en Choczim: cuatro ó cinco carcajes adornados con rubíes y záfiros, valen ellos solos millones de cequíes. No me dirás, corazon mio, lo que las mujeres tártaras dicen á sus maridos cuando vuelven sin botin: No eres guerrero, pues no me traes nada; el que adelanta con osadia puede siempre conseguir algo. El visir habia robado de un castillo imperial un hermoso avestruz, al que habia hecho cortar la cabeza para que no cayese en poder de los cristianos. Es imposible describir el refinamiento del lujo que reinaba en las tiendas de los visires: baños, jardines, fuentes, cuevas de conejos, y hasta un papagayo. Cuando el visir conoció que no podia ya sostenerse, llamó á sus hijos y dijo al kan de los tártaros: *Sálvame si puedes.* El kan le contestó: *Bien le conocemos, es el rey de Polonia; imposible es resistírsele: veamos más bien si se puede huir.* Imposible es describirte mi parte de botin, pero los principales objetos son: un cinturon de diamantes, dos relojes rodeados de diamantes, cuatro ó cinco cuchillos de mucho valor, cinco carcajes adornados de rubíes, záfiros y perlas, alfombras, colchas y otras mil bagatelas, entre ellas las mejores zibelinas del mundo. Los soldados tienen varios cinturones de diamantes, no sé lo qué los turcos querian hacer con ello, pues por lo comun no lo llevan consigo: tal vez pensaban adornar á las vienesas que cayesen en su poder. Tengo una caja de oro en la cual hay tres planchas del mismo metal del grueso de un pergamino, cubiertas de figuras cabalísticas. Con respecto al gran tesoro, es imposible saber lo que ha sido de él; he sido el primero en entrar en las tiendas del visir, y no he visto á nadie cogerle: tal vez habrá sido distribuido á las tropas y no se habrá llevado al campo, ó le enviarian á retaguardia del ejército antes de la batalla.»

Atribuyendo Kara Mustafa su mal éxito á Ibarhim, bajá de Buda, le hizo ahorcar con otros cincuenta oficiales superiores más. Pero su viuda, hermana de Mahomet IV, inspiró al sultan sospechas contra su visir, que acusado de incapacidad ó traicion, recibió en Belgrado la sentencia de muerte.

Kara Ibrahim obtuvo entonces el sello imperial, pero por poco tiempo, pues las dos campañas de 1684 y 1685 no tuvieron buen éxito, y se le imputó la culpa, por lo cual fué desterrado á Rodas. Soliman, que le reemplazó, sufrió nuevos reveses. Buda, *baluarte del islamismo, gozne de la guerra santa, llave del imperio otomano*, pertenecia á los turcos hacia cuarenta y dos años; habia sostenido seis sitios y tenido sesenta y seis gobernadores. Abd-el-Rhaman, celebrado por su valor en varias novelas, mandaba entonces en ella (1686); pero después de tres meses de encarnizados ataques, perdió la plaza, pereciendo él mismo. Esta fué la primera vez que se empleó la bayoneta como arma decisiva. El año siguiente diez y seis mil turcos morian en el campo de batalla de Mo-

(8) Este hecho tambien consta en las cartas de Sobieski. Paris, 1826, pág. 70.

hacz, y los cristianos cantaban el *Te Deum* en la tienda del gran visir tan grande como una ciudad. Aquella victoria fué causa de que los genízaros se rebelasen contra el gran visir que se vió precisado á huir á Constantinopla. Fué alcanzado por los amotinados, que pedian á una su cabeza, pero con intencion de deponer á Mahomet, cuyos cuarenta años de inepto reinado habian sido señalados por grandes empresas, pero tambien por reveses no menos grandes, y que se habia hecho odiar prefiriendo á la guerra sus suntuosas cacerias. En efecto, después de haber concedido á los rebeldes tantas cabezas como pedian, y distribuido los primeros puestos á quienes querian, se le declaró depuesto sin haber tenido tiempo de dar muerte á sus hermanos

Soliman III.—Cinco años sobrevivió á su caida encerrado en el harem; fué reemplazado por su hermano Soliman III (1687) que, acostumbrado hacia cuarenta años á tímidos entretenimientos en medio de sus mujeres y á meditaciones ascéticas, le costó trabajo decidirse á aceptar el poder; y hasta en medio de las fiestas de su coronacion temblaba á la idea de su hermano, rodeado de satélites y verdugos. Nombró para el empleo de gran visir á Siavuc, jefe de los rebelados genízaros, que para ser pagados de su sueldo exigieron una contribucion sobre las personas, la vajilla de oro y plata del sultan, y sus gastos de caza. En lugar de apaciguarse cuando lo obtuvieron, trataron á Siavuc de traidor, y atacaron su casa, donde fué muerto defendiéndose con el valor de la desesperacion: su harem: cosa inaudita, fué invadido por la furiosa soldadesca, y sus mujeres tuvieron que sufrir violencias.

Los ulemas y el pueblo empuñaron las armas para tranquilizar aquella furia; y durante aquel tiempo sucumbia Belgrado, y los cristianos se adelantaban hasta Uskub (1689). Inhábil el sultan para el oficio de las armas, se habia retirado á Adrianópolis, y confiado el sello imperial á Mustafá-Kropoli, hermano de Acmet, vencedor de Candia. Hombre muy religioso, que detestaba á los cristianos, y de una justicia extremadamente severa, restableció la disciplina, puso órden en la hacienda suprimiendo ciertos impuestos qne no producian nada, y demostró que hubiera sido capaz de regenerar á aquella nacion si hubiera sido posible. Repugnándole las negociaciones, declaró su intencion de hacer á los cristianos una guerra á muerte, pero sin llevar consigo más que gentes animadas de los mismos sentimientos que él, mientras que los demás quedasen purificando su alma de sus vicios y orando. El entusiasmo que supo escitar le permitió reunir el ejército más numeroso que se ha visto nunca. Con objeto de mantener sometida á la Morea, la organizó sobre el mismo pié que la Valaquia y la Moldavia, concediéndole la tolerancia del culto y un príncipe que residiese en Maina; pero apenas encontró Liberaccio, que habia sido elegido para este puesto, ocasion favorable, se pasó á los venecianos.

Acmet II.—Seguido, no obstante, Mustafá de cien mil soldados elegidos y de varios oficiales franceses, recobró á Belgrado por asalto; pero fué después derrotado y muerto en Salankemen. Habiendo muerto tambien el devoto Soliman (1691), ciñóse la cimitarra del Profeta á Acmet II, su hermano, no menos débil que él, gracias á la educacion del serrallo, de un carácter pacífico y muy religioso. Entró en negociaciones para la paz (1695); pero murió antes de que se concluyese.

Mustafá II.—Tuvo por sucesor á Mustafá II, hijo de Mahomet IV, que acusando á sus tres predecesores de indolencia, se puso á la cabeza de las tropas; y mientras que el célebre corsario Hussein Mezzomorto batia á los venecianos y recobraba á Chio, pasó el Danubio y se apoderó de Lippa.

Eugenio de Saboya.—Olimpia Mancini, sobrina de Mazarino, y viuda del conde de Soissons, de la casa de Saboya-Carignan, se habia encontrado complicada en el proceso de envenenamiento de la marquesa de Brinvilliers y de la Voisin (9). Habia entonces huido, y refugiada en España, se sospechó que habia envenenado á la reina, por sugestion del Austria, concluyendo por morir miserablemente en Bruselas. Su hijo, el abate de Soissons, abandonó entonces el estado eclesiástico; y envuelto en la desgracia de su madre, rechazado por la corte de Francia, donde por burla se le llamaba el *pequeño abate*, ofreció sus servicios al Austria, y se hizo célebre con el nombre de príncipe Eugenio de Saboya. Sin tener gran inteligencia de la buena táctica, conocia los lugares y las personas, permanecia constantemente en espectativa, reconocia sus errores y los reparaba, sabia aprovecharse de los del enemigo para vencerle cuando le creia débil.

Colocado al frente de los ejércitos (1697), se atrevió á violar las ineptas órdenes del emperador, y consiguió una decisiva victoria en Zenta, junto al Theiss, en la que perecieron veinte y cinco mil turcos, diez y siete bajás, y el gran visir Elmas-Mahomet. Cogió además nueve mil furgones, seis mil camellos, quince mil bueyes, siete mil caballos, veinte y seis mil balas, seiscientas cincuenta y tres bombas, tres millones de florines, dos mujeres del gran visir, y el sello del sultan, quien desde el otro lado del rio, habia visto la derrota de los suyos, sin poder socorrerlos.

Cuando después de haber conquistado la Bosnia volvió Eugenio á Viena, y entregó al emperador el sello del sultan. Leopoldo no le dirigió una palabra á aquel que habia vencido en contra de sus órdenes; después envió un oficial á pedirle su espada. Indignóse Viena, y acudió la multitud á palacio, lo que hizo que Leopoldo renunciase á toda idea de rigor, y negase á ministros envidiosos la autorizacion de castigar como traidor «á aquel que Dios habia elegido para vengar á los enemigos de su hijo.»

---

(9) Véase la pág. 391.

Por su parte Eugenio se negó á encargarse del mando, si no se le libertaba formalmente de las trabas del consejo áulico; lo que le puso en posicion de señalarse en las guerras que siguieron. Por lo demás, muy modesto, no sufrió que se le cumplimentase por sus victorias: su franqueza hacia que faltase hasta á la política, y de esta manera se enajenó las turbas de cortesanos. Partidario de las letras y de las bellas artes, no cesaba de aconsejar la paz.

Francisco Morosini.—El valor del príncipe de Saboya, y el del rey de Polonia salvaron á la Europa; pero debe asociarse á él á los venecianos. Demasiado débiles desde que los demás Estados se habian engrandecido, se veian obligados á tener grandes consideraciones con los turcos, persuadidos como estaban de que las potencias cristianas los verian perecer sin hacer un movimiento. Tan pronto, pues, como se unieron el Austria y la Palonia contra la Puerta, se reunieron á ellas, y Francisco Morosini, defensor de Candia (1685), fué el Sobieski del Archipiélago. Atacó á la Morea, de la que queria apoderarse en compensacion de la pérdida de Candia, y á viva fuerza se hizo dueño de Coron, destruyó las demás plazas fuertes que sujetaban á los mainotas, y éstos se reunieron entonces á San Marcos. Habiendo después ganado á Navarino, Modon, Nápoles de Romania, y en fin, la Acrópolis de Atenas, fué saludado con el título, de *Peloponesiaco*. A su vuelta fué nombrado dux, y entre los despojos que ganó, se encontraba el leon que adornaba la entrada del Pireo (1687), y que se colocó delante de la puerta del arsenal.

Jacobo Cornaro continuó la guerra; después la hizo en desventaja de la república, Domingo Mocénigo, por lo cual invitó el senado al viejo Peloponesiaco á que volviese á empuñar su invencible espada. Llegó con ochenta y cuatro buques á Nápoles de Romania, pero murió allí, y Antonio Zeno, que le sucedió, sostuvo el ardor de las tropas. Apoderóse de Chio; pero no pudo ó no supo defenderla de los turcos. Fué, pues, vuelto á llamar, y murió preso. Redoblaron los turcos sus esfuerzos para recobrar á Morea; pero se lo impidió Alejandro Molino.

Paz de Carlowitz, 26 enero 1699.—Hacia ya varios años que se habian entablado negociaciones para la paz, y el Austria, que tenia necesidad de ella, insistia en que se concluyese. Pero era difícil conseguirlo, en atencion á que el divan queria adoptar por base de ella el *uti possidetis*, y el islamismo prohibia ceder en nada, mientras que la Rusia, Polonia y Venecia pretendiesen conservar lo que habian adquirido. En fin, habiendo intervenido la Holanda é Inglaterra como mediadoras, firmóse un tratado entre los turcos, el emperador, la Polonia, la Rusia y Venecia (1699). Esta paz es la más notable de las que hizo la Puerta con las potencias cristianas, y concluyó con el humillante tributo que hacia tanto tiempo pagaba la Transilvania y Zante. Rechazados los turcos de Viena, tuvieron que retirarse tambien de la Hungria, de la Transilvania, de la Polonia, de la Ukrania, de la Dalmacia, de la Morea, y quedaron limitados por el Dnieper, el Sava y el Unna; la intervencion de las potencias europeas fué reconocida en bien del comun interés por la Puerta, conforme al derecho público.

La Transilvania y Temeswar permanecieron del emperador con el derecho de fortificar las plazas de la frontera, prohibióse por una y otra parte hacer correrias é invasiones en el territorio vecino, como tambien dar asilo á los rebeldes ó á los criminales. El Austria adquirió tambien la Esclavonia, el Sirmiun, quince condados de la Hungria, en otro tiempo poseidos por la Puerta, en cuyo número se encontraban Buda, Pesth y Alba-Real; aseguró además la Transilvania, con siete condados húngaros que le fueron reunidos. Cedióse Karminiec á la Polonia, con la Podolia y la Ukrania, más acá del Dnieper. La Rusia adquirió á Azof con las pequeñas ciudades comarcanas, y se le autorizó para destruir á Tawan, Kasikermen, Nustretkermen, Sagiskermen, en el Dnieper, cuyos territorios cedia á la Puerta.

Venecia conservó la Morea, Santa Maura y las Leucadas, abandonando la tierra firme, Lepanto con las islas del Archipiélago, y destruyendo los castillos de Rumelia y Prevesa; convenios que rigieron en las relaciones de la Puerta con la república, mientras que subsistió. Ragusa quedaba bajo la dependencia de la Puerta.

Ragusa.—Esta república, cuyo orígen y constitucion hemos visto en otra parte, era gobernada por los descendientes de los primeros fundadores y por algunos nobles bosniacos, que tenian á la cabeza un presidente cuyas funciones duraban ocho años. Uno de ellos, llamado Damian, no quiso abandonar el mando, y se hizo tirano. Los ragusanos recurrieron á Venecia que los libertó, pero para sujetarlos los conservó bajo su dominacion, hasta el momento en que Luis, rey de Hungria, les devolvió su independencia. No obstante, los genoveses y los venecianos, como tambien los demás navegantes del Archipiélago, molestaban de tal manera á aquella república, que trató de procurarse seguridad poniéndose bajo la proteccion de los otomanos, y la compró mediante un tributo.

El gran consejo en el que habian entrado todos los nobles desde la edad de diez y ocho años cumplidos, hacia las leyes, nombraba magistrados, y tenia el derecho de perdonar. Un senado de cuarenta y cinco miembros (*pregadi*) preparaba los asuntos que se habian de someter al gran consejo y trataba los del extranjero. El poder ejecutivo estaba confiado á siete senadores, que formaban el pequeño consejo. Las funciones del presidente no duraban más que cuatro semanas, y debia tomar parte en todos los actos del gobierno. No salia del palacio sino en las grandes solemnidades, con el manto de damasco rojo, con coturno, medias coloradas, y peinado con una gran peluca. Los nobles no podian ser

presos sino por otro noble, y en ellos recaian todos los empleos. La menor cosa era determinada con toda minuciosidad, hasta el grado de que habiendo entrado en el senado Tuberon Cerva con un traje más largo que lo establecido, tuvo que dejarle cortar en plena asamblea: lo que le causó tanta vergüenza, que se salió y se hizo fraile. De los matrimonios entre los nobles y plebeyos, nació una clase media, que fué admitida á los empleos de orden inferior. La plebe estaba bajo el patronato de los nobles.

Desde la paz de Carlowitz, no sólo cesó la Puerta de mostrarse ser amenazadora, sino hasta de influir en los negocios de Occidente. Abandonando algo la barbarie, envió embajadores con los regalos de costumbres, recibiólos en cambio y les permitió hacer las proposiciones que creyesen convenientes. Tuvo entonces que pelear contra la Persia y, con mayor peligro, contra la Rusia, desde donde Pedro el Grande dirigia una avara mirada al mar Negro. Ignorante, pero hábil y activo, Daltaban-Mustafá, era servio y habia sucedido á Hussein-Koproli, quien descontento de los sacrificios á cuyo precio se habia comprado la paz de Carlowitz, queria reprimir en su nacimiento el poder de los czares. Pero el partido de la paz venció, y fué estrangulado esclamando: «¡Dad muerte, infieles musulmanes, á aquel que no han muerto los infieles giaurés» (1703).

Acmet III.—Tuvo por sucesor á Rami Mehemet, instruido en la política y en las bellas letras, pero que no entendia nada de la guerra, y era odiado de los soldados, que veian tambien con disgusto que el sultan no deseaba más que la caza. En su consecuencia estalló una de las más sangrientas rebeliones (1703), y Mustafá se vió precisado á ceder la suprema autoridad á su hermano Acmet III. Con mano firme reprimió este príncipe la sublevacion, é hizo, dicen, ahogar secretamente á quince mil genízaros que le habian ascendido al trono. El frecuente cambio de sus visires manifestó la debilidad del gobierno, y contribuyó á aumentarla.

Batalla de Peterwaradin.—Tres veces se desplegaron los estandartes de los turcos contra la Rusia, por las incertidumbres del divan, poco al corriente de los negocios de Europa. Concertáronse después ambas potencias en dividirse la Persia. La Puerta declaró otra vez la guerra á Venecia (1705), á la que le arrebató la Morea en el espacio de ciento y un dias. El príncipe Eugenio determinó al emperador Cárlos VI á tomar parte en ella, y reunió setenta mil hombres en Hungria (1716). A la cabeza Ali-Kumurdji de un ejército muy superior, cogió á los imperiales por vanguardia y retaguardia; y Eugenio corria el mayor peligro, si no hubiese tenido la temeridad de atacar á los ciento noventa mil enemigos que le amenazaban. Matóles treinta mil hombres (9 de agosto), en cuyo número se contaba al gran visir y al agá de los genízaros; cogióles cincuenta mil tiendas, ciento catorce cañones, dos mil camellos é inmensas provisiones. Sonriéndole la fortuna atacó á Temeswar, de que se apoderó recobrando de esta manera mil doscientos cañones austriacos; y todo el banato quedó emancipado de los turcos. Príncipes y señores acudieron de todas partes para servir en aquella guerra, sancionada por la victoria. Habiendo pasado Eugenio el Danubio, sitió á Belgrado que era defendido por treinta mil hombres. El nuevo gran visir, Astchi-Alí se presentó con ciento cincuenta mil hombres para libertarle, y rodeó á los austriacos que las enfermedades empezaban á diezmar. Eugenio, á quien la prosperidad inspiraba osadia, atacó con cuarenta mil hombres á favor de la niebla al gran visir en sus atrincheramientos, y le derrotó matándole diez y ocho mil sol- gran cantidad dados; cogióle además treinta y un cañones y de municiones. Belgrado capituló, y ganáronse otras fortalezas junto al Danubio y al Sava.

Paz de Passarowitz.—Hubo entonces el divan de pensar en la paz, de la que no menos necesidad tenia el emperador: habiéndose, pues, aceptado la mediacion de la Inglaterra y de la Holanda, sentóse como base en el congreso de Passarowitz el *uti possidetis* (1718). Pero el Austria pretendia conservar toda la Servia como dependiente de Belgrado, y queria que la Morea se restituyese á Venecia. Después de largas discusiones, se convino en fin, que Temeswar perteneceria al emperador con los paises al oeste del Aluta, que, desde su nacimiento hasta su desembocadura en el Danubio, y desde este punto, el Danubio hasta el lugar en que se le une el Timok, debian ser el límite entre ambos Estados; que el Austria conservaria á Belgrado, Parakin, Istolatz, Schahak, Bedka, Belina; que el comercio seria libre entre los súbditos de ambos imperios; que se enfrenaria á los piratas de Berberia y Dulcigno.

Esta paz fué casi el complemento de la paz de Carlowitz.

CAPÍTULO XXIII

HUNGRIA Y TRANSILVANIA.

Continuaba la Hungria siendo regida por una constitucion que reunia los inconvenientes del feudalismo y de la monarquia efectiva. El rey no podia hacer la paz ó la guerra, ni establecer impuestos sin el concurso de la dieta, compuesta de los grandes oficiales, de los prelados, de los magnates, representantes de los condados y delegados de las ciudades reales. Elegido el palatino por el rey entre cuatro candidatos, ponia aun trabas á las prerogativas que le quedaban; vigilaba la ejecucion de las leyes, mandaba el ejército; y el antiguo derecho de insurreccionarse siempre que el rey violaba los privilegios de la nacion subsistia aun desde el rey Andrés.

La animosidad entre católicos y protestantes empeoraba el estado de las cosas, y la condescendencia que Leopoldo manifestaba con el celo de los jesuitas agriaba á los húngaros en quienes el calvinismo avivaba el amor á las antiguas libertades. En su consecuencia pensaban que en concepto del emperador, no podia dominar sobre ellos como rey absoluto sino estirpando el protestantismo y sosteniendo un ejército á su devocion.

Por otra parte, los turcos, que deseaban poseer siempre la Hungria se mezclaban á sus intereses dando la mano á los príncipes de Transilvania (1629). Bethlen Gabor habia asegurado la independencia de aquel pais; y reconocido por la Turquia, como su sucesor, Jorge Ragoczy, sostuvo á los protestantes, que obtuvieron con su intervencion liberales condiciones. Su hijo Jorge II le sucedió con el consentimiento de los Estados y de la Puerta: como las minas le habian procurado grandes riquezas, fué adulado por los extranjeros. Cárlos Gustavo de Suecia fué secundado por él en la guerra que hizo a la Polonia, cuyo trono ambicionaba. Mahomet IV, que se lo habia prohibido, envió al bajá de Buda, que, habiéndose unido á los tártaros asoló el pais, le impuso pesadas contribuciones, y dió el título de príncipe á Acac Bartsai. Pronto abdicó éste en favor de otro; pero la nacion le disputó este derecho; aumentáronse las disensiones, y Ragoczy recobró el poder. Cuando murió peleando contra los turcos, el gran señor pensó en reunir la Transilvania á su imperio. En el ínterin, obligaba á los Estados á cambiar de príncipe á su antojo, para tener ocasion de espedir costosos diplomas á personajes que no pensaban en ellos. Envió tropas el emperador para alejar el peligro de una invasion. Pero precisados los príncipes de Transilvania á sostenerse entre el Austria y la Turquia, se encontraba cada vez más comprometida. Cuando después llegó Montecuculli con su ejército para la guerra de Transilvania, los húngaros concibieron recelos; resonaban las dietas con quejas, y Leopoldo se creyó obligado á negociar con la Puerta, que le entretuvo con palabras, mientras que ella se preparaba á un ataque vigoroso.

La tregua de veinte años con la Puerta pareció proporcionar al Austria la ocasion de realizar los proyectos que alimentaba hacia mucho tiempo contra la Hungria (1663), que no cesaba de quejarse de la larga permanencia de las tropas extranjeras, gentes indisciplinadas que atentaban á las propiedades y al honor de los habitantes. Temian los húngaros que Leopoldstadt y otras plazas fuertes construidas contra los turcos amenazasen á la libertad del pais. Por un lado el pueblo que sufria y los protestantes que desconfiaban, por otra los nobles católicos, pero no menos turbulentos, se contrariaban entre sí con la esperanza de apoderarse de la autoridad en virtud de las turbulencias. Varios de estos últimos formaron una liga, á cuya cabeza estaba Pedro, conde de Zrini, ban de Croacia, que se entendia con Miguel Abaffi, príncipe

Transilvania y con otros muchos descontentos ó enemigos del Austria. Pronta se hallaba á estallar una sublevacion general, cuando teniendo aviso de ella el emperador, envió con una prontitud no acostumbrada, tropas á todos los puntos (1667). Los Zrini, los Frangipani, los Nadasti, los Tenttenbach, jefes de la conjuracion, fueron ejecutados (1). Sus hijos degradados de la nobleza perdieron hasta sus nombres. Trescientos nobles fueron enviados al cadalso ó desterrados; otros se rescataron por inmensas sumas. Aseguróse Viena con aquellas ejecuciones, y aumentó su tesoro con aquellas inmensas riquezas; pero la avaricia y la infidelidad de los favoritos la perjudicaron más.

No se comienza á derramar sangre para detenerse cuando conviene. Ahora bien, parecia resultar de la investigacion de los papeles que se habian cogido que toda la nobleza, ó su mayor parte, estaba comprometida en la conspiracion. Como no se podia entregarla toda al verdugo, adoptó el ministro Lobkowitz, como temperamento, el partido de abolir la constitucion húngara. Habiendo pecado toda la nacion, todos debian perder sus *privilegios*, como se llamaban los derechos que se habia reservado al entregarse á la casa de Austria. Convocó entonces á todos los nobles; pero ninguno de ellos se presentó por temor de ser asesinado, y Leopoldo publicó una ordenanza por la cual «en castigo del atentado y de la desobediencia contra su persona, en nombre del poder que habia recibido del cielo,» impuso á los húngaros una contribucion para el sostenimiento de un ejército permanente de treinta mil hombres, que, acantonado en el pais, alentó á los agentes imparciales á los mayores abusos, cometiendo él mismo mil escesos. Por otro edicto concedió el emperador perdon esceptuando á algunas personas; declaró la autoridad real absoluta, la abolicion de las dignidades de palatino, de juez del tribunal, de ban de la Croacia, de la Dalmacia y de la Esclavonia. El húngaro Juan Pascual Ampringen, gran maestre de la órden Teutónica, hombre inexorable, fué nombrado gobernador general con un consejo designado por el emperador; y confióse una autoridad muy estensa á los comandantes de las tropas, como en un gobierno militar.

La mayor parte de las venganzas recayó en los protestantes, como considerados los principales motores de la rebelion, y cuéntase que doscientos cincuenta ministros fueron condenados á ser apedreados ó quemados; conmutose su pena en la de trabajos forzados; pero como el aspecto de la miseria de tantos respetables personajes escitaba la indignacion, se les vendió á razon de 50 coronas por cabeza para remar en las galeras napolitanas (2).

Tekeli.—Lo que no era más que un temor aislado, estalló pronto en furor universal; y sin distincion de católicos ó protestantes formóse un inmenso partido, llamado de los *descontentos*. Apoyados por el príncipe de Transilvania y por el bajá de Buda, se sublevaron y apoderaron de varias plazas (1675). A su cabeza estaba Emerico Tekeli, hombre de gran capacidad y que alimentaba un odio implacable contra el Austria, que habia hecho perecer á su padre. Publicó un manifiesto con el título de *Cien agravios de los húngaros contra los alemanes*. Dando á los suyos el nombre de cruzados (*kruczy*), escribia en sus banderas, *Campeon de Dios y de la patria*, al paso que reclamaba el apoyo de los turcos. La amnistia y la paz prometidas por Leopoldo parecieron pérfidos engaños, en atencion á que se negaba á retirar sus tropas. Siempre atento Luis XIV á debilitar á los austriacos, asalariaba un cuerpo de polacos al servicio de los húngaros. Así fué que Tekeli hizo acuñar moneda con la siguiente incripcion: *Pro libertate et justitia*, y por el reverso: *Ludovicus XIV, rex Galliæ protector et patronus Hungariæ*.

Desgraciadamente para los insurrectos habiéndose verificado entonces la paz de Nimega (1679), no tuvo ya Luis XIV interés en sostenerlos, y Leopoldo pudo atacarlos con fuerzas más considerables. Pero los soldados se desertaban, lo que obligó al emperador á negociar y á prometer de nuevo al pais un palatino (1680). Tuvo que designarle de entre los cinco candidatos propuestos por los húngaros, y su eleccion recayó en Pablo Esterhazy. Quitósele su exorbitante poder al gran maestre; abolióse el empleo de gobernador general; y el emperador prometió que todas las injurias se olvidarian, y que la religion protestante seria libre como en 1608. Pero los protestantes creyeron ver ambigüedades insidiosas en las concesiones que se les habia hecho, lo que les hizo rechazarlas, siendo éste un pretexto para violar tambien las demás.

Habiendo, pues, declarado entonces los turcos la guerra al Austria, prometió Tekeli secundarles, y el bajá de Buda colocó sobre la cabeza del jefe húngaro un turbante enriquecido con pedreria (1682) sobrepuesto de una pluma de garza; además le remitió un sable, una maza de armas y un estandarte, como tenia costumbre de hacerlo la Puerta con aquellos á quienes daba la investidura. Trató al emperador de ganarlo á su partido concediéndole la mano de Elena Zrini, viuda de Ragoczy, á quien adoraba, y que le llevó en dote inmensos bienes, como tambien soldados; pero saludado Tekeli por la Puerta como *señor de la Hungria media*, adoptó el título de príncipe.

---

(1) Se dice en la *Perfecta y verídica relacion de los procesos criminales y ejecuciones*, etc. (Viena y Milan, cerca de la corte 1671) que «su majestad por su innata clemencia, ha querido conceder la gracia de asistir á la instruccion de los procesos, aunque no esté en uso en los crímenes de lesa majestad.»

(2) SACY, *Historia general de la Hungria*, t. II, página 515.

Después que Leopoldo rechazó con el acero de otro rey la invasion de los turcos, procuró aprovecharse de la ventaja que le proporcionaba la victoria para humillar á los húngaros y hacer hereditaria la corona (1684): en su consecuencia, proclamó un perdon general á los descontentos, á los cuales devolvió su honor y bienes, prometiendo hacer justicia á sus agravios. Mas los que se sometieron fueron tratados como rebeldes por Tekeli, resultando confiscaciones y suplicios, y el pais sufria, maltratado unas veces por los austriacos y otras por los tártaros. Disgustado Sobieski de la tirania de que era testigo, se retiró declarando que era aliado del emperador contra los turcos, y no contra sus súbditos. Sin embargo, reforzado el ejército de Leopoldo por los príncipes del Imperio, obtuvo la mejor parte: fué batido el seraskier en Estrigonia (1685), y hubo muchas deserciones en las tropas de Tekeli. Abaffi puso á la Transilvania bajo la proteccion del Austria, escepto los privilegios de las tres naciones húngara, sajona y sicla, como tambien las cuatro religiones católica, luterana, calvinista y sociniana.

Las derrotas de los turcos recaian sobre los húngaros. Nombrado Caraffa gobernador de la Alta Hungria, se entregaba desembozadamente á toda su crueldad; habia establecido un tribunal compuesto de oficiales sin ningun conocimiento de las leyes, y de ciudadanos afectos á la corte, que condenaban por simples sospechas; de tal manera, que treinta verdugos estuvieron mucho tiempo ocupados en descuartizar, enrodar y decapitar (3).

Resolvió entonces Leopoldo abolir la elegibilidad de los reyes y el derecho de insurreccion; en lugar de reunir la dieta, convocó, infringiendo la constitucion, á los diputados de la nobleza en Viena (1687), donde les intimó renunciar á aquellos privilegios y coronar á José, su hijo, como heredero del trono. Aunque este príncipe y el emperador asistieron en persona á la asamblea; aunque se conoció la imposibilidad de decir no, no por eso fué menos viva la oposicion, y ni los halagos ni el terror pudieron triunfar del mayor número. Habiéndose entablado una discusion muy animada entre el conde Nicolás de Drascovicz, cuyo voto era de gran peso, y el ministro del emperador, cayó aquel atacado de una apoplegia. Unos consideraron en esto un asesinato, otros un castigo del cielo; pero el temor y la supersticion hicieron que el clero y los nobles se resignasen á lo que de ellos se exigia, aunque á condicion de que no permaneciera el derecho hereditario sino en los varones. De esta manera se estableció la dominacion austriaca en Hungria; y habiendo sido coronado José, juró sostener los derechos y privilegios de la nacion, segun fuesen interpretados en la dieta por el rey y los Estados. Con objeto de volver á poblar á la desierta Hungria, consintió Leopoldo en que los griegos que habitaban en la Bosnia y en la Croacia fuesen á establecerse, con la libertad de su culto, en Esclavonia y en Hungria, donde fundaron varios obispados.

Las tropas austriacas invadieron de repente la Transilvania y establecieron en ella sus cuarteles de invierno, bajo el mando de Caraffa, que ejerció en la misma su habitual crueldad; llegada después la primavera, se negó á salir de ella, á menos que sus habitantes jurasen fidelidad al rey de Hungria, conservando sus privilegios y el derecho de elegir á sus príncipes, que confirmaria el emperador. Este era un primer paso hácia un avasallamiento total. Despues cuando los austriacos obtuvieron nuevas victorias sobre los turcos, el príncipe de Baden condujo el ejército victorioso á Transilvania, y violó, á título de necesidad, los privilegios del pais, exigiendo una contribucion. Sus naturales recorrieron á la Puerta. Habiendo muerto Abaffi (1690), confirióse el principado á Tekeli, que habia huido de su patria sometida al extranjero, y le dió diez y seis mil hombres para defenderse de otro príncipe nombrado por Viena. Pero entró Tekeli en el pais por caminos impracticables, derrotó á los austriacos, y reinó á despecho de ellos. Pero pronto fué arrojado de allí, y se estableció un gobierno austriaco en nombre del jóven Abaffi II. Esta administracion se arrogó de contínuo derechos cada vez más estensos, é hizo á Abaffi resignar el principado (1699) mediante una pension y títulos. Desde entonces cesó la Transilvania de tener príncipes, y fué gobernada por una cancilleria áulica que residia en Viena.

La paz de Carlowitz confirmó al Austria la Transilvania y la Hungria; pero mil cuatrocientas familias prefirieron permanecer en el territorio otomano, donde se les concedieron tierras y la libertad de conciencia. Ambos paises fueron para el Austria una barrera contra los turcos, y después de haber sido para ella peligrosos rivales, se encontraron llamados á servir de principal apoyo á su nueva grandeza.

Leopoldo no quiso nunca perdonar á Tekeli, obstinado defensor de los privilegios húngaros ni restituirle sus confiscados bienes ó el equivalente. Refugióse, pues, entre los turcos, que al principio proveyeron á sus necesidades; después, como acontece comunmente, le abandonaron. Vióse entonces reducido á buscar un asilo entre los judíos de Constantinopla; y habiéndose hecho tabernero, murió católico, después de haber inquietado á tres reinos por su celo en favor del protestantismo. La hermosa y generosa Elena, su mujer, defendió tres años á Monkatz; precisada después á ceder, fué conducida á Viena, donde la encerraron en un monasterio. Habiendo sido luego canjeada con el mariscal Heister, pudo ir á unirse á su marido, de cuya miseria participó. Nunca se le devolvieron sus hijos.

Caraffa fué hecho feld-mariscal. Parecia que el gabinete austriaco no habia tratado de sujetar á la

(3) Coxe, cap. 66.

Hungria más que para estirpar el protestantismo; pero en lugar de proceder con resolucion recurrió á las medios tortuosos que irritan, y no terminó nunca. Francisco Leopoldo Ragoczy, hijo de Elena, después de haberle sido arrebatado, fué devuelto á los jesuitas, y se educó entre ellos en Bohemia. Devuelto después á Hungria, fué de repente preso aunque vivia muy tranquilo, violando de aquella manera los privilegios, acusándole de meditar la venganza de su familia y de estar en connivencia con la Francia (1701). Habiendo no obstante conseguido escaparse, se refugió en Polonia, donde le persiguió la sentencia de muerte. Después, cuando la guerra de sucesion obligó á Leopoldo á retirar sus tropas (1703), tomó gente á su sueldo, y habiendo pasado los Carpatos llamó á los magnates á recobrar sus derechos. El terror los habia desalentado; así fué que no fué escuchado sino de un pequeño número; no hubiera podido sostenerse si no hubiese recibido socorros de Francia y de Baviera. Recurrió entonces Viena á las negociaciones; pero los húngaros volvian á pedir que fuese él rey elegible y el derecho de resistencia legal; que se escluyese á los jesuitas, y que se reintregrase á los protestantes en sus derechos; lo que hacia que el arreglo fuese imposible. Cambiaron, pues, las cosas en contra de Austria; y aproximábase Ragoczy á Viena, cuando murió Leopoldo (4).

José I.—Sucedióle José I á la edad de veinte y siete años. Habia sido educado por Cárlos Teodoro Oton, príncipe de Salm-Salm, y por el sacerdote Rummel, que le inspiraron para corregir sus defectos sentimientos religiosos y amor á las ciencias. Aprovechóse de sus lecciones, y conservólos cerca de su persona, cuando se ciñó la corona imperial. Obró en la guerra de sucesion española con una firmeza que podia perderlo todo. Proscribió á los electores de Baviera y Colonia, auxiliares de la Francia, y creó un nuevo electorado para la casa de Hannover, á condicion de que su voto fuese siempre en favor del príncipe austriaco; bajo la cual habia tambien permitido á Federico I tomar el título de rey de Prusia. Hizo decretar que los reyes de Bohemia debian votar, no sólo en la eleccion del emperador, sino tambien en todas las deliberaciones. En Italia proscribió las familias de Mantua y de la Mirandola; pero escitó una sublevacion entre los bávaros, tratándolos con severidad hasta el punto de precisarlos á servir en sus ejércitos: veinte mil insurrectos, á las órdenes del estudiante Mainl, se apoderaron de varias pequeñas plazas (1705). Los austriacos se vieron precisados á tratar y se convino en una amnistia durante la cual invadiendo las tropas imperiales del pais, mataron todo lo que se les resistió sin dejar trás sí más que el silencio y el odio.

Estraño hasta entonces José á los negocios de la Hungria, pudo introducir alguna dulzura en las persecuciones de su padre, y reemplazar á sus ministros con otros menos odiosos; pero exasperados los rebeldes é impulsados por Luis XIV, no entendieron razones, y llegó á ser la guerra necesaria. Viendo Ragoczy prosperar á los austriacos, propuso á la dieta reconocer á José I, aunque formando una confederacion como en Polonia, y el mismo Ragoczy fué nombrado duque de los Estados confederados. Conoció el difícil arte de conducirse en medio de tan diversas pretensiones, sobre todo, por parte de los protestantes; cuando después entró en negociaciones con José, el uno queria la independencia del pais, el otro su sujecion: era, pues, imposible entenderse. Constituyéndose, pues, los Estados en república, publicaron una proclama para justificar su modo de obrar; los de Transilvania hicieron tambien homenaje de su mando á Ragoczy, y la guerra de partidas se continuó contra el Austria, cuyo territorio asoló. Francia prometió socorros, que no envió. En fin, declaróse vacante el trono de Hungria; y Ragoczy, que habia moderado á sus compatriotas, perdió su crédito. Cuando fué elegido rey de Polonia, la Transilvania se separó de él, y su alianza con la Rusia le hizo perder la amistad con la Francia. Secundando el papa á José I, fulminó la excomunion contra los húngaros; sobrevinieron disenciones, y después el cansancio. En fin, el conde Juan de Palfi, ban de Croacia, que mandaba á los austriacos, consiguió con victorias y dulzura hacer que la república firmase un tratado de paz (1711). Concedióse perdon general á Ragoczy y á aquellos de sus partidarios que se sometiesen en el término de tres meses; á las viudas é hijos de los condenados debian devolvérseles sus bienes sin poder nunca establecerse tribunal especial. Confiando Ragoczy en los socorros de la Rusia, rehusó la amnistia; engañado después en sus esperanzas, vivió con las pensiones de la Francia. Concluyó por tener posesiones en Asia, donde murió tranquilo, y con sentimientos religiosos, en 1735.

En el ínterin habia muerto José I; y Carlos VI nuevo emperador, sancionó aquella paz, confirmando los privilegios de los húngaros, menos el decreto de Andrés II. Estipulóse que llegando á

(4) Cuéntase entre las mujeres piadosas á Leonor, mujer de Leopoldo I. Siendo soltera, huia de las diversiones y se ponia al sol con objeto de perder la blancura de la piel y no encontrar marido. Solo se decidió á casarse con Leopoldo por habérsele dicho que la Providencia la destinaba al mayor trono del mundo para bien de la religion católica. Se conservó del mismo modo en la córte, ocupándose en cuidar de los pobres, en trabajar para los ornamentos de las iglesias, en ir con los piés descalzos en procesion y peregrinacion. Por la parte interior de sus pulseras, adornadas con pedrerias usaba puntas de hierro; se daba disciplinazos hasta hacerse sangre, y se imponia rigurosos ayunos. En el teatro, tenia un libro de salmos, cuyo forro era semejante á los libritos de la opera. Fué enterrada sin pompa, como lo habia pedido, con esta inscripcion: *Leonor, pobre pecadora, murió el* 19 *de enero de* 1719.

extinguirse su línea, la eleccion recaeria en los Estados; y que el rey hereditario de Hungria no se haria cargo del gobierno sino después de haberse hecho coronar.

Aquí concluye la rebelion de los húngaros y su historia. Cárlos los ganó á su partido restituyéndoles la corona de San Estéban y protegiendo á los protestantes; desde entonces aquellos turbulentos magnates han sido fieles al Austria, y en lugar de unirse á los turcos fueron para ellos temibles adversarios, hasta que los tiempos mudaron sus ideas, y la sublevacion produjo nuevas desgracias.

CAPÍTULO XXIV

ESPAÑA Y PORTUGAL.

Francia, Inglaterra y Austria, cuyas vicisitudes acabamos de seguir, se comprometen en aquella época en una guerra que cambia la faz de Europa

La España, que habia hecho temer por un momento á la Europa ser subyugada por sus armas declinaba cada dia más: inmenso bajel, que tenia su pro en el mar de las Indias y su popa en el Atlántico, pero desprovisto de remos, aparejos y piloto. Fernando el Católico habia dominado al clero, atribuyéndose el nombramiento de los beneficios; Cárlos Quinto reprimió á las comunidades con los nobles, humillando después á los nobles, que habian fundado el reino y defendido sus franquicias; Felipe II los redujo al papel de cortesanos, rodeados de riquezas, clientes, y orgullosos con poder cubrirse delante del rey, pero sin autoridad; por otra parte, la segunda nobleza se separaba de ellos para servir á la Iglesia ó á la monarquia. Habian muerto la vida casi independiente de las ciudades y el heroismo de la caballeria religiosa. Los suplicios enseñaron á las cortes á callarse; y el simulacro que se dejó subsistir de ellas pudo poner trabas al bien, pero no impedir el mal, en un pais donde *El rey lo quiere* tenia fuerza de ley. Habiéndose arrebatado á la nacion toda cooperacion en sus propios destinos, no sobrevivia más que el amor á la patria y el respeto á la autoridad.

En su continua lucha con una nacion de una fe y de una naturaleza diferentes, la España se habia aficionado á las conquistas, y se acostumbró á avasallar á los vencidos y á querer subyugarlos en lugar de gobernarlos. Esta táctica le perjudicó cuando tuvo que habérselas con los europeos. Los Paises-Bajos, el Portugal y la Italia gimieron bajo su yugo de hierro; la América fué sujetada por la fuerza, y empobrecida con las exacciones; las colonias y las provincias eran oprimidas por los vireyes, que se renovaban á cada momento, y que eran sumamente ignorantes. Con objeto de disimular Felipe II la decadencia de su imperio ó para afectar majestad, tanto él como sus sucesores, se encerraron en un suntuoso palacio, donde no se conocia al pueblo sino por relacion, y al hombre sino al través de un sombrío y rigoroso ceremonial. El inquisidor general era el primer personaje en palacio. Encontrábase comprimida la imaginacion cuando en otras partes se le abria un estenso camino. La intolerancia hizo desterrar á la industria con los judíos, y con los moros á la poblacion, que se encontró reducida á cinco millones y medio. Encontrábase la agricultura gravada por la *mesta* y amenazada de languidez en manos del clero y de la nobleza, estraños el uno por naturaleza, la otra por orgullo á toda idea de mejora. Habian llegado á tal grado las cosas, que si llegaban á faltar las flotas de las Indias, no quedaba al pais ningun recurso para atender á sus más urgentes necesidades.

Contábanse en la monarquia, en tiempo de Felipe II, trescientos doce mil sacerdotes seculares, doscientos mil de segundo orden, y el doble de religiosos regulares. Entre éstos surgian de continuo cuestiones: los inquisidores esparcian el terror en lo interior del pais, al mismo tiempo que luchaban con el papa; los obispos inmensamente ricos no se ocupaban de sus rebaños. Los grandes empleos del Estado no se desempeñaban más que tres ó cuatro años, como beneficios concedidos á la inesperiencia á fin de que pensasen sacar ventaja de ellos, sin tomarse el trabajo de adquirir la práctica. Desde el fondo de sus inaccesibles palacios, los monarcas no podian dar la vida ni al Estado ni á la administracion; su arbitraria autoridad estaba llena de trabas por los asilos y las inmunidades de los nobles y de las iglesias, de tal manera, que la seguridad y la justicia no indemnizaban

siquiera á los españoles de la pérdida de sus privilegios. Frecuentes sublevaciones eran ocasionadas por la carestia del pan; partidas de espadachines entraban al servicio de cualquier hombre rico. Un inaudito lujo, ostentado por los ricos, sobre todo en vajillas de plata, no alentaba á la industria, arrebatando capitales á la circulacion, y limitándose solamente á una ostentacion de generosidad. Si un señor ganaba dinero en el juego, le distribuia á los asistentes, de cualquier clase que fuesen. Cuando el duque de Lerma recibió en los Paises-Bajos á Gaston, hermano de Luis XIII, hacia poner en una mesa, después de la comida, dos mil luises de oro, y con este dinero era con el que jugaban el príncipe y su comitiva.

Tanto fausto ocultaba la miseria. Los doblones de España circulaban por toda Europa como consecuencia del sistema adoptado por aquel gabinete de comprar en todas partes donde habia un descontento. Los ejércitos distantes costaban enormes sumas, y aun más, porque para tener á las provincias en una recíproca sujecion, se trasladaban á los walones á Italia; á los napolitanos á Flandes, y á los alemanes á Portugal. Entretanto los soldados del pais se vestian con harapos y estaban hambrientos, la nobleza obtenia grados, pero sólo honoríficos; los oficiales se indemnizaban con el saqueo para poder entregarse á la licencia en Madrid. Adornábase pomposamente con el nombre de guardia española, alemana y walona, un conjunto de zapateros y herreros que pasaban de la tienda al palacio para servir allí de guardia. No quedaba al pais, que habia enviado cien bajeles á Lepanto y ciento setenta y cinco contra la Inglaterra, más que veinte mil soldados y trece galeras; hasta el grado que los berberiscos insultaban audazmente las costas sin defensa de Andalucia, donde capturaban las embarcaciones que se alejaban una legua de tierra; y que fué preciso tratar con un genovés para procurarse una pequeña escuadra destinada á sostener las comunicaciones con la India (1).

La literatura se estraviaba en pequeñeces. Los españoles, que se habian dedicado á la poesia como á un arte, introdujeron en ellas las sutilezas, cuyo gusto les habia sido inspirado por su contacto con los árabes. El jefe de aquella escuela (de la que salió Marini, de orígen español y educado tambien en España) fué Luis de Góngora, de Argote (1561-1627). Descontento con verse mal apreciado y mal recompensado, hizo la sátira de su época. Quiso después señalarse añadiendo al énfasis andaluz la barbarie de un lenguaje mezclado de términos árabes que se habian conservado en el pais, y de construcciones anticuadas; á esto es á lo que se llamó el *estilo culto* (2), modo pretencioso de espresarse, lleno de imágenes, tan distante como es posible de las locuciones comunes: añádase á esto nombres mitológicos sólo conocidos de los eruditos, un nuevo sentido á las palabras, inversiones, construcciones griegas ó latinas, como si el lenguaje se hubiese hecho para ocultar las ideas y no para espresarlas. Su *Polifemo* encontró muchos imitadores, exagera los defectos por la mania de decirlo todo de una manera desusada, de salirse de lo natural en la idea y en el estilo, y prodigar en cada línea las metáforas que en Marini y en algunos otros poetas italianos no aparecen sino á intérvalos.

En esta nueva senda fué en la que los escritores españoles manifestaron su ardor lleno de trabas, no dando libre curso á la imaginacion con detrimento de todas las demás facultades, y los *conceptistas* y *cultos* vencieron á los antiguos clásicos. Don Francisco Quevedo de Villegas (1580-1645), el más ingenioso de todos, tan agudo en la sátira como era permitido en tiempo de Felipe II, tuvo la pretension de escribir en todos los géneros. Célebre en las escuelas, después entre los caballeros, un duelo le precisó á huir á Sicilia, donde el duque de Osuna le empleó en importantes servicios. Tomó parte en la conjuracion contra Venecia; luego, cuando cayó el duque de Osuna, fué preso; y habiendo sido reconocida su inocencia después de tres años y medio de cautiverio, como pidiese una reparacion fué desterrado. Vueltó á entrar en favor, se vió por nuevas sospechas encerrado por dos años en un fétido calabozo, sin alimento y sin médicos. En fin, pudo hacer llegar á manos del duque de Olivares una carta, y éste mandó seguir el proceso. Aclaró su inocencia, y se le devolvió la libertad; pero sus bienes habian sido confiscados, se habia gastado su salud y murió desgraciado.

Los once gruesos tómos de sus obras forman, segun su editor, apenas el vigésimo de lo que escribió; quiso tratar todos los asuntos, y sus contemporáneos le prodigaron entusiastas alabanzas. Tenia gran talento, pero sin órden; rechazó el período contorneado entonces en moda; pero el deseo de agradar, le hizo dirigirse al efecto más bien que á la exactitud de las ideas: así es que cansa con una continua salva de antítesis, chistes y argucias. Su elemento es la sátira, en la que manifestando un talento admirable, aunque exagerado, y una razon superior, da útiles lecciones, siquiera se dirige á propagar el gusto á lo burlesco. Se le escapan epígramas muy felices aun en las obras sérias, y muchos más en su curiosísima novela del Gran Tacaño. Sus canciones *(villancicos)* eran cantadas por el pueblo. Hemos tenido curiosidad de conocer su *Tratado de la política de Dios y del Go-*

(1) *Ap.* MIGNET, *Negociaciones*, c. I, 316. Enviado Louville á España para ser ayo de Felipe V, nos presenta un triste cuadro de aquel reino. Cárlos Weiss, en su *España desde el reinado de Felipe II hasta el advenimiento de los Borbones*, asegura que la deuda pública al principio del reinado de Felipe era de 35.000,000 de ducados, y que á su muerte habia llegado á 100.000,000.

(2) Los portugueses revindican para don Sebastian el deplorable honor de haber introducido el *estilo culto*.

bierno de Cristo; pero en lugar de agudezas que debian esperarse de un hombre acostumbrado á los negocios, sólo encontramos en él una falta absoluta de práctica, y nada más que buenas intenciones, pues se limita á deducir, de grado ó por fuerza, lecciones de política de la vida de Jesucristo.

Don Francisco Moncada, marqués de Altona y duque de Osuna (1586-1635), nacido en Valencia, escribió *La espedicion de los catalanes y aragoneses contra los turcos y griegos*, es decir, la de los almogávares. Menos brillante y más simpático que Mendoza, es inferior, á pesar del estilo, al primitivo narrador Ramon Muntaner, en su encantadora sencillez.

Don Francisco Manuel de Merlo, natural de Lisboa (1611-1667) empuñó las armas como los demás historiadores españoles, y estuvo encargado por Felipe IV de escribir la sublevacion de los catalanes en 1640, en la cual tomó parte. Peleó después por la libertad de su pais. Preso por un asesinato, fué desterrado al Brasil, después volvió á su patria, donde murió. Adoptó un desgraciado asunto, tanto más, cuanto que se detuvo en el primer año de la rebelion, pero es una obra de un estilo en que la fusion de lo antiguo y lo moderno es perfecta. Habiendo caido en olvido, ha sido vuelto á publicar como obra maestra por Capmany.

La literatura dramática floreció en tiempo de Felipe IV, que la amaba y cultivaba; en prueba dc ello, basta citar á Calderon, á quien el rey, que consideraba como gran asunto las diversiones, proporcionó liberalmente medios de hacer pomposas representaciones. Solís, Moreto, Tirso de Molina, Francisco de Rojas, hombres ya conocidos de nuestros lectores, fueron el adorno de su reinado.

El castellano Esteban Villegas (1595-1669), que tradujo, y después imitó á Horacio y á Anacreonte, quiso introducir en su lengua versos á la manera latina El asunto que con más frecuencia trató, fué el del amor, y compuso madrigales (*letrillas*) que se citan por su gracia. Fuéle disputada la corona poética por Francisco de Borja y Esquilache, caballero del toison de oro, virey del Perú. Reprobando el gongorismo, se alababa «de seguir el camino intermedio, desterrando las espresiones fastuosas, la sencillez trivial y una oscuridad afectada.» Pero su correccion fué muy fria, y sólo los cortesanos tributaron alabanzas á su poema de *Nápoles conquistada*. Asimismo fué un gran señor Bernardino de Rebolledo, que tomó parte en la guerra de los Treinta Años, y fué después embajador en Copenhague, donde cantó las *Selvas danesas*. Puso en verso el arte militar (*Selva militar y política*), y compuso además varias piadosas poesias (1676). Juan de Jáuregui, caballero de Calatrava, de una ilustre familia de Vizcaya, se aficionó en Italia á la pintura y á la poesía, tradujo la *Aminta* y la *Farsalia*, que fueron mejor acogidas que sus demás obras (1688).

Baltasar Graciano, padre de un ilustre prosista, examina en el *Criticon* los treinta y ocho períodos de la vida: pone en escena á personajes é incidentes muy variados, con mucha estravagancia cómica; sólo la abundancia de imaginacion causa en ella cansancio. Publicó los preceptos del gongorismo, en el *Arte de pensar y escribir con talento*, en el que sostiene que no se debe ser vulgar en nada, ni en literatura, ni en moral; en su consecuencia, introdujo tambien el estilo *culto* en la elocuencia mística. Encareciendo, pues, las sutilezas de sus antepasados, redujo la antítesis á arte, pues «la naturaleza puede inspirar á veces semejantes ideas á un talento agudo; pero sólo el arte puede ponerle en estado de producirlas cuando le agrade. Ahora bien, si el que apenas sabe comprenderlas es un águila, el que sepa producirlas será un ángel; y es una ocupacion digna de querubines, y superior á la humanidad, la que nos eleva á una clase de seres superiores.»

No pasaremos en silencio á sor Juana Inés de la Cruz, monja de Méjico (1614-1695), que hizo himnos sagrados de los cuales muchos fueron cantados en las iglesias mejicanas. Tambien compuso varios *autos* por el estilo de Calderon, entre los cuales se distingue el *Divino Narciso*, alegoria mística destinada á representar el esposo celestial. Sin embargo, lo hinchado y vacío crecian cada vez más, como para ayudar á la imaginacion que sucumbia á fuerza de trabas. Cuando se conoció después que se habia seguido una falsa senda, todos callaron; y aquella nacion llena de actividad, quedó entregada á la inercia literaria y al entorpecimiento político.

Felipe IV.—Felipe IV procuró en sus cuarenta y cinco años de reinado (1621-65) reponer la nacion; pero no consiguió más que despertar las causas adormecidas de guerra; y las consecuencias de los antiguos errores políticos se hicieron sentir cada vez más, á pesar de todo lo que hizo para disminuirlos el conde-duque de Olivares. Aquel ministro, no menos ambicioso que Richelieu, con más conciencia, no reunió tesoros, satisfecho como estaba con sus posiciones. Persuadiendo á Felipe que los cuidados del gobierno eran una pesada carga é indigna de él, escitó, por el contrario, en el rey, el gusto á goces reservados á su elevada categoria, y le dirigió á su antojo, fingiendo no obrar sino bajo la inspiracion del consejo de Estado (1624). Hizo, con objeto de restablecer la arruinada hacienda, un reglamento que manifiesta el mal y la ineficacia del remedio. Pudo reducir á una tercera parte los empleos de la judicatura, tan escesivo era su número. Limitó á un mes las prolongadas permanencias que hacian en Madrid los prelados y los nobles de las provincas; prohibió todo dorado en los muebles y utensilios, emplear oro ó plata, en galonear las telas de seda ó lana, la seda en las capas ó trajes de casa, la introduccion de vestidos, instrumentos y alfombras fabricadas en los Paises-Bajos; prohibió en fin, usar encajes, vestidos de

otro corte, y cuellos más largos ó anchos que la medida prescrita. Un padre que tuviese desde 200,000 á 500,000 maravedises de renta, no podia dar á su hija en dote más de la quinta parte de esta suma. A los que se casaban antes de los diez y ocho años, se les esceptuaba de contribuciones por cuatro, y al padre de seis hijos por toda su vida. Prohibióse emigrar, sopena de confiscacion. Los católicos se veian comprometidos á ir á fijarse en España, y nadie podia trasladarse sin permiso á Madrid ó á Sevilla (3).

Vése, pues, cuál era la miseria de España. Los demás paises aumentaban contínuamente en riqueza, para procurarse más goces; y los españoles se creian obligados á poner obstáculos hasta á los más inocentes actos con la idea de perjudicar á la industria extranjera, en lugar de pensar en reanimar la suya. Como las cortes trataban de evitar el aniquilamiento del pais, Olivares habia formado un estenso proyecto que consistia en procurarse rentas fijas, y un ejército de ciento cuarenta mil hombres. Castilla y América debian proporcionar cuarenta mil, los Paises-Bajos doce mil, Aragon diez mil, Portugal diez y seis mil, otros tantos Nápoles y Cataluña, Milan ocho mil, Valencia, la Sicilia, las islas del Océano y del Mediterráneo, seis mil cada una. Este proyecto era el más propio para fundir tantos pequeños Estados en una gran monarquia; pero ¿cómo esperar que todos renunciasen á sus libertades particulares que tanto amaban? Esta era una utopia, y como tal permaneció. Tuvo el ministro que recurrir á ruinosos impuestos, suspender el pago de los intereses, alterar las monedas, y hacerse conceder por el papa la percepcion de los diezmos.

En aquella época los galeones procedentes de América eran con frecuencia capturados por el enemigo. El duque de Berghen intentaba fundar en los Paises-Bajos una república semejante á la de los Estados Generales, y unirse á ella, lo que produjo persecuciones y muchos descontentos; Nápoles elegia un pescador por rey; y los amotinados catalanes, desde el momento en que Olivares se habia propuesto su plan, agriados por las cuestiones del ceremonial que fomentaba la Francia, no admitian treguas. Habiéndose apoderado Condé de Salses, que es la ciudad más septentrional del Rosellon, se armó á los catalanes para recobrarla, pero como no manifestaban bastante celo (1640), se mandaron tropas á su pais para que viviesen en él á discrecion. Sus diputados que fueron á reclamar sus inmunidades, juradas por el rey, fueron recibidos con altivez por Olivares, que exigia de ellos, en contra de las constituciones, seis mil hombres para enviarlos á Italia, así como los italianos servian en España. Sublevároнse, pues, los catalanes, degollaron á los modeneses; y el dia del Corpus se entregaron en Barcelona al saqueo y al asesinato, gritando: *¡Viva la santa fe! ¡Muera el gobierno!* Enviado el marqués de Velez para reprimirlos, se portó con tirania; de lo que resultó, que reducidos los catalanes á la desesperacion, reclamaron socorros de la Francia, sometiéndose á su soberania, reservándose sus derechos, y establecieron un gobierno particular. De aquí procedió una guerra que continuó con diversas probabilidades hasta 1651; pero el implacable valor de don Juan de Austria, hijo natural del rey, triunfó por último: de nuevo fué sometida la Cataluña á la España (1659); después la paz de los Pirineos determinó los límites entre esta monarquia y la Francia.

Portugal.—Margarita de Saboya, duquesa de Mántua, y prima del rey, gobernaba el Portugal, que sufria hacia sesenta años el yugo de la España. Pero como aspiraba siempre á la independencia, era necesario sujetarle con fortaleza. Considerándole al mismo tiempo los holandeses como propiedad de la España, le arrebataban sus posesiones en la India, ocupaban las Molucas, se establecian en Java, Ceilan y el Japon; tanto, que cuando la tregua de 1609 excluyeron el pabellon español de todos los mares allende del Ecuador, Abbas, rey de Persia, arrebató al de Ormuz lo que poseia en el continente, y ocupó á Gaeixoma, de donde aquella isla recibia el agua potable y los comestibles. Los ingleses habian llegado últimamente á aquellos mares: prometióles que les cederia todos los prisioneros cristianos y la mitad del botin si querian ayudarle á arrojar á los portugueses, que impedian á todo buque asiático comerciar con la Persia por no querer hacer á Ormuz depósito de su mercancia. Fueron, pues, atacados los portugueses en Ormuz (1623), donde en vano se defendieron; tuvieron, pues, que rendirse, y la isla quedó reducida á un desierto. De esta manera satisfizo la envidia de los ingleses, pero no su ambicion; pues Abbas no les cumplió ninguna de sus promesas.

La compañía holandesa para el comercio de las Indias occidentales se habia apoderado tambien

(3) Los recuerdos artísticos ofrecen un ejemplo de la increible falta de dinero que habia en España. El gran duque Fernando II, en 1639, mandó hacer un caballo de bronce para el rey de España, y pagó los gastos de trasporte y embarcacion hasta Cartagena. Agradó mucho este regalo al rey y al conde-duque, pero no tenian dinero para llevarle al Buen Retiro, donde debia colocarse; ni pudieron encontrarle hasta que el gran duque mandó á los artistas que le habian conducido que se volviesen. Y habiendo mandado el conde-duque á Pedro Tacca, autor del caballo, que hiciese cuatro leones para ponerlos á su alrededor, el gran duque le permitió admitir esta obra, pero le aconsejó que se hiciese pagar adelantado. V. GAYE, cart. III, 543.

Es tambien notable, que mientras Fernando Tacca, hijo del escultor, estuvo en España para colocar el caballo, fué empleado por don Luis de Haro y por el conde-duque para hacer venenos, pedidos por el rey Felipe. El embajador florentino en Madrid, al referir esto al gran duque, dice que Tacca los hizo de dos clases de tabaco y de arsénico, y que creia debian emplearse contra el duque de Medina-Sidonia, que se decia queria hacerse rey de Andalucia, y contra otros grandes sospechosos al conde duque.

del Brasil (1630), por donde el gobernador Juan Mauricio de Nassau estendió sus conquistas. De esta manera pudo dar una descripcion y una carta del país; ocupó después á San Jorge de la Mina, en Africa, con objeto de sacar negros de aquella importante colonia. Descontentos los bonzos en el Japon, habian hecho que el usurpador del trono permitiese á los flamencos establecer allí una factoría, y aquellos recien llegados ofrecieron cañones á los naturales para arrojar á los portugueses (1637).

A medida que los portugueses perdian fuera sus riquezas y gloria, la opresion se aumentaba en su reino. Los privilegios que Felipe II habia jurado sostener eran violados; los empleos, los beneficios, arrendados y vendidos; arruinado el comercio y la agricultura por la imprevision de las leyes españolas é interés de la nacion dominante. Los dominios de la corona habian sido enajenados: dos mil cañones y trescientos buques llevados á España con el objeto de que, debilitado el país, no pudiese pensar en libertarse.

Margarita obedecia á la influencia de dos de aquellos renegados, que en todos los paises conquistados procuran hacerse perdonar la culpa de haber nacido en ellos oprimiendo á sus hermanos: éstos eran Pedro Suarez y Miguel de Vasconcellos; el primero, presidente del consejo de Portugal en Madrid; el segundo, secretario de Estado en Lisboa. Avasallados á Olivares, y deseosos de abatir á la nobleza portuguesa para oprimirla, pensaban en desembarazarse de Juan, duque de Braganza, que propietario de una tercera parte del territorio del reino (4), tenia, como hijo de Catalina, pretensiones al trono. Desde el primer momento de la conquista, la Francia no dejó de fomentar en los portugueses el amor á la independencia, y en los Braganzas la ambicion, para perjudicar á la España, y quitarle el nuevo reino. La ambicion de su padre y de su abuelo parecian haber producido indiferencia en el duque, hombre de gustos pacíficos y que carecia de la energia que reclaman las grandes tentativas; pero fué animado á secundar los votos del país por el doctor Pinto Ribeiro, intendente de su casa. Concibiendo Olivares sospechas con respecto á él, le ofreció el gobierno de Milan; pero el duque se negó á admitirlo; designóle para inspeccionar los castillos y fortalezas, dando órden á los comandantes y almirantes de asegurarse de su persona, pero Juan no viajó sino bien acompañado. Invitóle á ir á Madrid á dar cuenta de su mision; el duque mandó hacer magníficos preparativos, pero dilataba de dia en dia su marcha.

(4) Marino Siculo, que escribia en tiempo de Juan II *de las cosas memorables de España*, publica las rentas de las principales casas portuguesas, que consistiendo en bienes inmuebles, debian alterarse muy poco en un siglo. Segun él, la casa de Braganza tenia 40,000 cequíes de renta; el marqués de Villarcal 15,000, el conde de Marialba 12,000, etc.

Juan IV de Braganza.—Habiéndose sublevado entonces los catalanes, el conde-duque invitó á los portugueses á marchar contra ellos. Repugnábales aquella espedicion, pues se trataba de pelear contra los hombres que hacian lo que ellos mismos deseaban ejecutar; pero con aquel pretexto se reunia la nobleza, y se procuraba armas ejercitándose en su manejo. Rodrigo de Acuña, arzobispo de Lisboa, y otros influyentes personajes estendian la conspiracion hasta las filas de la clase media; la mujer del duque de Braganza determinó á su marido á entrar en ella (1640). Convínose que todos los conjurados reunirian en su casa á sus parientes y amigos, y les darian parte de lo que se preparaba; después, sin dejar á nadie el tiempo de reflexionar ó arrepentirse, se ejecutaria. Pasaron las cosas como se habian convenido. La guardia *alemana* fué sorprendida á los gritos de *¡viva el rey Juan!* y Vasconcellos asesinado por el enfurecido pueblo (1.º diciembre). Presa la regente, fué tratada con respeto, las demás ciudades imitaron á Lisboa; las colonias, escepto Ceuta, reconocieron á Juan IV; y la revolucion se verificó con tanto acuerdo y tan poca sangre, que seria de desear que todas fuesen del mismo modo (5).

Cuando la reunion de las cortes (28 agosto 1641), los tres Estados, el clero, la nobleza y el pueblo, declararon que la soberania les pertenecia, y que proclamaban á Juan IV en virtud de la autoridad y el derecho que tenian de determinar, ordenar, establecer conforme á la justicia, que sólo el reino era apto para juzgar y declarar la legitimidad de la sucesion en caso de duda entre los pretendientes; y hasta de relevar á los súbditos de la obediencia cuando el rey se hacia indigno de ella. Después de la esposicion de los derechos jurídicos de Catalina, hija del infante Duarte y madre de Juan de Braganza, los Estados eligieron á aquel príncipe, anulando el juramento prestado á Felipe, en atencion á que aquel monarca habia violado las condiciones, «cualidades y medios, que, segun la jurisprudencia, basta para que un rey cese de merecer el cetro.» En aquella ocasion presentaron al rey un *capítulo general*, en el que reclamaban varias disminuciones de cargas. Estipulóse en él que el reino no podria nunca pasar á un extranjero ó á una persona nacida de un rey extranjero, demostrando la experiencia que no se podian gobernar bien varios reinos reunidos. Obligóse al juramento al heredero eventual, y se le hicieron donativos segun el voto espreso del clero, de los bienes de la casa de Braganza, con objeto de que llevase el título de príncipe del Brasil y duque de Braganza. Estos son los derechos que hemos visto reclamar por las cortes en 1828.

Aun no habia penetrado ninguna noticia de la

(5) BALT. BIRAGO, *Historia de la revolucion del reino de Portugal.*

CAYET PASARELLI.—*Bellum lusitanum.* Lion, 1684.

sublevacion en la prision real en que Felipe IV permanecia confinado, cuando Olivares entró con un aspecto alegre en las habitaciones del rey diciéndole: «Vuestra majestad acaba de ganar un gran ducado, y doce millones en propiedades.—¿Cómo?—Se ha vuelto loco el duque de Braganza y se ha dejado proclamar rey de Portugal; sus bienes volverán, pues, al fisco.» Afectando Felipe igual serenidad, contestó: «Que se provea.»

No era cosa tan fácil. La España se encontraba en guerra con la Francia, con los Paises-Bajos y con los sublevados catalanes; así es que no pudo nunca enviar á Portugal más de quince mil hombres; y éstos eran más bien alemanes, walones é italianos que españoles (6). No tenia buques de guerra en estado de atacar por mar ni de impedir los socorros extranjeros, y faltaba el patriotismo. Recurrióse, pues, á la intriga. Los descontentos y envidiosos, que una revolucion deja siempre tras sí en tan gran número, urdieron una trama en la que entraron los judíos. Tratábase de incendiar el palacio, la escuadra portuguesa y asesinar al rey. Pero descubrióse la conspiracion, y algunos de los conjurados fueron sentenciados á muerte; el arzobispo de Braga y el gran inquisidor fueron condenados á encierro perpétuo. El pueblo, á quien se le hizo creer que los españoles tenian intencion de deportar á todos los portugueses á América, se irritó vivamente. Empeñóse entonces la guerra; y la Francia, la Suecia, la Holanda, y después la Inglaterra formaron una liga con Juan IV. Limitándose este príncipe á sostenerse, no amenazó á la España, contentándose con defenderse con sus propias fuerzas. Para vengarse de él la España, indujo al Austria á poner preso al príncipe Duarte, su hermano, que servia en el ejército imperial; trasladósele á Milan, y habiendo tenido que comparecer ante una comision militar, hubiera sido condenado á muerte, si no hubiese muerto durante el proceso.

Pero si Juan IV habia sido ascendido al trono por el voto del pueblo, encontraba en el reino arruinado por sesenta y un años de servidumbre, sin ejército, sin buques y sin artilleria. Al momento estableció fábricas de armas y pólvora; algunos barcos cogidos á lós españoles sirvieron de marina; hizo acuñar moneda con los metales que proporcionó su propia casa, y al momento la nobleza, el clero y el pueblo se apresuraron á imitarle. Nueve buques españoles cargados de géneros de Oriente que habian entrado en el Tajo sin saber nada de la revolucion, fueron capturados. Las córtes concedieron generosamente subsidios, y de esta manera se pudo ayudar á los franceses en la guerra contra la España.

Juan IV concluyó en el Haya con la Holanda, que habia despojado á los portugueses de Manaar y de la pesca de las perlas en la costa de Coromandel, una tregua por la cual se comprometia á pagarle, por la restitucion del Brasil, ocho millones de florines, ó el equivalente en tabaco, sal ú otros géneros, dejando á los Estados Generales el comercio del pais, escepto el de madera de tinte. Las hostilidades debian cesar con la publicacion de esta acta. En su consecuencia, los holandeses mandaron que un barco se diese á la vela para llevar en secreto el aviso; é ínterin se publicó oficialmente el tratado, ocuparon el cabo de Buena Esperanza y Ceilan.

Cuando Juan IV envió á prestar homenaje en su nombre á Urbano VIII, el embajador español protestó, (aunque la corte de Roma tenga la costumbre de considerar á los gobiernos de hecho) para que el ministro portugués no fuese recibido por el Santo Padre. Hasta le hizo atacar en las calles por los espadachines que tenia en su comitiva, y pretendiéndose ofendido, pidió satisfaccion: aun más, cuando marchó hizo ir tropas á Nápoles con objeto de poder vengarse. Para conjurar la tempestad se decidieron á despedir al enviado. Violencias del mismo género se renovaron en tiempo de Inocencio X, que tuvo la debilidad de no reconocer nunca a Juan IV; tanto, que no quedaban ya en Portugal ni en las colonias más que un obispo: sin embargo, el rey no se atrevia á usar de las enérgicas medidas que le aconsejaban las universidades. Todo se arregló cuando la España reconoció la independencia de Portugal (1668). Verificóse tambien entonces la paz con los Estados Generales; y en virtud de aquel tratado, los portugueses recobraron el Brasil, pero perdiendo las Molucas, Cochin, Ceylan, el cabo de Buena Esperanza, y todo aquello de que los holandeses se habian apoderado en las Indias orientales (1669).

Recobraba, pues, el Portugal su independencia, pero habia perdido su gloria. El pueblo y la nobleza habian marchado de comun acuerdo, porque la nobleza no habia nacido de la conquista, sino de la libertad, y porque el heroismo personal habia hecho primero á los portugueses emancipar á su patria, y llevar después sus estandartes á las costas de Africa, Asia y América. Ya habia pasado el tiempo del valor personal; libres ya los portugueses, encontraron ocupado el mar por el comercio y la industria, y no por aventureras correrias, y además á poderosas rivales poseedores del campo en que habian dominado despóticamente. Envainaron de nuevo la espada, y sin recordar más que aventuras brillantes, con pena se resignaron al trabajo, conservando su vanidad, cuando ya no existian los motivos que la habian producido.

(6) El arzobispo de Embrun, embajador en Madrid, escribia en estos términos: «Habiendo desacreditado don Juan (el bastardo ya citado) el valor de la nacion española creyéndola degenerada, de la reputacion que tuvo en otro tiempo, diciendo que tienen más bien necesidad de personas para labrar la tierra y conservar las Indias, se ha adoptado la resolucion de sostener pocos regimientos españoles y servirse lo más posible de extranjeros... Apenas se ven gentes de elevada clase en todo el ejército; y nadie va á él sin estipular antes ventajas particulares.»

Conociendo los príncipes de Braganza cuánto debian á la nobleza portuguesa, tuvieron celos de ella, y se dedicaron á rebajarla. A los valientes campeones sucedieron los caballeros clasificados por categorias en la corte en medio de envidias é intrigas. En semejante clasificacion de dependencia, nada activo se desarrolló y no se vió formarse el tercer estado que en los demás paises reemplazó el feudalismo.

Alfonso VI.—Juan IV murió á la edad de treinta y dos años (1656), y á aquel rey débil sucedió el jóven Alfonso VI, que paralítico é imbécil, decia lo que pensaba; se complacia con las gentes vulgares y las mujeres de baja clase, sólo por divertirse con sus dichos y embriagarse con ellas. Si su madre Luisa de Guzman no fomentaba sus desórdenes, los ponia en evidencia para continuar en el ejercicio de la regencia; pero empuñó las riendas del Estado (1662), y no varió de conducta. Diósele por mujer la princesa Maria de Saboya, hija del duque de Nemours, tan ambiciosa como hermosa, que habiéndose enamorado del príncipe Pedro, su cuñado, dispuso é intrigó de tal manera, que el rey *en virtud de su poder absoluto*, abdicó en favor de su hermano (1667); revolucion hecha sin el menor motivo y sin que la nacion tuviese el menor interés por ella. El pretendido déspota confirmó tal vez por fuerza la declaracion hecha por la reina; y Pedro consiguió de esta manera la corona y la mujer de su hermano. Para evitar el papa el escándalo, sancionó los hechos consumados ya (1683).

Pedro, que se habia inclinado al principio á la Francia por afecto á Maria, dió después de su muerte la preferencia al Austria, y se casó con la princesa palatina Maria Sofia, hermana de la emperatriz. Como no habia recibido educacion, no amaba más que los ejercicios corporales, y detestaba tanto el vino como se inclinaba á la licencia. La melancolía que le atacó concluyó por convertirse en locura. En su reinado se fundó la colonia de la Plata (1706); por lo demás, la administracion de las rentas fué digna de elogio. Si la tentativa de invasion en Inglaterra habia aniquilado la marina española, la ocupacion de Portugal, y después de la pérdida de este reino, arruinaron su hacienda. Las rebeliones y reveses que el pais acababa de sufrir se atribuyeron al rigor de Olivares, contra quienes se comenzó á intrigar, para hacer que Felipe se libertase de una tutela á la que se habia acostumbrado. Consiguieron su objeto. Olivares fué depuesto (1643) y Luis de Haro, su sobrino y principal artífice de su ruina, heredó su autoridad. Hizo excelentes reformas, favoreció la agricultura, las artes y las letras. Continuó la guerra contra Portugal, sometió la Cataluña, y negoció la paz de Westfalia, como tambien la de los Pirineos, que fué, por parte de la España, una declaracion de impotencia. Felipe, rey incapaz, pero hombre benigno y piadoso, era tan grave, que no se le vió reir tres veces en su vida. Perdonó á un individuo que habia atentado á su vida, y tembló cuando le hizo la proposicion un cortesano de envenenar al rey de Portugal. La adulacion era la enfermedad de la época, hasta el grado de que cuando aquel príncipe perdió el Portugal, el Rosellon, Cataluña, las Azores y Mozambique, se le dió por divisa un agujero con esta palabras: *Cuanto más le quitan más grande es.*

Carlos II de España. — Sucedióle su hijo Carlos II, de edad cuatro años (1665), bajo la tutela de su madre Maria Ana de Austria, dirigida ésta por el jesuita aleman Neidhard. Con los años Carlos II llegó á ser un príncipe tan débil de cuerpo como de espíritu, y enteramente desprovisto de voluntad. Por el contrario, el bastardo Juan poseia una enérgica ambicion, y tenia deseos de vengarse de las perpétuas contrariedades que habia tenido que sufrir de su madrastra; suscitó facciones, y precisó á Maria Ana á despedir al jesuita Neidhard, que *satisfecho con salir desnudo de donde habia llegado desnudo*, se retiró á Roma, y recibió allí el capelo de cardenal. Habiendo llegado á su mayoria Carlos II (1675), se entregó á don Juan, que le hizo instrumento de sus odios y de su turbulenta ambicion. Buen soldado, mal administrador, no supo mejorar la hacienda sino vendiendo los empleos. Desterró á la reina Maria Ana á un convento, y se vió precisado á aceptar la paz de Nimega, que como todas las demás arrebató á la España nuevas posesiones.

Con objeto de mortificar á los que combatian á la Inmaculada Concepcion, hízose en la época de su administracion, en Granada, una figura de Maria con aquellos incrédulos á sus piés. Tratóse gravemente la cuestion de si convenia atribuir á santa Teresa el patronato de la España, ó conservarlo á Santiago: venció el santo á la santa; pero después de la batalla de Rocroy, le unieron á san Miguel.

Cuando murió don Juan (1679), la administracion perdió hasta la unidad. Aceptáronse los sueños de todos los artífices de proyectos, aumentóse la miseria del pueblo, y con ella la incapacidad del rey. Habiendo oido predicar á los economistas que era perjudicial la alteracion de las monedas, dispuso que las de cobre volviesen á tener su valor intrínseco. Pero como habia por valor de quince millones en circulacion, este repentino desmérito produjo dos males que rara vez están juntos, la falta de numerario y la escasez de víveres. Con objeto de remediarlo, dispuso el rey que quedase sin circulacion aquella moneda, con la promesa de reembolsar á los seis meses su valor en especie; pero todo el mundo conoció la imposibilidad, y la condicion del pais empeoró cada dia más. Los extranjeros se aprovecharon de ella, sobre todo cuando los grandes se vieron precisados á vender y á enviar su vajilla á la casa de moneda. De todas las partes del mundo acudian gentes para alcanzar algo de aquel barco que naufragaba; los que no tenian otro medio de lucro, se armaban en corso para atacar á los galeones de Amé-

rica, y apoderarse de los metales que la España hacia estraer á sus espensas. Para sacar mejor partido de las rentas, se arrendaban á judíos tolerados por la inquisicion, por su habilidad práctica, y que no pudiendo ser propietarios en la península, enviaban sus capitales al extranjero. Se habian anticipado varios años sobre las rentas: muchos empleados se retiraron de la corte, porque no habia bastantes víveres para saciar su apetito; desertaban los soldados de las fronteras; los fondos de la marina se habian gastado en otras necesidades, los gobernadores abandonaban las provincias para ir á Madrid á solicitar los sueldos que no conseguian cobrar á fuerza de cartas, y el rey no pudo hallar dinero para el viaje anual de Aranjuez, que no está más que á siete leguas de distancia.

CAPÍTULO XXV

SUCESION ESPAÑOLA.

Luis XIV habia hecho contraer matrimonio á Cárlos II con Luisa de Orleans, su sobrina, considerando en esto únicamente el trono en que la colocaba, y no su inclinacion. Con motivo del matrimonio de la jóven princesa, se le dió entre otras fiestas el espectáculo de un *auto de fe*, en el que fueron quemados veinte y dos herejes, y figuraron otros setenta desgraciados condenados á diferentes penas. Pero habiendo sido estéril aquella union, comenzaron las intrigas por parte de los que ambicionaban aquel arruinado reino; es cierto que aun comprendia á Nápoles, Sicilia, Milan, Flandes, Méjico y el Perú, con las islas del Océano, del Mediterráneo y del mar de las Indias.

Existia competencia entre Francia y Austria, en atencion á que esta última potencia pretendia reemplazar la línea separada de su tronco en tiempo de Felipe II; tanto mas, cuanto que Margarita Teresa, hermana de Cárlos II, se habia casado con el emperador Leopoldo. Pero Luis XIV habia tambien contraido matrimonio con Maria Teresa, que era otra hermana del rey de España, y la renuncia positiva de esta princesa era considerada como nula desde el momento en que perjudicaba, no debiendo dañar además los derechos de los príncipes descendientes de aquel matrimonio. Estos diferentes derechos complicaban la cuestion. Segun los términos del Pacto de familia, á falta de varones, una rama reemplaza á la otra en la casa de Austria; pero la ley española admite las mujeres á la sucesion. Si la renuncia de Maria Teresa era válida, la herencia recaia en Margarita Teresa; esta princesa no habia dado al emperador más que una hija, casada en la casa de Baviera. A ella, pues, era á la que correspondia la España. Leopoldo habia, sin embargo, obtenido la cesion completa á título de heredero, por haber nacido de Mariana, hija de Felipe III y tia de Cárlos II, en atencion á que la sucesion eventual se habia asegurado á esta princesa cuando su matrimonio, con esclusion de los hijos que naciesen en Francia de su hermana menor, madre de Luis XIV.

Debatíanse, pues, de esta manera los destinos de tantos pueblos, como un proceso entre abogados rivales, y las cuestiones de derecho se mezclaban á la política, sin que se cuidasen en pensar que los españoles debian al menos ser consultados, tanto más, cuanto que tenian sus cortes (1).

Siglo y medio hacia que las dos casas de Austria y de Francia se contrariaban mútuamente, ora en una lucha abierta, ora por el favor que concedian una y otra á sus enemigos. Todos los tratados de paz habian sido treguas entre estas dos potencias, y hasta sellados por matrimonios, pero sin sinceridad ni duracion. El espanto que la Europa habia concebido al ver la desmesurada ambicion de Cárlos Quinto y á los príncipes austriacos ocupar tantos tronos en ella, y aun ambicionar los demás, hizo se considerase á la Francia como una libertadora cuando se levantó contra su rival con intencion de debilitarla. Concluyéronse, pues, los tratados de Westfalia, Aquisgram, Nimega y los Pirineos en detrimento del Austria, y tan pronto le arrebataban alguna de sus posesiones, como se reconocia la emancipacion de sus rebelados súbditos.

Encontráronse entonces invertidos los papeles. Segura ya la Europa de la ambicion austriaca, temió de las pretensiones de Luis XIV á imponer la ley á los demas, á adquirir la supremacia en Eu-

(1) Pueden consultarse principalmente sobre aquella importante época las *Negociaciones relativas á la sucesion de España en tiempo de Luis XIV* por MIGNET; Paris 1835, 4 tomos.

ropa, y á unir á su monarquia los paises sobre los cuales podia pretestar la menor apariencia de derecho. Pero ambicionaba con mas particularidad la España, y puede decirse que durante todo su reinado se propuso por objeto el adquirirla. Tan impotente Cárlos II de espíritu como de cuerpo, no esperimentaba otra pasion que su odio á los Borbones, odio que le habia inspirado una madre austriaca; no podia oir sin disgusto á los loros de la reina que hablaban en francés, y agradeció á la duquesa de Terranova el haber ahogado uno de ellos. Cuando murió su primera mujer (y aun entonces se sospechó que habia muerto envenenada), se casó con una cuñada del emperador, enteramente partidaria de este soberano; pero ya viejo á la edad de treinta y seis años, no tuvo hijos de aquella princesa, y las esperanzas de los que aspiraban á su herencia se aumentaron.

No ignoraba Cárlos II los vergonzosos manejos de que era objeto durante su vida su sucesion: pensó, pues, en disponer del reino por testamento, como si un rey tuviese este derecho en un pais en que existen leyes (1696). Designó por su heredero al príncipe elector de Baviera; pero Leopoldo consiguió separarle de esta resolucion, y hacerle prometer el trono de España á un príncipe austriaco, á condicion de ir á defender á Cataluña á la cabeza de un gran ejército. La lentitud alemana dejó tomar la iniciativa á Luis XIV, que conociendo, no obstante, la dificultad de apoderarse de todo, propuso una particion por medio de uno de aquellos tratados secretos, deshonor de la diplomacia de los dos pasados siglos, y que no son posibles sino en el absolutismo. El príncipe de Orange, cuyo dominio se estendia por Inglaterra y Holanda, era favorable á una desmembracion que no hubiera engrandecido mucho al Austria ni á los Borbones; y este partido, aunque sin dignidad, hubiera al menos evitado á los pueblos una guerra de que no podian sacar provecho. Pero Cárlos II concibió al informársele de este plan, toda la cólera de que su alma tímida era susceptible, y nombró de nuevo al príncipe bávaro por su heredero. La España, que nada temia tanto como verse reducida á provincia, se consideraba satisfecha con la eleccion cuando murió el jóven príncipe (1699).

Fueron entonces más vivos los manejos. Con la esperanza Leopoldo de obtener toda la herencia para su hijo segundo, exageró sus pretensiones, y se negó á la antigua particion. Desconsolado Cárllos II con la idea de que se fraccionaria su monarquia, consultó á teólogos, jurisconsultos y al papa. Mas, irritado el pontífice contra Leopoldo, y creyendo que resultaria la libertad de Italia de la debilidad del Austria, emitió como los doctores un parecer favorable á la Francia. Sosteniendo los austriacos que Cárlos II estaba hechizado, le enviaron un exorcista; este paso contribuyó á abatir más al desgraciado rey; pero indignado el pueblo, arrojó á los charlatanes que le perseguian; las pesadas y puntillosas intrigas del embajador aleman fueron destruidas por la flexibilidad y magnificencia francesa. Se hizo concebir á la reina la esperanza de casarse con el delfin; manifestóse á Cárlos cuán importante era para conservar la integridad del reino, el que venciese sus antipatias. El partido español temia que aquellos vireyes y numerosos consejeros, de que la nobleza sacaba un nuevo lustre, no fuesen arrebatados de Madrid: además, odiaba á los austriacos porque estaban en la corte hacia varios años, al paso que deseaba á los franceses porque no existian en ella, y que parecian los únicos capaces de asegurar la integridad de la monarquia. Decidióse, pues, Cárlos II en un nuevo testamento á reconocer los derechos de Maria Teresa, y llamó al trono á Felipe de Anjú, hijo segundo del delfin: de esta manera dió la razon á la Francia, y al mismo tiempo aseguraba á la Europa de una reunion eventual entre la Francia y la España.

Tomadas estas disposiciones, murió Cárlos II, y con él se estinguió la rama austro-española (1700), dejando en el último grado de abatimiento aquel reino que habia recibido en el colmo de la grandeza. Satisfechos los españoles con no ver desmembrado su pais, enviaron el testamento del difunto á Luis XIV. ¿Pero debia éste aceptarle? La particion que anteriormente habian acordado hubiera sin disputa unido á la Francia una estension considerable de territorio con el apoyo de la Holanda y de la Inglaterra: aceptando, por el contrario, el testamento, se mostraba desleal con sus aliados; pero aseguraba á su nieto la totalidad de la monarquia española. Por otra parte, Leopoldo esperaba igualmente adquirir toda aquella sucesion; y después de haber reconocido de ningun valor las renuncias impuestas á Luis XIII y á Luis XIV, las declaró valederas cuando creyó poder fiarse en la envidia de toda la Europa. Su casa, que se habia elevado á tanta grandeza á fuerza de arte y tiempo, no podia acostumbrarse á la idea de ver una parte tan notable de posesiones, consideradas como dominios de familia, pasar á rivales á quienes habia disputado durante tantos siglos algunos piés de terreno en los Pirineos y en las orillas del Rhin.

Preveíase, pues, una guerra, y por esto madama de Maintenon era de parecer de no aceptar el testamento. Vaciló Luis XIV ante la ruina de la Francia, que se le hacia entrever como un resultado posible de la aceptacion. Pero venció *su gloria*; y dirigiéndose á Felipe de Anjú, le dijo: *Hijo mio, el rey de España os ha nombrado rey; los grandes os llaman, los pueblos os desean, y yo consiento. Acordaos sólo de que sois francés.* Presentóle después á la corte diciendo: *Hé aquí el rey de España; ¡ya no hay Pirineos!*

Felipe V.—Acogido Felipe con fiestas, hizo su entrada en Madrid (14 abril 1701) á donde llegó con una instruccion de su abuelo sobre el modo de gobernar, y cuyas principales recomendaciones son las siguientes: Restablecer los seminarios para

dar mejor direccion al clero, aunque sin confiar la direccion á los jesuitas, para no herir á los dominicos; impedir los progresos del jansenismo, y el exceso de la autoridad pontificia; tolerar las supersticiones, pero no dejarse arrastrar por ellas; obrar con prudencia, con respecto á la inquisicion, aunque procurando dulcificarla; adoptar por confesor á un jesuita, pero sin dejarle mezclarse en los asuntos temporales; conservar la paz con objeto de fortificar la monarquia; no hacer un mal *positivo* para obtener un bien; no emprender bienes de que puedan resultar grandes males; no casarse nunca con una austriaca. Luis XIV terminaba con estas palabras: *Concluyo con daros un consejo de los más importantes. No os dejeis nunca gobernar por otro; no tengais favorito ni primer ministro; interrogad y escuchad al consejo, pero decidid vos mismo. Dios que os ha hecho rey, os dará suficientes luces mientras vuestras intenciones sean rectas.*

Luis XIV llegaba al colmo de su prosperidad, añadiendo á un reino rodeado de gloria otra monarquia que proporcionaba gobernar á su nieto una gran parte de la Europa y la mitad de la América. Poco les importaba á los potentados en quien habia de recaer la España, con tal que no fuese ni en la Francia ni el Austria, tanto más, cuanto que su atencion se fijaba entonces en la guerra que habia estallado en el Norte. El emperador habia irritado al elector de Baviera negándose á restituirle los subsidios, que habia tomado prestados para la guerra contra Turquia, y á los Estados de Alemania, erigiendo por su propia autoridad un octavo electorado. Luis XIV atrajo, pues, fácilmente á su partido al elector de Baviera y otros príncipes de Alemania; ganó tambien á la Saboya con un matrimonio, se concilió á Mantua con dinero, y fomentó en Hungria la insurreccion de Ragoczy.

Resentidas ya las potencias marítimas porque se habian negado á hacer una participacion bajo sus auspicios, temian que no hubiese aceptado el testamento de Cárlos II, sino con objeto de producir la reunion de ambos reinos. En lugar de disipar Luis XIV estas sospechas, las escitó aun más. Hizo firmar á Felipe V una protesta, revindicando sus derechos á la corona de Francia si moria el duque de Borgoña. Esta era una precaucion natural; pero provocaba las sospechas, y eludia una de las principales cláusulas del testamento, la incompatibilidad de ambas coronas. Habiéndose hecho conferir por la corte de Madrid plenos poderes para poder obrar en los Paises-Bajos españoles, los invadió y despidió sin armas á la guarnicion que tenian en ellos los holandeses, con arreglo á una convencion hecha por Cárlos II. Fué una doble falta, pues irritaba tambien las Provincias Unidas, al mismo tiempo que aumentaba sus medios de venganza, devolviéndoles los veinte y dos batallones repartidos en las plazas fuertes.

Acusaron entonces la Inglaterra y la Holanda á Luis XIV de querer ejecutar sus antiguos proyectos. Pretendia restablecer, decian, á los españoles en Portugal y á los Estuardos en Inglaterra, reunir la república holandesa á las Provincias Unidas, y trasladar á Ambères el comercio de Amsterdam. No pensaron, pues, más que en reunirse á Leopoldo. Por otra grave imprudencia reconoció Luis XIV como rey de Inglaterra á Jacobo III, hijo del Estuardo destronado, y esto á despecho del tratado de Ryswick, lo que hizo que fuese nacional entre los ingleses la guerra que se declaró. Fué sostenida en nombre de la reina Ana por Marlborough y por Godolphin; este último, hábil político; el otro, gran capitan, al mismo tiempo que hombre de Estado superior y jefe de partido. La Dinamarca se reunió á ellos; el gran pensionario Heinsio dirigia la Holanda, siguiendo los grandes designios de sus predecesores; Leopoldo se disponia á recobrar con las armas lo que hubiera podido adquiririr con más actividad. Ahora bien, la fortuna le habia ofrecido un gran capitan en Eugenio de Saboya, que después de haber adquirido mucha fama con sus fáciles victorias sobre los turcos, como libertador de la cristiandad, se encontraba de nuevo llamado á salvarla de la ambicion de Luis XIV (2); tanto, que de las negociaciones parciales continuadas por espacio de tres años, resultó una gran alianza contra la Francia (7 setiembre).

Los grandes hombres que Luis XIV habia heredado de las anteriores revoluciones ya no existian. En vano se lisonjeaba el orgulloso monarca de que sus despachos bastarian para inspirar el genio de la política y el de la guerra. Las anteriores campañas habian debilitado las rentas; el entusiasmo, siempre fugitivo, se enfriaba en presencia de un rey anciano y devoto, que no teniendo ya por apoyo á las personas cuyos consejos le habian hecho parecer grande, tenia que resignarse á seguir los de una mujer. Mas esta mujer no elegia los más hábiles, sino los que más le agradaban. Miguel de Chamillart, á quien ascendió al ministerio de la Guerra y al de Hacienda, era un hombre muy honrado pero incapaz.

Quedábale, sin embargo, á Luis XIV el impulso de los tiempos anteriores, que continúa por lo comun aun después que cesan las causas; el prestigio de un hombre ante el cual estaba acostumbrada á temblar la Europa; fronteras bien fortificadas; y á los españoles resueltos á conservar su integridad nacional, detestando la dominacion extranjera, sobre todo la del Austria, que apoyada por los protestantes, enviaba soldados herejes al reino católico.

No parecia ser de mucha duracion la alianza entre las potencias marítimas y el Austria, armán-

---

(2) *Eugene von Savoyen hinterlassen politischen Schriften.*

Memorias del príncipe Eugenio de Saboya, escritas por él mismo, 1809.

Son sin embargo obra del príncipe de Ligne.

Vida y campañas del príncipe Eugenio. Nápoles, 1734.

dose las unas para que se dividiese la sucesion española, y la otra para que se le adjudicase toda ella. En efecto, sólo se sostuvo por la habilidad y tambien por los defectos del ilustre triunvirato de que ya hemos hablado. Heinsio, tímido por naturaleza; Marlborough, avaro de riquezas y de poder; Eugenio, hóstil por venganza á Luis XIV, y conociéndose necesario al Austria que no tenia otros generales.

Habia comenzado Eugenio la guerra en Italia, alcanzando cerca de Carpi una victoria sobre el prudente Catinat (julio de 1701), pero el mariscal de Villeroi, que reemplazó á aquel general, y que no era célebre sino por sus intrigas y orgullo, empeoró las cosas con sus imprudentes temeridades, hasta el momento en que fué hecho prisionero en Cremona. Tuvo por sucesor al duque de Vendome (febrero de 1702), brillante y afeminado soldado, que permaneciendo en la cama hasta las cuatro, descuidaba la disciplina del ejército, rescataba este defecto con felices osadias, y libertó á Mántua (agosto).

El rey de España peleó en persona en Luzzara. Acostumbrado á las armas desde su juventud, tenia además valor; y como se le preguntase en qué puesto debia colocarse el rey en las batallas, contestó: *En el primero como en todas partes.* Acudió á Nápoles, donde estaban muy descontentos del gobierno español; pero no supo ganarse las voluntades. Fué después á pelear á Lombardia; pero pronto volvió á España. No habiendo sido educado para reinar, se habia conservado puro de la corrupcion de su corte natal; pero modesto, tímido, incapaz de tomar resoluciones por sí propio, se dejaba dirigir por el ayo que le habia dado su padre. Aun no hacia que estaba un año en Madrid, cuando fué atacado de las crisis nerviosas y de los accesos de melancolia, que le atormentaron siempre: desde entonces, disgustado de toda ocupacion tenia miedo en la soledad, derramaba con frecuencia lágrimas, y todo hubiera ido mal si Luis XIV no le hubiera enviado personas de confianza para sostener la vida en el pais, y remediar los desórdenes de una detestable administracion (3).

Batalla de Friedlingen, 14 setiembre.— Durante este tiempo sucumbian los franceses en el mar, y la escuadra española era destruida en Vigo por el duque de Ormond y el almirante Rook. Continuaba Marlborough con éxito la campaña en el Rhin; los imperiales amenazaban la Alsacia; pero Villars, tan valiente general como diestro diplomático, aventuró una batalla en Friedlingen con fuerzas desproporcionadas, y habiendo quedado vencedor fué nombrado mariscal.

Batalla de Hochstedt, 13 agosto 1704.—Por consejo suyo, intentó Luis XIV un esfuerzo general, y pensaba, asistido del duque de Saboya y de los sublevados húngaros, hacer marchar por todas partes tropas contra el Austria, y apoderarse de Viena, á fin de poder decir: *El Austria ha cesado de reinar* (1703). Ya, en efecto, el enemigo estaba bastante cerca para que se discutiese en el consejo áulico la cuestion de si Leopoldo debia abandonar á Viena (4) cuando el duque de Saboya hizo cambiar la faz de los asuntos, desertando de la causa de la Francia, aunque era suegro de Felipe V. Resultó entonces para él la pérdida de su ducado. Eugenio y Marlborough remediaron los reveses de la Alemania (1704). La gran batalla de Hochstedt, en la que hicieron treinta mil prisioneros, entregó la Baviera á los imperiales, y libertó á la Alemania de los franceses. Al mismo tiempo los ingleses destruyeron los buques franceses en Gibraltar, de los que se apoderaron; y después de tantos y tan grandes esfuerzos para reunir una hermosa marina, no se vieron ya barcos franceses en el Mediterráneo ni en el Océano. Habiendo sido batido Villeroi en Ramilliers (23 mayo 1706), en el Bravante por Marlborough, perdióse la Flandes. La fortuna fué tambien adversa á la Francia en Italia, cuando Vendome, que habia salido victorioso en Cassano y en Calcinato, fué reemplazado. Eugenio hizo levantar el sitio de Turin; lo que hizo se perdiese el ducado de Módena, el de Mántua, el Piamonte y Nápoles. Encerrados los franceses en Milan, capitularon bajo la condicion de volver á su pais; por lo cual se le hizo un cargo muy grave al emperador, que para asegurarse la Lombardia los dejaba ir á engrosar las filas del ejército enemigo.

Ayudado, en efecto, por aquellas fuerzas, recobró Felipe á Madrid del príncipe Carlos, hijo segundo de Leopoldo, á quien su padre habia cedido sus derechos; pero pronto volvió á él. Clemente XI, que por las exigencias de Leopoldo le habia declarado la guerra, fué tan maltratado por los protestantes al sueldo del emperador, que se vió obligado á someterse. Entonces confiscó Leopoldo el ducado de Mántua, como perteneciente á un rebelde. Confiscó tambien la Mirandola, que fué vendida á Módena, y dió al duque de Saboya la investidura de sus Estados. En fin, Lila, en la que Vauban habia desplegado toda su ciencia, y para cuya defensa habia entregado al morir un plan se-

(3) «El rey no tiene ni un sueldo. Paso por un hombre hábil porque he encontrado dinero para poner una puerta á la cueva y comprar tohallas, pues iban á servir las rodillas de los marmitones. Los criados españoles á las órdenes del mayordomo, piden limosna, y están enteramente desnudos. Los caballos están aun peor, en atencion á que no pueden mendigar.» *Memorias secretas sobre el establecimiento de la casa de Borbon en España;* estractos de la correspondencia de M. de Louville. Paris, 1818, t. I. página 162

(4) Cuando las negociaciones de 1714, confesó Eugenio á Villars que si hubiese marchado entonces sobre Viena, hubiera apresurado once años la conclusion de la paz, obteniendo ventajosas condiciones para la Francia, y evitando los espantosos males que produjeron las siguientes campañas.

creto á su sobrino, tuvo que ceder después de un terrible sitio; y el reino fué invadido por los ingleses y por los imperiales, deseosos de vengar en la Francia los estragos del Palatinado.

La Francia tenia que sufrir además calamidades naturales: las viruelas se cebaban en ella con frecuencia (5). Al terrible invierno de 1709 sucedió otro tan riguroso que las viñas, los olivos y los árboles frutales se perdieron; lo mismo le sucedió á la simiente; resultando una carestia que agravaba aun más las medidas ignorantes. El pueblo se moria; y lo que se sentia aun más, las contribuciones no se cobraban, lo que hacia que el rey no pudiese pagar sus tropas. Triplicóse la capitacion; fundióse de nuevo la moneda y diósele un valor de una tercera parte más que el suyo, último desastre; vendiéronse cartas de nobleza á razon de 2000 escudos. Al estado tan próspero de la hacienda en tiempo de Colbert, sucedió un descrédito general, y las quiebras fueron frecuentes. Ya no quedaba dinero ni existia comercio; las tierras permanecian sin cultivo; los industriales eran desterrados, las rentas del Estado se hallaban envilecidas, el pueblo empobrecido por las contribuciones; no recibiendo los nobles sueldo en el ejército, se veian precisados á empeñar sus tierras. El rey tuvo que procurarse 8.000,000 mediante 32 de rescriptos, es decir, al 400 por 100. Las rentas no ascendian más que á 115.389,074 libras; pero la deuda absorbia 82.859,504. No quedaban, pues, más que 32 millones y medio para los gastos del gobierno, y se hallaban gastados los de tres años (6).

Luis XIV hubiera querido disminuir sus gastos; pero se lo impedian sus costumbres de lujo y su compasion hácia sus antiguos servidores. Madama de Maintenon se veia reducida á comer pan moreno; compañias enteras de caballeria desertaban para dedicarse al contrabando. El banquero Samuel Bernard era por la parte del rey, á quien trataba de procurar dinero, objeto de atenciones que en otro tiempo hubieran enorgullecido á los príncipes. En fin, viéndose Luis XIV en los últimos apuros, impuso por contribucion la décima parte de todas las rentas; pero espuesto este impuesto á la mayor arbitrariedad, causó un grande descontento y produjo muy poco.

Entretanto Leopoldo y su sucesor José I habian muerto. Habiendo recaido el imperio en Carlos, pretendiente al trono de España, renacia por esta parte el temor de una reunion peligrosa entre los aliados, y entre los españoles el de verse reducidos á provincia. A los planes dispuestos por Marlborough se ponian siempre obstáculos por los comisionados de los Estados Generales, que acompañaban al ejército con instrucciones muy ilimitadas, y debian con arreglo á la constitucion consultar á tantas personas que era imposible el secreto; añádase á esto la envidiosa repugnancia á obedecer á un príncipe extranjero. Así fué que Marlborough tuvo que engañarlos con frecuencia y no revelar sus proyectos sino en el momento de la ejecucion. Por esta razon es por la que habiendo recibido el anciano general Athlone felicitaciones de los Estados Generales por el feliz éxito de la campaña de 1702, contestó: «No se debe sino al incomparable generalísimo; por lo que á mí toca, no puedo sino acusarme de haberme opuesto contínuamente á todo lo que proponia al consejo» (7).

Trabajaba, sin embargo, secretamente Luis XIV para obtener la paz; pero no ha habido en los tiempos modernos negociaciones más largas y complicadas que aquéllas (8). El curso de su afortunado reinado, segun el marqués de Torcy, no habia sido durante muchos años interrumpido por ningun revés: así era que el rey sentia más las calamidades, pues no las habia esperimentado. Era un terrible motivo de humillacion para un monarca acostumbrado á vencer, alabado por sus triunfos, por su moderacion cuando dictaba la paz y prescribia las condiciones, verse obligado á implorarla de sus enemigos, ofrecerles en vano, restituirles una parte de sus conquistas, la monarquia española y el abandono de sus aliados: aun más, para hacer aceptar sus ofrecimientos fuéle preciso dirigirse á aquella república, cuyas principales provincias habia conquistado en 1672, y rechazado la sumision con que le suplicaba le concediese la paz con las condiciones que quisiese. Soportaba el rey semejante cambio con la constancia de un héroe y la resignacion de un cristiano á las órdenes de la Providencia, menos afligido de sus pesares que de los sufrimientos de su pueblo: ocupado sin cesar en los medios de aliviar y concluir la guerra, apenas se notaba que se violentase para ocultar á los demás sus propias penas.

Impulsado por la necesidad y por las reclamaciones que le dirigian de todas partes los pueblos, Luis XIV volvia á anudar las negociaciones, y ofreciendo millones, tentaba la venalidad de Marlborough. Pero cuando más se escedia, más aumenta-

---

(5) Hicieron perecer en 1712 á quinientas personas en Paris en el término de un mes; la mortandad fué á proporcion en los demás puntos, y en todas partes hubo ilustres víctimas.

(6) RAYNAL, *Hist. filos. de las dos Indias.*

(7) Debe verse en la correspondencia de Marlborough estos obstáculos de parte de los Estados Generales, y la necesidad en que se encontraba de sacrificar á su lentitud planes cuyo objeto no podia conseguirse sino con la rapidez; por otra parte, «el menor revés los disponia á aceptar condiciones hasta vergonzosas, al paso que su prosperidad los hacia olvidar á sus amigos y á sus enemigos.»

(8) Las memorias de J. B. Colbert, marqués de Torcy, ministro de Negocios estranjeros en Francia, contienen la mejor relacion. Llenas de lealtad, ofrecen atractivo, tanto por el mérito del narrador como porque manifiestan la humillacion del gran rey, que toda la literatura contemporánea presenta radiante de gloria.

ban las pretensiones de sus enemigos; y el rey Felipe V no consentia en ceder ni en fraccionar su corona.

El partido whig habia dominado en Inglaterra mientras duró la necesidad de sostener á la nueva dinastia contra el gran rey; pero entonces que cesaba de inspirar ya temor, se habian despertado los torys, más dispuestos á un arreglo. Habiendo depuesto del ministerio la reina Ana á Marlborough y á Godolphin, le confió á Bolingbroke, ardiente partidario de la paz; y un cambio de gabinete produjo lo que tantos armamentos no habian podido verificar. La Inglaterra hubiera visto con disgusto el que Carlos reuniese al Imperio tantos otros Estados, y á la Holanda, su rival en el comercio, aumentar sus posesiones. Hiciéronse, pues, proposiciones á Luis XIV, que como se puede conocer, las aceptó con gran satisfaccion, y éstas fueron los preliminares de un tratado de paz. En vano acudió Eugenio á Inglaterra para poner obstáculos y derribar al ministerio, aun cuando fuese por el asesinato y el incendio; convocóse un congreso en Utrecht para discutir las condiciones. Sin embargo, los imperiales se obstinaron en su negativa. Eugenio atacó á Landrecy, cuya toma le hubiera abierto la Champagne y la Picardia; sus esploradores se adelantaron hasta las puertas de Reims, y amenazó *llegar hasta Versalles con la tea en la mano*. Toda la Francia se encontraba sumergida en el espanto, y se aconsejaba al rey retirarse al otro lado del Loira. Esta era la humillacion á que se veia reducido á la edad de setenta y tres años; aquel rey en otro tiempo tan feliz; y como si esto no bastase aun, quiso Dios presentarle como objeto de compasion.

El Delfin, su único hijo legítimo, «el mejor de los hombres y el más incapaz de los príncipes (DUCLOS),» murió á la edad de cuarenta y nueve años (1711) en Meudon, donde vivia retirado, después de haber manifestado alguna habilidad en la guerra, pero ninguna en todo lo demás. El dolor que Luis XIV sintió fué moderado; pero no era más que la primera gota de un cáliz que debia apurar hasta las heces. El duque de Borgoña, hijo de este príncipe, de pasiones violentas, habia sido educado santamente por Fenelon, después por Fleury, y buen guerrero, se lisonjeaba de reunir con instituciones generosas á príncipes, ejército y pueblo; murió tambien á su vez (1712) á la edad de treinta años, después de haber llevado diez meses el título de Delfin.

Maria Adelaida de Saboya, su mujer, llena de gracia y talento, formaba las delicias del anciano rey.

«En público séria, mesurada, respetuosa con el rey y en tímido decoro con Mad. de Maintenon, á quien siempre llamaba *su tia*, para confundir la categoria y la amistad; en particular charlando, jugando en su rededor, inclinada tan pronto sobre el sillon de uno ó de otro, como jugando sobre sus rodillas, los abrazaba, besaba, acariciaba, les cogia de la barba, los atormentaba, revolvia sus mesas, sus papeles, sus cartas, las abria, las leia, á veces á pesar suyo si los veia de humor de reir y otras hablaba demasiado. Admitida en todo, cuando recibian los correos portadores de las más importantes noticias entraba en las habitaciones del rey á todas horas, aun mientras duraba el consejo; útil y fatal á los mismos ministros, pero siempre inclinada á obligar, servir, escusar y hacer el bien, á menos que no estuviese violentamente incomodada contra alguno, como lo estuvo con Pontchartrain, á quien llamaba algunas veces hablando con el rey *vuestro feo tuerto;* ó por alguna causa mayor, como lo estuvo contra Chamillart; tan libre, que oyendo una tarde al rey y á Mad. Maintenon hablar con afecto de la corte de Inglaterra en la época en que se esperaba la paz de la reina Ana, *Tia mia*, dijo la princesa, *es preciso convenir que en Inglaterra la reina gobierna mejor que los reyes; ¿y sabeis por qué, tia?* y siempre corriendo y saltando: *Es porque en la época de los reyes son las mujeres las que gobiernan y los hombres en las de las reinas*. Lo más estraño es que los dos vieron y dijeron que tenia razon.» (9)

Pues bien; aquella encantadora princesa bajó al sepulcro seis dias antes que su marido. Dejaban dos hijos, el uno de edad de cinco años que fué entonces Delfin; pero aun no se habian pasado cuatro semanas cuando murió tambien, y no quedaba ya en derredor del viejo tronco real más que un débil vástago de dos años.

Los dolores del hombre afectan aun á aquellos que detestan las faltas cometidas por el rey. El pueblo que esperaba de los delfines un consuelo á los males, bajo cuyo peso gemia, se los perdonaba á Luis XIV, porque era su padre y su abuelo, y se entregó entonces á un loco dolor: como en las grandes desgracias es una necesidad encontrar alguien á quien imputarlas, no se habló sino de veneno. Saint-Simon acusa á la corte de Viena; la voz pública denunciaba al duque de Orleans, á quien aquellos crímenes aseguraban la regencia y aproximaban al trono. Pidió que se instruyese un proceso sobre ello; pero toda su culpa fué haber dado motivo á él por su amistad con personas de mala conducta.

Profundamente conmovido el rey por aquellas dolorosas pérdidas, dijo al mariscal de Villars, cuando se despidió para ir á ponerse al frente del ejército reunido por un último esfuerzo: «Veis á lo que me veo reducido. Pocos ejemplos hay de una pérdida semejante á la mia: Dios me castiga, lo he merecido, eso menos sufriré en el otro mundo. Pero demos tregua á los dolores que causan mis desgracias domésticas, y veamos cómo evitar los del reino. Os entrego las últimas fuerzas y la salvacion del Estado; es manifestaros cuánta confianza tengo en vos. Conozco vuestro celo y el valor

(9) *Memorias de* SAINT-SIMON.

de mis tropas: sin embargo, la fortuna podia serme contraria. En el caso de que le acaeciese alguna desgracia al ejército mandado por vos, ¿qué partido os parece debia adoptar con respecto á mi persona?»

Viendo vacilar á Villars: «No me admiro, replicó, que no me contesteis al momento; pero mientras me decís lo que pensais, os diré lo que creo. Los cortesanos desearian que me retirase á Blois sin aguardar á que se acercase el ejército enemigo á París, como inevitablemente lo haria si fuese derrotado el mio. Sin embargo, no consentiré nunca en que el enemigo se acerque tanto á mi capital. Sé que ejércitos tan considerables no son nunca derrotados hasta el punto de no poderse retirar la mayor parte del mio al Soma. Conozco este rio; es difícil de pasar, y hay plazas en él que pueden ponerse en buen estado. En caso de revés, iré á Perona ó á San Quintin; reuniré las tropas que me quedan para hacer con vos un último esfuerzo, y perecer juntos ó salvar el Estado.» Despidiéndole después le mandó marchar contra el enemigo y dar la batalla. «Pero, señor, es vuestro último ejército.—¡No importa! No exijo que batais al enemigo, sino que le ataqueis. Si la batalla se pierde, escribídmelo en particular. Montaré á caballo, atravesaré á París con la carta en la mano. Conozco á los franceses: os llevaré doscientos mil hombres, y me sepultaré con ellos bajo las ruinas de la monarquia.»

No hubo necesidad de llegar á estos extremos: vencedor Villars en Denain, precisó á Eugenio á levantar el sitio de Landrecy, y se hizo dueño de varias plazas, lo cual disminuyó los obstáculos para hacer la paz. En medio de las eternas discusiones á que dieron lugar las negociaciones, hay una que no podemos pasar en silencio. Habiendo pretendido Ana que Felipe V renunciase á sus derechos eventuales al trono de Francia, le propuso dos partidos, ó desistir de la corona de Francia, conservando la España y la América, ó renunciar á éstas para ser indemnizado con los ducados de Saboya, Montferrato y Mántua, con la facultad de reunirlos á la Francia en el caso que fuese llamado á reinar en ella. Esta última alternativa agradaba mucho á Luis XIV, aun cuando no fuese más que por tener á Felipe V por vecino y apoyo de su ancianidad. Pero este príncipe encontró en su propia rectitud bastantes fuerzas para resistirse á la voluntad paterna, y no separarse de la nacion que le habia preferido. Habiendo, pues, elegido un ministerio español, protestó contra las divisiones proyectadas, excitó el entusiasmo de la nacion, y se puso á la cabeza de un ejército para rechazar á los austriacos.

Felipe V inspiraba respeto á los castellanos: y la pobreza, los reveses, que por lo comun envilecen á los príncipes, le hicieron querido. Tuvo por sostenes á Luisa de Saboya, su esposa, y á la princesa Ana de los Ursinos, camarera mayor de palacio, mujeres valerosas y á prueba de desgracias. Arrojado dos veces del reino sin confesarse nunca destronado, fué llevado dos veces á él, la una por el duque de Berwick, después de la batalla de Almansa (1707), la otra por Vendome, después de la de Villaviciosa (1710), y eligió el primero de los dos partidos que le habian propuesto, renunciando á todos los derechos eventuales á la corona de Francia.

Tratado de Utrecht, 11 abril 1713.—En fin, verificóse la paz, y la Inglaterra, que por primera vez se encontraba árbitra de la Europa, quiso arreglarla de tal manera, que en mucho tiempo ninguna potencia de Europa pudiese predominar, y esto favoreciendo esclusivamente á las de segundo ó tercer órden.

Segun los términos del tratado, la Francia reconoció la línea protestante de la casa inglesa de Hannover, y declaró que nunca se reuniria á la corona francesa la de España, con la que se comprometió á reducir su comercio al estado en que estaba en tiempo de Carlos II: desmanteló sus fortificaciones y cegó el puerto de Dunkerque, culpable de haber armado en el trascurso de aquella guerra á setecientos noventa y dos corsarios. Restituyó á la Inglaterra la bahia y el estrecho de Hudson, cedióle la isla de San Cristóbal, la Nueva Escocia en Acadia, y Terranova con sus dependencias; en fin, renunció en favor de Portugal á todas sus pretensiones sobre las tierras situadas al norte del rio de las Amazonas.

Cediendo la España la Sicilia, Nápoles, la Cerdeña, con el resto de la herencia de la casa de Borgoña, y abandonando á los ingleses, Menorca y Gibraltar, se encontraba borrada de la lista de las potencias de primer órden; concedia además á los ingleses la facultad de trasladar anualmente por espacio de treinta años, cuatro mil ochocientos negros á America (*asiento*) con otros derechos comerciales, y se comprometia á no ceder á otros pueblos ningun privilegio sobre las Indias, ni enajenar ninguna de sus colonias. Los catalanes fueron abandonados sin defensa á la venganza de Felipe, que tomó á viva fuerza á Barcelona, y abolió todos los derechos constitucionales de Cataluña, Aragon y Valencia.

La casa de Saboya, á la cual los Estados marítimos estaban resueltos á conceder gran poder á fin de que pudiese equilibrarse á sus vecinos, obtuvo mejores fronteras, y se le devolvió la Saboya, con Niza y toda la vertiente italiana de los Alpes marítimos, cuya cresta marcó sus confines con la Francia. Concedióse ademas la Sicilia al duque con el título de rey, y la espectativa á la corona de España, en el caso en que la línea de Felipe V llegase á estinguirse.

Los Estados Generales, cuyo poder por mar no se aumentaba, restituyeron á la Francia, Lila, Orchies, Bethune, Aire, Saint-Venant y el fuerte Francisco; obtuvieron al mismo tiempo por barrera á Tournay, Ipres, Menin, Furnes, Warneton Warwick, Comines, y el fuerte de Kenock.

Paz de Rastatd, 6 marzo 1714.—Estos eran varios tratados particulares más bien que una paz general; pues uno de ellos podia romperse sin perjudicar á los demas. Sin embargo, el objeto de la guerra permanecia sin decidirse, pues el emperador no renunciaba á sus pretensiones sobre la España, pretensiones que habian costado treinta años de intrigas y catorce de guerra. Cuando Luis XIV consiguió aislarle de sus aliados, adoptó otro tono en las proposiciones que le dirigió; y á su negativa de aceptarlas continuó la guerra contra aquel príncipe, hasta el momento en que los triunfos de Villars le precisaron á negociar. Concluyóse la paz en Rastadt, entre aquel general y el príncipe Eugenio; en fin, los Estados del Imperio accedieron al tratado en Baden. Las estipulaciones de aquel tratado aseguraron al emperador Nápoles con el Estado de los *Presidios*, Milan, Mántua y la Cerdeña; recobró á Vieux-Brisach, Friburgo, Kehl, dejando á la Francia Estrasburgo, Landau, Huninga, Neuf-Brisach, y la soberania de la Alsacia; los electores de Baviera y Colonia fueron relevados del destierro dado contra ellos.

Estos tratados habian sido precedidos por el de la Barrera (1715), hecho en Ambères con objeto de conceder los Paises-Bajos á la casa de Austria, y proporcionarle los medios de defenderlos sin gastos, dando á los holandeses el derecho de mantener guarniciones en Namur, Tournay, Menin, Furnes, Warneton y Knocke.

De esta manera se daba una nueva distribucion á la Europa, arreglando las diferencias que la habian agitado durante un siglo. La casa de Austria, á pesar de sus adquisiciones, veia el temido cetro de Carlos Quinto romperse entre sus manos, y elevarse al lado suyo la Prusia, de la que habia sido reconocido rey el elector de Brandeburgo, y añadido á sus Estados el ducado de Gueldres arrebatado á la España. El ejemplo dado por la Baviera declarándose en contra del Imperio, debia encontrar imitadores. La dignidad de la Francia se manifestaba cuando después de desgraciadas guerras podia salir de ellas con pérdidas poco considerables, y conservando el trono de España en la familia real. La rivalidad que duraba hacia dos siglos entre aquellos dos Estados, cesaba de existir; pero pronto se conoció cuán débiles son los vínculos de parentesco en política. El efecto principal de aquella paz habia sido separar de la España las provincias flamencas para adjudicarlas al Austria, con la idea de conservar el equilibrio, reprimir las disposiciones invasoras de Luis XIV, y defender al Austria, al Imperio y á la Holanda. En vano trataron los protestantes de obtener en el tratado algunas ventajas para sus correligionarios. Las potencias marítimas estipularon en ventaja propia, resultando un engrandecimiento en el sistema comercial. Pero la Holanda, á la que de Witt queria engrandecer por el mar y no por el continente, gastó trescientos cincuenta millones de florines en obtener el tratado de la Barrera, como garantia de su futura existencia. La Inglaterra habia dirigido la guerra y la paz; pudo, con el sistema de empréstitos introducido entonces, proporcionar subsidios y soportar enormes gastos. Entonces encontraba ventaja en permanecer unida al emperador, como dueño de los Paises-Bajos, y podia ganar á su partido á la Saboya, como tambien á los príncipes del Imperio. Habiéndose unido á Portugal por el comercio, siendo partidaria suya la república de Holanda, y poseyendo ya más medios para seguir sus combinaciones políticas, quedaba árbitra del continente.

Los pueblos habian sufrido ciertamente más de lo que puede espresarse, pero nada se estipuló en su favor.

CAPÍTULO XXVI

MUERTE DE LUIS XIV.

Aquella larga guerra habia sido producida por culpa de Luis XIV, cuya ambicion no conocia límites, resultando la independencia de toda la Europa. Negándose á ceder algo en un principio, se arriesgó á perderlo todo. La particion que las personas moderadas habian propuesto al comenzar la lucha se efectuó después; ¡pero cuánta sangre y dolores no costó!

De esperar era que los periodistas ingleses no perdonasen á Luis XIV. En el *Espectador* es acriminado repetidas veces: calcúlase en uno de sus números la disminucion que con las conquistas habia causado en la poblacion del reino en vez de aumentarla, sacando por consecuencia que aun cuando este rey hubiese sido un disoluto como Vitelio, habia causado menos mal á su pueblo: en otro lugar se vituperan la corrupcion que se introdujo durante su reinado, la ostentacion de las riquezas, la vergüenza de la pobreza, el cambio del amor en galanteria y de la amistad en comercio, los perjurios del monarca y su vanagloria que le llevó hasta permitir que se erigiesen estatuas á su valor, á su fortaleza, y que entre el lujo y molicie de la corte se aplaudiesen su magnanimidad y sus proezas militares.

La nacion no se atrevia á insultar á aquella grandeza decaida, y hasta temia un porvenir más deplorable. Sin embargo, la poblacion estaba diezmada, destruida la industria por la revocacion del edicto de Nantes, y por la reaccion de aquellos á quienes habia tratado de perjudicar con el sistema de Colbert, los campos aniquilados por enormes contribuciones, y provincias enteras reducidas á desiertos, por órdenes positivas ó persecuciones religiosas. Causaba desaliento ver al gobierno sucumbir bajo el peso de una deuda de 2,600.000,000, equivalente al doble en el dia, recurrir á espedientes desastrosos, crear empleos ridículos para venderlos, pagar al 10, al 20 y hasta al 50 por 100 el dinero que la Inglaterra y la Holanda obtenian al 4: y sin embargo, no podia atender á sus necesidades; dejaba al ejército sufrir derrotas y humillaciones, á los habitantes morir de hambre y frio mientras que los arrendadores de las contribuciones seguian cobrándolas inexorablemente, hasta el grado de haberse rebelado ciertas provincias, y haber sido preciso tomar por asalto á Cahors. Bois-Guilbert, lugarteniente general en la bailia de Ruan, se espresaba en estos términos: «Las contribuciones se cobran con gran rigor, y lo menos la cuarta parte se consume en gastos. Sucede con frecuencia llevar las ejecuciones hasta el grado de coger las puertas de las casas, después de haberlas vaciado; algunas han sido demolidas para sacar las vigas y tablas y venderlas cinco ó seis veces menos de su valor. Escepto el hierro y el fuego, que gracias á Dios no se han empleado aun para forzar al pueblo, no hay medio que no se haya puesto por obra, y todas las provincias del reino están en la mayor ruina.» (1)

Vauban no hubiera sido menos grande en la administracion que en la guerra. Educado entre el pueblo, su atencion se fijó en sus sufrimientos; así es que se informaba constantemente del estado de las provincias, de los medios de mejorar su suerte,

---

(1) *Detalles de la Francia*, 1697.—Apareció en 1690, con fecha de Amsterdam, un opúsculo de doscientas veinte y ocho páginas en 4.º, que es muy raro, titulado: *Suspiros de la Francia esclava que aspira á la libertad.* Compónese de quince memorias, en las cuales un celoso católico espone los males causados por la tirania de Luis XIV, la opresion de la Iglesia, de la magistratura, de la nobleza y del pueblo. Combate las pretensiones del poder absoluto, é invoca los derechos del pueblo y de los Estados Generales.

de los productos más ventajosos, de las medidas que se habian de adoptar para suprimir las contribuciones odiosas, refrenar la avaricia de los exactores, y aumentar las rentas del tesoro disminuyendo las cargas de los subditos. De esta manera heria grandemente los intereses de los que engordaban con la sustancia del pueblo; por lo cual le presentaban al rey como culpable de ofensa hacia él en la persona de sus ministros, y el crédulo Luis XIV, que se habia servido de él para ceñir su frente con detestados laureles, le arrebató su favor y dejó morir oscuro y lleno de desaliento (1707). Si la verdad es una injuria, Luis XIV debió, en efecto, creerse ofendido por un libro del mariscal, en el que se demostraba que una décima parte de la poblacion francesa se encontraba reducida á la mendicidad; que de las otras nueve décimas cinco no estaban en estado de dar limosna al necesitado, tres en mal estado, comprometidas en procesos y gastos: sólo quedaba una décima compuesta de nobles personas dedicadas á las armas y á la toga, sacerdotes, empleados, grandes comerciantes y rentistas que componen entre todos cien mil familias, de las cuales no habia veinte mil que pudiese decirse que estaban bien.

No es este el lugar de examinar los remedios sugeridos por Vauban, fundados en una reparticion igual y general de los impuestos, y en una aritmética política admirable para la época, tanto más, cuanto que en el siglo de los privilegios y del orgullo aristocrático, todas sus ideas tenian por objeto el bienestar de aquel pueblo en quien nadie pensaba, al paso que para él era el nervio del Estado. Ahora bien, Vauban se atrevió á hacer presente á Luis XIV, acostumbrado sólo á las alabanzas y aplausos por la felicidad que proporcionaba á sus súbditos, el mal que roia á los miembros inferiores, y amenazaba llegar pronto al corazon y á la cabeza (2).

Fenelon se habia mostrado contrario á la guerra, que consideraba injusta, y habia aconsejado á Felipe V renunciase á un trono desastroso; después, cuando estalló, acudió á ayudar al hambriento ejército abriéndole sus propios graneros. Ahora bien, á sus ojos, el único remedio á tanta desgracia era convocar á los notables, y queria que el duque de Chevreuse persuadiese de ello al rey. «Nuestro mal, le escribia, procede de que esta guerra no ha sido ahora más que asunto del rey, que se encuentra arruinado y desacreditado. Seria preciso convertirle en asunto de toda la nacion. Demasiado lo ha llegado á ser; pues si se interrumpe la paz, toda ella se ve en próximo peligro de ser subyugada... El rey ha tenido la desgracia de quitar el dinero de manos de todas las buenas familias del reino para hacerle pasar sin medida á la de los contratistas y usureros... Mientras que el despotismo está en la abundancia, obra con más prontitud y eficacia que ningun gobierno moderado; pero cuando cae en el aniquilamiento, sin crédito, se queda absolutamente sin recursos. No obraba sino por pura autoridad; si falta el resorte no puede menos sino acabar de dejar morir de hambre á una poblacion medio muerta, aun cuando tenga que temer la desesperacion. Cuando el despotismo se encuentra notoriamente empeñado y en bancarrota, ¿cómo quereis que las almas venales, que han engordado con la sangre del pueblo, se arruinen por sostenerle? Es querer que los hombres interesados no tengan interés. Nuestro gobierno, despreciado en la misma Francia, es el que da tanta altivez á nuestros enemigos... Me direis que el rey es incapaz de recurrir á tales medios; que nadie se inclina á proponérselos, y que no está siquiera en estado de consultar, cuestionar, considerar á los diferentes talentos, comparar sus diversos proyectos, y decidir sobre sus pareceres. A esto contestó que es bien triste, que siendo el emético el único remedio que queda de salvar al enfermo, no tenga éste fuerza para tomarle, ni para sufrir la operacion. Si el rey es incapaz del último medio para sostener la guerra, ¿qué se aguarda de él? Si la próxima ruina de su corona no le hace aun abrir los ojos, y adoptar pronto partidos proporcionados al peligro cambiando lo que hay necesidad de cambiar, ¿no está todo perdido? ¿Cómo se puede decir que el rey ve la mano de Dios y aprovecha la humillacion, si una desmesurada altivez le hace desechar el único recurso que le queda, cuando se encuentra ya á orillas del abismo?... Me direis que Dios sostendrá a la Francia; pero os pregunto, ¿dónde está esta promesa; teneis alguna garantia de estos milagros? La necesitais sin duda para sosteneros como en el aire. ¿Los mereceis acaso en una época en que vuestra próxima y total ruina no puede corregiros, en la que aun sois duro, altanero, fastuoso, incomunicable, insensible, y dispuesto siempre á dejarros adular? ¿Se ha de apaciguar Dios por veros humillado sin humildad, confundido por vuestras propias culpas sin querer confesarlas, y dispuesto á comenzar de nuevo, si pudieseis respirar dos años? ¿Se ha de contentar Dios con una devocion que se reduce á dorar una capilla, rezar un rosario, oir una música, escandalizar con facilidad y desterrar algun jansenista? No sólo se trata de concluir la guerra fuera, sino de dar pan en el reino á los pueblos moribundos, restablecer la agricultura y el comercio, reformar el lujo que gangrena todas las costumbres de la nacion, recordar la verdadera forma del reino, y templar el despotismo, causa de todos nuestros males. Se aplaude la devocion del rey, porque no se irrita contra la Providencia que le humilla.

---

(2) *Vauban... Tal vez el hombre más honrado y virtuoso de su siglo... El más sencillo, el de más verdad y más modesto... El más deseoso de conservar la vida de los hombres, con un valor que le hacia tomar todo el trabajo para sí y dar las ventajas á los demás. Es inconcebible que con tanta rectitud y franqueza, incapaz de hacer nada falso ni malo, haya podido ganar, hasta el grado que lo ha conseguido, la amistad y la confianza de Louvois y del rey.* SAINT-SIMON.

Se contentan con creer que no ha cometido ninguna importante culpa, y que se considera como un santo rey que Dios prueba, ó á lo más como un rey que ha pecado, como David, por la fragilidad de la carne en su juventud. ¿Le dicen acaso que es preciso que conozca que trastornando todo el órden es como se ha hundido en el abismo, de donde parece que nadie puede sacarle? (3)

¿Pero el poder absoluto tiene en sí algun medio de corregirse, y debia esperarse que semejante déspota se decidiese á discutir en presencia de sus súbditos, sobre materias en las que siempre habia decidido soberanamente? No podia existir verdadero despotismo donde aun subsistian los privilegios del clero, de la nobleza, de las municipalidades, del parlamento. Si consiguió deslumbrarlos, su oposicion desarrolló el espíritu nacional, avivado aun por el esplendor de Luis XIV, y por el respeto que habian generalmente inspirado. Pues si en España la monarquia pura asesinó á la nacion, en Francia se asoció á todos los progresos. Luis XIV, como su representante, amenazó el equilibrio político, tanto más, cuanto que la civilizacion francesa encontraba simpatias en Europa; pero le salió al encuentro el príncipe de Orange que representaba la independencia. Toda la Europa tuvo que elegir entre los dos, y lo que parecia una lucha de odios y frívolos celos llegó á ser una guerra de principios.

Felizmente la obstinacion de los enemigos de Luis XIV en querer arrebatárselo todo, lo redujo á la obligacion de restituirle lo que habia ya perdido; y en la paz algunos rayos de su antigua *gloria* brillaron en sus últimos dias. Era natural que la Francia perdiese aun siendo fuerte; ¿pero era justo el objeto de Luis XIV? ¿lo consiguió? Pensaba restablecer los Estuardos, y los vió irrevocablemente rechazados por la nueva dinastia, que hizo á la Inglaterra árbitra de la Europa. El Imperio era tan débil, y tan ocupado se encontraba su jefe de otra cosa que del cuidado de conservarle su dignidad, que no debe causar admiracion el que Luis XIV consiguiese estender sus fronteras por aquella parte; pero los medios fueron detestables, y la misma debilidad no puede servirle de escusa. Queria abatir á la casa de Austria, y esto empleando hasta á los turcos, y por el contrario, reanimando en ella el espíritu militar, la sacó de su entorpecimiento, de manera que se libró para siempre de las amenazas de los musulmanes, consolidándose en lo interior, y destruyendo á los rebeldes favorecidos por el rey de Francia. Es cierto que colocó á uno de sus hijos en el trono de España; pero fué ayudado por las faltas de sus adversarios, por la caida de Marlborough, por la muerte de José I; en fin, fué con tantas restricciones, que aquel pais llegó á ser estraño á la Francia, y hasta su enemigo.

(3) Carta del 4 de agosto de 1710, que merece ser leida toda.

Quiso oprimir á la Holanda, y sepultó su fortuna en los mismos pantanos en que la habia perdido Felipe II. Queria abatir á Guillermo de Orange, y le proporcionó la ocasion de mostrarse grande en medio de numerosos obstáculos, de celos de la libertad, y en frente de un enemigo poderoso y absoluto.

Si se le compara con aquel príncipe, su rival personal y enteramente opuesto á su política, Luis XIV se presenta rodeado de artistas y literatos, con una pleyade de hombres ilustres: Guillermo sólo con su constancia. La ambicion del rey le inclina á atacar la libertad de los pueblos; Guillermo la defiende por su cuenta y riesgo; acoge á las víctimas de la intolerancia de su enemigo, haciendo prosperar las artes y la literatura á medida que abandonan á la Francia. Luis XIV puede lo que quiere: Guillermo se ve encadenado por una constitucion sospechosa; pero trata de alargar su cadena y no de romperla. De esta manera consigue que los ingleses le llamen para garantizar su libertad de la feroz tirania de los republicanos y del envilecimiento que produce el yugo de los Estuardos. Luis XIV señala los primeros años de su reinado con brillantes victorias: Guillermo pierde todas las batallas; pero se repone con la constancia, y concluye por conseguir la victoria. En fin, Luis XIV termina su carrera en la miseria y el abatimiento, al paso que Guillermo acaba sus dias sobre un trono al que ha sabido dar brillo, reconociendo los privilegios del pueblo que le llamó.

Mezclando Luis XIV la violencia en los asuntos de la Iglesia y de la fe, amenazó por una parte hacer estallar un cisma, y escitó por otra una reaccion, que no debia tardar en declararse en una guerra decidida entre el trono y el altar.

Si ascendió á la Francia al primer rango entre las naciones, las dificultades habian sido ya vencidas por Richelieu y por la regencia, pero comprometió el designio de Enrique IV y de los ministros de su padre, estendiéndole demasiado: de esta manera suscitó el odio, la desconfianza, la sed de venganzas, que tanto más vivas cuanto más comprimidas se encuentran, fueron el sentimiento general de toda Europa: culpas graves que produjeron más tarde su efecto precisamente cuando cesaban las provocaciones, y cuando sus grandes generales habian formado los del enemigo.

Luis XIV hubiera podido, por sus propios méritos y por los de los personajes de que se hallaba rodeado, con un parlamento que hacia la voluntad del rey, con un pueblo que consideraba la gloria del soberano como la suya propia, labrar la felicidad de su nacion, al paso que no pensó más que en enervar todas las fuerzas de la constitucion, inspirando temor y deslumbrando las miradas. Envia á perecer á remotas tierras á los veteranos acostumbrados á la guerra civil, se arroga las promociones militares, y funda sus proyectos, no en la capacidad del pueblo, sino en su paciencia. Un ceremonial tan costoso como lujoso lo aisla de la

nacion; sus ministros, á ejemplo suyo, se separan tambien de ella, y se convierten en tiranos misteriosos celosos del bien que puede hacerse sin ellos. No le bastaba que el parlamento fuese docil, le era preciso que fuera mudo, que el clero estuviese avasallado, y preparó para su sucesor la continuacion de la nulidad nacional.

Si Luis XIV hubiese conocido las necesidades de lo futuro, hubiera apoyado el trono sobre bases más sólidas, en lugar de elevarlo sobre la inviolabilidad del despotismo. La Fronda le habia mostrado la fuerza de la clase media; debia, pues, haber pensado en organizar este tercer Estado tan vivo. Al lado de una cámara de nobles, desviados de las turbulencias, llamados á dar consejos al Estado, hubiera podido, establecer una cámara de la clase media, que hubiera sido un admirable auxiliar para el monarca, y esto cuando le ofrecia el ejemplo la Inglaterra. De esta manera hubiera evitado la revolucion, á la que, por el contrario, dió impulso, oprimiendo á la nobleza, y escluyendo á la clase media de las distinciones honoríficas. Pues si la nobleza, que se encontró mucho tiempo debilitada por las numerosas pérdidas á que la espuso, con el titulo de gloria, en San Gotardo, en Candia y en Argel; si el pueblo pareció contentarse con la seguridad y proteccion que obtenia, aquel estado de cosas no podia ser más que temporal, y debia ceder el puesto á la inquieta esperanza de favorables circunstancias para efectuar, por la fuerza, lo que por el derecho no se podia conseguir. Sea lo que se quiera, la mania de las conquistas, y la incapacidad ó la mediania de los consejeros, de que se rodeó en su ancianidad, hicieron que Luis XIV fuese maldecido por los extranjeros y por la misma Francia, desde el momento en que cesó la ilusion de su gloria.

Aquella ilusion tuvo un término. A medida que desaparecian los grandes hombres que le rodeaban el entusiasmo hácia el gran rey se entibiaba: no podia dirigirse el odio contra los ministros, cuando habia querido atraerlo á sí, no existiendo ya las libertades, se sabia que todo procedia del rey. Era preciso que reducido el Estado á un hombre, se asociase á la suerte de aquel sér frágil. Los cortesanos, que le veian de cerca, se burlaban de él en secreto; los que respetaban aun al rey con sus errores, eran aquellos que le habian adulado menos en su prosperidad, por ejemplo, Fenelon; y el pueblo, que compadecia sus pesares domésticos, y cuyo dolor fué noble y desinteresado, como todo lo que procede del pueblo.

El principio y fin del reinado de Luis XIV recuerdan aquellas máscaras antiguas, que por una parte representan la risa, y por la otra el llanto. El fastidio llegó á ocupar el vacío que habian dejado las vastas ideas; á los grandes dolores sucedieron los grandes cuidados, aun más difíciles de soportar. Las mezquinas persecuciones, las sentencias reservadas por jansenismo, la pequeña oposicion del cardenal de Noailles, entristecieron á un reino humillado en el extranjero. Luis XIV creia tan importante domeñar á Quesnel ó á las religiosas de Port-Royal, como rechazar al príncipe Eugenio de las fronteras del reino. Se privaba, por sus opiniones, de los servicios útiles de hombres que pensaban de otra manera que él (4), aunque luchando entre el deseo de reprimir la herejia y el temor de maltratar á la virtud. Los grandes talentos que Luis XIV habia favorecido en otros tiempos, fueron considerados culpables, ora porque mostrasen tibieza, ora porque se atreviesen á sustituir la verdad á eternos elogios. Cubrióse de reliquias, como Luis XI, y la devocion de la corte fué, á ejemplo suyo, demasiado general para no ser sospechosa de hipocresia. Al mismo tiempo se diria que se habia tratado de distraer al pueblo de los males públicos, corrompiéndole y fomentando sus pasiones. Las composiciones de Dancourt y Legrand aparecieron en el teatro, donde ostentaron más licencia que las de Scarron y Montfleury; la ópera cómica estaba llena de obscenos equívocos. Conservóse el lujo de costumbre (5), á falta de placeres y gloria, aunque fué más oneroso por la penuria de las rentas. Sobreviviendo Luis XIV á todos los hombres que le habian formado una aureola, á su hijo, á sus nietos, se vió rodeado de un pueblo que obedeció por rutina, pero sin entusiasmo; no se dirigió ya sino por los consejos de su confesor y por los de la mujer que le dominaba. Madama de Maintenon, que participaba de su poder y de su fastidio, se vió obligada á sufrir los cuidados de aquella condicion, y el suplicio de divertir á un anciano gastado. Al mismo tiempo, la necesidad de tener con él reserva en sus discursos, le impidió mostrar una voluntad firme, y le precisó á recurrir á la intriga (6).

---

(4) En el momento de marchar el duque de Orleans para la espedicion de España, diciendo al rey que llevaba consigo por secretario á Fonpertuis, *¡Cómo!* esclamó Luis XIV, *¿no es jansenista?—Puedo asegurar á V. M.* replicó el duque, *que no cree siquiera en Dios;* y con esto se serenó el rey. El valiente Duquesne era protestante, así es que no fué recompensado; y el rey le puso en el caso de darle esta contestacion: *Señor, cuando peleaba por V. M. no pensaba nunca si erais de diferente religion que la mia.* Cuando su hijo se espatrió por la revocacion del edicto de Nantes, se llevó á Suiza el cadáver del ilustre marino, é hizo poner sobre el sepulcro que le recibió en Eaubonne: *La Holanda ha erigido un mausoleo á Ruyter; la Francia ha negado un poco de tierra á su vencedor.*

(5) En 1712 el bastardo más jóven del rey tenia en sus caballerizas doscientos cincuenta caballos. *Memorias de* DANGEAU, 5 de octubre de 1712.

(6) Montesquieu se espresa de esta manera en sus *Pensamientos sueltos.* «Luis XIV no era pacífico ni guerrero. Tenia las formas de la justicia, de la política, de la devocion, y el aire de un gran rey. Afable con su servidumbre, liberal con sus cortesanos, avaro con sus pueblos, inquieto con sus enemigos, despótico en su familia, rey en su corte, duro en sus consejos, niño en los pareceres de la conciencia, engañado por todo el que hacia de príncipe ó

Mas que indulgentes los franceses con respecto á las galanterias de sus reyes, no perdonaron nunca á Luis XIV aquel afecto hácia una mujer que no se atrevia á hacer pasar por querida, ni á reconocer como esposa, por lo que no encontraron en ella nada tierno ni jóven, nada capaz de despertar el interés.

Se dejaron deslumbrar por un rey jóven hasta el punto de no ver sus culpas; y en el viejo no reconocieron las virtudes que en él desarrolló la desgracia. De aquí es que Luis tuvo que probar los escesos de la grandeza y de la depresion, el ruido de las alabanzas y la reaccion del menosprecio, hijos más del despecho que de la verdad; y no obstante, sin perder nada de la íntima confianza en sí mismo, ni de su autoridad sobre el pueblo, ni de su arbitrariedad y altaneria, enviaba á su nieto al trono de España con recomendaciones tiránicas, prodigaba el oro para engrandecer á Marly, y en medio de aquella furia fatal por construir monumentos (7), urdia tramas en Inglaterra y meditaba la reunion de un concilio nacional para proscribir la mitad del clero. Nunca en medio de tantos escritos, en los que se muestra cuidadoso de la opinion, se le escapa una sola palabra que revele el deseo de ser amado. Ahora bien, dejaba morir el pais pobre, y al mismo tiempo poseia inútiles tesoros en pedreria, suntuosos muebles y palacios: una numerosa servidumbre que recompensar, varios hijos naturales, cuyo porvenir afligia su corazon. Habia reducido al parlamento á tal servilismo, que en contra de las leyes del pais le hizo declarar, que á falta de herederos legítimos descendientes de su persona, sus hijos naturales legitimados sucederian en la corona (8). La nacion que le habia aplaudido cuando se presentaba en el ejército entre su mujer y dos queridas, se creyó entonces insultada por aquella pretension del rey devoto de querer dar la corona de san Luis á los frutos de un doble adulterio. Tuvieron estos gran parte en su testamento; pero debió conocer que las facciones de la corte no esperarian, para estallar y destruir su obra, más que el tiempo qne le durase la vida.

En sus últimos momentos decia á su heredero: «Hijo mio, no olvideis vuestras obligaciones para con Dios; procurad vivir en paz con vuestros vecinos. He amado demasiado la guerra; no me imiteis en esto ni en los escesivos gastos. Tomad parecer en todo; tratad de conocer lo mejor y seguidlo. Consolad al pueblo con todo vuestro poder, y haced lo que yo he tenido la desgracia de no hacer.» Fué un relámpago momentáneo. Todos se admiraban de la tranquilidad de su conciencia, hasta el grado de que las gentes timoratas concebian sérios temores por su salvacion. El hecho es que después de haberse confiado toda su vida á otros, sin siquiera sospechar que se atreviesen á engañarle, entregaba aun entonces el asunto más importante para él, á los directores de su conciencia á quienes sólo decia: «Si me habeis engañado habeis hecho muy mal.»

Aun respiraba, y era ya abandonado por aquellos que le habian incensado con miras interesadas; hácia el duque de Orleans, designado como regente, se dirigian todas las miradas. Madama de Maintenon se retiró á Saint-Cyr (9) como si la religion le prescribiese otro asilo que la cabecera de su esposo, á quien tributaron los últimos cuidados manos mercenarias.

La madre de Luis XIV le habia dicho en su infancia: «Procura asemejarte á tu abuelo, no á tu padre; pues lloraron en la muerte de Enrique IV y rieron en la de Luis XIII.» En la suya, Massillon no le dispensó de los ataques acerados en su discurso de recepcion en la Academia; en Roma le negaron las exequias reales; París dispuso espresamente tiendas para beber, cantar y divertirse como en un regocijo público. No recordando la muchedumbre más que diez años de miseria é hipocresia, insultó sus funerales, ultrajó su nombre y el de su mujer, prometiéndose en el reinado de su sucesor gloria y esplendor: ilusion de costumbre en los pueblos desgraciados.

---

de ministro, por las mujeres y por los devotos, gobernando siempre, y siempre gobernado, desgraciado en sus elecciones, aficionado á los tontos, sufriendo y temiendo el talento, sério en sus amores, débil en su última pasion hasta el estremo de causar lástima; sin ninguna fuerza de espíritu en sus buenos sucesos, seguridad en sus reveses ni valor en su muerte Amó la gloria y la religion, y toda su vida le impidieron conocer una y otra. No hubiera tenido casi ninguno de estos defectos si hubiera sido mejor educado y tenido un poco más de talento. Tenia el alma más grande que el espíritu. Madama de Maintenon abatia sin cesar aquella alma para ponerla á su nivel.»

(7) En la declaracion de 1660, el rey amenaza con galeras al obrero que trabaje en París en otras construcciones que en el Louvre. Versalles fué asediada por millares de pobres, hasta el grado que fué preciso emplear á los soldados para alejarlos. Como le pidiese madama de Maintenon dinero para consolar ciertos indigentes: *Un rey da limosna,* le dijo, *gastando mucho,* palabra preciosa y terrible, esclama Juan Bautista Sacy, que manifiesta cómo puede erigirse en principio la ruina.

(8) Enrique IV habia ya hecho legitimar á un hijo que tuvo de Gabriela de Estrees, á fin de que pudiese tener derecho á la sucesion del trono, como espresaron las cartas.

(9) Sólo salió de él muerta en 1719.

CAPITULO XXVII

ESCANDINAVIA.

Suecia.—Necesariamente debia caer la Suecia de la categoria á que la habia elevado Gustavo Adolfo cuando sucumbió este príncipe en el campo de Lutzen; sostúvose, sin embargo, predominante en el Norte; y si el proyecto de Carlos Gustavo se hubiese verificado, hubiera podido permanecer algun tiempo entre el número de las potencias principales (1).

Cristina.—Cuando Gustavo Adolfo marchó para la espedicion (1632), de la que no debia volver, habia dejado el gobierno en manos de ministros hábiles, que después de su muerte hicieron elegir á Cristina, su hija, con una regencia compuesta de cinco miembros. Estos eran: Jacobo, conde de la Gardie, livonio; Carlos Gyllenhielen, gran almirante; el gran canciller Axel Oxenstiern, con uno de sus hermanos y uno de sus primos, provistos de instrucciones bastante detalladas para impedir todo abuso de poder. Habiendo sido excluida de la regencia la reina viuda, huyó descontenta á Prusia; y Cristina, conforme á los deseos de su padre, recibió la educacion de un hombre; hizo, pues, estudios clásicos, y al mismo tiempo Oxenstiern iba todos los dias á instruirla en los asuntos del gobierno y de la política.

Los regentes hubieran querido conservar las conquistas de Gustavo Adolfo en Livonia, y sobre todo en Prusia, en atencion á que libertaban al pais de la Polonia, y quitaban á esta potencia el acceso por mar. Pero no pudiendo conseguirlo con las armas por la guerra de Alemania, aceptaron en Strumsdorf un congreso (1635), en el que intervinieron como mediadoras la Francia, la Inglaterra y la Holanda, con el elector de Brandeburgo. Aquellas potencias tenian interés en humillar á la Suecia. En su consecuencia, después de largas y complicadas intrigas, se convino en una tregua de veinte y seis años, por la cual la Suecia restituia á la Polonia la parte de la Prusia conquistada, conservando á Elbing, el pequeño Werder y Pillau; privósele tambien de posesiones muy favorables á su engrandecimiento marítimo. Ya hemos hablado de sus guerras con la Dinamarca, terminadas por la paz de Brömsebro, y la guerra de los Treinta Años, que concluyó el tratado de Westfalia: segun este último tratado, la Suecia se convirtió en un Estado del Imperio, y adquirió la Pomerania anterior, con la isla de Rugen, una parte de la Pomerania posterior y otros territorios.

Cuando Cristina ascendió al trono, formáronse en la corte dos partidos: el uno afecto á Oxenstiern, y el otro que le era contrario: tenia este último por jefe al conde de la Gardie (1644), á quien la hermosura de su persona y sus modales de cortesano debian dar influencia con una reina de veinte y dos años. Muchos príncipes aspiraban á la mano de aquella princesa: pero á ella la agradaba permanecer libre, ó más bien poder satisfacer sus volubles gustos; y después de haber discurrido mucho sobre este asunto, declaró al senado su aversion al matrimonio (1649). Invitóle, pues, para que le designase por sucesor á Carlos Gustavo, conde palatino de los Dos Puentes, su primo, que habia sido educado con ella. Los Estados confirmaron aquella proposicion, y el futuro heredero,

(1) CHOPIN.—*Revoluciones de los pueblos del Norte.* Paris, 1834.

SCHMAUSS.—*Einleitung zu der staatswissenschaft zweiter Theil.* Leipzig, 1747.

Para la diplomacia véase *Memorias del caballero de Terlon*, encargado de los negocios de Francia, después de Carlos Gustavo, desde 1656 á 1661. París 1686.

esperó lejos de los negocios, estraño á toda ambicion y sólo ocupado de cacerias, un trono al que no parecia próximo á subir.

El reinado de Cristina fué muy brillante, sin que deba atribuírsele el mérito. La Suecia se habia hecho bendecir por toda la Alemania reprimiendo la ambicion del Austria; habia agrandado sus posesiones, aumentado su gloria fuera y su prosperidad dentro, estendido su navegacion, favorecido las artes y los trabajos de las minas. Así fué que el producto de las de cobre ascendió, desde 2,400 millones que producia anteriormente á más de 6,000, y no habia mueble ó utensilio en el pais que no se hiciese de metal. Unidos los suecos y los holandeses en la costa septentrional de América, se establecieron entre los rios Delaware y Hudson, en el pais que llamaron después Nueva Escocia; los primeros se encargaron del cultivo de las tierras, y los segundos de la venta de sus productos. Pero un año después de la abdicacion de Cristina, los suecos se vieron obligados á abandonar aquel pais á los holandeses, y de los holandeses pasó á los ingleses que le dieron el nombre de Nueva-Jersey. Constituyóse una sociedad para hacer el comercio de la Guinea donde se cambiaba el hierro y el cobre por el oro.

Cristina, cuya instruccion era variada y que escribia en varias lenguas, se complacia en la conversacion de los sábios que llamaba de todos los paises. Renato Descartes, desconocido en Francia, perseguido en Holanda, le dedicó varias de sus disertaciones y fué á Estokolmo por invitacion de la reina. Libre allí del ceremonial de la corte, le era preciso ir á palacio todos los dias á las cinco de la mañana para hablar con Cristina, ocupacion que aceleró tal vez el fin de sus dias, sin que consiguiese convencer á la reina de su filosofía. Asignó una pension á Gassendi, además de los regalos que le hizo. No pudo detener á Hugo Grocio, á quien el canciller Oxenstiern habia hecho ir para adoptar sus consejos; y aquel sábio murió al volver á su patria. Además, Juan Freinsheim, que se atrevió á escribir suplementos á Quinto Curcio y Tito Livio, era su bibliotecario en union de Gabriel Naudé. Podian verse con ellos en su corte á Marcos Meibon, editor de los antiguos compositores de música; á Claudio de Saumaise, al abate Pedro Daniel Huet, á Isaac Vossio, á Nicolás Heinsio, á Samuel Bochart y á otros más, que le ayudaron á civilizar el pais, aunque turbándole de cuando en cuando con sus rivalidades.

Poco contribuyó Cristina á que floreciesen las letras suecas, lo que por otra parte no era fácil en medio de una continua guerra. Así es que sólo se conservaron las matemáticas para el servicio de éstas; y las primeras determinaciones exactas de las paises fueron debidas á los filósofos cartesianos Andrés Spole (1699) y Juan Billberg (1717). Después Andrés Celsio (1744) erigió el primer periódico literario en 1742. En 1667 se comenzaron en aquel pais las gacetas políticas, y se establecieron archivos de antigüedades. Jorge Lulio Sternbjeln, padre de la poesia sueca (1672), imitó los metros de los antiguos, y resucitó muchas palabras escandinavas, pero carece de inspiracion. El nombre más ilustre es el de Samuel Puffendorf.

Cristina no era hermosa, más bien hombre que mujer en todas sus acciones; descuidada en su traje, de poco alimento, insensible al frio, al calor, á la falta de sueño, incansable á caballo, habitaba con preferencia el palacio de Jacobsdal (Ulricsdal), donde las cacerias, las academias la ayudaban á olvidar los cuidados del trono. Queria, sin embargo, verlo todo; contestaba, inqueria, asistia al consejo, ambiciosa y avara de todo género de gloria. No queria tener mujeres á su servicio; se complacia en ser cortejada por los hombres, con quienes era muy voluble; y la crónica de la época cita á varios á quienes prodigó sus generosidades, cuando el tesoro tenia la mayor necesidad de que se pensase en economizarle. Se la sospechó, pues, de locura, y aun más cuando abdicó la corona en favor de Carlos Gustavo (1654), reservándose la absoluta soberania de su persona, la de sus comensales y servidores, el palacio de Nykæping, las islas de Œland, Gotland, Œsel, Wollin, Usedom, la ciudad de Wolgast y algunas tierras en Pomerania.

Semejante resolucion dió lugar á multitud de comentarios. ¿Qué motivo habia determinado á ello á la reina? Era para hacerse católica, ó para casarse con Fernando IV, rey de los romanos? Estas no son más que suposiciones. Detestaba los negocios, pero los despachaba con facilidad. Sus rentas estaban en desórden, pero tal vez las habia descuidado precisamente porque pensaba desembarazarse de ellas. Tal vez deseaba vivir independiente, ó que la segunda parte de su reinado no empañase la primera, y queria hacerla más ilustre con aquel acto de filosofia.

«Los hombres políticos, dice Federico II, que todo en ellos es interés y ambicion, la desaprobaron; los cortesanos, que buscan siempre delicadeza, repitieron que su aversion á un matrimonio con Carlos Gustavo la habia inclinado á abdicar; los sábios la alabaron por haber renunciado á la grandeza por amor á la filosofia; pero si hubiera sido verdaderamente filósofa, no se hubiera manchado con el asesinato de Monaldeschi, ni hubiera sentido haber abandonado el trono, como lo sintió en Roma. Las personas prudentes no lo consideraron más que una estravagancia, que no merecia elogio ni vituperio; pues no hay grandeza en descender de un trono sino por la importancia del motivo que determina á ello, por las circunstancias que acompañan á aquel acto, por la magnanimidad con que se sostiene.»

Después de haber convertido Cristina en dinero sus alhajas y los despojos del palacio, se declaró católica en Inspruck (1656): unos dicen que por intrigas de los jesuitas, otros que por un efecto de su propia ligereza; tal vez sin otro motivo que por ser más considerada en los paises donde se propo-

nia habitar, ó para añadir una escena análoga á la de su abdicacion. Fué acogida en Italia con una pompa desusada, queriendo el papa con este aparato celebrar un triunfo de la religion. Ofreció á nuestra señora de Loreto una corona y un cetro: establecida en Roma en el palacio Farnesio, uno de los más hermosos del mundo, dividió su tiempo entre el estudio y los placeres, honrada como pocos príncipes de su época hubiera podido serlo. Cuando la Suecia perdió la Pomerania, Cristina sufrió retardo en el pago de la renta que se habia reservado (ascendia á 200,000 escudos, y Oxenstiern decia que ningun enemigo habia costado tan caro al reino): en su consecuencia el papa le asignó 12,000 escudos romanos. En su palacio era donde se reunia todo lo más distinguido que habia en Italia; tratábase en una especie de academia, de poesia y filosofia moral; y esto dió origen á la *Arcadia* (1656). Favorecia y sostenia á los artistas: Octavio Ferrari recibió de ella un collar de oro por un elogio, y encargó á Felipe Baldinucci escribir la vida de Bernini.

Decia, no obstante, que una reina sin reino era una diosa sin templo, á la que pronto le faltan los homenajes; por cuya razon volvió dos veces á Suecia é inquietó al pais, como veremos. Mujer de transacciones, queria, al hacerse católica, reservarse el comulgar con los luteranos una vez al año; deseaba, al descender del trono, conservar rentas reales, sin corte, con el derecho de volver á ascender á él y el de poder sentenciar á muerte. Dos veces fué á Francia, la primera fué bien acogida, con frialdad la segunda, y se la envió á Fontainebleau. Cuando adquirió la conviccion de que el marqués Juan de Monaldeschi (1637), su caballerizo mayor, la vendia, le condenó, y le hizo dar el golpe mortal, creyéndose autorizada á aquel asesinato por la reserva enunciada en su acto de abdicacion. Ocupáronse mucho de este crímen en Francia, donde sin embargo fué tolerada Cristina (2). Pero la historia no pudo absolverla ni tampoco la jurisprudencia, pues se encontraba en un territorio extranjero. Cuando Inocencio XI abolió las franquicias en Roma, medida á la que Cristina prestó su asentimiento, salvó á un reo preso por los esbirros, y escribió una insolente carta al papa que se la perdonó. Aspiró á la corona de Polonia, se encontró mezclada en todas las intrigas de la época, y cantaron en su alabanza todos los poetas; Escribió diferentes cosas, casi todas en francés, pero lo más interesante son sus cartas y su vida, que dedicó á Dios, á quien con frecuencia dirige la palabra. Vivió hasta el 19 de abril de 1689, y su herencia se distribuyó: Alejandro VIII compró su biblioteca; Livio Odescalchi sus cuadros y piedras grabadas.

---

(2) «Habia oido hablar tanto de su estraño modo de vestirse, que temblaba de miedo de reirme la primera vez que la viese; pero cuando sucedió me admiró, aunque no excitándome á la risa... En su conjunto me pareció un jóven... En la comedia aplaudia los pasajes que le agradaban, juraba por Dios, se recostaba sobre su silla, ponia las piernas ya en una parte, ya en otra, las colocaba en los brazos del sillon, adoptaba posiciones á lo Trivella, recitaba los versos que le agradaban, hablaba con volubilidad y gracia; otras veces permanecia distraida, daba grandes suspiros y volvia de repente en sí como una persona á quien se la despierta de repente. Después de la comedia llevaron frutas y dulces, y luego fuimos á ver unos fuegos artificiales. Estábamos agarradas de la mano, y habiendo caido cohetes á mi lado, tuve miedo, lo que hizo se mofara de mí y me dijese: *¿Cómo, una dama que ha tenido tantas aventuras y hecho tan grandes proezas, tiene miedo?* A lo que contesté, que no era valiente sino en esa clase de aventuras, y que esto me bastaba. Dijo después, que su mayor placer hubiera sido encontrarse en una batalla, y que no estaria contenta hasta que le sucediese; que tenia mucha envidia al príncipe de Condé por sus hazañas... Fué á comulgar á Nuestra Señora, y los que la vieron no quedaron muy edificados de su devocion en una católica en su primer fervor. Durante todo el tiempo de la misa habló con los obispos y permaneció en pié. Habiéndole preguntado el capellan del rey con quién queria confesarse, *Con un obispo, dijo; elegidme uno.* La eleccion recayó en el de Amiens. Habiendo, pues, entrado en su gabinete se puso de rodillas, y no cesó de mirarle fijamente cara á cara; cosa estraordinaria...» MADEMOISELLE DE MONTPENSIER.

»Después de la comedia se la condujo á una habitacion donde fué servida por los oficiales del rey; y fué preciso darla hasta camaristas para desnudarla, en atencion á que estaba sola, sin damas, oficiales, equipaje ni dinero. Toda su corte consistia en sí misma. Tenia á su lado á Chanut y á otros dos feos hombres, á quienes daba por honor el título de condes, y á dos mujeres, que parecian más bien fruteras que damas. Se manifestó aficionada á la comedia, alababa los buenos pasajes, manifestaba alegria ó dolor, segun la representacion; otras veces, como si hubiese estado sola, se recostaba en el respaldo de su sillon y permanecia distraida... El poco tiempo que permaneció en la corte le fué útil, en atencion á que sus defectos, que sin embargo eran grandes, fueron indemnizados por sus grandes y brillantes cualidades, y por el atractivo de la novedad, tan poderoso en los hombres. Casi todas sus acciones tenian algo de estravagante; se podia alabar mucho en ellas, pero tambien vituperar. Nada tenia de mujer, ni aun la modestia; se hacia servir por hombres hasta en las horas más privadas; se reia á carcajadas en la comedia italiana, cantaba con los actores; fantástica, libre en sus discursos, tanto sobre la religion como sobre las cosas en que su sexo hubiera debido imponerle más detenimiento. No sabia estarse quieta. Delante del rey, de la reina y de toda la corte, estendia sus piernas colocándolas en sillas tan altas como aquella en que estaba sentada, y las dejaba ver sin que le importase. Hacia alarde de despreciar á las mujeres por su ignorancia, y hablaba con los hombres de asuntos buenos ó malos... Cuando se la habia visto bien y escuchado era difícil no perdonarle sus estravagancias. Mientras duró el carnaval no se notó nada en ella en contra del honor; entiendo del honor que depende de la castidad, pues las caritativas lenguas de la corte no se hubieran callado; pero en todo manifestó poca prudencia y frenesí por divertirse. Acudia á los bailes de máscaras; iba siempre á la comedia sola con hombres, en los primeros carruajes que encontraba, y nunca hubo nadie que se manifestase más distante que ella de la filosofia.» MADAME DE MOTTEVILLE.

Carlos X.—Aunque hasta entonces se habia mostrado Carlos X súbdito tranquilo y sumiso, dió prueba de aptitud para los negocios. De nuevo ofreció su mano á Cristina, después de ser una persona particular, más rechazado otra vez, se casó con Eduvigis Leonor de Holstein Gottorp, y comenzó un reinado que fué corto, pero que ofrece un gran interes. Gustavo Adolfo habia puesto á la Suecia en una posicion insostenible: las arcas se hallaban exhaustas, los súbditos debilitados por los impuestos y aumentados los monopolios; obrando Cristina por capricho, habia exigido la obediencia como en un reino despótico, y aumentado de esta manera los descontentos; mal dispuestas las potencias suscitaban continuas querellas; Carlos X debió remediarlo todo y cumplir grandes designios. Le pareció que mientras que en Dinamarca y en Polonia una nobleza inquieta ponia obstáculos con sus privilegios á las intenciones de los príncipes y lo trastornaba todo, podia realizar los proyectos de Gustavo Adolfo, estendiendo su dominacion á los paises que rodean el Báltico.

Encerrada la Dinamarca entre la Suecia y sus posesiones de Alemania, parecia una conquista fácil. Las provincias situadas en el Báltico, ocupadas entonces por los polacos y la casa de Brandeburgo, interrumpian la comunicacion entre la Livonia y la Pomerania: habia, pues, gran ventaja en adquirirla. Obligando á los ducados de Curlandia y Prusia á reconocer á la Suecia por soberana en lugar de la Polonia ocupando la embocadura del Vístula, sometiendo la Prusia polaca y Dantzick independiente, adquiriendo la Pomerania oriental mediante una compensacion dada á la Polonia en la casa de Brandeburgo, la Suecia se encontraria dueña del Báltico. Sus soldados, que se habian endurecido en el oficio de las armas en la guerra de Alemania, y adquirido una grande reputacion, debian secundar poderosamente semejante proyecto. El dinero estaba escaso, pues las rentas apenas ascendian á 800,000 escudos y la deuda era de diez millones; pero la gran fama de los sucesos y la guerra no pódian dejar de proporcionarle. Carlos X hizo conocer á los Estados Generales la necesidad de asegurar las fronteras de la Livonia, cuando la Rusia se encontraba en guerra con la Polonia: en su consecuencia votaron dinero, hizo que los dominios reales enajenados en tiempo de Cristina se redujesen á feudos, con la obligacion los propietarios de restituir una cuarta parte.

Habiendo reunido tropas, las hizo marchar sin haber sido provocado, y por simples motivos de conveniencia contra Juan Casimiro V, rey de Polonia, que alegaba pretensiones á la corona de Suecia (1655). Este príncipe tenia en su contra un poderoso partido, porque no le agradaban las costumbres guerreras del pais y porque era dominado por la voluntad de su mujer. El vicecanciller Guillermo Radzieiowiski escitaba á Carlos X á la guerra, al mismo tiempo que los protestantes le llamaban contra un rey que habia sido cardenal y jesuita. Púsose, pues, Carlos en marcha, y habiendo emprendido la fuga Casimiro, ocupó la mayor parte de la Polonia. Después de haberla adquirido con horribles asolaciones, la conservó con ayuda de medios bárbaros, hasta el grado de prometer que todo polaco de su partido que diese muerte á uno del contrario, recibiria la mitad de los bienes de la victima. Aun ambicionaba más la Prusia; negoció, pues, mucho tiempo con Federico Guillermo (1656), elector de Brandeburgo, que concluyó por reconocerse vasallo de la Suecia, y dar libre paso á sus tropas y entrada en sus puertos.

Pero Casimiro volvió á presentarse: cansados muchos polacos de la preferencia que se concedia á los suecos y á los alemanes, seducidos ademas por las promesas de que nunca son avaros los pretendientes, le secundaron con actividad; las guarniciones fueron asesinadas y se llamó á los tártaros de la Crimea. Desesperando Carlos X conservar la Polonia en medio de tantos enemigos y de insurrecciones que sin cesar renacian, pensó en dividirla, reservándose la Prusia Real, y concediendo la Gran Polonia, como reino, al elector de Brandeburgo, la Pequeña con la Lituania á los rusos, á los cosacos, y á Jorge Ragoczy, príncipe de Transilvania. En su consecuencia, el elector le secundó con todas sus fuerzas, de tal manera, que derrotó á los polacos y recobró á Varsovia. De esta manera obtuvo Federico Guillermo lo que deseaba, á saber: la soberania del ducado de Prusia por la convencion de Labiau por la cual aquel ducado y el principado de Warnia quedaban separados de la Polonia y se convertian en soberanía hereditaria en la descendencia del gran elector, que no podia en adelante manifestar pretensiones á la Prusia Real. De esta manera renunciaba Carlos X á su proyecto de reunir las posesiones suecas en las costas meridionales del Báltico, pero no al deseo de incorporar las provincias marítimas de la Polonia. Asustada el Austria con ver á la Suecia acercarse á sus provincias y en peligro la religion católica en Polonia, inclinó á Alejo Mikailovitch de Rusia á invadir la Livonia, mientras que Leopoldo ayudaba á Juan Casimiro. Aquel mismo elector de Brandeburgo, que habia favorecido á los suecos sólo por ambicion, se unió á los polacos desde que éstos se decidieron á reconocerle independiente.

Los Estados de Holanda, cuya comercio en el Báltico se hallaba lleno de trabas por el peaje que Dantzick les imponia, enviaron tambien una escuadra y se unieron á Federico III de Dinamarca. Este príncipe, que se encontraba amenazado, no se abstenia de hacer la guerra sino por el mal estado de sus rentas y la oposicion de la nobleza, que no le concedia tropas, por temor de que las emplease en destruir la constitucion que le habia sido impuesta; pero viendo que la ocasion era favorable para recobrar los territorios cedidos por el tratado de Brömsebro, empuñó las armas (1657). Para castigarle Carlos X, invadió el Jutland; y pasando de una manera no menos atrevida que nueva el Belt

por encima del hielo, trasladó sin barcos todo su ejército, caballería y artillería á la Fionia y al Seeland (1658). El mismo marchaba á su cabeza; algunos batallones fueron sepultados. Sin embargo, «el frio era tal, que era preciso romper á hachazos el pan y los toneles de vino y cerveza, coger después los pedazos y deshelarlos, pues no tenian casi gusto. Tenian que ponerse las carnes en barreños muy calientes para que se deshelasen. El rey se reia de todas las incomodidades que no concernian más que á la comida y á la bebida, y no se cuidaba absolutamente de ellas; aunque participaba tambien de estos sufrimientos, no pensaba más que en conseguir su proyecto de pasar de la isla de Halland á la de Seeland.» (3)

Paz de Roskild.—Toda la Europa se admiró y se asustó, y Copenhague se vió de repente amenazada. Esto dispuso la paz; y en efecto, por sugestion de Cromwell, verificóse en Roskild. Los suecos adquirieron con aquel tratado el Halland, la Escania, Bleckengia, Bornholm con sus dependencias, y restituyeron lo restante.

Carlos X, que por pura ambicion de engrandecerse habia puesto en guerra al Norte y ofrecido de nuevo la particion de la Polonia y la Dinamarca, aunque Cromwell se opuso á ello creyendo que era una barbarie destruir la nacionalidad de un pueblo, Carlos X no se resignó á la paz sino por la necesidad, con objeto de aguardar el momento favorable para empuñar de nuevo las armas. En efecto, habiendo reunido Federico III tropas para destruir la viciosa constitucion de su pais, se aprovechó de aquella ocasion; y por cuidado que tuvo la Dinamarca en evitar los pequeños pretextos en que pudiera apoyarse, recurrió á las armas, resueltos á no dejar subsistir de Copenhague más que una fortaleza para proteger la escuadra, y trasladar él mismo su residencia á la Escania. Dueño de esta manera del Báltico, se proponia, á la cabeza de ochenta mil soldados y cuarenta mil caballos, desembarcar en Italia como Teodorico, y fundar allí una nueva monarquia de los godos.

Decia en su desmesurada ambicion, que un gran príncipe debia estar contínuamente en guerra para tener á sus súbditos ocupados, con temor á sus vecinos, y que los derechos se probaban despues de la conquista. Habiendo desembarcado después de repente en la isla de Seeland, embistió á Copenhague; pero el rey se decidió á defender á su capital, y los ciudadanos acudieron á las armas para rechazar á aquel arrogante vecino. Todo el Norte reprobó aquel ataque sin motivo razonable, y los Estados Generales enviaron en socorro de Federico una escuadra que derrotó en el Sund á la Suecia y entró provisiones en Copenhague (29 octubre). El elector de Brandeburgo atacó el Holstein, y la Suecia se encontró en una posicion muy crítica. Felizmente la Francia y la Inglaterra se interpusieron para renovar la paz de Roskild, y concluyóse el tratado después de largos y puntillosos debates, mediante concesiones hechas por la Dinamarca, que salvó su honor y su amenazada existencia, pero que dejó á la Suecia preponderante en el Báltico.

Comprometido, sin embargo, Cárlos X en una triple guerra, y temiendo que la casa de Austria se declarase su enemiga, trató de desembarazarse por el lado de la Polonia, en la confianza de que podria entenderse con la Rusia, y que se encontraria entonces en estado de imponer á la Dinamarca. Con este objeto reclamó la mediacion de la Francia y entabló las negociaciones que produjeron el tratado de Oliva (4), no menos célebre en el Norte que el de Westfalia en el Mediodia. Volvió á establecer la paz con la Polonia, y sus aliados por una parte, á saber: el emperador Leopoldo y Federico Guillermo, elector de Brandeburgo, y por la otra Cárlos X, rey de Suecia. Por aquel tratado renunció Juan Casimiro á toda pretension al trono de Suecia, cediendo á este reino la Livonia Transduniana, y se devolvió la Curlandia al duque. El emperador quedó obligado á restituir á la Suecia, que evacuó enteramente la Prusia Real, todo el territorio que habia ocupado en la Pomerania mecklemburguesa.

Aseguradas de esta manera las relaciones por los dos tratados de Copenhague y Oliva entre la Suecia, la Dinamarca y la Prusia, aun quedaba que arreglarse con la Rusia. Descontento Alejo Mikailowitch de la paz de Stolbowa, y entonces de la particion de la Polonia, trataba de recobrar la Livonia, la Ingria y la Carelia (1661). Ocupólas en efecto á mano armada; pero en Kardis se obligó á restituir todo aquello de que se habia apoderado en la Livonia, que permaneció enteramente de la Suecia. De esta manera suscitaba Cárlos X guerras que daban ocupacion á todos los gabinetes de Europa. Arrojó al rey de Polonia, sitió á la Dinamarca en su capital y recorrió el Báltico, amenazando con la servidumbre á las razas eslavas y escandinavas. Seis potencias se unieron para contenerle, y sin aliados resistió á todas. Su ambicion caballeresca no pudo detenerse sino con la muerte. Sufrióla con valor á la edad de treinta y siete años (febrero de 1660), reconociendo haber errado, pero creyendo haber llenado sus deberes de rey, y haberse ocupado sólo del interés de su pueblo.

Dejaba un hijo de edad de cuatro años bajo la regencia de cinco dignatarios y de su madre, que debia tener doble voto en el consejo. Pero los Estados, que habian temido que las victorias fuera no produjesen la tirania dentro, declararon el testamento de Carlos X contrario á la

(3) Relacion del embajador Terlon al rey de Francia.

(4) No tenemos sobre ningun tratado del Norte tantos datos como sobre éste. Han sido hábilmente empleados en la *Historia de los tratados de paz*, por Koch, refundida por Schœll á quien seguimos, y que se puede consultar.

constitucion. En el momento en que estaban reunidos, vieron de repente aparecer á Cristina, que habia pedido tropas á Viena para conquistar la Pomerania. Cambiando después de idea, reclamó su pension que habia sido suspendida; en fin, pidió volver á ser reina, por no haber abdicado, decia, más que en favor de Carlos. Pero su apostasia la habia hecho odiar; vióse, pues, precisada á renunciar á toda pretension, y á no emplear más que luteranos en las tierras que se habia reservado.

Carlos XI.—Conservó el jóven rey un buen corazon, un juicio recto y una gran intrepidez, á pesar de la mala educacion que le dió su madre. No le enseñaron siquiera á leer ni á escribir, aunque le inspiraron buenas ideas morales, al mismo tiempo que le acostumbraban á los ejercicios corporales. La política fluctuaba, segun el partido en favor, en la débil mano de los regentes; la nacion los detestaba, porque no se ocupaban más que de su propio interés, y porque estaban vendidos á la Francia para continuar un lujo al que se hallaban acostumbrados, entonces que la Europa era tributaria de la Suecia. Durante aquel tiempo el rey, á quien descuidaban, adelantaba en edad, las rentas se encontraban agotadas, en desórden la administracion y debilitadas las fuerzas del pais.

Apenas Carlos XI empuñó las riendas del Estado á la edad de diez y siete años (1672), jurando no tolerar ningun otro culto que el luteranismo, cuando se encontró impulsado contra la Holanda por la alianza de la Francia. Aspiraba además á la guerra, único género de educacion que habia recibido; entró, pues, en el territorio del elector de Brandeburgo, aliado de los holandeses (1675). Pero este príncipe sorprendió á los suecos y los derrotó en Fehrbellin; aquella memorable victoria fué seguida de una sublevacion general de las potencias contra el perturbador de la paz pública, que fué puesto fuera de la ley. Habiéndose reunido los daneses al elector, derrotaron las escuadras suecas y desembarcaron en la Escania.

Un pais pobre que apenas tenia dos millones de habitantes, desempeñaba hacia sesenta años el papel principal en Europa en la guerra y en la paz. Después de haberse hecho dueño de las costas del Báltico y de la Livonia, granero del Norte, y amenazado la independencia de la Polonia, ambicionaba la soberania de la Rusia. Si estas ventajas debidas al genio del rey, habian podido deslumbrar, no se conocieron más que los inconvenientes y el peso de los impuestos, cuando pasó el cetro á manos de un niño. Sin embargo, aun duraba el prestigio de la grandeza. Creyendo, pues, Luis XIV que el apoyo de la Suecia ó su nombre le era necesario hasta el momento en que la esperiencia hubiese disipado la ilusion, intrigó para disolver la alianza del Norte (1679), y procurar á la Suecia condiciones favorables: de esta manera produjo paces particulares; tanto, que después de haber sido amenazada de ser distribuida en partes, no perdió una pulgada de terreno. Pero la gloria militar del pais que no se habia sostenido sino con el apoyo de la Francia, se eclipsó cuando tuvo que hacer frente á envidiosas potencias. Carlos XI conoció que un jefe militar no bastaba para dar prosperidad al reino, y se dedicó á procurársela.

Dinamarca.—El feudalismo no se habia introducido en los paises escandinavos, y su constitucion, que ya hemos descrito en otra parte, se habia formado de otros elementos. Pero la inclinacion hácia las monarquias absolutas que hemos notado en la Europa meridional, se dejó tambien sentir en el Norte. Federico III de Dinamarca (1658), cuyas guerras hemos visto ya, declaró á Copenhague capital del reino, y quiso que sus diputados fuesen consultados en los negocios más graves; que la clase media y los eclesiásticos pudiesen poseer tierras nobles, y gozasen de los privilegios de la nobleza, de la exencion de todos los impuestos y alojamientos militares. Pero las guerras con la Suecia le redujeron á tal miseria, que no tenia dinero para pagar sus tropas ni para licenciarlas (1660). Convocó, pues, en dieta á todos los nobles, á dos diputados de los grandes concejos, á uno de los pequeños, á uno de los obispos, á los delegados de las universidades y de los capítulos. Con respecto á los campesinos libres y que dependian inmediatamente de la Corona, se podia decir que ya no existian.

Constitucion danesa.—Esta última dieta danesa cambió la constitucion en una nueva que no fué premeditada ni combinada, sino producida por las circunstancias, y que ha durado hasta nuestra época. Juan Svane, obispo de Seeland, hombre instruido, incorruptible y de gran firmeza, de mucha reputacion por su elocuencia, y por una prudente liberalidad; Juan Naussen, burgomaestre de Copenhague, á quien su probidad y el amor á sus conciudadanos inspiró valor, y Federico Thuresen, jefe de la milicia urbana, se hicieron cabezas de la revolucion, en union de Cristóbal Gabel, secretario de Hacienda. Habiendo pedido el rey á la dieta establecer sobre el consumo un impuesto moderado, pero general, suscitáronse pretensiones é inmunidades, que dieron orígen á disensiones. Los nobles, la clase media, el clero hicieron diferentes proposiciones para el mejoramiento de las rentas. De esta manera se vieron inclinados á reflexionar sobre los derechos de cada uno, y toda reforma pareció cada vez menos posible, mientras el Estado conservase una oligarquia que gozando del privilegio de elegir al rey, podia en cada eleccion arrebatarle un pedazo del poder. Apoyados el clero y los municipios por la corte, y persuadidos por Svane y Naussen, pidieron, pues, que la corona fuese hereditaria; y los nobles se vieron obligados, aunque contra su voluntad, á aceptar la proposicion. Con respecto á los privilegios de cada órden, se sujetaron enteramente al rey (13 octubre).

De esta manera quedó establecida la monarquia absoluta hereditaria en los reinos de Dinamarca y

Noruega. Ahora bien, la *ley real*, dada por el rey en 14 de noviembre de 1665 sin promulgacion, y conocida sólo cuando la coronacion de Cristian V, hizo al rey superior á toda ley humana, prohibiéndole sólo tocar á la confesion de Augsburgo, á la cual debia él mismo pertenecer, y tambien cambiar el órden de sucesion, que era el de línea directa mixta, siendo preferidos los varones á las hembras mientras existiesen. Era, por lo demás, jefe supremo de los asuntos eclesiásticos, nombraba para los empleos, declaraba la guerra, hacia la paz y las alianzas; era dueño de la vida y bienes de sus súbditos. La Dinamarca se sometia voluntariamente á este despotismo por la necesidad de defender su independencia, que amenazaban los suecos. Desde este momento se aumentó su energia, y sostuvo su lugar en el mar y en las guerras que siguieron.

Vióse obligado Federico á reformar el gobierno segun lo reclamaba un reino absoluto. Sostuvo un ejército permanente, que acantonó en las tierras de los nobles y de los eclesiásticos, sin consideracion á los privilegios; el senado se convirtió en un consejo; los dominios y prebendas eclesiásticas se reunieron á la corona. Prestó oidos Federico á los alquimistas, y entre ellos al milanés José Berro, y al danés Olao Borich; pero Berro concluyó en las prisiones del Santo Oficio, y Borich reunió bastantes riquezas para dejar 50,000 rixdales, destinados á la fundacion de un colegio de medicina en la capital.

Cristian V.—La memoria de Federico, que murió á la edad de sesenta y un años, fué querida de los daneses; y una série de buenos príncipes que le sucedieron, no les hicieron echar de menos la libertad que habian perdido. Marchando Cristian V por las huellas de su padre, conservó á sus ministros. Estableció una compañia de comercio para las Indias occidentales con el derecho de paz y guerra con respecto á los Estados indios, y otra para la Islandia. Dió gran impulso al comercio, empleando una marina que era militar en caso de necesidad. Las primeras fábricas de sedas se introdujeron entonces en el pais. Copenhague adquirió alumbrado; en 1681 se mandó la unidad de pesos y medidas, y se promulgó un nuevo código para los condados y baronias que se fundasen, como tambien la órden del Danebrog. Habiendo sido herido Cristian en una caceria, murió á la edad de cincuenta y tres años (1699).

Constitucion sueca.—Tal vez el ejemplo de la Dinamarca, y el esplendor que la monarquia absoluta daba á la Francia, determinaron á Carlos XI á intentar lo mismo en su pais. Le era preciso para esto no menos intrepidez que la que habia manifestado al frente de los ejércitos, y aquel sentimiento del deber que le hacia compadecerse de los males causados por sus antecesores y por él mismo. Habia hecho ya varios tratados con los grandes Estados; el ducado de los Dos Puentes le habia cabido en herencia. Su matrimonio con Ulrica Leonor de Dinamarca, aconsejado por la política para unir ambos paises, fué una union sin amor, pero no sin virtud.

Aquel príncipe vió que los sufrimientos dentro del reino procedian de dos males, de la alta nobleza y del senado: este último cuerpo, de consejo del príncipe que era, habia llegado á apoderarse de una gran parte de la soberania, como intermedio entre el rey y el pueblo, y custodio de la constitucion. Trataba de convertir á ésta en una oligarquia, sin dar los empleos más que á los parientes. Ayudábale á esto la alta nobleza, que avara y venal, habia dilapidado los bienes de la corona, tanto por las liberalidades de Cristian, como aprovechándose de la minoria de Carlos XI. Todos los personajes de elevada categoria recibian pensiones de las potencias extranjeras para maquinar en favor de la guerra ó de la paz, ó mezclarse en la eleccion de los reyes de Polonia (5), al mismo tiempo que estaban exentos de las cargas que pesaban sobre el resto de la nacion.

Carlos XI reunió los Estados (1680) y les preguntó, si siendo el rey mayor tenia obligacion de sostener la forma de gobierno establecida durante su minoria; qué papel desempeñaba el senado en la constitucion, y de qué manera era aquel cuerpo intermedio entre el rey y las cuatro órdenes. La dieta contestó que el rey no estaba unido á ninguna forma de gobierno, y que sólo á Dios debia cuenta de su administracion; que el senado no formaba un estado intermedio; emitió el voto de que el rey estableciese una forma de gobierno, é hizo adjudicar á la Corona los bienes enajenados por donacion, como Carlos X lo habia ya dispuesto. Entonces fueron acusados y condenados por concusion los regentes. Apoyó el rey las tres órdenes inferiores que trataban de rebajar al más elevado:

---

(5) De Groat, embajador holandés, escribia lo que sigue á los Estados Generales el 2 de febrero de 1669:

«Soy de parecer de que no descuideis la ventaja que se puede sacar de una generosa distribucion de dinero, sobre todo en un pais donde todo está muy caro; en el que hay costumbre de gastar más de lo que se tiene, donde nadie hace nada por nadie, sino que, por el contrario, se prefiere á lo público lo particular; en una palabra, donde nadie daria un paso en bien general, si no estuvieren seguros de encontrar algun interés privado. Hay aquí señores cuya renta asciende á sesenta ó setenta mil rixdales, y que no les alcanza; otros, que tienen mucho menos, gastan sólo en vino cinco ó seis mil rixdales al año. En fin, no hay uno que no necesite ó de los provechos de la guerra, ó de la liberalidad de los aliados. Con tales medios es como ha conseguido la Francia tener aquí un partido; con ellos es con los que la Inglaterra ha vencido en la última guerra; preciso será usar de los mismos si se quiere separar enteramente esta corona de la Francia. Hasta encuentro este camino más corto, menos dispendioso y menos perjudicial; pues con veinte mil rixdales de regalos se hará más que con veinte mil de subsidios... Bajo este aspecto no hago distincion entre la reina y los particulares, tanto más, cuanto que se encuentra con frecuencia sin dinero,» etc.

al senado del reino se sustituyó uno del rey; y se declaró que la autoridad legislativa pertenecia únicamente al soberano, que de esta manera se encontró monarca absoluto por el voto de la nacion.

No abusó Cárlos XI de este poder. Hizo sin consideracion á nadie, reducir el interés legal desde el 8 hasta el 5 por 100, lo cual disminuyó la Deuda pública. Pero hubo mucha arbitrariedad y abuso en la reforma de la Hacienda; los bienes de los nobles quedaron gravados en una cuarta parte de sus rentas, y los que reclamaron fueron condenados á muerte, pena que se conmutó por la de encierro perpétuo. De esta manera restableció el rey la Hacienda, y pudo renunciar al impuesto estraordinario. Dirigió su atencion sobre las minas y sobre el comercio; atrajo con privilegios á los negociantes estranjeros y aumentó la marina mercante.

En el reinado de Cárlos Gustavo, Juan Palmstruch habia fundado un banco con dos privilegios (1656); el de establecer en Estokolmo ó en otras partes *lombardos* ó prestamistas sobre prendas, que adelantaban dinero por un año y seis semanas, con un interés de 6 por 100 en las cantidades de 400 rixdales lo menos, de ocho y un cuarto en las de 1000; lo restante era relativo á un banco de cambio, en el que cualquiera particular podia depositar sumas de 100 escudos en cobre ó 50 ducados en oro, de 100 rixdales, ó de 200 escudos de plata, para los cuales se abria una cuenta corriente de las tres especies.

Esta institucion, muy útil al principio, fué después desastrosa para las rentas; pues siendo muy buscados sus billetes, emitió el banco por valor de 2.700,000 escudos. Ahora bien, habiendo vuelto á abundar el dinero, por las reformas de Cárlos XI, los billetes perdieron su crédito; resultó de esto que en 1668 declaró el banco que no podia pagar. Entonces los Estados los tomaron por su cuenta, y se convirtió en banco nacional con una nueva organizacion.

Cárlos no quiso ya sacar la espada, aunque encontrase ocasion de verificarlo. Fué, pues, elegido mediador en 1696, por las potencias beligerantes en la paz de Ryswick. Sóbrio, laborioso, poseido de la idea del poder religioso y de la dignidad real, de una sencillez en su esterior que llegaba al esceso, murió á la edad de cuarenta y un años (5 de abril 1697).

Dejó un hijo de su nombre, de edad de quince años, destinado á desempeñar en la historia uno de los más brillantes papeles, ya que no de los más hermosos; y que en lugar de aprovecharse del vigor que su padre habia dado al trono, y cuya odiosidad no recaia sobre él, no hizo uso de él más que para turbar la tranquilidad de los demás y arruinar á su propio pais.

CAPITULO XXVIII

POLONIA.

La Polonia tenia que luchar contra la más viciosa de las constituciones (1), contra los cosacos y contra las potencias vecinas, que desde entonces se proponian desmembrarla. Guiados los cosacos por el hetman Khmielnicki, hicieron de nuevo irrupcion (1648) en el pais después de la muerte de Ladislao VII (2). Habiendo derrotado á los polacos y adelantádose hasta Lemberg, sacaron al pais una contribucion de 700,000 florines, sitiaron á Zamosc, é intimaron á la dieta elegir á Juan Casimiro, que en efecto, después de muchas tempestades, ascendió al trono polaco.

Juan Casimiro V.—Era hijo de Segismundo III, rey de Suecia destronado, y de Constanza de Austria. Habia mandado una escuadra española contra la Francia; pero hecho prisionero y encerrado en un castillo fuerte, puesto en libertad después por ruegos de Ladislao, viajó por Italia. Habiendo ido á Loreto, se sintió tan afectado que entró jesuita, y fué después cardenal. Relevado después de sus votos, se ciñó la corona y se casó, pero sin perder nada de su devocion, y de su amor á la órden á que se habia afiliado. No pudiendo conseguir nada de los cosacos con la dulzura, se vió obligado á hacerles la guerra; y trescientos mil de aquellos á los cuales se unieron ciento sesenta mil tártaros, cometieron increibles asolaciones. Derrotado y cercado Casimiro, se vió obligado á confirmar á sus enemigos sus antiguos privilegios. Incorporó cuarenta mil en sus regimientos, y se comprometió á admitir la religion griega en todo el reino, dando asiento en el senado al arzobispo griego de Kief; obligóse además á pagar al kan de los tártaros un tributo de 90,000 florines al año.

Este vergonzoso tratado no tuvo duracion; los tártaros y los cosacos fueron batidos. Desgraciadamente los celos que sin cesar renacian entre los nobles y el rey, impidieron dar cima á la empresa; y en lugar de esterminar á aquellos salteadores, se adoptaron condiciones menos deshonrosas, que limitaban á veinte mil hombres el número de los que los polacos tomarian á su servicio. Su hetman Khmielnicki pidió ayuda al czar de Moscovia, Alejo Mikailowitch; y determinado este príncipe más bien por el deseo de recobrar las provincias separadas de su imperio que por los vínculos del parentesco, recibió á los cosacos bajo su patrocinio (1654). De aquí procedió una guerra con la Polonia, que tuvo que sufrir además un desembarco de los suecos; tanto, que fué vencida en todas partes. Concibiendo sin embargo el czar recelos de Cárlos X, escuchó las proposiciones de Juan Casimiro (1656), y se determinó una tregua, por la cual la Rusia conservó sus adquisiciones, y se unió á la Polonia contra la Suecia. Por su parte el hetman de los cosacos trataba, por el contrario, con la Suecia, de dividir á la Polonia entre ellos, admitiendo además en la particion al Brandeburgo, á Radzivil, palatino de Wilna, y á Ragoczy, príncipe de Transilvania. Este último, que aspiraba al título de rey de Polonia, la invadió, pero como la Suecia se vió precisada á acudir al socorro de la Livonia, se encontró solo y no pudo pasar más adelante.

Viejo ya Khmielnicki (1657), hizo elegir por su sucesor á su hijo Jorge, bajo la tutela de Juan Wigohiski, su primer ministro; pero este último supo hacer que los moscovitas le nombrasen su jefe; habiendo reunido después los sufragios de la descontenta nacion (1658), se rebeló contra sus aliados, é hizo entrar á los cosacos bajo el dominio de la Polonia. Convínose entonces que los tres palatinados de Kief, Chernikof y Breslau formaran un

(1) LENGNICH CHWALVKOWSKI.—*Jus publicum regni Poloniæ.*

(2) Véase la pág. 186.

ducado particular con el nombre de Rusia, y que la Polonia seria considerada como compuesta de tres naciones, polaca, lituana y rusa. Al momento marchó el hetman contra los moscovitas (1661); pero entonces otros cosacos descontentos, proclaman á Jorge Khmielnicki, que fué confirmado en su dignidad por el czar; resultó de esto que hubo dos hetmanes á la vez, el uno ruso y el otro polaco.

En suma, entre Rusia y Polonia se redujo todo á contínuas guerras, en las que los cosacos, unas veces fieles y otras hostiles, segun su capricho, cambiaban la estension del territorio y el poder de los combatientes; las tropas, sin subordinacion, obligaban á los reyes á mantenerlas constantemente ocupadas en la guerra; los armisticios, los tratados de paz no eran más que paliativos. Aunque la tregua de Andruschov (1667) estableció la division de los cosacos entre las dos potencias, los debates volvieron á comenzar, y este es el hecho más importante en el Norte en aquella epoca, y su consecuencia, la posesion de la Ukrania, que sirve de barrera contra los tártaros y los turcos.

En lo interior la mayoria de la nacion languidecia en una servidumbre deplorable, sin conocer patria, y sin alcanzar otro remedio á sus males que la invasion de algun príncipe extranjero, que pronto la desengañaba. El vivo sentimiento de la nacionalidad produjo entre los polacos muchos caractéres heróicos; pero les inspiró desvío hácia las modificaciones que reclamaba el cambio de la civilizacion. La eleccion de los reyes se sacaba, por decirlo así, á subasta; y cuando el voto público llamaba al trono al más digno, la intriga hacia que se pronunciasen en favor del que daba más. La administracion habia llegado á ser un medio de enriquecerse. Sicinski, nuncio de Lituania, fué el primero en *romper* la dieta interponiendo su disentimiento; y de aquí procedió el *liberum veto*, en virtud del cual un solo individuo podia oponer obstáculos á los derechos de la mayoria, lo que hacia á las dietas muy tempestuosas y enteramente estériles, pues bastaba que se opusiese un voto para impedir una resolucion. Añádase á esto las controversias religiosas: el rey era católico, pero se toleraba á los disidentes. Los obispos poseian grandes rentas, y en varias partes habia dos en una misma ciudad, uno latino y otro griego; el clero inferior era poco numeroso: habia menos conventos que en otras partes, y los prelados tenian asiento en el senado. Los luteranos se encontraban divididos en varias sectas; los griegos unidos y los griegos cismáticos se odiaban mortalmente. Llamábase *disidentes* á los no católicos, partido numeroso é informe, en el cual los socinianos eran tambien un objeto de odio, aunque se habian aumentado; fueron declarados herejes y escluidos de la libertad del culto, desde que se habian manifestado favorables á los suecos. Estos últimos, cuando la paz de Oliva, exigieron tolerancia absoluta á los disidentes; pero todo lo que pudieron obtener, fué hacer abolir la pena de muerte pronunciada contra ellos.

Condolíase Juan Casimiro de tantos males, y pronunciaba en la dieta estas proféticas palabras: «Hubo un tiempo en el que reinaba la sencillez, el candor, el amor á la justicia, y nuestros padres, aun en medio de las facciones, estaban exentos de las influencias extranjeras; no habia tropas asalariadas; no se conocian los partidos nacidos en los campamento y en las confederaciones militares; nunca se habia visto á la fuerza dar un amo á la Polonia; no se preveia el dia en que los Estados vecinos se dividirian la Polonia destrozada por la discordia, y en el que la república llegaria á ser presa de las naciones. ¡Quiera Dios que no profetice con exactitud! pero me parece ver ya el momento en que el moscovita y el cosaco convocarán á todos aquellos de su lengua, y se apropiarán el gran ducado de Lituania; la gran Polonia se abrirá á la ambicion del brandeburgués, y ¿quién sabe si aprovechándose de las armas y de los tratados no pretenderá apoderarse de la Prusia? El Austria, que ambiciona ya la Cracovia, no querrá permanecer con las manos vacías. Estos vecinos quieren mejor poseer un pedazo de la Polonia, que ver á toda la monarquia bajo el cetro de un príncipe cuyo poder se ha limitado por las franquicias nacionales.»

Sordos permanecieron los polacos á estas palabras, y hasta se irritaron, porque la consecuencia que sacaba el príncipe era que debian elegir á un rey aun en vida suya. Los ánimos se agriaron en todas partes: las tropas formaron sus confederaciones, para hacerse pagar un crédito de 26.000,000 de florines; y aunque se les hizo que se contentasen con ocho, aun pretendieron reformar el gobierno, lo que produjo rebeliones y efusion de sangre.

Un poderoso señor y de gran capacidad, Sebastian, Jorge Lubomirski, se puso al frente de la oposicion (1664), sobre todo para impedir que el sucesor al trono fuese nombrado en vida del rey. Sucumbió y fué condenado á perder el honor y la vida; concedióse su empleo de gran mariscal del palacio á Juan Sobieski. Habiendo conseguido Lubomirski fugarse, se negó la dieta á deliberar y votar los subsidios para el año, si no se hacia justicia del condenado. Sublevóse el pais y Lubomirski volvió con ochenta mil hombres á los cuales se unieron muchos más: favorecido por la victoria, entró en la Gran Polonia, donde fué bien acogido, y en una batalla campal consiguió ventajas sobre el rey. En fin, los obispos mediaron en un arreglo, y Casimiro prometió olvidarlo todo, y no hablar más de un sucesor al trono (1666).

Aquel rey, sin energia y que no era amado, se dejaba dirigir por su mujer Maria Luisa de Gonzaga. Cuando ésta murió, en lugar de sentirse libre, se encontró sin impulso, sin guia, sin capacidad y resuelto á abdicar. En vano trataron de disuadirle: retiróse al monasterio de San German de los Prados en París, donde este último vástago, va-

ron de la sangre de Wasa, murió á la edad de serenta y tres años (1668).

Una condicion de la nueva eleccion fué que el rey no podia abdicar ni proponer su sucesor; las intrigas comenzaron de nuevo entre los competidores extranjeros, y llegaron las violencias en la asamblea hasta el extremo de dispararse pistoletazos. En fin, reuniéronse los sufragios y recayeron en Miguel Koribut Wisniowiecki (1669). Descendiente de la ilustre raza de los Piast, como habia sido despojado por los cosacos, vivia con una pension, y no habia solicitado un trono para el cual no se consideraba con aptitud, esperiencia ni valor. No es de admirar que en medio de tantas tempestades esteriores é interiores perdiese pronto todo el favor, sobre todo por las invasiones de los turcos, de las cuales no se hallaba en estado de defender al pais. La nobleza se negaba á levantarse, y no sabia más que formar sus confederaciones armadas, una para sostener la autoridad real y la otra para combatirla.

Juan III Sobieski.—Juan Sobieski, que era el jefe de esta última, salvó á su patria de la guerra civil y de la invasion otomana (1674). Ascendido al trono, que tan bien habia merecido, pudo libertar á Viena y á la cristiandad. Como su valor y el de los suyos hacia se desease su alianza, hubiera podido llegar á ser grande, si hubiese conocido los deberes de un rey y los derechos de su nacion; pero, por el contrario, se unió á la Rusia por ambicion personal con objeto de proporcionar un establecimiento á sus hijos; lo que le determinó á ceder al czar las adquisiciones anteriores hechas en Lituania, con Esmolensko y la pequeña Rusia. Kief y los cosacos zaporogas, mediante una suma de 60,000 rublos, y la alianza de este soberano contra los turcos y el kan de Crimea.

Debilitábase, pues, de dia en dia la Polonia. Habia renunciado por el tratado de Oliva á la soberania del ducado de Prusia, y cedido la Livonia que la Suecia le habia arrebatado. Abandonaba entonces la Lituania y la Ukrania á la Rusia, de quien hasta entonces habia sido superior. No consiguió, sin embargo, con semejantes sacrificios libertar al pais de la invasion de los tártaros; y el kan de Crimea se adelantó hasta Lemberg, dejando desierta la comarca allende el Dniester.

Sin embargo, la discordia se habia desencadenado en el interior, y las dietas eran siempre muy tempestuosas. En su consecuencia, la guerra se hacia fuera con longitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiec, que era su objeto. Sobieski, cuya educacion habia sido escelente, que su buen natural, su lealtad en los tratados, su valor caballeresco en la guerra, su cortesania con las damas, su conmiseracion, su lujo habian hecho considerar por algun tiempo como un héroe, decayó en la opinion pública cuando se vió que se dilataba la guerra con los turcos. Llegó la economia hasta la mezquindad; y presentándose rara vez en Varsovia, andaba errante de provincia en provincia. Las desgracias del pais llenaron de amargura sus últimos momentos (1696). Como se le aconsejase favoreciese á alguno en su testamento: *¿Para qué?* dijo. *¿No veis el vértigo que se ha apoderado de los polacos? ¡Cuán desgraciados son los reyes! ¡Vivos, mandamos sin ser obedecidos; y nos habian de obedecer después de muertos! Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja pasará á sus herederos? ¿qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nacion en la que el oro manda, el dinero es el qne juzga.*

Las cuestiones por su sucesion fueron un verdadero infierno. Las tropas se confederaron para reclamar su sueldo; la viuda de Sobieski intrigó y pleiteó contra sus propios hijos; los lituanios pretendieron que se les igualase en los derechos con los polacos; el hijo de Sobieski ofreció, si se le nombraba rey, 5.000,000 de florines, y 100,000 cada año para rescatar á los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos goces de un hermoso pais por el fausto tempestuoso de aquella corte, propuso 10.000,000: teniendo á su disposicion un ejército de treinta mil hombres, recobraria á Kaminiec, la Ukrania, la Valaquia, la Moldavia y la Podolia; haria marchar seiscientos combatientes pagados por él á cualquier llamamiento de la dieta. Luis XIV intrigaba aun con más actividad en favor del príncipe de Conti; y ya, en efecto, habia obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos sufragios á fuerza de dinero, y su concurrente fué proclamado al mismo tiempo que él; pero Augusto venció como más cercano, y fué coronado (1697).

Augusto II.—Presentóse el príncipe de Conti; creia encontrar un ejército de su partido; los polacos esperaban que llevase millones: el mútuo engaño fué conocido, volvióse á Francia y Augusto quedó proclamado. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese, cuando la libertad de la eleccion sólo consistia en la de vender su voto? Ya se habia dicho que los males de este desgraciado pais no debian curarse sino con su muerte política.

CAPÍTULO XXIX

RUSIA.—LOS ROMANOFF.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos la Rusia habia permanecido estraña á la política y á la actividad civil de Europa, ocupada como lo estaba esclusivamente en reconstruir su nacionalidad sobre la ruina de los mongoles y en constituir su fuerza interior y su monarquia. Los príncipes de Moscou, desde Ivan I Kalila, hasta Vasili III, el Ciego (1), se habian dedicado á esta tarea; pero sólo Ivan III pudo asegurar su existencia política. Kalila no obtuvo éxito sino como diestro servidor de los mongoles. Demetrio III Donski venció á Mamai-kan, pero vió su capital reducida á cenizas, y tuvo que humillarse ante Toktamisch. Su sucesor no se dedicó más que á conservar: aun esto no lo consiguió, y solicitó la benevolencia de los mongoles. Incapaz su sobrino de resistir á un puñado de tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania limitaban el estrecho horizonte de un imperio que él mismo se ignoraba.

Ivan III, 1462.—Pero en el momento en que la faz de Europa cambiaba con el descubrimiento de la América, y en el que la nueva política de la casa de Austria, trastornando la Hungria, la Bohemia y la Polonia, daba al Norte una importancia política, Ivan III llegó á ser el verdadero fundador de un gran imperio. Empleando alternativamente la fuerza y la astucia; atrevido y reservado, combinando un prudente sistema de guerra y de paz con el Occidente, pero sin querer confundir aun sus destinos con los de sus aliados; hábil en procurarse instrumentos para sus designios, sin servir á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, mucho tiempo avasallada á un pueblo nómada, se hizo respetar desde Viena á Copenhague, desde Roma á Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y sultanes.

Le sirvió de mucho haber ascendido al trono en el rigor de los veinte y un años, y haberlo ocupado cuarenta y tres. Era necesario ante todo reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe, que bastante fuerte para emanciparse de la dominacion extranjera, pudiese recobrar las provincias perdidas y restablecer las fronteras. Sujetos los grandes príncipes de Rusia á pagar un tributo á la Horda de Oro, se presentaban á los piés del enviado del kan de Captchak, y le ofrecian un vaso lleno de leche de burra; si se derramaba una gota en la clin del caballo en que estaba sentado este funcionario, debian lamerla. Ivan se negó á esta humillacion; y cuando el kan Ahmed le envió la órden sellada con el gran sello exigiéndolo, la pisoteó é hizo dar muerte á los embajadores, esceptuando á uno solo para que llevase la noticia al Captchak. Incitado, pues, Ahmed por Casimiro IV, rey de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa Maria animó el valor de su marido, los sacerdotes despertaron el patriotismo. Detenido Ahmed por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los tártaros nogais. Fué muerto en medio de la pelea y la Horda de Oro quedó destruida. De esta manera se encontró la Rusia libre de los tártaros sin haber siquiera corrido el peligro de una batalla.

Independiente ya Ivan, quiso hacerse autócrata. Novogorod conservaba el privilegio de tener jueces y una administracion que le era propia, como Pskof; á ejemplo de las ciudades libres de Alemania, tenia un posadnick ó podestá, magistrados elegidos de la clase media, y grandes asambleas (*vetches*), donde todos los vecinos se reunian al toque de la gran campana. Ivan dijo: «Quiero reinar tanto en Novogorod como en Moscou; tengo

(1) Véase el Libro XIII, cap. 27.

necesidad de dominios en vuestro territorio; renunciad al posadnick y á la campana.» Sometió aquella ciudad por las armas (1471): es cierto que le dejó el gobierno municipal; pero durante la paz, adquirió partidarios en él; distribuyó arbitrariamente la justicia, y aprovechándose de cualquiera clase de pretextos, destruyó enteramente aquella república. Fuéle preciso usar de rigor para reprimir del todo en ella el espíritu de independencia (1478), sentenciar á muerte y trasladar á otras partes muchas personas. Pskof, hermano menor de Novogorod, conservó á alguna sombra de gobierno popular en una sumision completa. De esta manera se encontraron reunidas poco á poco á la monarquia rusa la Gran Permia (1472); los principados de Tver, de Vereia, Rostof, Yaroslav (1485); la república de Viatka, el pais de Arsk (1489), y de los yugros (1499). Tomó, pues, Ivan el título de autócrata de todas las Rusias. Ya se ha hablado de las guerras que tuvo que sostener con la Polonia por la Lituania (pág. 182).

En medio de las estepas de la Alta Asia aun quedaban las hordas de Kazan, Astrakan y Siberia, que se presentaban tan pronto sobre el Dnieper como sobre el Kama. Concertando su movimiento con la Lituania, Mengli Guerai, kan de Crimea, aliado del autócrata, los destruyó enteramente (1486) y después conquistó Ivan el reino de Kazan, que desde entonces recibió sus soberanos de la Rusia.

Ivan quiso tambien ser independiente, en lo concerniente á la religion. Aunque el poder espiritual permanecia aun en el metropolitano de Moscou, Ivan hacia en los sínodos lo que le convenia. Uno de ellos condenó la secta de los judaizantes, establecida en 1470 por Scaria, judío de Kiev, que negaba la divinidad de Jesucristo y la verdad del Evangelio, sosteniendo que la única ley divina era la de Moisés, y que aun no habia llegado el Mesias. Este puro judaísmo pareció una novedad, y muchas personas le abrazaron, aun entre los grandes, señalándose por la pureza de las costumbres; aumentóse su número de tal manera, que uno de aquellos sectarios fué el metropolitano de Moscovia; y de esta manera se encontró un judío á la cabeza del clero cristiano. Ivan, que los habia protegido, los condenó después; pero no permitió sentenciarlos á muerte. Otro sínodo reformó la disciplina del clero: prohibió la simonia, corrigió los conventos, mandó que los sacerdotes viudos no celebrasen el santo sacrificio, se cantase en el coro sin traje talar, y se percibiese la cuarta parte de la renta de la parroquia. Ivan tenia tambien intencion de arrebatar enteramente sus bienes al clero; pero lo evitaron las palabras de san Vladimiro, palabras registradas en las leyes de Yaroslav (2): «El que se apodere de los bienes de la Iglesia y del diezmo de los obispos, aun cuando sea uno de mis hijos ó de mis descendientes, será maldecido en este mundo y en el otro.» Esta maldicion no asustó á la filósofa Catalina II, la cual, habiendo confiscado los bienes de la Iglesia, fijó honorarios al clero.

Siempre ocupado el cardenal Besarion en reunir las dos iglesias, griega y latina, esperó facilitar este resultado sugiriendo á Ivan III el casarse con Maria, hija de Tomas Paleólogo, refugiado en Roma. Los boyardos dijeron que el mismo Dios enviaba al czar tan noble esposa, «vástago del árbol imperial que en otro tiempo cubria con su sombra á todos los hermanos cristianos ortodoxos.» Moscou iba á convertirse, decian, en otra Bizancio y el czar á adquirir los derechos de los emperadores griegos (3). Sofía, ó como la llamaban Maria, aunque educada en Roma, siguió fielmente el rito griego. Precisados á huir varios sábios de la Grecia, fueron á buscar un asilo á la capital del nuevo imperio, á donde llevaron libros y conocimiento del latin, lo que fué un nuevo vínculo para la Rusia con las naciones europeas; Teodoro y Demetrio Lascaris, sobre todo, difundieron algun saber.

Habiéndose caido tres veces el nuevo Kremlin, recurrió Ivan á artistas extranjeros (1479) é hizo ir á Aristóteles Fioravanti, de Bolonia, que habia sido entonces llamado á Constantinopla, y que pidió diez rublos al mes, ó dos libras de plata. La iglesia se construyó en cuatro años; y otros arquitectos, principalmente un milanés llamado Alusio, construyeron palacios de ladrillos. Pedro Solaro, hijo de Antonio, trabajó tambien en el Kremlin; el genovés Pablo Bossio fundió el *Tzar Poutchka*, ó rey de los cañones. Aristóteles mejoró los cuños de las monedas. Las minas de cobre y plata más allá de Petchora, descubiertas en 1401 por dos alemanes y dos rusos, fueron esplotadas en el reinado de Ivan. Estableciéronse posadas, donde los viajeros pudieron encontrar caballos y alojamientos; lo que muchas personas estaban autorizadas á exigir gratuitamente, como entre los tártaros. Destruyendo la factoria de las ciudades anseáticas en Novogorod, emancipó Ivan á sus súbditos de aquella tirania mercantil.

Asignó feudos á los hijos de los boyardos, es decir, á los descendientes de los primeros conquistadores, con la condicion de acudir en el caso de tomar las armas con un número de hombres proporcionado; de esta manera adquirió un ejército y una nobleza nueva, sin las prerogativas políticas que habia arrebatado á los principados in-

---

(2) La terminacion *mir*, tan comun en los nombres eslavos, procede de una raiz que significa paz. La otra terminacion, igualmente estendida de *slav*, se deriva de *slavo*, gloria; como Ladislav, Yaroslav, Boleslav, etc. *Vitch* quiere decir hijo.

(3) Nicolás Karamsim, *Historia de Rusia*, 1818, II tomos en 8.°

Historica Russiæ monumenta et antiquis esterarum gentium, archivis et bibliothecis depromptata ab A. J. Turg dulvio, t. I.—*Scripta varia à secreto archivio vaticano, et aliis archiviis et bibliothecis romanis excerpta continens, inde ab anno MDXXV ad annum MDLXXXIV.*

dependientes. Segun el código promulgado en 1497, el gran príncipe, juez supremo de los súbditos, delegaba la facultad de juzgar á los boyardos y á sus hijos poseedores de feudos; pero éstos no podian sentenciar definitivamente sino asistidos de un anciano y de personas probas elegidas por los ciudadanos; el gran príncipe podia derogar las decisiones contrarias á la justicia y á las leyes. Revélase una barbarie en aquella legislacion con penas exhorbitantes; conservároнse en ella el tormento y el duelo. Sin embargo, suavizóse la servidumbre, y ni la mujer ni los hijos de los que eran vendidos por autoridad pública quedaron sujetos á ella; aun más, permitióse á los siervos pasar de una aldea á otra bajo ciertas condiciones, es decir, cambiar de dueño.

Ivan regularizó las relaciones de la Rusia con la Europa enviando embajadas al papa, al rey de Dinamarca, que pidió su alianza contra la Suecia; á Matias Corvino, rey de Hungria, con quien desde entonces concertó una invasion en Polonia. Acarició́le el emperador Maximiliano con la intencion de contrariar al rey de Polonia. Alberto, marqués de Baden, sobrino de Maximiliano, le pidió la mano de una de sus hijas, mas él se la negó, porque aquella union era inferior á *un hermano de los emperadores de Oriente* que se habia dignado ceder Roma á los papas estableciéndose en Constantinopla (4).

Rusia adquirió importancia á los ojos de Europa, y colocó en sus armas el águila de dos cabezas de los Paleólogos, juntamente con el San Jorge de Rusia; esperando Juan arrojar de Grecia á los turcos como de la Moscovia á los tártaros. Los emperadores alemanes que habian favorecido el engrandecimiento de Rusia, se asustaron entonces; y en 1518 Cárlos Quinto escribia al gran maestre de los teutónicos: «No conviene que la Rusia llegue á ser tan poderosa; y se necesita que la Polonia se conserve entera para el equilibrio de Europa.» (5)

Sin embargo, la Puerta inquietaba á la Rusia, é Ivan no podia hacer respetar á sus comerciantes establecidos en Azof y Caffa. Escribia á Bayaceto: «Los mercaderes rusos que han recorrido vuestro imperio para ejercer en él un ventajoso tráfico á ambos paises, me han dirigido quejas sobre los malos tratamientos que han sufrido por parte de vuestros magistrados. El verano último, el bajá de Azof los ha precisado á abrir fosos, y á llevar piedras para los edificios en la ciudad. Se obliga á nuestros comerciantes de Azof y de Caffa á vender á la mitad del precio; si uno de ellos cae enfermo, se pone á sus efectos el sello; si muere, son saqueados; si cura, le devuelven la mitad. Los testamentos no se ejecutan, y los magistrados turcos no reconocen otros herederos que ellos mismos» (6). Tantas vejaciones sufridas sin declarar la guerra indican suficientemente que la Rusia se creia inferior.

Basilio IV.—Sofia inclinó á Ivan á desheredar á su hijo mayor del primer matrimonio, y á dar muerte al otro en un trasporte de cólera. Tuvo, pues, por sucesor á Basilio IV (1505-1533), que no menos valeroso, astuto y firme que su padre, se dedicó á reunir las provincias, á humillar á sus vecinos y á consolidar la monarquia. Pero recordemos que se trata de un pais medio bárbaro en el que la guerra se hacia con estremada ferocidad, no se disfrazaban las perfidias, y el derecho de gentes era el del más fuerte. El czar (7) es un déspota asiático, cuya voluntad es la ley y la justicia, que hace el bien alguna vez, pero segun quiere personalmente; los boyardos le obedecen como si no tuviesen voluntad, con gran admiracion de los latinos y de los alemanes. Basilio encerró en un calabozo, para hacerle morir en él, á su sobrino Demetrio, que podia disputarle el trono, como hijo de su hermano mayor (1509). Redujo á Pskov, al que arrebató todo resto de independencia, haciendo llevarse hasta la campana que durante tantos siglos habia reunido el consejo, y trasladando al interior á trescientas de las principales familias. Otro tanto hizo con respecto al principado de Raisan y de la Siberia (1517). Kief hubiera sido tambien avasallada; pero se distrajo con la guerra de Cazan y la Crimea, cuyo kan invadió la Rusia y la puso en gran peligro. Sometióse tambien á pagar un tributo, pero para recobrar pronto su primera supremacia. Las incursiones de los tártaros costaban de cuando en cuando centenares de miles de hombres á la Rusia. Habiendo favorecido la Crimea á los polacos, invadió Basilio la Lituania; y habiendo sitiado á Esmolensko por tercera vez, se apoderó de ella; pero el valor de Constantino Ostrowski, héroe de la Polonia, suspendió su triunfo.

Ivan IV.—Sucedióle Ivan IV á la edad de tres años (1533), y su madre Elena, hija del héroe lituanio Glinski, aceptó su tutela, á diferencia de las demás emperatrices, que después de la muerte de su marido, se encerraban en un monasterio. Incapaz, voluptuosa, y en su consecuencia odiada, se desembarazó de los que podian causarle recelos, y hubiera escitado sublevaciones si no hubiese muerto naturalmente ó por crímen (1538). Nuevas venganzas estallaron entre los que la reemplazaron, y hubo terribles luchas para apoderarse de la dominacion bajo el nombre de regencia. Durante aquel tiempo crecia Ivan, sin ningun freno, tenaz, rodeado de aduladores, en medio de diversiones obscenas ó implacables. Convirtiéndose después en terror del pais, desde el momento en que empuñó las riendas del gobierno (1547), dejó á los

(4) KARAMSIM, t. VII, *Docum. justific.*
(5) KARAMSIM, t. II, c. 5.

(6) Carta escrita desde Moscou el 31 de agosto de 1492.
(7) Basilio IX, en sus últimos años, se dió quizá este título, que después Ivan X tomó solemnemente en 1545.

Glinski tiranizarle ó traficar con él. Pero habiendo estallado un espantoso incendio en Moscou, echó el pueblo la culpa á aquellos á quienes odiaba, proscribió á algunos de los Glinski como hechiceros, persiguiéndolos en su fuga. Un sacerdote de gran piedad, llamado Silvestre, se presentó á Ivan, á quien leyó el pacto que hizo Dios en otro tiempo con el rey de Israel, y le preguntó cómo habia cumplido con él: afectado Ivan hasta derramar lágrimas, prometió corregirse.

Convocó, pues, á los notables en Moscou; y arrepintiéndose de lo pasado, anunció un perdon general, y desde entonces se rodeó de personas honradas. Hizo revisar el código que Ivan III habia dejado imperfecto, lo que produjo la abolicion del duelo judicial (*sudebnik*). En adelante el testimonio de cinco ó seis personas poco conocidas no bastaba para la condena, al paso que antes la palabra de un boyardo ó de un funcionario era suficiente. Si alguno de mala reputacion era acusado de robo, debia ser puesto en el tormento para que confesase su crímen. Debian sujetarse al procedimiento ordinario las personas de buena fama. El primer robo se castigaba con el knut, el segundo con la muerte, como el asesinato, la calumnia, el sacrilegio, el crímen de lesa majestad, el turbar la tranquilidad pública con partidas. Si un particular vendia sus bienes, aquellos de sus parientes que no habian intervenido en el contrato podian rescatarlos en cuarenta años. Los que nacian libres permanecian tales, aun cuando sus padres se vendiesen; los deudores no podian ser reducidos á la esclavitud. Las multas por injurias variaban segun la cualidad del ofendido. Los cristianos que á pesar de su juramento se habian sustraido del cautiverio, quedaban sometidos á una penitencia, en atencion á que vale más morir que cometer un pecado mortal.

Ivan IV concedió á sus súbditos algunos derechos políticos, é instituyó en cada ciudad un consejo de ancianos para asistir á los gobernadores en el juicio de los procesos. Abrió escuelas y una imprenta en Moscou: á peticion suya, atrajo el sajon Schilt al pais artistas, médicos y artífices alemanes, hizo reformar por los obispos la Iglesia y las costumbres del clero, como tambien la liturgia, y abolió ciertos estraños ritos que atestiguaban la barbarie: como la de depositar en el altar, cerveza, hidromiel, pan y la primera camisa de los niños recien nacidos: pasar la noche de Navidad bebiendo y bailando; la de Pentecostés ahullando y llorando en los cementerios; el Jueves Santo quemando paja y evocando á las muertos; bañarse juntos hombres y mujeres, frailes y monjas; en fin, la costumbre de afeitarse, «infamia que no puede espiar la sangre del martirio, pues aquel que se afeita la barba obra contra Dios, que creó al hombre á su imagen.» (8)

(8) Véase la importante obra de AUGUSTO THEINER.—*De la iglesia rutena y de sus relaciones con la Santa Sede*, 1843. En aquella época la iglesia rutena comprendia los obispados de Kief y Lemberg, las provincias de Podolia y Volinia, una parte del palatinado de Lublin, los gobiernos de Smolensko, Chernicof, Pultava, Karkof, Ekaterinoslaf, que comprendian más de diez millones de almas.

Pudieron hacerse las imágenes que se quisieron en las iglesias; pero copiadas de algunos cuadros antiguos bizantinos, por pintores que el emperador juzgaba dignos de este trabajo por la pureza de sus costumbres, y que eran recompensados con la estimacion pública. Prohibióse á los obispos y á conventos adquirir bienes raices sin expresa autorizacion.

Una antigua costumbre, en virtud de la cual no se hallaban determinados los grados segun la antigüedad de los servicios, sino con arreglo á la gloria de los abuelos, era orígen de interminables cuestiones en los ejércitos. Un oficial cuyo padre hubiera sido general en jefe ó de division, no podia nunca servir á las órdenes de otro descendiente de un general de vanguardia. Ivan quiso que no se tuviese consideracion al ilustre más que en favor de los generales de la vanguardia y retaguardia, que no debian estar subordinados más que á un jefe de un grado igual: pero los generales de las alas debian obedecer al jefe que se les destinase, sin consideracion á la antigüedad. Sustituyó á la antigua milicia feudal, que no se servia más que de arcos, los *strelitz* armados de fusiles.

Cosacos.—A diferencia de los cosacos del Dnieper (pág. 182) con los cuales tuvieron de comun tan sólo el nombre, por la semejanza en el modo de vivir; los cosacos del Don descendian de los desertores rusos que, habiéndose establecido en la confluencia de este rio con el Volga, detenian las caravanas que se dirigian á Azof y se llamaban chercsak, probablemente porque sus primeras mujeres fueron de la Circasia. Encerrados entre los musulmanes y los cristianos, prefirieron entregarse á los rusos; é Ivan IV los constituyó en una especie de república. Dejó á aquella poblacion, de aspecto asiático, rusa por su lenguaje y religion, el derecho de elegir sus hetmanes, prometiéndoles anuales distribuciones de granos, y un ligero subsidio cuando fuesen llamados á entrar en campaña. Los cosacos le fueron muy útiles contra los tártaros de Kazan, que soportando con impaciencia el yugo que les habia impuesto Ivan III, se agitaban, levantaban la cabeza, y se arrojaban con furor sobre el territorio ruso. Ivan IV les hizo varias veces la guerra, y habiendo concluido por apoderarse de Kazan, destruyó aquel reino (1552). La iglesia de las nueve cúpulas de la Vírgen del Socorro, se edificó en Moscou en memoria de aquel acontecimiento, é Ivan fué saludado con el nombre de salvador de la cristiandad. Poco tiempo después atacó el territorio de Astrakan, y se apoderó de sus Estados después de una débil resistencia (1555); destruyó tambien enteramente al kan de Crimea.

Tuvo igualmente que combatir para enseñorearse de la Livonia á los caballeros Portaespadas; Cristian de Dinamarca, que se mezcló en aquella cuestion, le envió embajadores y regalos, entre los cuales se encontraba un reloj que indicaba el curso de los astros; pero Ivan se lo devolvió diciendo que era cristiano, y no tenia nada que ver con los planetas (9). Aquella órden de caballeros, puso á la Livonia bajo la independencia de Federico Augusto, rey de Polonia: en su consecuencia, entró el czar en la Lituania, y hubo alternativas de victoria entre ambos partidos, hasta el momento en que Ivan se hizo dueño de aquella comarca, por la debilidad en que se encontraba la Polonia y la Suecia.

La muerte de su mujer, una grave enfermedad de que fué atacada y las intrigas á que ella dió lugar por querer alterar el órden de sucesion, turbaron la cabeza del czar, que volvió á recaer en aquella brutalidad feroz que le habia enseñado su educacion, aunque sin cesar de ser muy devoto. En todo veia conspiraciones, y creia que debia cerrar su corazon á todo sentimiento de conmiseracion; llegaron á tal grado sus furores, que los más indulgentes quisieron, para hacerle menos odioso, atribuirlos á demencia. Pero no por eso eran menos desgraciados los pueblos, al verse entregados á los caprichos de un loco. El buen fraile Silvestre, su consejero, fué despedido, como culpable de haber inducido al czar al bien que habia hecho con ayuda de sortilegios; los cortesanos y los espías, peste de las cortes, invadieron su palacio. Obispos asistian para justificarlos, á los obscenos banquetes que se le preparaban para distraerle del pesar que le causaba la pérdida de su mujer. No abandonaba la licencia sino para proscribir á personas virtuosas ó ricas, para escudriñar los secretos de las familias y hasta sus pensamientos. Una vez convocó á todos los funcionarios civiles y militares, hasta los más lejanos con sus familias, y fué con aquella numerosa comitiva á Alejandrof; y desde allí escribió á Moscou, quejándose de que todo el mundo le vendia; que el clero estaba siempre inclinado á dulcificar su rigor. En su consecuencia declaró que abandonaria el cetro para no ocuparse más que de su salvacion. No se le pudo hacer conservar sino bajo la promesa de dejarle imponer sin intercesion todos los castigos. Entonces repartió el imperio, conservando para sí la reserva (*oprishnina* ó dominio imperial), que comprendia diez y nueve ciudades, algunos distritos de la Moscovia, y varios barrios de la capital, cuyos antiguos propietarios habian sido espulsados por fuerza. El resto (*semschtchnina* ó pais), era abandonado á la administracion de los boyardos; pero el emperador se reservaba en todas partes el poder militar y el derecho del sable.

Rodeado de seis mil individuos entre príncipes y nobles, comprometidos con juramento á servirle con fidelidad y lealtad, y que, enriquecidos con los bienes arrebatados á doce mil familias, llevaban colgadas del arzon de la silla una cabeza de perro y una escoba, para indicar que debian morder á los enemigos del czar y barrer el mundo, comenzó las proscripciones, las matanzas, haciendo ahorcar y empalar sin descanso. Moscou no estaba comprendido en la *reserva*; habíase retirado, pues, Ivan, á Alejandrof, donde pasaba su vida en ejercicios de una loca devocion. Formó una hermandad de ricos licenciosos, y mientras duraban sus suntuosos banquetes les leia libros espirituales; otras veces visitaba las cárceles, para hacer dar tormento al primero que encontraba. Un dia dió muerte por su propia mano á cien desgraciados; una noche hizo robar á las mujeres más hermosas para él y los suyos. Ciudades enteras eran declaradas rebeldes y ahogados sus habitantes. Poco contento con haber trasladado gran número de familias á Novogorod, estableció allí un tribunal, al que se presentaban diariamente los habitantes á millares y eran sentenciados y arrojados al rio: continuó de esta manera cinco semanas hasta perecer sesenta mil personas: la peste y el hambre hicieron lo demás. Preparaba la misma suerte á Pskov, cuando el sonido lúgubre de todas las campanas puestas en movimiento, el pan y la sal colocados delante de las casas, afectaron á aquella alma feroz. Se indemnizó con Moscou; el 15 de julio de 1570 aparecieron en un mercado diez y ocho cadalsos, con una inmensa hoguera, una gran caldera é instrumentos de tormento. Todos huyeron. Presentóse Ivan con gran aparato militar, conduciendo doscientas ó trescientas víctimas; y precisó á los moscovitas á asistir á aquel espectáculo, aplaudiendo su justicia. ¿No parece el hombre trasladado á la época de la Roma imperial?

Viudo Ivan de su segunda mujer, se casó con una tercera, pecado irremisible en la religion griega. Marfa, hija de un comerciante de Novogorod, fué la elegida entre dos mil doncellas. Pronto murió de consuncion: aquella pérdida escitó en él nuevos furores, se casó con una cuarta, y de esta manera hasta ocho veces. Su hijo Ivan era el compañero de sus orgias, y se asociaba á sus crueldades: de edad de veinte y siete años, habia cambiado tres veces de mujer. Viendo el deshonor de las armas rusas (1582), pidió á su padre marchar contra la Polonia: pero creyendo ver éste una intencion culpable en aquella marcha, le asestó un golpe tan violento con su herrada maza, que murió. Sufrió Ivan horribles remordimientos, y en su arrepentimiento lanzó dolorosos gritos; habiendo vuelto después en sí por un momento, abolió la reserva, y reunió de nuevo toda la Rusia bajo su mando.

Moscou habia tenido que sufrir otros desastres (1571), pues Dewlet Guerai, kan de Crimea, invadió su territorio, le incendió, é hizo perecer á ciento veinte mil habitantes: el pais perdió hasta ochocientas mil personas entre muertas y prisio-

(9) BUSCHING, *Magazine*, VII, 300.

neras. Los generales rusos vengaron aquel incendio (1572); pero Estéban Bathori hacia una guerra terrible para recobrar las conquistas hechas en Livonia y en Lituania.

Vióse precisado Ivan á descender á súplicas con aquel terrible enemigo, que, vencedor en todas partes, se hacia cada vez más exigente; tanto que, cuando la paz de Kiwerowa-Horka, obtuvo toda la Livonia (1582). La Suecia, aliada en otro tiempo de la Polonia, continuó la guerra; y cuando la tregua de Plusamünde conservó lo que habia conquistado. Estando arruinadas sus rentas por la guerra de Polonia, recurrió Ivan por primera vez al clero con objeto de obtener subsidios; y el sínodo decretó que los dominios concedidos por los príncipes á las iglesias y á los monasterios, en cualquiera época que fuese, volverian á la corona, en atencion á que el clero no debia ya adquirir bienes inmuebles.

Siberia.—Mientras que tan mal andaban las guerras de Europa, conquistaba Ivan un pais pobre de habitantes, pero rico de los dones de la naturaleza. Se da el nombre de Siberia á la parte meridional del gobierno de Tobolsk, pais habitado por los vógulos, los ostiakos y los barabintzos, y limitado por los samoyedas por el Norte, la estepa de Ischim al Sur, el Obi al Este y los montes Urales al Oeste. Toma su nombre de la ciudad de Sibir, situada en la orilla oriental del Irtich (10). Schibani, descendiente de Gengis-kan, habia fundado aquel kanato, llamado Turuff (11), separándole del de Captchak. Como se encontraba agitado por discordias, Yediguer, kan de Siberia, se hizo tributario de Ivan IV (1555), comprometiéndose á pagarle una piel de ardilla y una marta cebellina por cada uno de sus treinta mil setecientos súbditos. Hácia aquella época, Kuchum, de nacion kirghiz, usurpó el poder tomando el título de czar de la Siberia. Anika Stroganoff, negociante de Solvycegodzka en la Permia, comenzó á hacer con el pais un ventajoso comercio de pieles, é Ivan concedió á perpetuidad á sus hijos las tierras incultas á orillas de la Kama, con el derecho de establecer allí fuertes, tener artilleria y ejercer una jurisdiccion independiente, reservándose el czar las minas que se descubriesen.

Los Stroganoff hicieron la guerra á Kuchum, y habiendo sometido el pais á Ivan, obtuvieron de él en cambio el derecho de esplotar las minas. Propusieron á algunos cosacos del Don renunciar á sus incursiones y entrar á su servicio. Yermak Timovieff aceptó, y emprendió con ochocientos cuarenta de sus camaradas, provistos de armas de fuego y supliendo al número con la resolucion, conquistar la Siberia. Aquella novelesca espedicion existe aun en los recuerdos nacionales. Se apoderaron de Sibir, penetraron entre los ostiacos y los vógulos; y aunque su jefe cayó en una emboscada y pereció en ella, y sus gentes se vieron obligados á batirse en retirada, el pais fué ya conocido; el czar mandó entonces allí tropas que batieron á Tobolsk y derrotaron á Kuchum (1587).

Murió Ivan á la edad de cincuenta y cuatro años, sentido por sus súbditos, que habia tiranizado, y que nunca habian levantado un dedo contra él, mientras él vivia en continuo temor de tramas y sublevaciones. En el reinado de aquel mónstruo, en el que el ejército ascendió de ciento cincuenta mil á trescientos mil combatientes, el pais se habia aumentado de tal manera, y su reputacion se habia estendido hasta el grado de que los alemanes y los ingleses solicitaban su alianza.

Fedor I.—El tártaro Boris Godounof empuñó las riendas del Estado (1584) bajo el nombre del inerte y débil Fedor, y manifestó con las cualidades que agradan, las virtudes que hacen notable y una ambicion que no conocia límites. Dió por esposa al czar una de sus hermanas, arruinó con intrigas á los parientes del príncipe, y á todo el que podia causarle recelos; llegó hasta inmolar á Demetrio, hermano único del czar, que pasó por haberse suicidado. Sostuvo entonces el Estado floreciente, tranquilo y temido de sus enemigos. Envió colonias á Siberia, reformó los abusos del reinado anterior, sometió la Iberia y defendió á Moscou de un ataque de los tártaros. Era un hombre tan dispuesto á la magnanimidad como al crímen, segun le convenia.

Terminóse la guerra con la Suecia con la paz de Tensin, que aseguró á la Rusia la Carelia y la Ingria. Al mismo tiempo las potencias europeas comenzaban á conocer las ventajas de una alianza con la Rusia, y los turcos á temer su enemistad: el papa no cesaba de enviar legados y regalos, para atraer al czar á la Iglesia latina, como el mejor medio de destruir el poder musulman, pero siempre fué en vano. Como parecia humillaute para la Rusia permanecer bajo la tutela del patriarca de Constantinopla, esclava del turco, el metropolitano de Moscou fué elegido patriarca de la iglesia rusa (1599). De esta manera es como la Rusia se elevaba con la unidad política y la unidad religiosa, al paso que la Polonia, que carecia de ambas, se descomponia. Godounof se concilió tambien la voluntad de los nobles, disminuyendo la libertad de que gozaban los campesinos de pasar de una tierra á otra, derecho que obligaba á los señores á tratarlos con más humanidad; y aquella restriccion hizo cada vez mayor la esclavitud; pues los tiranos encuentran ventaja en tener que habérselas, no con poblaciones enteras que puedan rebelarse, sino con un corto número de privilegiados responsables de la turba servil abandonada á sus caprichos.

Boris.—La raza reinante de Rurik concluyó con Fedor (1598); y aunque varios otros vástagos de aquella sangre viviesen aún, Boris supo hacerse elegir para el trono, cuyo camino habia allanado con

(10) Véase tomo VII, págs. 264 y siguientes.
(11) FISCHER, *Sibirische Geschichte.*
KRASCHENINIKOK, *Historia y descripcion de Kamstchatka.*

crímenes en que la astucia se mezclaba al descaro. Gobernó con dignidad y prudencia, lisonjeó al pueblo, aliviándole de sus cargas y multiplicando las peregrinaciones Llamó á artistas, médicos y farmacéuticos; sostuvo á los militares, alentó á los boyardos á que enviaran sus hijos á instruirse á Suecia; dió mucho á favoritos y monasterios; mandó fundir la enorme campana de Kremlin. Hizo con el papa y con la Inglaterra tratados por los cuales los ingleses y los italianos pudieron traficar en el pais, y procuró reprimir las partidas de ladrones. Un año de hambre que hizo perecer á medio millon de personas en Moscou, puso á prueba su actividad para remediar el mal, é hizo respetar su nombre en Europa. Aunque la familia de los Romanoff aplaudió su elevacion, no por eso dejó de sacrificarla á su desconfiada ambicion; no sentenciándola abiertameate á los suplicios, sino con intrigas, y favoreciendo la delacion, hasta el punto de producirla en el hogar doméstico.

En 1603, el fraile ruso Gregorio Otrepief trató de hacerse pasar por el príncipe Demetrio: afirmaba que los asesinos no le habian herido, y revindicó sus derechos á la corona. Encontró apoyo entre los polacos, deseosos siempre de introducir las turbulencias en Rusia; entre los cosacos del Don que Boris queria sujetar á la disciplina; entre los jesuitas de Cracovia á quienes el impostor prometia restablecer la iglesia latina en el imperio, y en multitud de personas dispuestas siempre á especular con una revolucion. Secundado por las sublevaciones que estallaron y por la fortuna (1605), penetró en el reino, y Boris murió de pesar ó de desesperacion, sospechándose que fué envenenado.

Fedor II Gudonof.—El patriarca y los boyardos eligieron á su hijo Fedor II de edad de diez y seis años; pero el falso Demetrio fué reconocido por la misma viuda de Ivan IV. El pueblo se apresuró á tributarle homenaje por las esperanzas que nacen en los paises despóticos con cada cambio de rey. Quedó victorioso, perdonó á sus adversarios, y á diferencia de sus predecesores, declaró que no queria derramar sangre, pero dejó estrangular al czar. Volvió á llamar á los Romanoff, y reinó con dulzura, desplegando en la administracion y en la guerra la habilidad que ciertas personas creen privilegio del nacimiento y de una educacion real. Educado, sin embargo, en las costumbres polacas, despreciaba la aspereza rusa y los toscos boyardos; lo que era causa de no ser querido; tenia además sobre sí la culpa de haber ascendido al trono con ayuda de las armas de Lituania, de rodearse de multitud de extranjeros, de inclinarse al catolicismo, hasta el grado de permitir la celebracion de la misa y haber admitido á los jesuitas en el imperio. Además no ayunaba, no se persignaba al pasar por delante de las imágenes, no sostenia una numerosa servidumbre, no dormia la siesta, montaba á caballo sin taburete, se divertia en domar potros cerriles y en apuntar los cañones. Es cierto que á imitacion de los verdaderos czares violaba hasta las vírgenes sagradas, y que manchó con sus caricias á la viuda de su predecesor.

Basilio Chuiski, que afirmaba haber visto con sus propios ojos á Demetrio en el ataud, urdió una trama contra aquel que habia usurpado su nombre. Siguiéndole con una mirada de tigre en medio de las fiestas y de los negocios, consiguió, en fin, hacerle degollar en una sublevacion (1606), en la que se derramó tanta sangre como la que el falso Demetrio habia querido evitar.

Basilio V.—Entonces, como un rebaño servil, el pueblo lanzó imprecaciones contra el czar muerto: aquellos que le habian reconocido por verdadero príncipe declararon que era un impostor; el pueblo le maldijo como mago y hechicero, al mismo tiempo que aplaudió á Basilio, que fué elevado á la categoria de czar. Pero de repente se presentó otro Demetrio, después un tercero, sostenidos siempre por los cosacos y los polacos. Chuiski fué depuesto. Los extranjeros se regocijaban con ver abatido un poder cuyos progresos les habia asustado. El hambre era tan terrible en Moscou, que se vendia carne humana. En todas partes habia matanzas, incendios, procesos; el desaliento penetraba en los corazones, hasta el grado de pensar en dar la preferencia á un extranjero para reinar en el imperio. Las intrigas hicieron prevalecer á Ladislao, hijo de Segismundo III, rey de Polonia; pero para vengarse, invadieron los suecos la Ingria, al paso que los polacos ocupaban á Smolensko; presentáronse otros Demetrios; los odios de nacion y de familia hicieron correr arroyos de sangre por todas partes.

Miguel III Romanoff.—En fin, algunos boyardos se reunieron para libertar la patria de tantos males, y confirieron el título de czar á Miguel Federovitz Romanoff, que hasta entonces habia vivido en un monasterio con su madre (1613), y la dinastia que reina aun en el dia ascendió al trono con él (12). Guiado por los prudentes consejos de Filaretes, arzobispo de Rostof, su padre, devolvió la paz á la Rusia. La cesion de la Ingria, con la cual abandonaba el Báltico, y en su consecuencia toda la Europa, fué la condicion del arreglo que concluyó en Stolbava con Gustavo Adolfo. Obtuvo de Ladislao de Polonia, que queriendo precisar á los rusos á aceptarle por czar (1634), habia llegado hasta Moscou, la paz de Wiazma, dejando á los polacos Smolensko, la Siberia y Chernikof.

El primer tratado entre la Rusia y la Francia se hizo por Richelieu (1629), cuya atencion se habia despertado por el comercio que hacian los ingleses con aquellas comarcas. Miguel envió la primera embajada á China; pero volvió sin resultado, por-

(12) La historia de Karamsim concluyó precisamente en el punto en que es interesante para la Europa, es decir, en el advenimiento de los Romanoff. La profunda melancolia á que sucumbió le ha salvado del peligro de manchar su fama.

que sus gentes se habian negado á someterse al humillante ceremonial del pais: por otra parte, aquel príncipe se entendió con la Persia para abrir un nuevo camino á las relaciones comerciales. Más tarde, en 1652, habiéndose lanzado el cosaco Kabarof á lo largo del Amor, llamado por los chinos rio de los Dragones, construyó algunas torres en los alrededores, lo que produjo una cuestion con la China. Prefiriendo ante todo el emperador Chang-Hoang-Ti las ventajas del comercio, envió mandarines, acompañados de los jesuitas Pereira y Gerbillon, con diez mil hombres, que ostentaron gran magnificencia y arreglaron los confines entre ambos imperios.

Alejo Miquelovitz.—A Miguel Romanoff sucedió su hijo Alejo (1645), de edad de diez y seis años, cuyos tutores produjeron tal descontento, que Moscou, Novogorod y Pskov se sublevaron. Aquellas turbulencias alentaron á otro falso Demetrio, que después de haberse hecho circuncidar en Constantinopla, recibió el bautismo en Roma, y se dirigió á todas las potencias para hacerse reconocer. Concluyó por ser cogido y sentenciado á muerte. Irritados los cosacos de la Ukrania contra los polacos que los trataban de siervos, se sometieron á Alejo, á condicion de quedar exentos de contribuciones y de cualquiera otra jurisdiccion que la de sus propios magistrados, con el derecho de elegir su hetman; sesenta mil de ellos debian servir en el ejército ruso con un sueldo de tres rublos al año.

Era natural que la Polonia cuyo poder comenzó á declinar desde aquel momento, encontrase en aquel incidente un motivo de guerra. Los rusos salieron vencedores de la lucha; sin embargo, los cosacos volvieron á la Polonia, y en fin se dividieron entre ambos Estados, con arreglo á una línea de separacion trazada por el Dnieper; pero amigos ó enemigos, siempre fueron vecinos peligrosos (1669). Stenko-Razin, al frente de una partida de cosacos del Don, saqueó las barcas que iban por el Volga á Astrakan y batió á las tropas enviadas para reprimirle. Después de haber derrotado á los rusos, se arrojó sobre la Persia, saqueando y degollando en todas partes á los nobles, y llamó á la libertad á los siervos y á los cultivadores. Uniendo la habilidad del general á la astucia del bandido, se sostuvo por algun tiempo; pero concluyó por ser preso y ejecutado. No hacemos mencion más que de este jefe; pero se puede decir que habia constantemente uno en rebelion contra la Rusia.

En 1672 estalló la primera guerra con la Puerta: en aquella ocasion, Alejo envió á rogar á los príncipes cristianos diesen tregua á sus enemistades para combatir al enemigo comun, y al papa que se pusiese al frente. Pero nadie le escuchó, y murió antes de ver el fin de las hostilidades (1676).

Código.—Entrando en la congregacion europea, procuró aquel príncipe sostener dignamente su categoría con la mejora de su pueblo. Llamó á extranjeros, fundó escuelas, dispuso principalmente revisar el código de Ivan Vasilievitch, y «tomar de las constituciones de los santos apóstoles, de los Padres de la Iglesia y de las leyes de los emperadores griegos todo lo que se encontrase en ellas aplicable á las costumbres y á los usos de su nacion; reunir igualmente los ukases de los antiguos señores de la Rusia y las decisiones de los boyardos para combinarlas con las leyes existentes; en fin, resolver las cuestiones que habian quedado hasta entonces sin solucion, y permanecido dudosas en la legislacion.»

Designó para el efecto á cuatro príncipes, á los cuales les unió diputados de todas las clases de la nobleza y de la clase media: una vez terminado el trabajo, leyóse en una asamblea del clero (1649), de los boyardos, de los jueces y de los consejeros, en presencia de los diputados, de los nobles y de los vecinos; después fueron llamados todos los asistentes á suscribir á él. La blasfemia, el turbar el ejercicio en el culto y el crímen de lesa majestad eran castigados con la muerte. El que se presente armado en la corte sin haber recibido órden para ello, sufrirá los *batonges*, es decir, golpes aplicados á las plantas de los piés, y el encierro. El que use del acero en presencia del czar sin herir á su adversario, debe perder la mano, y si le hiere ser castigado con la muerte. El falsario en escritura publica, la sustraccion de títulos y documentos, la falsificacion del oro y de la plata se castigan con la pena capital. A los monederos falsos se les echa metal derretido en la boca. El robo de un caballo cuesta la pérdida de la mano. El primer robo se castiga con el knut, la pérdida de la oreja izquierda y dos años de trabajos forzados; el segundo con el knut, la pérdida de la otra oreja, y cuatro años de trabajos forzados; el tercero, lo mismo que el robo en una iglesia, con la pena de muerte. Al salteador de caminos se le aplica al tormento, se le corta la oreja derecha, se confiscan sus bienes, sufre tres años de trabajos forzados, y la pena capital en caso de reincidencia. A los condenados á muerte se les conceden seis semanas para hacer penitencia; todo homicidio premeditado produce la pena capital; por el castigo del infanticidio un año de prision y una multa; si la culpable no es casada, debe sufrir el último suplicio. La mujer que da muerte á su marido se la entierra hasta las caderas, con las manos atadas á la espalda. El juez prevaricador es condenado á pagar el triple del daño causado, degradado si es noble, entregado al knut si no lo es. Los calumniadores deben sufrir la pena prescrita á la imputacion calumniosa; las injurias corporales producen la pena del talion; las de palabras se pagan con dinero, á proporcion de la clase del ofensor y del ofendido. Prohíbese legitimar á los hijos naturales, aun con matrimonio subsecuente. Los hijos no pueden acusar á sus padres, ni citarlos ante la justicia. Nadie puede salir del pais sin pasaporte; debe pagarse un impuesto permanente, sin esceptuar los bienes eclesiásticos y los de la corona, para el rescate de los prisioneros de guerra: otro para el sosten del

ejército en tiempo de guerra. El patriarca ejerce su jurisdiccion sobre los que dependen de él y se puede apelar de su tribunal al de los boyardos. Un noble no puede constituirse esclavo por contrato; para hacerlo, le es preciso tener quince años, y los hijos nacidos antes del estado de servidumbre son libres. Se prohibe introducir y fumar tabaco bajo pena de knut, del tormento, de cortársele las narices, segun haya faltado una ó más veces. El clero, los nobles y los soldados están exentos de todo peaje.

Algunos historiadores atribuyen á Alejo la terrible invencion de la cancilleria secreta, que dejaba la vida de los ciudadanos á merced de los delatores. Bastaba que uno de ellos esclamase: *Slovo i dielo* (la palabra y el acto), para hacer encarcelar al primero que se le ocurriese, aunque teniendo que probar que habia conspirado contra el czar; sin lo cual el acusador sufria el knut.

En 1587 se habia concedido un patriarca particular á la Rusia por Fedor Ivanowitch con plena autoridad eclesiástica. Aun se consultaban, sin embargo, á los patriarcas griegos, y todos los años los czares les enviaban un regalo á Constantinopla. Pero en 1657 fué un embajador ruso á Constantinopla, y obtuvo del patriarca de aquella ciudad, de los de Antioquia, Jerusalen y Alejandria que el clero ruso pudiese elegir el patriarca de Moscou sin recurrir á su asentimiento. Este prelado quedó, pues, enteramente independiente, y ocupó el primer lugar después del czar, quien, en la solemnidad del domingo de Ramos conducia de una cinta el caballo del jefe de la Iglesia. En el primer año uno y otro se besaban la mano y abrazaban en presencia del pueblo; sentándose después el patriarca en el trono, bendecia la corona y el cetro del czar. Pero no duró mucho aquella armonia. El patriarca Nicon, uno de los hombres más distinguidos del imperio, era á pesar de su afecto hácia la familia de los Romanoff, celoso de los derechos de su iglesia, por el interés de su dignidad y hasta por orgullo personal. Cuando sujetó el código á los eclesiásticos á la jurisdiccion seglar, se opuso á este envilecimiento: irritóse el czar; los grandes y los demás miembros del clero se declararon en contra de la severidad del patriarca: viendo entonces que habia perdido el favor, abandonó las insignias de su dignidad, y se retiró á su convento, en el que se ocupó en escribir una crónica del reino hasta el fin de sus dias.

Cismáticos.—Nicon habia introducido la uniformidad en el culto de la Rusia; pero muchos fieles se separaron de él, haciéndole un cargo por haber alterado los dogmas y los derechos, y se titularon antiguos creyentes (*staroverzi*) ó elegidos (*isbraniki*), mientras que sus enemigos los trataban de cismáticos (*roskolznick*). Como no forman una iglesia particular, las opiniones varian entre ellos de hombre á hombre. Odian á los sacerdotes griegos, negando que haya en la iglesia rusa continuidad de episcopado, y en su consecuencia, sacerdocio legítimo. Se sujetan rigurosamente á la letra de la Escritura, de tal manera que la trasposicion de una palabra en una nueva edicion de la Biblia fué causa de graves turbulencias. No permiten administrar el bautismo á un sacerdote que haya bebido, con objeto de evitar los desórdenes causados en el pais por el abuso de los licores espirituosos. No admiten categorias entre los fieles; es un pecado entre ellos decir tres veces *aleluya* en lugar de dos; el sacerdote debe bendecir con tres dedos, y otras pequeñeces: pero como se escluye á los disidentes de sus conventículos, se les achacan todos los desafueros, imputados por lo comun á las sociedades secretas. El rigor, el artificio, la guerra abierta se han empleado inútilmente para destruirlos; la tolerancia de Pedro el Grande, la indiferencia de Catalina II no han conseguido nada. Hay tal vez en el dia trescientos mil en el imperio, subdivididos en más de veinte sectas, que se distinguen en *popowstchtina*, que tienen popes, es decir, sacerdotes, y en *bezpopowstchtina*, que no los tienen.

Sin embargo, Alejo convocó en Moscou (1667) un concilio al que asistieron los patriarcas de Alejandria y Antioquia, y en el que fué escomulgado Nicon, que además fué desterrado. Aquella asamblea abolió la costumbre de escomulgar al papa y á los católicos todos los primeros domingos de cuaresma.

Aun quedaba que triunfar de las arrogantes pretensiones de los nobles, entre los cuales se habia establecido una especie de gerarquia (*miesnitchestvo*). Resultaba de esto, que todo hombre bien nacido, consideraba como indigno de sí depender de otro de una casa menos antigua; negábanse á servir en el ejército á las órdenes de un oficial cuyo padre ó abuelo habia sido inferior al padre ó abuelo de aquel que se enorgullecia; lo mismo acontecia con respecto á los empleos de la corona y al ceremonial. Las cuestiones sobre este asunto las decidia un tribunal (*rosriad*) en cuyos archivos se conservaba el registro de las antiguas y nuevas familias, con los empleos desempeñados por los miembros de cada una de ellas. Añádase á esto, que los descendientes de los Rurik (1676) hacian presentes pretensiones que causaban recelos á la nueva y extranjera familia de los Romanoff. Para cortar el mal en su raíz, Fedor III, hijo de Alejo, con el pretexto de arreglar exactamente las clases, hizo le presentasen los diferentes extractos que cada familia habia hecho sacar de aquellos registros, y los entregó á las llamas con detrimento sin duda de la historia, pero en provecho de la paz y de la disciplina. De todos modos, como su intencion era aniquilar pretensiones y no la nobleza, permitió hacer otra genealogia, sin que en adelante pudiese pretenderse ninguna superioridad por el nacimiento.

Constitucion rusa.—Ya podemos considerar á la constitucion rusa como completa, y dirigir una ojeada sobre su conjunto. La *monarquia moscovita*

ó *Gran Rusia* era considerada como propiedad de la casa de Romanoff; el emperador reinante podia designar á su sucesor entre sus hijos, aunque hubiese la costumbre de dar la preferencia al mayor. El príncipe elegido, coronado por el patriarca ó por un metropolitano, tomaba el simple título de czar ó de czar blanco; á su mujer se la llamaba czarina, á sus hijos czarewitch, y á sus hijas czarevinas. El czar tenia sobre la vida y bienes de sus súbditos un poder despótico. Cuando queria declarar la guerra, acudia á una iglesia y hacia leer sus agravios contra el enemigo, última consideracion del déspota con el pueblo, que debia soportar las cargas y los males. Por lo demás, los antiguos derechos del pueblo y de los señores, hasta de aquellos que en otro tiempo eran soberanos, dependian de la voluntad arbitraria del czar, que los domaba á correazos (13). Los empleos civiles y militares se hallaban siempre confundidos, y el mando del ejército se confiaba á un boyardo de la cámara; el gobierno de las ciudades y las embajadas á los oficiales del consejo.

Boyardos.—Los boyardos eran consultados por el czar en los asuntos principales, pero por pura condescendencia. Se reconocia en la nobleza, después de la destruccion de los antiguos registros, cuatro grados: en el primero se encontraban las familias, cuyos miembros figuraban en tiempo de Fedor III, entre los boyardos, los jueces y los consejeros, ó cuyos autores habian sido empleados en tiempo de Ivan IV y Fedor III, ora en misiones extranjeras, ora en un elevado mando: en el segundo grado, las que habian tenido mandos militares en tiempo de Miguel III ó Fedor III, ó cuyos nombres estaban inscritos en la primera clase en los registros de las ciudades. Seguian después las familias mencionadas en aquellos registros; en fin, los nobles nombrados por cartas del czar. Sólo los nobles podian usar espada, y poseer tierras obligadas al servicio militar; gozaban además de diferentes privilegios con respecto á la justicia.

Se habia formado en las ciudades una clase media de *personas nombradas*. Podian adoptar por nombre de familia el de su padre con la terminacion *ich* ó *itch;* eran ricos comerciantes y mercaderes escluidos de los empleos.

Aldeanos.—Los aldeanos permanecian afectos al terruño, sin tener propiedad sobre nada, y podian ser trasladados por su amo de una tierra á otra; pero no podian arrebatarlos de los campos para destinarlos á otros servicios. Los esclavos, por el contrario, se empleaban en toda clase de trabajos, y algunos pertenecian por herencia á una familia; otros se comprometian con ella por un contrato de por vida. La ley no se ocupaba de ellos sino para prohibir se les mutilase ó diese muerte.

La suerte del pueblo era trabajar y pelear, ignorante, miserable, encorvado servilmente bajo el knut de los amos. Algunas veces, cansados de los malos tratamientos ó de tanto sufrir, se amotinaban contra los odiosos edictos, y el czar apaciguaba á los rebeldes arrojándoles la cabeza de los ministros, que servian de esta manera de salvaguardia al príncipe, sin haber podido poner freno á sus voluntades.

El consejo de Estado se componia del czar, de sesenta y siete boyardos, de cincuenta y siete jueces y treinta y ocho consejeros. El primer magistrado era el presidente de los negocios extranjeros, á quien se hallaba confiado el sello. El supremo tribunal de justicia se llamaba *Palacio de justicia de oro*.

El ejército permanente se reclutaba de voluntarios, ó en su defecto los propietarios territoriales debian proporcionar hombres. Los strelitz ó tiradores, en número de cuarenta mil, formaban el primer cuerpo; además habia varios regimientos de soldados instruidos á la alemana, como tambien caballeria, con oficiales alemanes. La nobleza proporcionaba por otra parte doscientos mil hombres de tropas feudales, y los cosacos una numerosa caballeria irregular.

Las rentas ascendian á 5.000,000 de rublos, y la venta de la cerveza al por menor, el hidromiel, el aguardiente, la sal, la pesca en el mar Caspio, y sobre todo la del sollo, con cuyos huevos se hace el cabial, constituian los privilegios reales. Se daba poco dinero á los empleados, pero se les asignaban ciertos dominios.

Clero.—La iglesia rusa comprendia veinte y tres eparquias que tenian á su cabeza á doce metropolitanos, arzobispos ú obispos, dependientes todos inmediatamente del patriarca, dignatario cuya influencia era muy grande, aun en los negocios políticos, y á quien se le tributaba un respeto que rayaba en la adoracion. El clero no podia adquirir bienes raices: dícese, sin embargo, que poseia una tercera parte del territorio exento de impuestos; esto se entiende de los frailes, pues el clero secular no tenia riquezas ni crédito. Los hijos de los sacerdotes eran escluidos de los empleos civiles, lo que hace que pueblen los conventos. Esta poderosa aristocracia no se dedicó á corregir al pueblo, que no conocia de la religion más que los actos esteriores, servilmente determinados, y la estricta observancia de cuaresmas muy rigorosas. La predicacion, poderoso medio de educacion, no era permitida por los celos del gobierno.

Las costumbres tenian aun algo del estado bárbaro, y el lujo oriental se habia mezclado á ellas sin modificarlas. Las casas de madera no tenian otro adorno que colgaduras de cuero: los trajes eran bastos; pero se ostentaba en las fiestas el oro y los diamantes sobre ricas telas, como tambien pieles de gran precio. Los que no las tenian las alquilaban del guardaropa del czar. Se pagaban las que se estraviaban ó echaban á perder, además de sufrir las palizas castigo del que no estaba exenta ninguna clase de personas. Las mujeres de cierta

(13) Véase á ALFONSO RABBE.

categoria estaban obligadas á una servidumbre enteramente asiática: no podian salir sino para ir á la iglesia ó visitar á sus padres. Su marido era siempre su señor; las maltrataba á su antojo, no como consecuencia de una brutalidad que la misma civilizacion no hubiera podido vencer, sino con consentimiento de la ley, que convertia en un crímen resistirse á los malos tratamientos. Las mujeres del pueblo gozaban de mayor libertad; y con objeto de satisfacer su aficion á los licores, se entregaban á un descarado libertinaje. Los extranjeros eran siempre mirados en el pais con desprecio y desconfianza; los boyardos ó dignatarios no se atrevian á tratar con ellos sino ocultamente; además, los embajadores rusos eran tan tercos y llevaban las pretensiones á tal grado, que era muy difícil terminar con ellos un asunto.

Los caminos se hallaban infestados de ladrones, y hasta las mismas calles de la capital no estaban seguras. Los envenenamientos eran frecuentes, y tan temidos, como tambien los encantos, que se hacia prestar juramento á todos los que se aproximaban al czar de no poner yerbas maléficas en sus manjares, y oponerse á que otros las pusiesen.

Fedor III, príncipe justo y benéfico, que habia concluido con un arreglo la guerra con los turcos en 1681, murió después de seis años de reinado, sin dejar hijos (1682). En su consecuencia, el patriarca y los boyardos se reunieron para elegir entre su hermano carnal, de edad de diez y seis años, y Pedro, su hermano consanguíneo, que no tenia más que nueve. Pero como el primero era débil, tartamudo y no tenia ambicion, fué proclamado Pedro, bajo la regencia de la czarina Natolia Kirillovna-Narischkin. La faccion favorable á aquella princesa habia sucumbido en el reinado de Fedor III, bajo el de los Miloslawski, parientes y partidarios de la primera mujer de Alejo, y éstos intrigaron entonces mucho para estender calumnias contra la czarina. Produjeron su efecto; cinco de los nueve regimientos de strelitz se declararon contra un nombramiento hecho sin participacion suya. Sublevároнse á los gritos de *¡muera Pedro y la czarina!* corrió la sangre, y los hermanos de la regente fueron degollados por aquella soldadesca ébria. Setenta y siete personajes respetables fueron asesinados de una manera horrible, é Ivan fué tambien proclamado czar con su hermano, bajo la regencia de la czarevina Sofia, su hermana. Aquella astuta princesa, cuya destreza habia producido la revolucion, se mostró firme en el ejercicio de una autoridad que habia ambicionado. Sostenida por su favorito Galitzin, trató de sustraerse de la onerosa tutela de los strelitz, lo cual fué causa de una nueva sublevacion. Encontrándose mal recompensado el príncipe Khowanski, su jefe, de los servicios prestados á la co-regente, se puso á la cabeza de una nueva secta religiosa, la de los abakumistas, meditando degollar á los dos czares, y gobernar en su lugar. Habiéndose refugiado los príncipes en un monasterio, Pedro, cuyo carácter se habia ya formado en medio de aquellas turbulencias, llamó á él á Khowanski, y le hizo decapitar con treinta y siete strelitz que le acompañaban. Prepararonse los demás para vengarse; pero á vista de toda la nobleza armada para defender á los czares, se asustaron, y, pasando de la audacia á la cobardia, se presentaron con cuerdas y otros instrumentos de suplicios, dispuestos á sufrir un castigo merecido; pero no obtuvieron su perdon sino á condicion de entregar á los agitadores y uno de los suyos por cada diez. Tres mil setecientos sacados por suerte de sus filas recibieron los sacramentos y se prepararon á morir. Después de haberse despedido de sus familias, se dirigieron al convento con la cuerda en el cuello y desarmados, de dos en dos, llevando el tajo, y un tercero el hacha. Llegados al punto pusieron en él los tajos, en los que apoyaron sus cabezas, y de esta manera esperaron tres horas. Contentáronse los czares con hacer ejecutar á treinta y perdonar á los demás.

La princesa Sofia, á quien la juventud de Pedro y la incapacidad de Ivan permitian libertad en el ejercicio del poder, se aprovechaba de él para hacer su voluntad. Cuéntase que ella misma introdujo al primero en una compañia de jóvenes libertinos: tal vez se la acusó de más de lo que merecia por el partido triunfante; pero es cierto que era muy ambiciosa é intrigante. Estendió el territorio del imperio adquirido á Smolensko, la Siberia, Chernicof, la pequeña Rusia á orilla izquierda del Dnieper, Kief en la derecha, como tambien los paises de los cosacos zaporogos, á los que prometió, para unirlos á la Rusia, aliarse á la Suecia y á la Polonia contra la Turquia; pero Galitzin, que le daba prudentes consejos con respecto á las medidas que habia de adoptar durante la paz, dirigió mal las operaciones militares; perdió el ejército, y se vió obligado á retirarse.

Durante aquel tiempo crecia Pedro, y ya sus diversiones anunciaban su futuro poder. Salió vencedor de la prueba de los vicios á que se le espuso, y los jóvenes extranjeros que se colocaron en su derredor para corromperle, escitaron su imaginacion con la relacion de extraordinarias empresas. El genovés Francisco Jacobo Lefort, habia recorrido la Europa de un estremo á otro, sucediéndole estrañas aventuras, viendo mucho, capaz de ver bien, y sin deber más que á sí mismo sus conocimientos, su osadia y su fortuna. Ganó la confianza de Pedro, quien le puso á la cabeza de cincuenta jóvenes de su edad, con los cuales quiso aprender los ejercicios militares, y se ensayó en el servicio, sin admitir distincion entre él y sus compañeros. El honor de entrar en aquella tropa como camarada (*potes-chnoï*) no tardó en ser ambicionado, y llegó á ser el núcleo de los regimientos de la guardia.

En medio de las desenfrenadas licencias de aquellos jóvenes, Pedro y Lefort espiaban con atenta mirada el momento de arrebatar el poder á Sofia: irritábanse al ver que, después de haber adoptado el título de soberana, habia hecho ins-

cribir su nombre á la cabeza de todas las actas públicas, en las monedas del imperio, y que aspiraba á una dominacion absoluta. Habiendo fracasado sus proyectos, quiso Sofía prevenirlos; y Thertwitoi, jefe de los strelitz, fuese por su órden ó por ganarla á su partido, se disponia á desembarazarla de Pedro, como tambien de su mujer, de la madre y hermana de este príncipe. Esta fué al menos la noticia que circuló (1689). Pero habiendo ido Pedro al convento de la Trinidad con los potestchnoi, convocó á los boyardos, reveló la conjuracion dirigida contra él, desterró á Galitzin, metió á Sofía en un convento, y quedó solo dueño, aunque Ivan, czar sólo de nombre, sobrevivió aun algunos años (11 setiembre de 1696).

Aquí se abre una nueva era para la Rusia.

FIN DEL TOMO VIII.

ÍNDICE DEL TOMO VIII

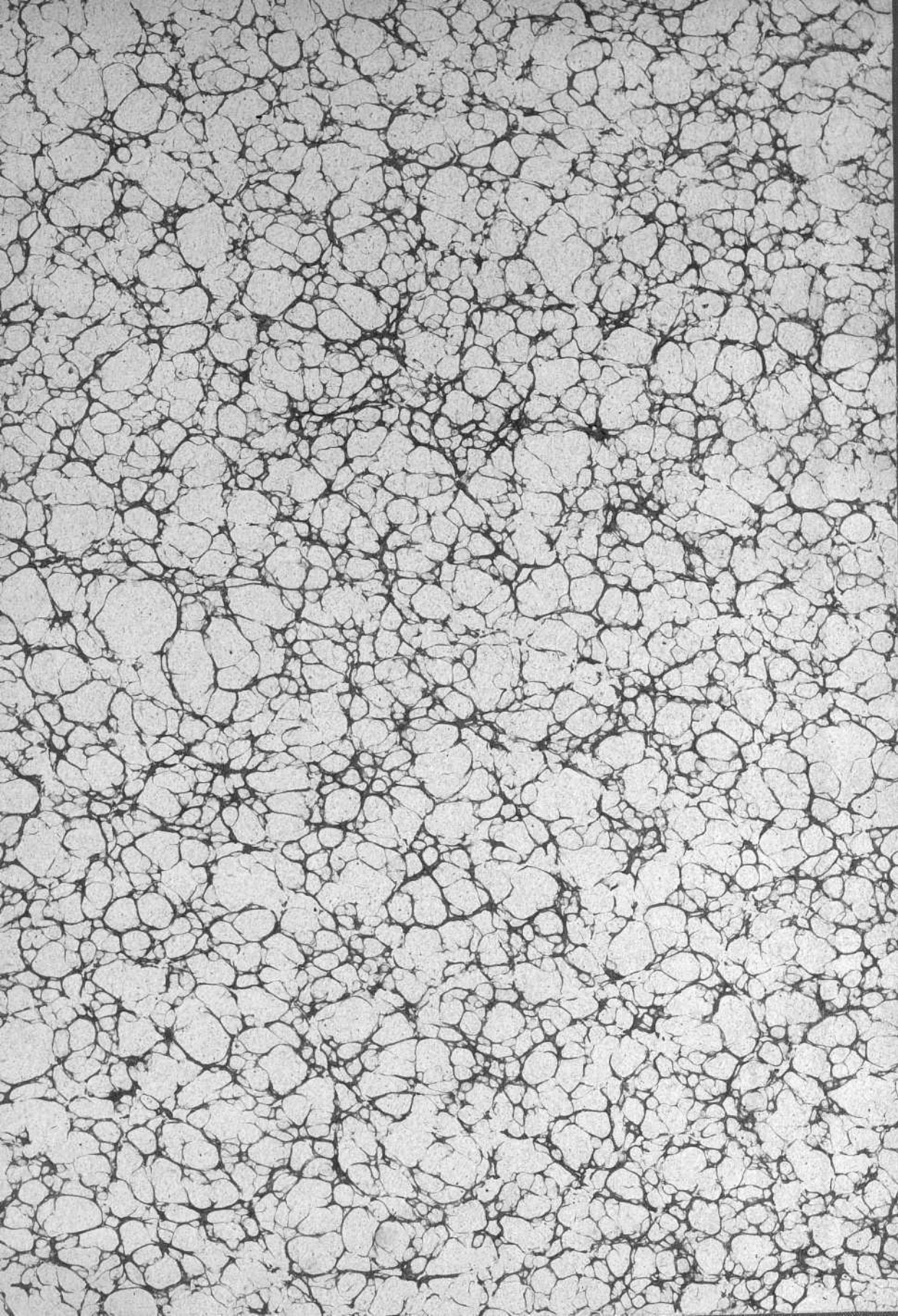
Capítulos.		Págs.
XVI.	Preludios de la reforma.	5
XVII.	Lutero.	14
XVIII.	La reforma y la política.— Guerra de los Villanos.—Confesion de Augsburgo. . .	27
XIX.	Zwingle (Zuinglio).—Calvino.. . . .	37
XX.	Reaccion católica.—Los jesuitas.—Concilio de Trento..	46
XXI.	Reformadores italianos.—Antitrinitarios.	66
XXII.	Muerte de Cárlos Quinto.—Batalla de Lepanto..	81
XXIII.	Paises-Bajos.—España.—Portugal. . .	85
XXIV.	Francia.—Los Valois.	102
XXV.	Los Borbones.	120
XXVI.	Inglaterra.—Los Tudor.	129
XXVII.	Alemania.—Guerra de los Treinta Años.	148
XXVIII.	Papas posteriores al concilio de Trento.	162
XXIX.	Escandinavia..	172
XXX.	Polonia, Lituania, Livonia..	181
XXXI.	Filosofia política y jurisprudencia. . .	188
XXXII.	Literatura teológica..	201
XXXIII.	Moralistas..	206
XXXIV.	Erudicion é historia..	211
XXXV.	Filosofia especulativa.	220
XXXVI.	Ciencias exactas..	231
XXXVII.	Naturalistas y médicos..	249
XXXVIII.	Literatura francesa.	259
XXXIX.	Literatura española..	263
XL.	Literatura portuguesa.	276
XLI.	Literatura alemana y septentrional. . .	276
XLII.	Literatura inglesa.	282
EPÍLOGO.	. . . . .	291
NOTAS AL LIBRO XV.—(A) pág. 14.—Prision de don Cárlos de Austria..		301
(B) pág. 115.—La matanza de San Bartolomé. . .		303
(C) pág. 243.—Vida científica de Galileo.		414
(D) pág. 256.—Descubrimiento de la circulacion de la sangre.		320

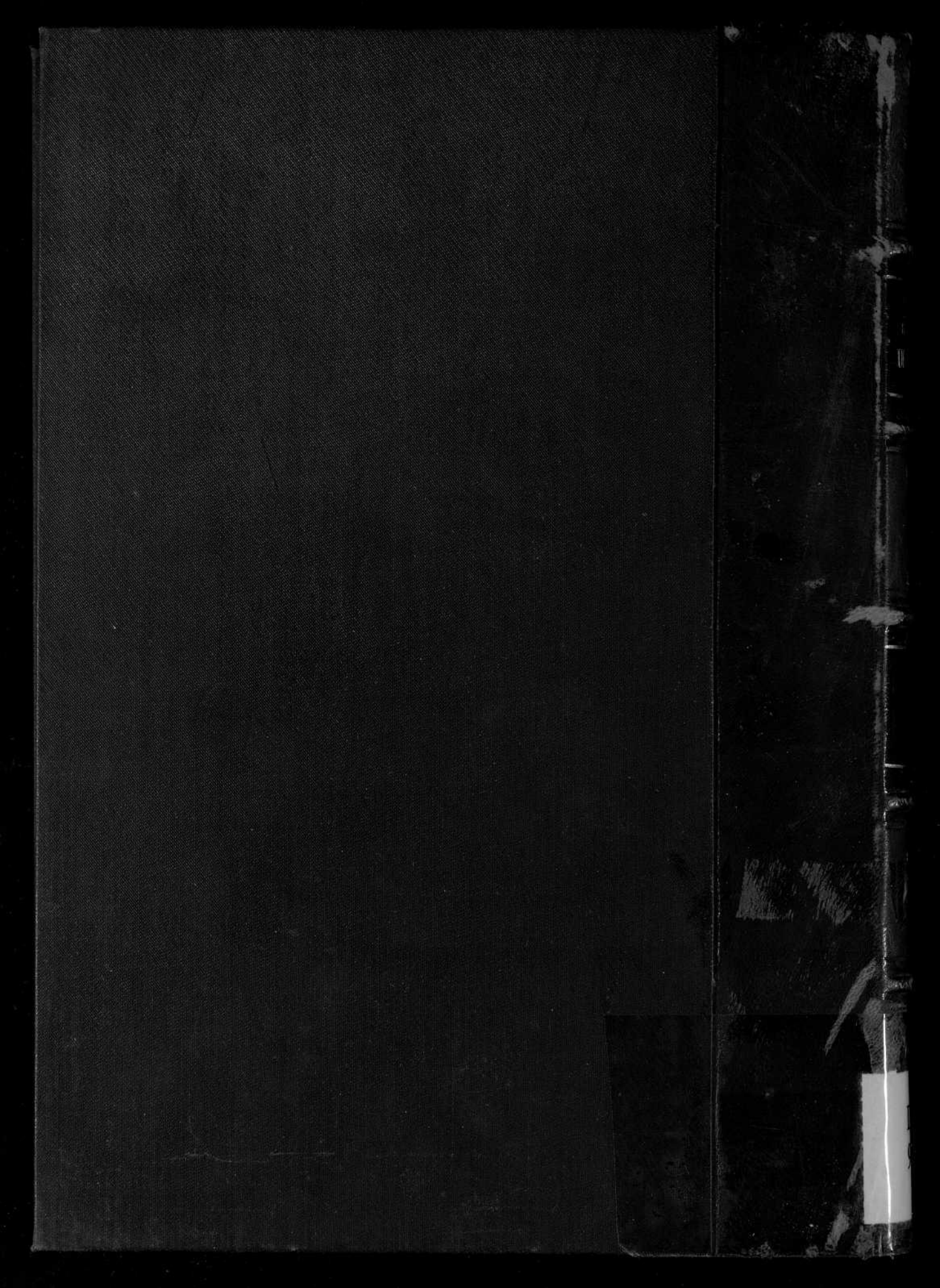
LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Luis XVI.—Galicanos y Jansenistas.—Siglo de oro de la literatura francesa ó inglesa.—Revolucion de la Inglaterra.—Guerra de Sucesion en España.—Decadencia de los turcos y engrandecimiento de la Rusia.—Desdichas de Italia.—Progresos de las ciencias positivas.

Capítulos.		Págs.
I.	Ojeada general.	323
II.	Francia.—Luis XIII y Richelieu. . .	327

Capítulos.		Págs.
III.	Regencia, Mazarino, 1643-1661. . . .	336
IV.	Administracion de Luis XIV.—Colbert. —Economia política.	346
V.	Guerras.—Holanda.	355
VI.	Nuevas guerras.—Bombardeos.—Paz de Ryswick.	367
VII.	El rey, la corte y la sociedad. . . .	371
VIII.	Elocuencia y política sagrada.—Bossuet y Fenelon.—El quietismo.	395
IX.	Desavenencias con la corte de Roma. .	404
X.	Revocacion del edicto de Nantes. . .	409
XI.	Los Jansenistas.	415
XII.	La controversia cristiana.	432
XIII.	Lengua y literatura francesa.	440
XIV.	Lenguas muertas.—Crítica.	451
XV.	El teatro.	456
XVI.	Inglaterra.—Cárlos I.	465
XVII.	República inglesa.	481
XVIII.	La restauracion inglesa.	488
XIX.	Guillermo III.—Ana.	498
XX.	Literatura inglesa.—Revistas	505
XXI.	Alemania.	516
XXII.	Los turcos.	522
XXIII.	Hungria y Transilvania.	534
XXIV.	España y Portugal.	539
XXV.	Sucesion española.	547
XXVI.	Muerte de Luis XIV.	555
XXVII.	Escandinavia.	560
XXVIII.	Polonia.	568
XXIX.	Rusia.—Los Romanoff..	571





Cantu

HISTORIA

UNIVERSAL

8

D-1
923